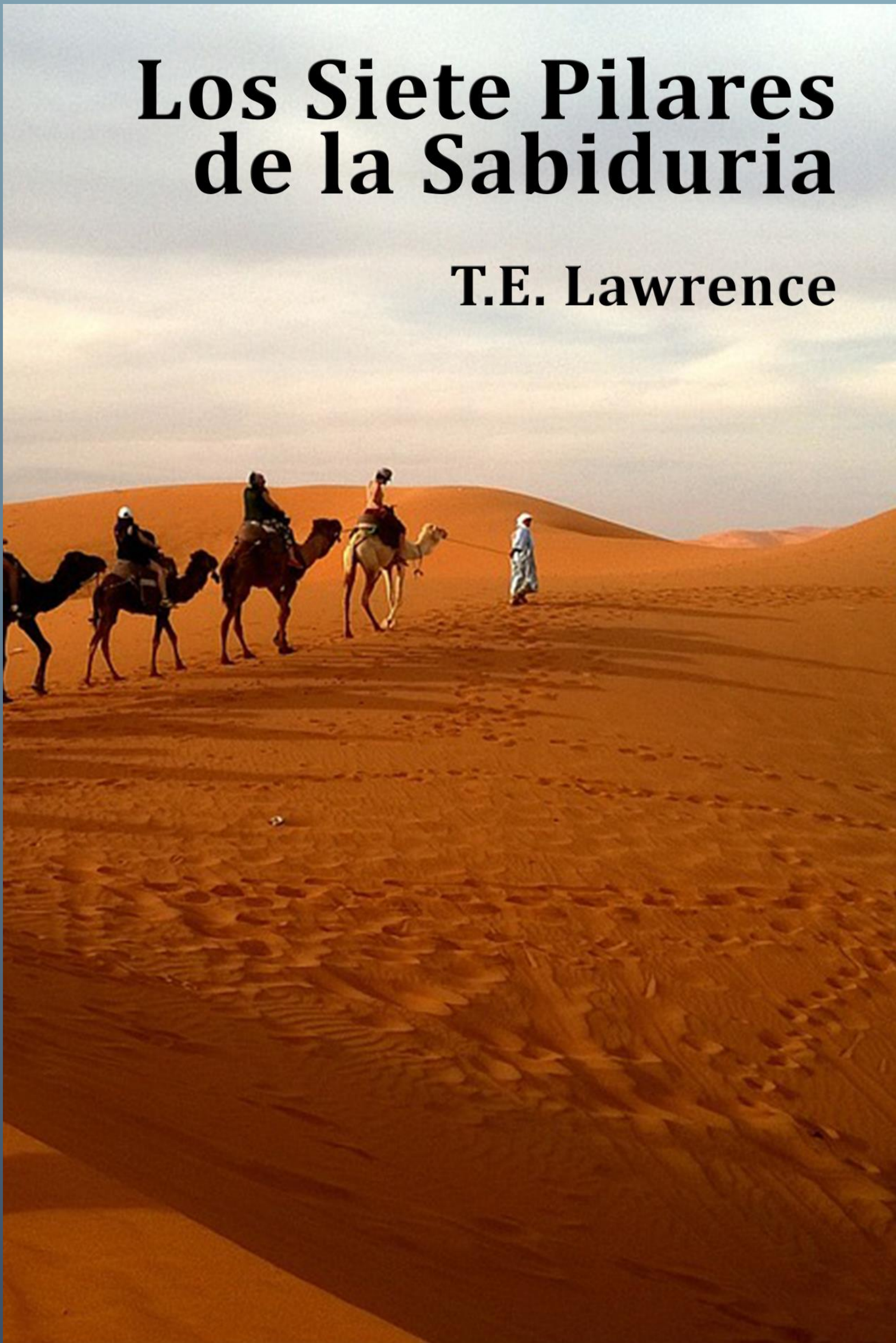
Los Siete Pilares de la Sabiduria

T.E. Lawrence



T.E. Lawrence

Los siete pilares de la sabiduría

Para S. A.

Te amaba, por eso a mis manos traje aquellas oleadas de hombres
y en los cielos tracé mi deseo con estrellas
Para ganar tu libertad, alcé una casa sobre siete pilares,
que tus ojos pudieran alumbrar por mí
Cuando llegáramos.

La muerte pareció sometérseme en la ruta, hasta acercarnos
y verte yo a la espera:
Yal sonreírme tú, llena de miserable envidia se me adelantó
para llevarte:
A su quietud suprema.

Amor, exhausto, buscando a tientas tu cuerpo, magro premio
nuestro de un instante
Antes que la blanda mano de la tierra palpara tu forma,
y los ciegos gusanos engordaran sorbiendo
Tu sustancia.

Las gentes me pidieron que elevara nuestra obra,

inviolada mansión, en tu recuerdo.
Pero, para hacer de ti digno monumento, lo rompí, inacabado;
y ahora esos pequeños seres bullen y preparan
su nido en la herida sombra
De tu don.

Mr. Geoffrey Dawson convenció al All Souls College de que me concedieran permiso, durante el curso 1919-20, para dedicarme a escribir sobre la rebelión árabe. Sir Herbert Baker me proporcionó alojamiento y trabajo en su mansión de Westminster.

Las pruebas del libro así escrito estuvieron listas en 1921, y tuve la fortuna de encontrar amigos que lo criticaran en tal estado. Tengo que dar especialmente las gracias, a este respecto, al señor Bernard Shaw y su esposa por sus incontables sugerencias, de gran valor y variedad, y por todos los puntos y comas que ahora contiene.

El libro no pretende ser imparcial. Luchaba yo por mi cuenta, y en mi propio estercolero. Tómeselo, pues, como un relato personal extraído de la memoria. No pude tomar las notas pertinentes: en verdad hubiera incumplido mi deber para con los árabes de haberme dedicado a recoger semejantes flores mientras ellos luchaban. Mis superiores en el ejército, Wilson, Joyce, Dawnay, Newcombe y Davenport pueden contar cada uno de ellos una historia similar. Y lo mismo puede decirse de Stirling, Young, Lloyd y Maynard, de Buxton y Winterton, de Ross, Stent y Siddons, de Peake, Hornby, Scott-Higgins y Garland, de Wordie, Bennett y MacIndoe, de Bassett, Scott, Goslett, Wood y Gray, de Hinde, Spence y Bright, de Brodie y Pascoe, Gilman y Grisenthwaite, de Greenhill, Dowsett y Wade, de Henderson, Leeson, Makins y Nunan.

Y hay muchos otros líderes y luchadores solitarios con los que este retrato personal no es justo. Mucho

menos justo es, como todas las historias de guerra, con los simples soldados anónimos, cuya parte en la acción se pierde, como no puede ser menos, a menos que se los mencione en los despachos oficiales.

T. E. S.[1]

Cranwell, 15 de agosto de 1926

---

[1] Tras su experiencia en Arabia, Lawrence decidió cambiar de nombre y presentarse como T. E. Shaw.

PREFACIO

Los siete pilares de la Sabiduría aparecen mencionados por primera vez en la Biblia en *Proverbios*, IX, 1:

«La Sabiduría se ha edificado una casa. Ha labrado sus siete pilares.»

El título fue primeramente impuesto por su autor a un libro sobre siete ciudades. Posteriormente, decidió no publicar este libro primerizo, por considerarlo inmaduro, aunque trasladó el título como recordatorio.

Una separata de cuatro páginas titulada *Algunas notas sobre el modo de escribir Los* siete pilares de la sabiduría*, por T. E. Shaw* fue adjuntada por mi hermano a quienes compraron o recibieron como regalo ejemplares de la edición de 1926. En ella se contenía la siguiente información:

Manuscritos

Texto I

Escribí los libros 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 10 en París, entre febrero y junio de 1919. La introducción fue escrita entre París y Egipto en mi traslado a El Cairo junto a Handley-Page, en julio y agosto de 1919. Posteriormente, en Inglaterra, escribí el libro 1, y a continuación lo perdí todo, menos la introducción y

los borradores de los libros 9 y 10, en la estación de Reading, mientras cambiaba de tren. Fue esto por las navidades de 1919.

El Texto I, una vez completo, hubiera constado de unas 250.000 palabras, un poco menos que la edición privada de los *Siete pilares*, que los suscriptores a la misma recibieron. Mis notas de campaña, sobre las que el texto estaba fundamentalmente construido, iban siendo destruidas al concluir cada sección. Sólo tres personas llegaron a leerlo en su mayor parte, antes de perderlo.

Texto II

Aproximadamente un mes más tarde empecé, en Londres, a garabatear lo que recordaba de la primera redacción. La introducción original, por supuesto, seguía estando disponible. Los restantes diez libros los completé en menos de tres meses, escribiendo varios millares de palabras cada vez, en largas tiradas. Así, por ejemplo, el Libro IV fue escrito entero entre dos amaneceres. Naturalmente el estilo era descuidado: y así resultó que el Texto II (por más que adicionado de nuevos episodios) llegó a reunir más de 400.000 palabras. Lo fui corrigiendo a ratos perdidos, a lo largo de 1920, cotejando sus datos con los archivos del *Arab Bulletin*, y con dos diarios, además de algunas de las notas de campaña, que había logrado conservar. Aunque irremediablemente malo como texto, acabó

adquiriendo una sustancial consistencia. Todas las páginas de este texto, menos una, las quemé en 1922.

Texto III

Con el Texto II sobre la mesa, di comienzo en Londres al Texto III, y trabajé sobre él allí, en Yeddah, y en Amman a lo largo de 1921, y nuevamente en Londres, hasta febrero de 1922. Fue compuesto con gran cuidado, y el manuscrito aún existe. Consta de casi 330.000 palabras.

Ediciones de autor

Oxford, 1922

Aunque la historia, tal como quedó ultimada en el Texto III, seguía pareciéndome difusa e insatisfactoria, por motivos de seguridad fue preparado para impresión e impreso al pie de la letra durante el primer cuarto de 1922, bajo el cuidado de la redacción del *Oxford Times*. Puesto que se necesitaban ocho ejemplares, y el libro era muy extenso, se prefirió la imprenta a la simple copia mecanográfica. Cinco ejemplares (encuadernados en forma de libro, para mayor comodidad de los primeros miembros de la Fuerza Expedicionaria del Heyaz que llevaron a cabo su

lectura crítica) se conservan aún (abril de 1927) de esta edición.

Edición de suscriptores. 1-XII-26

Esta edición fue enviada a los suscriptores entre diciembre de 1926 y enero de 1927, y era una refundición de las galeradas de Oxford, 1922. Estas fueron condensadas (siendo el único canon de los cambios el literario) entre 1923 y 1924 (Royal Tank Corps) y entre 1925 y 1926 (Royal Air Force), durante mis tardes libres. Los principiantes en literatura suelen tantear el perfil de lo que desean decir acumulando adjetivos, pero para 1924 había aprendido ya mis primeras lecciones en el arte de escribir, y era ya capaz de combinar dos o tres de mis frases de 1921 formando una sola. Cuatro excepciones hubo a la regla de la condensación:

I) Un incidente de menos de una página fue eliminado porque dos veteranos de nuestro grupo lo consideraban desagradablemente innecesario.

II) Dos de los personajes ingleses fueron modificados: uno, convertido en nada, porque no parecía ya necesario seguir hurgando en la herida, el otro reducido a una simple alabanza, porque lo que yo había escrito inocentemente como queja fue interpretado de manera ambigua por alguien con autoridad suficiente para poder juzgar.

III) Un capítulo de la Introducción resultó omitido. Mis mejores críticos me dijeron que era muy inferior al resto.

IV) El Libro VIII, concebido como «monótono» para interponerlo entre las relativamente fuertes emociones del Libro VII y el avance final sobre Damasco, fue despojado del relato de un fracasado reconocimiento, de casi 10.000 palabras de largo. Varios de los que leyeron la edición de Oxford se quejaron del increíble aburrimiento del capítulo «monótono», y tras reflexionar sobre el asunto, concordé con ellos en que su monotonía estaba quizá demasiado lograda.

Suprimiendo, así pues, un tres por ciento y condensando el resto de la edición de Oxford, se logró una reducción del quince por ciento, y la longitud de la edición para suscriptores quedó reducida a unas 280.000 palabras. Se trata de un texto más rápido y cortante que el de Oxford; y podría haberlo mejorado más aún de haber tenido más tiempo libre para revisarlo.

Los *Siete pilares* fue impreso y encuadernado de tal modo que nadie sino yo pudo saber cuántos ejemplares se tiraron. Y me propongo guardarme este dato para mí mismo. Las afirmaciones de los periódicos de que han sido 107 ejemplares pueden ser fácilmente refutadas, ya que fueron más de 107 los suscriptores; regalé, además, no tantos ejemplares como hubiera querido, pero sí tantos como mis banqueros pudieron permitirse, a quienes habían compartido conmigo la lucha árabe, o a quienes habían aportado su esfuerzo a la producción de este libro.

Ediciones comerciales

Edición de Nueva York

Las galeradas de la edición para suscriptores fueron enviadas a Nueva York, siendo reimpresas allí por la George Doran Publishing Company. Eso se hizo necesario para poder asegurar el copyright americano de los *Siete pilares*. Diez ejemplares fueron puestos a la venta, a un precio lo suficientemente elevado como para impedir que llegaran a venderse.

Ninguna edición más de los *Siete pilares* ha vuelto a hacerse estando yo vivo.

Rebelión en el desierto

Esta edición abreviada de los *Siete pilares* consta de unas 130.000 palabras. Fue hecha por mí mismo en 1926, con un mínimo de correcciones del contenido (tres nuevos párrafos, quizá, en conjunto) para preservar el sentido y la continuidad. Partes de ella aparecieron publicadas por capítulos en el *Daily Telegraph* en diciembre de 1926. El conjunto fue publicado en Inglaterra por Jonathan Cape, y en Estados Unidos por Doran, en marzo de 1927.

T. E. SHAW

Con vistas a actualizar la información, debo añadir que quedan en existencia ejemplares de la edición de Oxford 1922, pero que no serán sacados al público hasta al menos dentro de diez años, y entonces sólo en edición limitada. *Rebelión en el desierto* no volverá a ser reeditado, al menos mientras estén en vigor los actuales derechos de autor.

El texto de la presente edición es idéntico al de la edición de treinta guineas de 1926, si exceptuamos las siguientes omisiones y alteraciones. Las omisiones son necesarias para evitar herir los sentimientos de algunas personas que aún viven; hacen referencia a las páginas 76 y 429, donde los trozos suprimidos han sido dejados en blanco en su lugar correspondiente. La edición de 1926, por otro lado, carece de capítulo XI; los capítulos han sido numerados de nuevo para subsanar esta anomalía. En la página 300 (línea 7) [del original inglés] la frase *halts to breath* ha sido corregida como *halts to breathe*[2], de acuerdo con el pasaje correspondiente de la edición de Oxford de 1922, donde dice *we let the camels breathe a little* [«dejamos a los camellos tomar resuello por un rato»]. En la página 517 (línea 18) la palabra *Humber* ha sido puesta en cursiva, en vez de redondilla, para aclarar su sentido; los nombres de otros barcos fueron igualmente cursivizados en la edición de 1926.

---

[2] Se trata de una diferencia gramatical, más que puramente gráfica. En el primer caso *breath* tiene carácter nominal, mientras *breathe* tiene un sentido verbal. En castellano se puede combinar el sentido traduciendo por igual «paradas para tomar resuello». *(N. del T.)*

La transcripción de las palabras árabes varía en gran medida de edición a edición, y a este respecto no he hecho correcciones. Hay que explicar que el árabe sólo reconoce tres vocales, y que algunas de sus consonantes no tienen equivalentes en inglés. La práctica general de los orientalistas en los últimos años ha sido la de adoptar uno de los varios conjuntos de transcripciones convencionales para las vocales y consonantes del alfabeto árabe, trasliterando así Mohamed como Muhammad, muezzin como mu'edhdhin, y Corán como Qur'an o Kur'an. Este método resulta útil para quienes saben lo que todo eso significa, pero este libro sigue más bien el viejo estilo de escribir los paralelos fonéticos más aproximados ala transcripción inglesa ordinaria. Un mismo nombre de lugar puede encontrarse transcrito de maneras diferentes, no sólo porque el sonido de muchas de las palabras árabes puede ser legítimamente representado en inglés de muy variadas formas, sino también porque los nativos de cada lugar con frecuencia difieren en la pronunciación de determinados nombres de lugar aún no lo suficientemente famosos como para haber quedado fijados literariamente (así, por ejemplo, una localidad cercana a Akaba es llamada por igual Abu Lissan, Aba el Lissan y Abu Lissal). Transcribo a continuación una serie de preguntas relacionadas con lo dicho, y que fueron hechas al autor por los editores de Rebelión en el desierto.[3]

---

[3] Siguiendo el espíritu de estas observaciones de Lawrence, los nombres de lugar serán respetados en esta traducción con todas las

PREGUNTA:

Le adjunto una lista de las cuestiones suscitadas a F., encargado de corregir las pruebas. Las encuentra muy limpias, pero llenas de inconsistencias en la transcripción de nombres propios, punto en el que suelen fijarse los reseñistas. ¿Querrá usted anotar en el margen de las pruebas las rectificaciones?

RESPUESTA:

Anotado: no creo que ayude mucho. Los nombres árabes no cuadran en inglés con exactitud, ya que sus consonantes no son las mismas que las nuestras, y sus

---

variantes que aparecen en el texto original inglés, con sólo las siguientes variables gráficas: las «J» serán transcritas en castellano como «Y» los grupos «kh» y «dh», respectivamente como «j» y «z». Y ello, precisamente para vehicular mejor al castellano el fonetismo pretendido por Lawrence en el texto inglés.

En cuanto a los términos árabes de empleo más general, como Corán, Mahoma, etc., me ajustaré al uso tradicional, no siguiendo en esto a los modernos arabistas españoles que prefieren transcripciones como «Muhammad», «Qur'an». En cuanto a la transcripción de los sonidos [š] e [ŷ], no seguiré al profesor Martínez Montávez, quien propugna la tradicional reducción aljamiada a la castellana «ch» (transcribiendo, por ejemplo, «haŷŷ» como hachch o «Shía» como Chía), como recientemente ha hecho Alfonsina Janés Nadal, en su traducción del libro de Peter Scholl-Latour, *Alá es grande*: me adecuaré, de nuevo, en tales casos, a la más aproximada transcripción fonética castellana de la transcripción realizada por Lawrence. Y lo mismo en lo que hace a transcripciones de más larga prosapia en el arabismo español, como las de *Zuna* y *azora*, en vez de «Sunna» y «sura», sintiéndolo mucho, elegiré estas últimas, que me parecen más próximas a la fonética árabe. *(N. del T.)*

vocales, al igual que ocurre entre nosotros, varían de un distrito a otro. Hay determinados «sistemas científicos» de transcripción, válidos para personas que conocen el árabe lo suficientemente como para no necesitar ayuda, pero que son pura agua de borrajas para el resto de la gente. Transcribo los nombres de cualquier manera, para mostrar la basura que son los sistemas.

P.—Galerada 1. Yeddah y Yidda aparecen usados indiferentemente por todo el texto. ¿Es intencional?

R.—¡Más bien!

P.— Galerada 16. Bir Waheida, era Bir Waheidi.

R. — ¿Por qué no? Era el mismo sitio.

P.— Galerada 20. Nuri, emir de los ruwalla, pertenece a la «familia principal de los Rualla». En la galerada 23 aparece «caballo rualla», y en la 28, «maté a un rueli». En todas las galeradas posteriores aparece «rualla».

R.— Podía haber usado también «ruwala» y «ruala». P. — Galerada 28. Bisaita se transcribe también biseita. R. — De acuerdo.

P.— Galerada 47. Yedha, la camella, aparece como «Yedhah» en la galerada 40.

R.— Era una bestia espléndida.

P.— Galerada 53. «Meleagro, el inmoral poeta.» Yo he puesto «inmortal», pero al fin y al cabo el autor puede haber querido decir «inmoral».

R.— La inmoralidad la conozco. De la inmortalidad no puede juzgar. Como les parezca: Meleagro no se querellará por injurias.

P.— Galerada 65. Se dirigen al autor diciendo «Ya Auruns», pero en la galerada 56 era «Aurans».

R.—También me llamaban Lurens y Runs, por no hablar ya de «Shaw». Vendrán aún más, si el tiempo lo permite.

P.— Galerada 78. El jerife Abd el Mayin de la galerada 68 se convierte en el Main, el Mayein, el Muein, el Mayin y el Muyein.

R.— ¡Buen golpe! A eso llamo yo ingenio.

A. W. LAWRENCE

Post scriptum

La edición para suscriptores de *Los siete pilares de la Sabiduría* carecía de capítulo XI, porque el que originalmente era el capítulo I fue omitido durante la corrección de pruebas, y la renumeración llegó sólo hasta el capítulo X. Para la primera edición general (1935), los capítulos fueron numerados de nuevo de forma correlativa, para corregir tal anomalía. En la presente edición, el capítulo suprimido aparece de nuevo en su lugar correcto, aunque, para evitar ulteriores numeraciones, ha sido titulado «Capítulo Introductorio». En 1939, fue incluido en el libro *Oriental Assembly (Reunión oriental)*, junto con otros escritos sueltos escritos sueltos de T.E. Lawrence, así como una nota introductoria escrita por mí mismo.

A. W. L.

INTRODUCCIÓN

La historia que sigue fue por primera vez escrita en París durante la Conferencia de Paz, a partir de notas que había ido garabateando sobre la marcha, reforzadas por algunos informes que había ido enviando a mis jefes en El Cairo. Posteriormente, en otoño de 1919, este primer esbozo y algunas de las notas se me perdieron. Me pareció históricamente necesario reproducir el relato, dado que probablemente nadie en el ejército de Feisal, aparte de mí, había pensado en aquel entonces poner por escrito lo que sentíamos, lo que esperábamos y lo que pretendíamos. Así que volví a reconstruirlo con no poca desgana en Londres, durante el invierno 1919-20, a partir de mis propios recuerdos y de las notas que aún me quedaban. El recuerdo de los acontecimientos seguía vivo en mí y pocos errores pueden haberse deslizado —salvo en detalles de fechas y de cifras—, si bien el perfil y el significado de las cosas habían perdido agudeza al hilo de los nuevos intereses.

Las fechas y los lugares son correctos, tal como mis notas los conservan, pero los nombres propios no lo son. Desde la época en que la aventura tuvo lugar, algunos de los que trabajaron conmigo han ido

enterrándose en la vacua tumba de los deberes públicos. Libremente se ha hecho uso de sus nombres. Otros, en cambio, siguen conservando el dominio sobre sus propias vidas, y aquí guardo su secreto. Tal vez esto difumine las individualidades y convierta el libro en un tablado de títeres desdibujados, más que en un conjunto de seres vivos, pero unas veces se habla bien de los hombres y otras mal, y habrá quienes no me agradezcan ni la alabanza ni el reproche.

El retrato en solitario que hago de mí mismo, situándome en el centro de la escena, puede no hacer justicia a mis colegas británicos. Siento especialmente no haber dicho lo que hicieron aquellos no destinados a misiones específicas. Actuaban desorganizados, pero lo hicieron maravillosamente, sobre todo si se tiene en cuenta que carecían de la motivación, y de la visión de conjunto, de que disponían los oficiales. Desgraciadamente, mi único interés era la meta final de la misión, y el libro se orienta a relatar el desarrollo de la idea de liberación árabe, desde La Meca a Damasco. Intenta dar cuenta racional de dicha campaña, de modo que todo el mundo pueda ver lo natural e inevitable de su éxito, y cuán poco dependía éste de una dirección consciente y calculada, y menos aún de la ayuda exterior de unos pocos británicos. Fue una guerra árabe llevada a cabo y dirigida por árabes, y con un objetivo final árabe en Arabia.

Mi propia participación fue de tipo menor, si bien, debido a mi pluma fácil, mi libertad de palabra y una cierta agudeza mental, llegué a ocupar, tal como

describo, una cierta y burlona primacía. En realidad nunca llegué a ocupar cargo alguno entre los árabes: jamás estuve al frente de la misión británica que actuaba con ellos. Wilson, Newcombe, Joyce, Dawnay y Davenport estaban todos ellos por encima de mí. Yo me jactaba de ser demasiado joven, no de que ellos pusieran más corazón o mayor inteligencia en el trabajo. Lo hice lo mejor que pude. Wilson, Newcombe, Joyce, Dawnay, Davenport, Buxton, Marshall, Stirling, Young, Maynard, Ross, Scott, Winterton, Lloyd, Wordie, Siddons, Goslett, Stent, Henderson, Spence, Gilman, Garland, Brodie, Makins, Nunan, Leeson, Hornby, Peake, Scott-Higgins, Ramsay, Wood, Hinde, Bright, MacIndoe, Greenhill, Grisentwaite, Dowsett, Bennett, Wade, Gray, Pascoe y todos los demás lo hicieron también todo lo bien que pudieron.

Sería impertinente por mi parte alabarlos. Cuando deseo decir algo malo de alguien que no perteneciera a este grupo, lo digo, aunque hay menos de este tipo de cosas de lo que había en mi diario, ya que el paso del tiempo parece conseguir borrar las heridas de los hombres. También cuando quiero alabar a los que no formaron parte de este grupo, lo hago, pero nuestros asuntos internos, nuestros son. Hicimos lo que planeamos hacer, y tenemos la satisfacción de saberlo. Los otros pueden poner por escrito cuando quieran su propia historia, quizá paralela a la mía, aunque sin mencionar de mí más de lo que yo digo de ellos, ya que cada uno de nosotros hizo su propio trabajo como le pareció, y sin apenas ver a sus amigos.

La historia recogida en estas páginas no es la del movimiento árabe, sino la de mí mismo dentro de él. Es un relato de hechos cotidianos, de pequeños sucesos y pequeñas gentes. No hay aquí lecciones para el mundo, ni revelaciones chocantes o estrambóticas. Es un relato lleno de cosas triviales, en parte para que nadie confunda con la historia los huesos con los que alguien puede hacer algún día historia, y en parte por el simple placer de recordar el compañerismo de la rebelión. Nos sentíamos cómodos juntos, recorriendo los anchos espacios, gustando los fuertes vientos y los rayos solares y compartiendo las esperanzas de aquello por lo que luchábamos. El nuevo amanecer del mundo que había de venir nos embriagaba. Estábamos embargados de ideas vaporosas e inexpresables, pero que nos movían a luchar. Muchas vidas vivimos en aquellas tumultuosas campañas, sin jamás hurtar el bulto; con todo, cuando finalmente rematamos nuestro trabajo y el nuevo día amaneció, el hombre viejo resurgió de nuevo y se apropió de nuestra victoria para conformarla al mundo que le era conocido de antes. La juventud podía lograr la victoria, pero no había aprendido a conservarla, y se mostró tristemente débil frente a la ancianidad. Balbucimos que habíamos trabajado por unos nuevos cielos y una nueva tierra, y ellos nos lo agradecieron amablemente y firmaron su paz.

Todos los hombres sueñan, pero no todos lo hacen del mismo modo. Aquellos que sueñan de noche en las polvorientas recámaras de sus mentes se despiertan

de día para darse cuenta de que todo era vanidad, pero los soñadores despiertos son peligrosos, ya que ejecutan sus sueños con los ojos abiertos, para hacerlos posibles. Esto fue lo que hicimos. Quiero decir, construir una nueva nación, restaurar una influencia perdida y dar a veinte millones de semitas las bases sobre las que construir un palacio de ensueños para sus deseos nacionales. Tan alta meta atraía la intrínseca nobleza de sus mentes, y los hizo tomar generosamente parte en los acontecimientos, pero, cuando hubimos ganado, se levantó contra mí la acusación de que los intereses del petróleo británico en Mesopotamia habían sido puestos en peligro, y la política colonial francesa en Oriente Medio había quedado en ruinas.

Me temo que así sea. Pagamos por tales cosas un precio excesivo en honor y vidas inocentes. Remonté el Tigris con un centenar de territoriales de Devon, tipos jóvenes, íntegros, agradables, llenos de fuerza y alegría, y capaces de hacer felices a sus mujeres y a sus hijos. A su lado pude comprender vívidamente lo grande que es ser inglés, y compatriota suyo. Y a gentes como éstas las quemamos por millares, enviándolas a la peor de las muertes, no por ganar la guerra, sino para que el grano, el arroz y el petróleo de Mesopotamia fueran nuestros. Lo único que hacía falta era derrotar a nuestros enemigos (Turquía, entre otros), y esto lo consiguió finalmente la sabiduría de Allenby con menos de cuatrocientas bajas, volviendo en nuestro favor los brazos de los oprimidos en Turquía.

Tengo el mayor orgullo en poder decir que en ninguna de las treinta batallas en que peleé, se vertió sangre nuestra. Todos los territorios que nos están sometidos no valen la muerte de un solo inglés.

Tres años pasamos en estos trabajos y he tenido que reprimir muchas cosas que aún no pueden ser dichas. Con todo, muchas serán las partes de este libro que resulten nuevas a casi todos los que lo lean, y muchos serán los que vayan a buscar en él cosas familiares y no las encuentren. En una ocasión hice un informe completo para mis jefes, y me encontré con que los honores que me otorgaban se basaban en mis propios datos. No es así como deben ser las cosas. Los honores pueden tal vez ser necesarios en un ejército profesional, así como las menciones enfáticas de los despachos, y nosotros al hacer uso de tales efectos, queriéndolo o no, nos habíamos convertido en soldados regulares.

Por mi trabajo en el frente con los árabes había decidido no aceptar ninguna recompensa. El gabinete había puesto a luchar de nuestro lado a los árabes con concretas promesas de autogobierno para después de la victoria. Los árabes creen en las personas, no en las instituciones. Ellos vieron en mí a un agente libre del Gobierno británico, y me pidieron que suscribiera por escrito tales promesas. Así que tuve que unirme a la conspiración, y, hasta donde podía empeñar mi palabra, garanticé a los hombres su recompensa. Durante los dos años que estuvimos juntos bajo el fuego se acostumbraron a creerme y a pensar que mi

gobierno, al igual que yo, era sincero. Con tal esperanza llevaron a cabo hermosas hazañas, pero, por supuesto, en vez de sentirme orgulloso por lo que hacíamos, me sentía continua y acremente avergonzado.

Desde el comienzo se hizo evidente que, si llegábamos a ganar la guerra, las promesas hechas serían puro papel mojado, y de haber sido yo un honesto consejero de los árabes, les habría advertido de que volvieran a sus casas, en vez de arriesgar sus vidas luchando por semejante bazofia, pero me consolé a mí mismo con la esperanza de que, conduciendo a los árabes a una furiosa victoria final, podría ponerlos, con las armas en sus manos, en una posición tal que (sin ser dominante) fuera lo suficientemente fuerte como para aconsejar a las grandes potencias el otorgamiento de sus reivindicaciones. En otras palabras, presumí (no viendo que existiera otro líder dotado de suficiente voluntad y poder) que sobreviviría a las campañas, y que sería capaz, no solamente de derrotar a los turcos en el campo de batalla, sino a mi propio país y a sus aliados en la cámara del consejo. Era una suposición realmente inmodesta, y no está claro que saliera exitoso de ella pero es evidente que no dudé un momento en comprometer a los árabes, ignorantes del contexto, en semejante albur. Me arriesgaba a cometer un fraude, convencido como estaba de que la ayuda árabe era necesaria para nuestra rápida y fácil victoria en Oriente, y que mejor

era que venciéramos y rompiéramos nuestra palabra antes que perder.

El cese de sir Henry McMahon me confirmó en mi creencia sobre lo esencialmente insincero de nuestra posición, pero no pude explicárselo así al general Wingate mientras duró la guerra, ya que nominalmente me hallaba bajo sus órdenes, y él no parecía darse cuenta de cuán falsa era su propia posición. Lo único que me quedaba era rechazar cualquier recompensa por mi exitoso papel de engañador y, para evitar la ocurrencia de desagradables sorpresas, empecé en mis informes a ocultar la verdadera historia de los hechos, y a persuadir a los pocos árabes que se daban cuenta de la situación de que guardaran idéntica reticencia. En este libro, pues, y por última vez, quiero ser juez y parte de lo que en él digo.

FUNDAMENTOS DE LA REBELIÓN

Capítulos I a VII

Algunos ingleses, encabezados por lord Kitchener, creían que una rebelión de los árabes contra los turcos permitiría que Inglaterra, sin dejar de luchar contra Alemania, pudiera derrotar al mismo tiempo a su aliada Turquía.

Su conocimiento de las características, el poder y el entorno de los pueblos de lengua árabe los llevaron a pensar que la incitación a tal rebelión podría tener resultado, lo que era claro indicio de su talante y su método.

Así que le permitieron dar comienzo, otorgando todo tipo de garantías formales sobre el apoyo del Gobierno británico. A pesar de lo cual, la insurrección del jerife de La Meca resultó una sorpresa, y pilló desprevenidos a los Aliados. Suscitó sentimientos encontrados y se ganó lo mismo grandes amigos que grandes enemigos, de cuyas rivalidades y enfrentamientos resultó que los asuntos empezaran a torcerse.

CAPÍTULO I

Parte del mal de mi relato puede considerarse inherente a nuestras circunstancias. Durante años convivimos juntos de cualquier manera en medio del desnudo desierto, y bajo un cielo indiferente. Durante el día, el caluroso sol nos abrasaba, y el viento batiente nos aturdía. Por la noche, el rocío nos empapaba, y las innúmeras estrellas nos reducían a un estado de vergonzosa pequeñez. Éramos un ejército autónomo, sin desfiles ni grandes gestos, dedicados a la libertad, el segundo de los credos del hombre, una finalidad tan voraz que consumía todas nuestras energías, una esperanza tan trascendente que nuestras anteriores ambiciones palidecían ante su brillo.

Según pasaba el tiempo, nuestra necesidad de luchar por tal ideal fue creciendo hasta convertirse en una forma de posesión que no admitía preguntas y que cabalgaba con espuelas y riendas sobre todas nuestras dudas. Quieras que no, acabó convirtiéndose en una fe. Nos habíamos sometido a su esclavitud, nos habíamos encadenado todos juntos en una cuerda de presos, inclinándonos reverentemente para servir a tan santa causa por las buenas o por las malas. La

mentalidad de los esclavos comunes es algo terrible —han dejado atrás el mundo— y nosotros habíamos entregado, no sólo el cuerpo, sino también el alma, en aras de una opresiva sed de victoria. Por nuestra propia voluntad nos habíamos vaciado de toda moral, volición y responsabilidad, y éramos como hojas secas llevadas por el viento.

La inacabable batalla acabó por despojarnos del cuidado de nuestras propias vidas y de las de los otros. Llevábamos sogas al cuello, y sobre nuestras cabezas precios que mostraban las horribles torturas que el enemigo nos tenía preparadas en caso de prendernos. Cada día varios de los nuestros pasaban a mejor vida; y los aún vivos se sentían como simples marionetas en el tablado de Dios; en verdad, nuestra principal tarea era implacable, implacable, mientras nuestros desollados pies pudieran seguir marchando. Los débiles envidiaban a los que estaban lo bastante cansados para morir; ya que el éxito parecía tan lejano, y el fracaso una próxima y cierta—si bien tajante— liberación de la tarea. Vivíamos de continuo con los nervios tensos o flaqueantes, ya situados en la cresta o en el seno de las olas del sentir. Semejante estado de impotencia nos resultaba amargo, y nos hacía vivir sólo para el horizonte más inmediato, sin importarnos qué pudiéramos hacer o padecer, dado que las sensaciones físicas parecían ser tan evanescentes. Los arrebatos de crueldad, de perversidad o de lujuria recorrían la superficie de todos nosotros sin apenas turbarnos; ya que las leyes morales que parecían

sobrevolar tan estúpidos accidentes parecían no ser más que leves palabras. Habíamos aprendido que había tormentos agudos, penas demasiado profundas y éxtasis demasiado elevados para que nuestros limitados yoes pudieran registrarlos. Cuando la emoción alcanza semejante clímax, el intelecto se opaca; y la memoria queda en blanco hasta que las circunstancias la despiertan de nuevo.

Tal exaltación del pensamiento, mientras el espíritu queda a la deriva, y adquiere licencia para tomar extraños vuelos, le hacía perder su viejo y paciente control sobre el cuerpo. Este resultaba demasiado tosco para poder sentir nuestras más fuertes penas y alegrías. Por ello lo abandonábamos como simple basura: lo dejábamos ahí abajo para que siguiera avanzando, como un simulacro vivo, en su simple nivel de desvalimiento, y sujeto a influencias que en tiempos normales a nuestros instintos hubieran evitado. Los hombres eran jóvenes y robustos; y su cálida carne y sangre inconscientemente clamaban por sus fueros y atormentaban sus vientres con extraños deseos. Nuestras privaciones y peligros atizaban aún más este calor viril, en medio de un clima tan torturante como pueda imaginarse. No disponíamos de lugares cerrados donde aislarnos, ni de espesas ropas con que esconder nuestra naturaleza. El varón en todos los sentidos convivía cándidamente con el varón.

El árabe era por naturaleza continente; y el uso universal del matrimonio había abolido casi por completo las relaciones irregulares en el interior de sus

tribus. Las mujeres públicas de los escasos asentamientos con que nos tropezábamos en nuestras correrías apenas hubieran bastado para contentar a todo nuestro grupo, ni aún cuando sus carnes pintadas de almagre hubieran sido del gusto de hombres sanos y enteros. Horrorizados por tan sórdido comercio, nuestros jóvenes empezaron a satisfacer entre sí sus escasas necesidades, haciendo uso de sus propios y limpios cuerpos, frío recurso este que, por comparación, parecía asexuado y hasta puro. Posteriormente, algunos comenzaron a justificar tan estéril relación, y juraban que los amigos que compartían en la acogedora arena el estremecimiento que el íntimo y cálido entrelazo de los miembros provoca, hallaban oscuramente oculto en ello un correlato sensual de la pasión mental que soldaba nuestras almas y espíritus en un solo y llameante esfuerzo. Muchos, sedientos por castigar unos apetitos que no podían en modo alguno evitar, tenían salvajemente a gala el degradar sus cuerpos, ofreciéndose orgullosos a desempeñar cualquier papel que pudiera garantizar el dolor o la degradación física.

Yo fui enviado a estos árabes como un extraño, incapaz de imaginar sus pensamientos o suscribir sus creencias, pero encargado del deber de conducirlos y desarrollar al máximo cualquier movimiento suyo que pudiera ser provechoso para Inglaterra en la marcha de la guerra. Si me resultaba imposible adoptar su modo de ser, podía al menos esconder el mío propio, y desenvolverme entre ellos sin fricciones notorias, ni

discordias, ni críticas, reducido a una imperceptible influencia. Puesto que fui su compañero, no seré ahora ni su apologista ni su abogado. Vuelto a mi antigua caracterización, podría actuar ahora como un simple espectador, sometido a las convenciones de nuestro teatro... pero resulta mucho más honesto recordar que aquellos actos e ideas ocurrieron entonces de manera natural. Lo que ahora parece excesivo o sádico, resultaba entonces inevitable, o era una simple rutina.

Teníamos las manos habitualmente teñidas de sangre, nos habíamos habituado a ella. Herir y matar parecían trabajos efímeros, tan breve y doliente era nuestra vida. Siendo tamaña la pena de vivir, no menos implacable podía ser la pena de matar. Vivíamos y moríamos al día. Y cuando había necesidad o deseo de castigar, escribíamos de inmediato nuestra lección con armas o látigos sobre el amoratado cuerpo del sufriente, sin que el caso tuviera apelación. El desierto no permitía las lentas y refinadas penalidades de nuestros tribunales y calabozos.

Por supuesto, nuestras recompensas y placeres pasaban con tan vertiginosa rapidez como nuestras penas; si bien, para mí en concreto, sumaban mucho menos. El modo de actuar beduino resultaba duro incluso para los criados entre ellos, y era terrible para un extranjero, como una muerte en vida. Cuando una marcha o una acción llegaba a su término, no tenía yo ya energía para registrar mis sensaciones, ni tenía el menor tiempo para contemplar los encantos espirituales que a veces nos ocurrían por el camino. En

mis notas había más espacio para la crueldad que para la belleza. Sin duda alguna, gozábamos mucho más de los raros momentos de paz y olvido; aunque guardo mucho más en mi memoria la agonía, los terrores y los errores cometidos. Nuestra vida diaria en modo alguno queda resumida en lo que he escrito (hay cosas que no pueden repetirse a sangre fría por pura vergüenza); pero lo que he escrito estuvo y formó parte de nuestra vida. Ruego a Dios que las gentes que lean este relato no lleguen nunca, por mero amor al brillo de lo extraño, a prostituirse y a prostituir su talento sirviendo a otra raza.

Cualquier hombre que se entregue a una causa ajena llevará una vida de yahoo[4], tras haber malbaratado su alma a un amo bárbaro. Él no es uno de ellos. Puede incluso ponerse a su frente, persuadirse de estar encargado de una misión, agitarlos y dirigirlos hacia algo que ellos, por propia decisión, nunca hubieran hecho. Lo que hace entonces es explotar su antiguo ambiente para sacarlos a ellos del suyo. O bien, siguiendo mi propio modelo, puede llegar a imitarlos tan bien que ellos bastardamente lo imiten luego a su vez. Entonces renuncia a su propio entorno, simulando el de ellos, y las simulaciones son siempre vacuas y sin valor. En ningún caso hace nada que le sea propio, ni nada tan íntegro que pueda ser considerado personal y propio (sin tener que pensar en

---

[4] Nombre dado a los bárbaros de apariencia humana por los caballunos habitantes de Houyhymus. Cfr. *Los viajes de Gulliver*, parte IV. *(N. del T.)*

la conversión), dejando que ellos tomen de su silente ejemplo las acciones o reacciones que les apetezcan.

En mi propio caso, el esfuerzo de estos años por vivir y vestir como los árabes, e imitar sus fundamentos mentales, me despojó de mi yo inglés, y me permitió observarme y observar a Occidente con otros ojos: todo me lo destruyeron. Y al mismo tiempo no pude meterme sinceramente en la piel de los árabes: todo era pura afectación. Fácilmente puede convertirse uno en infiel, pero difícilmente llega uno a convertirse a otra fe. Yo me había despojado de una forma, pero no había podido adoptarla otra y me había vuelto algo así como el ataúd de Mahoma según nuestra leyenda[5], con el resultado de un intenso sentimiento de soledad, y de desagrado, no hacia los demás hombres, sino hacia lo que hacen. Semejante desapego pesaba a veces sobre un hombre agotado por el reiterado esfuerzo físico y el aislamiento. Su cuerpo marchaba de manera mecánica, mientras su intelecto racional lo abandonaba, y desde la nada lo observaba críticamente, preguntándose qué hacía aquel trasto inútil y por qué. A veces aquellas dos entidades llegaban a conversar en el vacío, y era entonces cuando la locura dejaba sentir su proximidad, como creo que debe ocurrirle a quien puede ver las cosas a través del doble tamiz de dos géneros de costumbres, educaciones y entornos.

---

[5] Se refiere a la noticia, muy extendida en Occidente, pero falsa, de que el ataúd de Mahoma en Medina se halla suspendido en el aire, merced a la atracción contrapuesta de varios imanes. *(N. del T.)*

CAPÍTULO II

Una primera dificultad del movimiento árabe era la de poder decir quiénes eran los árabes. Siendo, como eran, un pueblo fabricado, su nombre había ido cambiando de sentido, lentamente, y año tras año. En otro tiempo había designado a los habitantes de Arabia. Había un país llamado Arabia; pero esto nada tenía que ver con el asunto. Había una lengua llamada árabe; y allí estaba el meollo del asunto. Era la lengua habitualmente hablada en Siria, Palestina, Mesopotamia y gran parte de la península llamada Arábiga en el mapa.

Antes de la conquista musulmana, estas áreas estaban habitadas por pueblos diversos, que hablaban lenguas emparentadas con el árabe. Solemos llamarlas semíticas, pero se trata (como ocurre con la mayor parte de los términos científicos) de una denominación incorrecta. No obstante, el árabe, el sirio, el babilonio, el fenicio, el hebreo, el arameo y el sirio eran lenguas emparentadas; y los indicios de influencias comunes en el pasado, o incluso de su origen común, se han visto reforzados por nuestro conocimiento de que la apariencia y costumbres de los actuales pueblos árabe-

hablantes de Asia, aunque tan variados como un campo cubierto de amapolas, mantienen una semejanza fundamental. Podríamos con entera propiedad denominarlos primos, unos primos tristemente conscientes de su parentesco.

Las zonas árabe-hablantes de Asia, desde este punto de vista, formaban a grandes rasgos un paralelogramo gigante, cuyo lado norte iría desde Alejandreta[6], sobre el Mediterráneo, pasando por Mesopotamia, hasta las orillas del Tigris. Su lado sur sería la ribera del océano Índico, desde Adén a Mascate. Por el lado oeste, los límites estarían marcados por el Mediterráneo, el Canal de Suez y el Mar Rojo hasta Adén. Y en el este, por el Tigris y el Golfo Pérsico, hasta Mascate. Este cuadrilátero de tierra, tan grande como la India, constituía la patria de nuestros semitas, y en ella ninguna raza extranjera había asentado sus reales de manera permanente, a pesar de que egipcios, hititas, filisteos, persas, griegos, romanos, turcos y europeos lo han intentado de variadas formas. Todos ellos, al final, resultaron derrotados, y sus características dispersas absorbidas por los fuertes caracteres de la raza semítica. Los semitas han salido en ocasiones fuera de esta área, y se han visto absorbidos por el mundo exterior; Egipto, Argelia, Marruecos, Malta, Sicilia, España, Cilicia y Francia absorbieron y terminaron por hacer desaparecer sus respectivas colonias semitas. Sólo en

---

[6] La actual Iskenderum, al sudeste de Turquía, cerca de la frontera turco-siria. *(N. del T)*

la Tripolitania, y en el duradero milagro del judaísmo, han podido los semitas conservar desde lejos su identidad y su fuerza.

El origen de estos pueblos constituía un problema académico; pero para la comprensión de su rebelión las actuales diferencias sociales y políticas resultaban importantes, y sólo podían llegar a captarse tomando en cuenta su geografía. Su continente se dividía en determinadas regiones de gran tamaño, cuyas grandes divergencias físicas imponían a sus habitantes una diversidad de hábitos y costumbres. Por el oeste, el paralelogramo se veía enmarcado por una cadena montañosa, llamada (en su parte norte) Siria, y sucesivamente, en dirección sur, Palestina, Midian, Heyaz y finalmente Yemen. Tenía una altitud media de posiblemente unos 3.000 pies, con picos que llegaban a los diez y doce mil. Estaba orientada hacia el oeste, bien dotada de agua por las nubes y lluvias procedentes del mar, y generalmente bien poblada.

Otra serie de montañas habitadas, orientada hacia el océano Índico, formaba el límite sur del cuadrilátero. La frontera oriental había sido en otro tiempo la llanura aluvial llamada Mesopotamia, si bien al sur de Basra, una llanura litoral, llamada Kuwait, llegaba hasta Hasa y Gattar. Gran parte de estas colinas se hallaban habitadas y las llanuras enmarcaban un golfo rodeado de sedientos desiertos, en cuyo centro se hallaba un archipiélago de oasis populosos y bien surtidos de agua llamados Kasim y Aridh. En este grupo de oasis se encuentra situado el verdadero centro de Arabia, la

reserva de su espíritu nativo, y su expresión más consciente. El desierto los rodeaba por completo, preservándolos del contagio.

El desierto que tan gran misión desempeñaba en torno a dichos oasis y que configuraba así la personalidad de Arabia era de carácter variado. Al sur de los citados oasis aparecía como un indiferenciado mar de arena, que extendía sus dunas hasta las inmediaciones de las populosas y escarpadas costas del Índico, apartándolas así de la historia árabe, y de toda posible influencia de la moral y la política árabes. Hadhramaut, como ellos llaman a la costa meridional, formó parte de la historia de las Indias holandesas; y su modo de pensar tendía más hacia Java que hacia Arabia. Al oeste de los oasis, y entre ellos y las montañas del Heyaz, se extendía el desierto del Neyd, zona recubierta de lava y gravilla, y poco arenosa. Al este, entre los oasis y Kuwait, aparecía una similar extensión de grava, aunque entreverada con grandes extensiones de fina arena, que hacía difícil el establecimiento de rutas. Al norte de los oasis se extendía un gran cinturón de arena, al que seguía una inmensa llanura de guijarros y lava, que ocupaba todo el territorio que va desde los límites orientales de Siria y las orillas del Éufrates, donde comienza Mesopotamia. La practicabilidad de este desierto septentrional, tanto para hombres como para vehículos motorizados, permitió a la rebelión árabe su rápido éxito.

Las colinas del oeste y las llanuras del este fueron desde siempre las zonas más pobladas y activas de

Arabia. Concretamente, la parte occidental, tanto las montañas de Siria y Palestina como el Heyaz y el Yemen, mantuvieron contactos continuos e intermitentes con la gran corriente de la historia europea. Desde el punto de vista ético, estas fértiles y salubres colinas se hallaban enmarcadas en Europa, más que en Asia, en tanto que los árabes miraban siempre hacia el Mediterráneo más que al Índico, tanto en lo que respecta a sus simpatías culturales como a sus empresas, y particularmente en lo que respecta a sus expansiones, ya que el problema migratorio ha sido siempre en Arabia la fuerza más compleja y poderosa, hablando en términos generales, aunque su magnitud pueda variar según las diferentes regiones.

En la parte norte (Siria) la tasa de natalidad era baja en las ciudades y la tasa de mortalidad alta, debido a las malas condiciones sanitarias y a la ajetreada vida de la mayor parte de la población. Consecuentemente, los excedentes de población campesina hallaban fácil salida en las ciudades, donde eran rápidamente absorbidos. En el Líbano, donde las condiciones de salubridad habían sido mejoradas, un éxodo cada vez mayor de jóvenes hacia Norteamérica tenía lugar de año en año amenazando (por primera vez desde el tiempo de los griegos) con cambiar el aspecto exterior de regiones enteras.

En el Yemen la solución fue diferente. No había comercio exterior, ni grandes industrias que concentraran la población en lugares insalubres. Las ciudades eran simples mercados, tan limpios y

sencillos como cualquier centro aldeano. La población, por tanto, fue creciendo allí de manera paulatina; las condiciones de vida fueron descendiendo hasta niveles muy bajos; y la congestión demográfica acabó por dejarse sentir de manera general. Dicha población no podía emigrar a otras tierras, ya que el Sudán era un país aún peor que Arabia, y las pocas tribus que se aventuraron a trasladarse allí se vieron obligadas a modificar sus modos de vida y su cultura semítica para poder sobrevivir. Tampoco podían emigrar hacia el norte, por la ruta de las colinas, ya que este camino se hallaba cerrado por la ciudad santa de La Meca y su puerto Yidda, una zona extraña, continuamente reforzada por contingentes procedentes de la India, de Java, de Bujara y de África, de muy fuerte vitalidad, violentamente hostil a la conciencia semita, y sostenida artificialmente, a pesar de las adversas condiciones geográficas y climáticas, por el factor económico de una religión mundial. La congestión del Yemen, por tanto, una vez alcanzado su punto más alto, halló su única válvula de escape en el este, presionando cada vez más sobre los más débiles agregados de población de sus fronteras, a quienes fue empujando cada vez más hacia las colinas que atraviesan el Widian, la región semibaldía de los grandes valles de desagüe de Bisha, Dawasir, Ranya y Taraba, que corren en dirección del desierto del Neyd. Estos clanes más débiles tenían continuamente que cambiar sus buenos manantiales y fértiles campos de palmeras por pozos más pobres y palmerales más ralos, hasta quedar

arrinconados en una zona donde la agricultura propiamente dicha resultaba ya imposible. Empezaron entonces a remediar su precaria situación mediante la cría de ovejas y camellos, y no tardaron en depender sobre todo de estos rebaños para su subsistencia.

Finalmente, y bajo la presión creciente de la población que desde el oeste los empujaba, las poblaciones fronterizas (convertidas ya casi del todo al pastoreo) se vieron arrojadas incluso de los menos apetecibles oasis y obligadas a un completo nomadeo por las zonas de yermo. Este proceso, que aún hoy puede observarse en familias y tribus concretas, con nombres y fechas localizables, debe de haber venido ocurriendo desde los primeros tiempos del asentamiento en el Yemen. Los wadis situados al sur de La Meca y Taif están atiborrados de recuerdos y nombres topónimos de medio centenar de tribus que, partiendo de allí, pueden encontrarse hoy vagando por el Neyd, Yebel Shammar y Hamad, hasta llegar a los límites de Siria y Mesopotamia. Allí se encuentra situado el punto de origen de la migración, la fábrica de nómadas, el manantial de donde surge la corriente migratoria de los vagabundos del desierto.

La gente del desierto era tan poco estática como la gente de las colinas. La vida económica del desierto se basaba en la disponibilidad de camellos, que recibían su mejor crianza en los rigurosos pastos de las tierras altas con sus fuertemente nutritivos espinos. De tal industria vivían los beduinos, y sobre ella moldeaban sus vidas, establecían las áreas tribales y mantenían

rotando a los clanes según el ciclo de los pastos de primavera, verano e invierno, en la medida en que los rebaños se turnaban en la cosecha de sus escasos frutos. Los mercados de camellos de Siria, Mesopotamia y Egipto determinaban la población que el desierto podía absorber, y regulaban de manera estricta su nivel de vida. Resultaba así que el desierto se superpoblaba en ocasiones; y tenían lugar entonces enfrentamientos y reyertas entre las superpobladas tribus, que luchaban a codazos por conseguir un espacio propio. No podían dirigirse hacia el sur, porque allí estaban las inhóspitas arenas o el mar. Tampoco podían torcer hacia el oeste; ya que allí las quebradas colinas del Heyaz estaban densamente ocupadas por pueblos montañeses bien atrincherados en sus cimas. A veces tomaban la dirección de los oasis de Aridh y Kasin, y si las tribus en busca de nuevo hogar eran lo suficientemente fuertes y vigorosas, llegaban a ocupar parte de ellos. Si, en cambio, el desierto no había conseguido darles fuerza suficiente, dichos pueblos se veían gradualmente empujados hacia el norte, hacia la zona situada entre Medina, en el Heyaz, y Kasim, en el Neyd, hasta verse situados en una encrucijada de caminos. Podían entonces avanzar hacia el este, por Wadi Rumh o Yebel Shammar, siguiendo posiblemente el *bath* que lleva a Shamiya, donde podían convertirse en árabes ribereños del Éufrates inferior; o podían, si no, seguir la ruta escalonada de los oasis occidentales —Henakiya, Jeibar, Teima, Yauf y Sirhan— hasta adentrarse en las cercanías de Yebel Druse, en Siria, o

terminar abrevando sus rebaños en las proximidades de Tadmor, en el desierto norte, camino ya de Aleppo o de Asiria.

Tampoco entonces la presión tenía término: la inexorable marcha hacia el norte continuaba. Las tribus se veían empujadas hasta el límite mismo de los campos cultivados de Siria o Mesopotamia. La ocasión y sus estómagos los convencían entonces de las ventajas de poseer cabras, y ovejas luego, y acababan finalmente haciendo algún sembrado, aunque sólo fuera en principio cebada para sus animales. Dejaban de ser entonces beduinos, y empezaban a sufrir a partir de entonces las razzias de los beduinos que venían tras ellos. Insensiblemente, empezaban a hacer causa común con los campesinos anteriormente asentados, y acababan descubriendo que se habían convertido también en campesinos. Vemos así a clanes que, nacidos en las tierras altas del Yemen, y empujados por clanes más fuertes, se habían visto obligados contra su voluntad a penetrar en el desierto y convertirse en nómadas, para mantenerse vivos. Los vemos luego vagando por el yermo, avanzando cada año un poco más hacia el norte, o un poco más hacia el este según la suerte los hubiera empujado por una u otra de las rutas de los pozos del desierto, hasta que esa misma presión los empuja de nuevo hacia la siembra, con la misma falta de intención con que al principio se habían visto arrojados a la experiencia de la vida nómada. Fue esta circulación la que conservó el vigor del cuerpo semita. Pocos fueron, en efecto, si es

que hubo alguno, los semitas del norte cuyos antepasados no hubieran recorrido el desierto en una época oscura. La marca del nomadismo, la más profunda y mordiente de las disciplinas sociales, aparece en todas ellas en algún grado.

CAPÍTULO III

Al ser la población tribal y la urbana del Asia árabe-hablante, no dos razas diferentes, sino dos estadios económicos y sociales distintos, cabría esperar que un cierto aire de familia se manifestara en su modo de pensar, haciendo igualmente razonable que en las producciones de ambos tipos de población aparecieran elementos comunes. Ya desde el principio, en mi primer encuentro con ellos, pude hallar una simplicidad universal, una dureza en las creencias, casi matemática en su limitación, y repulsiva en su falta de simpatía. Los semitas no mostraban medias tintas en el registro de su modo de ver las cosas. Eran un pueblo de colores primarios, o más bien de blancos y negros, que veían el mundo siempre con nítidos contornos. Eran un pueblo dogmático, que despreciaba la duda, nuestra moderna corona de espinas. No comprendían nuestras dificultades metafísicas, ni nuestra introspectiva forma de interrogarnos. Sólo conocían la verdad y la no verdad, la creencia o la incredulidad sin nuestro habitual cortejo de dudas y matizaciones.

Para aquel pueblo sólo existía lo blanco y lo negro, no sólo en lo que hace a la visión de las cosas, sino

también en lo referente a sus constituyentes más íntimos: blanco o negro, no sólo en lo visible, sino también en lo valorable. Su pensamiento sólo se sentía a gusto en los extremos. Se sentían plenamente cómodos sólo en lo superlativo. A veces, sentimientos contrapuestos parecían actuar a la vez en ellos; nunca, sin embargo, llegaban a un compromiso: llevaban adelante la lógica de varias opiniones incompatibles hasta desembocar en metas absurdas, sin notar la incongruencia. Con frío temple y tranquilo talante, imperturbablemente inconscientes del desarrollo, oscilaban de una asíntota a otra[7].

Eran un pueblo de limitadas y estrechas miras, cuya inerte inteligencia tendía a caer en la incuria y en la resignación. Su imaginación era viva, pero falta de creatividad. Había en Asia tan poco arte árabe que podría decirse que carecían de arte en absoluto, aunque sus clases superiores eran liberales mecenas, y habían fomentado todo tipo de talentos en la arquitectura, en la cerámica o en cualquiera de las otras artesanías en las que sus vecinos e ilotas descollaban. Tampoco llegaron a manejar grandes industrias: carecían de organización mental o material. No habían inventado ni sistemas filosóficos ni mitologías complejas. Habían trazado su curso entre los ídolos de la tribu por un lado y los de la caverna por

[7] La metáfora de la oscilación «de una asíntota a otra» tuvo su origen en una conversación con un amigo, quien me dijo que mi hermano había aplicado erróneamente el término «asíntota» para referirse a los radios de la hipérbole *(N. de A. W. L.)*

otro. Siendo el menos mórbido de todos los pueblos, habían aceptado el don de la vida como algo incuestionable y axiomático. Se trataba, para ellos, de algo inevitable, un usufructo situado más allá de cualquier control. El suicidio era algo impensable, y la muerte no causaba pena.

Eran gentes de espasmos, rebeliones e ideas, la raza del genio individual. Sus movimientos contrastaban chocantemente con la quietud de su vida cotidiana, y sus grandes hombres parecían aún más grandes por contraste con la talla humana de sus muchedumbres. Sus convicciones eran instintivas, sus actividades, intuitivas. Sus más importantes inventos eran las creencias, elevándose casi como los monopolistas de las religiones reveladas. Tres de dichos inventos han perdurado entre sus gentes: dos de ellos fueron exportados (en forma modificada) a pueblos no semitas. El cristianismo, traducido diversamente a los espíritus griego, latino y teutón, había conquistado América y Europa. El Islam, bajo diversas trasformaciones, había sometido África y parte de Asia. Eran éstos éxitos semitas. Sus fracasos los guardaban, en cambio, para sí mismos. Los márgenes de sus desiertos hormigueaban de fes deshauciadas.

Era significativo que este vertedero de religiones fracasadas se extendiera por los límites del desierto y las tierras de cultivo. Ello indicaba las causas generativas de todos estos credos. Se trataba de asertos, antes que de argumentos, de modo que requerían un profeta que los hiciera surgir. Los árabes

decían haber tenido cuarenta mil profetas; nosotros guardamos constancia de al menos varios cientos. Ninguno de ellos había surgido del yermo, pero sus vidas se atenían todas a un mismo patrón. Su nacimiento había tenido lugar en sitios multitudinarios. Una ininteligible y apasionada nostalgia los había conducido al desierto. Habían vivido un tiempo más o menos largo entregados a la meditación y al abandono físico; y de tal experiencia habían vuelto con su mensaje imaginario ya articulado, listo para predicarlo a sus antiguos, y ahora descreídos, conciudadanos. Los fundadores de los tres grandes credos cumplieron este ciclo; sus posibles coincidencias demostraron ser una constante a la luz de las biografías paralelas de miríadas de otros parecidos, los infortunados que fracasaron, cuya profesión de fe podemos juzgar no menos sincera, pero a quienes el tiempo y la desilusión no habían aprestado almas resecas suficientes en las que prender su fuego. Para los pensadores de la ciudad, el impulso que los llevaba a Nitria había sido algo irresistible, no tanto porque encontraban a Dios morando allí, como porque en tales soledades podían escuchar con mayor certeza la voz interior que resonaba en ellos.

La base común de todos los credos semitas, victoriosos o derrotados, fue la omnipresente idea de la inanidad del mundo. Su profunda reacción contra la materia les llevaba a predicar la desnudez, el renunciamiento, la pobreza, y la atmósfera de semejante invención arrebataba implacable a las

mentes del desierto. Una primera captación de su sentido de la pureza de lo simple la obtuve en época temprana, en un viaje que efectué más allá de las polvorientas llanuras del norte de Siria, para visitar unas ruinas de la época romana, que los árabes creían construidas por un príncipe de la frontera como residencia del desierto para su reina. La cal de este edificio, decían, había sido mezclada para mayor riqueza, no con agua, sino con preciosos óleos de extracto de flores. Mis guías, olisqueando el aire como lebreles, me conducían de una a otra de las cochambrosas estancias, diciendo: «Esto es jazmín, esto violeta, esto rosas.»

Finalmente, Dahoum[8], llevándome consigo, me dijo: «Ven a oler el más suave perfume de todos», y penetramos en la estancia principal, donde a través de los boquetes abiertos en su lado este, sorbimos a boca llena el simple, vacío e inmóvil aire del desierto, vibrante de pasado. Aquel suave aliento venía de algún lugar distante, situado más allá del Éufrates y había viajado muchos días y noches sobre las hierbas muertas, hasta topar con su primer obstáculo, las murallas de humana factura de nuestro ruinoso palacio. En torno a ellas parecía agitarse y remolonear, murmurando con infantil balbuceo. «Esta», me dijeron

---

[8] Joven porteador árabe, cuyo verdadero nombre era Ahmed —*Dahoun* significa «el Oscuro» por antifrásis de su blanca piel— y de quien se sospechaba que mantenía relaciones sexuales con Lawrence, cuando éste trabajaba con sir Leonard Wooley en las excavaciones arqueológicas del norte de Mesopotamia, hacia 1911. *(N. del T.)*

«es la mejor: no tiene sabor.» Mis árabes habían vuelto la espalda a los perfumes y los lujos, para elegir aquellas cosas en las que la humanidad no tiene arte ni parte.

El beduino del desierto, nacido y crecido en él, había abrazado con toda su alma esta desnudez demasiado ardua para los demás, por la razón, sentida pero no expresada, de que en ella se encontraba libre sin lugar a dudas. Había perdido todos los lazos materiales, todas las comodidades y demás complicaciones, para lograr una libertad personal lastrada por el hambre y la muerte. No veía virtud alguna en la pobreza como tal, gozaba aún de pequeños vicios y lujos —café, agua fresca, mujeres— que aún conservaba. En su vida gozaba del aire y del viento, del sol y la luz, de los grandes espacios y del gran vacío. No había para él en la naturaleza ni esfuerzo humano ni fecundidad: sólo el cielo arriba y la tierra desnuda bajo sus pies. Allí, de manera inconsciente, se sentía cercano a Dios. Y Dios no era para él un ser antropomorfo, ni tangible, ni moral o ético, ni preocupado por el mundo o por él, ni siquiera un ser natural, sino *acromatos*, *askematiodos*, *anafés*[9], calificado de tal por despojamiento más que por investidura, un Ser omnicomprensivo, meollo y centro de toda actividad, y a quien la materia y la naturaleza meramente reflejan.

El beduino no podía contemplar a Dios en su interior, sentía con profunda certeza que era él quien

---

[9] En griego en el original: Incoloro, informe, inefable *(N. del T.)*

estaba dentro de Dios. No podía concebir nada que fuera o dejara de ser Dios el Único, el Grande; y con todo había una familiaridad, una cotidianidad de este climático Dios árabe, que era su comida, su lucha y su deseo, el más común de sus pensamientos, de sus recursos y compañía habituales, en un sentido imposible de concebir para aquellos que se hallan profundamente separados de Dios por su abrumadora indignidad carnal frente a él y por el decoro del culto formal que le tributan. Los árabes no encontraban incongruencia alguna en sumir a Dios en la debilidad y efímeros apetitos de sus causas menos presentables. Era la palabra que con más constancia y familiaridad resonaba en sus labios, y en verdad es mucha la elocuencia que perdemos al haberlo convertido en el más corto y feo de nuestros monosílabos.

Este credo del desierto parecía inexpresable en términos verbales, e incluso en términos mentales. Era fácil de sentir como una influencia, y quienes llevaban en el desierto lo bastante como para haber olvidado sus grandes espacios y su vaciedad, inevitablemente confiaban en Dios como el único refugio y el único ritmo de sus vidas. Los beduinos podían ser nominalmente sunníes o wahabíes, o de cualquier otra de las sectas del abanico semita, y al mismo tiempo tomarse esto bien poco en serio, a la manera de los vigías de la puerta de Sión, que bebían cerveza y se reían de Sión porque ellos mismos eran sionistas. Cada nómada tiene su propia religión revelada, no oral, ni tradicional, ni expresa, sino instintiva e íntima; y así es como

vemos que todos los credos semitas (por carácter como por esencia) acentúan al mismo tiempo la vaciedad del mundo y la plenitud de Dios; y según sean el poder y la ocasión del creyente viene a ser la expresión de aquéllos.

El habitante del desierto no podía esperar que otros aceptaran su creencia. Nunca había sido ni evangelizador ni prosélito. Había llegado a tan intensa condensación de Dios en sí mismo cerrando sus ojos al mundo, y a todas las complejas posibilidades latentes en sí mismo, que sólo el contacto con la riqueza y las tentaciones habría podido despertar. Llegaba a alcanzar así una segura y poderosa confianza, ¡pero en qué campo tan estrecho! Su estéril experiencia lo apartaba de la compasión y pervertía su especifidad humana tornándola a imagen y semejanza del yermo en que se escondía. Y, de acuerdo con ello, se hacía daño a sí mismo, no sólo para ser más libre, sino también para satisfacerse. De donde se seguía un deleite en el dolor, una crueldad que era para él superior a los más codiciados bienes. Extraía lujuria de la abnegación, del renunciamiento, de la autocontención. Transformaba la desnudez del espíritu en algo tan voluptuoso como la desnudez de los cuerpos. Salvaba sin lugar a dudas su alma, y se ponía a salvo de peligros, pero a costa de un endurecimiento egoísta. Su desierto se había convertido en una casa de hielo espiritual, en la que se preservaba intacta una imagen de la unidad de Dios, idéntica para todas las edades. Hacia dicha morada escapaban

temporalmente algunos hombres inquietos del mundo exterior, que desde ella observaban con desapego la naturaleza de la generación a la que habían de convertir.

Esta fe del desierto resultaba imposible de implantar en las ciudades. Era a la vez demasiado extraña, demasiado simple y demasiado impalpable para resultar exportable y de uso común. La idea básica de todas las creencias semitas se hallaba allí a la espera, pero debía disolverse antes de hacerse comprensible para nosotros. El grito del murciélago resultaba demasiado agudo para muchos oídos: el espíritu del desierto se escurría por entre las gruesas mallas de nuestra comprensión. Los profetas volvían del desierto con su atisbo de Dios, y en el mellado vehículo que eran ellos mismos (como a través de un espejo oscuro) mostraban parte de la majestad y el brillo cuya plena visión nos cegaría, nos ensordecería, nos impondría silencio, nos serviría como ha servido a los beduinos, para convertirnos en individuos groseros y alejados del mundo.

Los discípulos, en su esfuerzo por despojarse y despojar a sus conciudadanos de todas las cosas, de acuerdo con la palabra del maestro, tropezaban con la debilidad humana y fracasaban. Para poder vivir, el aldeano o el habitante de la ciudad debe satisfacer cada día los placeres de la adquisición y la acumulación, y superando las circunstancias convertirse en el más grosero y materialista de los humanos. El radiante menosprecio de la vida que a

otros había conducido al ascetismo lo llevaba a él a la desesperación. Se derrochaba a sí mismo, como un manirroto: malgastaba la herencia de su carne suspirando por un pronto fin. El judío metropolitano de Brighton, el avaro, el adorador de Adonia, y la sanguijuela del hervidero de Damasco son por igual signos de la capacidad semítica para el goce, y expresión del mismo nervio que nos muestra en el otro polo a los esenios, los primeros cristianos, o los primeros califas, entregados a mostrar el sendero del cielo a los pobres de espíritu. El semita pendula entre la pasión lujuriosa y la autonegación.

Los árabes podían ser tironeados de las ideas como de un ronzal; ya que la lealtad incondicional de sus mentes podía convertirlos en obedientes esclavos. Ninguno de ellos rompía el vínculo hasta haber logrado el éxito, con el que llegaban la responsabilidad, y el deber y los compromisos. En ese momento la idea se esfumaba y el trabajo llegaba a su término... hecho trizas. Sin un credo, podían ser arrastrados a las cuatro esquinas del mundo (pero no al cielo), con sólo mostrarles las riquezas de la tierra y sus placeres, pero, si en medio de la ruta, mientras eran arrastrados de tal manera, topaban con el profeta de una idea, que no tuviera donde posar su cabeza y dependiera para comer de la caridad o de los pájaros, de inmediato dejaban todo cuidado por las riquezas para seguir su inspiración. Eran incorregibles hijos de la idea, vulnerables y ciegos, para quienes espíritu y carne se hallaban fatal y permanentemente opuestos. Su

intelecto era retorcido y oscuro, lleno de depresiones y exaltaciones, falto de regla, pero más lleno de ardor y fértil en creencias que ningún otro en el mundo. Eran un pueblo de arranques, para el que lo abstracto era la motivación más fuerte, un proceso de infinito coraje y variedad, que acababa por desembocar en nada. Eran tan inestables como el agua, y como el agua quizá prevalecerían finalmente. Desde el alba de la vida, y en oleadas sucesivas, habían venido estrellándose contra los farallones de la carne. Ola tras ola rompían allí, pero, como el mar, arrancaban cada vez un trozo del granito contra el que fracasaban, hasta que un día, pasados los siglos, inundaban incontrolables el lugar donde se había alzado el mundo material, y Dios sobrevolaba entonces aquellas aguas. Fue una de tales olas (y no la menor) la que yo alcé y removí con el soplo de una idea, hasta que alcanzó su cresta y se desmoronó sobre Damasco. Lo que aquella ola lavó, una vez rechazada por la resistencia de las cosas inertes, dará la materia de la siguiente ola, cuando llegue el momento de que el mar se hinche de nuevo.

CAPÍTULO IV

La primera oleada por todas las márgenes del Mediterráneo había mostrado al mundo el poder que podían desplegar los árabes durante el breve intervalo de una intensa actividad física, pero, cuando el esfuerzo acabó por consumirse, la falta de resistencia y el carácter rutinario del intelecto semita se hicieron patentes. Las provincias que habían conquistado las abandonaron a la incuria, por simple disgusto de lo sistemático, y tuvieron que buscar ayuda en sus propios súbditos recién conquistados, o en extranjeros más vigorosos, para administrar sus mal tejidos y apenas incoados imperios. Así fue como, ya desde temprana época en la Edad Media, los turcos plantaron su pie en los estados árabes, primero como sirvientes, luego como ayudantes y finalmente como un grupo parasitario que iba sorbiendo la savia del viejo tronco político. La última fase de tal relación fue de enemistad, cuando los Hulagus o Tamerlanes empezaron a saciar su sed de sangre, quemando y destruyendo todo lo que ante ellos se alzaba con pretensiones de superioridad.

Las civilizaciones árabes tenían una naturaleza abstracta, más moral e intelectual que técnica, y su

falta de espíritu civil terminó por volver inútiles sus excelentes virtudes privadas. Fueron afortunadas en su época: Europa había caído en la barbarie, y la memoria de los conocimientos griegos y latinos se había borrado de las cabezas de los hombres. Por contraste, el ejercicio mimético de los árabes parecía civilizado, su actividad mental progresiva, y su configuración política próspera. Llegaron a prestar un verdadero servicio, al preservar parte de la herencia clásica para los siglos futuros.

Con la llegada de los turcos su dicha pasó a ser un sueño. Poco a poco, los semitas de Asia fueron siendo uncidos a su yugo, y quedaron sometidos a una lenta agonía. Sus bienes les fueron arrebatados; y su espíritu se apergaminó bajo el reseco soplo de un gobierno militar. El dominio turco fue un dominio policial, y la teoría política turca era tan burda como su práctica. Los turcos enseñaron a los árabes que los intereses sectarios eran más importantes que los patrióticos, que los pequeños intereses provinciales eran superiores a los de interés nacional. Los condujeron, fomentando sutilmente las disensiones, a desconfiar unos de otros. La misma lengua árabe quedó proscrita de cortes y ministerios, de la administración pública y de las escuelas superiores. Los árabes sólo podían llegar a servir al Estado sacrificando sus caracteres raciales; tales medidas no fueron fácilmente aceptadas. La tenacidad semítica se manifestó en las múltiples rebeliones que tuvieron lugar en Siria, Mesopotamia y Arabia contra las crecientes formas de penetración

turca, y se presentó no menor resistencia ante los más insidiosos intentos de absorción. Los árabes no estaban dispuestos a renunciar a su rica y flexible lengua en favor del rudo idioma turco; en vez de esto, infectaron el turco de palabras árabes, y conservaron los tesoros de su propia literatura.

Perdieron su sentimiento geográfico y su memoria racial, política e histórica; pero se aferraron aún con mayor fuerza a su lengua, y la erigieron casi en su propia y real patria. El primer deber de todo musulmán era estudiar el Corán, el libro sagrado del Islam, y casualmente el más grande monumento literario árabe. La idea de que esta religión les era propia, y que sólo su lengua les permitía comprenderla y practicarla con propiedad, dio a cada árabe un patrón con que medir los fútiles logros de los turcos.

Luego, vino la revolución turca, la caída de Abdul Hamid y el triunfo de los Jóvenes Turcos. El horizonte pareció ensancharse momentáneamente para los árabes. El movimiento de los Jóvenes Turcos era una rebelión contra la concepción jerárquica del Islam y la teoría panislámica del viejo sultán, que aspiraba, desde su puesto de director espiritual del mundo islámico, a convertirse también (sin apelación) en director de sus asuntos temporales. Los jóvenes políticos turcos se rebelaron contra él y lo encerraron en prisión, bajo el impulso de las teorías constitucionales del Estado soberano. De este modo, en el momento mismo en que en la Europa Occidental las nacionalidades empezaban a perder importancia frente al internacionalismo, y toda

Europa empezaba a retemblar con el ruido de guerras bien alejadas de los problemas raciales, el Asia Occidental empezaba a saltar del universalismo a la política nacionalista, y empezaba a soñar con guerras orientadas a conseguir el autogobierno y la soberanía nacional, en vez de la fe y el dogma. Dicha tendencia había hecho su primera aparición sonada en el Próximo Oriente, dentro del ámbito de los Balcanes, y había impulsado a los pequeños estados allí surgidos a arrostrar un martirio sin precedentes hasta conseguir la meta de su separación de Turquía. Posteriormente, habían surgido movimientos nacionalistas en Egipto, la India, Persia, y finalmente en la misma Constantinopla, donde se vieron fortalecidos y apuntalados por las nuevas ideas americanas en materia de educación, ideas que, al difundirse en la vieja atmósfera oriental, crearon una mezcla explosiva. Las escuelas americanas, donde la enseñanza se llevaba a efecto sobre la base del libre examen, promovieron el distanciamiento científico y el libre intercambio de puntos de vista. Sin pretenderlo, propiciaron de este modo la revolución, ya que resultaba imposible para cualquiera ser moderno en Turquía y a la vez un súbdito leal cuando había nacido en el seno de una de las razas —griegos, kurdos, árabes, armenios o albaneses— sobre las cuales los turcos llevaban tanto tiempo ejerciendo su dominio.

Los Jóvenes Turcos, confiados en su éxito inicial, se vieron arrastrados por la lógica de sus principios, yen reacción contra el panislamismo, predicaron la

fraternidad otomana. Las crédulas razas sometidas —mucho más numerosas que los turcos mismos— pensaron que serían llamadas a cooperar en la construcción de un Oriente nuevo. Apresurándose a poner manos a la obra (empachados de Herbert Spencer y Alexander Hamilton) crearon plataformas de ideas de amplio alcance, y saludaron a los turcos como camaradas. Los turcos, aterrorizados por las fuerzas que ellos mismos habían liberado, atajaron el fuego con la misma premura con que lo habían atizado. Una Turquía turca para los turcos —*Yeni-Turan*— pasó a ser el grito de guerra. Posteriormente, esta consigna intentaría aplicarse al rescate de sus hermanos irredentos, las poblaciones turcas del Asia Central sometidas a Rusia; pero, ante todo, debían purgar a su imperio de todas las razas sometidas que ponían en cuestión su dominio. Los árabes, el más amplio componente extranjero de Turquía, fueron los primeros. Y, para ello, los delegados árabes fueron dispersados, las sociedades secretas árabes prohibidas y los notables árabes proscritos. Las manifestaciones árabes y la lengua árabe fueron suprimidos por Enver Pachá con mayor virulencia aún que en tiempos de Abdul Hamid.

Sin embargo, los árabes habían logrado paladear la libertad: no podían cambiar sus ideas tan rápidamente como su conducta; y los espíritus más fuertes entre ellos no fueron fáciles de doblegar. Leían los periódicos turcos, poniendo «árabe» donde decía «turco» en las exhortaciones patrióticas. La represión los llenó de una

malsana violencia. Privados de salidas constitucionales se echaron en brazos de la revolución. Las sociedades árabes pasaron a la clandestinidad, y los clubes liberales se convirtieron en sociedades conspirativas. La Ajua, el grupo madre de todas las sociedades árabes, fue oficialmente disuelta. Pero fue sustituida en Mesopotamia por la peligrosa Ahad, una hermandad secreta, limitada casi en exclusiva a los oficiales árabes del ejército turco, que juraron adquirir de sus amos los conocimientos militares precisos para volverlos contra ellos, en servicio del pueblo árabe, cuando llegara el momento.

Era una sociedad secreta numerosa, con una base segura en la parte más salvaje del Irak meridional, donde Sayid Taleb, el joven John Wilkes del movimiento árabe, mantuvo el poder en sus poco escrupulosos dedos. A ella pertenecían siete de cada diez oficiales de origen mesopotámico; y la pertenencia a ella era tan secreta que hubo miembros que ocuparon altos puestos de mando en el ejército turco hasta el final. Cuando finalmente se produjo el choque, y Allenby avanzó a lomos de Armaggedon y Turquía cayó rendida, uno de los vicepresidentes de la sociedad comandaba los últimos restos de los ejércitos con base en Palestina ya en retirada y otro dirigía las fuerzas turcas estacionadas al otro lado del Jordán, en la zona de Ammán. Aun, después del armisticio, altos puestos de la administración turca estaban en manos de individuos dispuestos a volverse contra sus amos a una orden de sus líderes árabes. A la mayor parte de

ellos la orden nunca les llegó, ya que las sociedades secretas eran fundamentalmente agrupaciones pro árabes, que querían luchar sólo por la independencia árabe, y no veían ninguna ventaja en apoyar a los Aliados frente a los turcos, ya que nunca creyeron en las garantías que les habíamos dado sobre su libertad. En realidad, muchas de ellas preferían una Arabia unida por Turquía, bajo un humillante sometimiento, que una Arabia dividida y sujeta al más suave control de las potencias europeas, mediante el reparto en esferas de influencia.

Mayor aún que el Ahad fue el Fetah, la sociedad de la libertad implantada en Siria. Los terratenientes, los escritores, los médicos, y los altos miembros de la administración pública se unieron en el seno de esta sociedad, mediante juramentos comunes, consignas, una prensa y una tesorería centrales, para arruinar al Imperio Turco. Con la ruidosa facilidad de los sirios —un pueblo de gran capacidad mimética y con la rápida inteligencia de los japoneses, pero mucho más superficial— construyeron en poco tiempo una formidable organización. Buscaron ayuda en el exterior, y esperaban que la libertad les llegaría a través de la súplica, y no del sacrificio. Estrecharon lazos con Egipto, con el Ahad (cuyos miembros, con verdadera adustez mesopotámica, los despreciaban), con el jerife de La Meca y con Gran Bretaña; buscando en todas partes el aliado que pudiera servirles en cada ocasión. Eran igualmente clandestinos hasta la muerte; y el Gobierno, aunque sospechaba de su existencia, no

pudo hallar nunca claras pruebas acerca de sus líderes o miembros. Tuvo que contenerse hasta poder reunir pruebas irrefutables, para no disgustar a los diplomáticos franceses e ingleses, que hacían en Turquía el papel de una moderna opinión pública. La guerra de 1914 alejó a tales agentes, y dejó las manos libres al gobierno turco.

La movilización puso todo el poder en manos de Enver, Talaad y Yemal, que eran a la vez los más despiadados, los más ambiciosos y los más lógicos de los Jóvenes Turcos. Se impusieron la tarea de aplastar a todas las corrientes no turcas del Estado, y especialmente a los nacionalismos árabe y armenio. Como primer paso, hallaron una sofisticada y cómoda arma en los papeles secretos del cónsul francés en Siria, que dejó tras de sí en el consulado copias de la correspondencia (sobre la liberación árabe) que había intercambiado con un club secreto árabe, no conectado con el Fetah, pero compuesto por lo más representativo y menos peligroso de la *inteligentsia* de la costa siria. Los turcos, por supuesto, estaban encantados, ya que la agresión «colonial» francesa en el norte de África había otorgado a los franceses una negra reputación en todo el Islam de lengua árabe, lo que sirvió a Yemal para mostrar a sus correligionarios que los nacionalistas árabes eran lo suficientemente infieles como para preferir Francia a Turquía.

En Siria, por supuesto, sus revelaciones no causaron sorpresa; pero los miembros de la sociedad eran gente conocida y respetada, incluso

pertenecientes al escalafón académico; y sus arrestos y condenas, así como el cúmulo de deportaciones, exilios y ejecuciones a que el juicio dio lugar, conmovieron las entrañas del país, y mostraron a los árabes del Fetah que si no aprendían bien esta lección recaería también sobre ellos la suerte de los armenios. Éstos habían sido desarmados y despedazados, los hombres, por una matanza en masa, las mujeres y los niños, por marchas y contramarchas a través de las rutas invernales hacia el desierto, donde, desnudos y hambrientos, eran presa de quien quisieran aprovecharse de ellos, hasta ser alcanzados por la muerte. Los Jóvenes Turcos habían destruido a los armenios, no porque fueran cristianos, sino por ser armenios; y por la misma razón metían en la misma prisión a los árabes, tanto cristianos como musulmanes, y los colgaban del mismo patíbulo. Yemal Pachá logró aglutinar a todas las clases y credos de Siria, bajo la presión de una misma amenaza y humillación, haciendo así posible una rebelión concertada.

Los turcos sospechaban de los oficiales y soldados árabes de su ejército, y esperaban poder emplear con ellos la táctica de la dispersión que tan bien les había servido con los armenios. Al principio las dificultades del transporte se interpusieron en su camino, lo que produjo una peligrosa concentración de divisiones árabes (casi un tercio del ejército turco original era de lengua árabe) en el norte de Siria, a principios de 1915. Despejaron este peligro, tan pronto como les fue

posible, enviándolos a Europa, a los Dardanelos, al Cáucaso o al Canal, a cualquier parte, con tal de que fueran emplazados cuanto antes en la primera línea de fuego, o alejados al menos de la vista y la ayuda de sus compatriotas. Una «Guerra Santa» fue proclamada para otorgar a la bandera de la «Unión y Progreso» parte de la tradicional santidad que tenía el grito de guerra del califa a los ojos de los viejos elementos clericales; y el jerife de La Meca fue invitado —o más bien conminado— a hacerse eco de dicho grito.

CAPÍTULO V

La posición del jerife de La Meca venía siendo anómala desde hacía tiempo. El título de «jerife» implicaba una descendencia de Mahoma por vía de su hija Fátima, y de Hasán, su hijo mayor. Los auténticos jerifes se hallaban inscritos en el árbol familiar, un inmenso rollo conservado en La Meca, bajo la custodia del emir de La Meca, el jerife de jerifes electivo, a quien se suponía como el más noble y venerable de todos. La familia del profeta había detentado el poder temporal en La Meca durante los últimos novecientos años, y estaba formada por unas doscientas personas.

Los antiguos gobiernos otomanos habían contemplado a este clan de manticráticos pares con una mezcla de reverencia y desconfianza. Puesto que eran demasiado poderosos para ser destruidos, el sultán salvaguardaba su dignidad confirmando al emir en su puesto. Esta vacía aprobación fue adquiriendo dignidad con el paso del tiempo, hasta que los nuevos detentadores empezaron a sentir que de hecho añadía un sello final a la elección. Finalmente, los turcos se dieron cuenta de que necesitaban tener el Heyaz bajo su directo e incuestionable control, como parte del

montaje escénico de su nueva idea panislámica. La ocasión de la apertura del Canal de Suez les proporcionó la disculpa para establecer guarniciones en las ciudades santas. Proyectaron a partir de este momento el ferrocarril del Heyaz, e incrementaron la influencia turca entre las tribus de la zona mediante la distribución de dinero y armas, y mediante intrigas.

Según el sultán iba afianzando su poder en el Heyaz, fue aventurándose en cada vez mayor medida a ponerse por encima del jerife, en La Meca misma, hasta atreverse a deponer a un jerife demasiado ambicioso para su gusto, y nombrar como sucesor a un miembro de la familia rival del clan, que había hallado en la disensión el modo de conseguir ventajas. Finalmente, Abdul Hamid ordenó trasladar a Constantinopla a parte de la antigua familia gobernante, a la que mantuvo en una dorada cautividad. Entre los miembros de dicha familia se hallaba Hussein ibn Ali, el futuro gobernante, que fue mantenido como prisionero durante dieciocho años. Lo que le dio la oportunidad de proporcionar a sus hijos —Alí, Abdullah, Feisal y Zeiduna moderna educación y una experiencia que posteriormente les serían de gran ayuda para conducir al éxito a los ejércitos árabes.

Tras la caída del Abdul Hamid, los mucho menos astutos Jóvenes Turcos cambiaron de política y devolvieron al jerife Hussein a La Meca, nombrándolo emir. Inmediatamente se puso éste manos a la obra para restaurar el poder del emirato, y afianzarse a sí mismo sobre la antigua base de su poderío,

manteniendo entre tanto estrechos y amistosos lazos con Constantinopla, a través de sus hijos, Abdulla, vicepresidente del Parlamento turco, y Feisal, diputado por Yidda. Éstos le mantuvieron informado de las opiniones políticas que corrían por la capital, hasta el estallido de la guerra, momento que aprovecharon para volver a toda prisa a La Meca.

La ruptura de hostilidades provocó agitaciones en el Heyaz. La peregrinación quedó interrumpida, y con ello las rentas y negocios de las Ciudades Santas. Había razones para temer que los barcos de suministro alimentario de la India dejaran de llegar (dado que el jerife, técnicamente, había pasado a convertirse en un súbdito enemigo); y puesto que la provincia apenas producía alimentos propios, resultaba precario tener que depender de la buena voluntad de los turcos, que podían condenarlos al hambre cerrando el ferrocarril de Heyaz. Hussein nunca había estado hasta entonces a la entera merced de los turcos, y en este desdichado momento ellos necesitaban de manera particular su adhesión al «Yehad», la Guerra Santa, que habían proclamado todos los musulmanes contra la Cristiandad.

Para llegar a ser popular, esa guerra debía ser sancionada por La Meca; y en caso de serlo, todo Oriente podía quedar bañado en sangre. Hussein era un personaje honorable, sagaz, obstinado y profundamente piadoso. Comprendía que la Guerra Santa era doctrinalmente incompatible con una guerra de agresión, y resultaba absurda teniendo como aliado

a un país cristiano: Alemania. Así que rechazó la exigencia turca, al tiempo que con toda dignidad apelaba a los Aliados para que su provincia no muriese de hambre por algo de lo que su gente no era culpable. Los turcos, en respuesta, implantaron de inmediato el bloqueo del Heyaz, mediante un control estrecho del tráfico de peregrinos por ferrocarril. Los británicos, por su parte, dejaron abierta su zona de la costa para la entrada de cargueros con víveres, bajo control especial.

La exigencia turca, no obstante, no fue la única que recibió el jerife. En enero de 1915, Yisin, jefe de los oficiales mesopotámicos, Ali Riza, jefe de los oficiales de Damasco, y Abd el Ghani el Areisi, en nombre de los civiles sirios, le hicieron llegar una propuesta concreta para llevar a cabo un motín militar en Siria contra los turcos. Los pueblos oprimidos de Siria y Mesopotamia, y los comités del Ahad y del Fetah, apelaban a él como padre de los árabes, musulmán de musulmanes, príncipe supremo, y principal notable del Islam, para salvarlos de los siniestros designios de Tallat y Yemal.

Hussein, como político, como príncipe, como musulmán, como modernista, y como nacionalista, se vio obligado a escuchar su petición de ayuda. Envió, pues, a Feysul, su tercer hijo, a Damasco, para discutir sus proyectos como representante suyo, y para prepararle un informe. Envió también a Alí, su hijo mayor, a Medina, con órdenes de reclutar, con cualquier disculpa que se le ocurriera, tropas entre los

aldeanos y tribeños del Heyaz, y tenerlos dispuestos para entrar en acción tan pronto lo ordenara Feisal. Abdulla, su muy político hijo segundo, debía tantear a los ingleses por carta, para averiguar cuál sería su actitud ante la eventualidad de una rebelión árabe contra Turquía.

Feisal informó en enero de 1915 que las condiciones locales eran buenas, pero que la guerra generalizada no iría bien para sus propias esperanzas. En Damasco había tres divisiones de tropas árabes dispuestas para la rebelión. En Alepo, con dos divisiones más, inficionadas de nacionalismo árabe, había la certeza de que se alzarían también en cuanto las otras entraran en combate. Había tan sólo una división turca en este lado del Tauro, de modo que era seguro que los rebeldes podrían apoderarse de Siria al primer intento. Por otro lado, la opinión pública se hallaba menos dispuesta a aceptar medidas extremas, y la clase militar se hallaba totalmente convencida de que Alemania ganaría la guerra, y que lo haría muy pronto. No obstante, si los Aliados lograban desembarcar su cuerpo expedicionario australiano (sometido a entrenamiento en Egipto por entonces) en Alexandretta, cubriendo de este modo el flanco sirio, podría entonces arrostrarse con ciertas seguridades la posibilidad de una victoria final alemana y de una paz separada con Turquía.

Siguió a esto un compás de espera mientras los Aliados trasladaban su campo de operaciones a los Dardanelos, en vez de hacer el desembarco en

Alexandretta. Feisal siguió sus pasos para disponer de una información de primera mano sobre la situación de Gallípoli, dado que la derrota turca allí podría ser la señal para la rebelión árabe. Siguió a esto un estancamiento de meses en la campaña de los Dardanelos. En aquella carnicería lo que quedaba de los ejércitos turcos de primera línea quedó totalmente destruido. El desastre de las pérdidas acumuladas resultó tan grande para Turquía que Feisal volvió a Siria, juzgando que aquél era el momento adecuado para dar el golpe, pero se encontró que entre tanto la situación local había experimentado un giro desfavorable.

Sus principales puntales sirios se hallaban bajo arresto o huidos, y sus amigos, bajo la amenaza de penalizaciones políticas. Pudo averiguar que las bien dispuestas divisiones árabes habían sido trasladadas a frentes alejados, o habían sido dispersadas entre las unidades turcas. El campesinado árabe, por su parte, había sido llamado a filas, para servir en el ejército turco, y Siria se hallaba postrada bajo la implacable férula de Yemal Pachá. Sus bazas habían desaparecido.

Escribió a su padre aconsejándole un nuevo retraso de las operaciones, hasta que Inglaterra se hallara bien preparada y Turquía a punto de hundirse. Desgraciadamente, Inglaterra se hallaba en una situación deplorable. Sus fuerzas se batían en retirada en el frente de los Dardanelos. La lenta agonía de Kut entraba en su último tramo, y el alzamiento senussí,

que había coincidido con la entrada en guerra de Bulgaria, suponía una nueva amenaza en uno de sus flancos.

La posición de Feisal era azarosa en extremo. Se hallaba a merced de los miembros de la sociedad secreta siria, cuyo presidente había sido él antes de la guerra. Tenía que vivir como huésped de Yemal Pachá en Damasco, poniendo al día sus conocimientos militares, mientras su hermano Alí se hallaba reclutando tropas en el Heyaz, con el pretexto de que él y Feisal las conducirían sobre el Canal de Suez en apoyo de los turcos. De modo que Feisal, como buen otomano y funcionario de la administración turca, tenía que vivir en los cuarteles, y soportar con buena cara los insultos y humillaciones que el perdonavidas de Yemal prodigaba a su raza.

Yemal llamaba a Feisal y lo llevaba a ver cómo ahorcaban a sus amigos sirios. Las víctimas no se atrevían a mostrar que conocían las verdaderas intenciones de Feisal, así como éste cuidó de que ni su lengua ni sus ojos, llegaran a traicionarlo, ya que la menor revelación en este sentido hubiera condenado a la misma suerte a su familia y quizás a su raza entera. Sólo en una ocasión dejó escapar que aquellas ejecuciones costarían a Yemal todo lo que estaba tratando de evitar; y hubieron de interceder por él sus amigos de Constantinopla, grandes personajes turcos, para salvarlo de cuanto aquellas duras palabras hubieran podido costarle.

La correspondencia de Feisal con su padre era ya de por sí una aventura. Se comunicaban por medio de viejos clientes de la familia, hombres libres de toda sospecha, que recorrían en ambas direcciones la línea férrea del Heyaz, portando las cartas en la empuñadura de sus espadas, en el interior de panes y pasteles, cosidos a la suela de sus sandalias o escritas con escritura invisible sobre el envoltorio de paquetes en apariencia inocuos. En todas ellas Feisal trasmitía las noticias desfavorables, y rogaba a su padre que pospusiera su entrada en acción en espera de tiempos más propicios.

Hussein, sin embargo, no se dejaba amilanar por los desánimos del emir Feisal. Los Jóvenes Turcos, a sus ojos, constituían un grupo impío de trasgresores de su credo y de todo humano deber, traidores al espíritu de su tiempo y a los más altos intereses del Islam. Aunque era ya un viejo de sesenta y cinco años, se hallaba firmemente decidido a llevar la guerra contra ellos, confiando en que la justicia compensaría todas las pérdidas. Hussein confiaba de tal manera en Dios que todo su sentido militar quedaba ofuscado ante esto, y pensaba que era posible que el Heyaz luchara por sí solo contra Turquía en buena liza. Así que envío a Abdul Kader el Abdu con una carta para Feisal en la que decía que todo estaba ya listo para su inspección en Medina, antes de que las tropas empezaran a marchar hacia el frente. Feisal informó de esto a Yemal, y le pidió permiso para partir hacia el sur, a lo que aquél, para su gran disgusto, le informó de que

Enver Pachá, el generalísimo, estaba de camino hacia la provincia, y que visitarían juntos Medina e inspeccionarían las tropas. Feisal había planeado levantar la bandera carmesí de su padre tan pronto pusiera el pie en Medina cogiendo así desprevenidos a los turcos; y he aquí que se veía embarcado con dos huéspedes no previstos, a los que la ley árabe de la hospitalidad impedía hacer daño, y que probablemente retardarían tanto la puesta en marcha de su plan que todo el secreto de la rebelión acabaría por saberse.

Finalmente, todo se desarrolló de la mejor manera posible, aunque la revista de las tropas constituyó una terrible ironía. Enver Yemal y Feisal contemplaron las evoluciones de la tropa en la polvorienta llanura que se extendía en las afueras de la ciudad, corriendo de un lado para otro en un simulacro de batallas de camellos, o espoleando a sus caballos en el juego de la jabalina, según la inmemorial costumbre árabe. «¿Y todos éstos son voluntarios de la Guerra Santa?», preguntó finalmente Enver, volviéndose a Feisal. «Sí», dijo éste. «¿Y están dispuestos a luchar a muerte contra los enemigos de la fe?» «Sí», respondió de nuevo, y a continuación los jefes árabes se acercaron para ser presentados, y el jerife Alí ibn el Hussein, de Modhig, llevó a Feisal a un aparte y le susurró; «Señor, ¿los matamos ahora?», a lo que éste dijo: «No, son nuestros huéspedes.»

Los jeques expresaron su protesta, ya que creían que podían acabar la guerra en un abrir y cerrar de ojos. Estaban decididos a forzar la mano de Feisal; y

éste hubo de dirigirse a ellos y, lejos de los oídos de los turcos, pero a plena vista de ellos, abogó por la vida de quienes habían conducido a sus mejores amigos al patíbulo. Finalmente, tuvo que presentar disculpas, llevarse a toda prisa el grupo hacia la ciudad, defender la sala del banquete con piquetes de esclavos afectos a su servicio, y escoltar a Enver y a Yemal hasta Damasco, para salvarlos de una muerte segura en el camino. Explicó tan alambicada cortesía diciendo que era costumbre árabe darlo todo por honrar a los huéspedes; pero Enver y Yemal, entrando en sospechas por cuanto habían visto, impusieron un riguroso bloqueo del Heyaz y ordenaron reforzar sus guarniciones allí con tropas turcas. Intentaron arrestar a Feisal en Damasco; pero los insistentes telegramas llegados de Medina reclamando su inmediata vuelta para evitar desórdenes hicieron que Yemal lo dejara partir contra su voluntad, a condición de dejar tras de sí, como rehenes, a todo su séquito. Feisal se encontró con una Medina atestada de tropas turcas, además del estado mayor y los cuarteles generales del 12.° Cuerpo de Ejército, bajo el mando de Fajri Pachá, el valeroso y viejo carnicero que había «purificado» de armenios a sangre y fuego Zeitun y Urfa. Era evidente que los turcos se hallaban sobre aviso, y las esperanzas de Feisal de un alzamiento por sorpresa, que consiguiera la victoria sin apenas disparar un tiro, se había convertido ya en algo imposible. No obstante, era ya demasiado tarde para la prudencia. Desde Damasco, su séquito escapó a uña de caballo cuatro días más

tarde, yendo a refugiarse en el desierto bajo la protección de Nuri Shaalan, el jefe beduino, y ese mismo día Feisal jugó su baza. Al levantar en rebeldía la bandera árabe, tanto el Estado supranacional panislámico, por el que Abdul Hamid tanto había luchado y matado, y por el que finalmente había muerto, así como las esperanzas germanas de cooperación con el Islam, dentro de los planes a escala mundial del Kaiser, pasaron al mundo de los sueños. Con el solo hecho de su rebelión, el jerife había clausurado definitivamente estos dos fantasiosos capítulos de la historia.

La rebelión era el más grave paso político que podía tomarse en aquellas circunstancias, y el fracaso o el éxito de la revuelta árabe era una apuesta demasiado azarosa para poder prever su desenlace. Por una vez, con todo, la suerte favoreció al audaz jugador, y la epopeya árabe empezó a hollar su tormentoso sendero entre la debilidad, el dolor y la duda, hasta la victoria final. Era el justo término de una aventura en la que se había arriesgado mucho, pero tras la victoria se produjo un lento período de desilusión, y tras él una noche oscura en la que quienes habían participado en la lucha se dieron cuenta de que sus esperanzas habían fracasado. Ahora, finalmente, tal vez hayan podido conseguir la limpia paz final, en el convencimiento de haber logrado algo inmortal, que servirá de luminosa inspiración a los hijos de su raza.

CAPÍTULO VI

Había pasado muchos años recorriendo de un lado para otro el Oriente semita antes de la guerra, aprendiendo las costumbres de los campesinos, tribeños y gentes de ciudad de Siria y Mesopotamia. Mi pobreza me había obligado a mezclarme con las clases más humildes, aquellas con las que raramente entran en contacto los viajeros europeos, de modo que mis experiencias me proporcionaron un punto de vista inusitado, que me capacitó para comprender tanto a la gran masa de los ignorantes como a aquellos ilustrados cuya opinión es de peso, no tanto para el presente, como para el mañana. Además de esto, había podido observar en parte el modo como las fuerzas políticas actúan en la mente de los habitantes del Oriente Medio, y, en particular, había podido apercibirme de los claros signos de decadencia que por todas partes mostraba el poder imperial turco.

Turquía estaba muriendo de sobreagotamiento, como consecuencia del intento de mantener, con disminuidos recursos, y sobre bases tradicionales, la totalidad del imperio que le había sido legado. La espada había encarnado la fuerza de los hijos de

Otmán, y las espadas habían pasado de moda, superadas por armas mucho más científicas y mortales. La vida se había hecho demasiado complicada para aquel pueblo infantil, cuya fuerza radicaba en su simplicidad, en su paciencia y en su capacidad de sacrificio. Eran la más lerda de las razas asiático-occidentales, poco aptos para adecuarse a las nuevas ciencias del gobierno y de la vida, y aún menos aptos para inventar ningún nuevo arte por sí mismos. Su administración se había convertido necesariamente en pura cuestión de archivos y telegramas, altas finanzas, eugenesia y cálculo. Inevitablemente, los viejos gobernantes, que habían gobernado por la simple fuerza de su carácter o de sus armas, y que eran iletrados, directos y personales, habían pasado a mejor vida. Habían sido sustituidos por hombres nuevos, dotados de la agilidad y flexibilidad suficientes para hacerse cargo de la maquinaria. El superficial y semiinstruido comité que formaban los Jóvenes Turcos estaba constituido por descendientes de griegos, albaneses, circasianos, búlgaros, armenios y judíos, todo menos verdaderos selyúcidas u otomanos. El pueblo dejó de sintonizar con sus gobernantes, cuya cultura real era oriental y cuya teoría política era francesa. Turquía había entrado en decadencia; y sólo el cuchillo podía prolongar su salud.

Encariñados con su vieja manera de actuar, los anatolios seguían siendo unas bestias de carga en sus propias aldeas y unos estoicos soldados lejos de ellas, mientras las razas sometidas del Imperio, que

formaban las casi siete décimas partes del total de su población, iban ganando en fuerza y en conocimientos, ya que su falta de tradición y de responsabilidad, así como sus mentes más rápidas y flexibles, les predisponían a aceptar las nuevas ideas. El antiguo pavor y la supremacía otorgada al poder turco empezaron a difuminarse al poder establecer comparaciones más amplias. El nuevo equilibrio de fuerzas entre Turquía y sus provincias sojuzgadas hizo que la primera fuera aumentando sus guarniciones para poder conservar sus territorios. Trípoli, Albania, Tracia Yemen, Heyaz, Siria, Mesopotamia, Kurdistán y Armenia eran otros tantos saldos desfavorables, sangrías económicas echadas sobre las espaldas de los campesinos anatolios, que cada día reclamaban mayores gastos. Esta carga iba haciéndose cada vez más pesada para las pobres aldeas turcas, al tiempo que las empobrecía cada vez más.

Los hombres llamados a filas aceptaban su sino sin queja, resignados, según la costumbre del campesinado turco. Eran como corderos, neutros tanto para el vicio como para la virtud. Dejados a su libre albedrío, se quedaban sin hacer nada, o se sentaban lerdamente sobre el suelo. Si se les mandaba ser amables, podían llegar a ser tan buenos amigos y tan generosos enemigos como pueda imaginarse. Si, por el contrario, se les ordenaba humillar a sus padres y deshonrar a sus madres, lo hacían con la misma calma, como si no hicieran nada, o como si hicieran una buena acción. Había en ellos una desesperada y férvida falta

de iniciativa, que los convertía en los más maleables, los más sufridos y los menos animosos de cuantos soldados hay en el mundo.

Tales hombres eran víctimas naturales de sus ostentosos y viciados jefes de cepa oriental, que los conducían a la muerte o los derrochaban por pura negligencia, sin importarles el número. Más aún, incluso servían de válvula de escape para las más bajas pasiones de sus mandos. Y tan bajo los valoraban estos que no utilizaban con ellos ninguna de las precauciones habituales. El examen médico de varios grupos de prisioneros turcos dio como resultado que casi la mitad de ellos había adquirido enfermedades venéreas por vías antinaturales. Ni la sífilis ni otras enfermedades similares eran conocidas en el campo; y las infecciones pasaban de hombre a hombre en cada batallón, donde los reclutas servían durante seis o siete años, hasta que al final de su servicio militar, los supervivientes, cuando procedían de familias honestas, sintiéndose avergonzados de tener que volver en tal estado a sus casas, ingresaban en la gendarmería, o pasaban a engrosar el número de los desarraigados que se ocupan de los trabajos menos estables y peor pagados de las ciudades, lo que hizo que la tasa de nacimientos descendiera. El campesino turco de Anatolia iba feneciendo así a causa del servicio militar.

Cualquiera podía ver que era precisa la aparición de un factor nuevo en Oriente, algún poder o raza que superara a los turcos en número, en capacidad y en

actividad mental. Ningún indicio nos daba la historia para pensar que tales cualidades pudieran ser exportadas desde Europa como productos manufacturados. Los esfuerzos de las potencias europeas por conservar sus posiciones en el Oriente asiático habían dado generalmente resultados desastrosos y no había en Occidente pueblo al que quisiéramos tan mal como para animarlo a realizar nuevos intentos en este mismo sentido. Nuestros sucesores y las soluciones a aplicar debían ser locales y afortunadamente el nivel de eficiencia requerido era el marcado por las condiciones locales. El único competidor era Turquía; y Turquía estaba podrida.

Empezó a surgir entre nosotros la idea de que había en los pueblos árabes (que formaban el componente más amplio del viejo Imperio turco) un potencial latente suficiente y aún no empleado; se trataba de un prolífico conglomerado semita, dotado de un gran pensamiento religioso, razonablemente industrioso, mercantil y político, y a pesar de todo de carácter fiable y no dominador. Habían estado durante cinco siglos sometidos a la férula turca, y empezaban a soñar con liberarse; de modo que, cuando finalmente Inglaterra se vino a las manos con Turquía, y la guerra estalló a la vez en Oriente y en Occidente, los que creímos ver en ello una premonición del futuro dirigimos todos nuestros esfuerzos a conseguir que Inglaterra ayudara a la erección del nuevo mundo arábigo que empezaba a surgir en Asia.

No éramos muchos; y casi todos nos agrupábamos en torno a Clayton, el jefe del Servicio de Inteligencia, tanto civil como militar, en Egipto. Clayton constituía un perfecto líder para el grupo de tipos asilvestrados que todos nosotros éramos. Era un tipo tranquilo, distante, clarividente, y animosamente inconsciente a la hora de asumir responsabilidades. Sus puntos de vista eran tan generales como sus conocimientos; y actuaba más dejando sentir su influencia que su mando directo. Y no resultaba sencillo librarse de su influencia. Era como el agua, o el aceite, que todo lo empapa, y silenciosa e insistentemente va penetrándolo todo. No era posible decir dónde estaba o dónde dejaba de estar Clayton, y cuál era su verdadera participación en cada asunto. Nunca expresaba su mando de forma visible; pero sus ideas se traslucían en todo cuanto hacía; impresionaba a la gente por su sobriedad, y por una constante e inamovible moderación en sus expectativas. En cuestiones prácticas era disperso, irregular y desordenado, un hombre a quien los tipos independientes podían soportar.

El primero de nosotros era Ronald Storrs, secretario para Oriente de la Residencia, el inglés más brillante de todo el Oriente Próximo, y un tipo sutilmente eficiente, a pesar de su derroche de energías como amante de la música y de las letras, de la escultura, de la pintura y de cualquier mundanal fruto que fuera bello. No obstante lo cual, Storrs sembraba lo que nosotros madurábamos, y era siempre el primero y el más grande entre nosotros. Su sombra habría cubierto

como una capa toda nuestra labor y la política británica en Oriente, de haber sido capaz de negarse para el mundo, y haber preparado su cuerpo y su mente con el denuedo de un atleta que se entrena para una gran lucha.

George Lloyd formaba parte de nuestro grupo. Era un tipo que daba confianza, y con sus conocimientos financieros demostró ser un guía seguro en el laberinto del comercio y la política, además de un profeta que supo definir los futuros cauces del Oriente Medio. Jamás hubiéramos logrado hacer tanto en tan corto tiempo sin su ayuda; pero era un alma inquieta, más ávido de degustar la variedad que de ir hasta el fondo. Necesitaba poder tocar muchas cosas a la vez, y no permaneció mucho tiempo a nuestro lado. No llegó a darse cuenta de cuánto le queríamos.

Estaba luego el imaginativo defensor de los movimientos mundiales menos convincentes, Mark Sykes: igualmente un manojo de prejuicios, intuiciones y especializaciones a medias. Sus ideas hacían siempre referencia a lo externo; carecía de paciencia para verificar los materiales antes de elegir el estilo de la construcción. Solía aferrar un aspecto de la verdad, abstraerla de sus circunstancias, inflarla y removerla y modelarla, hasta que su antigua verosimilitud y su nueva inverosimilitud acababan juntas por provocar la risa; y las risas eran sus triunfos. Su instinto lo llevaba a la parodia: por elección era un caricaturista más que un artista, incluso en los asuntos de Estado. Veía el lado chusco de todas las cosas, y orillaba siempre los

aspectos normales. Podía esbozar con cuatro breves pinceladas un mundo nuevo, de escala desproporcionada, pero tan vívido como la visión de algunos de los aspectos del mundo que deseábamos. Su ayuda fue para nosotros un bien y un mal. Cosa que intentó reparar en su última semana de París. Había vuelto tras el desempeño de un cargo político en Siria, al darse cuenta con horror de la verdadera forma de sus sueños, para decir donosamente: «Estaba equivocado: he aquí la verdad.» Sus antiguos amigos no lograron captar lo sincero de sus palabras, y le consideraron un frívolo y un despistado; al poco tiempo murió, fue una tragedia para la causa árabe.

No un salvaje, sino el *mentor* de todos nosotros fue Hogarth, nuestro padre confesor y nuestro consejero, y quien nos aportó los paralelos históricos y las lecciones del pasado, así como moderación y ánimo. Para los extraños daba la impresión de ser un pacificador (yo era todo uñas y dientes, y estaba poseído por el diablo), e hizo que se nos favoreciera y escuchara, dado el peso que tenía su opinión. Estaba dotado de un afinado sentido del valor, y fue capaz de presentarnos con toda claridad el potencial que ocultaban los miserables harapos y las apergaminadas pieles que para nosotros eran los árabes. Hogarth era nuestro punto de referencia, y nuestro incansable historiador, que nos proporcionaba los mayores conocimientos y la más sutil sabiduría a partir de las cosas más pequeñas, porque creía en lo que estábamos haciendo. Tras él venía Cornwallis, un tipo de aspecto rudo, pero que

parecía forjado con uno de esos increíbles metales de afinadísima aleación. Podía mantener durante meses un ardor superior al de otros hombres al rojo vivo, y sin embargo parecer frío y duro. Tras él venían muchos otros, Newcombe, Parker, Herbert, Graves, todos ellos partícipes del mismo credo, y duramente empeñados en su trabajo, cada uno a su modo.

Nos dábamos como grupo el nombre de los «intrusos»; con lo que queríamos dar a entender que habíamos irrumpido en los consabidos salones de la política exterior británica, y forjado un nuevo pueblo en Oriente a pesar de los caminos que habían trazado las generaciones anteriores. Así, desde nuestra híbrida oficina de Inteligencia de El Cairo (un trepidante lugar que, por el incesante tintineo de las campanillas, el ruido y las carreras de un lado para otro, fue comparado por Aubrey Herbert con una estación de ferrocarril oriental) empezamos a influir sobre nuestros jefes, próximos y lejanos. Sir Henry McMahon, alto comisionado en Egipto, fue por supuesto nuestro primer blanco; y su sagaz penetración, así como su probada y experimentada inteligencia, le permitieron comprender nuestro designio y considerarlo bueno de inmediato. Otros, como Wemyss, Neil Malcolm, Wingate, nos apoyaron de buena gana al ver el giro constructivo que iba tomando la guerra. Su apoyo permitió que lord Kitchener confirmara la favorable impresión que años antes había extraído del jerife Abdulla, cuando éste había apelado a él en Egipto; y

fue así como McMahon plantó nuestra piedra fundacional, el entendimiento con el jerife de La Meca.

Pero, antes de esto, habíamos fundado en Mesopotamia ciertas esperanzas. El Movimiento Árabe de Independencia había tenido allí su comienzo, bajo el poco escrupuloso pero vigoroso impulso de Seyid Taleb y posteriormente con Yasin el Hashimi y la liga militar. Aziz el Masri, el rival de Enver, que tanto nos debía desde la época de su estancia en Egipto, era un ídolo para los oficiales árabes. Había sido abordado por lord Kitchener en los primeros días de la guerra, con la esperanza de ganar para nuestra causa a las tropas turcas estacionadas en Mesopotamia. Desgraciadamente, Gran Bretaña estaba por entonces pletórica de confianza en una fácil y pronta victoria: el aplastamiento de los turcos era considerado como un simple paseo militar. De modo que el Gobierno indio se mostró contrario a cualquier reclamación nacionalista árabe que pudiera limitar sus intenciones de convertir a la deseada colonia de Mesopotamia en una nueva y autosacrificada Birmania en aras del bien general. Rompió, pues, las negociaciones, rechazó a Aziz, y encerró a Seyid Taleb, que se había puesto en nuestras manos.

A viva fuerza, marchó entonces sobre Basra. Las tropas enemigas que guarnecían Irak estaban compuestas casi en su totalidad por árabes que se veían en la poco envidiable situación de tener que luchar en favor de sus opresores contra un pueblo desde hacía tiempo considerado como su liberador,

pero que obstinadamente se negaba a jugar tal papel. Como bien puede imaginarse, lucharon muy mal. Nuestras fuerzas fueron ganando batalla tras batalla hasta el punto de llegarse a pensar que un ejército indio podría resultar mejor que uno turco. A esto siguió nuestro duro avance sobre Ctesifonte, donde tuvimos que enfrentarnos con tropas turcas nativas, que se lo jugaban todo en esta partida, y que nos pararon abruptamente los pies. Tuvimos que retroceder, perplejos; y allí dio comienzo la larga humillación de Kut.

Entre tanto, nuestro Gobierno se había arrepentido y, por razones no del todo desconectadas con la caída de Erzerum, me envió a Mesopotamia a ver qué medios indirectos podían emplearse para ayudar a la guarnición sitiada. Los británicos allí estacionados pusieron las mayores objeciones a mi ida; y dos generales al menos tuvieron el coraje de explicar que mi misión (que ellos no sabían realmente en qué consistía) era deshonrosa para un soldado (cosa que yo no era). De hecho, era ya demasiado tarde para llevar a efecto nada; y, en consecuencia, nada hice de lo que tenía pensado o estaba en mi mano hacer.

Las condiciones eran ideales para la puesta en marcha de un movimiento árabe. Las gentes de Neyef y de Kerbela, situadas en la retaguardia del ejército de Halil Pachá, se habían alzado en armas contra él. Los árabes sobrevivientes del ejército de Halil, por propia confesión, se hallaban en abierta rebeldía contra él. Las tribus del Hai y el Éufrates se hubieran puesto de

nuestro lado de haber observado en los británicos algún gesto de buena voluntad. Si hubiéramos hecho públicas nosotros las promesas dadas al jerife, o incluso la proclama posteriormente publicada en la capturada Bagdad, y las hubiéramos cumplido, no pocos luchadores de la zona se hubieran pasado a nuestro lado, ayudando a cortar la línea de comunicación turca entre Bagdad y Kut. Unas pocas semanas en tal situación, y el enemigo se hubiera visto forzado, o bien a levantar el sitio y retirarse, o bien se hubiera visto sometido, en las afueras de Kut, a una situación de cerco similar a la que Townshed sufría en el interior de la ciudad. Podía haberse ganado con facilidad el tiempo suficiente para desarrollar este esquema. De haber obtenido el cuartel general británico en Mesopotamia del Ministerio de la Guerra ocho aeroplanos más con los que incrementar el suministro diario de provisiones a la guarnición de Kut, la resistencia de Townshed hubiera podido prolongarse indefinidamente. Sus defensas resultaban imbatibles desde las posiciones turcas; y sólo los desaciertos internos y externos terminaron por forzar su rendición.

No obstante, y puesto que no era éste el modo como el mando en la zona veía las cosas, me volví nuevamente a Egipto; y hasta el fin de la guerra, las tropas inglesas en Mesopotamia siguieron siendo una fuerza invasora en territorio enemigo, con las gentes de la zona pasivamente neutrales u hoscamente en su contra, y en consecuencia sin la libertad de movimientos y la elasticidad de maniobra de Allenby,

en Siria, quien entró en el país como amigo, y tuvo a la población local activamente de su lado. Los factores de número, clima y comunicaciones resultaban más favorables para nosotros en Mesopotamia que en Siria; y nuestros mandos superiores eran allí, desde el principio, no menos eficientes y experimentados. Sus listas de bajas, sin embargo, comparadas con las de Allenby, así como su táctica del hachazo, comparada con las finas estocadas de éste, mostraron cuán formidablemente una situación política adversa puede llegar a empantanar una operación puramente militar.

CAPÍTULO VII

Nuestro parón en Mesopotamia supuso para nosotros una decepción; aunque McMahon prosiguió sus negociaciones con La Meca, y finalmente las llevó a feliz término a pesar de la evacuación de Gallipoli, la rendición de Kut y el aspecto generalmente desastroso que la guerra presentaba en aquel momento. Pocas personas, incluso entre quienes conocían toda la negociación, habían creído que el jerife entraría realmente en liza, por lo que su inesperada rebelión, así como la apertura de sus puertos a nuestros barcos y nuestro auxilio, nos cogió a todos por sorpresa.

Nos dimos cuenta de que era entonces cuando verdaderamente empezaban las dificultades. La introducción de este nuevo factor había que atribuírsela a McMahon y a Clayton, pronto los celos profesionales empezaron a pender sobre sus cabezas. Sir Archibald Murray, el general en jefe en Egipto, de manera perfectamente natural, no quería tener a su lado competidores, ni campañas paralelas y concurrentes con la suya en el ámbito de su mando. Le disgustaba el poder civil, que durante tanto tiempo había mantenido la paz entre él y el general Maxwell. No podía

confiársele, por otro lado, el asunto árabe, ya que ni él ni su Estado Mayor tenían la competencia etnológica requerida para manejar tan peculiar problema. Por lo demás, hubiera podido poner en ridículo a un alto mando empeñado por su cuenta en una guerra privada. Era hombre de talante nervioso, fantasioso y fundamentalmente competitivo.

Encontró ayuda en su jefe de Estado Mayor, el general Lynden Bell, un militar puro, con una instintiva desconfianza hacia los políticos y una vehemencia conscientemente asumida.

Dos de los oficiales del Estado Mayor seguían a sus jefes con los ojos cerrados, lo que hizo que el pobre McMahon se viera privado de la ayuda del ejército y reducido a llevar a cabo su guerra en Arabia con la ayuda de agregados del Servicio Exterior.

Algunos parecieron sentirse molestos ante una guerra que permitía a los intrusos meter las narices en sus asuntos. Su entrenamiento en la conservación de secretos, según el cual sólo las trivialidades cotidianas de la diplomacia eran consideradas tareas dignas, estaba tan interiorizado en ellos que, cuando las cosas más importantes empezaron a ocurrir, las convirtieron en algo trivial. Su escaso entusiasmo, y las pequeñas deshonestidades que todos tenían para con todos, lograron enfurecer a los militares; y tuvieron para nosotros un mal efecto, en la medida en que humillaban al Alto Comisionado, las suelas de cuyos zapatos los G...s no eran dignos de limpiar.

Wingate, que tenía plena confianza en su propio modo de ver la situación en Oriente Medio, previó la posibilidad de créditos y grandes beneficios para el país en el desarrollo árabe; pero, según iban arreciando las críticas contra McMahon, se disoció de él, y Londres empezó a pensar que tal vez una mano más experimentada podría desenredar mejor tan sutil madeja.

Como quiera que fuera, las cosas en el Heyaz empezaron a ir de mal en peor. No se había establecido ningún enlace adecuado con las fuerzas árabes que luchaban sobre el terreno, ni se proporcionaba información militar a los jerifes, ni se les sugerían consejos tácticos o estratégicos, ni se había hecho tampoco el menor intento por averiguar cuáles eran las condiciones reales de la zona para adecuar a ellas los recursos materiales de que inmediatamente podían disponer los Aliados. La Misión Militar Francesa (que la prudencia de Clayton había sugerido que fuera enviada al Heyaz para tranquilizar a nuestros muy suspicaces aliados, situándolos entre bambalinas y dándoles algo que hacer) se permitió el lujo de fomentar una complicada intriga contra el jerife Hussein, en sus propias ciudades de Yidda y La Meca, proponiéndole a él y a las autoridades británicas medidas que hubieran arruinado su causa a los ojos de los musulmanes. Wingate, que para esa fecha tenía a su cargo el control militar de nuestra cooperación con el jerife, fue inducido a desembarcar algunas tropas extranjeras en Rabegh, a medio camino entre Medina y

La Meca, para la defensa de esta última ciudad y para detener el próximo avance de los revigorizados turcos desde Medina. McMahon, en medio de semejante multitud de consejeros, empezó a sentirse confuso, lo que dio pie a Murray para pregonar sus incoherencias. La rebelión árabe empezó a desacreditarse; y los oficiales del Estado Mayor de Egipto empezaron a profetizarnos con gran contento su próximo fracaso, y el consiguiente ajusticiamiento de Hussein en un patíbulo turco.

Mi posición particular no era cómoda. Como capitán de Estado Mayor bajo las órdenes de Clayton en la sección de Inteligencia de sir Archibald Murray, me hallaba encargado de la «situación» del ejército turco y de la preparación de mapas. Por natural inclinación, había añadido a esta tarea la invención del Boletín Árabe, órgano de información secreto sobre la política de Oriente Medio; y poco a poco Clayton vino a necesitar cada vez más de mi ayuda en el ala militar de la Oficina Árabe, el reducido Estado Mayor de guerra e Inteligencia para asuntos extranjeros, que en ese momento empezaba a organizar para McMahon. En un determinado momento, Clayton fue destinado al Estado Mayor general; y el coronel Holdich, oficial de Inteligencia de Murray en Ismailía, ocupó su puesto al mando de todos nosotros. Su primera intención fue retenerme; y, puesto que claramente no tenía necesidad de mí, yo interpreté esto, no sin ciertas pruebas llegadas a mí a través de mis amigos, como un modo de mantenerme apartado de los asuntos árabes.

Decidí, pues, que tenía que escaparme entonces, o nunca. La solicitud directa me fue denegada; así que tuve que recurrir a una estratagema. Me convertí, por teléfono (el cuartel general estaba en Ismailia, y yo en El Cairo), en algo insoportable para el Estado Mayor del Canal. Aprovechaba cada oportunidad que se me ofrecía para restregarles por la cara su relativa ignorancia e ineficiencia en cosas de inteligencia (¡algo nada difícil!) y los irritaba aún más dándome aires de literato, corrigiendo los infinitivos partidos a la manera de Shaw y las tautologías de sus informes.

A los pocos días estaban que echaban chispas por mi causa, y finalmente decidieron no tener que soportarme más. Cogí al vuelo tan estratégica oportunidad para solicitar diez días de permiso, diciendo que Storrs se dirigía a Yidda a tratar asuntos con el jerife, y que yo quería aprovechar para tomarme unas vacaciones y hacer un pequeño viaje de placer por el Mar Rojo en su compañía. A los del Estado Mayor no les caía bien Storrs, y se pusieron muy alegres de poder librarse de mí durante unos días. Así que aceptaron mi petición de inmediato, y empezaron a preparar para mi vuelta algún pupitre oficial donde arrinconarme. Ni que decir tiene que no tenía la menor intención de darles semejante oportunidad, ya que, si bien me hallaba perfectamente dispuesto a prestar mi cuerpo para servicios de poca monta, tenía mis dudas acerca de que mereciera la pena desperdiciar tan frívolamente mi espíritu. Así que me dirigí a Clayton y le confesé lo que ocurría; y él lo arregló todo para que la

Residencia hiciera una petición telegráfica al Ministerio de Asuntos Exteriores para que me transfirieran a la Oficina Árabe. Exteriores trataría directamente con el Ministerio de la Guerra; y el mando de Egipto no sabría nada del asunto, hasta que todo estuviera ya concluido.

Así, pues, Storrs y yo partimos alegremente de viaje. En Oriente solían decir que hay tres lados honestos por los que penetrar en un cuadrilátero; y mi astucia para la huida tuvo en este sentido un cierto aire oriental. Pero yo me justifiqué ante mí mismo recurriendo ami confianza en el éxito final de la Rebelión Árabe, siempre que contara con un adecuado asesoramiento. Había sido yo uno de sus promotores en sus comienzos; y tenía depositadas mis esperanzas en ella. La subordinación fatalista de un militar profesional (dada la inexistencia de intrigas en el ejército británico) habría hecho que un oficial como es debido se sentara tranquilamente y observara cómo su plan de campaña era estropeado por hombres que nada tenían que ver con él, y para quienes nada significaba. *Non nobis, Domine*.

LIBRO I
EL ENCUENTRO CON FEISAL

Capítulos VIII a XVI

Había creído que la mala marcha de la rebelión era debida sobre todo a un liderazgo erróneo, o más bien a una falta de liderazgo, tanto árabe como inglés. Así que pasé a Arabia para observar y sopesar a sus grandes hombres. El primero de todos, el jerife de La Meca, sabíamos ya que era un hombre de edad. Abdulla me pareció excesivamente listo. Alí, demasiado íntegro. Zeid, frío en exceso.

Marché, pues, al interior del país, a encontrarme con Feisal, y hallé en él al líder con la fogosidad necesaria, y al mismo tiempo lo suficientemente razonable como para poner en práctica nuestras ideas. Sus seguidores tribeños me parecían instrumento suficiente, y sus montañas proporcionaban una eficaz defensa natural. Así que regresé contento y confiado a Egipto, y refería mis jefes que La Meca se hallaba defendida, no tanto por el obstáculo interpuesto en Rabegh como por la amenaza en los flancos que Feisal suponía desde sus posiciones de Yebel Subh.

CAPÍTULO VIII

Anclado frente a Suez se hallaba el *Lama*, un pequeño buque reconvertido; y en él zarpamos de inmediato. Los viajes cortos de este tipo de buques de guerra solían ser deliciosos interludios para los pasajeros. Pero en esta ocasión hubo algunos problemas. Nuestro heterogéneo grupo parecía producir molestias a la tripulación del buque en su propio elemento. Los suboficiales habían cedido sus literas para hacernos sitio durante la noche, y durante el día ocupábamos sus salas de recreo dedicándonos a charlar informalmente. El intransigente carácter de Storrs raramente cedía ante la presencia de desconocidos. Pero aquel día se mostró más abrupto que de costumbre. Se dio dos vueltas por la cubierta, resopló: «No hay nadie con quien merezca la pena hablar», y se sentó en uno de los dos cómodos sillones de la sala, para empezar con Aziz el Masri (sentado en el otro) una discusión sobre Debussy. Aziz, el árabe-circasiano ex coronel turco, y por entonces general del ejército del jerife, se dirigía a La Meca para discutir con el emir sobre el equipamiento y reclutamiento de regulares árabes que estaba llevando a cabo en

Rabegh. Pocos minutos más tarde habían dejado a un lado a Debussy y se hallaban elucubrando sobre Wagner, Aziz en fluido alemán y Storrs en alemán, francés y árabe. Los oficiales del barco consideraban aquel debate fuera de lugar.

Tuvimos la típica navegación tranquila hasta Yidda, en medio del delicioso clima del Mar Rojo, nunca demasiado cálido mientras el buque estuvo en movimiento.

Durante el día, nos tumbábamos a la sombra; y durante la mayor parte de aquellas maravillosas noches, paseábamos de un lado a otro por la húmeda cubierta bajo las estrellas y envueltos en el vaporoso hálito del viento del sur. Pero, cuando finalmente echamos anclas en la dársena exterior, frente a la blanca ciudad, que aparecía como suspendida entre el llameante cielo y su reflejo en el espejo que formaba la superficie de la amplia albufera, los ardores de Arabia cayeron sobre nosotros como una espada cortándonos casi el aliento. Era mediodía; y el sol del mediodía en Oriente, al igual que la luz de la luna, adormece los colores. Había sólo luces y sombras, las blancas casas y las negras brechas formadas por las calles. Frente a nosotros, el pálido brillo de la relumbrante bruma que envolvía la dársena interior y detrás, el deslumbramiento de leguas y leguas de arena informe, que se extienden hasta una línea de colinas bajas, levemente sugeridas en medio de la lejana niebla que exhala la tierra ardiente.

Al norte exacto de Yidda se alzaba un segundo grupo de edificaciones blanquinegras, que se movían de arriba abajo como pistones en medio del espejismo, mientras el barco iba soltando el ancla y las intermitentes bocanadas de aire despejaban las olas de calor. Todo parecía y se presentía horrible. Y empezamos a deplorar que la inaccesibilidad que hacía del Heyaz, desde el punto de vista militar, un seguro escenario para la rebelión, implicara también el mal clima y la insalubridad.

A pesar de todo, el coronel Wilson, representante británico ante el nuevo estado árabe, había enviado su lancha a nuestro encuentro; y tuvimos que llegarnos hasta la orilla para captar la realidad de unos hombres que levitaban sobre aquel espejismo. Una media hora más tarde, Ruhi, asistente del representante consular británico, daba con complacida sonrisa la bienvenida a su antiguo jefe, Storrs (el ingenioso Ruhi, más parecido a una mandrágora que a un hombre), mientras la recién constituida policía siria y los oficiales del puerto, con un esbozo de guardia de honor, formaban en el muelle de aduanas para rendir honores a Aziz el Masri. El jefe Abdulla, hijo segundo del jerife de La Meca, acababa de llegar a la ciudad, según se nos informó. Era él con quien teníamos que vernos; así que nuestra llegada se producía con una coincidencia de buen augurio.

Cruzamos a pie ante la blanca obra de albañilería de una futura pila de agua aún en construcción, y por la opresiva calleja del mercado de víveres, en nuestro camino hacia el Consulado. En el aire, entre los

hombres, las palmeras y los alimentos, revoloteaban escuadrones de moscas que se recortaban como danzantes motas de polvo sobre los rayos solares que venían a irrumpir en los más oscuros rincones de los puestos de ventas, atravesando las roturas de las maderas y las telas de saco que servían de entoldado. La atmósfera era similar a la de un baño. El cuero escarlata de los butacones del *Lama* había teñido la blanca túnica y los pantalones de Storrs, dándoles un brillo similar al suyo durante los cuatro días de la navegación, y el sudor que ahora corría bajo su ropa empezaba a rebrillar como un barniz bajo las manchas. Me hallaba tan fascinado viéndolo que ni siquiera me di cuenta del tono marrón oscuro que adoptaba mi ropa kaki cada vez que entraba en contacto con mi piel. Storrs estaba preguntándose si el paseo hasta el Consulado sería lo bastante largo como para humedecerme de manera uniforme, consiguiendo así un color presentable y armonioso; y yo me preguntaba también si todo aquello sobre lo que Storrs se sentara adquiriría un tono tan escarlata como el suyo.

Pero llegamos a la puerta del Consulado demasiado pronto para que ninguno de estos deseos se cumpliera. Allí, en el interior de una bien sombreada habitación con una celosía abierta a sus espaldas, estaba sentado Wilson con la esperanza de recibir la brisa marina, que se había rezagado durante los últimos días. Nos recibió rígido, con la actitud de uno de esos ingleses rectos y honestos, a los que Storrs resultaba sospechoso, aunque sólo fuera por su sensibilidad artística. En

cuanto a mí, nuestro contacto en El Cairo sólo había dado como resultado una ligera diferencia de opinión sobre si las ropas nativas resultaban indignas para nosotros. Yo expresé que me parecían simplemente incómodas. Para él eran un error. Wilson, con todo, y a pesar de sus personales sentimientos, había entrado plenamente en el juego. Había hecho los preparativos necesarios para la inminente entrevista con Abdulla, y estaba dispuesto a prestar toda la ayuda que estuviese en su mano. Por otro lado, éramos sus huéspedes, y la espléndida hospitalidad de Oriente se hallaba próxima a su modo de ser.

Abdulla, montado en una yegua blanca, se aproximó a nosotros rodeado de una corte de esclavos ricamente armados, que marchaban a pie, en medio de los silenciosos y respetuosos saludos de toda la ciudad. Estaba pletórico y feliz después de su éxito en Taif. Era ésta la primera vez que yo lo veía, mientras que Storrs era viejo amigo suyo, y mantenía con él las mejores relaciones; no pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que yo, mientras ambos charlaban, empezara a sospechar de su constante jovialidad. Sus ojos tenían un tic bien visible, y aunque sólo tenía treinta y cinco años, estaba bastante grueso. Podía ser debido a sus muchas risas. La vida parecía ser muy gozosa para Abdulla. Era bajo, fuerte, de piel lustrosa, con una barba castaña cuidadosamente recortada, que enmascaraba su redonda y blanca cara y sus breves labios. En cuanto a sus maneras, era una persona abierta, o afectaba serlo, y se mostraba encantador con

sus conocidos. No soportaba la ceremoniosidad, sino que bromeaba con todo el mundo de la manera más relajada; con todo, al iniciarse la charla seria, el velo de humor con que se rodeaba pareció esfumarse. A partir de este momento empezó a escoger cuidadosamente sus palabras, y a plantear sagaces argumentos. Hay que tener en cuenta, claro está, que se hallaba discutiendo con Storrs, quien exigía siempre de su oponente un alto nivel.

Los árabes consideraban a Abdulla un estadista de altos vuelos y un astuto político. Esto último ciertamente lo era, pero no lo suficientemente grande como para convencernos siempre de su sinceridad. Su ambición era patente. Los rumores lo presentaban como el cerebro de su padre y de la rebelión árabe; pero parecía demasiado falto de complicaciones para tal cosa. Su objetivo era, ciertamente, la consecución de la independencia árabe y la construcción de las naciones árabes, pero pretendía conservar la dirección de los nuevos estados en el seno de la familia. Así que se dedicaba a vigilarnos, y actuaba a través nuestro de cara a la galería británica.

Por nuestra parte, yo jugaba a la contra, observándolo y criticándolo. La rebelión del jerife había resultado poco satisfactoria en los últimos meses (se mantenía estacionaria, lo que en una guerra irregular era el preludio del desastre) y mi sospecha era que su falta estaba en el liderazgo, no en el intelecto, ni en el juicio, ni en la sabiduría política, sino en la llama del entusiasmo, que pudiera prender fuego en el desierto.

Mi visita tenía como principal misión descubrir al aún desconocido jefe espiritual de todo el asunto, medir su capacidad para llevar la revuelta al término que yo había ideado para ella. Según avanzaba nuestra conversación, yo iba convenciéndome cada vez más de que Abdulla era demasiado equilibrado, demasiado frío, demasiado irónico para ser un buen profeta, especialmente para convertirse en el profeta armado que, si la historia no miente, hace triunfar las revoluciones. Su valor se haría visible, tal vez, en la paz posterior al éxito. Durante la lucha material, sin embargo, mientras la unidad de miras y el magnetismo, la devoción y el autosacrificio eran del todo necesarios, Abdulla resultaría un instrumento demasiado complejo para una finalidad tan simple, aunque ni siquiera entonces pudiera ignorárselo.

Hablamos con él primeramente acerca del estado de Yidda, para hacerlo sentir cómodo discutiendo desde el comienzo de nuestra entrevista sobre el tema nada imprescindible de la administración que incumbía al jerife. Replicó que la guerra pesaba aún demasiado sobre ellos para poder ocuparse del gobierno civil. Habían heredado el sistema turco en las ciudades y continuaban aplicándolo a escala más modesta. El gobierno turco no resultaba en general demasiado gravoso para los potentados, que obtenían con frecuencia no pocos privilegios. En consecuencia, algunos de los privilegiados del Heyaz deploraban el advenimiento de un gobierno nativo. Concretamente en La Meca y en Yidda la opinión pública estaba en contra

de la instauración de un Estado árabe. La gran masa de los ciudadanos eran extranjeros —egipcios, indios, javaneses, africanos y de otras partes—, enteramente incapaces de simpatizar con las aspiraciones árabes, especialmente cuando sus portavoces eran beduinos; ya que los beduinos vivían precisamente de lo que extorsionaban a los forasteros por los caminos o en sus valles, de modo que entre ellos y los habitantes de las ciudades había establecida una enemistad permanente.

Los beduinos eran los únicos hombres en armas que el jerife había podido atraer; y de su ayuda dependía la rebelión. Los había armado liberalmente, y a muchos hasta les había pagado por servir bajo su bandera, alimentando a sus familias mientras se hallaban lejos de sus casas, y alquilando sus camellos de carga para transportar pertrechos y víveres de su ejército. Resultaba así que las zonas rurales prosperaban, mientras las ciudades sufrían carestía.

Otro agravio que las ciudades lamentaban hacía referencia a la ley. El código civil turco había sido abolido, efectuándose un retorno ala antigua ley religiosa, el estricto procedimiento coránico del cadí árabe. Abdulla nos explicó, entre risas, que cuando llegara el momento descubrirían sin lugar a dudas en el Corán las opiniones y juicios necesarios para adaptarlos a las modernas operaciones comerciales, como las de banca y cambio. Entre tanto, lo que los habitantes de las ciudades perdían con la abolición del derecho civil, lo ganaban los beduinos. El jerife Hussein

había tácitamente sancionado la restauración del viejo orden tribal. Los beduinos que entraban en conflicto llevaban sus querellas ante el juez tribal, oficio este de carácter hereditario ligado a las familias más respetables y reconocido mediante el pago de una cabra por casa como tributo anual. El juicio se fundaba en la costumbre, remitiéndose a un gran corpus de actuaciones precedentes. La decisión judicial tenía lugar en público y era gratuita. En las querellas entre individuos de distintas tribus, el mediador legal se elegía por consenso mutuo, o bien se recurría a un juez de otra tribu. Cuando la causa era de tipo contencioso y difícil, el juez se veía apoyado por un jurado de cuatro integrantes, dos de ellos nombrados por el querellante entre los miembros de la familia del acusado y otros dos por el acusado entre los miembros de la familia del querellante. Las decisiones se tomaban siempre por unanimidad.

Contemplamos la visión que Abdulla nos pintó, con melancólicos pensamientos sobre el jardín del Edén y sobre todo lo que Eva, cuya tumba se hallaba situada precisamente en las afueras de la ciudad, había echado a perder para el común de los hombres; a continuación de lo cual, Storrs intentó meterme en la discusión pidiéndole a Abdulla que nos proporcionara una panorámica de la situación de la campaña, para mi propia ilustración, y para poder llevar un informe a nuestro cuartel general en Egipto. A lo que Abdulla, poniéndose serio, dijo que quería urgir a los británicos

para que se implicaran de lleno en la cuestión, según un desglose que cifraba en los siguientes puntos:

Que habíamos descuidado el corte de la vía férrea del Heyaz, con lo que los turcos habían sido capaces de reunir transportes y pertrechos suficientes para reforzar sus posiciones en Medina.

Que Feisal había sido alejado de la ciudad; y el enemigo estaba preparando una columna combinada con la que pensaba avanzar sobre Rabegh.

Que los árabes de las colinas que rodeaban la ruta turca estaban faltos de provisiones, ametralladoras y artillería con la que poder atacar.

Que Hussein Mabeirig, jefe de los masruh harb, se había alineado con los turcos. Y que si la columna de Medina lograba avanzar, se uniría a ellos.

Sólo quedaba que su padre, poniéndose a la cabeza de sus propias gentes de La Meca, muriera peleando ante las propias murallas de la Ciudad Santa.

En este momento sonó el teléfono: el gran jerife quería hablar con Abdulla. Fue informado del rumbo que hasta el momento había tomado nuestra discusión, y de inmediato confirmó que así pensaba actuar en caso extremo. Los turcos sólo conseguirían entrar en La Meca sobre su cadáver. Colgó, y Abdulla, sonriendo levemente, nos pidió que, para evitar tal desastre, una brigada británica, a poder ser de tropas musulmanas, fuera concentrada en Suez, con un transporte preparado para trasladarlos de inmediato a Rabegh, tan pronto como la columna turca abandonara Medina. ¿Qué opinábamos nosotros de tal propuesta?

Yo le repliqué primero, siguiendo el hilo de la historia, que el jerife Hussein nos había pedido que no cortáramos la línea férrea del Heyaz, ya que podía llegar a necesitarla para su victorioso avance sobre Siria; segundo, que, a nivel práctico, la dinamita que les habíamos enviado para demoliciones nos había sido devuelta por él mismo, con una nota donde nos explicaba lo peligroso que era su uso para los árabes; tercero, que en concreto jamás habíamos recibido de Feisal peticiones de pertrechos.

En cuanto a la brigada para Rabegh, se trataba de una cuestión complicada. Los embarques eran precisos; y no podíamos mantener ningún transporte indefinidamente anclado ante Suez. Tampoco teníamos unidades musulmanas en nuestro ejército. Las brigadas británicas, por otro lado, eran formaciones muy complejas, y tomaría mucho tiempo embarcar y desembarcar una. La posición de Rabegh era, por lo demás, muy extensa. Una brigada difícilmente podría defenderla y sería del todo incapaz de destacar una fuerza que evitara que alguna columna turca se infiltrara en el interior de las líneas. Lo más que podría hacer sería defender la playa, con la ayuda de la artillería naval, y un barco solo podría hacer esto perfectamente sin necesidad de tropas.

Abdulla replicó que los barcos eran insuficientes desde el punto de vista moral, ya que la batalla de los Dardanelos había destruido la leyenda de la Marina Británica y su invencibilidad. No había turcos que pudieran atravesar las líneas y seguir más allá de

Rabegh, ya que era el único suministro de agua de la zona, y tenían que abrevar en sus pozos. El envío de una brigada de barcos de transporte a Rabegh sólo tenía que ser temporal; ya que él iba a conducir a sus victoriosas fuerzas de Taif por la ruta oriental de

La Meca a Medina. Y tan pronto hubiera alcanzado sus posiciones, daría órdenes a Alí y Feisal, quienes se le juntarían desde el sur y el oeste, y con sus tropas combinadas podría desatar un gran ataque contra Medina, y si Dios lo permitía, tomarla. Mientras tanto, Aziz el Masri se hallaría formando batallones en Rabegh con los voluntarios de Siria y Mesopotamia. Cuando hubiera conseguido unir a éstos los prisioneros de guerra de la India y Egipto, habría ya tropas suficientes para asumir los deberes que temporalmente se habían encomendado a la brigada británica.

Yo le dije que trasmitiría sus puntos de vista a Egipto, pero que los británicos se mostraban reacios a distraer tropas de la vital defensa de Egipto (aunque a él ni se le pasaba por la cabeza que el canal tuviera sobre sí la menor amenaza turca) y mucho más reacios al envío de cristianos para la defensa de las Ciudades Santas contra sus enemigos, puesto que los musulmanes de la India pensaban que Turquía tenía imprescriptibles derechos sobre los Haramein[10], y podían malinterpretar nuestros motivos y nuestra acción. Yo creía que tal vez podría acelerarse mejor la

---

[10] Plural dual de Harim (= lugar santo), con el que se designan las Ciudades Santas de Medina y La Meca y ciertos terrenos aledaños. *(N. del T.)*

toma de decisiones si se me permitía informar sobre la cuestión de Rabegh a la luz de mi personal conocimiento de dicha posición y de los sentimientos locales al respecto. Igualmente me gustaría poder ver a Feisal, y hablar con él de sus necesidades y de las perspectivas de una defensa prolongada de sus colinas con sus tropas tribeñas, caso de llegar nosotros a aprovisionarlos materialmente. Quería, pues, dirigirme por la ruta Sultaní[11] desde Rabegh a Medina, hasta alcanzar el campamento de Feisal.

Storrs vino en mi ayuda y me apoyó con todas sus fuerzas, subrayando la vital importancia de una completa y pronta observación sobre el terreno realizada por un informador avezado del Mando Superior Británico en Egipto, y dándole a entender que el hecho de enviarme a mí, su más cualificado y más indispensable oficial de Estado Mayor, era la mejor prueba de la seriedad con que sir Archibald Murray consideraba los asuntos árabes. Abdulla se dirigió al teléfono y trató de conseguir el consentimiento de su padre para mi penetración en el interior del país. El jerife encaró la propuesta con gran desconfianza. Abdulla discutió con él el asunto, le planteó las ventajas y le pasó el auricular a Storrs, que empleó toda su diplomacia con el anciano. Storrs empleándose a fondo

---

[11] De las cuatro pistas camelleras tradicionales que comunicaban Medina con La Meca, Darle al Sultaní era la más transitada. Seguía la línea de la costa, y pasaba precisamente por Rabegh. Las otras tres rutas tradicionales eran Bard al-Sharki —la más oriental—, Tarik al-Ghabir, la más dura de todas, y la de Wadi al-Kura, en otro tiempo favorita de las caravanas de dromedarios. *(N. del T.)*

era una delicia para el oído, ya sólo en cuestión de su empleo del árabe, y también toda una lección para cualquier inglés vivo de cómo manejar a los orientales suspicaces y mal predispuestos. Era casi imposible poder resistírsele más allá de unos pocos minutos, y aun en este caso acababa saliéndose con la suya. El jerife pidió hablar de nuevo con Abdulla, y lo autorizó a escribir a Alí, sugiriendo que si se consideraba adecuado, y las condiciones eran normales, se me permitiera avanzar hasta las posiciones de Feisal en Yebel Subh; y Abdulla, bajo la influencia directa de Storrs, convirtió este mensaje condicional en directas instrucciones escritas a Alí para que me proporcionara las mejores y más rápidas monturas que pudieran conducirme, de manera segura, hasta el campamento de Feisal. Siendo esto todo lo que yo deseaba, y a medias lo que era el deseo de Storrs, nos dispusimos a probar el almuerzo.

CAPÍTULO IX

Yeddah nos había agradado, mientras marchábamos a pie hasta el Consulado, así que, concluido el almuerzo, y cuando hacía ya un poco más de fresco, o al menos el sol no estaba ya tan alto, salimos a deambular y echar una mirada bajo la guía de Young, el ayudante de Wilson, un tipo que encontraba buenas muchas de las cosas del pasado, pero nada buenas muchas de las cosas del presente.

Se trataba, en verdad, de una ciudad notable. Las calles eran en realidad callejas, techadas con madera en el bazar principal, pero en el resto abiertas al cielo por la pequeña brecha que quedaba entre los soberbios alerones de las casas de blancos muros. Éstas tenían de cuatro a cinco pisos, y estaban construidas sobre gruesas vigas cuadradas y decoradas con amplias ventanas de madera gris que iban desde el suelo hasta el techo. No había cristales en Yidda, sino una profusión de hermosas celosías, y bellos cincelados en relieve sobre los paneles de las galerías salientes. Las puertas eran pesados batientes de doble hoja hechos en madera de teca, profusamente esculpidos, y a menudo dotados de postigo; tenían

también ricas aldabas y picaportes de hierro forjado. Podían verse muchas molduras u ornamentaciones de yeso, y en las casas más antiguas remates y jambas de piedra que se abrían sobre los patios interiores.

La arquitectura parecía una especie de enloquecido estilo isabelino, mezcla de madera y piedra, en su barroca variante de Chesire, pero chabacana en grado sumo. Las fachadas de las casas estaban tan llenas de grecas, recortes y recovecos que parecían un recortable romántico de cartón para un teatrillo. Cada piso se proyectaba hacia fuera, cada ventana se inclinaba a un lado u otro, con frecuencia las mismas paredes se henchían hacia fuera. Era como una ciudad muerta, tan limpia y tan quieta parecía. Sus calles lisas y tortuosas estaban pavimentadas de fina arena apelmazada y asentada por el tiempo, tan suave para discurrir por ella como una alfombra. Las celosías y recovecos de las paredes amortiguaban cualquier reverberación de la voz. No había carruajes, ni calle alguna que permitiera su tránsito, ni animales de carga, ni actividad por parte alguna. Todo era susurrante, tenso, furtivo incluso. Las puertas de las casas se cerraban sigilosamente a nuestro paso. No había perros alborotadores, ni niños llorones; en realidad, excepto en el bazar, semidormido, había pocos viandantes de cualquier tipo; y las escasas personas con quienes nos topamos, todas ellas macilentas, como si padecieran alguna enfermedad, con las caras huesudas, lampiñas y los ojos hundidos, se deslizaban a nuestro lado con cautela, sin mirarnos. Sus blancas y

sumarias ropas, sus afeitados cráneos recubiertos con birretes, sus rojos chales de algodón sobre los hombros y sus pies desnudos daban a todos el aire de ir uniformados.

La atmósfera era opresiva, mortal. Parecía no haber vida en ella. No era abrasadora, pero estaba impregnada de humedad y daba una sensación de vejez y cansancio que no podría encontrarse en ninguna otra parte: no una erupción de olores, como en Smirna, Nápoles o Marsella, sino una sensación de prolongado uso, de exhalaciones de mucha gente junta, de continuados baños de vapor y sudores acumulados. Podía decirse que durante años Yidda no había sido barrida por una fuerte brisa, que sus calles conservaban el mismo aire de año en año, desde el día en que habían sido construidas y hasta tanto se tuvieran en pie. Nada había que comprar tampoco en los bazares.

Al anochecer sonó el timbre del teléfono; y el jerife convocó a Storrs al aparato. Preguntaba si no estaríamos interesados en escuchar a su banda de música. Storrs, asombrado, preguntó qué banda de música, y felicitó a su santidad por sus grandes progresos civilizadores. El jerife explicó que los cuarteles del Alto Mando turco del Heyaz habían tenido en su día una banda de instrumentos de metal, que tocaba cada noche ante el gobernador general, y cuando éste fue capturado en Taif por Abdulla, su banda cayó con él. Los restantes prisioneros fueron enviados a Egipto para su internamiento; pero la banda

quedó exenta de este envío y fue llevada a La Meca para entretener a los vencedores. El jerife Hussein había colocado su auricular descolgado sobre la mesa de su vestíbulo, y todos nosotros fuimos llamados uno por uno al teléfono, para escuchar la ejecución de la banda que tenía lugar en su palacio de La Meca, a cuarenta y cinco millas de distancia. Storrs expresó el agradecimiento de todos, y el jerife, redoblando su generosidad, contestó que haría que la banda se trasladase a Yidda a marchas forzadas, para tocar también en nuestro patio central. «Y», añadió, «ustedes harán entonces el favor de llamarme por teléfono, para que yo pueda tener la oportunidad de compartir su placer.»

Al día siguiente, Storrs visitó a Abdulla en su tienda situada en las proximidades de la tumba de Eva; juntos inspeccionaron el hospital, los barracones y la oficina de la ciudad compartiendo la hospitalidad del alcalde y del gobernador. En los intermedios de tales tareas, hablaron de dinero, y del título del jerife, así como de sus relaciones con los restantes príncipes de Arabia y la marcha general de la guerra: todos los lugares comunes que era preciso examinar entre los representantes de dos gobiernos. Eran unas reuniones tediosas, y de la mayor parte de ellas conseguí excusarme, dado que después de nuestra entrevista de la mañana ya había decidido yo que Abdulla no era el líder que se necesitaba. Le habíamos pedido que esbozara la génesis del movimiento árabe, y su respuesta aclaró su carácter. Había empezado con una

prolija descripción de Taalat, el primer turco que habló con él de la intranquilidad que se percibía en el Heyaz. El quería verlo adecuadamente sometido y con el servicio militar implantado, como en las restantes regiones del Imperio.

Abdulla, para anticipársele, había ideado un plan de insurrecciones pacíficas en todo el Heyaz, y, tras sondear sin resultado a Kitchener, había fijado el comienzo de dicho plan, provisionalmente, para 1915. Su intención era convocar a las tribus durante la festividad, y tomar como rehenes a los peregrinos. Lo que hubiera significado la detención de muchas de las grandes personalidades turcas, además de otros prohombres musulmanes de Egipto, la India, Java, Eritrea y Argelia. Con varios miles de rehenes en sus manos esperaba llamar la atención de las grandes potencias interesadas. Pensaba que empezaría a ejercer sus presiones sobre la Puerta para conseguir la liberación de sus connacionales. La Puerta, entonces, incapaz de intervenir militarmente en el Heyaz, hubiera tenido, o bien que hacer concesiones al jerife, o confesar su incapacidad ante los estados extranjeros. En este último caso, Abdulla se hubiera dirigido a ellos directamente, dispuesto a negociar sus exigencias a cambio de garantías de inmunidad por parte de Turquía. No me gustó semejante esquema, y me alegré cuando explicó con cierto tono de mofa que Feisal, asustado del plan, había rogado a su padre que no lo siguiera. Era algo que honraba a Feisal, hacia quien

empezaban a dirigirse ahora mis esperanzas sobre la necesidad de un líder.

Al anochecer, Abdulla vino a cenar invitado por el coronel Wilson. Lo recibimos en el patio, sobre las escaleras de entrada. Tras él venía su brillante cortejo de sirvientes y esclavos, y siguiendo a éstos una sombría comitiva de hombres barbudos, macilentos y apesadumbrados, vestidos con ajados uniformes militares, y equipados con deslucidos instrumentos musicales de metal. Abdulla los señaló con ampuloso gesto y graznó con deleite: «Mi banda de música.» Los acomodamos sobre unos bancos en el patio delantero, y Wilson les hizo llegar cigarrillos, mientras nosotros subíamos al comedor, donde el cerrado balcón fue abierto por completo, y ávidamente, para dejar penetrar la brisa marina. Mientras tomábamos asiento, la banda, rodeada por las espadas y fusiles de la guardia de corps de Abdulla empezó a interpretar, cada músico por su lado, afligidos aires turcos. Nuestros oídos estaban a punto de estallar con semejante estrépito, pero Abdulla estaba transportado.

Fue aquélla una curiosa reunión. El mismo Abdulla, vicepresidente *in partibus* del gabinete turco, y ministro real de asuntos extranjeros del Estado Árabe rebelde; Wilson, gobernador de la provincia sudanesa del Mar Rojo, y ministro de Su Majestad ante el jerife de La Meca; Storrs, secretario para Oriente sucesivamente de Gorst, Kitchener y McMahon en El Cairo; Young, Cochrane y yo mismo, asignados al Estado Mayor; Sayed Alí, un general del ejército egipcio, comandante

del destacamento enviado por el Sirdar para prestar ayuda a los árabes en sus primeros esfuerzos militares; Aziz el Masri, jefe, en aquel momento, del Estado Mayor del ejército regular árabe, pero en otro tiempo rival de Enver, líder de las tropas turcas y senussís contra los italianos, y principal conspirador de los oficiales árabes del ejército turco contra el Comité de la Unión y el Progreso, un hombre condenado a muerte por los turcos, por prestar obediencia al Tratado de Lausana, y salvado por *The Times* y por lord Kitchener.

Cansados de la música turca, pedimos música alemana. Aziz salió al balcón y ordenó en turco a los hombres de la banda que tocaran para nosotros algo extranjero. Atacaban ruidosamente *Deutscheland über Alles* en el momento mismo en que el jerife llamó desde La Meca para escuchar la música de nuestra fiesta. Pedimos más música alemana; y la banda interpretó *Eine feste Burg*. Y al llegar a la mitad se desvaneció todo en una desmayada discordancia de tambores. Los húmedos aires de Yidda habían destensado el parche. Pidieron que les trajeran fuego; y los sirvientes de Wilson y los guardias de Abdulla llevaron paja y cartón de embalaje. Recalentaron los tambores dándoles vueltas y más vueltas frente a las llamas y luego pasaron repentinamente a lo que dijeron era el *Himno del Odio*, aunque ningún europeo pudiera reconocer en él progresión musical alguna. Sayed Alí se giró hacia Abdulla y le dijo: «Es una marcha fúnebre.» Los ojos de Abdulla se abrieron de par en par; pero Storrs, que intervino rápidamente para ir en su rescate, lo convirtió

todo en una broma; finalmente, enviamos nuestra recompensa en forma de sobras del banquete para los penosos músicos, que no hallaban el menor placer en nuestras alabanzas, y pedían en cambio ser devueltos a sus casas. A la mañana siguiente dejé Yidda en barco, camino de Rabegh.

CAPÍTULO X

Fondeado en Rabegh se hallaba el *Northbrook*, un buque de la Marina india. A bordo se hallaba el coronel Parker, nuestro oficial de enlace con el jerife Alí, a quien había enviado mi carta de parte de Abdulla, transmitiéndole las «órdenes» de su padre de hacerme llegar hasta Feisal. Alí titubeaba, pero no podía hacer nada, ya que su único telégrafo con La Meca era el que tenía el barco, y le daba vergüenza tener que utilizarnos para transmitir mensajes personales. Así que hizo cuanto estuvo de su parte, y me preparó su propio camello de montar, ensillado con su propia silla, y acondicionado con lujosos arreos y almohadillados de marroquinería del Neyed, adornada con taraceas de diversos colores, flecos trenzados y redes entretejidas de filamentos metálicos. Como persona de confianza para acompañarme hasta el campamento de Feisal eligió a Tafas el Raashid, miembro de los hawazim barb, junto con su hijo.

Se tomó tantas molestias conmigo en gracia a la presencia de Nuri Said, oficial del Estado Mayor bagdadí, con quien yo había trabado amistad en El Cairo, estando él enfermo. Nuri era en aquel momento

segundo en el mando de la fuerza regular que Aziz el Masri estaba reclutando y entrenando allí. Era un jeque sulut del Hauran, y había sido anteriormente funcionario del Gobierno turco, del que había desertado escapando a través de Armenia durante la guerra, hasta lograr unirse a Gertrude Bell en Basra. Ésta me lo había enviado con una cálida recomendación.

También a Alí llegué a tomarle un gran afecto. Era de estatura media, delgado y con apariencia de tener más de sus reales treinta y siete años. Era un poco cargado de espaldas. Su piel era cetrina, sus ojos grandes, profundos y castaños, su nariz fina y más bien aguileña, su boca con un rictus triste y alicaído. Tenía una rala barba negra y delicadas manos. Sus maneras eran dignas y admirables, pero directas; y me pareció un perfecto caballero, escrupuloso, sin gran fuerza de carácter, nervioso y más bien fatigado. Su debilidad física (sufría de consunción) lo hacía presa de repentinos raptos pasionales, precedidos y seguidos de prolongados estados de enfermiza obstinación. Era un tipo libresco, entendido en leyes y religión y piadoso casi hasta el fanatismo. Demasiado consciente de su alta estirpe para ser ambicioso, su naturaleza era en exceso íntegra para ver o sospechar motivos interesados en quienes lo rodeaban. Era, por tanto, presa fácil de cualquier constante compañero, y demasiado suspicaz como gran líder para poder ser aconsejado, si bien su pureza de intenciones y su conducta le ganaban el afecto de cuantos entraban en contacto directo con él. Si Feisal demostraba no ser el

profeta esperado, la revuelta podía bien llevarse a cabo bajo la conducción de Alí. Lo consideré mucho más definitivamente árabe que Abdulla, o que Zeid, su medio hermano pequeño, que lo ayudaba en Rabegh, y vino con Alí, Nuri y Aziz hasta los palmerales para verme partir. Zeid era un joven tímido, blanco y lampiño de aproximadamente unos diecinueve años, tranquilo e impertinente, y nada fanático de la rebelión. En realidad, su madre era turca; y había sido criado en el harén, así que difícilmente podía sentir simpatía por un renacimiento árabe, pero aquel día hizo todo lo posible por resultar agradable, y superó en esto a Alí, tal vez porque sus sentimientos no resultaban tan heridos como los de aquél, al ver partir a un cristiano hacia el interior de la Provincia Santa bajo los auspicios del mismo emir de La Meca. Zeid, por supuesto, era aún menos que Abdulla el líder nato que yo buscaba. Con todo, me cayó bien, y pude ver que llegaría a ser un hombre decidido cuando lograra encontrarse a sí mismo.

Alí no quiso dejarme salir hasta la puesta del sol, no fuera a ser que alguno de sus seguidores pudiera verme partir. Mantuvo en secreto mi viaje incluso ante sus esclavos, y me dio una capa árabe y un pañuelo con los que envolverme todo yo y ocultar mi uniforme, de modo que pudiera presentar la adecuada silueta sobre el camello en la oscuridad. No llevaba comida conmigo, por lo que instruyó a Tafas para que tomara alguna con que almorzar en Bir el Sheik, el primer lugar habitado que encontraríamos, a sesenta millas de

distancia, y le recomendó del modo más severo que se abstuviera de satisfacer mi curiosidad durante todo el camino, y que evitara los campamentos y todo tipo de encuentros. Los masruh harb, que habitaban as proximidades de Rabegh y su distrito, prestaban sólo obediencia formal al jerife. Su verdadera vinculación era con Hussein Mabeirig, el ambicioso jeque del clan, que sentía celos del jerife de La Meca y había roto con él. Estaba por entonces huido, vivía en las colinas del este, y se sabía que estaba en contacto con los turcos. Sus gentes no eran especialmente pro turcas, pero le debían obediencia. De haber llegado a enterarse de mi viaje, Mabeirig podía haber ordenado a una partida de ellos que me detuvieran durante mi marcha hacia su distrito.

Tafas era un hazimi, de la rama beni Salem de los harb, y por tanto no en buenas relaciones con los masruh. Esto lo inclinaba hacia mí, y una vez aceptado el encargo de acompañarme hasta Feisal, podía confiar en él. La fidelidad de los compañeros de ruta era fundamental para los beduinos árabes. El guía tenía que responder con su vida por la de su acompañante ante un público muy sensibilizado. Un harbi, que había prometido llevar a Huber hasta Medina y había roto su palabra, matándolo cerca de Rabegh, al descubrir que era un cristiano, fue condenado al ostracismo por la opinión pública, y, a pesar de los prejuicios religiosos en su favor, se vio condenado a llevar para siempre una vida miserable por las colinas, separado de todo contacto con sus amistades, y privado de la posibilidad

de desposar a ninguna hija de la tribu. Así que podía fiarme de la buena voluntad de Tafas y su hijo, Abdulla. Alí, por su parte, hizo todo lo posible, con detalladas instrucciones, por garantizar que su actuación fuera tan buena como su intención.

Atravesamos el palmeral, que como una guirnalda rodea las dispersas casas de Rabegh, y empezamos luego a cruzar bajo las estrellas la Tehama, la arenosa y monótona franja de desierto que bordea la costa occidental de Arabia, entre las playas y las colinas litorales, a lo largo de cientos de interminables millas. Durante el día esta baja planicie resultaba insoportablemente calurosa, y su falta de agua la convertía en una ruta prohibida; pero las mucho más benignas colinas eran demasiado escarpadas para permitir el paso, tanto hacia el sur como hacia el norte, de animales de carga.

El frescor de la noche resultaba agradable después de todo un día de contrastes de pareceres y discusiones como el que había soportado en Rabegh. Tafas avanzaba sin abrir la boca, y los camellos marchaban silenciosos sobre la suave y lisa arena. Mis pensamientos, mientras marchábamos, daban vueltas al hecho de ser aquélla la ruta de peregrinación por donde, a lo largo de incontables generaciones, las gentes del norte se habían dirigido a visitar la Ciudad Santa, llevando consigo regalos piadosos para el santuario; y parecía como si la Rebelión Árabe pudiera considerarse en cierto sentido como una especie de peregrinación de regreso, para devolver al norte, a

Siria, ideal por ideal, una creencia en la libertad que compensara su rasada creencia en una revelación.

Avanzamos así durante horas, sin variación alguna, excepto cuando a veces los camellos se hundían o tropezaban un poco y las monturas rechinaban; muestra de que la lisa llanura había dado paso a un lecho de arena suelta, recubierto de ralos matorrales y, por tanto, más irregular, ya que las plantas retenían con sus raíces pequeños montículos, y los remolinos de la brisa marina excavaban depresiones en los espacios intermedios. Los camellos parecían no pisar con seguridad en medio de la oscuridad, y la arena iluminada por las estrellas producía leves sombras, de modo que montículos y hoyos resultaban difíciles de ver. Antes de la medianoche hicimos un alto, y yo me arrebujé con mayor fuerza en mi capa, y escogí un hoyo de mi propio tamaño y forma, donde me eché a dormir hasta casi rayar el alba.

Tan pronto como sintió que empezaba a refrescar, Tafas se levantó, y dos minutos más tarde ya estábamos bamboleándonos de nuevo. Una hora más tarde la claridad empezó a hacerse mayor, según ascendíamos por un itsmo de lava casi por entero recubierto de arena. Dicho itsmo unía una pequeña colada de lava próxima a la costa con el gran campo de lava del Heyaz, cuyo borde occidental corría a nuestra derecha, y hacía que la ruta de la costa tuviera que discurrir por donde lo hacía. El itsmo era rocoso pero estrecho: a cada lado, la azulada piedra volcánica se deslizaba en forma de dos estribos, desde los cuales,

según Tafas, era posible ver navegar los barcos. Los peregrinos habían ido formando al lado del camino montoncillos de piedras. A veces se trataba de simples apilamientos individuales, o sólo de tres piedras colocadas una sobre otra, otras de montones comunes y corrientes, a los que los viandantes habían ido añadiendo sus propios guijarros, no por razón concreta alguna o por motivo conocido, sino debido a que otros lo habían hecho, y sin duda ellos lo sabían.

Al otro lado de la escarpadura, el sendero descendía hasta llegar a un amplio terreno abierto, la Masturah, o planicie por donde Wadi Fura fluía hasta el mar. Su superficie aparecía sembrada de innúmeros canales entretejidos de guijas sueltas, de sólo unas pocas pulgadas de profundidad, y que eran otros tantos lechos por donde corría el agua en las raras ocasiones en que llovía en Tareif y los cauces se convertían en rabiosos ríos que iban a verter al mar. El delta, por esta parte, tenía unas seis millas de ancho. Por algunas zonas de él, el agua fluía durante una hora o dos, o incluso durante un día o dos, cada bastantes años. Bajo tierra era mucha la humedad que se conservaba, protegida del sol por una capa de arena; y los espinos junto con algunos arbustos sueltos se aprovechaban de ella para prosperar. Algunos troncos llegaban a tener un pie de diámetro, y su altura podía llegar a ser de veinte pies. Los árboles y arbustos se alzaban formando grupos separados entre sí, y sus ramas bajas eran ávidamente cosechadas por los camellos. Parecían pues estar casi cultivados, y mostraban un

aire de premeditada distribución, que resultaba extraño en medio de aquel yermo, y más aún teniendo en cuenta que la Tehama hasta allí había sido de una sobria y total desnudez.

A dos horas, cauce arriba, me señaló Tafas, se hallaba la garganta de donde Wadi Fura nacía, de las últimas colinas graníticas, y allí había sido levantada una pequeña aldea, Joreiba, bien dotada de canales, pozos y palmerales, y habitada por una reducida comunidad de libertos dedicados al cultivo del dátil. Era un dato importante. No habíamos captado que Wadi Fura servía de camino para unir directamente Medina con las proximidades de Rabegh. Se hallaba situado tan al sur y al este de las supuestas posiciones de Feisal en las colinas que difícilmente podía decirse que desde allí fuera capaz de defenderlo. Tampoco nos había advertido Abdulla de la existencia de Joreiba, aunque afectaba de manera muy directa al problema de Rabegh, proporcionando al enemigo un posible punto de aprovisionamiento de agua, libre de interferencias nuestras, y fuera del alcance de la artillería de nuestros buques. En Joreiba, los turcos podían concentrar una gran fuerza de ataque para caer sobre nuestra propuesta brigada de Rabegh.

En réplica a ulteriores preguntas, Tafas me reveló que en Hayar, al este de Rabegh y en las colinas, había aún otro punto de aprovisionamiento de agua, en manos de los masruh, y donde entonces se hallaba situado el cuartel general de Hussein Mabeirig, su turcófilo jefe. Los turcos podían establecer allí su

segunda estación, en la ruta desde Joreiba a La Meca, quedando así convertido Rabegh en un punto inofensivo que podían dejar sin peligro a su flanco. Lo que significaría que la solicitada brigada británica de nada serviría para defender La Meca de los turcos. A tal fin sería precisa una fuerza desplegada sobre un frente o radio de acción de casi veinte millas, de forma que pudiera impedir al enemigo el acceso a los tres puntos de aprovisionamiento de agua.

Entre tanto, y bajo los primeros rayos del día, logramos hacer que nuestros camellos mantuvieran un trote constante sobre los cómodos lechos de guijarros y entre los arbustos, en dirección al pozo de la Masturah, primera parada en nuestra marcha desde Rabegh por la ruta de los peregrinos. Allí abrevaríamos a nuestras bestias y haríamos un breve alto. Mi camello era una delicia, ya que nunca hasta entonces había montado un animal semejante. No había en Egipto buenos camellos; y los del desierto del Sinaí, aunque duros y fuertes, no estaban entrenados para una marcha regular, suave y veloz, como las ricas cabalgaduras de los príncipes árabes.

Con todo, sus posibilidades resultaban malgastadas en gran medida, pues estaban reservadas para jinetes que sabían lo que querían y lo exigían, y no para gentes como yo, que esperaban ser llevadas, y no sabían cómo cabalgar. Es fácil montar a lomos de camello sin caerse, pero muy difícil comprender y sacar partido a la bestia para permitirle recorrer largas distancias sin que ni ella ni el jinete se cansen. Tafas

me daba algunas indicaciones mientras avanzábamos; en verdad, era uno de los pocos temas sobre los que estaba dispuesto a hablar. Las órdenes que había recibido de preservarme de todo contacto con el mundo parecían haber lacrado hasta su boca. Una pena, porque su dialecto me interesaba.

Muy cerca del límite norte de la Masturah, dimos con el pozo. A su lado podían verse algunas paredes de piedra derruidas que en otro tiempo habían sido una cabaña, y frente a ellas unas pequeñas tejavanas de ramas y hojas de palma, bajo las que se hallaban sentados algunos beduinos. No los saludamos. En vez de ello, Tafas dio la vuelta a los muros derruidos, y desmontó; yo, por mi parte, me senté a su sombra, mientras él y Abdulla abrevaban a los animales, y sacaban un poco de agua para ellos y para mí. El pozo era viejo, y ancho, con buen entubado de piedra y un sólido brocal. Tenía unos veinte pies de profundidad; y para comodidad de los viajeros privados de cuerdas, como nosotros, se había abierto en las paredes una chimenea de piedra, con peldaños y agarraderas en las esquinas, para poder llegar hasta el ras del agua y llenar allí los pellejos.

Manos ociosas habían arrojado tantas piedras por la boca del pozo que éste estaba medio cegado y el agua no era abundante. Abdulla se remangó las mangas hasta los hombros, se recogió la túnica en la cartuchera de la cintura y empezó a subir y bajar hasta el fondo del pozo, trayendo cada vez cuatro o cinco galones de agua, que vertía en un abrevadero de piedra anexo al

brocal. Cada animal bebía unos cinco galones, ya que habían sido abrevados en Rabegh un día atrás. Luego, los dejamos ramonear sueltos un rato, mientras nos sentábamos tranquilamente a respirar el viento que venía del mar. Abdulla se fumó un cigarrillo como compensación a sus esfuerzos.

Un grupo de hombres del clan hanb se aproximó al pozo, arreando un rebaño de camellos de cría, y empezaron a abrevarlos, tras mandar a uno de sus hombres que bajara al fondo a llenar sus grandes recipientes de cuero, que los demás se pasaban de mano en mano acompañándose de un sonoro canto rítmico. Los observamos, sin trabar conversación con ellos, ya que eran del clan masruh, y nosotros beni Salem; y aunque ambos clanes se hallaban por entonces en paz, y podían atravesar sus respectivos territorios, se trataba tan sólo de un arreglo temporal en aras de la guerra del jerife contra los turcos, pero con pocas raíces reales de buena voluntad.

Mientras los observábamos, dos jinetes, montando a trote ligero y rápido dos camellos plenamente criados, avanzaron hacia nosotros desde el norte. Ambos eran jóvenes. Uno de ellos vestía una rica túnica de casimir y un pesado pañuelo de seda bordada. El otro llevaba vestidos más comunes, de algodón blanco, con un tocado de algodón rojo. Ambos se detuvieron junto al pozo; y el más espléndidamente vestido se deslizó hasta el suelo con gracia sin hacer arrodillar al camello, lanzando descuidadamente su brida al otro, y diciéndole: «Dales agua mientras yo voy allí a

descansar un rato.» Echó a andar hasta venir a sentarse a la sombra de nuestra pared, tras echarnos una mirada de estudiada indiferencia. Me ofreció un cigarrillo, recién liado, diciendo: «¿Venís de Siria?» Rechacé cortésmente su ofrecimiento, insinuando si venía tal vez de La Meca, a lo que él no respondió de forma directa. Hablamos un rato de la guerra y del desmedro de las camellas de los masruh.

El otro joven jinete, entre tanto, estaba ocioso sosteniendo las bridas de los dos camellos, en espera tal vez de que los harb terminaran de abrevar sus bestias. El joven señor gritó: «¿Qué pasa, Mustafá? Dales de beber de inmediato.» El sirviente se acercó a decir tímidamente: «No me dejarán.» «¡Dios misericordioso!», gritó con furia su amo, al tiempo que se ponía en pie y propinaba al infortunado Mustafá tres o cuatro fuertes golpes con su fusta. «Vete y pídeselo.» Mustafá parecía herido, asombrado y enojado, como si estuviera a punto de devolver el golpe, pero se lo pensó mejor y corrió hacia el pozo.

Los harb, movidos a piedad hacia él, le hicieron sitio, y permitieron que sus dos camellos bebieran de su propia agua. Le susurraron: «¿Quién es?» Y Mustafá dijo: «El primo de nuestro señor de La Meca.» De inmediato corrieron a desatar un paquete de una de sus alforjas, extendiendo ante los dos camellos hierba verde y brotes de espino. Solían recoger dichos brotes vareando los matorrales con gruesos palos, hasta que las puntas desprendidas de los árboles acababan cayendo sobre trapos extendidos en el suelo.

El joven jerife los observó complacido. Una vez que hubo comido su camello, escaló lentamente y sin aparente esfuerzo al cuello del animal, instalándose en la silla parsimoniosamente y se despidió untuosamente de nosotros, haciendo votos a Dios para que otorgara a los árabes sus dádivas. Los harb le desearon un buen viaje; y enfilaron él y su criado hacia el sur, mientras Abdulla traía nuestros camellos, y salíamos en dirección norte. Diez minutos más tarde pude oír hablar entre dientes al viejo Tafas, y vi destellar una sonrisa de complacencia entre su barba y sus mostachos grises.

—¿Qué te ocurre, Tafas?—dije.

—Mi señor, ¿vio usted a aquellos jinetes del pozo?

—¿El jerife y su sirviente?

—Sí; pero eran el jerife Alí ibn Hussein de Modhic, y su primo, el jerife Mohsin, señores de los harith, que son enemigos de sangre de los masruh. Temían ser retenidos o que les impidieran abrevar si los otros árabes llegaban a saberlo. Así que fingieron ser amo y señor de La Meca. ¿Vio usted la rabia de Mohsin cuando Alí lo golpeó? Alí es un demonio. Cuando tenía sólo once años huyó de casa de su padre y se fue con su tío, ladrón de peregrinos; y con él vivió de su propio trabajo durante muchos meses, hasta que su padre logró echarle el guante. Estuvo con nuestro señor Feisal desde el primer momento de la batalla de Medina, y condujo a los ateiba en las llanuras que rodean Aar y Sir Derwish. Es un magnífico luchador a camello; y nadie como Alí consigue hacer lo que él

hace, correr al lado de su camello, y saltar directamente a la silla, sin soltar de la mano el rifle. Los muchachos harith son gente de batalla.

Por vez primera la boca del anciano se había llenado de palabras.

CAPÍTULO XI

Mientras Tafas hablaba atravesábamos la relumbrante llanura, ahora casi desnuda de árboles, y cuyo suelo iba tornándose cada vez más blanco. Al principio era de cascajo gris, con consistencia de grava. Luego la arena iba haciéndose cada vez más frecuente, al tiempo que escaseaban cada vez más las guijas, hasta el punto de poder distinguir por el color la procedencia de éstas, ya fueran de pórfido, de esquistos verde o de basalto. Finalmente todo era ya pura arena blanca, bajo la cual se extendía un estrato más duro. Semejante suelo era como una alfombra de pelusa para el trote de nuestros camellos. Las partículas de arena eran limpias y brillantes, y capturaban el brillo de la luz solar como pequeños diamantes de centelleante reflejo, que después de un rato resultaba insoportable. Yo fruncía el ceño, y tuve que bajar un pico de mi pañuelo sobre los ojos, e incluso taparlos por debajo, como un castor, intentando defenderme de las vaharadas de calor que ascendían en olas vidriosas del suelo y golpeaban mi cara. A ochenta millas de nosotros el pico Rudhwa, situado a espaldas de Yenbo, aparecía y desaparecía en medio

de los resplandecientes vapores que difuminaban sus faldas. Muy cerca y sobre la llanura se alzaba la pequeña e informe colina de Hesna, que parecía bloquear el camino. A nuestra derecha estaba el farallón escalonado de Beni Ayub, dentado y estrecho como una sierra, y primera estribación del haz montañoso que se extiende entre la Tehama y los escarpados bordes de la meseta que rodea a Medina. Estos Tareif Beni Ayub terminan por su parte norte en una serie de azuladas colinas de menor tamaño, de suaves contornos, tras las cuales, y en sucesivas hileras dentadas y escalonadas, de color rojizo ahora que el sol se ponía, se elevaba la descollante masa central del Yebel Subh, con sus fantásticas cúspides de granito.

Al poco, torcimos hacia la derecha, apartándonos de la ruta de los peregrinos, y tomamos un atajo que ascendía gradualmente por las planas escarpaduras de basalto, enterradas a tal punto en la arena que sólo sus crestas más altas sobresalían de la superficie. Guardaban humedad suficiente como para estar bien pobladas de una hierba dura como alambre y de matojos que recubrían todas las pendientes, y en las que pastaban unas pocas ovejas y cabras. Allí me mostró Tafas un mojón que marcaba los límites del territorio de los masruh, y me dijo con fiero placer que ahora se encontraba en casa, dentro de la propiedad tribal, y podía bajar la guardia.

La gente suele considerar el desierto como una tierra baldía, sobre la que quienquiera puede poner la

mano; pero la realidad es que cada colina y cada valle tenía a alguien que era reconocido como su propietario y que estaba inmediatamente dispuesto a afirmar los derechos de su familia o de su clan contra cualquier agresión. Hasta los pozos y los árboles tenían sus propietarios, que permitían extraer leña para el fuego de los unos o agua de los otros, en tanto ello fuera preciso para cubrir las necesidades del viajero, pero que caerían de inmediato sobre cualquiera que intentara arrebatarles la propiedad o emplear el terreno o sus productos para su personal beneficio. El desierto estaba sometido a una regulación rigurosamente comunista, según la cual la naturaleza y sus elementos estaban hechos para el libre uso de cualquier persona reconocida como amistosa, con vistas a cubrir sus propias necesidades y nada más. Las consecuencias lógicas de esto eran la restricción de semejante privilegio a los hombres del desierto, y la dureza mostrada contra los extraños no provistos de tarjeta de presentación o de garantía, puesto que la seguridad común radica en la común responsabilidad de los parientes clánicos. Tafas, una vez en su propio país, podía soportar con tranquilidad el peso de mi salvaguardia.

Los valles empezaban a aparecer claramente delimitados, con sus limpios lechos de arena y guijas, y con algún que otro pedrusco de gran tamaño depositado aquí y allá por las riadas. Eran muchos los arbustos de retama, que aparecían a la vista bajo tonalidades grises y verdes, y que resultaban buenos

como combustible, aunque inútiles como forraje. Fuimos ascendiendo lentamente hasta confluir nuevamente en la ruta de los peregrinos. Por ella proseguimos nuestro camino hasta la caída del sol, hora en que tuvimos a la vista la aldea de Bir el Sheik. Al caer las primeras sombras, y cuando los fuegos de la cena empezaban a encenderse, cruzamos su calle principal e hicimos alto. Tafas entró en una de las veinte miserables chozas que componían el poblado, y tras unas pocas palabras susurradas y otros tantos largos silencios compró harina, con la que amasó con agua una torta de dos pulgadas de espesor y ocho de largo. La enterró entre las cenizas del fuego encendido con la retama que nos había dado una mujer del clan Subh, a la que parecía conocer. Cuando la torta estuvo caliente, la extrajo del fuego, la palmoteó para quitarle la ceniza y la compartimos, mientras Abdulla iba a comprar tabaco.

Me dijeron que el lugar tenía dos pozos revestidos en piedra al pie de la ladera sur, pero no me sentí con ganas de ir a verlos, ya que el largo viaje de aquel día había agotado mis músculos poco habituados, y los calores de la llanura me habían resultado dañinos. Mi piel estaba toda llagada, y me dolían lo ojos por la refracción de la luz sobre las plateadas arenas y los brillantes guijarros. Los dos años anteriores los había pasado yo en El Cairo, ya fuera todo el día aferrado al escritorio o exprimiéndome la cabeza en una oficina atestada de gente y llena de ruidos, con cientos de cosas que decir y discutir, pero ningún esfuerzo

corporal, como no fuera el de ir y venir entre la oficina y el hotel. Las consecuencias de tan radical cambio fueron, pues, fatales, ya que no se me había dado tiempo para acostumbrarme gradualmente al azote pestilente del sol arábigo, y a la interminable monotonía del paso de camello. Debía soportar una etapa más aquella noche, y toda una larga jornada al día siguiente, antes de alcanzar el campamento de Feisal.

Me sentí pues agradecido por la cena y el regateo, lo que nos llevó una hora, y por la subsiguiente hora de reposo que nos tomamos por común acuerdo; y lo lamenté cuando se terminó y tuve que montar de nuevo, y reemprender la marcha en plena oscuridad, subiendo y bajando valles, entrando y saliendo de corrientes de aire, que eran calurosas en los valles empozados, aunque frescas y reconfortantes en los espacios abiertos. El terreno sobre el que marchábamos debía de ser arenoso, ya que el silencio de nuestras pisadas dañaba mis oídos doloridos, y suave, porque me quedaba dormido a cada tanto en la silla, para despertarme a los pocos segundos, repentina y asustadamente, al tener que aferrarme instintivamente al arzón para recobrar el equilibrio que me había hecho perder algún movimiento irregular del animal. Estaba demasiado oscuro, y los accidentes del paisaje eran demasiado neutros para que se detuvieran ellos mis ojos, que se cerraban de fatiga. Finalmente, hicimos una parada real y verdadera después de la medianoche; y me había arropado ya en mi capa y quedado dormido en un confortable nicho de fina arena

antes de que Tafas hubiera hecho arrodillar a mi camello.

Tres horas más tarde estábamos de nuevo en camino, alumbrados esta vez por los últimos rayos lunares. Atravesábamos Wadi Mared, en una noche mortalmente tranquila, calurosa, silenciosa, y con puntiagudas colinas blanquinegras alzándose a cada lado de nuestro camino, en medio de una atmósfera enrarecida. Había muchos árboles. La aurora finalmente hizo su aparición en el momento en que salíamos de los desfiladeros hacia un terreno abierto, sobre cuyo suelo llano una inquieta ventolera formaba, caprichosamente, remolinos con el polvo. El día iba firmemente asentándose, y podíamos ya divisar Bir ibn Hassani a nuestra derecha. El bonito poblado, de casas absurdamente pequeñas, marrones y blancas, apiladas unas sobre otras por motivos de seguridad, parecía un conjunto de casitas de muñecas, y mucho más solitario que el desierto mismo, con la inmensa sombra del oscuro precipicio de Sugh a sus espaldas. Mientras lo contemplábamos, esperando ver algo de vida a la puerta de las casas, el sol iba ascendiendo a toda prisa, y los carcomidos farallones, elevados miles de pies por encima de nuestras cabezas, empezaban a dibujarse en forma de grandes masas de relumbrante blancura recortadas sobre el cielo todavía lívido de la mañana.

Atravesamos el gran valle. Un jinete a camello, rústico y viejo, salió a nuestro encuentro desde las casas y trotó hasta juntársenos. Se presentó como

Jalaf, con gran calurosidad. Su saludo se produjo tras una pausa en medio de un trivial charloteo; y cuando le hubimos devuelto el saludo, intentó forzarnos a conversar. Sin embargo, Tafas parecía no gustar de su compañía, y le contestaba con frases cortantes. Jalaf insistió, y finalmente, para conseguir mejorar su posición, se inclinó y empezó a rebuscar en su alforja hasta encontrar un recipiente cerrado de hierro esmaltado, lleno de la más habitual provisión de viaje del Heyaz. Era una torta de miga sin levadura del día anterior, de las que suelen desmenuzarse entre los dedos cuando aún están calientes, pero tan impregnada de manteca derretida que resultaba difícil de desmigajar. Había sido endulzada con azúcar molido, y había que rebañarla con los dedos como si de serrín remojado y comprimido en pellas se tratara.

Comí un poco, en este primer intento, mientras Tafas y Abdulla le hincaban el diente con ganas; de manera que por su generosidad, Jalaf se quedó medio hambriento: merecidamente, ya que se consideraba afeminado que los hombres llevaran provisiones para una jornada de sólo cien millas. Nos habíamos convertido así en compañeros, y la charla recomenzó de nuevo mientras Jalaf nos contaba las últimas escaramuzas, y el revés que Feisal había sufrido el día anterior. Parecía que había sufrido una derrota en Jeif, en la cabecera de Wadi Safra, y había tenido que trasladarse a Hamra, a corta distancia de donde estábamos nosotros; o al menos Jalaf pensaba que estaba allí; podíamos averiguarlo con seguridad en

Wasta, la siguiente aldea de nuestra ruta. La refriega no había sido muy dura; pero las bajas se habían producido todas ellas entre miembros de la tribu de Tafas y Jalaf; y éste nos recitó por orden los nombres de cada uno, con sus heridas.

Entre tanto yo me dedicaba a observar en derredor, interesado por el nuevo paisaje que me rodeaba. La arena y los detritos rocosos de Bir el Sheik habían desaparecido por completo. Remontábamos ahora un valle de doscientas a quinientas yardas de ancho, de suelo ligero y pedregoso, bastante firme, con pequeños altozanos de resquebrajada piedra verde que de tanto en tanto se levantaban en su medio. Había muchos árboles espinosos, algunos de ellos corpulentas acacias, de treinta y más pies de altura, frondosamente verdes, con bastantes tamariscos y suaves matojos para acabar de darle un completo aire de parque encantador y bien cuidado, en medio de las alargadas sombras de las primeras horas de la mañana. El arrasado terreno era tan llano y limpio, las guijas tan abigarradas, y de colores tan graciosamente distribuidos, que todo el paisaje parecía estar hecho a propósito; y este sentimiento se veía confirmado por las fuertes líneas y los bien marcados contornos de las colinas. Éstas se alzaban a ambos lados de manera regular, formando precipicios de cientos de pies de altura, hechos de roca granítica marrón y de oscuro pórfido, veteado en rosa; y por un extraño azar estas relumbrantes montañas descansaban sobre

basamentos de cientos de pies de piedra veteada, cuyo inhabitual color sugería un leve recubrimiento musgoso.

Cruzamos por tan hermoso lugar durante unas siete millas hasta llegar a una profunda torrentera, atravesada por un muro de granito resquebrajado, que no era ya más que un informe montón de piedras, pero que en otro tiempo a no dudar había sido una barrera. Cruzaba el lecho del torrente de orilla a orilla, hasta superar la altura de las laderas, allí donde las rocas no eran demasiado escabrosas para ser escaladas. En el centro, por el sitio por donde pasaba el camino, había habido dos pequeñas cercas a modo de cierres. Le pregunté a Jalaf la finalidad de aquel muro. Y él me replicó diciendo que había estado en El Cairo, en Damasco y en Constantinopla, y que tenía grandes amigos entre los prohombres de Egipto. ¿Conocía yo a alguno de los ingleses de allí? Jalaf parecía sentir curiosidad por mis intenciones y mi historia. Intentó llevarme hacia el fraseo egipcio. Y cuando yo le respondí en dialecto de Aleppo, empezó a hablarme de los sirios prominentes que conocía. También yo los conocía; y se lanzó a hablar de política local, preguntando cuestiones delicadas, con gran tacto y de manera indirecta, sobre el jerife y sus hijos, y sobre lo que yo pensaba que Feisal iría a hacer. Yo entendía de aquello menos aún que él, e intenté desviar la conversación. Tafas vino en mi ayuda, y cambió de tema. Más tarde supimos que Jalaf estaba pagado por los turcos, y que solía enviar a éstos frecuentes

informes sobre las tropas árabes de más allá de Bir ibn Hassani.

Cruzado el muro entramos en un afluente del Wadi Safra, un valle mucho más desgastado y rocoso entre montañas mucho menos brillantes. Iba a dar a otro cauce, más abajo del cual y hacia el oeste podía verse una mancha de oscuras palmeras, que los árabes dijeron ser Yedida, una de las aldeas tributarias de Wadi Safra. Torcimos a la derecha, atravesando otro arenal, y luego ladera abajo durante unas cuantas millas, hasta llegar a un rincón de altos acantilados. Lo rodeamos y nos encontramos de repente en Wadi Safra, el valle que buscábamos, yen el centro mismo de Wasta, su mayor poblado. Wasta parecía estar compuesto por varios anidamientos de casas, pegadas a las laderas montañosas a uno y otro lado de la torrentera, sobre los bancales de depósito aluvial, o sobre los islotes de grava y cascajo, que se alzaban entre los diversos canales profundamente excavados, cuyo conjunto formaba el cauce principal.

Atravesando por entre dos o tres de aquellos islotes edificados, enfilamos hacia la más lejana ladera del valle. Marchábamos por el lecho principal de las riadas invernales, una avenida de blancos guijarros y pedruscos, bastante llana. Por su medio, y entre uno y otro de los palmerales que crecían en sus bordes, corría un arroyuelo de agua clara y lecho arenoso, de unas doscientas yardas de largo y doce pies de ancho, a cuyas orillas se extendía por ambos lados un prado de diez pies de anchura, hecho de gruesa hierba y

flores. Sobre él nos detuvimos un momento para dejar a nuestros camellos agachar la cabeza y apagar su sed, y el descanso que la visión de la hierba produjo a nuestros ojos, tras todo un día de soportar los destellos de las piedras, fue tan repentino que involuntariamente miré hacia el sol para ver si una nube no habría cubierto repentinamente su faz.

Marchamos corriente arriba hasta el huerto de donde el arroyo surgía centelleante por un canal de piedra; y luego rodeamos la barrera de barro que lo cerraba bajo la sombra de las palmeras, hasta llegar a otra de las dispersas aldehuelas. Tafas echó a andar por una de sus callejas (las casas eran tan bajas que desde nuestras sillas veíamos debajo nuestro los tejados de cal), y cerca de una de las mayores casas nos detuvimos a la puerta de un patio sin techado. Un esclavo nos abrió, y desmontamos sin llamar la atención. Tafas ató los camellos, les quitó los arreos y extendió ante ellos una brazada de verde pienso de un oloroso montón situado junto a la puerta. Luego me condujo hasta el cuarto de huéspedes de la casa, una habitación pequeña de adobe, techada con varas de palma y tierra apisonada. Tomamos asiento sobre una estera de palma extendida sobre el estrado. El día en aquel asfixiante valle se había puesto muy caluroso; y poco a poco fuimos recostándonos uno al lado del otro. Luego, el zumbar de las abejas fuera en el huerto, y el de las moscas revoloteando por encima nuestro, nos hicieron caer dormidos.

CAPÍTULO XII

Antes de despertarnos, la gente de la casa ya había preparado para nosotros un almuerzo de dátiles y pan. Los dátiles eran de la cosecha del año, destilaban azúcar y eran buenos como ningunos otros que yo hubiera gustado. El dueño de la casa, un harbi, se hallaba fuera, junto con sus vecinos, sirviendo a Feisal, y sus mujeres e hijos estaban acampados en las montañas con sus camellos. Como máximo, los árabes tribeños de Wadi Safra vivían en sus aldeas cinco meses al año. Durante el tiempo restante, sus huertos eran confiados a esclavos, negros como los robustos mozos que trajeron ante nosotros las bandejas de la comida, y cuyos fuertes miembros y lustrosos cuerpos parecían curiosamente fuera de lugar, comparados con los frágiles árabes. Jalaf me dijo que aquellos negros procedían de África, que habían sido traídos de niños por sus supuestos padres, vagabundos takruri[12], que los vendían en La Meca durante la época de la

[12] Individuos descastados, de origen racial heterogéneo, que solían vagar por la Península Arábiga, pegados a las caravanas, y hacían su agosto durante la temporada de peregrinación, pordioseando en los Santos Lugares del Islam. *(N. del T.)*

peregrinación. Cuando estaban ya bien crecidos y fuertes podían llegar a valer de cincuenta a ochenta libras por cabeza, y eran posteriormente cuidados como correspondía. Algunos de ellos se convertían en criados o guardias de corps de sus amos; pero la mayor parte de ellos eran enviados a las aldeas datileras de aquellos valles ardientes, cuyo clima era poco adecuado para el tipo de trabajo de los árabes, pero donde ellos prosperaban y se construían sólidas casas, emparejándose con mujeres esclavas, y ocupándose de las tareas del lugar.

Eran muy numerosos —había, por ejemplo, trece aldeas pobladas por estos esclavos, una pegada a la otra, en Wadi Safra—, de modo que llegaban a formar una sociedad propia, y vivían completamente a sus anchas. Su trabajo era duro, pero la vigilancia escasa, y la huida fácil. Su estatus legal era incómodo, puesto que no podían recurrir a la justicia tribal, ni siquiera a los tribunales del jerife; si bien la opinión pública y el propio interés desaprobaban cualquier acto de crueldad para con ellos, y el artículo de fe según el cual la liberalidad para con el esclavo es una buena obra daba como resultado que todos acabaran consiguiendo la libertad. Si eran ingeniosos, además, podían ir reuniendo dinero a lo largo de sus años de servicio. Y los que yo vi tenían sus propias posesiones, y se declaraban satisfechos. Cultivaban melones, coles, pepinos, uvas y tabaco para su propio uso, además de dátiles, cuyos excedentes de producción solían enviar

al Sudán, transportándolos en dhaus[13], para cambiarlos allí por grano, telas y otras mercaderías de lujo de África y Europa.

Cuando el calor del mediodía hubo pasado, montamos de nuevo, y echamos a andar por la orilla del claro y plácido arroyuelo, que acababa perdiéndose entre los palmerales, tras las bajas tapias de arcilla desecada. Aquí y allá por entre las raíces de los árboles había excavados pequeños canalillos de dos o tres pies de profundidad, tan bien concebidos que la corriente de agua caía sobre cada uno desde el canal principal, regando cada una de las palmeras. El manantial era propiedad común, y sus aguas eran compartidas por todos los propietarios determinados minutos u horas al día o al mes, según el uso tradicional. El agua era un poco salobre, como se requiere para el cultivo de las mejores palmeras; pero había agua dulce suficiente en los pozos particulares que se repartían por los palmerales. Tales pozos eran bastante abundantes, y podía extraerse agua a tres pies debajo de la superficie.

El camino que seguíamos nos llevó a la aldea central del valle y a su calle del mercado. Poco era lo que había en las tiendas; y se percibía que el lugar estaba en decadencia. Una generación antes, Wasta era un lugar populoso (decían ellos que de miles de casas), pero un día una gran tromba de agua cayó sobre Wadi Safra, los plantíos de muchos palmerales

---

[13] Las típicas embarcaciones árabes de casco panzudo y vela latina, que recorren aún el Mar Rojo y el Índico. *(N. del T.)*

fueron arrasados y las palmeras arrancadas de cuajo. Algunos de los islotes sobre los que las casas venían edificándose desde hacía siglos quedaron sumergidos, y las casas de barro se disolvieron de nuevo en el barro, matando o ahogando a los desdichados esclavos que se hallaban en su interior. Los hombres podían sustituirse, y también los árboles, de haber permanecido el suelo vegetal; pero los huertos habían ido tomando forma poco a poco con tierra cuidadosamente preservada de las habituales riadas, tras años y años de labor, y la gran ola de agua —de ocho pies de profundidad, y corriendo imparablemente durante tres días— redujo los sembrados a su condición original de pedregales.

Un poco más arriba de Wasta vinimos a parar a Jarma, un pequeño poblado ceñido por ricos palmerales, donde un arroyo tributario corría desde el norte. Más allá de Jarma el valle se ensanchaba un tanto, hasta alcanzar una media de quizá cuatrocientas yardas, y su lecho estaba formado de grava fina y arena, suavemente depositadas por las lluvias de invierno. Las paredes eran de roca viva roja y negra, con rebordes y farallones tan cortantes como hojas de cuchillo, sobre las que el sol reverberaba con brillo metálico. Todo ello hacía que el frescor de las palmeras y las hierbas pareciera lujuriante. Veíamos ahora partidas de soldados de Feisal, y rebaños de camellos ensillados que se hallaban pastando. Desde allí hasta Hamra cada refugio rocoso y cada soto eran un vivac. Los hombres saludaban a Tafas con alegre viveza, y

éste parecía volver a la vida, devolviendo con amplio gesto los saludos y llamándolos, mientras apretaba el paso para liquidar el deber que había contraído conmigo.

Hamra se extendía a nuestra izquierda. Parecía un pueblo de aproximadamente cien casas, enterrado entre huertos alternados con montículos de tierra de unos veinte pies de altura. Vadeamos un riachuelo, y subimos por un camino tapiado y flanqueado de árboles hasta la cima de uno de los montículos, donde hicimos arrodillar a nuestros camellos junto a la puerta de una casa alargada y baja. Tafas dijo algo a un esclavo que allí estaba apostado con una espada de empuñadura de plata. El esclavo me condujo a un patio interior, en cuyo extremo más lejano, y enmarcado por el dintel de una oscura puerta, podía verse una blanca figura que en tensa espera me aguardaba. Nada más verlo sentí que aquél era el hombre que yo había ido a buscar a Arabia, el líder que elevaría la Rebelión Árabe a su máxima gloria. Feisal parecía alto como una columna y muy esbelto, con su larga túnica de seda y su pañuelo de color marrón ceñido con un cordón de brillante color rojo y oro. Sus párpados estaban entrecerrados; y su negra barba y su pálido rostro eran como una máscara, en contraste con la extraña y vigilante tensión de su cuerpo. Tenía las manos cruzadas delante sobre la empuñadura de su daga.

Lo saludé. Me dio paso al interior de la habitación, y tomó asiento sobre su alfombra junto a la puerta. Según mis ojos iban acostumbrándose a la penumbra,

pude ver que en el pequeño recinto se hallaban congregadas muchas figuras silentes, que me miraban o miraban a Feisal sin moverse. Este permaneció con la mirada baja, fija sobre sus manos, que lentamente jugaban con su daga. Finalmente preguntó con suave tono cómo había ido el viaje. Yo hablé del calor y pregunté cuál era la distancia desde Rabegh, comentando que habíamos realizado el viaje con rapidez para la estación que era.

—¿Y le gusta nuestro cuartel aquí en Wadi Safra?

—Sí; pero está lejos de Damasco.

La frase cayó como una espada en medio de la reunión. Hubo una general conmoción. Luego, todo el mundo se quedó rígido donde estaba, y contuvo el aliento durante un inacabable minuto. Unos, tal vez, soñando con el éxito lejano; otros, viendo quizás en ello un reflejo de su última derrota. Feisal, al fin, levantó la vista, me sonrió y dijo: «Gracias a Dios, tenemos a los turcos más cerca.» Todos sonreímos con él; y yo me levanté y me excusé por un rato.

CAPÍTULO XIII

Bajo las altas arcadas de las palmeras, en medio de un prado acogedor, encontré el aseado campamento del cuerpo expedicionario egipcio que, bajo el mando de Nafi Bey, había sido enviado hacía poco desde Sudán por sir Reginal Wingate, en ayuda de la Rebelión Árabe. Incluía dicho cuerpo una batería de montaña y varias ametralladoras, y tenía mucho mejor aspecto de lo que ellos mismos creían. Personalmente, Nafi resultó ser un tipo simpático, amable y hospitalario, a pesar de su mala salud y de su resentimiento por haber sido enviado al interior del desierto para luchar en una guerra tan innecesaria como penosa.

Los egipcios, como gente hogareña y comodona que son, consideran siempre la emigración al extranjero como una maldición. En este malhadado caso las estrecheces las padecían por una causa filantrópica, lo que hacía todo aún más duro. Tenían además que luchar contra los turcos, hacia los que sentían una inclinación sentimental, y en favor de los árabes, un pueblo ajeno que hablaba una lengua emparentada con la suya, y que por lo mismo parecía de muy distinto carácter, y habituado a una vida más

ruda. Los árabes parecían mostrarse hostiles hacia las bendiciones materiales de la civilización, en vez de apreciarlas. Y parecían responder con un brusco bufido ante cualquier bienintencionado intento de compensar sus carencias.

Los ingleses, seguros como están de su propia y absoluta excelencia, habían persistido en sus buenos propósitos sin rezongar demasiado; pero los egipcios acababan por perder la fe. Carecían de ese sentido colectivo del deber hacia el Estado, y de ese sentido de la obligación individual que empuja a la humanidad combativa a proseguir su camino. La civilidad vicaria, que suele ser la emoción más fuerte que el inglés experimenta ante la perplejidad de los demás hombres, se veía en el caso de los egipcios sustituida por el instinto de irse tan discretamente como fuera posible al extremo opuesto. De modo que, aunque todo iba bien para aquellos soldados, tenían raciones abundantes, gozaban de buena salud, y no habían sufrido bajas, se sentían como perdidos, y esperaban que aquel recién aparecido inglés viniera a enderezarlo todo.

Feisal fue anunciado en compañía de Maulud el Mujlus, el zelote árabe de Tekrit, que, por su exaltado nacionalismo, había sido degradado por dos veces en el ejército turco, y había pasado exiliado en el desierto del Neyed dos años, como secretario de Ibn Rashid. Había estado al mando de la caballería turca antes de lo de Sheiba, y había sido apresado allí por nosotros. Tan pronto como oyó hablar de la rebelión del jerife se ofreció a él como voluntario, siendo el primer oficial

regular que se había unido a las fuerzas de Feisal. Era ahora, nominalmente, su A.D.C.[14]

Acremente se quejó de lo mal equipados que estaban en todos los sentidos. Ésa era la causa principal de su actual situación. Recibían treinta mil libras mensuales del jerife, pero poca harina y arroz, poca avena, pocos rifles, municiones insuficientes, y ni ametralladoras, ni cañones de montaña, ni ayuda técnica e información.

Detuve a Maulud en este punto y le dije que mi venida estaba expresamente orientada a averiguar sus necesidades e informar acerca de ello, pero que sólo podría colaborar con ellos si accedían a explicarme su situación general. Feisal se mostró de acuerdo, y empezó a esbozarme la historia de la rebelión desde sus primeros comienzos.

El primer asalto a Medina había sido una acción desesperada. Los árabes estaban mal armados y carecían de municiones, los turcos en cambio disponían de numerosas fuerzas, ya que el destacamento de Fajri acababa de llegar, y las tropas que debían escoltar a Von Stozingen hasta el Yemen se hallaban aún en la ciudad. En el momento crítico, los beni Alí fallaron; y los árabes fueron rechazados hasta las afueras de la ciudad. Los turcos, entonces, abrieron fuego sobre ellos con su artillería; y los árabes, no habituados aún a esta arma nueva, se sintieron aterrorizados. Los aggeyl y los ateiba se pusieron a salvo y rehusaron salir de nuevo a luchar. En vano

---

[14] Aide de camp. *(N. del T.)*

Feisal y Alí ibn el Hussein salieron al frente de sus hombres en campo abierto, para mostrar a los huidos que las retumbantes balas no eran tan mortales como por el ruido parecía. La desmoralización no hizo sino aumentar.

Grupos de los beni alí entraron en contacto con el mando turco para ofrecerle su rendición, si se respetaban sus aldeas. Fajri los engañó; y en la tregua que siguió a las hostilidades hizo rodear el suburbio Awali con sus tropas: sin aviso previo ordenó tomar el barrio por asalto y masacrar a todo ser viviente dentro de sus murallas. Cientos de sus habitantes fueron violados y descuartizados, las casas fueron incendiadas, y vivos y muertos por igual arrojados a las llamas. Fajri y sus hombres llevaban tiempo actuando juntos y habían practicado el arte de matar, tanto de forma lenta como rápida, con los armenios en el norte.

Este amargo aperitivo del modo turco de hacer la guerra produjo una general conmoción en toda Arabia; ya que la primera regla de la guerra árabe es que las mujeres son inviolables y la segunda que las vidas y el honor de los niños demasiado pequeños para poder luchar con hombres hechos y derechos deben ser respetados; la tercera regla es que las propiedades imposibles de transportar no deben ser dañadas. Los árabes que estaban con Feisal se dieron cuenta de cuán alejados estaban de las nuevas costumbres, y se dispersaron para ganar tiempo y lograr readaptarse. En adelante la sumisión debía resultar ya impensable: el saqueo de Awali había abierto un abismo de sangre, e

impuesto sobre ellos la necesidad de luchar hasta agotar sus fuerzas; pero era evidente ahora que la tarea iba para largo, y que con mosquetones de baqueta como única arma, difícilmente podían esperar vencer.

De modo que se retiraron de la llanura que rodea a Medina hacia las colinas por la ruta Sultaní, hasta las cercanías de Aar, Raha y Bir Abbas, donde descansaron un poco, mientras Alí y Feisal enviaban a Rabegh, su base costera, un mensaje tras otro, para averiguar cuándo podrían recibir nuevos suministros y dinero. La rebelión había comenzado sin preparación alguna, por mandato explícito de su padre, y el anciano, demasiado independiente para otorgar plena confianza a sus hijos, no había elaborado ningún plan con ellos para prolongarla. De modo que en respuesta a sus peticiones lo único que recibieron fueron unos pocos víveres. Posteriormente llegaron algunos rifles japoneses, rotos en su mayor parte. Los cañones de aquellos que aún estaban enteros se hallaban tan estropeados que los árabes, demasiado impetuosos, los reventaron al primer intento. Ningún dinero les fue enviado; en su lugar, Feisal rellenó con piedras un baúl de buena apariencia, que cerró y ató con todo cuidado, encomendando su custodia a sus propios esclavos, e introduciéndolo meticulosamente en su tienda cada noche. Con semejante efecto teatral, los hermanos intentaban mantener unida una fuerza que amenazaba disolverse.

Finalmente, Alí decidió dirigirse personalmente a Rabegh para averiguar qué era lo que fallaba en la organización. Y descubrió que a Hussein Mabeirig, el jefe local, se le había metido en la cabeza que los turcos obtendrían la victoria (había medido sus fuerzas con ellos en dos ocasiones y había llevado la peor parte), y había decidido en consecuencia que su causa era la más conveniente. Según los suministros del jerife iban siendo desembarcados por los británicos, se apoderaba de ellos y los almacenaba en secreto en casas de su propiedad. Alí hizo un escarmiento, y mandó recado a Yidda para que su medio hermano Zeid viniera a juntársele de inmediato con refuerzos. Hussein, atemorizado, se echó al monte, declarándose fuera de la ley. Los dos jerifes tomaron posesión de sus aldeas. Y en ellas encontraron grandes alijos de armas, y provisiones suficientes para alimentar a sus partidas durante todo un mes. La tentación de un bien ganado descanso fue superior a ellos, y sentaron sus reales en Rabegh.

Esto dejó a Feisal reducido a sus solas fuerzas en pleno campo, y muy pronto aislado, en situación comprometida, y obligado a depender de los recursos de la zona. Por un tiempo resistió en tales condiciones, pero en agosto aprovechó la visita del coronel Wilson a la recién conquistada Yenbo, para bajar hasta allí e informarle de manera completa de sus más urgentes necesidades. Wilson quedó altamente impresionado con él y su relato, y le prometió de inmediato una

batería de montaña y algunas Maxims[15], que serían manejadas por soldados oficiales del ejército egipcio estacionado en Sudán. Esto explicaba la presencia de Nafi Bey y sus unidades.

Los árabes se reanimaron con la llegada de dichas tropas, y creyeron que a partir de ese momento podían equipararse con los turcos; pero los cuatro cañones de montaña eran viejos Krupps de más de veinte años, de sólo tres mil yardas de alcance, y sus hombres no eran lo suficientemente audaces de mente y espíritu como para poder emplearse en una guerra no convencional. No obstante lo cual, avanzaron con todos ellos y llegaron a penetrar en las avanzadas turcas, hasta que el propio Fajri, seriamente alarmado, decidió ir personalmente a inspeccionar el frente, y ordenó reforzar de inmediato el amenazado destacamento de Bir Abbas con unos tres mil efectivos. Los turcos disponían de artillería de campaña y de obuses, a lo que añadían la ventaja de ocupar un terreno mejor emplazado. Empezaron a hostigar a los árabes con fuego indirecto, y un impacto vino a caer casi sobre la tienda de Feisal, mientras los cabecillas de su ejército se hallaban conferenciando con él. Se pidió a los artilleros egipcios que respondieran al fuego e hicieran callar los cañones enemigos. Pero éstos respondieron que sus cañones eran inútiles, puesto que no podían llegar a las nueve mil yardas. Se burlaron de ellos; y los árabes corrieron de nuevo a ampararse en los desfiladeros.

---

[15] Un tipo de ametralladoras de la época. *(N. del T.)*

Feisal se sintió profundamente desanimado. Sus hombres estaban cansados. Había perdido a muchos de ellos. La única táctica efectiva que podía emplear contra el enemigo era caer sorpresivamente sobre su retaguardia, pero eran muchos los camellos que habían quedado muertos o malheridos, lo que le resultaba muy costoso. Se quejaba de tener que soportar todo el peso de la lucha mientras Abdulla se demoraba en La Meca, y Alí y Zeid permanecían en Rabegh. Finalmente, retiró el grueso de sus tropas, dejando a los clanes de los Harb, que vivían en los alrededores de Bir Abbas, para que mantuvieran la presión sobre las columnas de abastecimiento y las vías de comunicación turcas, mediante repetidas razzias como las que él mismo no había podido sostener.

A pesar de lo cual no temía que los turcos fueran a caer sobre él por sorpresa. Su incapacidad para hacerles mella no había logrado despertarle el más mínimo respeto hacia ellos. Su reciente repliegue sobre Hamra no había sido obligado: era un gesto de disgusto, porque estaba aburrido de su propia y evidente impotencia, y había decidido tener la dignidad de tomarse un breve descanso.

Al fin y al cabo, ambos bandos estaban aún intactos. El armamento de que disponían los turcos los hacía tan superiores a larga distancia que los árabes nunca llegaban a trabar combate directo con ellos. De ahí que la mayor parte de los combates cuerpo a cuerpo tuvieran lugar durante la noche, hora en que la artillería quedaba ciega. A mis oídos sonaban como batallas

extrañamente primitivas, torrencialmente llenas de palabras por ambos lados, como en un certamen de ingenios. Tras los más disparatados insultos en todas las lenguas que conocían venía el clímax, cuando los turcos, ya enloquecidos, llamaban a los árabes «ingleses», y los árabes les respondían tratándolos a gritos de «alemanes». No había, por supuesto, alemanes en el Heyaz, y yo era el primer inglés; pero a cada uno de los dos bandos le encantaba maldecir, y no había epíteto insultante que no resultara útil a la lengua de aquellos artistas.

Le pregunté a Feisal cuáles eran sus planes en ese momento. Él respondió que mientras Medina no cayera se hallaban inevitablemente atados al Heyaz, y obligados a bailar al son de Fajri. En su opinión, los turcos planeaban reconquistar La Meca. El grueso de sus fuerzas se hallaba concentrado en aquel momento en una columna móvil, que podían dirigir hacia Rabegh mediante una elección de rutas que tuviera a los árabes en una constante alarma. La defensa pasiva de las colinas Subh había mostrado que los árabes no brillaban precisamente como fuerzas defensivas. Al avance del enemigo debía responderse con una ofensiva.

Feisal tenía la intención de replegarse aún más, hasta los límites del territorio de la gran tribu Yuheina, en Wadi Yenbo. Con las nuevas levas que entre ellos realizara marcharía en dirección este hacia la vía del ferrocarril del He. yaz, a espaldas de Medina, en el momento mismo en que Abdulla avanzara por el

desierto de lava para atacar Medina desde el este. Esperaba que Alí avanzara simultáneamente desde Rabegh, al tiempo que Zeid se desplazaba hacia Wadi Safra para trabar combate con la fuerza principal turca estacionada en Bir Abbas, de modo que la mantuviera alejada de la batalla principal. Con semejante plan Medina resultaría amenazada o atacada por todas partes la vez. Y, cualquiera que fuese el resultado del ataque, k concentración de fuerzas desde tres puntos a un tiempo serviría al menos para cortar el previsto avance turco por la ruta que quedaba libre, proporcionando a Rabegh y al sur del Heyaz un respiro para equiparse con vistas a una defensa efectiva, o incluso un contraataque.

Maulud, que había permanecido nerviosamente sentado durante nuestra larga y lenta conversación, no pudo contenerse más y exclamó: «No se trata de escribir nuestra historia. Lo que hace falta es luchar y luchar hasta matarlos. Déme una batería Schneider de montaña y ametralladoras, y le liquido esto en un momento. No hacemos más que hablar y hablar, pero no hacemos nada.» Le repliqué con el mismo calor; y Maulud, magnífico luchador, que consideraba las batallas ganadas como batallas desperdiciadas si no podía mostrar alguna herida que probara su participación, la emprendió conmigo. Estuvimos discutiendo mientras Feisal sonreía complacido.

La charla había sido para él una fiesta. Incluso una fruslería como la de mi llegada le animaba, era un hombre de humores cambiantes, que oscilaba entre el

éxtasis y la desesperación, y que en este momento se hallaba mortalmente cansado. Parecía tener muchos más años de los treinta y uno que en realidad tenía; y sus oscuros y atractivos ojos estaban inyectados en sangre, al tiempo que sus descarnadas mejillas se contraían y arrugaban cuando reflexionaba. Su naturaleza no se compadecía bien con el pensamiento, ya que éste bloqueaba su rapidez en la acción, y el trabajo que ello le causaba marcaba dolorosamente los rasgos de su cara. Era de apariencia esbelta, lleno de gracia y vigor, y estaba adornado de la más hermosa apostura, acentuada por el porte mayestático de su cabeza y sus hombros. Por supuesto que él sabía todo esto, y una buena parte de sus actuaciones públicas estaba hecha de signos y gestos.

Sus movimientos eran impetuosos. Mostraba un temperamento ardiente y sensitivo, aunque irrazonable, y con frecuencia terminaba saliéndose por la tangente. Apetito y debilidad física aparecían en él emparejados con el aguijón del valor. Su personal encanto, su imprudencia, y un patético asomo de fragilidad como única reserva de su orgulloso carácter, lo convertían en el ídolo de sus seguidores. Nadie llegaba nunca a plantearse si era un jefe escrupuloso; si bien más tarde llegó a demostrar que podía devolver confianza por confianza, y sospecha por sospecha. Estaba más lleno de ingenio que de humor.

Su educación en el entorno de Abdul Hamid lo había convertido en un consumado maestro en diplomacia. Sus años de servicio en el ejército turco le habían

proporcionado un efectivo conocimiento de las tácticas militares. Su vida en Constantinopla y en el Parlamento turco lo habían familiarizado con los problemas y las maneras europeas. Era un atinado juez de los hombres. Y de tener la oportunidad de realizar sus sueños sin duda llegaría muy lejos, ya que estaba inmerso en su trabajo y sólo vivía para él; pero había el temor de que llegara a desgastarse por apuntar demasiado alto, o que pudiera morir por un exceso de actividad. Sus hombres me contaron que, tras una larga batalla, en la que había tenido que cuidarse de sí mismo, a la vez que dirigir las cargas, controlarlas e impulsarlas, se había desfondado físicamente, teniendo que ser alejado del campo, tras la victoria, inconsciente, y espumeando por la boca.

Ahora, a lo que parecía, había sido puesto en nuestras manos, que sólo tenían que ser lo bastante grandes para acogerlo, un profeta que, aunque todavía oculto, acabaría por dar forma y coherencia a la idea que subyacía a la Rebelión Árabe. Era todo y mucho más de lo que esperábamos, mucho más de lo que nuestro titubeante rumbo merecía. El objetivo de mi viaje estaba cumplido.

Mi deber ahora era tomar el camino más corto para Egipto con las nuevas recogidas y el conocimiento logra do aquel anochecer en el palmeral, que crecía y fructicaba en mi mente, haciendo brotar mil ramas, todas ellas cargadas de frutos y adornadas de umbrosas hojas, bajo las cuales tomé asiento y tuve visiones, mientras el ocaso iba dejando paso a la

noche; hasta que una hilera de esclavos hizo su aparición por los ventosos senderos abiertos entre las palmeras, y con Feisal y Maulud atravesamos de nuevo el huerto hasta la pequeña casa, con sus patios llenos de gente a la espera, y hasta el interior de la calurosa habitación interior, donde los familiares tomaban asiento; y allí nos instalamos frente a un humeante cuenco arroz con carne que los esclavos habían colocado en la alfombra para nuestra cena.

CAPÍTULO XIV

Tan heterogénea era la reunión, de jerifes, gentes de La Meca, jeques de los yuheina y los ateiba, mesopotámicos, y ageyl, que decidí arrojar la manzana de la discordia, y plantear temas de conversación candentes, para probar sin tardanza su temple y sus creencias. Feisal, que fumaba innumerables cigarrillos, mantuvo el dominio de la conversación incluso en sus momentos más álgidos, y era hermoso ver cómo lo hacía. Demostró un tacto magistral y una auténtica capacidad para disponer a voluntad de los sentimientos de los hombres. Storrs era tan eficiente en esto como él, pero a Storrs le gustaba desplegar su fuerza, exhibir toda su inteligencia y artificio, los movimientos de sus manos que ponían a bailar a sus criaturas. Feisal, en cambio, parecía gobernar a sus hombres de manera inconsciente: difícilmente se llegaba a apreciar el modo como acuñaba en ellos su pensamiento, raramente se paraba a pensar si lo obedecerían. Era un arte tan grande como el de Storrs; pero oculto, pues Feisal había nacido para él.

Los árabes lo adoraban de manera patente: de hecho, estos encuentros al azar hacían ver hasta qué

punto el jerife y sus hijos resultaban heroicos para las tribus. El jerife Hussein (Sayidna, como ellos lo llamaban) era tan extraordinariamente íntegro y gentil en su trato que podía llegar a parecer débil; tal apariencia, sin embargo, escondía una artificiosa política, una profunda ambición y una previsión poco árabe, es decir, fuerza de carácter y obstinación. Su interés por la historia natural reforzaba sus instintos deportivos, y lo convertía (cuando quería) en el perfecto retrato de un príncipe beduino, a pesar de que su madre circasiana lo había dotado de cualidades extrañas por igual a árabes y turcos, mostrando una astucia considerable a la hora de adoptar a conveniencia unos u otros de sus rasgos heredados.

La escuela de la política turca era, sin embargo, tan miserable que no había quien saliera de ella intacto. Hussein de joven había sido honesto y franco... pero había aprendido, no solamente a callar, sino a emplear el lenguaje para ocultar sus más sinceros propósitos. Dicho arte, con el uso, había acabado por convertirse en un vicio del que le era imposible librarse. En su ancianidad, la ambigüedad envolvía todas sus manifestaciones. Y como una nube, escondía su carácter decidido, su sabiduría mundana y su alegre fortaleza. Muchos eran los que le negaban tales cualidades; pero la historia demostró que las tenía.

Una muestra de su saber mundanal la dio con el modo de criar a sus hijos. El sultán hizo que fueran llevados a Constantinopla, para recibir una educación turca. El jerife Hussein se preocupó de que esta

educación fuera amplia y de buena calidad. Pero cuando de vuelta al Heyaz aparecieron vestidos como jóvenes effendis con ropa europea y modales turcos, los hizo vestir con ropas árabes, y para rebozarlos bien de nuevo en lo árabe, les dio compañeros árabes, y los envió con ellos al desierto, con el cuerpo de camelleros, para vigilar las rutas de peregrinos.

Los jóvenes príncipes pensaron que podía tratarse de una actividad divertida, pero quedaron atónitos al ver que su padre les prohibía hacer uso de comidas especiales, camas o sillas almohadilladas. No les permitió volver a La Meca, sino que los tuvo alejados durante meses guardando los caminos día y noche, tratando con todo tipo de gentes y aprendiendo nuevos modos de montar y de luchar. Pronto se fueron endureciendo, y fueron adquiriendo seguridad, con esa mezcla de inteligencia y vigor nativos que tan a menudo aparece en los tipos híbridos. El formidable grupo familiar llegó a ser admirado y eficiente, pero quedó curiosamente aislado del mundo. Resultaban ser individuos apátridas, que no se sentían atados a ninguna tierra en concreto. Carecían de verdaderos confidentes o ministros; y tampoco parecían confiarse entre sí, ni con su padre, hacia el que mostraban un temeroso respeto.

El debate que siguió a la cena fue muy animado. En mi caracterización como sirio, hice admirada referencia a los líderes árabes que habían sido ejecutados por Yemal Pachá. Duramente me rebatieron: los papeles que de ellos se habían hecho públicos revelaban que

estaban en contacto con gobiernos extranjeros, y que estaban dispuestos a aceptar el protectorado francés o británico a cambio de su ayuda. Esto era un crimen contra la nación árabe, y Yemal no había hecho más que ejecutar la sentencia reservada para tales casos. Feisal sonrió, y medio me guiñó el ojo: «Ya ves», explicó, «nos hallamos actualmente atados por necesidad a los británicos. Estamos encantados de ser sus amigos, agradecidos por su ayuda, y esperanzados ante las promesas del futuro. Pero no somos súbditos británicos. Nos sentiríamos más a gusto no teniendo que echar mane de tan poderosos aliados.»

En el camino a Hamra, conté una historia sobre Abdula el Raashid. Se me había quejado de los marinos británicos que cada día desembarcaban en Rabegh. «Pronto empezarán a quedarse por las noches, se establecerán para siempre, y terminarán por tomar el país.» Para animarlo, le había hablado de los millones de ingleses que en ese momento se hallaban estacionados en territorio francés sin que los franceses tuvieran el menor temor.

A lo que, volviéndose a mí, me replicó burlonamente si yo pensaba comparar Francia con el Heyaz.

Feisal reflexionó un momento y dijo: «No soy heyazí por crianza; y, con todo, sabe Dios cuánto me importa esta tierra. Y aunque sé que los británicos no la necesitan, ¿qué puedo decir cuando veo que también tomaron Sudán sin necesitarlo? Sienten apetito por las tierras desoladas, para hacerlas rendir; de modo que quizás algún día Arabia pueda parecerles preciosa. Su

idea de lo bueno y la nuestra pueden ser muy diferentes, y tanto el bien como el mal impuestos provocan dolor en las gentes. ¿Acaso la mena admira la llama que la transforma? No hay razón para la ofensa, pero un pueblo muy débil reclama lo poco que tiene. Nuestra raza tendrá el mal carácter de un inválido hasta que pueda alzarse sobre sus propios pies.»

Los míseros y harapientos tribeños que habían comido con nosotros me asombraron por su intensa comprensión y familiarización con la idea de nacionalidad política, una idea abstracta que difícilmente podían haber tomado de las clases educadas de las ciudades del Heyaz, de los indios, los javaneses, los bujariatos, los sudaneses o los turcos, sin simpatía por los ideales árabe y que ahora incluso padecían un poco bajo la fuerza del sentimiento localista, que surgía con fuerza tras su reciente liberación del control turco. El jerife Hussein había tenido la prudencia de fundar sus preceptos en la creencia instintiva de los árabes de ser la sal de la tierra y poder bastarse a sí mismos. Y como su alianza con nosotros le permitía apoyar su doctrina con armas y dinero, estaba seguro de su éxito.

Por supuesto que dicho éxito no era completo. La gran mayoría de los jerifes, unos ochocientos o novecientos, habían comprendido su doctrina nacionalista y se habían convertido en misioneros, exitosos misioneros gracias a la venerada descendencia del Profeta, lo que les daba poder para

captar las mentes de los hombres, y dirigirlas hacia una tranquila y voluntaria obediencia.

Las tribus se habían dejado llevar por su fanatismo racial. Las ciudades podían tal vez suspirar por la dulce inactividad del dominio turco, pero las tribus estaban convencidas de que habían conseguido un gobierno libre y árabe, y cada una de ellas lo era. Todas ellas eran independientes y estaban resueltas a gozar de tal independencia, convicción y resolución que hubieran conducido a la anarquía, de no haber afianzado aún más los lazos familiares y los vínculos de responsabilidad clánica. Esto, no obstante, implicaba la negación de cualquier poder central. El jerife podía gozar de la soberanía legal de cara al extranjero, si tan altisonante juguete le complacía; pero los asuntos internos debían estar regidos por la costumbre. La cuestión que se planteaban los teóricos extranjeros —«¿Será Damasco la que domine el Heyaz, o éste el que domine en Damasco?»— no les preocupaba lo más mínimo, ya que ni siquiera se la planteaban. La idea que los semitas se hacían de la nacionalidad era la de una independencia de cada clan y cada aldea; y su ideal de unidad nacional tenía un carácter episódico, ligado a la resistencia al intruso. Ideas como las de una política constructiva, un Estado organizado, o un imperio extenso, no sólo estaban lejos de su inmediata perspectiva sino que les resultaban sencillamente odiosas. Luchaban por deshacerse de un imperio, no por ganarlo.

Los sentimientos de sirios y mesopotámicos hacia estos ejércitos árabes eran ambiguos. Creían que luchando en las filas de las partidas locales, incluso en el Heyaz, vindicaban los derechos genéricos de todos los árabes a la existencia nacional; y, aunque no encaraban la creación de un Estado, ni siquiera de una confederación de Estados, claramente apuntaban en dirección norte, deseando añadir a la familia árabe un Damasco y un Bagdad autónomos. Eran débiles en recursos materiales, y seguirían siéndolo aun después de la victoria, ya que su mundo estaba basado en la agricultura y el pastoreo, sin minerales de los que echar mano, por lo que nunca podrían disponer de armamento moderno. De haber sido de otro modo, hubiéramos tenido que pensárnoslo dos veces antes de atrevernos a evocar en pleno Oriente Medio un movimiento nacional de tan considerable vigor.

Poca traza había, en cambio, de fanatismo religioso. El jerife se negaba en redondo a dar un cariz religioso a la rebelión. Su credo de batalla era el nacionalismo. Las tribus sabían que los turcos eran musulmanes, y pensaban que tal vez los alemanes eran verdaderos amigos del Islam. Sabían que los británicos eran cristianos, y que los británicos eran sus aliados. En tales circunstancias, su religión no hubiera resultado de mucha ayuda, y decidieron ponerla a un lado. «Los cristianos luchan contra los cristianos; ¿por qué pues los musulmanes no pueden hacer otro tanto? Lo que queremos es un gobierno que hable nuestra propia

lengua y que nos deje vivir en paz. Además, odiamos a los turcos.»

CAPÍTULO XV

A la mañana siguiente me levanté temprano y fui a mezclarme con las tropas de Feisal por la parte de Jeif, para palpar por mí mismo el pulso de sus opiniones sobre el terreno con triquiñuelas parecidas a las empleadas con sus jefes la noche anterior. El tiempo era la esencia de mi trabajo, ya que era preciso conseguir en diez días impresiones que en condiciones ordinarias hubieran requerido semanas de observación, en mi estilo cangrejil, mediante deslizamientos laterales de mis sentidos. En situación normal habría estado sólo atento a las cosas más evidentes, pero ciego a los detalles, y me habría limitado a percibir los objetos rojos, grises o claros que había a mi alrededor. Pero en esta ocasión mis ojos debían conectarse directamente con mi cerebro, de modo que pudiera percibir con toda claridad cada cosa, en perfecto contraste con la nebulosidad anterior. Tales cosas eran casi siempre formas: rocas, o árboles y rocas, o cuerpos humanos en reposo o en movimiento, no cosas pequeñas, como flores, ni cualidades como el color.

Había, con todo, la necesidad de redactar un vívido informe. En el contexto de una guerra tan gris,

cualquier irregularidad podía resultar atractiva y la baza más fuerte que McMahon podía utilizar era la de explotar la imaginación latente del Estado Mayor central. Yo tenía fe en el movimiento árabe, y confiaba, incluso antes de entrar en contacto con él, en su fuerza para hacer pedazos a Turquía; pero había otros en Egipto que carecían de esta fe, y que nada inteligente habían podido detectar entre los árabes sobre el terreno. Describiendo el espíritu de aquellos románticos estacionados en las montañas que rodeaban a las Ciudades Santas podía fomentar la simpatía de El Cairo para ayudarnos con ulteriores medidas.

Los hombres me recibieron con regocijo. Debajo de cada roca o de cada arbusto se despatarraban como escorpiones, descansando del calor, y refrescando sus morenos miembros con el temprano frescor de las sombras roqueñas. Debido a mi uniforme kaki me tomaron por un oficial de formación turca que había desertado para unírseles, y abundaron en bromas sobre el tratamiento que debían darme. La mayor parte de ellos eran jóvenes, por más que el término «guerrero» en el Heyaz sirve para designar a cualquiera entre los doce y los sesenta, lo suficientemente sano como para poder disparar. Eran una multitud de hirsuto aspecto, de color oscuro, que en algunos rayaba en negro. Eran físicamente delgados, pero exquisitamente construidos, y se movían con una untuosa actividad que era una delicia contemplar. No parecía posible que hubiera hombres más astutos o más duros. Podían cabalgar inmensas

distancias, días y días, correr con los pies desnudos sobre arenas y rocas, en medio del mayor calor, y durante horas, sin sentir asomo de dolor, y escalar sus montañas como cabras. Su vestido consistía fundamentalmente en una túnica suelta, acompañada a veces de unos calzones cortos de algodón, y un pañuelo en la cabeza generalmente de color rojo, que hacía las veces de toalla, de pañuelo o de bolsa, según la circunstancia lo requiriera. Iban cargados de cananas y bandoleras y disparaban al aire a cada momento.

Estaban entusiasmados, y gritaban que la guerra podía durar diez años y que era la mejor época que las montañas habían conocido. El jerife alimentaba no sólo a los hombres que luchaban, sino también a sus familias, y pagaba dos libras al mes por un hombre, y cuatro por cada camello. Ninguna otra cosa hubiera podido realizar el milagro de mantener un ejército tribal en pie de guerra durante cinco meses. Era costumbre nuestra despreciar a los soldados orientales por su amor a la paga, pero la campaña del Heyaz era un buen ejemplo de lo limitado de tal punto de vista. Los turcos ofrecían grandes recompensas y recibían a cambio escasos servicios; de hecho, ningún servicio activo. Los árabes tomaban su dinero, y les daban a cambio buenas palabras; esas mismas tribus, entre tanto, podían ponerse en contacto con Feisal, que obtenía de ellas verdaderos servicios por su pago. Los turcos degollaban a sus prisioneros con cuchillos, como si fueran ovejas. Feisal ofrecía una recompensa de una libra por cada prisionero, y eran muchos los que se le

entregaban incólumes. Pagaba también por las mulas y los rifles capturados.

Los contingentes reales cambiaban de continuo, obedeciendo al mandato de la carne. Una familia que poseyera un rifle, enviaba a sus hijos a servir unos pocos días cada uno. Los hombres casados se alternaban entre el campamento y el hogar matrimonial, y a veces todo un clan aburrido de pelear se marchaba a tomar un descanso. En consecuencia los hombres pagados eran más que los movilizados; y la política obligaba a veces a entregar dinero a los grandes jeques, a modo de salario, lo que era una especie de propina para conseguir de ellos una actitud amistosa. Los ocho mil hombres de Feisal estaban repartidos, mil de ellos en diez cuerpos de camelleros, y el resto eran tropas montañesas. Servían sólo bajo el mando de sus respectivos jeques tribales, en las cercanías de sus casas, y disponiendo ellos mismos su comida y su transporte. Nominalmente, cada jeque tenía bajo su mando cien hombres. Los jerifes actuaban como líderes grupales, en virtud de su posición privilegiada, que los elevaba por encima de las envidias que agitaban a los tribeños.

Las enemistades tribales estaban canceladas en teoría, y realmente suspendidas en la zona jerifiana: billi y yuheina, ateiba y ageyl convivían unos con otros en el ejército de Feisal. Con todo, los miembros de una tribu seguían sintiéndose incómodos con los de las otras, y dentro de cada tribu nadie confiaba por entero en su vecino. Todos, en general, estaban contra los

turcos, pero quizá no hasta el punto de no intentar dirimir en el campo de batalla sus viejos agravios con alguna familia enemiga. En consecuencia, no podían atacar. Una compañía de turcos bien atrincherados en campo abierto podía permitirse desafiar a todo un ejército de árabes; y una derrota completa, con todas sus bajas, hubiera puesto fin a la guerra en medio del horror general.

Concluí, pues, que los tribeños eran buenos sólo para la guerra defensiva. Su avariciosa audacia los volvía ávidos de botín, y los empujaba a destruir vías férreas, saquear caravanas y robar camellos, pero eran demasiado anárquicos para soportar el mando o luchar en equipo. Los hombres acostumbrados a luchar por libre generalmente resultan malos soldados, y aquellos campeones no me parecían un material adiestrable, pero si lográbamos pertrecharlos con armas ligeras automáticas del tipo Lewis, que ellos mismo pudieran manejar, se volverían capaces de conservar sus posiciones en las montañas, sirviéndonos como eficaz pantalla, tras la que organizar, en Rabegh tal vez, una columna móvil regular de árabes, capaz de salir al encuentro de cualquier fuerza turca (distraída por ataques guerrilleros) en condiciones de igualdad, y hacerla trizas. Para este cuerpo de verdaderos soldados el reclutamiento no podría efectuarse en el Heyaz. Tendría que nutrirse de los torpes y nada belicosos habitantes de las ciudades sirias y mesopotámicas ya en nuestras manos, a cuyo mando situaríamos oficiales árabe-hablantes formados en las

academias turcas, hombres del tipo y con el historial de un Aziz el Masri o un Maulud. Ellos podrían poner fin a la guerra atacando de frente, mientras los guerreros tribeños ayudaban con sus escaramuzas, hostigando y distrayendo a los turcos con sorpresivas razzias.

La guerra del Heyaz, entre tanto, sería una guerra de derviches contra tropas regulares. Era la lucha de un país rocoso, montañoso y árido (reforzado por una horda de montañeses) contra un ejército tan ricamente equipado por los alemanes que casi había perdido toda capacidad para la guerra de emboscadas. El cinturón montañoso era un verdadero paraíso para francotiradores, y los árabes eran maestros en el arte de emboscarse. Dos o trescientos hombres decididos y buenos conocedores de las veredas podían defender cualquier parte de la zona; debido a que las laderas eran demasiado pendientes para ser escaladas. Los valles, que eran las únicas rutas practicables, durante millas y millas eran no tanto valles como cañadas o gargantas, a veces de hasta doscientos metros de largo, aunque otras veces sólo veinte, llenas de curvas y recovecos, con paredes de hasta cuatro mil pies de altura, desnudas por completo, y hechas de implacable granito, basalto y pórfido, pero no en limpia y pulida pendiente, sino aserradas, resquebrajadas y formadas de apilamientos rocosos, hechos de irregulares fragmentos tan duros como el metal y casi tan afilados.

Parecía a mis poco habituados ojos imposible que, sin la traición de alguna de las tribus montañesas, los turcos se atrevieran nunca a abrirse camino. E incluso

con la traición como aliada, cruzar las colinas podía resultar peligroso. El enemigo nunca podría estar seguro de que la versátil población de la zona no fuera a abandonarlo; y dejar a la espalda semejante laberinto de desfiladeros, para mantener abiertas las comunicaciones, podía resultar peor que tenerlos delante. Sin la amistad de las tribus, los turcos sólo podrían estar seguros de la tierra que pisaban sus soldados; y unas líneas de batalla tan extensas y complejas absorberían en un par de semanas a miles de hombres, dejando el frente de batalla sin ninguno.

El único punto de inquietud era el éxito que tenían los turcos asustando a los árabes con su artillería. Aziz el Masri, en la guerra turco-italiana de Trípoli, había podido observar el mismo terror, pero había podido constatar también que éste acababa por desaparecer. Podíamos esperar que otro tanto ocurriera aquí, aunque por el momento cada disparo del cañón conseguía que se escondieran todos los que lo oían. Pensaban que la destructividad de las armas estaba en proporción a su ruido. No tenían miedo de las balas, ni tampoco temían en exceso morir, sólo la idea de morir por el impacto de los cañonazos les resultaba insoportable. Me parecía que su confianza moral sólo podía restaurarse disponiendo de cañones, útiles o inútiles, pero ruidosos, a su lado. Desde el grandioso Feisal hasta el último macaco de su ejército, el tema clave era siempre la artillería, la artillería y la artillería.

Cuando les hablé del desembarco en Rabegh de Howitzers de cinco pulgadas, se llenaron de contento.

Tal noticia venía casi a compensar en sus cabezas el recuerdo de su última retirada de Wadi Safra. Los cañones no les serían de demasiada utilidad: de hecho, me daba la impresión que causarían positivo daño entre los árabes, ya que sus virtudes estaban en la movilidad y en la astucia, y con los cañones sus movimientos y su eficiencia se verían frenados. Sólo que, si no les dábamos cañones, acabarían por abandonar la lucha.

La magnitud de la rebelión que pude observar de cerca en estos campamentos me impresionó. Toda esta bien poblada provincia, desde Um Leyy a Kunfida, que son más de quince días de marcha en camello, había cambiado repentinamente de aspecto, pasando de ser un hervidero de desperdigados rateros nómadas a convertirse en un levantamiento popular contra Turquía, a la que combatían, no ciertamente a nuestro modo, pero sí con suficiente fiereza y a despecho de la religión que pretendía levantar a todo el Oriente contra nosotros en una guerra santa. Más allá de cuanto pudiera calcularse en cifras, habíamos dado suelta a una erupción de sentimientos antiturcos que, envenenados como estaban por siglos de sujeción, serían muy difíciles de aplacar. Se palpaba entre las tribus de la zona de guerra un nervioso entusiasmo, común, supongo, a todas las insurrecciones populares, aunque extrañamente inquietante para alguien como yo, procedente de una tierra libre tan desde antiguo que la libertad nacional sabía casi a agua, carecía de gusto.

Vi de nuevo a Feisal más tarde, y le prometí hacer por él cuanto estuviera en mi mano. Mis jefes establecerían una base en Yenbo, donde las provisiones y repuestos que necesitara serían desembarcados para su uso exclusivo. Intentaríamos conseguirle oficiales voluntarios entre los prisioneros de guerra que habíamos capturado en Mesopotamia y en la zona del Canal. Formaríamos igualmente dotaciones artilleras y para el servicio de las ametralladoras con los hombres que se ofrecieran voluntarios en los campos de internamiento, y les proporcionaríamos la artillería de montaña y ametralladoras ligeras que fuera posible obtener en Egipto. Finalmente, aconsejaría le fueran enviados oficiales y profesionales del Ejército británico como consejeros y oficiales de enlace al frente de batalla.

Esta vez nuestra conversación fue de lo más grato, y terminó con calurosos agradecimientos de su parte, y una invitación a volver tan pronto como me fuera posible. Le expliqué que mis obligaciones en El Cairo excluían la actuación en el campo de batalla, pero que tal vez mis superiores me permitieran volver a hacerle otra visita más adelante, cuando sus necesidades del momento hubieran sido ya colmadas y su movimiento empezara a marchar viento en popa. Entre tanto le pedía que me dieran facilidades para llegar cuanto antes a Yenbo, de modo que pudiera trasladarme a Egipto, y empezara a poner todo en marcha cuanto antes. Me asignó de inmediato una escolta de catorce jerifes yuheiníes, todos ellos parientes de Mohamed Ali

ibn Beidawi, emir de los yuheina. Debían éstos entregarme sano y salvo al jeque Abd el Kadir el Abdo, su gobernador en la plaza.

CAPÍTULO XVI

Dejamos Hamra en el ocaso, y descendimos por Wadi Safra hasta el lado opuesto de Jarma, donde torcimos a la derecha, subiendo por la ladera del valle. Estaba esta zona tupidamente poblada de duros matorrales, entre los cuales nuestros camellos avanzaban con dificultad, habiendo recogido nosotros las gualdrapas de nuestras sillas para que las espinas no las desgarraran. Dos millas más adelante, empezamos a escalar el estrecho desfiladero de Dhifran, que incluso de noche mostraba signos del trabajo realizado en la ruta. Había sido rebajada su pendiente artificialmente, y se habían construido muros de contención a cada lado, hechos con grandes apilamientos de piedras, para proteger el paso de las avalanchas de agua de las lluvias. Algunas partes habían sido escalonadas, y ciertos tramos estaban defendidos por un dique que en otro tiempo debió de tener de seis a ocho pies de altura, hecho con grandes bloques de piedra sin desbastar, aunque las torrenteras lo habían cuarteado por entero, y estaba hecho una completa ruina.

El camino seguía ascendiendo durante quizás una milla; y la pendiente de descenso del otro lado tenía aproximadamente la misma longitud. Llegamos seguidamente al nivel del valle, hallándonos en un paraje recortado por escarpaduras diversas, que formaban una intrincada red de wadis, cuyo lecho principal parecía orientarse hacia el sudeste. El terreno era bueno para el avance de nuestros camellos. Marchamos durante unas siete millas en medio de la oscuridad, y llegamos al pozo Bir el Murra, en medio de una vaguada situada al pie de un farallón de baja altura, en cuya cima los cuadrados muros de un fuerte de sillería se recortaban contra el cielo estrellado. Al parecer, tanto el fuerte como el dique habían sido levantados por un sultán mameluco de Egipto, para permitir el paso de su caravana de peregrinos desde Yenbo.

Hicimos un alto aquí durante la noche, durmiendo durante seis horas, todo un lujo en ruta, por más que este descanso se viera interrumpido dos veces por partidas de a caballo que habían dado con nuestro vivac y que apenas llegamos a ver. A partir de allí seguimos avanzando entre escarpaduras de menor altura hasta que la luz del alba nos mostró una serie de valles arenosos sembrados de extrañas colinas de lava, a todo nuestro alrededor. La lava de esta parte no era la piedra de escoria negro-azulada de las tierras que rodean Rabegh: tenía un color herrumbroso, y se amontonaba formando grandes coladas de fluida superficie y torturada textura, como si se la hubiera

removido caprichosamente cuando aún estaba blanda. La arena, al principio sólo una alfombra de no más de un pie sobre la dolerita, iba ganando terreno gradualmente. Las colinas iban disminuyendo de altura, con la arena rodeándolas en dunas cada vez mayores, hasta quedar las mismas cimas casi tapadas, y finalmente hundidas del todo en la arena. Así, mientras el sol iba ganando altura y el calor arreciando con violencia, empezamos a atravesar una baldía planicie de dunas, marchando hacia el sur durante millas hasta avistar un mar brumoso, falsamente distante por la vaporosidad gris-azulada del calor.

Las dunas eran estrechas. Hacia las siete y media nos hallábamos en medio de una ardiente llanura de arenas cristalinas, mezcladas con guijos, recubierta de altos matorrales y matojos espinosos, y alternados con algunas acacias. Cruzamos a toda prisa esta planicie, yo personalmente con cierta incomodidad; ya que no era un jinete experimentado, y el movimiento me agotaba, mientras el sudor corría por mi frente y caía en gruesos goterones sobre mis párpados, llagados por el sol. El sudor, de hecho, era bienvenido cuando las gotas caían desde un mechón de cabellos, y golpeaban la mejilla con su frío e inesperado chasquido; pero tales refrescos eran demasiado escasos para compensar el penoso calor. Apretamos el paso, mientras la arena iba cediendo su puesto al simple guijo, y éste iba endureciéndose poco a poco según avanzábamos por el lecho de un gran valle, que confluía con otras bocas y se precipitaba en dirección al mar.

Cruzamos una elevación, y allá a lo lejos pudimos ver una amplia extensión, que no era otra que el delta de Wadi Yenbo, el más amplio valle del norte del Heyaz. Parecía un cadáver viviente cubierto de tamariscos y espinos. A la derecha, algunas millas valle arriba, podía verse la oscura mancha del palmeral de Najl Mubarak, aldea y huertos pertenecientes a los beni Ibrahim Yuheina. En lontananza, delante de nosotros, se extendía la maciza mole de Yebel Rudhwa, que siempre daba la impresión de atalayar estrechamente a Yenbo, a pesar de estar a más de veinte millas de distancia. La habíamos divisado ya desde Masturah, ya que era una de las más altas montañas del Heyaz, y la más maravillosa, por cuanto se alzaba en solitario, clara y distintamente, sobre la llanura de Tehama. Mis acompañantes se sentían como en casa bajo su protección, de forma que, dado el insoportable calor que en aquel momento bailoteaba sobre la llanura, decidimos refugiarnos a la sombra de una frondosa acacia, al lado del camino, para pasar allí lo peor del mediodía.

Por la tarde, abrevamos nuestros camellos en un salobre charco abierto en el lecho de arena de una torrentera, frente a una pequeña mata de plumoso tamarisco, y arrancamos a continuación para proseguir felizmente nuestra marcha durante dos horas más. Finalmente, hicimos alto para pasar la noche en un típico paraje de la Tehama, de blanda arena desnuda y pedregosas escarpaduras, en medio de valles poco profundos.

Los jerifes prendieron una fogata de leña aromática para cocer el pan y hervir el café, y dormimos dulcemente con la fresca y salina brisa del mar bañando nuestros escocidos rostros. Nos levantamos a las dos de la madrugada, y echamos a galopar nuestros camellos por una uniforme llanura de duro guijo y arena húmeda hasta las puertas de Yenbo, que se alzaba con sus murallas y torres sobre un arrecife de coral a veinte pies sobre el nivel del mar. Me condujeron por una serie de callejas vacías y ruinosas —Yenbo se había convertido casi en una ciudad fantasma desde la apertura del ferrocarril del Heyaz— hasta la casa de Abd el Kader, el agente de Feisal, persona bien informada, eficiente, tranquila y digna, con quien habíamos establecido relaciones desde la época en que era jefe de correos en La Meca y la Supervisión de Egipto había empezado a imprimir sellos para el nuevo estado. Acababa de ser trasladado aquí.

Con Abd el Kader, y en su laberíntica casa abierta sobre la plaza vacía, de donde tantas caravanas habían partido hacia Medina, pasé cuatro días esperando el barco, que parecía no ir a llegar nunca a la cita. Finalmente, el *Suva* hizo su aparición, con el capitán Boyle a su mando, y en él me dirigí a Yidda. Fue éste mi primer encuentro con Boyle. Era mucho lo que había ayudado al comienzo de la rebelión, y mucho más lo que iba a hacer en el futuro, pero no conseguí producirle una buena impresión en esta ocasión. Estaba agotado del viaje y no llevaba ningún equipaje.

Y, lo que es peor, iba vestido con ropas nativas, que me había puesto para satisfacer a los árabes. A Boyle esto no le gustó.

Nuestro contumaz uso del sombrero (debido a una mala inteligencia de las causas de insolación) había llevado a los orientales a ver en ello algo significativo, y tras mucho devanarse los sesos, sus cabezas más sabias llegaron a la conclusión de que los cristianos llevaban algo tan espantoso para que sus alas se interpusieran entre sus débiles ojos y la terrible mirada del Altísimo. Lo que recordaba continuamente al Islam que Dios era mal llamado y mal querido por los cristianos. Los británicos consideraban reprobable este prejuicio (a diferencia de nuestra repugnancia a llevar un pañuelo en la cabeza) y creían que debía corregirse a cualquier precio. Si las gentes de aquellas zonas no nos querían con sombrero, no nos tendrían de ninguna manera. Pero ocurría que yo me había acostumbrado en Siria antes de la guerra a llevar el atuendo árabe completo cuando era necesario, sin ninguna extrañeza, ni sentimiento de obligación social alguna. Quizá las faldas fueran una incomodidad para subir escaleras, pero el paño de cabeza ciertamente era muy cómodo en este clima. Así que lo adopté al internarme tierra adentro, y ahora debía soportar las andanadas de reproche de la Marina, hasta poder conseguirme de nuevo un sombrero en alguna tienda.

En Yidda se hallaba fondeado el *Euryalus*, bajo el mando del almirante Wemyss, dispuesto a zarpar rumbo a Port Sudán para que sir Rosslyn pudiera rendir

visita a sir Reginald Wingate en Jartum. Sir Reginald, como Sirdar del Ejército egipcio que era, había sido destinado al mando de las fuerzas británicas que intervenían en la aventura árabe, en vez de sir Henry McMahon, que continuaba llevando la parte política; me era, por tanto, preciso entrevistarme con él, para transmitirle mis impresiones. Solicité pues del almirante pasaje en su barco, y una plaza en su tren hasta Jartum. Lo que éste me concedió de buena gana, tras interrogarme a placer.

Descubrí que su amplia y activa inteligencia se había interesado desde un primer momento por la rebelión árabe. Había acudido una y otra vez a echar una mano con su buque insignia, cada vez que las cosas se ponían críticas, y más de veinte veces se había salido de su ruta para prestar ayuda en la costa, lo que en rigor era competencia del Ejército. Había entregado a los árabes cañones y ametralladoras, desembarcando contingentes de hombres y ayuda técnica, con una ilimitada cooperación y transporte navales, y cumpliendo siempre a satisfacción las peticiones, e incluso superando con abundancia las expectativas de las mismas.

De no haber sido por la buena voluntad del almirante Wemyss, por su presciencia, y por el modo admirable como el capitán Boyle había ido dando cumplimiento a sus órdenes, los celos de sir Archibald Murray habrían dado al traste con la rebelión del jerife en sus comienzos. Por así decir, sir Rosslyn Wemyss apadrinó a los árabes hasta que éstos empezaron a

valerse por sí mismos; luego volvió a Londres; y ya desde el primer momento de su llegada a Egipto, Allenby tuvo que aceptar a los árabes como un factor más del frente de batalla, poniendo entonces las energías y recursos del Ejército a su disposición; fue esto algo muy oportuno, y un giro afortunado en el tiovivo de los hechos, ya que el sucesor de Wemyss en el mando naval de Egipto fue considerado poco cooperante por los restantes servicios, aunque a simple vista no los trataba peor que a sus propios subordinados. Era dura tarea, en efecto, suceder a Wemyss.

En Port Sudán pudimos ver a dos oficiales británicos del Ejército egipcio en espera de embarque para Rabegh. Iban a ponerse al frente de las tropas egipcias en el Heyaz, y a hacer cuanto estuviera en sus manos por ayudar a Aziz el Masri a organizar las Fuerzas Regulares árabes, que pensaban dar remate a la guerra partiendo de Rabegh. Fue éste mi primer encuentro con Joyce y Davenport, los dos ingleses con quienes la causa árabe contrajo la mayor deuda de gratitud de toda la ayuda exterior. Joyce trabajó durante una larga temporada a mi lado. De los éxitos de Davenport en el Sur tuvimos constante noticia.

Jartum resultaba fresca al lado de Arabia, lo que me dio fuerzas para presentar a sir Reginald Wingate los largos informes que había redactado durante mis días de espera en Yenbo. Subrayaba yo en ellos que la situación parecía cargada de promesas. La principal necesidad era de ayuda especializada; y la campaña

marcharía viento en popa con sólo que algunos oficiales británicos, profesionalmente competentes y con dominio del árabe, fueran adscritos a los líderes árabes como consejeros técnicos, para mantener así el contacto adecuado.

Wingate se sintió feliz de poder oír una visión esperanzadora. La rebelión árabe había sido su sueño durante años. Mientras se hallaba en Jartum, la suerte le había dado poder para intervenir en ella; ya que los manejos contra sir Henry McMahon habían tenido éxito, y habían concluido con el traslado de éste a Inglaterra. Sir Reginald Wingate fue destinado a Egipto en su lugar. Así que, tras dos o tres cómodos días en Jartum, descansando y leyendo la *Morte d'Arthur* en el acogedor palacio del gobernador, me dirigí hacia El Cairo, con la sensación de que la persona responsable tenía ya en su poder todas mis noticias. El viaje por el Nilo fue como unas vacaciones.

Egipto, como de costumbre, se hallaba encrespado con un asunto relativo a Rabegh. Unos cuantos aviones iban a ser enviados allí, y se discutía si había que mandar con ellos una brigada de infantería o no. El jefe de la Misión Militar francesa en Yidda, coronel Bremond (contrapartida de Wilson, pero con más autoridad, ya que era una lumbrera en cuestiones de guerra nativa, un triunfador del África francesa, y un ex jefe de Estado Mayor de uno de los cuerpos del ejército del Somme), urgía con todas sus fuerzas el desembarco de tropas aliadas en el Heyaz. Y, para tentarnos, había llevado a Suez algunas baterías, ametralladoras y algunas tropas

de caballería e infantería, musulmanas tanto la oficialidad como la tropa, junto con oficiales franceses. Estas tropas, unidas a las británicas, darían a la fuerza de intervención un sabor internacional.

La plausible apreciación que Bremond hacía del peligro que corría la situación árabe acabó influyendo a sir Reginald. Wingate era un general británico, al mando de una fuerza expedicionaria nominal, la Fuerza del Heyaz, que en realidad no comprendía sino unos pocos oficiales de enlace y un puñado de instructores e intendentes. Si Bremond se salía con la suya conseguiría erigirse en comandante en jefe de una verdadera brigada mixta de tropas francesas y británicas, con toda su maquinaria de puestos y despachos, y una perspectiva de ascensos y de reconocimiento oficial. Con vistas a lo cual redactó un despacho reservado, en parte orientado a interferir de modo directo.

Fundándome en las firmes opiniones sobre los sentimiento árabes que mi estancia en el país Harb había logrado suscitarme (aunque hay que decir que todas mis opiniones eran firmes), escribí al general Clayton, a cuyo Gabinete árabe me hallaba en ese momento formalmente trasferido, un violento memorándum sobre el asunto. A Clayton le agradó mi punto de vista de que las tribus podían defender Rabegh durante meses si se les proporcionaban armas y asistencia técnica, pero que se desparramarían de nuevo por sus poblados tan pronto como oyeran hablar del desembarco de fuerzas extranjeras. Añadía yo a

esto que los planes de intervención eran técnicamente inadecuados, ya que una brigada sería del todo insuficiente para defender la posición, impedir el suministro de agua a los turcos en los pozos de la zona y bloquear su avance sobre La Meca. Acusaba al coronel Bremond de tener sobre el asunto intereses personales, y no militares, y de no tomar en cuenta en modo alguno los intereses árabes, ni la importancia de la rebelión para nosotros; y citaba sus palabras y actuaciones como pruebas en su contra. Éstas daban un aspecto plausible a toda mi argumentación.

Clayton trasladó el memorándum a sir Archibald Murray, quien, complacido con su acritud y su fuerza, lo telegrafió de inmediato íntegro a Londres, como prueba de que los expertos árabes que le reclamaban el sacrificio de unas fuerzas valiosas estaban divididos, no sólo en cuanto a su prudencia y honestidad, sino incluso con respecto a su campo de acción. Londres pidió explicaciones; y la atmósfera poco a poco fue aclarándose, aunque el asunto de Rabegh siguió coleando durante algunos meses más, si bien rebajado de tono.

Mi popularidad entre los miembros del Estado Mayor de Egipto, debido a la inesperada ayuda que había venido a prestar a los prejuicios de sir Archibald, resultaba una novedad no poco divertida. Empezaron a mostrarse amables conmigo, y a decir que era persona cumplidora y de carácter, dotada de un estilo mordaz. Señalaron lo bien que habían hecho al desprenderse de mí para dedicarme a la causa árabe en medio de

sus dificultades. Me mandó llamar el comandante en jefe, pero antes de llegar a él fui interceptado por un nervioso ayudante que me condujo primero ante la presencia del jefe de Estado Mayor, general Lynden Bell. Hasta tal punto se había sentido en el deber de apoyar a sir Archibald en sus antojos que la gente en general los identificaba como un solo enemigo. De modo que me admiró ver que, al entrar yo en su despacho, se levantaba de un salto, se abalanzaba hacia mí y tomándome de los hombros me susurraba: «Ahora no debe usted asustarlo: ¡no olvide lo que le digo!»

Mi cara debió dar signos de perplejidad, ya que su único ojo adoptó un aire afable y me hizo tomar asiento, hablándome cortésmente de Oxford, y de lo bien que allí se lo pasaban los estudiantes, y el interés despertado en él por mi informe sobre Feisal, y su esperanza de que volviera allí a continuar lo que tan bien había empezado, mezclando tales gentilezas con observaciones sobre lo nervioso que estaba el comandante en jefe, y cuán preocupado estaba por todo, y que era necesario por tanto que le diera una visión tranquilizadora de los hechos, aunque no necesariamente tuviera que tratarse de una versión color de rosa, puesto que no podían permitirse ninguno de los dos extremos.

Yo me sentía tremendamente divertido, por dentro, y prometí ser bueno, aunque señalé que mi objetivo era garantizar los envíos extra de suministros y municiones, así como los oficiales que los árabes

necesitaban, para lo que debía de suscitar el interés, y si fuera preciso (ya que nada me detendría en el cumplimiento de mi deber) incluso la emoción del comandante en jefe; a lo que el general Bell, aceptando el desafío, respondió diciendo que los suministros eran cosa suya, y que con ellos hacía cuanto quería sin necesidad de órdenes, pudiendo ya desde aquel momento asegurarme que haría cuando estuviera en sus manos de inmediato.

Creo que cumplió su palabra y se comportó con toda corrección desde entonces. Yo estuve muy moderado con su jefe.

LIBRO II
INICIO DE LA OFENSIVA ÁRABE

Capítulos XVII a XXVII

Mis jefes se mostraron sorprendidos ante tan favorables noticias, pero prometieron ayuda, y entre tanto me mandaron volver, muy contra mi voluntad, a Arabia. Llegué al campamento de Feisal el mismo día en que los turcos tomaban al asalto las defensas de Yebel Subh. Así quedaba destruida toda la base de mi confianza en una guerra tribal.

Nos retiramos provisionalmente en dirección a Yenbo, esperando poder recuperarla posición, pero los tribeños demostraron ser inutilizables para el asalto, y vimos que si la rebelión había de tener alguna continuidad, debíamos inventar sobre la marcha un nuevo plan de campaña.

Era algo arriesgado en la medida en que los prometidos expertos militares británicos no acababan de llegar. No obstante lo cual, decidimos que para volver a ganar la iniciativa debíamos ignorar el grueso del ejército del enemigo, y concentrarnos en su flanco ferroviario. El primer paso en esta dirección fue trasladar a Weyh nuestra base, lo que llevamos a efecto con toda dignidad.

CAPÍTULO XVII

Pocos días más tarde, Clayton me ordenó volver a Arabia al lado de Feisal. Como eso iba en contra de mi carácter, me apresuré a señalar que no era adecuado para esta tarea: le dije que odiaba las responsabilidades —obviamente el concienzudo desempeño del puesto de consejero implicaba responsabilidades— y que en toda mi vida los objetos me habían sido siempre más gratos que las personas, y las ideas más que los objetos. De modo que el deber de triunfar sobre las personas, de disponerlas para determinados fines, me resultaba doblemente odioso. No era aquél mi medio, no tenía práctica en tales técnicas. Yo no tenía nada que ver con los soldados, odiaba lo militar. Por supuesto que había leído los libros corrientes al respecto (demasiados libros), Clausewitz y Jomini, Mahan y Foch, como también había fantaseado con las campañas de Napoleón, trabajado con las tácticas de Aníbal y las guerras de Belisario, como cualquier otro estudiante de Oxford; pero jamás se me había ocurrido imaginarme como un comandante de verdad, obligado a desarrollar una campaña propia.

Finalmente, recordé a Clayton, de manera especial, que el Sirdar había telegrafiado a Londres solicitando a determinados oficiales capacitados para dirigir la guerra árabe. La respuesta fue que podrían tardar meses en llegar, y entre tanto Feisal debía quedar conectado con el Alto Mando, y sus necesidades tenían que ser trasmitidas con prontitud a Egipto. Así que tenía que ir, dejando en manos de otros el Boletín Árabe que yo había fundado, los mapas que pretendía dibujar y el archivo de los movimientos de tropas turcos, actividades fascinantes todas ellas, y para las que mi preparación me capacitaba, para ocuparme de un trabajo por el que no sentía la menor inclinación. Como nuestra rebelión salió victoriosa, los observadores empezaron a alabar a sus líderes, pero detrás de las bambalinas se escondían todos los vicios de una dirección de aficionados, llena de tanteos, caprichos y enfrentamientos.

La meta de mi viaje era Yenbo, convertida para entonces en base del ejército de Feisal, y donde Garland enseñaba a los jerifianos cómo volar vías férreas con dinamita, y como mantener en orden los almacenes militares. La primera de estas actividades era la mejor. Garland era un investigador en física y tenía años de prácticas con dinamita. Tenía artilugios propios para minar trenes, tumbar postes de telégrafos y cortar metales; y su conocimiento del árabe, así como su libre modo de entender las tareas de zapa, lo capacitaban para enseñar el arte de la demolición a beduinos iletrados de manera pronta y expeditiva. Sus

discípulos admiraban a un hombre nunca carente de resolución.

A su lado pude familiarizarme con los explosivos de alta potencia. Los zapadores solían manejarlos como si de sacramentos se tratara. Garland, en cambio, podía meterse un puñado de detonadores en el bolsillo, junto con una ristra de cebos, deflagrador y detonadores, y saltar con todo ello alegremente a lomos de su caballo para recorrer durante una semana la vía férrea del Heyaz. Su salud era mala y el clima lo ponía constantemente enfermo. Su débil corazón le provocaba molestias después de cualquier esfuerzo o problema, pero él manejaba tales molestias con la misma libertad que empleaba con los detonadores, y siguió adelante hasta haber descarrilado el primer tren y volado el primer puente en Arabia. Poco después murió.

Las cosas en el Heyaz habían cambiado bastante en el mes que había transcurrido. Siguiendo su plan previo, Feisal se había trasladado a Wadi Yenbo, e intentaba afianzar su retaguardia antes de comenzar los ataques a las vías férreas en gran escala. Para liberarlo del peso muerto que representaban las tribus Harb, su medio hermano menor, Zeid, se hallaba en camino hacia Safra, como subordinado nominal del jerife Alí. Los clanes Harb que luchaban en las avanzadillas se dedicaban a hostigar con eficacia las comunicaciones turcas entre Medina y Bir Abbas. Casi cada día enviaban a Feisal un pequeño convoy de

camellos capturados, o rifles capturados tras una escaramuza, o prisioneros, o desertores.

Rabegh, conmovida por la primera aparición de aeroplanos turcos, el 7 de noviembre, había adquirido nueva confianza con la llegada de una escuadrilla británica de cuatro aeroplanos, bajo el mando del mayor Ross, que hablaba árabe muy bien y era un líder tan espléndido que no cabía discusión sobre lo acertado de su ayuda. Nuevos cañones llegaban semana tras semana, hasta sumar veintitrés, en su mayor parte obsoletos, y de catorce pulgadas. Alí disponía de unos tres mil árabes de infantería; de los cuales dos mil eran regulares vestidos de kaki, bajo el mando de Aziz el Masri. Con ellos había novecientos hombres del cuerpo de camelleros, y trescientos soldados egipcios. Nos habían prometido fusileros franceses.

El jerife Abdulla había abandonado finalmente La Meca, el 12 de noviembre. Una quincena más tarde se hallaba donde quería estar, al sur, al este y al nordeste de Medina, dispuesto a cortar los suministros procedentes de Kasim y Kuweit. Abdulla tenía consigo alrededor de cuatro mil hombres, pero sólo tres ametralladoras, y diez ineficientes baterías de montaña, capturadas en Taif y La Meca. En consecuencia, no disponía de fuerzas suficientes para llevar a cabo su ulterior plan de un ataque concertado con Alí y Feisal sobre Medina. Lo único que podía implantar era un bloqueo, y a este fin se apostó en Henakiyeh, lugar desierto situado a ochenta millas al nordeste de

Medina, donde se encontraba excesivamente lejos para resultar útil.

La cuestión de las provisiones en la base de Yenbo estaba siendo bien llevada. Garland había confiado la supervisión y manejo de las mismas a Abd el Kader, gobernador de Feisal, que era persona sistemática y expeditiva. Su eficiencia era de gran utilidad para nosotros, ya que nos permitía dedicar más atención a cuestiones más importantes. Feisal, por su parte, se hallaba organizando a sus campesinos, a sus esclavos y sus pobres en batallones formales, una especie de imitación irregular del nuevo modelo de ejército instaurado por Masri el Aziz en Rabegh. Garland daba clases de voladuras, disparaba cañones, reparaba ametralladoras, engranajes y cureñas, y hacía de maestro armero para todo. Todos nos sentíamos ocupados y confiados.

Feisal, que aún no nos había traído a la memoria la importancia de Weyh, empezaba a idear una expedición de los yuheina para conquistar el lugar. Entre tanto, se hallaba en contacto con los billi, la numerosa tribu que tenía establecidos sus reales en Weyh, y esperaba obtener su apoyo. Su jeque supremo, Suleiman Rifada, contemporizaba, aunque la verdad es que le era hostil; ya que los turcos le habían nombrado pachá y lo habían condecorado, si bien su primo Hamid se había unido a las fuerzas del jerife, y acababa de capturar una valiosa caravana de setenta camellos, que iba camino de El Ula, con suministros para la guarnición turca de Weyh. Mientras yo salía

para Jeif Hussein con la intención de sugerir nuevamente el plan de Weyh a Feisal, llegaron noticias sobre un ataque turco repelido en las cercanías de Bir ibn Hassani. Un grupo de reconocimiento de su caballería y cuerpo de camelleros había sido empujado hasta las colinas, donde los árabes lo habían alcanzado y dispersado. Las cosas iban cada vez mejor.

CAPÍTULO XVIII

Partí, pues, muy contento, con mi protector para este viaje, el jerife Abd el Kerim el Beidawi, medio hermano de Mohamed, emir de los yuheina, pero, para asombro mío, un tipo de rasgos puramente abisinios. Me contaron posteriormente que su madre había sido una muchacha esclava desposada por el viejo emir en edad tardía. Abd el Kerim era un hombre de mediana estatura, delgado y negro como el carbón, pero apuesto, y de veintiséis años; aunque parecía tener menos, y lucía sólo un ralo mechón de pelos en su aguda barbilla. Era inquieto y activo, y estaba dotado de un humor fácil y procaz. Odiaba a los turcos, que lo habían despreciado por su color (los árabes tenían pocos prejuicios raciales contra los africanos, eran los indios los que les inspiraban desprecio), y se mostraba muy alegre y amistoso conmigo. Con él venían tres o cuatro de sus hombres, todos ellos bien montados, e hicimos un rápido viaje, ya que Abd el Kerim era un famoso jinete, que tenía el prurito de cubrir sus etapas en tres veces menos tiempo de lo habitual. No era mi camello el que estaba en juego, y el tiempo era

húmedo y nuboso, con algo de lluvia en el aire. Así que no tuve objeciones que hacer.

Nada más salir, galopamos durante tres horas seguidas. Esto removió nuestros estómagos lo suficiente como para necesitar más alimento, por lo que paramos y estuvimos comiendo pan y bebiendo café hasta la caída del sol, mientras Abd el Kerim se revolcaba sobre su alfombra en una pelea a brazo partido con uno de sus hombres. Cuando se sintió agotado, se sentó, y empezaron a contar historias y a despotricar, hasta haber recobrado lo suficiente el resuello para ponerse a bailar. Todo era muy libre, muy jocoso, y muy falto de decoro.

Cuando reemprendimos la marcha, una hora de loca carrera a la luz del ocaso nos llevó hasta el extremo final de la Tehama, y al pie de un bajo collado de rocas y arena. Un mes antes, viniendo de Hamra, habíamos pasado al sur de estos altozanos; esta vez los cruzamos, subiendo por Wadi Agida, un valle estrecho, ventoso y lleno de arena, que se abría paso entre las colinas. Debido a que había habido una crecida pocos días antes, el piso estaba firme para nuestros jadeantes camellos; pero la subida era empinada y tuvimos que remontarla al paso. Esto me agradó personalmente, pero llenó de tal modo de ira a Abd el Kerim que cuando, apenas una hora después, hubimos alcanzado la cresta, lanzó de nuevo su montura a toda prisa en medio de la noche (afortunadamente, era un buen camino, de guijos y arena) durante media hora, hasta que el terreno empezó a ser llano, y llegamos a

las inmediaciones de Najl Mubarak, el principal palmeral del sur de Yuheina. Según nos íbamos acercando pudimos divisar las fogatas por entre las palmeras, y los chispeantes humos de muchas hogueras, mientras la hondonada reverberaba con los gruñidos de miles de camellos excitados, con el estampido de las salvas y el griterío de los hombres perdidos en la oscuridad, que buscaban a sus amigos en medio de la multitud. Como nos habían dicho en Yenbo que los nejl habían descertado, semejante tumulto sólo podía significar algo extraño, e incluso hostil. Avanzamos lentamente después de trasponer los límites del oasis y a lo largo de una estrecha calleja que discurría entre dos bardas de barro de la altura de un hombre, hasta llegar a un silencioso grupo de casas. Abd el Kerim forzó la puerta trasera de la primera casa que se alzaba a nuestra izquierda, hizo entrar al patio de la misma a los camellos, y los hizo inclinarse de forma que no pudieran verse por encima de las bardas. Deslizó un cartucho en la recámara de su rifle y echó a andar de puntillas calle abajo en dirección del ruido para averiguar lo que estaba ocurriendo. Los demás nos quedamos esperándolo, mientras el sudor de la cabalgada se absorbía en nuestras ropas en medio de la noche destemplada.

Volvió al cabo de una hora para decirnos que Feisal con su guardia de a camello acababa de llegar, y que debíamos ir a reunirnos con él. Así que sacamos a los camellos y montamos de nuevo; y avanzamos en fila por otra callejuela abierta entre las casas, y con un

jardín de palmeras a la derecha. El lugar donde desembocaba la calleja estaba atestado de árabes y de camellos, mezclados en la mayor confusión, y gritando todos a cual más. Cruzamos por entre ellos, y por una empinada pendiente que iba a dar directamente al lecho de Wadi Yenbo, fuimos a desembocar a una amplia explanada: su amplitud sólo podía calcularse por la irregular hilera de fuegos-vigía que brillaban en la distancia. Estaba también muy húmeda, llena del barro dejado por la fuerte riada de dos días antes, que aún cubría sus piedras. Nuestros camellos sintieron el suelo resbaloso y empezaron a avanzar con miedo.

No tuvimos tiempo de percatarnos de ello, ni de nada en realidad, en aquel instante, sino sólo de la masa del ejército de Feisal, que llenaba el valle de extremo a extremo. Había cientos de hogueras de madera de espino, y en su torno se agrupaban los árabes hirviendo café o comiendo, o durmiendo arrebujados como cadáveres en sus capas, estrechamente apilados y confundidos con los camellos. Tal cantidad de camellos configuraba un cuadro indescriptiblemente confuso, tumbados o atados como estaban por todo el terreno del campamento con muchos más aún llegando, y los más viejos cojeando y tratando de darles alcance, rugiendo de hambre y nerviosismo. Continuamente salían patrullas, se descargaban caravanas, y docenas de mulas egipcias coceaban en medio de la escena.

Nos abrimos camino por medio de toda esta barahúnda, y en un islote de calma, en el centro mismo

del lecho del valle, hallamos al jerife Feisal. Detuvimos nuestros camellos a su lado. Se hallaba sentado en su alfombra, directamente extendida sobre el pedregal, y en derredor suyo se hallaban su primo el jerife Sharraf, Kaimmakan[16], tanto de los imaret como de los tail, y Maulud, el correoso y violento viejo patriota mesopotámico, que actuaba ahora como su ayuda de campo. Frente a él se hallaba arrodillado un secretario que tomaba nota de una orden, y un poco más allá otro que leía informes en voz alta a la luz de una lámpara plateada que un esclavo sostenía en alto. La noche era calma, el aire pesado, y la desprotegida llama se alzaba en su mecha tiesa y derecha.

Feisal, tan sereno como siempre, me dio la bienvenida con una sonrisa mientras terminaba su dictado. Luego se disculpó por tan irregular acogida, y ordenó con la mano alejarse a sus esclavos para quedarnos en privado. Mientras aquéllos y los mirones se alejaban, un camello salvaje saltó hacia el espacio libre que había ante nosotros, coceando y relinchando sin parar. Maulud saltó sobre su cuello para llevárselo lejos, pero, en vez de esto, el camello lo arrastró a él; y, como se desataran las gavillas de hierba para forraje que llevaba encima, una avalancha de heno vino a caer sobre el taciturno Sharraf, sobre la lámpara y sobre mí mismo. «Dios sea loado», dijo Feisal con grave acento, «porque no era manteca ni bolsas de oro.» Y a continuación me contaron los inesperados hechos que

[16] Caudillo. Equivalente del almocadem marroquí, que en los irregulares del Rif se equiparaba a un sargento. *(N. del T.)*

habían ocurrido en el frente de batalla durante las últimas veinticuatro horas.

Los turcos habían traspasado sin ser notados las avanzadas de las fuerzas árabes en Wadi Safra por un camino lateral de las colinas, y les habían cortado la retirada. Los harb, presa del pánico, se habían disgregado por los barrancos de los costados, y escapado por ellos en grupos de dos y tres, ansiosos por reunirse con sus familias. La caballería turca penetró en tromba por el valle vacío, llegando hasta el desfiladero de Dhifran que daba sobre Bir Said, donde Ghalib Bey, su jefe, casi logró pillar desprevenido a Zeid, que dormía en su tienda. Pudo, no obstante, recibir aviso a tiempo. Y con la ayuda del jerife Abdulla ibn Thawab, antiguo combatiente de la campaña de Harith, el emir Zeid pudo resistir el ataque del enemigo lo bastante como para poder cargar en sus camellos parte de sus pertrechos y tiendas, y salir huyendo. A continuación de lo cual, él mismo pudo escapar; si bien sus fuerzas se desperdigaron en la multitudinaria estampida de fugitivos que, en medio de la noche, cabalgaban salvajemente hacia Yenbo.

Con ello el camino hacia Yenbo había quedado franco para los turcos, y Feisal había tenido que apresurar su venida a este punto, adonde había llegado sólo una hora antes que nosotros, con cinco mil hombres, para proteger su base hasta que un dispositivo adecuado de defensa pudiera ponerse en marcha. Su sistema de espionaje estaba resquebrajándose: los harb, asustados en medio de la

noche, aparecían trayendo confusos y contradictorios informes sobre la fuerza de los turcos, sus movimientos y sus intenciones. Feisal no tenía la menor idea de si pensaban caer sobre Yenbo o se contentarían con retener los desfiladeros que comunicaban Wadi Yenbo con Wadi Safra, mientras lanzaban el grueso de sus fuerzas por la costa, en dirección de Rabegh y La Meca. La situación, en cualquiera de los dos casos, podía resultar seria: lo mejor que podía suceder es que la presencia de Feisal en este lugar atrajera al enemigo, y lo hiciera desperdiciar unos cuantos días tratando de capturar sus fuerzas, mientras nosotros fortificábamos Yenbo. Entre tanto, hacía cuanto estaba en sus manos, con bastantes ánimos; así que me senté a escuchar las nuevas o las peticiones, quejas y dificultades que le planteaban y que él resolvía de forma sumaria.

Sharraf, a mi lado, escarbaba con un palillo, arriba y abajo, sus relucientes mandíbulas escuchándosele sólo en una o dos ocasiones a lo largo de toda una hora; y ello para recriminar a dos peticionarios demasiado insistentes. Maulud se inclinaba hacia mí una y otra vez, rodeando el impasible cuerpo de Feisal, para repetirme apresuradamente en beneficio mutuo cualquier palabra o informe que pudiera favorecer el desencadenamiento de un contraataque instantáneo.

Así transcurrieron las cosas hasta las cuatro y media de la mañana. El frío iba haciéndose sentir cada vez más, según la humedad del valle iba traspasando la alfombra y empezaba a empapar nuestras ropas. El

campamento comenzó a aquietarse, según hombres y animales iban cayendo dormidos uno tras otro; una blanca neblina empezó a extenderse sobre ellos blandamente y, sumergidas en ella, las fogatas fueron convirtiéndose en lentas columnas de humo. Directamente a nuestra espalda, y elevándose sobre el lecho neblinoso del valle, Yebel Rudhwa, más escabroso y empinado que nunca, parecía tan próximo bajo la luz de la luna que daba la impresión de ir a caernos encima.

Feisal dio finalmente término al trabajo más urgente. Comimos media docena de dátiles, gélido refrigerio, y nos arrebujamos sobre la húmeda alfombra. Mientras yacía allí temblando de frío, pude ver a los guardias de corps biasha acercarse sigilosamente y extender con cuidado sobre Feisal sus capas, una vez que hubieron comprobado que estaba dormido.

Una hora más tarde nos despertamos entumecidos bajo la luz de la falsa aurora (hacía demasiado frío para seguir fingiendo que dormíamos) y los esclavos prendieron un fuego con ramas de palma para calentarnos, mientras Sharraf y yo buscábamos comida y combustible suficiente para la ocasión. Seguían viniendo mensajeros de todas partes con funestos rumores de un ataque inmediato; y el campamento parecía a punto de ser presa del pánico. Así que Feisal decidió trasladarse a otra posición, en parte porque podíamos vernos arrastrados por las aguas a poco que empezara a llover en las colinas, y en parte para tener ocupados a sus hombres y disipar así su inquietud.

Cuando sus tambores empezaron a batir, todo el mundo de inmediato se puso a cargar los camellos. Tras la segunda señal, todos saltaron a sus sillas y se echaron hacia la derecha o hacia la izquierda, dejando libre un ancho paseo por el que Feisal abrió la marcha, sobre su yegua, seguido a sólo un paso por Sharraf, al que seguía Alí, el portaestandarte, un espléndido y salvaje tipo del Neyd, dotado de una cara de halcón, enmarcada por largos mechones de pelo negrísimo que le caían desde la sien. Alí iba chillonamente vestido, y montaba un camello de gran alzada. Tras él venían toda la muchedumbre de jerifes, jeques y esclavos —y yo con ellos— en confusa mezcla. Eran ochocientos los hombres que componían la guardia de corps aquella mañana.

Feisal cabalgó arriba y abajo buscando un lugar donde emplazar el nuevo campamento, y finalmente se detuvo en el extremo más alejado de una ancha vaguada situada al norte de la aldea de Najl Mubarak; aunque las casas estaban tan enterradas entre los árboles que apenas podían verse desde fuera. En la margen meridional de esta vaguada, y a la sombra de un altozano rocoso, Feisal plantó sus dos tiendas. Sharraf tenía tienda propia; y algunos otros jefes vinieron a acampar a nuestro lado. La guardia estableció sus puestos y refugios; y los fusileros egipcios acamparon más abajo y de nuestro lado del hondón, alineando elegantemente sus veinte tiendas, para darles un aire muy militar.

Así, en unos momentos impresionábamos por lo numerosos, aunque los detalles resultaran mucho menos apabullantes.

CAPÍTULO XIX

Permanecimos allí dos días, la mayor parte de los cuales los pasé en compañía de Feisal, consiguiendo así conocer mejor su método de mando, en un interesante momento, en que la moral de sus hombres estaba debilitándose por los atemorizadores informes que llegaban, y por la defección de los harb del Norte. Feisal, en su lucha por elevar los ánimos, conseguía su propósito fundamentalmente comunicando a quienes tenía cerca su propia seguridad. Resultaba accesible para cualquiera que llegara hasta el exterior de su tienda y esperase su turno; y nunca cortaba en seco las peticiones, ni aun cuando los hombres venían en coro a cantarle sus penas en largas letanías, lo que hacían en torno nuestro en la oscuridad. Siempre se prestaba a escuchar, y si él mismo no podía resolver el caso encargaba a Sharraf o a Faiz que lo arreglaran. Su extremada paciencia fue para mí una nueva lección de lo que el liderazgo significaba en Arabia.

Su autocontrol no resultaba menor. Cuando Mizruk el Tijeimi, su maestro de ceremonias, llegó de parte de Zeid a explicar la vergonzosa historia de su estampida, Feisal se limitó a reírse de él en público y lo hizo

esperar mientras se entrevistaba con los jeques de los harb y los ageyl, cuyo descuido había sido la causa principal del desastre. Con éstos se reunió cortésmente, echándoles burlonamente en cara que hubieran hecho esto o aquello, y que hubieran tenido estas o aquellas bajas. Luego, volvió a llamar a Mizruk y bajó la trampilla de su tienda: señal de que quería tratar un asunto en privado. Recordé el significado del nombre de Feisal (espada que relumbra al dar la estocada) y temí una escena, pero hizo sitio a Mizruk en su alfombra, y dijo: «¡Ven! Cuéntanos más de tus "noches" y de las maravillas de la batalla, diviértenos.» Mizruk, un tipo apuesto e inteligente (de rasgos un tanto angulosos), captando el espíritu del momento, empezó, con el marcado gangueo típico de los ateibi, a hacernos un dibujo con palabras de los jóvenes zeid en desbandada; del terror de Ibn Thawab, el famoso bandido, y la mayor de las desgracias: ¡de cómo el venerable Hussein, padre del jerife Alí, el Harithi, había perdido sus cafeteras!

Feisal se expresaba con una voz rica en matices musicales, que hábilmente empleaba al hablar a sus hombres. Usaba con ellos el dialecto tribal, pero de una manera curiosamente vacilante, espaciando penosamente las frases, como si buscara en su interior la palabra adecuada. Sin duda, su pensamiento iba un poco por delante de su habla, ya que las expresiones finalmente elegidas eran de costumbre las más simples, lo que producía un efecto emocional y sincero. Parecía posible, tan delgado era el velo de las

palabras, ver relumbrar directamente su animoso espíritu, en toda su pureza y su verdad.

En otras ocasiones se mostraba lleno de humor, ese invariable imán de la bonhomía árabe. Una noche habló a los jeques de los rifas, y los envió a ocupar la llanura de este lado de Bir el Fagir, un enmarañado paraje lleno de matorrales de acacia y tamarisco por el que discurría el apenas perceptible lecho de la torrentera que une Bruka con Bir Said. Les dijo cortésmente que los turcos se acercaban, y que era su deber retenerlos para que Dios fuera glorificado con la victoria, añadiendo que tal cosa sería del todo imposible si se iban a dormir. Los viejos —y los mayores en Arabia cuentan siempre más que los jóvenes—prorrumpieron en complacidos discursos, y tras decir que Dios les concedería la victoria, o más bien dos victorias, ribetearon sus deseos con una oración para que su vida se viera prolongada mediante la acumulación de un número de victorias sin precedentes. Y, lo que fue aún mejor, se mantuvieron vigilantes toda la noche, fortalecidos por su exhortación.

La rutina de nuestra vida de campamento era sencilla. Poco antes de romper el alba, el imán del ejército escalaba a la cima de una pequeña colina desde la que se dominaba el ejército durmiente, y pronunciaba allí una asombrosa llamada a la oración. Su voz era dura y potente, y la depresión del torrente, como una caja de resonancia, lanzaba sus ecos contra las colinas, devolviéndolos pasmosamente redoblados.

Tan pronto concluía, el imán de Feisal gritaba suave y musicalmente desde la puerta misma de su tienda. Al minuto, uno de los cinco esclavos de Feisal (todos ellos libertos, pero que se negaban a tomar su libertad hasta que fuera su voluntad, puesto que era bueno y nada contraproducente servir a tal señor) se acercaba a Sharraf y a mí con café ya endulzado. El azúcar del café en medio del frío de la madrugada se consideraba reconfortante.

Una hora más tarde, más o menos, la trampilla de la tienda de dormir de Feisal se echaba a un lado, era su invitación a los miembros de su casa. Podíamos ser cuatro o cinco los presentes; y tras las nuevas de la mañana, se traía una bandeja con el desayuno. La provisión de éste se componía de dátiles en Wadi Yenbo; a veces la abuela circasiana de Feisal le enviaba una caja de sus famosos pastelillos especiados de La Meca; y otras veces Heyris, su esclavo personal, nos ofrecía bizcochos y cereales de su propia cosecha.

Tras el desayuno, alternábamos café amargo y té, mientras Feisal dictaba su correspondencia a sus secretarios. Uno de éstos era Faiz al Ghusein el temerario; otro era el imán, una persona de triste rostro, que destacaba entre las tropas por el arrugado paraguas que pendía de su arzón. Ocasionalmente, se concedía alguna audiencia privada durante esta hora, pero era raro; ya que la tienda de dormir era estrictamente para el uso personal del jerife. Se trataba de una tienda común de tipo acampanado, provista de

grandes cantidades de cigarrillos, una cama de campaña, una bastante buena alfombra kurda, una pobre alfombra shirazí y la deliciosa y antigua alfombra baluchi sobre la que rezaba.

Hacia las ocho en punto de la mañana, Feisal se ajustaba su daga ceremonial y se trasladaba a la tienda de recepciones, que estaba alfombrada con dos horribles kilims[17]. Feisal tomaba asiento al fondo de la tienda, mirando al lado abierto de la misma, y nosotros de espaldas a la pared, formando un semicírculo a partir de él. Los esclavos se situaban en la retaguardia, y se apiñaban en torno a la pared abierta de la tienda para controlar a los acuciados suplicantes, sentados en la arena a la puerta de la tienda, o más lejos, en espera de su turno. Si era posible, la sesión duraba hasta el mediodía, hora en que el emir solía levantarse.

Los miembros de su casa, y algunos huéspedes, nos reuníamos entonces en la tienda de estar, y Heyris y Salem traían la bandeja del almuerzo, sobre la que aparecían distribuidos tantos platos como las circunstancias lo permitían. Feisal era un impenitente fumador, pero gustaba de comer poco, y solía engañar al estómago picando con los dedos o con una cuchara entre las habas, las lentejas, las espinacas, el arroz y los pasteles dulces, hasta que juzgaba que habíamos tenido ya bastante, momento en que a una señal suya la bandeja era retirada, y otros esclavos aparecían para

---

[17] Alfombras sin felpa fabricadas a mano en Turquía y los Balcanes. En esta última región reciben a veces el nombre de «palas». *(N. del T.)*

verter agua sobre nuestros dedos a la puerta de la tienda. Los tipos gordos, como Mohamed ibn Shefia, se sentían cómicamente ofendidos por las rápidas y ligeras comidas del emir, y solían tener su comida propia preparada para tan pronto como desaparecían de su presencia. Tras el almuerzo, solíamos charlar un rato, mientras sorbíamos dos tazas de café, y saboreábamos dos vasos de té verde almibarado. Luego, y hasta las dos de la tarde, la cortina de la tienda de estar se bajaba, para dar a entender que Feisal se hallaba durmiendo, o leyendo, o llevando a cabo algún asunto privado. Más tarde, volvía a tomar asiento en la tienda de recepciones hasta terminar con todos los que querían algo de él. Nunca vi a ningún árabe que se marchara insatisfecho de él o herido, un tributo a su tacto y a su retentiva, ya que nunca solía perder memoria de ningún hecho, ni fallar en una relación.

Si aún le quedaba tiempo tras la segunda audiencia, paseaba un rato con sus amigos, hablando de plantas o caballos, observando los camellos, o preguntando a alguno el nombre de cualquier accidente del paisaje. La oración del ocaso era a veces pública, aunque Feisal no se mostraba exteriormente muy piadoso. Tras lo cual, recibía individualmente en su tienda de estar, planificando las patrullas de reconocimiento y las batidas nocturnas, ya que la mayor parte del trabajo de reconocimiento se llevaba a cabo de noche. Entre las seis y las siete se traía a su presencia la cena, a la cual eran convocados por los esclavos todos los presentes

en el cuartel general. Se parecía esta comida al almuerzo, a no ser porque en esta ocasión se servía una gran fuente de arroz salteada con tacos de carnero hervido, el llamado *Medfa el Suhur*, o sostén principal del apetito.

Con esta comida concluía el día, si exceptuamos el discreto servicio de vasos de té que un esclavo descalzo venía a ofrecer a intervalos. Feisal no se quedaba dormido hasta tarde, y nunca delataba la menor prisa porque nos fuéramos.

Por la noche se relajaba cuanto le era posible y evitaba hacer cualquier trabajo que resultara evitable. Podía enviar a llamar a cualquier jeque local para que le contara historias de su región, o de la tribu y su genealogía; o hacía que los poetas tribales nos cantaran sus relatos guerreros: largos poemas tradicionales cargados de epítetos, sentimientos e incidentes canónicos, atribuidos como nuevos a cada generación. Feisal era un apasionado de la poesía árabe y a menudo provocaba recitales, en los que juzgaba y premiaba los mejores versos de la noche. En muy raras ocasiones gustaba de jugar al ajedrez, pero lo hacía con la inconsciente habilidad de un espadachín y de manera brillante. A veces, tal vez en mi honor, contaba historias de lo que personalmente había visto en Siria, y retazos de la historia secreta turca, o de historias de familia. Fue mucho lo que de sus labios aprendí sobre los hombres y las facciones del Heyaz.

CAPÍTULO XX

De pronto, Feisal me preguntó si estaría dispuesto a llevar ropas árabes como las suyas mientras estuviera en el campamento. Para mí sería mucho mejor, por cuanto se trataba de un tipo de traje mucho más cómodo para la vida árabe que debíamos llevar. Por otro lado, los tribeños entenderían mejor cómo tratarme. Los únicos portadores de ropa kaki que habían visto habían sido los oficiales turcos, frente a los cuales adoptaban una actitud defensiva. Si yo decidía llevar ropas de La Meca, se comportarían conmigo como si yo fuera en verdad uno de sus líderes; y podría entrar y salir de la tienda de Feisal sin producir una impresión que él tenía que disipar cada vez ante los foráneos.

Yo acepté de inmediato, y de muy buena gana; ya que el uniforme del ejército era abominable para montar a camello, o para sentarse en tierra, y las ropas árabes que yo había aprendido a llevar antes de la guerra eran mucho más limpias y adecuadas para la vida del desierto. Heyris se sintió muy complacido, también, y puso en marcha toda su imaginación para hacerme vestir un espléndido ropaje nupcial de seda

blanca con bordados en oro que le había sido enviado a Feisal hacía poco (¿una insinuación?) por su tía-abuela de La Meca. Me di una vuelta con estas holgadas ropas por los palmerales de Mubarak y Bruka, para acostumbrarme a sentirlas.

Dichas aldeas eran pequeños y agradables lugarejos, cuyas casas de adobe se alzaban sobre los altos montículos que rodeaban los palmerales. Najl Mubarak se encuentra situado al norte, y Bruka exactamente en el extremo sur al otro lado de un valle poblado de espinos. Las casas eran bajas, revocadas de barro por dentro, frescas y muy limpias, amuebladas con una estera o dos, un mortero de café, ollas y bandejas. Las estrechas callejuelas recibían de tanto en tanto la sombra de algún árbol frondoso. Los terraplenes que rodeaban las áreas cultivadas llegaban a tener a veces cincuenta pies de altura, y se habían ido formando principalmente de modo artificial con la tierra sobrante cavada en torno a los árboles, así como con los desperdicios domésticos y piedras sacadas del wadi.

Dichos terraplenes estaban destinados a defender las cosechas de las riadas; Wadi Yenbo, de otro modo, hubiera arrasado las huertas, dado que éstas, para poder ser regables, debían estar por debajo del nivel del valle. Las estrechas parcelas estaban divididas por cercas de ramos de palma o bardas de adobe, con canalillos elevados de agua dulce rodeándolas. Todas las entradas a los huertos quedaban por encima de estos canales, mediante puentecillos hechos con tres o

cuatro troncos de madera de palma, que permitían el paso de los camellos o los asnos. Cada parcela disponía de una compuerta de barro, que se rompía cuando le tocaba el turno de regar. Las palmeras, plantadas en hileras regulares y bien cuidadas, eran el principal cultivo; pero entre ellas había también plantado centeno, rábanos, repollos, pepinos, tabaco y alheña. Las aldeas de la parte superior de Wadi Yenbo eran lo suficientemente frescas como para poder plantarse en ellas viñas.

La estadía de Feisal en Najl Mubarak, en buena lógica, sólo podía ser una pausa, y yo pensé que lo mejor que podía hacer era volver a Yenbo, para considerar seriamente las posibilidades de una defensa anfibia del puerto, contando con la ayuda que la Marina había prometido en todo momento. Acordamos que yo consultaría con Zeid, y actuaría conjuntamente con él como mejor nos pareciera. Feisal me entregó un magnífico camello bayo para mi viaje de vuelta. Cruzamos las colinas Agila por una nueva ruta, la de Wadi Massarih, por temor a las patrullas turcas que pudiéramos encontrarnos por la ruta más recta. Bedr ibu Shefia hizo el viaje conmigo, y cubrimos la distancia tranquilamente, en una sola jornada de seis horas, llegando a las puertas de Yenbo al amanecer. Cansado como estaba, después de tres agotadores días de poco dormir, entre constantes alarmas y alteraciones, me dirigí directamente a la vacía casa de Garland (él vivía a bordo de un barco en el puerto) y caí dormido sobre un banco; aunque poco después me vi despertado por

el anuncio de que el jerife Zeid se acercaba, y me dirigí hasta las murallas a contemplar la entrada de la derrotada tropa.

Eran aproximadamente unos ochocientos, tranquilos, y en modo alguno mortificados por su vergüenza. El mismo Zeid parecía sutilmente indiferente. Al entrar en la ciudad se volvió y gritó a Abd el Kadir, el gobernador, que cabalgaba detrás suyo: «¡Lo ruinosa que está tu ciudad! Voy a telegrafiar a mi padre para que envíe cuarenta albañiles que reparen los edificios públicos.» Y eso mismo hizo. Había yo telegrafiado al capitán Boyle que Yenbo se hallaba seriamente amenazado, y Boyle contestó que su flota estaría allí a tiempo, si no antes. Su disponibilidad fue un oportuno consuelo: noticias cada vez peores fueron llegando a lo largo del siguiente día. Los turcos, al lanzar un fuerte contingente de tropas desde Bir Seid contra Najl Mubarak, se habían lanzado contra las tropas de Feisal cuando éstas no estaban aún preparadas. Tras una breve lucha, Feisal había tenido que ceder el terreno, y se retiraba hacia Yenbo. Nuestra guerra parecía estar viviendo su último acto. Tomé mi cámara, y desde el parapeto de la puerta de Medina tomé una hermosa foto de los hermanos avanzando hacia la ciudad. Feisal traía consigo casi dos mil hombres, pero ninguno de la tribu yuheina. Parecía haber una traición y una defección reales por parte de las tribus, cosa que ambos habíamos desechado como impensable.

Me dirigí de inmediato a su casa y me contó la historia. Los turcos habían llegado con tres batallones y toda una serie de infantes montados en mulas y camellos. La fuerza estaba al mando de Ghalib Bey, que manejaba sus tropas con gran habilidad, actuando bajo la supervisión del comandante del Cuerpo. Fajru Pachá acompañaba a título personal la expedición, cuyo guía y enlace con los árabes era Dajil-Allah el Kadhi, juez hereditario de los yuheina, rival del jerife Mohammed Alí el Beidawi, y segundo en la línea de mando de la tribu.

Habían cruzado Wadi Yenbo en dirección de los palmerales de Bruka en su primer avance, amenazando así la comunicación de los árabes con Yenbo. Podían además desde allí bombardear libremente Najl Mubarak con sus siete baterías. Feisal no se había desanimado, sino que lanzó a los yuheina hacia la izquierda para avanzar por el gran valle. Sus alas izquierda y central las mantuvo en Najl Mubarak, y envió a la artillería egipcia a tomar posiciones en Yebel Agida, para impedir que éste cayera en manos turcas. A continuación abrió fuego sobre Bruka con sus dos cañones de quince pulgadas.

Rasim, un oficial sirio, que anteriormente había sido comandante de artillería en el Ejército turco, manejaba estos dos cañones; e hizo con ellos una gran exhibición. Le habían sido enviados como regalo de Egipto, como material de desecho que —pensaron— podía ser útil a los salvajes de los árabes, del mismo modo que los seis mil rifles entregados al jerife eran

armas para chatarra, reliquias de la campaña de Gallipoli. De modo que Rasim carecía de puntos de mira, angulador de tiro, tablas de angulación y obuses de gran potencia.

Su alcance quizás había sido de seiscientas yardas; pero los proyectiles de su artillería eran simples piezas de museo de la Guerra Anglo-Bóer, llenas de orín y moho, que cuando estallaban lo hacían en el aire, y a lo sumo rozaban sus objetivos. No obstante, no tenía modo de desechar la munición mala, así que disparaba a toda mecha, gritando entre carcajadas contra esta forma de hacer la guerra; y los tribeños, viendo tan alegre a su comandante, acababan envalentonándose ellos mismos. «Por Dios», decía uno, «que éstos son verdaderos cañones. ¡No hay más que ver el ruido que hacen!» Rasim juraba que los turcos morían a montones; y los árabes iniciaron una carga animados por sus palabras.

Las cosas estaban yendo bien, y Feisal confiaba en un éxito decisivo, cuando de pronto su ala izquierda en el valle vaciló, y se detuvo; por último, volvió la espalda al enemigo, y efectuó una tumultuosa retirada en dirección del campamento. Feisal, en el centro, galopó hacia Rasim y le gritó que los yuheina habían cedido y era preciso salvar los cañones. Rasim unció las yuntas y trotó en dirección de Wadi Agida, donde los egipcios hacían conciliábulos muertos de miedo. Tras él empezaron a aparecer los ageyl y los atban, seguidos de los hombres de Ibn Shefia, y de los harb de Biasha. Feisal y su cortejo cerraban la marcha, y en deliberada

procesión empezaron a moverse en dirección de Yenbo, dejando a los yuheina con los turcos en el campo de batalla.

Mientras yo escuchaba tan triste final y maldecía con Feisal a los traidores hermanos Beidawi, un revuelo se armó junto a la puerta, y Abd el Kerin, atravesando el cordón de esclavos, saltó hasta el estrado, besó a modo de saludo el ceñidor de cabeza de Feisal, y se sentó a nuestro lado. Feisal mirándole perplejo, dijo: «¿Cómo?» Y Abd el Kerin explicó su desánimo ante la súbita retirada de Feisal, y cómo él y su hermano y sus aguerridos hombres habían combatido a los turcos durante toda la noche, sin artillería, hasta que los palmerales resultaron imposibles de defender, teniendo ellos también que escapar por Wadi Agida. Su hermano, con la mitad de los varones de la tribu, se hallaba en aquel momento atravesando las puertas de la ciudad. Los otros habían seguido Wadi Yenbo arriba, en busca de agua.

«¿Y por qué os retirasteis al campamento, detrás nuestro, durante la batalla?», preguntó Feisal. «Sólo para hacernos una taza de café», dijo Abd el Kerin. «Llevábamos luchando desde el amanecer, y estaba ya anocheciendo: nos hallábamos cansados y sedientos.» Feisal y yo nos echamos hacia atrás y reímos, luego fuimos a ver qué podía hacerse para salvar la ciudad.

El primer paso era simple. Enviamos a todos los yuheina otra vez a Wadi Yenbo con órdenes de reunirse en masa en Jeif, manteniendo una presión constante sobre la vía de comunicación turca. Debían

también mandar grupos de francotiradores a las colinas Agida. Esta tarea de diversión tendría ocupados a tal número de efectivos turcos que éstos serían incapaces de dirigir contra la ciudad una fuerza superior a la de los defensores, quienes tenían además la ventaja de gozar de una buena posición. La ciudad, situada sobre un llano arrecife de coral se elevaba quizás unos veinte pies por encima del mar, y estaba rodeada de agua por dos lados. Los otros dos lados daban sobre llanas extensiones de arena, lisas en su mayor parte, sin puntos de cobertura durante millas, y carentes de agua dulce. Durante el día, estas zonas arenosas, defendidas por la artillería y las ametralladoras, serían imposibles de ocupar.

Continuamente llegaba nueva artillería, pues Boyle, mejorando su palabra como de costumbre, había concentrado frente a nosotros cinco buques en menos de veinticuatro horas. Había colocado el monitor *M-31*, cuyo escaso calado lo hacía especialmente apto para tal tarea, en el extremo de la caleta sudoriental del puerto, desde donde podía cubrir la probable dirección del avance turco con sus baterías de seis pulgadas. Croker, su capitán, estaba ansioso por dar rienda a sus inquietos cañones. Los restantes barcos se hallaban fondeados, listos para disparar por encima de la ciudad, sobre objetivos más lejanos, o cubrir el flanco opuesto desde el extremo norte del puerto. Los reflectores del *Dufferin* y del *M-31* alcanzaron hasta la planicie situada al otro lado de la ciudad.

Los árabes, encantados al ver la cantidad de buques anclados en el puerto, se preparaban para jugar su parte en la refriega nocturna. Nos dieron buenas promesas de que esta vez no se dejarían arrastrar por el pánico; pero para que adquirieran total seguridad necesitaban algún tipo de bastión en que parapetarse, a la manera medieval; no había modo de excavar buenas trincheras, en parte debido a la dureza del suelo de coral, y además porque carecían de experiencia en el uso de las mismas, lo que no les hubiera dado mucha seguridad. Así que tomamos la muralla derruida y carcomida por la sal, la redoblamos con una segunda, rellenamos con tierra el espacio que quedaba entre las dos, y las reforzamos hasta que nuestros bastiones del siglo XVI adquirieron una resistencia a prueba de rifle, y probablemente también a prueba de la artillería de montaña turca. En el exterior de los bastiones tendimos alambradas de espino entre las cisternas para la captación de agua de lluvia situadas al otro lado de las murallas. Instalamos nidos de ametralladora en los mejores ángulos, y los dotamos con fusileros de las tropas regulares de Feisal. Los egipcios, como cualquier otro con un puesto en el esquema defensivo, se mostraban de lo más animoso. Garland fue nombrado ingeniero en jefe y consejero principal.

A la caída del sol la ciudad empezó a vibrar de excitación contenida. A lo largo del día había habido gritos y explosiones de alegría, así como una actividad frenética entre los hombres; pero al caer la noche todo

el mundo se dirigió a cenar y una tensa calma se extendió por todas partes. Casi todo el mundo pasó en vela aquella noche. Hubo sólo una alarma a las once. Nuestras avanzadillas habían localizado al enemigo a sólo tres millas de la ciudad. Garland, con un pregonero, recorrió las pocas calles del lugar, llamando a la guarnición. Saltaron a la calle y fueron a ocupar sus puestos en un mortal silencio y sin que se oyera un solo disparo o un grito suelto. Los marineros apostados en el minarete enviaron señales a los barcos, cuyos reflectores combinados empezaron a atravesar la llanura en complejas intersecciones, trazando franjas de luz helicoidal sobre la planicie que la fuerza de ataque enemiga debía cruzar. De ésta, sin embargo, no había ni señal, por lo que no hubo motivo para disparar.

Tiempo después, el viejo Dajil Allah me contaría que había guiado a los turcos para asaltar Yenbo en la oscuridad y aplastar al ejército de Feisal de una vez por todas, pero que se habían acobardado ante el silencio y el destello de las luces de los barcos anclados en el puerto, con sus lúgubres reflectores mostrándoles la desolación de la explanada que tenían que cruzar. Así que se volvieron atrás y aquella noche, en mi opinión, los turcos perdieron la guerra. Personalmente, yo me hallaba en el *Suva* para no ser molestado, y durmiendo al fin a pierna suelta; así que me sentí agradecido a Dajil Allah por la prudencia que había dictado a los turcos, pues aunque hubiéramos podido tal vez conseguir una gloriosa victoria, yo estaba dispuesto a

dar mucho más por sólo aquellas ocho horas de ininterrumpido descanso.

CAPÍTULO XXI

Al día siguiente la crisis había pasado; los turcos claramente habían fracasado. Los yuheina se mostraban activos desde su posición sobre los flancos de Wadi Yenbo. Los esfuerzos arquitectónicos de Garland por toda la ciudad empezaban a resultar impresionantes. Sir Archibald Murray, a quien Feisal había pedido que hiciera una demostración de fuerza en el Sinaí para evitar ulteriores traslados de tropas turcas hacia Medina, había remitido una respuesta alentadora y todo el mundo respiraba aliviado. Pocos días más tarde, Boyle dispersó sus buques, prometiendo una nueva concentración relámpago tan pronto fuera avisado; y yo aproveché para bajar hasta Rabegh, donde me encontré con el coronel Bremond, el gran jefe barbudo de la Misión Militar francesa, y el único verdadero soldado que había en el Heyaz. Seguía empleando a su destacamento francés en Suez como palanca para hacer que una brigada británica fuera enviada a Rabegh; y puesto que sospechaba que yo no era de su opinión, intentó ganarme para su causa.

En el curso de la discusión que tuvimos en torno al tema, dije algo sobre la necesidad de un rápido ataque sobre Medina, ya que, como el resto de los británicos, consideraba yo que la caída de Medina era el paso preliminar necesario para el ulterior progreso de la Rebelión Árabe. Me atajó de inmediato, y dijo que no era prudente dejar que los árabes conquistaran Medina. En su opinión, el Movimiento Árabe había alcanzado su punto de máxima utilidad con la rebelión de La Meca; y las operaciones militares contra Turquía estarían mejor en las manos de Gran Bretaña y Francia. Quería hacer desembarcar tropas aliadas en Rabegh, ya que ello haría sospechoso al jerife ante las tribus y calmaría el ardor de éstas. Las tropas extranjeras serían entonces su principal defensa, y su preservación sería nuestra tarea y nuestra opción hasta el fin de la guerra, cuando, una vez derrotada Turquía, las potencias victoriosas podrían arrancar a Medina del sultán mediante un tratado, confiriéndosela a Hussein, junto con la soberanía del Heyaz, en recompensa por sus fieles servicios.

No compartía yo su radiante confianza en que seríamos lo bastante fuertes como para poder renunciar a la ayuda de aliados menores; así que le expresé brevemente que mis puntos de vista eran opuestos a los suyos. Y puse el mayor acento en la inmediata conquista de Medina, aconsejando entre tanto a Feisal la captura de Weyh, para prolongar su amenaza contra la vía férrea. En suma, el Movimiento Árabe en mi opinión no justificaba su creación si el

entusiasmo del mismo no conducía a los árabes hasta Damasco.

Era esto algo que él no podía aceptar, ya que el Tratado Sykes-Picot de 1916, entre Francia e Inglaterra, había sido ideado por Sykes contra tal eventualidad; y, para garantizarlo, estipulaba el establecimiento de Estados árabes independientes en Damasco, Aleppo y Mosul, distritos que, de otro modo, hubieran caído bajo el ilimitado control de Francia. Ni Sykes ni Picot habían creído que tal cosa fuera posible; pero yo sabía que lo era, y creía que, tras el vigor demostrado por el Movimiento Árabe, resultaría ya del todo imposible crear indebidos esquemas «coloniales» de explotación en el Asia Occidental.

Bremond se atrincheró en el terreno técnico, y me aseguró, por su honor de oficial de Estado Mayor, que para Feisal abandonar Yenbo y dirigirse a Weyh era un suicidio militar; pero no vi yo que los argumentos que displicentemente me ofreció tuvieran la menor fuerza; y así se lo dije. Se trataba de una curiosa entrevista, esta que tenía lugar entre un viejo soldado y un joven vestido con traje de fantasía, y me dejó con un mal sabor de boca. El coronel, como todos sus compatriotas, era un realista tanto en el amor como en la guerra. Incluso en las situaciones poéticas, los franceses siguen siendo incorregibles praicos que sólo ven mediante la luz directa de la razón y el entendimiento, y no con los ojos entrecerrados, brumosamente, a la luz del brillo esencial de las cosas, a la manera de los imaginativos británicos: de modo

que ambas razas trabajan mal cuando acometen juntas una gran empresa. No obstante, me contuve lo suficiente como para no contar a los árabes la conversación, enviando en cambio un completo informe al coronel Wilson, que en breve tenía que ir a entrevistarse con Feisal, para discutir el plan de Weyh en todos sus aspectos.

Antes de que Wilson pudiera llegar, el centro de gravedad de los turcos cambió de manera abrupta. Fajri Pachá había visto la inutilidad de un ataque sobre Yenbo, o de perseguir a los escurridizos yuheira en Jeif Hussein. Al tiempo, estaba sufriendo violentos bombardeos en su posición de Najl Mubarak, por parte de un par de hidroaviones británicos, que hacían arriesgados vuelos sobre el desierto y en dos ocasiones habían acertado de lleno al enemigo, a pesar de su fuego defensivo.

A consecuencia de todo ello, decidió replegarse a toda prisa sobre Bir Said, dejando en Najl Mubarak una pequeña fuerza que pudiera contener a los yuheina, y avanzar por la ruta Sultaní en dirección a Rabegh con el grueso de sus tropas. Tales cambios estaban sin duda provocados por el inusual vigor de los ataques de Alí en Rabegh. Tan pronto como Alí había sabido la derrota de Zeid, había enviado refuerzos y cañones; y cuando el mismo Feisal quedó colapsado, decidió avanzar hacia el norte con todo su ejército, para atacar a los turcos en Wadi Safra, y distraerlos de Yenbo. Alí contaba casi con siete mil hombres; y Feisal se dio cuenta de que si su avance coincidía con uno suyo, las

fuerzas de Fajri podían resultar aplastadas entre ambos en las colinas. Telegrafió, sugiriendo esto, y pidiendo un retraso de algunos días, hasta que sus hombres estuvieran listos.

Alí estaba ya en marcha y no quiso esperar. Feisal, entonces, despachó a toda prisa a Zeid hacia Masahali, en Wadi Yenbo, para hacer los preparativos. Cuando éstos hubieron concluido, mandó que Zeid ocupara Bir Seid, lo que éste culminó con éxito. Mandó entonces a los yuheim que fueran en su apoyo. Éstos se mostraron remisos; ya que Ibn Beidawi empezaba a estar celoso del poder creciente de Feisal sobre las tribus y quería hacerse el indispensable. Feisal marchó inesperadamente sobre Najl Mubarak, y convenció a los yuheina de que él era su líder. Ala mañana siguiente todos estaban en movimiento, mientras él se dirigía hacia el territorio de los harb del Norte, para conducirlos al paso de Tasha, donde pensaba interceptar la retirada de los turcos desde Wadi Safra. Llevaba consigo casi seis mil hombres; y si Alí conseguía tomar la ladera sur del valle, los débiles turcos se verían cogidos entre dos fuegos.

Desgraciadamente, esto no ocurrió. Cuando se hallaba ya en marcha supo por Alí que, tras recobrar pacíficamente Bir Ibn Hassani, sus hombres se habían visto conmovidos por falsas noticias sobre casos de defección entre los subh, y se habían retirado en desbandada hacia Rabegh.

Durante esta funesta pausa fue cuando el coronel Wilson llegó a Yenbo para persuadirnos de la

necesidad de una inmediata acción contra Weyh. Un nuevo plan había sido trazado según el cual Feisal tomaría consigo a todos los hombres disponibles de los yuheina, junto con sus batallones permanentes, y marcharía sobre Weyh con un máximo de apoyo naval. Las fuerzas de que disponía hacían razonablemente seguro el éxito, si bien ello dejaba totalmente desprotegida a Yenbo. Por el momento, Feisal temía incurrir en semejante riesgo. Indicó, de manera nada irrazonable, que los turcos situados en los contornos aún tenían bastante capacidad de maniobra, que las fuerzas de Alí se habían mostrado inoperantes, y poco adecuadas incluso para defender a Rabegh contra un ataque serio; y que, siendo como era Rabegh el baluarte defensivo de La Meca, antes que verlo perdido prefería dejar Yenbo y transportarse por mar hasta allí con todos sus hombres, para morir luchando en sus playas.

Para tranquilizarlo, Wilson pintó las fuerzas concentradas en Rabegh con vivos colores. Feisal quiso poner a prueba su sinceridad preguntándole si daría su palabra de que la guarnición de Rabegh, con apoyo naval británico, resistiría un ataque enemigo, mientras se atacaba la posición de Weyh. Wilson tendió su mirada en busca de ayuda sobre el silencioso puente del *Dufferin* (a bordo del cual tenía lugar la entrevista), y noblemente le dio las garantías requeridas: una sabia apuesta, ya que sin ello Feisal no se hubiera movido; y esta maniobra distractiva sobre Weyh, la única que el poder ofensivo de los árabes

permitía, era la última oportunidad, no tanto de asegurar un adecuado cerco de Medina, como de impedir la captura de La Meca por los turcos. Pocos días más tarde, el nuevo plan pudo afianzarse gracias a las órdenes directamente llegadas a Feisal de su padre, el jerife, de avanzar inmediatamente sobre Weyh, con todas las tropas disponibles.

Entre tanto, la situación de Rabegh iba empeorando. Las fuerzas enemigas concentradas en Wadi Safra y sobre la ruta Sultaní se estimaban en casi cinco mil hombres. Los harb del Norte les suplicaban la preservación de sus palmerales. Los harb del Sur, los de Hussein Mabeirig, claramente esperaban su avance para atacar a los jerifianos por la retaguardia. En una conferencia mantenida con Wilson, Bremond, Joyce, Ross y otros, la noche de Navidad en Rabegh, se decidió establecer una pequeña posición en la playa, cerca del aeropuerto, que resultara fácil de defender bajo la cobertura de la artillería naval, con los egipcios, el cuerpo aéreo y una compañía de infantes de Marina del Minerva, durante las pocas horas que fueran precisas para embarcar o destruir los depósitos. Los turcos iban avanzando poco a poco; y la plaza no estaba en condiciones de resistir a un bien dirigido batallón apoyado por artillería de campaña.

No obstante, Fajri era demasiado lento. No logró superar Bir el Sheik con fuerza alguna hasta casi finales de la primera semana de enero, y siete días más tarde aún no estaba en condiciones de atacar Joreiba, donde Alí tenía situadas avanzadillas de unos

pocos cientos de hombres. Las patrullas entraron en contacto; y cada día se esperaba el asalto, que sin embargo iba retrasándose día tras día.

En realidad, los turcos tenían que afrontar dificultades inesperadas. Sus acuartelamientos estaban sufriendo una fuerte tasa de bajas por enfermedad, y los animales se mostraban cada vez más debilitados: síntomas, ambos, de fatiga de combate y falta de una adecuada alimentación. La continua actividad de las tribus por la retaguardia martilleaba, por otro lado, de manera incesante sobre ellos. Los clanes podían a veces alejarse de la causa árabe, pero esto no los convertía en fiables seguidores de los turcos, que no dejaban de hallarse de continuo situados en territorio hostil. Las razzias tribales les causaron durante la primera quincena de enero unas pérdidas diarias de aproximadamente cuarenta camellos, y unos veinte hombres muertos o heridos, con las correspondientes pérdidas de equipos.

Estas razzias podían tener lugar entre las diez millas en dirección al mar a partir de Medina y las siguientes setenta millas por las colinas. Servían para ilustrar los obstáculos con que tenía que vérselas el semigermanizado Ejército turco, con todo su complejo equipamiento, cuando alejado de la vía férrea, y sin carreteras, intentaba avanzar por un país extremadamente abrupto y hostil. El desarrollo administrativo de la guerra científica lastraba su movilidad y destruía sus posibilidades de rápida respuesta; y las dificultades iban acumulándose en

progresión geométrica, más que aritmética, a cada nueva milla que sus mandos lo obligaban a alejarse de Medina, su mal fundada, insegura e incómoda base.

La situación era tan poco prometedora para los turcos que Fajri probablemente debió de sentirse casi contento cuando las siguientes y repentinas maniobras de Abdulla y Feisal, los últimos días de 1916, alteraron la concepción estratégica de la guerra del Heyaz, e hicieron que el cuerpo expedicionario que avanzaba sobre La Meca (después del 18 de enero de 1917) tuviera que dejar la ruta Sultaní, y los caminos de Fara y Gaha, y retirarse de Wadi Safra, para establecer una defensa pasiva de las trincheras situadas a la vista de los muros de Medina; una posición estática que duró hasta la firma del armisticio y que obligó a Turquía a rendir la Ciudad Santa y a su indefensa guarnición.

CAPÍTULO XXII

Feisal era persona de ardua y cumplida laboriosidad, que ponía todo su tesón en la realización de una tarea cuando había acordado llevarla a efecto. Había empeñado su palabra en marchar inmediatamente sobre Weyh; así que el día de Año Nuevo ambos nos sentamos a considerar lo que dicha acción podía significar para los turcos y para nosotros. En torno nuestro, y desperdigados a lo largo de millas y millas por todo Wadi Yenbo, en pequeños grupos acampados junto a los palmerales, o bajo los árboles más frondosos, y en todos los valles tributarios, dondequiera que hubiera un refugio contra el sol o la lluvia, o buena hierba para los camellos, había soldados de nuestro ejército. Los montañeses, hombres de infantería casi desnudos, habían disminuido mucho en número. La mayor parte de los seis mil soldados concentrados era gente valiosa y tenía montura. Sus fogones para el café podían divisarse desde lejos junto a las silla de montar, dispuestos en círculo en torno al fuego para servir de reclinatorio entre comidas a los hombres. La perfección física de los árabes permite que éstos se tiendan sobre

el suelo pedregoso como lagartos, amoldándose a sus rugosidades con abandono de cadáveres.

Estaban taciturnos pero confiados. Algunos, que llevaban sirviendo a Feisal ya seis meses o más, habían perdido ya aquella calurosa impaciencia que tanto me había llamado la atención en Hamra; aunque habían ganado en cambio en experiencia; y su capacidad para permanecer fieles al ideal era para nosotros más provechosa e importante que la furia del primer momento. Su patriotismo era ahora consciente; y su servicialidad aumentaba y se estabilizaba a medida que aumentaba la distancia que los separaba de sus hogares. La independencia de cada tribu en materia de mando se mantenía aún; pero habían logrado acostumbrarse a una cierta rutina de marchas y vida de campamento. Al acercarse el jerife formaban una deshilachada hilera, y todos a una hacían la inclinación y se llevaban el arma a los labios, que era el saludo oficial. No engrasaban sus rifles: decían que la menor mota de arena los obturaba; tampoco tenían aceite, y buena falta les hacía para cerrar las grietas que el viento abría en su piel; con todo, las armas aparecían bien cuidadas, y algunos de sus poseedores resultaban buenos tiradores.

Su actuación en masa no era excesivamente buena, dado que carecían de espíritu de cuerpo, así como de toda disciplina y confianza mutua. Cuanto menor era la unidad, mejor era su actuación. Un grupo de mil formaba una multitud totalmente ineficaz contra una compañía de turcos entrenados, pero tres o cuatro

árabes en sus respectivas colinas podían detener a una docena de turcos.

Napoleón hizo esta misma observación de los mamelucos. Nosotros nos hallábamos aún demasiado faltos de resuello para convertir en principios nuestras apresuradas prácticas, nuestras tácticas eran meras tentativas empíricas para salir del paso. Pero aprendíamos al mismo tiempo que 10 hacían nuestros hombres.

Después de la batalla de Najl Mubarak decidimos abandonar la táctica de agrupar tropas egipcias con irregulares. Embarcamos a los oficiales y soldados egipcios, después de traspasar todo su equipo a Rasim, el maestro armero de Feisal, y a Abdulla el Deleimi, su jefe de ametralladoras. Formaron éstos compañías árabes con elementos de la zona, reforzados con desertores sirios y mesopotámicos de instrucción turca. Maulud, el fiero ayuda de campo, me pidió cincuenta mulas, sobre las que montó a cincuenta de sus infantes, diciéndoles que eran la caballería. Era un ordenancista y un oficial de caballería nato, y mediante sus espartanos ejercicios los muy trajinados muleros acabaron convirtiéndose, a base de palos, en excelentes soldados, que obedecían al instante, y hasta eran capaces de realizar ataques en toda regla. Lo que era un prodigio en las filas árabes. Telegrafiamos pidiendo otras cincuenta mulas, para doblar la dotación de infantes de a caballo, dado el evidente valor de tan vigorosa unidad de reconocimiento.

Feisal sugirió llevar consigo, para el ataque a Weyh, a casi todos los yuheina, añadiendo a ellos los suficientes harn y billi, ateiba y ageyl, como para darle a la masa un carácter multitribal. Queríamos que esta marcha, que en cierto modo sería el acto final de la guerra en el norte del Heyaz, produjera un gran revuelo en toda la parte occidental de Arabia. Iba a ser la mayor operación que los árabes guardaran en su memoria; y había que devolver a sus casas a quienes la presenciaran con la sensación de que su mundo había cambiado en verdad, de modo que no hubiera ya más estúpidas defecciones y celos clánicos a nuestra espalda que pudieran seguir obstaculizando en el futuro nuestra lucha por querellas familiares.

No es que esperáramos una oposición inmediata. Nos molestamos en llevar con nosotros sobre Weyh a tan inmanejable turbamulta, en contra de toda eficiencia y de toda experiencia, precisamente porque no había prevista lucha ninguna. Teníamos incuestionables tantos de nuestra parte. En primer lugar, los turcos habían concentrado todas sus energías en atacar Rabegh, o más bien en ampliar su zona de ocupación con vistas a atacar Rabegh. Y les llevaría días trasladarse hacia el norte. Luego, los turcos eran estúpidos, y contábamos con que no tuvieran la menor noticia de nuestros movimientos, así como que no se creyeran la historia a la primera, no dándose cuenta hasta después de la oportunidad que habían desaprovechado. Si realizábamos, pues, la marcha en tres semanas, probablemente tomaríamos

Weyh por sorpresa. Finalmente, podíamos desarrollar las razzias esporádicas de los harb en operaciones planificadas, destinadas a capturar botín, si fuera posible, de modo que pudieran autoabastecerse; pero, sobre todo, con vistas a inmovilizar a un buen número de efectivos turcos en posiciones defensivas. Zeid se mostró dispuesto a trasladarse a Rabegh para organizar hostigamientos similares por la retaguardia turca. Le entregué cartas de presentación para el capitán del *Dufferin*, el guardacostas de Yenbo, con vistas a que le proporcionase una rápida travesía; ya que todos los que estábamos en conocimiento del plan de Weyh íbamos a participar de lleno en él.

Para adiestrarme en el estilo razzia, tomé conmigo un grupo de prueba de treinta y cinco mahamid, con los que salí de Najl Mubarak, el segundo día de 1917, en dirección al viejo pozo de mi primer viaje entre Rabegh y Yenbo. Al caer la noche desmontamos y dejamos nuestros camellos al cuidado de diez hombres, ante la eventualidad de que apareciera una patrulla turca. El resto empezamos a escalar el Dhifran: una penosa escalada, ya que las colinas estaban formadas por afilados estratos dispuestos en líneas oblicuas desde la cresta hasta la falda. Presentaban abundantes fracturas, pero muy pocos puntos de apoyo seguros, ya que la piedra estaba tan diminutamente resquebrajada que cualquier trozo podía quedársele a uno en las manos.

La cima del Dhifran estaba fría y cubierta de niebla, y allí dejamos pasar el tiempo hasta el alba. Nos

repartimos por las concavidades de las rocas, hasta que finalmente pudimos divisar los capirotes de las tiendas acampadas a trescientas yardas por debajo nuestro hacia la derecha, y detrás de un risco. No podíamos tener una plena visión del campamento, por lo que nos contentamos con disparar sobre los techos de las tiendas. Una multitud de turcos hizo su aparición y saltaron como gamos a las trincheras. Eran blancos, demasiado rápidos y seguramente no sufrieron muchos daños. En respuesta empezaron a abrir fuego en todas direcciones, haciendo un tremendo estrépito, como si quisieran avisar a la guarnición de Hamra que viniera en su ayuda. Los refuerzos podían llegar a cortarnos la retirada, así que gateamos lentamente marcha atrás hasta que pudimos echar a correr cuesta abajo por el primer desfiladero, por donde vinimos a caer sobre dos asustados turcos, con el uniforme desabrochado, y efectuando su ejercicio matinal. Estaban cubiertos de andrajos pero servirían de trofeo, y los llevamos con nosotros, resultándonos bastante útiles sus informes.

Feisal seguía mostrándose nervioso ante la idea de abandonar Yenbo, su hasta entonces inapreciable base, y el segundo puerto marítimo del Heyaz; y mientras dábamos vueltas a posibles formas de distraer a los turcos de su eventual intento de ocupación recordamos súbitamente el estacionamiento de Sidi Abdulla en Henakiyeh, donde disponía de unos cinco mil irregulares y unas cuantas ametralladoras, además del prestigio de su victorioso (aunque un tanto lento) asedio de Taif.

No dejaba de ser una vergüenza el tenerlo abandonado en medio del desierto. Y una primera idea fue la de hacerlo marchar sobre Jeibar, para amenazar el tramo de vía férrea situado al norte de Medina; pero Feisal mejoró ampliamente mi plan inicial al traer a colación Wadi Ais, el histórico valle de los manantiales y las aldeas datileras que se extendían sobre las inexpugnables colinas de los yuheina, desde Rudhwa hasta el valle de Hamdh por el este, en las cercanías de Hedia. Se hallaba esta posición a unos cien kilómetros al norte de Medina, constituyendo una directa amenaza a las comunicaciones férreas de Fajri con Damasco. Desde allí, Abdulla podía mantener su bloqueo de Medina por el este, contra las caravanas procedentes del Golfo Pérsico. Se hallaba además lo suficientemente cerca de Yenbo, de donde podía aprovisionarse de municiones y demás bastimentos.

La propuesta era claramente una inspiración y de inmediato enviamos a Raya el Juluwi a ponerse en contacto con Abdulla.

Tan seguros estábamos de que aceptaría el plan que urgimos a Feisal a que iniciara su avance hacia el norte, por Wadi Yenbo, en dirección a Weyh, sin esperar siquiera respuesta.

CAPÍTULO XXIII

Él se mostró de acuerdo, y emprendimos la marcha por la amplia y empinada ruta que por Wadi Messarih lleva a Owais, un grupo de pozos situados a unas veinte millas al norte de Yenbo. Las colinas aparecían hermosas aquel día. Las lluvias de diciembre habían sido abundantes, y el tibio sol que las sucediera había logrado engañar a la tierra, haciéndole creer que ya era primavera. De modo que una hierba rala había empezado a crecer por todas las hondonadas y lugares llanos. Las hierbas (separadas, rectas y muy delgadas) surgían de entre las piedras. Inclinándose desde la silla y mirando hacia el suelo apenas lograba uno distinguir color alguno sobre el pedregal, pero echando una mirada a lo lejos podía divisar una viva neblina de color verde pálido extendiéndose sobre la superficie rocosa de color azul plomizo y marrón rojizo. En los lugares donde el crecimiento herbáceo era más abundante, nuestros sufridos camellos hacían su agosto, pastando.

Se dio la señal de partida, pero sólo para nosotros y los ageyl. Las restantes unidades del ejército, con cada hombre firme al lado de su camello tumbado, se alineaban a uno y otro lado del camino, y, según Feisal

pasaba frente a ellos, lo saludaban en silencio. Este les respondía con tono jovial: «La paz sea con vosotros.» A lo que cada jeque le respondía con idéntica frase.

Cuando hubimos pasado frente a todos, montaron en sus camellos, a la voz de mando de sus jefes, de modo que las fuerzas que iban detrás nuestro fueron engrosándose y formando una hilera de camellos y hombres que serpenteaba por el estrecho desfiladero en dirección a la torrentera y que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Los saludos de Feisal habían sido los únicos sonidos audibles antes de alcanzar la cima de la pendiente que daba acceso al valle, el cual se abría ante nosotros en forma de una suave bajada hecha de pequeños guijarros y pedernales incrustados en un lecho de arena; pero, al llegar allí, Ibn Dajil, el arisco jeque de Russ, que había reclutado su contingente de ageyl dos años antes para ayudar a los turcos, y que lo había integrado intacto en las filas del jerife al proclamarse la rebelión, dispuso la comitiva en forma de una ancha columna de bien ordenadas filas, e hizo que los tambores empezaran a batir. Todos a un tiempo irrumpieron a toda voz en cantos en honor del emir Feisal y su familia.

La marcha se convirtió en algo bárbaro y espléndido. En cabeza marchaba Feisal vestido de blanco, con Sharraf a su derecha, vestido con un pañuelo rojo y túnica y capa teñidas de alheña; yo marchaba a su izquierda vestido de blanco y escarlata, y detrás nuestro tres banderas de color carmesí pálido

en seda y con mástiles de latón, tras de las cuales venían los tambores tocando una marcha, y a continuación la hirsuta masa de los doscientos camellos de la guardia de corps, tan estrechamente agrupados que apenas podían moverse, y con los hombres ataviados con ropa de todos los colores y los camellos con arreos casi tan abigarrados. Llenábamos el valle de extremo a extremo con tan brillante cabalgata.

Al llegar a la boca de Mesarih, un mensajero se acercó cabalgando con cartas para Feisal de Abd el Kader, desde Yenbo. Entre otras, había para mí una remitida desde el *Dufferin* tres días atrás, donde se me decía que no embarcarían a Zeid hasta haberme visto y sabido detalles de la situación de la zona. Se hallaba anclado en Sherm, una solitaria cañada a ocho millas de distancia, al norte del puerto, donde los oficiales podían jugar tranquilamente al criquet sin la plaga de moscas que infestaba Yenbo. Por supuesto, ellos mismos se aislaban de toda noticia al permanecer tan alejados: era éste un viejo punto de fricción entre nosotros. El bienintencionado comandante del barco carecía de la amplitud de miras de Boyle, el animoso político y constitucionalista revolucionario, así como del cerebro de Linberry, el comandante del *Hardinge*, que recogía los rumores costeros de todos los puertos donde recalaba, y se esforzaba por comprender por igual a todos los hombres de su buque.

Al parecer, lo mejor que podía hacer era dirigirme a toda prisa hacia el *Dufferin* para arreglar las cosas.

Zeid era un buen tipo, pero seguramente acabaría haciendo alguna pifia en sus forzadas vacaciones; y justo lo que necesitábamos ahora era tener la fiesta en paz. Feisal me adjudicó varios ageyl de escolta y salimos a toda velocidad hacia Yenbo; allí llegué en sólo tres horas, dejando a mitad de camino a mi enojada escolta (quienes dijeron que no tenían intención de cansar a sus camellos ni a sus posaderas por causa de mi impaciencia), por aquella ruta que cruzaba la planicie tan bien conocida ya por mí. El sol, que tan deliciosamente había estado luciendo sobre las colinas, al caer la tarde castigaba directamente mi cara con su blanca furia, teniendo yo que cubrirme con la mano a modo de escudo. Feisal me había entregado un camello de carreras (presente del emir del Neyd a su padre), el más hermoso y bronco animal que nunca haya montado. Tiempo más tarde, moriría de fatiga, sarna e inevitable descuido, camino de Akaba.

Las cosas, a mi llegada a Yenbo, no estaban como yo esperaba. Zeid había embarcado finalmente en el *Dufferin*, que había salido por la mañana rumbo a Rabegh. Así que me senté a echar cuentas de lo que necesitábamos en ayuda naval para la marcha sobre Weyh, y a idear medios de transporte. Feisal había prometido esperar en Owails hasta recibir noticias mías de que todo estaba a punto.

Lo primero que hube de hacer fue arreglar un conflicto entre el poder militar y el poder civil. Abd el Kader, el enérgico pero temperamental gobernador, había ido acumulando competencias según iba

creciendo en importancia nuestra base, hasta que Feisal decidió adjuntarle un comandante militar, Tewfik Bey, un sirio de Homs, a quien se confió la intendencia de armas. Desgraciadamente, no había un árbitro que definiera tal competencia. Aquella mañana se querellaron por unos cofres de armas que habían aparecido vacíos. Abd el Kader había cerrado los almacenes y se había ido a comer. Tewfik se desplazó al muelle con cuatro hombres, una ametralladora y un acotillo, y había forzado la puerta. Abd el Kader se montó en un bote y remó hasta el guardacostas británico —el minúsculo *Espiegle*— diciendo a su perplejo aunque amable capitán que llegaba para quedarse. Su criado le había llevado comida de tierra y había pasado la noche durmiendo en un catre de campaña sobre la cubierta de popa.

Quería yo apresurarme, así que empecé a deshacer el entuerto haciendo que Abd el Kader escribiera a Feisal sobre la decisión que había tomado, y haciendo que Tewfik me entregara el almacén. Acercamos el remolcador *Arethusa* a la goleta, para que Abd el Kader pudiera dirigir la carga de los disputados cofres desde el barco, y trasportamos a Tewfik hasta el *Espiegle* para una reconciliación temporal. Lo cual vino a sernos facilitado por una casualidad, ya que mientras Tewfik saludaba a la guardia de honor que se le había formado en la pasarela (ceremonia, no muy conforme a las reglas, pero sí muy política), su cara se iluminó mientras decía: «Este barco fue el que me capturó en Kurna», señalando el trofeo hecho con la placa de la

cañonera turca *Marmaris*, a la que el *Espiegle* había hundido en una acción en aguas del Tigris. Abd el Kader se mostró interesado por el relato de Tewfik, y aquí acabó la historia.

Sharraf llegó a Yenbo al día siguiente en condición de emir, enviado por Feisal. Era un individuo de gran fuerza, quizás el más capaz de todos los jerifes del ejército, pero falto de ambición: actuaba por sentido del deber, más que por el impulso. Era un hombre rico, y durante años había actuado como juez principal en el tribunal del jerife. Conocía y manejaba a los tribeños mejor que ningún otro, y ellos le temían porque era severo e imparcial, y su cara tenía un aire siniestro, con la pestaña izquierda caída (consecuencia de un viejo golpe), lo que le daba un aire de imbatible dureza. El cirujano del *Suva* le operó el ojo y reparó gran parte del daño, pero su cara siguió siendo un escudo contra cualquier debilidad o falta de respeto. Descubrí que era una persona con la que se podía colaborar, con las ideas muy claras, amable y prudente, dotado de una agradable sonrisa —su boca, entonces, se suavizaba, mientras sus ojos conservaban su terrible expresión— y una perpetua inclinación a actuar del modo más adecuado.

Ambos coincidimos en que el riesgo de la caída de Yenbo mientras atacábamos Weyh era grande, yen que sería una medida prudente vaciar los depósitos. Boyle me dio una oportunidad al señalarme que tanto el *Dufferin* como el *Hardinge* estaban disponibles para servir de transporte. Le respondí que, puesto que las

dificultades serían grandes, prefería el *Hardinge*. El capitán Warren, cuyo barco captó el mensaje, consideró ésta una medida superflua, pero apareció de todos modos con su barco dos días más tarde, mostrando la mejor disposición. Se trataba de un transporte de tropas indio, y su cubierta inferior para el alojamiento de tropas disponía de dos grandes plataformas cuadrangulares a nivel del agua. Linberry las abrió para permitirnos su uso, y cargamos en ellas ocho mil rifles, tres millones justos de municiones, miles de obuses, gran cantidad de arroz y harina, uniformes de recambio para todo el ejército, dos toneladas de explosivos de gran potencia y todo nuestro petróleo disponible. Era como echar cartas en un buzón. En un abrir y cerrar de ojos, el barco había cargado miles de toneladas de material.

Boyle llegó ansioso de noticias. Prometió cedernos por completo el *Hardinge* como barco-almacén, para desembarcar víveres y agua tantas veces como quisiéramos, y esto solucionó la mayor dificultad. La Marina estaba aún reuniendo buques. La mitad de la flota del Mar Rojo estaría presente. Se esperaba también al almirante y estaban embarcándose tropas de intervención en todos los barcos. Todo el mundo estaba pintando los blancos puentes de color kaki, o afilando las bayonetas o haciendo prácticas de tiro.

Yo esperaba, sin decirlo, que no tuvieran que entrar en acción. Feisal disponía de casi diez mil hombres, los suficientes para poder controlar por las armas todo el país billi, actuando sin demasiada dureza ni excesivo

ardor. Los billi lo sabían, y mostraban ahora profusamente su fidelidad hacia el jerife, convertidos por entero al nacionalismo árabe.

Era seguro que conseguiríamos tomar Weyh; el único temor era que parte de las huestes de Feisal murieran de hambre o de sed por el camino. Los suministros eran de mi incumbencia, o más bien de mi responsabilidad. No obstante, todo el país hasta Um Leyy, a mitad de camino, era territorio amistoso: nada trágico podía ocurrir, al menos hasta allí; por tanto enviamos recado a Feisal de que todo estaba a punto, y él por su parte dejó Owais el mismo día en que Abdulla contestó aceptando el plan de Ais y prometiendo un inmediato avance sobre esta plaza. Ese mismo día llegaron noticias que me aliviaron. Newcombe, el coronel de carrera que había sido destinado al Heyaz como jefe de nuestra misión militar, había llegado a Egipto, y con sus dos segundos, Coax y Vickery, se hallaba en camino hacia el Mar Rojo, para unirse a la expedición.

Boyle me llevó hasta Um Leyy en el *Suva*, y bajamos a tierra ambos para recabar noticias. El jeque nos dijo que Feisal llegaría aquel mismo día a Bir el Waheidi, el lugar de suministro de agua situado cuatro millas tierra adentro. Le enviamos allí un mensajero y nos trasladamos a pie hasta el fuerte que Boyle había cañoneado pocos meses antes desde el *Fox*. Era un simple reducto de cascotes, y Boyle, al contemplar las ruinas dijo: «Me siento más bien avergonzado de haber aplastado un bastión tan cochambroso.» Era todo un

militar profesional, siempre alerta, y activo; a veces un tanto intolerante frente a la facilonería y frente a la gente. Los tipos pelirrojos raramente son pacientes. «Ginger Boyle»[18] como lo llamaban, era un tipo cálido.

Mientras nos hallábamos contemplando las ruinas cuatro andrajosos ancianos de la aldea vinieron a pedirnos venia para hablar. Dijeron que algunos meses antes un sorpresivo barco de dos chimeneas había venido y destruido su fuerte. Ahora se exigía de ellos que lo reconstruyeran para el Gobierno árabe. ¿Podían quizá pedir al generoso capitán del pacífico buque de una sola chimenea que les proporcionara un poco de madera, o cualquier otro material que pudiera ayudarles en la reconstrucción? Boyle empezó a mostrarse intranquilo ante su largo parlamento. «¿Pero qué pasa? ¿Qué es lo que quieren?» Yo le dije: «Nada; estaban describiendo los terribles efectos del bombardeo del *Fox*.» Boyle echó una mirada en derredor y sonrió con sorna: «Está hecho un desastre.»

Al día siguiente llegó Vickery. Era artillero, y en sus diez años de permanencia en Sudán había aprendido árabe, tanto literario como coloquial, tan bien como para evitarnos tener que echar mano de un intérprete. Lo dispusimos todo para ir con Boyle hasta el campamento de Feisal a establecer un programa para el ataque, y terminado el almuerzo, árabes e ingleses por igual se pusieron manos a la obra, discutiendo el trayecto que aún faltaba hasta Weyh.

---

[18] Jengibre Boyle. *(N. del T)*

Decidimos dividir al ejército en dos secciones, y que ambas avanzaran por separado hasta nuestro punto de reunión de Abu Zereibat en Hamdh, después del cual no se encontraba ya agua hasta llegar a Weyh; si bien Boyle se mostró de acuerdo en que el *Hardinge* podría hacer un alto en Sherm Habban —suponiendo que fuera posible fondear allí— y desembarcar veinte toneladas de agua para nosotros en la playa. Así quedó acordado.

Para el ataque a Weyh ofrecimos a Boyle una fuerza de desembarco árabe de varios cientos de campesinos y libertos harb y yuheina, bajo las órdenes de Saleh ibn Shefia, un valeroso muchacho negroide (dotado de una gran capacidad para mostrarse amistoso), que mantenía un aceptable orden entre sus hombres por medio de conjuros y complicidades, sin importarle nunca demasiado cuán ultrajada pudiera resultar su propia dignidad por ellos o por nosotros. Boyle los aceptó y decidió alojarlos en otra de las cubiertas del *Hardinge*. Este grupo, junto con la fuerza naval, desembarcaría al norte de la ciudad, donde los turcos no tenían establecida ninguna posición que pudiera impedir el desembarco, y desde donde Weyh y su puerto podían ser rodeados del mejor modo posible.

Boyle dispondría de seis barcos como mínimo, con cincuenta cañones en total, con los que tendría ocupados a los turcos, al mismo tiempo que un hidroavión para dirigir la artillería. Tendríamos que haber llegado a Abu Zereibat el día veinte, a Habban, para el agua del *Hardinge*, el veintidós; y el grupo de

desembarco tendría que estar en la orilla en la madrugada del veintitrés, fecha para la que nuestra caballería tendría que tener cerradas todas las vías de salida de la ciudad.

Las noticias que llegaban de Weyh eran buenas; y los turcos no habían hecho el menor intento de aprovecharse del desamparo de Yenbo. Ése era el riesgo, y cuando la radio de Boyle nos tranquilizó al respecto, todos nos sentimos altamente reconfortados. Abdulla había casi alcanzado ya Ais; nos hallábamos a mitad de camino de Weyh: la iniciativa había pasado a manos de los árabes. Me sentía tan contento que por un momento llegué a perder mi autocontrol, y exclamé exultante que en menos de un año estaríamos llamando a las puertas de Damasco. Un viento helado recorrió la tienda y mis exultantes esperanzas fenecieron en el acto. Posteriormente, pude enterarme de que Vickery había hablado con Boyle, y condenado vehementemente mi comportamiento visionario y jactancioso; pero, aunque mi estallido de júbilo fuera locura, no era un sueño imposible, ya que cinco meses más tarde efectivamente me hallaba en Damasco, y un año después era el gobernador *de facto*.

Vickery me había decepcionado, y yo lo había hecho enfadar. El sabía de mi incompetencia militar y me consideraba políticamente un absurdo. Yo sabía que él era el soldado de carrera que nuestra causa necesitaba, y al mismo tiempo me parecía que no veía la fuerza que había en ella. Los árabes estuvieron a punto de naufragar por causa de esta ceguera de los

consejeros europeos, que no lograban captar que una rebelión no era igual que una guerra: en verdad, se parecía más ala paz, quizás a una huelga general. La conjunción de grupos semitas, una idea y un profeta armado conformaban un ilimitado cúmulo de posibilidades; bajo la dirección adecuada, hubiera sido, no Damasco, sino Constantinopla lo que se alcanzara en 1918.

CAPÍTULO XXIV

Al día siguiente bien de mañana, viendo que el *Hardinge* estaba descargando sin problemas, me dirigí hacia la playa, donde encontré al jeque Yusuf ayudando a sus policías bisha, a los asustados aldeanos y a un escuadrón de hombres del viejo Maulud a levantar a toda prisa una barricada al final de la calle principal. Me contó que cincuenta mulas salvajes, sin bocado, ni riendas, ni silla, habían sido soltadas aquella misma mañana desde un barco. Por suerte, más que por habilidad, se las había logrado azuzar hacia la plaza del mercado; las salidas se hallaban ahora cerradas, allí debían quedar encerradas, pateando los tenderetes, hasta que Maulud, a quien iban dirigidas, improvisara unos arneses para atarlas. Era éste el segundo envío de mulas que se hacía para la unidad montada, y merced al miedo que habíamos pasado en Yenbo, habíamos guardado afortunadamente cuerdas y cabos suficientes a bordo del *Hardinge*. De modo que a mediodía las tiendas habían podido abrir de nuevo, y los daños estaban reparados.

Me trasladé al campamento de Feisal, que se hallaba en plena efervescencia. Algunas de las tribus estaban retirando las pagas de un mes; todos en general recogían raciones para ocho días; se estaban empaquetando las tiendas y los bagajes más pesados; y se hacían los últimos preparativos para la marcha. Me senté a escuchar el charloteo del Estado Mayor: Faiz el Ghusein, jeque beduino, oficial turco, cronista de las masacres armenias y secretario en ese momento, Nessib el Bekri, terrateniente damasceno, y anfitrión de Feisal en Siria, exiliado ahora de su país y con una pena de muerte pesando sobre su cabeza; Sami, hermano de Nessib, graduado en derecho, y asistente en este momento del pagador; Shefik el Eyr, ex periodista, y ayudante ahora del secretario, un hombrecito de blanco rostro, de ademanes furtivos, voz susurrante, honesto en su patriotismo, pero perverso en la vida diaria, y un desagradable colega.

Hassan Sharaf, médico del cuartel general, un noble individuo que no sólo había puesto su vida sino también su bolsa al servicio de la causa árabe, se quejaba amargamente de ver sus redomas aplastadas y sus drogas mezcladas en el fondo de su arcón. Shefik, burlándose de él, le dijo: «¿Acaso esperas que una rebelión sea confortable?», y el contraste con la lívida miseria de la situación nos dejó encantados a todos. En medio de las penalidades, el humor de lo vulgar conseguía cargarse de ingenio.

Con Feisal, al anochecer, discutimos las marchas que teníamos por delante. La primera jornada era corta:

hasta Semna, donde había palmeras y pozos abundantes. Luego había que hacer una elección de caminos, de acuerdo con las noticias de depósitos de agua de lluvia que vinieran a traernos los exploradores. El camino que seguía paralelo a la costa suponía sesenta millas resecas sin un solo pozo. Y nuestra multitud de hombres de a pie podría encontrar aquello largo en exceso.

El ejército reunido en Bir el Waheida ascendía a cinco mil hombres de a camello, cinco mil trescientos de a pie, con cuatro baterías Krupp de montaña y diez ametralladoras; para el transporte disponíamos de trescientos ochenta camellos de carga. Todos los elementos se habían reducido al mínimo, muy por debajo del rasero turco. Nuestra partida estaba prevista para el dieciocho de enero, justo después del mediodía, y puntualmente a la hora del almuerzo todo el trabajo de Feisal estaba concluido. Formábamos una alegre partida: Feisal mismo, distendido una vez cumplidos sus deberes, Abd el Kerim, que nunca estaba serio en exceso, el jerife Yabar, Nasib y Sami, Shefik, Hassan Sharaf y yo. Terminada la comida, se abatió la tienda. Nos dirigimos a donde estaban nuestros camellos, acostados en círculo, los ensillamos y cargamos, mientras un esclavo sujetaba a cada uno de ellos, colocado de pie sobre sus dobladas patas delanteras. El tambor, que aguardaba firme junto a Ibn Dajil, bajo cuyo mando estaba la guardia de corps, batió los timbales siete u ocho veces, y todo se detuvo. Nos quedamos mirando a Feisal. Este salió de su alfombra,

sobre la que había estado dando las últimas órdenes a Abd el Kerim, echó las manos sobre la perilla de su silla, colocó una de sus rodillas y dijo en voz alta: «Que Dios esté con nosotros.» El esclavo soltó el camello, que de un salto se levantó. Cuando estuvo bien afianzado sobre sus patas, Feisal pasó la otra pierna sobre la grupa del animal, apartó su túnica y su capa con un solo ademán y se afirmó en la silla.

Para cuando su camello comenzó a andar, ya habíamos nosotros subido a los nuestros, y toda la multitud se alzó al mismo tiempo, entre berridos de algunas de las bestias, aunque la mayor parte de ellas se mostraban tranquilas, como deben ser las camellas bien domadas. Sólo los animales jóvenes, o los machos malcriados, gruñen mientras van de camino, y ningún beduino que se respete montará uno de ellos, ya que el ruido podría delatarlo tanto de noche como en los ataques por sorpresa. Los camellos dieron sus primeros y abruptos pasos, y pronto los jinetes tuvimos que cruzar nuestras piernas sobre el arzón, y echar mano de las bridas para controlar el paso. Miramos entonces dónde se hallaba ya Feisal, y barajamos suavemente en redondo a nuestras monturas, presionando sobre su cuello con nuestros pies desnudos, hasta ponernos parejos con él. Ibn Dajil se acercó, y tras echar una mirada sobre el terreno y sobre el discurrir de la marcha, dio una corta orden a los ageyl para que se dividieran en alas, desplegándose doscientas o trescientas yardas a cada lado, marchando los camellos alineados uno con otro

en la medida en que los accidentes del terreno lo permitieran. La maniobra se realizó con toda limpieza.

Estos ageyl eran todos gente de ciudad, jóvenes de Aneyza, Boreida o Russ, que habíanse enganchado por dos años en el cuerpo regular de camelleros. Eran individuos de entre dieciséis y veinticinco años, hermosos tipos, de grandes ojos, joviales, bastante educados, de amplias miras, inteligentes y buenos compañeros de ruta. Raro era encontrar entre ellos pelmazos. Incluso en reposo (cuando la mayor parte de las caras orientales se vaciaban de vida) estos muchachos conservaban su hermosa apariencia y su agudeza. Hablaban un árabe elástico y delicado, y se mostraban rebuscados, y hasta afectados, en el vestir. El carácter dócil y razonable de sus mentes urbanas los hacía cuidar de sí mismos y de sus jefes sin tener que recibir reiteradas órdenes. Sus padres eran tratantes de camellos, y ellos venían practicando dicha trata desde la infancia; de ahí que su vagabundeo fuera algo instintivo, al igual que en los beduinos; al tiempo que su natural suave y decadente los hacía maleables, y les permitía llevar con facilidad las penalidades y asperezas que en Oriente constituían la prueba externa de la disciplina. Eran gentes esencialmente sumisas; y no obstante tenían naturaleza de soldados, y luchaban con cerebro y valor cuando se les sabía manejar.

No formando parte de ninguna tribu, carecían de enemigos de sangre, y recorrían libremente el desierto; el transporte mercantil y de grano de las regiones interiores estaba en sus manos. Las ganancias que el

desierto permitía no eran grandes, pero eran suficientes para sacarlos de sus casas, dado que las condiciones de su vida cotidiana no eran muy agradables. Los wahabíes, seguidores de una fanática herejía musulmana, habían logrado imponer sus rígidas normas a la dúctil y civilizada Kasim. En Kasim no había sino poca hospitalidad y mucha oración y ayuno, sin que fuera posible encontrar tabaco, ni espectáculos con mujeres, ropa de seda u ornamentos y ceñidores de cabeza de oro o plata. Todo era forzosamente piadoso y forzadamente puritano.

Se trataba de un fenómeno natural, éste de la periódica aparición a intervalos de poco más de un siglo de credos ascéticos en la Arabia central. Los devotos siempre acababan encontrando que las creencias de sus vecinos estaban llenas de adherencias inesenciales, que acababan adoptando la forma de impiedades en las calenturientas cabezas de sus predicadores. Una y otra vez se alzaban esas creencias para tomar posesión de los cuerpos y almas de las tribus, y se estrellaban estrepitosamente contra la resistencia de los semitas urbanos, de los mercaderes y concupiscentes hombres de mundo. En torno a sus cómodas posesiones, los nuevos credos resbalaban y oleaban como mareas cambiantes según las estaciones, llevando cada movimiento en sí mismo la semilla de su propia muerte en su exceso de santidad. Y sin duda esas oleadas seguirán repitiéndose mientras las causas, el sol, la luna y el viento actuando en el vacío de los espacios abiertos,

sigan pesando sin cortapisas sobre los cansinos y despojados intelectos de las gentes del desierto.

No obstante, aquella tarde los ageyl no pensaban precisamente en Dios, sino en nosotros, y según Ibn Dajil iba distribuyéndonos a izquierda y derecha, ellos se esforzaban por guardar la formación. Unos redobles de aviso surgieron del tambor y el poeta del ala derecha irrumpió en una estridente canción, un solo pareado de su invención, acerca de Feisal y los placeres que nos proporcionaría en Weyh. El ala derecha escuchó la canción conteniendo la respiración, la aprendió y la cantó a coro una vez, dos veces, tres veces, con orgullo, autosatisfacción y burla. No obstante, antes de que pudieran blandirla por cuarta vez, el poeta del ala izquierda irrumpió en una inesperada réplica, con el mismo metro y rima de respuesta, y cargada de sentimiento. Todo el ala izquierda lo vitoreó con un triunfal rugido, y los tambores redoblaron de nuevo, mientras los portaestandartes desplegaban sus banderas carmesí, y toda la guardia, a izquierda, derecha y centro, arrancaban a cantar el coro del Regimiento: «He perdido Bretaña, he perdido la Galia, / He perdido Roma, y, lo que es peor, / He perdido Lalaga...»

Sólo que era el Heyaz lo que habían perdido, así como a las mujeres de Maabda, y su futuro se jugaba entre Yidda y Suez. Era, con todo, una buena canción, llena de un ritmo que encantaba a los camellos, de modo que éstos bajaban sus cabezas, estiraban el cuello hacia delante y con paso cada vez más largo se

disparaban hacia delante con aire meditativo, mientras duraba el canto.

Nuestra ruta de aquel día era suave para las bestias, ya que estaba formada por firmes pendientes arenosas y alargadas dunas de escasa altura, desprovistas de vegetación, salvo algunos arbustos en los pliegues, o estériles y solitarias palmeras en las depresiones húmedas. Más adelante, y al llegar a una amplia planicie, dos jinetes se acercaron galopando desde la izquierda, para saludar a Feisal. Reconocí al primero de ellos, el viejo, sucio y legañoso Mohamed Alí el Beidawi, emir de los yuheina; el segundo, en cambio, tenía un aire extraño. Al verlo más de cerca, percibí que llevaba un uniforme kaki, cubierto con una capa, y con un pañuelo de seda y el correspondiente ceñidor muy ladeado. Alzó la cara y pude reconocer la roja y pelada cara de Newcombe, con los ojos doloridos y la boca vehemente, y una bien marcada y jocosa sonrisa irónica en los labios. Había llegado a Um Leyy aquella mañana, y habiendo sabido que nos acercábamos, había montado el más veloz caballo del jeque Yusuf y había salido a nuestro encuentro.

Le ofrecí mi camello libre y lo presenté a Feisal, a quien saludó como a un viejo amigo del colegio, lanzándose de inmediato a tratar de todo tipo de cosas, discutiendo, sugiriendo, y planeando, con la velocidad de un rayo. La velocidad inicial de Newcombe era enorme, y el frescor del día, así como la vida y la placidez del ejército, sirvieron para inspirarnos mientras

marchábamos, como si el futuro fluyera ante nosotros burbujeante y sin esfuerzo.

Dejamos atrás Ghowashia, un desperdigado palmeral, y penetramos con facilidad en la llanura de lava, cuya rugosidad estaba lo bastante cubierta de arena como para suavizarla, si bien no tanto como para hacerla del todo lisa. La cima de los apilamientos más elevados de lava sobresalía de entre la arena. Una hora más tarde vinimos a parar a una cresta que se alzaba como una pendiente de arena, tan abrupta, cortante y recta como para ser considerada como un acantilado de arena, y que daba sobre un espléndido y ancho valle cubierto de cantos rodados. Era Semna, y nuestro camino descendía por el escalón arenoso, a través de terrazas cubiertas de palmeras.

El viento había venido acompañando nuestra marcha, y era quieto y cálido al pie del valle situado a sotavento del gran bancal de arena. Allí estaba nuestra agua, y allí íbamos a hacer alto hasta que los exploradores volvieran de buscar los depósitos de agua de lluvia que teníamos por delante; eso era lo que Abd el Kerim, nuestro jefe de marcha, había aconsejado. Recorrimos cuatrocientas yardas valle arriba, hasta situarnos en la pendiente más lejana, donde pudiéramos estar a salvo de las inundaciones, y donde Feisal palmeó suavemente a su camella en el cuello, hasta que ésta se abatió sobre sus rodillas, con un crujido de cantos desplazados, y se acomodó del todo. Heyris extendió la alfombra para nosotros, y junto con

los restantes jerifes tomamos asiento y bromeamos hasta que el café estuvo listo.

Yo defendí contra Feisal la grandeza de Ibrahim Pachá, el jefe de los kurdos Milli del norte de Mesopotamia. Cuando tenía que salir de marcha, sus mujeres se levantaban antes del alba, y caminando de puntillas por la parte exterior de la tienda, desclavaban los tensores de la misma, mientras otras desde dentro quitaban los postes, hasta que quedaba abatida y cargada en los camellos. Luego, iniciaban la marcha, de modo que el pachá se despertaba a solas sobre su jergón al aire libre, cuando se había echado a dormir la noche antes en el interior de la rica cámara de su tienda-palacio.

Se levantaba pausadamente y bebía café sobre su alfombra; luego le traían sus caballos, y cabalgaba en ellos hasta el emplazamiento de su nuevo campamento. Pero si durante el camino sentía sed chascaba los dedos, y uno de los sirvientes que marchaba a su lado, con los pucheros listos y el brasero encendido sobre un soporte de cobre instalado en la silla, le servía una taza de café sin tener que detener la marcha; y al caer la noche se encontraba con sus mujeres, que le habían preparado de nuevo la tienda, tal como había estado la noche anterior.

Aquel día el tiempo estaba gris, cosa tan extraña después de tanto sol que Newcombe y yo echamos a andar y nos inclinamos intentando averiguar adónde habían ido a parar nuestras sombras, al tiempo que hablábamos de mis esperanzas y de sus deseos. Eran

ambas cosas una y la misma, de modo que tuvimos tiempo de contemplar Semna y sus hermosos y bien cuidados palmerales, rodeados de setos de espinos secos, con chozas de caña y ramas de palma desperdigadas acá y allá, para servir de refugio a sus propietarios y sus familias en la época de la fertilización y durante la cosecha. En los huertos más cercanos al fondo del lecho del valle estaban los poco profundos y encajonados pozos, cuya agua, se decía, era bastante dulce y nunca se agotaba; pero manaba con tanta escasez que tomó toda la noche poder abrevar a todos los camellos.

Feisal escribió desde Semna cartas a los veintinueve líderes de los billi, los howeitat y los beni Atiyeh, diciéndoles que dentro de muy poco estaría en Weyh y que ellos debían actuar en consecuencia. Mohamed Alí se preocupó de ponerlo todo en movimiento, y puesto que la mayor parte de los hombres eran de su tribu, resultó de gran utilidad para distribuir los destacamentos y señalarles las rutas que debían seguir al día siguiente. Nuestros batidores acuíferos habían vuelto, para informar de la existencia de dos albercas poco profundas en dos puntos bastante espaciados entre sí de la ruta costera. Tras informarnos de ellos con detalle, decidimos enviar a cuatro secciones por aquella ruta, y a las otras cinco por la ruta de las colinas: de este modo, pensábamos, llegaríamos más pronto y mejor a Abu Zereibat.

El itinerario no fue fácil de decidir, con la pobre ayuda que nos prestaban los musa yuheina, nuestros

informantes. Parecían no disponer de unidades de tiempo inferiores a medio día o de distancia que estuvieran entre el palmo y la tirada, y ésta podía ir de seis a dieciséis horas, según la voluntad del hombre y la resistencia del camello. La interconexión entre sus unidades se veía dificultada por el hecho de que a menudo no había nadie que supiera leer o escribir, e incluso ninguna de las dos cosas. Los retrasos, la confusión y el hambre lastraban la expedición. Lo que podría haberse evitado de haber dispuesto de tiempo suficiente. Los animales pasaron sin comer casi tres días, y los hombres hicieron las últimas cincuenta millas con sólo medio galón de agua, y nada que comer. Lo que, sin embargo, no hizo decaer lo más mínimo sus ánimos; marchaban camino de Weyh trotando animosamente, cantando desafinadamente y ejecutando ataques simulados, si bien Feisal afirmó que medio día más con aquel calor y aquella sed hubieran acabado a la vez con su marcha y su energía.

Concluida la jornada, Newcombe y yo fuimos a dormir a la tienda que Feisal había puesto a nuestra disposición como favor especial. Las condiciones de transporte eran tan duras y tan cruciales para nosotros que nos enorgullecíamos en comportarnos como los demás hombres, que no podían permitirse transportar cosas superfluas, y nunca antes había yo tenido una tienda de mi propiedad. La plantamos en el borde mismo de una escarpadura al pie de las colinas; una escarpadura no más ancha que la tienda misma y de forma redondeada, de modo que la pendiente

empezaba allí mismo donde estaban clavados los vientos de la puerta. Allí encontramos sentado y esperándonos a Abd el Kerim, el joven jerife Beidawi, tapado hasta los ojos con su pañuelo y su capa, pues la noche era fría y amenazaba lluvia. Había venido a pedirnos una mula, ensillada y embridada. La lucida apariencia de Maulud y su compañía, con sus pantalones de montar y sus polainas, así como sus nuevos animales del mercado de Um Leyy, habían inflamado su deseo.

Yo jugué con sus ansias, y me lo quité de encima, diciéndole que tendría que pedírmelo una vez que hubiéramos podido concluir felizmente lo de Weyh; y con esto se quedó contento. Nos moríamos de sueño, y finalmente parecía que iba a irse, cuando echó casualmente la vista sobre el valle y vio los fuegos de los grupos dispersos que titilaban a nuestros pies. Me llamó para que lo viera, y echándome el brazo sobre el hombro me dijo con cierta tristeza: «Ya no somos árabes, sino un pueblo.»

Me sentía también a medias orgulloso, ya que la marcha sobre Weyh era el mayor esfuerzo que hasta entonces habían realizado; la primera vez que los hombres de una tribu, con sus bestias de carga, sus armas y comida para doscientas millas, dejaban su región y marchaban sobre otro territorio, sin esperanzas de botín ni ánimo de venganza. Abd el Kerim se sentía contento de que su tribu diera muestras de tan nuevo espíritu de servicio, pero también lo sentía, ya que para él la alegría de la vida

estaba en un camello rápido, en disponer de las mejores armas y en realizar breves y rápidas razzias contra el ganado de sus enemigos, y el éxito gradual de la ambición de Feisal empezaba a hacer tales alegrías cada vez más difíciles para la gente responsable.

CAPÍTULO XXV

Llovió pertinazmente durante toda la mañana; y nos pusimos contentos de ver que podíamos disponer de más agua, y nos sentimos tan cómodos dentro de las tiendas que retrasamos la salida de Semna hasta que el sol empezó a lucir de nuevo después del mediodía. Empezamos a marchar entonces en dirección oeste por el valle alumbrados por el nuevo sol. Venían inmediatamente detrás nuestro los ageyl. Tras ellos, Abd el Kerim al frente de sus gufa, en número de unos setecientos montados, y mayor número de ellos a pie. Iban vestidos de blanco, tocados con grandes pañuelos listados en rojo y negro, y portando hojas de palma verdes a modo de banderas.

A continuación cabalgaba el jerife Mohamed Ali abu Sharrain, un viejo patriarca de rizada barba gris y un porte muy erguido. Sus trescientos jinetes eran ashraf, del tronco aiaishi (yuheina), pretendidos jerifes, pero considerados como simples gentes del montón, por no disponer de genealogías escritas. Llevaban túnicas de color rojo tostado, teñidas de alheña, con capas blancas sobre ellas, y portaban espada. Cada uno de ellos llevaba un esclavo en la grupa, armado con un

rifle y una daga para ayudarlo en la lucha, para vigilar su camello y ayudarlo a cocinar durante el viaje. Los esclavos, como dignos siervos de tan pobres amos, iban mal vestidos. Sus fuertes y negras piernas se aferraban como garfios a los lanudos costados de los camellos, para amortiguar los inevitables botes de sus huesudas perchas, al tiempo que habían anudado los andrajos de sus camisas para hacerse una especie de correa con la que, atados por la cintura, evitaban caerse de los camellos o cansarse en el trayecto. El agua de Semna era purgativa, y la boñiga de nuestros animales se escurría como un puré verde por sus ancas traseras.

Detrás de los ashraf venía el estandarte carmesí de nuestro último destacamento tribal, los rifas, bajo el mando de Owdi ibn Zuwein, el viejo pirata marrullero, que había asaltado la Misión Stotzingen y arrojado al mar en Yenbo su radio y sus sirvientes indios. Los tiburones, presumiblemente, habían despreciado la radio, pero nosotros habíamos pasado interminables horas dragando el puerto para encontrarla. Owi llevaba aún un largo y rico sobretodo de oficial alemán, ribeteado en piel, que no resultaba muy adecuado para el clima, pero que, como él mismo decía, era un magnífico trofeo. Disponía de aproximadamente unos mil hombres, tres cuartos de los cuales iban a pie, y a continuación de él marchaba Rasim, el comandante artillero, con sus cuatro viejos cañones Krupp, cargados sobre mulas, tal como los había recibido del ejército egipcio.

Rasim era un sardónico damasceno que recibía con carcajadas cualquier crisis y que movía apesadumbrado la cabeza cada vez que las cosas iban bien. Aquel día se escuchaban temibles murmuraciones, ya que a su lado cabalgaba Abdulla el Deleimi, encargado de las ametralladoras, un oficial rápido, inteligente y superficial, pero atractivo, muy embebido de su profesionalidad, y cuya mayor alegría era envenenar algún encono en Rasim, hasta que éste estallaba en insultos contra Feisal o contra mí. Aquel día lo ayudé al comentar sonriendo a Rasim que íbamos escalonado la marcha a intervalos de un cuarto de día por subtribu. Rasim echó una mirada sobre la extensión del monte bajo recién bañado por la lluvia, y cubierto de gotas que brillaban bajo la luz del sol poniente, y vio también la salvaje multitud de beduinos que corrían de un lado para otro, persiguiendo pájaros, conejos, lagartos gigantes y jerbos, o que se perseguían entre sí, y dijo con amargura que también él acabaría convirtiéndose en una subtribu, y se retrasaría medio día de la marcha, a un lado o a otro, para librarse de las moscas.

Sin pensárselo dos veces, un hombre de la tropa había herido a una liebre desde la silla, pero debido al riesgo de los tiros indiscriminados, Feisal se había visto obligado a prohibirlos, y las que posteriormente se metieron entre las patas de nuestros camellos tuvimos que perseguirlas a palos. Nos partíamos de risa al contemplar la conmoción que recorría nuestras filas: gritos, camellos que coceaban violentamente, sus

jinetes que saltaban de ellos y se lanzaban salvajemente a cazar a palos las piezas o a recogerlas. Feisal se sentía contento de ver a su ejército tan bien aprovisionado de carne, aunque disgustado también por el desvergonzado apetito que los yuheina sentían por los lagartos y los jerbos.

Penetramos en una llanura arenosa, cubierta de árboles de espino, frondosos y de gran tamaño, hasta venir a dar a una playa, donde torcimos en dirección norte por una ancha y bien apisonada pista, que era la ruta egipcia de los peregrinos. Empezó a llover a unas cincuenta yardas de la orilla, y pudimos marchar cantando en formación de cincuenta en fondo. Una vieja colada de lava medio enterrada en la arena avanzaba hacia la costa a lo largo de cuatro o cinco millas, formando un promontorio. La ruta cruzaba por encima de él, aunque antes de llegar tuvimos que atravesar una llanura fangosa, sobre cuyas charcas ardían las últimas luces del ocaso. Era ésta la señal para nuestra esperada parada, y Feisal dio orden de hacer alto. Saltamos de los camellos y estiramos los miembros, sentándonos o poniéndonos a pasear un rato antes de la cena junto al mar, mientras unos cuantos cientos se bañaban, formando una muchedumbre chapoteante y gritona, de gentes de todos los colores de la tierra desnudos como peces.

Nos aguardaba una buena cena, ya que los yuheina habían cazado aquella tarde una gacela para Feisal. Encontramos la carne de gacela mejor que ninguna otra del desierto, debido a que este animal, a pesar de

lo baldío de la tierra y lo reseco de las charcas de agua, parece disponer siempre de una carne tierna y jugosa.

La cena constituyó el éxito esperado. Nos retiramos temprano, sintiéndonos ahítos; pero, no bien Newcombe y yo nos habíamos tumbado en nuestra tienda, nos vimos sorprendidos por una oleada de excitación que recorría las tropas; camellos en desbandada, tiros y gritos. Un esclavo casi sin resuello asomó la cabeza por la puerta, gritando: «¡Noticia, noticia! ¡El jerife Bey ha sido capturado!» Me levanté de un salto y corrí a través de la muchedumbre agolpada hasta la tienda de Feisal, que estaba ya asediado por amigos y sirvientes. Con Feisal se hallaba sentado, portentosa y antinaturalmente tranquilo en medio de la algarabía, Raya, el tribeño que había tomado a Abdulla juramento de avanzar sobre Wadi Ais. Feisal se hallaba radiante, sus ojos desbordaban de alegría, cuando levantándose me gritó por encima del vocerío: «¡Abdulla ha capturado a Eshref Bey!» Entonces me di cuenta de lo grande y bueno que era el acontecimiento.

Eshref era un conocido aventurero de las más bajas capas de la política turca. En su juventud, había sido un simple bandido, por los alrededores de su hogar natal, en Esmirna, aunque con el tiempo acabó convirtiéndose en un revolucionario, y cuando finalmente fue capturado, Abd el Hamid lo desterró a Medina durante cinco años. Al principio había estado estrechamente vigilado, pero un día logró romper la ventana de su lugar de confinamiento y se refugió en casa de Shadad, el borrachín emir, en el barrio de

Awali. Shadad se hallaba, como de costumbre, en guerra con los turcos y le dio protección; pero Eshref, aburrido, tomó un día una yegua y cabalgó en ella hasta los barracones turcos. En el patio de armas se hallaba el hijo de su enemigo el gobernador, instruyendo a un grupo de gendarmes. Lo atrapó al galope, se lo cruzó en la silla, y antes de que los asombrados policías pudieran reaccionar, desapareció.

Escapó a Yebel Ohod, un lugar deshabitado, llevando delante de sí a pie a su prisionero, llamándolo asno y cargando sobre él treinta hogazas de pan y los pellejos de agua necesarios para su sustento. Para recuperar a su hijo, el pachá tuvo que conceder a Eshref la libertad bajo palabra y quinientas libras. Compró con ellas camellos, una tienda y una esposa, y empezó a vagabundear entre las tribus hasta producirse la revolución de los jóvenes turcos. Hizo entonces su reaparición en Constantinopla convirtiéndose en sicario de Enver y ejecutor de sus asesinatos. Sus servicios le valieron un nombramiento como inspector de campos de refugiados en Macedonia, pudiendo retirarse un año más tarde con una renta segura como terrateniente.

Al declararse la guerra, se trasladó a Medina con fondos y cartas de parte del sultán para los árabes neutrales, siendo su misión la de restablecer las comunicaciones con la aislada guarnición turca del Yemen. Su ruta en la primera etapa del viaje se había cruzado por casualidad con la de Abdulla, cuando éste avanzaba sobre Wadi Ais, en las cercanías de Jeifar, y

algunos árabes, que vigilaban los camellos durante un alto a mediodía, habían sido detenidos e interrogados por los hombres de Eshref. Dijeron que eran heytem y que el ejército de Abdulla era una caravana de suministros que iba a Medina. Eshref soltó a uno con órdenes de traer al resto para interrogarlos, y éste avisó a Abdulla de la presencia de soldados acampados en las colinas.

Abdulla, sin saber muy bien qué hacer, envió jinetes a investigar. Un minuto más tarde se había visto sorprendido por el repentino tableteo de una ametralladora. Se dio cuenta de que los turcos habían enviado una columna ligera a interceptarlo, y ordenó a sus hombres de a caballo que cargaran contra ellos ala desesperada. Se dirigieron al galope sobre las ametralladoras, y con escasas bajas lograron dispersar a los turcos. Eshref intentó escapar a pie hacia las colinas. Abdulla ofreció una recompensa de mil libras por él; y ya cerca del atardecer fue localizado, herido y capturado por el jerife Fauzan el Harith, tras una dura lucha.

En su equipaje se encontraron veinte mil libras en moneda, ropas de ceremonia, costosos presentes, algunos papeles interesantes, y camellos cargados con rifles y pistolas. Abdulla escribió a Fajri Pachá una carta exultante (contándole la captura), que clavó sobre un poste de telégrafos derribado sobre los raíles, al cruzar la vía férrea la noche siguiente, en su impune marcha sobre Wadi Ais. Raya se había separado de él allí,

dejándolo perfectamente acampado y a sus anchas. La noticia era doblemente afortunada para nosotros.

Por entre la alegre tropa se deslizó la triste figura del imán, que levantó su mano. Todos guardaron silencio de inmediato. «Oídme», dijo, y entonó una oda en alabanza del evento, para que Abdulla pudiera verse favorecido, y alcanzara rápidamente la gloria que Feisal iba ganando lenta pero seguramente con su duro esfuerzo. El poema no estaba mal para haber sido compuesto en dieciséis minutos de trabajo, y el poeta fue premiado en oro. Feisal observó una lujosamente enjoyada daga en el cinto de Raya. Éste explicó que era de Eshref. Feisal le arrojó la suya y le quitó la otra, para dársela al final de la campaña como regalo al coronel Wilson. «¿Qué le dijo mi hermano a Eshref?» «¿Así nos devuelves la hospitalidad?» Y Eshref le había respondido como Suckling: «¡Yo lucho siempre con entrega, tanto si estoy en el lado bueno como en el malo!»

«¿Cuántos millones consiguieron los árabes?», dijo anhelante y con avaricioso tono el viejo Mohamend Alí, al oír que Abdulla había metido las manos hasta los codos en los cofres capturados, y les había lanzado puñados de monedas de oro a los tribeños. Raya era calurosamente abordado por todos, y aquella noche durmió siendo un hombre rico, merecidamente, ya que la marcha de Abdulla sobre Wadi Ais garantizaba la situación de Medina. Con Murray presionando en el Sinaí, Feisal acercándose a Weyh, y Abdulla entre Weyh y Medina, la situación de los turcos en Arabia se

convertía en puramente defensiva. Nuestra racha de mala suerte empezaba a ceder; y todo el campamento, al ver la alegría que reflejaban nuestros rostros, estuvo festejándolo hasta el amanecer.

Al día siguiente la marcha fue tranquila. El lugar del desayuno se sugirió por sí mismo cuando dimos con unas cuantas charcas de menor tamaño, en un valle descubierto que se abría a la salida de El Sujur, un grupo de tres colinas de extraordinaria forma similares a tres burbujas de granito surgidas de la tierra. La jornada discurría agradablemente, ya que estaba fresco; éramos un montón de gente; y nosotros, los dos ingleses, disponíamos de una tienda propia, en la que podíamos encerrarnos para estar solos. Una de las molestias del desierto era el tener que vivir siempre acompañado, siendo cada miembro del grupo testigo de lo que los otros dicen o hacen a lo largo de todo el día y la noche. Si bien el deseo de soledad parecía formar parte de la ilusión de autosuficiencia, una forma artificiosa de sobresalir, acentuando la singularidad de uno con relación al entorno para aumentar la autoestima. Poder disponer de privacidad, como la que Newcombe y yo habíamos conseguido, resultaba diez mil veces más descansado que la vida abierta a todo el mundo, aunque nuestra labor se resintiera por la barrera que alzábamos entre los líderes y el resto de la tropa. Los árabes no establecen distinciones, ni tradicionales ni naturales, si exceptuamos el poder inconsciente que se otorga a los jeques en virtud de sus hazañas; y de ellos aprendí que nadie puede llegar

a líder suyo a menos que coma lo mismo que come todo el mundo, lleve sus mismas ropas, viva a su nivel y a pesar de ello consiga sobresalir.

Por la mañana apretamos el paso para llegar a Abu Zereibat, con el sol incandescente luciendo desde temprano en un cielo sin nubes, y el habitual deslumbramiento dañino para la vista, así como el danzar de los rayos sobre la reluciente arena o las relumbrantes piedras. Nuestro camino empezó a ascender lentamente por un cortante acantilado de caliza de erosionados flancos, y pudimos contemplar entonces la amplia y vacía extensión de negra grava que se extendía entre nosotros y el mar, que se encontraba ahora a unas ocho millas hacia el oeste, pero invisible.

Nos detuvimos al fin y comenzamos a percibir la gran depresión que se extendía ante nosotros; pero, hasta las dos de la tarde, y una vez superado el saliente de basalto, no pudimos contemplar la cubeta de quince millas de ancho que Wadi Hamdh formaba a partir de las colinas. Hacia el noroeste se extendía el gran delta por donde el Hamdh se escurría a través de veinte bocas; y divisamos las líneas oscuras que formaban los espesamientos de los matorrales sobre los canales resecos de las riadas, que serpenteaban por la planicie desde el límite de las colinas que teníamos a nuestros pies, hasta perderse en la neblina que el sol formaba en el horizonte a unas veinte millas de distancia hacia nuestra izquierda. Al otro lado del valle de Hamdh se alzaba directamente desde el llano

una colina doble, Yebel Raal, de cima continua, pero partida en la mitad por un tajo. Para nuestros ojos, que se contentaban con poco, constituía una hermosa vista esta parte final de un río seco más largo que el Tigris; era éste el valle más grande de Arabia, descubierto por Dougthy, y todavía inexplorado; Raal, por su parte, era una hermosa colina, claramente recortada sobre el horizonte, y que hacía los honores al conjunto del Hamdh.

Llenos de curiosidad bajamos las pendientes de guijarros, sobre las que las matas de hierba eran cada vez más frecuentes, hasta que hacia las tres pudimos decir que estábamos ya en el valle mismo. Este resultó ser un lecho de aproximadamente una milla de ancho, recubierto de conjuntos de matorrales del género asía, en torno a los cuales se arracimaban pequeñas dunas de pocos pies de altura. Su arena no era pura sino que aparecía entreverada con vetas de arcilla reseca y quebradiza, que servían como indicadores de los niveles alcanzados por las riadas en diversas épocas. Éstas formaban estratos claramente separados entre sí y fácilmente desprendibles de modo que nuestros camellos se hundían hasta el cuello, con un crujido parecido al de los bizcochos al romperse. Lo que producía espesas polvaredas, que aún resultaban más espesas por la luz solar que lograban concentrar, ya que el aire muerto de la hondonada resultaba deslumbrador.

Las filas de los que venían detrás apenas podían ver por dónde pisaban, lo que era un problema, ya que

los montículos se juntaban entre sí cada vez más. Mientras el lecho del río se dividía en un laberinto de canalillos poco profundos, obra de las anuales riadas. Antes de poder llegar al medio del valle todo empezó a aparecer cubierto de matorrales, que brotaban lateralmente de los altozanos y se entrelazaban tendiendo sus secas y polvorientas ramas como si de huesos resecos se tratara. Recogimos los flecos de nuestras vistosas alforjas para evitar que fueran desgarradas por las ramas, nos envolvimos bien en nuestras capas, inclinamos la cabeza para resguardar los ojos y embestimos como una tormenta contra los cañizales. El polvo era cegador y sofocante, y el chasquido de las ramas rotas, los bramidos de los camellos, los gritos y las risas de los hombres convertían aquello en una aventura extraña.

CAPÍTULO XXVI

Antes de que hubiéramos podido llegar al otro extremo del valle, el terreno se despejó de pronto, dejando al descubierto un suelo de arcilla, en el que se abría una profunda charca barriza, de unas ochenta yardas de largo, y aproximadamente quince de ancho. Era ésta el agua de la torrentera de Abu Zereibat, nuestra meta. Avanzamos unas pocas yardas más, atravesando los últimos matorrales, y llegamos a la orilla norte del valle, donde Feisal había concertado plantar el campamento. Comenzaba allí una amplia llanura de arena y guijas, que llegaba hasta el pie mismo del Raal, y donde había sitio para que acamparan allí todos los ejércitos de Arabia. Detuvimos, pues, nuestros camellos, y los esclavos los descargaron y plantaron las tiendas; entre tanto, nosotros retrocedimos para ver que las mulas, sedientas tras una larga jornada de marcha, se arrojaban a la charca junto con los soldados de a pie, pateando y chapoteando a placer en el agua dulce. La abundancia de combustible fue una bendición añadida, y dondequiera que decidieran acampar, los grupos de amigos podían encender chisporroteantes hogueras —muy bien venidas—en medio de una niebla nocturna

que se elevaba hasta ocho pies sobre el suelo, con lo que nuestras capas de lana se apelmazaban y resultaban cada vez más frías con sus cuentas de plata sobre la trama de baja calidad.

Era una noche negra, sin luna, pero en la que, por encima de la niebla, las estrellas brillaban radiantes. Nos reunimos sobre un pequeño altozano próximo al campamento y pudimos divisar desde él un mar de niebla. Sobresalían de ella los capirotes de las tiendas, y altas columnas de humo, que se iluminaban por debajo al llamear más alto las hogueras en dirección al aire puro, como si los ruidos del invisible ejército las impulsaran. El viejo Auda ibn Zuweid me corrigió con gravedad cuando le comuniqué tal impresión, diciendo: «No es un ejército, es un mundo que marcha sobre Weyh.» Me alegró su porfía, pues fue justamente para crear ese sentimiento para lo que nos embarcamos con esa pesada masa humana en una marcha tan dificultosa.

Aquella noche, los billi empezaron tímidamente a acercarse a nosotros para jurar lealtad, ya que el valle de Hamdh marcaba los límites de su territorio. Entre ellos vino Hamid el Raifada, acompañado de un numeroso séquito, a ofrecer sus respetos a Feisal. Nos dijo que su primo, Suleiman Pachá, el jefe principal de la tribu, se hallaba en Abu Ayay, quince millas al norte, tratando desesperadamente de decidir de una vez hacia qué lado inclinaría un ánimo que tan bien había sabido bandear a lo largo de toda su vida. A continuación, y sin anuncio ni cortejo se acercó el jerife

Nasir, de Medina. Feisal se levantó de un salto y lo abrazó, trayéndolo a nuestro lado.

Nasir nos produjo una espléndida impresión, digna de lo que de él habíamos oído, y de lo que de él esperábamos. Era el anunciador, el precursor del movimiento de Feisal, el hombre que había disparado el primer tiro en Medina, y que dispararía el último, en Muslimieh, en las afueras de Aleppo, el día que los turcos solicitaron el armisticio, y de principio a fin todo cuanto pudiera decirse de él sería bueno.

Era hermano de Shehad, el emir de Medina. Su familia descendía de Hussein, el menor de los hijos de Alí, y eran los únicos husseiníes considerados miembros de los ashraf, y no de los saada. Eran de confesión chií, y lo habían venido siendo desde los días de Kerbela[19], siendo en todo el Heyaz respetados como sólo inferiores a los emires de La Meca. Nasir, personalmente, era un tipo sedentario, nada afecto a la guerra desde la infancia. Tenía ahora unos veintisiete años. Su estrecha y ancha frente contrastaba con sus sensitivos ojos, al tiempo que su agradable y blanda boca y su retirada barbilla podían verse claramente al trasluz de su recortada barba negra.

Llevaba en esta zona dos meses, frenando a la guarnición de Weyh, y sus últimas noticias eran que la

---

[19] Batalla que tuvo lugar en las afueras de la ciudad iraquí de este nombre, en el año 680, y donde pereció Hussein, el hijo menor de Fátima y Alí, hecho que los chiles consideran como un martirio y celebran cada año en el mes de Muharran con grandes penitencias. *(N. del T.)*

avanzadilla del cuerpo de camelleros turcos estacionada sobre nuestra ruta se había retirado aquella misma mañana hacia su principal línea de defensa.

Nos levantamos tarde al día siguiente, pues había que cobrar fuerzas para las próximas horas de charla. Feisal llevó en ella la parte principal; le ayudaba Nasir, como segundo en el mando, y los hermanos Beidawi se sentaban con ellos también para prestarles su apoyo. El día era radiante y tibio, y Newcombe y yo nos dimos una vuelta para observar el aprovisionamiento de agua, las tropas y la continua afluencia de nuevos visitantes. Cuando el sol estaba ya en lo alto del cielo, una nube de polvo vino a anunciarnos la arribada de una amplia partida, y al volver hacia las tiendas de Feisal pudimos contemplar la llegada de Mizruk el Tijeimi, el huésped principal de Feisal, con su cara angulosa y su aire ratonil. Condujo a los yuheina de su clan a trote lento hasta más allá de donde estaba el emir, para hacer un alarde. Nos dejaron medio ahogados con el polvo que levantaron, debido a las cargas que una comitiva de doce jeques, portando una gran bandera blanca y otra roja, realizaron una y otra vez en torno a nuestras tiendas. Ni sus evoluciones ni sus yeguas despertaron nuestra admiración; tal vez por las molestias que nos causaban.

Hacia el mediodía, los harb de Wuld Mohamed, y sus jinetes del batallón de Ibn Shefia, hicieron su aparición: trescientos hombres bajo el mando del jeque Salih y de Mohammed ibn Shefia. Mohammed era un

hombrecillo rechoncho y vulgar, enérgico y sensato. Empezaba a hacerse rápidamente un nombre en el ejército árabe, debido a su disposición para llevar a cabo lo que fuera. Sus hombres eran los desechos de Wadi Yenbo, gente sin tierra ni familia, o trabajadores urbanos de Yenbo, desprovistos de toda herencia o dignidad. Eran más dóciles que cualquiera otra de nuestras tropas, con excepción de los impolutos ageyl, demasiado apuestos, sin embargo, para ser destinados a tareas bajas.

Llevábamos ya dos días de retraso con respecto a lo acordado con la Marina, y Newcombe decidió adelantarse aquella misma noche hasta Habban. Podría allí encontrarse con Boyle y explicarle que llegaríamos tarde a nuestra cita con el *Hardinge*, pero que estaríamos muy contentos si éste pudiera volver al mismo sitio la noche del veinticuatro, fecha en que llegaríamos muy faltos de agua. Podría igualmente ver si el ataque naval podía retrasarse hasta el veinticinco para preservar así el plan de ataque conjunto.

Al anochecer llegó un mensajero de Suleiman Rifada, que traía consigo un camello de regalo para Feisal, que debía guardar si sus intenciones eran amistosas, o devolverlo si eran hostiles. Feisal se sintió ofendido, y manifestó su incapacidad para comprender a un tipo tan pusilánime. Nasir afirmó: «La causa está en que come pescado. El pescado hincha la cabeza, y de ello se siguen conductas de este tipo.» Los sirios, los mesopotámicos y los hombres de Yidda y Yenbo se

rieron con ganas, para mostrar que no compartían tal creencia de los árabes del interior, según la cual cualquier hombre que se preciara se convertía en un desgraciado comiendo una de estas tres comidas: pollos, huevos o pescado. Feisal le respondió con jocosa seriedad: «Ofendes a esta reunión. Todos nosotros comemos pescado.» Otros, alzando su voz, dijeron: «Lo dejamos a su suerte, y que Dios lo ayude.» Y Mizruk, por variar el rumbo de la opinión, dijo: «Suleiman es un ser contranatura, no es ni crudo ni cocido.»

Muy de mañana, avanzamos en desorden por Wadi Hamdh durante tres horas. Luego, el valle torcía hacia la izquierda, conduciéndonos a una región vacía, desolada e inhóspita. El día era frío: un duro viento del norte azotaba nuestros rostros. Según avanzábamos podíamos oír un fuerte tiroteo proveniente de la parte de Weyh, y temimos que la Marina hubiera perdido la paciencia y hubiera empezado a actuar sin nosotros. No podíamos, sin embargo, recuperar los días perdidos, por lo que apretamos la marcha por aquel yermo escenario, cruzando uno tras otro los valles tributarios del Hamdh. La llanura estaba toda ella recortada por estos wadis, todos ellos por igual poco profundos, rectos y desnudos, tan múltiples e intrincados como las nervaduras de una hoja. Penetramos al fin, nuevamente, en el valle principal de Hamdh, por la parte de Kurna, y aunque su suelo de arcilla se hallaba totalmente embarrado, decidimos acampar.

Mientras nos hallábamos plantando las tiendas se produjo un súbito tumulto. Se habían visto camellos pastando a lo lejos por la parte del este, y la energía de los yuheina se desbordó. Se fueron hacia ellos a capturarlos, y los trajeron consigo. Feisal montó en cólera, y les gritó que no lo hicieran, pero se hallaban demasiado excitados para poder oírlo. Echó, pues, mano del rifle, y disparó sobre el hombre que tenía más cerca; éste, muerto de miedo, se arrojó de la silla y los demás refrenaron su carrera. Feisal los hizo venir ante sí, y empezó a azotar a los responsables con su fusta, e hizo encerrar los camellos robados y los de los ladrones, hasta que la cuenta estuvo completa. Devolvió entonces los camellos a sus propietarios de la tribu billi. De no haber hecho esto, se hubiera desatado una guerra privada entre los billi y los yuheina, con quienes contábamos como aliados para el día de mañana, y nos hubiera sido imposible extendernos más allá de los límites del Weyh. Nuestro éxito dependía de minucias como éstas.

A la mañana siguiente marchamos sobre la costa, llegando a Habban a las cuatro. El *Hardinge* estaba allí, para alivio nuestro, descargando agua, aunque el escaso calado de la bahía la convertía en un mal fondeadero, y el mar embravecido dificultaba la labor de las lanchas. Reservamos la primera tanda para las mulas, y dimos el agua sobrante a los hombres de a pie que se mostraban más sedientos; fue aquélla sin embargo una noche difícil, y multitudes de hombres sedientos se apretujaban y empujaban en torno a los

tanques, bajo la luz de los reflectores, esperando así conseguir otro trago, si los marineros se aventuraban a venir a tierra de nuevo.

Yo subí a bordo, y pude enterarme de que el ataque naval se había llevado a efecto como si las fuerzas de tierra se hallaran presentes, por temer Boyle que las tropas turcas pudieran retirarse si aguardaba. De hecho, el mismo día en que nosotros llegamos a Abu Zereibat, Ahmed Tewfik Bey, el gobernador turco, se había dirigido a la guarnición, diciéndoles que la posición de Weyh debía ser defendida hasta la última gota de sangre. A continuación de lo cual, y aprovechando la oscuridad de la noche, había montado en su camello y, con unos pocos hombres aprestados para la huida, había escapado en dirección de la vía férrea. Los doscientos infantes que quedaron en la plaza habían determinado defenderla contra cualquier ataque por tierra; pero se hallaban en una inferioridad numérica de tres a uno, y el fuego naval fue demasiado duro para que pudieran defender adecuadamente sus posiciones. Por lo que el *Hardinge* sabía, la lucha no había aún terminado, pero la ciudad de Weyh había sido ocupada por los marinos y por los árabes de Saleh.

CAPÍTULO XXVII

Oportunos rumores vinieron a animar al ejército, que empezó a deslizarse hacia el norte después de la medianoche. Al amanecer, reunimos a todos los contingentes en Wadi Miya, doce millas al sur de la ciudad, y avanzamos sobre ella en orden, tropezándonos con algunos turcos dispersos, una de cuyas partidas opuso cierta resistencia. Los ageyl desmontaron para despojarse de capas, tocados y camisas; y avanzaron luciendo sus morenas desnudeces, lo cual, según ellos, les garantizaría unas heridas limpias si llegaban a ser alcanzados; también de esa manera sus preciosas ropas quedarían indemnes. Ibn Dajil, que ostentaba el mando, consiguió una obediencia uniforme y tranquila. Avanzaron en compañías alternas, desplegadas con un intervalo de cuatro a cinco yardas de una a otra, y con igual número de compañías de apoyo, haciendo buen uso de la escasa cobertura existente.

Era un hermoso espectáculo ver a los airosos y morenos guerreros sobre el soleado y arenoso valle, con la charca de agua salina en medio, cuyo azul turquesa contrastaba con las banderas carmesíes que los portaestandartes llevaban en vanguardia.

Marchaban con paso regular, cubriendo la distancia a una velocidad de casi seis millas por hora, y alcanzaron y escalaron la escarpadura sin disparar un solo tiro. Vimos pues que se habían adelantado a rematarnos la tarea y trotamos al encuentro del joven Saleh, hijo de ibn Shefia, que se había apoderado de la ciudad. Nos dijo que había sufrido casi veinte bajas mortales; y posteriormente pudimos enterarnos de que un teniente británico del cuerpo aéreo había sido mortalmente herido en un hidroavión de reconocimiento, y un marinero británico había resultado herido en un pie.

Vickery, que había dirigido la batalla, se hallaba satisfecho, pero yo no podía compartir su satisfacción. Para mí cualquier acción innecesaria, un disparo, o una baja innecesaria, constituía no sólo un desperdicio, sino también un pecado. Me resultaba imposible asumir el punto de vista profesional de que cualquier acción exitosa constituía un logro. Nuestros rebeldes no eran simples soldados, sino amigos que confiaban en nuestro liderazgo. No estábamos al mando por mandato nacional, sino por invitación; y nuestros hombres eran voluntarios, individuos concretos, parientes, cuya muerte individual representaba un dolor personal para muchos otros hombres del Ejército. Incluso desde un punto de vista estrictamente militar, el asalto me parecía un desatino.

Los doscientos turcos que habían quedado en Weyh carecían de transportes y comida, y con sólo haberlos dejado aislados, se hubieran rendido a los pocos días. De haber logrado escapar, su huida no hubiera valido

la pena de una sola muerte árabe. Queríamos Weyh como una base desde la que atacar el ferrocarril y desde donde ampliar nuestro frente; su aplastamiento y la matanza allí ocurrida habían sido innecesarias.

El lugar había sido innecesariamente arrasado. Sus habitantes habían sido advertidos por Feisal del ataque que se avecinaba, y aconsejados de que, o bien se adelantaran a él mediante un levantamiento o despejaran el lugar; pero eran casi todos ellos egipcios de Kosseir, que preferían antes a los turcos que a nosotros, y que habían preferido quedarse a esperar acontecimientos, de modo que los hombres de Shefia y los biasha encontraron las casas bien provistas de un botín, que no dudaron en arramblar. Saquearon las tiendas, rompieron las puertas, rebuscaron en cada habitación, hicieron pedazos arcones y armarios, hicieron trizas colgantes y adornos, y desgarraron cuantos colchones y almohadas encontraron en busca de tesoros escondidos; al tiempo que la artillería de nuestra flota abría grandes boquetes en los más notorios muros y edificaciones.

Nuestra principal dificultad estuvo en el desembarco de suministros. El *Fox* había hundido todas las barcas y botes de remo y no había el menor tipo de atracadero; por lo que el expeditivo *Hardinge* se aventuró a penetrar en el fondeadero (lo suficientemente ancho, pero excesivamente corto), y desembarcó nuestros pertrechos en sus propios cúters. Pudimos hacernos con un grupo de cansinos seguidores de ibn Shefia, y con su ineficaz y lánguida ayuda pudimos reunir en el

lugar vituallas suficientes para cubrir las necesidades del momento. Los habitantes de la ciudad, hambrientos y furiosos ante la destrucción que habían sufrido sus propiedades, empezaron a ejercer su venganza robando cualquier cosa que estuviera al descuido, despanzurrando incluso los sacos de arroz en la misma playa y llevándose su contenido en las faldetas remangadas de sus túnicas. Feisal corrigió el desafuero nombrando gobernador de la ciudad al implacable Maulud. Este puso en acción a sus broncos camelleros y con un día de general arresto y castigo persuadió a todo el mundo de que dejaran en paz las vituallas. Tras esto Weyh se sumió en el silencio del miedo.

Ya en los pocos días que transcurrieron entre nuestra entrada en la ciudad y mi marcha a Egipto los beneficios de nuestra espectacular marcha empezaron a dejarse sentir. El movimiento árabe no tenía ya oponentes en la Arabia occidental, y había logrado superar el peligro del colapso. La ultrajante aventura de Rabegh se había borrado, y habíamos aprendido las primeras reglas de la guerra beduina. Mirando hacia atrás a partir de nuestros logros del momento, la reciente muerte de los veinte hombres abatidos en Weyh no parecía ya tan terrible. La impaciencia de Vickery podía justificarse, tal vez, vistas las cosas con sangre fría.

LIBRO III
MANIOBRAS FERROVIARIAS DE DISTRACCIÓN

Capítulos XXVIII a XXXVIII

La torna de Weyh había tenido sobre los turcos el efecto deseado. Éstos habían abandonado su avance sobre La Meca y optado por una defensa pasiva de Medina y su vía férrea. Nuestros expertos empezaron a elaborar planes para atacarlos.

Los alemanes vieron el peligro de una maniobra envolvente y persuadieron a Enver para que ordenara la inmediata evacuación de Medina. Sir Archibald Murray nos pidió que desarrolláramos un ataque sostenido sobre el enemigo en retirada.

Feisal se mostró inmediatamente dispuesto y yo me dirigí a Abdulla para solicitar su cooperación. En el trayecto caí enfermo, y mientras guardaba cama solo y sin hacer nada me vi llevado a repensar la campaña. Pensando sobre ella, llegué a darme cuenta de que nuestra práctica hasta entonces había sido mejor que nuestra teoría.

Así que, tan pronto pude recobrarme, dejé de prestar atención al ferrocarril y volví de nuevo a Weyh con mis nuevas ideas. Intenté que los demás las admitieran y adoptáramos el despliegue como principio rector, poniendo incluso la propaganda por delante de

la lucha. Ellos prefirieron concentrarse sobre el limitado y directo objetivo que suponía Medina. Así que decidí deslizarme hasta Aleaba por mi cuenta y riesgo, para demostrar mi propia teoría.

CAPÍTULO XXVIII

En El Cairo las autoridades aún enardecidas prometieron oro, rifles, mulas, más ametralladoras y baterías de montaña; pero estas últimas, por supuesto, nunca las obtuvimos. La cuestión de la artillería era un eterno tormento. Debido al carácter montañoso y falto de comunicaciones del país, las baterías de campaña nos resultaban inservibles, y el Ejército británico carecía de baterías de montaña, como no fueran los cañones de diez libras indios, que sólo resultaban útiles contra arcos y flechas. Bremond disponía en Suez de unos cuantos excelentes Schneider de 65, servidos por artilleros argelinos, pero los consideraba como una palanca personal para introducir en Arabia las fuerzas aliadas. Cuando le solicitamos que nos los enviaran con o sin sus dotaciones, replicó que en primer lugar los árabes no tratarían a sus hombres adecuadamente, y luego que tampoco sabrían usar los cañones convenientemente. Su precio era el envío a Rabegh de una brigada británica; y no estábamos dispuestos a pagarlo.

Temía Bremond que el Ejército árabe pudiera convertirse en una fuerza formidable —argumento

fácilmente comprensible—, pero la actitud del Gobierno británico resultaba incomprensible. No había en ella mala voluntad, pues nos daban cualquier otra cosa que pidiéramos; ni tampoco racanería, ya que su ayuda total, en armas y dinero, a la lucha árabe pasaba ya de los diez millones. Creo que era una cuestión de simple estupidez. Pero era enervante ver que en unas ocasiones teníamos más medios de la cuenta, mientras que en otras fracasábamos por la simple razón de que no podíamos hacer callar a la artillería turca, cuyo alcance superaba a la nuestra en tres o cuatro mil yardas. Al fin, y felizmente, Bremond fracasó en su empeño, tras mantener ociosas las baterías durante más de un año en Suez. El mayor Gousse, su sucesor, ordenó que nos fueran enviadas, y con su ayuda entramos en Damasco. Durante todo aquel año de ocio, las baterías fueron para cada oficial árabe que pasaba por Suez la prueba incontrovertible de la mala fe francesa para con el movimiento árabe.

La llegada de Yaafar Pachá, oficial bagdadí procedente del ejército turco, supuso un gran refuerzo para nosotros. Tras prestar distinguidos servicios con los ejércitos alemán y turco, había sido elegido por Enver para organizar las levas en Sheik el Senussi. Llegó hasta allí en submarino, formó una considerable fuerza de hombres del desierto y mostró una gran habilidad táctica contra los británicos en dos batallas. Luego, resultó capturado y enviado preso a la ciudadela de El Cairo junto con otros oficiales prisioneros de guerra. Intentó escapar una noche,

deslizándose hasta el foso por una cuerda de mantas; pero las mantas, excedidas por el peso, se rompieron, y en la caída se lastimó el tobillo, siendo capturado de nuevo indefenso. En el hospital dio su palabra de honor de no hacer nuevas intentonas, y se le otorgó una libertad vigilada, tras pagar las mantas rotas. Pero un día, al enterarse por un periódico árabe de la revuelta del jerife, y de la ejecución por los turcos de prominentes nacionalistas árabes —amigos suyos—, se dio cuenta de que había estado alineado en el bando equivocado.

Feisal había oído, por supuesto, hablar de él, y lo solicitó como comandante en jefe de sus tropas regulares, cuya continua mejora había sido hasta entonces nuestro principal esfuerzo. Sabíamos que Yaafar era uno de los pocos hombres que tenían reputación y personalidad suficientes como para convertir los disímiles y contrapuestos elementos que componían las tropas en un verdadero ejército. El rey Hussein, en cambio, carecía de estas prendas. Era viejo y de estrechas miras, y le disgustaban los sirios y los mesopotámicos: La Meca debía liberar Damasco. Y rechazó los servicios de Yaafar. Feisal tuvo, pues, que aceptarlo bajo su personal responsabilidad.

En El Cairo se hallaban Hogarth y George Lloyd, Storrs y Deeds, y muchos otros viejos amigos. Además de ellos, para estas fechas, el círculo de los amigos de los árabes se había ido ampliando de manera curiosa. En el Ejército nuestras acciones iban subiendo a medida que mostrábamos que íbamos consiguiendo

beneficios. Lynden Bell se mantuvo firme a nuestro lado y juraba tener por cierto que un método iba abriéndose camino por encima de la locura árabe. Sir Archibald Murray se daba cuenta con repentino asombro de que había más tropas turcas combatiendo con los árabes de las que él mismo tenía frente a sí, y empezó a recordar que siempre se había mostrado favorable a la rebelión árabe. El almirante Wemyss se hallaba dispuesto a ayudarnos como ya lo había hecho en nuestros duros días de Rabegh. Sir Reginald Wingate, Alto Comisionado para Egipto, se mostraba feliz por el éxito de todo aquello por lo que él había venido abogando durante años. Yo le envidiaba su contento, ya que MacMahon, que había tomado el riesgo de iniciar todo aquello, había sido apartado muy poco antes de dar comienzo la época próspera. Claro que esto no podía echársele en cara a Wingate.

Mientras me hallaba acariciando las suaves puntas de todas estas púas, una sorpresa me asaltó. El coronel Bremond me llamó para felicitarme por la toma de Weyh, diciendo que ello venía a confirmar su creencia en mi talento militar y le daba ánimos para esperar mi ayuda en la ampliación de nuestro éxito. Quería ocupar Akaba con una fuerza combinada anglo-francesa y apoyo naval. Señaló la importancia de Akaba, único puerto turco que aún quedaba en el Mar Rojo, el más próximo al Canal de Suez y el más cercano al ferrocarril del Heyaz, sobre el flanco izquierdo del ejército de Beersheba; y sugería su ocupación por medio de una brigada mixta, que debería

avanzar por Wadi Itm para caer por sorpresa sobre Maan. Y comenzó a extenderse sobre las características del terreno.

Le respondí que conocía Akaba de la época anterior a la guerra, y que tenía la impresión de que su esquema era técnicamente inviable. Podíamos llegar a tomar las playas del golfo; pero nuestras tropas quedarían situadas en una posición tan desfavorable como las de las playas de Gallípoli, bajo constante observación, y bajo el fuego graneado de la artillería de las colinas; y estas colinas graníticas, de miles de pies de altura, eran del todo impracticables para tropas con armamento pesado: los pasos que había entre ellas eran formidables desfiladeros, muy difíciles de tomar por asalto o de cubrir. En mi opinión, Akaba, cuya importancia era tanta y mayor de lo que él decía, debía ser confiada a tropas de irregulares árabes, que cayeran sobre ella desde el interior, y sin ningún apoyo naval.

Bremond no me dijo (pero yo lo sabía) que quería llevar a cabo la toma de Akaba para desviar el movimiento árabe, situando en su vanguardia una fuerza combinada (como había ocurrido en Rabegh), de forma que quedara confinado en Arabia, y se viera obligado a malgastar sus esfuerzos contra Medina. Los árabes aún temían que la alianza del jerife con nosotros estuviera basada en un acuerdo secreto que los vendiera al final, y esta invasión cristiana no hubiera hecho sino confirmar sus sospechas y destruir su cooperación. Por mi parte, tampoco dije a Bremond

(pero él lo sabía) que yo intentaba desbancar sus esfuerzos y llevar cuanto antes a los árabes hacia Damasco. Me divertía esta infantil rivalidad sobre cuestiones vitales, pero él concluyó su conversación malhadadamente, diciendo que de todos modos iría hasta Weyh a exponer sus planes ante Feisal.

Yo no había advertido a Feisal que Bremond era un político. Newcombe se hallaba en Weyh, con su amistoso deseo de que las cosas avanzaran. No habíamos vuelto a hablar de los problemas de Akaba. Feisal no conocía ni su terreno ni sus tribus. El entusiasmo y la ignorancia podrían prestar favorable oído a la propuesta. Me pareció lo mejor apresurarme a volver y montar guardia a su lado, de modo que salí de Suez por mar aquella misma noche. Dos días más tarde, en Weyh, expliqué lo que pensaba; de forma que, cuando diez días más tarde Bremond hizo su llegada y abrió su corazón, o parte de él, a Feisal, su táctica le fue devuelta con algunas mejoras.

El francés empezó regalando seis Hotchkiss automáticos completos, con sus respectivos instructores. Se trataba de un noble regalo; pero Feisal aprovechó para pedirle que aumentara su bondadoso presente con una batería de repetición de montaña de las de Suez, explicándole que sentía haber tenido que abandonar Yenbo por Weyh, ya que Weyh estaba mucho más alejada de su objetivo —Medina—, pero que era de todo punto imposible para él desencadenar un ataque contra los turcos (que disponían de artillería de fabricación francesa) con sólo los viejos rifles

proporcionados por el Ejército británico. Sus hombres no descollaban precisamente en conseguir que las armas malas triunfaran sobre las buenas. Tenía que explotar sus únicas ventajas, el número y la movilidad, y, a menos que su equipo mejorara, no había modo de prever adónde podría conducir esta extensión del frente de batalla.

Bremond intentó desviar el ataque minimizando la utilidad que la artillería podría tener para la guerra del Heyaz (lo que, en términos prácticos, era cierto). Pero afirmó que podría poner fin a la guerra de inmediato con sólo que Feisal hiciera que sus hombres se echaran al monte como cabras e hicieran trizas el ferrocarril del Heyaz. Feisal, molesto por la metáfora (descortés en árabe) midió de arriba abajo los seis pies del cuerpo de Bremond, y le preguntó si alguna vez había intentado él mismo «convertirse en cabra». Bremond desvió galantemente su respuesta hacia el problema de Akaba, y el real peligro que representaba para los árabes que los turcos siguieran allí, insistiendo en que los británicos, que tenían medios para llevar a cabo una expedición sobre dicha plaza, debían ser presionados para llevarla a efecto. Feisal, como réplica, le hizo un esbozo geográfico del terreno situado detrás de Akaba (yo mismo pude reconocer la parte menos brillante de dicha exposición) y le explicó las dificultades tribales y los problemas de aprovisionamiento, puntos que suponían un serio obstáculo. Terminó diciendo que, tras la nube de órdenes, contraórdenes y confusión que rodeaba a las

tropas aliadas en Rabegh, ciertamente no tenía el suficiente descaro para abordar a sir Archibald Murray con el requerimiento de una nueva ayuda expedicionaria.

Bremond tuvo que abandonar el campo de batalla con dignidad, arrojándome una lanzada, mientras yo sonreía despectivamente, al pedirle a Feisal que insistiera en que los carros acorazados británicos fueran enviados a Weyh. ¡Pero hasta esto fue un bumerán, pues los carros habían partido ya! Una vez que se hubo ido, volví a El Cairo para una semana de asueto, que aproveché para dar a mis valedores buenos consejos. Murray, que había asignado a regañadientes la brigada de Tullibardine para Akaba, se mostró aún más de acuerdo cuando le señalé las desventajas incluso de esa exhibición colateral. Luego, volví a Weyh de nuevo.

CAPÍTULO XXIX

La vida en Weyh resultaba interesante. Habíamos instalado el campamento de forma ordenada. Feisal plantó sus tiendas (que formaban un opulento conjunto: tiendas de estar, tiendas de recepción, tiendas de oficinas, de huéspedes, de sirvientes) a una milla aproximadamente del mar, sobre la repisa de coral que, ascendiendo suavemente desde la playa, terminaba en un abrupto tajo que daba sobre los amplios valles situados al este y al sur, y que radialmente partían del puerto rodeado de tierras. Las tiendas de los soldados y de los tribeños se apilaban en estos valles arenosos, ocupando nosotros la ventosa prominencia; y delicioso nos resultaba a nosotros, hombres del norte, poder gozar de la brisa marina que nos traía un murmullo de oleaje débil y lejano, similar al eco del tráfico de Londres.

Inmediatamente debajo de nosotros se hallaban emplazados los ageyl, formando un irregular racimo de tiendas. Al sur de éstos se situaba la artillería de Rasim; y haciéndoles compañía el cuerpo de ametralladoras de Abdulla, ordenados en líneas regulares, y con sus animales atados en esas hileras

regulares que hacen las delicias de los militares profesionales, y son cosa muy conveniente cuando se dispone de poco espacio. Un poco más allá se hallaba situado el mercado, directamente desplegado sobre el terreno, y todo un hervidero de hombres y mercancías. Las desperdigadas tiendas y tendajones de los tribeños ocupaban cualquier garganta o lugar abrigado. Y más allá de las últimas de ellas se extendía el campo abierto, lleno de partidas de camellos que iban y venían por entre los dispersos palmerales del más próximo y siempre excesivamente salobre pozo de agua. Al fondo de este paisaje se extendían las colinas, los acantilados y los apilamientos pétreos similares a castillos en ruinas, cuyas escabrosidades se extendían hasta la línea del horizonte marcada por la cadena costera.

Como la costumbre de Weyh era acampar distanciados, muy distanciados, me pasaba la vida yendo y viniendo, de las tiendas de Feisal a las tiendas inglesas, o a las del ejército egipcio, a la ciudad, al puerto, o la estación telegráfica, dando tumbos todo el día sin descanso por aquellos senderos de coral, en sandalias o descalzo, endurenciendo mis pies, hasta el punto de ir consiguiendo poco a poco poder caminar con escaso daño sobre el cortante y abrasador terreno, y templando así mi ya bien entrenado cuerpo para más altas tareas.

Los pobres árabes se preguntaban por qué no disponía yo de una yegua, y yo solía dejarlos perplejos con mis incomprensibles discursos sobre el

autoendurecimiento, o confesándoles que prefería caminar antes que cabalgar, para ahorrar animales, aunque lo primero era cierto y lo segundo no tanto. Algo hiriente para mi orgullo, desagradable, se alzaba en mí a la vista de tan bajas formas de vida. Su existencia arrojaba un servil reflejo sobre la especie humana: el estilo con que un Dios podría llegar a mirarnos; y servirme de ellos, mentirles por inevitable imperativo, me hacía sentir lleno de vergüenza. Era como con los negros, que cada noche batían sus tambores hasta la locura al pie de la cornisa coralina. Sus caras, al ser diferentes de las nuestras, resultaban tolerables; pero me dolía que pudieran poseer cuerpos que eran exactas réplicas de los nuestros.

Feisal, en su tienda, trabajaba día y noche llevando adelante su política, cosa en la que sólo unos pocos de nosotros podíamos ayudarle. En el exterior, la multitud nos ocupaba y divertía con paradas militares, salvas y marchas victoriosas. También había accidentes. En una ocasión, un grupo que jugaba tras nuestras tiendas, hizo explotar una bomba aérea, reliquia sin duda de la toma de la ciudad por Boyle. Sus piernas, con la explosión, quedaron desparramadas por el campamento, manchando las lonas de las tiendas con rojos cuajarones, que pronto se tornaron marrones y luego fueron apagándose. Feisal hizo que cambiaran las tiendas y ordenó que las ensangrentadas fueran destruidas; los ahorrativos esclavos las lavaron. Otro día se prendió fuego en una tienda, abrasando parcialmente a tres de sus ocupantes. Todo el

campamento se reunió en su derredor, rugiendo y riendo hasta que el fuego se extinguió, y sólo entonces, más bien avergonzados, nos ocupamos de sus heridas. En una tercera ocasión, una yegua resultó herida por una descarga disparada en son de salva y varias tiendas fueron también alcanzadas.

Una noche los ageyl se amotinaron contra su comandante ibn Dajil, por multarlos con demasiada frecuencia y flagelarlos con demasiada dureza. Penetraron en su tienda, aullando y pegando tiros, esparcieron todas sus pertenencias y golpearon a sus criados. Sin que esto bastara para aplacar su furia, empezaron a echar las cuentas de Yenbo y se dirigieron a matar a los ateiba. Feisal, desde nuestro altozano, vio sus antorchas y se dirigió corriendo descalzo hasta ellos, golpeando con la hoja plana de su espada al menos a cuatro hombres. Su furia los detuvo, mientras los esclavos y los hombres de a caballo, llamados en socorro, acudían ladera abajo con prisas y gritos, y blandiendo sus espadas sin desenvainar. Uno de ellos proporcionó a Feisal un caballo, sobre el que cargó a los cabecillas, mientras nosotros dispersábamos a los grupos de amotinados tirando con pistolas lanza-bengalas sobre sus ropas. Sólo dos hombres resultaron muertos, y treinta heridos. Al día siguiente ibn Dajil presentó su dimisión.

Murray nos había proporcionado dos carros acorazados, marca Rolls-Royce, traídos de la campaña del África Oriental. Gilman y Wade los mandaban y sus dotaciones eran británicas, hombres de la A.S.C. para

conducirlos y del Cuerpo de Ametralladoras para disparar. Tenerlos con nosotros en Weyh empeoraba las cosas, porque la comida que habíamos estado comiendo y el agua que habíamos venido bebiendo resultaron de buenas a primeras condenadas desde el punto de vista médico; pero la compañía de los ingleses era un placer compensatorio y el tener que empujar carros y motocicletas por las desesperantes arenas que rodean Weyh nos mantenía muy ocupados. La terrible dificultad que suponía tener que conducir por el desierto daba a los hombres brazos de boxeadores, de modo que marchaban moviendo los hombros con ademán casi profesional. Con el tiempo alcanzaron gran pericia en estos menesteres, desarrollando un estilo y un arte de conducir sobre la arena que los llevó a andar con cuidado sobre los terrenos más firmes y a tomar velocidad sobre los terrenos blandos. Uno de estos terrenos blandos era el que formaban las últimas veinte millas de la llanura situada frente a Yebal Raal. Los carros solían cruzarla en poco más de media hora, saltando de duna en duna y derrapando peligrosamente sobre sus curvas. Los árabes adoraban estos nuevos juguetes. A las motocicletas las llamaban caballos endemoniados, y las consideraban hijas de los carros, que eran a su vez hijos de los trenes. Lo que nos daba tres generaciones de transporte mecánico.

La Marina hizo cuanto pudo por nosotros en Weyh. El *Espiegle* fue enviado por Boyle como barco-estación, con la maravillosa orden de «hacer cuanto estuviera en su poder por cooperar en los múltiples planes que le

fueran sugeridos por el coronel Newcombe, dejando bien claro que se trataba de un favor». Su comandante, Fitzmaurice (un buen nombre en turco), era el alma de esta hospitalidad y halló bastante diversión en nuestra actividad costera. Nos ayudó de mil maneras, sobre todo en cuestiones de señalización, ya que era un experto en telegrafía, y un mediodía el *Northrook* vino a traer un equipo de telegrafía de campaña, cargado en un camión ligero, para nuestro servicio. Dado que no había nadie que nos explicara su uso, nos hallábamos perdidos; pero Fitzmaurice vino a tierra con la mitad de su tripulación, condujo el camión a un lugar adecuado, plantó los postes con total profesionalidad, puso en marcha el aparato y lo conectó de modo tal que antes de la caída del sol había entrado ya en comunicación con el *Northbrook* y mantenido una larga conversación con su telegrafista. La estación aumentó la eficacia de nuestra base en Weyh y se mantuvo ocupada día y noche, llenando el Mar Rojo con mensajes en tres lenguas, y veinte diferentes tipos de códigos cifrados militares.

CAPÍTULO XXX

Fajri Pachá seguía jugando nuestro juego. Había establecido una red de trincheras en torno a Medina, lo suficientemente alejadas de la ciudad como para hacer imposible que los árabes pudieran alcanzarla con su artillería (intento que ni en broma se les pasó nunca por la cabeza). Sus restantes tropas se hallaban distribuidas a lo largo de la vía férrea, en fuertes guarniciones que ocupaban todos los puntos de aprovisionamiento de agua entre Medina y Tebuk, y en puestos menores situados entre dichas guarniciones, de modo que patrullas diarias pudieran mantener abierta la vía de comunicación. En una palabra, había caído en la trampa de una táctica defensiva tan estúpida como pueda imaginarse. Garland, por su parte, había avanzado en dirección sudeste desde Weyh, mientras Newcombe lo hacía hacia el nordeste, para abrirse posiciones mediante explosivos de gran potencia. Pretendían cortar raíles y puentes y colocar minas automáticas para trenes en marcha.

Los árabes habían pasado de la duda a un violento optimismo, y parecían prometer un ejemplar servicio. Feisal consiguió enrolar a la mayor parte de los billi y

de los moahib, lo que lo convirtió en dueño de Arabia, en la franja comprendida entre el ferrocarril y el mar. Los yuheina se los envió a Abdulla en Wadi Ais.

Podía ahora prepararse para abordar en serio la vía férrea del Heyaz; pero con una intuición práctica le rogué que se demorara antes en Weyh y pusiera en marcha un intenso movimiento entre las tribus que estaban más allá de nosotros, de modo que en el futuro nuestra rebelión pudiera ampliarse, y la vía férrea resultara tan amenazada desde Tebuk (nuestro límite de influencia por entonces), por el norte, como desde Maan. Mi visión del curso de la guerra árabe era entonces un tanto miope. No había comprendido aún que, para la victoria, era más importante la persuasión que la lucha. Por el momento, yo unía las dos, y, puesto que por fortuna Feisal prefería antes cambiar las mentes de los hombres que cortar vías férreas, la persuasión se llevó la mejor parte.

Con sus vecinos del norte, los howeitat costeños, había iniciado ya aproximaciones; pero ahora entramos en contacto con los beni Atiyeh, un poderoso pueblo del nordeste, y dimos un gran paso cuando su jefe, Asi ibn Atiyeh, vino a prestar juramento de fidelidad. Su principal motivación eran los celos que sentía de sus hermanos, por lo que no esperamos de él que fuera a prestar una ayuda activa; pero el pan y la sal con él compartidos nos dieron una gran libertad de movimientos por el territorio de su tribu. Más allá se extendían las diversas tribus que prestaban obediencia a Nuri Shaalam, el gran emir de los ruwalla, quien, tras

el jerife, ibn Saud e ibn Rashid, era la cuarta figura en importancia entre los precarios príncipes del desierto.

Nuri era un anciano que llevaba gobernando a los anazeh durante treinta años. La suya era la principal familia de los ruwalla, pero Nuri no tenía ninguna precedencia entre ellos por su nacimiento, ni era muy querido, ni tampoco un gran guerrero. Su liderazgo había sido adquirido a fuerza de carácter. Para ganarlo había tenido que matar a dos de sus hermanos. Posteriormente había añadido a los sherarat y otros al número de sus seguidores, y en todo el desierto que les pertenecía su palabra era ley. Carecía de las zalamerías habituales entre los restantes jeques: una palabra suya y se había terminado la oposición o el oponente. Todos le temían y le obedecían; para poder usar sus caminos, debíamos ganarnos su aprobación.

Afortunadamente, esto no fue difícil. Feisal se la había ganado desde años antes, y la había conservado mediante continuos intercambios de presentes desde Medina y Yenbo. Esta vez, envió a Fais el Ghusein desde Weyh, y por el camino se cruzó con ibn Dughmi, uno de los jefes de los ruwalla, que venía hacia nosotros con el muy deseable presente de doscientos camellos de carga. Nuri, por supuesto, aún mantenía buenas relaciones con los turcos. Damasco y Bagdad eran sus mercados, y los turcos habrían podido cercar por hambre a su tribu, en sólo tres meses, de tener sospechas de él; pero sabíamos que, en el momento preciso, podríamos tener su ayuda armada, y hasta

entonces una especie de cortafuegos entre nosotros y los turcos.

Su favor nos abriría el Sirhan, la famosa ruta camellera, terrenos de acampada y una cadena de pozos de agua, que en una serie de depresiones comunicadas entre sí se extendía desde Yauf, la capital de Nuri, situada hacia el sudeste, en dirección norte hasta Azrak, cerca ya de Yebel Druse, en Siria. Era la ruta libre del Sirhan lo que necesitábamos para alcanzar sin obstáculos a los howeitat orientales, aquellos famosos abu Tayi, de los que Auda, el más famoso luchador del norte de Arabia, era el jefe. Sólo por medio de Auda abu Tayi podíamos coaligar a las tribus que se extendían de Maan a Akaba con tanta fuerza a nuestro favor que pudieran ayudarnos a tomar Akaba y sus colinas; sólo gracias a su apoyo podíamos aventurarnos desde Weyh por la larga ruta que lleva hasta Maan. Desde nuestros días de Yenbo veníamos suspirando por su cooperación y habíamos intentado ganarle para nuestra causa.

Dimos un gran paso adelante en Weyh mismo; ibn Zaal, su primo y un jefe guerrero de los abu Tayi llegaron a nuestro campamento el 17 de febrero, que fue en todos los aspectos un día afortunado. Al amanecer llegaron cinco principales de los sherarat del desierto situado al este de Tebuk, trayendo como regalo huevos de avestruz árabe, pájaro muy abundante en su poco frecuentado desierto. Tras ellos, los esclavos introdujeron a Dhaif-Allah, un abu Tiyur, primo de Yamd ibn Yazi, jefe principal de los howeitat

centrales de la altiplanicie de Maan. Eran un pueblo numeroso y potente, espléndidos luchadores, pero enemigos de sangre de sus primos, los nómadas abu Tayi, debido a una vieja querella entre Auda y Hamd. Nos sentimos orgullosos de verlos venir de tan lejos para saludarnos, y sin embargo poco contentos, ya que eran menos adecuados que los abu Tayi para nuestro propósito de atacar Akaba.

Pisándoles los talones llegó un primo de Nawwaf, el hijo mayor de Nuri Shaalan, trayendo una yegua que Nawwaf le enviaba a Feisal. Los shaalan y los yazi, enemigos como eran, intercambiaban furibundas miradas; así que separamos ambas partidas, e improvisamos un nuevo campamento de huéspedes. Tras los ruwalla, se hizo anunciar el jefe abu Taigeiga de los howeitat sedentarios de la costa. Llevaba, junto con el respetuoso homenaje de su tribu, los despojos de Dhaba y Moweilleh, las dos últimas avanzadillas turcas del Mar Rojo. Se le hizo sitio en la alfombra de Feisal, y recibió las más calurosas gracias por la actividad desplegada por su tribu, que nos llevaba hasta las proximidades de Akaba, avanzando por caminos demasiado duros para operaciones de fuerza, pero adecuados para la propaganda y aún más para conseguir noticias.

Por la tarde llegó ibn Zaal, junto con otro de los principales súbditos de Auda. Besó la mano de Feisal, una vez por Auda y otra por sí mismo, y, tomando asiento, dijo que venía de parte de Auda a ofrecer sus respetos y pedir órdenes. Feisal, diplomáticamente,

controló las manifestaciones exteriores de su alegría, y lo presentó con grave continente a sus enemigos de sangre, los yazi howeitat. Ibn Zaal esbozó hacia ellos un gesto de reconocimiento. Luego, tuvimos con él una amplia conversación y lo despedimos con ricos presentes, promesas aún más ricas, y un mensaje del propio Feisal para Auda en el que decía que su espíritu no reposaría hasta que pudieran encontrarse frente a frente en Weyh. Auda tenía un inmenso prestigio, pero era una incógnita para nosotros, y en materia tan vital como Akaba no podíamos cometer errores. Debía venir a nosotros de modo que pudiéramos calibrarlo, y enmarcar nuestros planes futuros en su presencia, y con su ayuda.

Excepto por todos estos felices eventos, el día no resultó distinto al cotidiano acontecer de Feisal. La avalancha de noticias hinchaba mi diario. Los caminos que conducían a Weyh eran un continuo ir y venir de enviados, voluntarios y grandes jeques que venían a jurar fidelidad. El contagio de sus idas y venidas hizo que los tibios billi se pusieran cada vez más firmemente de nuestro lado. Feisal hacía jurar a los nuevos adherentes sobre el Corán, «esperar mientras él esperara, marchar a la batalla cuando él marchara, no prestar obediencia a los turcos, tratar amablemente a cuantos hablaran árabe (fueran bagdalíes, sirios o árabes de pura sangre) y poner la independencia por encima de su vida, su familia y sus bienes».

Empezó, asimismo, a confrontar en su presencia a los enemigos tribales, y a arreglar sus disputas. Un

recuento de pérdidas y ganancias solía efectuarse entre las partes, haciendo Feisal de moderador y mediando entre ellos, e incluso pagando la diferencia, o contribuyendo a equilibrar a las partes con sus propios fondos, para acelerar el arreglo. Durante dos años, Feisal había trabajado día tras día, reuniendo y recomponiendo según su orden natural las innumerables piezas que configuraban la sociedad árabe, combinándolas de acuerdo con una única meta, que era la guerra contra los turcos. No quedaban disputas de sangre por allí por donde él pasaba, y acabó constituyéndose en Corte de Apelación, única e indisputada de toda la Arabia occidental.

Tal logro era digno de sus merecimientos, ya que nunca emitió un dictamen parcial, ni tomó decisiones tan impracticables que pudieran conducir al desorden. Ningún árabe impugnó nunca sus sentencias, o puso en duda su sabiduría y competencia en cuestiones tribales. Con su paciente forma de distinguir lo bueno de lo malo, su tacto y su asombrosa memoria, consiguió imponer su autoridad sobre los nómadas, desde Medina a Damasco, y aún más allá. Fue reconocido como una fuerza que trascendía los límites tribales y cancelaba las venganzas de sangre, que son peores que los celos. El movimiento árabe acabó haciéndose nacional en el mejor de los sentidos, ya que todos los árabes actuaban al unísono, dejando de lado sus intereses particulares, y el lugar más eminente de este movimiento, por derecho propio y personal capacidad, vino a ser justamente ocupado por el

hombre que lo detentaría durante las pocas semanas que duró el triunfo y durante los muchos más largos meses de desilusión que siguieron a la liberación de Damasco.

CAPÍTULO XXXI

Urgentes mensajes de Clayton irrumpieron en medio de tan animosa labor, con orden de esperar en Weyh dos días la llegada del *Nur el Bahr*, una patrullera egipcia, que arribaba con nuevas. No me encontraba yo bien, lo que me hizo más agradable la espera. La patrullera llegó el día esperado, y desembarcó a MacRury, quien me entregó una copia de las instrucciones telegráficas enviadas por Yemal Pachá a Fajri en Medina. Dichas órdenes emanaban del propio Enver y del Estado Mayor alemán en Constantinopla, y ordenaba el inmediato abandono de Medina, y la evacuación en masa de las fuerzas turcas, primeramente en dirección de Hedia, de allí a El-Ula, de este último lugar a Tebuk, y finalmente a Maan, donde se establecería una nueva cabeza de línea férrea y una bien fortificada posición.

Este traslado podía haber supuesto para los árabes una importante ventaja; pero nuestro ejército en Egipto se sentía incomodado ante la perspectiva de veinticinco mil efectivos de tropas anatolias con más recursos artilleros de los habituales desplazándose de pronto hacia el frente de Beersheba. Clayton, en su carta, me

decía que semejante cuestión debía ser tratada con el máximo interés llevándose a cabo todos los esfuerzos precisos para capturar Medina, o destruir a su guarnición en el momento de iniciar su retirada. Newcombe se hallaba en acción en la vía férrea, llevando a cabo un vigoroso programa de demoliciones, de modo que la responsabilidad del momento recaía en mí, y yo temía que fuera poca cosa lo que pudiera hacerse a tiempo, ya que el mensaje había sido enviado varios días antes, y la evacuación debía de estar a punto de producirse.

Referimos a Feisal francamente cuál era la situación, y que los intereses Aliados exigían en este caso un sacrificio, o al menos una postergación del beneficio inmediato que podrían conseguir los árabes. Como siempre, hizo de esto una cuestión de honor, y se mostró inmediatamente dispuesto a hacer cuanto estuviera de su parte. Calculó nuestras posibilidades y recursos, y se dispuso a avanzar hasta la línea férrea. Al jerife Mastur, un honesto y tranquilo anciano, y a Rasim, con sus cotribeños, su infantería montada en mulas y un cañón, se les ordenó avanzar hasta Fagair, la primera base bien provista de agua, al norte de Wadi Ais, para tomar posiciones sobre nuestra primera sección de vía férrea, desde el área dominada por Abdulla hasta el norte.

Ali ibn Hussein, de Yeida, atacaría la siguiente sección de vía férrea al norte de Mastur. Dijimos a ibn Mahanna que se mantuviera pegado a El Ula, y tuviera a esta localidad bajo observación. Ordenamos al jerife

Nasir permanecer cerca de Kalaat el Muadhdhan, y tener aprestados a sus hombres para realizar cualquier acción. Le escribí, por otro lado, a Newcombe, para que se acercara a Weyh a recibir noticias. El viejo Mohammed Ali tenía que avanzar desde Dhaba hasta un oasis próximo a Tebuk, de modo que si la evacuación llegaba hasta tan lejos, estuviéramos preparados. Las ciento cincuenta millas de vía férrea situadas en nuestro sector quedarían así perfectamente sitiadas mientras Feisal mismo, en Weyh, se mantenía alerta para socorrer a cualquier sección que pudiera necesitarlo.

La parte que a mí me correspondió fue trasladarme a ver a Abdulla en Wadi Ais, para averiguar las razones de su inactividad durante los dos últimos meses, y persuadirlo de que si los turcos evacuaban Medina caerían directamente sobre él. Yo esperaba que pudiéramos obstaculizar su evacuación, realizando tal cantidad de pequeñas escaramuzas a todo lo largo de la línea férrea que el tráfico por ella quedara seriamente desorganizado, y el traslado de los necesarios avituallamientos para la tropa en cada etapa del camino resultara impracticable. Las fuerzas turcas de Medina, escasas como estaban de animales de carga, era poco lo que podían transportar con ellas. Enver les había enviado instrucciones de transportar por tren los cañones y el avituallamiento; escoltar dichos trenes con las columnas en marcha, y avanzar todos por la vía férrea. Se trataba de una maniobra sin precedentes, y con sólo que ganáramos diez días para

situarnos sobre el terreno, y ellos intentaran entonces algo tan estúpido, podríamos tener la posibilidad de destruirlos.

Al día siguiente dejé Weyh, enfermo y en malas condiciones para llevar a cabo una larga marcha, y Feisal, por su parte, entre las prisas y las muchas preocupaciones, me eligió una comitiva de tipos estrafalarios. Como guías llevaba a cuatro rifaa y un merawi yuheina, y Arslan, un sirio soldado-criado, actuaba a la vez de aguador para los árabes y de encargado de prepararme a mí el pan y el arroz; venían además cuatro ageyl, un moro y un ateibi, Suleimán. Los camellos, delgados a causa de la mala hierba que pastaban en el reseco territorio billi, tenían que marchar despacio.

Nuestra partida se fue retrasando una y otra vez, hasta las nueve de la noche, hora en que salimos ya de mala gana; pero yo estaba decidido a estar fuera de Weyh antes de la mañana siguiente. Así que marchamos durante cuatro horas, e hicimos un alto para dormir. Al día siguiente hicimos dos etapas de cinco horas cada una, y acampamos en Abu Zereibat, en nuestro antiguo campamento de invierno. La gran charca había bajado poco de nivel en aquellos dos meses, pero su agua tenía un gusto mucho más salobre. Unas pocas semanas después estaba inservible para beber. Un pozo cercano, según decían, contenía agua mucho más tolerable. Ni siquiera me preocupé por buscarlo, dado que las escoceduras de

mi espalda y una fiebre alta me hacían penosa la monta en camello, y me encontraba agotado.

Antes del alba emprendimos de nuevo la marcha, y tras cruzar Hamdh nos sentimos un tanto perdidos en medio de la quebrada superficie de Agunna, un área cubierta de colinas bajas. Cuando el día rompió pudimos enderezar el rumbo y avanzamos por una torrentera escalonada hasta El-Jubt, una llanura rodeada de colinas que se extiende hasta las Sujur, las aglomeraciones graníticas de colinas que habían dominado nuestra ruta ascendente desde Um Leyy. El suelo rebosaba de colocintos, cuyos tallos rastreros y frutos lucían con aire festivo a la luz del día. Los yuheina afirmaban que tanto las hojas como los tallos eran excelentes para los caballos que quisieran comerlos, y que saciaban la sed para muchas horas. Los ageyl decían que el mejor aperitivo era beber leche de camella en cuencos hechos con la corteza de la planta. El ateibi juraba que le bastaría para saciarse con frotar el jugo del fruto contra la planta de sus pies. Y el moro Hamed decía que la médula seca del arbusto servía para hacer muy buena yesca. En una sola cosa coincidían todos, y era en que la planta resultaba inútil o venenosa para los camellos.

Con esta charla recorrimos plácidamente las tres millas del Jubt, pasando a través de un bajo acantilado a una llanura más pequeña. Veíamos ahora que, de las montañas del Sujur, dos apilamientos de roca volcánica de color rojizo y estrías grises se alzaban hacia el nordeste, protegidos de los quemantes rayos solares y

la abrasiva acción del viento. La tercera Sajara, que se erguía un poco aparte de las otras, era la burbuja granítica que despertara mi curiosidad. Vista de cerca, parecía más bien un gran balón de rugby medio enterrado en el suelo. Tenía también un color marronizo. Sus caras sur y este eran lisas y sin resquebrajaduras, y su cúspide regular relucía y brillaba, recorrida por pequeñas grietas que más bien parecían costuras; en conjunto formaba una de las más extrañas montañas del Heyaz, país todo él de curiosas montañas. Avanzamos a trote suave hacia ella, bajo una suave llovizna que cortaba sesgada, extraña y hermosamente, los rayos solares. Nuestra ruta atravesaba por entre la Sajara y las Sujur, por una estrecha garganta de piso arenoso y paredes empinadas y sin vegetación. Su cresta era abrupta. Tuvimos que escalar por repisas de piedras afiladas, y por una gran grieta en la ladera de la montaña, entre dos empinados acantilados de dura roca. La cima de este puerto era similar al filo de una navaja, y descendimos de ella por una brecha llena de derrumbes, medio bloqueada por un gran peñasco caído, que había sido hollado por todas las generaciones de usuarios tribales de esta ruta. Del otro lado se extendía un espacio cubierto de árboles, adonde venían a confluir todos los arrastres de tierra que las lluvias invernales lamían de las laderas de las Sujur. Podían verse diseminadas eflorescencias graníticas rodeadas de una fina arena plateada en los

aún encharcados canales que desaguaban hacia Heiran.

Penetramos luego en una salvaje confusión de lajas graníticas, apiladas al azar en pequeños montículos, por entre los cuales vagamos buscando los sitios más practicables al paso de nuestros vacilantes camellos. Poco después del mediodía, este paisaje dio paso a un ancho valle recubierto de bosque, por el cual ascendimos durante una hora, hasta que empezamos a encontrar dificultades de nuevo; ya que tuvimos que desmontar y llevar a nuestros animales del ronzal por un empinado y estrecho sendero de escalones rocosos, tan desgastados por el paso de tantos pies que resultaban peligrosos con tiempo húmedo. Este sendero nos llevó hasta la cima de la colina y de nuevo nos hizo bajar a una serie de pequeños montículos y valles, de donde descendimos por una rocosa bajada en zigzag hasta una torrentera. Ésta pronto se hacía demasiado estrecha para permitir el paso de los camellos cargados, por lo que el sendero la abandonaba para colgarse precariamente por la ladera de la montaña, con un acantilado abajo y otro por encima. Tras quince minutos de semejante camino, nos alegramos de poder alcanzar un alto puerto sobre el que los viajeros habían ido acumulando pequeñas pilas de piedras conmemorativas y de acción de gracias. De esta misma naturaleza habían sido los apilamientos conmemorativos de piedras que había encontrado en Masturah, en mi primera jornada árabe, de Rabegh hasta el campamento de Feisal.

Nos detuvimos para añadir una más al montón, y empezamos a descender por un arenoso valle hacia Wadi Hanbag, un ancho tributario del Hamdh bien cubierto de bosque. Tras el atormentado paisaje que nos había aprisionado durante horas, la amplitud del Hanbag resultaba refrescante. Su limpio y blanco lecho se extendía hacia el norte en medio del arbolado, formando una leve curva bajo las escarpadas colinas de color rojo y marrón, permitiendo una perspectiva de unas dos millas hacia arriba y hacia abajo de su curso. Verdes herbazales y pastos cubrían las bajas laderas arenosas del afluente, y allí nos detuvimos durante media hora para dejar que nuestros hambrientos camellos pastaran la jugosa y saludable ración.

No habían gozado de semejante pasto desde Bir el Waheidi, y se lanzaron sobre él vorazmente, tragándolo sin masticarlo, almacenándolo para la posterior y más reposada digestión. Cruzamos seguidamente el valle en dirección de un ramal opuesto a aquel por donde habíamos entrado. Éste, llamado Wadi Kitan, era no menos hermoso. Su superficie de guijarros, desprovista de rocas sueltas, estaba abundantemente recubierta de árboles. Sobre su margen derecha podían verse ascender colinas de suave pendiente; a su izquierda se alzaban las altas cumbres llamadas Yidhwa, formando hileras paralelas de quebrados escalonamientos graníticos, muy rojos en ese momento bajo un sol del atardecer que lucía entre masas de nubes cargadas de lluvia.

Acampamos, finalmente, y cuando los camellos hubieron sido descargados y llevados a pastar, me tumbé bajo las rocas y me puse a descansar. Mi cuerpo se hallaba fuertemente afectado por el dolor de cabeza y la fiebre, síntomas concomitantes de un agudo acceso de disentería que había venido molestándome todo el camino y que me había llegado a tumbar en dos ocasiones durante el día, haciéndome perder el sentido por breves instantes, precisamente cuando las más duras etapas del camino requerían todas mis fuerzas. La disentería en esta parte de la costa de Arabia suele caer como un mazazo sobre sus víctimas, y las aplasta durante unas pocas horas, tras las cuales los peores efectos pasan; pero dejan a los hombres curiosamente cansados, y sometidos durante algunas semanas a repentinas crisis nerviosas.

Mis acompañantes habían estado peleándose todo el día; y mientras me hallaba reposando cerca de las rocas se oyó un disparo. No le presté mayor atención porque había liebres y pájaros en el valle; pero poco después Suleimán vino a buscarme y me hizo seguirlo hasta un refugio rocoso situado al otro lado del valle, donde uno de los ageyl, un boreida, yacía muerto sobre una roca con una bala atravesándole la sien. El tiro debía de haber sido disparado de cerca, porque se veía quemada la piel en torno a la herida. Los restantes ageyl corrían frenéticamente de un lado para otro; y cuando les pregunté qué había pasado, Ali, su jefe, dijo que Hamed el moro había cometido el asesinato. Yo sospechaba de Suleimán, por la disputa entre los atban

y los ageyl que había estallado en Yenbo y en Weyh; pero Ali me aseguró que Suleimán había estado con él trescientas yardas más allá, valle arriba, recogiendo leña cuando se oyó el tiro. Mandé a todos salir en busca de Hamed, y me arrastré hasta donde estaba el equipaje, lamentando que aquello hubiera tenido que ocurrir precisamente cuando me hallaba enfermo.

Mientras estaba allí tumbado oí un ruido, y abrí los ojos lentamente, viendo ante mí la espalda de Hamed, que se agachaba a recoger sus alforjas, dejadas justo al otro lado de mi roca. Le apunté primero con mi pistola y luego hablé. Había dejado en el suelo su rifle para poder recoger sus bártulos; y quedó a mi merced hasta que los otros volvieron. Constituimos de inmediato un tribunal; y después de un rato Hamed confesó que él y Salem habían tenido unas palabras, a él se le había nublado la vista y le había disparado de repente. Los ageyl, como parientes que eran del muerto, reclamaban sangre por sangre. Los demás los apoyaban; y yo intenté inútilmente convencer de lo contrario al amable Ali. Mi cabeza me dolía a causa de la fiebre y apenas podía pensar; pero difícilmente, aun gozando de la mejor salud, y pudiendo disponer de mi más brillante elocuencia, hubiera podido librar a Hamed, pues Salem había sido un amistoso camarada y su súbita muerte resultaba un abominable crimen.

Entonces tuvo lugar uno de esos horrores que harían que el hombre civilizado huyera de la justicia como de la peste, si no tuviera a su disposición a algún menesteroso que le sirviera de verdugo a cambio de un

salario. Había otros marroquíes en nuestro ejército; y dejar a los ageyl matar a uno de ellos en una venganza de sangre hubiera significado poner en peligro nuestra unidad. Debía de haber una ejecución formal, y al cabo, a la desesperada, le dije a Hamed que debía morir como castigo, haciendo recaer sobre mí mismo el peso de su muerte. Tal vez a mí no me considerarían cualificado para una venganza de sangre. Al menos no habría ninguna venganza contra mis seguidores; ya que yo era un extraño sin parentela.

Le hice penetrar en un estrecho barranco, un húmedo y umbroso lugar recubierto de arbolado. Su arenoso suelo había sido excavado por las trombas que habían caído desde los acantilados durante las recientes lluvias. En su parte final se estrechaba hasta formar una grieta de pocas pulgadas de anchura. Las paredes caían verticales. Me situé en la entrada y le di unos pocos momentos de tregua, que él gastó llorando por el suelo. Luego, lo hice levantarse y le disparé en el pecho. Cayó redondo sobre los hierbajos profiriendo un grito, mientras la sangre manchaba sus ropas a borbotones, y él venía rodando entre espasmos hasta casi donde yo me hallaba. Le disparé de nuevo, pero me temblaba la mano de modo que sólo le acerté en la muñeca. Seguía gritando, con menos fuerza, yaciendo ahora boca arriba con los pies en mi dirección, y yo me incliné hacia él y le disparé por última vez en la parte carnosa del cuello, bajo la mandíbula. Su cuerpo retembló ligeramente, y yo llamé a los ageyl; que lo enterraron en el mismo barranco. Poco después la

insomne noche cayó sobre mí, hasta que, horas antes de salir el sol, levanté a los hombres y les hice cargar las bestias, en mi deseo de abandonar cuanto antes Wadi Kitan. Tuvieron que auparme hasta la silla.

CAPÍTULO XXXII

La madrugada nos sorprendió cruzando un corto desfiladero escalonado que desde Wadi Kitan conducía al principal valle de drenaje de aquella sucesión de colinas. Torcimos a continuación hacia Wadi Reimi, un valle tributario, para conseguir agua. No había allí un pozo propiamente dicho, sino un rezumadero abierto en el lecho rocoso del valle; y pudimos dar con él en parte gracias a nuestro olfato; aunque el gusto, no obstante ser igualmente asqueroso, resultaba curiosamente distinto del olor. Rellenamos allí nuestros pellejos de agua. Arslan coció pan, y permanecimos allí unas dos horas. Proseguimos luego a través de Wadi Amk, un valle cubierto de verdor, que facilitaba la marcha de nuestros camellos.

En el punto en que el Amk torcía hacia el oeste, lo cruzamos, subiendo por entre los apilamientos de combado granito gris (similares a gachas frías) que son habituales en el interior montañoso del Heyaz. El desfiladero terminaba a los pies de una rampa escalonada natural; malamente quebrada, zigzagueante, y difícil para los camellos, pero corta. A continuación, nos vimos atravesando durante una hora

un amplio valle, rodeado de colinas bajas por la derecha, y montañas por la izquierda. Había charcas formadas entre los peñascos, y tiendas de merawin bajo los delgados árboles que señoreaban la llanura. La fertilidad de las laderas era grande; sobre ellas pacían rebaños de ovejas y cabras. Conseguimos leche de los árabes; la primera leche que mis ageyl tomaban después de dos años de sequía.

La senda que conducía fuera del valle resultaba execrable a la altura de la cabecera, y su bajada hacia Wadi Marraj casi peligrosa, pero la vista que nos dispensó desde la cima nos compensó suficientemente. Wadi Marraj, una ancha y tranquila avenida, corría entre dos rectas y regulares paredes montañosas, hasta un circo situado cuatro millas más allá, donde parecían confluir diversos valles desde la izquierda, la derecha y el centro. Montones artificiales de piedras de arrastre se hallaban apilados en los alrededores. Y al penetrar en él pudimos ver que las grises paredes montañosas se alejaban a cada lado formando un semicírculo. Ante nosotros, por el sur, la curva se veía cortada por una pared recta o escalonada de lava negro-azulada, que se elevaba sobre un bosquecillo de árboles de espino. Enfilamos hacia allí y nos tendimos bajo su leve sombra, agradecidos por encontrar en tan sofocante atmósfera al menos una apariencia de frescor.

El día, con el sol en su cenit, era más que caluroso; y mi debilidad se había incrementado de tal modo que apenas podía mantener derecha la cabeza. Las

bocanadas de viento enfebrecido presionaban contra nuestros rostros como manos abrasadoras quemándonos los ojos. El dolor me hacía respirar espasmódicamente por la boca; el viento resquebrajaba mis labios y me resecaba la garganta hasta dejarla tan rasposa que apenas podía hablar, y beber me resultaba doloroso; sin embargo, seguía teniendo necesidad de beber, puesto que la sed no me dejaba reposar tranquilo y conseguirla paz que tanto deseaba. Las moscas eran una plaga.

El lecho del valle estaba hecho de fina grava de cuarzo y arena blanca. Su brillo conseguía traspasar nuestros párpados; y el nivel del terreno parecía bailar cuando el viento movía las blancas puntas de los rastrojos a un lado y a otro. Los camellos adoraban esta hierba, que crecía formando penachos de unas dieciséis pulgadas de alto, sobre tallos de color malaquita. Engulleron grandes cantidades de ella hasta que los condujeron cerca de mí y los hicieron tumbarse. En ese momento llegué a odiar a las bestias, ya que la gran cantidad de comida hacía que su aliento hediera; no paraban de regurgitar nuevos rumios de hierba, tan pronto habían acabado de masticar y tragar los anteriores, hasta que una baba verde empezaba a inundar sus blandos labios por la parte de los dientes laterales, y se escurría por su caída mandíbula inferior.

Lleno de enojo, arrojé una piedra al más próximo, que se levantó y empezó a remolonear por detrás de mi cabeza, hasta que abriendo de par en par sus patas traseras empezó a depositar gruesos y acres

cagajones; y yo me hallaba tan debilitado a causa del calor y el dolor que no podía hacer otra cosa que gritar inútilmente. Los hombres habían ido a encender fuego, para cocinar la gacela que uno de ellos había tenido la fortuna de cazar; y me di cuenta de que en cualquier otro día aquella parada me hubiera resultado de lo más placentera; porque las colinas exhibían extrañas formas y vívidos colores. Su base tenía el cálido verdor de la luz largo tiempo almacenada; mientras que por la parte de sus cimas corrían estrechas vetas de piedra de color granito, generalmente emparejadas, que seguían el contorno del horizonte como herrumbrosos raíles de una vía férrea abandonada. Arslan dijo que las colinas estaban acurrucadas como gallos, lo que era una observación mucho más aguda.

Una vez que los hombres hubieron comido, montamos de nuevo y escalamos con facilidad la primera colada de lava. Era estrecha, como también la segunda, sobre la cual se extendía una ancha terraza con una capa aluvial de arena y gravilla en su medio. La lava formaba un piso casi limpio de escoria rocallosa de un color rojo-hierro, sobre el que podían verse dispersas manchas de piedras sueltas. El tercero y restantes escalones volcánicos ascendían hacia el sur, pero nosotros torcimos hacia el este, remontando hacia Wadi Gara.

Gara debió de haber sido en otro tiempo un valle granítico por cuya mitad habíase desparramado la lava, llenándolo poco a poco, y abombándolo hasta formar una comba central. A cada lado de ésta se habían

formado profundas artesas, entre la lava y las viejas laderas de granito. La corriente de lava, al solidificarse, había formado una costra de aspecto ondulante, como una cuerda, quebrada e irregularmente doblada sobre sí misma. Su superficie mostraba fragmentos sueltos sobre los cuales muchas generaciones de partidas camelleras habían abierto un sendero inadecuado y penoso.

Luchamos durante horas con esta superficie, marchando lentamente, mientras nuestros camellos reculaban en cada zancada al toparse sus tiernos pies con los afilados rebordes del suelo. La senda se distinguía sólo gracias a los restos que la bordeaban, y por la ligeramente más azulada superficie del suelo gastado. Los árabes la declaraban intransitable de noche, lo que era bien de creer, ya que corríamos el peligro de lisiar a nuestras bestias cada vez que nuestra impaciencia nos llevaba a urgirlas. Sólo poco antes de las cinco empezó el camino a hacerse más fácil. Parecíamos hallarnos cerca de la cabecera del valle, que iba estrechándose cada vez más. Ante nosotros, a la derecha, un cráter de forma rigurosamente cónica, con onduladas estrías recorriéndolo de los bordes al fondo, parecía augurar buen camino; ya que estaba cubierto de negras cenizas, limpias como si hubieran sido cribadas, con ocasionales bancos de suelo más duro, de lava y escoria. Al otro extremo del mismo se extendía un campo de lava, más antiguo quizá que los del valle, porque sus piedras estaban ya redondeadas, y entre

ellas podían verse franjas de tierra, sembradas de hierbajos. En medio de estos espacios abiertos se hallaban plantadas tiendas beduinas, cuyos propietarios corrieron hacia nosotros cuando nos vieron acercarnos; y tomando nuestras riendas con hospitalaria fuerza, nos condujeron a su campamento.

Resultaron ser el jeque Fahad el Hansha y su gente; viejos y curtidos guerreros que habían marchado con nosotros sobre Weyh, y habían estado también con Garland cuando éste había hecho estallar su primera mina automática bajo un convoy de tropas cerca de la estación de Toweira. Fahad no quiso oír hablar de mi permanencia fuera de su tienda, sino que con el audaz igualitarismo de los hombres del desierto me instó a instalarme entre sus propias y desdichadas bestias. Allí me hizo beber cuenco tras cuenco de diurética leche de camella, mientras me preguntaba por Europa, mi tribu, los pastos para camellos de Inglaterra, la guerra del Heyaz y las guerras en otras partes, Egipto y Damasco, cómo era Feisal, por qué buscábamos a Abdulla, debido a qué perversidad seguía siendo yo cristiano, y cuándo sus corazones y sus manos iban a poder darme la bienvenida al seno de la Fe.

Así transcurrió largamente el tiempo hasta las diez de la noche, cuando nos fue traído el cordero destinado a los huéspedes, principescamente descuartizado sobre un inmenso montón de arroz con manteca. Comí, como la etiqueta lo exigía, me envolví en mi capa y me eché a dormir; mi agotamiento físico, tras horas de soportar la peor marcha que pueda imaginarse, me

había vacunado contra pulgas y piojos. La enfermedad, no obstante, había estimulado mi ordinariamente parca fantasía, que se desbocó aquella noche en forma de sueños donde aparecía yo desnudo sobre interminables campos de lava (semejantes a huevos revueltos de color azul-hierro, altamente dañinos), que desgarraban mis pies como aguijones de insecto; y con algún horroroso fantasma, un moro muerto tal vez, persiguiéndonos infatigablemente.

Por la mañana nos despertamos temprano y repuestos, con nuestra ropa llena de picantes lunares que se alimentaban a nuestra costa. Tras un nuevo cuenco de leche proporcionado por el ansioso Fahad, pude caminar sin ayuda hasta mi camello y montarlo por mí mismo. Ascendimos el último tramo de Wadi Gara hasta su borde, pasando por entre conos de negras escorias procedentes de un cráter situado al sur. De allí torcimos hacia un valle lateral, que terminaba en una chimenea rocosa escalonada, por la cual hicimos subir a nuestros camellos.

Del otro lado encontramos una suave bajada hasta Wadi Murrmiya, cuyo centro relumbraba con una lava semejante a hierro galvanizado, estando sus lados formados por lechos de suave arena, de fácil tránsito. Pasado un tramo, vinimos a dar con un corte en la capa de lava, que servía como paso para transitar al otro lado. Cruzamos por él, observando que la lava alternaba con bolsas de tierra aparentemente muy rica, ya que en ellas crecían árboles de jugosas hojas y prados de verdadera hierba, sembrados de flores, que

representaban los mejores pastos que habíamos encontrado en todo el camino, con un color verde brillante realzado por las tortuosas costras negro-azuladas que las circundaban. La lava había cambiado de carácter. No se veían ya apilamientos de piedras sueltas, semejantes a grandes calaveras o manos humanas, erosionadas y gastadas todas a un tiempo, sino lienzos agrupados y cristalizados de roca metálica, absolutamente intransitables para pies desnudos.

Otro desaguadero nos condujo directamente a un espacio abierto donde los yuheina habían arado ocho acres de suelo pobre, anteriormente recubierto de matorral. Decían que había en la vecindad otros campos como éste, silenciosos testigos del coraje y la persistencia de los árabes. El lugar tenía el nombre de Wadi Cheft, y tras él venía otra colada de lava, la peor que hasta entonces habíamos encontrado. Una oscura pista zigzagueaba por ella. Perdimos un camello con una pata rota, consecuencia de un tropezón con un pozo; y los muchos huesos que sembraban el camino mostraban que no éramos la única partida que sufriera allí idéntico infortunio. Con esto, no obstante, y según los guías, terminaban los campos de lava, teniendo ante nosotros ya sólo suaves valles, con sólo un largo recorrido por una leve pendiente hasta la caída del sol. El trayecto fue tan bueno y el frescor del día tan agradable que no paramos al caer la noche, como teníamos por costumbre, sino que seguimos marchando durante una hora más por el lecho del

Murrmiya hasta Wadi Ais, y allí, en las proximidades del Tleih, hicimos nuestra última acampada al raso.

Me alegré de que estuviéramos ya tan cerca, porque la fiebre pesaba fuertemente sobre mí. Tenía miedo de ponerme seriamente enfermo, y la perspectiva de ir a caer en las bienintencionadas manos de los beduinos en semejante estado no era muy placentera. Su tratamiento para cualquier enfermedad consiste en quemar el cuerpo del paciente en aquellas partes que consideran complementarias de la parte afectada. Era una cura tolerable para quien tuviera fe en ella, pero una tortura para el incrédulo; incurrir en ella contra mi voluntad hubiera sido estúpido, y sin embargo muy probable; ya que las buenas intenciones de los árabes, tan autistas como sus digestiones, para nada toman en cuenta las protestas del enfermo.

La mañana siguiente amaneció plácida sobre los anchos valles y las suaves sendas que llevaban hasta Wadi Ais. Llegamos a Abu Marja, el lugar de aprovisionamiento de agua más cercano a nuestro punto de destino, pocos minutos antes de haber desmontado allí el jerife Abdulla, y mientras aún se hallaba ordenando plantar sus tiendas en un calvero de acacias al otro lado del pozo. Acababa de dejar su antiguo campamento de Bir el Amri, situado más abajo del valle, del mismo modo que había abandonado Murabba, su campamento anterior, debido a que el terreno había quedado arrasado por la descuidada muchedumbre de hombres y animales. Le entregué los documentos que Feisal me había dado para él,

explicándole cómo estaba la situación en Medina, y la necesidad que teníamos de apresurarnos a bloquear la vía férrea. Me pareció que se tomaba cuanto yo le decía con indiferencia; pero, sin discutir, proseguí diciendo que me hallaba un poco cansado después del viaje, y que con su permiso me gustaría tumbarme y dormir un rato. Mandó que me prepararan una tienda próxima a su gran entoldado, y a ella me dirigí, para poder descansar al fin. Había tenido que llevar una dura lucha contra el desmayo durante todo el día en mi montura para poder llegar allí, y ahora que el esfuerzo culminaba con la entrega del mensaje, sentí que una sola hora más hubiera dado al traste conmigo.

CAPÍTULO XXXIII

Unos diez días permanecí tendido en aquella tienda, padeciendo una debilidad que llevaba a mi yo animal a escapar arrastrándose y a esconderse hasta que la vergüenza hubiera pasado. Como suele ocurrir en tales circunstancias mi espíritu se aclaró, mis sentidos se agudizaron, y empecé finalmente a pensar de manera continuada en la Rebelión Árabe, como un deber habitual en el que apoyarse contra el dolor. Es algo que debiera haber hecho desde mucho antes, pero a mi llegada al Heyaz lo que había era una punzante necesidad de acción directa, y habíamos empezado a hacer lo que el instinto nos decía que era lo mejor, sin pasar a los porqués, ni formular siquiera lo que queríamos que saliera de todo aquello. Abusando de este modo del instinto, sin las bases de un conocimiento fundamentado y reflexivo, mi proceder se había hecho intuitivo, femenino, y empezaba ahora a resquebrajar mi confianza; así que, en mi forzada inactividad del momento, empecé a buscar el equilibrio entre mis lecturas y mi experiencia, ocupando los intervalos de mis inquietos sueños en intentar desenmarañar la madeja de nuestro presente.

Desgraciadamente, como ya he mostrado, podía dirigir la campaña tanto como quisiera, y me faltaba preparación. En conocimientos militares me hallaba pasablemente instruido, habiéndome llevado mi curiosidad en los años de Oxford a ir de Napoleón a Clausewitz y su escuela, y de Caemmerer a Moltke, hasta llegar a los teóricos franceses más recientes. Todos ellos me habían parecido unilaterales; y tras echar una mirada a Jomini y Willisen, había llegado a encontrar principios más amplios en Saxe, Guibert y los teóricos del XVIII. No obstante, Clausewitz estaba hasta tal punto intelectualmente por encima de ellos, y su libro resultaba tan lógico y fascinante, que inconscientemente acepté su orientación, hasta que su comparación de Kuhne y Foch me llevó a asquearme de los militares, con su oficiosa gloria, situándome frente a ellos en una actitud crítica. De todos modos, mi interés por ellos había sido meramente abstracto, estando como estaba preocupado por la teoría y la filosofía de la guerra tan sólo desde el punto de vista metafísico.

Sobre el terreno, en cambio, las cosas tenían un aspecto mucho más concreto, sobre todo el fatigoso problema de Medina; y para distraerme en mi enfermedad, empecé a recordar las más apropiadas máximas sobre la conducción de la guerra moderna y científica. Pero no encajaban en lo que me interesaba, y ello empezó a preocuparme. Hasta aquel momento Medina venía siendo una obsesión para todos nosotros; pero, enfermo como estaba, su imagen

empezó a borrárseme, ya fuera debido a su excesiva cercanía (raramente ama uno lo que tiene al alcance de la mano), o porque mis ojos empezaban a nublarse a costa de tanto fijar la vista en tal meta. Una tarde, me desperté de un sofocante sueño, bañado en sudor y picoteado por las moscas, y me pregunté para qué demonios nos servía en realidad Medina. Su peligrosidad resultaba patente cuando nos hallábamos aún en Yenbo y los turcos amenazaban con caer sobre La Meca, pero todo había cambiado con nuestra marcha sobre Weyh. Actualmente teníamos bloqueada la vía férrea, y ellos se limitaban a la defensa pasiva. La guarnición de Medina, reducida a su mínima expresión, se hallaba encerrada en sus trincheras, desperdiciando su capacidad de maniobra con el desgaste de transportes que ya no podían mantener. Les habíamos arrebatado toda capacidad de hacernos daño, y sin embargo aún seguíamos empeñados en arrebatarles la ciudad. No era para nosotros ni una base importante como Weyh, ni una amenaza como Wadi Ais. ¿Para qué demonios, pues, la queríamos?

El campamento empezaba a desperezarse del sopor del mediodía, y los ruidos del mundo exterior empezaban a llegarme filtrados a través del amarillo revestimiento del lienzo de la tienda, atravesado por múltiples agujeros y desgarrones que dejaban pasar otras tantas dagas de la luz solar. Empecé a oír el patear de los cascos y los bufidos de los caballos, plagados de moscas a la sombra de los árboles, el quejido de los camellos, el rechinar de los morteros de

café y disparos distantes. Sobre tal fondo empecé a batir mi propio pensamiento en torno al problema de la guerra. Los libros marcaban el ritmo: la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo por un único medio, la batalla. La victoria sólo podía lograrse al precio de la sangre. Esto difícilmente podía aplicarse a nosotros. Puesto que los árabes carecían de fuerzas organizadas, un Foch turco carecía de objetivos. Los árabes no podían soportar muchas bajas. ¿Cómo podía, pues, nuestro Clausewitz ganar la victoria? Von der Goltz parecía ir más lejos, al decir que era preciso no aniquilar al enemigo, sino quebrar su coraje. Sólo que parecíamos no tener en perspectiva la posibilidad de quebrar ningún coraje.

No obstante, Goltz era un fiasco, y los hombres sabios en general parecen no hablar sino en metáforas, ya que ciertamente estábamos ganando nuestra guerra, y según pude calibrar tranquilamente empezaba a hacérseme claro que ganaríamos la guerra del Heyaz. De cada mil millas cuadradas de territorios del Heyaz, novecientas noventa y nueve se hallaban libres ahora. ¿Acaso mi paradójica afirmación ante Vickery, de que la rebelión se parecía más a la paz que a la guerra, podía resultar tan cierta como parecía? Tal vez en la guerra lo absoluto era la norma; para la paz, en cambio, bastaba con disponer de la mayoría. Si podíamos sujetar el resto, los turcos podían muy bien quedarse con la exigua fracción que aún detentaban, hasta que la paz o el día del juicio les

demostraran la futilidad de seguir mirando por el ojo de nuestra cerradura.

Me aparté las mismas moscas una vez más de la cara con paciencia, contento de llegar a la conclusión de que la guerra del Heyaz estaba ganada y concluida: ganada desde el día mismo en que habíamos tomado Weyh, si hubiéramos tenido ingenio suficiente para verlo. Rompí entonces el hilo de mi razonamiento para escuchar. Los distantes disparos parecían multiplicarse y estremecerse con largas y dispersas réplicas. Luego cesaron. Agucé mis oídos para ver si se oían los siguientes sonidos que yo sabía que debían de seguir. Con bastante claridad en medio del silencio se escuchó entonces un crujido similar al arrastre de un faldón sobre los guijarros, en torno a las delgadas paredes de mi tienda. Una pausa, mientras los hombres de a camello embridaban sus bestias; luego, el opaco sonido del bastón sobre el esponjoso cuello de los camellos para hacerlos arrodillar.

Se arrodillaron sin ruido, y yo marqué el ritmo de sus movimientos de memoria primero la vacilación, cuando los camellos, echando la vista al suelo, palpan el piso buscando un lugar blando; luego el golpe sordo y el repentino suspiro entrecortado, mientras caen sobre sus rodillas delanteras, puesto que la partida viene de lejos y está cansada; a continuación el silbido que acompaña a la genuflexión, y el balanceo, mientras se sacuden de un lado a otro, empujando hacia delante con las rodillas para enterrarlas en el fresco subsuelo, debajo de los abrasadores guijarros, al tiempo que los

jinetes, con rápido y suave palmeteo de su pies desnudos, como pájaros que picotearan el suelo, se dirigen o bien al cobertizo del café o a la tienda de Abdulla, según sea su negocio. Los camellos, en tanto, permanecen donde han quedado arrodillados, meneando nerviosamente sus rabos sobre las guijas, hasta que sus amos quedan libres de sus deberes y se ocupan de llevarlos a un establo.

Había conseguido fundar un cómodo principio de doctrina, pero me quedaba aún por hallar una meta y unos medios alternativos de guerra. Los nuestros parecían poco adecuados para el ritual del que Foch era sacerdote; y lo traje a mi memoria, para dejar bien clara la diferencia de estilo entre él y nosotros. En su guerra moderna —guerra absoluta, la llamaba— dos naciones que profesaban filosofías incompatibles las sometían a la prueba de la fuerza. Filosóficamente era algo estúpido, ya que, mientras las opiniones podían discutirse, las convicciones necesitaban de los disparos para poder curarse; y la lucha sólo podía llegar a tener término cuando los sustentadores de uno de los principios inmateriales en lucha careciera ya de medios para resistir a los sustentadores del otro. Todo aquello sonaba como una moderna reformulación de las guerras de religión, cuya meta lógica consistía en la total destrucción del credo opuesto, cuyos protagonistas creían que el juicio de Dios habría de prevalecer. Esto podía servir para Francia y Alemania, pero no representaba la actitud británica. Nuestro ejército no sustentaba intelectualmente ninguna

concepción filosófica en Flandes o en el Canal. Los métodos para hacer que nuestros hombres odien al enemigo sólo han podido conseguir que nuestros hombres odien la lucha. En verdad el propio Foch había dejado fuera de combate su propio argumento al decir que dicha guerra dependía de la movilización masiva, y resultaba imposible para ejércitos profesionales; mientras que el viejo tipo de ejército seguía siendo el ideal británico, y su estilo la mayor ambición de nuestros mandos y nuestros soldados. A mí, la guerra de Foch me parecía tan sólo una variedad más de la exterminación, no más absoluta que otras. Era explicable que se la denominara «guerra asesina». Clausewitz enumeraba todo tipo de guerras... guerras personales, duelos cara a cara, por razones dinásticas... guerras de expulsión, en partidos políticos... guerras comerciales, por objetivos mercantiles... Difícilmente dos guerras resultaban iguales. A menudo las partes desconocían sus objetivos, y avanzaban a tientas hasta que el desarrollo de los acontecimientos tomaba el mando. La Victoria en uniforme de general se inclinaba sobre los clarividentes, aunque la fortuna y la inteligencia superior podían poner patas arriba la «inexorable» ley de la naturaleza.

Yo me preguntaba por qué Feisal quería luchar contra los turcos, y por qué los árabes lo ayudaban, y veía que su objetivo era geográfico, para erradicar a los turcos de todas las tierras árabe-hablantes de Asia. Su ideal de pacífica libertad sólo podía ejercerse de esa

manera. En la persecución de ese ideal, podíamos matar turcos, porque no nos caían nada bien; pero el matar era un puro lujo. Si ellos se marchaban tranquilamente, la guerra terminaría. Si no, los acosaríamos o intentaríamos expulsarlos. En último término, podíamos vernos llevados a un desesperado derramamiento de sangre y a las máximas de la «guerra asesina», pero al menor costo posible, ya que los árabes luchaban por la libertad, y ése es un placer que sólo pueden gustar los hombres vivos. La posteridad siempre resulta ser algo demasiado frío por lo que luchar, por mucho que un hombre pueda amar a sus propios hijos, o a los de otro cualquiera.

En este momento de mi reflexión un esclavo llamó a la puerta de mi tienda, y preguntó si el emir podía verme. Me puse como pude unas cuantas ropas más, y me arrastré hasta su gran tienda para sondear la profundidad de sus motivos. El lugar era cómodo, lujosamente sombreado y muellemente alfombrado con chillones tapices, despojos tinturados de la casa de Hussein Mabeirig en Rabegh. Abdulla pasaba allí la mayor parte del tiempo, riendo con sus amigos, y jugando con Mohammed Hassan, el bufón de su corte. Arrojé el balón de la conversación entre él, Shakir y los demás jeques presentes, entre los que se hallaba el ardoroso Ferhan el Aida, hijo de Motlog el de Doughty; y me vi recompensado por la claridad con que Abdulla se expresó. Comparó la actual independencia de los circunstantes con la servidumbre en que anteriormente se encontraban con Turquía, y rotundamente dijo que

hablar de la herejía turca, o la doctrina inmoral del Yeni-Turan, o el califato ilegítimo, estaba fuera de lugar. Aquél era un país árabe, y los turcos lo estaban ocupando: ése era el único problema. Mi argumento quedó realzado por sí mismo.

Al día siguiente una gran cantidad de erupciones me aparecieron por todo el cuerpo, para compensar la bajada de la fiebre y mantenerme aún atado e impotente en aquella apestosa tienda. Cuando el día empezó a resultar demasiado abrasador como para poder seguir dormitando, tomé de nuevo la madeja de mis pensamientos, y empecé de nuevo devanarla, repensando todo el asunto de la guerra. En su aspecto estructural, que era la estrategia, en sus disposiciones, o táctica, y en cuanto a los sentimientos de los habitantes, o aspecto psicológico; ya que mi deber personal era el mando, y el comandante, como el arquitecto jefe, debe responsabilizarse de todo.

La primera confusión radicaba en la falsa antítesis entre estrategia, u objetivo de la guerra, la visión sinóptica que ve a cada cosa como parte de un todo, y la táctica, o los medios que llevan al objetivo estratégico, los escalones concretos de dicha escalera. Parecían tan sólo puntos de vista desde los que ponderar los elementos de la guerra: el elemento algebraico de las cosas, el elemento biológico de las vidas y el elemento psicológico de las ideas.

El elemento algebraico me parecía una ciencia pura, sujeta a la ley matemática, inhumana. Manejaba variables conocidas, condiciones fijas, espacio y

tiempo, cosas inorgánicas, como colinas, climas y vías férreas, trataba a la humanidad como una masa tipo excesivamente grande para la variedad de lo individual, manejaba las ayudas artificiales y las extensiones que la invención mecánica proporciona a nuestras facultades.

Era esencialmente formulable.

Era éste un comienzo pomposo y profesoral. Mi ingenio, enemigo de lo abstracto, se refugió de nuevo en Arabia. Traducido al árabe, el factor algebraico debía tomar ante todo en cuenta el área que queríamos liberar, y empecé ociosamente a calcular las millas cuadradas: sesenta, ochenta, cien, tal vez ciento cuarenta mil millas cuadradas. ¿Cómo podrían los turcos defender aquello? Sin lugar a dudas mediante una línea de trincheras de lado a lado, si avanzábamos sobre ellos a bandera desplegada; pero supongamos que fuéramos (como muy bien podríamos serlo) una influencia, una idea, algo intangible, invulnerable, sin frente ni retaguardia, que se extiende por todas partes como un gas. Los ejércitos son como las plantas, inmóviles, firmemente arraigadas, nutridas por largos troncos conectados con la cabeza. Nosotros, en cambio, podíamos ser un vapor, que se difundiera allí donde deseáramos. Nuestros reinos estaban en la cabeza de cada hombre; y puesto que no necesitábamos nada material para seguir viviendo, no ofrecíamos nada material a la destrucción. Un soldado resulta inútil sin un blanco, pues posee sólo el suelo

que pisa y subyuga únicamente lo que puede apuntar con su rifle.

Imaginé entonces cuántos hombres necesitarían asentar en todo este territorio para salvarlo de un ataque en profundidad, si la sedición alzara su cabeza en cada espacio inocupado de aquellas ciento cuarenta mil millas. Conocía al ejército turco con exactitud, y aun contando con la extensividad que le proporcionaban los aeroplanos, los cañones y los trenes blindados (que estrechaban la amplitud del campo de batalla), seguía pareciéndome que necesitarían establecer un puesto fortificado cada cuatro millas cuadradas, y cada puesto no podía contar con menos de veinte hombres. De ser así, se requerirían seiscientos mil hombres para hacer frente a la enemiga de todos los pueblos árabes, combinada con el hostigamiento activo de unos cuantos incondicionales.

¿Con cuántos de éstos podíamos contar? En ese momento contábamos con cincuenta mil casi; suficientes para el caso. Sin duda alguna los elementos clave para este tipo de guerra estaban de nuestro lado. Si utilizábamos bien nuestros materiales brutos, el clima, el ferrocarril, el desierto y las armas técnicas, se pondrían de nuestro lado. Los turcos eran estúpidos, los alemanes que estaban tras de ellos, dogmáticos. Creerían que la rebelión tenía un carácter tan absoluto como la guerra, y la abordarían de modo análogo a la guerra. La analogía en los seres humanos es un disparate, habitualmente; y emplear la guerra contra

una rebelión era lento y confuso, como comer sopa con un cuchillo.

Ya había bastante de lo concreto; así que aparté la mente del elemento matemático, y me sumergí en la naturaleza del factor biológico. Su crisis parecía ser el punto de ruptura, de vida y muerte, o con menor radicalidad, el punto donde se produce el desgaste. Los filósofos de la guerra habían hecho todo un arte de ello, y habían elevado un hecho, la «efusión de sangre», a las alturas de algo esencial, que devenía humanidad en la batalla, un acto que alcanzaba cada una de las partes de nuestro ser corporal. Una línea de variación. El hombre, al persistir como una levadura a través de todos los cálculos, hacía que éstos resultaran irregulares. Los componentes eran sensitivos e ilógicos, y los generales se resguardaban mediante el artificio de la reserva, el medio más significativo de su arte. Goltz había dicho que si pudiera conocer la fuerza del enemigo, y éste se hallara plenamente desplegado, se podría prescindir de la reserva; pero esto nunca ocurre. La posibilidad de un accidente, de algún desperfecto en los materiales, está siempre presente en la cabeza del general, y con ello, inconscientemente, la reserva.

El elemento «sentido» en las tropas, no expresable en cifras, debía ser estimado mediante algo equivalente a la *docsá* de Platón, y el mayor y más grande jefe militar es aquel cuyas intuiciones se acercan más a lo que ocurre. El noventa por ciento de las tácticas son enseñables en las escuelas; pero el diez por ciento

irracional es como un martín pescador que sobrevuela instantáneo una charca, y ahí radica la prueba de fuego de los generales. Sólo el instinto puede funcionar aquí (agudizado por la práctica) hasta que en el momento de crisis se manifiesta de modo natural, reflejo. Hay hombres cuya *docsá* se acerca de tal modo a la perfección que llega a alcanzar casi la certeza de la *episteme*. Los griegos hubieran llamado a esa genialidad del mando *noesis*, de haberse molestado en racionalizar la rebelión.

Mi espíritu retrocedió para aplicar todo esto a nuestra propia lucha, y de inmediato supe que no se limitaba sólo a los hombres, sino que afectaba también a los materiales. En Turquía las cosas eran escasas y preciosas, y los hombres se estimaban menos que el material de equipamiento. Nuestra meta habría de ser destruir, no al ejército turco, sino sus materiales. La muerte de un puente o una vía férrea turcos, o de cualquier máquina o cañón o carga de explosivos, nos era más provechosa que la muerte de un turco. En el ejército árabe, en cambio, andábamos escasos por el momento tanto de hombres como de materiales. Los gobiernos ven a los hombres sólo en cuanto masa; pero nuestros hombres, al ser irregulares, no eran tanto formación como individuos. La muerte de un individuo, como una piedra arrojada al agua, puede no producir más que un agujero momentáneo, sin embargo, a partir de él se expandían ondas concéntricas de pesar. No podíamos permitirnos bajas.

Los materiales eran más fáciles de reponer. Era nuestra política más evidente la de ser superiores en algún aspecto tangible: explosivos, o ametralladoras, o cualquier cosa que pudiera ser decisiva. La ortodoxia había establecido la máxima, aplicada a los hombres, de ser superiores en el punto crítico y en el momento de ataque. Nosotros podíamos ser superiores en equipamientos, en algún aspecto o momento culminante; y, tanto para las cosas como para los hombres, podíamos dar a la doctrina un giro negativo, por afán de ahorro, mostrándonos más débiles que el enemigo en todos los aspectos menos en uno. La decisión de lo que resultaba crítico sería siempre nuestra. La mayor parte de las guerras solían ser guerras de contacto, esforzándose ambos contingentes por entrar en contacto para evitar sorpresas tácticas. La nuestra podía ser la guerra de distancias. Podíamos contener al enemigo mediante la silente amenaza de un vasto desierto desconocido, sin mostrarnos hasta el momento de atacar. El ataque, por otro lado, podía ser sólo nominal, dirigiéndose no contra el hombre, sino contra el material; sin buscar, así pues, ni su fortaleza ni su debilidad, sino lo más accesible de su material. Los cortes de vías férreas habitualmente los haríamos en un tramo no ocupado por el enemigo, y cuanto menos ocupado, mayor sería el éxito táctico. Podíamos convertir incluso nuestro hábito en regla (no en ley puesto que la guerra es antinómica) y desarrollar el hábito de nunca enzarzarnos con el enemigo. Esto concordaría con el argumento numérico de no ofrecer

nunca un blanco. Muchos turcos de nuestro frente jamás tuvieron la posibilidad de disparar sobre nosotros en toda la guerra, y eso que nunca actuamos a la defensiva, salvo error o accidente.

El corolario de semejante regla era el poder disponer de una perfecta «inteligencia», de modo de pudiéramos siempre hacer planes con toda seguridad. El jefe de los agentes de inteligencia debe ser la cabeza del general; y su comprensión mutua debe ser infalible, sin que nada pueda quedar relegado al azar. La moral, si se basa en el conocimiento, puede destruirse con la ignorancia. Cuando pudiéramos saberlo todo acerca del enemigo actuaríamos con seguridad. Teníamos que dedicar más esfuerzos al servicio de información que ningún otro estado mayor.

Estaba llegando al cabo de mi meditación. El factor algebraico había quedado traducido a términos arábigos, y entraba como un guante. Prometía victoria. El factor biológico nos había dictado un desarrollo de la línea táctica más concorde con el genio de nuestros tribeños. Quedaba aún por configurar adecuadamente el elemento psicológico. Fui a Jenofonte a robarle, para nombrarlo, la palabra *diatética*, con la que denominaba el arte de Ciro antes de atacar.

De todo esto nuestra labor de «propaganda» era el fruto bastardo y disforme. Era lo sufrible, y casi lo ético, en la guerra. Parte de ello tenía que ver con la multitud, en un intento de ajustar su espíritu a aquel estado de ánimo en que resultaba fácilmente explotable para la acción, así como la predisposición de su mudable

ánimo para un cierto fin. Parte tenía que ver con los individuos, y pasaba a ser una rara modalidad de la bondad humana, que llegaba a trascender, mediante una emoción orientada, el gradualismo de la secuencia lógica del espíritu. Era algo más sutil que la táctica, y mucho más merecedor de atención, ya que trataba lo incontrolable, de individuos imposibles de ser directamente mandados. Tomaba en cuenta los estados de ánimo de nuestros hombres, sus complejidades y mudabilidad, así como el cultivo de cuanto pudieran amoldarse a nuestra intención. Teníamos que disponer de sus espíritus para la batalla, con tanto cuidado y tan formalmente como otros oficiales tenían que disponer sus cuerpos. Y no sólo los espíritus de nuestros hombres, aunque naturalmente ellos iban antes. Teníamos también que preparar los ánimos de nuestros enemigos, tanto como pudiéramos; y luego, también, los ánimos de la nación que nos apoyaba tras las líneas, puesto que más de la mitad de las batallas tenían lugar en la retaguardia; y, finalmente, los ánimos de la nación enemiga que esperaba el veredicto; y de los neutrales que observaban; círculo tras círculo.

Había muchos límites humillantes, pero no imposibilidades morales; de modo que la perspectiva de nuestras actividades diatéticas carecía de límites. Para ello teníamos que depender fundamentalmente de las victorias del frente árabe; y su novedad constituía nuestra ventaja. La prensa escrita, y cualquier otro nuevo medio de comunicación, favorecía lo intelectual

por encima de lo físico, pagando siempre la civilización al espíritu con los fondos del cuerpo. Nosotros, soldados de parvulario, iniciábamos nuestro arte de la guerra en medio de una atmósfera del siglo XX, recibiendo nuestras armas sin prejuicios. Para los oficiales regulares, con una tradición de cuarenta generaciones de servicio a sus espaldas, las antiguas armas eran más honorables. Como raramente teníamos que preocuparnos por lo que nuestros hombres hacían, sino siempre por lo que pensaban, la diatética para nosotros suponía más de la mitad del mando. En Europa se la dejaba un tanto de lado, encomendándosela a individuos excéntricos al Estado Mayor. En Asia, los elementos regulares eran tan débiles que los irregulares no podían permitir que las armas metafísicas se herrumbraran.

Las batallas en Asia eran un error, ya que sólo merecían la pena por la munición que el enemigo gastaba en ellas. Napoleón decía que era raro encontrar generales que desearan presentar batalla; pero la maldición de esta guerra era que hubiera tan pocos que quisieran hacer otra cosa. Saxe decía que las batallas irracionales eran el refugio de los locos; más bien me parecían a mí imposiciones de la parte que se creía más débil, azares que se habían hecho inevitables o bien por la falta de terreno o por la necesidad de defender propiedades materiales más preciosas que las vidas de los soldados. Nada material teníamos nosotros que perder, de modo que nuestra mejor línea de actuación era no defender nada ni

disparar nada. Nuestras armas eran la rapidez y el tiempo, no la capacidad de ataque. La invención de la carne en conserva nos había beneficiado más que la invención de la pólvora, pero nos daba una fuerza más estratégica que táctica, puesto que en Arabia la capacidad de alcance era superior a la fuerza, el espacio más importante que el poder de las armas.

Llevaba ocho días tendido en aquella remota tienda, dando vueltas a estas ideas generales[20], hasta que mi cerebro, cansado de razonar en el vacío, y sólo arrastrado por un esfuerzo de la voluntad, caía en la somnolencia cada vez que ese esfuerzo se relajaba. La fiebre pasó, mi disentería remitió; y con el vigor renovado el presente volvió de nuevo a mí con plena actualidad. Los hechos concretos y pertinentes se entremetían en mis sueños; y mi inconstante ingenio producía sin cesar nuevas vías de escape. Así que me apresuré a ordenar mis neblinosos principios, para tenerlos perfectamente delimitados antes de que mi poder de evocación llegara a disiparse.

Me parecía demostrado que nuestra rebelión tenía una base inatacable, a salvo no sólo del ataque, sino también del temor al ataque. Tenía enfrente a un sofisticado enemigo extranjero, configurado como ejército de ocupación sobre un área mucho mayor de la

---

[20] Tal vez no tan logradamente como aquí. Elaboraba mis problemas en términos del Heyaz, ilustrándolos con lo que yo sabía de los hombres y su geografía. Lo que hubiera sido muy largo de referir de haberlo escrito; y la argumentación ha quedado así comprimida bajo una forma abstracta, que huele más a candil que a campo de batalla. Todos los escritos militares son así. Mala suerte.

que podía dominar de manera efectiva desde sus puestos fortificados. Teníamos a nuestro favor una población amiga, un dos por ciento de la cual era activa, y el resto tácitamente simpatizante, hasta el punto de no traicionar los movimientos de la minoría. Los rebeldes activos tenían la virtud del secreto y el autocontrol, y las cualidades de la rapidez, la resistencia y la independencia de suministros. Tenía equipamiento técnico suficiente como para paralizar las comunicaciones del enemigo. Podríamos considerar ganada una provincia cuando hubiéramos enseñado a los civiles a morir por nuestro ideal de libertad. La presencia del enemigo era secundaria. La victoria final parecía segura, si la guerra duraba lo suficiente como para permitirnos trabajarla.

CAPÍTULO XXXIV

Me sentía de nuevo perfectamente bien, y recordé la razón de mi viaje a Wadi Ais. Los turcos pretendían salir de Medina, y sir Archibald Murray quería que los atacáramos de forma profesional. Resultaba irritante que quisiera meter baza en nuestras actividades desde Egipto, exigiéndonos hacer algo que nos era por completo extraño. Con todo, los británicos constituían la principal fuerza, y los árabes vivían gracias a su sombra. Nos hallábamos uncidos a sir Archibald Murray, y teníamos que trabajar con él, hasta el punto de sacrificar nuestros intereses no esenciales a los suyos, cuando ambos no podían conciliarse. Al mismo tiempo, posiblemente no podíamos actuar a su imagen y semejanza. Feisal podía ser libre como el aire, el ejército de sir Archibald, probablemente el más engorroso del mundo, tenía que ser trabajosamente empujado a rastras. Era ridículo suponer que pudiera mantenerse a la altura de concepciones éticas tan vivas como las del Movimiento Árabe; y resultaba dudoso que llegase siquiera a comprenderlas. No obstante, tal vez mediante la obstaculización de la vía férrea podíamos conseguir que las tropas turcas

desistieran de su plan de abandonar Medina, dándoles razones para permanecer en la ciudad a la defensiva, conclusión esta altamente útil tanto para los ingleses como para los árabes, aunque tal vez nadie pudiera verla por el momento.

Me dirigí, pues, a la tienda de Abdulla, anunciándole mi completa recuperación y mis deseos de llevar a cabo alguna acción contra el ferrocarril del Heyaz. Había allí suficientes hombres, cañones, ametralladoras, explosivos y minas automáticas; lo bastante como para hacer todo el mal que pudiéramos. Pero Abdulla era un apático. Quería hablar de las familias reales de Europa, o de la batalla del Somme; la lenta marcha de su propia guerra le aburría. En cambio, el jeque Shakir, su primo y segundo en el mando, ardía de entusiasmo, y nos concedió licencia para hacer todo el mal que pudiéramos. Shakir adoraba a los ateiba, y afirmaba que eran la mejor tribu de la tierra; quedamos pues en llevar con nosotros sobre todo a ateibas. Luego pensamos que podíamos llevar también un cañón de montaña, uno de los viejos Krupp del Ejército egipcio, que había sido enviado a Abdulla por Feisal, desde Weyh, como regalo.

Shakir prometió reunir la fuerza, y convinimos que yo marcharía por delante (tranquilamente, debido a mi debilidad), y buscaría un objetivo. El más próximo y el más grande era la estación de Aba el Naam. Conmigo venía Raho, oficial argelino del Ejército francés, y miembro de la misión de Bremond, un tipo honesto y arriscado. Nuestro guía era Mohammed el Kadhi, cuyo

anciano padre, Dajil-Allah, juez hereditario de los yuheina, había guiado a los turcos hasta Yenbo el anterior mes de diciembre. Mohammed tenía dieciocho años de naturaleza sólida y silenciosa. El jerife Fauzan el Harith, famoso guerrero que había capturado a Eshref en Yanbila, nos escoltaba con unos veinte ateiba y cinco o seis aventureros yuheina.

Iniciamos la marcha el veintiséis de marzo, mientras sir Archibald Murray atacaba Gaza; y empezamos a avanzar por Wadi Ais; pero a las tres horas de marcha el calor empezó a resultarme excesivo, y paramos junto a un árbol *sidr* (loto o azufaifa, pero poco cargado de frutos) y a su sombra nos estuvimos las horas del mediodía. Los árboles sidr suelen dar buena sombra; soplaba un fresco viento del este y había pocas moscas. Wadi Ais aparecía lujuriante de árboles de espino y hierba, y su aire estaba lleno de blancas mariposas y aromado de flores silvestres; así que no volvimos a montar hasta bien entrada la tarde, y lo hicimos entonces para una corta jornada, dejando Wadi Ais por la derecha, tras haber visto en un ángulo del valle una terraza en ruinas con su cisterna. En otro tiempo había habido poblados en esta parte, empleándose con esmero sus aguas subterráneas para regar huertos, pero ahora todo eran ruinas.

A la mañana siguiente tuvimos dos horas de ruda cabalgada contorneando las estribaciones de Yebel Serd, hasta llegar a Wadi Turaa, histórico valle, comunicado por un accesible desfiladero con Wadi Yenbo. Nos entretuvimos ese mediodía bajo un árbol,

próximos a un conjunto de tiendas yuheina, donde Mohammed fue recibido como huésped mientras nosotros dormíamos. Marchamos luego durante dos horas más, por un terreno más bien tortuoso, y acampamos ya anochecido. Por mala suerte, un escorpión tempranero me picó con fuerza en la mano izquierda mientras dormía. El lugar de la picadura se me hinchó; y el brazo me quedó rígido y dolorido.

A las cinco de la madrugada, tras una larga noche, partimos de nuevo, y atravesamos las últimas colinas, penetrando en el Yurf, una ondulada llanura que se extendía por el sur hasta Yebel Antar, cráter de cima partida y almenada, que servía de mojón. Torcimos hacia la derecha por la llanura, para ponernos bajo la protección de las colinas bajas que servían de transfondo a Wadi Hamdh, por cuyo lecho discurría el ferrocarril. Por detrás de esas colinas cabalgamos hacia el sur hasta el opuesto Aba el Naam. Allí hicimos un alto para acampar, próximos al enemigo, pero totalmente a resguardo. Subimos a una colina antes de la caída del sol para echar una primera mirada a la estación.

La colina tendría quizás unos seiscientos pies de altura y era escalonada; tuve que pararme en varias ocasiones a descansar, pero la vista desde la cima era buena. El ferrocarril se divisaba a unas tres millas de distancia. La estación tenía un par de casas de basalto de dos pisos, una torre de agua circular y otros edificios en torno. Había tiendas acampadas, chozas y

trincheras, pero ni señal de cañones. Podíamos contar unos trescientos hombres en total.

Supimos que los turcos patrullaban los alrededores activamente durante toda la noche. Una mala costumbre; tuvimos que enviar a dos hombres para que, tumbados cerca de cada una de las casas, dispararan unos cuantos tiros al oscurecer. El enemigo, considerándolo un preludio de ataque, pasó metido en las trincheras toda la noche, mientras nosotros dormíamos cómodamente; si bien el frío nos despertó temprano con un inquieto viento matutino que corría por el Yurf, y hacía silbar los grandes árboles de nuestro campamento. Mientras ascendíamos a nuestro puesto de observación el sol fue ganando terreno a las nubes y una hora más tarde calentaba de firme.

Nos tendimos como lagartos entre las altas hierbas que rodeaban la roca más alta de la cima y observamos el recuento de la guarnición. Trescientos noventa y nueve soldados de infantería, como soldaditos de juguete, corrían de un lado para otro cuando sonó la trompeta, y empezaron a formar en rígidas hileras frente a los negros edificios hasta que nadie se movió ya; luego se dispersaron, y a los pocos minutos empezó a elevarse el humo de las hogueras encendidas para la comida. Un rebaño de ovejas y cabras, a cargo de un desharrapado muchacho, empezó a avanzar en nuestra dirección. Antes de llegar al pie de las colinas se escuchó un fuerte pitido que bajaba por el valle desde el norte, y un pequeño tren, como de libro de estampas, empezó a dejarse ver

lentamente sobre un puente de hueco reverbero y vino a frenar poco antes de la estación, despidiendo nubes de blanco vapor.

El joven pastor se quedó parado, conduciendo a sus cabras con agudos gritos por las laderas de la colina donde nos hallábamos, en busca de los mejores pastos del lado occidental de la misma. Enviamos entonces a dos yuheina colina abajo, por un acantilado situado fuera de la vista del enemigo, y corriendo cada uno por un lado lo atraparon. El muchacho era un heteym, un paria del desierto, siendo habitual en este grupo alquilar a sus jóvenes como pastores a las tribus circunvecinas. El joven pastor no paraba de gritar, y hacía continuos esfuerzos por escapar, tan pronto como percibió que sus cabras se dispersaban a su aire por las faldas de la colina. Sus captores acabaron por perder la paciencia, y lo ataron con rudeza, mientras él empezaba a chillar aterrorizado, pensando que querían matarlo. Fauzan se las vio y se las deseó para tranquilizarlo, y al cabo empezó a interrogarlo sobre sus amos turcos. Pero todos los pensamientos del joven estaban puestos en su ganado; sus ojos lo seguían apesadumbrados, mientras las lágrimas le corrían a raudales abriendo surcos sobre sus sucias mejillas.

Los pastores son una clase aparte. Para el árabe ordinario el fuego del hogar es una universidad, en torno a él transcurre su mundo y se escuchan las más sustanciosas conversaciones, las nuevas de la tribu, sus poemas, historias de amor, pleitos legales y

regateos. Con tan constante compartir charlas y discusiones en torno al fuego va adquiriendo el dominio de la expresión, y pasa a convertirse en dialéctico y orador, capaz de tomar asiento con dignidad en cualquier consejo o reunión, sin sentirse en desventaja en lo que hace a las palabras. Los pastores nada de esto tienen. Desde la más tierna infancia siguen su llamada, que los lleva en cualquier tiempo y estación, noche y día, a las colinas, y los condena a la soledad y a la compañía de los brutos. En el yermo, en el reseco osario de la naturaleza, crecen a su albedrío, sin conocer nada del hombre ni sus negocios; raramente normales en el uso de la lengua ordinaria; pero sabios conocedores de las plantas, los animales salvajes y los hábitos de sus ovejas y cabras, cuya leche es su principal sustento. Al llegar a la edad viril se hallan embotados, y unos pocos de ellos se tornan peligrosamente salvajes, más animales que humanos, rondando el ganado y hallando en él satisfacción a sus apetitos adultos, con exclusión de más lícitos afectos.

Durante horas, después de haber neutralizado al pastor, sólo el sol se movió ante nosotros. Según iba ascendiendo, aflojamos nuestras capas para soportar su dureza, y gozamos de su lujuriante calor. La tranquila cima de la colina me devolvió parte del interés sensitivo que había llegado a perder durante mi enfermedad. Era capaz de percibir de nuevo el típico paisaje de las colinas, con sus pétreas crestas, sus laderas de roca desnuda y sus faldas de guijarros sueltos y deslizantes, sólidamente conglomerados, ya

en la base misma, con la reseca tierra pulverizada. Las piedras estaban hechas de una reluciente y amarilla materia, requemada al sol, y por dentro, roja, verde o amarilla, según los casos. De cada trecho de tierra muelle podían verse brotar árboles de espino; y había hierba abundante, que crecía normalmente formando ramilletes de diez o doce tallos, altos como hasta la rodilla, y de color pajizo: los remates estaban formados por corolas vacías rodeadas de penachos de plateados reflejos. Con este tipo de hierbas, y con otras más cortas, cuyos remates en sólo hasta los tobillos, las laderas aparecían recubiertas de una blanquecina capa cuya parte superior se inclinaba hacia nosotros al menor soplo de viento.

No había verdor, pero sí excelentes pastos; y en los valles había aún mayores matas de hierba, basta, alta como hasta la cintura y de un color verde brillante cuando era aún recién brotada, aunque prontamente mustiada y de ordinario amarillenta. Estas matas crecían espesas en todos los arroyaderos cuyos cauces estaban hechos de arena o guijo, así como entre los ocasionales árboles de espino, algunos de los cuales alcanzaban alturas de hasta cuarenta pies. Los árboles sidr, con su seco y azucarado fruto, eran escasos. Si bien matorrales de amarronado tamarisco, altos espartos y otras variedades de mala hierba, junto con flores silvestres y todo tipo de plantas espinosas, florecían por todas partes en torno a nuestro campamento, convirtiéndolo en un rico muestrario de la vegetación de las tierras altas del Heyaz. Sólo una de

las plantas allí existentes nos aprovechaba, y era el *hemeid*: una acedera de carnosas hojas en forma de corazón, cuya agradable acidez apagaba nuestra sed.

Al atardecer descendimos de nuevo hasta el campamento, con nuestro pastor prisionero, y lo que pudimos juntar de su rebaño. Nuestro cuerpo principal debía llegar aquella noche, de modo que Fauzan y yo empezamos a recorrer la llanura en sombras hasta dar con un hermoso emplazamiento para nuestras baterías sobre unos acantilados bajos situados a no más de doscientas yardas de la estación. A nuestra vuelta, muy cansados, las hogueras llameaban ya entre los árboles. Shakir acababa de llegar, y sus hombres y los nuestros se hallaban asando carne de cabra con gran contento. El pastor se hallaba atado a espaldas de mi lugar de acampada, pues se había vuelto poco menos que loco al ver que los animales a su cargo empezaban a ser degollados. Se negó a probar la cena; y sólo le forzamos a ingerir pan y arroz, bajo amenaza de terribles castigos si insultaba nuestra hospitalidad. Tratamos de convencerlo de que tomaríamos la estación al día siguiente y mataríamos a sus amos, pero esto no logró tranquilizarlo, y por miedo a que escapara tuvimos que atarlo a su árbol de nuevo.

Tras la cena, Shakir me dijo que había traído consigo sólo trescientos hombres, en vez de los ochocientos o novecientos acordados. No obstante, era su guerra, y por tanto él llevaba la voz cantante, así que modificamos a toda prisa los planes. No tomaríamos la estación, sino que la atemorizaríamos

mediante un ataque frontal con artillería, mientras minábamos las vías del ferrocarril por el norte y por el sur, con la esperanza de atrapar en medio al tren detenido. Consecuentemente, escogimos un grupo de dinamiteros de los entrenados por Garland, para volar la parte norte del puente al amanecer, y sellar con ello esa dirección; entre tanto yo me dirigía, provisto de explosivos de alta potencia y una ametralladora con su correspondiente dotación, a colocar una mina al sur de la estación, dirección de la que probablemente los turcos esperarían recibir o buscar ayuda, en su imprevista emergencia.

Mohammed el Jadi nos guió hasta un trozo de vía desierto poco antes de la medianoche. Desmonté y recorrí con mis dedos sus emocionantes raíles por primera vez durante la guerra. Luego, tras una hora de arduo trabajo, colocamos la mina, compuesta por veinte libras de gelatina explosiva, que se accionaría con el peso de la locomotora. Luego, emplazamos la ametralladora y su dotación en una torrentera, disimulada por pequeños matorrales, a cuatrocientas yardas, y dominando perfectamente el lugar donde esperábamos que el tren descarrilaría. Tenían que quedarse allí escondidos mientras nosotros íbamos a cortar la línea telegráfica; el aislamiento podía tal vez decidir a Aba el Naam a enviar el tren por refuerzos, mientras nosotros desarrollábamos nuestro ataque principal.

Cabalgamos durante media hora, y volvimos sobre la vía férrea, teniendo de nuevo suerte de encontrarnos

con un lugar desguarnecido. Desgraciadamente, los cuatro restantes yuheina se mostraron incapaces de encaramarse al poste telegráfico, y yo mismo tuve que esforzarme por conseguirlo. Era todo lo que podía hacer, después de mi enfermedad; y, cuando había ya cortado el tercer alambre, el endeble poste empezó a tambalearse hasta el punto de perder yo el equilibrio, deslizándome hacia abajo los dieciséis pies que había escalado, hasta dar con los fornidos hombros de Mohammed, que corrió a parar mi caída, y casi resultó maltrecho él mismo en el empeño. Nos tomamos unos cuantos minutos para recobrar el resuello y volver a montar nuestros camellos. Logramos volver al campamento en el momento mismo en que los demás empezaban a ensillar para partir.

La colocación de la mina había durado cuatro horas más de lo que habíamos previsto, y nuestro retraso nos puso ante el dilema de, o bien no tomar descanso, o dejar que el cuerpo principal de nuestras tropas avanzara sin nosotros. Finalmente, por voluntad de Shakir, los dejamos irse, y nos tumbamos bajo los árboles para echar un sueño de una hora, sin el cual yo estaba convencido de caer profundamente rendido. Era justo una hora antes de amanecer, hora en que la incomodidad de la atmósfera afecta por igual a hombres y a animales, y hace que hasta los que duermen se revuelvan inquietos. Mohammed, que quería contemplar la lucha, se despertó. Para hacerme levantar, se acercó a mí y empezó a gritarme al oído la llamada de oración de la mañana, resonando su ronca

voz con ecos de batalla, asesinato y muerte repentina en mis sueños. Me incorporé, y empecé a quitarme la arena de mis enrojecidos y doloridos ojos, mientras discutíamos acaloradamente sobre la oración y el sueño. El se disculpó diciendo que no todos los días se podía ver una batalla, y me mostró los cortes y magulladuras que se había hecho durante la noche ayudándome. Entre unas cosas y otras me sentí obligado con él, y ambos salimos al galope para alcanzar a las tropas, después de soltar al infeliz pastor, con la advertencia de que esperara nuestra vuelta.

Una estela de trillada suciedad sobre el lecho de reluciente arena lavada por las aguas nos mostró el camino, y justamente llegamos en el momento en que los cañones empezaban a abrir fuego. Lo hacían excelentemente, y acertaron en el techo a uno de los edificios, dañando al otro, averiando la sala de bombeo y abriendo un boquete en el tanque de agua. Un feliz disparo le acertó al primer vagón del convoy detenido en un lateral, haciéndolo arder con furia. Esto alarmó a la locomotora, que, desenganchándose, echó a rodar hacia el sur. La vimos avanzar ansiosamente hacia el lugar donde se encontraba colocada la mina, y al pasar por encima de ella se produjo una suave nube de polvo, una explosión y un parón en seco. La máquina había quedado alcanzada en su parte anterior, puesto que iba marcha atrás y la carga había explotado tarde; pero, mientras los maquinistas saltaban de la locomotora y extraían las ruedas delanteras para

repararlas, nos cansamos de esperar que los de la ametralladora abrieran fuego. Más tarde supimos que los artilleros, asustados de su soledad, habían recogido todo y decidido juntársenos en cuanto empezó el tiroteo. Media hora después, la máquina reparada se dirigió hacia Yebel Antar, a media marcha y con tremendo ruido de chatarra; pero consiguió llegar.

Nuestros árabes avanzaron sobre la estación, bajo la cobertura de las baterías, mientras nosotros rechinábamos los dientes contra los de la ametralladora. Las nubes de humo que despedían los vagones alcanzados nos ocultaban el avance árabe, que barrió uno de los puestos de avanzada enemigos y logró capturar otro. Los turcos hicieron retroceder los restantes destacamentos hacia las posiciones principales, y esperaron a pie firme en las trincheras el asalto final, que no estaban mejor dispuestos a repeler de lo que nosotros estábamos a llevarlo a efecto. Con la ventaja que teníamos sobre el terreno, el lugar hubiera sido todo un regalo para nosotros, con sólo haber podido disponer de algunos de los hombres de Feisal para la carga.

Entre tanto, la madera, las tiendas y los camiones de la estación se hallaban en llamas y el humo resultaba demasiado espeso para poder disparar, de modo que abortamos la acción.

Habíamos tomado treinta prisioneros, una yegua, dos camellos y algunas pocas ovejas más; y habíamos herido y muerto a setenta hombres de la guarnición, al costo de sólo un hombre nuestro ligeramente herido.

Detuvimos el tránsito de convoyes durante tres días de reparaciones e investigación. De modo que no fracasamos del todo.

CAPÍTULO XXXV

Dejamos dos partidas en las cercanías, con el encargo de dañar las vías durante los dos siguientes días, mientras nosotros salíamos hacia el campamento de Abdulla el primero de abril. Shakir, espléndidamente vestido, organizó una gran parada para celebrar su entrada, y miles de salvas de alegría fueron disparadas para celebrar su parcial victoria. El bien predispuesto campamento organizó un verdadero carnaval.

Por la noche, mientras vagaba por el bosque de espinos situado tras las tiendas, pude ver entre el espeso intrincamiento de ramas un salvaje fulgor, hecho de grandes llamaradas, y de entre las llamas y el humo surgía un ritmo de tambores, acompasado por el batir de palmas, y el profundo rugido de un coro tribal. Espié con atención, y vi una inmensa hoguera, en torno a la cual se hallaban sentados en el suelo centenares de ataiba, que miraban fijamente a Shakir, quien, de pie y solo en medio de ellos, ejecutaba la danza propia del canto. Se había despojado de su capa, y portaba sólo su blanco pañuelo y su blanca túnica; la poderosa luz de la hoguera se reflejaba en sus ropas y en su pálida y castigada cara. Al cantar echaba hacia atrás la cabeza,

y al final de cada frase alzaba las manos, de modo que sus amplias mangas le bajaban hasta los hombros, dejando ver una extraña ondulación en sus brazos. La tribu sentada a su alrededor marcaba el ritmo con las palmas, o recitaba el estribillo a una señal de cabeza suya. La arboleda donde yo me hallaba, situada fuera del círculo de luz de la hoguera, estaba atestada de árabes de otras tribus, que susurraban entre sí y contemplaban el *atban*.

Por la mañana decidimos hacer otra visita a la vía férrea, para una prueba más completa de la mina de encendido automático que había fallado a medias en Aba el Naam. El viejo Dajil-Allah dijo que esta vez vendría conmigo, porque la idea de saquear también un tren lo tentaba. Con nosotros vinieron también cuarenta yuheina, que me parecieron más fornidos que los bien alimentados ateiba. No obstante, uno de los jefes ataiba, Sultan el Abbud, amigo íntimo de Abdulla y Shakir, se negó a quedarse en el campamento. Este tipo, de buen talante pero escaso cerebro, jefe de una sección pobre de la tribu, acumulaba un número de caballos muertos bajo sí en batalla superior al de cualquier otro guerrero ateibi. Tenía unos veintiséis años y era un gran jinete; le gustaban las chanzas y los chistes, y era un individuo ruidoso, alto y fuerte, con una cabeza grande y cuadrada, arrugada frente y un profundo par de destellantes ojos. Un bigote y una barba jóvenes ocultaban su audaz mandíbula, y su ancha y recta boca, adornada con una hilera de blancos dientes y prieta como la de un lobo.

Tomamos con nosotros una ametralladora y su correspondiente dotación de trece hombres, para asegurarnos el tren una vez que lo hubiéramos capturado. Shakir, con su grave cortesía hacia el huésped del emir, nos acompañó durante nuestra primera media hora de marcha. Esta vez avanzamos por Wadi Ais casi hasta su confluencia con el Hamdh, encontrándolo lleno de verdor y pastos, ya que había sufrido dos avenidas durante aquel invierno. Torcimos finalmente a la derecha por encima de una zanja hacia una llanada, y allí nos pusimos a dormir sobre la arena, más bien fastidiados por una lluvia que llegó a formar riachuelos sobre el terreno hacia la medianoche; pero la mañana siguiente amaneció radiante y cálida, y avanzamos hacia la inmensa llanura en la que convergen los tres grandes valles de Tubya, Ais y Yizil, para hacerse uno con el de Hamdh. El lecho de la corriente principal estaba cubierto de bosque de asía, al igual que en Abu Zereibat, sobre el mismo leproso lecho de burbujas de arena moteadas, pero los matorrales ocupaban tan sólo un terreno de doscientas yardas de ancho, extendiéndose luego, durante millas y millas, la llanura, con su granado intrincamiento de lechos vacíos. Al mediodía nos detuvimos junto a un sitio que semejaba un huerto salvaje, cubierto de flores y jugosa hierba hasta la altura de la cintura, donde los felices camellos ramonearon durante una hora, tragando a placer, contentos y asombrados.

El día parecía ser cada vez más caluroso, el sol pendía cada vez más sobre nosotros y nos abrasaba

sin una bocanada de aire que viniera a ayudarnos. El limpio y arenoso suelo estaba tan recalentado que mis pies desnudos apenas podían soportarlo, y tuve que ponerme sandalias para caminar sobre él, para diversión de los yuheina, cuyas espesas plantas estaban hechas a prueba incluso de fuego lento. Según iba transcurriendo la tarde, la luz se fue haciendo más tenue, por más que el calor siguiera aumentando lentamente, con una opresividad y un sofoco que me cogieron por sorpresa. No dejaba de volver yo la cabeza para ver si había alguna masa inmediatamente detrás mío, que soplara sobre mí su aire.

Durante toda la mañana habían podido oírse retumbar los truenos sobre las colinas, y los dos picos, el Serd y el Yasim, aparecían envueltos en nubarrones de color azul oscuro y amarillo, que aparecían inmóviles y sólidos. Al cabo, pude darme cuenta de que la parte amarillenta de la nube que envolvía al Serd avanzaba lentamente contra el viento en nuestra dirección, levantando diabólicas polvaredas a sus pies.

La nube era casi tan alta como la colina. Mientras se acercaba, los torbellinos de polvo, como dos estrechas y simétricas chimeneas, avanzaban, uno a cada lado de este frente. Dajil-Allah miró preocupadamente hacia el frente y hacia cada lado en busca de refugio, y no halló ninguno. Me advirtió que la tormenta iba a ser dura.

Cuando la tuvimos cerca, el viento, que había estado abrasando nuestras caras con su ardiente soplo, cambió de repente; y, tras un momento de

calma, sopló acremente frío y húmedo a nuestras espaldas. Asimismo incrementó tremendamente su potencia, al tiempo que el sol desaparecía, borrado por las espesas ráfagas de viento amarillo que soplaban sobre nuestras cabezas. Nos hallábamos envueltos en una horripilante luz, ocre y opaca. La marronácea pared que formaba la nube de las colinas se hallaba ahora muy próxima, abalanzándose sobre nosotros con un inmenso ruido como de molino. Tres minutos después cayó sobre nuestro grupo, envolviéndonos en una capa de polvo y pegajosos granos de arena, que se revolvían y giraban en violentos torbellinos, sin dejar de avanzar hacia el este a la velocidad de un fuerte vendaval.

Habíamos vuelto las grupas de nuestros camellos contra la tormenta, para marchar a favor de ella; pero las turbulencias internas nos arrancaban las capas que sujetábamos fuertemente con nuestras manos, nos cegaban los ojos y nos hacían perder el sentido de la dirección, desviando a nuestras monturas hacia la derecha o hacia la izquierda de su marcha. A veces el remolino llegaba a hacerlos girar completamente en redondo; en una ocasión chocamos irremediablemente en medio de una vorágine, mientras grandes trozos de matorral, matas de hierbas y hasta arbustos eran arrancados de cuajo junto con grandes trozos de tierra, que eran despedidos contra nosotros, o pasaban rozando peligrosamente nuestras cabezas. Nunca llegamos a quedar cegados del todo —siempre era posible ver siete u ocho pies por cada lado— pero

resultaba arriesgado intentar mirar, ya que, además de los golpes de la arena, nunca podíamos saber si podíamos dar con un árbol volador, o una tromba de guijo, o una ráfaga de polvo cargada de hierbas.

La tormenta duró unos dieciocho minutos, y nos dejó, saltando hacia delante, tan repentinamente como había venido. Nuestra partida se había dispersado sobre un radio de una milla cuadrada o más, y antes de que pudiéramos reagruparnos, cuando todavía nosotros, nuestras ropas y nuestros camellos nos hallábamos cubiertos enteramente de un polvo amarillo y pesado de la cabeza a los pies, torrentes de espesa lluvia empezaron a caer sobre nosotros, llenándonos de barro hasta la piel. El valle empezó a llenarse de torrenteras, y Dajil-Allah nos urgió a cruzarlo a toda prisa. El viento empezó a soplar de nuevo, esta vez hacia el norte, y la lluvia iba precediéndolo con fuertes chaparrones. Traspasaba nuestras capas de lana en un instante, y las pegaba junto con nuestras camisas a nuestros cuerpos, calándonos hasta los huesos.

Alcanzamos la cadena de colinas hacia media tarde, pero hallamos el valle desnudo e inhóspito, más frío que nunca. Tras recorrerlo durante tres o cuatro millas, hicimos un alto, y escalamos un gran despeñadero para observar el ferrocarril que, según decían, estaba al otro lado. En la cima el viento era tan terrible que apenas podíamos aferrarnos a las húmedas y deslizantes peñas, debido al ondear y enredársenos de nuestras capas y túnicas. Me quité la mía, y escalé el resto del camino medio desnudo, con mayor

comodidad, y con apenas más frío que antes. Pero mi esfuerzo se demostró inútil, por estar la atmósfera demasiado espesa para poder ver nada. Así pues, descendí de nuevo, lleno de cortes y magulladuras, hasta donde habían quedado los otros; y me volví a vestir entumecido. En el camino de vuelta sufrimos la única baja de este viaje. Sultan había insistido en venir con nosotros, y su sirviente ateibi, que debía seguirlo a pesar de no estar preparado para las alturas, resbaló en un mal paso, cayendo de una altura de cuarenta pies sobre las rocas, contra las que se partió la cabeza.

A nuestra vuelta mis manos y mis pies se hallaban demasiado castigados como para poder servir de nada, así que me tendí tiritando durante casi una hora, mientras los demás enterraban al muerto en un valle lateral. En el camino de regreso habían encontrado de pronto a un jinete desconocido, que se cruzó en su camino y disparó sobre ellos. Le respondieron también con disparos, tiroteándolo entre la lluvia, hasta que la noche se lo tragó. Resultó algo intranquilizante, ya que la sorpresa constituía nuestro mejor aliado, y sólo podíamos esperar que no fuera a avisar a los turcos de que había un grupo de jinetes en las proximidades.

Una vez que los camellos que traían los explosivos nos hubieron dado alcance, montamos de nuevo para acercarnos a la vía férrea; pero aún no habíamos iniciado la marcha cuando transportada por el viento que recorría el neblinoso valle llegó a nosotros el toque de pitanza de cornetas turcas. Dajil-Allah paró las orejas, y cayó en la cuenta de que aquel lado estaba

Madahriy, la pequeña estación por debajo de la cual planeábamos operar. Así que avanzamos guiándonos por el odioso sonido, odioso porque sonaba a comida y a tiendas mientras nosotros estábamos sin cobijo, y en semejante noche pocas ilusiones podíamos hacernos de lograr encender fuego y cocernos pan con la harina y el agua que llevábamos en nuestras alforjas, por lo que sin duda alguna pasaríamos hambre.

No llegamos a la vía férrea hasta pasadas las diez de la noche, en tales condiciones de invisibilidad que hacían del todo inútil instalar la ametralladora. Al azar, empecé a colocar la mina en el km 1.121 de Damasco. Era una mina complicada, con un pistón central que accionaba a la vez dos cargas situadas a treinta yardas de distancia, con lo que esperábamos alcanzar de todos modos a la locomotora, tanto si iba hacia el norte como si iba hacia el sur. Enterrar la mina nos tomó cuatro horas, ya que la lluvia había aterronado y descompuesto la superficie. Nuestros pies dejaban enormes huellas sobre el terraplén, como si una escuela de elefantes hubiera estado bailando allí. Intentar disimular estas marcas resultaba imposible, así que decidimos hacer otra cosa: pisotear centenares de yardas de los alrededores, hasta que pareciera como si medio ejército hubiera cruzado el valle, de modo que el lugar donde estaba la mina no parecía ni mejor ni peor que el resto. Luego retrocedimos hasta una distancia prudencial, detrás de unos pequeños montículos, y allí nos quedamos acurrucados al raso, esperando que abriera el día. El frío era intenso. Nos castañeteaban

los dientes, y temblábamos y silbábamos involuntariamente, mientras nuestras manos se contraían como garras.

Al amanecer las nubes habían desaparecido, y un rojo sol empezó a hacer su aparición sobre las quebradas colinas situadas al otro lado de la vía férrea. El viejo Dajil-Allah, nuestro activo guía y líder durante la noche, tomó ahora el mando, y empezó a enviarnos en solitario o por parejas a ocupar posiciones en todos los accesos de nuestro escondite. El mismo se arrastró hasta la escarpadura que teníamos delante para observar con sus prismáticos lo que iba ocurriendo en la vía férrea. Yo rezaba para que no ocurriera nada hasta que el sol hubiera ganado potencia y me hubiera recalentado, ya que el entrechocar de dientes aún no me había abandonado. Pronto, sin embargo, el sol ganó altura e irradió su calor sin obstáculos, lo que mejoró mucho las cosas. Mi ropa empezó a secarse. Y a mediodía me hallaba ya casi tan acalorado como el día anterior, lo que nos hacía suspirar por una sombra, y por ropa más gruesa que nos defendiera del sol.

Antes, sin embargo, a las seis de la mañana, Dajil-Allah había informado del paso de una vagoneta, que discurrió ilesa sobre la mina, para nuestra satisfacción, puesto que no habíamos trabajado tanto en colocar una hermosa carga compuesta sólo para cuatro hombres y un sargento. Luego salieron sesenta hombres de Madahriy. Esto nos inquietó, hasta que vimos que sólo iban a reemplazar cinco postes de telégrafo tumbados por la tormenta del día anterior. A las siete treinta, una

patrulla de once hombres empezó a recorrer la línea: dos de ellos iban inspeccionando minuciosamente cada raíl, otros tres recorrían lateralmente el terraplén, inspeccionando las traviesas, y uno más, presumiblemente un oficial de complemento, paseaba junto a los raíles dándose aires, sin nada más que hacer.

Esta vez, sin embargo, encontraron algo, cuando dieron con nuestras huellas en el km 1.121 aproximadamente. Se concentraron allí en el vado permanente, se lo quedaron mirando, lo pisotearon, lo recorrieron de arriba abajo, escarbaron en el balasto y meditaron concienzudamente el asunto. El tiempo iba pasando lentamente para nosotros, pero la mina se hallaba bien oculta, de modo que prosiguieron su revisión satisfechos rumbo al sur, donde se encontraron con la patrulla de Hedia, y ambas patrullas se sentaron a la fresca sombra de un puente a descansar de sus labores. Entre tanto, el tren, un pesado tren, empezó a acercarse desde el sur. Nueve de sus repletos vagones transportaban mujeres y niños procedentes de Medina, refugiados civiles que eran repatriados a Siria con todos sus enseres. Pasó sobre las cargas sin hacerlas estallar. Como artista me hallaba furioso; como comandante, profundamente aliviado: las mujeres y los niños no eran despojos adecuados.

Los yuheina se acercaron a la cresta desde donde Dajil-Allah y yo observábamos escondidos, cuando oyeron acercarse el tren, para verlo saltar en pedazos.

Nuestro parapeto de piedra había sido construido sólo para dos personas, de modo que la cima de la colina, un cono liso notoriamente distinguible, desde el lugar donde se hallaba la patrulla de reparación, se hizo inmediatamente visible y populoso. Esto excedió la capacidad de aguante de los turcos, que nerviosamente retornaron a Madahriy, y desde allí, a una distancia de casi cinco mil yardas, abrieron un animado fuego de fusilería. Debieron igualmente de haber telefoneado a Hedia, que pronto se puso en movimiento; pero, puesto que la más cercana avanzadilla de ese lado se hallaba alejada unas seis millas, su guarnición paró el fuego, y se contentó con una selección de toques de corneta, que duró todo el día. La distancia les daba gravedad y belleza.

Los disparos de los rifles no nos hicieron el menor daño; pero nuestro descubrimiento fue una verdadera desdicha. En Madahriy había unos doscientos hombres, y en Hedia mil cien, y nuestra retirada teníamos que hacerla por la llanura de Hamdh, donde se alzaba Hedia. Sus tropas montadas podían hacer una salida y cortarnos la retirada. Los yuheina tenían buenos camellos, y estaban a salvo, pero la ametralladora era una Maxim alemana capturada en combate, una pesada carga para la pequeña mula que la llevaba. Sus artilleros iban a pie, o en otras mulas, y el máximo de velocidad que podían desarrollar era de unas seis millas por hora, y su capacidad de lucha, con un solo cañón, no muy alta. Así que, tras celebrar un consejo de guerra, decidimos acompañarlos hasta

mitad de camino por las colinas, y despedirlos allí con una escolta de quince yuheina, en dirección a Wadi Ais.

Esto nos dio movilidad, y Dajil-Allah, Sultan, Mohammed y yo volvimos grupas con el resto de nuestra partida, para echar otra mirada a la línea férrea. El calor del sol era en ese momento tremendo, acompañado de débiles bocanadas de aire abrasador que soplaba sobre nosotros desde el sur. Nos refugiamos, a eso de las diez en punto, bajo unos frondosos árboles, donde cocimos pan y comimos, disponiendo allí de una hermosa perspectiva sobre la vía del tren, y protegidos a la sombra de lo peor del sol. En torno nuestro, y sobre el piso de grava, manchas de pálida sombra de las crujientes hojas corrían de un lado para otro, como indeterminadas y grises chinches, según las esbeltas ramas se mecían displicentemente a favor del viento. Nuestra comida campestre enojaba a los turcos, que no cesaron de disparar sobre nosotros o de tocar las cornetas, durante todo el mediodía y hasta caer la noche, mientras nosotros sesteábamos por turnos.

Hacia las cinco parecieron calmarse un tanto, y fue éste el momento que elegimos para cruzar lentamente el desprotegido valle hacia la vía del tren. Madahriy revivió en un paroxismo de disparos, y todas las cornetas de Hedia empezaron a resonar de nuevo. El simiesco placer de tomarles el pelo a lo grande nos tentó. Así que, cuando llegamos a la vía, hicimos arrodillar con toda calma a nuestros camellos junto al terraplén, y dirigidos por Dajil-Allah como imán,

realizamos con toda calma la oración de la tarde entre los raíles. Fue ésta probablemente la primera oración de los yuheina desde hacía aproximadamente un año, y yo era por completo novicio, pero pasamos bien la prueba, y los turcos, perplejos, dejaron de disparar. Fue ésta la primera y última vez que recé en Arabia como musulmán.

Tras la oración había aún mucha luz para disimular nuestras acciones; así que nos sentamos a fumar descaradamente sobre el terraplén, hasta que anocheció, momento en que intenté acercarme a la mina y desenterrarla, para averiguar, con vistas a la próxima ocasión, por qué había fallado. No obstante, los yuheina se hallaban tan interesados en esto como yo. Tras de mí vinieron todos en manada y se arremolinaron sobre el raíl durante la búsqueda. Me hicieron estar con el corazón en la boca, ya que me llevó toda una hora encontrar dónde se hallaba escondida la mina. Colocar una de las minas de Garland era ya de por sí un asunto peliagudo, pero andar rebuscando el lugar donde había sido colocada en medio de la oscuridad y a lo largo de cien yardas de raíl, en un intento de descubrir la mecha enterrada en el balasto, me pareció en aquel momento una tarea más que insegura. Las dos cargas conectadas con ella eran tan potentes que hubieran podido desbaratar setenta yardas de vía, y yo no dejaba de imaginarme la posibilidad de salir por los aires en cualquier momento, no sólo yo, sino toda la tropa que me seguía. ¡Sin lugar

a dudas, semejante hecho hubiera acabado de completar la perplejidad de los turcos!

Finalmente pude dar con el cable, y pude darme cuenta, palpando, de que el detonador se había hundido una décima de pulgada, debido a mi mala colocación, o a que las piedras se habían movido por causa de la lluvia. Lo afiancé bien en su sitio. Y a continuación, para dejar bien claras las cosas al enemigo, empezamos a volar cosas al norte de la mina. Hallamos un pequeño puente de cuatro ojos y lo hicimos saltar por los aires. Luego, volvimos a los raíles y cortamos aproximadamente unos doscientos, y mientras los hombres se hallaban sembrando y prendiendo cargas le enseñé a Mohammed a subir a un poste de telégrafos; juntos cortamos los alambres, y con sus cabos echamos abajo unos cuantos postes más. Todo ello lo hicimos con absoluta rapidez, por miedo a que los turcos pudieran salir en nuestra persecución, y cuando nuestros trabajos de voladura estuvieron concluidos corrimos como liebres a nuestros camellos, montamos en ellos, y trotamos sin detenernos por el ventoso valle abajo, una vez más, hasta la llanura de Hamdh.

Allí nos encontrábamos ya a salvo, pero el viejo Dajil-Allah se hallaba demasiado satisfecho con todo el desbarajuste que habíamos armado en la vía férrea para estar sereno. Cuando empezamos a pisar el arenoso suelo de la llanura, azuzó a su camello haciéndole tomar un buen galope, y todos espoleamos nuestras monturas tras él como locos bajo la pálida luz

de la luna. La marcha era perfecta, y durante tres horas no refrenamos las riendas, hasta que dimos alcance a nuestra ametralladora y su escolta, que se hallaba acampada en el camino a casa. Los soldados oyeron nuestra algarabía en medio de la noche, pensaron que éramos enemigos y empezaron a disparar sobre nosotros con su Maxim, pero la cinta se les atoró a la mitad, y, siendo como eran sastres de La Meca, no supieron qué hacer para arreglarla. Así que nadie resultó herido, y nosotros los hicimos prisioneros en broma.

Por la mañana dormimos perezosamente hasta tarde, y desayunamos en Rubiaan, el primer pozo de Wadi Ais. Nos hallábamos seguidamente fumando y charlando, dispuestos a traer ya los camellos, cuando de repente oímos el distante estrépito de una gran explosión a nuestras espaldas, y por la parte de la vía del tren. Nos preguntamos si la mina había sido descubierta o habría cumplido su misión. Habíamos dejado atrás dos exploradores para informarnos, y empezamos a marchar lentamente, para esperarlos y porque la lluvia de hacía dos días había inundado de nuevo Wadi Ais, estando todo su cauce cubierto de charcas de un agua suave y grisácea, separadas por bancales de un barro plateado, al que la corriente había rizado en forma de escamas de pescado. El calor del sol convertía esta superficie en una especie de pegamento suave, sobre el que nuestros impotentes camellos se despatarraban cómicamente, o resbalaban hasta desmoronarse con una rotundidad y una fuerza

sorprendentes en tan dignas bestias. Su enfado crecía por momentos ante nuestro espíritu bromista.

La luz del sol, la suave marcha y la espera de las nuevas que debían traernos los exploradores lo llenaban todo de alegría, inclinándonos a desarrollar las virtudes sociales: pero nuestros miembros, rígidos por el esfuerzo del día anterior, y nuestra abundante comida, nos decidieron a parar antes de Abu Marja para pasar la noche. Así pues, cerca ya del atardecer, elegimos una seca terraza del valle para dormir en ella. Yo subí el primero, y volviéndome contemplé a los hombres que subían tras de mí con sus bestias de las riendas, montados sobre sus camellos bayos como estatuas de cobre bajo la feroz luz del atardecer, parecían estar ardiendo con una luz interior.

Antes de que estuviera cocido el pan llegaron los exploradores, para contarnos que desde la madrugada los turcos andaban ocupados con nuestros desperfectos; y poco más tarde, una locomotora con vagones llenos de raíles, y una nutrida cuadrilla de reparación sobre ellos, se había acercado desde Hedia, explotándole la mina en sus ruedas delanteras y traseras. Esto era todo lo que esperábamos oír, y partimos hacia el campamento de Abdulla en una mañana perfectamente primaveral, cantando todos a una. Habíamos demostrado que una mina bien colocada tenía que estallar, y que una mina bien colocada resulta difícil de descubrir hasta para su colocador. Puntos estos que eran de gran importancia, ya que Newcombe, Garland y Hornby se hallaban en

ese momento sobre la vía férrea, devastándola, y las minas eran la mejor arma descubierta hasta entonces para convertir la circulación de trenes en una costosa e insegura tarea para los turcos.

CAPÍTULO XXXVI

A pesar de su amabilidad y encanto, ni Abdulla ni su campamento acababan de gustarme; tal vez porque no era yo un ser sociable, y aquella gente carecía de soledad personal, tal vez porque su buen humor me mostraba la futilidad de mis esfuerzos —mayores que los de Palomides[21]— no sólo para parecer mejor, sino para mejorar a los otros. Mientras que nada resultaba fútil en la atmósfera de elevados pensamientos y responsabilidad que gobernaba el campamento de Feisal, Abdulla pasaba su alegres jornadas en su amplia y fresca tienda, a la que sólo tenían acceso sus amigos, limitando los suplicantes o los nuevos adherentes, o la distribución de justicia para una sola sesión pública que tenía lugar por las tardes. El resto del tiempo leía los periódicos, comía con regalo o dormía. Y especialmente jugaba, o bien al ajedrez con su estado mayor, o bien a las adivinanzas con Mohammed Hassan. Mohammed, llamado en realidad

---

[21] Aunque Lawrence habla aquí de «Palomides» parece referirse a Palamedes, el héroe griego hijo de Nauplio y de Clímene, que desveló la cobardía de Ulises y fue acusado luego de traidor por éste, en el sitio de Troya. *(N. del T)*

Muedhdhin, era un verdadero bufón de corte. Un tedioso bufón del viejo estilo me pareció a mí, después que mi enfermedad me hizo aún menos propicio que antes a las bromas.

Abdulla y sus amigos, Shakir, Fauzan, y los dos hijos de Hamza, entre los jerifes, junto con Sultan y Abdul y Hosahn, de los ateiba, e ibn Mesfer, el aposentador de huéspedes, se pasaban gran parte del día y de la noche atormentando a Mohammed Hassan. Lo herían con espinas, lo apedreaban, le arrojaban guijarros recalentados al sol sobre la espalda, y le prendían fuego. A veces la broma llegaba a ser muy sofisticada, como la vez que pusieron un reguero de pólvora bajo las alfombras, y ordenaron a Hassan a sentarse al final del mismo. En cierta ocasión, Abdulla disparó por tres veces contra una taza de café colocada sobre su cabeza, desde veinte yardas de distancia, y lo recompensó por su sufrido servilismo con tres meses de paga.

Abdulla cabalgaba a veces un poco, o disparaba unos cuantos tiros, y volvía agotado a su tienda para una sesión de masaje; luego aparecían los recitadores, para calmarle su dolor de cabeza. Era muy aficionado al verso árabe y excepcionalmente docto. Los poetas locales encontraban en él una provechosa escucha. También se interesaba por la historia y las letras, y convocaba en ocasiones disputas gramaticales en su tienda, adjudicando premios en metálico.

Afectaba no estar interesado por la situación del Heyaz, considerando que la autonomía de los árabes

estaba garantizada por las promesas de Gran Bretaña a su padre, y se apoyaba cómodamente en semejante báculo. Yo anhelaba decirle que el semijuicioso anciano no había obtenido de nosotros promesas concretas ni ilimitadas de ningún tipo, y que su barco podía embarrancar en el bajío de su estupidez política; pero esto hubiera sido poner en un compromiso a mis jefes ingleses, y el conflicto mental entre honestidad y lealtad, tras vacilar por un momento, acabó instalándose de nuevo expeditivamente en un callejón sin salida.

Abdulla profesaba un gran interés por la guerra de Europa, y la seguía de cerca a través de los periódicos. Estaba también familiarizado con la política de Occidente, y se sabía de memoria todas las cortes y ministerios de Europa, incluido el nombre del presidente suizo. Volví a notar a este respecto de qué modo la cómoda circunstancia de tener nosotros aún un rey acrecentaba el prestigio de Inglaterra en Asia. Las antiguas y artificiosas sociedades, como ésta de los jerifes y los señores feudales árabes, encuentran una sensación de honorable seguridad al tratar con nosotros en el hecho de que la más elevada magistratura de nuestro Estado no dependa del mérito ni de la ambición.

El tiempo iba degradando mi primera y favorable impresión sobre el carácter de Abdulla. Sus constantes quejas, que en otro momento habían suscitado mi compasión, empezaron a inspirarme desprecio según sus causas iban evidenciándose cada vez más en su

pereza y autocomplacencia, y cuando le veía cultivarlas como ocupaciones de su excesiva ociosidad. Sus espontáneos actos de arbitrariedad, en otro tiempo atractivos, me parecían ahora simples actos de débil tiranía disfrazados de antojo; su carácter amistoso resultaba meramente caprichoso; y su buen humor mero afán de darse gusto. Una corriente de insinceridad recorría todas las fibras de su ser. Hasta su simplicidad resultaba falsa a la luz de la experiencia; y los prejuicios religiosos heredados se erigían en regla por encima de su agudeza de juicio, porque suponían menos molestias para él que el pensamiento libre y espontáneo. Su cerebro con frecuencia revelaba sus intrincadas pautas, desvelando su enmarañamiento de ideas en forma de una férrea ristra de proyectos; de modo que su indolencia obstruía también sus maquinaciones. Sus tramas continuamente se deshilachaban por su escaso interés por concluirlas. A pesar de lo cual nunca acababan de expresarse como deseos concretos, ni alcanzaban una forma efectiva. Observaba siempre con el rabillo de su afable ojo nuestras respuestas a sus aparentemente inocuas preguntas, interpretando las más nimias desviaciones de sentido que pudieran observarse en cualquier vacilación, inseguridad o error inocente.

Un día entré en su tienda y lo hallé sentado tenso, con los ojos muy abiertos y las mejillas encendidas. El sargento Prost, su viejo tutor, acababa de llegar, portador de una carta de Bremond, en la que se le hacía ver a Abdulla el modo como los ingleses estaban

envolviendo a los árabes por todas partes —en Adén, en Gaza, en Bagdad—, con la esperanza de que se diera cuenta de lo que estaba en juego. Abdulla me preguntó excitado qué pensaba yo de todo aquello. Para responderle, decidí replegarme en lo artificioso, y le repliqué, de modo preciosista, que esperaba que empezara a sospechar de nuestra sinceridad cuando nos viera apuñalar por la espalda a nuestros aliados en cartas privadas. La expresión árabe, delicadamente envenenada, le agradó, y nos pagó con el afilado cumplido de decir que sabía que éramos sinceros, pues de otro modo no estaríamos representados en Yeddah por el coronel Wilson. Aquí, su sutileza se condenaba a sí misma, de manera típica, al no percibir la doble sutileza que le contradecía. No comprendía que la honestidad podía ser el mejor camuflaje de la bribonería, y Wilson, a su vez, podía perfecta y rápidamente olisquear la maldad de los dignatarios situados por encima de él.

Wilson jamás llegó a decir ni siquiera una media verdad. Si se le instruía para que informara diplomáticamente al rey de que su subsidio mensual no podía serle aumentado por el momento, telefoneaba sin más a La Meca y decía: «Señor, señor, no hay más dinero.» En cuanto a la mentira no sólo era incapaz de decir una sola, sino que era también lo suficientemente sagaz como para saber que era la peor jugada contra los jugadores que se han pasado la vida entera en medio del engaño, y cuya percepción está más que afinada. Los líderes árabes mostraban una entereza

instintiva, una confianza tal en la intuición, en lo imperceptiblemente preconocido, que dejaba boquiabierto a nuestro centrífugo espíritu. Al igual que las mujeres, comprendían y juzgaban las cosas a primera vista, sin esfuerzo, y sin razón aparente. Era casi como si la exclusión oriental de las mujeres de la política hubiera servido para traspasar sus peculiares dotes a los hombres. Parte de la rapidez y el secreto de nuestra victoria, y de su carácter regular puede tal vez atribuirse a esta doble y subrayada característica de que, de un extremo a otro, no hubiera en el movimiento árabe nada femenino, excepto las camellas.

La figura más sobresaliente del entorno inmediato de Abdulla era el jerife Shakir, un individuo de veintinueve años amigo de la infancia de los cuatro emires. Su madre era circasiana, como también lo había sido su abuela. De ellas había heredado su hermosa complexión; pero la piel de su rostro había sido acribillada por la viruela. Desde su arruinada blancura, dos ojos inquietos indagaban todo el tiempo, grandes y brillantes, ya que la languidez de sus pestañas y cejas lo hacía mirar directa y desconcertadamente.

Su estampa era alta, esbelta, casi juvenil, debido a su continua actividad atlética. Su voz aguda y decidida, pero agradable se quebraba cuando tenía que gritar. Sus maneras, aunque deliciosamente francas, eran abruptas y hasta imperiosas; poseía un humor tan quebradizo como su quebrada risa.

Esa explosiva libertad de palabra parecía no respetar nada en la tierra salvo al rey Hussein: hacia él mostraba una deferencia mayor de la que dejaba ver Abdulla, quien continuamente gastaba bromas con sus compañeros, la camarilla vestida de seda que lo rodeaba cuando quería estar a sus anchas. Shakir se unía salvajemente a la partida, pero rechazaba con elegancia cualquier exceso. Vestía con sencillez, pero siempre muy limpio y, al igual que Abdulla, solía usar en público el escarbador y el palillo de dientes. No sentía el menor interés por los libros y jamás ocupaba su cabeza con meditaciones, aunque era inteligente e interesante en las conversaciones. Era hombre devoto, pero odiaba La Meca, y jugaba al backgammon mientras Abdulla leía el Corán. En cambio, por arranques, podía ponerse a rezar interminablemente.

En la guerra era todo un hombre de armas. Sus gestas lo habían hecho el favorito de las tribus. A su vez, solía describirse a sí mismo como un beduino, y un ateibi, y los imitaba en su comportamiento. Llevaba su negro pelo partido en dos crenchas a cada lado de la cara, y lo mantenía lustroso con manteca, y fuerte mediante frecuentes lavados con orina de camello. Se mostraba orgulloso de las liendres, por deferencia al proverbio beduino que dice que una cabeza limpia es muestra de un espíritu poco generoso; y portaba el *brim*, un delgado ceñidor de tirillas de cuero, atado con tres o cuatro vueltas en torno a la cintura para reducir y contener el estómago. Poseía hermosos camellos y

caballos, era considerado el mejor jinete de Arabia, dispuesto a competir con cualquiera.

Shakir me daba la impresión de preferir los arranques de energía antes que el esfuerzo sostenido; pero había equilibrio y sagacidad tras sus locas maneras. El jerife Hussein lo había enviado como embajador suyo a El Cairo antes de la guerra, para arreglar asuntos privados con el jedive de Egipto. Su estampa beduina debía de haber resultado extraña en medio del esplendor de estuco del palacio Abdin. Abdulla sentía una ilimitada admiración por Shakir, e intentaba ver el mundo a través de sus ojos de alegre desparpajo. Entre ambos llegaron a complicar seriamente mi misión en Wadi Ais.

CAPÍTULO XXXVII

En relación con la situación táctica, Abdulla hacía muy poco, pretendiendo mezquinamente que era asunto de Feisal. Había venido a Wadi Ais para complacer a su hermano menor, y allí pensaba quedarse. No tenía la intención de llevar a cabo ataques por su cuenta, y raramente animaba a los suyos a que lo hicieran. Detecté en esto una cierta envidia hacia Feisal, como si quisiera ostentosamente descuidar las operaciones militares para evitar indiscretas comparaciones con la actuación de su hermano. De no haberme ayudado Shakir, sobre todo, habría sufrido dilaciones y dificultades en mi puesta en marcha, aunque Abdulla hubiera cedido a tiempo y permitido cualquier iniciativa que no pusiera en juego directamente sus fuerzas. Había no obstante ahora dos partidas actuando sobre la vía férrea, con holgura suficiente como para llevar a cabo algún tipo de demolición más o menos cada día. Con interferencias mucho menores hubiera bastado ya para alterar el funcionamiento de los trenes, y al hacer el aprovisionamiento de la guarnición de Medina sólo un poco menos difícil que su evacuación, se ayudaba por

igual a los intereses británicos y a los árabes. Con lo que concluí que mi trabajo en Wadi Ais había quedado suficientemente culminado, y bien culminado.

Anhelaba volver al norte de nuevo y dejar el relajado campamento de Abdulla. Este podía dejarme hacer cuanto yo quisiera, pero nunca haría nada por su cuenta, mientras que para mí el principal valor de una rebelión radicaba en las cosas que los árabes podían llegar a hacer sin nuestra ayuda. Feisal trabajaba entusiasta con la sola idea de hacer que su vieja raza justificara su renombre conquistando la libertad con sus propias manos. Sus lugartenientes, Nasir o Sharraf o Alí ibn Hussein, secundaban sus planes con la cabeza y el corazón, de modo que mi papel resultaba ser sólo sintético. Yo combinaba sus múltiples chispas en una firme llama, transformaba sus múltiples e inconexas acciones en una acción consciente.

Nos marchamos la mañana del diez de abril, tras la grata despedida de Abdulla. Mis tres ageyl iban de nuevo conmigo y también Arslan, el pequeño sirio con aspecto de polichinela, muy pendiente de su indumento árabe y del chusco aspecto exterior y las maneras de los beduinos. Cabalgaba desmañadamente y soportaba las penalidades que le causaba el desigual paso de los camellos, pero salvaba su dignidad señalando que en Damasco ninguna persona respetable montaría jamás un camello, y le añadía humor al asunto subrayando que tampoco en Arabia debía de haber ningún otro damasceno que montara tan mal en camello como él.

Mohammed el Jadi era nuestro guía, acompañado de seis yuheina.

Avanzamos por Wadi Tleih, como habíamos hecho a la venida, pero nos desviamos hacia la derecha, para evitar la colada de lava. No llevábamos comida, por lo que nos detuvimos en un grupo de tiendas para gozar de la hospitalidad de su arroz y su leche. La primavera en las colinas era una época de abundancia para los árabes, cuyas tiendas estaban llenas de leche de oveja, de cabra y de camella, y luciendo todos una buena alimentación y un magnífico aspecto. Proseguimos luego la marcha, con un tiempo como de verano inglés, recorriendo durante cinco horas un estrecho valle barrido por la reciente inundación, Wadi Osmán, que se retorcía y corcovaba entre las colinas, pero proporcionaba una ruta cómoda. La última parte de la marcha tuvo lugar ya caída la noche, y al detenernos nos dimos cuenta de que Arslan había desaparecido. Hicimos disparos y encendimos fuegos, con la esperanza de verlo aparecer; pero al amanecer aún no había rastro de él, y los yuheina empezaron a correr de un lado para otro sin saber bien dónde buscarlo. Sin embargo, se hallaba a sólo una milla detrás nuestro, profundamente dormido bajo un árbol.

Apenas una hora más tarde nos detuvimos en las tiendas de una de las mujeres de Dajil-Allah, para comer. Mohammed se permitió darse un baño, un buen lavado de su lujuriante cabellera, y ropa limpia. Se tomaron un buen tiempo en preparar la comida, y no fue sino hasta mediodía cuando ésta hizo su aparición:

un gran cuenco de arroz azafranado, con tropezones de cordero. Mohammed, que creyó su deber hacerme los honores, atrajo hacia sí el plato principal, y sacó de él el contenido de una pequeña fuente de cobre para sí y para mí. Luego, cedió el resto a la concurrencia. La madre de Mohammed se sabía lo suficientemente vieja como para permitirse mostrarse curiosa conmigo. Me preguntó por las mujeres de la tribu de los cristianos y su modo de vida, maravillándose de mi blanca piel, y de mis horribles ojos azules, que parecían, me dijo, como si el cielo apareciera brillando a través de las cuencas vacías de una calavera.

Wadi Osmán mostraba a continuación un curso menos irregular, ensanchándose lentamente. Dos horas y media más tarde giraba repentinamente hacia la derecha mediante una brecha, y nos vimos de pronto en Hamdh, en medio de una garganta estrecha y emparedada entre acantilados. Como es habitual, los bordes del lecho de arena dura estaban desnudos; y el medio se hallaba erizado de árboles hamdhasla, en forma de costras grises, salitrosas y protuberantes. Ante nosotros teníamos varias charcas de agua dulce, resto de la inundación, la mayor de ellas de casi trescientos pies de largo, y muy profundas. Su estrecho lecho estaba tallado en arcilla ligera e impermeable. Mohammed dijo que su agua duraría hasta finales de año, pero pronto se volvería salada e inservible.

Tras beber de ella, aprovechamos para bañarnos, y la hallamos llena de pequeños pescados plateados semejantes a sardinas, todos de gran voracidad. Nos

demoramos tras el baño, prolongando así nuestro placer corporal, y volviendo a montar ya caída la noche, cabalgamos durante seis millas, hasta sentir sueño. Torcimos entonces en busca de un terreno más elevado para situar el campamento. Wadi Hamdh difiere de otros valles salvajes del Heyaz por sus fríos aires. Lo que se notaba más aún de noche, cuando una blanca neblina, que barnizaba el valle con su sudor salobre, se elevaba unos pocos pies por encima del suelo y se mantenía allí inmóvil. Pero, aun durante el día, y bajo los rayos del sol, el valle de Hamdh resultaba húmedo, crudo y antinatural.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano y pasamos al lado de varias charcas grandes en el fondo del valle; pero sólo unas pocas de ellas eran potables; el resto se habían vuelto verdosas y salobres, con los pececillos plateados flotando en ellas, muertos y como en vinagreta. Cruzamos luego el lecho del valle, para torcer hacia el norte, en dirección de la llanura de Ugila, bajo el que Ross, nuestro comandante de vuelo en Weyh, había construido hacía poco un aeródromo. Guardias árabes custodiaban su gasolina, y con ellos nos desayunamos, siguiendo luego a lo largo de Wadi Methar hasta un umbroso árbol, bajo el que dormimos durante cuatro horas.

Por la tarde todos nos hallábamos descansados, y los yuheina empezaron a hacer carreras con sus camellos. Al principio la competencia se establecía por parejas, pero pronto los otros se les juntaban, hasta formar líneas de seis en fondo. El camino era malo, y

uno de los jinetes acabó haciendo chocar a su animal contra un montón de piedras. La camella resbaló, y él se cayó rompiéndose un brazo. Era un contratiempo, pero Mohammed fríamente le vendó con trapos y cinchas de camello, y lo dejamos descansando un rato bajo un árbol antes de volver a Ugila para pasar la noche. Los árabes son descuidados en lo que hace a las roturas de huesos. En una tienda de Wadi Ais había podido ver a un joven cuyo antebrazo había soldado mal; dándose cuenta de eso, había empezado a escarbarse con la daga hasta desnudar el hueso, romperlo de nuevo y colocarlo correctamente; y allí estaba tumbado, soportando filosóficamente las moscas, con su hinchado antebrazo recubierto de musgo y arcilla curativos, aguardando a ponerse bien.

Por la mañana enfilamos hacia Jauthila, un pozo, donde abrevamos los camellos. El agua era impura y los hizo vomitar. Cabalgamos otras ocho millas durante la noche, intentando llegar hasta el mismo Weyh de un tirón. Nos levantamos pues poco después de la medianoche, y antes de que la luz del día empezara a resbalar por la prolongada ladera de Raal sobre la llanura, que se extendía por entre las bocas del Hamdh hasta el mar. El terreno mostraba cicatrices de vehículos motorizados, excitando en los yuheina la viva ambición de darse prisa para contemplar las nuevas maravillas del ejército de Feisal. Espoleados por esto, hicimos una marcha sin paradas de ocho horas, mucho más larga de lo que es habitual para los beduinos del Heyaz.

Nos hallábamos razonablemente cansados, tanto los hombres como los animales, pues llevábamos sin comer desde el desayuno del día anterior. Pero el joven Mohammed pensó que era el momento de hacer carreras. Saltó pues de su camello, se quitó la ropa y nos retó a correr hasta el soto de espinos que se veía en la ladera opuesta, a cambio de una libra inglesa. Todo el mundo aceptó la apuesta, y los camellos salieron disparados en masa. La distancia, unos tres cuartos de milla, en cuesta, sobre arena dura, se demostró más dura de lo que Mohammed había supuesto. No obstante, mostró una sorprendente fortaleza y salió victorioso, aunque sólo por pulgadas de diferencia; cayó entonces redondo, sangrando por la boca y la nariz. Algunos de nuestros camellos eran muy buenos, e iban a todo lo que podían dar cuando competían.

La atmósfera allí era demasiado calurosa y pesada para los nativos de las colinas, y temí que el agotamiento de Mohammed pudiera tener consecuencias, pero, después de descansar durante una hora y tomarse una taza de café, se levantó y resistió las restantes seis horas de marcha hasta Weyh tan alegre como siempre, continuando con las pequeñas travesuras que habían animado nuestra marcha desde Abu Marja. Si cabalgaba tranquilamente detrás de algún otro, restregaba su aguijada contra los cuartos traseros de su camella y chillaba, lo que hacía que aquélla lo tomara por un macho excitado, y saliera locamente de estampida, desconcertando por completo

a su jinete. Un segundo juego divertido era cruzársele a otro camello que iba al galope, hasta hacerlo chocar con un árbol próximo. O bien el árbol se desplomaba (los árboles de los valles, en el ligero suelo del Heyaz suelen ser muy inestables) o bien el jinete salía llenos de arañazos y desgarrones; o, a lo sumo, salía disparado de su silla, y quedaba colgado de algún árbol de espino, si no era arrojado violentamente a tierra.

Los beduinos son gente extraña. Y para un inglés que conviva entre ellos pueden resultar insoportables, a menos que se tenga una paciencia tan ancha y profunda como el mar. Son individuos absolutamente esclavos de sus apetitos, sin la menor resistencia mental, borrachos de café, leche o agua, golosos de la carne asada y desvergonzados pedigüeños de tabaco. Sueñan durante semanas antes y después de sus escasos ejercicios sexuales, y pasan los días intermedios coquilleándose a sí mismos y a los oídos de sus compañeros con cuentos obscenos. De haber tenido posibilidad se habrían entregado al más puro sensualismo. Su fortaleza es la propia de individuos geográficamente alejados de la tentación: la pobreza de Arabia los hace sencillos, continentes y resistentes. De verse forzados a entrar en la civilización, sucumbirían como cualquier otra raza salvaje a sus enfermedades, mezquindades, lujuria, crueldad, retorcimiento o artificio; y, como los salvajes, padecerían exageradamente por la falta de inmunidad.

De sospechar que queríamos dirigirlos, o bien se hubieran cerrado en banda, o hubieran escapado.

Pero, tomándose la molestia de comprenderlos, y dándoles tiempo de hacer cosas que les resultaban tentadoras, podían llegar a pasar por los mayores padecimientos para complacernos. Si lo ya conseguido merecía la pena, era difícil de saber. Acostumbrados a mayores compensaciones, los ingleses no querían, y en realidad no podían, emplear el tiempo, el esfuerzo mental y el tacto que jeques y emires dilapidaban cada día para obtener tan magros resultados. Los procesos mentales de los árabes eran claros, sus intelectos actuaban con tanta lógica como los nuestros, sin nada que resultara incomprensible o diferente, salvo las premisas: no había excusa ni razón, salvo nuestra pereza o ignorancia, para considerarlos inescrutables u «orientales», o dejarlos por imposibles.

Acabarían por seguirnos, si los soportábamos y jugábamos según sus propias reglas de juego. La pena era que con frecuencia empezábamos a hacerlo, y pronto nos desanimábamos, y exasperados les dábamos de lado, culpándolos de lo que sólo era culpa nuestra. Esas críticas, como las de un general que se quejara de la ineficiencia de sus tropas, no eran sino otras tantas confesiones de nuestra fallida previsión, no pocas veces recubiertas de falsa modestia, para mostrar que, aunque equivocados, al menos teníamos el ingenio de reconocer nuestras faltas.

CAPÍTULO XXXVIII

El afán de limpieza me hizo detenerme antes de entrar en Weyh, para mudarme mis astrosas ropas. Feisal, al presentarme ante él, me hizo penetrar en su tienda para hablar. Parecía que todo iba bien. Habían llegado más carros blindados de Egipto, Yenbo había quedado desguarnecido de sus últimos soldados y almacenamientos y el mismo Sharraf se había trasladado a Weyh, con una inesperada unidad, una nueva compañía de ametralladoras de curioso origen. Teníamos en Yenbo treinta hombres enfermos y heridos cuando nos marchamos de allí; y también montones de armas de desecho, con dos maestros armeros británicos que las reparaban. Los sargentos, que habían encontrado tiempo libre bastante, habían tomado trozos de diversas Maxims y, con ayuda de los pacientes, habían formado una compañía de ametralladoras, cuyos hombres entrenados en el curso de muchas demostraciones, eran tan buenos como los mejores que pudiéramos tener.

También Rabegh había sido abandonado. Los aeroplanos que allí estaban habían venido a establecerse en Weyh. Las tropas egipcias habían sido

enviadas tras ellos, junto con Joyce y Goslett, y todo el Estado Mayor de Rabegh, que ahora se hallaba al frente de todo Weyh. Newcombe y Hornby se hallaban en el interior del país haciendo trizas el ferrocarril noche y día, casi con sus propias manos por falta de ayudantes. La propaganda entre las tribus seguía progresando; todo iba viento en popa, y yo estaba a punto de marcharme cuando Suleimán, el aposentador jefe, entró apresuradamente en la tienda y le dijo a Feisal algo al oído. Este se volvió hacia mí, con los ojos radiantes y tratando de aparecer tranquilo: «Anda está aquí», dijo. Yo exclamé: .Auda abu Tayi», y en aquel momento el cierre de la puerta de la tienda se levantó, dejando oír una voz profunda llena de expansivas salutaciones a Nuestro Señor, el Comendador de los Creyentes. Inmediatamente hizo su aparición una figura alta, fuerte, de rostro ojeroso, apasionado y trágico. Era Auda, y tras él venía Mohammed, su hijo, un niño en apariencia, y con sólo once años de edad en realidad.

Feisal se puso en pie como movido por un resorte. Auda le cogió las manos y se las besó, y ambos se apartaron uno o dos pasos para mirarse entre sí, una espléndida y sin igual pareja característica de gran parte de lo mejor que había en Arabia, Feisal, el profeta, y Auda, el guerrero, cada uno de ellos cumpliendo su papel a la perfección, y comprendiendo y amando al otro. Ambos tomaron asiento. Feisal hizo las presentaciones, y Auda, con palabra mesurada, parecía tomar nota de cada persona.

Habíamos oído hablar mucho de Auda, y proyectábamos hacernos con Akaba con su ayuda, y al cabo de un rato supe, por la fuerza y el carácter directo de este hombre, que alcanzaríamos nuestra meta. Había llegado a nosotros como un caballero errante, irritado por nuestro retardo en Weyh, y ansioso sólo por adquirir méritos en pro de la libertad árabe, en sus propias tierras. Si su actuación llegaba a ser sólo la mitad de lo que era su deseo, llegaríamos a ser prósperos y afortunados. Nos habíamos quitado un peso de encima cuando nos dirigimos a cenar.

Formábamos un alegre grupo: Nasib, Fais, Mohammed el Dheilan, primo político de Auda, Zaal, su sobrino, y el jerife Nasir, que permanecía descansando en Weyh entre dos expediciones. Le conté a Feisal curiosas historias sobre el campamento de Abdulla, y le hablé de la alegría de volar vías de tren. De pronto, Auda se puso en pie, y exclamando «Dios no lo quiera», saltó fuera de la tienda. Nos quedamos mirándonos unos a otros, y oímos un martilleo en el exterior de la tienda. Salí a ver lo que era, y allí estaba Auda inclinado sobre una roca, machacando su dentadura postiza con una piedra hasta hacerla pedazos. «Me había olvidado», me explicó, «que Yemal Pachá me la había regalado. ¡Estaba comiendo el pan de mi Señor con una dentadura turca!» Desgraciadamente le quedaban ya pocos dientes propios, de modo que en adelante masticar la carne que tanto le gustaba habría de resultarle una tarea difícil y dolorosa, y así se estuvo alimentado sólo a

medias, hasta que tomamos Akaba, y sir fabricarle una dentadura aliada.

Auda iba muy sencillamente vestido, a la manera del norte arábigo, todo de algodón blanco y un paño de cabeza rojo de Mosul. Debía de tener más de cincuenta, y su pelo negro aparecía entreverado de blanco, pero era fuerte y se mantenía erguido, de complexión flexible y enjuta, y tan activo como un hombre joven. Su cara formaba un magnífico conjunto de líneas y huecos. En ella se hallaba escrito el verdadero dolor que la muerte de su hijo favorito, Annad, había arrojado sobre su vida, al destruir su sueño de pasar la grandeza del nombre de abu Tayi a futuras generaciones. Su frente era estrecha y ancha, su nariz larga y afilada, y poderosamente ganchuda; su boca más bien grande y móvil; sus bigotes y su barba aparecían cortados en forma puntiaguda, a la manera de los howeitat, con la mandíbula inferior afeitada por debajo.

Siglos antes, los howeitat habían llegado del Heyaz, y sus clanes nómadas se preciaban de ser verdaderos beduinos. Auda era su tipo perfecto. Su hospitalidad era devastadora; y excepto para almas hambrientas, incómoda. Su generosidad lo tenía sumido en la pobreza, a pesar de los beneficios extraídos de centenares de razzias. Se había casado veintiocho veces y había sido herido trece veces; aunque las batallas que había provocado habían causado heridas a todos sus cotribeños y la muerte de la mayor parte de sus parientes. Él personalmente había matado a

setenta y cinco hombres, árabes, con sus propias manos en batalla, y nunca a nadie fuera del campo de batalla. De los turcos que había muerto no llevaba cuenta: no los registraba. Los toweiha bajo su mando se habían convertido en los primeros luchadores del desierto, con una tradición de valor desesperado, y un sentido de la propia superioridad que nunca los abandonaba mientras hubiera vida y cosas que hacer; pero era esto también lo que los había reducido de mil doscientos que eran a menos de quinientos, en treinta años, al ir incrementándose las exigencias de la lucha abierta.

Auda llevaba a cabo razzias siempre que tenía oportunidad, y con tanta amplitud como podía. Había visitado Aleppo, Basra, Weyh y Wadi Dawasir en sus expediciones, y ponía buen cuidado en mantener la enemistad con casi todas las tribus del desierto que presentaran buenas perspectivas para el saqueo. Dentro de este estilo bandidesco, era tan testarudo como ardoroso, y en sus más enloquecidas empresas había siempre un frío factor de cálculo que lo hacía salir airoso. Su paciencia en medio de la acción era extrema: recibía e ignoraba los consejos, las críticas o las ofensas, con una sonrisa tan constante como encantadora. Cuando se enfadaba su cara se movía sin control, y estallaba en una pasión desatada, que sólo conseguía calmarse después de haber matado; en tales ocasiones se convertía en una bestia salvaje, y los hombres huían de su presencia. Nada en la tierra podría hacerle cambiar de idea u obedecer una orden

que mínimamente desaprobara; y nada le importaban los sentimientos de los demás cuando su cara se llenaba de obstinación.

Veía la vida como una saga. Todos los acontecimientos resultaban por igual significativos, todos los personajes que entraban en contacto con él adquirían un halo heroico. Su espíritu estaba cargado de poemas sobre viejas razzias y epopeyas de viejas luchas, con los que inundaba a quien tuviera más cerca. Si carecía de audiencia, se los cantaba a sí mismo con su tremenda voz, profunda, sonora y ruidosa. Carecía de control sobre sus labios, y podía llegar a causar daños tan terribles a su propio interés como al de sus amigos. Hablaba de sí en tercera persona, y tan seguro estaba de su fama que le encantaba gritar historias contra sí mismo. A veces parecía poseído por un demonio travieso, y en las asambleas podía llegar a inventar y contar bajo juramento sonrojantes historias sobre la vida privada de sus huéspedes o sus anfitriones, y, a pesar de todo esto, era modesto, tan simple como un niño, directo, sincero, amable, y calurosamente estimado incluso por aquellos para quienes podía resultar más molesto: sus amigos.

Joyce vivía cerca de la playa, junto a las dispersas hileras de las tropas egipcias, en un imponente conjunto de pequeñas y grandes tiendas, y charlamos sobre las cosas hechas y las que quedaban por hacer. Todos los esfuerzos se hallaban aún dirigidos contra el ferrocarril. Newcombe y Garland se hallaban cerca de

Muadhaddhan con el jerife Sharraf y con Maulud. Tenían consigo muchos billi, la infantería montada en mulas, así como cañones y ametralladoras, y esperaban poder tomar el fuerte y la estación de aquel lugar. Newcombe pretendía entonces hacer avanzar a todos los hombres de Feisal hasta muy cerca de Meadin Salih, y, tras ocupar parte de la línea, dejar aislada a Medina y forzar su propia rendición. Wilson estaba a punto de llegar para ayudarnos en esta operación, y Davenport debía tomar a tantos hombres del ejército como le fuera posible transportar, para reforzar el ataque árabe.

Todo este programa era el que yo había creído necesario para el ulterior avance de la Rebelión Árabe cuando tomamos Weyh. Yo mismo había planeado y diseñado parte del mismo. Pero ahora, gracias a la feliz fiebre y la disentería que había pasado en el campamento de Abdulla, había tenido tiempo de meditar sobre la estrategia y la táctica de la guerra irregular, y me parecía que no sólo los detalles, sino la esencia misma de ese plan estaban equivocados. Era pues tarea mía explicar mi cambio de ideas, y si era posible persuadir a mis jefes de que aceptaran mi teoría.

Empecé pues con tres proposiciones. Primeramente, los irregulares no podían atacar plazas fuertes, por lo que quedaban incapacitados para forzar decisiones. En segundo lugar, eran tan incapaces de defender una línea, como lo eran de atacarla. En tercer

lugar, su virtud radicaba en el avance en profundidad, y no en el avance frontal.

La guerra árabe era geográfica, y el ejército turco un mero accidente. Nuestra meta era encontrar el eslabón material más débil del enemigo y cargar contra él hasta que el tiempo lo hiciera caer en toda la línea. Nuestro más amplio recurso, los beduinos, sobre los que debíamos construir nuestra estrategia, estaban inhabituados a las operaciones formales, pero tenían como valores propios la movilidad, la testarudez, la autoconfianza, el conocimiento del país y el valor inteligente. Con ellos la dispersión era fuerza. Debíamos, por tanto, ampliar nuestro frente al máximo, para imponer a los turcos la defensa pasiva más larga que fuera posible, ya que ésa era, desde el punto de vista material, su más costosa forma de guerra.

Nuestro deber era alcanzar nuestra meta con la mayor economía de vidas humanas, puesto que las vidas nos eran más preciosas que el dinero o el tiempo. Si teníamos paciencia suficiente y una destreza sobrehumana, podríamos seguir las directivas de Saxe, y alcanzar la victoria sin dar una sola batalla, simplemente sacando partido de nuestras ventajas psicológicas y matemáticas. Afortunadamente, nuestra debilidad no era tanta como para exigir tal cosa. Éramos más ricos que los turcos en transporte, ametralladoras, carros y explosivos de alta potencia. Podíamos desarrollar una fuerza de choque altamente móvil, altamente equipada, y de reducido tamaño, y usarla sucesivamente en determinados puntos bien

distribuidos de la línea turca, para obligarlos a fortificar sus posiciones por encima del mínimo defensivo de veinte hombres. Esto podía constituir un atajo para la victoria.

No debíamos esforzarnos por tomar Medina. Los turcos eran allí inocuos. Prisioneros en Egipto, nos costarían alimentos y guardias. Queríamos que se quedaran en Medina, y en cualquier otra posición lejana, en el mayor número posible. Nuestro ideal debía ser hacer que el ferrocarril simplemente funcionara, sólo lo justo, con un máximo de pérdidas y de incomodidad. El factor comida los limitaría al ferrocarril, pero sólo al ferrocarril del Heyaz, al Transjordano y a las vías férreas de Siria y Palestina, reservándonos nosotros las restantes novecientas noventa y nueve milésimas partes de las vías férreas del mundo árabe. Si llegaban a evacuar más pronto de la cuenta, como primer paso para concentrarse, tendríamos que restaurar su confianza reduciendo nuestros ataques contra ellos. Su estupidez tenía que ser nuestra aliada, ya que pretendían ocupar, o pensar que ocupaban, tanto territorio de sus viejas provincias como le fuera posible. Su orgullo de vieja potencia imperial nos mantendría en la actual y absurda situación, todo flancos y ni un solo frente.

Criticaba luego en detalle el esquema guía. Ocupar el punto medio de la vía férrea podía llegar a resultar caro, ya que la fuerza ocupante se vería amenazada por cada lado. La mezcla de fuerzas egipcias e irregulares tribeños suponía una debilidad moral. Los

soldados profesionales podían hacer que los beduinos se mantuvieran aparte, dedicándose a observarlos, felices de verse dispensados del papel principal. La consecuencia serían los celos, unidos a la ineficacia. Por otro lado, el país billi era muy seco, y el mantenimiento de un amplio cuerpo de tropas en línea suponía una dificultad técnica.

Ni mi razonamiento general, ni mis objeciones particulares, sin embargo, tenían mucho peso. Los planes estaban hechos, y los preparativos estaban en marcha. Todo el mundo se hallaba muy ocupado con su propio trabajo para concederme una autoridad específica con la que llevar adelante mi plan. Todo lo que conseguí fue que me escucharan, y admitieran que mi contraofensiva podía llegar a constituir una útil maniobra de distracción. Empecé a planear con Auda abu Tayi una marcha hasta los pastos de primavera de los howeitat en el desierto sirio. Entre ellos podíamos reclutar una fuerza móvil camellera, y rodear Akaba desde el este sin cañones ni ametralladoras.

El este era su lado desguarnecido, su línea de menor resistencia, y la más sencilla para nosotros. Nuestra marcha sería un ejemplo extremo de movimiento envolvente, puesto que implicaba una marcha por el desierto de seiscientas millas para capturar una línea de trincheras sin disparar un solo tiro desde nuestros barcos, pero no había otra alternativa practicable, y se hallaba tan completamente dentro del espíritu de mis meditaciones durante la enfermedad que su resultado podía ser afortunado, y sin duda

alguna instructivo. Auda consideraba que todo era posible con dinamita y dinero, y que los pequeños clanes de los alrededores de Akaba se nos unirían. Feisal, que ya se hallaba en contacto con ellos, también creía que nos ayudarían si conseguíamos un éxito preliminar en Maan, y luego avanzábamos con fuerza contra el puerto. La Marina había realizado un ataque sorpresa mientras nos hallábamos pensando esto, y los turcos que habían capturado nos dieron una información tan valiosa que yo me sentí ansioso de salir cuanto antes.

La ruta del desierto hasta Akaba era tan larga y tan difícil que no podríamos llevar cañones, ni ametralladoras, ni provisiones, ni soldados regulares. Consecuentemente, el único elemento que yo pensaba sustraer al plan general de los ferrocarriles era mi propia persona, y en tales circunstancias, eso era insignificante, pues me hallaba de tal modo en contra que mi ayuda hubiera sido más bien contraproducente. Así que decidí irme por mi cuenta, con o sin órdenes superiores. Escribí una carta llena de disculpas a Clayton, asegurándole estar movido por las mejores intenciones y partí.

LIBRO IV
LA CONQUISTA DE AKABA

Capítulos XXXIX a LIV

El puerto de Akaba tenía tan buenas defensas naturales que sólo por sorpresa y desde tierra podía ser capturado; la oportuna adhesión de Auda abu Tayi a Feisal nos hizo cobrar esperanzas de que pudiéramos conseguir alistar suficientes tribeños del desierto oriental para descender con ellos sobre la costa.

Nasir, Auda y yo partimos juntos para la larga cabalgata. Hasta entonces Feisal había sido el líder público; pero su permanencia en Weyh arrojó sobre mis hombros el desagradable peso de la expedición al norte. Yo acepté esto, así como sus falsas implicaciones, como nuestro único medio de conseguir la victoria. Engañamos a los turcos y entramos en Akaba con buena fortuna.

CAPÍTULO XXXIX

Para el nueve de mayo estaba ya todo listo, y bajo la luminosa luz del mediodía abandonamos la tienda de Feisal, con sus buenos deseos, según nos alejábamos, resonando aún en nuestros oídos. El jerife Nasir nos comandaba; su luminosa bondad, que provocaba la devoción incluso a los más depravados, hacía de él un jefe único (y una bendición) para nuestra desesperada aventura. Al plantearle nuestros deseos había suspirado un poco pues se hallaba corporalmente cansado después de varios meses de actuar en vanguardia, y también mentalmente cansado, habiéndole pasado ya los años atolondrados de la juventud. Tenía miedo de su madurez, según iba sintiendo el paso de los años, con su maduración mental, y la consumación de sus habilidades y su arte, sin que ello quedara compensado por la poesía de la juventud, para hacer de la vida una meta plena. Físicamente era aún joven; pero su alma mudable y perecedera iba envejeciendo más rápido que su cuerpo, muriendo mucho antes que éste, como a la mayor parte nos pasa.

Nuestra primera etapa fue hasta el fuerte de Sabeil, tierra adentro de Weyh, donde los peregrinos egipcios solían abrevar. Acampamos junto a su gran depósito de ladrillo, a la sombra del entrepaño de la muralla del fuerte, o de las palmeras, y corregimos las primeras deficiencias que la marcha hasta entonces realizada había puesto de manifiesto. Auda y sus parientes se hallaban con nosotros; también Nesib el Bekri, político damasceno, para representar a Feisal ante los aldeanos sirios. Nesib tenía cabeza y gozaba de buena disposición, así como de experiencia en una anterior marcha por el desierto coronada por el éxito; su alegre forma de soportar la aventura, rara entre los sirios, lo predestinaba a ser nuestro camarada, tanto como su inteligencia y habilidad políticas, su contagiosa y bienhumorada elocuencia y su patriotismo. Nesib eligió a Zeki, un oficial sirio, como compañero suyo. Como escolta llevábamos a treinta y cinco ageyl, bajo el mando de Dgheithir, hombre encastillado en su propio temperamento: remoto, abstraído y autosuficiente. Feisal aportó una bolsa de veinte mil libras en oro, todo lo que podía permitirse y más de lo que nosotros le habíamos pedido para abonar los sueldos de los nuevos hombres que esperábamos enrolar, y para pagar los adelantos que pudieran estimular la rapidez de los howeitat.

Esta incómoda carga de cuatro quintales de oro la repartimos entre nosotros, previendo cualquier eventualidad de accidente durante el camino. El jeque Yusuf, nuevamente encargado de la intendencia, nos

dio a cada uno medio saco de harina, cuyas cuarenta y cinco libras de peso eran la ración estimada para cada hombre durante seis semanas. Llevábamos el costal colgando de la silla, y Nasir tomó además suficientes camellos de carga para distribuir catorce libras más de peso por hombre durante nuestra primera quincena de marcha, cuando hubiéramos ya vaciado parte de nuestras provisiones.

Llevábamos un poco de munición sobrante, algunos rifles de más, para emplearlos como regalos, y cargamos seis camellos con cargas ligeras de gelatina explosiva, para emplearlas contra las vías férreas o los ferrocarriles del Norte. Nasir, que era un gran emir en su propio territorio, llevaba además una buena tienda en la que recibir visitas, y un camello cargado con arroz para su regalo; aunque este arroz acabamos comiéndonoslo nosotros con gran contento, según la inevitable dieta de pan con agua y agua, semana tras semana, iba haciéndose cada vez más insoportable. Siendo principiantes en este género de viajes, no sabíamos que la harina seca, la comida más ligera, era por eso mismo la mejor para largas jornada. Seis meses más tarde, ni Nasir ni yo gastábamos ya ni transporte ni molestias en el lujo del arroz.

Mis aggeyl —Mujeymer, Meryan y Alí— se habían visto suplementados por Mohammed, un desaliñado y obediente muchacho procedente de alguna aldea del Hauran, y por Gasim, nativo de Maan, un forajido de retorcidos colmillos y amarillenta faz, que había huido al desierto de los howeitat tras matar a un funcionario

turco por una disputa sobre impuestos de ganado. Los crímenes contra los recaudadores de impuestos teníanun aspecto simpático para todos nosotros, y daban a Gasim una especiosa aura de genialidad, que estaba bien lejos de ser cierta.

Dábamos la impresión de una pequeña partida que saliera a conquistar una provincia, y así lo llegaron a pensar otros; ya que concretamente, Lamotte, el representante de Bremond ante Feisal, salió detrás nuestro para tomarnos una foto de despedida. Poco después llegó Yusuf, con el bueno del doctor y Shefik, y los hermanos de Nesib, para desearnos éxito en nuestra marcha. Nos reunimos en una espaciosa cena, cuyas provisiones el prudente Yusuf había llevado consigo. Su nada estrecho corazón tal vez se le encogió ante la idea de una cena de pan. ¿O le animó tal vez el hermoso deseo de darnos una última fiesta antes de perdernos en aquel yermo de penalidades y escasas expansiones?

Una vez que se hubieron ido, cargamos nuestras bestias, y salimos antes de la medianoche para completar nuestra siguiente etapa hasta el oasis de Kurr. Nasir, nuestro guía, había conseguido conocer tan bien este país como el suyo propio.

Mientras cabalgábamos bajo la luz de la luna y en medio de la noche estrellada, su memoria se hallaba íntimamente instalada en su hogar natal. Me habló de su casa con suelos de piedra, cuyos umbríos salones estaban cubiertos por techos de bóveda contra el agobio estival, y del huerto donde crecían todo tipo de

árboles frutales, separados por sombreados senderos por los que podía pasearse sin miedo al sol, con toda comodidad. Me habló de la noria instalada en el pozo, y su aceña de cajones de cuero, que los bueyes hacían girar para verterlos sobre una acequia inclinada de piedra apisonada; de cómo el agua desde la alberca corría por canales de cemento al borde de los senderos; de las artificiosas fuentes situadas en el patio vecino a la gran piscina emparrada, revocada de cemento brillante, en cuyas verdes profundidades él y la familia de su hermano solían sumergirse a mediodía.

Nasir, aunque habitualmente alegre, llevaba en sí una vena sufriente, y aquella noche empecé a preguntarme por que él, un emir de Medina, rico y poderoso y con un hermoso palacio-jardín a su disposición, había dejado todo aquello de lado para convertirse en el débil líder de aquellas desesperadas aventuras en el desierto. Durante dos años había sido un paria, siempre destinado en acciones que operaban más allá de las líneas de Feisal, elegido para todo tipo de azares, pionero en cada avanzadilla; y, entre tanto, los turcos se hallaban instalados en su casa, devastando sus árboles frutales y haciendo leña de sus palmeras. Hasta, según él contaba, el gran pozo, que durante seis siglos había resonado con el chapoteo de la noria, se había sumido en el silencio; y el huerto aplastado por el calor se estaba convirtiendo en un yermo, semejante a las colinas sobre las que avanzábamos.

Tras cuatro horas de marcha, dormimos durante dos más, y nos levantamos con el sol. Los camellos de carga, debilitados por la maldita sarna de Weyh, avanzaban lentamente, pastando sin parar por dondequiera que pasaban. Los que íbamos montados en monturas ligeras hubiéramos podido dejarlos atrás con facilidad, pero Auda, que regulaba nuestra marcha, nos lo prohibía, debido a las dificultades que nos aguardaban, para las que nuestros animales debían acumular todas las reservas que pudieran. Así que nos conformamos con avanzar a paso lento durante seis horas bajo un calor de fuego. El sol veraniego en aquel desierto de blancas arenas situado más allá de Weyh podía llegar a deslumbrar la vista con crueldad, y las desnudas rocas que se alzaban a cada lado de nuestro camino nos lanzaban oleadas de calor que nos machacaban la cabeza y hacían que nos diera vueltas. A consecuencia de esto, a las once de la mañana nos rebelamos contra el deseo de Auda de seguir adelante. Así que detuvimos la marcha y nos tumbamos bajo los árboles hasta las dos y media, tratando cada uno de nosotros de fabricarse una sombra sólida, aunque móvil, por medio de una manta doblada prendida de las espinas de las ramas más bajas.

Reiniciamos la marcha, después de este descanso, y avanzamos durante tres suaves horas por el llano, en dirección a las paredes rocosas de un gran valle, hasta poder divisar ante nosotros los verdes huertos de El Kurr. Blancas tiendas asomaban por entre los palmerales. Mientras desmontábamos, Rasim y

Abdulla, Mahmud, el doctor y hasta el viejo Maulud, el jinete, vinieron a darnos la bienvenida. Nos dijeron que el jerife Sharraf, a quien deseábamos encontrar en Abu Raga, nuestra próxima parada, se hallaba haciendo una razzia. Lo que significaba que no había prisa por llegar allí, y nos tomamos un descanso de dos días en El Kurr.

Ello me satisfizo; ya que las molestias, en forma de fiebres e inflamaciones, que me habían asaltado en Wadi Ais, volvían a hacer su aparición, con mayor fuerza, convirtiendo cada jornada en un tormento, y cada descanso en una bendita relajación para mi tensa voluntad de seguir, y una oportunidad para añadir paciencia a mis escasas reservas. Así que me tendí quietamente, y recibí en mi espíritu la sensación de paz, el verdor y la presencia del agua que hacía de este jardín en medio del desierto algo hermoso y encantado, y como previsitado. ¿O era sólo que hacía largo tiempo que habíamos visto la hierba nueva crecer en la primavera?

El señor de Kurr, el canoso Dhaif-Allah, que era el único belluwi sedentario trabajaba día y noche con sus hijas en el pequeño predio aterrazado que había recibido de sus antepasados. Estaba localizado en el extremo sur del valle, en un recodo protegido contra las inundaciones por una maciza pared de piedra sin desgastar. En medio se alzaba un pozo de agua fría y clara, sobre el que pendía un cigoñal de barro y bastas maderas. De él, por la mañana y al atardecer, cuando el sol estaba aún bajo, Dhaif-Allah extraía grandes

cubos de agua y los vertía en los canales de barro que atravesaban sus huertos regando las raíces de los árboles. Cultivaba palmeras enanas, ya que sus hojas en forma de abanico daban sombra a sus plantíos, que de otro modo se hubieran marchitado en aquel castigado valle, y plantaba también tabaco nuevo (su más provechoso cultivo), junto con cuadros de menor extensión plantados de habas y melones, pepinos y berenjenas, en la estación conveniente.

El anciano vivía junto con sus mujeres en una cabaña de madera de matorral próxima al pozo, y se burlaba de nuestras politiquerías preguntando si acaso nuestros penosos esfuerzos y nuestros sangrientos beneficios le iban a dar más de comer. Nosotros cortésmente lo abrumábamos con ideas de libertad, de liberación de los pueblos árabes para los mismos árabes. «Este huerto, Dhaif-Allah, ¿acaso no quieres que sea sólo tuyo?» El, sin embargo, no entendía lo que le decíamos, y levantándose se golpeaba orgullosamente el pecho y gritaba: «Yo, yo soy Kurr.»

Era un hombre libre y nada quería de los demás; sólo quería conservar para sí su huerto, y no comprendía por qué otros no podían hacerse ricos con igual frugalidad. La gorra de fieltro que llevaba llena de grasa y sudor hasta adquirir el color y la consistencia del plomo, se jactaba él de que había sido ya de su abuelo, quien la había comprado en los tiempos en que Ibrahim Pachá se hallaba instalado en Weyh, un siglo antes; su otra prenda imprescindible era una túnica que, con el producto del tabaco, compraba cada año

para pasar el siguiente, junto con una para cada una de sus hijas y otra para la anciana, su mujer.

Con todo, quedamos agradecidos hacia él, ya que, además de dar ejemplo de conformidad a unos esclavos de lo prescindible como nosotros, nos vendió verduras; y gracias a ellas, y al botín en latas de que disponían Rasim, Abdulla y Mahmud, vivimos a lo grande. Cada noche en torno a las hogueras éstos hacían música, no el monótono rugir boquiabierto de las tribus, ni la excitante armonía de s ageyl, sino los cuartos tonos de falsete y los vibratos de la Siria urbana. Maulud tenía músicos en su unidad; y vergonzosos soldados eran obligados a salir cada noche a tocar la guitarra y cantar canciones de cafetín damasceno, o versos de amor de sus respectivas aldeas. En la tienda de Abdulla, donde me hallaba alojado, la distancia, el rumor del agua al correr y las hojas de los árboles suavizaban la música, hasta convertirla en un arrullo para el oído.

Con frecuencia también, Nesib el Bekri sacaba su manuscrito de las canciones de Selim el Yezairi, aquel fiero y poco escrupuloso revolucionario que, en sus ratos de ocio entre las campañas, el colegio de Estado Mayor y las sangrientas misiones que llevaba a cabo para los Jóvenes Turcos, sus amos, componía versos en el habla vulgar de la gente, sobre la libertad que aguardaba a su raza. Nesib y sus amigos daban un ritmo de balanceo a su interpretación de estas canciones, poniendo toda su aspereza y toda su pasión en las palabras, mientras sus pálidas caras

damascenas se alargaban y sudaban a la luz de la hoguera. El campamento de los soldados caía en un mortal silencio hasta que la estrofa terminaba, y entonces de cada hombre surgía un suspiro, un eco melancólico de la última nota. Sólo el viejo Dhaif-Allah seguía chapoteando con su agua, seguro de que en cuanto hubiéramos terminado con nuestras estupideces aún habría alguien que quisiera comprarle algo de verdura.

CAPÍTULO XL

Para los hombres de la ciudad este huerto era un recuerdo del mundo tal y como había sido antes de que la guerra nos enloqueciera a todos y nos arrojara al desierto; para Auda era una indecente exhibición de riqueza vegetal, y añoraba los espacios vacíos. Así que abreviamos nuestra segunda noche en el paraíso, y a las dos de la madrugada empezamos a subir por el valle. La noche estaba espesamente oscura, siendo las mismas estrellas del cielo incapaces de traspasar las tinieblas por donde vagábamos. Aquella noche Auda actuaba de guía, y para que nos aseguráramos de su presencia elevaba su voz en un interminable «ho, ho, ho», canción típicamente howeitat; una epopeya cantada con tres notas de bajo, arriba y abajo, adelante y atrás, con una voz tan rotunda que las palabras resultaban indistinguibles. Poco después nos sentimos agradecidos a él por su canto, puesto que el sendero se echaba hacia la izquierda, y nuestra larga hilera seguía su giro mediante los ecos de su voz que rebotaba contra los retorcidos acantilados negros a la luz de la luna.

Durante esta larga jornada, el jerife Nasir y Mohammed Dheilam, el primo de amarga sonrisa de Auda, se ocuparon de mi árabe, dándome por turnos lecciones de la clásica lengua de Medina, y del vívido lenguaje del desierto. Al comienzo mi árabe había consistido en un elevado dominio de los dialectos tribales del Éufrates medio (forma no impura), pero empezaba a convertirse ahora en una fluida mezcolanza del dialecto heyazí y la poesía de las tribus del norte, junto con palabras caseras y expresiones tomadas del límpido neydí, y formas librescas sirias. Mi fluidez carecía de gramática, lo que hacía de mi conversación una perpetua aventura para mis interlocutores. Los recién llegados imaginaban que debía de proceder de algún desconocido distrito analfabeto, una tierra de desecho de partes sueltas del habla árabe.

No obstante, por el momento apenas podía entender tres palabras de Auda, y al cabo de media hora su canto acabó por agotarme, mientras la vieja luna iba ascendiendo en el cielo lentamente, alzándose por encima de las más altas colinas y lanzando su engañosa luz, menos segura que la oscuridad, sobre nuestro valle. Seguimos marchando hasta que los primeros rayos de sol, tan irritantes para quienes han estado cabalgando toda la noche, aparecieron ante nosotros.

El desayuno lo hicimos con nuestra propia harina, aligerando así al fin, tras varios días de hospitalidad, la carga alimentaria de nuestros pobres camellos. Como

Sharraf no estaba aún en Abu Raga, no nos dimos más prisa de la que requerían nuestras necesidades de agua; y, tras la comida, instalamos de nuevo nuestros tejadillos de mantas contra el sol y nos acostamos hasta la tarde, maniobrando ansiosamente tras su inestable sombra, empapados de sudor y atormentados por las picaduras de las moscas.

Finalmente, Nasir dio la señal de partida, e iniciamos el desfile, con una hilera de colinas levemente ampulosas a cada lado, marchando durante cuatro horas; al cabo de las cuales acordamos acampar de nuevo en el fondo del valle. Había abundante chamarasca para usar como combustible; y en el cerro que teníamos a nuestra derecha había pozos de agua fresca abiertos en la roca, que nos proporcionaron una excelente agua. Nasir estaba muy excitado; pidió arroz para la cena e invitó a sus amigos a compartirlo con nosotros.

Nuestro orden de marcha era extraño y complicado. Nasir, Auda y Nesib pertenecían a otras tantas y puntillosas casas, que admitían sólo la supremacía de Nasir porque yo era su huésped y les proporcionaba un ejemplo de respeto. Cada uno de ellos exigía ser consultado sobre los detalles de nuestra marcha, y sobre dónde y cuándo debíamos hacer alto. Esto era algo inevitable con Auda, hijo de la guerra que nunca había conocido señor, desde que era un niño y había conducido por primera vez un camello. Y era también aconsejable con Nesib, miembro de la escrupulosa

raza siria, celoso y hostil a todos los méritos, o a reconocerlos.

Semejantes gentes necesitaban de un grito de guerra y una bandera venidos de fuera que las uniera, y a un extraño para conducirlos, alguien cuya supremacía estuviera basada en una idea: ilógica, innegable, discriminante: que el instinto pudiera aceptar y la razón no pudiera encontrar base racional para su rechazo o aprobación. El orgullo del ejército de Feisal radicaba en el hecho de que un emir de La Meca, un descendiente del Profeta, un jerife, era un dignatario de otro mundo al que los hijos de Adán podían reverenciar sin sentir vergüenza. Este era el supuesto que ligaba internamente al Movimiento Árabe, era esto lo que le daba una unanimidad efectiva e imbécil.

Por la mañana empezamos la marcha a las cinco. Nuestro valle se iba estrechando y rodeamos un afilado espolón, a la vez que ascendíamos gradualmente. El camino fue haciéndose cada vez más un mal camino de cabras, que zigzagueaba ladera arriba y resultaba demasiado pendiente para escalarlo, como no fuera a gatas. Saltamos de nuestros camellos y los fuimos llevando de las riendas. Pronto tuvimos que ayudarnos unos a otros, unas veces empujando a los camellos por detrás, otras tirando de ellos por delante, animándolos en los sitios peores, y equilibrándoles la carga para hacérselo más fácil.

Algunas partes del sendero resultaban peligrosas, allí donde las rocas sobresalían y lo estrechaban aún más, de modo que la carga chocaba con el saliente

rocoso, obligando a los animales a situarse al borde del precipicio. Tuvimos que empaquetar de nuevo alimentos y explosivos, y a pesar de todo nuestro cuidado, perdimos a dos de nuestros debilitados camellos en dicho paso. Los howeitat los remataron en el lugar donde habían quedado tendidos, clavándoles una afilada daga en la arteria del cuello, cerca del pecho, tras haberles tensado dolorosamente el pescuezo, obligándolos a echar la cabeza hacia atrás hasta tocar la silla. Se los descuartizó de inmediato y se repartió su carne.

En la cima de este puerto tuvimos la suerte de toparnos no con un collado, sino con una espaciosa llanura, ligeramente inclinada hacia el este. Las primeras yardas de la misma eran ásperas y rocosas, y estaban sembradas de matorrales de una especie de brezo espinoso; pero al poco vinimos a dar con un valle de blancos guijarros, en cuyo lecho una mujer beduina llenaba su pellejo de agua con una taza de cobre, extrayendo un agua lechosa, muy pura y dulce, de un agujero como de un pie de ancho, escarbado hasta un codo de profundidad entre las guijas. Era Abu Saad, y por mor de su nombre y de su agua, y de los tasajos de roja carne que sobresalían de nuestras alforjas, dejamos sentado que pasaríamos allí la noche, ocupando así un poco más del tiempo que debíamos esperar hasta que Sharraf estuviera de vuelta de su expedición contra el ferrocarril.

Caminamos pues cuatro millas más, para acampar bajo los desperdigados árboles que crecían entre los

espesos matorrales de espinos, formando debajo una especie de refugios. Durante el día aquellos armazones para nuestras mantas-tienda extendían sus nervaduras frente a la tiranía del sol. Por la noche hacían de enramadas para tendernos a dormir debajo. Habíamos aprendido a dormir sin otro techo que la luna y las estrellas, ni nada a cada lado para apartar los vientos y los ruidos nocturnos; y resultaba ahora extraño, aunque tranquilizador, dormir entre paredes, y con un techo encima; aunque paredes y techo fueran sólo ramas entrelazadas, que formaban una espesa malla contra el cielo sembrado de estrellas.

En cuanto a mí, me hallaba enfermo de nuevo; la fiebre subía sin cesar, y tenía el cuerpo dolorido por los forúnculos y por el roce con la sudada silla de montar. Cuando Nasir, sin pedírselo yo, mandó hacer alto a mitad de la etapa, me volví hacia él y se lo agradecí fervientemente, para su asombro. Nos hallábamos ahora pisando la piedra caliza de la cresta de Shefa. Ante nosotros se extendía un gran campo de oscura lava, y a poca distancia una hilera de cerros de arenisca, listados en negro y rojo, y coronados por cónicos remates. La atmósfera en la alta meseta no era tan calurosa; y tanto de mañana como de noche soplaba sobre nosotros una corriente de aire que resultaba refrescante tras la continua calma de los valles.

Desayunamos nuestra carne de camello, y comenzamos la siguiente jornada con ánimo alegre, avanzando por un altiplano de roja arenisca en suave

pendiente. Llegamos seguidamente al primer accidente del terreno, un pasadizo que conducía hasta el fondo de un arenoso valle cubierto de matojos, a ambos lados del cual se levantaban escarpas y pináculos de arenisca, cada vez más altos según íbamos descendiendo, destacándose nítidamente contra el cielo mañanero. El fondo del valle aparecía sumido en sombras, y el aire se sentía húmedo y enrarecido, como si toda la savia se estuviera secando en él. Los bordes de los acantilados que nos rodeaban aparecía extrañamente horadados, formando fantásticos parapetos. Nos fuimos hundiendo cada vez más por esta herida en la tierra hasta que, media hora más tarde, doblando una afilada esquina, penetramos en Wadi Yizil, principal entraña de estas regiones arenosas, cuya cabecera habíamos visto cerca de Hedia.

Yizil era una estrecha garganta de unas doscientas yardas de anchura, llena de tamariscos que brotaban del lecho de arena de arrastre, así como de los blancos bancales de veinte pies, apilados allí donde un remolino de agua o aire depositaba los granos más pesados que arroyaban desde los acantilados. Las paredes rocosas de ambos lados estaban hechas de estratos regulares de arenisca, entreverados de rojo en varios tonos. La mezcla de oscuras escarpas, rosados suelos y matojos de verde pálido resultaba hermosa a mi vista, ahíta de luz solar y negras sombras. Al caer la tarde, el sol del ocaso tiñó de carmesí uno de los lados

del valle con su fulgor, dando al otro un reflejo de color púrpura.

Nuestro campamento quedó instalado sobre unas hinchadas dunas cubiertas de hierbajos en un recodo del valle, donde un estrecho resquicio había drenado un arroyadero y excavado una poza, en la que había quedado recogido un resto salobre de la inundación del último invierno. Enviamos a un hombre en busca de noticias valle arriba hasta un soto de adelfas donde vimos asomar los picos de las tiendas de Sharraf. Lo esperaban para el día siguiente; así que pasamos dos noches en este lugar extrañamente coloreado y lleno de ecos. La poza salobre era apta para nuestros camellos, y en ella nos bañábamos al anochecer. Luego comíamos generosamente, y vagábamos por los valles vecinos para contemplar las listas horizontales de color de rosa, marrón, crema y rojo, que daban en general un tono rojizo a los acantilados, deleitándonos con los variados matices levemente pincelados, de tinte más claro o más oscuro, trazados sobre la plana superficie de la roca. Una tarde me quedé recogido tras una cerca de pastor hecha de bloques de arenisca, bajo el tibio y suave aire y bajo el sol, con un ligero soplo de viento recorriendo la pared rocosa que se alzaba sobre mi cabeza. El valle instilaba paz, y el continuo ruido del viento lo hacía parecer aún más pacífico.

Tenía los ojos cerrados y soñaba cuando una voz juvenil me hizo ver a un ansioso y desconocido aggeyl, Daud, agachado a mi lado. Solicitaba mi compasión. Su

amigo Farray había quemado su tienda por pura travesura, y Saad, capitán de los aggeyl de Sharraf, pensaba azotarlo como castigo. Mi intercesión serviría para librarlo. En aquel mismo momento Saad llegó a visitarme, y yo se lo planteé, mientras Daud se nos quedaba mirando sentado, con la boca leve y ansiosamente abierta; sus párpados estrechaban sus grandes y oscuros ojos, y sus rectas cejas se fruncían llenas de ansiedad. Las pupilas de Daud ligeramente descentradas en su globo ocular le daban un aire de aguda viveza.

La réplica de Saad no resultó muy consoladora. La pareja andaba siempre metida en líos, y sus travesuras habían sido últimamente tan ultrajantes que Sharraf, el severo, había ordenado hacer de ellos un escarmiento. Todo lo que podía hacer en honor a mí era permitir que Daud compartiera con su amigo la sentencia ordenada. Daud se puso en pie de un salto al oír el arreglo, besó mi mano y la de Saad, y echó a correr valle arriba; mientras Saad, riendo, me contaba hazañas de la famosa pareja. Ambos eran un ejemplo de jóvenes orientales, y del afecto entre jóvenes que la segregación de las mujeres hace inevitable. Tales amistades con frecuencia conducen a amores viriles cuya profundidad y fuerza excede a la comprensión de nuestra fatua obsesión carnal. Cuando tal relación es inocente, se manifiesta cálida y desinhibida. Cuando la sexualidad entra a formar parte de ella, pasa a convertirse en una relación de entrega mutua, ya no espiritual, semejante al matrimonio.

Al día siguiente Sharraf siguió sin aparecer. Nuestra mañana transcurrió hablando con Auda sobre la marcha del frente, mientras Nasir con el índice y el pulgar nos arrojaba cerillas encendidas desde su tienda. Mientras así nos entreteníamos, dos figuras agachadas, con el dolor pintado en sus ojos, pero una sonrisa de bribones pintada en sus caras, hicieron su aparición y saludaron. Eran el impetuoso Daud, y su amigo del alma, Farray, una hermosa criatura, de suave complexión y rasgos de niña, con un inocente y aterciopelado rostro y unos ojos chispeantes. Me dijeron que estaban a mi servicio. Yo no tenía necesidad de ellos; y les dije que tras la azotaina no podían cabalgar. Ellos replicaron que habían venido ahora montando a pelo. Les dije que era un hombre sencillo que no gustaba de tener sirvientes alrededor. Daud se alejó, derrotado y lleno de enojo; pero Farray adujo que necesitábamos hombres, y que ellos me seguirían por hacerme compañía y por agradecimiento. Volvió a la carga el insistente Daud, y se arrodilló ante Nasir apelando a él, sacando de sí en tal súplica todo su lado femenino. Finalmente, por consejo de Nasir, los tomé a ambos, principalmente porque parecían tan jóvenes y tan limpios.

CAPÍTULO XLI

Sharraf se retrasó en volver hasta la tercera mañana, pero cuando apareció se anunció con ruido, ya que los árabes de su partida empezaron a disparar al aire tiros espaciados, y los ecos recorrieron los recovecos del valle, de modo que hasta las áridas colinas parecían sumarse al saludo. Nos vestimos con nuestras ropas más limpias y fuimos hasta él. Auda llevaba espléndidas vestiduras que había comprado en Weyh: un traje de ceremonia de color arratonado, hecho de brocado, con cuello de terciopelo, y botas amarillas con elásticos laterales; ¡todo ello bajo su caudalosa cabellera y su castigada cara de trágico agotado! Sharraf se mostró amable con nosotros, pues había capturado prisioneros en la línea férrea, volado raíles y una alcantarilla. Una de las noticias que traía consigo era que en Wadi Diraa, en nuestro camino, había charcas de agua de lluvia, recién caída y dulce. Esto acortaba nuestra marcha sin agua hasta Feyr en cincuenta millas, y apartaba el fantasma de la sed; una gran ventaja, pues nuestra capacidad de carga de agua era de unos veinte galones para cincuenta hombres, un escaso margen de seguridad.

Al día siguiente dejamos Abu Raga hacia el mediodía, y no lo sentimos, ya que tan hermoso lugar nos había resultado insalubre y la fiebre nos había molestado durante los tres días que habíamos pasado allí confinados. Auda nos condujo a un valle tributario que pronto venía a ensancharse hasta formar la llanura del Shegg, un llano de arena. En torno a ella, en dispersa confusión, se alzaban pequeños islotes y pináculos de roja arenisca, agrupados como las masas de un glaciar y desgastados en la base por la erosión, hasta el punto de parecer próximos a derrumbarse y bloquear el camino; éste zigzagueaba entre ellos, y era a veces tan estrecho que parecía no permitir el paso, pero siempre se abría a una nueva intersección. A través de este laberinto nos condujo Auda sin vacilar, espoleando a su camello, con los codos alzados, las manos firmes, partiendo el aire con sus hombros.

No había rastros en el suelo, ya que el viento barría la superficie como un inmenso cepillo, borrando las huellas de los últimos viajeros, hasta hacer aparecer de nuevo la superficie como un continuo de pequeñas ondulaciones vírgenes. Sólo los secos cagajones de los camellos, más ligeros que la arena y redondos como nueces, vagaban sobre los rizos.

Rodaban por todas partes, hasta venir a acumularlos el caprichoso viento en los rincones. Era tal vez gracias a ellos, así como debido a su inigualable sentido de la ruta, como Auda se orientaba. Para nosotros, las formas de las rocas eran una fuente de constante especulación y asombro; sus granuladas

superficies y su color rojo, así como el curvo cincelado de las ráfagas de arena sobre ellas, suavizaba la luz solar, dando reposo a nuestros fatigados ojos.

A medio camino vimos acercarse a cinco o seis hombres que venían de la vía férrea. Yo iba al frente con Auda, y sentimos esa deliciosa emoción que se produce siempre que hay un encuentro con extraños en el desierto: «¿Amigos o enemigos?», mientras circunspectamente nos colocamos en posición ventajosa, para dejar libre el brazo del rifle por si había que tirar; pero cuando estuvieron cerca nos dimos cuenta que pertenecían a las fuerzas árabes. El primero de ellos, que cabalgaba sueltamente sobre un desgarbado camello, con una de esas inmanejables sillas de madera hechas en Manchester utilizadas por el Cuerpo de Camelleros británico, era un inglés de pelo rubio y rala barba, que vestía un harapiento uniforme. Supusimos que debía de ser Hornby, el pupilo de Newcombe, el asilvestrado ingeniero que rivalizaba con él en la demolición de vías férreas. Una vez que hubimos intercambiado saludos, en este nuestro primer encuentro, me dijo que Newcombe se había trasladado últimamente a Weyh para tratar de sus dificultades con Feisal y trazar nuevos planes para hacerles frente.

Newcombe tenía constantes dificultades debido a su exceso de celo, y su costumbre de hacer cuatro veces más de lo que cualquier otro inglés haría, y diez veces más de lo que los árabes consideraban necesario hacer. Hornby hablaba poco árabe; y Newcombe no lo

suficiente como para conseguir convencer, aunque sí lo bastante como para dar órdenes; pero las órdenes están fuera de lugar en el desierto. La tozuda pareja podía pasarse semanas enteras al borde la vía férrea, casi sin auxiliares, con frecuencia sin comida, hasta que agotaban sus explosivos o sus camellos, y tenían que volver a por más. La aridez de las colinas obligaba a utilizar en sus expediciones muchos camellos, e iban así agotando los mejores animales de Feisal. En esto el principal responsable era Newcombe, ya que hacía sus marchas al trote; además, como topógrafo, no podía resistir la tentación de echar una ojeada, desde cada colina elevada, a la región que atravesaba, para exasperación de su escolta, que o bien tenía que dejarlo correr a su aire (es una duradera desgracia abandonar a un compañero en el camino), o desfondar a sus propios e irreemplazables camellos marchando a su paso. «Newcombe es como el fuego», solían quejarse: «quema por igual a amigos y enemigos»; y admiraban su abrumadora energía con el nervioso estremecimiento de pensar que ellos podían ser sus próximas víctimas amistosas.

Los árabes me decían que Newcombe no dormía si no era con la cabeza sobre los raíles, y que Hornby llegaba a doblar los metales con sus propios dientes cuando la carga fallaba. Eran leyendas, pero transmitían la ferocidad insaciable de ambos cuando se ponían a destruir hasta que ya no quedaba más que destruir. Mantenían ocupados a cuatro batallones de reparación turcos, parcheando alcantarillas, colocando

nuevas traviesas y tendiendo nuevos raíles; y los explosivos tenían que llegar a Weyh por toneladas, para saciar su apetito. Eran maravillosos, pero su excesiva excelencia desanimaba a nuestros débiles aliados, haciendo que se sintieran avergonzados de exhibir su inferior talento; así que Newcombe y Hornby seguían siendo unos individualistas privados del fruto de la emulación.

Al atardecer alcanzamos el límite norte de la devastada región de arenisca y ascendimos a un nivel más alto, sesenta pies por encima del anterior, de carácter volcánico y de un color negro-azulado, cuyo suelo estaba formado por un disgregado recubrimiento de gastados bloques de basalto, pequeños como puños, y lindamente encajados como adoquines sobre un piso de finos, duros y negros detritus cenicientos. La lluvia con su prolongada acción había sido el agente de estas superficies empedradas, al lavar el polvo más ligero de encima y de los lados, hasta que las piedras, estrechamente encajadas unas contra otras, habían llegado a nivelarse como una alfombra, cubriendo toda la llanura y protegiendo del directo contacto con los agentes atmosféricos al salitroso barro que llenaba los intersticios de la capa de lava inferior. Nuestra marcha por este terreno se hizo más fácil, y Auda se aventuró a proseguir una vez que se hubo ido la luz, guiándose por la Estrella Polar.

La noche estaba muy oscura; una noche pura y simple, pero las negras piedras del suelo absorbían la luz de las estrellas, y a las siete, cuando al fin nos

detuvimos, sólo cuatro de nuestro grupo seguían con nosotros. Habíamos llegado a un amable valle, con un lecho de arena aún húmeda y blanda, lleno de matorrales de espino, que desgraciadamente son inservibles como comida para los camellos. Recorrimos los alrededores arrancando de raíz matojos secos y amontonándolos en una gran pira, que Auda prendió. Cuando el fuego empezó a arder, una negra y larga serpiente empezó a arrastrarse lentamente hacia nosotros; debíamos de haberla cogido, aletargada, junto con las ramas. Las llamas empezaron a iluminar la oscura llanura, un faro para los pesados camellos que venían retrasados, los últimos de los cuales aún tardaron dos horas en llegar, los hombres cantando a voz en grito, en parte para darse ánimos a sí mismos y a sus animales en medio de la fantasmal llanura, y en parte para darse a conocer como amigos. Hubiéramos deseado que vinieran aún más despacio, debido a la calidez de nuestro fuego.

Por la noche algunos de nuestros camellos se descarriaron y nuestra gente tuvo que andar buscándolos durante un buen rato, de modo que habían dado ya casi las ocho, y habíamos ya cocido el pan y nos lo habíamos comido, antes de que pudiéramos partir. Nuestra senda discurría sobre un campo de lava, pero para nuestro ánimo matutino las piedras parecían más escasas, y las ondulaciones o superficies endurecidas de arena aluvial a menudo las sumergían con una cobertura tan buena para marchar sobre ella como una pista de tenis. Avanzamos con

buen paso durante seis o siete millas, luego torcimos hacia el oeste al llegar a un cráter bajo de cenizas, situado en medio de la lisa, oscura y pedregosa vertiente que separa a Yizil del valle por donde discurría el ferrocarril. Estas grandes cuencas acuíferas son en sus cabeceras simples lechos de arena, que aparecen como otras tantas rayaduras amarillentas sobre la llanura negro-azulada. Desde la altura donde nos hallábamos dominábamos millas y millas de terreno, con sus principales rasgos coloreados por estratos, como en un mapa.

Marchamos sin detenernos hasta el mediodía, y descansamos entonces sobre el duro suelo hasta las tres; incómodo alto, éste, sólo obligado por nuestro temor a que los abatidos camellos, durante tanto tiempo acostumbrados sólo a los caminos arenosos de la llanura costera, pudieran haberse achicharrado las tiernas plantas con las abrasadoras piedras de esta zona, y se quedaran cojos por el camino. Cuando volvimos a montar, la marcha empezó a hacerse cada vez peor, y teníamos continuamente que evitar los grandes campos de apilamientos basálticos, o las profundamente amarillas torrenteras que recortaban de tanto en tanto la costra basáltica, haciendo aflorar la blanda roca de debajo. Pasado un trecho, nuevamente la roca arenisca empezó a aflorar en forma de caprichosas chimeneas, cuyos estratos más duros proyectaban afilados salientes a modo de repisas entre los estratos de piedra desmigajada. Finalmente, las ruinas de arenisca empezaron a hacerse tan

abundantes como el día anterior, alzándose en grupos en torno a nuestro camino y formando similarmente accidentados grupos de luces y sombras. Nuevamente nos maravillamos de la seguridad con que Auda guiaba a nuestra pequeña partida por en medio de aquel laberinto de rocas.

Terminamos por dejarlo atrás, y nos adentramos de nuevo en un terreno volcánico. Pequeños cráteres eflorescentes se dejaban ver todo en derredor, a menudo formando grupos de dos o tres, y de ellos salían espinazos de alto y quebrado basalto que descendían como diques por en medio de los áridos cerros; pero dichos cráteres parecían viejos, y no tan afilados y bien conservados como los de Ras Gara, cerca de Wadi Ais, sino gastados y degradados, situados a veces casi al nivel de la superficie, en las proximidades de alguna gran depresión quebrada en su hueco central. El basalto que fluía de ellos era piedra grosera y llena de burbujas, como la dolerita siria. Los vientos cargados de arena habían desbastado sus superficies exteriores hasta dejarlas tan lisas como una cáscara de naranja y la luz del sol había apagado su azul originario hasta dejarlo en un desesperanzado gris.

Entre los cráteres el basalto se agrupaba formando peredondeados, las piedras encajadas unas en otras como teselas sobre un lecho de barro rosado-amarillento. Las sendas trazadas sobre semejantes suelos por el constante paso de los camellos eran evidentes, ya que el pateo constante había ido

despejando los bloques hacia los lados del sendero, y el fino barro sedimentado por la humedad había ido llenando el hueco hasta hacerlo contrastar pálidamente contra el azul entorno. Los caminos menos frecuentados semejaban estrechas escaleras a lo largo de cientos de yardas por en medio de los campos rocosos, ya que el discurrir de cada pie era rellenado con límpido barro amarillo, permaneciendo visibles los trozos de piedra gris-azulada que separaban cada lugar de apoyo. Después de cada tramo de piedras de este tipo venía un campo de cenizas basálticas renegridas, tan duras como el concreto en medio del barro secado al sol, siguiendo luego un valle de suave y negra arena, con riscos de arenisca erosionada surgiendo de entre la negrura, o de entre los rizamientos de arenas rojas y amarillas que el viento les arrancaba para luego ondularlos.

Nada había en la marcha que resultara normal o tranquilizador. Nos sentíamos como si estuviéramos en una tierra maldita, incapaz de ningún tipo de vida, hostil incluso al paso de la vida, a no ser transitando penosamente los escasos caminos que el tiempo había trazado sobre su superficie. Nos veíamos forzados a marchar en una fila india de cansinos camellos, avanzando con paso lento y vacilante entre los roquedos por horas y horas. Por fin, Auda señaló delante nuestro una cima de cincuenta pies hecha de grandes bloques torturados, que aparecían amontonados unos sobre otros tal como habían quedado de retorcidos y disgregados al solidificarse.

Allí estaba el límite de la lava, y él y yo nos adelantamos y vimos abrirse frente a nosotros una ondulante llanura (Wadi Aish) de hermosos matorrales y dorada arena, con verdes arbustos desperdigados por todas partes. Había poca agua en los agujeros que alguien había escarbado tras la tormenta de tres semanas atrás. Acampamos cerca de ellos y echamos a pastar a nuestros camellos hasta la caída del sol, pudiendo pacer éstos la primera hierba adecuada desde que habíamos dejado Abu Raga.

Mientras los animales se desperdigaban por la llanura, hombres montados hicieron su aparición por el este, dirigiendo sus pasos hacia el agua. Se acercaban demasiado deprisa para tener buenas intenciones, y empezaron a disparar sobre nuestros camelleros, pero el resto de nosotros corrió de inmediato a situarse sobre los cerros y oteros, empezando a gritar y disparar. Oyendo que éramos tantos volvieron grupas a toda la velocidad de sus camellos; y desde la sierra pudimos verlos a la luz del atardecer, apenas una docena en total, poniendo pies en polvorosa hacia el horizonte. Nos pusimos contentos de ver que nos evitaban tan completamente. Auda pensó que debían de ser una patrulla shammar.

Al amanecer ensillamos de nuevo para una corta jornada hasta Diraa, donde estaban los pozos de agua de los que nos había hablado Sharraf. Las primeras millas transcurrían por entre la arena y los matorrales de Wadi Aish, luego cruzamos una pequeña llanura de lava. A continuación venía un valle poco profundo, más

lleno de columnas, hongos y pináculos de arenisca de cuanto habíamos visto el día anterior. Era un país caprichoso, como un juego de bolos de entre diez y sesenta pies de altura. Las sendas de arena que discurrían entre ellos tenían apenas la anchura suficiente para dejarnos pasar de uno en uno, y nuestra larga columna se abría paso a ciegas a través de aquel bosque, no consiguiendo abarcar con la mirada a más de una docena de nosotros a la vez. Este desgarrado bosque pétreo tenía tal vez un tercio de milla de ancho, y se extendía como una roja arboleda a un lado y otro de nuestro camino.

Al otro extremo del mismo un sendero escalonado de negros rebordes de piedra en descomposición nos condujo a un llano pavimentado con losas de basalto pequeñas y negro-azuladas. Pasado un tramo, penetramos al fin en Wadi Diraa y descendimos por su cauce durante una hora o más, a veces sobre un terreno de piedra gris suelta, y a veces discurriendo por un lecho arenoso, bordeado de bajos zócalos de roca. Un campamento abandonado, lleno de latas vacías de sardinas, nos indicó el paso por allí de Newcombe y Hornby. A continuación se hallaban las límpidas charcas, y a su vera acampamos hasta la tarde, ya que nos hallábamos ahora bastante cerca del ferrocarril, y teníamos que abrevar nuestros estómagos y llenar nuestros pellejos de agua para el largo trayecto hasta Feyr.

Durante el alto, Auda se acercó a ver cómo Farray y Daud recubrían mi camello de manteca para aliviarlo

del intolerable picor de sarna que le acababa de aparecer en el morro. Los secos pastos del país billi y el infectado suelo de Weyh habían hecho mella en nuestras bestias. En toda la cabaña de camellos de monta de Feisal no había uno sólo que estuviera sano; y nuestra pequeña partida de camellos iba debilitándose por días. Nasir se hallaba nervioso ante la posibilidad de que muchos pudieran desfondarse en la marcha forzada que teníamos por delante, dejando a sus jinetes perdidos en el desierto.

Carecíamos de medicinas contra la sarna y poco era lo que podíamos hacer a pesar de nuestra necesidad. No obstante, la fricción y el ungüento hicieron que mi animal se sintiera más calmado, y repetimos la cura cada vez que Daud y Farray pudieron hallar manteca. Ambos muchachos estaban dándome una gran satisfacción. Eran animosos y alegres, por encima de la media de los sirvientes árabes. Y según sus dolores y magulladuras fueron desapareciendo empezaron a mostrarse activos, buenos jinetes y voluntariosos colaboradores. Me gustaba la libertad de trato que me mostraban, y admiraba su instintiva comprensión mutua frente a las exigencias del mundo.

CAPÍTULO XLII

Hacia las cuatro menos cuarto nos hallábamos de nuevo subidos en las sillas, y marchando Wadi Diraa abajo, por entre altos y escalonados cerros de movediza arena, de los que sobresalía a veces un pináculo de roja piedra dura. Después de un rato, cuatro de nosotros, adelantándonos al cuerpo principal, escalamos por un pico arenoso con manos y rodillas, para espiar el ferrocarril. El aire escaseaba, y el ejercicio fue mayor del requerido, pero nuestra recompensa fue inmediata, ya que la línea férrea se extendió ante nuestros ojos tranquila y en apariencia desierta, discurriendo sobre una verde llanura en la embocadura de un profundo valle por el que el resto de la compañía empezaba a avanzar cautelosamente, con las armas listas.

Recontamos los hombres mientras marchaban por el fondo de aquel estrecho sendero de arena, a la vez que estudiábamos el ferrocarril. Todo estaba en verdad pacífico y vacío, incluso el abandonado fortín situado en medio de una rica mancha de hierba alta y maleza que se extendía entre nosotros y la vía férrea. Corrimos hasta el borde de la repisa rocosa, saltamos desde ella

hasta la fina y seca arena, y empezamos a rodar por la resbaladiza pendiente hasta dar con un abrupto y más bien contundente tope al nivel del terreno por donde avanzaba la columna. Montamos para acicatear a nuestros camellos en dirección a la mancha de pasto, y dejándolos allí nos dirigimos corriendo hasta la vía y gritamos a los demás que hicieran otro tanto.

Este tranquilo cruce fue una bendición, ya que Sharraf nos había advertido seriamente contra las patrullas enemigas compuestas de infantería montada en mulas y cuerpos de camelleros, reforzadas desde los puestos fortificados con infantería dotada de vagonetas artilladas. Empujamos a nuestros camellos de montar hacia la hierba para alimentarse durante algunos minutos, mientras los camellos de carga seguían avanzando por el valle, la vía, y la llanura subsiguiente, hasta refugiarse en la embocadura de arena y roca del terreno situado al otro lado de la vía férrea. Entre tanto, los aggeyl se entretenían colocando pólvora de algodón o cargas de gelatina por la parte por donde habíamos cruzado la vía, y bajo tantos raíles como tuvieron tiempo de abarcar, y cuando nuestros rumiadores camellos hubieron sido alejados lo suficiente del otro lado de la vía, empezamos ordenadamente a prender las mechas, llenando las oquedades del valle con los ecos de las repetidas explosiones.

Auda no había tenido hasta entonces experiencia de la dinamita, y con primario placer infantil se sintió movido a improvisar una andanada poética sobre su

poderosa gloria. Cortamos tres hilos telegráficos, y atamos los cabos recién cortados a las sillas de seis camellos de montar howeitat. La asombrada recua se esforzó por avanzar hacia los valles orientales sintiendo el creciente rumor de los zumbidos, mientras enmarañadamente arrastraban tras de sí cables y postes rotos. Finalmente ya no pudieron tirar más. Cortamos entonces los extremos y echamos a correr riendo en pos de la caravana.

Durante cinco millas seguimos avanzando bajo la cada vez más tenue luz del ocaso, entre sierras que parecían precipitarse como dedos desde algún grupo de nudillos situados delante nuestro. Finalmente, sus subidas y bajadas se hicieron demasiado pronunciadas como para poder cruzarlas con nuestros debilitados animales en medio de la oscuridad, e hicimos alto. Los equipajes y la mayor parte de los componentes del grupo se hallaba aún por delante nuestro, manteniendo la distancia que habían ganado mientras nosotros jugábamos con la vía férrea. En medio de la noche no pudimos dar con ellos, ya que los turcos no dejaban de gritar y disparar sobre las sombras, desde sus puestos fortificados, a nuestras espaldas; y consideramos prudente mantenernos callados, sin encender fuego ni lanzar señales que pudieran atraer su atención.

No obstante, ibn Dgheithir, que iba al mando del cuerpo principal, había dejado tras de sí una línea de enlace, y fue así como antes de ponernos a dormir, dos hombres llegaron hasta nosotros y nos informaron de que el resto se hallaba acampado con toda tranquilidad

un poco más allá, en el escondido recodo de un arenoso cerro escalonado. Echamos nuestras alforjas de nuevo sobre los camellos, empezamos a andar tras de nuestros guías en medio de la lóbrega noche (era casi la última noche de cuarto menguante) hasta alcanzar a nuestra sosegada vanguardia sobre el cerro, y nos tendimos a dormir a su lado sin decir palabra.

A la mañana siguiente Auda nos tenía en pie antes de las cuatro, avanzando ya ladera arriba, hasta remontar un collado, y descender por la arenosa ladera opuesta. Por ella bajaban nuestros camellos hundidos hasta la rodilla, y manteniéndose derechos, a su pesar, por la presión de la arena. Sólo podían avanzar echándose hacia delante y hacia abajo y arrancando las patas de la arena con todo el peso de su cuerpo. Al pie del cerro nos encontramos en la cabecera de un valle, que iba a desembocar hacia la línea férrea. Otra media hora nos llevó llegar a su cabecera, y allí enfilamos hacia la baja vertiente del llano que parte aguas entre la cuenca del Heyaz y la del Sirhan. Diez yardas más y nos encontramos ya del otro lado de la vertiente de Arabia que da sobre el Mar Rojo, plenamente embarcados en el misterio de su cuenca central.

Aparentemente se trataba de una llanura, de ilimitada panorámica hacia el este, donde suavemente los diversos niveles iban modulándose hasta dar una impresión de distancia sólo porque el color tenía un tono azul más claro, y más brumoso. El sol naciente inundaba esta llanura en declive con un perfecto nivel

de luz, arrojando largas sombras de lo que eran casi imperceptibles lomas, y configurando todo el juego de un complejo sistema orográfico, aunque transitorio, pues mientras lo mirábamos, las sombras giraron hacia la aurora, temblaron un último instante tras las elevaciones que las habían engendrado y desaparecieron como obedeciendo a una señal común. Había comenzado la mañana: el río de luz solar, dándonos nauseabundamente en plena cara mientras nos movíamos, se derramaba, en cambio, imparcialmente sobre cada piedra del desierto que teníamos que pasar.

Auda enfiló hacia el nordeste, buscando un pequeño altozano que unía el bajo collado de Ugula con una altanera colina de la divisoria de aguas, situada a nuestra izquierda, o al norte, a unas tres millas de distancia. Cruzamos el altozano tras cuatro millas de camino, y vimos a nuestros pies pequeños arroyaderos excavados en el suelo. Auda nos los señaló, diciendo que corrían hacia Nebk, en el Sirhan, y que debíamos seguir su protuberante lecho hacia el norte y el este, para llegar al campamento de verano de los howeitat.

Al poco nos hallábamos marchando sobre un collado formado por placas de arenisca similares a pizarras, a veces de pequeño tamaño, pero otras, grandes como planchas de diez pies en ambos sentidos, y tal vez diez pulgadas de espesor. Auda se emparejó con mi camello, y señalándome con su baqueta me dijo que escribiera en mi mapa los nombres y la naturaleza del terreno. Los valles a

nuestra izquierda formaban el Seyal abu Arad, que nacía en Selhub, y recibía agua de varios tributarios de la gran divisoria de aguas, según iba prolongándose hacia el norte hasta Yebel Rufeiya, en las cercanías de Tebuk. Los valles a nuestra derecha eran Siyuel el Kelb, procedente de Ugula, Agidat el Yemelein, Lebda y los demás collados que se alzaban en torno nuestro en un extenso arco por el este y el nordeste que desparramaba a la gran divisoria como quien dice por toda la llanura. Estos dos sistemas aluviales se unían a cincuenta millas por delante nuestro en Feyr, que era el nombre de una tribu, de su pozo y del valle de su pozo. Pedí clemencia a Auda con sus nombres, jurándole que no era yo notario de paisajes no hollados, ni un alcahuete de la curiosidad geográfica; y el viejo guerrero, muy complacido, empezó a contarme observaciones personales y noticias sobre los jefes que estaban con nosotros, y los que habríamos de encontrarnos a lo largo de nuestra marcha. Su prudente charla hizo que el lento paisaje lleno de abominable desolación pasara volando.

Los beduinos feyr, a quienes pertenecía tal paisaje, llamaban a esta llanura El Houl, debido a su desolación; y discurríamos ciertamente por ella sin percibir el menor signo de vida; ni huellas de gacelas, ni lagartos, ni madrigueras de ratas, ni siquiera un pájaro. Nos sentíamos allí vulnerables, y nuestro rápido paso por aquella inmensidad tenía la solidez o la inmovilidad de un esfuerzo inútil. Los únicos sonidos audibles eran los huecos reverberos, semejantes a las

pisadas que resuenan bajo un techo abovedado, de las desmigajadas losas roqueñas, al entrechocar entre sí bajo las pisadas de nuestros camellos, y el leve pero atronador chasquido de la arena al deslizarse lentamente en dirección oeste arrastrada por el viento que desgasta la arenisca, por debajo de los pináculos colgantes de piedra más dura que dan a cada acantilado su aspecto erosionado y como de corteza.

Era un viento jadeante con ese gusto de horno que a veces se percibe en Egipto cuando sopla el jamsin[22]; y, según avanzaba el día y el sol se alzaba más y más en el cielo, mayor era su fuerza y la cantidad que arrastraba de polvo del Nefudh, el gran desierto de arena del norte de Arabia, cercano a nosotros por aquella parte, pero invisible debido a la bruma. Hacia el mediodía sopló un semitemporal, tan reseco que nuestros requemados labios se resquebrajaron y la piel de nuestras caras empezó a agrietarse, mientras nuestros párpados parecían ir a caerse y dejar desnudos a nuestros fatigados ojos. Los árabes se colocaban sus pañuelos estrechamente ceñidos sobre la nariz, bajándose aún más la parte de la frente, hasta formar una especie de visera, con sólo una estrecha y batiente rendija para la vista.

A riesgo de sofocarse conseguían mantener entera su piel, ya que temían que las partículas de arena pudieran abrir aún más las grietas, convirtiéndolas en

---

[22] Viento procedente del Sáhara que sopla sobre Egipto entre abril y junio, durante unos cincuenta días, espacio de tiempo que le proporciona su nombre (jamsin = 50 en árabe). *(N. del T.)*

verdaderas heridas; pero yo, personalmente, siempre había sentido debilidad por el jamsin, puesto que su tormento parecía estar consciente y malévolamente orientado a luchar contra los humanos, y resultaba agradable hacerle frente, retando su fuerza, y conquistando su extremosidad. También encontraba placer en las saladas gotas de sudor que se deslizaban por los cabellos más largos de mi frente, y goteaban como agua de hielo sobre mi mejilla. Al principio, jugaba yo a cogerlas en mi boca; pero, según íbamos adentrándonos en el desierto y pasaban las horas, el viento fue haciéndose más fuerte, más cargado de polvo y más insoportablemente caluroso. Toda ilusión de competencia amistosa se disipó entonces. El paso de mi camello bastaba para incrementar la irritación de las asfixiantes bocanadas, cuya sequedad resquebrajaba mi piel y me causaba tal dolor de garganta que tres días después apenas podía tragar nuestro indigesto pan. Cuando finalmente cayó sobre nosotros la noche me sentí contento de que mi cara pudiera aún sentir el aire más suave de la noche.

Seguimos avanzando trabajosamente durante todo el día siguiente (aun cuando el viento no nos lo hubiera prohibido, no podíamos permitirnos más altos extra bajo las mantas si queríamos llegar enteros y con los camellos fuertes a El Feyr), y nada hubo que nos hiciera prestar atención o pensar en nada hasta pasadas las tres de la tarde. Entonces, y habiendo dejado atrás dos túmulos naturales, llegamos a un cruce de collados que se engrosaba hasta constituir

una colina. Auda roncamente me escupió unos cuantos nombres geográficos más.

Del otro lado, un alargado cerro, un altozano de lavada superficie de grava listada por alguna ocasional torrentera, descendía hacia el oeste. Auda y yo nos adelantamos al trote para aliviarnos de la terrible lentitud de la caravana. Por este lado la puesta del sol despedía sus últimos rayos tras una línea de colinas que cerraban nuestro paso por el norte. Poco después, Seil abu Arad, torciendo hacia el este, se extendió ante nosotros con un cauce de casi una milla de ancho; estaba cubierto de maleza de varias pulgadas de espesor tan seca como madera muerta, que crujía y se partía despidiendo polvo cuando empezamos a recogerla para hacer un fuego con el que mostrar a los demás dónde habíamos hecho alto. La amontonamos sin parar y animosamente hasta reunir un montón listo para prender; fue entonces cuando nos dimos cuenta de que ninguno de los dos llevaba cerillas.

La masa de la caravana no llegó hasta pasada una hora o más, cuando ya el viento se había disipado, y la noche, calmada, negra y llena de estrellas, había caído sobre nosotros. Auda estableció una guardia para toda la noche, ya que este distrito se hallaba en la ruta de las partidas de asalto, y durante la noche no hay amigos en Arabia. Habíamos cubierto unas cincuenta millas a lo largo del día; todo lo que podíamos dar, y lo suficiente de acuerdo con nuestro programa. Así que hicimos alto durante toda la noche; en parte porque nuestros camellos se hallaban débiles y enfermos, y el

pasto significaba mucho para ellos, y en parte también porque los howeitat no conocían bien este país, y temían perderse por el camino si seguíamos avanzando osadamente sin visibilidad.

CAPÍTULO XLIII

Antes del amanecer del día siguiente empezamos a descender por el cauce del Seil abu Arad hasta que el blanquecino sol hizo su aparición sobre las colinas Zibliyat que teníamos enfrente. Torcimos más hacia el norte para atajar un ángulo del valle, e hicimos un alto de media hora hasta que vimos acercarse el cuerpo principal de la caravana. En ese momento, Auda, Nasir y yo, incapaces de aguantar por más tiempo pasivamente el castigo del sol sobre nuestras inclinadas cabezas, salimos trotando con un nervioso trote. Casi de inmediato perdimos de vista a los demás en medio del linfático vapor que la llanura despedía por el calor, pero el camino estaba bien marcado hasta el lecho bien cubierto de maleza de Wadi Feyr.

A la altura del mediodía alcanzamos el pozo de nuestros deseos. Tenía unos treinta pies de profundidad, estaba forrado de piedras y parecía antiguo. El agua era abundante, ligeramente salobre, pero no de mal gusto cuando se la bebía fresca, aunque pronto adquiría mal olor en los pellejos. El valle había sufrido una inundación durante alguna de las trombas de agua del año anterior, y presentaba un

pasto abundante, reseco y sediento, por lo que soltamos a nuestros camellos. Pronto llegó el resto, y sacamos agua y empezamos a cocer pan. Dejamos a los camellos cosechar industriosamente hasta la noche, entonces los abrevamos de nuevo, y los atamos bajo un cerro a media milla del agua, dejando así el pozo libre para el caso de que algún merodeador pudiera necesitar agua durante las horas de oscuridad. Nuestros centinelas, con todo, no oyeron a ninguno.

Como de costumbre arrancamos antes de salir el sol, aunque la jornada que teníamos por delante era sencilla; pero el recalentado reflejo del desierto llegó a hacerse tan doloroso que decidimos pasar el mediodía bajo algún refugio. Dos millas más adelante, el valle se desparramaba, y poco después vinimos a dar ante un risco bajo y partido, situado en la orilla este, enfrente del comienzo de Seil Raugha. Allí el paisaje parecía más verde, y pedimos a Auda que nos consiguiera un poco de caza. Envió a Zaal por un lado y él mismo partió en dirección oeste, cruzando la abierta llanura que se extendía más allá de lo que abarcaba la vista, mientras nosotros nos volvíamos hacia los acantilados y hallábamos al pie de sus cortados despeñaderos y sus repisas cortadas a pico abundantes refugios de fresca sombra, donde poder descansar nuestros ojos desacostumbrados.

Los cazadores volvieron antes del mediodía, cada uno de ellos con una buena gacela. Habíamos llenado nuestros pellejos de agua en Feyr, y pudimos hacer uso de ellos, pues el agua de Abu Ayay estaba cerca;

así que hubo fiesta de carne y pan en nuestras pétreas madrigueras. Tales indulgencias, en medio de la lenta fatiga de tan largas e ininterrumpidas marchas, eran muy de agradecer para los delicados hombres de ciudad que había entre nosotros, para mí, para Zeki, para los criados sirios de Nesib y en menor grado para el mismo Nesib. La cortesía de Nasir como anfitrión, y su inagotable amabilidad nativa, lo hacían mostrarse exquisito para con nosotros cada vez que el camino lo permitía. A sus pacientes enseñanzas vine a deber la mayor parte de mi ulterior pericia para acompañar árabes tribeños durante las marchas sin estropear ni su orden ni su velocidad.

Permanecimos allí hasta las dos de la tarde, y llegamos al fin de nuestra etapa, Jabr Ayay, poco antes de la caída del sol, tras una aburrida cabalgada sobre una llanura aún más sosa que prolongaba Wadi Feyr hacia el este durante muchas millas. La charca había sido renovada por las lluvias de aquel año, pero aparecía ya espesa y con sabor salobre; aunque aún seguía siendo buena para los camellos, y simplemente practicable para los humanos. Se hallaba ubicada en la hondonada de una doble depresión próxima a Wadi Feyr, cuya avenida la había llenado hasta una profundidad de dos pies sobre un área de doscientas yardas de largo. En su parte norte podía verse un pequeño promontorio de piedra arenisca. Pensábamos que encontraríamos a los howeitat aquí, pero la hierba se veía arrasada y el agua removida por sus animales, y en cambio no había señal de ellos. Auda empezó a

rastrear sus huellas, pero no pudo hallar ni una: las tormentas de arena habían barrido la superficie arenosa formando nuevas ondulaciones. No obstante, y puesto que habían ido allí desde Tubaik, debían de haber salido en dirección del Sirhan, de modo que, si avanzábamos hacia el norte, podríamos dar con ellos.

Al día siguiente, a pesar del interminable lapso de tiempo, era sólo el decimocuarto desde nuestra salida de Weyh; y su sol empezó a ascender de nuevo sobre nosotros mientras avanzábamos. Por la tarde dejamos al fin Wadi Feyr para dirigirnos a Arfaya, en el Sirhan, punto situado más bien hacia el nordeste. Consecuentemente, nos inclinamos hacia la derecha, pasando sobre llanuras de caliza y arena, y divisando a lo lejos una esquina del Gran Nefudh, el famoso cinturón de arena que separa a Yebel Shammar del desierto sirio. Palgrave, los Blunt y Gertrude Bell, entre otros viajeros ilustrados, lo habían cruzado, y le rogué a Auda que nos desviáramos un poco para penetrar en él en su compañía, pero él gruñó que los hombres penetraban en el Nefudh sólo cuando era necesario, cuando había que hacer alguna razzia, pero que el hijo de su padre no pensaba hacer ninguna razzia sobre su camello sarnoso y maltrecho. Nuestra meta era alcanzar Arfaya vivos.

Así que seguimos avanzando prudentemente, sobre la monótona y refulgente arena; y sobre las mucho peores franjas de *giaan*, o barro pulimentado, casi tan blanco y liso como un papel, y con frecuencia de varias millas cuadradas de extensión. Reflectaban el sol

contra nuestras caras con cristalino vigor, de modo que cabalgábamos con su luz apuntando como flechas directamente contra nuestras caras y nuestros poco preparados párpados. No se trataba ya de una presión constante, sino de un dolor que iba y venía; en ocasiones incrementado hasta casi hacernos desmayar; y a continuación aplacándose y templándose, en una instantánea sensación de falsa sombra, semejante a una negra telaraña que cruzaba la retina; esto nos daba un momento de respiro, para reponer nuestra capacidad de aguante, como en la lucha por salir a la superficie de un hombre a punto de ahogarse.

Empezamos a mostrarnos cada vez más parcos con nuestras palabras; pero el alivio llegó hacia las seis de la tarde, cuando hicimos un alto para cenar, y nos cocimos pan nuevo. Le di a mi camello lo que había quedado de mi parte, porque el pobre animal iba cansado y hambriento con tan malas marchas. Era una camella con pedigrí, regalada por ibn Saud del Neyd al rey Hussein, y por éste a Feisal; una espléndida bestia, brusca, pero de firme paso en zonas montañosas, y muy animosa. Los árabes con posibles no montan sino en camellas, pues llevan mejor la silla que los machos, tienen mejor temperamento y son menos ruidosas también son más pacientes y soportan mejor las marchas incluso mucho después de haberse agotado, hasta que se desfondan de cansancio y caen en medio del trayecto y mueren; mientras que los machos, más toscos, suelen enfadarse, se tumban cuando están

cansados y de pura rabia pueden echarse a morir allí mismo inútilmente.

Tras la anochecida, seguimos arrastrándonos durante tres horas más, hasta alcanzar la cima de un cerro arenoso. Allí dormimos agradecidamente, tras un mal día de viento abrasador, torbellinos de polvo y bocanadas de arena que golpeaban nuestros inflamados rostros, y que a veces, en las peores ráfagas, llegaban a ocultarnos el camino, llevando de un lado para otro a nuestros quejosos camellos. Pero Auda se hallaba ansioso por lo que sucedería al día siguiente, ya que otro día de caluroso viento de cara nos retrasaría un día más en el desierto, y no nos quedaba ya agua así que nos levantó temprano, de noche aún, y penetramos en la llanura de Biseita (llamada así por burla, debido a su enorme tamaño y su lisura), antes de que abriera el día. Su hermosa superficie de detritus de pedernal tostados al sol permanecía agradablemente a oscuras tras la salida del sol para nuestros doloridos ojos, pero ardiente y dura para nuestros camellos, algunos de los cuales ya venían cojeando con las patas llagadas.

Los camellos criados en las arenosas llanuras de la Arabia costera tienen unas delicadas almohadillas en los pies; y cuando a estos animales se les transporta de repente al interior, obligándolos a hacer largos trayectos sobre suelos de pedernal o muy recalentados, sus plantas se les queman, hasta salirles ampollas, que dejan en carne viva dos o más pulgadas en derredor, en el centro mismo de la almohadilla. En

semejante estado aún podrían seguir andando normalmente sobre arena; pero, si por casualidad, el pie viene a dar contra un guijarro, pueden tropezar, o saltar hacia atrás como si hubieran dado con fuego, corriendo peligro de desfondarse por completo en las marchas largas, a menos que se trate de animales muy valientes. Cabalgábamos pues con cuidado, escogiendo los caminos más blandos, con Auda y yo mismo al frente.

Según avanzábamos, vimos dos pequeñas polvaredas a lo lejos. Auda dijo que eran avestruces. Un hombre se acercó a nosotros trayendo dos grandes huevos marfileños. Nos dispusimos a desayunarnos con este botín de Biseita, y empezamos a buscar combustible; pero en veinte minutos de búsqueda sólo encontramos un jirón de hierba. El árido desierto nos derrotaba. En eso pasó ante nosotros la recua de carga, y mi ojo se posó en el cargamento de gelatina explosiva. Abrimos un paquete, desmenuzándolo cuidadosamente para prender con él un fuego debajo del huevo sostenido sobre unas piedras, hasta que se decidió que la cocción era completa. Nasir y Nesib, realmente interesados, desmontaron de sus camellos para mofarse de nosotros. Auda sacó su daga con cachas de plata y picó en la parte superior del primer huevo. Una fetidez pestilente recorrió toda la columna. Huimos a un lugar limpio, haciendo rodar delante nuestro al otro huevo con gentiles pataditas. Estaba bastante fresco, y duro como una piedra. Extrajimos su contenido con la daga sobre las placas de pedernal que

nos servían de platos y nos lo comimos poco a poco, logrando persuadir incluso a Nasir, que nunca en su vida había caído tan bajo como para comer huevos, de que probara un poco. El veredicto general fue: duro y fuerte, pero bueno para Biseita.

Zaal vio un oryx; lo persiguió a pie y lo mató. Los mejores tasajos fueron atados sobre los camellos de transporte para la siguiente parada, y nuestra marcha continuó. Más tarde, los avariciosos howeitat vieron más oryx a lo lejos y corrieron tras las bestias, que locamente echaron a correr durante un trecho; luego se pararon y se quedaron quietas mirando hasta que los hombres estuvieron cerca, y, ya demasiado tarde, echaron a correr de nuevo. Sus panzas de un blanco brillante los habían delatado; ya que, por una magnificación del reflejo, nos lanzaban desde lejos destellos a cada movimiento que hacían.

CAPÍTULO XLIV

Me hallaba demasiado cansado, y con pocas ganas de aventura, para salirme del camino ni por el más raro animal del mundo; así que seguí el paso de la caravana, a la que mi camella alcanzó rápidamente con sus largas zancadas. A la cola de ella iban mis hombres, a pie. Temían que alguno de sus animales resultara muerto antes del anochecer, si el viento soplaba con más fuerza y los iban conduciendo del ronzal con la esperanza de hacerlos llegar. Admiré el contraste entre Mohammed, el vigoroso y pesado campesino, y los sinuosos ageyl, Farray y Daud, que marchaban danzando, descalzos y delicados. Sólo Gasim no estaba con ellos creían que se hallaba con los howeitat, porque su mal genio molestaba a la alegre soldadesca y hacía que él prefiriera ir con los beduinos, gentes más de su talante.

No quedaba ya nadie detrás, por lo que cabalgué hacia la cabecera para ver cómo estaba su camello, y al fin lo hallé, sin jinete, y conducido por uno de los howeitat. Sus alforjas colgaban de él, y también su rifle y su comida, pero no Gasim; poco a poco fuimos haciéndonos a la idea de que el desdichado se había

perdido. Era algo terrible, ya que en medio de la bruma y los reflejos la caravana apenas podía ser vista más allá de unas dos millas, y sobre aquel suelo de hierro no quedaban huellas; a pie jamás lograría darnos alcance.

Todo el mundo había seguido la marcha, pensando que se hallaba en algún otro lugar de la deshilachada hilera, pero había pasado bastante rato y era ya casi mediodía, así que podía hallarse a millas de distancia. Su camello cargado era una prueba de que no se había quedado dormido en la última parada nocturna. Los ageyl aventuraron que tal vez se había adormilado en la silla y se había caído, atontándose o matándose en la caída; o tal vez alguien de la partida se la tenía jurada. De todos modos nadie sabía nada. Se trataba de un forastero de mal carácter, que no estaba al cuidado de ninguno de ellos y por el que ninguno daba un ardite.

Eso era verdad: pero también era cierto que Mohammed, su compatriota y camarada, que técnicamente era su compañero de ruta, nada sabía del desierto y llevaba un camello desfondado, por lo que no podía volver en su busca.

Si lo enviaba, sería como condenarlo a muerte. Esto arrojaba una dificultad sobre mis hombros. Los howeitat, que podían haberme ayudado, se hallaban fuera de mi vista, perdidos entre los reflejos solares, cazando o explorando. Los ageyl de ibn Dgheithir, por su parte, eran tan clánicos que jamás se ofrecían a nada salvo por alguien de su grupo. Por otro lado,

Gasim era uno de mis hombres, y sobre mí recaía la responsabilidad de su suerte.

Miré con escaso convencimiento a mis hombres de a pie, y me pregunté por un momento si podía encargarle la tarea a uno de ellos, enviándolo en mi camello a rescatar al extraviado. Mi modo de escabullir el deber sería comprendido, ya que yo era un extranjero; pero ésa era precisamente la disculpa que yo no podía aducir, puesto que se suponía que había venido a ayudar a los árabes en su rebelión. Ya resultaba duro para un extranjero influir en un movimiento nacional popular, y era doblemente duro para un cristiano y un sedentario poder influir en musulmanes nómadas. Tenía pues que llevar a cabo yo mismo lo imposible, si quería reclamar el derecho de pertenecer a ambas sociedades.

Así que, sin decir una palabra, hice girar en redondo a mi poco dispuesta camella, y la obligué, a pesar de sus gruñidos de renuncia, a separarse de sus compañeros de fila, dejando atrás la larga hilera humana, y también la reata de carga, para introducirnos en el vacío. Mi estado de ánimo era bien poco heroico, ya que me hallaba furioso contra mis otros sirvientes, por tener que actuar como un beduino, y más que con ninguno, con Gasim, un tipo de dientes separados, gruñón, remolón en todas las marchas, malhumorado, suspicaz, brutal, un hombre cuyo enrolamiento yo lamentaba, y de quien me había prometido desembarazarme tan pronto como llegáramos a un lugar donde poder licenciarlo. Me

parecía absurdo tener que poner en peligro mi peso en la aventura árabe por un solo hombre carente de valor.

Mi camella parecía sentir lo mismo, según podía inferirse de sus profundos gemidos; pero ése era un recurso constante de los camellos maltratados. Desde crías están acostumbrados a vivir en manada, y se vuelven demasiado convencionales para poder cabalgar solos, por lo que ninguno deja su columna habitual sin grandes quejas y contra su voluntad, como mi camella estaba mostrando. Volvía sin cesar su cabeza sobre su largo cuello, bajándola cuanto podía, y avanzando muy despacio y a brincos. Necesitaba sujetar bien las riendas para que no se me desviara, y azuzarla de continuo con la baqueta para que siguiera andando. No obstante, cuando ya habíamos andado una milla o dos, empezó a sentirse mejor, y comenzó a avanzar menos constreñidamente, aunque aún con lentitud. Había ido anotando nuestro rumbo cada día con mi brújula de aceite, y esperaba con tal ayuda volver aproximadamente a nuestro punto de partida, diecisiete millas atrás.

Antes de veinte minutos la caravana se había perdido de vista, y empecé entonces a darme cuenta de cuán árido era el Biseita. Sus únicas marcas eran los viejos hoyos de samh rellenos de arena, por los que intentaba ir tanto como me era posible, pues las huellas de mi camella quedarían allí impresas, y serían otras tantas balizas para mi camino de vuelta. Este samh es la harina silvestre de los sherarat, quienes, pobres en todo menos en camellos, se jactan de hallar en el

desierto cuanto precisan para cubrir sus necesidades. Mezclada con dátiles y suavizada con manteca, constituye un buen alimento.

Los hoyos, a modo de pequeñas eras, se practicaban echando a un lado los pedruscos sobre un espacio de unos diez pies cuadrados. Las piedras colocadas en torno al borde del hoyo le dan unas pulgadas de profundidad, y es en este lugar ahondado donde las mujeres recogen y trillan la pequeña semilla roja. Los constantes vientos, soplando sin cesar sobre ellas, no podían reponer las piedras en su lugar (lo que tal vez conseguiría la lluvia de miles de inviernos), pero las había nivelado con pálida arena de arrastre, de modo que los hoyos de trilla formaban una especie de ojos grises sobre la negra superficie pétrea.

Llevaba cabalgando una media hora, cómodamente, pues como la brisa soplaba a mi favor, había conseguido quitarme la costra de mis enrojecidos ojos y podía mirar hacia delante sin dolor, cuando vi una figura, o un alto matorral, o al menos algo negro delante de mí. El móvil reflejo del sol me hacía confundir la altura o la distancia; pero aquella cosa parecía estar moviéndose, un poco al este de nuestra ruta. Al azar orienté la cabeza de mi camella hacia allí, y a los pocos minutos vi que era Gasim. Cuando lo llamé se detuvo confuso; llegué junto a él y vi que estaba casi ciego y atontado, parado con los brazos tendidos hacia mí, y con su negra boca abierta de par en par. Los ageyl habían puesto nuestra última reserva de agua en mi pellejo, y fue ésta la que derramó él a lo

loco sobre su cara y su pecho, en su afán por beber. Dejó de balbucir, y empezó a llorar sus penas. Lo senté a la grupa de mi camella; la hice alzarse entonces, y monté.

En el camino de vuelta la bestia parecía aliviada, y caminaba con mayor soltura. Le marqué un rumbo exacto con el compás, tan exacto que pude dar con muchas de nuestras ulteriores huellas, ya que leves chorros de pálida arena habían venido a cubrir el pedernal negro-marronáceo. A pesar del doble peso que tenía que soportar, el animal tiraba bien, y en ocasiones incluso agachaba la cabeza y durante un breve espacio desarrollaba ese rápido y cómodo paso al que suelen acostumbrar a sus mejores animales, cuando son jóvenes, los jinetes más experimentados. Esta muestra de sus reservas de energía me alegró, del mismo modo que consiguió hacerlo el escaso tiempo invertido en la búsqueda.

Gasim se quejaba de un modo impresionante del dolor y el terror que le daba su sed; le dije que se callara; pero él proseguía, y empezó a soltarse de la grupa, lo que hacía que a cada paso de la camella saltara sobre sus cuartos traseros con un golpe, y esto, unido a su llanto, la hacía acelerar el paso. Había el peligro de que el animal pudiera desfondarse. Le repetí una vez más que parara, y cuando vi que esto sólo conseguía que gritara más alto, le pegué y le juré que si emitía un solo sonido más lo echaría al suelo. La amenaza, a la que dio verosimilitud mi cólera, funcionó.

Tras esto se agarró con fuerza y no volvió a proferir ni un sonido.

No habíamos recorrido aún cuatro millas cuando volví a divisar una burbuja negra, que se alargaba y expandía sobre el reflejo que tenía delante. Terminó por dividirse en tres, y fue hinchándose. Me pregunté si serían enemigos. Un minuto más tarde la neblina se disipó con la desconcertante rapidez de la ilusión; y era Auda con dos de los hombres de Nasir que venían a por mí. Les grité bromas y burlas sobre su abandono de los amigos en medio del desierto. Auda se mesó la barba y gruñó que de haber estado él presente jamás me hubiera permitido dar la vuelta. Gasim fue trasladado en medio de insultos a grupa de una mejor montura, y empezamos a marchar juntos al paso.

Auda señaló a la desdichada figura y me recriminó: «Esto no vale ni el precio de un camello...» Le interrumpí diciendo: «Ni siquiera media corona, Auda.» Y él, deleitado en su simpleza por la observación, se dirigió hacia Gasim, le golpeó con dureza y le hizo repetir, como si fuera un loro, su precio. Gasim exhibió sus rotos dientes en una mueca de rabia y se puso mohíno. Una hora más tarde nos hallábamos ya pisándoles los talones a los camellos de carga y según íbamos pasando ante la inquisitiva mirada de la columna, Auda iba repitiendo mi chiste a cada pareja de jinetes; en total quizás unas cuarenta veces, más que suficiente para darme cuenta de lo malo que era.

Gasim explicó que había desmontado para satisfacer sus necesidades, y había perdido la columna

en la oscuridad; pero obviamente se había puesto a dormir allí donde había desmontado, fatigado por nuestra lenta y calurosa jornada. Nos reunimos con Nasir y Nesib en la cabeza. Nesib se hallaba molesto conmigo por poner en peligro las vidas de Auda y la mía propia por un simple capricho. Tenía por evidente que yo había contado con que fueran a buscarme. Nasir se hallaba sorprendido por su inamistosa expresión, y Auda se puso contento por poder restregarles a las gentes de la ciudad la paradoja de la tribu y la ciudad, la responsabilidad colectiva y la hermandad grupal del desierto contrastaban con el aislamiento y la competitividad de las zonas populosas.

Con semejante minucia habían pasado varias horas, y el resto del día pareció acortarse; a pesar de que el calor se hizo aún peor, y las ráfagas de arena siguieron estampándose en nuestras caras, de forma que el viento resultaba visible y audible, soplando sobre nuestros camellos en forma de un humo ululante. El terreno era llano y sin accidentes hasta las cinco de la tarde, cuando divisamos ante nosotros una serie de bajos montículos, viéndonos al poco relativamente tranquilos en medio de una serie de colinas arenosas ligeramente recubiertas de tamariscos. Eran los Kaseim del Sirhan. Los matorrales y las dunas cortaban el viento, era el atardecer, y la noche fue madurando y enrojeciendo con nosotros desde el poniente. Escribí pues en mi diario que el Sirhan era hermoso.

Palestina se convirtió en una tierra de leche y miel para los que habían pasado cuarenta años en el Sinaí;

Damasco tenía nombre de paraíso terrestre para las tribus que sólo podían llegar a ella tras semanas y semanas de penosa marcha a través de los campos de pedernal de este desierto del norte e igualmente las Kaseim de Arfaya, donde pasamos la noche, tras cinco días de atravesar el ventoso Houl, en las mismas fauces de una tormenta de arena, semejaban frescas y campestres. Se alzaban tan sólo unos pocos pies por encima del nivel del Biseita, y desde ellas los valles parecían deslizarse hacia el este en dirección a una gran depresión donde se hallaba el agua que buscábamos; pero ahora que habíamos cruzado el desierto y alcanzado sanos y salvos el Sirhan, el terror de la sed había pasado y experimentábamos la fatiga como principal mal. Así que convinimos en pasar la noche allí donde estábamos, y hacer hogueras que sirvieran de faro al esclavo de Nuri Salaam, quien, al igual que Gasim, había desaparecido de nuestra caravana aquel día.

No nos preocupaba mucho su pérdida. Conocía el país y llevaba consigo un camello. Podía ser que hubiera decidido dirigirse a Yauf, capital de Nuri, para ganarse la recompensa de llegar con noticias frescas de que llegábamos con regalos. Comoquiera que fuera, no apareció aquella noche, ni al día siguiente, y, cuando meses más tarde le pregunté a Nuri por él, me contestó que su cuerpo reseco había sido hallado posteriormente, tirado al lado de su camello con la carga intacta, hacia el interior del desierto. Debía de haberse perdido en medio de la bruma de la arena y

posiblemente siguió vagando hasta que su camello se vino abajo; y allí murieron ambos de sed y de calor. No una muerte muy larga —hasta para los más fuertes, dos días bajo el cielo de verano son bastante—, pero muy dolorosa, ya que la sed es una enfermedad activa, un miedo y un pánico que desgarra el cerebro y reduce a los más valientes a la condición de meros maníacos balbuceantes en cuestión de una o dos horas; luego el sol los mata.

CAPÍTULO XLV

No disponiendo ni de un buche de agua, por supuesto tampoco comimos nada, lo que convirtió aquella noche en noche de ayuno. No obstante, la certeza de poder conseguir agua al día siguiente nos hizo dormir tranquilos, recostados sobre el estómago para evitar la sensación de vacío. La costumbre árabe es llenarse hasta casi vomitar en cada pozo de agua, y en caminar sin beber hasta el próximo, o, si llevan agua, usarla derrochadoramente en la primera parada, bebiendo y haciendo pan. Como mi ambición era evitar cualquier comentario sobre mi diferencia, copié su modo de hacer, confiando en que su superioridad física no fuera tan grande como para causarme daño. En realidad, sólo una vez enfermé de sed.

A la mañana siguiente empezamos a bajar laderas, pasando primero un collado, y un segundo, y un tercero, situados a tres millas uno de otro; hasta que a las ocho de la mañana desmontamos junto a los pozos de Arfaya, quedando envueltos en la dulce fragancia del arbusto de dicho nombre. Hallamos que el Sirhan no era un valle, sino una larga falla que drenaba el país de lado a lado, recogiendo sus aguas en las sucesivas

depresiones de su cauce. La superficie del terreno era de grava pedernal, alternada con suave arena; y los valles parecían difícilmente capaces de dibujar sus lentos y plegados niveles entre las diseminadas dunas, sobre las que aleteaba el plumoso tamarisco.

Los pozos sin revestimiento estaban excavados unos dieciocho pies de profundidad, hasta la superficie de un agua cremosa al tacto, de un fuerte olor y un gusto salobre. Nosotros la encontramos deliciosa, y puesto que había pasto alrededor, bueno para los camellos, decidimos pasar allí el día mientras mandábamos a buscar a los howeitat en las proximidades de Maigua, el pozo más meridional del Sirhan. Teníamos que establecer si se hallaban a nuestras espaldas, y, si no, podíamos marchar hacia el norte con la seguridad de que estábamos sobre la pista.

Apenas, no obstante, acababa de salir nuestro mensajero, cuando uno de los howeitat vio jinetes escondidos tras los matorrales situados al norte de donde estábamos.

Al instante llamaron a las armas. Mohammed el Dheilan fue el primero en saltar a la silla y junto con otros howeitat galopó en dirección del supuesto enemigo; Nasir y yo reunimos a los ageyl (cuya virtud no radica en luchar a la manera beduina contra los beduinos) y los colocamos por grupos en torno a la duna, para poder defender razonablemente el equipaje. No obstante, el enemigo se esfumó. Mohammed volvió al cabo de media hora, para decir que no había llevado

a cabo una implacable persecución por consideración al estado de su camello. Había visto sólo tres rastros y supuso que los hombres eran exploradores de una partida de shammar que andaba pillando por la región, pues Arfaya solía estar habitualmente infestado de ellos.

Auda llamó a Zaal, su sobrino, el ojo más agudo de todos los howeitat, y le dijo que fuera a descubrir el número de enemigos y sus intenciones. Zaal era un tipo flexible y metálico, con una mirada audazmente penetrante, unos labios crueles y una risa fina, llena de la brutalidad, que los nómadas howeitat habían tomado en préstamo de los campesinos. Salió y empezó a investigar; pero halló la maleza que nos rodeaba llena de pisadas; al tiempo que los tamariscos defendían del viento el suelo arenoso y hacían imposible distinguir la antigüedad de las huellas.

La tarde discurrió pacíficamente, y nos dedicamos a reposar, aunque mantuvimos una guardia sobre la gran duna que se alzaba tras los pozos. Al atardecer fui a lavarme en la agradable agua salitrosa, y a la vuelta me detuve con los ageyl a tomar café, al tiempo que escuchaba su árabe neydí. Empezaron a contarme historias del capitán

Shakespeare, que había sido recibido por ibn Saud en Riyad como amigo personal, y que había cruzado Arabia desde el Golfo Pérsico hasta Egipto, resultando finalmente muerto en una batalla con los shammar, en un ataque de represalia que los campeones del Neyd habían sufrido durante una de sus periódicas guerras.

Muchos de los ageyl de Ibn Dgheithir habían viajado con él, como escoltas o como seguidores, y contaban historias de su magnificencia y de la extraña reserva en que se mantenía día y noche. Los árabes, que habitualmente viven amontonados, sospechan alguna segunda intención en cualquier forma de privacidad. Recordar esto, y renunciar a la paz y la quietud egoístas mientras anduviera con ellos, fue una de las menos agradables lecciones de la guerra del desierto, y también de las más humillantes, pues forma parte del orgullo inglés recrearse en la soledad; nos encontramos interesantes a nosotros mismos, cuando no hay competencia a la vista.

Mientras hablábamos, el café tostado fue introducido junto con tres granos de cardamomo en el mortero. Abdula lo maceró; con el dring-drang, dring-drang típico del almirez de aldea neydí, dos pares iguales de golpes de rigor. Mohammed el Dheilan, que lo oyó, se acercó silenciosamente sobre la arena y vino a sentarse, lentamente, a mi lado con un gruñido, semejante al de los camellos. Mohammed era un buen compañero, un tipo fuerte y pensativo, con humor lleno de ironía y una inclinación a las ácidas astucias, a veces manifiesta en sus actos, aunque generalmente mostraba una naturaleza amistosamente cínica. De complexión era inhabitualmente fuerte y crecido, no muy por debajo de los seis pies de altura; tenía quizás unos treinta y ocho años, y seguía activo, con una cara de colores subidos y marcadas arrugas, y ojos enigmáticos.

Era el segundo hombre en importancia de los abu Tayi; más rico y con más seguidores que Auda, y también con un gusto sensual mucho más desarrollado. Tenía una pequeña casa en Maan, y una finca (y se murmuraba que también «ganado») en las cercanías de Tafileh. Bajo su influencia, las partidas guerreras de los Abu Tayi cabalgaban delicadamente pertrechadas, con parasoles con que defenderse de los fieros rayos solares y botellas de agua mineral en sus alforjas, como refresco para la marcha. Era el cerebro de los consejos tribales y dirigía su política. Su sensible espíritu crítico me gustaba; y a menudo yo usaba su inteligencia y su avaricia para ganarlo a mi partido antes de lanzar una nueva idea.

El largo viaje juntos había confraternizado nuestros cuerpos y nuestras mentes. La azarosa meta ocupaba nuestros pensamientos noche y día; consciente e inconscientemente nos íbamos adiestrando, al tiempo que reducíamos nuestras voluntades al único propósito que ocupaba nuestros raros momentos de charla en torno al fuego nocturno. Y meditando estas cosas estábamos, mientras quien preparaba el café lo hervía, lo dejaba reposar y fabricaba una esterilla de fibra de palma para colarlo antes de servirlo (los posos en la taza son de mal gusto), cuando un disparo salió de las sombrías dunas situadas hacia el este y uno de los ageyl cayó sobre el centro mismo de la hoguera con un grito.

Mohammed, con su enorme pie arrojó una oleada de arena sobre la hoguera y en medio de la ciega

oscuridad nos arrastramos hasta detrás de los matorrales de tamarisco y nos dispersamos para hacernos con los rifles, mientras nuestros piquetes exteriores empezaban a devolver el fuego, apuntando apresuradamente hacia los destellos. Teníamos munición ilimitada en nuestro poder, y no nos privamos de demostrarlo.

Gradualmente, el enemigo fue reduciendo sus ímpetus, asombrado tal vez de nuestra presteza. Finalmente el fuego se detuvo, y nosotros dejamos también de disparar, atentos a una posible carga o ataque desde otro punto. Durante media hora estuvimos quietos y en silencio, salvo los gemidos y las boqueadas finales del hombre alcanzado con la primera bala. Entonces no pudimos contenernos más. Zaal salió a ver qué estaba ocurriendo con el enemigo. Pasada otra media hora nos avisó de que no había ninguno a la vista. Se habían largado: unos veinte, según su experta opinión.

A pesar de las seguridades dadas por Zaal, pasamos una noche inquieta, hasta que por la mañana dimos entierro a Assaf, nuestra primera baja, y empezamos a avanzar hacia el norte siguiendo el fondo del hondón, siempre con las colinas de arena a nuestra izquierda. Cabalgamos durante cinco horas y nos detuvimos entonces para desayunar sobre la orilla izquierda del gran conjunto de torrenteras que desde el Sirhan corrían hacia el sudoeste. Auda me dijo que eran las bocas del Seil Feyr, el valle cuya cabecera

habíamos visto en Selhub, y cuyo lecho habíamos recorrido al cruzar el Houl.

El pasto era mejor que en Arfaya, y permitimos a nuestros camellos durante las cuatro horas del mediodía llenarse a placer, pobre procedimiento éste, ya que el pasto del mediodía no les sienta bien, aunque entre tanto nosotros holgábamos a la sombra de nuestras mantas, durmiendo lo que no habíamos dormido la noche anterior. Allí, en campo abierto, y sin la menor posibilidad de un ataque por sorpresa, no había miedo de ser molestados, y nuestra demostrada fuerza y confianza debía servir para disuadir a cualquier invisible enemigo. Nuestro deseo era luchar contra los turcos, y estas querellas inter-árabes eran una pura pérdida de tiempo. Por la tarde recorrimos doce millas hasta llegar a un afilado grupo de sólidas colinas de arena, que cercaban un espacio lo suficientemente grande como para darnos acogida, y dominaban el terreno de alrededor. Allí acampamos, en previsión de un nuevo ataque nocturno.

A la mañana siguiente hicimos una marcha rápida de cinco horas (con nuestros camellos llenos de vida, tras el asueto del día anterior) hasta un oasis metido en un hondón, lleno de palmeras enanas, grupos de tamariscos diseminados por un lado y otro y abundante agua a unos siete pies de profundidad, con un gusto más dulce que el agua de Arfaya. La experiencia demostró, no obstante, que se trataba también de «agua del Sirhan», cuyo primer gusto resulta tolerable, pero que no aguanta el jabón y desarrolla (tras dos días

de encierro en un recipiente) un hediondo olor y un sabor que impide cualquier intento de utilizarla para hacer café, té o pan.

Empezábamos a cansarnos de Wadi Sirhan, aunque Nesib y Zeki ya proyectaban obras de plantación y reclamaciones del Gobierno árabe sobre esta zona, una vez establecido. Tan volandera imaginación era típica de los sirios, que rápidamente se persuaden de sus posibilidades, y con la misma rapidez se apresuran a pasar a otros sus responsabilidades del momento. «Zeki», le dije yo un día, «tu camello está lleno de sarna.» «Ea, pues», respondió él huraño, «por la noche, tan pronto el sol se haya escondido, lo recubriré entero de aceite.»

Durante nuestra siguiente marcha, le mencioné nuevamente lo de la sarna. «Ajá», dijo Zeki, «he tenido una magnífica idea al respecto. Imagínate la creación de un Departamento Oficial de Veterinaria, para Siria, cuando Damasco sea nuestro. Dispondremos de experimentados cirujanos, con una escuela para internos y estudiantes, en un hospital central, o varios hospitales centrales, para los camellos y los caballos, y para los burros y el ganado, hasta (¿por qué no?) para las ovejas y las cabras. Debe de haber ramas científicas y bacteriológicas para hacer investigaciones sobre curas universales para enfermedades animales. ¿Y qué tal una biblioteca con libros extranjeros...? Y hospitales de distrito para surtir al hospital central, e inspectores volantes...» Con la impaciente colaboración

de Nesib, dividió a Siria en cuatro inspecciones generales y varias subinspecciones.

A la mañana siguiente hice una nueva mención de la sarna. Habían seguido dando vueltas a su proyecto, y el esquema estaba aún más perfilado. «Sí, querido, es imperfecto; y nuestra naturaleza no alcanza nunca la perfección. Nos ofende verte tan satisfecho cogiendo al vuelo cualquier oportunidad. Es un fallo típicamente inglés.» Yo me puse en su vena: «Oh, Mesib, oh, Zeki —dije—, ¿acaso la perfección no implica, hasta en la menor de las cosas, el fin de este mundo? ¿Estamos maduros ya para eso? Cuando me encuentro enfadado, ruego a Dios que haga caer un sol de justicia sobre nuestro globo, y evite el sufrimiento de los aún no nacidos, pero cuando me siento contento, quiero tumbarme a la sombra para siempre, hasta convertirme en sombra yo mismo.» Incómodos, cambiaron de conversación y empezaron a hablar de granjas de sementales; al sexto día, el pobre camello murió. «Claro —dijo Zeki—, porque tú no lo untaste de aceite.» Auda, Nasir y el resto del grupo mantenían en pie a sus bestias mediante un cuidado constante. Lo único que podíamos hacer era calmar la enfermedad hasta llegar al campamento de una tribu bien aprovisionada, y hacernos con medicinas con las que combatir de lleno la enfermedad.

Un individuo montado enfiló hacia nosotros. Hubo un momento de tensión; pero vimos entonces a los howeitat saludarlo. Era uno de sus ganaderos y empezaron a intercambiarse saludos con voz tranquila,

como es el uso en el desierto, donde el ruido es un hábito de malcriados como mínimo, y de gentes de ciudad como máximo.

Nos dijo que los howeitat se hallaban acampados delante nuestro, entre Isawiya y Nebk, esperando ansiosamente noticias nuestras. Todo iba bien en sus tiendas. La ansiedad de Uda se calmó, y se encendió su impaciencia. Cabalgamos rápido durante una hora hasta Isawiya y las tiendas de Alí abu Fitna, jefe de uno de los clanes de Auda. El viejo Alí, con sus ojos llenos de legañas, rojos y sucios, con su nariz perpetuamente hundida en su barba puntiaguda, nos saludó cálidamente, y nos urgió a gozar de la hospitalidad de su tienda. Nos excusamos por ser demasiados, y acampamos cerca de allí bajo unos árboles de espino, mientras él y otros dueños de tiendas hacían una estimación de nuestro número, y preparaban un festejo nocturno en nuestro honor, distribuyendo para cada grupo de tiendas un lote de visitantes. La comida tardó horas en aparecer, y fue ya bien entrada la noche cuando se nos llamó. Yo me desperté, me dirigí a la cena, comí y volví a donde estaban tumbados nuestros camellos, para conciliar de nuevo el sueño.

Nuestra marcha había culminado prósperamente. Habíamos encontrado a los howeitat, nuestros hombres estaban en excelentes condiciones, teníamos aún intactos nuestro oro y nuestros explosivos. Así que acudimos felizmente juntos por la mañana a un solemne consejo sobre la acción a emprender. Había acuerdo sobre el hecho de que primeramente

debíamos regalar seis mil libras a Nuri Shaalan, a cuyo consentimiento debíamos el estar en Sirhan. Deseábamos que nos concediera la libertad de permanecer allí mientras alistábamos y preparábamos a nuestros luchadores; y cuando partiéramos con ellos queríamos que él se ocupara de cuidar de sus familias, sus tiendas y sus ganados.

Eran éstas cuestiones de importancia. Se determinó también que Auda en persona llevara tal embajada a Nuri, porque ambos eran amigos. La tribu de Nuri era demasiado grande y estaba demasiado cerca para que Auda se enfrentara con ella, a pesar de su afición por la guerra. El interés, evidentemente, había impulsado a los dos grandes hombres a establecer una alianza, y el trato constante había ido alimentando un caprichoso respeto, en virtud del cual cada uno sufría las rarezas del otro con paciencia. Auda debía explicarle a Nuri lo que pensábamos hacer, y el deseo de Feisal de que hiciera una demostración pública de adhesión a Turquía. Sólo así, estando aún en buenos términos con los turcos, podría cubrirnos.

CAPÍTULO XLVI

Entre tanto, nosotros nos quedaríamos con Alí abu Fitna, avanzando lentamente hacia el norte con él, en dirección a Nebk, donde Auda intentaría reunir a todos los abu Tayi. Él estaría de vuelta de su visita a Nuri antes de que todos se hubieran reunido. Así quedó la cosa, y cargamos seis bolsas de oro en las alforjas de Auda, que partió con ellas. A continuación fuimos a entrevistarnos con los jefes de los fitenna, que nos aguardaban para decirnos que estarían muy honrados de agasajarnos dos veces al día, a mediodía y al atardecer, durante el tiempo que estuviéramos con ellos; y no mentían al decirlo. La hospitalidad howeitat era ilimitada —no regía para ellos la tacañería de los tres días que marca la ley implícita del desierto— y agobiante, y no nos dejaba ninguna salida honorable frente al opresivo ideal nómada del bienestar.

Cada mañana, entre ocho y diez, un pequeño grupo de yeguas de pura sangre perfectamente ensilladas venían hasta nuestro campamento, y sobre ellas montábamos Nasir, Nesib, Zeki y yo, cruzando, seguidos de tal vez una docena de hombres a pie, solemnemente el valle por los arenosos senderos

abiertos entre la maleza. Nuestros caballos eran llevados de la rienda por nuestros sirvientes, ya que hubiera sido impropio marchar con ellos sueltos o deprisa. Llegábamos así a la tienda donde debía tener lugar nuestro agasajo a la hora fijada; y cada una de las familias nos reclamaba por turno y se ofendía amargamente si el distribuidor, Zaal, se saltaba el orden de prelación.

Según íbamos acercándonos, los perros se lanzaban hacia nosotros, siendo apartados por nuestros mirones —siempre se reunía una multitud en torno a la tienda elegida—, y avanzábamos por debajo de las cuerdas hacia la parte de nuestros anfitriones, ampliada para la ocasión y cuidadosamente aderezada con su cortina de fondo del lado del sol, para proporcionarnos sombra. El tímido anfitrión se adelantaba a murmurar unas palabras de salutación y desaparecía de nuevo de nuestra vista. Las alfombras tribales, fúlgidos objetos rojos procedentes de Beirut, se hallaban dispuestas en nuestro honor, tendidas frente a la cortina de separación, y a lo largo de la cortina de fondo de modo que tomábamos asiento en los tres lados de un polvoriento espacio abierto sin recubrir. Debíamos ser unos cincuenta hombres en total.

El anfitrión reaparecía de nuevo, quedándose en pie frente al poste central; nuestros coinvitados nativos del lugar, el Dheilan, Zaal y otros jeques, a duras penas se dejaban colocar sobre las alfombras situadas entre nosotros, compartiendo nuestro lugar sobre las

albardas, forradas con alfombras de fieltro dobladas. El frente de la tienda se hallaba vacío, y los perros eran continuamente ahuyentados por la excitada chiquillería, que correteaba por este espacio vacío arrastrando tras de sí a los niños más pequeños. Sus vestimentas eran tanto más ligeras cuanto menor era su edad, y sus cuerpecillos tanto más rechonchos. Los más pequeños de todos se quedaban mirando con sus ojos negros a la concurrencia, balanceándose sobre sus piernas abiertas, chupeteándose los pulgares y proyectando hacia nosotros sus expectantes pancitas.

Luego solía seguir una terrible pausa, que nuestros amigos intentaban colmar enseñándonos sobre su percha al halcón de la familia (a poder ser un halcón marino traído de joven de las costas del Mar Rojo), su gallo guardián o su lebrel. En una ocasión arrastraron ante nosotros para que lo admirásemos a un ibex domesticado, en otra ocasión a un oryx. Cuando estos objetos de interés se agotaban, intentaban buscar algún tipo de conversación que nos distrajera de los ruidos caseros, y de las fácilmente audibles órdenes de cocina, que llegaban a nosotros a través de la cortina divisoria junto con un fuerte olor de grasa frita y apetitosas ráfagas de carne asada.

Después de un rato de silencio, el anfitrión o un delegado suyo se adelantaba a susurrar: «¿Negro o blanco?» Invitándonos a escoger entre café o té. Nasir siempre respondía «Negro», y nos era enviado entonces un esclavo con una picuda cafetera en una mano y tres o cuatro tintineantes tazas de blanca loza

en la otra. Dejaba caer unas cuantas gotas de café en la taza más alta, y se la ofrecía a Nasir, luego llenaba una segunda para mí, y la tercera para Nesib; se detenía, mientras dábamos vueltas a las tazas en nuestras manos, y las sorbíamos cuidadosamente, consumiendo apreciativamente hasta la última gota.

Tan pronto como quedaban vacías el esclavo extendía la mano para recoger y apilar ruidosamente una taza sobre otra pasándoselas sin tantas florituras a los siguientes huéspedes en orden de importancia, y así por todo el círculo hasta que todos los presentes habían bebido. Volvía entonces a empezar con Nasir. Esta segunda taza tenía que ser más sabrosa que la primera, en parte porque la cafetera producía una infusión más concentrada, y en parte debido a los posos de tantas libaciones como se habían hecho con cada taza ya; mientras que la tercera y cuarta rondas, cuando los platos de carne tardaban tanto en aparecer, tenían que tener un sabor sorprendente.

Finalmente, hacían su aparición, por en medio de la emocionada muchedumbre, dos hombres que transportaban el arroz y la carne en una especie de gran fuente de cobre o profundo barreño, de cinco pies de ancho, a modo de un gran brasero de un solo pie. En toda la tribu sólo había una fuente de semejante tamaño, y por su borde podía leerse cincelada en floridos caracteres árabes esta inscripción: «A la gloria de Dios, y confiando en su última misericordia, la propiedad de su pobre suplicante, Auda abu Tayi.» Cada anfitrión que debía agasajarnos se la pedía

prestada; y como mi cerebro y mi cuerpo acelerados me producían insomnio, desde mis mantas veía yo bajo la primera luz cómo cruzaba el campo la famosa fuente en una u otra dirección, averiguando por su meta dónde íbamos a comer aquel día.

El cuenco aparecía lleno hasta los bordes, formando el blanco arroz en torno una orla de un pie de ancho y seis pulgadas de profundidad, que encerraba patas y costillas de carnero hasta rebosar. Se necesitaban dos o tres víctimas para formar un centro piramidal de carne a la altura de lo que prescribía la etiqueta. Las piezas del centro eran las cabezas hervidas, sostenidas verticalmente sobre sus degollados cuellos, de modo que las orejas, marronáceas como hojas secas, sobresalían sobre la orla de arroz. Las mandíbulas abiertas hacia arriba dejaban ver el interior de la garganta junto con la lengua, aún rosada, que colgaba sobre los dientes inferiores, y sus blancos incisivos daban a la pirámide una blanca corona, que sobresalía ampliamente sobre los pelos del morro y los labios, que parecían abrirse en una negra mueca de burla.

Todo este montón de carne y arroz era depositado sobre el suelo en el espacio vacío que había ante nosotros, donde quedaba humeando, mientras una procesión de ayudantes aparecía llevando las pequeñas ollas y sartenes de cobre donde se había efectuado el asado. De ellas, y ayudándose con descascarillados cuencos de peltre, sacaban y colocaban sobre la fuente principal el interior y el exterior de la oveja; pequeños trozos de amarillo

intestino, blancos trozos de unto de la cola, marronáceos músculos y brillosos trozos de piel, todo ello nadando en la manteca líquida y la grasa del cocimiento. Los circunstantes observaban con ansiedad, musitando exclamaciones cuando sobrenadaba algún trozo jugoso.

La grasa quemaba. De vez en cuando alguno de los ayudantes dejaba caer su correspondiente asa con una exclamación, y se introducía sin la menor vacilación los dedos en la boca para enfriárselos; pero seguían con su faena, hasta que sus cucharones empezaban a resonar en el fondo de las perolas, y con un gesto de triunfo rescataban intactos los hígados de un escondite en el fondo, y coronaban con ellos las bostezantes mandíbulas.

Entre dos levantaban cada olla y la inclinaban, dejando caer el líquido sobre la carne, hasta que el cráter de arroz quedaba colmado, y los granos sueltos de los bordes nadaban en la abundancia; y aún seguían vertiéndolo, hasta que, en medio de gritos de asombro de todos, resbalaba sobre los bordes, y formaba un pequeño charco sobre el polvo. Era el toque final de derroche, y el momento señalado para que el anfitrión nos llamara a comer.

Fingíamos nosotros no haber oído, como exigían las buenas maneras; finalmente lo oíamos y nos mirábamos con sorpresa entre nosotros, urgiéndonos unos a otros a acudir los primeros; Nasir se alzaba tímidamente, y tras él íbamos todos a hincar una rodilla en torno a la fuente, arracimándonos y apretujándonos

los veintidós para los que apenas había espacio en torno a la comida. Nos remangábamos las mangas hasta el codo, y precedidos por Nasir con un «En nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo», empezábamos a meter todos los dedos a la vez.

Yo era siempre cauto, ya que la grasa líquida estaba tan caliente para mis inhabituados dedos que raramente podía resistirla, así que me dedicaba a jugar con algún trozo de carne que sobresaliera y estuviera más frío, hasta que las excavaciones de los demás me permitían recoger una porción de arroz. Podíamos amasar entre los dedos (con tal de no emplear las palmas) buenas bolas de arroz y grasa, o hígado y carne, suavemente apelmazadas, y llevárnoslas con ayuda del pulgar y el índice doblado hasta la boca. Con la habilidad precisa y el amasado correcto la albóndiga se desprendía limpiamente de la mano; pero, cuando un exceso de manteca y fragmentos sueltos quedaban pegados a los dedos, había que lamerlos cuidadosamente para que el siguiente intento se desprendiera con mayor facilidad.

Según la pila de carne iba consumiéndose (nadie se preocupaba por el arroz: el lujo era la carne) uno de los principales howeitat que comía con nosotros sacaba su daga, con empuñadura de plata incrustada de turquesas, pieza firmada por Mohammed ibn Zari, de Yauf[23], y empezaba a cortar la carne de los huesos

[23] El más famoso forjador de espadas de mi época era ibn Bani, herrero de la dinastía ibn Raschid de Hail. Participó en cierta ocasión en una razzia de los shammar contra los rualla, y fue capturado.

más largos en grandes tacos fáciles de arrancar con los dedos, ya que era necesario asarla muy tierna, para poder cogerla fácilmente con la mano derecha, que es la única honorable.

Nuestro anfitrión se mantenía en pie cerca del círculo, animando a todos a comer con piadosas expresiones. A toda velocidad masticábamos, arrancábamos, cortábamos y tragábamos, sin pararnos siquiera a hablar, ya que la conversación podía resultar un insulto para la calidad de la comida, aunque era educado sonreír a modo de gracias cuando algún huésped amigo pasaba un trozo escogido, o cuando Mohammed el Dheilan con toda gravedad alcanzaba algún hueso mondo con una bendición. En tales ocasiones solía yo devolver el cumplido con algún intragable y espantoso montón de tripas, ligereza que era muy del gusto de los howeitat, pero que el grave y aristocrático Nasir veía con desaprobación.

Al cabo algunos quedábamos casi hartos, y empezábamos a jugar y a escarbarnos los dientes, mirando a uno y otro lado, hasta que el resto dejaba al fin de comer, el codo sobre la rodilla, la mano colgando de la muñeca sobre la fuente para escurrirla mientras grasas, manteca y granos sueltos de arroz empezaban a coagularse en forma de una masa blanca que dejaba

---

Cuando Nuri lo reconoció, encerró con él en prisión a ibn Zari, su propio maestro armero, jurando que ninguno de los dos saldría de allí hasta que su trabajo fuera indistinguible. Ibn Zari, de este modo, mejoró ampliamente la calidad de su arte, sin dejar de considerarse el mejor artista.

los dedos pegados. Cuando todos habían dejado ya de comer, Nasir se aclaraba significativamente la garganta, y todos nos levantábamos apresuradamente con un: «¡Dios te lo premie, oh anfitrión!», para ir a agruparnos entre los vientos de las tiendas, mientras los siguientes veinte huéspedes heredaban nuestros restos.

Los más limpios de nosotros íbamos hasta el extremo de la tienda, allí donde los flecos de la tela del techo, después de los últimos postes, colgaban como si fueran una cortina (cuya trama de pelo de cabra estaba blanda y lustrosa por el mucho uso), y allí se limpiaba lo más grueso de la grasa pegada a los dedos. Luego, volvíamos a nuestros sitios, y tomábamos asiento de nuevo con un suspiro; mientras los esclavos, dejando a un lado su parte del festín, los cráneos de las ovejas, se acercaban a nosotros trayendo un cuenco de madera lleno de agua, y una taza de café que servía de cazo, y humedecían nuestros dedos, mientras los restregábamos con la pastilla de jabón de la tribu.

Entre tanto tomaban posiciones en torno a la fuente el segundo y tercer turnos, y hacía su aparición una nueva ronda de café, o un vaso de té almibarado; hasta que finalmente eran traídos de nuevo los caballos; nos deslizábamos hasta ellos, montábamos, y con una suave bendición a nuestros anfitriones nos despedíamos de ellos al pasar. No bien les habíamos dado la espalda, los niños caían desordenadamente sobre la ya devastada fuente, desgarraban nuestros rebañados huesos, y escapaban con tan valiosos

restos para devorarlos tras algún escondido matorral, mientras los perros guardianes de todo el campamento merodeaban entre los desechos y el dueño de la tienda daba los mejores huesos a su lebrel.

CAPÍTULO XLVII

Fuimos agasajados el primer día una vez, el segundo dos veces, el tercero dos veces, en Isawija; a continuación, el trece de mayo, ensillamos y cabalgamos tranquilamente durante tres horas, atravesando un campo de lava largamente cubierto de arena, hasta un valle en el que había diseminados varios pozos de siete pies de profundidad con el habitual agua salobre. Los abu tayi abatieron su campamento al abatirlo nosotros, y acamparon alrededor nuestro, así que aquel día por primera vez fui yo espectador en medio de una tribu árabe y actor en la rutina de su marcha.

Se trataba de algo curiosamente distinto a la habitual uniformidad del desierto. Durante todo el día la verde-gris extensión de piedras y arbustos reverberó como un espejismo con el movimiento de los pies de los hombres; los jinetes de a caballo, los hombres montados en camello, los camellos cargados con negras jorobas, que eran las tiendas de piel de cabra, los camellos balanceándose curiosamente, como

mariposas, bajo los alados y empavesados howdahs[24] de las mujeres, camellos dotados de colmillos como mamuts y de colas como pájaros, enarbolando o arrastrando los postes de las tiendas, de plateada madera de chopo. No había orden ni control ni rutina de marcha, aparte del despliegue en formación abierta, y de la salida simultánea, que la inseguridad de incontables generaciones había hecho instintiva. La diferencia era que el desierto, cuya natural escasez daba valor a los hombres, parecía entonces, con toda aquella multitud, cobrar vida repentinamente.

El ritmo era tranquilo; y nosotros, que habíamos estado cuidando de nuestras propias vidas durante semanas, nos sentíamos más relajados, al sabernos tan bien escoltados como para compartir la leve confianza del peligro frente a una hueste enemiga; hasta nuestros más solemnes jinetes se dejaban ir, y los más asilvestrados se volvían licenciosos. Primeros entre éstos estaban, cómo no, Farray y Daud, mis dos diablillos, cuyo ánimo las privaciones del camino en modo alguno habían mellado. En torno al lugar por donde ambos cabalgaban en la línea de marcha, podían verse constantemente dos torbellinos de actividad o de incidentes, según fuera la expresión que buscara su insaciable espíritu travieso.

Irritaron un poco más mi agotada paciencia a causa de la plaga de serpientes que nos acompañaba desde

---

[24] Pabellón de tela de pelo de cabra o camello, montado sobre un armazón, y colocado sobre la joroba del camello, en el que viajan (generalmente) las mujeres. *(N. del T.)*

que habíamos entrado en el Sirhan y que aquel día alcanzó memorable nivel, hasta convertirse en verdadero terror. En condiciones ordinarias, decían los árabes, las serpientes no eran aquí mucho peores que en cualquier otro lugar del desierto donde hubiera agua; pero aquel año el valle parecía rebosar de víboras cornudas, cerastas, cobras y serpientes negras. Por la noche moverse resultaba peligroso, y se nos hizo necesario andar con palos, golpeando los matorrales a uno y otro lado, mientras caminábamos cautelosamente con los pies descalzos.

No podíamos ir a la ligera a sacar agua a los pozos después del oscurecer, porque había serpientes nadando en las charcas, o arracimadas en nudos por sus orillas. Por dos veces hubo alarma en nuestro círculo de bebedores de café por el descubrimiento de cerastas. Tres de nuestros hombres murieron a causa de las mordeduras; cuatro consiguieron recuperarse después de no poco miedo y dolor, y de la hinchazón del miembro mordido. El tratamiento howeitat para las mordeduras consistía en vendar la parte mordida de un emplasto de piel de serpiente, y leerle al paciente capítulos del Corán hasta que moría. También se calzaban gruesas tobilleras damascenas, de color rojo y borlas azules, con tacones en forma de herradura, sobre sus callosos pies cuando tenían que caminar de noche.

Un extraño hábito de las serpientes, por la noche, era su manía de arrebujarse a nuestro lado, probablemente, para calentarse, debajo o dentro de

nuestras mantas. Cuando nos dábamos cuenta de ello nos levantábamos con el mayor cuidado, y empezábamos a buscar por donde yacían los demás con un palo hasta que se podía decir que nos desembarazábamos de ellas por completo. Nuestra partida de cincuenta hombres mataba fácilmente al día veinte serpientes; y llegaron a pesar de tal modo sobre nuestros nervios que hasta los más audaces de nosotros tenían miedo de poner el pie en el suelo; mientras que, los que como yo sentían verdadero pánico de los reptiles, suspiraban porque nuestra estancia en el Sirhan terminara lo antes posible.

No era éste el caso de Farray y Daud. Para ellos era éste un juego nuevo y espléndido. Nos molestaban de continuo con sus alarmas, y con sus furiosos golpes sobre cualquier rama o punta de raíz en la que recayera su fantasía. Por último, en nuestra parada del mediodía, les prohibí estrictamente volver a exhalar el menor grito de alarma sobre las serpientes; y fue entonces cuando, sentados junto a nuestros bribonzuelos, pudimos tener un poco de paz. Reposar sobre el suelo, de donde tan duro se hacía levantarse y caminar, predisponía a la inacción sobre todo cuando había tanto en que pensar, y así pasó casi una hora antes de que pudiera darme cuenta de las jocosas risas y gestos que el travieso par intercambiaba entre sí. Mis ojos perezosamente siguieron la dirección de su mirada hasta el matorral vecino, y vinieron allí a reparar en una serpiente marrón agazapada, que tenía sus ojos fijos en mí.

Rápidamente me levanté, y llamé a Alí, que se levantó de un salto con su baqueta de montar y arregló el asunto. Le dije que propinara a los dos mocosos una tunda de media docena de bastonazos a cada uno, para enseñarles a no seguir mis indicaciones tan al pie de la letra. Nasir, que dormitaba a mis espaldas, me oyó y añadió otros seis bastonazos por su cuenta. Nesib lo imitó, y tras él Zeki, y Dgheithir, hasta que la mitad de los hombres empezaron a clamar por venganza. Los culpables se quedaron abrumados cuando vieron que todos los cintos y los bastones del grupo se disponían a cebarse en ellos; no obstante, los salvé del castigo, declarándolos moralmente insolventes, y enviándolos con las mujeres para que las ayudaran a recoger leña y a sacar agua para las tiendas.

Trabajaron así avergonzados durante los dos días que pasamos en Abu Tarfeiyat, donde el primer día fuimos agasajados dos veces y el segundo otras dos. Al cabo de este tiempo, Nesib no pudo más y aduciendo enfermedad fue a refugiarse en la tienda de Nasir, donde se dedicó a comer pan seco sin más. Zeki había venido quejándose durante todo el camino, y su primer contacto con la pringosa carne y el grasiento arroz de los howeitat lo había dejado postrado. También él se hallaba recogido en la tienda, acusándonos del malestar y la disentería a nosotros. El estómago de Nasir, en cambio, mucho más acostumbrado a los usos tribales, resistió la prueba perfectamente. Le correspondía hacer honor a nuestros

huéspedes, y acudir a todas sus invitaciones; y para hacerles mayor honor, me obligaba a ir con él. Así que ambos, como líderes, representábamos a todo el campamento cada día, junto con una decente proporción de hambrientos ageyl.

Se trataba, por supuesto, de algo monótono; pero la cristalina felicidad de nuestros anfitriones nos llenaba de satisfacción, y frustrarlos nos hubiera parecido un crimen. Oxford y Medina habían logrado curarnos a Nasir y a mí de los prejuicios supersticiosos y nos habían sofisticado hasta el punto de devolvernos a la simplicidad. Aquellas gentes estaban colmándonos con el súmmum de la ambición nómada, una continua orgía de carnero hervido. Mi paraíso particular hubiera consistido en un solitario y cómodo sofá, un descanso libresco y una completa colección de poetas, impresos en letra Caslon[25], y grueso papel; pero yo había sido bien alimentado durante veintiocho años, y si la fantasía árabe corría tras los cuencos de comida, tanto más fácilmente alcanzable resultaba su alegría. Se habían aprovisionado expresamente para nuestro agasajo. Pocos días antes de nuestra llegada, un tratante de ganado había venido a visitarlos, y, por orden de Auda, le habían comprado cincuenta ovejas con que festejarnos adecuadamente. En quince comidas (una semana) las consumimos todas, y la hospitalidad se dio por zanjada.

---

[25] Letra del siglo XVIII, inventada por el impresor inglés del mismo nombre. *(N. del T)*

Volvieron las digestiones fáciles, y con ellas la capacidad de movimiento. Nos hallábamos verdaderamente hartos del Sirhan. El paisaje era de una aspereza y una tristeza mayores que las de ninguno de los desiertos que habíamos cruzado. La arena, los guijarros o el desierto de rocas desnudas resultaban emocionantes a veces, y bajo determinada luz podían llegar a tener incluso la belleza de la estéril desolación, pero había algo siniestro, algo activamente malvado en aquel Sirhan tan plagado de serpientes, tan abundoso de agua salobre, palmeras estériles y matorrales que no servían ni como pasto ni como combustible.

Avanzábamos pues, uno y otro día, hasta más allá de Gutti, cuyo escaso pozo tenía un agua casi dulce. Y, cuando nos hallábamos en las proximidades de Ageila, vimos acampadas allí varias tiendas, y a una tropa que salía a nuestro encuentro. Se trataba de Auda abu Tayi, que había vuelto sano y salvo de ver a Nuri Shaalan, y junto con él el tuerto Durzi ibn Dughmi, nuestro antiguo anfitrión de Weyh. Su presencia era clara muestra del favor de Nuri, como también lo demostraba la fuerte escolta de jinetes rualla; éstos, con la cabeza descubierta, y gran demostración de gritos, nos dieron la bienvenida ante la casa vacía de Nuri, con gran ostentación de espadas y disparos de rifle y revólver, que hacían a todo galope en medio de nubes de polvo.

Esta modesta mansión tenía unas cuantas palmeras fértiles, rodeadas de un cercado, y habían plantado

junto al huerto una tienda mesopotámica de blanca lona. Allí también se alzaba la tienda de Auda, un gran vestíbulo de siete postes de largo y tres de ancho; y cerca de ella estaban la tienda de Zaal, y muchas otras, y a lo largo de toda la tarde recibimos salvas de honor, diputaciones y presentes de huevos de avestruz, o golosinas de Damasco, o camellos, o descarnados caballos, mientras la atmósfera que nos rodeaba se recargaba con los gritos de los voluntarios de Auda, que pedían acción inmediata contra los turcos.

Las cosas parecían marchar bien, y delegamos a tres hombres para que prepararan café para los visitantes, que fueron llegando a la tienda de Nasir uno a uno, o por grupos, jurando lealtad a Feisal y al Movimiento Árabe, según la fórmula de Weyh; y prometiendo obedecer a Nasir, y seguirle con sus respectivos contingentes. Junto con su presente formal, cada nueva partida depositaba en nuestra alfombra su particular y accidental presente de pulgas, y mucho antes de la puesta del sol ya Nasir y yo nos hallábamos con fiebre, y asaltados por continuos accesos de picor. Auda tenía un brazo rígido, como consecuencia de una vieja herida en la juntura del codo, y no podía por tanto rascarse; pero la experiencia le había enseñado un modo de introducirse una baqueta con cabeza cruciforme por su manga izquierda y a darle vueltas y más vueltas por dentro contra sus costillas, método que parecía calmarle mucho más sus picores que el que nosotros empleábamos con nuestras uñas.

CAPÍTULO XLVIII

Nebk, que había de ser nuestra siguiente parada, tenía abundante agua, y algunos pastos. Auda lo había erigido en nuestro lugar de reunión, debido a la cómoda cercanía de las Blaidat, o «aldeas salinas». Allí él y el jerife Nasir deliberaron durante algunos días, para sopesar el alistamiento, y preparar la ruta que habríamos de seguir, mediante maniobras de aproximación a las tribus y jeques de las cercanías. El ocio quedó para Nesib, Zeki y yo. Como era habitual, el inestable juicio sirio, incapaz de perseverar en el estrecho punto medio de la virtud, empezó a dar vueltas en círculo. En la embriaguez de los primeros momentos de entusiasmo, empezaron a dejar de lado Akaba y a despreciar el simple propósito que nos había llevado allí. Nesib conocía a los shaalan y a los drusos. Su mente tendía a alistar a éstos, en vez de a los howeitat; se aferraba a Deraa, y no a Maan, pretendía ocupar Damasco antes que Akaba. Señalaba que los turcos se hallaban por completo desorientados, que teníamos la seguridad de lograr nuestro objetivo por simple sorpresa, y que nuestro objetivo, por tanto,

debía ser el más alto. Damasco se hallaba señalado por el ineluctable dedo del hado.

En vano le remití a Feisal, aún en Weyh, a los británicos aún mal ubicados frente a Gaza, al nuevo ejército turco que se concentraba en Aleppo para recuperar Mesopotamia. Le mostraba la falta de apoyos con que nos encontraríamos en Damasco: faltos de recursos y de organización, carentes de base, sin ni siquiera una línea de comunicación con nuestros aliados. Pero Nesib hacía tabla rasa de la geografía y de la táctica, y de cualquier sórdido medio que pudiera bajarlo a la realidad. Así que fui a Auda, y le dije que con el nuevo objetivo todo el dinero y el crédito irían a parar a Nuri Shaalan, y no a él; acudí a Nasir, y usé de toda mi influencia y nuestra mutua simpatía personal para mantenerlo afecto a mi plan, atizando los inflamables celos entre un jerife y un damasceno, entre un auténtico chií, descendiente de Alí y del mártir Hussein, y la muy dudosa reputación de un descendiente del «sucesor» abu Bekr.

Para nuestro movimiento, la cuestión era de vida o muerte. Yo estaba seguro de que si tomábamos Damasco no duraríamos en ella ni seis semanas, ya que Murray no podría desencadenar un ataque inmediato contra los turcos, ni habría transporte marítimo suficiente en el momento de saberse la noticia para desembarcar un ejército británico en Beirut, y con la pérdida de Damasco perderíamos a nuestros seguidores (sólo su primer impulso podría ser aprovechable, una rebelión que se mantuviera en pie o

retrocediera, estaba perdida), sin haber ganado Akaba, que era la última base en aguas seguras; y, a mi juicio, la única puerta, con excepción del Éufrates medio, que podría abrirnos el camino hacia una penetración segura en Siria.

El especial valor que Akaba tenía para los turcos residía en que, cuando lo desearan, podían convertirse en una amenaza para el flanco derecho del Ejército británico. A finales de 1914 su Alto Mando había pensado en convertirlo en la principal ruta hacia el Canal, pero se encontraron con grandes dificultades de agua y alimentación, y adoptaron en sustitución la ruta de Beersheba. Ahora, sin embargo, los británicos habían abandonado las posiciones del Canal y se habían adentrado hacia Gaza y Beersheba. Eso había facilitado el aprovisionamiento del ejército turco, al acortar sus líneas. Consecuentemente, los turcos tenían ahora más medios de transporte. Akaba tenía además, ahora, una mayor importancia geográfica que antes, al estar situada tras el flanco derecho británico, con lo que cualquier insignificante fuerza que operara desde allí podía amenazar con eficacia tanto Suez como El Arish.

Los árabes necesitaban Akaba; en primer lugar, para ampliar su frente, que era su principio táctico; y, en segundo lugar, para establecer contacto con los británicos. Si llegaban a tomarlo, el Sinaí se les entregaría de inmediato, estableciendo un hiato positivo entre ellos y las tropas de sir Archibald Murray. Habiéndose así hecho realmente útiles, obtendrían con

seguridad ayuda material. La fragilidad humana del Estado Mayor de Murray era tal que nada salvo el contacto físico surgido de nuestro éxito podría llegar a persuadirlos de nuestra importancia. Murray nos era favorable, pero si llegábamos a convertirnos en su flanco derecho, nos proveería de equipo adecuado sin pedírselo. En consecuencia, para los árabes, Akaba significaba abundancia de provisiones, dinero, armas, y consejeros. Yo quería establecer contacto con las líneas británicas; actuar como ala derecha de los Aliados en la conquista de Palestina y Siria, y afirmar el deseo y la sed de libertad y autogobierno de los pueblos árabes. Desde mi punto de vista, si la rebelión no conseguía alcanzar el principal campo de batalla contra los turcos, tendría que confesar su fracaso, y conformarse con ser una realidad de segunda fila. Yo le había venido predicando a Feisal, desde nuestro primer encuentro, que la libertad se toma, no se recibe.

Tanto Nasir como Auda, afortunadamente, respondieron a mis susurros; y, tras recriminarnos, Nesib nos dejó junto con Zeki, y ambos se dirigieron a la montaña Drusa, donde pensaban desarrollar su actividad preliminar para desencadenar su gran plan contra Damasco. Yo conocía bien su incapacidad para crear; pero ni por un momento podía permitir que un prematuro alzamiento allí pudiera estropear nuestros futuros planes. Así que puse buen cuidado en arrancarles los colmillos antes de su partida, quitándole a Nesib la mayor parte del dinero que Feisal le había encomendado. El muy loco me facilitó las cosas,

sabiendo como sabía que no disponía de bastante para llevar a cabo cuanto quería; y, midiendo la moralidad de Inglaterra por el rasero de su propia mezquindad, vino a mí buscando la promesa de más dinero, si conseguía levantar un movimiento sirio independiente de Feisal, y bajo su propio liderazgo. Tan inverosímil milagro no me daba el menor miedo y, en vez de insultarlo como a una rata, le otorgué prontamente promesa de puntual ayuda, si por el momento entregaba su saldo, con el que poder llegar a Akaba, donde conseguiríamos fondos suficientes para cubrir todas nuestras necesidades. Cedió a mis condiciones de mala gana, y Nasir se mostró encantado de poder disponer de dos inesperadas bolsas de dinero.

Con todo, el optimismo de Nesib produjo efecto en mí; mientras que hasta entonces venía viendo la liberación de Siria como un proceso escalonado, en el que Akaba constituía el primer paso indispensable, empezaba a ver ahora los escalones cada vez más próximos, y tan pronto como Nesib se perdió de vista, decidí hacer una incursión por el norte del país. Pensé que una visita más a Siria podría servir para aclararme aún mejor las ideas que me habían sugerido las Cruzadas y la primera conquista árabe, adaptándolas a los nuevos factores el ferrocarril y la posición de Murray en el Sinaí.

Tan arriesgada aventura cuadraba además con mi lánguido estado de ánimo. Habría sido toda una dicha, esta salida libre como el viento, con la vida tensada al máximo a lo largo de todo mi camino; pero la

conciencia del eje que secretamente hacía chirriar destruía toda mi confianza.

La Rebelión Árabe se había iniciado sobre falsos supuestos. Para ganarse la confianza del jerife nuestro gabinete le había ofrecido, por medio de sir Henry McMahon, apoyar el establecimiento de gobiernos nativos en algunas partes de Siria y Mesopotamia, «dejando a salvo los intereses de nuestra aliada Francia». Esta última y aparentemente modesta cláusula encerraba un tratado (mantenido en secreto, hasta demasiado tarde, para McMahon, y consecuentemente para el jerife) mediante el cual Francia, Inglaterra y Rusia acordaban anexionarse algunas de las áreas prometidas, estableciendo sus respectivas áreas de influencia sobre el resto.

Rumores de este fraude llegaron a oídos árabes, procedentes de Turquía. En Oriente las personas resultan más fiables que las instituciones. De modo que los árabes, tras haber comprobado mi simpatía y mi sinceridad bajo el fuego, me pidieron que, como agente libre, suscribiera las promesas del Gobierno británico. Yo no tenía un conocimiento previo de las promesas de McMahon ni del Tratado Sykes-Picot, que eran de la competencia de los departamentos de guerra del Foreign Office. Pero, como no era un perfecto idiota, podía ver claramente que si ganábamos la guerra, las promesas hechas a los árabes podrían considerarse letra muerta. De haber sido un consejero honrado, hubiera hecho volverse a casa a los árabes que estaban conmigo, no obligándolos a arriesgar sus vidas

por semejante desaguisado. Pero la inspiración del Movimiento Árabe era nuestro principal instrumento para ganar la guerra de Oriente. Así que les aseguré que Inglaterra guardaría su palabra, tanto en su letra como en su espíritu. Fue con esta confianza como realizaron sus mejores acciones, pero yo, por supuesto, en vez de sentirme orgulloso de lo que llevábamos a cabo juntos, me sentía continua y acremente avergonzado.

Una clara visión de mi situación se me manifestó un día cuando el viejo Nuri Shaalan, en su amplia tienda, sacó a relucir una serie de documentos y preguntó cuáles eran las promesas británicas que había que creer. En su disposición de ánimo, ante mi respuesta, estaban el éxito o el fracaso de Feisal. Mi respuesta, pronunciada con cierta agónica sensación de mi intelecto, fue que prestara crédito a las más recientes. Tan insincera respuesta me elevó, en seis meses, a la categoría de principal hombre de confianza. En el Heyaz los jerifes lo eran todo, y yo había apaciguado mi conciencia diciéndole a Feisal cuán falsa era la base sobre la que se movía. En Siria, Inglaterra era poderosa y el jerife poca cosa. Así que yo me convertí en el jefe.

En venganza, decidí hacer de la Rebelión Árabe la maquinaria de su propio éxito, así como el principal apoyo de nuestra campaña egipcia, y prometí conducirla tan brutalmente a la victoria final que los resultados obligaran a las potencias a dar limpia satisfacción a las demandas morales de los árabes.

Esto suponía que yo pudiera sobrevivir a la guerra, para conseguir ganar la ulterior batalla a la cámara del Consejo, inmodestas presunciones que aún están por cumplirse[26]. Con todo, la cuestión del fraude estaba fuera de lugar.

Era claro que no tenía el menor derecho a comprometer a los inadvertidos árabes en una apuesta a vida o muerte. Inevitable y justamente tendríamos que cosechar amargura, un triste fruto del esfuerzo heroico. Así que, para purgar mi falsa posición (¿llegó a mentir alguna vez tanto por sus superiores un simple teniente?), emprendí este largo y peligroso viaje, para ir a visitar a los más importantes amigos secretos de Feisal, y estudiar los lugares clave de nuestras futuras campañas; pero los resultados no eran comparables a los riesgos, como tampoco el hecho y sus motivos eran artísticamente justificables. Me había susurrado a mí mismo: «Voy a probarlo ahora, antes de que empecemos», viendo con claridad que aquélla era mi última oportunidad, ya que después de la conquista de Akaba nunca más volvería a ser ya dueño de mí

---

[26] 1919: pero dos años más tarde, Winston Churchill fue designado por nuestro acosado gabinete para poner orden en Oriente Medio; y en pocas semanas, en su conferencia de El Cairo logró enderezar todo el entuerto, hallando soluciones satisfactorias (en mi opinión) para nuestras promesas literales e implícitas (hasta donde era humanamente posible), sin sacrificar el menor interés de nuestro Imperio ni de los pueblos interesados. Salimos así de la aventura oriental de la época de guerra con las manos limpias, aunque tres años más tarde de la cuenta, como para ganarnos la gratitud que los pueblos, si no los estados, pueden otorgar.

mismo, libre de toda asociación, con la seguridad que da protegerse en la oscuridad de la sombra.

Ante mí se extendía un futuro de responsabilidades y mando, que disgustaba a mi naturaleza reflexiva. Me sentía poca cosa, para poder ocupar el puesto de un hombre de acción; ya que mis patrones valorativos eran una concienzuda reacción contra los suyos, y despreciaba su satisfecha felicidad. Siempre mi alma había aspirado a menos de lo que tenía, dado que mis sentidos, mucho más tardos que los de la mayoría de los hombres, necesitaban la inmediatez del contacto para consumar la percepción; sólo conseguían distinguir tipos, no grados.

Cuando volví era ya dieciséis de junio, y Nasir seguía trabajando en su tienda. Él y Auda llevaban viéndose más tiempo de la cuenta para su mutuo bienestar, y en los últimos días había habido disensiones; pero esto se arregló pronto, y al cabo de un día el viejo jefe estaba tan de nuestro lado como siempre, sin dejar de ser tan amable como difícil. Nos levantábamos siempre que hacía su aparición en la tienda, no debido a su dignidad de jeque, ya que sentados recibíamos a jeques de mucho mayor rango, sino porque era Auda, y ser Auda era algo espléndido. Al anciano esto le encantaba, y por mucho que discutiéramos, todo el mundo sabía que éramos amigos.

Hacía ya cinco semanas que habíamos salido de Weyh; habíamos gastado ya casi todo el dinero que habíamos traído con nosotros, nos habíamos comido

también todas las ovejas de los howeitat y habíamos dejado descansar o sustituido a todos nuestros viejos camellos: ningún obstáculo había para comenzar la acción. La frescura de la aventura que se nos ofrecía nos consolaba de todo; y Auda, tras haber importado más carneros, dio una fiesta de despedida, la mayor de todas, en su inmensa tienda, la víspera de nuestra partida. Cientos de personas estaban presentes, y cinco cargas enteras de la gran fuente de cobre fueron devoradas una tras otra, a tanta velocidad como fueron preparadas y traídas.

El ocaso hizo su aparición, deliciosamente rojo, y tras el festín toda la partida se tumbó en torno al fuego del café, desperezándose bajo las estrellas, mientras Auda y otros nos relataban historias. En un descanso, me di cuenta de que había ido a buscar a Mohammed el Dheilan a su tienda aquella tarde, para agradecerle la camella lechera que me había regalado, y no había dado con él. Auda gritó de alegría, hasta que todo el mundo se lo quedó mirando; y entonces, en medio del silencio que se produjo para que entendieran el chiste, señaló a Mohammed, que sombríamente tomaba asiento junto al mortero de café, y dijo con su atronadora voz:

«¡Ea! ¿Queréis saber por qué Mohammed hace quince días que no duerme en su tienda?» Todo el mundo sonrió con deleite, y las conversaciones cesaron; todos se pusieron cómodos en el suelo, con las barbillas apoyadas en las manos, dispuestos a tomar buena nota de la historia que habían oído al

menos veinte veces. Las mujeres, las tres esposas de Auda, la esposa de Zaal, y algunas de las de Mohammed, que habían estado cocinando, se acercaron, precedidas por sus prominentes barrigas y con el ondulante caminar que tenían de cargar bultos en la cabeza, hasta colocarse junto a la cortina de separación; y allí se quedaron a escuchar como todo el resto, mientras Auda contaba con todo género de detalles que Mohammed había comprado públicamente en el bazar de Weyh una costosa sarta de perlas, y no se la había regalado a ninguna de sus esposas, de modo que todas ellas se hallaban enfrentadas, excepto en su común rechazo hacia él.

La historia era, por supuesto, un puro invento —el humor travieso de Auda se veía realzado por el estímulo de la Rebelión—, y el infortunado Mohammed, que se había ido arrastrando durante toda la quincena, invitado casualmente de tienda en tienda, pidió a Dios piedad, y me puso a mí por testigo de que Auda mentía. Yo me aclaré solemnemente la garganta. Auda pidió a todos silencio, y me pidió que confirmara sus palabras.

Yo empecé con la fórmula introductora de todo cuento formal: «En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo. Éramos seis en Weyh, Auda, Mohammed, Zaal, Gasim el Shimt, Muffadhi y este pobre (yo mismo); y una noche, justo antes del alba, Auda dijo: "Hagamos una razzia por el mercado." Y nosotros dijimos: "En el nombre de Dios." Y allá fuimos; Auda con una túnica blanca y un pañuelo rojo,

y Gasim con sandalias de cuero despiezado; Mohammed con una túnica de seda de "siete reyes" y los pies descalzos; Zaal... he olvidado cómo iba Zaal. Gasim vestía de algodón, y Muffadhi llevaba ropa de seda con franjas azules y un pañuelo bordado. Vuestro servidor iba como ahora.»

Mi pausa no hizo más que aumentar el asombro. Era una fiel parodia del estilo épico de Auda, e imitaba también la ondulación de su mano, su voz rotunda, y la cadencia de tonos altos y bajos con que subrayaba los puntos, o lo que él pensaba que eran puntos, de sus relatos carentes de puntuación. Los howeitat permanecían sentados en mortal silencio, con sus cuerpos vibrantes de gozo dentro de sus sudorosas túnicas, y sin apartar sus ansiosas miradas de Auda; ya que todos reconocían el original, y la parodia era un arte nuevo para ellos y para el propio parodiado. El encargado del café, un shammar refugiado allí como consecuencia de una deuda de sangre, todo un personaje también, se olvidó de echar más ramas de espino al fuego en su impávida escucha del relato.

Les conté cómo habíamos dejado las tiendas, haciendo una lista de las mismas, y cómo habíamos caminado hasta la aldea, describiendo cada camello y caballo que habíamos visto, así como todos los hombres que cruzamos, y las lomas, «mondas de pasto, vive Dios que era estéril aquel país. Y seguimos avanzando, y cuando habíamos avanzado como el tiempo de consumirse un cigarro, oímos algo, y Auda se detuvo y dijo: "Amigos, he oído algo." Y Mohammed,

se detuvo y dijo: "Amigos, he oído algo." Y Zaal: "Por Dios, que tenéis razón." Y nos detuvimos a escuchar, y no había nada, por lo que este pobre servidor dijo: "Por Dios que no oigo nada." Y Mohammed dijo: "Por Dios, que tampoco oigo nada." Y Auda dijo: "Por Dios, que tenéis razón."

»Y seguimos avanzando, y avanzando, y la tierra era estéril, y nada oíamos. Y por nuestra derecha apareció un hombre, un negro, montado en un asno. El asno era gris, con las orejas negras, y una pata negra, y sobre su hombro había una marca como ésta (tracé un garabato en el aire), y su rabo se movía, como también sus patas. Auda lo vio y dijo: "Por Dios, un asno." Y Mohammed dijo: "Por Dios mismo, un asno y un esclavo." Y seguimos avanzando. Y topamos con una loma, no una loma muy alta sino una loma como de aquí a comoquiera-que-llaméis (*lilbiliyeh el hol*) eso de allá, y avanzamos sobre la loma, que estaba pelada. Aquella tierra es estéril, estéril; estéril.

»Y seguimos avanzando, y más allá de comoquiera-que-lo-llaméis había un lo-que-sea tan lejos como de aquí a allí, y a continuación otra loma; y llegamos a aquella loma, y subimos a ella; era estéril, toda la tierra era estéril, y según subíamos por aquella loma, y estábamos ya cerca de su cima, y llegábamos ya a la cima misma de aquella loma, por Dios, por Dios, por el mismo Dios, que el sol se alzó sobre nosotros.»

Con ello terminó la sesión. Todo el mundo había oído veinte veces aquel amanecer, con su inmenso anticlímax; una agonía que culminaba un apilamiento

de frases concatenadas, repetidas sin cesar con anhelante excitación por Auda para sostener durante horas la emoción de una historia de razzias en la que nada ocurría; y el resto banal de la misma lo había exagerado hasta hacerlo semejante a uno de los cuentos de Auda, y con todo, también a la historia de nuestro paseo hasta el mercado de Weyh que muchos de nosotros habíamos dado. La tribu entera se revolcaba de risa por el suelo.

Auda reía el que más, ya que le encantaban las burlas sobre su persona; y la fastuosidad de mi épica le había mostrado su propia maestría en el arte de la acción descriptiva. Abrazó a Mohammed, y confesó la invención de la historia del collar. En agradecimiento, Mohammed invitó a todo el campamento a desayunar con él en su recobrada tienda a la mañana siguiente, una hora antes de partir para nuestra expedición contra Akaba. Tendríamos una suculenta cría de camello cocida en leche agria por sus esposas, ¡famosas cocineras, y un plato legendario!

A continuación fuimos a sentarnos bajo los muros de la mansión de Nuri, y vimos a las mujeres abatir la gran tienda, mayor que la de Auda, con ocho aberturas y veinticuatro postes en total, más amplia, larga y espaciosa que ninguna otra en toda la tribu, y nueva también, como el resto de los bienes de Mohammed. Los abu tayi se hallaban reordenando su campamento, dándole las disposiciones de seguridad que adoptaban cuando sus hombres salían de campaña. Durante toda la tarde no cesaron de llegar tiendas, que iban siendo

plantadas a nuestro alrededor. La oblonga pieza de tela era extendida sobre el suelo; las cuerdas de los extremos, pasadas en los laterales, a través de los agujeros de los postes, eran estiradas y atadas a las clavijas. Entonces era cuando las mujeres introducían los postes ligeros uno por uno, bajo la tela, y la alzaban por medio de ellos, hasta que todo quedaba en su sitio, plantado con una sola mano por una débil mujer, y sin embargo resistente al viento.

Si empezaba a llover, se colocaba una hilera de postes, de modo que la tela de la cubierta presentaba a la lluvia un plano mucho más inclinado, resultando razonablemente impermeable. En verano, las tiendas de los árabes resultaban menos calurosas que nuestras tiendas de lona, ya que el calor del sol no se absorbía en su laxa textura de pelo y lana, que dejaba pasar el aire entre sus tramas.

CAPÍTULO XLIX

Salimos una hora antes del mediodía. Nasir nos dirigía, montando a Ghazala —su camella abombada y de costillas tan sobresalientes como el armazón de un viejo barco; de una envergadura que la hacía sobresalir un buen pie por encima del más grande de nuestros animales, y con todo, perfectamente proporcionada, y con una zancada parecida a la de un avestruz—, una bestia llena de lirismo, la mejor y la más noble de todas las camellas howeitat, madre de nueve recordadas camellas. Auda iba a su lado, y yo les seguía los pasos a tan graves personajes sobre Naama, «la avestruz hembra», una camella de carreras, y mi última adquisición. Detrás de mí cabalgaban mis ageyl, con Mohammed, el torpe. Mohammed iba ahora emparejado con Ahmed, otro campesino, que llevaba seis años viviendo con los howeitat, debido a sus trampas y engaños, un conocido y ambicioso rufián.

Una subida de sesenta pies nos sacó del Sirhan, haciéndonos penetrar en la primera terraza de Ard el Suwan, un país de negro pedernal sembrado sobre margoso lecho de caliza; no muy sólido, pero lo suficientemente duro por el carril que los pies de siglos

de camellos habían desgastado hasta una o dos pulgadas por debajo del nivel del suelo. Nuestra meta era Bair, un histórico grupo de pozos y ruinas ghassanid, en medio del desierto, a treinta o cuarenta millas al este del ferrocarril del Heyaz. Se hallaba situado este lugar a sesenta millas de donde estábamos, y allí debíamos acampar durante unos pocos días, mientras nuestros exploradores nos traían harina de las aldeas montañosas de los alrededores del Mar Muerto. La comida que habíamos traído de Weyh estaba ya casi consumida (exceptuando el arroz precioso que Nasir aún guardaba para las grandes ocasiones), y ciertamente no podíamos predecir la fecha de nuestra llegada a Akaba.

Nuestra partida totalizaba más de quinientos hombres vigorosos; y la visión de esta jovial multitud de duros y confiados norteños, mientras perseguían salvajemente a una gacela sobre la superficie desértica, nos liberó momentáneamente de toda penosa aprehensión sobre el resultado de nuestra empresa. Nos pareció que aquélla era una noche de arroz, y los jefes de los abu tayi fueron invitados a cenar con nosotros. Luego, con las brasas de nuestro fuego de café agradablemente rojas en medio de nosotros, sobre el fondo de aquella fría meseta del norte, nos sentamos sobre nuestras alfombras a charlar discurseadoramente sobre las más peregrinas cosas.

Nasir se recostó, boca arriba, con mis gafas puestas, y empezó a estudiar las estrellas, contando en voz alta un grupo tras otro; gritando de sorpresa cada

vez que descubría pequeñas luminarias no discernidas por su ojo desnudo. Auda nos invitó a hablar de telescopios —de los grandes— y de cómo el hombre en los últimos trescientos años había adelantado tanto a partir de sus primeros ensayos, que ahora construía anteojos tan grandes como tiendas mediante los cuales podía contar millares de estrellas. «Y las estrellas, ¿qué son?» Nos deslizamos a hablar de soles, tamaños y distancias más allá de lo que pueda imaginarse. «¿Qué sucederá ahora con estos conocimientos?», preguntó Mohammed. «Seguiremos adelante, y muchos doctos y algunos hombres inteligentes juntos harán lentes más poderosas que las nuestras, como las nuestras lo son más que las de Galileo; y también cientos de astrónomos distinguirán y contarán aún millares más de estrellas que ahora no vemos, y las ubicarán, dándole a cada una un nombre. Cuando las hayamos descubierto todas ya no habrá noche en el cielo.»

«¿Por qué los occidentales están siempre deseando más y más?», preguntó provocativamente Auda. «Detrás de nuestras pocas estrellas nosotros podemos ver a Dios, que no está detrás de vuestros millones.» «Queremos llegar al fin del mundo, Auda.» «Pero eso es de Dios», se quejó Zaal, medio enojado. Mohammed no quería que se olvidara su tema. «¿Hay hombres en esos mundos más grandes?», preguntó. «Dios sabe.» «¿Y tienen todos Profeta, y cielo e infierno?» Auda le cortó: «Amigos, conocemos nuestras comarcas, nuestros camellos y nuestras mujeres. El exceso y la

gloria son para Dios. Si el colmo de la sabiduría es sumar estrella tras estrella, nuestra locura no tiene fin.» Y entonces empezó a hablar de dinero, y distrajo sus mentes hasta que todos empezaron a murmurar a la vez. Luego, me susurró que debía conseguirle un valioso regalo de Feisal cuando hubiéramos ganado Akaba.

Iniciamos la marcha al alba, y en una hora coronamos la cima del Wagf, el parteaguas, y empezamos a descender por el lado opuesto. La loma era un simple banco de tiza, recubierto de pedernal, de unos doscientos pies de altura. Nos hallábamos ahora en la hondonada abierta entre el Snainirat, por el sur, y por el norte, las tres blancas cimas del Zlaizujwat, un arracimamiento de colinas que relucían blancas como la nieve bajo la luz solar. Pronto penetramos en Wadi Bair, que ascendimos y cruzamos durante horas. Había habido una buena riada durante la primavera, lo que había producido un rico crecimiento de pastos entre los anémicos matorrales. Todo se veía verde y agradable a la vista, y también para los paladares de nuestros hambrientos camellos, tras las largas hostilidades del Sirhan.

En ese momento Auda me dijo que quería adelantarse hasta Bair, y si yo quería ir con él. Avanzamos con prisa, y en dos horas llegamos repentinamente al lugar, que estaba situado bajo un altozano. Auda había apresurado el paso para visitar la tumba de su hijo Annad, que había sido asesinado en una emboscada por cinco de sus primos motalga, en

venganza por Abtan, su adalid, a quien Annad había dado muerte en singular combate. Auda me dijo que les había hecho frente, uno contra cinco, y había muerto como había de morir; pero le había dejado solo al pequeño Mohammed. Me había llevado con él para que pudiera oír su sentido lamento.

No obstante, mientras descendíamos hacia las tumbas, vimos atónitos salir humo de los terrenos situados en torno a los pozos. Cambiamos rápidamente de dirección, y con toda cautela nos acercamos a las ruinas. Parecía no haber nadie allí; pero el espeso montón de estiércol que rodeaba al brocal del pozo se hallaba carbonizado, y el pozo mismo hundido por su boca. El terreno estaba renegrido y desgarrado como si hubiera habido una explosión; y cuando nos asomamos al pozal vimos que su recubrimiento estaba partido y desgajado, y muchos bloques del mismo habían caído al fondo cegándolo casi. Olfateé el aire y el olor era de dinamita.

Auda corrió hasta el siguiente pozo, en el lecho del valle, por debajo de las tumbas; y también aquél tenía el brocal descuartizado y estaba medio cegado con las piedras. «Esto», dijo, «es obra de los yazi». Cruzó el valle hasta el tercer pozo, el Beni Sajr. Era sólo un cráter de cal. Zaal llegó en aquel momento, y adoptó un grave aspecto a la vista del desastre. Exploramos las ruinas del khan, en el que podían verse huellas de la noche anterior de quizás unos cien caballos. Había un cuarto pozo, al norte de las ruinas y en campo abierto, y a él nos dirigimos sin grandes esperanzas,

preguntándonos qué sería de nosotros si todos los pozos de Bair estaban destruidos. Para nuestra alegría estaba indemne.

Era éste un pozo yazi, y su inmunidad dio fuerza a la teoría de Auda. Nos sentimos desconcertados al descubrir tan bien preparados a los turcos, y empezamos a temer que hubieran también hecho una razzia contra El Yefer, al este de Maan, lugar de aprovisionamiento de agua donde pensábamos concentrarnos antes de atacar. Su bloqueo de los pozos allí podía constituir un verdadero obstáculo. Entre tanto, y gracias al cuarto pozo, nuestra situación, aunque incómoda, no era peligrosa. Con todo, las posibilidades de aprovisionamiento de agua eran insuficientes para quinientos camellos; por lo que se hizo imperativo reabrir el menos dañado de los otros pozos, el situado en medio de las ruinas, en torno al cual ardía lentamente la hierba. Auda y yo fuimos hasta él junto con Nasir para echarle una mirada.

Un ageyl vino a traernos una caja vacía de gelignita Nobel, evidentemente el explosivo que los turcos habían empleado. A partir de las marcas dejadas en el suelo, resultaba evidente que varias cargas habían sido detonadas a la vez en torno al brocal y en el interior del pozal. Mirando hacia su interior, hasta que nuestros ojos se acostumbraron a su oscuridad, pudimos ver muchos barrenos abiertos en el pozal a menos de veinte pies de profundidad. Algunos de ellos estaban aún sin estallar, y con los cables colgando.

Evidentemente, había una segunda serie de cargas, que o bien habían sido mal conectadas o les habían colocado espoletas de tiempo demasiado largas. A toda prisa desenrollamos nuestras cuerdas de sacar agua, y las colgamos en el centro del pozo con un grueso palo cruzado, ya que los bordes del pozal estaban tan castigados que el roce de una cuerda hubiera acabado por derribarlos. Vi entonces que las cargas eran pequeñas, de no más de tres libras cada una, y habían sido conectadas con cable telefónico de campaña. Pero algo había salido mal. O bien los turcos habían hecho mal su trabajo o sus exploradores nos habían visto venir antes de darles tiempo de reconectar.

Pronto tuvimos, pues, dos pozos en condiciones, y un beneficio suplementario de treinta libras de gelignita del enemigo. Determinamos quedarnos una semana en aquellos afortunados Bair. Un tercer objetivo —averiguar la situación de los pozos de Yefer— se añadía ahora a nuestras necesidades de comida y de conocer el estado de ánimo de las tribus del territorio entre Maan y Akaba. Enviamos para esto a un hombre a Yefer. Preparamos también una pequeña caravana de camellos cargados con mercancías howeitat y los enviamos a cruzar las líneas hasta Tafileh con tres o cuatro oscuros tribeños, gente de la que no pudiera sospecharse asociación alguna con nosotros. Debían de comprar toda la harina que pudieran y traérnosla en el plazo de cinco o seis días.

En cuanto a las tribus de en torno a la ruta de Akaba, queríamos obtener su ayuda activa contra los turcos para llevar a cabo el plan provisional que habíamos ideado en Weyh. Nuestra idea era avanzar sorpresivamente desde El Yefer, cruzar la línea del ferrocarril y coronar el gran desfiladero —Nagh el Shtar— por el que la ruta descendía de la altiplanicie de Maan a la roja llanura de Guwiera. Para poder penetrar en él teníamos antes que capturar Aba el Lissan, el gran manantial situado en su cabecera, a unas dieciséis millas de Maan; pero la guarnición era pequeña, y esperábamos poder reducirla mediante un golpe de mano. Tendríamos así dominados ambos lados de la ruta, cuyos puestos en menos de una semana se rendirían por hambre, aunque probablemente antes, las tribus de las colinas, al enterarse de nuestro exitoso comienzo, se nos unirían para barrerlos del mapa.

La parte crucial de nuestro plan era el ataque a Aba el Lissan, con el riesgo de que la fuerza situada en Maan tuviera tiempo de hacer una salida, acudir en su auxilio, y desalojarnos de la cabecera del Shtar. Si, como en aquel momento, no pasaban de ser un batallón, difícilmente se atreverían a moverse; y si dejaban que la plaza cayera mientras esperaban refuerzos, Akaba se rendiría a nosotros, disponiendo a partir de entonces de una base junto al mar y el dominio de la ventajosa garganta de Itm entre nosotros y el enemigo. Así que la garantía de nuestro éxito estaba en mantener a la guarnición de Maan

descuidada y débil, sin sospechar de nuestra malevolente presencia en su vecindad.

Nunca nos resultó fácil mantener secretos nuestros movimientos, porque veníamos predicando nuestro ideal a la gente de la región, y los no convencidos podían hacérselo llegar a los turcos. Nuestra larga marcha a través de Wadi Sirhan era conocida por el enemigo, y hasta el civil más ciego podía imaginarse que nuestro único objetivo posible era Akaba. La demolición de Bair (y de Yefer también, pues se había confirmado ya que los siete pozos de esta localidad habían sido destruidos) demostraba que los turcos estaban hasta cierto punto alerta.

Sin embargo, la estupidez del Ejército turco era inconmensurable; lo que nos ayudaba no poco y de continuo, y también nos perjudicaba constantemente, ya que no podíamos evitar despreciarlos por ello (siendo, como son, los árabes una raza de rápida inteligencia, que se sobrevalora por esto), y ser incapaz de valorar al enemigo es algo que acaba perjudicando a cualquier ejército. Por el momento, su estupidez podía sernos de utilidad; y habíamos así emprendido una prolongada campaña de despiste, para llevarlos al convencimiento de que nuestro objetivo se hallaba más bien próximo a Damasco.

Había la posibilidad de presionar sobre aquella región, teniendo en cuenta que el ferrocarril de Damasco, por el norte hasta Deraa y por el sur hasta Amman, era la comunicación, no sólo del Heyaz, sino también de Palestina, y si lo atacábamos podía

causarles doble daño. Así que, durante mi largo viaje por la parte norte del país, fui dejando caer noticias sobre nuestra próxima llegada a Yebel Druse, y me sentía no poco contento de haber dejado que el conocido Nesib se mudara a esa zona, con grandes aspavientos pero escasos recursos. Nuri Shaalan había advertido a los turcos, en nuestro nombre, en ese mismo sentido; y Newcombe, en las cercanías de Weyh, se había esforzado por perder papeles oficiales, entre los que se encontraba un plan (del que nosotros éramos la avanzadilla) para un avance desde Weyh, a través de Yefer y el Sirhan, hasta Tadmor, con vistas a atacar Damasco y Aleppo. Los turcos tomaron dichos documentos muy en serio, y nos hicieron el gran favor de encadenar en Tadmor a una desdichada guarnición que duró allí hasta el final de la guerra.

CAPÍTULO L

Parecía prudente hacer algún esfuerzo concreto en la misma dirección durante la semana que pasamos en Bair, y Auda decidió que Zaal debía ir conmigo al mando de una partida para atacar la línea férrea en las cercanías de Deraa. Zaal escogió ciento diez hombres, uno por uno, e hicimos una marcha rápida, con cabalgadas de seis horas, e intervalos de una o dos horas, día y noche. Fue éste para mí un viaje festivo, por las mismas razones que lo hacían tedioso para los árabes; a saber, que se trataba de una razzia tribal corriente, organizada de forma convencional, según las pautas que generación tras generación habían ido demostrándose eficaces.

En nuestra segunda tarde de marcha alcanzamos la vía férrea un poco por encima de Zerga, la aldea circasiana situada al norte de Ammán. El ardiente sol y la rápida cabalgada habían afectado a nuestros camellos, y Zaal decidió abrevarlos en una ruinosa aldea romana, en cuyas cisternas subterráneas había quedado almacenada agua de las últimas lluvias. Se hallaba a una milla del ferrocarril, y debíamos tener cuidado, porque los circasianos odiaban a los árabes, y

se hubieran mostrado hostiles en caso de descubrirnos. También había en las cercanías un puesto militar de dos tiendas sobre un elevado puente situado vía abajo. Los turcos parecían activos. Luego pudimos enterarnos de que esperaban la visita de inspección de un general.

Tras abrevar a nuestras bestias cabalgamos durante seis millas más, y al poco de caer la tarde torcimos hacia el puente de Dhuleil, que según Zaal era de buen tamaño, y muy apto para demolición. Hombres y camellos se quedaron sobre un altozano situado al este del ferrocarril para cubrirnos la retirada, caso de ocurrir algún imprevisto, mientras Zaal y yo bajábamos hasta el puente para inspeccionarlo. Había turcos doscientas yardas más allá, con muchas tiendas y fuegos encendidos. No lográbamos explicarnos el porqué de tan grande contingente, hasta que llegamos al puente y vimos que lo estaban reparando; la avenida primaveral había echado abajo cuatro de sus arcos, y la línea había sido temporalmente desviada. Uno de los nuevos arcos estaba ya terminado, otro tenía el arco recién tendido, y el armazón de madera estaba ya preparado para un tercero.

No tenía sentido, por tanto, molestarnos en destruir un puente en tal estado, así que nos alejamos de allí silenciosamente (para no alarmar a los obreros), caminando sobre piedras sueltas que se movían bajo nuestros pies descalzos, imponiéndonos cuidado si queríamos evitar el riesgo de resbalar. En cierto momento coloqué mi pie sobre algo que se movía, blando y frío; pisé con fuerza, aún a riesgo de que se

tratara de una serpiente, pero no pasó nada. Las brillantes estrellas arrojaban en torno nuestro una equívoca luz, no una iluminación, sino como una transparencia aérea que alargaba ligeramente la sombra de cada piedra, dando al suelo un tono raramente gris.

Decidimos ir más al norte, hacia Minifir, donde Zaal consideraba que había terreno propicio para volar un tren. Un tren era mejor que un puente, dado que nuestro interés era político, para hacer pensar a los turcos que nuestro cuerpo principal se hallaba en Azrak del Sirhan, a cincuenta millas hacia el este. Llegamos a una plana llanura, atravesada por ocasionales lechos de fino guijo. Por ella avanzábamos tranquilamente cuando oímos un largo retumbar. Paramos las orejas, interrogativamente; y vimos aparecer por el norte un danzante penacho de llamas aplastándose contra el suelo por el impulso de su propia velocidad. Parecía iluminarnos, extendiendo su cortina de humo de ígnea cola sobre nuestras cabezas, pues tan cerca estábamos del ferrocarril; y retrocedimos mientras el tren apresuraba su marcha. De haber advertido su presencia dos minutos antes, habría hecho saltar por los aires la locomotora.

Nuestra marcha, a continuación de esto, prosiguió tranquilamente hasta el amanecer, que nos sorprendió marchando por un estrecho valle. En su cabecera podía verse un brusco giro a la izquierda, en dirección a un anfiteatro rocoso donde la colina ascendía mediante un escalonamiento de quebradas escarpas

hasta una cresta, sobre la que se alzaba un enorme montón de piedras. Zaal dijo que la vía férrea era visible desde allí, y de ser esto cierto era un lugar ideal para emboscadas, puesto que los camellos podían quedarse pastando sin guardianes en una punta de excelente pasto.

Ascendí de inmediato hasta el montón de piedras, ruina de una torre vigía árabe de la época cruzada, desde la que se dominaba la más grácil panorámica de las ricas tierras altas de pastoreo que se extendían al otro lado de la vía; ésta corría al pie de la ladera donde estábamos, trazando una perezosa curva, visible durante unas cinco millas. Debajo, a nuestra izquierda se hallaba la caja cúbica de la «cafetería», una parada de ferrocarril, en torno a la cual unos pocos soldados golfeaban pacíficamente. Nos alternamos para dormir y vigilar durante muchas horas, viendo pasar tan sólo un tren por la dura pendiente. Hicimos planes, en todo este tiempo, para bajar hasta la vía aquella noche, y colocar minas en el sitio que pareciera mas conveniente.

Sin embargo, a media mañana, vimos aproximarse una masa oscura desde el norte. Pensamos al principio que se trataría de una fuerza de hombres a caballo de no más de ciento cincuenta, que avanzaban directamente hacia nuestra colina. Parecía como si hubiéramos sido descubiertos, cosa perfectamente posible, puesto que aquella zona era tierra de pastoreo de las tribus belga, cuyos pastores, al ver nuestro aspecto desastrado, podían muy bien habernos tomado

por enemigos en pie de razzia, y dado la alarma en sus tiendas.

Nuestra posición, admirable de cara al ferrocarril, resultaba ser una trampa mortal, en la que podíamos resultar atrapados por fuerzas superiores, así que bajamos a dar la alarma, montamos y nos deslizamos valle abajo, por donde habíamos venido, cruzando la ladera principal del mismo hasta llegar a una pequeña llanura, donde podíamos llevar a trote a nuestros animales. La atravesamos a toda velocidad en dirección a las bajas lomas que la cerraban por el lado opuesto, y conseguimos colocarnos tras ellas antes de que el enemigo estuviera en posición de poder vernos.

Allí el terreno se adecuaba mejor a nuestra táctica, y allí los esperamos; pero se hallaban como mínimo mal informados, ya que pasaron por delante de nuestro escondite y se enderezaron a toda prisa hacia el sur, dejándonos perplejos. No había árabes entre ellos —todos eran regulares—, así que no podíamos tener miedo de ser rastreados, pero también aquí parecía como si los turcos estuvieran sobre aviso. Era esto algo que coincidía con mis deseos, y me sentía contento por ello, pero Zaal, sobre quien recaía la responsabilidad militar, se hallaba intranquilo. Celebró un consejo con aquellos que conocían mejor el país, y por el momento volvimos a montar, y nos dirigimos hacia otra colina, al norte de la anterior, aunque bastante satisfactoria. Concretamente, parecía estar libre de complicaciones tribales.

Era ésta la Minifir propiamente dicha, una colina de redondeada cima, recubierta de hierba, y con una ladera partida por una garganta, por cuya cara este un ancho carril perfectamente a cubierto desde el norte, el sur y el oeste, nos proporcionaba una segura retirada hacia el desierto. En su parte posterior, la garganta formaba una hondonada en la que el agua se remansaba formando un rico suelo y un pasto suntuoso, pero los camellos sueltos requerían de un constante cuidado ya que con sólo alejarse doscientos pasos se hacían visibles desde la vía, situada a cuatrocientas yardas sólo de la falda occidental de la colina.

Por cada lado las laderas partidas se extendían en forma de estribaciones que la vía tenía que cruzar mediante profundos tajos. La tierra excavada había sido arrojada fuera de la zanja formando un terraplén a través del cual una soberbia alcantarilla dejaba pasar el agua drenada por la zigzagueante garganta hasta el amplio valle transversal situado al otro lado.

Más al norte, la vía formaba una curva, en pendiente, hasta el amplio nivel del Hauran meridional, extenso como un cielo gris, y moteado con pequeñas nubes más oscuras, que eran las muertas ciudades basálticas de la Siria bizantina. Hacia el sur se veía un amontonamiento de piedras desde el que podía divisarse la vía férrea hasta una distancia de seis millas o más.

Las tierras altas que se extendían frente a nosotros hacia el oeste, la región Belga, aparecían sembradas

de negras aldeas de tiendas campesinas, en sus asentamientos de verano. También ellos podían vernos, en nuestra hondonada, por lo que les enviamos aviso de quiénes éramos. A partir de ese momento se mantuvieron callados hasta que nos hubimos ido, y entonces se mostraron fervorosos y elocuentes en demostrar que habíamos huido hacia el este, hacia Azkar. Cuando nuestros mensajeros volvieron tuvimos pan para comer, todo un lujo; la carestía que sufríamos desde Bair había reducido nuestra dieta a grano seco, que por falta de oportunidades para combinarlo los hombres masticaban crudo. La prueba había resultado excesiva para mis dientes, por lo que yo me dedicaba a ayunar.

Zaal y yo colocamos aquella noche en la alcantarilla una gran mina de tipo Garland, mecanismo automático destinado a hacer explotar tres cargas en paralelo mediante una espoleta instantánea; y a continuación nos echamos a dormir, seguros de que oiríamos el ruido si el tren pasaba encima por la noche y la disparaba. Sin embargo, nada de esto ocurrió, y al amanecer desprendí los detonadores que (adicionalmente a la acción percutora) había colocado sobre los metales. Luego, esperamos todo el día, bien alimentados y cómodos, y refrescados por un viento alto que susurraba como el oleaje al soplar sobre la colina espesamente cubierta de hierba.

Durante horas nada ocurrió; al cabo de un tiempo, se produjo una agitación entre los árabes, y Zaal, junto con Hubsi y algunos de los hombres más activos, se

abalanzaron hacia la vía. Oímos dos disparos al pie de la colina, y media hora más tarde volvió a aparecer el grupo, conduciendo a dos desharrapados desertores turcos de la columna montada del día anterior. Uno de ellos había resultado malherido mientras intentaba escapar por la vía; murió aquella tarde, renegando de sí mismo y de su hado. Algo excepcional, ya que al sentir próxima la muerte segura la mayor parte de los hombres palpan la quietud del sepulcro que los aguarda, y van a él no del todo pesarosos. El otro hombre también estaba herido, de un limpio disparo en el pie; pero era muy débil y se desmayó cuando la herida empezó a dolerle con el frío. Su delgado cuerpo estaba tan cubierto de mataduras, muestras del servicio de armas y causas de su deserción, que sólo se atrevía a tenderse boca abajo. Le ofrecimos el último de nuestros panes y agua, e hicimos cuanto estuvo en nuestra mano por él, que fue poco.

Ya bien entrada la tarde hubo un momento de excitación cuando la infantería montada en mulas hizo su reaparición vía arriba, en nuestra dirección. Tenían que pasar por debajo de donde estábamos emboscados, y Zaal y los hombres sentían urgencia por atacarlos por sorpresa. Nosotros éramos cien, ellos poco más de doscientos. Nosotros ocupábamos el terreno alto, desocuparíamos algunas de sus monturas con nuestra primera descarga y luego tendríamos que cargar a camello contra ellos. Los camellos, especialmente ladera abajo, podían arrollar a las mulas con unas pocas zancadas, y su avalancha podía dejar

dando vueltas a los animales más ligeros y a sus jinetes. Zaal me dio su palabra de que no había caballería regular, con la sola excepción de la infantería montada, que pudiera hacer frente a los camellos tribeños en una lucha a la carrera. Debíamos tomar no sólo a los hombres, sino también sus preciosos animales.

Le pregunté cuántas bajas podríamos sufrir. El calculó que unas cinco o seis, y entonces decidí no hacer nada, y dejarlos pasar. Teníamos un único objetivo, la captura de Akaba, y habíamos subido tan arriba sólo para hacer dicha captura más fácil, dando a entender a los turcos la falsa especie de que estábamos en Azrak. Perder cinco o seis hombres en semejante demostración, por provechosa que fuera desde el punto de vista financiero, podía resultar un acto fatuo, si no peor, ya que probablemente necesitáramos hasta el último de nuestros rifles para conquistar Akaba, cuya posesión nos era vital. Tras la caída de Akaba podíamos desperdiciar hombres, si tan insensibles nos volvíamos, pero no antes.

Así se lo dije a Zaal, que no se mostró contento, mientras los furiosos howeitat amenazaban con abalanzarse colina abajo contra los turcos, quisiéramoslo o no. Querían un botín de mulas, y yo particularmente quería evitarlo, ya que eso nos distraería. En general, las tribus solían ir a la guerra para conseguir honor y riqueza. Los tres despojos nobles eran las armas, los animales de monta y las ropas. Si tomábamos aquellas doscientas mulas, los

orgullosos guerreros dejarían de lado Akaba y las conducirían a sus tiendas pasando por Azrak, para presumir delante de las mujeres. En cuanto a los prisioneros, Nasir no se sentiría nada agradecido ante doscientas bocas inútiles que alimentar, así que tendríamos que matarlos, o dejarlos ir, revelando así nuestro número al enemigo.

Nos sentamos y dejamos rechinar nuestros dientes mientras los veíamos pasar, una dura ordalía, de la cual sólo salimos cargados de honra. Zaal fue quien lo consiguió. Mostró su mejor conducta, esperando de mí una tangible gratitud para luego; contento, entre tanto, de poder demostrar su autoridad sobre los beduinos. Estos lo respetaban como delegado de Auda, y como famoso luchador, y en dos o tres motines había mostrado ya un consciente dominio de la situación.

Aquí este dominio tuvo que ejercerse al máximo. Hubsi, primo de Auda, y un joven animoso, mientras los turcos desfilaban descuidadamente a sólo trescientas yardas de las nerviosas puntas de nuestros fusiles, saltó sobre sus pies y echó a correr gritando para atraer su atención, y provocar una batalla; pero Zaal lo alcanzó en diez zancadas, lo derribó y lo golpeó salvajemente una y otra vez, hasta que temimos que los ya diferentes gritos del muchacho pudieran cumplir su inicial propósito.

Fue triste ver que una resonante y agradable pequeña victoria se nos escapaba voluntariamente de las manos, y permanecimos taciturnos hasta que la noche cayó, confirmando nuestra sensación de que no

habría tren. Era ésta nuestra última ocasión, ya que la sed empezaba a hacer mella en nosotros, y a la mañana siguiente los camellos habrían de ser abrevados. Así que, a la caída de la noche, volvimos a la vía, colocamos treinta cargas de gelignita contra los raíles más curvos y los volamos expeditivamente. Escogimos los raíles curvos puesto que los turcos tendrían que traer los nuevos de Damasco, lo que les llevaría tres días; y, entre tanto, su tren de reparaciones pasaría sobre nuestra mina (que habíamos dejado conectada tras el cebo de la voladura) y vería dañada su locomotora. El tráfico cesaría durante tres días, mientras se revisaba la vía en busca de nuevas trampas.

Por el momento, por supuesto, no podíamos anticipar ninguna de estas buenas noticias. Realizamos la voladura, volvimos apenados a nuestros camellos y salimos de allí poco después de la medianoche. Dejamos al prisionero detrás nuestro, sobre la cima de la colina, ya que no podía ni caminar ni montar, y no teníamos transporte para él. Temíamos que pudiera morir de hambre donde lo habíamos dejado; y en verdad ya estaba muy enfermo; así que, sobre un poste de telégrafos tumbado sobre los raíles por la voladura, dejamos una carta en francés y en alemán, dando noticias de dónde se encontraba, y de que lo habíamos capturado herido tras dura lucha.

Esperábamos que esto pudiera librarlo de las penas que los turcos imponían a los desertores flagrantemente cogidos, o de ser fusilados si

sospechaban que pudieran estar confabulados con nosotros; pero, cuando seis meses más tarde volvimos a Minifir, los huesos mondos de los dos cuerpos se hallaban desperdigados sobre el suelo de nuestro antiguo campamento. Siempre sentimos compasión por los hombres del Ejército turco. Los oficiales, voluntarios y profesionales, habían provocado la guerra con su ambición —casi con su existencia— y deseábamos que recibieran su merecido no sólo de forma proporcional, sino también por todo lo que los reclutas habían tenido que sufrir por su culpa.

CAPÍTULO LI

Por la noche perdimos nuestro camino entre los rocosos collados y valles del Dhuleil, aunque seguimos avanzando hasta que amaneció, de modo que hora y media después de la salida del sol, y cuando aún las sombras se proyectaban largamente sobre las verdes hondonadas, conseguimos alcanzar nuestro último abrevadero, Jau, cuyas ruinas resaltaban desde la cima como una costra sobre el fondo de Zerga. Trabajábamos duro en las dos cisternas, abrevando a nuestros camellos para el camino de vuelta hasta Bair, cuando un joven circasiano se dejó ver, conduciendo dos vacas hacia los ricos pastos de las ruinas.

Zaal envió hacia él a dos de sus más enérgicos atacantes del día anterior para demostrar su perfecta forma echándole el guante, y lo trajeron, sin daño, pero tremendamente asustado. Los circasianos, tipos fanfarrones, insoportables valentones cuando las cosas se les ponen bien, cuando se topan con dificultades, se desmoronan, y así este muchacho se hallaba lleno de terror de la cabeza a los pies, hasta ofender nuestro sentido de la dignidad. Lo tuvimos que remojar con agua, hasta que pudo recobrarse, y lo pusimos a pelear

a cuchillo con un joven sherari al que habíamos pillado robando durante la marcha; pero tras el primer rasguño, el prisionero se arrojó al suelo sollozando.

Constituía para nosotros una verdadera molestia, ya que si lo dejábamos ir daría la voz de alarma, y haría venir contra nosotros a los jinetes de su aldea. Si lo dejábamos atado en tan alejado lugar, moriría probablemente de hambre y de sed; y, además, no teníamos cuerda de sobra para este menester. Matarlo parecía algo falto de imaginación, impropio de un centenar de hombres. Finalmente, el muchacho sherari dijo que si le dábamos licencia arreglaría el asunto y lo dejaría vivo.

Le ató las muñecas a su silla y lo arrastró al trote tras él durante una hora de marcha, hasta dejarlo sin resuello. Nos hallábamos aún cerca del ferrocarril, pero a cuatro o cinco millas de Zerga. Allí se le privó de sus ropas presentables, que fueron a parar, como botín de honor, a su poseedor. El sherari lo hizo caer de bruces, lo tomó por los pies, sacó su daga y le hizo unos profundos tajos en las plantas de los pies. El circasiano aulló de pánico como si lo estuvieran matando.

La actuación fue extraña, pero efectiva, y mucho más compasiva que la muerte. Los cortes le harían ir hasta la vía a cuatro patas, un viaje de una hora; y su desnudez lo haría protegerse a la sombra de las rocas, hasta que el sol estuviera bajo. Su gratitud no fue consecuente; pero nosotros nos alejamos, atravesando ondulaciones de terreno muy ricas en pastos. Los camellos, con su cabeza continuamente bajada, para

capturar plantas y hierbas, se movían de forma incómoda para nosotros, encaramados como estábamos sobre la rampa que su cuello inclinado formaba; pero teníamos que dejarlos comer, puesto que hacíamos ochenta millas al día, con altos para tomar un respiro sólo en las entreluces del amanecer y el ocaso.

Poco después del amanecer torcimos hacia el oeste, y desmontamos, a corta distancia de la vía férrea y entre quebradas escarpaduras de caliza, para arrastrarnos con cuidado hasta la estación de Atwi, que se hallaba a nuestros pies. Sus dos casas de piedra (la primera sólo a cien yardas de distancia) se hallaban dispuestas en línea, tapando una a la otra. Los hombres se hallaban cantando dentro de ella sin el menor cuidado. Empezaban el día, y desde la habitación de la guardia se elevaba un rizado y azulado humo, mientras un soldado sacaba un rebaño de jóvenes ovejas para ramonear en el pastizal que había entre la estación y el valle.

Fue este rebaño el que acabó de decidirnos, pues después de tantos días de dieta caballar, a base de grano seco, estábamos ansiosos de carne. Los dientes de los árabes rechinaban mientras iban contando: diez, quince, veinticinco, veintisiete. Zaal se arrojó hacia el lecho del valle, que el ferrocarril cruzaba mediante un puente, y, con un grupo en fila tras de sí, se arrastró hasta ponerse frente a la estación al otro lado del prado.

Desde la loma nosotros cubríamos el patio de la estación. Y vimos a Zaal apoyar su rifle sobre el reborde arenoso, escudando su cabeza con infinitas precauciones tras las hierbas. Apuntó lentamente a los oficiales y funcionarios que sorbían su café en sombreadas sillas, en el exterior del despacho de billetes. Cuando apretó el gatillo, el estampido consiguió apagar el choque de la bala contra la pared de piedra, mientras el tipo más gordo se doblaba lentamente en su silla y caía al suelo bajo la gélida mirada de sus compañeros.

Un instante después, los hombres de Zaal empezaban a disparar fuego graneado, saltaban fuera de la hondonada y se abalanzaban hacia delante; pero la puerta de la casa norte dio un chirrido, y los rifles empezaron a hablar des de detrás de sus contraventanas de acero. Nos replegamos, pero pronto vimos nuestra impotencia, y dejamos de hacer fuego, como también hizo el enemigo. Los sherarat condujeron a las culpables ovejas en dirección este hacia las colinas, donde estaban nuestros camellos; todo el mundo corrió ladera abajo para reunirse con Zaal, que se hallaba ocupado rodeando el más próximo e indefenso de los dos edificios.

Próximo ya el clímax del saqueo, se hizo una pausa y se desató el pánico. Los árabes son unos exploradores tan expertos que sienten el peligro antes de que se aproxime, tomando precauciones los sentidos antes que el intelecto llegue a convencerse. Balanceándose por la vía abajo venía una vagoneta

desde el sur con cuatro hombres, cuyas orejas no habían podido oír aún el tiroteo debido al chirriar de las ruedas. La sección rualla se deslizó debajo de una alcantarilla a trescientas yardas vía arriba, mientras el resto nos apelotonábamos en silencio junto al puente.

La vagoneta pasó incautamente sobre los emboscados, que salieron a la vía por el borde trasero, mientras nosotros atravesábamos solemnemente en fila el prado delantero. Los turcos rebajaron la marcha con terror, saltaron de la vagoneta y echaron a correr hacia los matorrales, pero nuestros rifles sonaron una vez más, y una vez más hubo muertos. La vagoneta vino a traer a nuestros pies su carga de alambre de cobre y herramientas de telégrafos, con los que hicimos «tomas de tierra» para los cables de larga distancia. Zaal pegó fuego a nuestra media estación, cuya estructura de madera empapada en petróleo prendió con fuerza. Las tablas y la ropa colgada se retorcieron convulsivamente al ser lamidas por las llamas. Mientras, los ageyl estaban distribuyendo la gelatina, y pronto pudimos prender nuestras cargas y destruir una alcantarilla, muchos raíles y varios tramos de telégrafos. Con el rugido de la primera explosión nuestros arrodillados camellos se pusieron sobresaltadamente en pie, y a cada nuevo estallido saltaban enloquecidamente sobre tres de sus patas, hasta que consiguieron romper la cuerda que les ataba la cuarta y echaron a correr en desbandada por la llanura. Reunirlos y reunir las ovejas nos tomó tres horas, para lo que los turcos generosamente nos dieron

tregua, o alguno de nosotros hubiera tenido que volver andando a casa.

Pusimos por medio unas cuantas millas de distancia entre nosotros y el ferrocarril, antes de sentarnos a festejar. Andábamos cortos de cuchillos, y, tras matar las ovejas una tras otra, tuvimos que recurrir a esquistos de pedernal para descuartizarlas. Como hombres poco acostumbrados a tales expedientes utilizamos tales herramientas con espíritu prehistórico, y me vino a la cabeza que, de haber una constante escasez de hierro, seríamos capaces de tallar nuestras herramientas con tanta habilidad como los paleolíticos, mientras que, de carecer por completo de cualquier metal, nuestro arte se hubiera prodigado en piedras perfectamente pulimentadas. Nuestros ciento diez hombres se comieron los mejores trozos de las veinticuatro ovejas de una sentada, mientras los camellos ramoneaban en derredor, o devoraban lo que nosotros dejábamos, ya que los mejores camellos de monta están acostumbrados a gustar de la carne asada. Cuando el festín hubo terminado, montamos de nuevo y cabalgamos de noche en dirección Bair, en donde entramos sin ninguna baja, victoriosos, bien alimentados y enriquecidos, al amanecer.

CAPÍTULO LII

Nasir había llevado a cabo un gran trabajo. Había llegado de Tafileh con harina para una semana, lo que nos devolvía la libertad de movimiento. Podíamos muy bien tomar Akaba antes de morirnos de hambre nuevamente. Teníamos buenas noticias de los dhumaniyeh, los darausa, y los dhiabat, tres clanes howeitat de Nagh el Shtar, el primer paso difícil de la ruta Maan-Akaba. Se mostraban dispuestos a ayudarnos, y si atacaban pronto y con fuerza Aba el Lissan, el gran factor sorpresa indudablemente significaría un éxito para su esfuerzo.

Mi esperanzado optimismo me condujo a otra loca cabalgada, que fue por mal camino. Con todo, los turcos no parecieron alarmarse. Mientras mi partida se dirigía hacia allí, un correo rápido llegó de Nuri Shaalan. Traía saludos, y nuevas de Nuri de que los turcos habían llamado a su hijo Nawaf, como guía-rehén, para conducir a cuatrocientos efectivos de caballería de Deraa al Sirhan en nuestra busca. Nuri les había enviado a su sobrino Trad, menos precioso, quien se hallaba guiándolos por rutas desviadas en las que hombres y animales estaban sufriendo la más

terrible sed. Se hallaban en las cercanías de Nebk, nuestro antiguo campamento. El Gobierno turco nos creería aún en Wadi hasta que su caballería estuviera de vuelta. No sentían especial ansiedad por Maan, puesto que los ingenieros que habían volado los pozos de Bair habían pasado informe de que todas las posibles fuentes de aprovisionamiento de agua se hallaban totalmente destruidas, a la vez que los pozos de Yefer habían sido atacados pocos días antes.

Es posible que Yefer quedara fuera de nuestras expectativas; pero tampoco estaba excluido que, también allí, los desgraciados turcos hubieran llevado a cabo un ineficaz trabajo de demolición. Dhaif-Allah, un dirigente de los yazi howeitat, que había ido a Weyh y jurado fidelidad, se hallaba presente en Yefer cuando el Pozo del Rey fue volado con dinamita colocada en su brocal; y nos envió secreto aviso desde Maan, de que había oído entrechocar entre sí las piedras superiores y cerrarse sólo la boca del pozo. Su convicción era que el pozal estaba intacto, y su despejamiento llevaría unas pocas horas de trabajo. Así lo esperábamos nosotros, y salimos de Bair en perfecto orden, el veintiocho de junio, para averiguarlo.

A toda prisa cruzamos la extraña planicie de Yefer. Al día siguiente, hacia el mediodía, nos hallábamos en los pozos. Parecían completamente destruidos; y creció el miedo de que pudiéramos encontrar allí el primer revés de nuestro esquema de operaciones, esquema tan prolijamente elaborado que cualquier revés podía tener consecuencias de largo alcance.

Nos dirigimos, no obstante, al pozo —propiedad de la familia de Auda— del que Dhaif-Allah nos había hablado y empezamos a sondearlo. El piso sonaba hueco bajo nuestras palas, y pedimos voluntarios que fueran capaces de excavar y reconstruir. Algunos ageyl dieron un paso al frente, dirigidos por Mirzugi, un hábil camellero de Nasir. Empezaron a trabajar con las pocas herramientas de que disponíamos. El resto formamos un anillo en torno a la depresión del pozo y los observábamos mientras trabajaban, cantándoles y prometiéndoles recompensas en oro si encontraban el agua.

Era una sofocante tarea, bajo el ardiente resplandor del sol del verano, pues la llanura de Yefer estaba hecha de barro endurecido, plano como la palma de la mano, cegadoramente blanco a causa de la sal, y de veinte millas de ancho, pero el tiempo apretaba, pues si fracasábamos, tendríamos que cabalgar cincuenta millas más hasta el siguiente pozo. Así que llevamos a cabo el trabajo relevándonos a toda velocidad bajo el calor del mediodía, convirtiendo en cavadores a todos los hombres útiles. La excavación se veía facilitada por el hecho de que la explosión que había hecho caer las piedras había removido también el suelo.

Mientras excavaban y echaban fuera la tierra, la boca del pozo iba apareciendo como una torre de piedras sin desbastar en el centro del hoyo. Con todo cuidado empezamos a despejar la ruinosa cima del montón, trabajo difícil, porque las piedras habían quedado encajadas entre sí en su caída; pero éste era

el signo más esperanzador, y nuestros ánimos se elevaron. Antes de la caída del sol los trabajadores gritaron que ya no quedaba tierra, que las separaciones entre las piedras estaban limpias y que habían podido oír el chapoteo, varios pies más abajo, de los fragmentos de barro que caían.

Media hora más tarde se produjo un desprendimiento de piedras en la boca del pozo, seguido de fuertes chapotazos y gritos. Nos acercamos a la boca del pozo, y a la luz de la antorcha de Mirzugi vimos el pozal abierto de par en par, no ya en forma de tubo, sino un hoyo en forma de cuello de botella, de veinte pies de diámetro en el fondo, que estaba negro por el agua y blanco en el medio, donde el ageyl que se hallaba desescombrando cuando el cierre se derrumbó se debatía desesperadamente para no ahogarse. Todo el mundo se rió de él a través del pozal, hasta que Abdulla le arrojó un cabo de cuerda, y con ella lo subimos, muy mojado y enojado, pero en modo alguno lastimado por su caída.

Recompensamos a los cavadores, y los festejamos con un camello debilitado, que se había derrumbado en la marcha de aquel día, y nos dedicamos el resto de la noche a abrevar a nuestras bestias, mientras una cuadrilla de ageyl, formando un gran coro, levantaban sobre el nivel del suelo un brocal de ocho pies de alto, hecho de barro y piedras. Al amanecer la tierra de su alrededor se hallaba totalmente apisonada, y el pozo aparecía tan entero y completo como siempre. Sólo el agua no estaba muy bien. Trabajamos en ella durante

veinticuatro horas sin descanso, y logramos conseguir una calidad cremosa; a pesar de lo cual algunos de nuestros camellos seguían sin mostrarse satisfechos.

Desde Yefer entramos en acción. Se adelantaron algunos jinetes hasta las tiendas de los dhumaniyeh, para dirigir su prometido ataque contra Fuweilah, el fortín que cubría la entrada del desfiladero de Aba el Lissan. Nuestro ataque se planeó para ser llevado a efecto dos días antes de la caravana semanal que, desde Maan, surtía a las guarniciones subsidiarias. El hambre haría más fácil la reducción de estas plazas más alejadas, al hacerles ver cuán inexorablemente se hallaban separados de sus amigos.

Nos asentamos en Yefer entre tanto, esperando tener noticias del resultado del ataque. De su éxito o fracaso dependería la dirección que tomaran nuestras disposiciones siguientes. La parada no resultaba desagradable, ya que nuestra posición tenía su lado cómico. Nos hallábamos a la vista de Maan, en aquellos minutos del día en que el reflejo solar no hacía inútiles los ojos y los gemelos; y nos paseábamos admirando nuestro nuevo brocal con toda tranquilidad porque la guarnición turca creía que no podía haber agua ni en Yefer ni en Bair, y acariciaban la agradable idea de que nos hallábamos desesperadamente enzarzados con su caballería en el Sirhan.

Solía ocultarme bajo los arbustos cercanos al pozo durante horas, protegido del calor, perezosamente tumbado, haciéndome el dormido, con la ancha manga de mi brazo derecho echada sobre mi cara a modo de

mosquitero. Auda se sentaba a mi lado y hablaba como un río, contando sus mejores historias con gran lujo de detalles. Al cabo, yo le reprochaba la actitud con una sonrisa, por hablar tanto y hacer tan poco. Y él se chupeteaba los labios con fruición, pensando en el trabajo por venir.

A la madrugada siguiente, un jinete cansado llegó hasta nuestro campamento con nuevas de que los dhumaniyeh habían disparado contra el puesto de Fuweilah la tarde antes, tan pronto como nuestros hombres habían llegado a ellos. La sorpresa no había sido completa: los turcos cubrieron sus hombres tras los parapetos de piedra y los rechazaron. Los cariacontecidos árabes se habían retirado a cubierto, y los turcos, considerando el ataque una mera refriega tribal, habían hecho una salida a caballo hasta el campamento más próximo.

Un anciano, seis mujeres y siete niños eran sus únicos ocupantes. En su ira por no hallar nada activamente hostil o capaz de hacerles frente, las tropas turcas destruyeron el campamento y degollaron a sus indefensos ocupantes. Los dhumaniyeh, emplazados en la cima de las colinas, no pudieron ver ni oír nada hasta que fue demasiado tarde, pero entonces, en su furia, se abalanzaron a cortarles la retirada a los asesinos, dando cuenta de ellos hasta el último hombre. Para completar su venganza, asaltaron el fuerte para entonces ya mal guarnecido, ocupándolo a la primera embestida, y sin tomar prisioneros.

Nos hallábamos ya ensillados; y en diez minutos habíamos cargado y partíamos hacia Ghadir el Hay, la primera estación ferroviaria al sur de Maan, situada sobre la ruta directa hacia Aba el Lissan. Al mismo tiempo, destacamos una pequeña partida para cruzar la vía por encima de Maan, y crear así una diversión estratégica por aquella parte. Debía sobre todo amenazar los grandes rebaños de camellos enfermos, procedentes del frente de Palestina, que los turcos apacentaban en las planicies de Shobek, hasta quedar de nuevo aptos para el servicio.

Calculábamos que las noticias del desastre de Fuweilah no llegarían a Maan hasta la mañana siguiente, y que no podrían hacer uso de los camellos (suponiendo que nuestra partida enviada al norte no diera con ellos), y enviar una expedición de ayuda, antes de anochecer: y si en aquel momento nos hallábamos atacando la vía a la altura de Ghadir el Hay, probablemente preferirían desviar la ayuda hacia allí, dejándonos avanzar tranquilamente hacia Akaba.

Con esta esperanza cabalgamos sin descanso a través del flotante reflejo del sol hasta el atardecer, momento en que bajamos hasta la vía; y, tras haber desembarazado un buen trecho de ella de guardias y patrullas, empezamos por los muchos puentes de la sección capturada. La pequeña guarnición de Ghadir el Hay hizo una descubierta contra nosotros con el valor de la ignorancia, pero la neblina del calor los cegó, y los rechazamos con diversas bajas.

Tenían a su disposición el hilo telegráfico, y podían dar noticia a Maan, donde además no podían dejar de oír las repetidas explosiones de nuestras voladuras. Nuestro objetivo era hacer que el enemigo viniera a nosotros por la noche; o más bien hacia donde estábamos, sin que hallaran otra cosa que muchos puentes destruidos, pues trabajábamos rápido y provocando grandes daños. Los barrenos de los pilares llevaban de tres a cinco libras de gelatina cada uno. Al prender nuestras minas con espoletas cortas, echábamos abajo los arcos, hacíamos añicos las traviesas y destrozábamos los muros de contención en no más de seis minutos. De este modo arruinamos diez puentes y muchos raíles, dando con ello por terminadas nuestras voladuras.

Una vez caída la noche, y cuando nuestra marcha no podía ser observada, nos dirigimos a cinco millas de distancia de la vía, para ponernos a cubierto. Allí encendimos hogueras y nos cocimos el pan. Nuestra cena, con todo, aún no había terminado de hacerse cuando tres jinetes a caballo hicieron su aparición para informarnos de que una larga columna de tropas de refresco —infantería y artillería— acababa de llegar a Aba el Lissan procedente de Maan. Los dhumaniyeh, desorganizados tras la victoria, habían tenido que abandonar el terreno sin lucha. Se hallaban en Bara esperándonos. Habíamos perdido Aba el Lissan, el fortín, el desfiladero y el control de la ruta hacia Akaba sin disparar un tiro.

Luego supimos que este inesperado e insólito acto de fuerza de parte de los turcos había sido un puro accidente. Un batallón de refresco había llegado a Maan aquella misma mañana. Las nuevas sobre el ataque árabe contra Fuweilah llegaron casi al mismo tiempo; y el batallón, que se hallaba en aquel momento formado con su transporte en el patio de la estación, preparándose para ir a los barracones, fue rápidamente reforzado con una sección de artillería y algunos hombres montados, y se organizó de inmediato como una columna de castigo para ir a rescatar al puesto supuestamente sitiado.

Habían dejado Maan a media mañana y avanzado tranquilamente por la carretera, los hombres empapados en sudor por aquel caluroso país, tan distintos de su nevado Cáucaso, y aplacando su sed en cada manantial. De Aba el Lissan escalaron ladera arriba hasta el viejo fortín, que se hallaba desierto y sobrevolado por los buitres que trazaban silenciosos y siniestros círculos sobre sus muros. El comandante del batallón temió que la vista de semejante espectáculo pudiera desmoralizar a sus tropas, y los hizo retroceder hasta el manantial situado al pie de la carretera, en Aba el Lissan, con su estrecho y serpenteante valle, donde acamparon durante toda la noche pacíficamente instalados en torno al agua.

CAPÍTULO LIII

Semejantes noticias nos pusieron rápidamente en movimiento. Echamos nuestro equipaje encima de los camellos al instante y partimos hacia las ondulantes llanuras de ese extremo de la altiplanicie siria. Nuestro pan recién hecho se hallaba en nuestras manos, y, mientras lo comíamos, se nos mezclaba con él el gusto del polvo de nuestra marcha forzada al cruzar las partes bajas del valle, y un cierto dejo del agudo olor del ajenjo que poblaba las laderas. En medio del irrespirable aire de aquellas noches en las colinas, tras los largos días del verano, todo asaltaba agudamente los sentidos, y, al marchar formando una gran columna, los camellos delanteros pateaban las ramas de los matorrales, cargadas de polvo, y sus aromatizadas partículas ascendían por el aire y formaban suspendidas en él una duradera niebla, que llenaba de fragancia el paso de los que venían detrás.

Las laderas del valle olían a limpio por el ajenjo, y el fondo del mismo resultaba opresivo debido a la riqueza de aromas de su mucho más lujuriante vegetación. Nuestra marcha nocturna parecía discurrir por un jardín, y toda aquella variedad de aromas parecía

formar parte de la invisible belleza de sucesivos parterres. También los ruidos eran claros y tajantes. Auda rompió a cantar, allá lejos, en la cabeza de la caravana, y los hombres se le unían de tanto en tanto, con la grandeza y la valentía de un ejército que avanza en orden de batalla.

Cabalgamos toda la noche, y al llegar el alba desmontamos en la cresta de las colinas situadas entre Batra y Aba el Lissan, teniendo ante nosotros por el oeste una maravillosa vista sobre la llanura verde y oro de Guweira, y más allá las rojizas montañas que nos ocultaban Akaba y el mar. Gasim abu Dumeik, cabecilla de los dhumaniyeh, nos esperaba ansioso, rodeado de sus endurecidos tribeños, cuyas caras teñidas de gris aparecían aún moteadas de la sangre del día anterior. Hubo un sentido saludo para Auda y Nasir. Hicimos planes apresurados, y nos dispersamos para poner manos a la obra, sabiendo que no podíamos avanzar hacia Akaba con el batallón turco en posesión del desfiladero. A menos que lográsemos desalojarlos de allí, nuestros dos meses de azares y esfuerzos fracasarían antes de haber obtenido sus primeros frutos.

Afortunadamente, la pobre actuación del enemigo nos dio una ventaja inmerecida. Dormían en el valle, mientras nosotros coronábamos tranquilamente, y sin que se apercibieran, las colinas que los rodeaban. Empezamos a disparar sobre ellos en sus posiciones al pie de las colinas, esperando provocarlos para que cargaran contra nosotros ladera arriba. Entre tanto,

Zaal se dirigía con nuestros hombres de a caballo a cortar en la llanura el telégrafo y el teléfono que comunicaban con Maan.

Así transcurrió todo el día. Hacía un tiempo terriblemente caluroso —el más caluroso que hasta entonces hubiera padecido en Arabia— y la ansiedad y el continuo movimiento nos lo hacían aún más duro. Incluso algunos de los más curtidos tribeños llegaron a desmayarse bajo el cruel castigo del sol, y tuvieron que arrastrarse o ser llevados a la sombra de las rocas para recobrarse. Corríamos arriba y abajo para suplir nuestro escaso número con la movilidad, buscando siempre sobre la extensa cumbre de la colina nuevos lugares desde donde contrarrestar los esfuerzos turcos. Las laderas eran escalonadas, y nos dejaban sin resuello, y las hierbas se enroscaban en nuestros pies como pequeñas manos al correr, obstaculizándonos. Los cortantes escollos de caliza que formaban las laderas nos desgarraban los pies, y bastante antes del atardecer los hombres más enérgicos iban dejando sobre el suelo a cada zancada una huella sangrienta.

Nuestros rifles se recalentaban de tal modo por efecto del sol y de los disparos que nos abrasaban las manos; y teníamos que economizar avaramente nuestros tiros, meditando bien cada disparo y tomándonos grandes molestias para dar en el blanco. Las rocas sobre las que teníamos que apoyarnos para tirar estaban ardiendo, hasta el punto de socarrarnos pecho y brazos, de los que posteriormente la piel llegaba a desprenderse en grandes tiras. Semejante

situación nos hacía morir de sed. Pero hasta el agua teníamos escasa; no habíamos podido permitirnos coger suficiente en Batra, y si no podían beber todos, era mejor que ninguno lo hiciera.

Nos consolamos pensando que el cerrado valle donde estaban nuestros enemigos debía de ser aún más abrasador que nuestra aireada colina, y también con la idea de que eran turcos, hombres de blancas carnes, poco aptos para un clima cálido. Así que apretamos sobre ellos, y no les dejábamos moverse, ni agruparse, ni salir contra nosotros sin grandes costos. Ellos, en cambio, nada útil podían hacer contra nosotros. No presentábamos blancos para sus rifles, puesto que nos movíamos con gran rapidez, y fuera de su radio. También éramos capaces de reírnos de las pequeñas baterías de montaña que disparaban contra nosotros. Las balas pasaban sobre nuestras cabezas para estallar en el aire a nuestras espaldas; y, sin embargo, para ellos, desde el hundido lugar donde se hallaban, parecían acertar en medio nuestro, sobre la hostil cima de la colina.

Poco después del mediodía, sufrí una insolación, o así lo fingí, ya que estaba mortalmente cansado, y ya no me importaba nada de lo que estaba ocurriendo. Me arrastré hasta un agujero donde había un chorrito de barrosa agua que iba a dar a una arcillosa charca de las colinas, para sorber un poco de humedad de entre su suciedad, a través del filtro de mi manga. Nasir vino a juntárseme, gesticulando como un animal cercado, con los labios cortados y sangrantes dados de sí por la

fatiga; también el viejo Auda hizo su aparición, dando poderosas zancadas, con los ojos inyectados en sangre y fijos, y su nudosa cara cargada de excitación.

Sonrió con malicia cuando nos vio allí tumbados, alejados de la lucha para hallar un poco de frescor, y me gruñó con reproche: «¡Y bien! ¿Cómo van las cosas con los howeitat? ¿Mucho hablar y poco dar el callo?» «Por Dios que sí», le respondí airado, porque me hallaba enojado con todo el mundo y conmigo mismo el primero, «disparan mucho y aciertan poco». Auda, casi pálido de rabia, y temblando, se arrancó su pañuelo y lo arrojó al suelo cerca de mí. Luego, echó a correr colina arriba como un loco, gritándoles a los hombres con su tremenda y desgarrada voz.

Se reunieron todos en torno suyo, y al poco se dispersaban colina abajo. Temí que las cosas pudieran ir mal y me abrí paso hasta donde se hallaba en pie solo, sobre la colina, mirando fijamente al enemigo; pero todo lo que me dijo fue: «Coge tu camello si quieres ver el trabajo del viejo.» Nasir llamó a su camello y ambos montamos.

Los árabes pasaron delante de nosotros y se dirigieron a un lugar más bajo, rematado por una cresta de poca altura; y sabíamos que la colina situada al otro lado tenía una ladera poco empinada que iba a dar al valle de Aba el Lissan, un poco por debajo del manantial. Los cuatrocientos hombres de a camello se hallaban estrechamente arracimados, fuera de la vista del enemigo. Cabalgamos hasta su cabeza, y

preguntamos al shimt qué ocurría y adónde habían ido los hombres de a caballo.

Señaló una loma del valle situado por encima de nosotros, y dijo: «Con Auda allí.» Y mientras hablaba, gritos y tiros empezaron a oírse en súbita torrentera desde el otro lado de la cresta. Espoleamos furiosamente nuestros camellos hasta el borde, para ver a nuestros cincuenta jinetes descendiendo la última colina hasta el valle principal como una avalancha, a todo galope, disparando desde sus monturas. Mientras mirábamos, dos o tres de ellos cayeron al suelo, pero el resto avanzaba atronadoramente a maravillosa velocidad, y la infantería turca, amontonada bajo el acantilado dispuesta a cortar su desesperada avalancha hacia Maan, con las primeras luces del ocaso empezó a tambalearse, hasta salir finalmente de estampida, sumando su huida a la carga de Auda.

Nasir me chilló: «Vamos», con su boca ensangrentada; y ambos echamos a correr enloquecidamente nuestros camellos sobre la colina, y luego ladera abajo hacia la cabeza de la desbandada enemiga. La pendiente no era demasiado escalonada para el galope de un camello, pero sí lo suficiente como para hacer su paso terrorífico, y su carrera incontrolable, a pesar de lo cual los árabes eran capaces de moverse a izquierda y derecha para disparar sobre la masa turca. Los turcos estaban demasiado atenazados por el terror de la furiosa carga de Auda sobre su retaguardia para darse cuenta de que veníamos sobre ellos desde la ladera este, así que

también nosotros los pillamos de sorpresa por el flanco; y una carga de camellos desatados a casi treinta millas por hora es algo irresistible.

Mi camella, la corredora sherari Naama, se lanzó hacia delante, y echó a correr colina abajo con tal fuerza que pronto dejamos atrás a todos los otros. Los turcos dispararon unos pocos tiros, pero principalmente se dedicaban a chillar y a correr sin mirar atrás, las balas que nos disparaban no hacían mucho daño, ya que costaba mucho convertir en un montón sin vida a un camello a la carga.

Me había entremezclado entre los primeros de ellos, y me hallaba disparando, con pistola por supuesto, ya que sólo un experto podría emplear un rifle desde tan encabritadas bestias, cuando de repente mi camella tropezó y cayó redonda sobre su morro, como fulminada por un rayo. Yo salí despedido de la silla, volé por los aires un buen trecho y aterricé con un choque que pareció quitarme toda la fuerza y todo el sentido. Allí me quedé tumbado, esperando pasivamente que los turcos vinieran a matarme, sin dejar de recitar los versos de un semiolvidado poema, cuyo ritmo habían traído acaso a mi memoria las largas zancadas del camello, mientras saltábamos colina abajo:

Pues siendo libre de elegir todas tus flores, Señor,
elegí las tristes rosas del mundo
Por eso mis pies se hallan desgarrados, y mis ojos
cegados de sudor.

Mientras otra parte de mi mente imaginaba la sanguinolenta masa que sería cuando toda aquella catarata de hombres y animales hubieran pasado sobre mí.

Después de un largo rato, concluí de recitar mi poema, y ningún turco se acercó, ni pasó camello alguno sobre mí; parecían haberme quitado un tapón de los oídos: oía un gran ruido ante mí. Me enderecé y contemplé la batalla, y a nuestros hombres marchando en grupo y degollando los últimos restos del enemigo. El cadáver de mi camella se hallaba tendido a mis espaldas como una roca, dividiendo la carga en dos riadas, y en la parte trasera de su cráneo podía verse alojada la pesada bala de mi quinto disparo.

Mohammed se acercó a traerme a Obeyd, mi camello de reserva, y Nasir, conduciendo al comandante turco, a quien había rescatado, herido, de las iras de Mohammed el Dheilan. El muy estúpido había rehusado rendirse, y estaba tratando de reparar el desastre por su cuenta con una pistola de bolsillo. Los howeitat actuaban con tremenda fiereza, ya que la matanza de sus mujeres el día anterior les había revelado de repente un nuevo y horrible aspecto de la guerra. Así que sólo se hicieron ciento sesenta prisioneros, muchos de ellos heridos; y trescientos muertos y agonizantes se hallaban desperdigados por los valles.

Unos pocos enemigos lograron escapar, los artilleros con sus pertrechos y algunos hombres y

oficiales de a caballo con sus guías yazi. Mohammed el Dheilan los persiguió durante tres millas hasta Mreigja, aullando insultos mientras cabalgaba, para que supieran quién era y se mantuvieron alejados de su camino. La deuda de sangre entre Auda y sus primos nunca había afectado a Mohammed, el político, que se mostraba amistoso con todos los hombres de su tribu, aunque fuera el único en hacerlo. Entre los fugitivos se hallaba Dhaif-Allah, que nos había hecho la buena jugada del Pozo del Rey en Yefer.

Auda se acercó balanceándose a pie, con los ojos aún vidriosos por el rapto de la batalla, y las palabras barbotándole con incoherente rapidez en la boca. «Trabajo, trabajo, donde hay palabras, trabajo, balas, Abu Tayi...» Y sostenía en alto sus destrozados gemelos de campaña, su agujereada pistolera y la vaina de cuero de su espada hecha trizas. Había sido el blanco de una bala que había matado a su yegua bajo él, pero seis balas que atravesaban su ropa lo habían dejado indemne.

Más tarde me contó, bajo estricto secreto, que trece años antes había comprado por ciento veinte libras un Corán con virtudes de amuleto, y desde entonces nunca había sido herido. En verdad, la muerte le había respetado, matando en cambio ruinmente a hermanos, hijos y seguidores. El libro que formaba el amuleto era una edición de Glasgow que costaba dieciocho peniques; pero el aura de muerte que rodeaba a Auda no permitía hacer bromas sobre su superstición.

Se mostraba salvajemente satisfecho de la lucha, sobre todo porque había logrado confundirme y mostrarme lo que su tribu era capaz de hacer. Mohammed se revolvía contra nosotros tratándonos de locos, y diciéndome a mí que era peor que Auda, porque lo había insultado con palabras semejantes a pedradas para provocar la locura que a punto había estado de matarnos a todos, por más que sólo dos de los nuestros hubieran resultado muertos, un rueili y un sherari.

Era por supuesto una pena perder a cualquiera de nuestros hombres, pero el tiempo tenía gran importancia para nosotros, y tan imperativa era la necesidad de dominar Maan, para mover a las pequeñas guarniciones turcas situadas entre nosotros y el mar a rendirse, que de buena gana hubiera perdido para conseguirlo más de dos hombres. En ocasiones como ésta, la muerte se justifica por sí misma y es barata.

Interrogué a los prisioneros sobre ellos mismos y sobre las tropas acantonadas en Maan; pero la crisis de nervios había sido demasiado dura para ellos.

Unos se quedaban boquiabiertos y otros hablaban más de la cuenta, mientras que otros, con desvalidos sollozos, se abrazaban a mis rodillas, respondiendo ante cada palabra que les dirigíamos que eran musulmanes y hermanos en la fe.

Terminé por enfadarme y tomando aparte a uno de ellos, le castigué con dureza y conseguí con el dolor que medio entendiera y respondiese para satisfacción

nuestra que su batallón era el único refuerzo, y era sólo un batallón de la reserva; las dos compañías atrincheradas en Maan no bastaban para defender todo su perímetro.

Esto significaba que podíamos tomarla con facilidad, y los howeitat empezaron clamar por ser conducidos hasta allá, deslumbrados por el sueño de un ilimitado botín, por más que lo aquí conseguido fuera ya una rica recompensa. No obstante, Nasir, y ulteriormente Auda, me ayudaron a apaciguarlos. Carecíamos de apoyos, de tropas regulares, de artillería, no teníamos ninguna base más cercana que Weyh, ni comunicaciones, ni dinero siquiera, ya que nuestro oro se había acabado y estábamos emitiendo billetes propios, con promesas de pago «cuando Akaba haya sido tomada», para nuestros gastos diarios. Por lo demás, no debíamos cambiar el esquema estratégico para conseguir tan sólo un éxito táctico. Debíamos llegar hasta la costa, y reabrir el contacto marítimo con Suez.

Con todo, no estaba de más hacer cundir la alarma en Maan, así que enviamos hombres montados sobre Mreigha y la tomamos; y sobre Waheida, que también tomamos.

La noticia de este avance, y la pérdida de los camellos de la ruta de Shobek, así como la voladura de El Hay, y la masacre de su batallón de refresco, llegaron a un tiempo a Maan, produciendo el consiguiente pánico. El cuartel general telegrafió pidiendo ayuda, las autoridades civiles cargaron en

camiones sus archivos y enfilaron, a toda prisa, en dirección a Damasco.

CAPÍTULO LIV

Entre tanto, nuestros árabes habían saqueado las pertenencias turcas y su campamento; y poco después de aparecer la luna Auda vino hasta nosotros y nos dijo que debíamos marcharnos. Esto nos enojó a Nasir y a mí. Aquella noche soplaba un húmedo viento del oeste, y en Alba el Lissan, a cuatrocientos pies de altura, tras el calor y la ardorosa pasión sufridas durante el día, aquel aire cargado de humedad azotaba agudamente nuestras heridas y escoceduras. El propio manantial era un hilillo de agua plateada sobre un lecho de pedruscos, que atravesaba el herbazal, verde y suave, sobre el que yacíamos, arropados en nuestras capas, mientras nos preguntábamos si merecía la pena preparar algo de comer; sufríamos el síndrome vergonzoso del éxito, una reacción frente a la victoria, en la que parecía que no valía la pena hacer nada y que nada que valiera la pena se había hecho.

Auda insistió. En parte, se trataba de pura superstición, temía a los recién muertos que nos rodeaban; en parte, temor a que los turcos pudieran volver con ánimo de revancha; y en parte también, que otros clanes de los howeitat pudieran cogernos por

sorpresa, mientras nos hallábamos allí tumbados, maltrechos y dormidos. Algunos eran enemigos de sangre suyos, otros podían ser amigos que vinieran a unirse a nuestra lucha y que, en medio de la oscuridad, pensando que éramos turcos, pudieran empezar a disparar a ciegas. Así que nos levantamos y apuramos a los pesarosos prisioneros a ponerse en fila.

La mayor parte de ellos tenía que ir a pie. Unos veinte camellos habían muerto, o se hallaban moribundos a causa de las heridas que habían recibido durante la carga, y otros estaban excesivamente debilitados para poder llevar doble carga. Los restantes fueron cargados con un árabe y un turco, pero algunos de los turcos heridos estaban demasiado maltrechos para poder sostenerse en la grupa. Al final tuvimos que dejar a unos veinte de ellos sobre la espesa hierba que rodeaba el riachuelo, donde al menos no morirían de sed, aunque tuvieran pocas esperanzas de vida o de rescate.

Nasir mismo se dedicó a pedir mantas para estos hombres postrados, que se hallaban semidesnudos; y, mientras los árabes hacían los preparativos, bajé hasta el valle donde había tenido lugar la batalla, para ver si los muertos tenían alguna ropa sobrante. Pero los beduinos se me habían adelantado, y los habían dejado totalmente en cueros. De tal cosa hacían punto de honor.

Para un árabe, es parte esencial de su victoria llevar las ropas de su enemigo; al día siguiente vimos a nuestra columna transformada (al menos de cintura

para arriba) en una fuerza turca, cada hombre con una guerrera de soldado, ya que se trataba de un batallón directamente llegado de la metrópoli, y muy bien vestido y equipado con nuevos uniformes.

Los hombres muertos parecían maravillosamente hermosos. La noche relucía con un suave brillo, dándoles un suave tono marfileño. Los turcos tenían la piel blanca en sus partes cubiertas, mucho más blanca que los árabes; y aquellos soldados habían sido gente muy joven. En torno a ellos resaltaban las oscuras matas de ajenjo, ahora espesamente cargadas de rocío, y sobre cuyas hojas reflectaban los rayos lunares como gotas de agua de mar. Los cadáveres parecían penosamente amontonados sobre el suelo, apilados de cualquier manera en pequeños montones. Si los alineaba al menos estarían más cómodos. Así que fui poniéndolos en orden, uno a uno, muy hastiado de mí mismo, y añorando ser uno de ellos, y no de aquella inquieta, ruidosa y molesta muchedumbre del valle, que se disputaba entre sí el botín, jactándose de su rapidez y fortaleza para aguantar Dios sabe cuántos trabajos y afanes de este tipo, y con la muerte, ganáramos o perdiéramos, esperándonos de todos modos al fin de la aventura.

Al fin nuestro pequeño ejército estuvo listo, y enfiló lentamente hacia lo alto, para después penetrar en una hondonada resguardada de los vientos; y allí, mientras los hombres cansados dormían, dictamos cartas para los jeques de los howeitat costeños, hablándoles de la victoria, y diciéndoles que podían apoderarse de los

turcos que estuvieran más próximos, y retenerlos hasta que llegáramos nosotros. Nos habíamos mostrado amables con uno de los oficiales capturados, un policía despreciado por sus colegas regulares, y lo persuadimos de que nos sirviera como escriba turco para los comandantes de Guweira, Kezera y Hadra, los tres puestos situados en el camino de Akaba, diciéndoles que si nuestra sangre no se incendiaba tomaríamos prisioneros, y que una pronta rendición aseguraría su buen trato y su entrega sanos y salvos en Egipto.

En esto pasamos la noche hasta el amanecer, momento en que Auda volvió a ponernos en marcha, y nos condujo durante la última milla de suave valle recubierto de brezales entre las colinas redondeadas. El paisaje siguió siendo íntimo y hogareño hasta llegar al último remonte; y allí, de repente, nos dimos cuenta de que era el último, y más allá no había sino aire puro. El hermoso cambio me llenó esta vez de asombro; y posteriormente, por muchas veces que pasara por allí, siempre se manifestaba en el intelecto cierta ansia, un deseo de empujar hacia allí al camello y enderezarse de nuevo para contemplar los espacios abiertos desde la cresta.

Las faldas del Shatar se extendían ante nosotros por cientos y cientos de pies, en curvas semejantes a bastiones, contra las que rompían las nubes mañaneras del verano, y a sus pies se abrían los nuevos espacios de la planicie de Guweira. Los redondeados antepechos calizos de Aba el Lissan se

hallaban recubiertos de manto vegetal y brezo, eran verdes y bien regados. Guweira, en cambio, era un mapa de arena rosada, recortado por los lechos de las torrenteras, recubiertos de matorrales, y rodeándolo todo, una serie de islas torreadas y acantilados de reluciente arenisca, tallados por el viento y lavados por la lluvia, celestialmente teñidos por el sol matutino.

Tras días de viajar por la llanura, prisioneros de los estrechos valles, toparse con esta orilla de libertad resultaba una visión gratificadora, semejante a una ventana en la pared de la vida. Descendimos a pie en zigzag por el desfiladero de Shtar, para mejor apreciar su excelencia, ya que sobre nuestros camellos el sueño nos mecía en exceso para poder ver nada. Al llegar abajo, nuestros animales vieron una mata de espino que dio gusto a sus quijadas; hicimos alto y nos tumbamos sobre la arena suave como un colchón, e inmediatamente nos pusimos a dormir.

Auda se acercó a nosotros. Adujimos que era por miramiento hacia nuestros quebrados prisioneros. El replicó que ellos serían los únicos en morir si seguíamos avanzando, pero que si nos parábamos, moriríamos todos, ya que en verdad había poca agua y ningún alimento en absoluto. Nada podíamos hacer, sin embargo, y paramos aquella noche cerca de Guweira, después de quince millas de jornada. En Guweira se hallaba acampado el jeque ibn Yad, sopesando la posibilidad de ponerse del lado más fuerte; y aquel día nosotros éramos los más fuertes, y el viejo zorro fue nuestro. Nos recibió con melifluos discursos. Los ciento

veinte turcos de la guarnición eran sus prisioneros; acordamos que él los llevaría a su paso y sin prisas hasta Akaba.

Era el día cuatro de julio. El tiempo se nos echaba encima, pues estábamos hambrientos, y Akaba se hallaba aún lejos y detrás de dos bastiones. El puesto más cercano, Kezira, tercamente se negó a parlamentar con nosotros. Sus acantilados dominaban el valle, una fortaleza que costaría trabajo tomar. Asignamos tal honor, por ironía, a ibn Yad y sus hombres, todavía frescos, aconsejándole que lo intentara después de anochecer. Se amilanó, puso dificultades, adujo la luna llena; pero cortamos por lo sano sus excusas, prometiéndole que aquella noche, durante un tiempo, no habría luna llena. Según mi almanaque aquel día habría un eclipse. Éste se presentó a su debido tiempo, y los árabes asaltaron el puesto sin bajas, mientras los supersticiosos soldados turcos disparaban sus rifles y hacían sonar sus recipientes de cobre para rescatar al amenazado satélite.

Más tranquilos, atravesamos la llanura semejante a una playa. Niazi Bey, el comandante del batallón turco, era huésped de Nasir, para evitarle la humillación del desprecio beduino. Marchaba a mi lado, y sus hinchados párpados junto con su larga nariz revelaban su carácter malhumorado, y empezó a quejárseme de que un árabe lo había insultado con una gruesa palabra turca. Me disculpé en su nombre, y señalé que tal vez debía haberla aprendido de uno de sus colegas turcos.

El árabe no hacía más que devolver al César lo que era del César.

Pero el César, no satisfecho, sacó de su bolsillo un acartonado trozo de pan, y preguntó si era aquello desayuno para un oficial turco. Mis angelicales gemelos, mientras forrajeábamos en Guweira, habían comprado, encontrado o robado una hogaza de la ración de un soldado turco, y la habíamos partido. Yo le respondí que no sólo era el desayuno, sino también la comida y la cena, y tal vez las comidas del día siguiente también. Yo, un oficial de estado mayor del Ejército británico (no menos bien alimentados que sus equivalentes turcos), me había comido una porción semejante con el apetito que abre la victoria. Era la derrota, no el pan, lo que se le estaba atragantando, y le rogué que no me culpara por el resultado de una batalla impuesta a ambos por el honor.

Las angosturas de Wadi Itm iban convirtiéndose en sinuosidades cada vez mas intrincadas, según íbamos penetrando más y más en él. Después de Kezira, los puestos turcos que íbamos encontrando aparecían todos vacíos. Sus hombres habían sido replegados hacia Jadra, la bien atrincherada posición (situada sobre la boca de Wadi Itm) que cubría Akaba contra posibles desembarcos. Desgraciadamente para ellos, los turcos nunca habían imaginado un ataque desde el interior, y de todas sus grandes obras de defensa no tenían una sola trinchera que los defendiera por tierra. Nuestro avance desde una dirección tan inesperada los llenó de pánico.

Por la tarde habíamos entrado ya en contacto con su posición principal y sabido por los árabes locales que los puestos subsidiarios de los alrededores de Akaba habían sido replegados hacia las defensas principales o reducidos, de modo que sólo trescientos hombres nos obstaculizaban el avance hacia el mar. Desmontamos para celebrar un consejo, y nos enteramos de que el enemigo resistía con firmeza, en trincheras a prueba de bombardeo y aprovisionados de agua mediante un nuevo pozo artesiano. Sólo se rumoreaba que andaban escasos de alimentos.

No estábamos mejor nosotros. Se trataba de un callejón sin salida. Nuestro consejo sopesó todas las vías posibles. Iban y venían los argumentos entre los prudentes y los más audaces. Los ánimos estaban bajos y los cuerpos faltos de descanso en el fondo de aquella garganta cuyos incandescentes picos de granito irradian los rayos solares en una miríada de reverberos luminosos, y en las profundidades de cuyo tortuoso lecho no corría la menor ráfaga de viento que viniera a aliviar la lenta saturación calurosa del aire.

Nuestro número había aumentado al doble. Y tan espesamente se apelotonaban los hombres en tan estrecho espacio, y presionaban en torno nuestro, que tuvimos que interrumpir el consejo dos o tres veces, en parte porque no era bueno que escucharan nuestros tira y afloja, y en parte porque en tan sofocante confinamiento nuestros cuerpos sin lavar atufaban. En nuestras cabezas las pesadas pulsaciones resonaban como relojes.

Enviamos intimaciones a los turcos, primeramente con bandera blanca, y luego mediante prisioneros turcos, pero disparaban sobre ambos, lo que inflamó a nuestros beduinos, de modo que mientras aún nos hallábamos deliberando, una repentina oleada de ellos irrumpió sobre las rocas y envió sobre el enemigo una rociada de balas a modo de saludo. Nasir corrió hacia ellos descalzo, para detenerlos, pero después de dar diez pasos sobre el suelo abrasador, reclamó con un cuchillo sus sandalias, mientras yo me acurrucaba en mi átomo de sombra, demasiado cansado de aquellos hombres (cuyas mentes llevaban todas mi impronta) para preocuparme por quién pudiera regular sus febriles impulsos.

No obstante, Nasir logró controlar el asunto fácilmente. Farray y Daud habían sido los líderes de la algarada. En castigo, se les envió a las achicharrantes rocas hasta que pidieran perdón. Daud cedió inmediatamente; pero Farray, quien, a pesar de sus suaves rasgos, era de mejor fuste y mucho más dueño de sí, rió en su primera roca, se sentó sobre la segunda reticentemente, y cedió de mala gana sólo cuando se le ordenó pasar a una tercera.

Su tozudez debía de haber sido tratada con rigor, pero el único castigo posible en la vida itinerante que llevábamos era el corporal, y había sido intentado sobre la pareja tan frecuente e inútilmente que yo ya estaba harto. Si no queríamos llegar a la crueldad, el dolor superficial parecía no tener otro efecto que irritar sus músculos hacia actividades aún más locas que

aquellas por las que habían sido condenados. Sus pecados eran la alegría élfica, la juventud irrefrenada, y el ser felices cuando nosotros no lo éramos; y por tales locuras, herirlos implacablemente como criminales hasta diluir su autocontrol y hacerles perder su virilidad por el castigo animal de sus cuerpos, me parecía degradante, casi una profanación de dos seres luminosos, sobre los que las sombras del mundo aún no habían caído, los más gallardos y envidiables que nunca haya conocido. Hicimos un tercer intento de comunicarnos con los turcos, por medio de un pequeño recluta, que había dicho que sabía cómo hacerlo. Se desvistió y bajó por el valle con poco más que las botas. Una hora más tarde volvió orgulloso con una respuesta, muy educada, en la que se nos decía que en dos días, si no llegaba ayuda de Maan, se rendirían.

Semejante locura (ya que no podíamos sujetar a nuestros hombres indefinidamente) podía significar la masacre de todos los turcos. No es que yo sintiera la menor simpatía por ellos, pero era mejor que no resultaran muertos, aunque sólo fuera por evitarnos el dolor de verlos. Por otro lado, también nosotros podíamos sufrir bajas. Las operaciones nocturnas bajo la luz de la luna podían ser tan expuestas como las efectuadas en pleno día. Y no era ésta, como Aba el Lissan, una batalla inevitable.

Dimos al recluta un soberano como recompensa bien merecida, avanzamos con él hasta cerca de las trincheras, y lo enviamos a buscar a un oficial que hablara con nosotros. Tras alguna vacilación pudimos

conseguir que viniera, y le explicamos la situación que teníamos a nuestras espaldas; nuestras fuerzas crecientes y nuestro escaso control de su estado de ánimo. El resultado fue que prometieron rendirse al amanecer. Así que fuimos a echar otro sueño (acontecimiento lo bastante raro como para referirlo) a pesar de nuestra sed.

Al día siguiente, nada más romper el alba, la lucha estalló por todas partes, ya que centenares de montañeses habían llegado por la noche, hasta casi doblar nuestro número; y, no conociendo el acuerdo, habían empezado a disparar sobre los turcos, que se defendían. Nasir salió con Dgheithir y sus ageyl, marchando de cuatro en fondo, hacia el lecho del valle. Nuestros hombres hicieron alto el fuego. Los turcos también dejaron de disparar, ya que tanto sus mandos como su tropa tenían tan poco espíritu de lucha como reservas de comida, y pensaban que nosotros estábamos bien abastecidos. Así que la rendición se produjo con toda tranquilidad, al fin y al cabo.

Mientras los árabes se lanzaban al saqueo, distinguí a un ingeniero con uniforme gris, barba roja y asombrados ojos, y le hablé en alemán. Era el perforador del pozo, y no sabía turco. Los últimos acontecimientos lo habían desbordado, y me pidió que le explicara qué pasaba. Le dije que aquello era una rebelión de los árabes contra los turcos. Le costó trabajo calibrar el asunto. Y quiso saber quién era el jefe. Yo le dije que el jerife de La Meca. Supuso entonces que sería enviado a La Meca. Yo le dije que

más bien a Egipto. Me preguntó el precio del azúcar, y cuando le dije que «barato y abundante», se puso muy contento.

La pérdida de sus pertenencias se la tomó con filosofía, pero lo sintió por el pozo, que con un poco más de trabajo hubiera podido rematar como su monumento. Me mostró dónde se hallaba, con la bomba a medio terminar. Accionando la válvula sacamos suficiente agua, deliciosamente clara, como para aplacar nuestra sed. Seguidamente, cabalgamos en medio de una tormenta de arena hasta Akaba, situada cuatro millas más allá, y nos chapuzamos en el mar el seis de julio, dos meses después de nuestra salida de Weyh.

LIBRO V
COMPÁS DE ESPERA

Capítulos LV a LXVIII

Nuestra captura de Akaba culminó la guerra del Heyaz, y nos abocó a la tarea de ayudar a los británicos en la invasión de Siria. Los árabes con base en Akaba se convirtieron prácticamente en el ala derecha del ejército de Allenby en el Sinaí.

Para marcar el cambio de situación, Feisal y su ejército fueron transferidos al mando de Allenby. Éste se responsabilizó a partir de entonces de sus operaciones y equipamiento. Entre tanto nos dedicamos a organizar el área de Akaba como una base inexpugnable, desde donde obstaculizar la circulación del ferrocarril del Heyaz.

CAPÍTULO LV

A través de los remolinos de polvo, nos dimos cuenta de que Akaba estaba totalmente en ruinas. Los repetidos bombardeos de los buques de guerra franceses y británicos habían devuelto el lugar a su original aspecto misérrimo. Las pobres casas se alzaban en medio de los escombros, sucias y astrosas, carentes por completo de la dignidad que la duración de su esqueleto, desafiando al tiempo, confería a las ruinas antiguas.

Paseamos por el umbroso palmeral, a la orilla misma de las olas chapoteantes, y allí nos sentamos a contemplar a nuestros hombres fluir ante nosotros, hileras de rostros enrojecidos y vacuos que ahora no parecían significar nada para nosotros. Durante meses Akaba había sido el horizonte de nuestros pensamientos, la meta, habíamos desechado todo pensamiento que no fuera éste. Y ahora, en la culminación, despreciábamos un tanto a los seres que habían empleado sus más extremados esfuerzos en un objeto cuya adquisición en nada cambiaba radicalmente ni su espíritu ni su cuerpo.

Bajo la pálida luz de la victoria apenas lográbamos identificarnos a nosotros mismos. Hablábamos con sorpresa, nos sentábamos con aire ausente, jugábamos con los dedos sobre nuestras túnicas, dudo que pudiéramos comprender o saber quiénes éramos. El ruido de los otros era una realidad onírica, el zumbido que invade los oídos bajo el agua. En medio del asombro producido por una vida que no habíamos solicitado, no sabíamos cómo sacar provecho de semejante regalo. Especialmente a mí me resultaba difícil, porque aunque mi visión era aguda, nunca veía los rasgos de los hombres: siempre atisbaba más allá, imaginando una realidad espiritual en cada cosa, y aquel día cada hombre poseía su propio deseo de una manera tan profunda que quedaba colmado de él, y aparecía privado de sentido.

El hambre nos sacó de este estado de trance. Teníamos ahora setecientos prisioneros que sumar a nuestros quinientos hombres y dos mil excelentes aliados. No teníamos dinero (ni, en verdad, mercado) y la última comida la habíamos tenido dos días antes. En nuestros camellos de monta teníamos carne suficiente para seis semanas, pero era una dieta pobre, además de cara, y un recurso que nos condenaría a la inmovilidad.

Las palmeras que crecían sobre nuestras cabezas estaban cargadas de dátiles verdes. Su gusto acre era casi tan desagradable como la necesidad que venían a saciar. Asados resultaban aún más deplorables; así que, tanto nosotros como nuestros prisioneros,

encaramos el dilema de o bien un hambre continua o violentos dolores diurnos más propios de la glotonería que de nuestras expeditivas comidas. El asiduo hábito de toda una vida había acostumbrado a mi cuerpo de inglés a un ritmo que producía puntuales excitaciones nerviosas en la boca del estómago a la hora fija de las comidas, y a veces damos el honorable nombre de hambre a esta señal de que nuestras tripas tienen sitio libre para la comida. El hambre árabe es el grito de un cuerpo largamente acostumbrado al vacío, y al borde del desmayo por debilitamiento. Viven con una mínima parte de lo que nosotros comemos, y su sistema hace un uso exhaustivo de cuanto comen. Los ejércitos árabes no abonan la tierra excesivamente con sus subproductos.

Nuestros cuarenta y dos oficiales prisioneros eran un engorro intolerable. Se mostraban a disgusto al ver lo mal provistos que estábamos; en verdad se negaban a creer que no se trataba de un engaño para molestarlos, y nos abrumaban con peticiones de golosinas, como si lleváramos El Cairo entero en nuestras alforjas. Para rehuirlos, Nasir y yo dormíamos. Siempre procurábamos coronar cada etapa cumplida con esta pequeña paz adicicional, pues en el desierto hombres y moscas sólo nos dejaban en paz cuando nos veían tumbados de espaldas, con una capa protegiéndonos la cara, dormidos o haciendo que dormíamos.

Por la noche, una vez pasada la primera impresión de nuestro éxito, empezamos a pensar en cómo

conservar Akaba, una vez capturada. Dejamos sentado que Auda debía volver a Guweira. La pendiente del Shtar y las arenas de Guweira le darían cobertura suficiente. De hecho, tanta como pudiera necesitar. Pero aún queríamos darle mayor salvaguardia, excediéndonos en las precauciones. Estableceríamos una avanzadilla veinte millas al norte de él, en las inexpugnables ruinas roqueñas de la Petra nabatea, estableciendo un enlace mediante otro puesto situado en Delagha. Auda debería igualmente enviar hombres suyos a Batra, de modo que sus howeitat quedaran emplazados en un semicírculo de cuatro posiciones en el borde mismo de la altiplanicie de Maan, cubriendo así todo posible avance hacia Akaba.

Estas cuatro posiciones mantendrían una existencia independiente. El enemigo se había tragado las impertinentes generalidades de Goltz sobre la interdependencia de los bastiones. Contábamos que para su posible liberación se necesitaría un decidido ataque contra uno de ellos, tras el cual el enemigo se pasaría allí un mes, incapaz de avanzar por la amenaza de los tres restantes, rascándose la cabeza y preguntándose por qué no caían los otros.

La cena nos hizo ver la urgente necesidad de hacer llegar noticias nuestras a través de las ciento cincuenta millas que nos separaban del Suez británico, para que nos enviaran un barco con refuerzos. Decidí hacer este viaje yo mismo en compañía de ocho más, howeitat en su mayor parte, y montados en los mejores camellos de que disponíamos; una era la famosa Yedhah, la

camella de siete años por la que los nowasera habían luchado contra los beni Sajr. Mientras cabalgábamos en torno a la bahía, discutimos la manera de llevar a cabo este viaje. Si lo hacíamos de manera suave, mirando por los animales, podían morirse de hambre. Si hacíamos un marcha rápida, podían caer exhaustos o con los pies dañados en medio del desierto.

Finalmente acordamos llevarlos al paso, por tentador que fuera el trayecto, durante tantas horas como pudieran resistir. En estas marchas de resistencia el hombre, especialmente si es un extranjero, suele desfondarse antes que la bestia; concretamente, yo había hecho jornadas de cincuenta millas durante el mes anterior, y había llegado al límite de mi resistencia. Si resistía, podríamos alcanzar Suez en cincuenta horas de marcha, y, para evitar los altos para comidas, llevaríamos trozos de camello hervido y dátiles hervidos envueltos en un trapo detrás de nuestras sillas.

Ascendimos por la escarpadura del Sinaí, siguiendo la ruta tallada en la roca de los peregrinos, con una pendiente de 1/3,5. La escalada era dura, porque íbamos con prisas, y cuando hubimos coronado la cresta poco antes de la caída del sol hombres y animales por igual temblaban de fatiga. A uno de los camellos lo devolvimos desde aquí por ser inadecuado para el viaje, con los restantes empezamos a cruzar la altiplanicie hasta un mato de espinos, donde pastaron durante una hora.

Cerca ya de la medianoche, alcanzamos Themed, los únicos pozos de nuestra ruta, situados en una limpia torrentera, al pie del vacío puesto de guardia del Sinaí. Dejamos que los camellos tomaran un respiro, les dimos de beber y bebimos nosotros mismos. Luego, proseguimos la marcha, avanzando despacio en medio de un tan intenso silencio nocturno que continuamente nos girábamos en la silla ante cualquier ruido imaginario que se produjera bajo el manto de estrellas. Pero toda la actividad estaba de nuestra parte, en el crujido de nuestras pisadas sobre una maleza perfumada como flores fantasmas en torno nuestro.

Avanzamos en dirección del muy perezoso amanecer. A la salida del sol nos habíamos adentrado profundamente en la llanura recorrida por haces de torrenteras que confluían haca el Arish, e hicimos un alto para dar a nuestros camellos un tentempié de pasto. Luego, de nuevo a la silla hasta el mediodía, e incluso después del mediodía, cuando detrás del reflejo solar vimos alzarse las ruinas de Nejl. Dejamos éstas a nuestra derecha. Y al atardecer hicimos alto durante una hora.

Los camellos se mostraban flojos, y nosotros estábamos profundamente cansados; pero Motlog, el tuerto propietario de Yedhah, nos incitó a no cejar. Montamos de nuevo, y con paso mecánico escalamos las colinas Mitla. La luna hizo su aparición y sus cimas, contorneadas por las líneas de los estratos calizos, brillaban como si estuvieran cubiertas de nieve cristalizada.

Al amanecer cruzamos un campo de melones, sembrado por algunos arriscados árabes en aquella tierra de nadie entre dos ejércitos. Hicimos un alto durante una más de nuestras preciosas horas, y soltamos a los camellos para que se buscaran comida por los valles arenosos, mientras nosotros partíamos los melones aún verdes y nos refrescábamos nuestros resecos labios con su jugosa pulpa. Y de nuevo en marcha, en medio del calor del nuevo día; aunque el valle del Canal, constantemente refrescado por las brisas procedentes del Golfo de Suez, nunca resultaba excesivamente opresivo.

Para el mediodía habíamos cruzado ya las dunas, tras una afortunada marcha en zigzag subiendo y bajando por sus ondulaciones, y avanzábamos por la más llana planicie. Suez podía ya presentirse en el friso de indeterminados puntos móviles y saltarines, que podían percibirse en el lejano reflejo de la hondonada del Canal.

Llegamos a las grandes líneas de trincheras, protegidas con fuertes y alambradas de espino, carreteras y ferrocarriles en decrépito estado. Las cruzamos sin dificultad. Nuestra meta era Shatt, un puesto situado en frente de Suez, en la orilla asiática del Canal, y llegamos allí cerca de las tres de la tarde, a las cuarenta y nueve horas de haber salido de Akaba. Para una razzia tribal hubiera sido considerado un buen tiempo, y eso que ya éramos hombres cansados cuando habíamos salido.

Shatt se hallaba en un inusual estado de desorden, sin un centinela que nos diera el alto, por haberse declarado la peste dos o tres días antes. De modo que los antiguos campamentos habían sido rápidamente desalojados mientras las tropas vivaqueaban en el limpio desierto. Por supuesto, nosotros nada de esto sabíamos, pero rebuscamos en las oficinas vacías hasta dar con un teléfono. Llamé al Cuartel General de Suez y dije que quería pasar al otro lado.

Dijeron que lo sentían, pero no era asunto suyo. El Transporte Marítimo-Terrestre cubría el cruce del Canal, de acuerdo con sus propios métodos. Podía intuirse que no eran los del Estado Mayor. Sin arredrarme, y puesto que nunca había sido muy afecto a mi propia rama del servicio, llamé a la Oficina Marítimo-Terrestre, y les expliqué que acababa de llegar a Shatt desde el desierto con noticias urgentes para el Cuartel General. Dijeron sentirlo, pero no tenían barcos libres por el momento. Seguramente podrían enviarme uno por la mañana, para transportarme al Departamento de Cuarentena, y colgaron.

CAPÍTULO LVI

Llevaba en aquel momento cuatro meses en Arabia sin parar de moverme. Durante las últimas cuatro semanas había recorrido a camello mil cuatrocientas millas, sin ahorrarme nada que pudiera servir para hacer progresar la guerra; pero me negaba a tener que pasar innecesariamente una noche más con mis parásitos. Necesitaba un baño y algo con hielo para beber; cambiarme de ropa, quitándome aquella que llevaba pegada con mugre a las rozaduras de la silla; comer algo más decente que dátiles verdes y tasajos de camello. Conecté de nuevo con el Transporte Marítimo-Terrestre y me puse elocuente. No produjo efecto, así que me puse enérgico. Pero, una vez más, me cortaron. Estaba alcanzando mi más vivo tono cuando unos amistosos acentos norteños procedentes de la central telefónica militar se dejaron oír por la línea; «Ni puto caso, señor. Con estos jodidos aguadillas no hay forma.»

Lo que evidentemente expresaba la verdad, y el confianzudo telefonista me puso con la Oficina de Embarque. Allí, Lyttleton, uno de los más atareados mayores, había añadido a sus innumerables tareas la

de cazar uno a uno los buques de guerra que entraban por la ruta de Suez y persuadirlos (¡cómo les gustaba esto a algunos!) de que llenaran bien sus cubiertas con suministros para Weyh y Yenbo. De este modo consiguió facturarnos fardos y hombres por millares, sin cargo alguno, como mero juego añadido a su rutina, sin dejar de hallar tiempo también para sonreír ante los curiosos juegos de gente tan curiosa como nosotros.

Nunca nos falló. Y tan pronto como oyó quién era y dónde me encontraba, y qué era lo que nos estaba ocurriendo en el Transporte Marítimo-Terrestre, la dificultad quedó despejada. Tenía preparada su lancha: la tendría en Shatt en media hora. Debía dirigirme directamente a su oficina: sin dar explicaciones (hasta ahora, después de la guerra) de cómo una simple lancha portuaria había penetrado en el sagrado Canal sin permiso de la Dirección de Aguas. Todo ocurrió como había dicho. Envié a mis hombres con sus camellos hacia el norte, a Kubri, donde, por teléfono desde Suez, les preparé provisiones y cobijo en el campamento de animales de la orilla asiática. Posteriormente, por supuesto, les llegaría su recompensa: unos agitados y fascinantes días en El Cairo.

Lyttleton vio mi penoso aspecto y me dejó ir de inmediato al hotel. Tiempo atrás me había parecido pobre, pero en aquel momento me pareció espléndido; y, tras superar la primera impresión hostil que produjimos yo y mis ropas, aparecieron el baño caliente y las bebidas frías (seis), así como la cena y el lecho de

mis sueños. Un más que benevolente oficial de Inteligencia, advertido por los espías de la aparición de un europeo disfrazado en el hotel Sinaí, se encargó en persona del cuidado de mis hombres en Kubri, y me proporcionó billete y pases para El Cairo al día siguiente.

El esforzado «control» del movimiento de civiles en la zona del Canal dio lugar a una aburrida situación. Un cuerpo mixto de policía militar egipcia y británica empezó a recorrer el tren, interrogando a todo el mundo y revisando los pases. Lo adecuado era hacerles la guerra a los controladores, así que les repliqué decididamente en perfecto inglés a sus preguntas en árabe: «Estado Mayor del jerife de La Meca.» Se quedaron asombrados. El sargento me preguntó qué había dicho, no creía haber oído bien. Le repetí que llevaba el uniforme del Estado Mayor del jerife de La Meca. Se quedaron mirando mis pies descalzos, mis blancas ropas de seda, el dorado ceñidor de cabeza y la daga. ¡Imposible! «¿De qué ejército, señor?» «Del mequí.» «Nunca he oído hablar de él; no conozco el uniforme.» «¿Reconocería usted a un dragón montenegrino?»

Jugaba con ventaja. Todas las tropas Aliadas de uniforme podían viajar sin pase. La policía no conocía a todos los Aliados, mucho menos sus uniformes. El mío podía ser perfectamente de algún ejército extraño. Salieron al pasillo y se me quedaron vigilando, mientras telegrafiaban al puesto. Poco antes de Ismailia, un sudoroso oficial de Inteligencia, vestido con un húmedo

uniforme kaki, abordó el tren para verificar mis afirmaciones. Cuando ya estábamos casi llegando, le mostré el pase especial con que el previsor oficial de Suez había armado doblemente mi inocencia. No le gustó nada.

En Ismailía los pasajeros que iban en dirección de El Cairo cambiaban de tren, y debían esperar a que el expreso de Port Said hiciera su aparición. En el otro tren relucía un opulento vagón reservado, del que descendieron el almirante Wemyss, Burmester y Neville, junto con un muy ancho y crecido general. Una terrible tensión empezó a dejarse sentir en el andén, mientras el grupo paseaba de arriba abajo con reposada charla. Los oficiales saludaban una vez, dos veces, y ellos seguían paseando de un lado a otro. Tres veces era más de lo que podía soportarse. Algunos se pegaron a la verja y se pusieron en posición de firmes. Eran las almas débiles. Otros escaparon: eran los despreciables. Otros más se volvieron hacia el quiosco de librería y se pusieron a contemplar ávidamente los lomos de los libros; eran los vergonzosos. Sólo uno se mantuvo desafiante.

Burmester captó mi mirada. Se preguntó quién podía ser, ya que me hallaba quemado del sol y ojeroso del viaje (más tarde pude darme cuenta de que pesaba menos de cuarenta kilos). No obstante, respondió; y le expliqué la historia de nuestra inesperada razzia contra Akaba. Esto lo emocionó. Le pedí que el almirante enviara un transporte de suministros allí de inmediato. Burmester dijo que el

Dufferin, que llegaba aquel mismo día, cargaría todos los alimentos en Suez, iría derecho a Akaba y traería de allí a todos los prisioneros. (¡Espléndido!) Él mismo daría la orden, para no interrumpir ni al almirante ni a Allenby.

«¡Allenby! ¿Qué está haciendo aquí?», exclamé. «Oh, ahora es él quien está al mando.» «¿Y Murray?» «Se ha ido a casa.» Era ésta una de las mejores noticias, por lo que a mí respectaba, y di marcha atrás, empezando a preguntarme si aquel hombre pesado y rubicundo era igual que los otros generales, y si tendríamos problemas durante seis meses intentando enseñarle. Murray y Belinda habían comenzado de un modo tan fastidioso que nuestra idea durante aquellos primeros días había sido, no tanto derrotar al enemigo, cuanto hacer que nuestros propios jefes nos dejaran en paz. Sólo con el paso del tiempo y gracias a nuestra actividad habíamos logrado persuadir a sir Archibald y a su jefe de Estado Mayor, quienes, en sus últimos meses, habían escrito a la Oficina de Guerra defendiendo la aventura árabe, y especialmente el papel que Feisal jugaba en ella. Fue un gesto generoso por su parte, y constituía para nosotros un triunfo secreto, pues ambos formaban una curiosa pareja subida en un mismo carro: Murray era todo cerebro y garras, nervioso, elástico, mudable; Lynden Bell, en cambio, estaba sólidamente construido de múltiples estratos de opinión profesional, pegados entre sí tras verificación y aprobación gubernamental, y

ulteriormente ajustados y limados hasta adquirir el nivel estándar.

En El Cairo las sandalias con que iba calzado clacletearon los pasillos del tranquilo Savoy hasta la oficina de Clayton, quien habitualmente recortaba la hora de la comida para poder hacer frente al trabajo que se le acumulaba. Al entrar en su despacho, levantó la vista de su mesa musitando un *Mush fadi* (expresión angloegipcia que significa «ocupado»), pero empecé a hablar y recibí una asombrada bienvenida. En Suez, la noche anterior, había garabateado un corto informe; así que sólo teníamos que hablar de lo que había que hacer. Antes de terminar la hora, el almirante llamó para decir que el *Dufferin* estaba cargando harina para su viaje de emergencia.

Clayton sacó dieciséis mil libras en oro y pidió una escolta para transportarlas hasta Suez en el tren de las tres de la tarde. Era algo urgente, ya que Nasir tenía que hacer frente a sus deudas. Los recibos que habíamos firmado en Bair, Yefer y Guweira eran meras promesas escritas a lápiz, sobre impresos telegráficos del Ejército, para pagar determinada cantidad al portador en Akaba. Era un gran sistema, pero nadie hasta entonces se había atrevido a emitir billetes en Arabia, debido a que los beduinos no tenían bolsillos en sus túnicas ni cajas fuertes en sus tiendas, y los billetes no podían ser enterrados para guardarlos en seguro. Así que había un inexpugnable prejuicio contra ellos, y para mantener en pie nuestro buen nombre era esencial que pudieran ser redimidos con prontitud.

Posteriormente, en el hotel, intenté hacerme con ropa menos llamativa que mi atuendo árabe; pero el paso de los meses había estropeado mi anterior guardarropa, y pasaron tres días antes de que pudiera malvestirme de manera normal.

Entre tanto no dejaba de oír hablar de las excelencias de Allenby, y de la última tragedia de Murray, ese segundo ataque a Gaza, que Londres había obligado a desencadenar a quien era demasiado débil o demasiado político para resistirse; me contaron cómo nos habíamos prestado a ello, generales y oficiales de Estado Mayor, y hasta soldados, convencidos de que perderíamos, mientras Murray, en el cuartel general, intentaba lograr una moderada derrota, que costara los hombres suficientes para probar que lo había intentado, pero no tantos como para que se pudiera hablar de un desastre.

Cinco mil ochocientas fueron las bajas. Decían que Allenby estaba consiguiendo nuevos contingentes de hombres, y cientos de cañones, con lo que todo sería diferente.

Antes de terminar de vestirme el comandante en jefe mandó, curiosamente, a buscarme. En mi informe, pensando en Saladino y abu Obeida, había yo subrayado la importancia estratégica de las tribus orientales sirias, y su adecuado uso como amenaza para las comunicaciones de Jerusalén. Esto era algo que coincidía con sus ambiciones, y quiso sopesarme.

Fue una entrevista cómica, ya que Allenby era físicamente corpulento y de trato llano, y moralmente tan grande que la comprensión de nuestra pequeñez sólo lentamente se le fue abriendo. Tomaba asiento en su silla y me miraba, no de frente, como era su costumbre, sino lateralmente, como desconcertado. Acababa de llegar de Francia, donde durante años había sido una muela de la gran máquina de moler al enemigo. Estaba lleno de ideas occidentales sobre la potencia y el peso de los cañones —la peor preparación para nuestro tipo de guerra—, pero, como soldado de caballería que era, se hallaba ya medio dispuesto a tirarlas por la borda en el bien diferente mundo asiático, y a acompañar a Dawnay y Chetwode por el trillado sendero de las maniobras y los movimientos de tropas; aun así, no estaba muy preparado para encontrarse con alguien tan extraño como yo, un pequeño individuo vestido con túnica de seda y calzado con sandalias, que le prometía poner en aprietos al enemigo con sus prédicas, si se le proporcionaban suministros y armas, y un fondo de doscientos mil soberanos, para convencer y controlar a sus conversos.

Allenby no lograba distinguir cuánto había en mí de genuino y cuánto de charlatán. El dilema se dejaba claramente traslucir en sus ojos, y yo no lo ayudé a resolverlo. No me hizo muchas preguntas, ni habló tampoco mucho, pero estudió el mapa y escuchó mi descripción de la Siria oriental y sus habitantes. Al término de todo, levantó la barbilla y dijo con entera

franqueza: «Bien, haré por usted lo que pueda», y allí se acabó la charla. No estaba seguro de hasta qué punto había logrado captarlo; pero poco a poco fuimos viendo que no mentía al decir lo que había dicho; y que lo que el general Allenby podía hacer era suficiente para su muy codicioso servidor.

CAPÍTULO LVII

Con Clayton me sinceré por completo. Akaba había sido tomada con mi plan y mis esfuerzos. Su costo había recaído sobre mi cerebro y mis nervios. Era mucho más lo que me sentía inclinado a hacer y era capaz de llevar a cabo, si él juzgaba que me había ganado el derecho a ser mi propio jefe. Los árabes dicen que cada hombre cree que sus piojos son gacelas; yo así lo creía ardientemente.

Clayton se mostró de acuerdo en que eran piojos animosos y llenos de brío, pero objetó que el mando real no podía entregársele a un oficial inferior. Sugirió a Joyce como comandante en jefe de Akaba, una idea que me convenía por completo. Joyce era un hombre en quien uno podía apoyarse contra el mundo, un espíritu sereno, firme y acogedor. Su mente, como los paisajes pastorales, tenía cuatro esquinas que enmarcaban su visión: atención, afabilidad, delimitación y expansividad.

Se había ganado un dorado prestigio en Rabegh y Weyh, llevando a efecto la tarea real de construir un ejército y una base de operaciones, que sería muy necesaria en Akaba. Al igual que Clayton, era un buen

cartílago para soldar junturas contrapuestas, pero era mucho más risueño que Clayton, siendo fornido e irlandés, y con más de seis pies de altura. Su naturaleza podía dedicarse por entero a las tareas más inmediatas sin ponerse de puntillas para vislumbrar horizontes más amplios. Era, además, más paciente que ninguno de los arcángeles de que se tenga memoria, y se limitaba a sonreír con aquella amistosa sonrisa suya cada vez que yo le venía con algún esquema revolucionario, y adornaba con nuevos ribetes de fantasía el cuello de la fiera que él estaba lentamente domesticando.

El resto era sencillo. Como oficial de suministros tendríamos a Goslett, el hombre de negocios londinense que había convertido el caos de Weyh en un primor de orden. Los aeroplanos no podrían aún ser trasladados allí; pero los carros acorazados serían trasladados de inmediato, y hasta un guardacostas si el almirante se mostraba generoso. Llamamos a sir Rosslyn Wemyss, que lo era mucho; su buque insignia, el *Euryalus*, permanecería allí durante las primeras semanas.

Era algo genial, ya que en Arabia los barcos se estimaban por el número de chimeneas, y el *Euryalus*, con cuatro, resultaba ser un barco excepcional. Su gran reputación garantizaría a los montañeses que éramos en verdad el bando ganador, y su amplia tripulación, por mandato de Everard Feilding, nos construiría para entretenerse un buen muelle.

Por el lado árabe, solicité que la costosa y difícil base de Weyh fuera clausurada, y Feisal trasladado a Akaba con todo su ejército. Una solicitud inesperada, según El Cairo. Por lo que decidí ir más allá, señalando que el sector Yenbo-Medina fuera declarado de interés secundario; y aconsejé la transferencia a Akaba de todos los almacenes, dinero y oficiales hasta entonces adscritos a Alí y a Abdulla. Esto fue considerado como algo imposible. Pero mis deseos con relación a Weyh me fueron garantizados bajo palabra.

Luego les mostré que Akaba era el flanco derecho de Allenby, a sólo cien millas de su centro, pero a ochocientas de La Meca. Según fueran avanzando los árabes, su acción se desarrollaría cada vez más en el área palestina. Así pues, era lógico que Feisal fuera transferido desde el área bajo el control del rey Hussein, para convertirse en comandante de la expedición aliada de Egipto bajo el mando de Allenby.

Tal idea topó con dificultades. «Querría aceptar Feisal?» Lo había hablado con él meses antes en Weyh. «¿Y el alto comisionado?» El ejército de Feisal era la más grande y distinguida de las unidades del Heyaz, su futuro no era nada trivial. El general Wingate había asumido la plena responsabilidad del Movimiento Árabe en sus momentos más bajos, con grave riesgo de su reputación. ¿Podíamos atrevernos a pedirle que abandonara su vanguardia ahora que estaba en el umbral del éxito?

Clayton, que conocía a Wingate muy bien, no tuvo el menor reparo en plantearle semejante idea, y Wingate

contestó con presteza que si Allenby podía hacer directo y amplio uso de Feisal, era tanto su deber como su placer renunciar a él por el bien de todos.

Una tercera dificultad al traslado podía plantearla el rey Hussein, de carácter obstinado, estrecho de miras, suspicaz, poco inclinado a sacrificar sus pequeñas vanidades en favor de la unidad de mando. Su posición podría poner en peligro el esquema de conjunto, por lo que me ofrecí para ir a hablar con él, haciendo de paso que Feisal le enviara las recomendaciones pertinentes sobre el cambio que pudieran apoyar las ya insistentes cartas que Wingate empezaba a escribir al rey. Se aceptó la propuesta. El *Dufferin*, a su vuelta de Akaba, me llevaría a Yedda para esta nueva misión.

Dos días le llevó al barco llegar a Weyh. Feisal, junto con Joyce, Newcombe y todo su ejército, se hallaba en Yeida, cien millas tierra adentro. Stent, que acababa de suceder a Ross en el mando de la Fuerza Aérea, me envió hasta allá por aire; así que cruzamos cómodamente a sesenta millas por hora las colinas tan penosamente recorridas a lomo de camellos.

Feisal estaba impaciente por saber detalles de Akaba, y se rió de nuestras guerras de principiantes. Nos sentamos y nos pasamos toda la noche haciendo planes. Le escribió a su padre; ordenó a su cuerpo de camelleros marchar sobre Akaba de inmediato; y tomó las primeras providencias para que Yaafar Pachá y su ejército embarcaran en el sufrido *Hardinge*.

Al amanecer volamos de nuevo hasta Weyh, y una hora después, el *Dufferin* ponía proa a Yedda, donde

las cosas se me facilitaron con la poderosa ayuda de Wilson. Para convertir a Akaba, nuestro más prometedor sector, en una plaza fuerte, envió por barco todo un cargamento de suministros y municiones, y nos ofreció a cualquier oficial que quisiéramos tomar de los suyos. Wilson era de la escuela de Wingate.

El rey vino desde La Meca y habló con aire discursivo. Wilson era la piedra de toque real, mediante la cual podíamos tantear el terreno. Gracias a él, el propuesto traslado de Feisal al mando de Allenby fue aceptado de inmediato, aprovechando el rey Hussein la oportunidad de subrayar su completa lealtad a nuestra alianza. Luego, cambiando de tema, con su habitual falta de coherencia, empezó a exponer su posición religiosa, ni fuertemente chií ni fuertemente sunní, tendiendo más bien a una interpretación precismática de la fe. En política exterior, en cambio, revelaba un espíritu tan estrecho como ancho se había mostrado en las cosas sobrenaturales, no con poca de esa tendencia destructiva de los hombres faltos de grandeza a negar la honestidad de sus oponentes. Capté algo de la obsesiva envidia que hacía a Feisal sospechar de la corte de su padre; y me di cuenta de hasta qué punto los intrigantes podían corroer al rey.

Mientras desarrollábamos este juego tan interesante en Yedda, dos abruptos telegramas procedentes de Egipto vinieron a turbar nuestra paz. El primero informaba de que los howeitat nos habían traicionado y estaban en tratos con Maan. El segundo relacionaba a Auda con el complot. Esto nos desanimó. Wilson había

viajado con Auda, y como era inevitable, quedó persuadido de su perfecta sinceridad; Mohammed el Dheilan, en cambio, era muy capaz de llevar un doble juego, e Ibn Yad y sus amigos aún permanecían indecisos. Nos preparamos, pues, a partir de inmediato hacia Akaba. La traición no había sido tomada en cuenta cuando Nasir y yo hicimos planes para la defensa de la ciudad.

Afortunadamente, teníamos al *Hardinge* en puerto. A la tercera tarde nos hallábamos ya en Akaba, donde Nasir no tenía ni idea de que nada raro estuviera ocurriendo. Le hablé sólo de mi deseo de saludar a Auda; me prestó un camello rápido y un guía, y al amanecer encontramos a Auda, a Mohammed y a Zaal, todos en una tienda en Guweira. Se mostraron confusos al presentarme ante ellos sin ser anunciado; pero alegaron que todo iba bien. Comimos juntos como amigos.

Otros howeitat hicieron su aparición, y charlamos alegremente sobre la guerra. Distribuí los regalos del rey, y les dije para su diversión que Nasir había conseguido su mes de permiso para La Meca. El rey, entusiasta de la rebelión, creía que sus servidores debían trabajar vigorosamente, así que no permitía visitas a La Meca, y los pobres soldados veían en el servicio militar un apartamiento continuo de sus esposas. Cientos de veces habíamos bromeado diciendo que, si tomábamos Akaba, Nasir se tendría merecidas unas vacaciones, pero Nasir no creía que tal cosa fuera posible hasta que le entregué la carta de

Hussein la noche anterior. En agradecimiento me había vendido a Ghazala, la camella real que había ganado a los howeitat. Como propietario suyo yo adquiría un nuevo interés para los abu Tayi.

Tras el almuerzo, y pretendiendo querer dormir, me deshice de los visitantes, y entonces, abruptamente, les pedí a Auda y a Mohammed que vinieran conmigo hasta el arruinado fuerte y el aljibe. Cuando nos hallábamos solos toqué el tema de su correspondencia con los turcos; Auda se echó a reír; Mohammed se mostró disgustado. Por último me explicaron prolijamente que Mohammed había cogido el sello de Auda y escrito al gobernador turco de Maan, ofreciéndose a desertar de la causa del jerife. El turco le había contestado todo contento, prometiendo grandes recompensas. Mohammed le pidió algo a cuenta. Fue entonces cuando Auda se enteró, esperó hasta que el mensajero con los regalos estuvo en camino, lo capturó, le robó hasta dejarlo en cueros, y se negó a compartir con Mohammed el botín. Era una historia con aire de farsa, y nos reímos de buena gana, pero había más detrás.

Se hallaban molestos porque ni cañones ni tropas habían sido aún enviados en su ayuda; ni se les había otorgado ninguna recompensa por la toma de Akaba. Se hallaban ansiosos por saber cómo había yo averiguado sus tratos secretos, y cuántas cosas más sabía. Pisaban un terreno resbaladizo. Y yo me aproveché de sus temores para mi gratuito divertimiento, citando como al descuido y entre risas,

cual si fueran mis propias palabras, frases concretas de las cartas que habían intercambiado, lo que causó la impresión deseada.

Entre paréntesis les dije que todo el ejército de Feisal se estaba acercando; y que Allenby estaba enviando rifles, cañones, explosivos de alta potencia, alimentos y dinero a Akaba. Finalmente sugerí a Auda que sus gastos en hospitalidad debían haber sido grandes; ¿serviría si yo le adelantaba parte del gran regalo que Feisal pensaba hacerle, personalmente, cuando llegara? Auda vio que no podía desaprovechar la ocasión, que Feisal podía resultarle altamente beneficioso, y que los turcos siempre lo acogerían si los demás recursos fallaban. Así que acordó, de muy buena gana, aceptar mi adelanto, y mantener con él a los howeitat bien alimentados y contentos.

Era ya casi la puesta de sol. Zaal había degollado una oveja y comimos de nuevo en términos de real amistad. Luego, monté de nuevo, junto con Mufaddih (para que trajera de vuelta el subsidio de Auda) y Abd el Rahman, un sirviente de Mohammed, quien, según me susurró, recibiría de buena gana cualquier cosa que quisiera enviarle a él separadamente. Cabalgamos toda la noche hasta Akaba, donde levanté a Nasir de su sueño, para arreglar nuestros últimos asuntos pendientes. Luego remé en una abandonada canoa del «embarcadero del *Euryalus*» hasta el *Hardinge*, cuando apenas la aurora empezaba a despuntar por las crestas occidentales.

Bajé a mi camarote, me bañé y dormí hasta media mañana. Cuando subí de nuevo a cubierta el barco navegaba a toda velocidad por el estrecho golfo, a toda máquina en dirección a Egipto. Mi aparición causó sensación, ya que no podían ni soñar que pudiera llegar a Guweira, enterarme por mí mismo de lo que pasaba y volver en menos de seis o siete días, para tomar el último vapor.

Comunicamos con El Cairo y les anunciamos que la situación en Guweira era perfectamente normal, y no había traición. Esto difícilmente podía considerarse cierto; pero, puesto que Egipto nos mantenía vivos a costa de sacrificios, nosotros debíamos ahorrarles las verdades poco agradables para conservar su confianza y conservarnos nosotros mismos como una leyenda. La muchedumbre quería héroes de libro, y nunca entendería cuánto más humano era el viejo Auda por el hecho de inclinarse, tras la batalla y el asesinato, por el enemigo vencido, sujeto ahora, según su libre elección, a ser perdonado o aniquilado; no habrían entendido que, por eso, ahora era más estimable que nunca.

CAPÍTULO LVIII

Nuevamente se produjo una pausa en mi trabajo y nuevamente mis pensamientos empezaron a reformularse. Hasta que Feisal, Yaafar, Joyce y el ejército llegaran, poco más podía hacer que pensar, lo cual, y eso hablaba en nuestro favor, era el proceso principal. Hasta el momento, nuestra guerra sólo había llevado a cabo una operación estudiada: la marcha sobre Akaba.

El azaroso juego de hombres y movimientos a cuya cabeza nos habíamos puesto era una deshonra para nuestro intelecto. Quería saber en adelante, antes de moverme, hacia dónde me dirigía y por qué rutas.

En Weyh se había ganado la guerra del Heyaz; tras Akaba, dicha guerra había concluido. El ejército de Feisal había abandonado sus bases árabes y ahora, bajo Allenby como comandante en jefe conjunto, su papel era tomar parte en la liberación militar de Siria.

La diferencia entre el Heyaz y Siria era la diferencia entre el desierto y el sembradío. El problema que teníamos que afrontar era de caracterización: aprender a convertirnos en civiles. La aldea de Wadi Musa era nuestro primer lugar de reclutamiento campesino. A

menos que nos convirtiéramos también en campesinos, el movimiento independentista no podría progresar.

Era bueno para la Rebelión Árabe que en tan temprano estadio de su crecimiento se impusiera ya este cambio. Habíamos estado laborando desesperadamente en la roturación de tierras baldías, para hacer crecer el sentimiento nacionalista en un lugar lleno de certeza de Dios, esa certidumbre venenosa que impide toda esperanza. Entre las tribus nuestro credo sólo podía ser como la hierba del desierto, una efímera belleza de primavera, que tras un día de calor cae agostada. Metas e ideas deberán ser traducidas en algo tangible mediante la expresión material. Los hombres del desierto tenían excesivo desapego para perseguir las primeras, y eran demasiado pobres y estaban demasiado alejados de la complejidad para poder poseer las segundas. Si queríamos prolongar nuestra vida como movimiento, debíamos ganar las tierras de labrantío, las aldeas donde tejados y campos encierran y abaten la mirada de los hombres; y debíamos iniciar nuestra campaña como lo habíamos hecho en Wadi Ais, estudiando el mapa, y repasando la naturaleza de nuestro nuevo campo de batalla.

Teníamos los pies puestos en sus límites meridionales. Hacia el este se extendía el desierto nómada. Hacia el oeste, Siria estaba limitada por el Mediterráneo, de Gaza a Alejandreta. Por el norte, las poblaciones turcas de Anatolia le ponían fin. Dentro de esos límites, la tierra se hallaba muy parcelada por las

propias divisiones naturales. De ellas la primera y más grande era longitudinal, la rugosa cadena de montañas que, de norte a sur, separaba la franja costera de una ancha planicie interior. Estas dos áreas tenían diferencias climáticas tan acusadas que las convertían en dos países distintos, dos razas casi, con sus respectivas poblaciones. Los sirios costeños vivían en casas distintas, se alimentaban y trabajaban de manera distinta, y usaban un árabe cuyas inflexiones y tono diferían de los habitantes del interior. Hablaban del interior de mala gana, como de una tierra salvaje, llena de sangre y terror.

La llanura interior estaba geográficamente subdividida en franjas por los ríos. Estos valles eran las más prósperas y estables tierras de labranza del país. Sus habitantes eran un reflejo de ellas, en claro contraste, por el lado del desierto, con las extrañas y móviles poblaciones de las tierras limítrofes, que variaban de este a oeste según las estaciones, ingeniándoselas para sobrevivir, en medio de las sequías y las plagas de langostas, y con la continua amenaza de las razzias beduinas; o, cuando éstas faltaban, masacrándose entre sí con sus incurables venganzas de sangre.

La misma naturaleza había, pues, dividido al país en zonas. Y los hombres, al trabajar la naturaleza, habían añadido a su compartimentación una complejidad adicional. Cada una de estas franjas principales de norte a sur se hallaba compartimentada artificialmente en comunidades enfrentadas. Teníamos que reunirlos

bajo nuestro mando para una acción ofensiva contra los turcos. Las posibilidades y dificultades de Feisal estaban en las complicaciones políticas de Siria, que mentalmente teníamos que disponer y ordenar, como un mapa social.

En la parte más septentrional, la más alejada de nosotros, las fronteras lingüísticas seguían, la carretera que va de Alejandreta a Aleppo, hasta converger con el ferrocarril de Bagdag, por donde remontaban hasta el valle del Éufrates; pero había enclaves de lengua turca al sur de esta línea general, representados por las aldeas turcómanas situadas al norte y al sur de Antioquía, y por las armenias esparcidas entre ellas.

Por otro lado, un componente principal de la población de la costa era la comunidad ansariya, discípulos de un viejo culto a la fertilidad, paganos puros, xenófobos, desconfiados del Islam, y que a veces se sentían atraídos al cristianismo en los momentos de persecución. La secta, cerrada sobre sí misma, era clánica por sentimiento y por política. Un nosairi jamás traicionaría a otro, y difícilmente dejaría de traicionar a un extraño. Sus aldeas se arracimaban por las principales colinas hasta la hondonada de Trípoli. Hablaban árabe, pero llevaban viviendo allí desde los inicios de las letras griegas en Siria. Habitualmente se mantenían al margen, y dejaban hacer al Gobierno turco, en espera de una igual reciprocidad.

Mezclados con los ansariyeh había colonias de cristianos sirios; y en la curva del Orontes había firmes

asentamientos de armenios, enemigos de Turquía. En el interior, cerca de Harim, había drusos, árabes de origen; y algunos circasianos procedentes del Cáucaso. Éstos estaban contra todos. Al nordeste de ellos estaban los kurdos, asentados allí desde varias generaciones atrás, y que se casaban con árabes y adoptaban su política. Odiaban sobre todo a los cristianos nativos; y, después de ellos, odiaban a los turcos y a los europeos.

Inmediatamente después de los kurdos había unos pocos yezidis, de lengua árabe, pero mentalmente afectados por el dualismo de Irán, e inclinados a aplacar el espíritu del mal. Cristianos, mahometanos y judíos, que colocaban la revelación por encima de la razón, coincidían en despreciar por igual a los yezid. Más hacia el interior que ellos se alzaba Aleppo, ciudad de unos doscientos mil habitantes, epítome de todas las razas y religiones de Turquía. Al este de Aleppo, y a lo largo de sesenta millas, había poblaciones árabes, cuyo color y maneras se hacían cada vez más tribales conforme se aproximaban a la franja cultivada donde terminaban los seminómadas y empezaban los beduinos.

Una sección transversal de Siria, yendo del mar al desierto un grado más al sur, empezaba con las colonias de musulmanes circasianos cercanos a la costa. La nueva generación hablaba ya árabe y era gente industriosa, pero revoltosa, y muy enfrentada con sus vecinos árabes. Más al interior respecto de ellos había asentamientos ismailíes. Estos inmigrantes

persas se habían ido volviendo árabes a lo largo de los siglos, pero reverenciaban entre ellos a un Mahoma, que, en carne mortal, era el Aga Khan. Creían que éste era un grande y maravilloso soberano, que honraba a los ingleses con su amistad. Esquivaban a los musulmanes, y ocultaban débilmente sus brutales opiniones bajo una capa de ortodoxia.

A continuación de ellos podían verse las extrañas aldeas de los cristianos tribales, árabes, mandados por jeques. Parecían cristianos muy robustos, bien diferentes de sus gimoteantes hermanos de las colinas. Vivían con los sunnís de sus alrededores, vestían como ellos y mantenían con ellos inmejorables relaciones. Al este de los cristianos se asentaban comunidades musulmanas semipastoriles; y en el borde último de las tierras cultivables, algunas aldeas de parias ismailíes, deseosos de encontrar allí la paz que los hombres no podían prometerles. Luego de ellos venían los beduinos.

Una tercera sección transversal de Siria, otro grado más abajo, era la que venía a caer entre Trípoli y Beirut. Primeramente, al lado de la costa, estaban los cristianos del Líbano; en su mayor parte maronitas o griegos. Resultaba difícil desentrañar la política de ambas Iglesias. Superficialmente, debería haber sido francesa y rusa, respectivamente, pero parte de la población, para poder subsistir, había tenido que emigrar a Estados Unidos, y habían desarrollado allí una vena anglosajona, no menos vigorosa por el hecho de ser espúrea. La Iglesia griega se vanagloriaba de

ser la Vieja iglesia siria, la iglesia autóctona, y era de un localismo tan intenso que antes hubiera preferido aliarse con Turquía que soportar una eventual dominación romana.

Los fieles de ambas sectas, cuando se atrevían, difamaban de un modo desmesurado a los musulmanes. Tales burlas verbales parecían aliviar su conciencia de innata inferioridad. Familias de musulmanes vivían entre ellos, idénticos en raza y vestimenta, y sólo diferenciados por una imperceptible variante dialectal, y por su menor ostentación de la emigración y de sus resultados.

En las laderas más altas de las montañas se arracimaban los asentamientos de los metawala, mahometanos chiles venidos de Persia hacía varias generaciones. Eran sucios, ignorantes, huraños y fanáticos, y se negaban a comer con infieles; consideraban a los sunníes tan malos como los cristianos, y respetaban tan sólo a sus propios sacerdotes y notables. La fortaleza de carácter era su principal virtud, bien rara en la gárrula Siria. En la cima de las montañas se hallaban las aldeas de cultivadores cristianos que vivían en paz con sus vecinos musulmanes como si nunca hubieran oído hablar de las sordas disputas del Líbano. Al este de ellos se hallaban los campesinos árabes seminómadas; y luego venía el desierto.

Una cuarta sección, un grado más al sur, venía a caer a la altura de Acre, donde sus habitantes, empezando desde la costa, eran lo primeros sunníes

árabes de la zona, viniendo a continuación los drusos, y luego los metawala. En las riberas del Jordán se hallaban asentadas colonias agriamente suspicaces de refugiados argelinos, frente a las aldeas judías. Los judíos eran de toda clase. Algunos, intelectuales hebreos de corte tradicionalista, habían desarrollado un estilo y un modo de vida adecuados al país, mientras los más recientemente llegados, muchos de los cuales eran de inspiración germana, habían introducido modos y cosechas extraños, y casas europeas (construidas con fondos de ayuda) en esta tierra de Palestina, que parecían demasiado pequeñas y pobres para compensar sus esfuerzos. Pero el país los toleraba. Galilea no mostraba hacia sus colonos judíos la misma y profundamente arraigada antipatía que constituía el más desagradable rasgo de la vecina Judea.

A lo ancho de las llanuras orientales (rebosantes de árabes) se extendía un laberinto de lava, la Leya, donde dispersos y deshilvanados habitantes de Siria habían venido concentrándose durante generaciones. Sus descendientes vivían allí en aldeas sin ley, a cubierto tanto de los turcos como de los beduinos, y arreglaban sus luchas intestinas a su aire. Al sur y al sudeste de éstos se extendía el Hauran, una tierra ancha y fértil, poblada de un campesinado árabe guerrero, próspero y seguro de sí.

Al este de ellos vivían los drusos, musulmanes heterodoxos, seguidores de un sultán loco de Egipto. Odiaban a los maronistas con un odio acerbo, que, cuando se veía animado por el Gobierno turco y los

fanáticos de Damasco, hallaba expresión en periódicas matanzas de cristianos. No por ello resultaban los drusos menos malqueridos de los árabes musulmanes a quienes ellos despreciaban en justa correspondencia. Mantenían una enemistad tradicional con los beduinos, y conservaban en sus montañas una especie de semifeudalismo caballeresco, resto de los días de sus emires autónomos.

Una quinta sección, a la altura de Jerusalén, mostraba como primer contingente de población a los judíos alemanes, que hablaban alemán o yiddish, más intratables aún que los judíos de la época romana, incapaces de soportar el contacto con gente que no fuera de su raza, granjeros algunos de ellos, tenderos en su mayor parte, extranjeros en su mayoría, egoísta porción en el conjunto de la población siria. En torno a ellos pululaban sus enemigos, los hoscos campesinos palestinos, más estúpidos que los pequeños propietarios de la Siria septentrional, tan materialistas como los egipcios, y arruinados.

Al este de ellos, la depresión del Jordán aparecía habitada por siervos de la gleba, apareciendo toda ella sembrada de orgullosas aldeas cristianas que eran, tras sus correligionarios del valle del Orontes, los menos tímidos ejemplos de nuestra fe originaria en aquel país. Entre ellos, y al este de ellos, millares de seminómadas árabes habitaban en tiendas, observando el credo del desierto, y viviendo del miedo y el botín de sus vecinos cristianos. A lo largo de toda esta tierra disputada, el Gobierno otomano había ido

plantando toda una línea de inmigrantes circasianos, procedentes del Cáucaso ruso. Conservaban éstos sus tierras gracias a la espada y el favor de los turcos, de quienes por necesidad se mostraban devotos.

CAPÍTULO LIX

El problema de Siria no se terminaba en este recuento de razas y religiones enfrentadas entre sí. Además de las gentes del campo, las seis grandes ciudades —Jerusalén, Beirut, Damasco, Homs, Hama y Aleppo— eran entidades con carácter, dirección y opinión propias. La más meridional de todas, Jerusalén, era una escuálida ciudad, a la que todas las religiones semíticas han venido considerando santa. Cristianos y musulmanes venían a venerar en ella los santuarios de su pasado, y algunos judíos tenían puestos en ella sus ojos para el futuro político de su raza. Las fuerzas combinadas del pasado y el futuro eran tan fuertes que la ciudad casi no conseguía tener presente. Sus gentes, con escasas excepciones, eran tan anodinas como criados de hotel, viviendo como vivían de la multitud de visitantes que pasaban por ella. Los ideales del nacionalismo árabe les resultaban de lo más remoto, aunque su familiaridad con los diferentes grupos cristianos en su momento de más aguda sensibilidad les llevaba a despreciarlos a todos por igual.

Beirut era una ciudad totalmente nueva. Hubiera podido ser tan bastardamente francesa en sentimientos como lo era en lengua, de no ser por su puerto griego y su colegio americano. La opinión pública dominante en ella era la de los mercaderes cristianos, gordos individuos que vivían del comercio, aunque Beirut como tal nada producía. El siguiente más importante componente era la clase de los emigrantes retornados, felices de invertir sus ahorros en la ciudad de Siria que más se parecía a aquella Washington Ave., donde habían hecho su bonanza. Beirut era la puerta por la que penetraban influencias extranjeras baratas o pringosas: representaba a Siria tanto como el Soho pueda representar a nuestro país.

Con todo, Beirut, debido a su posición geográfica, a sus escuelas, y a la libertad desencadenada por su trato con extranjeros, contenía antes de la guerra un núcleo de personas que hablaban, escribían y pensaban como los enciclopedistas doctrinarios que habían preparado en Francia el camino a la Revolución. Por sí misma, por su riqueza, y por su extremadamente alta y bien preparada voz, había que contar con Beirut.

Damasco, Homs, Hama y Aleppo eran cuatro viejas ciudades que constituían el orgullo de la Siria originaria. Se extendían como una cadena a lo largo de los fértiles valles situados entre el desierto y la montaña. Debido a su emplazamiento, vivían de espaldas al mar y miraban hacia Oriente. Eran árabes, y se sabían tales. De ellas, y de toda Siria, la cabeza inevitable era Damasco, sede

de un gobierno laico, y también centro religioso. Sus jeques eran líderes de opinión, mucho más «mequíes» que los de otras partes. Sus turbulentos habitantes, siempre dispuestos a declararse en huelga, eran tan extremados en pensamiento y palabra como en los placeres. La ciudad se jactaba de ir por delante de cualquier otra región de Siria. Los turcos habían situado en ella su cuartel general, con tanta firmeza como la oposición árabe, Oppenheim y el jeque Shawish se habían establecido allí. Damasco era la estrella polar hacia la que todos los árabes se sentían naturalmente atraídos, una capital que no se sometería fácilmente a una raza extranjera.

Homs y Hama eran gemelas que se odiaban mutuamente. Todo en ellas estaba dedicado a la manufactura: en Horns, generalmente, algodón y lana, en Hama, brocados de seda. Sus industrias eran prósperas y expansivas, sus mercaderes hábiles en la búsqueda de nuevos mercados, o nuevos gustos, en África del norte, los Balcanes, Asia menor, Arabia o Mesopotamia. Demostraban con ello la capacidad productiva de Siria, sin ninguna guía extranjera, del mismo modo que Beirut demostraba su habilidad para la distribución. A pesar de lo cual, mientras que la prosperidad de Beirut hacía de ella una ciudad levantina, la prosperidad de Horns y Hama acentuaba su localismo, las hacía más firme y celosamente nativas. Parecía casi como si la familiaridad con la producción y el poder enseñara a la gente que las maneras de sus padres eran las mejores.

Aleppo era una gran ciudad en el contexto de Siria, pero no era de Siria, ni de Anatolia, ni de Mesopotamia. Allí las razas, credos y lenguas del Imperio otomano confluían y trababan contacto con espíritu de conciliación. El choque de caracteres, que convertía a sus calles en un caleidoscopio, imbuía a los aleppíes de una impúdica desconfianza que corregía en ellos la agresividad damascena. Aleppo había acogido en su seno todas las civilizaciones que habían ido surgiendo a su alrededor; el resultado parecía ser una falta de entusiasmo por las creencias, por parte de sus gentes. Aun en esto superaban al resto de los sirios. Combatían y comerciaban más, eran más fanáticos y viciosos y hacían cosas más hermosas, pero todo ello con una falta de convicción que volvía estéril su multívoca fortaleza.

Era típico de Aleppo que en ella, aun siendo aún más alto el espíritu mahometano, el compañerismo que presidía las relaciones entre cristianos, musulmanes, armenios, árabes, turcos y judíos fuera quizá mayor que en cualquier otra ciudad del Imperio otomano, y que se les prodigara a los europeos una mayor amistosidad, aunque escasamente mayor licencia. Políticamente, la ciudad se mantenía por completo al margen, salvo en los barrios árabes que, como hipertrofiadas aldeas seminómadas, se desparramaban con sus incomparables mezquitas medievales, expandiéndose hacia el este y el sur de la corona murada de su gran ciudadela. La intensidad de su autocultivado patriotismo daba a la mayor parte de sus

habitantes un tinte de conciencia local que era, con todo, mucho menos vivo que la unanimidad de origen beirutí propia de Damasco.

Todos estos pueblos de Siria se hallaban abiertos a nosotros por la llave maestra de su común lengua árabe. Sus distinciones eran políticas y religiosas; moralmente diferían sólo en la imperceptible gradación que iba desde la sensibilidad neurótica de la costa hasta la reserva de tierra adentro. Eran gente aguda, admiradores, pero no buscadores de la verdad; autosatisfechos, no (como los egipcios) incapaces de ideas abstractas, sino poco practicantes de las mismas, y tan perezosos intelectualmente como para mostrarse habitualmente superficiales. Su ideal era un buen pasar que les permitiera ocuparse de los negocios de los demás.

Desde la infancia eran gente anárquica, obediente de sus padres sólo merced al miedo físico, y de su Gobierno luego por la misma razón con todo, pocas razas tendrán el respeto de los sirios del interior por su ley consuetudinaria. Todos querían algo nuevo, porque paralela a su superficialidad y anarquía corría una pasión por la política, ciencia para la que los sirios tenían una fatal facilonería superficial, pero que les resultaba difícil llegar a dominar. Siempre se sentían descontentos con el Gobierno que tenían, y esto formaba parte del orgullo intelectual, pero pocos de ellos honestamente llegaban a elaborar una alternativa válida, y menos aún eran los que se ponían de acuerdo sobre alguna.

En la Siria sedentaria no había entidades indígenas políticas mayores que la aldea, en la Siria patriarcal, nada más complejo que el clan; y estas unidades eran informales y voluntarias, sin capacidad sancionadora, y con jefes surgidos de las familias tradicionales y sustentados en la lenta cimentación de la opinión pública. Toda constitución política superior provenía del sistema burocrático importado de los turcos, en la práctica o bien relativamente bueno o tremendamente malo, según la fragilidad de los instrumentos humanos (generalmente gendarmes) por medio de los cuales, en último término, funcionaba.

La gente, incluso los mejor instruidos, mostraban una curiosa ceguera ante la escasa importancia de su país, y una errónea idea del egoísmo de las grandes potencias, cuyo modo de comportamiento habitual es anteponer sus propios intereses a los de las razas desarmadas. Unos clamaban en voz alta por un reino árabe. Éstos eran habitualmente musulmanes; mientras los cristianos católicos los contrarrestaban reclamando una protección europea que les confiriera privilegios sin exigirles obligaciones. Ambas propuestas estaban, por supuesto, muy alejadas de los corazones de las minorías nacionales que exigían una autonomía para Siria, sabiendo lo que era autonomía, pero no lo que era Siria; ya que en árabe no existía tal nombre, ni nombre alguno para el país al que todos se referían. La pobreza verbal de su nombre de origen romano era índice de una desintegración política. Entre ciudad y ciudad, aldea y aldea, familia y familia, credo y credo,

había envidias íntimas que los turcos diligentemente atizaban.

El tiempo parecía proclamar la imposibilidad de una unidad autónoma para semejante tierra. A lo largo de la historia Siria había constituido un pasillo entre el mar y el desierto que unía África con Asia, Arabia con Europa. Había sido el preciado trofeo, la vasalla, de Anatolia, Grecia, Roma, Egipto, Arabia, Persia y Mesopotamia. En los escasos momentos de pasajera independencia, debida a la debilidad de sus vecinos, ésta se había resuelto en feroces luchas entre «reinos» del norte, el sur, el este y el oeste, los mayores de ellos con una área no mayor que la de Yorkshire, y los más pequeños, no superior a la de Rutland; pues si Siria era por naturaleza un país vasallo, no menos era por hábito un país incansablemente agitado e incesantemente revuelto.

La llave maestra de la opinión estaba en la lengua común; ahí radicaba también la llave de la imaginación. Los musulmanes cuya lengua madre era el árabe se consideraban a sí mismos, por esta razón, como el pueblo elegido. Su herencia del Corán y de la literatura clásica mantenía unidos a los pueblos árabe-hablantes. El patriotismo, habitualmente arraigado en lo racial, escoraba aquí hacia el lenguaje.

Un segundo punto de apoyo para una política de motivación árabe era la tenue luz del primer califato, cuya memoria había conservado el pueblo a través de los siglos de malgobierno turco. El hecho accidental de que las tradiciones a él referidas tuvieran un regusto

más próximo a las *Mil y una noches* que a la historia pura y simple, alimentaba en los árabes la firme convicción de que su pasado califal había sido mucho más espléndido que su presente turco-otomano.

Nosotros sabíamos, en cambio, que eran simples sueños. El Gobierno árabe en Siria, aunque apoyado en los prejuicios árabes, resultaría tan «impuesto» como el Gobierno turco, un protectorado extranjero, o el califato histórico. Siria seguiría siendo un vivo y colorista mosaico racial y religioso. Cualquier amplio intento de conseguir la unidad no pasaría de un simple y parcial parcheo, ingrato para un pueblo cuyos instintos retornaban siempre a un gobierno de tipo parroquial.

Nuestra excusa para desechar consideraciones de oportunidad era la guerra. Siria, madura como estaba para espasmódicas revueltas locales, podía ser preparada para una insurrección general, si un nuevo factor, que ofreciera realizar el nacionalismo centrípeto predicado por los enciclopedistas beirutíes, se alzaba para superar el particularismo de sectas y clases. Debía de tratarse de un factor enteramente nuevo para que no provocara celos, y no extranjero, puesto que la presunción siria lo prohibía.

Hasta donde podíamos ver, el único factor independiente con un aceptable trasfondo y suficientes seguidores en armas era un príncipe sunní, como Feisal, que pretendiera revivir las glorias de los Omeyas o Ayubíes. Podía por el momento dedicarse a conglomerar a los hombres del interior, hasta que el

éxito diera paso a la necesidad de poner su desordenado entusiasmo al servicio de un gobierno normalizado. Entonces vendría la reacción, pero sólo después de la victoria; y para conseguirlo se empeñarían todos los recursos tanto morales como materiales.

Quedaba por idear la técnica y la dirección de la nueva rebelión, pero, en cuanto a la dirección, hasta un ciego podía verla. El centro crítico de Siria en todas las épocas había sido siempre el valle de Yarmuk, el Hauran y Deraa. Cuando el Hauran se nos uniera, nuestra campaña habría llegado a su culminación. El proceso sería el de formar un escalonamiento de tribus, similar al que habíamos formado entre Weyh y Akaba, sólo que esta vez los escalones los formarían los howeitat, los beni Sajr, los sherarat, los rualla, y los serahin, para cubrir las trescientas millas que nos separaban de Azrak, el oasis más próximo al Hauran y a Yebel Druse.

Las características de nuestras operaciones de despliegue para el golpe final debían de parecerse a una guerra naval, por su movilidad, ubicuidad, independencia de bases y comunicaciones, irrelevancia de los rasgos del terreno, de las áreas estratégicas, de las direcciones fijas, y de los puntos fijos. «El que manda en el mar tiene la mayor libertad, y puede tener tanta o tan poca guerra como quiera.» Y nosotros mandábamos en el desierto. Grupos de ataque montados en camellos, tan autónomos como buques, podían cruzar confiadamente las fronteras sedentarias

del enemigo, seguros de poder retirarse sin molestias a su elemento desértico, que los turcos no podían penetrar.

El discernimiento de los puntos del organismo enemigo que había que desarticular nos vendría dado por la propia práctica de la guerra. Nuestra táctica sería picar y correr: no ataques, sino golpes de mano. Nunca deberíamos tratar de sacar más partido de una ventaja. Debíamos emplear la menor fuerza en el menor tiempo posible y el lugar más remoto.

La necesaria rapidez y alcance de despliegue para una guerra sobre grandes distancias debíamos conseguirla mediante la frugalidad de los hombres del desierto, y su eficacia en las marchas sobre camellos. El camello, esa intrincada y prodigiosa obra de la naturaleza, da en manos expertas excelentes resultados. Sobre ellos podíamos estar autoabastecidos durante seis semanas, con sólo que cada hombre dispusiera de medio saco de harina, de cuarenta y cinco libras de peso, colgado de su silla de montar.

De agua no era deseable llevar más que una pinta cada uno. Los camellos tenían que beber, y nada ganábamos mostrándonos mejor provistos que nuestras monturas. Algunos de nosotros nunca bebíamos entre pozo y pozo, pero se trataba de hombres duros; la mayor parte bebía a voluntad en cada pozo, y llevaba agua para un día intermedio de secano. Durante el verano, los camellos podían hacer unas doscientas cincuenta millas una vez abrevados:

tres días de fuerte marcha. Cincuenta millas eran una jornada llevadera; ochenta, una buena jornada; en situación de emergencia podíamos llegar a hacer ciento diez millas en veinticuatro horas; en dos ocasiones, Ghazala, nuestra mejor camella, hizo ciento cuarenta y tres sola conmigo. Los pozos raramente estaban separados por más de cien millas, así que la pinta de reserva era ampliamente suficiente.

Nuestras seis semanas de provisiones nos daban autonomía para unas mil millas de incursión y vuelta a casa. El aguante de nuestros camellos hacía posible (para mí, camellero novicio en el Ejército, la expresión adecuada sería «hacía penoso») recorrer quinientas millas en treinta días, sin miedo a morir de hambre, ya que, incluso si pasaba más tiempo, cada uno de nosotros se asentaba sobre doscientas libras de carne en potencia, y el hombre dejado sin camello siempre podía abordar otro, cabalgando dos en uno, en situación de emergencia.

El equipo de las razzias debía tender a la simplicidad, disponiendo, no obstante, de una superioridad técnica sobre los turcos. Pedí que se nos enviaran de Egipto gran cantidad de fusiles automáticos ligeros, Hotchkiss o Lewis, para emplearlos como equipo de francotiradores. A los hombres que entrenábamos con ellos los manteníamos deliberadamente ignorantes de su mecanismo para que no gastaran tiempo ni esfuerzos intentando repararlos. Nuestras batallas eran cuestión de minutos, y se efectuaban a una velocidad de dieciocho millas por

hora. Si un fusil se atascaba, el tirador lo que debía hacer era tirarlo de inmediato y echar mano del rifle.

Otro rasgo distintivo debían ser los explosivos de alta potencia. Llegamos a desarrollar métodos especiales para el empleo de dinamita, y hacia el final de la guerra éramos capaces de demoler cualquier cantidad de vías o puentes, con gran economía y seguridad. Allenby se mostraba generoso con los explosivos. Sólo los cañones no llegamos a tenerlos hasta el último mes, ¡y fue una pena! En una guerra de maniobras un cañón de largo alcance vale más que noventa y nueve de corto alcance.

La distribución de las partidas de ataque era poco ortodoxa. No podíamos mezclar o combinar tribus, debido a sus mutuas desconfianzas, ni podíamos tampoco emplear unas en el territorio de las otras. En compensación, tendíamos a dispersar al máximo las fuerzas; y añadíamos fluidez a la velocidad, empleando una comarca el lunes, otra el martes y una tercera el miércoles. La movilidad natural se veía de este modo reforzada. Durante las marchas, nuestras filas se engrosaban con nuevos elementos en cada tribu, manteniendo así viva la energía. En un sentido real, el máximo de desorden era para nosotros el equilibrio.

La economía interna de nuestras partidas de ataque conseguía combinar la irregularidad con una extrema articulación. Nuestras circunstancias nunca eran dos veces las mismas, de modo que no había sistema que se les adecuara dos veces seguidas, y nuestra diversidad despistaba al máximo a los servicios de

inteligencia del enemigo. Con idénticos batallones y divisiones, la información se obtiene por sí sola, hasta el punto de que un cuerpo de Ejército puede inferirse de los cadáveres de tres compañías. Nuestra fuerza, en cambio, dependía de la extravagancia.

Servíamos a un ideal común, sin emulación tribal, por lo que no podíamos esperar conseguir un *esprit de corps*. Los soldados profesionales acababan convirtiéndose en una casta, bien fuera por sus grandes recompensas en dinero, ropa o privilegios, o por estar alejados de las preocupaciones de la vida cotidiana. No podíamos nosotros ligar de este modo a los hombres entre sí, porque nuestros tribeños estaban en armas por propia voluntad. Muchos ejércitos se han construido por alistamiento voluntario; pocos, en cambio, mantienen voluntariamente el servicio de armas. Todos nuestros árabes podían volverse a casa sin castigo cuando su convicción se derrumbaba, el único lazo contractual era el honor.

Carecíamos, por tanto, de disciplina en el sentido de una restricción o supresión de la individualidad, de un mínimo común denominador de los hombres. En tiempos de paz, la disciplina significa en el Ejército la búsqueda, no de una media, sino de un absoluto; el patrón al ciento por ciento mediante el cual el noventa y nueve por ciento de los hombres se ven reducidos al nivel del más débil del conjunto. El objetivo es convertir a la unidad en unidad, con vistas a que su esfuerzo se haga calculable, así como los resultados colectivos, tanto por pieza como por conjunto. Cuanto mayor es la

disciplina, menor es la excelencia individual, y también más segura es la actuación.

Mediante esta sustitución de una posible obra de arte por un trabajo seguro, la ciencia militar sacrifica deliberadamente la capacidad, con vistas a reducir la incertidumbre, el factor bionómico, en la humanidad reclutada. El acompañamiento inevitable de la disciplina es la guerra social o compuesta, esa forma de guerra en la que el hombre en armas resulta ser el producto de una larga cadena jerárquica, que va desde el taller hasta la unidad de aprovisionamiento, y que mantiene a todos activos en el campo de batalla.

La guerra árabe debía reaccionar contra todo esto, y ser simple e individual. Cada hombre enrolado debía actuar en el frente de batalla y autorregularse. La eficiencia de nuestras fuerzas debía ser la eficiencia individual de cada hombre. Me parecía que, en nuestra guerra articulada, la suma producida por cada hombre individual debía ser al menos igual al producto de un sistema compuesto de igual fuerza.

En la práctica no debíamos emplear en la línea de fuego los grandes números que un sistema simple ponía teóricamente a nuestra disposición, a riesgo de que nuestro ataque (comparado con la amenaza que representábamos) se desplegara sobre una extensión excesiva. La tensión moral de la lucha aislada hacía de la guerra «simple» algo muy duro para el soldado, exigiendo de él iniciativa, aguante y entusiasmo. La guerra irregular es mucho más intelectual que la simple carga a la bayoneta, mucho más agotadora que el

servicio obediente e imitativo de un ejército normal. A la guerrilla debe dársele libre espacio de actuación; en la guerra irregular, cada pareja de hombres actuando en conjunto significa un hombre desperdiciado. Nuestro ideal debía ser formar nuestras batallas a partir de una serie de combates individuales, y nuestras filas a partir de una feliz alianza de comandantes en jefe.

CAPÍTULO LX

Los buques remontaron a toda máquina el golfo de Akaba. Feisal desembarcó, y con él Yaafar, su estado mayor y Joyce, el hada madrina. Con ellos llegaron los carros acorazados, Goslett, los obreros egipcios y millares de tropas. Para reparar las seis semanas de paz, Falkenhayn había sido enviado como consejero de los turcos, y su fina inteligencia elevó su cotización como oponentes nuestros. Maan constituía un sector especial al mando de Behyet, el antiguo gobernador militar del Sinaí. Disponía de seis mil infantes, un regimiento de caballería e infantería montada, y había rodeado a Maan de trincheras hasta el punto de hacerla inexpugnable según los patrones de la guerra de maniobras. Una línea de aeroplanos operaba diariamente desde allí. Se habían reunido gran cantidad de suministros.

En el momento en que los preparativos estuvieron completos, empezaron a ponerse en movimiento, revelando que su objetivo era Guweira, la mejor ruta para Akaba. Dos mil efectivos de infantería avanzaron sobre Aba el Lissan y la fortificaron. La caballería

guardaba sus accesos, para evitar un posible contraataque árabe desde el lado de Wadi Musa.

Este nerviosismo era nuestra mejor pista. Teníamos que jugar con ellos y provocarlos para que se decidieran a ir por nosotros hasta Wadi Musa, donde los obstáculos naturales eran tan tremendos que por mucho que fallara el factor humano en la defensa, el lugar seguiría a salvo de cualquier ataque.

Para cebar el anzuelo, los hombres de la vecina Delagha se pusieron en movimiento. Los turcos, llenos de ánimos, se dispusieron a contraatacar, y sufrieron un duro revés. Les pasamos por las narices a los campesinos de Wadi Musa el rico botín con que habían podido hacerse sus rivales de Delagha. Maulud, el viejo caballo de guerra, se dirigió a las ruinas de Petra. Los envalentonados liazena, bajo su tuerto líder, el jeque Jalil, empezaron hacer correrías por la llanura, y a apoderarse de animales de monta o de carga turcos, por pares o por tríos, junto con los rifles de sus ocasionales guardas. Y esto siguió durante semanas, mientras los irritados turcos se iban encendiendo por momentos.

Podíamos igualmente sembrar el desánimo entre los turcos recordando al general Salmond su prometida incursión aérea sobre Maan. Pero, dadas las dificultades que esto representaba, Salmond eligió a Stent, junto con otros experimentados pilotos de Rabegh y Weyh, diciéndoles que hicieran cuanto pudieran. Tenían experiencia en aterrizajes forzosos en el desierto y podían acertar con un destino desconocido

a través de montañas no representadas en los mapas; Stent, además, hablaba árabe a la perfección. La incursión debía ser sólo aérea, pero su comandante estaba lleno de recursos e ideas, como esos manojos de nervios que, para castigarse a sí mismos, hacen cosas desmedidas. En esta ocasión mandó hacer un vuelo bajo, para asegurarse de que daban en el blanco, y aprovechó bien el tiempo, una vez alcanzado Maan, ya que tiró treinta y dos bombas dentro y alrededor de la desprevenida posición. Dos bombas que cayeron en los barracones mataron a treinta y cinco hombres e hirieron a cincuenta. Ocho cayeron sobre los hangares, dañando gravemente la planta y el material. Una bomba que cayó sobre la cocina del general dio al traste con su cocinero y con su almuerzo. Cuatro cayeron sobre el aeródromo. Y, a pesar de la metralla, pilotos y aparatos volvieron sanos y salvos a su campo de aterrizaje temporal de Kuntilla, por encima de Akaba.

Aquella tarde la dedicaron a reparar los aparatos, y al oscurecer durmieron bajo sus alas. Al amanecer del día siguiente salieron para una nueva misión, tres de ellos esta vez sobre Aba el Lissan, donde la visión del gran campamento le hizo a Stent la boca agua. Bombardearon las cercas de los animales y los pusieron en estampida, visitaron las tiendas de los soldados y dispersaron a los turcos. Como el día anterior, volaron bajo y recibieron bastantes impactos, pero ninguno de ellos resultó fatal. Bastante antes del mediodía se hallaban ya de vuelta en Kuntilla.

Stent revisó la gasolina y las bombas que quedaban, y decidió que eran suficientes para una nueva incursión. Así que dio instrucciones a cada uno para que localizaran la batería que tantas molestias les había causado aquella mañana. Salieron en medio del calor del mediodía. Iban tan cargados que apenas podían tomar altura, y pasaron rozando la cresta situada a espaldas de Aba el Lissan, bajando el valle a menos de trescientos pies de altura. Los turcos, siempre somnolientos a mediodía, fueron tornados totalmente por sorpresa. Treinta bombas les cayeron encima; una de ellas acalló la batería, las otras mataron docenas de hombres y animales. A continuación los recalentados aparatos remontaron el vuelo para volver a El Arish. Los árabes se regocijaron y los turcos se sintieron seriamente alarmados. Behyet Paché ordenó a sus hombres que excavaran refugios, y cuando sus aparatos quedaron reparados, los dispuso inocuamente en torno a la llanura, para defensa del campamento.

Habíamos perturbado por aire a los turcos, con nuestras irritantes incursiones los estábamos atrayendo hacia un objetivo equivocado. Nuestro tercer recurso para arruinar su ofensiva era bloquear el ferrocarril, lo que les llevaría a dividir la fuerza de ataque, para dedicar parte de ella a tareas defensivas. De acuerdo con esto, planeamos una buena cantidad de voladuras para mediados de septiembre.

Decidí igualmente revivir la vieja idea de minar el tren. Algo más contundente y seguro que las minas automáticas era lo indicado para este caso, y yo había

ideado la explosión directa, mediante electricidad, de una carga debajo de la locomotora. Los zapadores británicos me animaron a intentarlo, especialmente el general Wright, ingeniero en jefe de Egipto, cuya experiencia le llevaba a sentir un interés curioso por mis irregularidades. Me hizo llegar los instrumentos adecuados: un deflagrador y cable eléctrico. Con ellos subí al vapor *Humber*, nuestro nuevo guardacostas, y me presenté al capitán Snagge, al mando del mismo.

Snagge tenía suerte con su barco, que había sido construido para él en Brasil, y estaba por ello mucho mejor acondicionado que los barcos de vigilancia británicos; y todos nos sentimos doblemente afortunados por él y por el barco, porque Snagge era el espíritu mismo de la hospitalidad. Su naturaleza indagativa se interesaba por la costa, y veía siempre el lado cómico de nuestros pequeños desastres. Contarle la historia de un fracaso era provocarle la risa, y siempre que le contaba una buena historia él me la pagaba con un baño caliente, y con té acompañado de las correspondientes pastas occidentales, libres de toda mezcla de arena. Su amabilidad y ayuda nos proporcionaron varias visitas a Egipto para reparaciones, y nos permitieron martillear sobre los turcos mes tras mes, llenándolos de desánimo.

El deflagrador venía en una caja blanca formidablemente cerrada, y muy pesada. La abrimos a golpes, encontramos en su interior una palanca, y la apreté sin que el barco sufriera daño alguno. El cable tenía un grueso aislamiento de plástico. Lo cortamos

por la mitad, retorcimos las puntas para introducir las terminaciones en la caja, y transmitimos impulsos de una a otra de manera bastante convincente. Funcionaba.

Cogí los detonadores. Embutimos los cabos libres del cable en uno de ellos y levanté la palanca: nada ocurrió. Lo intentamos una y otra vez sin resultado, y lamentándonos del mal resultado. Al cabo, Snagge hizo llamar al maestro armero, que lo sabía todo sobre circuitos. Este sugirió emplear detonadores eléctricos especiales. El barco llevaba seis, y me dio tres. Uncimos uno de ellos a nuestra caja, y al oprimir de nuevo la palanca hizo una detonación perfecta. Creí saberlo ya todo sobre el asunto y me dispuse de nuevo a preparar los detalles de la incursión.

El más prometedor objetivo, y el más fácil de alcanzar, parecía ser Mudowwara, un surtidor de agua situado a ochenta millas al sur de Maan. La voladura de un tren allí sería un gran estorbo para el enemigo. En cuanto a los hombres de la partida, llevaría conmigo a los experimentados howeitat; y, al mismo tiempo, la expedición serviría para probar a los tres campesinos haurani que había añadido a mi comitiva personal. En vista de la nueva importancia que empezaba a tener el Hauran, era preciso que empezáramos a aprender su dialecto, las características y enfrentamientos de su estructura clánica, y sus nombres y rutas. Estos tres individuos, Rahail, Assaf y Hemeid, me enseñarían sus asuntos domésticos sin darse cuenta, mientras íbamos a lo nuestro y con la sola charla.

Para estar seguros de detener el tren requeríamos cañones y ametralladoras. En cuanto a lo primero, ¿por qué no morteros?; en cuanto a lo segundo, ¿fusiles de repetición Lewis, quizá? Para esto, Egipto nos envió dos enérgicos sargentos-instructores de la Escuela del Ejército en Zeitun, que enseñaran a los árabes en Akaba cómo usar tales armas. Snagge les dio alojamiento en su barco, ya que aún no disponíamos en tierra de un campamento inglés adecuado.

Sus nombres posiblemente eran Yells y Brooke, pero pronto se convirtieron en Lewis y Stokes, a partir de sus muy queridas armas. Lewis era un australiano alto, delgado y sinuoso, con un cuerpo flexible que tendía a acomodarse a curvas bien poco militares. Su duro rostro, sus arqueadas cejas y su nariz de ave de presa traslucían el peculiar aire australiano de audaz voluntariedad y capacidad para hacer algo con toda rapidez. Stokes era un típico y rechoncho pequeño propietario inglés, trabajador y silencioso, siempre esperando órdenes a las que obedecer.

Lewis, lleno de sugerencia, se henchía de deleite ante cualquier cosa bien hecha. Stokes nunca manifestaba su opinión hasta después de terminada la acción, momento en que empezaba a dar vueltas a su gorra reflexivamente, y recontaba dolorido los errores que había que evitar la vez siguiente. Ambos eran hombres admirables. En un mes sin una lengua común ni traductores, se entendieron a la perfección con su reclutas y les enseñaron a manejar sus armas con razonable precisión. No se necesitaba más, ya que el

hábito empírico parecía concordar mejor con el espíritu de nuestras semiazarosas razzias que un completo conocimiento científico.

Mientras trabajábamos en la organización de la incursión, nuestro apetito aumentó. La estación de Mudowwara parecía vulnerable. Trescientos hombres podían tomarla al asalto por sorpresa. Sería un buen logro, ya que su profundo pozo era el único en el reseco sector al sur de Maan. Sin agua, el servicio de trenes en ese tramo vendría a convertirse en una carga antieconómica.

CAPÍTULO LXI

Lewis el australiano, en tan ambicioso momento, dijo que él y Stokes querían formar parte de mi grupo. Una nueva y atractiva idea. Con ellos estaríamos seguros de nuestros destacamentos técnicos, a la hora de atacar una plaza bien definida. Además, los sargentos tenían gran deseo de ir, y su buen trabajo merecía una recompensa. Se les advirtió que tal vez sus experiencias no fueran a ser de momento muy agradables. No había reglas; y tierra adentro no había forma de mitigar la marcha, la lucha ni la alimentación. Si venían con nosotros perderían las comodidades y privilegios del Ejército británico, para compartirlo todo con los árabes (¡excepto el botín!) y sufrir su misma suerte y su misma disciplina. Si algo malo me ocurría, ellos, al no hablar árabe, quedarían en una situación delicada.

Lewis me replicó que precisamente se hallaba buscando ese tipo de situación azarosa. Stokes, por su parte, suponía que si nosotros éramos capaces de hacerlo, él también lo era. Así que se les prestaron dos de mis mejores camellos (con sus alforjas llenas de carne enlatada y bizcochos) y el siete de septiembre

salimos hacia Wadi Itm, para buscar a mis howeitat entre los hombres de Auda en Guweira.

Para suerte de los sargentos, y para endurecerlos poco a poco, todo transcurrió mejor de lo que les había anunciado. Marchamos tranquilamente por esta vez, dado que de nadie dependíamos. Ninguno de los dos había montado en camello anteriormente, y existía el riesgo de que el temible calor de las paredes graníticas de Itm pudiera derribarlos antes de que el viaje hubiera siquiera comenzado. Septiembre era un mal mes. Pocos días antes, a la sombra de los palmerales de la playa de Akaba, el termómetro marcaba ciento veinte grados[27]. Así que hicimos un alto a mediodía bajo un acantilado, y al atardecer avanzamos sólo otras diez millas antes de acampar para pasar la noche.

Íbamos cómodamente provistos de termos de té caliente, arroz y carne, y no dejaba de ser gracioso ver la repercusión que tenía el entorno en los dos sargentos. Cada uno de ellos reaccionaba según el tipo esperado.

El australiano desde el principio parecía hallarse en su casa, y se comportaba con total libertad con los árabes. Cuando éstos captaron su estado de ánimo, y le respondieron con idéntica camaradería, se sintió asombrado, casi ofendido, no habiendo nunca imaginado que se dejaran confundir por su amabilidad, olvidando la diferencia existente entre un hombre blanco y uno moreno.

---

[27] Por supuesto Farenheit, esto es, 49 centígrados. *(N. del T)*

Lo que hacía muy graciosa la situación era que Lewis resultaba ser mucho más moreno que los nuevos miembros de mi comitiva, de los cuales uno, el más joven, despertaba grandemente mi interés. Éste, Rahail, era todo un punto: bien hecho, fornido, demasiado carnoso para la vida que habríamos de llevar, y sin embargo con un enorme aguante frente al dolor. Su cara mostraba una viva coloración y sus mejillas, un tanto rellenas y bolsudas, casi colgaban. La boca era saliente y pequeña, la barbilla, muy puntiaguda. Esto, sumado a las altas y gruesas cejas y a los ojos alargados con antimonio, le daba un aire a la vez de artificio y petulancia, junto con una cansina paciencia autoimpuesta sobre una base de orgullo. Se atropellaba hablando (mascullando su árabe); lucía un dialecto vulgar; era atrevido e impúdico en su lenguaje; siempre atropellando y pavoneándose, incansable e indómito. Su espíritu no era tan fuerte como su cuerpo, sino mercurial. Cuando se sentía cansado o perplejo irrumpía en penosas lágrimas, que fácilmente se veían interrumpidas por cualquier distracción; tras lo cual, se sentía apto para cualquier padecimiento. Mis edecanes Mohammed y Amed, así como Rashid y Assaf, los aspirantes, mostraban gran tolerancia hacia él; en parte debido a su atractivo animal, y a su tendencia a hacer notar su persona. Tuvo que ser reconvenido una o dos veces por tomarse demasiadas libertades con los sargentos.

Stokes, el inglés, se vio llevado, por la extrañeza que para él representaban los árabes, a volverse más

él mismo, más insular. Su tímida corrección recordaba a mis hombres en todo momento que era distinto de ellos, un inglés. Lo que provocaba una respuesta de respeto. Para ellos era «el sargento», mientras que Lewis era «el largo».

Eran éstos rasgos de carácter que todos mostraban en mayor o menor medida. Resultaba humillante comprobar que nuestra experiencia libresca de todos los países y edades seguía dejándonos tan llenos de prejuicios como lavanderas, aunque sin la habilidad verbal de éstas para entenderse con los extraños. Los ingleses de Oriente Medio se dividían en dos clases. Clase uno, los sutiles e insinuantes, que captan las características de la gente que los rodea, su habla, sus convenciones mentales y casi sus maneras. Dirigían a los hombres secretamente, guiándolos como querían. Bajo tan imperceptible forma de influencia, su propia naturaleza permanecía oculta, inadvertida.

Clase dos, el John Bull de los libros, que se hacía tanto más rampantemente inglés cuanto más lejos estaba de Inglaterra. Se inventaba un viejo país para sí mismo, un hogar de todas las virtudes recordadas, tan espléndido en la distancia que, en cambio, sólo encontraba una realidad degradada, y hacía retroceder a su aturdido yo hacia una malhumorada defensa de los viejos tiempos. En el extranjero, y a través de sus acorazadas certezas, resultaba ser una rotunda muestra de nuestros rasgos específicos. Mostraba al inglés completo. Había algo de fricción en su marcha, y su dirección era menos suave que la del tipo

intelectual; con todo, su indómito ejemplo daba bien la talla.

Ambos tipos tomaban la misma dirección ejemplar, uno vociferando, otro con insinuaciones. Cada uno de ellos suponía al inglés un ser elegido, inimitable, y el intento de copiarlo como algo blasfemo o impertinente. Desde semejante presunción urgía a los demás pueblos a ser lo mejor que pudieran. Dios no les había concedido ser ingleses, pero seguía siendo su deber ser los mejores en su tipo. En consecuencia, admirábamos las costumbres nativas, estudiábamos su lengua, escribíamos libros sobre su arquitectura, su folklore y sus fenecientes industrias. Y de pronto un día nos despertábamos y descubríamos que ese espíritu mitológico se había vuelto político, y meneábamos la cabeza ante su ingrato nacionalismo, la verdadera flor de nuestros inocentes esfuerzos.

Los franceses, a pesar de haber empezado con una similar doctrina de la nación francesa como culminación de la humanidad (dogma entre ellos, y no secreto instinto), intentaban, en cambio, animar a sus súbditos coloniales a imitarlos, ya que, aunque no pudieran nunca alcanzar el verdadero nivel, su virtud sería mayor cuanto más se acercaran a él. Nosotros consideramos la imitación como una parodia, ellos, como un cumplido.

Al día siguiente, en medio de los primeros calores, y cuando nos hallábamos ya próximos a Guweira, cruzamos cómodamente la arenosa llanura de plácido color rosado, con su maleza gris-verde, y escuchamos

a lo lejos un zumbido de motores. Rápidamente condujimos a nuestros camellos fuera de la ruta, y hacia el terreno sembrado de arbustos, donde su irregular color no pudiera ser identificado por el enemigo desde el aire; ya que las cargas de gelatina explosiva, mi más querido y poderoso explosivo, y las muchas balas cargadas con dinamita de la ametralladora de Stokes resultaban peligrosos vecinos de un bombardeo aéreo. Allí nos quedamos esperando, estoicamente, en las sillas, mientras nuestros camellos pastaban lo poco que merecía la pena comer en los arbustos, hasta que el aeroplano hubo trazado dos círculos sobre la roca de Guweira que teníamos frente a nosotros y lanzado tres ruidosas bombas.

Recompusimos nuestra caravana de nuevo sobre la senda y procedimos pausadamente hasta el campamento. Guweira rebosaba vida, y era un emporio tanto para los howeitat de las montañas como los de las tierras altas. Hasta donde alcanzaba la vista, la llanura podía verse hormiguear con rebaños de camellos, cuya multitud convergía cada mañana antes del alba hacia los pozos, de modo que los menos madrugadores tenían que viajar varias millas para poder beber.

Esto era poca cosa, ya que los árabes no tenían más que hacer que esperar el aeroplano de la mañana, y tras sus pasadas de rigor, nada más que matar el tiempo hasta que la noche estuviera ya bien entrada como para irse a dormir. La charla y el ocio eran demasiado grandes y habían revivido viejas

enemistades. Auda quería aprovechar que necesitábamos su ayuda para redistribuir el poder tribal. El controlaba el grueso de las pagas de los howeitat, y mediante este dinero intentaba forzar a las facciones menores aún libres a aceptar su liderazgo.

Éstas se sentían vejadas, y amenazaban o bien con retirarse a sus colinas o con reestablecer relaciones con los turcos. Feisal envió al jerife Mastur como mediador. Los millares de howeitat, distribuidos en cientos de facciones, eran inquebrantables, testarudos y celosos defensores de la ley de la tierra. Tenerlos contentos sin desairar a Auda era una tarea delicada incluso para el más sutil espíritu. Estábamos además a ciento diez grados a la sombra, y la sombra era un hervidero de moscas.

Un día, mientras paseábamos antes del mediodía bajo el peñasco, Mastur me comunicó la nueva de que los sureños estaban a punto de desertar de nuestro campamento. Lleno de enojo, me fui de inmediato a la tienda de Auda. Se hallaba éste sentado sobre el suelo arenoso, comiendo pan recién hecho con su última esposa, una hermosa muchacha, cuya morena piel se hallaba teñida del azul índigo de su nueva blusa. Al hacer mi repentina irrupción, la muchacha se escapó a través de la negra cortina de separación como un conejo asustado. Para comerle terreno, empecé a mofarme del anciano por ser tan viejo y a pesar de todo tan loco como el resto de su raza, que consideraba nuestros cómicos procesos reproductivos no como un

placer antihigiénico, sino como el principal negocio de su vida.

Auda replicó con su deseo de tener herederos. Yo le pregunté si había encontrado la vida lo suficientemente buena como para agradecer a sus padres el haberlo traído al mundo. O si era tan egoísta como para otorgar tan dudoso don a un espíritu nonato.

El se mantuvo en sus trece. «En verdad, yo soy Auda», dijo con firmeza, «y tú conoces a Auda. Mi padre (de quien Dios se apiade) era el amo, más grande que Auda, y él habría hecho la alabanza de mi abuelo. El mundo se agiganta según vamos retrocediendo.» «Pero Auda, nosotros decimos que hay que honrar a nuestros hijos e hijas, los herederos de nuestro valor acumulado, los que completan nuestra imperfecta sabiduría. Con cada generación la tierra se hace más vieja, y la humanidad se aleja cada vez más de su infancia...»

El pobre viejo, que no estaba para muchos golpes ese día, me miró entrecerrando los ojos con benigno humor, y señaló a abu Tayi, su hijo, a quien se veía a lo lejos en la llanura probando un nuevo camello, al que golpeaba con su baqueta en el cuello, en un vano esfuerzo por hacerlo llevar el paso como está mandado. «¡El muy bribón!», dijo. «Dios quiera que haya heredado mi valor, pero gracias a Dios no ha heredado aún mi fuerza; y silo pillo en falta, le daré una paliza. No cabe duda de que eres muy listo.» El resultado de nuestra charla fue que yo debía marcharme a un lugar tranquilo y esperar

acontecimientos. Alquilamos veinte camellos para llevar los explosivos, y fijamos la salida para la mañana siguiente, dos horas después que el aeroplano.

El aeroplano era el extravagante regulador de los asuntos públicos en el campamento de Guweira. Los árabes, levantados como siempre desde antes del amanecer, esperaban su pasada. Mastur había situado a un esclavo en la cúspide del despeñadero para dar la primera voz de alarma. Cuando su hora habitual se acercaba, los árabes se ponían a pasear, charlando como quien no quiere la cosa, en dirección de la roca. Llegados al pie de ella, cada hombre saltaba a su repisa preferida. A continuación, Mastur se acercaba también al lugar, con el grueso de sus esclavos, su café sobre un brasero, y su alfombrilla. En un lugar sombreado permanecían él y Auda charlando sentados, hasta que una oleada de excitación empezaba a recorrer las atestadas repisas, al oírse el zumbido del motor del aparato resonar sobre el desfiladero de Shtar.

Todos se pegaban a la pared rocosa y esperaban quietos mientras el enemigo sobrevolaba en círculos el extraño espectáculo de la roca rosácea adornada por miles de variopintos árabes, anidados como ibis en cada recoveco de su superficie. El aeroplano arrojaba tres, cuatro o cinco bombas, según el día de la semana. Sus explosiones de denso humo resaltaban sobre la llanura verde-salvia como compactos merengues de crema, que se retorcían durante unos minutos en el aire antes de disgregarse lentamente

hasta disiparse. Aunque sabíamos que no había ningún peligro, no podíamos sin embargo dejar de contener el aliento cuando el cortante y creciente ruido de las bombas al caer se dejaba sentir desde el aparato que nos sobrevolaba.

CAPÍTULO LXII

Con todo contento dejamos el ruido y los rencores de Guweira. Y, tan pronto como hubimos dejado atrás nuestra comitiva de moscas, hicimos un alto: en realidad no había necesidad de apurarse, y los dos afortunados colegas que venían conmigo empezaban a experimentar un calor que nunca habían conocido, pues el aire sofocante era como una máscara de metal sobre nuestras caras. Era admirable verlos luchar por no tener que hablar de ello, para mantener el espíritu de Akaba, de soportarlo todo con tanta firmeza como los propios árabes; pero con su silencio los sargentos se pasaban de la raya. Era su ignorancia del árabe lo que los hacía tan superfluamente estoicos, ya que los mismos árabes gritaban pestes contra la tiranía del sol y su ahogo; pero la prueba como tal no dejaba de ser edificante, y, para mayor efecto, yo actuaba a mi vez como quien está pasándolo en grande.

Al final de la tarde seguimos avanzando hasta hacer alto para pasar la noche bajo una espesa enramada de tamariscos. El lugar elegido para acampar era muy hermoso, ya que a nuestras espaldas se alzaba una escarpadura de quizás unos cuatrocientos pies de

altura, de un profundo color rojo al atardecer. Bajo nuestros pies se extendía un suelo de barro de color ante, tan duro y bien apisonado como un parquet, liso como un lago durante una milla en todas direcciones, y sobre una baja loma a un lado de dicha llanada se levantaba un soto de tamariscos de marronácea madera, bordeado por una rala y polvorienta franja de hierba, agostada por la sequía y los rayos del sol hasta alcanzar un color casi gris plateado, semejante al de las hojas de olivo de los alrededores de Les Baux cuando la brisa del río soplaba sobre las hierbas del valle y volvía pálidos los árboles.

Íbamos en dirección a Rumm, el abrevadero septentrional de los beni Atiyeh, un lugar que excitaba mis pensamientos, pues hasta los poco sentimentales howeitat me habían dicho que era encantador. Rayaría la mañana cuando llegáramos allí, pero muy temprano, cuando aún lucían las estrellas, me vi despertado por Aid, el humilde jerife harizi que nos acompañaba. Se arrastró hasta mí, y dijo con voz estremecida: «Dios mío, me he quedado ciego.» Lo hice tumbarse, y vi que temblaba como si tuviera frío; pero todo lo que pudo decirme era que en medio de la noche, al despertarse, se había dado cuenta de que no veía, sólo sentía dolor en sus ojos. El destello del sol se los había quemado.

Aún era joven el día cuando empezamos a pasar por entre los dos grandes picos de arenisca situados al pie de una prolongada y suave pendiente que se deslizaba desde las acupuladas colinas que se alzaban frente a nosotros. Estaba toda ella cubierta de

tamariscos; el comienzo del valle de Rumm, dijeron. Alzamos la vista hacia la izquierda, y vimos una larga pared rocosa, que penetraba como una ola de mil pies hacia el medio del valle, cuyo otro arco, por el lado derecho, estaba constituido por una hilera de montañas escalonadas, quebradas y rojizas. Subimos por la ladera, abriéndonos paso por entre la quebradiza maleza.

Según avanzábamos, los matorrales iban agrupándose formando grandes matas, cuyas masas de hojarasca tomaban un tinte del más puro color verde, en contraste con los trozos de arena desnuda del más alegre y delicado tono rosáceo. La pendiente iba haciéndose cada vez más suave, hasta quedar el valle convertido en una encajonada e inclinada llanura. Las montañas de la derecha eran más altas y afiladas, como digna contraparte del lado opuesto que iba enderezándose hasta formar un macizo muro de color rojo. Ambos lados fueron acercándose hasta quedar separados por una distancia de sólo dos millas, elevándose a continuación, de manera gradual, hasta formar dos parapetos que, a una altura de unos mil pies sobre nosotros, corrían como una avenida a lo largo de varias millas.

No se trataba de paredes enteras, sino que estaban construidas por secciones, por despeñaderos semejantes a grandes edificios, ordenados a ambos lados de la calle. Profundas gargantas de unos cincuenta pies de ancho dividían estos riscos, cuyos planos pulidos por los agentes atmosféricos formaban

grandes ábsides y entrantes, y veían enriquecerse su superficie con grecas y fracturas, como un trabajo de marquetería. En las partes altas de los precipicios se veían cavernas redondas como ventanas; otras, próximas al suelo, se abrían como puertas. Oscuras manchas recorrían la sombreada fachada hasta cientos de pies, como accidentes producidos por el uso. Los acantilados aparecían verticalmente estriados, y hechos de roca regular, cuyo principal orden se alzaba sobre doscientos pies de roca quebradiza, de un color más oscuro y más dura textura. Este punto no colgaba, como la arenisca, formando pliegues como de paño, sino que se desmigajaba formando grandes pilas de escombros, que corrían horizontales al pie de las paredes rocosas.

Los despeñaderos aparecían rematados por nidos de cúpulas, menos cálidamente rojos que el cuerpo principal de la montaña, más bien grises y ligeros. Daban un aspecto final de arquitectura bizantina a este lugar irresistible, a esta ruta procesional superior a lo imaginado. Los ejércitos árabes podían perderse en su longitud y su anchura, y entre sus paredes podía volar en formación todo un escuadrón de aeroplanos. Nuestra pequeña caravana se sentía intimidada y se fue quedando en silencio, temerosa y avergonzada de hacer ostentación de su pequeñez en presencia de tan majestuosas montañas.

Los paisajes, en los sueños infantiles, tenían aquel mismo aspecto vasto y silente. Rebuscábamos en nuestra memoria para hallar el prototipo según el cual

todos los hombres habían caminado entre dos paredes rocosas similares hacia una plaza abierta como la que aquella avenida parecía tener a su fin. Posteriormente, cuando penetrábamos en el interior del país, mi espíritu solía alejarme de la ruta directa, para aclarar mis sentidos con una noche en Rumm, recorriendo su valle alumbrado por la aurora en dirección de las brillantes llanuras, o valle arriba, en dirección al ocaso, hacia la destellante plaza que mi tímida anticipación nunca me permitía alcanzar. Me decía: «¿Debería ir esta vez más allá de Jazil, para conocerlo todo?» Pero, en verdad, Rumm me gustaba demasiado.

Aquel día lo recorrimos durante horas, mientras su perspectiva iba haciéndose cada vez mayor y más magnífica en su ordenado diseño, hasta que una brecha en la fachada del acantilado nos mostró a nuestra derecha una nueva maravilla. La brecha, tal vez de unas trescientas yardas de anchura, formaba como una rendija en aquella pared; y conducía a un anfiteatro de forma oval, poco profundo en su parte central, y ampliamente lobulado a izquierda y derecha. Las paredes eran precipicios como todas las paredes rocosas de Rumm; pero parecían aún mayores, ya que el hoyo se abría en el corazón mismo de una colina y su pequeñez hacía que la altura de sus paredes resultara imponente.

El sol se había hundido tras la pared occidental, dejando al hoyo en sombras, pero su moribundo resplandor inundaba con su asombroso reflejo rojizo la entrada del anfiteatro y el impresionante conjunto de la

pared que prolongaba el valle. El suelo del hoyo era de arena húmeda, recubierta de oscuros matorrales, mientras que al pie de los acantilados se erguían peñascos mayores que casas, a veces semejantes incluso a fortalezas, que se habían desprendido de las paredes. Frente a nosotros, un sendero, de color más claro por el uso, zigzagueaba por el plinto del acantilado hasta la altura donde comenzaba la fachada principal, y allí torcía precariamente hacia el sur siguiendo una estrecha cornisa bordeada por ocasionales árboles con hoja. De entre estos árboles, en las ocultas anfractuosidades de la roca, surgían extraños gritos, los ecos, convertidos en música, de las voces de los árabes que abrevaban a sus camellos en las fuentes que allí fluían a trescientos pies por encima del suelo.

Las lluvias, al caer sobre las grises cúpulas de la cima de las montañas, parecían haber ido empapando la porosa roca, y mi mente las seguía pulgada a pulgada, en su filtración hacia aquellas montañas de arenisca, hasta llegar al impermeable estrato horizontal del plinto, manando entonces sobre su superficie bajo presión, en chorros que irrumpían en la fachada del acantilado, en el punto de unión de dos estratos rocosos.

Mohammed torció hacia el lóbulo izquierdo del anfiteatro. En su extremo más alejado, el ingenio árabe había despejado un espacio debajo de una piedra colgante; allí descargamos y nos instalamos. La noche se nos echó encima con rapidez en aquel alto y

resguardado rincón, y sentimos el frío del aire húmedo contra nuestra piel quemada por el sol. Los howeitat, que estaban encargados de custodiar las cargas de explosivos, reunieron su reata de camellos y los condujeron entre gritos cargados de eco sendero arriba para abrevarlos antes de su temprana vuelta a Guweira. Encendimos fuegos y hervimos arroz para mezclarlo con la carne enlatada de los sargentos, mientras mis cafeteros preparaban café para los visitantes que quisieran acercarse a nosotros.

Los árabes que ocupaban las tiendas situadas fuera del hoyo de las fuentes nos habían visto entrar, y no se mostraron lentos en venir a saber noticias de nosotros. En una hora teníamos con nosotros a los cabecillas de los clanes darausha, zelebani, zuweila y togatga; y allí se organizó una gran charla, no excesivamente afortunada. Aid, el jerife, se hallaba demasiado deprimido por su ceguera para aliviarme el peso de la recepción, y yo no podía llevar a buen término una labor que requería dotes especiales. Estos clanes menores, enfadados con los abu tayi, sospechaban que apoyábamos a Auda en su ambición por ganar predomino sobre ellos. No se mostraban dispuestos a servir al jerife hasta que se les garantizaran hasta sus más extremas demandas.

Gasim abu Dumeik, el fino jinete que había dirigido a los montañeses el día de Aba el Lissan, parecía especialmente desconfiado. Era un hombre de oscura piel, cara arrogante y sonrisa de finos labios; bastante bondadoso de corazón, pero acorazado. Aquel día se

hallaba inflamado de celos de los toweiha. A solas, jamás hubiera logrado vencerlo, así que para hacer patente su hostilidad lo tomé como adversario y discutí fieramente con él hasta reducirlo al silencio. Avergonzado, su auditorio lo abandonó y se pasó con idéntica superficialidad a mi lado. Su fluctuante juicio los llevó a empezar a murmurar de sus jefes y a hablar de venirse conmigo. Yo me arriesgué a decir que Zaal estaría allí a la mañana siguiente, y que él y yo aceptaríamos la ayuda de todos menos de los dhumaniyeh, quienes, debido a las palabras de Gasim, serían borrados del libro de Feisal y privados de su merecido favor y recompensas. Gasim, jurando que iría a unirse a los turcos de inmediato, se alejó del fuego lleno de ira, mientras sus más cautos amigos intentaban en vano cerrarle la boca.

CAPÍTULO LXIII

A la mañana siguiente, allí estaba de nuevo, listo para unírsenos o para oponérsenos, según vinieran las cosas. Mientras vacilaba, hizo su aparición Zaal. La obstinación de Gasim pronto se estrelló contra la metálica crueldad de Zaal, y ambos tuvieron muy duras palabras. Nos interpusimos entre ellos antes de que las cosas fueran a mayores, pero hubo lo suficiente como para dar al traste con el frágil arreglo de la noche anterior. Los demás clanes, disgustados por la testarudez de Gasim, vinieron a nosotros de dos en dos y de tres en tres, voluntariamente, pero me rogaron que diera a conocer a Feisal su lealtad antes de ponernos en marcha.

Sus dudas me determinaron a ponerme en contacto con él de inmediato, en parte para conseguir arreglar la querella, y en parte para conseguir camellos con los que transportar los explosivos. Alquilar camellos dhumaniyeh no resultaba adecuado; y no había otros allí. Lo mejor era ir yo mismo; ya que, mientras Gasim podía atreverse a detener al mensajero, no se atrevería a ponerme obstáculos a mí. Los dos sargentos quedaron encomendados a Zaal, que juró responder de

sus vidas; y con ésas partimos Ahmed y yo, montados a pelo, con vistas a llegar cuanto antes a Akaba.

Sólo conocíamos la muy larga ruta que pasaba por Wadi Itm. Existía un atajo, pero no pudimos hallar a nadie que nos sirviera de guía. En vano indagamos valle arriba y valle abajo, y ya nos hallábamos desanimados cuando se nos reveló que debíamos seguir el siguiente valle a nuestra derecha. Atravesándolo, después de una hora, nos encontramos en una torrentera de la que salían valles en dirección oeste. Sólo podía conducir a Wadi Itm, ya que no había otro drenaje en los alrededores que llevara de las colinas al mar; y por allí echamos a correr, sin dejar de aventurarnos a atajar por los collados que encontrábamos a nuestra derecha hasta los tributarios paralelos.

Al principio topamos con un paisaje de limpia arenisca, que adoptaba hermosas formas rocosas, pero según avanzábamos iban alzándose ante nosotros sierras graníticas, típicas de la zona costera, y luego de treinta millas de buen trote en descenso, pasamos por la parte sur de Wadi Itm, el valle principal, justo por encima del pozo de la rendición de Akaba. La jornada nos llevó sólo seis horas.

En Akaba nos dirigimos directamente a la casa de Feisal. Mi súbito regreso lo asustó, pero una palabra bastó para explicarle el pequeño drama que habíamos representado en Rumm. Una vez que hubimos comido, dimos los pasos necesarios. Los veinte camellos de carga deberían salir en el plazo de dos días con

suficientes camelleros de Feisal como para poder transportar los explosivos, y unos pocos esclavos personales suyos para custodiarlos. Me dejaría llevar conmigo al jerife Abdulla el Feir, el mejor de sus edecanes, como mediador. Las familias de los hombres que fueran conmigo a la incursión sobre el ferrocarril deberían poder sacar provisiones de sus almacenes bajo certificación mía.

Abdulla y yo salimos antes del alba, y por la tarde, después de una amistosa cabalgada, llegamos a Rumm, encontrándolo todo en orden, de modo que mi ansiedad desapareció. El jerife Abdulla se puso a trabajar de inmediato. Tras reunir a los árabes, incluido el recalcitrante Gasim, empezó a limar sus agravios con esa hábil persuasión que es la marca innata de los líderes árabes, y que su experiencia no venía sino a estimular.

En medio de la ociosidad a que le obligaba nuestra ausencia, Lewis se había puesto a explorar los acantilados, y vino con la noticia de que los manantiales eran muy buenos para bañarse, así que para deshacerme del polvo y la suciedad de mis largas cabalgadas, subí derechamente por la garganta hasta la fachada de la montaña, siguiendo el ruinoso muro de la conducción por donde en otro tiempo una corriente de agua había fluido por la cornisa hasta un aljibe nabateo situado en el suelo del valle. En la cima, la cascada, la Shellala, como los árabes la llamaban, se hallaba sólo a unas pocas yardas.

Su ruido bullicioso me llegaba desde la izquierda, de la parte de donde podía verse un sobresaliente bastión cuya superficie carmesí aparecía recubierta de largas enredaderas de hojas verdes. El sendero lo circunvalaba mediante una cornisa cortada a pico. Sobre el saliente rocoso superior podían verse unas inscripciones nabateas perfectamente conservadas, y un panel hundido grabado con un monograma o símbolo. En torno y todo alrededor había garabatos árabes, entre los que se contaban marcas tribales, algunas de las cuales eran testigos de ya olvidadas migraciones, pero toda mi atención se concentraba en el chapotear del agua en el interior de una grieta situada bajo la sombra de una piedra colgante.

Desde esta roca caía un chorro plateado bajo la luz del sol. Miré bien para distinguir el orificio, poco más delgado que mi muñeca, que arrojaba el agua con fuerza desde una fisura existente en el techo, produciendo un claro y hueco sonido, al caer en un estanque poco profundo y espumeante, situado justo detrás del escalón que servía de entrada. Las paredes y el techo de la grieta rezumaban humedad. Espesos musgos y hierbas del más hermoso color verde lo convertían en un pequeño paraíso de sólo cinco pies cuadrados.

Sobre el fragante y lavado reborde desvestí mi sucio cuerpo, y penetré en la pequeña alberca, para gustar al fin la frescura del aire y el agua en movimiento sobre mi fatigada piel. Estaba deliciosamente fresca. Allí me tumbé tranquilamente, dejando que la clara agua de

color rojo oscuro corriera restregando la suciedad del viaje. Mientras gozaba de esta felicidad, un hombre de barba gris y astroso aspecto, con una angulosa cara que revelaba a la vez gran energía y fatiga, se fue acercando lentamente por el sendero hasta colocarse del otro lado del manantial; y allí con un suspiro se dejó caer sobre mis ropas extendidas sobre la roca al lado del sendero para que el calor expulsara de ellas los parásitos que las infestaban.

Me oyó y se inclinó hacia delante, intentando penetrar con sus reumáticos ojos la blanca figura que chapoteaba en el hueco situado más allá de la neblina solar. Tras una larga mirada pareció contento, cerró sus ojos y gimió: «El amor viene de Dios, y es de Dios, y va a Dios.»

Estas palabras musitadas vinieron curiosamente a oírse clara y distintamente en mi alberca. Y me sorprendieron. Siempre había creído a los semitas incapaces de emplear el amor como vínculo entre ellos y Dios, incapaces en verdad de concebir tal tipo de relación sino, en la forma intelectual de Spinoza, que amaba tan racional, desexualizada y trascendentalmente que ni buscaba, ni se hubiera permitido siquiera, una reciprocidad. El cristianismo me había parecido siempre el primer credo que proclamaba el predomino del amor en ese mundo superior, del que el desierto y los semitas (de Moisés y Zenón) lo habían proscrito, y eso porque el cristianismo era un híbrido, cuya primera raíz tampoco era del todo semita.

Su nacimiento en Galilea lo había salvado de ser una simple revelación más de las innúmeras revelaciones semitas. Galilea era una provincia no semita de Siria, y el contacto con ella suponía casi una mancha para los judíos. Como ocurre con Whitechapel con respecto a Londres, Galilea permanecía ajena a Jerusalén. Cristo por elección propia había hecho transcurrir su ministerio en este clima de libertad intelectual; no en las zonas de barro de un aldea siria, sino en bien trazadas calles, entre foros, casas columnadas y baños rococó, productos de una intensa aunque exótica civilización griega, provincial y corrupta.

Las gentes de esta colonia extranjera no eran griegos —al menos no en su mayoría— sino levantinos de todo tipo, enmarcados en una cultura griega, y que de rechazo producían, no el correcto y trivial helenismo de la patria natal, sino una tropical exuberancia del estilo, en la que el equilibrio rítmico del arte y la idealidad griega florecían en nuevas formas, chillonamente recargadas de los apasionados colores de Oriente.

Los poetas gadarenos, balbuceando sus versos en el marco de la excitación dominante, presentaban un espejo de la sensualidad y el fatalismo desilusionado, volcado hacia una desordenada lujuria, propio de su época y lugar; de cuya terrenalidad la ascética religiosidad semita probablemente tomó el deje de humanidad y amor real que pasó a ser la marca distintiva de la música de Cristo, haciéndola apta para

barrer los corazones de Europa, de un modo que el judaísmo y el Islam nunca conseguirían colmar.

El cristianismo había tenido además la fortuna de sus posteriores y geniales arquitectos, y su discurrir a través del tiempo y los climas le había hecho experimentar cambios incomparablemente mayores a los experimentados por la inmóvil judería, desde la libresca abstracción alejandrina hasta la prosa latina, para el continente europeo; y finalmente, el último y más terrible cambio de todos, al hacerse teutón, con una síntesis formal que convenía a nuestras frías disputas del norte. Tan alejado estaba el presbiterianismo de la fe ortodoxa, que había sido su primera o segunda encarnación, que antes de la guerra habíamos llegado incluso a enviar misioneros que convencieran a esos blandos cristianos orientales de nuestras concepción de un Dios lógico.

También el Islam había cambiado, inevitablemente, de continente en continente. Había evitado la metafísica, con la excepción del introspectivo misticismo de los devotos iranios, pero en África había adoptado los colores del fetichismo (para expresar en una palabra las variadas animalidades del continente negro), y en la India había tenido que doblegarse al legalismo y la interpretación literal de sus mentes conversas. En Arabia, sin embargo, había conservado su carácter semítico, o más bien el carácter semita había perdurado por encima del Islam (como ocurre con todas las fases de los credos con que los habitantes de las ciudades revisten la simplicidad de la

fe), expresando el monoteísmo de los grandes espacios, la panteísta percepción del infinito y la utilidad cotidiana de un dios casero y omnipresente.

En contraste con semejante inmovilidad, o con mi interpretación de la misma, el viejo de Rumm me dio un atisbo portentoso con su breve y singular frase, y pareció echar por tierra mis teorías sobre la naturaleza árabe. Lleno de temor reverencial, puse fin a mi baño, y me dirigí a recuperar mi ropa. El viejo se tapó los ojos con las manos y gimió profundamente. Con suaves palabras le persuadí de que se levantara y me dejara coger mis ropas, y bajara conmigo por el inverosímil sendero que los camellos habían ido abriendo en su continuo subir y bajar hasta los manantiales. Tomó asiento junto a nuestro hornillo de café, donde Mohammed encendió el fuego, mientras yo intentaba conseguir que me enseñara su doctrina.

Cuando la cena estuvo preparada, le dimos de comer, deteniendo durante algunos minutos su manantial de gemidos y palabras entrecortadas. Ya bien entrada la noche, se puso penosamente en pie y penetró sorda y vacilantemente en la noche llevándose consigo sus creencias, si es que tenía alguna. Los howeitat me dijeron que siempre lo habían conocido vagando entre ellos y musitando cosas extrañas, sin conocer ni el día ni la noche, ni preocuparse por la comida, el trabajo o el techo. Había recibido ayuda de todos ellos, como un hombre perseguido por la desgracia; pero nunca había dicho nada a cambio, ni

hablado en voz alta, salvo cuando se hallaba lejos y a solas, en medio de las ovejas y las cabras.

CAPÍTULO LXIV

Abdulla había conseguido llegar a un buen arreglo. Gasim, ya no desafiante, sino mohíno, no había vuelto a hablar en público, de modo que unos cien hombres de los clanes menores se atrevieron a desafiarlo, prometiéndonos venir con nosotros. Lo discutimos con Zaal, y decidimos probar fortuna. Deteniéndonos más tiempo poníamos en peligro los adherentes de que ahora disponíamos sin demasiadas esperanzas de conseguir más en el estado de ánimo en que se hallaban las tribus.

Se trataba de una pequeña partida, un tercio tan sólo de lo que habíamos esperado conseguir. Nuestra debilidad nos obligaba a modificar deplorablemente nuestros planes; carecíamos además de un líder garantizado. Zaal, como siempre, se mostró capaz de ser un jefe previsor y activo en todo preparativo concreto. Era un hombre de gran temple, pero demasiado próximo a Auda para ser aceptado por los demás; y su afilada lengua, unida al sardónico movimiento de sus azules y húmedos labios, infundía desconfianza y volvía a los hombres reticentes a obedecer, por buenos que fueran sus consejos.

Al día siguiente llegaron los veinte camellos de carga enviados por Feisal; los venían conduciendo veinte libertos, y custodiándolos venían cuatro esclavos de su guardia de corps. Eran éstos los más fiables hombres del ejército, dotados de un especial sentido de los deberes del servicio personal. Hubieran muerto por salvar a su amo herido, o hubieran muerto con él. Asigné dos de ellos a cada sargento, de modo que ante cualquier eventualidad que pudiera ocurrirme, garantizarían su vuelta sanos y salvos. La carga necesaria para la reducida razzia se repartió entre todos, y nos dispusimos a salir de inmediato.

Salimos, pues, de Rumm al amanecer del día dieciséis de septiembre. Aid, el jerife ciego, insistió en venir, a pesar de la pérdida de la visión, diciendo que podía cabalgar, aunque no pudiera disparar, y que, Dios mediante, se despediría de Feisal con espíritu de victoria, volviéndose a casa, sin sentirlo demasiado, para pasar en la inanidad lo que le restaba de vida. Zaal se puso al frente de sus veintinueve nowasera, un clan de árabes de Auda que se proclamaban mis hombres, y eran famosos en todo el desierto por sus hábiles camelleros. Mis duras marchas los empujaban a buscar mi compañía.

El viejo Motlog el Awar, propietario de Yedha, la más hermosa camella de todo el norte de Arabia, se unió a nuestro grupo montándola. La mirábamos con orgullo o con ojos llenos de envidia, según fuera nuestra relación con él. Mi Ghazala era más alta y corpulenta y estaba dotada de un trote más rápido,

pero era demasiado vieja para llevarla al galope. Era, en todo, el único animal del grupo, o incluso de todo el desierto, que podía compararse con Yedha, y mi honor resultaba realzado por su dignidad.

El resto de nuestra partida se desparramaba como un collar roto. Había grupos de zuweida, darausha, togatga y zelebani, y fue en esta marcha cuando por primera vez se me revelaron las virtudes de Hammad el Tugtagi. Media hora después de nuestra partida nos salieron al encuentro desde un valle lateral unos cuantos y avergonzados dhumaniyeh, incapaces de soportar que otros salieran de incursión mientras ellos permanecían ociosos con las mujeres.

Los diversos grupos no se atrevían a dirigirse la palabra, y me pasé todo el tiempo yendo de un lado para otro como una lanzadera, hablando con un ceñudo jeque y luego con otro, con ánimo de conjuntarlos, de modo que antes de que tuviéramos que entrar en acción existiera algún tipo de solidaridad. Por el momento aceptaron tan sólo no tener que oír ninguna palabra de Zaal que tuviera que ver con nuestro orden de marcha, aunque se le reconocía como el más inteligente guerrero, y el más experimentado. Desde mi punto de vista, era el único en quien podía confiarse sin necesidad de estar vigilándole. De los demás, me parecía que ni su palabra, ni sus consejos, ni probablemente tampoco sus rifles eran fiables.

La invalidez del pobre jerife Aid, que sin embargo seguía siendo el líder nominal, me obligó a asumir yo

mismo la dirección, en contra tanto de los principios como del sentido común, ya que el arte especial de la conducción tribal, así como los detalles de los altos para comer y pastar, las rutas, las pagas, las disputas, el reparto del botín, las vendettas y el orden de marcha eran por entero ajenos al programa de estudios de la Facultad de Historia Moderna de Oxford. La necesidad de improvisar estas materias me tuvo demasiado ocupado como para poder contemplar el paisaje, y evitó que tuviera que preocuparme por el modo como asaltaríamos Mudowwara, o por el modo más sorpresivo de usar los explosivos.

Hicimos nuestros altos de mediodía en un fértil lugar, donde la lluvia de la anterior primavera, al caer sobre un talud arenoso, había hecho crecer espesas matas de aquella hierba plateada que nuestros camellos adoraban. El tiempo era suave, tan perfecto como el agosto inglés, y nos retardamos allí con gran contento, recobrados ya de las disputas que habían precedido a nuestra partida, y de esa leve agitación nerviosa que resulta inevitable cuando se deja cualquier asentamiento por temporal que sea. La gente, en nuestras circunstancias, suele echar raíces muy pronto.

Ya bien entrada la tarde echamos a andar de nuevo, descendiendo por un estrecho valle situado entre moderadas paredes de arena; hasta poco antes del atardecer seguimos avanzando sobre un terreno llano de arcilla amarilla, similar al que tan maravillosamente había preludiado las glorias de Rumm. Cerca de sus

límites alzamos nuestro campamento. Mis cuidados para entonces habían dado ya cierto fruto, ya que nos repartimos en sólo tres grupos, en torno a brillantes fuegos de chisporroteante y fulgurante tamarisco. En uno cenaron mis hombres; en el segundo Zaal; en el tercero los restantes howeitat, y bien entrada la noche, cuando todos los jefes habían quedado bien saciados de carne de gacela y pan tierno, se hizo posible atraerlos hacia mi fuego neutral, para discutir de manera racional nuestra marcha del siguiente día.

Parecía que hacia la puesta del sol podríamos abrevar en el pozo de Mudowwara, dos o tres millas antes de llegar ala estación, en un valle protegido. Así pues, con la primera oscurecida, podríamos adelantarnos a examinar la estación a ver si, con nuestra débil fuerza, podíamos intentar un golpe contra ella. Yo me aferraba fuertemente a esta idea (contra el común sentir) ya que era con mucho el punto más crítico de la vía férrea. Los árabes no conseguían verlo, ya que sus mentes no se hacían una idea del largo e interrelacionado frente turco, con sus perentorias exigencias. No obstante, habíamos conseguido una armonía interna, y nos dispersamos confiadamente para ir a dormir.

Por la mañana nos retrasamos nuevamente para comer, teniendo como teníamos sólo seis millas por delante; luego atravesamos el resto de la llanura de arcilla, y penetramos en una llanura de firme suelo calizo, alfombrado de marrones guijarros de pedernal, desgastados por el clima. A ésta seguían una serie de

colinas bajas, separadas por ocasionales lechos de arena, al pie de las escarpadas laderas donde los vientos habían ido depositando su polvo. Ascendimos luego por un valle hasta llegar a una cresta, y de allí, por valles situados del otro lado, vinimos a dar abruptamente, desde los umbrosos y agitados amontonamientos de piedra, a una ancha llanura embebida de sol. Sólo de tanto en tanto una duna baja tendía una suave línea.

Habíamos hecho nuestro alto de mediodía nada más entrar en esta región, y justo al final de la tarde llegamos al pozo. Era éste una charca, de varias yardas cuadradas situada en el fondo de un hondo valle de grandes losas de piedra, guijarros de pedernal y arena. El agua estancada invitaba poco a gustarla. Sobre su superficie se extendía una espesa capa de verdín, de la que sobresalían curiosos abultamientos como vejigas de una flotante pastosidad rosácea. Los árabes explicaron que los turcos habían arrojado camellos muertos a la charca para infectar el agua, pero que con el tiempo el efecto había ido debilitándose. Para mi gusto el efecto aún debiera haberse debilitado más.

Con todo, era aquélla toda la bebida que podíamos conseguir, a menos que tomáramos Mudowwara, así que empezamos a llenar nuestros pellejos con semejante agua. Uno de los howeitat, mientras se hallaba ayudando en esta labor, resbaló en el húmedo borde y se cayó al agua. Su verde manto se cerró como una mancha de aceite sobre su cabeza y lo

ocultó durante un instante; reapareció al poco, boqueando afanosamente, y se arrastró fuera en medio de nuestras risas, dejando tras de sí un agujero negro en medio del verdín, por el que un trozo de carne podrida vino a aparecer como una columna, rodeándonos con su hedor de manera desconcertante.

Al anochecer, Zaal y yo, junto con los sargentos y algunos otros, nos arrastrábamos hacia la estación con todo cuidado. En media hora nos hallábamos en la última cresta antes de ella, en un lugar donde los turcos habían cavado trincheras y construido con piedras un complicado puesto de vigilancia dotado de defensas almenadas, que aquella noche de luna nueva se hallaba vacío. Enfrente nuestro y más abajo se alzaba la estación, con sus puertas y ventanas claramente marcadas por el amarillo de los fuegos de las cocinas y de las luces de la guarnición. Parecía próxima desde donde estábamos, pero la ametralladora de Stokes sólo tenía un alcance de trescientas yardas, por lo que nos acercamos más, consiguiendo escuchar los ruidos del enemigo, y manteniéndonos alerta, no fuera que los ladridos de los perros nos descubrieran. El sargento Stokes rebuscó a izquierda y derecha un lugar donde colocar su ametralladora, pero no halló nada que le satisficiera.

Entre tanto, Zaal y yo nos arrastramos hasta el último trozo de llanada, desde donde podíamos contar las tiendas no iluminadas y escuchar la charla de los soldados. Uno salió hacia donde nos hallábamos, luego dudó. Raspó una cerilla para encenderse un cigarrillo, y

una descarada luz inundó su rostro, de modo que pudimos verle plenamente: un joven y pálido oficial, de vacía expresión. Se detuvo pensativamente un rato, y volvió hacia sus hombres, que susurraban a su paso.

Retrocedimos hacia nuestra colina y nos consultamos entre susurros. La estación era muy larga, hecha de edificios de piedra, tan sólidos que podían resistir nuestras granadas de acción retardada. La guarnición parecía ser de unos doscientos hombres. Nosotros éramos cien, con dieciséis rifles y una familia no muy bien avenida. La sorpresa era el único beneficio que podíamos asegurarnos.

Así que, finalmente, voté por dejarla, para una futura ocasión, que podía estar próxima. Aunque, a decir verdad, por unos azares o por otros, Mudowwara quedó a salvo; y no fue sino hasta agosto de 1918 cuando el cuerpo de camelleros de Buxton le hizo sufrir su destino durante tanto tiempo diferido.

CAPÍTULO LXV

Silenciosamente volvimos a donde estaban nuestros camellos y nos pusimos a dormir. A la mañana siguiente volvimos sobre nuestros pasos para permitir que un pliegue del terreno nos ocultara del ferrocarril, y a continuación nos dirigimos hacia el sur cruzando la llanura arenosa; pudimos ver huellas de gacela, oryx y avestruz, y en un lugar marcas ya viejas de los pies almohadillados de un leopardo. Nos encaminábamos hacia las colinas bajas que rodeaban el límite más alejado de la llanura, con intención de volar un tren, ya que Zaal decía que por aquel lado había una curva como la que necesitábamos para instalar las minas, y que las estribaciones montañosas que la dominaban nos darían un terreno perfecto para emboscarnos e instalar nuestras ametralladoras.

Así que torcimos hacia el este por las lomas meridionales hasta situarnos a media milla de la vía. Allí nos detuvimos en un valle de treinta pies de ancho, mientras unos pocos de nosotros nos llegábamos hasta la vía, que se inclinaba un poco hacia el este para evitar el terreno más elevado que se extendía a nuestros pies. Este terreno terminaba sobre una llana

cornisa situada a cincuenta pies por encima de la vía y orientada hacia el lado norte del valle.

Las ferrovías cruzaban la hondonada sobre un alto talud, horadado por un puente de dos arcos para permitir el paso de las torrenteras. Parecía aquel un lugar ideal para colocar una carga. Era nuestro primer intento de minado eléctrico y no tenía la menor idea de lo que podría ocurrir; pero resultaba razonable pensar que la cosa resultaría tanto más segura colocando el explosivo bajo uno de los arcos, ya que, cualquiera que fuera el efecto sobre la locomotora, el puente se hundiría, descarrilando inevitablemente los restantes vagones.

La cornisa proporcionaría a Stokes una excelente posición. Para las armas automáticas resultaría un poco alta; pero la orientación resultaba perfecta tanto para los trenes que bajaban como para los que subían. Así que decidimos pechar con las desventajas del tiro. Era bueno saber que mis dos subordinados ingleses se hallaban en un mismo lugar, a salvo de sorpresas y con una buena retirada hacia la maleza, ya que aquel día Stokes estaba padeciendo una dolorosa disentería. Probablemente el agua de Mudowwara le había sentado mal a su estómago. Pocos ingleses parecían haber sido dotados por su crianza de una resistencia orgánica a la enfermedad.

Vueltos a donde estaban nuestros camellos, los descargamos, y enviamos a los animales a pastar a un terreno a resguardo situado cerca de unas rocas en pico de las que los árabes rebañaban sal. Los libertos

bajaron la ametralladora de Stokes y sus municiones, los fusiles Lewis y la gelatina junto con su cable eléctrico, su magneto y los instrumentos al lugar elegido. Los sargentos instalaron sus juguetes sobre la cornisa, mientras nosotros bajábamos hasta el puente para excavar un hueco entre los dos soportes de acero donde ocultar mis cincuenta libras de gelatina. Habíamos arrancado el papel que recubría cada carga individual y las habíamos amasado todas con ayuda del calor solar, formando una bamboleante masa metida en un saco de arena.

Sepultar la mina no fue tarea fácil. El talud era escarpado, y en el hueco resguardado que había entre él y la ladera de la colina el viento había ido formando un banco de arena. Nadie fuera de mí lo cruzó, y lo hice pisando con todo cuidado, a pesar de lo cual dejé unas huellas bien visibles sobre la arena blanda. El material del balasto que excavé tuve que recogerlo en mi capa y llevarlo en varios viajes hasta la alcantarilla, desde donde pude distribuirlo de manera natural sobre el lecho de guijarros de la torrentera.

Me llevó dos horas excavar y cubrir la carga; luego vino el difícil trabajo de desenrollar los pesados cables del detonador hasta la colina desde donde pensábamos prender la mina. La capa superior de la arena tenía costra y hubo que romperla para enterrar los cables. Eran unos cables rígidos, que dejaban marcada la superficie barrida por el viento con largas cicatrices parecidas a las huellas de unas culebras ridículamente estrechas y pesadas. Cuando se los

lograba ocultar por un lado, sobresalían por otro. Finalmente, hubo que asentarlos con rocas que, a su vez, habían de ser enterradas a costa de remover mucho el terreno.

Luego, fue necesario, con un saco de arena, nivelar las marcas hasta dejar de nuevo una superficie ondulada; y, por último, arrastrando y abanicando el suelo con los bajos de mi capa, simular el suave barrido del viento; al cabo, todo quedó bien perfilado: ni yo ni ninguno de nosotros podía ver dónde estaba enterrada la carga, ni los cables dobles que desde ella conducían subterráneamente al punto de encendido, a doscientas yardas de distancia, tras la loma ocupada por nuestros fusileros.

Los cables eran lo suficientemente largos como para ir desde esta loma hasta la depresión. Allí empalmamos con los dos cables y los conectamos con el detonador eléctrico. Era un lugar ideal tanto para el aparato como para el hombre que debía detonarlo, salvo por el hecho de que el puente no resultaba visible desde allí.

Esto, no obstante, sólo significaba que alguien tenía que presionar la palanca a una señal dada a lo largo de un punto alejado cincuenta yardas, desde donde sí se divisaba el puente y el extremo del cable. Salem, el mejor esclavo de Feisal, pidió para sí esta tarea honorífica, y se le concedió por aclamación. El final de la tarde lo pasamos mostrándole (con el detonador desconectado) cómo hacerlo, hasta conseguir un ajuste perfecto, oprimiendo él la palanca en el momento

mismo en que yo alzaba mi mano ante la presencia de una imaginaria locomotora sobre el puente.

Volvimos al campamento, dejando a un hombre de vigía sobre la vía. Nuestro equipaje se hallaba abandonado, y miramos perplejos en derredor en busca de los hombres que faltaban, hasta que de pronto los vimos sentados a lo largo de una alta loma, recortándose sobre la dorada luz del atardecer. Les gritamos que se tumbaran o que bajaran, pero persistían en permanecer allí encaramados como una bandada de cuervos encapuchados, perfectamente visibles desde el norte y desde el sur.

Por último decidimos subir hasta donde estaban y apartarlos de la cima donde se encontraban, pero fue demasiado tarde. Los turcos de un pequeño puesto de montaña próximo a Hallat Ammar, cuatro millas al sur de donde estábamos, los habían visto, y abrieron fuego alarmados sobre las largas sombras que el sol del ocaso iba haciendo cada vez más visibles desde el puesto. Los beduinos habían sido en otro tiempo maestros en el arte de utilizar el paisaje, pero en su conformista desprecio de la estupidez de los turcos ya no se tomaban molestias a la hora de hostigarlos. Aquella loma era visible a la vez desde Mudowwara y desde Hallat Ammar, y habían puesto en alerta a ambas guarniciones con su repentina y amenazadora vigilancia.

No obstante, la noche se cerró sobre nosotros, y sabíamos que podíamos dormir pacíficamente hasta la mañana siguiente. Tal vez los turcos creerían que nos

habíamos ido si nuestro lugar aparecía vacío al día siguiente. Así que encendimos fuegos en un valle profundo, nos cocimos pan y nos pusimos cómodos. Las tareas compartidas nos habían convertido en una partida homogénea, y la locura de la loma avergonzaba a todo el mundo hasta el punto de coincidir en que Zaal tenía que ser nuestro líder.

El día rompió con suavidad, y durante horas nos dedicamos a contemplar la vía y sus pacíficos campos. El cuidado constante de Zaal y de su primo cojo Howeimil nos mantuvo escondidos, aunque con dificultad, dada la inquietud insaciable de los beduinos, que nunca se quedan quietos por más de diez minutos, sino que deben trajinar, hacer o decir algo. Este defecto los hacía muy inferiores a los impasibles ingleses para la larga y tediosa tensión de una guerra de esperas. Y eso explicaba en parte su escaso valor en una posición defensiva. Aquel día llegaron a colmarnos de enojo.

Tal vez los turcos, al fin y al cabo, nos habían visto, ya que a las nueve en punto unos cuarenta hombres salieron de sus tiendas en la cima cercana a Hallat Ammar, y en dirección sur avanzaron en orden de batalla. Si los rehuíamos, descubrirían nuestra mina en una hora; si les hacíamos frente con nuestra superior fuerza y los rechazábamos, el ferrocarril tendría noticia de nuestra presencia y se ordenaría una detención del tráfico de trenes. Era un dilema, que momentáneamente intentamos resolver enviando treinta hombres a contrarrestar la patrulla enemiga y, si fuera posible, desviarla ligeramente hacia las

escarpadas colinas. Esto serviría para ocultar nuestra posición principal y reafirmarlos en lo insignificante de nuestra fuerza e intenciones.

Durante algunas horas todo funcionó tal como habíamos esperado; el fuego fue haciéndose cada vez más disperso y distante. Una patrulla de rutina apareció confiadamente desde el sur y cruzó delante de nuestra colina, sobre nuestra mina y en dirección de Mudowwara, sin descubrirnos. La formaban ocho soldados y un fornido cabo, que se enjugaba las cejas, ya que eran más de las once y hacía mucho calor. Cuando se habían alejado de nosotros como una milla o dos, la fatiga del tipo se le hizo excesiva. Ordenó a su partida ir a cobijarse bajo la sombra de una amplia alcantarilla, bajo cuyos arcos pasaba una agradable corriente procedente del este. Y allí, se tumbaron cómodamente sobre la suave arena, bebieron agua de sus botellas, fumaron y finalmente se pusieron a dormir. Supusimos que era la siesta de mediodía que todo buen turco en el cálido verano de Arabia considera una cuestión de principio, y que el hecho de concederse a sí mismo semejante pausa mostraba que éramos menospreciados o ignorados. Sin embargo, estábamos en un error.

CAPÍTULO LXVI

El mediodía nos trajo nuevas preocupaciones. Con mis poderosos gemelos pude divisar a un centenar de soldados turcos que salían de Mudowwara y venían directamente hacia nosotros por la arenosa llanura. Avanzaban muy lentamente, y sin duda con pocas ganas, apenados por tener que renunciar a su querida siesta; con su lenta marcha y su malhumor tardarían más de dos horas aún en alcanzarnos.

Empezamos a recoger nuestra impedimenta, preparándonos para salir al campo, tras haber decidido dejar colocada la mina con la esperanza de que los turcos no consiguieran encontrarla y pudiéramos volver para aprovechar el trabajo realizado. Enviamos a un mensajero a nuestro grupo de cobertura en el sur, para que nos esperaran un poco más allá, cerca de las torturadas rocas que servían de pantalla a nuestros camellos.

Tan pronto hubo partido el mensajero, el vigía gritó que se veía salir humo y nubes de la parte de Hallat Ammar. Zaal y yo nos apresuramos a subir a la cima y vimos que, efectivamente, por su forma y volumen parecía haber un tren detenido en aquella estación.

Mientras intentábamos mirar por encima de la colina, lo vimos empezar a moverse en nuestra dirección. Gritamos a los árabes que se colocaran en sus puestos tan rápido como pudieran, y se produjo un salvaje lío de carreras sobre la arena y la roca. Stokes y Lewis, que iban calzados con botas, no lograron ganar la carrera, pero alcanzaron a situarse en sus puestos, olvidándose de sus dolores y de la disentería.

Los fusileros se colocaron formando una larga línea tras un espolón que iba desde donde estaban las ametralladoras, pasando por donde se hallaba el detonador, hasta la boca del valle. Desde allí podrían disparar directamente sobre los vagones descarrilados a menos de ciento cincuenta yardas, mientras que la distancia de tiro de Stokes y Lewis sería de unas trescientas. Un árabe se colocó de pie detrás de las ametralladoras y nos informaba a gritos de lo que el tren iba haciendo, una precaución necesaria, ya que si transportaba tropas y las desembarcaban detrás del collado donde estábamos, tendríamos que hacerles frente con una velocidad de relámpago y retirarnos luchando cuerpo a cuerpo por el valle. Afortunadamente, el tren siguió avanzando a toda la velocidad que le permitían sus dos locomotoras alimentadas con leña.

Pasó cerca de donde habíamos sido descubiertos, y abrió fuego a discreción en dirección al desierto. Podía oírse el estrépito del tren aproximarse, mientras me hallaba sentado en mi montículo cerca del puente para dar la señal a Salem, que bailaba de rodillas en torno al

detonador, chillando de excitación y rogando a Dios que hiciera fructuosa su acción. El fuego turco resonaba con fuerza, y yo me preguntaba con cuántos hombres tendríamos que enfrentarnos y si la mina nos daría ventaja suficiente para que nuestros ochenta hombres pudieran igualarlos. Hubiera sido mejor efectuar nuestro primer experimento eléctrico en condiciones más simples.

En aquel momento, no obstante, las máquinas, que parecían inmensas, rodaban dando grandes pitidos, dejándose ver sobre la curva. Tras ellas traían diez vagones, armados con troneras para rifles en puertas y ventanas; y en los diminutos nidos hechos de sacos de arena en los techos, los turcos se sostenían precariamente dispuestos a disparar sobre nosotros. No había pensado yo en la posibilidad de dos locomotoras, y sobre la marcha decidí activar el detonador bajo la segunda, de modo que por pequeño que fuera el efecto de la mina, la indemne no fuera capaz de desengancharse y arrastrar consigo los vagones.

Así pues, en el momento en que el morro de la segunda máquina se hallaba sobre el puente levanté la mano hacia Salem. Se produjo un tremendo estruendo y la vía desapareció de la vista tras una espesa columna de humo negro y polvo, de unos cien pies de ancho y otros tantos de alto. De entre la oscura nube surgieron desgarradores entrechoques y largos y sonoros estrépitos de hierros destrozados, mientras una rueda entera de la locomotora salía disparada de

entre la densa nube y pasaba girando musicalmente sobre nuestras cabezas para ir a caer pesada y lentamente en el desierto situado a nuestra espalda. Quitando estos vuelos, lo que a continuación vino fue un silencio mortal, sin gritos humanos ni disparos, mientras la ya agrisada niebla de la explosión se desplazaba desde la vía hacia nosotros, y pasaba sobre la loma hasta perderse en las colinas.

Aprovechando este momento de sosiego corrí a juntarme con los sargentos. Salem cogió su rifle y se precipitó hacia la nube. Antes de que hubiera yo conseguido llegar a donde estaban las ametralladoras, la hondonada se había llenado ya de disparos, y de las marrones figuras de los beduinos que saltaban a vérselas de frente con el enemigo. Miré en derredor para ver qué había ocurrido tan de repente, y vi el tren detenido y desmembrado sobre la vía, con sus vagones laterales acribillados bajo las balas que llovían sobre ellos, mientras los turcos empezaban a salir por las puertas más alejadas para ganar el refugio que suponía el talud de la vía.

Mientras observaba, nuestras ametralladoras iban tableteando sobre mi cabeza, y las largas hileras de turcos de los techos de los vagones iban cayendo, y eran barridas de encima como balas de algodón por la furiosa lluvia de disparos que se abatía sobre ellos y que arrancaba nubes de chispas amarillas a la tablazón. La posición dominante de las ametralladoras constituía una ventaja para nosotros por el momento.

Cuando llegué al lado de Stokes y Lewis, las cosas habían tomado un nuevo giro. Los turcos restantes habían logrado situarse tras el talud, que tenía allí unos once pies de alto, y tras el parapeto de las ruedas disparaban a bocajarro sobre los beduinos a una distancia de veinte yardas por encima del declive recubierto de arena. El enemigo situado en el centro de la curva se hallaba a cubierto de las ametralladoras, pero Stokes introdujo su primer mortero, y al cabo de pocos segundos se produjo un estallido al otro lado del tren, en el desierto.

Ajustó el tornillo de elevación, y su segundo tiro vino a dar por donde los vagones de carga, en el profundo hoyo situado debajo del puente donde los turcos se hallaban refugiados, convirtiendo el lugar en un matadero. Los supervivientes del grupo salieron de estampida, llenos de pánico, hacia el desierto, arrojando por el camino armas y equipo en su carrera. Era ésta la oportunidad de los fusiles Lewis. El sargento fue pasando inflexiblemente de tambor en tambor, hasta que la arena quedó cubierta de cadáveres. Mushagarf, el muchacho sherari que se hallaba tras la segunda ametralladora, echó a un lado su arma con un grito, y se arrojó ladera abajo empuñando un rifle para unirse a los otros, que como fieras salvajes empezaban a irrumpir en los vagones para el saqueo. Había durado todo diez minutos.

Miré hacia arriba con mis gemelos y vi a la patrulla de Mudowwara torcer vacilantemente hacia la vía para interceptar a los fugitivos del tren que huían a todo

correr hacia el norte. Miré hacia el sur y vi a nuestros treinta hombres que aguijaban a sus camellos en nuestra dirección para compartir el botín. Los turcos de aquella parte, viéndolos correr, empezaron a perseguirlos con infinitas precauciones y disparando sobre ellos. Evidentemente, teníamos un respiro de media hora, y luego una doble amenaza pendiendo sobre nosotros.

Corrí ladera abajo hacia los restos del tren, para ver lo que la mina había conseguido hacer. El puente había desaparecido y por su brecha había caído el primer vagón, que estaba lleno de heridos. El choque los había matado a todos salvo a tres o cuatro, y había amontonado los muertos y los moribundos en una masa sangrante en el extremo astillado del coche. Uno de los aún vivos delirantemente gritaba la palabra tifus. Así que cerré la puerta y los abandoné allí dentro.

Los siguientes vagones habían descarrilado y entrechocado, algunos mostraban sus estructuras irreparablemente dañadas. La segunda locomotora era un pálido montón de hierros humeantes. Sus ruedas delanteras se habían disparado hacia arriba, llevándose con ellas un lado de la caldera. La cabina y el ténder aparecían retorcidos, entre el apilamiento de piedras que formaban los restos del puente. Nunca más volvería a funcionar. La locomotora delantera había salido mejor librada: aunque pesadamente descarrilada y medio volcada, con la cabina destrozada, mantenía aún la presión, y el mecanismo de conducción aún estaba intacto.

Nuestro principal objetivo era destruir locomotoras, y había tomado conmigo una caja de pólvora de algodón con una espoleta y un detonador ya preparados, para semejante eventualidad. El sitio mejor hubiera sido la caldera, pero el piafante vapor me hizo temer una explosión general que barriera también a mis hombres (que pululaban como hormigas sobre el botín) con una explosión de metralla. Con todo, no terminarían su pillaje antes de que los turcos llegaran. Por lo que encendí la espoleta, y durante el medio minuto de su encendido conseguí apartar a los saqueadores con no poca dificultad. Al cabo la carga estalló, haciendo pedazos el cilindro y también el eje. En ese momento llegué a preguntarme preocupado si aquel daño sería suficiente; pero, posteriormente, los turcos vieron que la máquina estaba inservible y terminaron de volarla.

El valle mostraba un extraño aspecto. Los árabes, que se habían vuelto medio locos, corrían de un lado para otro con la cabeza descubierta y medio desnudos, gritando, disparando al aire, mientras irrumpían en los despanzurrados vagones de carga y cargaban tambaleándose inmensas balas, que abrían al lado de las vías, y revolvían de arriba abajo, rompiendo lo que no les interesaba. El tren iba lleno de refugiados y enfermos, voluntarios del servicio fluvial del Éufrates y familias de los oficiales turcos que volvían a Damasco.

Había desperdigados trozos de alfombras, docenas de colchones y colchas floreadas, mantas a montones, y toda clase de ropas de hombre y de mujer, relojes, cazuelas, comida, ornamentos y armas. En un lado se

hallaban de pie treinta o cuarenta mujeres histéricas y sin velo, que se mesaban los cabellos y las ropas, chillando como obsesas. Los árabes sin mirarlas seguían arruinando su menaje casero, pillando en él a placer. Los camellos se habían vuelto de propiedad común. Cada hombre cargaba sobre el más próximo lo que podía transportar y lo empujaba de una patada hacia el oeste, en dirección al desierto, mientras se volvía hacia el siguiente reclamo.

Viéndome pasablemente desocupado, las mujeres se arrojaron hacia mí, y empezaron a pedirme piedad a gritos. Les aseguré que no pasaba nada, pero no se marcharon hasta que varios maridos vinieron a librarme de ellas. Éstos echaron a sus mujeres a golpes y se aferraron a mis pies en una verdadera agonía de terror ante la muerte inminente. Ver a un turco tan degradado era un insoportable espectáculo; los aparté a patadas tanto como pude con mis pies desnudos, y pude al fin quedar libre de ellos.

Inmediatamente un grupo de austriacos, oficiales y suboficiales sin destino, vino a pedirme cuartel en turco. Yo les contesté con mi entrecortado alemán; ante lo que uno de ellos, en inglés, pidió un doctor para curar sus heridas. No teníamos ninguno, aunque no importaba, porque estaba mortalmente herido y agonizante. Les dije que los turcos llegarían en una hora y se cuidarían ellos. Pero murió antes de eso, lo mismo que muchos otros (instructores de los nuevos howitzer de montaña Skoda proporcionados a Turquía para la guerra del Heyaz), pues surgió una disputa

entre ellos y mi propia guardia de corps, y uno de ellos disparó al joven Rahail. Mis enfurecidos hombres los masacraron, a todos menos dos o tres, antes de que yo pudiera volver para impedirlo.

Hasta donde podía ver en medio de la excitación, no habíamos sufrido una sola baja. Entre los noventa militares prisioneros había cinco soldados egipcios en paños menores. Me conocían, y me explicaron que en una incursión nocturna de Davenport, cerca de Wadi Ais, habían quedado aislados entre los turcos, que los habían capturado. Me contaron algo del trabajo de Davenport, de su actuación en el sector de Abdulla, que mantenía un mes tras otro sin ninguno de los impulsos que a nosotros nos proporcionaban el éxito y el entusiasmo local. Sus mejores ayudantes eran soldados de infantería tan impasibles como éstos, a quienes encomendé conducir a los prisioneros hasta nuestro convenido lugar de cita en las rocas salinas.

CAPÍTULO LXVII

Lewis y Stokes habían bajado a ayudarme. Me hallaba un tanto preocupado por ellos, ya que los árabes habían perdido el juicio y se hallaban dispuestos a atacar tanto a amigos como a enemigos. Tres veces había tenido que enfrentarme, mientras pretendían no conocerme y echaban mano a mis cosas. No obstante, los trajinados uniformes kaki de los sargentos presentaban escasos atractivos. Lewis se dirigió hacia el este por la vía para contar los treinta hombres que había matado; y, de paso, para encontrar oro turco y trofeos en sus morrales. Stokes fue a darse una vuelta por el puente roto, vio los cuerpos de veinte turcos que había hecho pedazos con su segundo mortero, y se retiró de allí a toda prisa.

Ahmed vino junto a mí con los brazos llenos de botín y gritó (no hay árabe que pueda hablar normalmente con la emoción de la victoria) que había una anciana en el último vagón que quería verme. Lo envié de inmediato, tras haberle vaciado las manos, a buscar mi camello y algunos camellos más de carga para recoger las armas, ya que el fuego del enemigo empezaba a hacerse en aquel momento plenamente

audible, y los árabes, atiborrados de despojos, empezaban a escapar uno a uno hacia las colinas, llevándose consigo al trote a los camellos para ponerlos a salvo. Era una mala táctica haber dejado la recogida de las armas para el final, pero la confusión de los primeros momentos y la abrumadora victoria habían embotado nuestro juicio.

En el fondo del vagón tomaba asiento una anciana y temblorosa dama árabe, que me preguntó qué estaba pasando. Se lo expliqué. Me dijo que aunque era vieja amiga y anfitriona de Feisal, se hallaba demasiado enferma para viajar y prefería esperar allí la muerte. Le respondí que nadie le haría daño. Los turcos estaban a punto de llegar, y se harían cargo de lo que quedaba del tren. Ella lo creyó, y me rogó que le buscara a su vieja esclava negra, para que le trajera agua. La esclava le llenó una taza en el chorreante ténder de la primera locomotora (deliciosa agua, con la que Lewis estaba saciando su sed), y a continuación la conduje hasta su agradecida ama. Meses más tarde me llegó secretamente de Damasco una carta y una hermosa alfombrilla baluchi remitidas por la señora Ayesha, hija de Yellal el Lel, de Medina, en recuerdo de nuestro curioso encuentro.

Ahmed no volvió con los camellos. Mis hombres, poseídos por la avaricia, se habían dispersado junto con los beduinos. Los sargentos y yo nos hallábamos solos en medio del desastre, que destilaba en aquel momento un extraño silencio. Empezamos a temer que tuviéramos que abandonar las armas y echar a correr,

pero justo en aquel momento vimos dos camellos que daban la vuelta a toda prisa. Zaal y Howeimil me habían echado de menos y habían vuelto en mi busca.

Estábamos enrollando el cable eléctrico, pieza fundamental. Zaal saltó de su camello y quiso que me montara en él y me fuera; pero en vez de esto cargamos al animal con el cable y el detonador. Zaal aún encontró tiempo para reírse de nuestro pintoresco botín, con todo el oro y la plata que había en el tren. Howeimil estaba totalmente tullido como consecuencia de una herida en la rodilla, y no podía caminar, pero lo hicimos tumbar en su camello, y cargamos en él las metralletas Lewis, atadas culata contra culata como tijeras, detrás de su silla. Quedaban los morteros de trinchera; pero Stokes reapareció en aquel momento, llevando ineptamente del ronzal a un camello de carga que había encontrado vagando. Cargamos en él los morteros a toda prisa; coloqué a Stokes (que se hallaba todavía débil de su disentería) en la silla de Zaal, junto con las metralletas Lewis, y arreamos a los tres camellos al cuidado de Howeimil, a su mejor trote.

Entre tanto, Lewis y Zaal, ocultos en un protegido e invisible hoyo situado tras la vieja posición de la ametralladora, hicieron una hoguera con las cajas de cartuchos, petróleo y basura, reunieron en torno a ella los tambores de las Lewis y la munición suelta de las armas cortas y, a modo de guindas, colocaron algunas bombas de mortero sueltas. Luego, echaron a correr. Según las llamas fueron alcanzando la cordita y el amonal empezó a producirse un continuo y colosal

estrépito. Los miles de cartuchos empezaron a estallar en serie como una masa de ametralladoras, y también las bombas, despidiendo columnas de polvo y humo. Los turcos que se aproximaban, impresionados por el tremendo estrépito, creyeron que nos hallábamos fuertemente atrincherados a la defensiva. Pararon en seco, se pusieron a cubierto y empezaron a rodear con cuidado nuestra posición y estudiarla según las reglas de manual, mientras nosotros buscábamos refugio a toda prisa entre las lomas.

Parecía ser un final feliz de todo aquel asunto, y nos sentimos satisfechos de haber salido con no más pérdidas que mi camello y mi equipaje, aunque esto incluía el apreciado equipo de los sargentos. No obstante, había comida suficiente en Rumm, y Zaal creía que sin duda lograríamos reencontrar nuestras propiedades entre los hombres de la partida, que nos esperaban más adelante. Así fue. Mis hombres se habían cargado de botín, y con ellos tenían nuestros camellos, cuyas alforjas se habían librado milagrosamente del saqueo y parecían listas para nuestra monta.

Suavemente expresé cuál era mi opinión sobre los dos hombres a los que se les había ordenado traer los camellos al cesar el fuego. Éstos adujeron que la explosión había asustado y dispersado a todo el mundo, y que luego los árabes habían empezado a apoderarse de todo animal que veían. Probablemente era cierto; pero también lo era que mis hombres se valían muy bien por sí mismos y podían haber hecho

algo. Preguntamos si había alguien herido, y una voz dijo que el muchacho shimt —un tipo muy arrojado— había resultado muerto en la primera carga contra el tren. Esta carga había sido una equivocación, llevada a cabo sin instrucciones, dado que las armas de Lewis y Stokes habrían terminado el asunto por sí solas. Así que pensé que semejante baja no tenía por qué reprochárseme.

Tres hombres habían resultado ligeramente heridos. Entonces uno de los esclavos de Feisal reveló que Salem no aparecía. Juntamos a todo el mundo y les preguntamos al respecto. Al fin un árabe dijo que lo había visto yaciendo herido, justo al otro lado de la locomotora. Esto hizo recordar a Lewis que había visto a un negro tendido en tierra, allí, malherido, sin darse cuenta de que era uno de los nuestros. No me lo habían dicho y me sentí enfadado, ya que la mitad de los howeitat lo conocían, y Salem estaba a mi cargo. Por su culpa de nuevo había dejado atrás a otro amigo.

Pedí voluntarios para volver a buscarlo. Después de un rato, Zaal consintió, y con él doce de los nowasera. Cruzamos con trote rápido la llanura hasta la vía. Al coronar la penúltima loma todos pudimos ver el descarrilamiento y una multitud de turcos pululando en derredor. Debía haber unos ciento cincuenta, y nuestro intento carecía de sentido. Salem debía hallarse muerto, puesto que los turcos no tomaban prisioneros árabes. En verdad, solían rematarlos de una manera horrible; de modo que, por misericordia, solíamos poner

fin nosotros mismos a los que sin esperanza debíamos abandonar sobre el terreno.

Debíamos olvidarnos de Salem; pero, para sacarle algún partido a nuestro regreso, le sugerí a Zaal que nos deslizáramos valle arriba para recuperar el equipo de los sargentos. Se mostró favorable, y avanzamos hasta que los disparos de los turcos nos obligaron a cubrirnos detrás de un talud. Nuestro campamento había estado situado en el siguiente hondón, tras unas cien yardas de llanada. Así que, cuidando bien el tiempo, uno o dos de los muchachos más veloces atravesaron el tramo corriendo para traer las alforjas. Los turcos se hallaban lejos, y el fuego de largo alcance de los turcos siempre era malo. Pero cuando hicimos el tercer viaje echaron mano de una ametralladora, y las polvorientas ráfagas de las balas sobre las oscuras guijas de pedernal les permitieron agruparse en torno nuestro.

Despaché a los muchachos, recogí lo más ligero y valioso de cuanto quedaba de equipaje y volví junto al grupo. Pusimos pies en polvorosa ladera abajo en descubierta. A campo raso, los turcos pudieron contar fácilmente nuestro escaso número. Cobraron ánimos y echaron a correr tras nosotros por ambos flancos para cortarnos la huida. Zaal se tiró de su camello, escaló con cinco hombres la cima del collado que acabábamos de cruzar y empezó a disparar contra ellos. Era un magnífico tirador, a quien había visto derribar una gacela desde su silla a la segunda bala y a

una distancia de trescientas yardas, y su fuego los contuvo.

Nos instó a los que íbamos cargados a que cruzáramos hasta el siguiente hondón y a cubrirlo mientras él nos alcanzaba, y de esta manera fuimos retirándonos de loma en loma, poniendo en juego una buena acción dilatoria y alcanzando a trece o catorce turcos a costa de cuatro camellos nuestros heridos. Por último, cuando ya nos hallábamos a sólo dos lomas de distancia de nuestras fuerzas de apoyo, hizo su aparición un jinete solitario. Era Lewis, con una metralleta Lewis eficientemente colocada sobre sus muslos. Había oído el rápido intercambio de disparos y había ido a ver si necesitábamos ayuda.

Aquello dio un vuelco a nuestro favor, y cambió mi estado de ánimo, pues me hallaba muy enojado con los turcos, que habían matado a Salem y nos venían persiguiendo sin darnos resuello ni cuartel. Nos preparamos pues para dar una sorpresa a nuestros perseguidores; pero o bien éstos sospecharon de nuestro silencio, o tuvieron miedo de haberse alejado demasiado; comoquiera que fuera, no volvimos a saber más de ellos. Al cabo de unos minutos nos serenamos y nos recuperamos lo suficiente como para ir a juntarnos con el resto.

Habían ido avanzando muy cargados. De nuestros noventa prisioneros, diez eran amistosas mujeres de Medina que habían elegido ir a La Meca por medio de Feisal. Había veintidós camellos sin jinete, y las mujeres se habían subido hasta de cinco en cinco,

mientras los heridos iban por pares en los camellos restantes. Estaba ya bien entrada la tarde. Nos hallábamos exhaustos y los prisioneros se habían bebido toda nuestra agua. Debíamos llenar de nuevo nuestros pellejos en el viejo pozo de Mudowwara aquella noche para sostenernos hasta Rumm.

Y, puesto que el pozo se hallaba cercano a la estación, resultaba altamente deseable que pudiéramos sortearla, a menos que los turcos adivinaran nuestra deriva y nos pillaran desprevenidos. Nos dividimos en pequeñas partidas y de esta manera enfilamos hacia el norte. Las victorias siempre terminaban deshaciendo las fuerzas árabes, de modo que ya no éramos una fuerza de ataque, sino una bamboleante caravana de equipajes, cargada a más no poder con bienes suficientes de menaje como para hacer rica durante años a toda una tribu.

Mis sargentos me pidieron cada uno una espada, como recuerdo de su primera batalla privada. Y mientras me adelantaba en la columna para buscarles algo, me topé de pronto con los libertos de Feisal; y, para mi asombro, en la grupa de uno de ellos, atado a él, empapado en sangre e inconsciente, iba el perdido Salem.

Me acerqué a Ferhan y le pregunté dónde lo habían encontrado. Me dijo que cuando el mortero de Stokes lanzó su primera bomba, Salem se abalanzó hacia el otro lado de la locomotora, y uno de los turcos lo alcanzó en la espalda. La bala se había desplazado hasta cerca de la columna, sin que, a su juicio, lo

hubiera herido mortalmente. Cuando se llevó a efecto el saqueo del tren, los howeitat lo despojaron de su capa, su daga, su rifle y su pañuelo. Miybil, uno de los libertos, lo había encontrado y lo había subido a su camello y empezó a abrirse camino rumbo a casa sin decir nada. Ferhan lo había alcanzado por el camino y lo había relevado en el transporte de Salem, quien, cuando más tarde se recobró totalmente, me guardó siempre un cierto rencor por haberlo abandonado, cuando formaba parte de mi séquito y estaba herido. Yo había faltado a la lealtad. Mi hábito de esconderme tras un jerife tenía por objeto evitar tener que medirme por los implacables patrones árabes, que no tienen piedad con los extranjeros que llevan sus ropas e imitan sus maneras. No siempre me vi cogido en falta con un escudo tan pobre con el ciego jerife Aid.

Alcanzamos el pozo tras tres horas de marcha y abrevamos sin contratiempos. A continuación avanzamos otras diez millas o así, poniéndonos a cubierto de posibles persecuciones. Allí nos tendimos a dormir, y por la mañana nos despertamos felizmente cansados. Stokes había sentido sobre sí el peso de la disentería toda la noche anterior, pero se durmió y el fin de las inquietudes le sentó bien. El, yo y Lewis, los únicos desprovistos de carga, fuimos abriendo la marcha por sucesivas llanuras arcillosas hasta que poco antes de la puesta del sol nos vimos en el fondo de Wadi Rumm.

Esta nueva ruta era importante para nuestros carros blindados, porque sus veinte millas de barro endurecido

les permitirían alcanzar Mudowwara con facilidad. Y si así era, seríamos capaces de detener la circulación de trenes cuando quisiéramos. Pensando en esto, penetramos en la gran avenida de Rumm, aún suntuosamente adornada con los colores del atardecer; los acantilados tenían un color tan rojo como las nubes de poniente, y como ellas ascendían por matices y escalas hasta tocar el cielo. Nuevamente sentimos de qué modo Rumm inhibía la excitación con su serena belleza. Tan impresionante grandeza nos empequeñecía, nos despojaba de la risueña capa con que habíamos atravesado las alegres llanuras.

Cayó la noche, y el valle se convirtió en un paisaje de fantasía. Los invisibles acantilados tomaban cuerpo de presencias; la imaginación intentaba reconstruir el plano de sus estructuras dibujando el oscuro patrón que recortaban sobre el dosel estrellado. La negrura de la profundidad era muy real; era una noche para dejar de creer en el movimiento. Sentíamos sólo el paso de nuestros camellos, según hora tras hora monótona y suavemente iban articulando su insignificante avance, con una pared enfrente no más cercana y una detrás no más lejana que al principio.

Hacia las nueve de la noche nos vimos frente a la hoya donde estaba el agua y nuestro viejo campamento. Conocimos el lugar debido a que la profunda oscuridad se hacía allí más húmeda y más oscura. Hicimos torcer a nosotros camellos hacia la derecha y avanzamos hacia la roca, que elevaba sus crestas cupuladas tan altas por encima de nosotros que

los cordones de nuestros pañuelos se nos resbalaban hasta el cuello de tanto mirar hacia arriba. Seguramente bastaba con extender las baquetas de nuestros camellos hacia el frente para tocar sus paredes; pero todavía avanzamos un buen trecho bajo sus cimas.

Al fin alcanzamos los altos arbustos, y entonces grité. Un árabe respondió a mi grito. Los ecos de mi voz reverberando desde las paredes rocosas chocaron con su grito ascendente, y los sonidos se envolvieron mutuamente y lucharon entre sí en medio de los riscos. Una llama pestañeó pálidamente hacia el lado izquierdo, y allí hallamos a Musa, nuestro vigía. Encendió éste un fuego de madera poderosamente aromada, y a su luz abrimos latas de carne y las devoramos vorazmente, tragando, entre bocado y bocado, cuenco tras cuenco, la deliciosa agua del lugar, fría como el hielo, embriagadora después de la horrible pócima de Mudowwara, que durante días había resecado nuestra garganta.

Dormimos hasta la arribada del resto. Y dos días más tarde estábamos en Akaba, donde entramos rodeados de gloria, cargados de preciosos regalos y jactándonos de que los trenes estaban a nuestra merced. Desde Akaba, los dos sargentos tomaron apresuradamente un barco para Egipto. El Cairo había recordado su existencia y se había mostrado molesto a causa de su ausencia. No obstante, podían arrastrar el castigo con alegría. Habían ganado una batalla con sus solas fuerzas, habían sufrido disentería, se habían

alimentado de leche de camella y habían aprendido a montar a camello, a razón de cincuenta millas al día sin esfuerzo. Allenby les concedió una medalla a cada uno.

CAPÍTULO LXVIII

Fueron pasando los días, dedicados a hablar de política, organización y estrategia con Feisal, mientras avanzaban los preparativos de una nueva operación. Nuestra suerte había hecho entrar en actividad al campamento; y la voladura de trenes prometía convertirse en algo popular si conseguíamos arrastrar al uso de semejante técnica a suficientes hombres como para formar varias partidas. El capitán Pisani fue el primer voluntario. Era el experimentado comandante de los franceses en Akaba, y un activo soldado que ardía por distinguirse, y por las distinciones. Feisal me encontró tres jóvenes damascenos de buena familia que ambicionaban dirigir las incursiones tribales. Fuimos hasta Rumm y anunciamos que aquel ataque estaba reservado para el clan de Gasim. Semejante noticia les hirió, pero la codicia no los permitía rehusar. Todo el mundo durante varios días pululó en derredor para juntársenos. A la mayor parte se les rechazó; no obstante, salimos con ciento cincuenta hombres y una gran recua de camellos de carga vacíos para el botín.

Para variar decidimos trabajar en las cercanías de Maan. Así que nos dirigimos a Batra, ascendiendo del

calor al frío, de Arabia a Siria, del tamarisco al ajenjo. Cuando coronamos el puerto y vimos las montañas teñidas de rojo que se elevaban sobre los pozos infestados de sanguijuelas, sentimos por primera vez la brisa del desierto septentrional; su aire era demasiado fino para ser descrito, y hablaba de soledad perfecta, de hierba seca y de pedernales abrasados por el sol.

Los guías dijeron que el kilómetro 475 sería bueno para una voladura; pero lo encontramos rodeado de fortines, y tuvimos que escabullirnos disimuladamente. Descendimos vía abajo hasta un cruce que ésta hacía sobre el valle por encima de un alto talud, atravesado por puentes en cada uno de los extremos y en el centro. Allí, a medianoche, colocamos una mina automática de un nuevo y poderoso tipo de lidita. Su enterramiento nos llevó horas, y el alba nos pilló mientras aún trabajábamos. No había ninguna luz aparente, y cuando miramos en derredor para saber por dónde estaba disipándose la oscuridad, no pudimos divisar ningún especial indicio del día. Luego, minutos después, el sol apareció muy alto en el horizonte y sobre una borrosa banda de niebla.

Nos retiramos a unas mil yardas valle arriba, por su lecho lleno de maleza, para protegernos del intolerable día. Según pasaban las horas el sol iba aumentando de intensidad, y relucía tan cerca sobre nuestra trinchera que nos sentimos agobiados por sus rayos. Los hombres estaban ensordecidos hasta la locura por la esperanza del éxito. No escuchaban otra voz que la mía, y me llevaban constantemente sus querellas para

que las resolviera. En los seis días que duró la incursión tuve que juzgar y resolver sobre doce casos de asalto a mano armada, dos sustracciones de camellos, un matrimonio, dos robos, un divorcio, catorce venganzas de sangre, dos casos de mal de ojo y uno de hechicería. Tales veredictos llegué a pronunciarlos a pesar de mi imperfecto conocimiento del árabe. Mi fraudulenta actuación me remordía la conciencia. Veía aparecer allí nuevos frutos de la decisión que había tomado, a las puertas de Akaba, de convertirme en un cabecilla de la rebelión. Me hallaba reclutando árabes sobre falsos presupuestos, y ejerciendo una falsa autoridad sobre mis incautos compañeros, fiado tan sólo en que sus propias caras, según aparecían ante mis ojos llorosos y escocidos después de un año de exposición al latido del sol.

Esperamos aquel día y una noche. Al atardecer un escorpión salió corriendo del arbusto bajo el que me había tendido y prendiéndose en mi mano me picó, al parecer, varias veces. El dolor de mi brazo hinchado me mantuvo despierto hasta el segundo amanecer, para alivio de mi sobrecargado espíritu, pues el cuerpo, con el fuego de semejantes heridas sacudiendo mis flemáticos nervios, levantó un clamor suficiente como para interrumpir mis cavilaciones.

Con todo, el dolor de este tipo nunca duraba lo suficiente como para curar del todo el malestar del espíritu. Tras una noche solía dar paso a un dolor interno que provocaba por sí mismo pensamientos y dejaba a su víctima aún más débil de aguante. En tales

condiciones, la guerra se me apareció como una gran locura y mi espúreo liderazgo como un crimen, y, mandando llamar a los jeques me hallaba a punto de abandonar todas mis pretensiones en sus perplejas manos cuando el vigía anunció la proximidad del tren.

Era un transporte de agua procedente de Maan, y pasó sobre la mina sin sufrir daño. Los árabes me lo agradecieron, pues un botín de agua no era lo que soñaban. La mina había fallado, de modo que a mediodía, junto con mis pupilos, bajé a colocar una mina eléctrica sobre la carga de lidita, de modo que la detonación de una encendiera a la otra. Para ocultarla confiamos en el reflejo del sol y la somnolencia típica de los turcos a mediodía; justificadamente, ya que no hubo la menor alarma en la hora que tardamos en enterrar la carga.

Desde el puente situado en la parte sur tendimos los cables hasta el puente de en medio, cuyo arco ocultaría el detonador del tren que le pasaría por encima. Las metralletas Lewis fueron colocadas bajo el puente norte, para barrer el extremo último del tren cuando la mina estallara. Los árabes se esconderían tras los arbustos de un canal transversal del valle situado a unas trescientas yardas por nuestro lado de la vía. Esperamos luego todo un día de fuerte sol y moscas. Patrullas enemigas recorrían activamente la vía, mañana, tarde y noche.

Al segundo día, hacia las ocho de la mañana, una columna de humo se elevó por la parte de Maan. Al

mismo tiempo empezó a acercarse la primera patrulla. Eran sólo media docena de hombres, pero su alarma detendría el tren; y nosotros mirábamos tensos, preguntándonos quién ganaría la carrera. El tren era muy lento, y a veces la patrulla se detenía.

Calculamos que debían de estar a unas doscientas o trescientas yardas de nosotros cuando el tren se acercó. Ordenamos a todo el mundo ocupar sus puestos. Con doce vagones cargados, la locomotora jadeaba cuesta arriba. Sin embargo, seguía avanzando. Yo me senté cerca de un arbusto en el lecho de la torrentera, a unas cien yardas de la mina, teniendo a ésta a la vista, así como al grupo del detonador y al de las ametralladoras. Cuando Faiz y Badri oyeron la máquina pasar por encima del arco, bailaron una danza guerrera en torno a la caja eléctrica. Los árabes colocados en la zanja me chistaban que ya era hora de disparar, pero hasta que la locomotora no estuvo exactamente sobre el arco no me puse en pie de un salto y empecé a agitar mi capa. Faiz apretó inmediatamente la palanca, y un gran estrépito acompañado de una nube de polvo y negrura estalló, como en Mudowwara una semana antes, y me envolvió en el sitio donde me hallaba sentado, mientras el asfixiante humo amarillo-verdoso de la lidita pendía perezosamente sobre el descarrilamiento. Las ametralladoras Lewis dispararon de inmediato, tres o cuatro ráfagas cortas; se oyó un grito de los árabes, y, encabezados por Pisani, que daba voces parecidas al

vibrante grito de guerra de las mujeres, se abalanzaron en salvaje torrente sobre el tren.

Un turco sobre los topes del cuarto vagón por la cola, soltó los enganches, y dejó que la cola del tren empezara a deslizarse cuesta abajo. Yo hice un lánguido esfuerzo por colocar una piedra tras las ruedas, pero no me preocupé mucho por hacerlo bien. Me parecía justo e ingenioso que toda esta parte del botín pudiera escapar. Un coronel turco me disparó desde una ventana con una pistola Mauser, rasgándome la carne de la cadera. Me reí del exceso de energía de este hombre, que creía, como oficial regular, que la guerra adelantaba matando a un individuo.

Nuestra mina había volado casi entero el arco del puente. De la locomotora la caldera estaba despanzurrada y muchos tubos rotos. La cabina se hallaba vacía, con un cilindro desaparecido, la estructura descuadernada y dos ruedas de tracción, junto con sus bielas, hechas trizas. El ténder y el primer vagón estaban encajados uno dentro del otro. Unos veinte turcos habían perdido la vida, y otros cayeron prisioneros, incluidos cuatro oficiales, que se hallaban de pie al lado de la vía, sollozando por una vida que los árabes en modo alguno pensaban quitarles.

La carga de los vagones eran alimentos, unas setenta toneladas de «aprovisionamiento urgente», según rezaba la hoja de ruta, para Medain Salih. Le enviamos una hoja de ruta a Feisal, como informe detallado de nuestro éxito, y dejamos la otra como

recibo en el furgón. También echamos a patadas hacia el norte a una docena de civiles, que pensaban llegar a Medina.

Pisani supervisó el transporte o destrucción del botín. Como la vez anterior, los árabes pasaban a convertirse en meros camelleros, que marchaban tras sus cargados animales. Farray sostuvo mi camello, mientras Salem y Dheilan ayudaban con el detonador y el muy pesado cable. Partidas turcas de rescate se hallaban a cuatrocientas yardas de distancia cuando hubimos terminado, pero pudimos partir sin un solo hombre herido o muerto.

Mis discípulos empezaron a practicar luego ellos solos el arte del minado y enseñaron a otros. Los rumores acerca de sus éxitos empezaron a correr de tribu en tribu como una ola; y no siempre de forma inteligente. «Envíanos un lurens y volaremos trenes con él», le escribieron los beni Atiyeh a Feisal. Este les envió a Saad, un ageyl de rompe y rasga, con cuya ayuda consiguieron asaltar un tren donde viajaba Suleimán Rifada, nuestra vieja pesadilla de Weyh, junto con veinte mil libras de oro, y preciosos trofeos. Saad repitió la historia quedándose sólo el cable como botín.

Durante los siguientes cuatro meses, nuestros expertos de Akaba destruyeron diecisiete locomotoras. Viajar se convirtió para el enemigo en un terror incierto. En Damasco, los viajeros se peleaban por los asientos de cola, y hasta pagaban precios extra por ellos. Los conductores de locomotoras se declararon en huelga. El tráfico civil se detuvo casi por completo; y nosotros

extendimos nuestra amenaza hasta Aleppo con sólo fijar una noche sobre la puerta del ayuntamiento de Damasco un aviso, según el cual en adelante los buenos árabes viajarían en los ferrocarriles de Siria bajo su propia responsabilidad. La pérdida de tal número de máquinas hizo mella en los turcos. Puesto que el material rodante se repartía entre Palestina y el Heyaz, nuestras destrucciones no sólo hicieron la evacuación en masa de Medina imposible, sino que empezaron a dejar clavado al Ejército en las cercanías de Jerusalén, en el momento mismo en que crecía la amenaza británica.

Entre tanto, Egipto me había hecho llamar. Un aeroplano me transportó al cuartel general, donde Allenby, con espléndida fuerza de voluntad, estaba rehaciendo el quebrantado ejército británico. Me preguntó qué significaban todos nuestros ataques a los ferrocarriles; o más bien, si significaban algo más que una publicidad melodramática de la causa de Feisal.

Le expliqué mi esperanza de dejar la línea funcionando al mínimo, pero sólo al mínimo, hasta Medina, donde el ejército de Fajri se alimentaba así mismo a un costo más bajo de lo que resultaría si los tuviéramos prisioneros en Egipto. El modo más seguro de limitar la línea sin rematarla era atacando los trenes. Los árabes ponían en el minado de trenes un entusiasmo que no mostraban en las demoliciones. No podíamos cortar todavía las vías, ya que las cabeceras de línea seguían siendo los puntos más fuertes de cada tendido, y preferíamos debilitar los puntos vecinos más

próximos del enemigo, hasta que nuestro ejército regular se hallara bien entrenado y equipado y fuera lo suficientemente numeroso para poder ocupar Maan.

Me preguntó acerca de Wadi Musa, dado que los mensajes turcos mostraban su intención de asaltarla de inmediato. Yo le expliqué que intentábamos provocar a los turcos a que atacaran Wadi Musa, y estábamos a punto de vernos recompensados con su caída en nuestra trampa. Circulábamos en pequeñas partidas, y no en formación cerrada, por lo que sus aeroplanos no conseguían estimar correctamente nuestro número. Tampoco había espías que pudieran contarnos, puesto que ni nosotros mismos teníamos idea de nuestra fuerza en todo momento.

En cambio, nosotros los conocíamos a ellos con total exactitud, cada unidad y cada hombre que movían. Ellos nos trataban como regulares, y antes de aventurarse a avanzar contra nosotros, calculaban la fuerza total con que podríamos hacerles frente. Nosotros, en cambio, mucho menos ortodoxos, sabíamos exactamente con qué fuerzas nos harían frente. Esto nos equilibraba con ellos. Hasta aquel momento el Movimiento Árabe había vivido en la estimulante pero resbaladiza tierra de nadie entre el «poder» y el «querer». Ahora no podíamos dejar ya margen para el error, en realidad «sin margen» era la consigna de Akaba, que estaba en boca de todos.

Cuando al fin se produjo, el ataque de Yemal sobre Wadi Musa no hizo el menor ruido. Maulud presidió la batalla con magnificencia. Se abrió por el centro, y con

el mayor humor dejó pasar a los turcos hasta romperse la cabeza contra los acantilados cortados a pico del refugio árabe. Luego, cuando aún se hallaban perplejos y maltrechos, cayó sobre ellos desde ambos flancos. Nunca volvieron a atacar una posición árabe fortificada. Sus pérdidas fueron graves, pero la pérdida de moral, al encontrarnos a la vez invisibles y llenos de recursos, les costó mucho más cara que las bajas. Gracias a Maulud, Akaba quedó libre de toda preocupación sobre su seguridad.

LIBRO VI
EL ATAQUE A LOS PUENTES

Capítulos LXIX a LXXXI

Hacia noviembre de 1917, Allenby se hallaba preparado para desencadenar un ataque general contra los turcos a lo largo de todo el frente. Los árabes tenían que haber hecho lo mismo en su sector, pero tuve miedo de tirar todo lo hecho por la borda, e ideé en vez de ello la engañosa operación de cortar la vía férrea del valle del Yarmuk para provocar el desorden en la prevista retirada turca. Esta tibia medida obtuvo el fracaso que se merecía.

CAPÍTULO LXIX

Octubre, así pues, fue para nosotros un mes de anticipación, sabiendo como sabíamos que Allenby, junto con Bols y Dawnay, planeaban atacar el frente de Gaza-Beersheba, mientras los turcos, un ejército más bien pequeño totalmente atrincherado, dotado de excelentes comunicaciones laterales, se habían visto jactanciosamente llevados a imaginar, por una serie de sucesivas victorias, que todos los generales británicos eran incapaces de conservar lo que sus tropas les habían ganado a costa de una dura lucha.

Se engañaban a sí mismos. La llegada de Allenby había rehecho a los ingleses. Su amplia personalidad disipó las brumas de los celos departamentales que habían envuelto a Murray y a sus hombres. El general Lynden Bols dejó paso al general Bell, jefe de Estado Mayor de Allenby en Francia, un tipo pequeño, listo, valiente y agradable; un militar táctico, tal vez, pero principalmente un admirable e invisible complemento para Allenby, que solía apoyarse en él. Desgraciadamente, ninguno de los dos tenía poder para elegir a sus hombres; aunque el buen juicio de

Chetwode los complementó con Guy Dawnay como tercer miembro del Estado Mayor.

Bols carecía de opiniones, y también de conocimientos. Dawnay era principalmente intelecto. No tenía la ambición de Bols, ni el talante tranquilo y la comprensión humana de Allenby, que era el hombre por quien todo el mundo trabajaba, la imagen a la que todos rendíamos culto. El frío y tímido intelecto de Dawnay supervisaba nuestros esfuerzos con ojo avizor, siempre pensando y pensando. Bajo su matemática superficie escondía apasionadas y múltiples convicciones, un razonado academicismo en asuntos de guerra y la brillante acritud de un juicio decepcionado del mundo y de la vida.

Era el menos profesional de los jefes militares, un banquero que leía historia griega, un estratega sin complejos y un ardiente poeta con dominio de las cosas cotidianas. Durante la guerra había sufrido la desgracia de planear el ataque a Suvla (desvirtuado por incompetentes tácticos) y la batalla de Gaza. Al ver arruinado todo su trabajo, acabó encerrándose en la dureza de un gélido orgullo, ya que tenía madera de fanático.

Allenby, a fuerza de no advertir su insatisfacción, logró romper el hielo; y Dawnay respondió dando de sí en el avance sobre Jerusalén todo su talento, que poseía en abundancia. La unión cordial de estos dos hombres volvió desesperada desde el principio la posición de los turcos.

Sus divergentes caracteres se reflejaban en aquel intrincado plan. Gaza había sido rodeada de trincheras al estilo europeo, con varías líneas sucesivas de defensas en reserva. Era tan obviamente el punto más fuerte del enemigo que el Alto Mando británico lo había escogido ya por dos veces para un ataque frontal. Allenby, recién llegado de Francia, insistió en que cualquier ulterior ataque a dicha plaza debía llevarse a cabo con un abrumador número de hombres y cañones, manteniéndose su empuje con enormes cantidades de todo tipo de transportes. Bols había dado su asentimiento a esto. Dawnay no era hombre de entablar una batalla frontal. Él quería destruir la fortaleza del enemigo con el menor bullicio posible. Como un consumado político posó de jefe campechano para encubrirla profundidad última de esa justificable debilidad. Aconsejó una penetración hasta el extremo último del frente turco, en las cercanías de Beersheba. Para abaratar su victoria quiso que el enemigo situara su fuerza principal a espaldas de Gaza, lo que quedaría mucho mejor garantizado si la concentración británica permanecía oculta, de modo que los turcos creyeran que el ataque por el flanco sería un mero amago. Bols dio su asentimiento.

Consecuentemente, los movimientos de tropas se llevaron en el mayor secreto; pero Dawnay encontró un aliado en su departamento de inteligencia, que le aconsejó ir más allá de las precauciones negativas, proporcionando al enemigo información concreta (y

tendenciosamente falsa) sobre los planes que estaba madurando.

Este aliado fue Meinertzhagen, un estudioso de las aves migratorias desplazado a la vida militar, cuyo ardiente e inmoral odio hacia el enemigo se expresaba tan bien mediante el engaño como por medio de la violencia. Logró persuadir a Dawnay; Allenby reticentemente concedió, Bols asintió y el plan se puso en marcha.

Meinertzhagen no sabía de medias tintas. Era un tipo lógico, un profundo idealista tan poseído de sus convicciones que pretendía uncir el mal al carro del bien. Era un estratega, un geógrafo y un hombre magistral que se reía a solas, que extraía tanto placer de engañar a sus enemigos (o a sus amigos) con bromas sin escrúpulos, como de aplastarle los sesos a una acorralada multitud de alemanes con uno de sus *knob-kerri* africanos[28]. Sus instintos se veían favorecidos por un cuerpo inmensamente poderoso y un cerebro salvaje, que escogía el mejor camino para consumar su propósito, sin dejarse embarazar por la duda o la costumbre. Meinertzhagen ideó papeles falsos del Ejército, muy complejos y confidenciales, que servirían para indicar a cualquier avezado oficial de Estado Mayor las posiciones erróneas del principal cuerpo de ejército de Allenby, la dirección errónea del ataque previsto y una fecha demasiado tardía. Esta

---

[28] Maza de guerra hotentote. Se trata de una palabra compuesta de la palabra inglesa *Knob* (= garrote nudoso o bastón) y el término hotentote *Kerri* (= lanza, o maza arrojadiza). *(N. del T.)*

información fue trasmitida mediante cuidadosos indicios propagados por medio de mensajes telegráficos cifrados. Cuando supo que el enemigo los había interceptado, Meinertzhagen salió con sus blocs de notas a hacer un reconocimiento. Avanzó hasta ser avistado por el enemigo. En la galopada subsiguiente perdió toda su impedimenta y por poco su propia vida, pero se vio recompensado por su observación de las reservas del enemigo atrincheradas tras las líneas de Gaza y todos sus preparativos reorientados hacia la costa y llevados a cabo con menos urgencia. Al mismo tiempo, una orden de Alí Fuad Pachá precavía a su estado mayor contra la eventualidad de llevar documentos al frente.

Por lo que a nosotros tocaba, en el frente árabe, nuestro contacto con el enemigo era íntimo. Nuestros oficiales árabes habían sido oficiales turcos, y conocían personalmente a todos los líderes del otro lado. Habían sufrido idéntico entrenamiento, pensado lo mismo y adoptado idénticos puntos de vista. Ciertas formas de aproximarnos a los árabes nos permitían explorar a los turcos, comprenderlos, y casi introducirnos en su interior, dentro de sus cabezas. La relación entre ellos y nosotros era universal, ya que la población civil de la zona enemiga estaba totalmente de nuestro lado sin soborno ni persuasión. En consecuencia, nuestro servicio de Inteligencia era el más amplio, completo y seguro que pudiera imaginarse.

Conocíamos, mejor que Allenby, la debilidad del enemigo y la magnitud de los recursos británicos.

Subestimábamos el efecto entorpecedor de la abundante artillería de Allenby y el embarazoso intrincamiento de su caballería y su infantería, que se movían a una velocidad reumática. Esperábamos que Allenby pudiera obtener un mes de buen tiempo; y, si así ocurría, esperábamos verlo tomar, no sólo Jerusalén, sino también Haifa, barriendo y arruinando a los turcos hasta las montañas.

Entonces sería nuestro momento, y necesitábamos estar preparados para él en el sitio donde nuestro peso y nuestra táctica fueran menos esperados y más dañinos. Para mis ojos, el centro de atracción era Deraa, el nudo viario donde venían a confluir los ferrocarriles de Jerusalén, Haifa, Damasco y Medina, el ombligo de los ejércitos turcos de Siria, el punto común de todas sus vías férreas y, casualmente, un área donde vivían grandes e intactas reservas de luchadores árabes, educados y armados por Feisal desde Akaba. Podíamos usar de aquella zona a los rualla, los sarahin, los serediyeh, los koreisha y también a los pueblos sedentarios del Hauran y de Yebel Druse, mucho más fuertes que las tribus.

Supuse por un momento la posibilidad de hacer un llamamiento a todos estos adherentes para tomar las comunicaciones turcas por la fuerza. Teníamos seguros, en cualquier caso, doce mil hombres, los suficientes para ocupar Deraa, aplastar todos los ferrocarriles y hasta tomar Damasco por sorpresa. Cualquiera de estas eventualidades pondría en una situación crítica al ejército de Beersheba, y mi tentación

de poner nuestro capital a rentar de inmediato era muy fuerte.

No fue ésta la primera vez que el querer servir a dos señores me puso en un aprieto. Yo era un oficial de Allenby, y un hombre de su confianza. Era a la vez consejero de Feisal, y Feisal confiaba en la honestidad y competencia de mis consejos hasta el punto de aceptarlos generalmente sin discusión. Y sin embargo, ni podía explicar a Allenby toda la situación árabe, ni revelar a Feisal la totalidad del plan británico.

Los grupos locales imploraban nuestra llegada. El jeque Talal el Hareidhin, líder del país desértico que rodeaba Deraa, nos envió repetidos mensajes en los que nos decía que, con unos pocos de nuestros jinetes, como prueba del apoyo árabe, nos entregaría Deraa. Semejante hazaña le hubiera arreglado las cosas a Allenby, pero no era algo que Feisal pudiera llevar a cabo a menos que tuviera una firme esperanza de poder establecerse allí; la repentina captura de Deraa, seguida de una retirada, habría implicado la masacre o la ruina del espléndido campesinado de la región.

Sólo podían rebelarse una vez, y su esfuerzo en tal circunstancia debía ser decisivo. Hacerles un llamamiento en ese momento era arriesgar la mejor baza de Feisal, especulando con la posibilidad de que el primer ataque de Allenby barriera al enemigo, y de que el mes de noviembre viniera sin lluvias, favoreciendo un avance rápido.

Sopesé al ejército inglés mentalmente, y decidí que honestamente no podía poner la mano en el fuego por

él. Los hombres eran en general buenos luchadores, pero sus generales con no poca frecuencia abandonaban por estupidez lo que habían ganado por ignorancia. Allenby no había sido puesto a prueba; la reputación que traía de Francia no era intachable y sus tropas habían sido quebrantadas durante el período Murray. Por supuesto que luchábamos por una victoria Aliada, y puesto que los ingleses eran quienes llevaban la batuta, los árabes, en último término, tendrían que resultar sacrificados por ellos. ¿Pero cuál era el último término? La guerra en general no iba ni bien ni mal, y parecía como si hubiera tiempo para otra prueba al año siguiente. Por lo que decidí posponer la aventura por mor de los propios árabes.

CAPÍTULO LXX

No obstante, el Movimiento Árabe vivía gracias al favor que le mostraba Allenby, por lo que necesitábamos llevar a cabo alguna operación, no una revuelta general, en la retaguardia del enemigo, sino una operación que pudiera consumarse con una incursión y que no implicara a las poblaciones sedentarias, y sin embargo que pudiera agradar a Allenby por ser de utilidad para la acción británica contra los turcos. Tales condiciones y requerimientos me llevaron a tomar en consideración la posibilidad de cortar uno de los grandes puentes sobre el río Yarmuk.

Era atravesando la estrecha y profunda garganta del río Yarmuk como el ferrocarril de Palestina ascendía hacia el Hauran, en su camino hacia Damasco. La profundidad de la depresión del Jordán y lo abrupto de la altiplanicie oriental hacían de este sector de la vía férrea el más difícil de reconstruir. Los ingenieros habían tenido que tenderla siguiendo el curso mismo del ventoso valle fluvial, y para avanzar sobre el terreno, la línea tenía que cruzar y recruzar el lecho del río constantemente mediante una serie de puentes, el

más occidental y el más oriental de los cuales eran los más difíciles de reemplazar.

Cortar cualquiera de estos dos puentes supondría aislar al ejército turco en Palestina, por toda una quincena, respecto de su base en Damasco, y destruir su capacidad de rehuir el ataque de Allenby. Para alcanzar el Yarmuk necesitábamos recorrer desde Akaba, pasando por Azrak, una cuatrocientas veinte millas. Los turcos consideraban que el peligro que representábamos para los puentes era tan remoto que los tenían mal custodiados.

Sugerí, pues, este plan a Allenby, que me pidió que lo llevara a efecto el cinco de noviembre, o uno de los tres días siguientes. Si lo lográbamos, y el tiempo se mantenía seco durante la quincena siguiente, cabía la probabilidad de que ni una sola unidad del ejército de Von Kress sobreviviera en su retirada hacia Damasco. Los árabes tendrían entonces su oportunidad para avanzar hacia la gran capital, tomando el relevo a mitad de camino a los británicos, cuyo impulso original para entonces estaría a punto de agotarse, con el agotamiento de su transporte.

Para tal eventualidad, necesitábamos en Azrak una autoridad que dirigiera a los potenciales adherentes locales. Nasir, nuestro habitual pionero, se hallaba ausente, pero entre los beni sajr se hallaba Alí ibn el Hussein, el joven y atractivo jerife harith, que se había distinguido en los primeros y desesperados días de Feisal en torno a Medina, y posteriormente había emulado a Newcombe en las cercanías de El Ula.

Alí, tras haber sido huésped de Yemal en Damasco, había aprendido algo en Siria, así que se lo pedí prestado a Feisal. Su valentía, sus recursos, y su energía eran cosa probada. Nunca había habido ninguna aventura, desde nuestros comienzos, que pareciera a Alí demasiado arriesgado intentar, ni ningún desastre demasiado grande como para no poder encararlo con sus sonoras risotadas.

Era un tipo físicamente espléndido, ni alto ni pesado, pero tan fuerte que podía arrodillarse, con los antebrazos apoyados en el suelo, y ponerse en pie con un hombre en cada mano. Además de esto, Alí podía superar a un camello al trote, corriendo descalzo, mantener su velocidad durante una media milla y entonces de un salto subírsele a la grupa. Era impertinente, testarudo y presuntuoso, tan audaz en palabras como en hechos; podía causar una grata impresión (si le apetecía) en las reuniones públicas, y resultaba bastante educado para ser una persona cuya sola ambición era sobresalir entre los nómadas del desierto en hazañas guerreras y deportivas.

Alí nos atraería a los beni sajr. Teníamos buenas perspectivas con los serahin, la tribu de la zona de Azrak. Me hallaba además en tratos con los beni hassan. Los rualla, por supuesto, se hallaban en esta estación alejados en sus cuarteles de invierno, por lo que no podíamos jugar nuestra mejor carta en el Hauran. Faiz el Ghusein había ido a Leyah a prepararlo todo para la acción contra el ferrocarril del Hauran cuando se diera la señal. Se habían escondido

explosivos en los lugares convenientes. Nuestros amigos de Damasco estaban advertidos; y Alí Riza Pachá Rikabi, gobernador militar de la ciudad para los incautos turcos, y al mismo tiempo principal agente y conspirador del jerife, tomaba tranquilamente las necesarias medidas para mantener el control si surgía alguna emergencia.

Mi detallado plan consistía en abalanzarnos desde Azrak, bajo la guía de Rafa (uno de los más vistosos jeques, que ya me había acompañado en mi incursión de junio), sobre Um Keis, en una o dos superjornadas, con un puñado de hombres, cincuenta a lo sumo. Um Keis era la antigua Gadara, tan cargada de recuerdos de Menipo y Meleagro, el inmoral grecosirio, cuya íntima expresión había marcado el punto más alto de las letras sirias. Se alzaba dicho lugar junto al más occidental de los puentes del Yarmuk, una obra maestra de la ingeniería del acero, cuya destrucción sin duda me haría entrar en la escuela gadarena. Sólo media docena de centinelas se hallaban por entonces estacionados en sus vigas y remates. Los relevos de los mismos procedían de una guarnición de sesenta hombres, situada en los edificios de la estación de Hemme, donde las fuentes termales de la antigua Gadara aún manaban para provecho de los enfermos locales. Mi esperanza era poder persuadir a algunos de los abu tayi bajo el mando de Zaal a venir conmigo. Estos hombres-lobo garantizarían la real voladura del puente. Para evitar que el enemigo enviara refuerzos, barreríamos las proximidades con ametralladoras,

servidas por los voluntarios indios del capitán Bray, pertenecientes a la división de caballería destinada en Francia, y bajo el mando de Yemadar Hassan Shah, un oficial fiable y experimentado. Llevaban meses en el interior del país, cortando vías férreas, desde la zona de Weyh, y podía suponérseles expertos en la monta de camellos y aptos para las marchas forzadas que preveíamos.

La voladura de grandes vigas colgantes con cargas explosivas limitadas era una operación precisa, y requería un collar de gelatina explosiva, detonado eléctricamente. El *Humber* nos proveyó de tiras de lona y abrazaderas, para simplificar la fijación de la carga. Con todo, la operación no dejaba de ser complicada para hacerla bajo el fuego. Por temor a algún accidente, Wood, el ingeniero de la base de Akaba, y único zapador disponible, fue invitado a venir para sustituirme en caso de ser necesario. Aceptó de inmediato, aun sabiendo que tenía prohibido, por prescripción médica, intervenir en el servicio activo como resultado de una bala que le había atravesado la cabeza en Francia. Georges Lloyd, que pasaba sus últimos días en Akaba, antes de dirigirse a Versalles para asistir a una fastidiosa comisión interaliada, dijo que iría con nosotros hasta Yefer; y, puesto que era uno de los mejores camaradas y de los menos molestos viajeros existentes, su venida suponía una gran aportación a nuestras pobres esperanzas.

Hacíamos nuestros últimos preparativos cuando un inesperado aliado nos llegó en forma del emir Abd el

Kader el Yezairi, nieto del caballeroso defensor de Argel contra los franceses. La familia exiliada llevaba una generación viviendo en Damasco. Uno de ellos, Omar, había sido ahorcado por Yemal, tras haberse revelado su traición en los papeles Picot. Los demás habían sido deportados, y Abd el Kader nos contó una larga historia de su huida de Brusa, y su viaje, plagado de aventuras, atravesando Anatolia hasta Damasco. En realidad, había sido soltado por los turcos, a requerimiento del jedive Abbas Hilmi, y enviado por éste a resolver un asunto privado a La Meca. Había estado allí y visto al rey Hussein, y volvía con una bandera carmesí y nobles regalos, con su loca cabeza medio persuadida de nuestros derechos y lleno de burbujeante alegría y excitación.

Le ofreció a Feisal los cuerpos y las almas de sus aldeanos, hoscos y endurecidos exiliados argelinos, que vivían en compactas comunidades a lo largo de la orilla norte del Yarmuk. Nos aferramos a la posibilidad que nos ofrecía de controlar por algún tiempo la sección media del ferrocarril del valle, incluyendo dos o tres de los principales puentes, sin la desventaja al provocar un levantamiento en el campo, ya que los argelinos eran odiados extranjeros y el campesinado árabe no se les uniría. Así pues, enviamos noticia a Rafa de que se nos juntara en Azrak, y no dijimos ni una palabra a Zaal, concentrando en cambio todos nuestros esfuerzos en Waadi Jalid y sus puentes.

Mientras estábamos en estas reflexiones, nos llegó un telegrama del coronel Bremond, advirtiéndonos que

Abd el Kader era un espía a sueldo de los turcos. Era una noticia desconcertante. Lo vigilamos estrechamente, pero no hallamos pruebas en su contra, y no podíamos aceptar a ciegas la acusación, como nada de lo que procediera de Bremond, que era más un engorro que un colega; su temperamento militar podía muy bien haber trastocado su juicio, al oír las explícitas denuncias contra Francia, tanto públicas como privadas, de Abd el Kader. La idea que los franceses tienen de su país como de una mujer hermosa los inclina al menosprecio hacia aquellos que se burlan de sus encantos.

Feisal le dijo a Abd el Kader que se uniera a Alí y a mí, y me dijo: «Sé que está loco, pero creo que es honesto. No le pierdas de vista y utilízale.» Seguimos adelante, como si tal cosa, mostrándole entera confianza, sobre la base de que un truhán no creería en nuestra honradez, y que un hombre honrado pronto se convierte en un truhán cuando se ve rodeado de suspicacias. En realidad, se trataba de un musulmán fanático, medio enloquecido por el entusiasmo religioso y lleno de las más violentas creencias. Su susceptibilidad islámica se sentía ultrajada por mi indisimulado cristianismo. Su orgullo se sentía herido en nuestra compañía, puesto que las tribus honraban a Alí como más grande, e incluso me trataban a mí mejor que a él. Su estrechez de miras y su estupidez le hicieron perder la calma a Alí en dos o tres ocasiones, provocando penosas situaciones; su última jugada fue dejarnos en la estacada en un momento comprometido,

después de obstaculizar nuestra marcha y trastornarnos a nosotros y nuestros planes tanto como pudo.

CAPÍTULO LXXI

La salida resultó tan difícil como siempre. Para mi guardia de corps tomé otros seis reclutas. De ellos Mahmud era nativo de la región del Yarmuk. Un despierto y ardoroso muchacho de diecinueve años, dotado de la petulancia que con frecuencia acompaña al pelo rizado. Otro, Aziz, de Tafas, de más edad, se había pasado tres años entre los beduinos intentando evitar el servicio militar. Aunque hábil con los camellos, era un espíritu superficial, casi un cabeza de chorlito, aunque orgulloso. Un tercero era Mustafá, un gentil muchacho de Deraa muy honrado, que se mantenía tristemente aparte debido a que era sordo, y se sentía avergonzado de su enfermedad. Un día en la playa, con una corta frase me había pedido ser admitido en mi guardia de corps. Tan evidentemente esperaba ser rechazado que lo acepté, y fue una buena elección para los otros, ya que era un apacible campesino, sobre quien podían descargar las tareas más serviles. Él, por su parte, también se sentía feliz, ya que se hallaba entre tipos arrojados, y todo el mundo pensaría que él también lo era. Para compensar su ineficacia en la marcha, enrolé a Showak y Salem, dos pastores de

camellos sherari, y a Abd el Rahman, un esclavo huido de Riyadz.

De mi antiguo séquito, concedí un descanso a Mohammed y a Alí. Se hallaban agotados, tras las aventuras corridas en el descarrilamiento de trenes, y, como sus camellos, necesitaban pastar tranquilamente por un tiempo. Esto hizo de Ahmed el inevitable cabecilla. Su audaz energía merecía un ascenso, pero la elección más evidente, como siempre ocurre, falló. Hizo mal empleo de su poder recién adquirido y se volvió tiránico; de modo que aquélla fue su última salida conmigo. Tomé a Kreim para los camellos, y a Rahail, el lujurioso y envanecido muchacho haurani, a quien el exceso de trabajo mantenía felizmente continente. Matar, un tipo parásito de los beni hassan, se nos añadió por su cuenta y riesgo. Sus gordas nalgas de campesino apenas cabían en la silla de montar, y no menos abundosa era su participación en los obscenos y escabrosos chistes que, durante la marcha, ayudaban a mis guardias a pasar el rato. Podíamos, además, penetrar en territorio de los beni hassan, donde tenía cierta influencia. Su descarada avaricia lo mantuvo seguro a nuestro lado, hasta que se agotaron sus expectativas.

Mi servicio resultaba ahora rentable, pues yo conocía mi valor para el Movimiento, y gastaba con largueza para conservarme a salvo. El rumor, por una vez de manera útil, sobredoró la mano que yo tendía. Farray y Daud, junto con Jird y Miybil, dos biasha, completaban el grupo.

Farray y Daud eran útiles y alegres durante la marcha, que amaban como suelen hacerlo todos los sinuosos aggeyl, pero en el campamento los excesos de su ánimo los metían siempre en problemas. Esta vez se superaron a sí mismos desapareciendo la mañana misma de nuestra partida. A mediodía me llegó un mensaje del jeque Yusuf, diciendo que se hallaban en prisión, y preguntando si quería hablar con él de ello. Fui a su casa y hallé su voluminoso cuerpo sacudido entre la risa y la furia. Acababa de comprar un camello de montar de color crema, de la más pura sangre. La bestia se había perdido por la noche en el palmeral donde acampaban mis ageyl. Jamás sospecharon estos que el animal pudiera pertenecer al gobernador, así que trabajaron toda la noche tiñéndole la cabeza de rojo con alheña, y las patas con azul índigo, antes de soltarlo de nuevo.

Toda Akaba se alborotó de inmediato en torno a semejante bestia de circo. Yusuf apenas pudo reconocerla y arrojó a todos sus policías a buscar a los culpables. Los dos amigos fueron arrastrados ante el tribunal del gobernador, manchados hasta los codos de tinte, pero clamando a voces que eran del todo inocentes. La evidencia circunstancial, sin embargo, era demasiado fuerte; y Yusuf, tras haber hecho cuanto pudo con una vara de palma para herir sus sentimientos, los puso en prisión para que dispusieran de una semana de meditación. Mi intervención compensó el daño sufrido, pues le presté un camello hasta que el suyo resultara presentable. Luego le

expliqué nuestra inmediata necesidad de los pecadores, y le prometí otra dosis de su mismo tratamiento, cuando sus pieles pudieran resistirlo, así que ordenó su puesta en libertad. Ellos se sintieron encantados de poder escapar a la infestada prisión bajo las condiciones que fuera, y se unieron a nosotros cantando.

Este asunto nos había retrasado. Así que celebramos una inmensa comilona de despedida en medio del lujo del campamento, y salimos a la anochecida. Durante cuatro horas avanzamos lentamente; las primeras marchas siempre son lentas, y tanto los hombres como los camellos odian tener que afrontar nuevos azares. Las cargas se desprendían, las sillas tenían que ser reafinadas y los jinetes cambiaban de monturas. Además de mis propios camellos (Ghazala, la vieja abuela, bien avanzada en su preñez, y Rima, una camella sherari de pura casta, que los sujur habían robado a los rualla) y los de mi guardia de corps, había proporcionado monturas a los indios, y prestado otra a Wood (que era delicado para montar y montaba un animal nuevo casi cada día), y otro más Thorne, asistente de la caballería de Lloyd, que montaba como un árabe, y llevaba con naturalidad un pañuelo y una capa listada sobre su uniforme kaki. Lloyd mismo iba montado sobre un pura sangre dheraiyeh que Feisal le había prestado, un hermoso animal, aparentemente rápido pero comido por la sarna y delgado.

Nuestra partida empezó a desperdigarse. Wood se quedó atrás, y mis hombres, frescos aún, y muy ocupados en mantenerse junto a los indios, perdieron contacto con él. Así que se encontró solo con Thorne, y no se dio cuenta de nuestro giro hacia el este, en medio de la negrura que por la noche cubría siempre las profundidades de la garganta de Itm, salvo cuando la luna caía directamente a plomo. Siguieron la ruta principal que iba hacia Guweira, cabalgando durante horas, hasta que decidieron esperar a que amaneciera en un valle lateral. Ambos eran nuevos en el país, y no se fiaban de los árabes, por lo que alternaron para hacer guardia. Nos imaginamos lo que había pasado cuando vimos que no aparecían por ningún lado en el alto que hicimos a medianoche, y antes del amanecer Ahmed, Aziz y Abd el Rahman volvieron atrás, con orden de dispersarse por las tres o cuatro rutas practicables y traer de vuelta a la pareja a Rumm.

Yo me quedé con Lloyd y el cuerpo principal, haciéndoles de guía por los curvos collados de rosácea arenisca y los valles de verde tamarisco hasta Rumm. El aire y la luz eran tan maravillosos que vagábamos sin pensar lo más mínimo en el mañana. Pues ¿acaso no tenía a Lloyd para conversar? El mundo resultaba encantador. La débil lluvia de la noche anterior había conseguido juntar tierra y cielo en aquel alegre día. Los colores de acantilados, árboles y suelo eran tan puros, tan vivos, que deseábamos apresarlos y sufríamos por nuestra incapacidad para llevarnos la más mínima parte de ellos. Nos sentíamos en plena holganza. Los

indios demostraron ser malos jinetes de camellos, mientras Farray y Daud aducían un nuevo tipo de mal de montura, llamado «yusufiyeh», que los obligaba a ir a pie milla tras milla.

Penetramos finalmente en Rumm, en el momento en que la rojiza puesta de sol ardía sobre sus estupendos acantilados y deslizaba escaleras de radiante fuego por las paredes de su avenida. Wood y Thorne permanecían ya allí, en el anfiteatro de arenisca de los manantiales. Wood se hallaba enfermo, y permanecía tendido sobre la plataforma de mi viejo campamento. Abd el Rahman los había encontrado antes del mediodía, y los había convencido de acompañarlo después de no pocos malentendidos, ya que las pocas palabras que sabían de egipcio no servían de mucho para entender el entrecortado dialecto aridh o la jerga howeiti que él utilizaba. Habían atajado por las colinas, cruzando por un difícil sendero para mayor incomodidad.

Wood estaba hambriento, acalorado y preocupado, y enojado hasta el punto de rechazar el guisote nativo que Abd el Rahman le había preparado en una tienda cercana. Había empezado a creer que nunca más conseguiría vernos, y se mostró molesto cuando nos vio demasiado sobrecogidos por la emoción que Rumm infundía a sus visitantes como para poder simpatizar con sus sufrimientos. De hecho, lo miramos, le dijimos que «sí», y lo dejamos allí tendido mientras nos dedicábamos a recorrer el lugar susurrando en voz baja sus maravillas. Afortunadamente, Ahmed y Thorne se

ocuparon de la comida, y con la cena las relaciones amistosas quedaron restauradas.

Al día siguiente, cuando nos aprestábamos a montar, hicieron su aparición Alí y Abd el Kader. Lloyd y yo comimos de nuevo con ellos, ya que venían peleándose, y el hecho de tener huéspedes los contenía. Lloyd era esa extraña clase de viajero que puede comer cualquier cosa con cualquiera, de cualquier modo y a cualquier hora. Luego, marcando el paso, nos apresuramos tras nuestra partida por el gigantesco valle, cuyas colinas, aun sin haber sido diseñadas, no quedaban lejos de la arquitectura.

Al llegar al fondo, cruzamos la llanura de Gaa, poniendo a competir a nuestros camellos sobre su aterciopelada superficie, hasta que alcanzamos al cuerpo principal y los disgregamos con la excitación de nuestro galope. Los camellos de los indios empezaron a sonar como una ferretería, hasta que derramaron toda su carga. Entonces nos calmamos, y recorrimos juntos y en calma Wadi Hafira, una hendidura semejante al tajo de una espada sobre la llanura. En su cabecera se abría el empinado desfiladero que llevaba a las alturas de Batra; pero aquel día no lo atacamos y llenos de pereza y añorantes de comodidad nos detuvimos en el recogido fondo del valle. Encendimos grandes fuegos, que resultaron acogedores frente a la fría noche. Farray me preparó arroz a su manera, como de costumbre. Lloyd, Wood y Thorne habían traído consigo carne enlatada y bizcochos del Ejército británico. Así que cerramos filas y lo festejamos.

Al día siguiente empezamos a escalar en zigzag el quebrado desfiladero, con el herboso pasillo de Hafira enmarcando a nuestros pies una colina cónica en su centro, y como trasfondo las fantásticas cúpulas grises y las relumbrantes pirámides de las montañas de Rumm, que de día se prolongaban en fantásticas formas, debido a las masas nubosas que anidaban sobre ellas. Observamos nuestra larga hilera arrastrarse desfiladero arriba, hasta que a mediodía todos, camellos, indios, árabes y equipajes, habían logrado coronar su cima sin accidente. Satisfechos, nos dejamos caer sobre el primer valle verde situado al otro lado de la cresta, protegido del viento, y entibiado por los débiles rayos de sol que templaban el frío otoñal en aquella alta meseta. Alguien empezó a hablar de nuevo de comida.

CAPÍTULO LXXII

Salí a explorar hacia el norte con Awad, un joven camellero sherari, al que habíamos alistado sin investigar en Rumm. Había tantos camellos de carga en nuestra partida, y los indios habían demostrado ser tan novicios en cargarlos y conducirlos, que mi guardia de corps estaba siendo distraída de su deber propiamente dicho de cabalgar conmigo. Así que, cuando Showaj me presentó a su primo, un sherari jayal que se ofrecía a servirme incondicionalmente, lo acepté a primera vista, y ahora quería ponerlo a prueba en una situación difícil.

Rodeamos Aba el Lissan para asegurarnos de que los turcos seguían sumidos en la misma ociosidad, ya que tenían la costumbre de enviar una patrulla armada a los emplazamientos de Batra a la menor noticia, y yo no quería poner en acción a mi partida tan pronto. Awad era un harapiento y moreno muchacho de quizá dieciocho años, espléndidamente conformado, con los músculos y las proporciones de un atleta, activo como un gato, vivaz montando (cabalgaba magníficamente) y no de mala presencia, aunque con algo de la baja apariencia de los sherarat, y siempre en sus salvajes

ojos un aire de suspicaz expectación, como si en todo momento esperara algo nuevo de la vida, y ese algo no tuviera que responder a sus deseos ni ser del todo agradable.

Estos ilotas sherarat eran un enigma del desierto. Otros hombres podían tener esperanzas o ilusiones. Los sherarat sabían que nada mejor que la existencia física les sería permitido de buena gana por la humanidad, en este mundo o en el otro. Tan extrema degradación constituía una base positiva sobre la que fundar una confianza. Los trataba, pues, como a los restantes miembros de mi guardia. Lo que les resultaba asombroso, y, a pesar de todo, agradable, una vez que hubieron comprendido que mi protección era activa y suficiente. Mientras estaban a mi servicio se convertían en objetos de mi entera propiedad, y eran magníficos esclavos, pues nada que fuera factible en el desierto quedaba por debajo de su dignidad, o fuera del alcance de su templada fortaleza y su experiencia.

Awad ante mí se mostraba confuso y precavido, aunque con sus compañeros podía ser alegre y bromista. Su enrolamiento fue una suerte repentina que no podía ni soñar, y se hallaba penosamente decidido a ajustarse a mis deseos. Por el momento éstos le llevaban a vagar por una carretera de Maan para llamar la atención de los turcos. Cuando lo hubimos logrado, y empezaron a trotar detrás de nosotros persiguiéndonos, volvimos grupas, torcimos de nuevo y engañamos así a los muleteros turcos, distrayéndolos

hacia el norte, fuera de la dirección peligrosa. Awad se hizo cargo del juego con regocijo y manejó bien su rifle.

Luego, escalé con él hasta la cima de una colina que dominaba Batra y los valles que desembocan en Aba el Lissan, y allí nos quedamos perezosamente hasta la tarde, observando cómo los turcos galopaban en dirección equivocada, mientras nuestros camaradas dormían y sus camellos pastaban, y las sombras de las nubes bajas recorrían la hierba a la pálida luz del sol. Nos sentíamos en paz, al fresco y lejos de la agitación del mundo. La austeridad de la altura hacía menospreciable el vulgar equipaje de nuestros cuidados. Y en su lugar colocaba la libertad, el poder de estar a solas, de arrojar la escolta de nuestro yo manufacturado; un descanso y una absolución de las cadenas del ser.

Pero Awad no podía olvidar su apetito y la nueva sensación que mi caravana le daba de poder satisfacerlo cada día regularmente; así que empezó a juguetear nerviosamente en el suelo, tratando de distraer su estómago con innumerables tallos de hierba, mientras me hablaba de sus animales alegrías con frases entrecortadas y sin mirarme de frente, hasta que vimos a la cabalgata de Alí aparecer por el desfiladero. Corrimos, pues, ladera abajo a su encuentro, y nos enteramos de que había perdido cuatro camellos en la subida, dos de ellos descalabrados por las caídas y otros dos desfallecidos mientras ascendían por la cornisa rocosa. También había vuelto a tener un encontronazo con Abd el Kader,

de cuya sordera, vanidad y rudos modales rogaba a Dios que lo librara. El emir se movía con torpeza, careciendo por completo del sentido de la marcha, y lisa y llanamente se negaba a formar parte de una misma caravana con Lloyd y conmigo, por motivos de seguridad.

Les dejamos que nos siguieran una vez oscurecido, y, puesto que no tenían guía, les prestamos a Awad. Nos encontraríamos de nuevo en las tiendas de Auda. Avanzamos entonces hacia valles pocos profundos y vaguadas hasta que el sol se ocultó tras el último talud elevado, desde cuya cima contemplamos el cubo de la estación de Ghadir el Hay, que interrumpía artificialmente la llana superficie a muchas millas de distancia. Tras de nosotros, en el valle, había arbustos de retama, así que ordenamos un alto, y encendimos los fuegos para la cena. Aquella noche Hassan Shah inventó la agradable idea (luego convertida en hábito) de terminar nuestra comida con un té indio. Éramos demasiado golosos y agradecidos como para rehusar, y sin la menor vergüenza le agotamos su té y su azúcar antes de que nuevas raciones pudieran serle enviadas 'desde la base.

Lloyd y yo marcamos el punto de la vía por donde nos proponíamos cruzar, justo por debajo de Sheida. Y cuando las estrellas empezaron a dejarse ver acordamos que debíamos marchar en dirección a Orión. Así que empezamos a marchar en dirección a Orión durante horas y horas, sin que la constelación pareciera acercársenos, y sin que hubiera tampoco

signos de la existencia de nada entre ella y nosotros. Habíamos desembocado sobre la llanura desde las colinas, y la llanura era interminable, de vez en cuando atravesada por pequeños lechos de wadis, de bajas, llanas y rectas orillas, que a la lechosa luz de las estrellas parecían siempre el balasto del esperado ferrocarril. El suelo que pisábamos parecía firme, y el fresco aire del desierto que nos daba en la cara hacía que los camellos avanzaran libremente.

Lloyd y yo nos adelantamos para buscar la vía, de modo que el cuerpo principal no se viera implicado, caso de toparnos con un fortín o una patrulla nocturna. Nuestros magníficos camellos, ágilmente montados, avanzaban con buenas zancadas, de modo que, sin saberlo, nos fuimos distanciando cada vez más de los cargados indios. Hassan Shah, su yemadar[29], destacó a un hombre para no perdernos de vista, y luego a otro, y a un tercero, hasta que el grupo acabó por convertirse en una apresurada ristra de hileras enlazadas. Entonces nos transmitió en un urgente susurro que redujéramos la marcha, pero el mensaje que llegó a nosotros tras pasar por tres lenguas, nos resultó ininteligible.

Nos detuvimos y pudimos así darnos cuenta de que la noche estaba llena de sonidos, mientras los aromas de la hierba agostada fluía y refluía a nuestro alrededor. Luego, reiniciamos la marcha más

---

[29] Oficial de las fuerzas nativas de la India británica, equiparable al grado de teniente, y bajo el mando de su subahdar o «capitán». *(N. del T.)*

lentamente, durante horas en apariencia, y la llanura seguía apareciendo cortada por engañosas torrenteras, que mantenían inútilmente tensa nuestra atención. Creímos ver que las estrellas se desplazaban y que estábamos avanzando en círculo. Lloyd llevaba una brújula en alguna parte. Nos detuvimos y empezó a hurgar en sus alforjas. Thorpe se acercó a nosotros y la encontró. Nos situamos todos alrededor haciendo cálculos con su luminosa aguja, y dejamos a Orión por una estrella de mejor augurio que nos sirviera de norte. Luego proseguimos interminablemente hasta que, mientras escalábamos un talud más alto, Lloyd frenó con un carraspeo y señaló. Casi en nuestro camino y sobre el horizonte podían verse dos cubos más negros que el cielo, y junto a ellos un techo puntiagudo. Nos habíamos encaminado directamente hacia la estación de Shedia, y casi la teníamos al lado.

Nos desviamos hacia la derecha, y trotamos apresuradamente sobre la llanura abierta, un poco nerviosos por temor de que alguna parte de la caravana que nos seguía los pasos pudiera haberse despistado del giro que habíamos impreso a nuestra marcha; pero todo fue bien, y pocos minutos más tarde, en el siguiente hondón, intercambiamos frases de excitación en inglés y turco, árabe y urdu. A nuestras espaldas, en el campamento turco, se oyó un débil clamor de perros ladrando que nos aceleró el pulso.

Sabíamos al fin dónde estábamos, y adoptamos un nuevo desvío para evitar el primer fortín situado antes de Shedia. Avanzamos confiadamente, esperando

poder cruzar al poco la vía. Iba sin embargo pasando el tiempo y nada se veía. Era ya medianoche, y llevábamos seis horas de marcha, y Lloyd empezó a comentar amargamente que de seguir así llegaríamos a Bagdad por la mañana. No podía haber ferrocarril por allí. Thorne divisó una hilera de árboles, y los vio moverse; los cerrojos de nuestros rifles se movieron, pero se trataba sólo de árboles.

Perdimos toda esperanza, y empezamos a avanzar descuidadamente, cabeceando en nuestras sillas, y dejando que los ojos se nos cerraran. Rima, mi camella, perdió la paciencia de pronto. Con un chillido saltó hacia un lado, tirándome casi de la silla, brincó salvajemente sobre los taludes y una zanja y se tumbó cuan larga era sobre un lugar polvoriento. La golpeé en la cabeza, se levantó y empezó a caminar de nuevo nerviosamente. Nuevamente los indios empezaron a rezagarse detrás de nosotros, pero pasada una hora el último talud de aquella noche apareció de modo distinto ante nuestros ojos. Mostraba una perfecta recta, y a todo lo largo de él podían verse manchas más oscuras que podían ser las sombreadas bocas de las alcantarillas. Espoleamos nuestras mentes ante ese nuevo interés, e hicimos avanzar a nuestros animales rápida y silenciosamente. Cuando estuvimos más cerca, el talud dejó ver por su borde una hilera de postes aguzados. Eran los postes del telégrafo. Una figura tocada de blanco nos observó durante un instante, pero no se movió, y lo consideramos un mojón kilométrico.

Paramos rápidamente a nuestro grupo y cabalgamos hacia un lado y luego en línea recta, para averiguar lo que ocultaba la calma del lugar, esperando en todo momento que la oscuridad escupiera fuego sobre nosotros y el silencio se poblara de disparos de rifle. Pero no hubo alarma. Llegamos hasta el talud y vimos que estaba desierto. Desmontamos y recorrimos a la carrera doscientas yardas por cada lado: nadie. Teníamos vía libre para pasar.

Ordenamos a los demás que penetraran en el vacío y amistoso desierto situado al otro lado, hacia el este, y nos sentamos nosotros sobre los raíles bajo los cantarines alambres del telégrafo, mientras la larga hilera de umbrosos bultos ondulaba en medio de las sombras, se arrastraba un poco sobre el talud y el balasto y pasaba a nuestras espaldas en dirección de la oscuridad, con ese tenso silencio propio de una marcha nocturna de camellos. Cruzó al fin el último. Nuestro pequeño grupo se reunió en torno a un poste de telégrafos. Después de un ligero forcejeo, Thorne subió lentamente por el poste para coger el alambre más bajo y colgarse de su abrazadera aislante. Alcanzó al fin lo más alto, y poco después se oyó un fuerte chasquido metálico y un vibrar del poste en el momento en que el alambre cortado saltaba hacia ambas partes por el aire, y se soltaba de seis o más postes de cada lado. El segundo y el tercero de los cables los siguieron, golpeando ruidosamente sobre el rocoso suelo, sin que ningún sonido de respuesta nos llegara de la noche, mostrándonos que habíamos pasado

justamente por el trecho vacío entre los dos fortines. Thorne, aferrándose bien, se deslizó hacia abajo por el poste bamboleante. Nos dirigimos hacia nuestros arrodillados camellos y echamos a trotar tras el resto de la columna. Una hora más tarde, ordenamos descansar hasta el amanecer; pero antes de esa hora nos vimos despertados por unas ráfagas rápidas de rifle y el tableteo de una ametralladora, muy hacia el norte. El pequeño Alí y Abd el Kadir no estaban cruzando tan limpiamente la vía.

A la mañana siguiente, bajo un sol jovial, marchamos en paralelo a la vía para saludar al primer tren procedente de Maan, e inmediatamente introducirnos en la extraña llanura de Yefer. El día estaba cerca, y el poder del sol iba en aumento, provocando espejismos sobre la recalentada planicie. Alejándonos de nuestra rezagada columna, divisamos a algunos de sus componentes ahogados en medio de la argéntea inundación, y otros nadando sobre su cambiante superficie, que se extendía y comprimía a cada zancada del camello, o a cada altibajo del terreno.

A primera hora de la tarde encontramos a Auda discretamente acampado en la quebrada extensión llena de arbustos que se abría al sudoeste de los pozos. Nos recibió con cierta reserva. Sus tiendas mayores, junto con las mujeres, habían sido alejadas, fuera del alcance de los aeroplanos turcos. Había pocos toweiha presentes, y todos ellos violentamente enfrentados a causa de las pagas tribales. El viejo se mostró triste de que lo halláramos en tan débil posición.

Hice con tacto lo que estuvo en mi mano para limar las disputas, dando a sus espíritus un nuevo rumbo y proponiéndoles intereses que las contrapesaran. Tuve éxito, porque empezaron a sonreír, lo que en los árabes suele suponer media batalla ganada. Fue suficiente por el momento, y nos juntamos para comer con Mohammed el Dheilan. Era mucho mejor diplomático, por ser menos abierto que Auda, y se hubiera mostrado alegre caso de creerlo adecuado, cualquiera que fuera la verdad. Así que se nos recibió bien en torno a su bandeja de arroz con carne y tomates secos. Mohammed, sedentario de corazón, se alimentaba bien.

Tras la comida, y mientras volvíamos caminando sobre los grises arroyos secos, parecidos a revolcaduras de mamut, que las avenidas habían excavado en el fibroso barro, esbocé a Zaal mis planes para la expedición sobre los puentes del Yarmuk. La idea no le gustó nada. El Zaal de octubre no era el mismo de agosto. El éxito había convertido al duro y gallardo jinete de la primavera en un hombre prudente, cuya nueva riqueza le hacía la vida demasiado preciosa. En primavera me hubiera guiado a cualquier parte; pero la última incursión había puesto a prueba su temple, y me dijo que sólo si yo me empeñaba personalmente en llevarlo conmigo vendría.

Le pregunté qué grupo podríamos formar; y me nombró a tres de los hombres del campamento como buenos camaradas para tan arriesgada empresa. El resto de la tribu se había alejado, insatisfecho. Llevar

conmigo tres toweiha era peor que inútil, ya que su justa vanidad acabaría por inflamar a los demás, mientras que ellos solos eran demasiado pocos; así que dije que buscaría en otra parte. Zaal se mostró aliviado.

Mientras nos hallábamos aún discutiendo sobre lo que habría que hacer (ya que necesitaba el consejo de Zaal, uno de los mejores jinetes vivos, y el más competente para juzgar mi plan sólo a medias formado) un asustado individuo se abalanzó hacia nuestro hornillo de café y nos dijo que se acercaban jinetes a toda prisa rodeados de una nube de polvo, desde la parte de Maan. Los turcos tenían allí un regimiento de mulas y otro de caballería, y siempre estaban jactándose de que un día u otro irían a hacer una visita a los abu tayi. Así que nos pusimos en pie de un salto para recibirlos.

Auda tenía quince hombres, de los que cinco eran hombres útiles, y el resto ancianos o niños, pero nosotros éramos treinta hombres fuertes, y pensé en la mala suerte que había tenido el comandante turco de haber elegido para su ataque por sorpresa el día en que casualmente se hallaba visitando a los howeitat una sección de ametralladoras india, cuyos hombres sabían hacer bien su trabajo. Recostamos y arrodillamos a los camellos en las torrenteras más profundas y emplazamos y colocamos las Vickers y las Lewis en otras de estas trincheras naturales, admirablemente camufladas con matorrales de alkali, y dominando un campo raso de ochocientas yardas por

cada lado. Auda abatió sus tiendas, y colocó a sus hombres armados con rifles para suplementar nuestro fuego; y nos pusimos a esperar tranquilamente hasta que los primeros jinetes ascendieron por el talud para situarse a nuestro nivel, y vimos que eran Alí ibn el Hussein y Abd el Kader, que venían a Yefer desde el lado del enemigo. Los recibimos con alegría, mientras Mohammed hacía sacar una segunda fuente de arroz con tomate para festejar a Alí. Había perdido dos hombres y una yegua en el tiroteo nocturno sobre la vía.

CAPÍTULO LXXIII

Lloyd tenía que volverse de allí a Versalles, y le pedimos a Auda un guía que pudiese llevarlo al otro lado de la vía. Sobre el hombre no había dificultad, pero había grandes dificultades para conseguir montura, ya que los camellos howeitat se hallaban pastando, y los pastos más próximos se hallaban a una jornada completa al sudeste de los pozos baldíos donde nos hallábamos. Corté esta dificultad proporcionando una montura para el guía de entre mis propias bestias. La elección recayó en mi vieja Ghazala, cuya preñez estaba demostrándose más molesta de lo que yo había imaginado. Antes de que nuestra expedición llegara a su término se vería incapacitada para las marchas rápidas. Así que, en honor de su buen acomodo y su alegre espíritu, se la transferí a Thorne, dejando a los howeitat con la boca abierta. Estimaban a Ghazala más que a ningún camello de su desierto y hubieran pagado mucho por el honor de montarla, y allí estaba, entregada a un militar, cuya sonrosada cara y sus ojos hinchados por la oftalmia lo hacían parecer femenino y lloroso; un poco, como decía el propio Lloyd, con pinta de monja

raptada. Me dio pena ver marcharse a Lloyd. Era comprensivo, una sabia ayuda, y quería bien a nuestra causa. Era también el único hombre bien educado que teníamos con nosotros en Arabia, y durante aquellos días que pasamos juntos nuestros espíritus se habían expansionado, discutiendo sobre cualquier libro o cosa, del cielo o de la tierra, que se nos pasara por la imaginación. Tras su marcha quedamos de nuevo entregados por completo a la guerra, a las tribus y a los camellos.

La noche se inició con una sobrecarga de semejantes cosas. La cuestión de los howeitat debía quedar zanjada de una vez. Al caer la noche, nos reunimos en torno al fogón de Auda, y durante horas me vi tratando con aquel círculo de caras iluminadas, empleando con ellos todas las tortuosas artes que conocía, captando primero a uno, y luego a otro (era fácil ver el fulgor de sus ojos cuando una palabra daba en el blanco); o equivocándome de táctica y gastando minutos de precioso tiempo sin conseguir respuesta. Los abu tayi eran tan testarudos como robustos, y el calor de la convicción se había apagado hacía tiempo por el exceso de trabajo.

Gradualmente fui ganando puntos, aunque la discusión prosiguió hasta casi medianoche, cuando Auda levantó su vara y pidió silencio. Aguzamos el oído preguntándonos de qué peligro se trataba, y después de un rato sentimos un reverbero arrastrado, una cadencia de golpes demasiado sorda, demasiado amplia y demasiado lenta para encontrar respuesta en

nuestros oídos. Era como el murmullo de una distante tormenta eléctrica de baja densidad. Auda levantó sus hirsutos ojos hacia el oeste y dijo: «Los cañones ingleses.» Allenby estaba iniciando el ataque, y tan útiles sonidos cerraron el caso a mi favor y eliminaron toda disputa.

A la mañana siguiente, la atmósfera del campamento era serena y cordial. El viejo Auda, con sus dificultades resueltas por el momento, me abrazó calurosamente, invocando la paz sobre nosotros. Por último, cuando me hallaba de pie al lado de mi tumbado camello, se acercó a mí corriendo, me tomó en sus brazos y me estrujó contra él. Sentí su dura barba rascarme la oreja mientras me susurraba sibilinamente: «Cuidado con Abd el Kader.» Había mucha gente a nuestro alrededor para decir más.

Echamos a andar por las interminables pero extrañamente hermosas planicies de Yefer, hasta que la noche cayó sobre nosotros al pie de una escarpadura de pedernal, semejante a un acantilado cortado a pico sobre la llanura. Acampamos allí, en una bolsa de maleza infestada de culebras. Nuestras marchas eran cortas y muy descansadas. Los indios habían demostrado ser novicios en ruta. Habían estado durante meses tierra adentro de Weyh, y yo había creído entender que eran buenos jinetes; pero ahora, montados en buenos animales, y haciéndolo lo mejor posible, podían alcanzar a lo sumo una media de treinta millas por día, que era como un descanso para el resto del grupo.

De modo que, para nosotros, cada día era una marcha fácil, sin esfuerzo, libre de cualquier agotamiento corporal. Un tiempo dorado, hecho de neblinosas madrugadas, sol suave y frescor nocturno, que añadían una extraña paz natural a la paz de nuestra marcha. Aquella semana cayó en el veranillo de San Martín, que pasó como un sueño recordado. Sólo me di cuenta de que todo era muy suave, muy cómodo, que el aire era de felicidad, y mis amigos estaban contentos. Tan perfectas condiciones necesariamente presagiaban un final, pero como a esta certidumbre no se oponía ninguna esperanza, sólo servía para subrayar la quietud otoñal. Ni el menor pensamiento ni cuidado se nos hacían presentes. Mi espíritu registra aquellos días como los más tranquilos de mi vida.

Acampamos para comer y para hacer el descanso de mediodía, los soldados tenían que tener tres comidas al día. De pronto se produjo una alarma. Hombres montados en caballos y camellos hicieron su aparición desde el norte y el oeste y empezaron a acercarse a nosotros a toda prisa. Echamos mano de nuestros rifles. Los indios, acostumbrados a los acontecimientos rápidos, llevaban ahora sus Vickers y sus Lewis listas para la acción. A los treinta segundos nos hallábamos en completa posición de defensa, aunque en un país tan llano nuestra posición ofrecía pocas ventajas. El frente de cada flanco estaba constituido por mis guardias de corps con sus variopintos colores, tendidos dispersamente entre los

verdes penachos de hierba, con sus rifles cariñosamente pegados a las mejillas. Junto a ellos, cuatro bien definidos grupos de indios vestidos de kaki se acuclillaban junto a sus ametralladoras. Tras ellos estaban los hombres de Alí, con él mismo en medio, con la cabeza descubierta y muy atento, tranquilamente apoyado en su rifle. En la retaguardia, los camelleros ponían a resguardo a los camellos.

El grupo formaba todo un cuadro. Yo contemplaba nuestro aspecto, mientras Alí nos exhortaba a todos a no disparar hasta que el ataque se hiciera efectivo, cuando Awad, con su alegre risa se puso en pie de un salto y corrió hacia el enemigo, haciendo ondular su manga sobre la cabeza en señal de amistad. Dispararon sobre él, o más bien por encima de él, sin dar en el blanco. El se tiró al suelo, y respondió al disparo con un tiro que apuntaba por encima de la cabeza del más adelantado jinete. Eso, y nuestro silencio, los dejaron perplejos. Frenó dubitante todo el grupo, y tras un minuto de discusión, hicieron señas con sus capas en una no muy convencida respuesta a nuestra señal.

Uno de ellos se acercó a nosotros a pie. Awad, protegido por nuestros rifles, avanzó doscientas yardas a su encuentro, y vio que era Sujurri, que, al oír nuestros nombres, se fingió extrañado. Avanzamos juntos hasta donde estaba el jerife Alí, seguidos a distancia por el resto de los recién llegados, una vez que hubieron visto nuestra pacífica acogida. Se trataba de una partida de pillaje de los sebn sujur, que se

hallaban acampados, como esperábamos, frente a Bair.

Alí, furioso con ellos por su traicionero ataque, los amenazó con todo tipo de castigos. Ellos aceptaron su retahíla malhumoradamente, diciendo que era uso de los beni sajr disparar sobre los extraños. Alí aceptó esto por ser su costumbre y una buena costumbre en el desierto, pero alegó que su inesperada aparición contra nosotros desde tres flancos demostraba el propósito de realizar una emboscada. Los beni sajr eran una banda peligrosa, no lo bastante puros como nómadas, para aceptar el código del honor beduino u obedecer el espíritu de la ley del desierto, y no lo bastante sedentarios como para haber renunciado al negocio de la rapiña y el pillaje.

Nuestros frustrados asaltantes se dirigieron a Bair a informar de nuestra llegada. Mifleh, el jefe del clan, pensó que lo mejor para borrar la mala recepción era hacer una pública demostración en la que hombres y caballos salieran a recibirnos con salvajes gritos de bienvenida, galopadas y piruetas, y muchas salvas, disparos y gritos. Empezaron a girar a nuestro alrededor en una enloquecida persecución, chacoloteando sobre las rocas con audaz habilidad de jinetes y escaso miramiento por nuestra formalidad, pues irrumpían sin cesar en nuestras filas, y disparaban sus rifles sin cesar por debajo de los cuellos de nuestros camellos. Nubes de reseco polvo de cal empezaron a revolverse, hasta hacer enronquecer a los hombres.

Finalmente el desfile fue calmándose, pero entonces Abd el Kader, pensando que hasta la opinión de los locos es valiosa, se sintió en la necesidad de exhibir sus virtudes. Ellos estaban gritándole a Alí ibn el Hussein: «Dios dé la victoria a nuestro jerife», y frenaban a sus monturas a mi lado, para gritarme: «Bienvenido, Aurans, heraldo de la acción.» De modo que Abd el Kader saltó sobre su yegua, colocándose en su elevada silla mora, y con sus siete sirvientes argelinos apretando filas tras él, empezó a caracolear delicadamente trazando lentas curvas, a la vez que gritaba «Hup, hup», con su voz gangosa, y disparaba incesantemente su pistola al aire.

Los beduinos, asombrados ante su espectáculo, tragaron saliva, hasta que Mifleh se acercó a nosotros, y dijo con su estilo zalamero: «Señores, llamad por favor a vuestro sirviente, ya que no es capaz ni de disparar ni de montar, y si alcanza a alguien destruirá nuestra buena suerte de hoy.» Mifleh desconocía los antecedentes familiares de semejante nerviosidad. El hermano de Abd el Kader detentaba lo que podría considerarse un récord mundial de accidentes fatales sucesivos con su pistola, dentro del círculo de sus amistades en Damasco. Alí Riza Pachá, principal gladiador local, decía: «Tres cosas hay claramente imposibles: una, que los turcos ganen la guerra, otra, que el Mediterráneo se vuelva champán y otra que me encuentres en un mismo lugar con Mohammed Said mientras él esté armado.»

Descargamos junto a las ruinas. Del otro lado, las negras tiendas de los beni sajr eran como un rebaño de cabras que moteaban el valle. Un mensajero nos condujo a la tienda de Mifleh. Primeramente, no obstante, Alí tenía una indagación que hacer. A requerimiento de los beni sajr, Feisal había enviado un equipo de canteros y poceros bisha para reparar el pozo volado del que Nasir y yo habíamos extraído la gelatina en nuestra ruta hacia Akaba. Llevaban meses en Bair y seguían informando que el pozo aún no estaba concluido. Feisal nos había encargado indagar las razones de tan costosa tardanza. Alí averiguó que los bisha habían estado viviendo a sus anchas y obligando a los árabes a proporcionarles carne y harina. Los acusó de hacer tal cosa. Ellos lo negaron, en vano, porque los jerifes han desarrollado un especial instinto judicial, y Mifleh en tanto se hallaba preparándonos una gran cena. Mis hombres susurraron excitados que hablan visto degollar una oveja detrás de su tienda, en el otero que se alzaba sobre las tumbas. Así que la justicia de Alí se dotó de alas, para poder estar a punto cuando los cuencos de comida fueran sacados. Escuchó y condenó a los negros todo en un momento, y ejecutó la sentencia por manos de sus esclavos en el interior de las ruinas. Los acusados volvieron un poco más intimidados, besaron sus manos en señal de sumisión y perdón, y una reconciliada partida se arrodilló para compartir la carne.

Las fiestas de los howeitat estaban empapadas de manteca, las de los beni sajr nadaban en ella. Nuestra

ropa quedó llena de salpicaduras, nuestras bocas todas rebozadas, las puntas de nuestros dedos escaldadas por la manteca ardiendo. Según las cuchilladas del hambre iban aplacándose, las manos se hundían en las fuentes con más lentitud; pero la comida estaba muy lejos de estar acabada, cuando Abd el Kader gruñó, se puso repentinamente en pie, se enjugó las manos con un pañuelo y fue a sentarse en las alfombras adosadas a la pared de la tienda. Todos vacilamos, Alí musitó: «el fallah»[30], y el trabajo prosiguió hasta que los hombres de nuestra tanda quedaron llenos y los más frugales de nosotros ya habíamos empezado a chuparnos la grasa coagulada en la punta de nuestros dedos chamuscados.

Alí se aclaró la garganta, y volvimos a nuestras alfombras mientras la segunda y la tercera tandas se saciaban en torno a las sartenes. Un rapazuelo, de cinco o seis años, vestido con una sucia blusa, participó en el festín desde el principio al fin, y con el vientre hinchado y la cara reluciente de grasa se levantó sin decir nada, apretando contra su pecho triunfalmente una enorme costilla intacta.

Frente a la tienda, los perros partían sonoramente los huesos secos, y el esclavo de Mifleh, sentado en una esquina, partía el cráneo de la oveja y le sorbía los sesos. Entre tanto, Abd el Kader seguía sentado, escupiendo, eructando y hurgándose los dientes.

---

[30] «Campesino», desde el punto de vista nómada, con las mismas connotaciones peyorativas que motejar de «aldeano» a alguien, en cualquier cultura urbana. *(N. del T.)*

Finalmente, envió a uno de sus sirvientes a buscarle la arqueta de las medicinas, y se echó un buen trago medicinal, gruñendo que la carne dura le producía malas digestiones. Intentaba con tal falta de cortesía darse aires de grandeza. Sus propios aldeanos podían sin duda sentirse fascinados, pero los zebn estaban demasiado cercanos al desierto para ser medidos por patrones puramente campesinos. Tenían además delante el ejemplo contrario del jerife Alí ibn Hussein, un señor del desierto por nacimiento.

Su manera de alzarse todos a la vez de la comida era propia de los desiertos centrales. En las franjas cultivadas, y entre los seminómadas, cada huésped se retira de en torno a las fuentes cuando se siente lleno. Los anazeh del extremo norte dejan solo al huésped, y a oscuras, para que no se sienta avergonzado de su apetito. Se trata de estilos distintos; pero entre los clanes más importantes, las maneras de los jerifes eran generalmente alabadas. Así que el pobre Abd el Kader no fue comprendido.

Se marchó por su cuenta, y nos sentamos a la puerta de la tienda, frente al oscuro hondón, ahora plagado de las pequeñas constelaciones de los fuegos de las tiendas, que parecían reflejar el cielo que teníamos encima. Era una noche tranquila, excepto cuando los perros se provocaban unos a otros a iniciar un coro de aullidos, y cuando éstos se iban apagando oíamos de nuevo el tranquilo y constante tronar de los cañones pesados que preparaban el asalto de Palestina.

Con este acompañamiento de artillería, le dijimos a Mifleh que nos disponíamos a atacar la región de Deraa, y que estaríamos muy contentos de poder llevarlo con nosotros, con quince hombres de los suyos, todos montados en camellos. Tras nuestro fracaso con los howeitat, habíamos decidido no anunciar nuestro verdadero plan, por miedo a que su carácter arriesgado pudiera disuadir a nuestros partidarios. No obstante, Mifleh se mostró de acuerdo de inmediato, y aparentemente con prisas y con placer, prometiendo llevar consigo a los quince mejores hombres de su tribu y a su propio hijo. Este muchacho, llamado Turki, era un viejo amor de Alí ibn el Hussein; el lado animal de ambos los atraía entre sí, y ambos vagaban inseparablemente, complaciéndose en las caricias y el silencio. Era un hermoso joven de rostro despejado, que tendría unos diecisiete años, no demasiado alto, pero ancho y potente, con un rostro redondo y pecoso, una nariz ganchuda y un labio superior muy corto, lo que dejaba ver sus fuertes dientes y daba a su boca llena un aire más bien mohíno, en contraste con sus alegres ojos.

En dos ocasiones se mostró resuelto y digno de confianza. Su buen ánimo atemperaba el hábito pedigüeño que en parte había heredado de su padre, cuya cara estaba carcomida por la avaricia. La gran obsesión de Turki era la de estar seguro de ser reconocido como un hombre entre los hombres, lo que le llevaba a buscar en todo momento hacer algo audaz y maravilloso que le permitiera jactarse de su valor ante

las muchachas de la tribu. Se regocijó sobremanera con una nueva túnica de seda que le regalé durante la cena, y se paseó por dos veces sin capa, para exhibirla, por entre las tiendas, burlándose de quienes se mostraban reticentes ante nuestra presencia.

CAPÍTULO LXXIV

La noche había caído mucho antes de que nuestra caravana dejara Bair, después de abrevar. Los jefes nos quedamos más tiempo mientras los zebn terminaban de aprestarse. Los preparativos de Mifleh incluían una visita a Essad, el supuesto antepasado del clan, en su engalanada tumba próxima a la sepultura de Annad. Los beni sajr se hallaban lo suficientemente sedentarizados como para haberse apropiado de la tradición semítica aldeana de los lugares sagrados, los árboles santos y los santuarios funerarios. El jeque Mifleh pensó que la ocasión era adecuada para añadir otro ceñidor de cabeza a la harapienta colección de ellos que colgaban del monolito de Essad, y de manera típica en él nos pidió que le proporcionáramos la ofrenda. Yo le entregué uno de mis ricos ornamentos mequís de seda roja y plateada, haciéndole notar que la virtud está en el donante. El frugal Mifleh me entregó a cambio medio penique, para que la cosa quedara formalmente en compra; y cuando volví semanas más tarde y vi que la ofrenda había desaparecido, maldije en voz alta el sacrilegio que algún sherari sin dios

había cometido, robando a su antepasado. Turki me habría podido contar más.

Un viejo y escarpado sendero nos sacó de Wadi Bair. Cerca de la cima de una loma encontramos al resto de la caravana acampados para pasar la noche en torno a un fuego, aunque esta vez no hubo ni charla ni café. Permanecimos pegados unos a otros, susurrando y aguzando el oído para captar el tronar de los cañones de Allenby. Hablaban elocuentemente, y los relámpagos que se veían por el oeste eran el reflejo de los fogonazos.

Al día siguiente pasamos a la izquierda de Zlaizujwat, las «Tres hermanas», cuyos limpios picos blancos eran como mojones erguidos durante toda la jornada sobre las altas vertientes; luego descendimos por las suaves laderas situadas al otro lado. La exquisita mañana de noviembre tenía la suavidad de un verano inglés, pero su belleza era tanta que casi agobiaba. Pasé las paradas y las etapas de marcha en las filas de los beni sajr, haciéndome el oído a su dialecto, y almacenando en mi cabeza las notas tribales, familiares y personales que iban dejando caer.

En el escasamente poblado desierto, todo hombre respetable conoce a los demás, y en vez de libros estudian sus generaciones. Quedarse corto en tales conocimientos puede significar ser considerado como un malcriado, o incluso como un extraño, y los extraños no son admitidos en el trato familiar, ni en los consejos, ni en las confidencias. Nada había tan cansado, y sin embargo tan importante para el éxito de mi empresa,

como esta constante gimnasia de aparente omnisciencia en cada encuentro con una nueva tribu.

Al caer la noche, acampamos en un tributario de Wadi Yesha, junto a unos arbustos de mustio follaje, que gustaron a nuestros camellos y nos proporcionaron leña a nosotros. Aquella noche los cañones sonaron claro y alto, tal vez porque la cercana depresión del Mar Muerto hacía retumbar sus ecos hacia nuestra meseta. Los árabes susurraban: «Se acercan; los ingleses avanzan. Dios libre a los hombres bajo semejante lluvia.» Pensaban compasivamente en los declinantes turcos, que durante tanto tiempo habían sido sus débiles dominadores, y a quienes, por su debilidad, aunque opresores, amaban más que al fuerte extranjero con su justicia indiscriminada.

Los árabes respetan la fuerza un poco, y respetan mucho más la habilidad, y generalmente la usan de manera envidiable, pero más que nada respetan la abrupta sinceridad de expresión, casi la única arma que Dios ha excluido de su equipamiento. Los turcos lo habían ido siendo todo sucesivamente, y se hacían apreciar por los árabes mientras no eran temidos colectivamente. Todo residía en esa distinción entre lo colectivo y lo personal. Había ingleses a quienes, personalmente, los árabes preferían a cualquier turco, o a cualquier otro extranjero; pero, sobre esta base, generalizar y considerar a los árabes pro ingleses habría sido una locura. Cada extranjero tenía que prepararse entre ellos su pobre lecho.

Nos levantamos temprano, intentando recorrer el largo trecho hasta Ammari para antes de la caída del sol. Cruzamos collado tras collado, todos ellos alfombrados de guijas de pedernal tostadas por el sol, y recubiertos de pequeñas flores de azafrán tan radiantes y pegadas entre sí que todo a la vista parecía oro. Safra del Yesha, lo llamaban los sujur. Los valles tenían sólo una profundidad de pulgadas, sus lechos tenían un granulado como de cuero marroquí, y formaban una intrincada malla, hecha de innumerables arroyuelos fruto de las últimas lluvias. En cada curva se acumulaba una verde hinchazón de arena endurecida con barro, que a veces relumbraba con cristales salinos y otras se erizaba con las sobresalientes ramas de los arbustos que habían producido la acumulación. Estas ramificaciones de valles que corrían hacia el Sirhan siempre resultaban ricas en pastos. Cuando aún quedaba agua en sus hontanares las tribus se reunían, y las poblaban con grupos de tiendas. Los beni sajr que nos acompañaban habían hecho así su acampada; y según cruzábamos los monótonos bajíos, señalaban determinados hoyos indistinguibles, marcados por restos de fogatas y acanaladuras, diciendo: «Allí estaba mi tienda, y allí estaba Hamdan el Saih. Mira las piedras secas de mi sitio de dormir, y el de Tarfa al lado. Dios se apiade de ella, murió el año del samh, en el Snainirat, de una mordedura de víbora.»

Hacia el mediodía un grupo de camellos al trote apareció sobre una loma, moviéndose deprisa, y abiertamente en nuestra dirección. El pequeño Turki

salió hacia ellos al galope en su vieja camella, con la carabina amartillada sobre los muslos, para ver qué querían. «Ha», me gritó Mifleh cuando aún estaba a media milla de distancia, «ese que va al frente es Fahad, en su Shaara. Son parientes nuestros», y sin duda lo eran. Fahad y Adhub, jefes de guerra de los zebn, habían acampado al oeste de la vía férrea, por la zona de Ziza, cuando un gomani les vino con noticias de nuestra marcha. Habían ensillado de inmediato, y cabalgando duro nos habían pillado sólo a mitad del camino. Fahad, con su estilo cortés, me reprendió por atreverme a cabalgar por su comarca con ánimo de aventura mientras los hijos de su padre permanecían en sus tiendas.

Fahad era un individuo melancólico, de suave voz, pocas palabras y unos treinta años, dotado de un blanco rostro, una barba picuda y unos ojos trágicos. Su hermano menor, Adhub, era más alto y fuerte, y sin embargo no superaba la mediana estatura. Al revés que Fahad, era activo, ruidoso, y de aspecto grosero, con la nariz respingona, lampiña cara de muchacho y brillantes ojos verdes que saltaban hambrientos de objeto en objeto. Su vulgaridad se veía subrayada por su desgreñado pelo y sus sucias ropas. Fahad era más aseado, pero iba con todo muy sencillamente vestido, y ambos por igual, con sus andrajosos camellos de cría casera, semejaban tan poco unos jeques de gran reputación como pueda imaginarse. Y, sin embargo, eran famosos guerreros.

En Ammari un gélido viento nocturno removía el ceniciento polvo del suelo salino que rodeaba los pozos hasta formar una especie de niebla, que hacía crujir nuestros dientes como el aire enrarecido de una erupción, y no nos sentimos muy conformes con el agua. Se hallaba a ras de superficie, como tantos pozos del Sirhan, pero la mayor parte de las charcas eran demasiado agrias para poder beber de ellas. Una de ellas, no obstante, llamada Bir el Emir, era considerada muy buena. Se hallaba emplazada en un breve terreno calizo entre las dunas.

El agua (opaca y con un gusto entre salitre y amonio) se hallaba justo por debajo del nivel de una cornisa de roca, en una alberca de piedra dotada de un reborde resquebrajado. Su profundidad Daud la midió arrojando a Farray totalmente vestido dentro. Se hundió desapareciendo de nuestra vista en su amarillez, y al poco resurgió suavemente a la superficie bajo el reborde rocoso, donde no podía vérselo en medio de la oscuridad. Daud esperó durante un tenso minuto, pero cuando vio que su víctima no aparecía, se arrancó su capa y se sumergió, para encontrar a Farray sonriendo bajo la sobresaliente cornisa. La pesca de perlas en el golfo los hubiera hecho sentirse como peces en el agua.

Salieron y a continuación tuvieron una salvaje pelea en la arena cerca de la charca. Ambos resultaron heridos, y vinieron a mi fuego chorreando agua, llenos de desgarrones, sangrando y con pelo, piernas, brazos y cuerpos cubiertos de barro y espinas, más parecidos

a los demonios de un torbellino que a su habitual y delicada presencia. Dijeron que habían estado bailando y habían tropezado entre los matorrales, y que sería muy propio de mi generosidad darles ropas nuevas. Yo deshice sus esperanzas, y los mandé a cuidarse de reparar los daños.

Mi guardia de corps, y especialmente los ageyl que formaban parte de ella, eran, por naturaleza presumidos, gastaban sus pagas comprándose ropa y ornamentos, y pasaban no poco tiempo cuidando sus guedejas de brillante pelo. Conseguían el brillo con manteca, y para quitarse los parásitos con frecuencia se rascaban el cuero cabelludo con un peine de finos dientes y se lo rociaban con orina de camello. Un doctor alemán de Beersheba, en la época del dominio turco (eran éstos los hombres que un neblinoso amanecer habían asaltado a nuestra caballería del Sinaí y barrido un puesto), les había enseñado a ser limpios, encerrando a los piojosos en letrinas del Ejército hasta que se hubieran tragado todos sus piojos.

Al amanecer se levantó un viento suave, y empezamos a avanzar en dirección a Azrak, a media jornada de distancia. Apenas habíamos perdido, no obstante, de vista los alrededores de los pozos cuando se dio la alarma. Hombres montados habían sido vistos entre la maleza. La región era un paraíso para las partidas que hacían razzias. Nos concentramos en un lugar e hicimos alto. La sección india eligió un altozano recortado por estrechas zanjas de arroyaderas.

Tumbaron a los camellos en la hondonada situada detrás, y montaron sus armas debidamente en un momento. Alí y Abd el Kader desplegaron sus banderas carmesí a la intermitente brisa que soplaba. Nuestros guerrilleros, encabezados por Ahmed y Awad, empezaron a correr de izquierda a derecha, y hubo un intercambio de disparos a distancia. Todo terminó de una manera brusca. El enemigo salió de cubierto y empezó a avanzar en hilera hacia nosotros, haciendo ondear al aire sus capas y mangas, y entonando su marcha guerrera de bienvenida. Eran guerreros de la tribu sherhan que se dirigían a jurar fidelidad a Feisal. Cuando oyeron nuestras noticias decidieron unírsenos, alegrándose de haberse ahorrado el camino, ya que su tribu no era habitualmente guerrera ni nómada. Montaron una cierta ceremonia cuando entramos todos juntos en el lugar donde tenían sus tiendas de Ain el Beidha, a unas pocas millas de Azrak, y donde toda la tribu se hallaba reunida; y el recibimiento fue estrepitoso, puesto que había habido llantos y lamentos entre las mujeres aquella mañana, al ver que sus maridos se aprestaban a unirse a los azares de la rebelión.

Y, sin embargo, allí estaban de vuelta aquel mismo día, con un jerife propio, y banderas árabes y ametralladoras, marchando los cien desharrapados hombres en formación y cantando tan felices como habían salido. Mis ojos se pusieron sobre un notable camello rojo, tal vez de unos siete años, que estaba en segunda línea montado por uno de los sirhani. La

elevada bestia sólo podía marchar con un trote largo y ondulante sin parangón entre la multitud de las nuestras, criadas para el frente, y continuamente mantenidas allí. Ahmed se deslizó a trabar contacto con su dueño.

En el campamento, los principales distribuyeron a nuestros hombres entre las tiendas, para repartir el privilegio de su mantenimiento. Alí, Abd el Kader, Wood y yo fuimos asignados a Mteir, el principal jeque de la tribu, un viejo desdentado y amistoso, cuya caída mandíbula tenía que sujetarse con la mano mientras hablaba. Nos prodigaron efusivos saludos y abundante hospitalidad de oveja hervida y pan. Wood y Abd el Kader se mostraron, quizá, un poco remilgados, ya que los serahin parecían primitivos en materia de comidas, y en el cuenco común había más salpicones y chapotones de lo que era habitual en las tiendas bien educadas. Luego, presionados por Mteir, yacimos en sus alfombras por aquella noche. En torno a nuestros cuerpos, se reunió una enorme cantidad de piojos, pulgas y liendres que estaban hartas de una continuada dieta de serahin. Su deleite los hizo tan voraces que ni con la mejor voluntad del mundo pude seguir alimentándolos. Tampoco, al parecer, pudo hacerlo Alí, ya que también él se incorporó y dijo que se le había ido el sueño. Así que levantamos al jeque Mteir y enviamos a buscar a Mifleh ibn Bani, un tipo joven y activo, acostumbrado a dirigir sus batallas. A ambos les explicamos las necesidades de Feisal, y nuestro plan para ayudarle.

Nos escucharon con grave semblante. El puente occidental, nos dijeron, era imposible. Los turcos acababan de llenar la región con cientos de leñadores militares. No había una sola partida que pudiera pasar inadvertida. Profesaban una gran suspicacia hacia las aldeas moras, y hacia Abd el Kader. Nada podía convencerlos de visitarlas bajo la guía de éste. En cuanto a Tell el Shebab, el puente más cercano, temían que los aldeanos de allí, sus enemigos, pudieran atacarlos por la retaguardia. Asimismo, si llegaba a llover, los camellos serían incapaces de atravesar las barrosas llanuras en torno a Remthe, y todo el grupo resultaría cercado y aniquilado.

Nos encontrábamos, pues, en graves dificultades. Los serahin eran nuestro último recurso, y si se negaban a venir con nosotros, seríamos incapaces de llevar a cabo el proyecto de Allenby en las fechas fijadas. En consecuencia, Alí reunió en torno a nuestro pequeño fuego a los mejores hombres de la tribu, y añadió valor al asunto convocando también a Fahadm Mifleh y Adhub. Ante ellos empezamos a combatir con palabras la cruda prudencia de los serahin, que nos parecía de lo más vergonzosa tras nuestra larga marcha por el desierto.

Les explicamos, no en abstracto, sino concretamente, que la vida en su conjunto sólo resultaba apetecible cuando era amada y vivida hasta el límite. No podía haber reposo para la rebelión, y la alegría en cuotas no valía la pena. Su esencia era acumulativa, aguantar todo lo que pudieran aguantar

los sentidos y usar cada logro como base para ulteriores aventuras, para más profundas privaciones y más agudos dolores. La sensación no podía avanzar y retirarse. Una emoción sentida era una emoción conquistada, una experiencia muerta, que enterrábamos al expresarla.

Pertenecer al desierto era, como ellos bien sabían, la maldición de entablar una batalla sin fin con un enemigo que no era de este mundo, que no era la vida, ni nada, sino la esperanza como tal; y el fracaso le parecía a la humanidad una expresión de la libertad de Dios. Nosotros sólo podíamos ejercitar esa libertad haciendo lo que estaba en nuestras manos hacer, porque entonces la vida nos pertenecería, y la dominaríamos al despreciarla. La muerte aparecería como la mejor de nuestras obras, la última y más libre lealtad a nuestro alcance, nuestro ocio final, y de estos dos polos, muerte y vida, o, con menor rotundidad, ocio y subsistencia, debíamos rehuir la subsistencia (que era la materia de la vida) en todo salvo en su más débil grado, y apegarnos al ocio. Con ello promoveríamos el no hacer antes que el hacer. Podía haber tal vez algunos hombres no creativos, cuyo ocio fuera estéril; pero su actividad sería sólo material. Para traer a la luz cosas inmateriales, cosas creativas, que compartieran la naturaleza del espíritu y no la de la carne, debíamos gastar celosamente nuestro tiempo o nuestras dificultades en exigencias físicas, puesto que en la mayor parte de los hombres el alma envejece mucho

antes que el cuerpo. La humanidad ninguna ganancia había conseguido con el trabajo anodino.

Ningún honor podía haber en los éxitos seguros, pero era mucho lo que podía arrancarse de una derrota segura. La omnipotencia y el infinito eran nuestros más valiosos enemigos, y en verdad los únicos contra los cuales podía luchar un hombre de honor, por ser monstruos creados por su propio espíritu, y los más formidables enemigos son siempre los que anidan en el propio hogar. Al luchar contra la omnipotencia el honor se enorgullecía de desechar los pobres recursos de que disponíamos, y de atreverse contra ella con las manos vacías, para ser batido, no sólo por una mayor capacidad, sino por la ventaja de unas mejores herramientas. Para los clarividentes, el fracaso era la única meta. Debíamos creer cada vez más que no había victoria, salvo la de penetrar en la muerte luchando y clamando por el fracaso en sí, pidiendo a la omnipotencia en los momentos de desespero que golpeara más fuerte, de modo que con su mismo golpe pudiéramos templar nuestro torturado yo y convertirlo en arma de su propia ruina.

Fue un discurso altisonante y semiincoherente, lanzado a la desesperada, sobre la marcha, en medio de la más extrema necesidad, sobre el yunque de aquellos espíritus cándidos sentados en torno al fuego; y difícilmente su sentido consiguió permanecer en mí posteriormente, ya que, de inmediato, mi memoria plástica olvidó su emisión, y sólo retuvo la lenta humillación de los serahin, la noche callada en la que

su apego a este mundo se disipó, y destelló al fin su ansia por cabalgar con nosotros a dondequiera que fuéramos. Antes del amanecer llamamos al viejo Abd el Kader, y, llevándolo aparte entre la arenosa maleza, le gritamos a su embotado oído que los serahin saldrían con nosotros, bajo sus auspicios, hasta Wadi Jalid, después del amanecer. El gruñó que estaba bien, y nosotros nos dijimos uno a otro que nunca, si la vida y las oportunidades se nos prolongaban, volveríamos a tomar a un sordo como conspirador.

CAPÍTULO LXXV

Exhaustos nos tendimos un momento, pero estábamos de nuevo en movimiento muy temprano, para revistar a los camelleros de los sirhan. Hicieron una salvaje y desgarbada parada, aunque nos parecieron flojos jinetes, y ellos fanfarronearon en exceso para resultar convincentes. Era una pena que no tuvieran un verdadero líder. Mteir era demasiado viejo para ser útil, e ibn Bani era un hombre gris, más ambicioso como político que como guerrero. No obstante, era toda la fuerza de que disponíamos, de modo que teníamos que conformarnos, y a las tres del mediodía montamos en dirección a Azrak, puesto que otra noche en las tiendas nos hubiera dejado llenos de picaduras hasta los huesos. Abd el Kader y sus sirvientes montaron en sus yeguas, como una señal de que la línea de batalla estaba cerca. Echaron a cabalgar inmediatamente detrás de nosotros.

Iba a ser aquélla la primera visita de Alí a Azrak, y nos apresuramos a subir la rocosa loma llenos de excitación, hablando de las guerras, canciones y pasiones de los primeros reyes pastores, con nombres dotados de música, que habían amado aquel país; y de

los legionarios romanos que habían languidecido allí en sus guarniciones en tiempos aún más antiguos. Entonces, el azulado fuerte encaramado en su roca, sobre las susurrantes palmeras, con las frescas acequias y los brillantes manantiales, irrumpió ante nuestra vista. De Azrak, como de Rumm, hay que decir *Numen inest*[31]. Ambos estaban mágicamente encantados, pero, mientras que Rumm era vasto, resonante y casi divino, el insondable silencio de Azrak estaba embebido del saber de poetas errantes, de adalides, de reinos perdidos, y de todo el crimen, la caballerosidad y la perdida magnificencia de Hira y Ghassan. Cada piedra o guija irradiaba casi un recuerdo del luminoso y sedoso Edén, que tanto tiempo hacía que pasara al olvido.

Al cabo, Alí agitó sus riendas, y su camella echó a andar con cuidado por la colada de lava abajo, hasta el rico herbazal situado tras los manantiales. Nuestros fruncidos ojos se abrieron de par en par, aliviados de que se hubiese desvanecido la dureza del reflejo solar que había imperado tantas semanas. Alí exclamó: «Hierba», y saltó de su silla a tierra sobre cuatro patas, con la cara inclinada sobre los duros tallos que tan amables resultan en el desierto. Se puso en pie de un salto, se inflamó con su grito de guerra hariz, se arrancó el pañuelo y echó a correr por el marjal, saltando sobre los rojos canales por donde el agua corría entre los juncos. Sus blancos pies destellaban por debajo de los pendulantes pliegues de sus ropas de

---

[31] «Tiene duende, sería la traducción castiza. *(N. del T.)*

casimir. En Occidente raras veces experimentamos esa belleza añadida del cuerpo cuando aparece balanceándose ágilmente sobre los pies desnudos, cuando el ritmo y la gracia del movimiento se hacen visibles, con el juego de músculos y tendones marcando el mecanismo de cada zancada y el equilibrio del reposo.

Cuando volvimos de nuevo a los asuntos serios, Abd el Kader había desertado; sin Abd el Kader, Wadi Jalid era imposible, lo que significaba que necesariamente teníamos que intentarlo con el puente de Tell el Shebab. Para llegar a él teníamos que cruzar a la descubierta el territorio que se extendía entre Remze y Deraa. Abd el Kader se había pasado al enemigo, con información de nuestros planes y fuerzas. Los turcos, caso de tomar las más razonables precauciones, nos atraparían en el puente. Celebramos consejo con Fahad y decidimos seguir adelante, de todos modos, confiados en la habitual incompetencia del enemigo. No fue una decisión confiada. Mientras la adoptábamos, el sol parecía menos llameante, y Azrak no tan a salvo del temor. A la mañana siguiente, enfilamos pensativamente por un valle pedregoso, y cruzando una loma entramos en Wadi Hariz, cuyo verde lecho guardaba un desconcertante parecido con algunos paisajes de casa.

Alí se alegró de ver un valle tan rico en pastos que llevaba su nombre de familia, y se puso tan contento como nuestros camellos cuando encontramos varias charcas límpidas con agua de lluvia de la semana

anterior en las hoyas existentes entre los arbustos. Nos detuvimos y utilizamos el descubrimiento para comer, haciendo una larga parada. Adhub salió junto con Awad para buscar una gacela. Volvieron con tres. Así que alargamos nuestra parada e hicimos una segunda comida, a modo de fiesta, a base de trozos de carne pinchados en baquetas y asados hasta que el exterior quedaba negro como carbón, mientras el interior permanecía jugosamente dulce. Quienes recorren el desierto adoran este ocasional botín; asimismo, en este viaje cierta desgana gravitaba sobre nuestra diaria marcha, haciéndonos aceptar con contento cada retraso.

Desgraciadamente, mi tiempo de descanso se vio estropeado por una cuestión de justicia. La enemistad de sangre entre Ahmed y Awad estalló durante la caza de la gacela en forma de duelo. Awad había cortado de un tiro el ceñidor de cabeza de Ahmed. Ahmed había agujereado la capa de Awad. Los desarmé a ambos y di en voz alta orden de que el pulgar derecho y el índice de cada uno fuera cortado. El terror a semejante sentencia los empujó a un inmediato, violento y público beso de paz. Poco después todos mis hombres dieron fe de que el problema se había resuelto. Referí el caso a Alí ibn el Hussein, quien los puso en libertad vigilada, tras sellar su promesa con la antigua y curiosa penalización nómada de golpear agudamente la cabeza con el filo de una pesada daga hasta que la sangre surgida corriera hasta el cinturón. Causaba dolorosas pero inocuas heridas en el cuero cabelludo,

cuyo dolor al principio, y las cicatrices después, se suponía que servirían para recordar a los eventuales transgresores la promesa que habían hecho.

Nos pusimos en marcha de nuevo recorriendo millas en perfecto orden, a través de una región rica para los camellos, hasta que en Abu Sawana dimos con un hoyo pedregoso, lleno a rebosar de una deliciosa agua de lluvia almacenada en un estrecho canal de dos pies de profundidad y tal vez diez pies de ancho, pero de media milla de largo. Aquello nos serviría como punto de partida para nuestra incursión sobre el puente. Para estar seguros de que estábamos cubiertos avanzamos dos millas más, hasta la cima de un rocoso otero, y desde allí observamos el regreso de una partida de jinetes circasianos, enviados por los turcos para informar si las charcas estaban ocupadas. Los habíamos evitado, para nuestro mutuo beneficio, por cinco minutos.

A la mañana siguiente, llenamos nuestros pellejos, ya que no encontraríamos ningún sitio donde abrevar entre allí y el puente; y marchamos luego reposadamente hasta donde el desierto terminaba en una depresión de tres pies al borde de una limpia llanura, que se extendía lisamente hasta los rieles del ferrocarril varias millas más allá. Para poder cruzarla, esperamos hasta el anochecer. Nuestro plan era deslizarnos sobre la vía secretamente, y escondernos en los piedemontes del otro lado, por debajo de Deraa. En primavera, estas montañas estaban llenas de ovejas, ya que la lluvia cubría sus laderas bajas de

hierba nueva y flores. Con la llegada del verano los pastos se secaban, convirtiéndose en lugares desiertos para oscuros y errantes viajeros. Podíamos prever la posibilidad de pasar en sus repliegues todo un día sin ser molestados.

Hicimos de nuestro alto otra oportunidad para ponernos a comer, ya que comíamos sin remordimiento todo lo que podíamos y tan pronto teníamos ocasión de ello. Ello aligeraba nuestra carga y nos apartaba de pensar: aunque a pesar de esta ayuda el día no dejaba de resultar muy largo. Finalmente llegó el ocaso. La llanura se estremeció, mientras la oscuridad, que durante una hora había estado concentrándose entre las colinas que teníamos enfrente, fluía lentamente, y terminaba por ahogarla. Montamos. Y dos horas más tarde, tras una marcha rápida sobre la grava, Fahad y yo, que nos habíamos adelantado a explorar, llegamos a la vía férrea, y sin dificultad hallamos un lugar rocoso, por donde nuestra caravana no dejaría huellas de su paso. Los guardianes turcos de la vía claramente se hallaban a sus anchas, lo que significaba que Abd el Kader no había causado aún pánico con las nuevas que llevaba.

Cabalgamos por la otra parte de la vía durante media hora, y nos introdujimos en una muy leve depresión rocosa llena de suculentas plantas. Era Ghadir el Abyadh, recomendada por Mifleh como lugar para emboscarnos. Aceptamos su sorprendente palabra de que estábamos a cubierto, y nos tendimos entre nuestras bestias sin descargar, para descabezar

un breve sueño. El alba nos mostraría cuán lejos nos hallábamos de estar a salvo y ocultos.

Al rayar el día, Fahad me condujo al borde de nuestro hondón, unos quince pies más arriba, y desde allí vimos la vía al otro lado de un prado en leve pendiente, a un tiro de distancia. Era una proximidad muy inconveniente, pero los sujur no conocían sitio mejor. Teníamos que aguantarnos allí todo el día. Cada vez que anunciaba algo nuevo, mis hombres corrían a mirar, y el bajo talud debía adornarse de un friso dentado de cabezas humanas. Cada vez que pasaba una patrulla, teníamos que controlar con gran tacto a nuestras bestias, pues como una de ellas se pusiera a gruñir o a relinchar, hubiera atraído al enemigo. El día anterior había sido largo y ése lo fue aún más: no podíamos comer, ya que el agua teníamos que racionarla celosamente para la escasez del día siguiente. Y el solo saberlo nos aumentaba la sed.

Alí y yo hicimos los últimos preparativos de nuestra incursión. Nos quedaríamos allí atrincherados hasta la puesta de sol; y deberíamos entonces alcanzar Tell el Shebab, volar el puente y volver al lado este de la vía de madrugada. Lo que significaba una cabalgada de al menos ochenta millas en las trece horas de oscuridad, con una compleja demolición en medio. Semejante actuación estaba más allá de la capacidad de la mayor parte de los indios. No eran buenos jinetes, y habían desfondado a sus camellos en la marcha desde Akaba. Un árabe, cuidando bien a su bestia, puede llevarla de vuelta a casa en buenas condiciones tras una dura

marcha. Los indios habían hecho cuanto habían podido, pero su disciplina de caballería los había agotado a ellos y a los animales en nuestras fáciles etapas.

Así que escogimos a los seis mejores jinetes y los colocamos en los seis mejores camellos, con Hassan Shab, su oficial y hombre más bragado, para dirigirlos. Éste decidió que esta pequeña partida estaría armada del modo más adecuado con una ametralladora Vickers. Era una drástica reducción de nuestro poder ofensivo. Cuanto más lo pensaba, menos afortunado me parecía el desarrollo de este plan nuestro del Yarmuk.

Los beni sajr eran buenos luchadores, pero desconfiábamos de los serahin. Así que Alí y yo decidimos convertir a los beni sajr, bajo la dirección de Fahad, en nuestro pelotón de asalto. Dejaríamos unos cuantos serahin para guardar los camellos, mientras los restantes transportaban la gelatina en nuestros camellos de carga sin jinete hasta el puente. Para adecuar el apresurado transporte por las escarpadas laderas y en medio de la noche, convertimos las cargas de explosivos en bultos de treinta libras, para mayor visibilidad colocados en una bolsa blanca. Nos dedicamos a reempaquetar la gelatina, y compartimos el extraño dolor de cabeza que produce el manipularla, lo que nos ayudó a pasar el tiempo.

Mi guardia de corps tuvo que ser cuidadosamente distribuida. Se adscribió un buen jinete a cada uno de los hombres locales menos expertos, cuya virtud

radicaba en que conocían el país; cada uno de dichos pares fue a su vez asignado a uno de los extranjeros directamente dependientes de mí, con instrucciones de mantenerse pegados a él durante la noche. Alí ibn el Hussein tomó seis de sus sirvientes, y la partida quedó completa con veinte beni sajr y cuarenta serahin. Dejamos a los camellos cojos y débiles en Abyadh, a cargo del resto de nuestros hombres, con instrucciones de volverse a Abu Sawana antes del amanecer del día siguiente y esperar allí noticias nuestras. Dos de mis hombres desarrollaron repentinas enfermedades que los incapacitaron para venir con nosotros. Los dispensé para esa noche, y posteriormente de cualquier otro deber.

CAPÍTULO LXXVI

Al poco de la puesta de sol nos despedimos de ellos y seguimos valle arriba, aunque no sentíamos la menor inclinación a seguir adelante. La oscuridad empezó a cerrarse mientras remontábamos la primera loma y torcíamos hacia el oeste, en dirección a la vieja pista de peregrinos, cuyo rastro sería nuestro mejor guía. Íbamos dando tumbos por la irregular ladera abajo cuando los hombres de cabeza se dispararon de pronto hacia delante. Los seguimos y los encontramos rodeando a un aterrorizado buhonero, con sus dos mujeres y dos asnos cargados de uvas pasas, harina y capas. Se dirigían a Mafrak, la estación que acabábamos de dejar a nuestra espalda. Era algo terrible; finalmente, les dijimos que acamparan, y dejamos a un sirhani para vigilar que no se movieran; debía soltarlos de madrugada y escapar, cruzando la vía, a Abu Sawana.

Seguimos cruzando el país ya en absoluta oscuridad hasta ver el reflejo de los blancos carriles de la pista de peregrinos. Era la misma pista por la que los árabes habían cabalgado conmigo mi primera noche en Arabia en dirección a Rabegh. En los doce meses que

habían pasado desde entonces habíamos venido luchando a lo largo de ella durante mil doscientos kilómetros, desde Medina y Hedia hasta Dizad, Mudowwara y Maan. Poco quedaba ya hasta Damasco, donde nuestra peregrinación armada debía terminar.

Pero nos sentíamos llenos de aprensión aquella noche: nuestros nervios se habían visto trastornados por la huida de Abd el Kader, el único traidor de nuestra experiencia. De haberlo calculado bien, hubiéramos podido darnos cuenta de que teníamos una oportunidad a pesar de él; pero el juicio desapasionado no entraba en nuestro estado de ánimo, y pensábamos medio desanimados que la Rebelión Árabe podría no alcanzar nunca su último objetivo, quedando como un ejemplo más de las caravanas que salían llenas de ardor en busca de una meta en las nubes, e iban muriendo hombre a hombre en el yermo, sin alcanzar el éxito.

Un pastor, probablemente, disipó tales pensamientos al disparar su rifle contra nuestra caravana, a la que había visto aproximarse silenciosamente en medio de la oscuridad. Erró ampliamente el tiro, pero empezó a gritar presa de un extremo terror, y mientras huía no dejó de disparar sobre nosotros.

Mifleh el Gomaan, que hacía de guía, giró violentamente, y con ciego trote condujo a nuestra encabritada columna pendiente abajo, por encima de un piedemonte cortado a tajo, y rodeando la falda de una colina. Allí conseguimos tener de nuevo una noche

tranquila, y reemprendimos la marcha ordenada bajo la luz de las estrellas. La siguiente alarma fueron los ladridos de un perro a nuestra izquierda, y luego un camello que vino a cruzarse inesperadamente en nuestro camino. Iba, no obstante, perdido, y sin jinete. Seguimos avanzando.

Mifleh me hizo ir en cabeza con él, llamándome «árabe», de modo que mi nombre conocido no revelara mi personalidad a los extraños que pudiera haber en la oscuridad. Descendíamos por un muy enmarañado hondón cuando nos llegó el olor de cenizas, y la oscura figura de una mujer saltó desde detrás de un arbusto al lado de la pista y se perdió de vista chillando. Podía haber sido una gitana, ya que nada ocurrió. Llegamos a una colina. En su cima había una aldea que resplandecía y nos iluminaba desde la distancia. Mifleh nos desvió hacia la derecha sobre un ancho terreno arado; ascendimos por él lentamente, haciendo reclinar las sillas. En el borde de la cima hicimos un alto.

Lejos, hacia el norte y por debajo nuestro, podían verse racimos de luces. Eran los destellos de la estación de Deraa, prendidos para el tráfico militar, y sentimos crecer nuestra confianza, pero también había algo de fanfarronería en aquel desprecio turco por nosotros. Fue nuestra venganza hacer que fuera aquélla su última noche iluminada: Deraa quedó a oscuras desde la mañana siguiente y durante todo un año hasta su caída. En escuadrón cerrado enfilamos hacia la izquierda cruzando la cima y bajando luego por un largo valle hasta la llanura de Remthe, de cuya

aldea de vez en cuando surgía alguna roja chispa, en medio de la oscuridad y hacia el noroeste. El suelo se había hecho liso, pero estaba semiarado, y muy blando debido al laberinto de conejeras que lo horadaba, en las que nuestros camellos se hundían hasta las cornejas. Sin embargo, teníamos que ganar velocidad, porque los incidentes y la dificultad del camino nos habían hecho retrasar. Mifleh azuzó a su camello para ponerlo al trote.

Yo iba mejor montado que la mayoría, sobre el camello rojo que había encabezado nuestra entrada en Beidha. Era una camella larga y empinada, con una gran zancada difícil de soportar, como con golpes de pistón, pero no de una manera totalmente mecánica, ya que había coraje en su persistente esfuerzo por ponerse a la cabeza de la fila. Allí, una vez superados todos los competidores, su ambición fenecía en un paso sólido, más largo que el normal por algunas pulgadas, pero semejante al de cualquier otro animal, salvo porque daba una confiada sensación de inmensa reserva de fuerza y aguante. Recorrí la caravana y les dije que apretaran el paso. Los indios, que cabalgaban mecánicamente, como si fueran a caballo, hacían lo que podían, como lo hacía la mayor parte del resto; pero el terreno era tan malo que los mayores esfuerzos no resultaban fructuosos, y según iban pasando las horas, un jinete tras otro, empezaron a rezagarse. Decidí colocarme en la retaguardia, junto a Alí ibn el Hussein, que llevaba una vieja y extraña camella de carreras. Debía tener unos catorce años, pero no

flaqueó en toda la noche. Se deslizaba con la cabeza gacha y con aquel rápido paso de los camellos del Neyd que tan grato resulta para el jinete. Nuestra velocidad y el empleo de las aguijadas hacían la vida insoportable a los hombres y camellos rezagados.

Poco después de las nueve dejamos el terreno arado. La marcha debía mejorar, pero empezó a lloviznar, y la rica superficie de la tierra se puso resbaladiza. Un camello sirhani se cayó. Su jinete lo puso en pie en un instante y siguió caminando. Uno de los beni sajr se cayó al suelo. También resultó ileso, y volvió a montar a toda prisa. A continuación encontramos a uno de los sirvientes de Alí parado junto a su camello. Alí le chistó, y como el tipo musitara una disculpa, le cruzó salvajemente el rostro con su vara. El aterrorizado camello saltó hacia delante, y el esclavo, agarrándose a la cincha, fue capaz todavía de subirse a la silla. Alí lo persiguió con una lluvia de golpes. Mustafá, uno de mis hombres, e inexperimentado jinete, se cayó dos veces. Awad, su superior, le habla sujetado ambas veces las riendas, y lo había ayudado a montar de nuevo antes de que los alcanzáramos.

La lluvia cesó, y pudimos ir más rápido. Pendiente abajo, ahora. De pronto, Mifleh, alzándose en su silla, fustigó el aire por encima de su cabeza. Un agudo sonido metálico en medio de la noche nos mostró que nos hallábamos bajo la línea telegráfica de Mezerib. Luego el horizonte gris que teníamos delante se hizo más distante. Parecíamos estar cabalgando sobre la comba de un arco terrestre, con un abismo de

oscuridad creciente a cada lado y por delante. En ese momento llegó a nuestros oídos un débil suspiro como de viento removiendo los árboles, muy lejano pero continuo y en lento incremento. Debía de proceder de la gran cascada situada por debajo de Tell el Shebab, y apretamos la marcha confiados.

Unos pocos minutos más tarde, Mifleh paró su camella y empezó a golpearla suavemente en el cuello hasta que se bajó silenciosamente sobre sus rodillas. Se arrojó al suelo, mientras nosotros frenábamos junto a él en una herbosa plataforma situada junto a un peñasco caído. Ante nosotros, de un labio de tinieblas se elevaba con fuerza el ruido de la corriente que había estado ensordeciendo en nuestros oídos desde lejos. Era el borde de la garganta del Yarmuk, y el puente estaba justo bajo nosotros a la derecha.

Ayudamos a los indios a descender de sus cargados camellos, de modo que ningún sonido pudiera traicionarlos a unos oídos atentos; a continuación, nos reunimos, entre susurros, sobre la húmeda hierba. La luna no lucía aún sobre el Hermón, pero la noche había aclarado ya en la promesa de su aparición, con extravagantes desgarrones de deshilachadas nubes atravesando el lívido cielo. Repartí los explosivos a los quince porteadores, y salimos. Los beni sajr bajo el mando de Adhub se hundieron en las oscuras pendientes ante nosotros para explorar el camino. La tormenta había vuelto traicionera la empinada pendiente, y sólo hundiendo nuestros pies profundamente en el suelo podíamos estar seguros de

pisar firme. Dos o tres hombres cayeron al suelo pesadamente.

Cuando nos hallábamos en la peor parte, donde las rocas surgían violentamente de la superficie, un nuevo ruido vino a añadirse al rugido del agua, un tren que traqueteaba lentamente cuesta arriba desde Galilea, los rebordes de sus ruedas chirriando en cada curva y el vapor de su máquina jadeando desde las profundidades del barranco con fantasmales bocanadas blancas. Los serahin se echaron atrás. Wood los arrastró detrás de nosotros. Fahad y yo saltamos a la derecha, y a la luz de las llamas de la locomotora pudimos ver vagones abiertos en los que iban hombres vestidos de kaki, tal vez prisioneros que eran llevados a Asia Menor.

Un poco más allá, y al fin, bajo nuestros pies, vimos algo más negro en medio de la abismal negrura del valle, y en su otro extremo un punto titilante de luz. Nos detuvimos para examinarlo con los gemelos. Era el puente, con una tienda de centinelas plantada al pie de la umbrosa pared de la orilla opuesta. Todo estaba en calma, excepto el río; todo permanecía inmóvil, menos la danzante llama que lucía en el exterior de la tienda.

Wood, que sólo debía bajar caso de resultar yo alcanzado, aprestó a los indios para rociar la tienda de los centinelas si la alarma se generalizaba, mientras Alí, Mifleh y el resto de nosotros, junto con los beni sajr y los porteadores de explosivos, seguíamos avanzando hasta dar con el viejo camino que llevaba cerca de los estribos del puente. Enfilamos por él en fila india, con

nuestras pardas capas y sucias ropas confundiéndose a la perfección con la piedra caliza que pendía sobre nosotros y la del precipicio que teníamos debajo, hasta llegar a los raíles poco antes de la curva que tomaban para penetrar en el puente. Allí la multitud se detuvo, y yo me arrastré hacia delante con Fahad.

Alcanzamos el desnudo arranque del puente, y seguimos avanzando con las caras sumidas en las sombras de sus raíles hasta que pudimos casi tocar el gris esqueleto de las vigas suspendidas, y ver al solitario centinela que se apoyaba en el otro contrafuerte, a una distancia de sesenta yardas a través del abismo. Mientras lo observábamos empezó a moverse lentamente arriba y abajo, delante de su hoguera, sin pisar siquiera el vertiginoso puente. Me lo quedé mirando fascinado, como si careciera de plan y fuera incapaz de hacer nada, mientras Fahad gateaba por el muro del contrafuerte, por la parte donde éste se separaba de la ladera del monte.

De nada servía, pues yo quería atacar las vigas mismas; así que me alejé arrastrándome para traer conmigo a los porteadores de la gelatina. Antes de llegar a donde estaban se oyó el estrépito de un rifle al caer y una confusa caída desde los altos de la orilla. El centinela se alertó y empezó a mirar hacia el lugar del ruido. Y vio, allá arriba, en la zona de luz que la luna en ascenso arrojaba sobre la hermosa garganta, a los servidores de la ametralladora que se descolgaban hacia una nueva posición entre las sombras en

retroceso. Dio el alto con voz sonora, y a continuación alzó el arma y disparó, mientras alertaba a la guardia.

Al instante todo se tornó una total confusión. Los invisibles beni sajr acurrucados a lo largo del estrecho sendero que corría sobre nuestras cabezas, empezaron a disparar al azar. El centinela se abalanzó hacia las trincheras y abrió rápidamente fuego en dirección a nuestros disparos. Los indios, pillados en pleno movimiento, no podían emplear sus Vickers para liquidar la tienda antes de que se vaciara. El fuego se generalizó. Los disparos de los rifles turcos, reverberando en la estrechez del lugar, se veían redoblados por el impacto de las balas sobre las paredes rocosas situadas detrás de nuestro grupo. Los porteadores serehin habían aprendido de mis guardias de corps que la gelatina podía activarse si resultaba alcanzada. Así que cuando los disparos empezaron a salpicar a su alrededor, tiraron los sacos por el borde y echaron a correr. Alí saltó hacia donde estábamos Fahad y yo, que nos manteníamos invisibles en la sombra del contrafuerte, pero con las manos vacías, y nos dijo que los explosivos se hallaban ahora en el profundo lecho del barranco.

Era inútil pensar en recuperarlos, con semejante infierno desatado, así que nos deslizamos, sin incidentes, hasta el sendero del monte, bajo el fuego turco, y seguimos sin resuello hasta la cima. Allí nos encontramos al enojado Wood con los indios, y le dijimos que todo había concluido. Nos apresuramos a llegar hasta el peñasco donde los serahin se

apelotonaban sobre sus camellos. Los reunimos tan rápido como pudimos, y salimos trotando a toda velocidad, mientras los turcos seguían disparando en el fondo del valle. Turra, la aldea más cercana, oyó el clamor y se sumó a él. Otras aldeas se despertaron, y empezaron a encenderse las luces por toda la llanura.

Nuestra huida arrolló a un grupo de campesinos que volvían de Deraa. Los serahin, dolidos por el papel que habían jugado (o por lo que yo había dicho en el calor de la escapada) buscaban pelea, y los dejaron sin nada.

Las víctimas echaron a correr bajo la luz de la luna con sus mujeres, profiriendo los desgarradores gritos árabes de petición de ayuda. Les oyeron en Remze y sus gritos multitudinarios despertaron a todos los durmientes de la vecindad. Sus hombres de a caballo salieron a cargar contra nosotros desde un flanco mientras los vecindarios de los alrededores veían llenarse de gente sus tejados y disparaban sobre nosotros.

Dejamos a los salteadores serahin con su embarazoso botín, y seguimos avanzando hoscamente en silencio, manteniéndonos juntos con tanto orden como podíamos, mientras mis hombres, bien entrenados, prestaban un maravilloso servicio ayudando a los que se caían, o montando en su grupa a aquellos cuyos camellos estaban demasiado maltrechos para poder galopar. El suelo seguía estando barroso, y los surcos del arado resultaban más trabajosos que nunca; pero detrás nuestro venía un

verdadero motín, que nos empujaba a nosotros y a nuestros camellos como una partida de caza que nos persiguiera hasta nuestro refugio en las montañas. Al fin pudimos penetrar en éstas, y atajamos por un camino mejor hacia la tranquilidad, haciendo cabalgar a nuestros animales tanto como podíamos, pues el alba estaba cerca. Gradualmente, el ruido que llevábamos a nuestras espaldas fue apagándose, y los últimos rezagados vinieron a colocarse en su sitio, reunidos, como en el camino de ida, por la labor de escoba que Alí ibn el Hussein y yo realizábamos en la retaguardia.

El día empezó a rayar mientras descendíamos hacia la vía férrea, y Wood, Alí y los jefes, situados ahora en cabeza para verificar el cruce, se divirtieron cortando los hilos del telégrafo mientras la procesión iba pasando. Habíamos cruzado la vía la noche anterior para volar el puente de Tell el Shebab, y aislar así Palestina de Damasco, ¡y nos hallábamos ahora cortando el telégrafo que comunicaba con Medina después de tantas penalidades y riesgos! Los cañones de Allenby, que seguían batiendo el aire a lo lejos y a nuestra derecha, eran un triste recordatorio de nuestro fracaso.

El gris amanecer se aproximó mansamente, presagiando la gris llovizna que siguió, una lluvia tan suave e inútil que parecía burlarse de nuestro derrotado avance hacia Abu Sawana.

Al atardecer alcanzamos la larga laguna y allí los que habíamos apartado de nuestra incursión querían conocer los detalles de nuestro fracaso. Estábamos

enloquecidos, todos enloquecidos por igual, y por tanto nuestra ira carecía de objeto. Amhed y Awad tuvieron otra disputa; el joven Mustafá se negó a cocer el arroz; Farray y Daud la emprendieron a puñetazos con él hasta que se puso a gritar; Alí golpeó a dos de sus esclavos; y a ninguno de nosotros le importaba nada un ardite. Nuestros espíritus estaban obsesionados por el fracaso, y nuestros cuerpos cansados después de casi cien millas extenuantes sobre un mal terreno y en malas condiciones, de puesta de sol a puesta de sol, sin altos ni comidas.

CAPÍTULO LXXVII

La comida debía ser nuestra siguiente preocupación, y celebramos un consejo bajo la fría e impetuosa lluvia para ver qué podíamos hacer. Por mor de una mayor ligereza habíamos traído de Azrak sólo raciones para tres días, que nos llegaban hasta la noche; pero no podíamos volver con las manos vacías. Los beni sajr querían ganar honores y los serahin habían sufrido demasiadas desgracias últimamente para no clamar por más aventuras. Teníamos aún una bolsa de reserva con treinta libras de gelatina, y Alí ibn el Hussein, que había oído de nuestras actuaciones por debajo de Maan, y que era tan árabe como el que más, dijo: «Volemos un tren.» La idea fue universalmente coreada, y todos miraron hacia mí, pero así de pronto, yo no me sentía capaz de compartir sus esperanzas.

Las voladuras de trenes eran una ciencia exacta cuando se las llevaba a cabo concienzudamente con un grupo de apoyo suficiente y las ametralladoras bien empleadas. Las acciones apresuradas de este tipo podían resultar peligrosas. La dificultad en este caso era que el equipo de las ametralladoras estaba formado por indios, quienes, aunque buenos hombres en

condiciones normales, pasaban a ser sólo hombres a medias en condiciones de frío y hambre. Yo no tenía la menor intención de arrastrarlos a media ración a una aventura que podía durar una semana. No había la menor crueldad en matar de hambre a los árabes; unos cuantos días de ayuno no sólo no los mataban, sino que podían luchar igual que siempre con el estómago vacío, y, si las cosas iban peor de lo previsto, había camellos suficientes para matar y comer; pero los indios, aunque musulmanes, se negaban a comer carne de camello por principio.

Expliqué a los árabes estas minucias dietéticas. Alí dijo de inmediato que yo no tenía que hacer más que volar el tren, y que él y los árabes se emplearían a fondo en el descarrilamiento, sin el apoyo de las ametralladoras. Y puesto que en aquella poco sospechosa comarca podíamos dar con un tren de suministros, con civiles o sólo con una pequeña escolta de reservistas, me mostré de acuerdo. Habiendo sido aplaudida la decisión, nos sentamos formando un círculo, para terminar nuestra tardía y fría cena (la lluvia había empapado el combustible y hecho imposible encender el fuego), con nuestros corazones en cierto modo confortados por la posibilidad de un nuevo esfuerzo.

Al amanecer, junto con los árabes no aptos, los indios se encaminaron hacia Azrak, con gran desánimo. Habían venido al interior del país conmigo con la esperanza de llevar a cabo acciones verdaderamente militares, y primeramente habían

tenido que contemplar el barullo del puente, y ahora tenían que renunciar al tren que se anunciaba. Era un duro golpe para ellos; y para suavizarlo con un rasgo de honor le pedí a Wood que los acompañara. Éste se conformó, tras una discusión, por hacerles un favor, aunque demostró ser ésta una sabia medida para él, ya que un malestar que había venido importunándolo empezó a mostrar los primeros síntomas de neumonía.

El resto de nosotros, unos sesenta hombres, nos volvimos hacia el ferrocarril. Ninguno conocía el país, así que los conduje hacia Minifir, donde junto con Zaal habíamos hecho estragos la anterior primavera. La combada cima de la colina sirvió como excelente puesto de observación, campamento, pastadero y vía de escape, y allí nos sentamos, en nuestro antiguo campamento, hasta la puesta del sol, tiritando y observando la inmensa llanura, extendida a nuestros pies como un mapa, hasta los nubosos picos de Yebel Druse, con Um el Yemal y sus demás aldeas gemelas luciendo como tachones de tinta a través de la lluvia.

Nada más oscurecer, bajamos hasta la vía para plantar la mina. La reconstruida alcantarilla del kilómetro 172 parecía seguir siendo el lugar más adecuado. Cuando nos hallábamos junto a ella, se oyó un retumbar, y a través de la niebla y la oscuridad cada vez más espesas hizo repentinamente su aparición un tren por la curva norte, a sólo doscientas yardas de distancia. Nos deslizamos bajo el largo arco y lo oímos rodar sobre nosotros. Fue algo molesto; pero cuando la vía estuvo despejada de nuevo reemprendimos la

colocación de la carga. La noche era amargamente fría, con constantes chaparrones que caían sobre el valle.

El arco era de sólida cantería, de cuatro metros de ancho, y se alzaba sobre un lecho de guijas que nacía precisamente en nuestra colina. Las lluvias invernales habían excavado en él un canal de cuatro pies de profundidad, estrecho y sinuoso, que nos servía como admirable acceso de aproximación hasta sólo trescientas yardas de la vía. Allí la barranca se ensanchaba y corría derecha hacia la alcantarilla, haciéndose visible su lecho para cualquiera que viniera por la vía.

Escondimos cuidadosamente el explosivo en la clave del arco, a más profundidad de lo que solíamos, y debajo de una traviesa de modo que las patrullas de vigilancia no pudieran sentir su viscosa blandura al pisar. Los cables los llevamos desde el talud hasta el lecho de guijas del arroyo, donde podían esconderse con facilidad, y corriente arriba hasta donde llegaran. Desgraciadamente tenía sólo sesenta yardas, ya que había habido problemas en Egipto para encontrar cable con aislante y sólo esto había podido conseguirse para el momento de nuestra salida. Sesenta yardas eran suficientes para un puente, pero escasas para un tren; no obstante, tuvimos suerte de que los extremos coincidieran con un pequeño arbusto de unas diez pulgadas de altura, situado al borde del arroyo, y los enterramos detrás de esta oportuna señal. Era imposible empalmarlos adecuadamente al detonador,

ya que el sitio resultaba visible para las patrullas permanentes que hacían sus rondas de vigilancia.

Debido al fango, la tarea nos llevó más tiempo del habitual, y era casi de madrugada cuando conseguimos rematarlo. Yo aguardé bajo el ventoso arco hasta que empezó a rayar el día, mojado y agotado, y entonces volví sobre el área removida, echando otra media hora en borrar todas las huellas, desparramando hojas y hierbas secas sobre ellas, y remojando el barro con el agua de una charca poco profunda que había cerca. Entonces vi que me hacían señas de que una patrulla se aproximaba, y subí a reunirme con los demás.

Antes de que hubiera conseguido llegar a ellos bajaron a situarse en los puestos previamente fijados, por el arroyadero abajo y sus aledaños. Un tren estaba viniendo desde el norte. Hamud, el alto esclavo de Alí, tenía el detonador, pero antes de que lograra llegar a mi lado un corto tren de vagones de mercancías pasó a toda velocidad. La tormenta que caía sobre la llanura y la espesa niebla matutina lo había ocultado a los ojos del vigía hasta que era ya demasiado tarde. Este segundo fracaso nos entristeció aún más, y Alí empezó a decir que nada iba a salir bien en este viaje. Semejante afirmación corría el riesgo de preludiar el descubrimiento de un mal de ojo; así que, para distraer su atención, sugerí establecer más alejados puntos de atalaya, uno en las ruinas situadas al norte, y otro en el gran peñasco situado al sudeste de la cima.

El resto, no disponiendo de comida para el desayuno, empezó a simular que no tenía hambre. A

todos les encantaba tener que hacerlo, y durante un rato nos sentamos alegremente bajo la lluvia, arrebujándonos unos contra otros en busca de calor tras las jorobas de nuestros empapados camellos. La humedad rizaba el pelo de los animales dejándola como un vellón, de modo que parecían curiosamente desgreñados. Cuando cesaba la lluvia, lo que hacía con frecuencia, un viento frío y gimiente penetraba de lleno en las partes no protegidas de nuestros cuerpos. Después de un tiempo, empezábamos a sentir nuestras mojadas túnicas como objetos viscosos e incómodos. No teníamos nada que comer, ni que hacer, ni sitio a donde ir, salvo sentarnos en las piedras húmedas, en la hierba húmeda o en el barro. Sin embargo, la persistencia del mal tiempo no dejó de recordarme que el avance de Allenby sobre Jerusalén se vería retrasado, quitándole su gran oportunidad. Tan gran infortunio para el león daba un cierto consuelo al ratón. El año siguiente seríamos camaradas.

En las mejores circunstancias, la espera antes de la acción resulta dura. Aquel día resultaba infernal. Hasta las patrullas enemigas pasaban tropezando sin importarles nada, por cumplir, bajo la lluvia. Finalmente, cerca ya del mediodía, los vigías situados en el pico sur hicieron ondear sus capas salvajemente para indicar que se acercaba un tren. Nos colocamos en nuestras posiciones de inmediato, ya que habíamos estado acuclillados en una zanja caudalosa cerca de la vía, para no perder otra oportunidad. Los árabes se pusieron esta vez muy bien a cubierto. Miré hacia atrás

para ver dónde estaban emboscados desde mi punto de detonación, y no vi otra cosa que las grises laderas.

No podía oír el tren, pero confié, y permanecí arrodillado a la espera, quizá media hora, hasta que el suspense se me hizo intolerable, e hice una señal para saber qué pasaba. Me enviaron a decir que venía muy lento, y que era un tren enormemente largo. Se nos abrió el apetito. Cuanto más largo fuera, más botín habría. Luego me enviaron a decir que se había detenido de nuevo. Y que se había puesto en marcha otra vez.

Al fin, cercana ya la una, pude oír el jadeo. La locomotora estaba evidentemente en malas condiciones (todos los trenes alimentados con madera eran malos), y la pesada carga que llevaba se estaba demostrando excesiva para subir la cuesta. Me acurruqué tras de mi arbusto, mientras el tren se arrastraba lentamente, dejándose ver por la curva sur, y sobre el talud por encima de mi cabeza, en dirección a la alcantarilla. No obstante, una vez más era demasiado tarde para elegir, así que cuando la máquina estuvo exactamente sobre mí, oprimí la palanca del detonador. Nada ocurrió. Lo accioné arriba y abajo hasta cuatro veces.

Tampoco ocurrió nada; y me di cuenta de que algo había ido mal, y de que me hallaba arrodillado al lado mismo de la vía, con toda una tropa turca pasando a sólo cincuenta yardas de mí. El arbusto, que me había parecido de un pie de alto, se encogió hasta hacerse más pequeño que una hoja de higuera, y me sentí el

objeto más claramente perceptible del paisaje. A mis espaldas se extendía un valle despejado y doscientas yardas me separaban de donde estaban los árabes esperando y preguntándose qué estaría yo haciendo. Era imposible intentar la huida, que sólo llevaría a los turcos a correr tras nosotros y rematarnos. Si permanecía quieto tal vez habría esperanza de que me confundieran con un simple beduino.

Así que me quedé sentado, no contando más que con mi propia vida, mientras dieciocho furgones abiertos y tres más cerrados, más tres vagones oficiales, pasaban ante mí. La máquina iba jadeando cada vez más lentamente, y todo el tiempo parecía que fuera a desfondarse. Las tropas no hicieron mucho caso, aunque los oficiales sí que me prestaron atención, y salieron a las pequeñas plataformas laterales de sus vagones, y se pusieron a mirarme señalándome. Yo los saludé con la mano, sonriendo nerviosamente y sintiéndome un inverosímil pastor con mi ropa mequí y mi dorado cíngulo atado a la cabeza. Tal vez las manchas de barro, lo mojado de mis ropas y su ignorancia me hicieron aceptable. Al fin el furgón de cola desapareció lentamente tras la curva norte.

Tan pronto se hubo ido, me puse en pie, enterré los cables, eché mano del maldito detonador y eché a correr como un conejo colina arriba en busca de seguridad. Allí, recobré el resuello y miré hacia atrás para ver si el tren en verdad había desaparecido del todo. Se quedó parado unas quinientas yardas más allá de la mina, durante casi una hora, para ver si

conseguían presión, mientras una patrulla de oficiales venía a investigar con todo cuidado el terreno donde yo había estado sentado. Los cables, no obstante, estaban muy bien escondidos, y no hallaron nada; la máquina empezó a recobrar fuerzas de nuevo, y allá se fueron tras ella.

CAPÍTULO LXXVIII

Mifleh estaba arrasado en lágrimas, pensando que había dejado intencionadamente pasar el tren; y cuando se les dijo a los serahin la verdadera causa, dijeron: «La mala suerte está con nosotros.» Históricamente tenían razón, pero ellos lo entendían como una profecía, así que hice sarcástica referencia a su valor en el puente la semana anterior, dando a entender que parecía ser una preferencia tribal sentarse a guardar los camellos. Inmediatamente se produjo un alboroto, con los serahin atacándome furiosamente, y los beni sajr defendiéndome. Alí oyó el tumulto y vino corriendo.

Cuando todo se hubo calmado el anterior estado de abatimiento quedó olvidado. Alí me apoyó noblemente, aunque el pobre muchacho estaba amoratado de frío y titiritaba en un acceso de fiebre. Con voz agónica dijo que su antepasado el Profeta había dado a los jerifes la facultad de la «clarividencia», y por ella sabía que nuestra suerte estaba cambiando. Esto los conformó; mi primera muestra de buena suerte se produjo cuando en medio de la humedad, y sin otra herramienta que mi daga, conseguí abrir la caja del detonador y persuadí a

su mecanismo eléctrico a que funcionara adecuadamente de nuevo.

Volvimos a nuestro puesto de vigilancia junto a los cables pero nada ocurrió, y la noche cayó con su acompañamiento de chubascos y horrores, y todo el mundo refunfuñando. No hubo ningún tren más; estaba todo demasiado húmedo para encender un fuego, y nuestra única comida posible eran los camellos. La carne cruda no tentó a nadie en tales condiciones, y así nuestras bestias sobrevivieron un día más.

Alí se había tumbado boca abajo, posición que le aplacaba los dolores del hambre, e intentó dormir, a pesar de su fiebre. Jazén, el criado de Alí, le prestó su capa como abrigo extra. Por un rato acogí a Jazel bajo la mía, pero al poco sentí que estaba demasiado estrecho. Así que se la dejé toda para él y fui ladera abajo a conectar el detonador. Luego, pasé el resto de la noche allí, junto a los cantarines hilos del telégrafo, sin deseo apenas de dormir, de tanto frío que hacía. Nada ocurrió a lo largo de varias horas, y el amanecer, que vino cargado de humedad, resultaba aún más feo de lo normal. Estábamos mortalmente hartos de Minifir, de los ferrocarriles, de atalayar trenes y de descarrilarlos. Subí a reunirme con el grueso de la gente, mientras la primera patrulla hacía la ronda de la vía férrea. A continuación el día aclaró un poco. Alí se despertó, muy repuesto, y su nuevo humor nos levantó los ánimos. Hamud, el esclavo, aportó unos cuantos palos que había guardado bajo su ropa toda la noche. Estaban casi secos. Raspamos un poco de gelatina

explosiva, y con su cálida llama conseguimos que prendieran, mientras los sujur mataban a toda prisa un camello sarnoso, la menos imprescindible de nuestras bestias de montar, y empezaron con ávidos instrumentos a convertirlo en tasajos manejables.

Justo en aquel momento, el vigía del puesto norte avisó que venía un tren. Dejamos el fuego y corrimos sin resuello a ocupar nuestras viejas posiciones seiscientas yardas colina abajo. Tomando la curva y pitando a todo trapo, venía el tren, un espléndido convoy de doce vagones de pasajeros y dos locomotoras, que viajaba a toda velocidad aprovechando la pendiente favorable. Lo alcancé en la primera rueda de tracción, y la explosión fue tremenda. El suelo me saltó con negra explosión a la cara, y me vi lanzado dando vueltas, para caer sentado con la túnica desgarrada hasta el hombro y la sangre corriendo de los largos arañazos que tenía en mi brazo izquierdo. Entre mis piernas estaba el detonador, aplastado bajo un trozo de renegrido acero. Frente a mí tenía la requemada y humeante mitad superior de un cuerpo humano. Cuando pude mirar en derredor, a través del humo y la polvareda de la explosión, la caldera entera de la primera máquina parecía haber desaparecido.

Embotadamente me di cuenta de que era el momento de marcharse de allí; pero, al ir a moverme, me di cuenta de que sentía un gran dolor en mi pie derecho, debido al cual sólo podía andar cojeando, mientras la cabeza me daba vueltas. El movimiento empezó a aclararme las ideas, al echar a andar

cojeando hacia la pared superior del valle, desde donde los árabes empezaban a disparar apresuradamente sobre los atiborrados vagones. Con aturdimiento, me animaba repitiendo en voz alta en inglés: «Oh, me gustaría que esto no hubiera ocurrido.»

Cuando el enemigo empezó a responder a nuestro fuego, me encontré justo entre ambos grupos de tiradores. Alí me vio caer, y pensando que había sido gravemente herido, junto con Turki y unos veinte hombres de sus criados y los beni sjar, corrió en mi ayuda. Los turcos dieron con el grupo y liquidaron a siete de ellos en pocos segundos. Los demás, en una rápida descubierta, llegaron hasta mí, hermosos modelos en su actividad para un escultor. Sus blancos calzones de algodón remangados en forma de campana, en torno a sus esbeltas cinturas y tobillos, sus lampiños cuerpos morenos, y los tirabuzones estrechamente trenzados sobre ambas sienes en forma de largos cuernos, les daban un aspecto de bailarines rusos.

Nos arrastramos juntos hasta ponernos a cubierto, y allí, en secreto sentí que volvía en mí, para darme cuenta de que no había sido herido en realidad, aunque, además de las magulladuras y cortes del trozo de caldera y de un pie roto, tenía cinco rozaduras de bala (algunas incómodamente profundas) y mis ropas hechas trizas.

Desde el arroyuelo podíamos observar lo que pasaba. La explosión había destruido el arco sustentante de la alcantarilla, y el armazón de la

primera locomotora se hallaba tumbado al otro lado de él, casi al pie del talud de donde había caído. La segunda locomotora había hundido el morro en la brecha, y aparecía cruzada sobre el arruinado ténder de la primera. El chasis estaba partido. Me pareció que ninguna de las dos tendría reparación. El segundo ténder había desaparecido de la vista, y los tres primeros vagones habían chocado entre sí y estaban hechos un acordeón.

El resto del tren aparecía malamente descarrilado, con los siguientes vagones entrechocados en todos los ángulos, y cruzados en zigzag sobre la vía. Uno de ellos era un salón, decorado con banderas. En él iba Mehmed Yemal Pachá, comandante en jefe del Octavo Ejército, que se dirigía apresuradamente a defender Jerusalén contra Allenby. Sus caballos iban en el primer vagón; su coche era transportado en el furgón de cola, y se lo dejamos hecho un colador. Entre su séquito distinguimos a un gordo eclesiástico, que pensamos podría ser Assad Shukkair imán de Ahmed Yemal Pachá y un notorio colaborador turco. Así que le disparamos hasta que cayó.

Llovían tiros por todas partes. Nos dimos cuenta de que nuestras posibilidades de llevarnos el botín eran pocas. Debía de haber unos cuatrocientos hombres a bordo, y los supervivientes, ya a cubierto, y recobrados de la impresión, disparaban sin parar sobre nosotros. En el primer momento, nuestra partida de la estribación norte se había acercado y casi había ganado la partida. Mifleh, montado en su yegua, había hecho salir a los

oficiales del salón y los había echado a la zanja. Estaba demasiado excitado para pararse a disparar, y habían salido todos los ilesos. Los árabes que lo seguían se habían detenido a recoger algunos rifles y las medallas que sembraban el suelo, y luego a sacar bolsas y cajas del tren. De haber tenido la ametralladora emplazada para cubrir los puntos más alejados, según mi habitual práctica de voladuras, no hubiera salido vivo ni un solo turco.

Mifleh y Adhub se nos juntaron en la cima de la colina, y preguntaron por Fahad. Uno de los serahin contó que había dirigido el primer ataque, mientras yo me hallaba tendido junto al detonador, y había sido muerto cerca de allí. Mostraron su cinto y su rifle como prueba de que estaba muerto y de que habían intentado salvarlo. Adhub no dijo una palabra, sino que saltó fuera de la barranca y echó a correr ladera abajo. Contuvimos la respiración hasta que nuestros pulmones empezaron a dolernos, observándolo; pero los turcos parecían no haberlo visto. Un minuto más tarde apareció arrastrando un cuerpo por detrás del lado izquierdo del talud.

Mifleh volvió a montar su yegua, y echó colina abajo por detrás de un repliegue. Ambos levantaron la figura inerte hasta colocarla de través en el arzón, y dieron la vuelta. Una bala le había atravesado la cara a Fahad, pero había revivido poco antes de que Adhub llegara a su lado, y estaba intentando levantarse sobre manos y rodillas, cegado por la sangre, para alejarse de allí a rastras. Había recobrado el ánimo lo suficiente como

para poder agarrarse a la silla. Así que lo pasaron al primer camello que encontraron y salieron con él de estampida.

Los turcos, viéndonos tan quietos, empezaron a avanzar ladera arriba. Los dejamos subir hasta mitad del camino, y disparamos contra ellos una lluvia de balas que mató a unos veinte e hizo retroceder a los demás. El terreno que rodeaba el tren estaba sembrado de muertos, y los vagones rotos estaban atestados de ellos, pero se hallaban luchando bajo la mirada de su comandante en jefe, y sin desanimarse empezaron a rodear las faldas de la colina para atacarnos por los flancos.

Quedábamos tan sólo cuarenta, y obviamente nada podíamos hacer contra ellos. Así que echamos a correr por tandas por el arroyadero arriba, deteniéndonos en cada ángulo a cubierto para entretenerlos disparando al azar. El pequeño Turki se distinguió por su fría decisión, aunque su carabina turca de caballería con carga directa le hizo exponerse tanto que cuatro balas le atravesaron el pañuelo. Alí se enfadó conmigo por retirarme tan lentamente. En realidad mis heridas aún desnudas me estaban debilitando y para ocultarle la verdadera razón, fingí sentirme a mis anchas, e interesado en estudiar a los turcos. Mis sucesivos descansos, mientras reunía fuerza para dar una nueva carrera, rezagaron a Alí y a Turki del resto.

Finalmente, conseguimos llegar a la cima de la colina. Cada hombre allí montó en el camello que tenía más a mano, y salió disparado hacia el este en

dirección al desierto, trotanto sin cesar durante una hora. Una vez a salvo nos repartimos los camellos como correspondía. El excelente Rahil, a pesar de la excitación general, habla traído consigo, atado al arzón de su silla, un buen trozo del camello sacrificado en el momento mismo de acercarse el tren. Nos dio así el motivo para hacer un buen alto, cinco millas más allá, en el momento en que un grupo de cuatro camellos hizo su aparición marchando en la misma dirección. Era nuestro camarada Martar, que volvía de su aldea natal hacia Azrak cargado de uvas pasas y otras delicias campesinas.

Nos detuvimos allí mismo, bajo una gran roca de Wadi Dhuleil, donde crecía una higuera estéril, y nos cocinamos nuestra primera carne después de tres días. Allí también, vendamos a Fahad, que se hallaba adormilado debido a su grave herida. Adhub, viendo esto, tomó una de las nuevas alfombras de Matar, y echándola encima de la silla del camello, cosió las puntas hasta formar dos bolsones. En uno de ellos metieron a Fahad, mientras Adhub se acurrucaba en el otro para hacer de contrapeso, y el camello fue conducido hacia el sur, hacia las tiendas de su tribu.

Los demás hombres heridos fueron atendidos al mismo tiempo. Mifleh se hizo traer a los más jóvenes miembros de la partida, y les roció las heridas con su propio meado, a modo de rudo antiséptico. Entre tanto, los que estábamos enteros nos reponíamos. Compré otro camello sarnoso para aportar más carne, pagué recompensas, compensé a los parientes por los que

habían muerto y pagué en dinero los sesenta o setenta rifles que habían cogido. Era un botín reducido, pero no despreciable. Algunos de los serahin, que habían entrado en acción sin rifles, capaces sólo de defenderse tirando piedras, tenían ahora dos rifles por cabeza. Al día siguiente, salimos hacia Azrak, donde se nos dispensó una gran acogida, y nos jactamos —Dios nos perdone— de haber salido victoriosos.

CAPÍTULO LXXIX

La lluvia había caído de firme, y el país estaba totalmente enfangado. Allenby se había equivocado de estación, y no podría haber ya grandes avances ese año. No obstante, por mor de seguir progresando, decidimos instalarnos en Azrak. En parte porque podría servir como una buena base de propaganda, desde donde difundir nuestro movimiento hacia el norte, en parte porque podría servirnos como base de inteligencia, y también porque dejaría a Nuri Shaalan aislado de los turcos. Este dudaba en declararse favorable a nosotros debido a sus riquezas en Siria, y por el posible daño que sus tribeños pudieran sufrir si se les privaba de sus mercados naturales en Siria. Viviendo en una de sus mansiones, haríamos que le diera vergüenza unirse al enemigo. Azrak estaba favorablemente situado para nosotros, y el viejo fuerte podría convertirse en un adecuado cuartel general, si lo hacíamos habitable, por duro que fuera el invierno.

Así que me establecí en la puerta torreada del sur, y puse a mis seis muchachos haurani (para quienes los trabajos manuales no eran humillantes) a cubrir con madera de arbusto, ramas de palma y arcilla las viejas

vigas de piedra. Alí estableció su cuartel general en la esquina sudeste de la torre, e hizo idénticos arreglos de techumbre. Los indios acondicionaron sus propias habitaciones del ala noroeste. Dispusimos los almacenes en la planta baja de la torre occidental, junto a la pequeña puerta de acceso, por ser el lugar más sano y seco. Los biasha eligieron acomodarse debajo de mí en la misma puerta sur. Así que cerramos aquella entrada e hicimos allí un vestíbulo. Abrimos luego un gran arco desde el patio al palmeral, y construimos una rampa, para que nuestros camellos pudieran entrar en el patio cada noche.

Nombramos a Hassan Shan senescal. Como buen musulmán, lo primero que hizo fue ocuparse de la pequeña mezquita de la plaza. Estaba medio destechada y los árabes habían guardado ovejas en su interior. Puso a sus veinte hombres a rascar la porquería y a lavar el pavimento. La mezquita pasó a convertirse en la más atractiva casa de oración. Lo que había sido un lugar cerrado, dedicado sólo a Dios, el tiempo lo había roto y abierto a lo evanescente, con la ayuda de los vientos, la lluvia y la luz del sol; al participar éstos en el culto, enseñaron a sus practicantes que ambos no eran sino uno.

La siguiente tarea de nuestro Yemadar fue elegir posiciones para las ametralladoras en las torres superiores, desde cuyas terrazas cualquier aproximación quedaba bajo control. Situamos entonces a un centinela formal (verdadero portento y causa de admiración en Arabia) cuyo principal deber era cerrar la

poterna a la caída del sol. La puerta era una pesada losa de basalto pulido, de un pie de grosor, que giraba sobre sus propios pivotes, insertados en el mismo piso del umbral y en el dintel. La primera vez costó bastante trabajo hacerla girar, hasta que pudimos cerrarla con tal estrépito y ruido que hizo temblar todo el muro occidental del viejo castillo.

Entre tanto, empezamos a estudiar el modo de aprovisionarnos. Akaba quedaba muy lejos, y en invierno los caminos que hasta allí llevaban estaban intransitables, así que preparamos una caravana para subir hasta Yebel Druse, tierra neutral situada a sólo un día de camino. Matar se puso al frente de la misma, con una larga reata de camellos para poder volver con toda clase de alimentos para nuestro abigarrado grupo. Además de mis guardias de corps, que estaban acostumbrados a vivir de lo que podían conseguir, estaban los indios, para quienes la comida sin pimienta no era comida. Alí ibn el Hussein quería ovejas y manteca y avena tostada para sus hombres y para los biasha. Estaban además los huéspedes y refugiados que podíamos esperar tan pronto las nuevas de nuestro asentamiento corrieran por Damasco. Hasta que empezaran a llegar podíamos contar con unos pocos días de reposo, y nos dispusimos a gozar de aquellos restos del otoño, días alternados de lluvia y sol. Teníamos ovejas y harina, leche y combustible. La vida en el fuerte, quitando el maldito fango, iba bastante bien.

Nuestra paz, sin embargo, terminó antes de lo que habíamos pensado. Wood, que venía padeciendo desde hacía algún tiempo, se vino abajo con un fuerte ataque de disentería. Esto no era nada en sí mismo, pero la subsiguiente debilidad podía ponerlo en peligro cuando el invierno empezara a arreciar. Además era el ingeniero de la base en Akaba, y excepto por la comodidad de su compañía, carecía de justificación para conservarlo junto a mí por más tiempo. Así que preparamos una expedición para llevarlo hasta la costa, escogiendo corno escolta a Ahmed, Abd el Rahman, Mahmoud y Aziz. Éstos tenían que regresar de Akaba con una nueva caravana de suministros, en los que se incluyeran especialmente alimentos indios. El resto de mis hombres tendría que permanecer en fría holganza viendo cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Empezó entonces la invasión de visitantes. Venían todos los días y a todas horas; unas veces corriendo en medio de salvas, ronco griterío y tropel de camellos, como es típico de las paradas beduinas tanto de los rualla, como de los sherarat, serahin, serdiyeh o beni sajr, con jefes de gran renombre a su cabeza, como Ibn Zuhair Ibn Kaebir, Rafa el Joreisha, o de algún pequeño padre de familia que quería demostrar su avarienta buena voluntad ante los hermosos ojos de Alí ibn el Hussein. Podía tratarse de un salvaje galope de caballos: drusos, o irritables y guerreadores campesinos de la llanura árabe. A veces se trataba de una lenta caravana de camellos, de la que descendían entumecidos políticos o comerciantes sirios no

acostumbrados a la ruta. Un día llegaron cien miserables armenios, que huían del hambre y del constante terror que sobre ellos ejercían los turcos. Podía tratarse también de un flamante grupo de oficiales a caballo, desertores árabes de los ejércitos turcos, seguidos, aunque no siempre, de un compacto grupo de árabes de la clase de tropa. Venían sin cesar, día tras día, hasta que el desierto, que carecía de rutas a nuestra llegada, empezó a sembrarse de grises caminos.

Alí nombró, primero a uno, luego a otro, y finalmente a tres maestros de ceremonias, que recibían a la creciente marea de visitantes, separaban a los reverentes de los curiosos, y los conducían a su debido tiempo ante él o ante mí. Todos querían saber acerca del jerife, el ejército árabe y los ingleses. Mercaderes de Damasco venían trayendo regalos: golosinas, sésamo melcocha, pasta de albaricoque, nueces, vestidos de seda, capas de brocado, pañuelos, pieles de oveja, alfombras de fieltro con hilos de colores prensados en ellas en forma de arabesco, y alfombras persas. Nosotros les correspondíamos con café y azúcar, arroz y piezas de tela blanca de algodón, bienes de los que se habían visto privados por la guerra. Todo el mundo se enteró de que en Akaba había de esto en abundancia, llegado por mar de todas partes del mundo; y de este modo la causa árabe que ya era suya por sentimiento, instinto e inclinación, se hizo suya también por interés. Lentamente, nuestro ejemplo y nuestras enseñanzas los iban convirtiendo,

muy lentamente, como nosotros queríamos, para que se hicieran nuestros con mayor seguridad.

El más valioso elemento de la causa árabe en este trabajo propagandístico cara al norte era el jerife Alí ibn el Hussein. El loco competidor de los más salvajes beduinos en sus más desenfrenadas proezas drenaba ahora toda su energía hacia más altas metas. Las dos naturalezas que en él competían hacían de su cara y de su cuerpo poderosos argumentos, carnales, tal vez, pero llenos de carácter. Nadie podía verle sin experimentar el deseo de verlo de nuevo, especialmente cuando sonreía, como hacía raramente, con la boca y los ojos a la vez. Su belleza era un arma consciente, todo de negro o todo de blanco, y actuaba con gestos estudiados.

La fortuna lo había dotado de una perfección física y una gracia inusual, pero tales cualidades no eran sino la justa expresión de sus potencialidades. Evidenciaban un coraje que nunca cedía, que hubiera seguido manteniéndose aunque lo hicieran pedazos. Su orgullo se manifestaba en su grito de guerra: «¡Soy de los hariz!», un clan de salteadores con dos mil años de antigüedad; mientras sus enormes ojos, sobre cuya blancura destacaban girando lentamente las grandes pupilas negras, subrayaban la gélida dignidad que constituía su porte ideal y a la que procuraba siempre mantenerse fiel. Pero, como siempre, una bullente risa acababa por escapársele inadvertidamente; y su juventud, la juventud de muchacho o de muchacha que

había en él, el fuego y la diablería que llevaba dentro, acababa por atravesar su noche como un amanecer.

Con todo, y a pesar de esta exuberancia, había en él una depresividad constante, la ignota añoranza de la gente sencilla e inquieta por un pensamiento abstracto que estaba más allá de las capacidades de su espíritu. Su fortaleza corporal crecía día a día, y odiosamente se encarnaba sobre aquel humilde núcleo que él estimaba más que nada. Su salvaje alegría era sólo un signo del agotamiento de su deseo. El apremio de los extraños no hacía sino subrayar el distanciamiento, su involuntario distanciamiento, respecto de sus camaradas. A pesar de su instintiva afición por la confesión y la compañía, no lograba encontrar amigos íntimos. Y, sin embargo, no podía estar solo. Cuando no tenía huéspedes, Jazen, su criado, debía servirle la comida, mientras Alí y sus esclavos comían juntos.

En aquellas lentas noches nos sentíamos seguros frente al mundo. Simplemente, porque era invierno, y en medio de la lluvia y la oscuridad pocos hombres se atreverían a cruzar el laberinto de lava o los marjales, los dos únicos accesos a nuestra fortaleza; y, además, disponíamos de fantasmales guardianes. La primera noche que nos hallábamos en compañía de los serahin, Hassan Shah había hecho ya las rondas, y se empezaba a moler el café junto al hornillo cuando un extraño y largo lamento se oyó procedente de las torres exteriores. Ibn Bani me cogió por el brazo y se pegó a mí, temblando. Yo le susurré: «¿De qué se trata?» Y él me respondió jadeando que eran los perros de los beni

hillal, los míticos constructores de la fortaleza, que buscaban a sus amos cada noche por las seis torres.

Aguzamos el oído. Por el negro marco de basalto de la ventana de Alí penetraba un susurro, que era el soplo del viento nocturno sobre las marchitas palmeras, su susurro intermitente, como el sonido de la lluvia inglesa cuando cae sobre las hojas secas del otoño. Luego los llantos volvían a oírse una y otra vez, ascendiendo lentamente de tono, hasta convertirse en un sollozo ondulante en torno a los muros, que iba disipándose poco a poco, ahogado y deprimente. En tales ocasiones, los hombres se ponían a moler el café con mayor fuerza, mientras los árabes irrumpían en un repentino canto, para distraer sus oídos del infortunio. Ningún beduino se atrevería a dormir fuera, y desde nuestras ventanas no veíamos otra cosa que las gotas de agua suspendidas en el aire húmedo que atravesaba la luz de nuestra hoguera. Así subsistía la leyenda, pero, ya fueran lobos o chacales, hienas o perros salvajes, los espíritus vigías guardaban nuestro bastión mejor de lo que pudieran hacerlo nuestros brazos.

Por la noche, cuando ya habíamos cerrado la puerta, todos los huéspedes se reunían en mi alcoba o en la de Alí, y el café y las historias se prolongaban hasta la hora de la última comida, y aun después, hasta que el sueño nos vencía. En las noches tormentosas, traíamos chamarasca y estiércol, y encendíamos un gran fuego sobre el suelo. Juntábamos en torno a él las alfombras y las alforjas de piel de oveja, y a su luz

contábamos nuestras batallas, u oíamos las tradiciones de nuestros visitantes. Las bailoteantes llamas reflejaban en forma extraña nuestras humeantes sombras contra la pared de piedra situada a nuestra espalda, distorsionándola sobre los huecos y salientes de su quebrada superficie. Cuando estas historias llegaban a una pausa, nuestro apretado círculo empezaba incómodo a cambiar de rodilla o de codo, y las tazas de café iban pasando de mano en mano tintineantes, y un criado aventaba con su capa el humo azul de la hoguera haciendo girar y relucir las brillantes cenizas con su abaniqueo. Y, mientras la voz del narrador tomaba vuelo de nuevo, podíamos oír el chisporroteo de las gotas de lluvia al caer desde el techo de pétreas vigas sobre las llamas.

Finalmente, se puso a llover en serio, y nadie más se acercó a visitarnos. En nuestro aislamiento nos dimos cuenta de todas las desventajas de estar aprisionados en lugar tan lóbrego, antiguo y construido sin mortero. La lluvia chorreaba por las paredes y penetraba en las habitaciones por las grietas. Extendimos entramados de ramas de palma sobre el inundado suelo y los recubrimos con esteras de fieltro, y nos acurrucábamos sobre ellas bajo pieles de oveja, con otra estera encima a modo de escudo contra el agua que llovía sobre nosotros. Hacía un frío helador, y permanecíamos allí escondidos, sin movernos desde el lóbrego amanecer hasta la noche, con las mentes como en suspenso dentro de aquellos macizos muros por cuyas troneras la niebla penetraba como un blanco

gallardete. Pasado y futuro flotaban sobre nosotros como un río sin fin. Y nos soñábamos a nosotros mismos dentro del espíritu del lugar, asedios y festejos, incursiones, asesinatos y canciones de amor en la noche.

Esta evasión de nuestro espíritu respecto de nuestros cuerpos encadenados era una debilidad contra cuya enervación sólo un cambio de escenario podía mostrarse eficaz. Con grandes esfuerzos me lancé de nuevo sobre el presente, y obligué a mi espíritu a decirme que debía emplear aquella circunstancia para explorar la región que rodeaba Deraa.

Mientras me preguntaba cómo hacerlo, llegó a nosotros una mañana, sin anunciarse, Talal el Hereidhin, jeque de Tafas. Era un famoso proscrito que tenía puesto precio a su cabeza; pero tan grande que circulaba por donde quería. A lo largo de dos borrascosos años, llevaba matados, según los informes, unos veintitrés turcos. Sus seis seguidores iban espléndidamente montados, y él mismo mostraba la más radiante imagen de un hombre vestido a la moda del Hauran. Su sobretodo de piel de oveja era un finísimo angora cubierto de brocado verde, con aplicaciones de seda y dibujos bordados. Sus restantes ropas eran de seda; y sus altas botas, su silla de plata, su espada, su daga y su rifle estaban a la altura de su reputación.

Se acercó a nuestro hornillo de café como un hombre seguro de ser bien acogido, saludando a Alí

impetuosamente (tras nuestra larga estancia con las tribus beduinas, todos los campesinos nos parecían exuberantes), riendo a grandes carcajadas del tiempo, de nuestro viejo fuerte y del enemigo. Parecía tener unos treinta y cinco años, era bajo y fuerte, de cara llena, barba larga y puntiaguda y afilados mostachos. Sus redondos ojos resultaban aún más redondos, grandes y oscuros debido al antimonio con que los recargaba, al estilo aldeano. Era ardiente partidario nuestro, y nos alegramos de ello, puesto que su nombre era una especie de conjuro en el Hauran. Cuando creí que podía fiarme de él, lo llevé conmigo al palmeral en secreto, y le conté mis deseos de visitar la región. La idea lo deleitó, y me acompañó en esta ronda tan eficaz y alegremente como sólo un sirio montado en un buen caballo podía hacerlo. Halim y Faris, hombres especialmente comprometidos con la causa, vinieron conmigo como guardas.

Llegamos hasta más allá de Umtaiye, revisando las rutas, los pozos y los campos de lava, cruzamos la vía hacia Sehik Saad, y giramos hacia el sur en dirección a Tafas, donde Talal se sentía en su casa. Al día siguiente nos acercamos a Tell Arar, una espléndida posición, próxima al ferrocarril de Damasco y que dominaba Deraa. Luego, atravesamos el engañosamente ondulante territorio que se extendía hasta Mezerib sobre la vía del ferrocarril de Palestina, haciendo, también aquí, planes para el futuro, cuando, con hombres, dinero y cañones suficientes, pudiéramos iniciar al alzamiento general, para llegar a la inevitable

victoria. Tal vez la primavera siguiente pudiéramos ver a Allenby dar un salto adelante.

CAPÍTULO LXXX

Para redondear adecuadamente nuestro reconocimiento de la gran depresión del Hauran, era necesario visitar Deraa, su principal ciudad. Podíamos aislarla por el norte, el oeste y el sur, destruyendo sus tres vías férreas; pero lo más pulcro era atacar el nudo ferroviario en primer lugar y actuar desde allí. Talal, sin embargo, no podía aventurarse dentro de ella, por ser demasiado conocido. Así que nos separamos de él con grandes muestras de agradecimiento por ambas partes, y cabalgamos hacia el sur siguiendo la vía hasta las proximidades de Deraa. Allí desmontamos. El muchacho, Halim, se hizo cargo de los caballos, y se dirigió con ellos a Nisib, al sur de Deraa. Mi plan consistía en darme una vuelta por la estación y la ciudad con Faris, y reunirnos con Nisib a la puesta del sol. Faris era la mejor compañía para esta ronda, ya que era un campesino insignificante, lo suficientemente viejo para ser mi padre, y de aspecto respetable.

La respetabilidad era relativa al empezar nuestro paseo bajo el húmedo día de sol que había venido a sustituir la lluvia de la noche anterior. El suelo estaba enfangado, íbamos descalzos y nuestras sucias ropas

mostraban las huellas del endiablado tiempo al que habíamos estado expuestos. Yo llevaba puesta la empapada ropa de Halim, con una harapienta chaqueta haurani, y cojeaba aún como consecuencia de la rotura de pie que me había producido durante la voladura del tren de Yemal. El resbaladizo sendero hacía difícil caminar, a menos que anduviéramos con las piernas bien abiertas y las afirmáramos fuerte sobre el terreno, y semejante modo de andar, durante millas y millas, me resultaba especialmente doloroso. Debido a mi forma de sobrellevar el dolor, raramente hacía hincapié en mis dolencias durante la rebelión, y sin embargo raro era el día que pasaba sin una afección física que incrementara la corrosiva sensación de mi doblez para con los árabes y la legítima fatiga que conlleva el mando responsable.

Subimos al curvo talud de la vía férrea de Palestina, y desde su altura pasamos revista a la estación de Deraa: el terreno era demasiado abierto para admitir un ataque por sorpresa. Decidimos dirigirnos hacia el este por delante de las defensas; pasamos, pues, frente a los almacenes alemanes, con alambre de púas por todas partes y rudimentos de trincheras. Las tropas turcas se movían con desidia entre las tiendas y las letrinas excavadas al lado de ellas.

En la esquina del aeródromo situado al sur de la estación torcimos hacia la ciudad. Había viejos aparatos Albatros en los hangares, y hombres tumbados alrededor. Uno de ellos, un soldado sirio, empezó a preguntarnos por nuestras aldeas, y si había

«gobierno» donde vivíamos. Probablemente estaba pensando desertar, y buscaba un refugio. Logramos quitárnoslo de encima y nos escabullimos. Alguien nos llamó en turco. Seguimos andando, sin darnos por aludidos; pero un sargento vino detrás nuestro, y tomándome bruscamente por el brazo, me dijo: «El bey te quiere ver.» Había demasiados testigos para luchar o escapar, así que fui con él. A Faris no le hizo el menor caso.

Fui llevado atravesando una alta valla hasta un conjunto de barracones rodeados de algunas cabañas y unos pocos edificios. Penetramos en una habitación de adobe, en cuyo exterior había un terraplén, donde tomaba asiento un carnoso oficial turco, con las piernas cruzadas. Casi ni me miró cuando el sargento me puso ante él y le hizo un largo informe en turco. Me preguntó mi nombre: yo le respondí que Ahmed ibn Bagr, circasiano de Kuneitra. «¿Desertor?» «Los circasianos no hacemos el servicio militar.» Se volvió, me miró fijamente, y dijo con lentitud: «Eres un mentiroso. Enrólalo en tu sección, Hassan Chowish, y haz lo que haga falta hasta que el bey mande a buscar por él.»

Me llevaron a un cuarto de guardia, ocupado en su mayor parte por largas literas de madera, donde se hallaban tumbados o sentados una docena de hombres con los uniformes desabrochados. Me quitaron el cinto y el cuchillo, me hicieron lavarme cuidadosamente y me dieron de comer. Pasé allí todo el día. Bajo ningún concepto me dejaron marchar, pero intentaban tranquilizarme. La vida de soldado no era del todo

mala. Tal vez al día siguiente me dejarían ir, si cumplía los deseos del bey aquella noche. El bey parecía ser Nahi, el gobernador. Si se enojaba, decían, podrían enviarme al centro de reclutamiento de Baalbek. Yo hice como si, en mi interior, nada hubiera peor en el mundo que aquello.

Poco después del anochecer tres hombres vinieron a buscarme. Parecía ser la oportunidad para escaparme, pero uno de ellos me tenía sujeto todo el tiempo. Maldije mi debilidad. Cruzamos la vía férrea, donde había seis vagonetas, junto a los andenes del almacén de locomotoras. Por una puerta lateral, al final de una calle, y pasada una plazoleta, penetramos en un edificio de dos plantas. Había un centinela en el exterior, y pude distinguir a otros recostados en la penumbra de la entrada. Me llevaron escaleras arriba hasta las habitaciones del bey, o, más bien, a su dormitorio. Era un tipo corpulento, circasiano también, al parecer, y se hallaba sentado en la cama con una bata de noche, temblando y sudando como si tuviera fiebre. Cuando me empujaron hacia el interior del cuarto se hallaba con la cabeza baja, e hizo señas con la mano a los guardias de que se fueran. Con voz ahogada me dijo que me sentara en el suelo frente a él, y se quedó sin decir nada, mientras yo observaba la parte superior de su enorme cabeza, sobre la que el erizado pelo no sobresalía más que la barba de varios días que adornaba sus mejillas y barbilla. Al fin se me quedó mirando, y me dijo que me pusiera en pie; luego, que me diera la vuelta. Le obedecí; se dejó caer hacia

atrás sobre la cama y me arrastró con él hacia sus brazos. Cuando vi lo que quería, me desprendí de él y me puse en pie, contento de igualarme a él en fuerzas, caso de tener que luchar.

Empezó a acariciarme, diciéndome cuán blanco y tierno me encontraba, lo finas que tenía las manos y los pies, y que me libraría de todo deber y obligación, haciéndome su ordenanza, y hasta dándome una paga, si quería ser su amante.

Yo me mostré obstinado, lo que le hizo cambiar de tono, ordenándome con voz cortante que me quitara la ropa. Al verme vacilar echó mano de mí, y yo lo rechacé. Palmeó entonces para llamar al centinela, quien se apresuró a entrar y me sujetó. El bey empezó a maldecirme con terribles amenazas, e hizo que el guardia que me sujetaba me fuera arrancando la ropa, poco a poco. Sus ojos se abrieron de par en par al ver las partes a medio curar por donde las balas me habían pasado rozando hacía poco. Finalmente, se acercó a mí arrastrando ruidosamente los pies, con un brillo en la mirada, y se puso a manosearme por todas partes. Lo aguanté un momento, hasta que empezó a propasarse, y entonces le pegué un rodillazo.

Retrocedió tambaleándose hasta su cama, retorciéndose y gruñendo de dolor, mientras el soldado llamaba al cabo y a los otros tres hombres, para que me cogieran por manos y piernas. Al verme inutilizado, el gobernador recobró el coraje, y me escupió, jurando que me haría pedirle perdón. Se quitó la zapatilla, y empezó a golpearme con ella en la cara, mientras el

cabo me sujetaba la cabeza hacia atrás para que pudiera recibir bien los golpes. Se inclinó hacia mí, clavó sus dientes en mi garganta y mordió hasta que salió sangre. Luego, me besó. Echó mano a continuación de una de las bayonetas de sus hombres. Pensé que iba a matarme, pero se limitó a pellizcarme un trozo de carne de sobre las costillas, lo atravesó con no poco trabajo, e hizo girar la hoja del cuchillo dentro. Sentí el dolor y di un respingo, mientras la sangre empezaba a fluirme del costado y manaba hasta el muslo. El bey se sintió complacido y salpicó de sangre mi estómago con la punta de sus dedos.

En mi desesperación hablé. Su rostro se demudó y se paró en seco; luego controló su voz haciendo un esfuerzo, para decir con tono significativo: «Debes darte cuenta de que lo sé, y será más fácil si haces lo que yo quiero.» Yo me mantuve en silencio, y nos quedamos mirando fijamente el uno al otro, mientras los hombres, que percibían en todo aquello un sentido oculto que no podían captar, se removían incómodos. Pero había evidentemente la posibilidad de que no hubiera querido decir o no quisiera dar a entender lo que yo temía. No podía confiar de nuevo en mi nerviosa boca, que siempre tartamudeaba en situaciones de emergencia, por lo que finalmente me limité a levantar la barbilla, que es el gesto para decir «no» en Oriente; se sentó entonces, y medio susurró al cabo que me sacaran de allí y me dieran una buena lección.

Me bajaron a patadas hasta el pie de la escalera, y me extendieron sobre un banco de guardia, sin dejar de aporrearme. Dos se sentaron sobre mis tobillos, apoyándose sobre la parte trasera de mis rodillas, mientras los otros dos me retorcían las muñecas hasta hacerlas crujir, y luego me las aplastaban y me aplastaban el cuello contra el banco. El cabo había subido corriendo las escaleras, y bajaba ahora con un látigo de tipo circasiano, una tira de negro cuero flexible, redondeado, y que desde el grosor de un pulgar que mostraba en su mango (recubierto de plata) iba afilándose hasta la punta, más fina que un lápiz.

Viéndome tiritar, en parte, creo, de frío, lo hizo silbar junto a mi oído, advirtiéndome que antes del décimo golpe estaría pidiendo clemencia, y al vigésimo empezaría a solicitar las caricias del bey, y empezó de seguido a fustigarme furiosamente de través con toda su fuerza, mientras yo apretaba los dientes para aguantar aquel castigo que recorría como una llamarada todo mi cuerpo.

Para mantener bajo control mi mente fui contando los golpes, pero después del que hacía el número veinte perdí la cuenta, y ya sólo pude sentir el peso informe del dolor, que no era de desgarrón, como yo había previsto, sino como si una fuerza excesiva, cuyas vibraciones se extendían en oleadas por toda mi columna hasta penetrar en el cerebro, donde entrechocaban de forma terrible, estuviera a punto de partirme en dos. En algún lugar de aquella habitación un reloj barato sonaba con fuerza, y lo que me deprimía

era que su tictac no estuviera acompasado. Intenté moverme y retorcerme pero estaba tan firmemente sujeto que mis esfuerzos fueron inútiles. Cuando el cabo hubo terminado, los soldados lo relevaron, dándome otros tantos golpes, y luego hubo un intervalo durante el cual discutieron por ver quién era el siguiente, se relajaron y jugaron conmigo de forma indecible. Esto se repitió varias veces, durante lo que no deben de haber sido más de diez minutos. Cada vez que comenzaba una nueva tanda, me obligaban a girar la cara, para ver cómo los blancos surcos, semejantes a vías férreas, se oscurecían lentamente hasta alcanzar un tono carmesí, y resaltaban sobre mi piel, coincidiendo cada golpe con un cuajarón de sangre allí donde dos surcos se cruzaban. Según iba avanzando el castigo, el látigo caía cada vez más sobre golpes ya dados, mordiendo con mayor garra o con mayor humedad, hasta que mi carne empezó a estremecerse con el dolor acumulado, y con el terror del golpe siguiente. Pronto conquistaron mi determinación de no gritar, pero mientras mi voluntad dominó mis labios sólo empleé el árabe, y antes de llegar al fin una piadosa náusea obstruyó mi capacidad de articular.

Cuando por fin estuve totalmente deshecho, ellos parecieron satisfechos. De no sé qué modo me vi fuera del banco, tumbado de espaldas sobre el sucio suelo, donde me acurruqué, aturdido, jadeante, pero vagamente cómodo. Me había tensado a mí mismo para asumir todo el dolor que pudiera hasta la muerte, y no siendo ya actor, sino espectador, pensé no

preocuparme más de lo que mi cuerpo gritara o reclamara. Y, sin embargo, pude saber aún o imaginé cuanto pasó en torno mío.

Recuerdo al cabo golpeándome con su bota claveteada para hacerme levantar; y esto fue verdad, porque al día siguiente mi lado derecho se hallaba amoratado y lacerado, y una costilla dañada me provocaba una aguda punzada cada vez que respiraba. Y recuerdo haberle sonreído estúpidamente, porque una deliciosa tibieza, probablemente sexual, empezaba a invadirme; y que él levantó el brazo y cargó con toda la fuerza de su látigo sobre mis ingles. Esto me hizo doblarme sobre mí mismo, chillando, o más bien, intentando chillar impotente, y logrando sólo vibrar con la boca abierta. Uno soltó una risita divertida. Una voz gritó: «Maldita sea, lo habéis matado.» A lo que siguió otro latigazo. Un rugido, y mis ojos se apagaron, mientras en mi interior mi núcleo vital parecía expirar lentamente a través de mis exhaustos nervios, expulsado del cuerpo por este último e indescriptible chasquido.

Por las magulladuras, debieron de golpearme aún más; pero lo siguiente que pude percibir es que estaba siendo arrastrado por dos hombres, cada uno de los cuales se disputaba una de mis piernas como si fueran a descoyuntarme, mientras un tercero iba montado en mí a horcajadas. Momentáneamente estaba mejor que siendo azotado. Entonces se oyó la voz de Nahi. Arrojaron agua sobre mi cara, me limpiaron algo de la porquería, y me alzaron entre varios, lleno de náuseas

y pidiendo clemencia, hasta donde el bey estaba; pero esta vez me rechazó a toda prisa, por estar demasiado desgarrado y ensangrentado para entrar en su cama, culpándolos de su exceso de celo, que me había desgraciado, cuando seguramente se habían empleado conmigo como de costumbre, y toda la culpa estaba en mi propia carne, que cedía más fácilmente que la de los árabes.

De modo que el cabo, cabizbajo, y el más joven y apuesto de los soldados tuvieron que quedarse allí, mientras los otros me bajaban a la calle por la estrecha escalera.

El frío de la noche sobre mi ardiente piel, y el inmóvil brillo de las estrellas tras el horror de la hora pasada, me hicieron llorar de nuevo. Los soldados, libres ahora para hablar, me advirtieron que los hombres deben soportar los deseos de sus oficiales o pagar por ello, como yo había hecho, con mayores sufrimientos.

Me llevaron, a través de un espacio abierto, desierto y oscuro situado detrás de la casa del gobernador, hasta una dependencia de madera aneja a ella en la que había cantidad de colchas polvorientas. Un practicante armenio apareció para lavarme y vendarme con somnolientas prisas. Luego, todos se fueron, retrasándose el último soldado junto a mí un momento, para decirme al oído con su acento druso que la puerta que daba a la habitación contigua no estaba cerrada.

Permanecí allí tumbado con angustiado estupor, con un dolor de cabeza muy fuerte y un embotamiento creciente a causa del frío, hasta que el amanecer

empezó a alumbrar por entre las rendijas de madera, y una locomotora pitó en la estación. Esto y una sed abrasadora me trajeron de nuevo a la vida, y me di cuenta de que no sentía dolor. El dolor más mínimo había sido mi obsesión y mi terror secreto desde niño. ¿Había quedado ahora, acaso, drogado con él hasta el aturdimiento? El primer movimiento, con todo, fue de angustia; hice por ponerme en pie, y me tambaleé gimiendo al ver que no era un sueño, ni yo cinco años atrás, cuando siendo un tímido recluta en Jalfati, algo de este tipo, aunque menos ultrajante, me había sucedido.

La habitación de al lado era un dispensario. De su puerta pendían una serie de ropas viejas. Me las puse lenta y torpemente, debido a la hinchazón de mis muñecas, y de las medicinas tomé un sublimado corrosivo, como salvaguardia contra una posible recaptura. La ventana daba a un largo muro vacío. Trepé a él con dificultad, y eché a andar tambaleándome por el camino hacia la aldea, cruzándome con unos cuantos aldeanos ya en pie. No repararon en mí: en verdad, nada de particular había en mis amplias ropas oscuras, mi fez rojo y mis babuchas, pero tuve que emplear conmigo mismo toda la silenciosa elocuencia de mi lengua para no hacer locuras de puro miedo. Deraa me parecía una ciudad inhumana, llena de vicio y crueldad, y sentí como si me echaran un jarro de agua fría al oír reír a un soldado a mis espaldas por la calle.

Cerca del puente estaban los pozos, con hombres y mujeres pululando en torno. Una artesa lateral estaba libre. De su reborde me vertí un poco de agua sobre las manos, y me restregué con ella la cara; luego, bebí, lo que me resultó algo precioso, y a continuación eché a andar por el fondo del valle, hacia el sur, perdiéndome de vista de manera discreta. Este valle proporcionaba una ruta escondida por la que llevar a cabo nuestra proyectada incursión para entrar secretamente en Deraa y sorprender a los turcos. Así, mientras escapaba, pude resolver, demasiado tarde, el problema que me había traído a Deraa.

Más adelante, un serdi que montaba en camello, me alcanzó mientras andaba cojeando por el camino que llevaba a Nisib. Le expliqué que tenía negocios allí, y que llevaba el pie dañado. Se apiadó de mí y me montó en la grupa de su huesudo animal, al que fui agarrado el resto del camino, conociendo así las torturas de mi santo tutelar en la parrilla. Las tiendas de la tribu se hallaban plantadas justo enfrente de la aldea, donde me encontré a Faris y a Halim preocupados por mí, y ansiosos por saber cómo me había ido. Halim había ido a Deraa por la noche y sabido por la falta de rumores que la verdad no se había descubierto. Les conté un alegre cuento de engaños y sobornos, que prometieron no contar a nadie, riéndose en grande de la simplicidad de los turcos.

Durante la noche me las arreglé para ver el gran puente de piedra de las cercanías de Nisib. Y no porque mi tullida voluntad se interesara un comino por

la Rebelión Árabe (o por otra cosa que no fuera reponerse), sino porque, habiendo sido aquella guerra una elección personal mía, por pura costumbre me sentía obligado a llevarla hasta el final. Luego tomamos un caballo, y cabalgamos suave y cautelosamente en dirección de Azrak, sin incidentes salvo el encuentro con una partida de merodeadores wuld alí, que nos dejó ir sin asaltarnos al saber quiénes éramos. Fue ésta una inesperada generosidad por su parte, dado que los wuld alí aún no se habían unido a nosotros. Su consideración (rendida de inmediato, como si mereciéramos el homenaje de los hombres) me ayudó por un momento a sobrellevar una carga que el paso de los días no dejó de confirmarme: que en Deraa, aquella noche, la ciudadela de mi integridad se había perdido irrevocablemente.

CAPÍTULO LXXXI

Xury, el emir druso de Saljad, llegó a nuestro viejo castillo muy poco antes que yo, en su primera visita al jerife Alí. Nos contó el resto de la historia del emir Abd el Kader, el argelino. Tras escabullirse de nosotros, se había dirigido directamente a su aldea y entrado triunfalmente en ella, con la bandera árabe desplegada y sus siete servidores galopando a su alrededor, disparando salvas de homenaje. La gente se quedó asombrada, y el gobernador turco manifestó que tales hechos eran un insulto contra él. Le fue presentado a Abd el Kader, quien, pomposamente sentado en un diván, hizo un grandilocuente discurso, afirmando que el jerife tomaba posesión de Yebel Druse por mediación suya, y que todos los funcionarios existentes quedaban confirmados en sus cargos.

A la mañana siguiente hizo una nueva marcha por el distrito. El sufrido gobernador se quejó de nuevo. El emir Abd el Kader desenvainó su espada mequí repujada en oro, y juró que con ella le cortaría la cabeza a Yemal Pachá. Los drusos lo criticaron, diciendo que tales cosas no debían expresarse delante de su excelencia el gobernador. Abd el Kader los llamó

hijos de puta, fruto casual de una ingle, hijos de una zorra, cornudos aprovechados y consentidores, dirigiendo tales insultos a todos los reunidos por igual. Los drusos se enojaron. Abd el Kader salió rabiosamente de la casa y montó en su caballo, gritando que con sólo dar un zapatazo todo Yebel Druse se alzaría y se pondría de su lado.

Con sus siete sirvientes, picó espuelas en dirección de Deraa, donde entró como lo había hecho en Saljad. Los turcos, que conocían su locura de antiguo, lo dejaron jugar. Ni siquiera creyeron su chivatazo de que Alí y yo haríamos una intentona aquella noche en el puente del Yarmuk. Cuando, sin embargo, la llevamos a cabo, empezaron a tomarse las cosas más en serio y lo enviaron bajo custodia a Damasco. El brutal humor de Yemal se sintió divertido, y lo dejó libre como un objeto sin valor. Poco a poco Abd el Kader fue dejándose manipular, y los turcos volvieron a emplearlo como *agent provocateur* y disipador de la energía que generaban los nacionalistas sirios locales.

El tiempo era ahora terrible, con aguanieve, nieve y tormentas sin parar; era obvio que en Azrak no podríamos hacer otra cosa que enseñar y predicar durante los siguientes meses. Esto no me causaba ansiedad. Cuando había sido necesario, yo había tomado parte en las fatigas del proselitismo, convirtiendo a la gente cuanto había podido, consciente sin embargo de mi extranjería, y de la incongruencia de que un foráneo abogara por la libertad nacional. La guerra para mí suponía una lucha constante para

encauzar el pensamiento, para adoptar la actitud de la gente y aceptar la rebelión de manera natural y confiada. Tenía que convencerme a mí mismo de que el Gobierno británico podía realmente mantener el espíritu de sus promesas. Y esto se me hacía especialmente difícil cuando me hallaba cansado y enfermo, cuando la delirante actividad de mi cerebro hacía trizas mi paciencia. Y entonces, tras el obtuso beduino, que confiaba en mí y me saludaba con un «*Ya Auruns*», y planteaba sus necesidades sin remilgos, las suaves maneras de la gente de ciudad resultaban enfermantes, cuando las veía luchar por el favor de una audiencia con su príncipe, su bey, su señor o su liberador. Tales dignidades otorgadas, como las armaduras en los duelos cuerpo a cuerpo, sin duda resultaban útiles, pero también incómodas y mezquinas.

Nunca había sido yo una persona altanera; por el contrario, siempre había intentado mostrarme accesible a cualquiera, aunque tuviera la sensación de que muchos de ellos venían a verme cada día. Siempre intenté elocuentemente, con mi propio ejemplo, mantener el patrón de vida de una existencia llana. Nunca tuve tiendas, ni cocineros, ni criados personales, sólo mis guardias de corps, que eran guerreros y no sirvientes. ¡Y allí estaban aquellos tenderos bizantinos intentando corromper nuestra simplicidad! Así que me alejé de ellos con rabia, determinado a irme al sur a ver qué podía hacerse, durante la época fría, en las

proximidades del Mar Muerto, que el enemigo defendía como una trinchera que nos separaba de Palestina.

El dinero que me restaba se lo entregué al jerife Alí para su sostenimiento hasta la primavera, y todos los indios quedaron encomendados a su cuidado. En concreto, les compramos camellos de monta nuevos, para el caso de que tuvieran que desplazarse de repente en pleno invierno, aunque las noticias que diariamente nos llegaban de una amenaza turca contra Azrak eran burlonamente descartadas por el joven Alí. Ambos nos despedimos con gran afecto. Alí me dio la mitad de su guardarropa: camisas, pañuelos, cinturones y túnicas. Yo le di la mitad equivalente de la mía, y nos besamos como David y Jonatán, llevando cada uno las ropas del otro. Luego, en compañía sólo de Rahail, y con dos de mis mejores camellos, partí hacia el sur.

Dejamos Azrak un día al anochecer, marchando en dirección al refulgente oeste, mientras sobre nuestras cabezas bandadas de grullas volaban hacia la puesta del sol como afiladas puntas de flecha. Aquello resultó trabajoso desde el comienzo. Era noche bien cerrada cuando llegamos a Wadi Butun, donde las condiciones empeoraron aún más. Toda la llanura estaba inundada, y nuestros pobres camellos resbalaban y se caían una y otra vez. Nosotros caíamos de ellos, pero al menos nuestro papel de permanecer sentados entre caída y caída era más fácil que el movimiento constante que a ellos les tocaba. Hacia medianoche habíamos cruzado ya el Ghadaf, y el fangal se hizo demasiado tremendo

para poder seguir avanzando. Además, la tunda de Deraa me había dejado extrañamente desmayado; mis músculos parecían a la vez blandos e inflamados, y cualquier esfuerzo me asustaba de antemano. Así que hicimos alto.

Nos echamos a dormir donde estábamos, y nos levantamos rebozados de barro al amanecer, sonriéndonos medio atontados uno a otro. Empezó a soplar el viento, y la tierra a secarse. Era importante, porque quería llegar a Akaba antes de que los hombres de Wood se hubieran marchado de allí con la caravana de retorno y su ventaja de ocho días exigía que nos diéramos prisa. La resistencia de mi cuerpo a cabalgar duro era otra razón (perversa) para empujarme a forzar la marcha. Hasta el mediodía hicimos poco camino, ya que los camellos rompían incluso la capa suelta de pedernal, hundiéndose en el rojo fango que había debajo. Después del mediodía, y pisando ya tierra más firme, empezamos a mejorar la marcha, y comenzamos a aproximarnos a las blancas tiendas celestiales que eran los picos Zlaizajwat.

De pronto sonaron disparos a escasa distancia, y cuatro hombres vociferantes se abalanzaron hacia nosotros ladera abajo. Detuve pacíficamente mi camello. Al ver esto, saltaron de sus monturas y corrieron hacia nosotros blandiendo sus armas. Me preguntaron quién era, declarando ellos sin ser preguntados que eran jazi howeitat. Era una mentira evidente, porque los arreos de sus camellos eran faiz. Nos apuntaron con sus armas desde una distancia de

cuatro yardas, y nos dijeron que desmontáramos. Yo me reí de ellos, que es una buena táctica con los beduinos en situaciones críticas. Ellos se sintieron confusos. Le pregunté al que gritaba más si conocía su nombre. Se me quedó mirando, pensando que estaba loco. Se acercó a mí, sin apartar su dedo del gatillo, y me incliné hacia él musitándole que debía ser «*Teras*», puesto que ningún otro mercader podía ser tan maleducado. Y, mientras hablaba con él, le apunté con una pistola que llevaba escondida bajo mi capa.

Era un insulto mortal, pero quedó tan asombrado de que alguien se atreviera a provocar a un hombre armado como para dejar de momento a un lado su idea de matarnos. Retrocedió un paso, y miró en derredor, temeroso de que pudiera haber alguien más en reserva para darnos tal confianza. Sin más, empecé a alejarme lentamente, con un agudo cosquilleo en la espalda, y diciéndole a Rahail que me siguiera. Lo dejaron ir indemne. Pero, cuando nos hallábamos a unas cien yardas de distancia, se arrepintieron y empezaron a disparar; nosotros nos precipitamos hacia la torrentera de la siguiente depresión, y cruzándola nos dirigimos hacia terreno más seguro.

Desde la loma donde nos hallábamos al atardecer echamos la vista atrás, hacia la llanura del norte, según iba hundiéndose en la grisura, con excepción de algunas pequeñas manchas brillantes o grandes chisporroteos de fuego carmesí, reflejos del sol poniente en las charcas de agua de lluvia formadas en las llanadas. Estos ojos de un untuoso rojo sangre eran

incluso más visibles que la llanura, de tal manera que siguieron al alcance de nuestra vista a través de la niebla durante muchas millas, y parecía que estuvieran suspendidos en el cielo distante, como un espejismo.

Pasamos por Bair bastante después del anochecer, cuando ya sólo los fuegos de las tiendas lucían en el lugar. Según pasábamos pudimos ver las estrellas reflejarse en el fondo del valle, y logramos abrevar a nuestros camellos en una charca dejada por la lluvia del día anterior. Esta marcha nocturna resultaba dura tanto para los hombres como para los animales. Durante el día los camellos podían ver las irregularidades del camino y esquivarlas, y el jinete, a su vez, podía balancear su cuerpo para evitar las sacudidas de las zancadas largas o cortas, pero de noche todo resultaba a ciegas, y la marcha estaba sembrada de sorpresas. Yo tenía un fuerte brote de fiebre, que me ponía de mal humor, y no prestaba atención a las peticiones de descanso de Rahail. Aquel muchacho nos había estado volviendo locos a todos con su exceso de vigor, riéndose sin parar de nuestra debilidad; así que esta vez decidí dejarlo harto de cabalgar, sin mostrar clemencia. Antes del amanecer empezaba ya a compadecerse balbucientemente de sí mismo, pero en voz baja, no fuera a ser que yo lo oyera.

El amanecer en Yefer se produjo de modo imperceptible como un fantasma de luz que atravesara la niebla, dejando intacta la tierra, y que se mostrara como un radiante destello sólo para los ojos. Las cosas

alzaban sus cabezas mate sobre el fondo gris perla del horizonte, mientras sus pies aparecían disueltos en el suelo. Nuestras sombras carecían de límites, y dudábamos de que aquella desmayada mancha que se veía en el suelo pudiera proceder de nosotros. Montamos de nuevo para cruzar la vía férrea aquella noche temprano. Rahail había dejado ya de protestar. Cabalgaba a mi lado pálido, triste y silencioso, preocupado sólo de estar a mi altura, y empezando a sentirse orgulloso de sus sufrimientos.

Aunque habíamos empezado parejos, tenía de todos modos sobre mí la ventaja de su fuerza, y yo empezaba ya a sentirme casi exhausto. Poco a poco fui cediendo a un lento dolor que conspiraba con mi abatidora fiebre y con la entumecida monotonía de la marcha para cerrar las puertas de mis sentidos. Parecía estar acercándome a la insensibilidad que siempre había tenido lejos de mi alcance, pero que era una tierra deleitosa: pues para alguien hecho de una pasta tan perezosa nada que no fuera un desmayo lograría dejar libre su espíritu. Empezaba a sentirme internamente dividido. Había una parte de mí que seguía cabalgando atentamente, intentando seguir o evitar cada zancada del cansado camello. Y otra que revoloteaba por encima y se inclinaba curiosamente a la derecha, preguntándose qué estaba haciendo la carne. Pero la carne no respondía porque, en verdad, era consciente sólo de un impulso dominante a seguir marchando; pero aún una tercera y gárrula parte de mí hablaba y se interrogaba, criticando la autoimpuesta

tortura del cuerpo y burlándose de la razón del esfuerzo.

La noche transcurrió en este tipo de conversaciones mutuas. Mis ojos que ya no veían pudieron captar el amanecer enfrente, en la cabecera del desfiladero, al otro lado del cual el otro mundo que era Rumm se extendía como un mapa iluminado, y mis partes discurrían que la lucha podía ser valiosa, pero el final un desatino y un recomienzo de los problemas. El cuerpo consumido se afanaba testarudamente y no prestaba atención. Con razón, pues las partes de mi yo no decían nada que yo no fuera capaz de pensar a sangre fría: todos ellos eran nativos míos. Telesio, ilustrado por una experiencia semejante, dividió en partes el alma. De haber proseguido, hasta el límite del agotamiento, hubiera podido contemplar su ideal batallón de pensamientos, actos y sensaciones ordenarse a su alrededor como criaturas autónomas, sobrevolando en círculos, como buitres, a la común criatura que les había dado vida.

Rahail me sacó de aquel sueño mortal, sacudiéndome la barbilla y golpeándome, mientras me gritaba que habíamos perdido el rumbo, y que avanzábamos hacia las líneas turcas de Aba el Lissan. Estaba en lo cierto, y teníamos que dar un largo rodeo hacia atrás para poder llegar a Batra sanos y salvos. Descendimos por las partes más abruptas del desfiladero, y empezamos a atravesar Wadi Hafira. En medio de este valle un valiente muchachito howeiti, de unos catorce años aproximadamente, se lanzó contra

nosotros, con el dedo en el gatillo, y nos ordenó pararnos y explicarnos, lo que hicimos riendo. El muchacho se sonrojó y adujo que los camellos de su padre lo mantenían tan alejado en el campo que no nos había conocido ni de vista ni de oídas. Nos rogó que no lo avergonzáramos revelando su error. El incidente rompió la tensión existente entre Rahail y yo, y charlando avanzamos hacia Gaa. Allí, bajo un tamarisco, pasamos la hora mediana del día durmiendo, dado que con nuestra lenta marcha hacia Batra habíamos perdido la posibilidad de llegar a Akaba en tres días desde Azrak. La frustración de nuestro intento nos la tomamos con tranquilidad. La gloria de Rumm no permitía que nadie perdiera el tiempo en afiebrados lamentos.

Empezamos a cruzar el valle a primera hora de la tarde, más tranquilamente ahora e intercambiando bromas, mientras empezaba a caer el largo atardecer invernal. Cuando habíamos dejado atrás el Jazail en nuestra subida, vimos el sol velado tras los bancos de nubes acumulados en el oeste, y gozamos de un hermoso ocaso de tipo inglés. En Itm el suelo despedía una suave neblina, acumulando masas de una calidad blanca y lanosa en los hondones. Llegamos a Akaba a la medianoche, y dormimos fuera del campamento hasta el desayuno, momento en que fui a buscar a Joyce, y me encontré con que la caravana aún no estaba lista para partir; Wood en verdad llevaba pocos días de vuelta.

Posteriormente llegaron órdenes urgentes de que me dirigiera por aire a Palestina. Croil me llevó hasta Suez. De allí fui hasta el cuartel general de Allenby al otro lado de Gaza. Estaba tan cargado de victorias que mi breve notificación de que habíamos fracasado en el puente del Yarmuk le bastó, y pude ocultar los deprimentes detalles del fracaso.

Mientras me hallaba con él, llegó un aviso de Chetwode de que Jerusalén había caído, y Allenby se preparó para hacer su entrada allí al estilo oficial que la imaginación de Mark Sykes había inventado. Fue lo bastante bueno, aunque yo nada había hecho por el éxito, como para que Clayton me llevara consigo aquel día como oficial de su Estado Mayor. Sus ayudantes me ataviaron con prendas sueltas de su guardarropa hasta que pude parecer un mayor de Ejército británico. Dalmeny me dejó sus entorchados rojos, Evans su gorra de latón; de modo que pude contar con todos los implementos de mi grado durante la ceremonia celebrada en la puerta de Jaffa, que fue para mí el momento supremo de la guerra.

LIBRO VII
LA CAMPAÑA DEL MAR MUERTO

Capítulos LXXXII a XCI

Tras la toma de Jerusalén, Allenby, para aliviar su flanco derecho, nos asignó un objetivo limitado. Empezamos bien, pero cuando estábamos alcanzando el Mar Muerto, el mal tiempo, el malhumor y la división de pareceres embotaron nuestro espíritu ofensivo y desfondaron nuestras fuerzas.

Tuve un malentendido con Zeid, abandoné el mando y volvía Palestina informando de que había fracasado, y pidiendo que se me concediera otro destino. Allenby se hallaba entregado a grandes planes para la primavera siguiente, y me devolvió a Feisal con nuevos poderes y nuevas tareas.

CAPÍTULO LXXXII

Abrumados por el triunfo —que no era tanto un triunfo como un homenaje de Allenby al señero espíritu del lugar— volvimos al cuartel general de Shea. Los ayudantes hicieron su aparición, y de unas grandes cestas sacaron un almuerzo variado, complejo y suculento. Ante nosotros se abría un breve espacio de quietud, que pronto vino a romper Picot, el representante político francés, a quien Allenby había permitido marchar junto a Clayton en el desfile de entrada, y que dijo con su voz de flauta: «Y mañana, mi querido general, daré los pasos necesarios para establecer un gobierno civil en esta ciudad.»

Era la declaración más atrevida que se recordara, y a ella siguió un gran silencio, como si el séptimo sello se estuviera abriendo en el cielo. La ensalada, el pollo con mayonesa y los sándwiches de foie gras quedaron en suspenso en nuestras bocas, mientras todos nos volvíamos a hacia Allenby boquiabiertos. Hasta éste pareció de momento sorprendido. Empezamos a temer que el ídolo pudiera mostrar alguna fisura. Pero su cara empezó a ponerse roja, tragó saliva, y proyectó su mandíbula (del modo que a él le encantaba) mientras

decía con acento severo: «En zona militar, la única autoridad es la del comandante en jefe, es decir, yo mismo.» «Pero sir Grey, sir Edward Grey...», balbució Picot. Fue cortado en seco: «Sir Edward Grey se refería al gobierno civil que se establecerá cuando yo juzgue que la situación militar lo permite.» Y volviendo a los coches, bajo la luz de un inmenso agradecimiento, descendimos rápidamente a nuestro campo en medio de continuos saludos.

Allí, Allenby y Dawnay me dijeron que los británicos habían avanzado y luchado llegando casi a un punto muerto, hasta las escalonadas y abruptas montañas, desgarradas por los obuses y rociadas de balas, entre las cuales habían luchado cuerpo a cuerpo con los turcos, a lo largo de la línea que iba de Ramleh a Jerusalén. Así que quería pedirnos durante la tregua que subiéramos hacia el norte en dirección al Mar Muerto, hasta establecer contacto, a ser posible, con su extremo más meridional, restableciendo así el frente continuo. Afortunadamente, esto era algo que ya había sido discutido con Feisal, que se hallaba preparando el movimiento convergente sobre Tafileh como primer paso necesario.

Era el momento de preguntar a Allenby qué preparaba para después. Pensaba que quedaría inmovilizado hasta mediados de febrero, fecha en que avanzaría sobre Jericó. Muchos suministros enemigos estaban siendo transportados en barcazas al norte del Mar Muerto, y me pidió que considerara este tráfico

como un segundo objetivo, si llegaba a conseguirse el objetivo de Tafileh.

Como yo esperaba hacer todavía más, le repliqué que si los turcos eran continuamente hostigados, podríamos tal vez converger con él en el extremo norte del Mar Muerto. Y si podía situar en Jericó las cincuenta toneladas de suministros, repuestos y municiones de Feisal, podríamos abandonar Akaba y trasladar nuestros cuarteles generales al valle del Jordán. Los regulares árabes, que eran en ese momento unos tres mil bien armados, podrían bastar para garantizar razonablemente nuestra ocupación de la orilla oriental del río.

Esta idea se impuso por sí misma a Allenby y a Dawnay. Podían casi prometernos tales servicios tan pronto el tren llegara a Jerusalén hacia finales del próximo enero. Podríamos, pues, trasladar nuestra base dos meses después de que la vía hubiera sido ultimada.

Esta charla nos aclaró el curso de las operaciones. Los árabes debían llegar al Mar Muerto tan pronto como les fuera posible, para detener el transporte de suministros que se efectuaba a través de él hasta Jericó, antes de mediados de febrero, y llegar a la orilla del Jordán antes de finales de marzo. Puesto que llevaría un mes hacer el primer movimiento para empezar, y todos los preliminares estaban a mano, podía tomarme unas vacaciones. Así que me fui a El Cairo, y permanecí allí una semana experimentando con cable plastificado y explosivos.

Pasada una semana me pareció lo mejor volver a Akaba, adonde llegué el día de Navidad, para encontrar a Snagge, como oficial de más rango en Akaba, invitando a cenar a la comunidad británica. Había cerrado la cubierta posterior y construido mesas, que acogían a la perfección a los anfitriones y a los veintitantos invitados. Snagge seguía siendo como un padrino de aquella tierra, tanto por su hospitalidad como por el préstamo que nos hacía de su doctor y su taller, e igualmente por su jocundia.

En los primeros días de la rebelión el *Hardinge* había jugado para nosotros un papel providencial. En una ocasión, en Yenbo, Feisal había estado cabalgando por las montañas en un desapacible día de invierno, y volvía muerto de frío, mojado, hundido y cansado. El capitán Linberry había mandado a tierra una lancha y lo había invitado a subir a bordo, donde tenía esperándolo un camarote tibio, una agradable comida y un baño reparador. Luego, reclinado en un butacón, fumando uno de sus continuos cigarrillos, me comentó soñadoramente que a partir de ese momento sabía ya lo que podían ser las comodidades del cielo.

Joyce me dijo que las cosas marchaban bien. La situación había cambiado notoriamente desde la victoria de Maulud. Los turcos se habían concentrado en Aba el Lissan. Los estábamos distrayendo con incursiones contra la vía al sur de Maan. Abdulla y Alí estaban haciendo otro tanto en las proximidades de Medina, y los turcos, obligados a guardar el ferrocarril,

habían tenido que distraer efectivos de Aba el Lissan para fortalecer las secciones más débiles.

Maulud audazmente había empezado a situar puestos nuestros en lugares de altiplanicie, y a asaltar las caravanas de suministros procedentes de Maan. Estaba siendo obstaculizado por el intenso frío, las lluvias y las nieves de las alturas. Algunos de sus mal pertrechados hombres habían muerto como consecuencia de su exposición a la intemperie. Pero los turcos perdían no menos hombres, y aún más, en el transporte, porque sus camellos sarnosos morían rápidamente en medio de las tormentas y del barro. Las pérdidas los obligaban a limitarse al transporte de alimentos, lo que implicaba mayores distracciones de efectivos de Aba el Lissan.

Finalmente se demostraron demasiado débiles para poder sostener un frente tan amplio, y a principios de enero, Maulud fue capaz de forzarlos a retroceder hacia Mreigha. Los beduinos cazaron a los turcos en pleno traslado, y aislaron el batallón de retaguardia. Esto hizo a los turcos replegarse precipitadamente sobre Uheida, a sólo seis millas de Maan, y cuando empezamos a presionar amenazadoramente sobre esta plaza, se retiraron a Semna, la primera avanzadilla de Maan, a tres millas de distancia de ella. De modo que hacia el siete de enero Maulud estaba cercando directamente Maan.

La prosperidad nos dio diez días de reposo; y puesto que Joyce y yo raramente nos encontrábamos en libertad juntos, decidimos celebrar la ocasión

haciendo un viaje en coche por las fangosas llanuras hasta Mudowwara.

Los coches se hallaban entonces permanentemente estacionados en Guweira. Giman y Dowsett, con sus propios equipos y cincuenta soldados egipcios, habían pasado varios meses en Wadi Itm, construyendo como ingenieros una carretera a través de la garganta. Había sido un gran trabajo, y llegaba ahora perfectamente hasta Guweira. Así que nos montamos en los ténder Rolls, los llenamos de llantas de repuesto, gasolina y comida para cuatro días, y arrancamos para nuestro viaje de exploración.

Las llanuras de fango estaban completamente secas y permitían un trayecto perfecto. Nuestras llantas iban dejando tan sólo una leve marca blanca sobre su aterciopelada superficie mientras rodábamos a toda velocidad por su espaciosa lisura, rozando bosquecillos de tamariscos y rugiendo al pasar bajo los grandes despeñaderos de arenisca. Los conductores se lo pasaban bien por primera vez en nueve meses, y conducían sin detenerse en una loca carrera. Los marcadores de velocidad llegaban hasta sesenta y cinco millas por hora, nada mal para coches que habían estado durante meses recorriendo el desierto con sólo las reparaciones sobre la marcha que los conductores tenían tiempo e instrumentos para hacerles.

A lo largo de la garganta de arena que unía la primera llanura con la segunda, construimos un paso de carril con matorrales. Cuando estuvo listo, los

coches pasaron piafando y silbando por él, a una velocidad peligrosa para no quedar empantanados, balanceándose sobre los montículos con un estilo que parecía fatal para las ballestas. Pero sabíamos que era casi imposible romper un Rolls Royce, y más lo sentíamos por los conductores, Thomas, Rolls y Anderson. Las sacudidas les arrancaron el volante de las manos, y los dejaron sin resuello y con las manos sangrando tras el cruce.

Nos pusimos a comer y a descansar, y nos dimos luego otra sentada de velocidad, con una salvaje diversión de por medio, cuando divisamos una gacela en medio de la llanura y dos de los grandes coches emprendieron tras ella una caza inútil dando bandazos.

Al término de esta segunda llanura, la Gaa de Disi, teníamos por delante una áspera milla de camino hasta la tercera llanura de Abu Sawana, tras la cual teníamos una última y gloriosa carrera de quince millas, sobre el barro seco y sobre las igualmente firmes llanuras de pedernal que venían después. Dormimos allí aquella fría noche, felices con la carne enlatada, el té y los bizcochos, con la charla inglesa y las risas en torno al fuego, dorado con su lluvia de chispas surgidas de los duros matorrales. Cuando nos cansamos de estas cosas, había una suave arena debajo de nuestros cuerpos y dos mantas con las que envolvernos. Para mí eran unas verdaderas vacaciones, sin árabes cerca, ante los cuales debía representar mi tedioso papel.

Por la mañana rodamos hasta las proximidades de Mudowwara, hallando la superficie del terreno

excelente debido a la avenida. Así pues, nuestro reconocimiento había sido un rápido y fácil éxito. Volvimos de allí inmediatamente hacia atrás para coger los carros blindados y emprender una operación inmediata, con ayuda de la sección de baterías de montaña montadas sobre Talbots.

Esta sección era una curiosidad, que el general Clayton había visto en Egipto, y nos había enviado en un momento de inspiración. Sus seis Talbot, especialmente acondicionados para trabajos pesados, transportaban dos baterías de diez libras servidas por artilleros británicos. Era una perversidad encomendar al servicio de hombres tan capaces unas armas tan gastadas; y sin embargo su espíritu no parecía verse disminuido por tan inferiores armas. Su comandante, Brodie, era un silencioso escocés, nunca excesivamente exultante ni tampoco demasiado deprimido; un tipo que encontraba vergonzoso tener que comunicar sus dificultades, y que se encargaba él mismo de templar a sus muchachos. Por duro que fuera el deber que se les encomendara, lo abordaban siempre con imperturbable determinación, de modo que su voluntad acababa siempre por prevalecer. En cualquier ocasión y en todo momento de crisis, allí estaban ellos en el momento preciso, sudando pero imperturbables, sin dar nunca una explicación ni exhalar una queja.

Ocho fueron los imponentes carros que sacamos al día siguiente de Guweira, y llegamos a nuestro viejo lugar de parada, detrás de Mudowwara, al atardecer.

Era un lugar excelente; y acampamos allí, con la intención de encontrar un camino hasta la vía para la mañana siguiente. Así pues, bien de mañana salimos en un ténder Rolls y empezamos a explorar entre las detestables colinas bajas hasta el anochecer, momento en que nos hallábamos tras el último collado por encima de Tell Shahm, la segunda estación al norte de Mudowwara.

Habíamos hablado vagamente de volar el tren, pero el terreno era demasiado expuesto, y los fortines enemigos muy numerosos. En vez de ello, decidimos atacar una pequeña posición atrincherada, situada exactamente enfrente del lugar donde nos ocultábamos. Así pues, bien entrada la mañana del día de Año Nuevo, con un día tan frío como un buen día de verano en Inglaterra, y tras un agradable desayuno, rodamos suavemente sobre una llanura pedregosa hasta un altozano desde el que se dominaba el puesto turco. Joyce y yo descendimos de nuestros carros y escalamos hasta su cima, para observar.

Joyce iba al mando, y por primera vez participaba yo en la lucha como espectador. La novedad era de lo más agradable. Las tareas llevadas a cabo en carros blindados venían a ser como lucha de lujo, ya que nuestras tropas, recubiertas de acero, difícilmente podían resultar dañadas. Por lo que decidimos convertir aquello en un día de campaña como los mejores generales, sentándonos en lacónica conferencia sobre nuestra cima para observar atentamente la batalla con nuestros binoculares.

Las baterías Talbot abrieron el ataque, entrando animosamente en acción justo por debajo del punto donde nos encontrábamos; mientras los tres carros acorazados se arrastraban en torno a los flancos de las defensas turcas como grandes perros que olfatean un rastro. Los soldados enemigos sacaron la cabeza para observar, y todo resultó muy amigable y curioso, hasta que los carros hicieron girar sus Vickers y empezaron a regar con ellos las trincheras. Entonces los turcos, dándose cuenta de que se trataba de un ataque, se escondieron tras sus parapetos y empezaron a disparar ásperamente contra los carros. Era tan desastroso como intentar freír a un rinoceronte con tiros para pájaros; después de un rato volvieron su atención hacia los cañones de Brodie y empezaron a acribillar con balas el terreno que los rodeaba.

Evidentemente, ellos no tenían intención de rendirse, y evidentemente nosotros tampoco teníamos medios para conseguirlo. Así que nos retiramos, contentándonos con haber rondado por la vía, arriba y abajo, y probado que la superficie era lo suficientemente dura para operaciones de carros a buena velocidad. No obstante, los hombres querían más, y para darles gusto nos dirigimos al sur hacia Sham, situada enfrente. Allí Brodie eligió una posición de tiro a dos mil yardas de distancia, y empezó a lanzar obús tras obús limpiamente en medio del área ferroviaria.

No pudiendo soportarlo, los turcos se retiraron a un fortín, mientras los carros lanzaban a placer balas

contra las puertas y ventanas de la estación. Podían haber penetrado perfectamente en ella, caso de haber querido hacerlo. Según la cosa había sido planeada, llamamos a retirada a todo el mundo, y nos volvimos a nuestro escondite en las colinas. Nuestra obsesión y nuestra idea previa habían sido alcanzar la vía férrea, después de atravesar las dificultades que presentaban montañas y llanos. Tras haberlo conseguido, nos hallábamos escasamente preparados para la acción, y faltos de ideas sobre las tácticas o métodos que debíamos emplear; con todo, aprendimos mucho de esta misma indecisión.

La certeza de que en sólo un día desde Guweira podíamos estar operando sobre la vía, significaba que el tráfico ferroviario se hallaba a nuestra merced. Ni todos los turcos de Arabia podían luchar contra un solo carro blindado en campo abierto. De modo que la situación de Medina, ya de por sí bastante mala, pasaba a ser ahora desesperada. El Estado Mayor alemán así lo vio, y tras la visita de Falkehayn a Maan empezaron a urgir insistentemente el abandono de toda posición al sur de aquel lugar; pero la vieja guardia turca valoraba Medina como el último resto de su soberanía en los Santos Lugares del Islam, el último signo de sus pretensiones sobre el califato. El sentimiento movía sus decisiones, en contra de la eficiencia militar.

Los británicos parecían extrañamente obsesionados en relación con Medina. Insistían en que debía ser capturada, y derrochaban dinero y explosivos en las

operaciones que Alí y Abdulla continuamente emprendían desde Yenbo. Cuando yo sostuve lo contrario, consideraron que sólo pretendía jugar con la paradoja. Así que, para excusar nuestra deliberada inactividad en el norte, teníamos que dar una muestra de impotencia, que les hiciera comprender que los árabes eran demasiado haraganes para cortar la vía en las proximidades de Maan, y mantenerla aislada. Semejante idea les daba la sensación de estar en forma, ya que los militares, siempre dispuestos a pensar mal de la acción nativa, consideraban su inferioridad como un cumplido. Así que nos regodeamos en nuestra mala reputación, que constituía una poco generosa estratagema, pero también la más sencilla de todas. El Estado Mayor sabía tanto de la guerra que se negaba a enterarse por mí de las condiciones en que los irregulares árabes tenían que actuar; y yo no podía molestarme en construir un jardín de infancia de la imaginación para su provecho.

CAPÍTULO LXXXIII

A nuestra vuelta a Akaba, los asuntos particulares ocuparon mis restantes días libres. Personalmente me preocupaba sobre todo la guardia de corps que había formado para mi protección privada, pues los rumores iban magnificando gradualmente mi importancia. En nuestra primera incursión desde Rabegh y Yenbo los turcos se habían mostrado curiosos; luego empezaron a sentirse molestos, hasta el punto de atribuir a los ingleses la dirección y el motivo principal de la Rebelión Árabe, del mismo modo que nosotros solíamos autohalagarnos atribuyendo la eficiencia turca a la influencia alemana.

No obstante, los turcos lo repitieron el suficiente número de veces como para convertirlo en artículo de fe, y empezaron a ofrecer recompensas de cien libras por cada oficial británico vivo o muerto. Según fue pasando el tiempo, no sólo fueron incrementando las cifras, sino que ofrecieron una especial recompensa por mí. Tras la captura de Akaba, la cifra empezó a ser respetable; tras el ataque al tren de Yemal Pachá, nos colocaron a Alí y a mí a la cabeza de sus listas; valíamos veinte mil libras vivos y diez mil muertos.

Por supuesto, la oferta era puramente retórica, sin que se supiera si pagaríán en oro o en papel moneda, o si pagaríán siquiera. Con todo, tal vez aquello justificase tomar algunos cuidados. Empecé a incrementar mi gente, hasta convertirlos en una tropa, añadiendo tantos proscritos como pude encontrar, tipos cuyo arrojo les había creado problemas en otras partes. Necesitaba tipos duros en la vida y sobre un camello, tipos orgullosos de sí mismos, y carentes de familia. Por suerte, tres o cuatro de ellos se me juntaron desde el principio, estableciendo el patrón y el tono general.

Una tarde, me hallaba leyendo tranquilamente en la tienda de Marshall, en Akaba (me alojaba con Marshall, nuestro médico escocés, siempre que me quedaba en el campamento), cuando hizo su aparición sobre la silenciosa arena un ageyl, delgado, moreno y bajo, pero vestido del modo más fastuoso. Llevaba del hombro colgada la más rica alforja hasa que jamás haya visto. Sus colgaduras de lana, verde y escarlata, blanco, naranja y azul, llevaban borlas entretejidas en filas de a cinco, y de la mitad hacia abajo colgaban banderolas de cinco pies de largo y formas geométricas, cargadas de borlas y flecos.

Acercándose a saludarme de forma respetuosa, el joven arrojó ante mí la alforja, diciendo: «Es tuya», y desapareció tan repentinamente como había llegado. Al día siguiente, volvió con una silla de camello de igual belleza, con los cuernos de latón de su arzón adornados con exquisitas filigranas yemenís. Al tercer día reapareció con las manos vacías, vestido con una

pobre túnica de algodón, y se arrojó de bruces ante mí, diciendo que quería entrar a mi servicio. Tenía un aspecto extraño sin sus ropas de seda, pero su cara, horadada y desfigurada por la viruela, y desprovista de barba, podía tener cualquier edad, aunque mostraba el cuerpo flexible de un muchacho, y algo de la audacia juvenil en su porte.

Su largo pelo negro se hallaba cuidadosamente distribuido en tres brillantes trenzas sobre cada mejilla. Sus ojos eran débiles, cerrados hasta formar sólo dos ranuras. Su boca era sensual, abierta, húmeda, lo que le daba expresión bienhumorada y semicínica. Le pregunté su nombre; él replicó que Abdulla, apodado el Nahabi, o el Ladrón; su apodo, decía, era una herencia de su respetado padre. Sus propias aventuras habían sido poco provechosas. Había nacido en Boreida, y durante su juventud había tenido que padecer al poder civil por su impiedad. Cuando aún no había llegado a la madurez, una desgracia en casa de una mujer casada le había hecho abandonar su ciudad natal, a toda prisa, y había entrado al servicio de Ibn Saud, emir del Neyd.

Durante su servicio, sus fuertes juramentos le habían ganado azotes y prisiones. Había, en consecuencia, desertado hacia Kuweit, donde se había enamorado. Terminado este asunto, se había trasladado a Hail, alistándose en las tropas de Ibn Rashid, el emir. Desgraciadamente llegó a enfrentarse con su oficial, hasta el punto de golpearlo en público con su baqueta. Se le devolvió el pago en especie; y,

tras una lenta recuperación en prisión, se vio de nuevo arrojado al mundo sin ningún amparo.

Estaban por entonces construyendo el ferrocarril del Heyaz, y se acercó a sus obras en busca de fortuna, pero un capataz le retuvo sus salarios por encontrarlo durmiendo a mediodía. Él replicó cortándole al capataz la cabeza. El Gobierno turco intervino, y él descubrió que la vida era muy dura en la prisión de Medina. No obstante, logró escapar por una ventana, y habiendo llegado a La Meca, gracias a su probada integridad y a su pericia camellera, fue nombrado correo entre La Meca y Yidda. Con este empleo decidió sentar cabeza, dejando de lado cualquier extravagancia, trayendo a La Meca a su padre y a su madre, y poniéndoles una tienda para que la regentaran en su nombre, con un capital proporcionado a comisión por mercaderes y ladrones.

Tras un año de bonanza, fue asaltado, perdiendo su camello y su consignación postal. A cambio se apoderaron de su tienda. Del naufragio logró salvar lo suficiente como para sentar plaza de soldado, en la policía camellera jerifiana. Por méritos ascendió a suboficial, pero su sección atrajo en exceso la atención por su costumbre de pelear con daga y su mala lengua, alimentada con la basura de todos los bajos fondos de cada capital árabe. Con excesiva frecuencia sus labios retemblaban con humor, risas sardónicas, obscenidades y mentiras; y cuando se le degradó, acusó de su caída a un envidioso ateibi, a quien

apuñaló en el tribunal, ante los mismísimos ojos del ultrajado jerife Sharraf.

El agudo sentido de la decencia pública que tenía Sharraf castigó a Abdulla con el más severo de los castigos, del que casi resultó muerto. Cuando se hubo repuesto, entró al servicio de Sharraf. Al estallar la guerra, se puso a las órdenes de Ibn Dajil, capitán de los ageyl de Feisal. Creció su reputación, pero el motín de Weyh había convertido a Ibn Dajil en embajador. Abdulla echaba de menos la camaradería de la soldadesca, e Ibn Dajil le había dado una recomendación escrita para entrar a mi servicio.

La carta decía que, durante dos años, había sido fiel pero irrespetuoso, lo habitual en los hijos pródigos. Era el más experimentado ageyl, después de haber servido a todos los príncipes árabes, haber sido despedido de todos sus empleos y tras haber padecido azotes y prisión por delitos relacionados con su excesivo individualismo. Decía Ibn Dajil que El Nahabi cabalgaba inmediatamente detrás de él, que era un gran conocedor de camellos, y tan bravo como cualquier hijo de Adán, cosa no demasiado difícil, dada su ceguera para ver el peligro. De hecho, era el perfecto guardia personal, y lo enrolé de inmediato.

Estando a mi servicio, sólo una vez probó los calabozos, y fue en el cuartel de Allenby, cuando un desesperado jefe de policía telefoneó para decir que un tipo salvaje, armado, había sido hallado a la puerta del comandante en jefe, y había sido conducido sin resistencia al cuerpo de guardia, donde se puso a

comer naranjas como si hubiera hecho una apuesta, proclamándose hijo mío, y uno de los perros de Feisal. Las naranjas andaban escasas.

Así experimentó Abdulla su primera conversación telefónica. Le dijo al jefe de policía que semejante chisme sería de gran comodidad en todas las prisiones, y se despidió ceremoniosamente. Rechazó terminantemente y con desprecio la idea de tener que pasar por Ramleh desarmado, y hubo que darle un permiso para poder llevar legalmente su espada, su daga, su pistola y su rifle. El primer uso que hizo de tal permiso fue para volver a visitar el cuarto de guardia con cigarrillos para la policía militar.

Abdulla examinaba a quienes pretendían entrar a mi servicio, y, gracias a él y a Zaagi, mi otro comandante (un tipo estirado con aspecto de oficial), un maravilloso plantel de expertos fue agrupándose en torno a mí. Los ingleses de Akaba los llamaban los corta-gargantas; pero sólo cortaban gargantas cuando yo se lo ordenaba. Tal vez a los ojos de los demás fuera un error que no reconocieran otra autoridad que la mía. Con todo, cuando me hallaba fuera se mostraban amables con el mayor Marshall, y podían tenerlo entretenido con una incomprensible charla sobre camellos, su cría y sus enfermedades, de la mañana a la noche. Marshall se mostraba muy paciente, y dos o tres de ellos podían aparecer junto a su cama, tan pronto rayaba el día, esperando proseguir su educación camellera tan pronto saliera del sueño.

Más de la mitad (casi cincuenta de los noventa) eran ageyl, los nerviosos aldeanos neydís que daban color y tono al ejército de Feisal, y cuyo constante cuidado de los camellos de monta era un rasgo típico de su servicio. Solían llamarlos por su nombre, desde una distancia de cien yardas, y los dejaban al cuidado de su equipo cuando desmontaban. Los ageyl, mercenarios como eran, no funcionaban bien a menos que se les pagara bien, y por falta de tal condición habían caído en descrédito; con todo, el más valiente esfuerzo individual de toda la guerra árabe había sido obra de uno de ellos, que por dos veces había atravesado nadando el conducto subterráneo que llevaba el agua a Medina, y había vuelto con un completo informe sobre la ciudad sitiada.

Yo les pagaba a mis hombres seis libras al mes, la paga habitual del Ejército para un hombre con su camello, aunque yo les proporcionaba los animales, de manera que eran ingresos netos. Esto hacía mi servicio envidiable y ponía a mi disposición los más agudos espíritus del campamento. Debido a mi horario, y puesto que solía estar yo más ocupado de lo habitual, mis cabalgadas eran largas, duras y repentinas. El árabe corriente, cuyo camello representa la mitad de su riqueza, no podía permitirse desfondarlo viajando a mi velocidad; esa manera de cabalgar resultaba no menos penosa para los hombres.

Debía, en consecuencia, tener a mi lado activos jinetes que montaran en mis propias bestias. Comprábamos a alto precio los más rápidos y fuertes

camellos que pudieran conseguirse. Los escogíamos por su velocidad y su potencia, sin importar lo dura y agotadora que pudiera resultar su monta; en realidad, a veces elegíamos los de paso duro como los de más aguante. Los cambiábamos o los dejábamos reposar en nuestro propio hospital de camellos cuando adelgazaban, y sus jinetes eran tratados de igual manera. Zaagi hacía responsable a cada hombre de la condición de su propia montura, así como de su estado de revista y guarnicionería.

Los jóvenes se mostraban muy orgullosos de pertenecer a mi guardia, donde desarrollaban un profesionalismo preciosista. Vestían como un arriate de tulipanes, de todos los colores menos el blanco, ya que ése era el color constante de mis ropas, y no querían parecer pretenciosos. En media hora podían aprestarse para una cabalgada de seis semanas, siendo éste el límite de la comida que podíamos transportar en las alforjas. Los camellos de carga los apartaban de sí como una maldición. Podían cabalgar día y noche a mi antojo, y hacer punto de honor de no mencionar nunca la fatiga. Si alguno empezaba a refunfuñar, los demás lo acallaban, o cambiaban la causa de sus quejas de manera brutal.

Luchaban como demonios, cuando yo quería, y a veces hasta cuando no quería, especialmente contra turcos y foráneos. Para uno de los miembros de mi guardia golpear a otro era el peor delito. Esperaban siempre extravagantes recompensas y extravagantes castigos. Se jactaban ante todo el Ejército de sus

penalidades y ganancias. Por esta locura suya se mantenían dispuestos para cualquier esfuerzo y para cualquier riesgo.

Abdulla y Zaagi los dirigían, bajo mi autoridad, con una brutalidad sólo paliada por la libertad que cada hombre tenía de abandonar el servicio cuando le viniera en gana. Con todo, no tuvimos más que una renuncia. Los demás, aunque adolescentes llenos de pasiones carnales, tentados por aquella vida irregular, bien alimentados ejercitados, y ricos, parecían santificar el riesgo y estar fascinados por el sufrimiento. La servidumbre, como cualquier otra conducta, aparece profundamente modificada en las mentes orientales por su obsesión por la antítesis entre carne y espíritu. Aquellos muchachos encontraban placer en la subordinación, en degradar su cuerpo como para darle más relieve a su libertad; casi llegaban a preferir la servidumbre como más rica en experiencia que la autoridad, y menos atada a los cuidados diarios.

En consecuencia, las relaciones entre amo y subordinado en Arabia resultaban más libres y a la vez más rigurosas de lo que haya podido experimentar en parte alguna. Los sirvientes temían la espada de la justicia y el látigo del mayordomo, no debido a que la una pudiera poner fin arbitrario a su existencia y la otra dejar rojas marcas de dolor en sus costados, sino porque ambos eran los símbolos y los medios a que estaba dedicada su obediencia. Se complacían en rebajarse y en la libertad con que se permitían rendirle a su amo hasta el último servicio y la última gota de su

sangre, porque en espíritu eran iguales y su contrato era voluntario. Tan ilimitado compromiso descartaba la humillación, la queja y el lamento.

En esta promesa de aguante, los hombres quedaban hundidos si, por debilidad de nervios o valor insuficiente, resultaban incapaces de estar a la altura de las exigencias. El dolor era para ellos un disolvente, una catarsis, casi una condecoración, que era dignamente exhibida cuando vivían para contarlo. El miedo, la más fuerte motivación del hombre indolente, nada tenía que ver con nosotros, puesto que el amor a una causa —a una persona— se ponía en primer término. Ante semejante meta, las penalidades quedaban descontadas, y la lealtad era consciente y no obediente. A ella dedicaban mis hombres todo su ser, y poseídos por ella, no había en ellos lugar para la virtud o para el vicio. Alegremente la nutrían de lo que eran; le entregaban sus vidas, y más aún que eso, la vida de sus compañeros, pues a veces resulta más duro ofrecer que soportar un sacrificio.

Para nuestra tensa mirada, el ideal, cultivado en común, parecía trascender lo personal, que había sido antes nuestra habitual medida del mundo. ¿Apuntaba este instinto a una feliz aceptación, por parte nuestra, de una absorción última en la que las discordancias individuales acabaran encontrando una meta razonable e inevitable? Como quiera que fuese, la misma trascendencia de la fragilidad individual volvía transitorio el ideal. Su principio pasaba a ser la actividad, cualidad primordial, externa a nuestra

estructura atómica, que sólo podíamos estimular mediante la inquietud de espíritu, cuerpo y alma. De modo que la idealidad del ideal acababa siempre por desvanecerse, dejando exhaustos a sus adoradores, dejando por falso lo que antes habían perseguido.

No obstante, por el momento, los árabes se hallaban poseídos, y la crueldad del mando respondía a sus necesidades. Además, eran enemigos de sangre procedentes de treinta tribus, y sólo el poder de mi férula podía impedir que se mataran entre ellos. Sus conflictos, por otro lado, impedían que llegaran a coaligarse contra mí, al tiempo que su heterogeneidad me proporcionaba protectores y espías allí donde yo fuera o donde enviara a alguien, desde Akaba a Damasco, y de Beersheba a Bagdad. A mi servicio murieron casi sesenta de ellos.

Con extraño sentido de la justicia, los acontecimientos me obligaron a llevar la misma vida de mis guardias de corps, volviéndome tan duro, brusco y temerario como ellos. Me hallaba en fuerte desventaja, y el clima cargaba los dados. Durante el corto invierno los superé, gracias a mis aliados, las heladas y la nieve, pero bajo el calor ellos me superaban. En cuanto al aguante, la diferencia era menor. Durante los años anteriores a la guerra, me había ido templando gracias a una ascesis constante. Había aprendido a comer mucho de una vez, y pasar luego dos o tres días sin comer, y luego volver a comer en exceso. Convertí en norma evitar toda norma en la comida, y mediante una

serie de excepciones me acostumbré a carecer por completo de costumbres.

De modo, que, orgánicamente, me hice eficaz para el desierto, no llegando a sentir ni el hambre ni el cansancio, y no volviéndome distraído por la idea de comida. Durante las marchas podía pasar sin beber entre pozo y pozo, y, al igual que los árabes, podía beber enormemente un día, para calmar la sed del día anterior y del siguiente.

Del mismo modo, aunque el sueño seguía siendo para mí el más delicioso placer del mundo, llegué a sustituirlo por el incómodo balanceo en la silla durante las marchas nocturnas, o dejaba de dormir una noche laboriosa tras otra sin sentir excesiva fatiga. Tales libertades las conseguí tras años de control (el desdén por la costumbre podría ser una buena lección para nuestro aprendizaje viril), y me resultaron verdaderamente adecuadas para nuestro trabajo, pero, por supuesto, en mí llegaron a formarse, en parte por entrenamiento, en parte por obligación, a partir de una mezcla de elección y necesidad, y no de un modo espontáneo, como entre los árabes. En compensación, yo tenía más energía de ánimo. Sus menos templadas voluntades flaqueaban antes que la mía, y por comparación parecía yo testarudo y activo.

En cuanto a las fuentes de mi energía de voluntad, preferí no hurgar. La idea de una relación antitética entre mente y materia, que resultaba básica en el autodominio árabe, a mí no me ayudaba en absoluto. Conseguí yo mi entrega (en la medida en que llegué a

hacerlo) por el camino opuesto, mediante mi concepción de la inseparabilidad entre lo mental y lo físico, la idea de que nuestros cuerpos, el universo, nuestros pensamientos y tactilidades están hechos a partir de un mismo tipo de materia molecular, el elemento universal del que van surgiendo las formas como coágulos y pautas de diversa densidad. Me parecía impensable que los conglomerados de átomos pudieran pensar de otro modo que sobre bases atómicas. Mi perverso sentido de los valores me constreñía a asumir que lo concreto y lo abstracto, como emblemas, no suponen una oposición más seria que la que enfrenta a liberales y conservadores.

La práctica de nuestra rebelión fortificó mi actitud nihilista. A lo largo de ella, pudimos ver con mucha frecuencia hombres que se veían llevados o eran empujados a crueles extremos de aguante, y de ello nunca llegó a seguirse una quiebra física. El colapso surgía siempre de la debilidad moral que va devorando el cuerpo, que, por sí mismo, y sin traiciones internas, carece de poder sobre la voluntad. Mientras cabalgábamos, lo hacíamos desencarnados, inconscientes de la carne o el sentimiento, y cuando en determinados intervalos esta excitación se apagaba y llegábamos a palpar nuestros cuerpos, lo hacíamos con cierta hostilidad, con la desdeñosa sensación de que alcanzaban su más alta finalidad, no como vehículos del espíritu, sino cuando, disueltos, sus elementos servían para abonar un campo.

CAPÍTULO LXXXIV

Alejados del frente de batalla, en Akaba, durante esta pausa, pudimos ver el reverso de la moneda: la corrupción de nuestro entusiasmo, que hacía insatisfactoria la situación moral de la base. Nos alegramos cuando pudimos al fin escapar hacia las limpias y frescas colinas de los alrededores de Guweira. Los primeros días del invierno habían resultado cálidos y soleados, o bien encapotados, con amontonamiento de nubes en la cabecera de la llanura, a nueve millas de distancia, donde Maulud tenía establecida su atalaya en medio de la niebla y de la lluvia. Las noches resultaban lo suficientemente frías como para apreciar y disfrutar el abrigo de la capa y el calor del fuego.

Esperamos en Guweira noticias del inicio de nuestras operaciones contra Tafileh, el nudo de aldeas que dominaban el extremo meridional del Mar Muerto. Planeamos una maniobra envolvente desde el oeste, el sur y el este a la vez, empezando por el este con un ataque sobre Yurf, la estación más cercana por aquel lado de la línea del Heyaz. La dirección de este ataque le había sido encomendada al jerife Nasir, el

Afortunado. Con él iba Nuri Said, jefe de Estado Mayor de Yaafar, al mando de unos cuantos regulares, un cañón y algunas ametralladoras. Actuaban desde Yefer. Y después de tres días la posición se les entregó. Como siempre, Nasir había llevado a cabo su incursión con habilidad y deliberación. Yurf, el objetivo, era una estación fortificada, compuesta por tres edificios de piedra, algunas defensas exteriores y trincheras. Detrás de la estación había un montículo, murado y atrincherado, sobre el cual los turcos habían emplazado dos ametralladoras y una batería de montaña. Tras el montículo se alzaba una elevada y abrupta loma, última estribación de las montañas que separaban Yefer de Bair.

El punto débil de las defensas estaba en esta loma, ya que los turcos eran demasiado pocos para poder defender a la vez el altozano y la estación, y su cima dominaba la vía del ferrocarril. Nasir una noche ocupó la cima entera de la colina sin hacer ruido, y a continuación cortó la vía por encima y por debajo de la estación. Unos pocos minutos más tarde, y cuando aún había suficiente luz para ver, Nuri Said emplazó su batería de montaña en el borde de la loma y al tercer y afortunado disparo, con un tiro certero, silenció el cañón turco que tenía ante sí.

Nasir fue presa de una gran excitación; los beni Sajr montaron en sus camellos, jurando que cargarían sin más. Nuri consideró esto una locura mientras las ametralladoras turcas siguieran aún en acción desde las trincheras, pero sus palabras no hicieron el menor

efecto en los beduinos. A la desesperada, abrieron fuego graneado con todo lo que tenían a mano contra las posiciones turcas, y los beni Sajr rodearon la falda de la loma principal y escalaron el altozano en un abrir y cerrar de ojos. Cuando vieron aquella horda camellera viniéndoles encima, los turcos tiraron sus rifles y escaparon hacia la estación. Dos árabes resultaron fatalmente heridos.

Nuri bajó corriendo hasta el altozano. El cañón turco no había sufrido daños. Lo pusieron apuntando hacia el lado opuesto y descargaron todas sus balas contra la taquilla de la estación. La multitud de los beni sajr chillaba de alegría al ver saltar por los aires la madera y las piedras; saltaron de nuevo sobre sus camellos y se lanzaron hacia la estación, en el mismo momento en el que el enemigo se rendía. Casi doscientos turcos, incluidos siete oficiales, quedaron como prisioneros nuestros.

Los beduinos se cargaron de riquezas: además de las armas, había veinticinco mulas, y en el apartadero siete furgones con golosinas para las raciones de los oficiales de Medina. Había cosas de las que los tribeños sólo tenían conocimiento de oídas, lo que los hizo supremamente felices. Hasta los desdichados regulares pudieron conseguir una parte del botín, y tuvieron oportunidad una vez más de poder degustar aceitunas, pasta de sésamo, albaricoques pasas y otros frutos secos o en vinagreta de su nativa y semiolvidada Siria.

Nuri Said tenía gustos artificiales, y rescató la carne enlatada y los licores de sus hombres más salvajes. Había un furgón entero lleno de tabaco. Y, puesto que los howeitat no fumaban, se repartió entre los beni sajr y los regulares. Con semejante pérdida, la guarnición turca de Medina se quedó sin tabaco; su triste apuro afectó posteriormente de tal modo a Feisal, pertinaz fumador como era, que mandó cargar unos cuantos camellos de carga con cigarrillos baratos y los envió a Tebuk con sus cumplidos.

Tras el saqueo, los zapadores colocaron cargas bajo las dos locomotoras que había en la estación, y también en la torre de agua, en la bomba y entre los apartaderos, quemaron los furgones capturados y dañaron un puente, pero sin todo ello muy a la ligera, ya que, como era habitual después de cada victoria, todo el mundo se hallaba demasiado cargado y emocionado. Acamparon detrás de la estación, y hacia medianoche hubo una alarma, cuando les llegaron ruido y luces de un tren que, procedente del sur y sin duda sobre aviso, se había detenido junto al destrozo del día anterior. Auda envió exploradores para ver qué pasaba.

Antes de que éstos volvieran, un solitario sargento apareció en el campamento de Nasir, presentándose como voluntario para el ejército del jerife. Había sido enviado por los turcos para explorar la estación. Contó que había sólo sesenta hombres y una batería de montaña en el tren de refuerzo, y que, si volvía con noticias tranquilizadoras, podrían capturarlo sin

disparar un tiro. Nasir llamó a Auda, quien llamó a los howeitat, y salieron silenciosamente a tender la trampa, pero poco antes de que llegaran allí, nuestros exploradores habían decidido prestar por su cuenta la ayuda que no se les había pedido, y abrieron fuego contra los vagones. La locomotora, temiendo lo peor, dio marcha atrás y volvió sin daño a Maan. Fue la única pena del asalto a Yurf.

Tras esta incursión, el tiempo volvió a empeorar. Por tres veces sucesivas cayó nieve. La fuerza de Nasir a duras penas pudo regresar a sus tiendas en Yefer. La altiplanicie que rodea Maan tiene una altura de entre tres y cinco mil pies por encima del mar, y está abierta a los vientos del norte y el este. Soplan éstos desde el Asia central, o desde el Cáucaso, de manera terrible sobre el gran desierto hasta las bajas colinas de Edom, contra las que se quiebra su impetuosa furia. Sus ímpetus sobrantes logran traspasar sus cimas y desatan el invierno, bastante duro en estas latitudes, de la Judea interior y el Sinaí.

En las afueras de Beersheba y Jerusalén los británicos encontraban el clima frío; pero nuestros árabes huían en aquella dirección en busca de mejor tiempo. Desgraciadamente, el mando británico de intendencia se dio cuenta demasiado tarde de que estábamos luchando en una región semialpina. Dejaron pues sin tiendas a una cuarta parte de nuestras tropas, e igualmente nos dejaron sin ropas de sarga, botas o mantas suficientes para proveer dos a cada hombre en las guarniciones de montaña. Nuestros soldados,

aunque no desertaban ni se morían, sobrellevaban una existencia deprimente y dolorosa que congelaba en ellos toda esperanza.

Según nuestro plan, las buenas nuevas de Yurf fueron la señal para que los árabes de Petra, bajo el mando del jerife Abd el Mayin, salieran de inmediato de sus montes en dirección a los bosques de Shobek. Se trataba de una siniestra marcha en medio de la niebla y la escarcha, que aquellos campesinos con los pies medio congelados y envueltos en sus pieles de oveja debían llevar a cabo, subiendo y bajando abruptos valles y peligrosas laderas, de entre cuyos nevados depósitos de nieve los pesados troncos de los juníperos, pelados de hojas, sobresalían como lanzas de acero. El hielo y las heladas quebraban a los animales y a no pocos hombres, a pesar de lo cual, aquellos duros montañeses, acostumbrados a pasar frío en el invierno, seguían avanzando.

Los turcos supieron de ellos según iban acercándose a marchas forzadas y huyeron de sus cuevas y refugios entre los árboles hacia el empalme de la vía en construcción, dejando los caminos regados con la impedimenta y el equipo que iban arrojando en su pánico.

La vía en construcción de los montes, con sus cobertizos provisionales, estaba dominada desde los collados más bajos por el fuego de artillería árabe, y resultaba ser una verdadera ratonera. Los tribeños, en su carga, hicieron trizas al enemigo, mientras escapaba de sus incendiadas y desmoronadas defensas. Una

disciplinada compañía de tropas bien pertrechadas, bajo el mando de un oficial albanés, se abrió paso hasta la vía principal; pero los árabes mataron o hicieron prisioneros al resto, apoderándose también de sus almacenes de intendencia en Shobek, el antiguo fuerte cruzado de Monreale, encaramado sobre un cono de creta que dominaba el tortuoso valle. Abd el Mayein situó allí su cuartel general, y envió noticia a Feisal. También Mastur fue notificado. Y sacó a sus motalga de sus cómodas tiendas en las soleadas profundidades de Arabia, y con ellos escaló el desfiladero que conduce a Tafileh.

No obstante, la ventaja estaba del lado de Nasir, quien en un día saltó de Yefer, y tras una noche tormentosa apareció al amanecer sobre el reborde rocoso del barranco en el que se esconde Tafileh, y la intimó a rendirse so pena de un bombardeo, inútil amenaza, ya que Nuri Said con sus cañones se había vuelto a Guweira. Había sólo ciento ochenta turcos en la aldea, pero tenían apoyos entre los muhaisin, un clan campesino, no por verdadero amor hacia ellos, sino porque Dhiab, el grosero cabecilla de una facción opuesta, se había declarado favorable a Feisal. Así que dispararon sobre Nasir una lluvia mal dirigida de balas.

Los howeitat se distribuyeron sobre los acantilados para devolver el fuego a los campesinos. Esta forma de actuar desagradó a Auda, el viejo león, que se encendió de ira al ver que una aldea mercenaria se atrevía a resistirse a sus antiguos amos, los abu tayi. Y agitando las riendas, echó a galopar a su yegua por la

bajada del acantilado hasta llegar a la vista de las primeras casas de la aldea ya en el llano. Allí tiró del freno, y agitando la mano hacia ellos, los atronó con su maravillosa voz: «Perros, ¿acaso no conocéis a Auda?» Al darse cuenta de que era el implacable señor de la guerra, sus corazones sufrieron un vuelco, y una hora más tarde el jerife Nasir se hallaba en la alcaldía sorbiendo té con su huésped el gobernador turco, tratando de consolarlo por su repentino cambio de fortuna.

Al anochecer hizo su aparición Mastur. Sus motalga lanzaban miradas siniestras a sus enemigos de sangre, los abu tayi, que estaban aposentados en las mejores casas. Los dos jerifes dividieron la plaza, para mantener separados a sus ingobernables seguidores. Tenían escasa capacidad de mediación, debido a que con el paso del tiempo Nasir había resultado casi adoptado por los abu tayi, y Mastur por los yazi.

Al llegar la mañana las facciones empezaron a disputar, y el día trascurrió en medio de la mayor ansiedad, ya que, aparte de los dos clanes enemigos, los muhaisin luchaban por imponer su autoridad entre los aldeanos, desarrollándose ulteriores complicaciones debido a la presencia de dos elementos extraños, uno de ellos una colonia de salteadores senussís, procedentes del Norte de África, que habían sido asentados por los turcos en una rica pero semiabandonada tierra de labranza, y el otro, un quejoso y activo suburbio poblado por un millar de

armenios, supervivientes de la infame deportación llevada a cabo por los Jóvenes Turcos en 1915.

Las gentes de Tafileh empezaron a temer mortalmente por su futuro. Nos hallábamos, como de costumbre, escasos de alimentos y faltos de transporte, y no había modo de remediar ninguno de estos males. Tenían trigo o cebada en sus graneros, pero los escondían. Tenían animales de carga, asnos y mulas en abundancia, pero los habían puesto a seguro. Podían habernos expulsado, pero carecían, para nuestra fortuna, de fuerza de arranque. La incuria era el más potente aliado de nuestro orden impuesto, ya que el gobierno oriental descansa no tanto en el consentimiento o la fuerza, cuanto en la general indolencia, estultez e indiferencia, que da a una minoría una indebida influencia.

Feisal había delegado el mando de este avance hacia el Mar Muerto en su joven medio hermano Zeid. Era el primer cargo de Zeid en el norte, y lo inició lleno de esperanzas. Llevaba como consejero a Yaafar Pachá, nuestro general. Su infantería, artillería y cuerpo de ametralladoras se hallaban detenidos en Petra, por falta de alimentos, pero Zeid personalmente, acompañado de Yaafar, avanzó hasta Tafileh.

Las cosas estaban a punto de quebrarse. Auda afectaba una magnanimidad muy irritante para con los jóvenes motalga, Metaab y Annad, hijos de Abtan, a quien el hijo de Auda había matado. Éstos, figuras flexibles, definidas, cohibidas, empezaron a hablar en voz alta de venganza, pajarillos que amenazaban a un

halcón. Auda declaró que los azotaría en la plaza del mercado si se desmedían. Esto estuvo muy bien, pero los seguidores de ellos hacían dos por cada hombre de Auda, y el poblado corría el peligro de incendiarse. Los muchachos, en compañía de Rahail, mi rufianesco seguidor, se paseaban provocando por las calles.

Zeid agradeció sus servicios a Auda, le pagó y lo devolvió a su desierto. Las ilustres cabezas de los muhaisin tuvieron que acudir como huéspedes forzosos a la tienda de Feisal. Dhiab, su enemigo, era nuestro amigo; tuvimos que recordar con pesar que los mejores aliados de un nuevo régimen, violentamente instaurado, no son sus partidarios, sino sus oponentes. Con ayuda de la abundante provisión de oro de Zeid, nuestra situación económica mejoró. Nombramos un oficial-gobernador y organizamos nuestras cinco aldeas para un ulterior ataque.

CAPÍTULO LXXXV

A pesar de todo, nuestros planes pronto se fueron al garete. Antes de que hubieran sido acordados, nos vimos sorprendidos por un repentino intento turco por desalojarnos. Jamás hubiéramos soñado cosa igual, ya que nos parecía fuera de toda cuestión que esperaran conservar Tafileh, o que quisieran conservarlo. Allenby se hallaba al lado mismo, en Jerusalén, y para los turcos el resultado de la guerra dependía de su exitosa defensa del Jordán contra él. A menos que Jericó cayera, o hasta que cayera, Tafileh era una oscura aldea falta de todo interés. Ni siquiera nosotros la valorábamos como una posesión; nuestro deseo era dejarla atrás en nuestro avance contra el enemigo. Para hombres en posición tan crítica como los turcos, arriesgar una sola baja en su recaptura aparecía como la mayor de las locuras.

Pero Hamid Fajri Pachá, al mando de la 48 División y el sector de Amman, pensaba de otro modo, o tenía sus órdenes. Reunió unos novecientos hombres de infantería, los distribuyó en tres batallones (en enero de 1918 un batallón turco era poca cosa) y acompañándolos de un centenar de hombres de

caballería, dos howitzer de montaña, y veintisiete ametralladoras, los envió por tren y carretera hacia Kerak. Allí requisó todos los transportes locales, formó todo un estado mayor de funcionarios civiles, para regentar su nueva administración en Tafileh, y empezó a avanzar hacia el sur para sorprendernos.

Y de hecho lo hizo. Oímos por primera vez de él cuando sus avanzadillas de caballería cayeron sobre nuestros piquetes de Wadi Hesa, la garganta de gran anchura, profundidad y dificultad que separa Kerak de Tafileh, Moab de Edom. Hacia el anochecer había conseguido ya hacerlos retroceder, y venía sobre nosotros.

Yaafar Pachá había esbozado una línea de defensa sobre el lado sur del gran barranco de Tafileh proponiéndose, si los turcos atacaban, entregarles la aldea y defender las alturas que la dominaban por su parte trasera. Era esto para mí algo doblemente incoherente. Las laderas eran terreno baldío, y su defensa resultaba tan difícil como su ataque. Podían rodearse desde el este, mientras que abandonando la aldea nos desprendíamos de la gente del lugar, cuyos votos y brazos irían a parar a los ocupantes de sus casas.

No obstante, era ésta la idea directiva —todo lo que Zeid tenía a mano—, y así, a medianoche, dimos la orden de evacuar, y sirvientes y soldados por igual empaquetaron sus cosas. Los hombres armados avanzaron por la cresta sur, mientras a la reata de equipajes se la hacía salir por la ruta inferior, para su

seguridad. Este movimiento creó pánico en el poblado. Los campesinos pensaron que huíamos a la carrera (y creo que eso hacíamos) y se apresuraron a salvar sus vidas y haciendas. Estaba helando fuerte, y el suelo estaba cubierto de una costra de hielo crujiente. En medio de la tumultuosa oscuridad, la confusión y los gritos que llenaron las callejas fueron terribles.

El jeque Dhiab nos había contado lastimosas historias de la desafección de sus colugareños, para ensalzar el esplendor de su propia lealtad; pero mi impresión fue que se trataba de tipos intrépidos y de una enorme utilidad potencial. Y para demostrarlo me senté en mi tejado, o paseé por las empinadas calles, embozado para evitar ser reconocido, y con mis guardias discretamente a mi lado, de modo que pudiera oír lo que pasaba. La gente estaba atenazada por el miedo, sintiendo su peligro, y maldiciendo a todos y a todo, pero ningún sentimiento pro turco se descubría en ellos. Estaban horrorizados de la vuelta de los turcos, y dispuestos a poner toda su capacidad física en apoyo de un líder que les hiciera frente. Era una prueba satisfactoria, ya que concordaba con mi vehemente deseo de permanecer donde estábamos y luchar con firmeza.

Al fin, vine a toparme con los jóvenes jeques Metaab y Annad, hermosamente guarnecidos de seda y brillantes armas de plata, y los envié a buscar a su tío, Mad el Arar. A él le pedí que se dirigiera al norte del barranco y dijera a los campesinos, que, a juzgar por el ruido, se hallaban aún combatiendo a los turcos, que

íbamos de camino para ayudarlos. Hamd, un melancólico, cortés y valiente caballero, salió al galope de inmediato con veinte de sus parientes, todos los que pudo reunir en aquel momento de confusión.

Su paso a toda velocidad por las callejas añadió el toque que faltaba para un perfecto ambiente de terror. Las mujeres empezaron a tirar sus bienes, atados de cualquier manera, por puertas y ventanas, aunque no hubiera fuera hombre para recogerlos. Los niños resultaban pisoteados y chillaban, mientras sus madres chillaban también a lo loco. Los motalga, mientras galopaban, iban disparando tiros al aire para darse ánimos, y, como en respuesta, los disparos del enemigo se hicieron visibles en medio de la noche, delineando los acantilados de la parte norte, en medio de la última oscuridad que precede al alba. Yo me dirigí hasta las alturas opuestas para consultar con el jerife Zeid.

Zeid se sentó con grave continente sobre una roca y empezó a barrer el campo con sus lentes de campaña, buscando al enemigo. Según la crisis se iba haciendo más aguda, Zeid iba mostrándose cada vez más distante y despegado. Yo me hallaba furioso de rabia. Los turcos, según las reglas de la sana estrategia, nunca debieran haberse aventurado a volver sobre Tafileh. Era la simple avaricia, una actitud de perros sarnosos indigna de un enemigo serio la que los movía, justo el tipo de acción a la desesperada que cabía esperar de ellos. ¿Cómo podían esperar una guerra como es debido cuando no nos daban ocasión de

darles un tratamiento honorable? Nuestra moral resultaba continuamente dañada por sus locuras, ya que ni nuestros hombres podían respetar su valor ni nuestros oficiales respetar su cerebro. Además, hacía una noche gélida, y había estado de pie toda la noche y era lo suficientemente teutónico como para decidir que tenían que pagar por haberme obligado a cambiar de idea y de plan.

Debían de ser pocos, a juzgar por la lentitud de su avance. Nosotros teníamos todas las ventajas, de tiempo, de terreno, de número, de climatología, y podíamos hacerles frente con facilidad; pero para mi ira aquello no bastaba. Debíamos jugar su mismo tipo de juego a nuestra pigmea escala, debíamos librar contra ellos una batalla campal, matarlos a todos. Debía rebañar de mi memoria las ya medio olvidadas máximas de los libros de texto del Ejército, y parodiarlos en la acción. Era algo abominable, ya que con la aritmética y la geografía por aliados podríamos haber ahorrado sufrimientos al factor humano; y resultaba perverso hacer conscientemente de la victoria un chiste. Podíamos haber ganado simplemente negándonos a entrar en batalla, despistándolos con una maniobra de nuestro centro, como veinte veces más antes y después; pero el malhumor y la vanidad se unieron esta vez en mí para no dejarme contento con el conocimiento de mi poder y para determinarme a dar público aviso de él al enemigo y a cualquiera. Zeid, convencido ya de la inconveniencia de una línea de

defensa, se hallaba bien dispuesto a escuchar la voz del tentador.

Primeramente, le sugerí que Abdulla avanzara con dos cañones Hotchkiss para probar la fuerza y disposición del enemigo. Luego hablamos de lo que vendría después, con gran provecho, ya que Zeid era un frío y valeroso luchador, dotado del temperamento de un oficial profesional. Vimos a Abdulla escalar la pendiente opuesta. El tiroteo fue creciendo en intensidad y seguidamente se apagó en la distancia. Su llegada había estimulado a los jinetes motalga y a los aldeanos, que cayeron sobre la caballería turca y los rechazaron más allá del primer collado, atravesando una planicie de dos millas de ancho, y luego hasta detrás de una loma situada del otro lado, ya en el primer escalón de la depresión de Hesa.

Tras ésta se hallaba situado el cuerpo principal de los turcos, que en ese momento empezaban a ponerse en camino, tras una dura noche que casi los había dejado tiesos en su sitio. Entraron en acción como se esperaba de ellos, y Abdulla resultó inmediatamente frenado. Oímos el distante tableteo de la ametralladora, que iba en aumento hasta producir grandes explosiones rodeadas de un confuso bombardeo. Nuestros oídos nos decían lo que estaba ocurriendo como si lo viéramos, y las noticias eran excelentes. Yo quería que Zeid empezara a avanzar de inmediato, fiado en esa impresión; pero intervino su cautela e insistió en esperar a recibir noticias precisas de su adelantado, Abdulla.

No era necesario, según el manual, pero sabían que yo era un militar espúreo, y se tomaron la licencia de vacilar ante mi consejo, cuando éste empezó a hacerse perentorio. No obstante, yo hice de mi capa un sayo, y decidí adelantarme solo, para mostrar los prejuicios de su decisión. De camino, pude ver a mis guardias de corps echándose sobre los bienes que habían sido arrojados desde las casas para su traslado, en los que encontraron no pocas cosas de interés. Les dije que trajeran nuestros camellos, para ir a emplazar el Hotchkiss automático en la parte norte de la garganta cuanto antes.

El camino atravesaba un bosquecillo de higueras, nudos de tortuosas ramas azuladas, desprovistas de hojas, que seguirían así mucho después de que hubiera reverdecido el resto de la naturaleza. De allí torcimos hacia el este, para serpentear prolijamente por el valle hasta la cima. Yo la dejé para trepar directamente hasta los acantilados. Una ventaja de ir descalzo era la desconocida e increíble seguridad que adquiere el pie cuando las plantas se han encallecido tras dolorosa insistencia o cuando están demasiado helados para sentir mordeduras y desgarrones. El nuevo sendero, aunque sirvió para calentarme, también me acortó el tiempo de manera apreciable, viéndome muy pronto en la cima, donde encontré primero un rellano y luego el risco último que dominaba el llano.

Esta erguida y última orilla de la garganta, donde podían verse unos cimientos bizantinos, parecía muy apropiada para un reducto o última línea de defensa de

Tafileh. Sin duda, carecíamos aún de tal reducto, pero, de tener que buscarlo, allí estaba sin duda su lugar, y en aquel preciso momento se hicieron visibles los ageyl de la guardia personal de Zeid, tímidamente escondidos en una hondonada. Para hacerlos moverse tuve que emplear palabras tales como para destrenzar su trenzado cabello; pero al fin conseguí que se apostaran a lo largo del horizonte en el que se perfilaba el Risco del Reducto. Eran como unos veinte, y desde lejos lucían bellamente, como «puntos» de un ejército considerable. Les di mi sello como enseña, con orden de reunir en torno a él a todos los que fueran llegando, y especialmente a mis guardias de corps con su ametralladora.

Mientras avanzaba hacia el norte, en dirección a la lucha, Abdulla dio conmigo, de camino hacia Zeid con nuevas. Se le habían terminado las municiones, había perdido cinco hombres, debido a los cañonazos, y un arma automática. Le parecía que los turcos tenían dos cañones. Su idea era volver con Zeid y todos sus hombres y presentar batalla; nada, pues, tenía yo que añadir a su mensaje, y ninguna sutileza había en dejar que mis felices amos perfilaran y pusieran a punto a solas su sabia decisión.

Esto me dejó libres las manos para estudiar el previsible campo de batalla. La pequeña llanura tenía unas dos millas a lo largo, estaba rodeada de verdes collados y tenía una cierta forma triangular, formando mi risco de reserva la base del triángulo. Por ella atravesaba la ruta que iba a Kerak, bajando por el valle

de Hesa. Los turcos intentaban abrirse camino, cuesta arriba, por dicha ruta. La carga de Abdulla se había producido por el collado izquierdo u occidental, que constituía en aquel momento nuestra línea de fuego.

Los obuses caían sobre la llanura mientras yo la atravesaba y los duros tallos de ajenjo se me clavaban en los pies. Los disparos del enemigo eran demasiado altos, de modo que sus granadas pasaban rozando por encima del risco e iban a caer del otro lado. Una de ellas cayó cerca de mí, y pude averiguar su calibre viendo su caliente casquillo. Según iba avanzando, fueron ellos afinando más el tiro, y para cuando pude llegar al risco, éste estaba siendo ampliamente regado con metralla. Era evidente que los turcos disponían de algún puesto de observación, y mirando en derredor pude verlos escalar por el lado oriental de la garganta, más allá de la brecha que atravesaba la ruta de Kerak. Pronto conseguirían rodearnos por nuestro extremo del collado occidental.

CAPÍTULO LXXXVI

«Nosotros» demostramos ser unos sesenta hombres, arracimados tras el risco en dos grupos, uno cerca del pie del mismo y otro en su cima. El grupo más bajo estaba formado por campesinos, que iban a pie, jadeantes, deshechos, y sin embargo los únicos seres fogosos que pude ver aquel día. Decían que la munición se les había acabado, y que todo estaba terminado. Les aseguré que aquello apenas acababa de empezar y apunté hacia mi populoso risco de reserva diciendo que había allí todo tipo de armas de apoyo. Les dije que regresaran a toda prisa, rellenaran de nuevo sus cartucheras y que se aprestaran a resistir a pie firme. Nosotros, entre tanto, les cubriríamos la retirada manteniéndonos allí unos cuantos minutos.

Echaron a correr, animados, y subí hasta el grupo de más arriba, citando el párrafo textual según el cual no hay que dejar de disparar desde una posición hasta no estar dispuestos a disparar desde la siguiente. Al mando del grupo se hallaba el joven Metaab, que ya sólo llevaba sus escuetos calzones de montar, desgarrado como estaba del duro esfuerzo, con sus tirabuzones revueltos, y la cara manchada e hirsuta. No

hacía más que palmear con ambas manos y gritar roncamente con contrariada humillación, de tan ansioso como estaba por hacerlo bien en aquélla su primera lucha con nosotros.

Mi presencia en el último momento, cuando los turcos empezaban a abrirse camino, le supo muy mal; y aún se mostró más airado cuando le dije que lo único a que había venido era a estudiar el terreno. Pensó que era una tomadura de pelo, y gritó algo sobre los cristianos que iban a la guerra desarmados. Le repliqué con una ocurrencia sacada de Clausewitz, según la cual la retaguardia cumple mejor su propósito por el simple estar ahí que por hacer nada. Pero él no estaba para bromas, y con razón, ya que el pequeño antepecho de pedernal tras el que nos guarnecíamos empezaba a crepitar con las balas. Los turcos, sabiendo que estábamos allí, habían apuntado veinte metralletas contra la posición. El antepecho tenía unos cuatro pies de alto y cincuenta de largo, y estaba hecho de desnudos costillares de pedernal, contra los que las balas chocaban sordamente, mientras que por encima de él saltaban y silbaban rebotes y esquirlas, por lo que resultaba mortal intentar asomarse. Era claro que debíamos salir de allí cuanto antes, y puesto que yo no tenía caballo salí el primero, con la promesa de Metaab de que permanecería donde estaba si le era posible durante diez minutos más.

La carrera me hizo entrar en calor. Conté los pasos, para saber la distancia de tiro de los turcos cuando nos desalojaran, puesto que aquélla era la única posición

que les quedaba y estaba pobremente protegida por el sur. Perdiendo esa loma en la que estaban los motalga, ganaríamos probablemente la batalla. Los jinetes se mantuvieron allí casi los diez minutos prometidos, y luego salieron al galope sin sufrir bajas. Metaab me prestó su estribo para ayudarme a salir de allí a toda prisa, hasta que nos encontramos, casi sin aliento, entre los ageyl. Era justo el mediodía, y disponíamos de tiempo y tranquilidad suficientes para pensar.

Nuestra nueva posición estaba cuarenta pies más arriba, y tenía una buena disposición para la defensa. Teníamos allí situados ochenta hombres, y más siguieron llegando constantemente. Mis guardias se hallaban en su puesto con su cañón. Lufti, un destructor de locomotoras, se apresuró a unírsenos calurosamente con dos de los suyos, y tras él llegaron cien ageyl más. Aquello empezaba a parecerse a un picnic, y al calificarlo de «excelente» y mostrarnos de magnífico humor, dejábamos perplejos a los hombres, y les hacíamos ver la situación de forma más desapasionada. Las armas automáticas fueron colocadas sobre el borde del risco, con orden de disparar de tanto en tanto tiros cortos, para molestar a los turcos un poco, pero no mucho, según el expediente de Massena de retrasar el despliegue del enemigo. Por lo demás, se produjo un momento de calma; y yo aproveché para tenderme en un lugar protegido, que recibía un poco de sol, y nada de viento, donde dormí una bendita hora, mientras los turcos ocupaban nuestra anterior posición, extendiéndose

sobre ella como una bandada de gansos, y casi con la misma sabiduría de éstos. Nuestros hombres los dejaron en paz, contentándose con exhibirse libremente.

A media tarde llegó Zeid, junto con Mastur, Rasim y Abdulla. Traían el cuerpo principal de nuestras tropas que comprendía veinte hombres de infantería montados en mulas, treinta jinetes motalga, doscientos aldeanos, cinco rifles automáticos, cuatro ametralladoras y la batería de montaña del Ejército egipcio que había actuado en las cercanías de Medina, Petra y Yurf. Era algo magnífico, y me desperté para darles la bienvenida.

Los turcos vieron que estábamos concentrándonos, y empezaron a descargar metralla y ráfagas de ametralladora, pero estábamos fuera de su alcance y no acertaron un tiro. Nos recordamos unos a otros que el movimiento era la ley de la estrategia, y empezamos a movernos. Rasim se convirtió en oficial de caballería, y salió con nuestros ochenta hombres montados a hacer una gira por el collado oriental y rodear el ala izquierda del enemigo, puesto que los manuales aconsejaban dirigir el ataque no contra una línea sino contra un punto, y llevando las cosas lo suficientemente lejos, un ala podía en último término reducirse a un solo hombre. A Rasim le gustó mi concepción de su objetivo.

Prometió, sonriendo entre dientes, traernos a ese hombre, aunque Hamd el Arar aprovechó la ocasión de un modo más adecuado. Antes de salir, se consagró a

la muerte por la causa árabe, sacó su espada con gran ceremonia y le hizo, llamándola por su nombre, todo un discurso. Rasim se llevó consigo cinco rifles automáticos, lo que era buen pertrecho.

Nosotros desde el centro hicimos un despliegue de exhibición, de modo que su partida pasara desapercibida al enemigo, que empezaba a mostrar una aparentemente interminable procesión de ametralladoras, emplazándolas sobre la cima del collado como en un museo. Era una táctica de lunáticos. El collado era de pedernal, y no tenía cobertura ni para un lagarto. Habíamos visto cómo, cuando una bala daba contra el suelo, ambos, la bala y el suelo, se deshacían en una lluvia mortal de esquirlas. Además, conocíamos cuál era la distancia y elevamos cuidadosamente nuestros Vickers, bendiciendo sus largos y anticuados puntos de mira; nuestras baterías de montaña se hallaban perfectamente emplazadas, dispuestas a empezar a vomitar metralla sobre el enemigo en cuanto Rasim se hallara en posición.

Mientras esperábamos, llegó un refuerzo de cien hombres más, procedentes de Aima. Se habían desgajado de Zeid el día antes, debido a una discusión sobre las pagas de guerra, pero habían decidido magnánimamente enterrar viejas querellas en medio de la crisis. Su llegada nos convenció de la necesidad de abandonar las tácticas del mariscal Foch y atacar, como fuera, desde tres puntos a la vez. Así que enviamos a los hombres de Aima, con tres rifles

automáticos, a cubrir el flanco derecho, o ala occidental. Luego, abrimos fuego contra los turcos desde nuestra posición central, y empezamos a castigar sus expuestas líneas con obuses y metralla.

El enemigo sintió que el día ya no le era favorable. El viejo general Hamid Fajri reunió a su estado mayor y a su cuartel general, y dijo que todos los hombres empuñaran un rifle. «He sido soldado durante cuarenta años, pero nunca vi rebeldes que lucharan de este modo.» Pero era demasiado tarde. Rasim inició un ataque con sus armas automáticas, cada una de ellas servidas por dos hombres. Habían avanzado con rapidez, sin hacerse visibles hasta estar ya en su posición, y aplastaron el ala izquierda turca.

Los hombres de Aima, que conocían cada hoja de hierba de aquellos pastos, que eran los suyos, se arrastraron sin recibir ningún daño, hasta llegar a trescientas yardas de las ametralladoras turcas. El enemigo, con la atención puesta en nuestra amenaza frontal, sólo tuvo noticia de los hombres de Aima cuando éstos, con un repentino tiroteo, barrieron a los servidores de las ametralladoras e hicieron cundir el desorden en el ala derecha. Nosotros lo vimos, y mandamos avanzar a los hombres de a camello y a los reclutas que teníamos a nuestro alrededor.

Mohammed al Ghasib, contador de la casa de Zeid, los dirigió desde su camello, con sus brillantes ropas agitadas por el viento, y enarbolando la bandera carmesí de los aggeyl por encima de su cabeza. Todos los que se habían quedado en la posición central con

nosotros, los hombres de nuestros séquitos, los fusileros y los de las ametralladoras, se arrojaron tras él con vivo avance.

El día me había resultado demasiado largo, y sólo me sentía ya agitado por el deseo de ver terminarse aquello, pero Zeid a mi lado palmeteaba de alegría al ver el hermoso orden con que nuestro plan se desarrollaba bajo la helada luz del ocaso. Por un lado, la caballería de Rasim empujaba a los restos del ala izquierda hacia un hoyo situado al otro lado del collado; por otro, los hombres de Aima estaban cortando encarnizadamente el paso a los fugitivos. El centro de las líneas enemigas empezaba a retroceder desordenadamente por el terreno libre que tenían detrás, mientras nuestros hombres los perseguían a pie, a caballo o en camello. Los armenios, que habían permanecido ansiosamente acuclillados detrás de nosotros todo el día, sacaron sus cuchillos y aullándose entre sí en turco se arrojaron hacia delante.

Pensé en los precipicios existentes hasta Kerak, en el barranco de Hesa, con sus quebrados senderos cortados a pico, la maleza, los pasos estrechos y los desfiladeros que formaban el camino. Iba a ser una masacre, y debía haber pedido piedad para los fugitivos; pero tras las iras y extenuaciones de la batalla, mi espíritu se hallaba demasiado cansado para bajar hasta aquel terrible lugar y pasarme la noche salvándolos. Con mi decisión de presentar batalla, había matado a veinte o treinta de nuestros seiscientos hombres, y herido tal vez al triple. Era un sexto de

nuestras fuerzas el que habíamos perdido en una victoria meramente verbal, pues la destrucción de aquel millar de pobres turcos no afectaría al resultado de la guerra.

Al final, habíamos logrado capturar dos howitzers de montaña (con cañones Skoda, muy útiles para nosotros), veintisiete ametralladoras, doscientos caballos y mulas y doscientos cincuenta prisioneros. Los hombres dijeron que sólo cincuenta habían conseguido volver, fugitivos y exhaustos, hasta la vía del tren. Los árabes, en su persecución contra ellos los habían abatido miserablemente mientras corrían. Nuestros hombres renunciaron a la persecución muy pronto, ya que se hallaban cansados, doloridos y hambrientos, y hacía un frío penoso. Las batallas pueden resultar emocionantes para los generales momentáneamente, pero por lo general su imaginación se anticipa con excesiva viveza, y hace que la realidad les parezca falsa y tan calma y falta de importancia que van de un lado a otro buscando el núcleo fantaseado. Aquella noche no quedó la menor gloria, sino sólo el terror de la carne desgarrada que habían sido nuestros hombres mientras eran transportados a sus casas.

Según no retirábamos, empezó a nevar, y sólo ya muy tarde, y haciendo un último esfuerzo, fuimos a buscar a nuestros heridos. Los heridos turcos quedaron allí tendidos, y amanecieron muertos al otro día. Era algo imperdonable, como lo era toda la teoría de la guerra, pero ningún reproche puede hacérsenos por ello. Arriesgamos nuestra vida bajo la ventisca

(doblegados por el escalofrío de la victoria) para salvar a nuestros propios camaradas; y si nuestra regla era no perder árabes incluso para matar muchos turcos, menos podíamos arriesgarnos a perderlos por ir a salvar turcos.

Al día siguiente y al otro nevó aún con más fuerza. Estábamos cercados por el temporal, y mientras los días iban pasando monótonamente perdimos toda esperanza de poder hacer nada. Podíamos haber avanzado hasta Kerak bajo el impulso de la victoria, y perseguido a los turcos hasta Amman con el rumor que nos precedía; tal como fueron las cosas nada sacamos de todas aquellas pérdidas y esfuerzos, salvo el informe que envié al cuartel general del Ejército británico en Palestina, para consumo del Estado Mayor. Estaba escuetamente escrito al efecto, lleno de pintorescos símiles y burlescas simplezas, lo que les dio de mí la idea de un modesto aficionado, que intentaba hacer lo que podía imitando a los grandes modelos, si no de un payaso, que los seguía afanosamente con la vista, mientras ellos con Foch a la cabeza, como director de orquesta, marchaban tocando el tambor por la vieja senda cubierta de sangre que lleva a la casa de Clausewitz. Al igual que la batalla, era casi una parodia del uso de los manuales. A los del Cuartel General les encantó, e inocentemente, para coronar la broma, me concedieron una medalla por su fuerza. Muchos más pechos condecorados podría haber en el Ejército, si cada hombre pudiera, sin testigos, escribir sus propios despachos.

CAPÍTULO LXXXVII

El único beneficio que extraje de Hesa fue la lección que representó para mí mismo. Nunca más volvimos a mostrarnos combativos, ni en broma ni apostando por una certeza. En verdad, sólo tres días más tarde nuestro honor quedó parcialmente redimido por una cosa seria y buena que arreglamos por medio de Abdulla el Feir, quien se hallaba acampado por debajo de nosotros, en el paraíso de la orilla sur del Mar Muerto, una llanura que borboteaba de arroyuelos de agua dulce y estaba cubierta de rica vegetación. Le enviamos nuevas de la victoria, junto con un proyecto de atacar el puerto lacustre de Kerak y destruir la flotilla turca.

Escogió unos setenta jinetes, beduinos de Beersheba. Cabalgaron de noche por la cornisa que hacía de carril entre las colinas de Moab y la orilla del mar hasta alcanzar el puesto de vigilancia turco; y en medio del grisor del alba, cuando sus ojos pudieron ver lo suficiente para un galope, salieron de entre la maleza y cayeron sobre las lanchas motoras y las barcazas, amarradas en la ensenada norte, cuando las confiadas

tripulaciones dormían sobre la playa o en las chozas de caña cercanas a ella.

Eran hombres de la Marina turca, no preparados para la lucha en tierra, y aún menos para resistir a la caballería; sólo consiguió despertarlos el ruido de los cascos de los caballos sobre el muelle de carga, y la escaramuza terminó en un momento. Las chozas fueron quemadas, los almacenes saqueados y los botes empujados a las aguas profundas y hundidos. Luego, sin una sola baja, y con sesenta prisioneros, nuestros hombres cabalgaron de vuelta muy ufanos. Era veintiocho de enero, y habíamos alcanzado nuestro segundo objetivo —detener el tráfico del Mar Muerto— quince días antes de lo prometido a Allenby.

El tercer objetivo era la desembocadura del Jordán junto a Jericó, para antes de finales de marzo, y tenía buenas perspectivas, de no ser por el tiempo y por la aversión al dolor que había despertado en nosotros la sangrienta jornada de Hesa. Las condiciones habían mejorado en Tafileh. Feisal nos había enviado municiones y comida. Los precios bajaron cuando la gente empezó a confiar en nuestra fuerza. Las tribus de los alrededores de Kerak, en diario contacto con Zeid, tenían la intención de unírsenos tan pronto como empezáramos a movernos.

Sin embargo, era esto precisamente lo que no podíamos hacer. La potencia del invierno encerró a hombres y jefes en la aldea y los mantuvo apelotonados en una deslucida ociosidad, contra la que poco servían los consejos de comenzar a moverse.

Dos veces me aventuré a probar la llanura llena de nieve, sobre cuya lisa superficie los cadáveres turcos, pobres montones pardos, de ropas rígidas, se hallaban diseminados; pero la vida allí no resultaba soportable. Durante el día deshelaba un poco, y por la noche volvía a helar. El viento cortaba las carnes al descubierto, los dedos perdían fuerza y tacto, las mejillas retemblaban como hojas muertas hasta que ya no podían temblar más, y entonces sus músculos quedaban atenazados por un dolor embotante.

Hacer atravesar la nieve a nuestros camellos, animales especialmente ineptos para terrenos deslizantes, era entregarnos en manos de cualquier grupo de jinetes que quisieran oponérsenos; y según iban pasando los días, incluso esa posibilidad quedaba excluida. Faltaba cebada en Tafileh y nuestros camellos, separados como estaban por la climatología del pasto natural, carecían también ahora de alimentación artificial. Teníamos que conducirlos hasta el más benévolo Ghor, a un día de marcha de nuestra vital guarnición debido a lo tortuoso del camino, sin embargo la distancia en línea recta hasta Ghor era de no más de seis millas, y a la vista, lo teníamos a sólo quinientos pies por debajo de nosotros. Era como echar sal en nuestras heridas cada vez que contemplábamos aquel cuasi-vergel de invierno situado debajo de nosotros y a orillas del lago. Nos hallábamos atrapados en infectas casas de fría piedra, privados de combustible y de comida, atrapados por la tormenta en calles semejantes a sumideros, entre tormentas de

aguanieve y bajo un viento gélido, mientras allá abajo, en el valle, brillaba el sol sobre la hierba primaveral, cargada de flores, con rebaños repletos de leche y un aire tan tibio que los hombres iban sin capa.

Mi guardia personal había resultado más afortunada que el resto, pues Zaagi nos había encontrado una casa vacía sin terminar, con dos razonables habitaciones y un patio. Mi dinero proveyó combustible, y algún grano para nuestras camellas, que manteníamos resguardadas en una esquina del patio, donde Abdulla, el amante de los animales, podía almohazarlas y enseñar a cada una por su nombre a recoger de su boca, como si fuera un beso, un trozo de pan, con los labios abiertos al ser llamada. Con todo, eran aquéllos días infelices, ya que conseguir fuego suponía atufarse de humo de madera verde, y en los huecos de las ventanas teníamos sólo postigos de fabricación propia. El techo de barro goteaba agua todo el día, y los piojos del suelo de piedra cantaban juntos cada noche, ante el nuevo festín de carne que les proporcionábamos. Éramos veintiocho amontonados en dos diminutas habitaciones, que exhalaban el acre olor de nuestro hacinamiento.

En mis alforjas llevaba yo un ejemplar de *La Morte d'Arthur*, que me servía para aliviar mi disgusto. Los demás sólo disponían de recursos físicos; y en nuestro miserable confinamiento se desataba el malhumor. Sus extravagancias, que habitualmente lograba mantener a distancia, se me incrustaban ahora de manera molesta, al tiempo que la herida de una rozadura se me había

congelado y me irritaba con sus punzantes palpitaciones. Día tras día, la tensión entre nosotros crecía, al tiempo que nuestro estado se volvía cada vez más sórdido, más animal.

Finalmente, Awad, el bravío sherari, riñó con el pequeño Mahmas, y al poco se hallaban cruzando sus dagas. Los demás evitaron que se produjera la tragedia, de modo que sólo hubo pequeñas heridas; pero se había roto la más alta ley de la guardia de corps, y puesto que tanto el ejemplo como la culpa eran flagrantes, todos los demás se trasladaron a la habitación más alejada mientras sus jefes ejecutaban la sentencia. No obstante, los estridentes latigazos de Zaagi resultaban demasiado crueles para mi sobreexcitada imaginación, y lo mandé detenerse antes de haber entrado bien en faena. Awad, que había aguantado su castigo sin proferir una queja, se levantó lentamente sobre sus rodillas, y con las piernas dobladas se fue tambaleando a su lugar de dormir.

Fue entonces el turno de Mahmas, un joven de labios prietos, afilada barbilla y abultada frente, cuyos ojos de azabache se juntaba hacia dentro con un indescriptible aire de impaciencia. Propiamente hablando, no pertenecía a mi guardia, sino que era sólo un camellero, ya que su capacidad estaba muy por debajo de lo que él creía y un orgullo siempre herido lo enfrentaba de continuo con sus camaradas. Si se le vencía en una discusión, o se sentía ridiculizado, se lanzaba con la daga que tenía siempre a mano y rajaba a su amigo. Ahora se acurrucó en una esquina

apretando los dientes, y prometiendo, entre lágrimas, que se vengaría de los que le habían golpeado. Los árabes no distinguen en el aguante, corona de su virilidad, lo moral y lo material, y no hacen concesiones a los nervios. De modo que el llanto de Mahmas tenía el nombre de miedo, y cuando se le soltó, se arrastró hundido hacia la noche para esconderse.

Lo sentí por Awad, su dureza me hizo sentir vergüenza. Y especialmente avergonzado me sentí cuando, al día siguiente, oí cojear a alguien en el patio y lo vi intentando cumplir con su deber junto a los camellos. Lo llamé para regalarle un pañuelo bordado en recompensa por su fidelidad. Se acercó penosamente hosco, encogido, y como preparado para recibir un nuevo castigo; mi cambio de actitud lo distendió. Por la tarde se lo vio cantando y gritando, más contento que nunca, porque había encontrado un loco en Tafileh que le había dado cuatro libras por mi regalo de seda.

Tan enervante situación, en la que los defectos de cada uno resultaban agrandados, me resultaba tan desagradable que decidí dispersar el grupo e ir yo mismo a buscar el dinero que nos haría falta cuando volviera el buen tiempo. Zeid había gastado la primera parte de la suma reservada para Tafileh y el Mar Muerto, parte en pagas y parte en suministros y recompensas para los vencedores de Seil Hesa. Dondequiera que situáramos nuestras líneas, tendríamos siempre que alistar y pagar fuerzas nuevas, ya que sólo los hombres del lugar conocían

instintivamente las posibilidades de su terreno, y luchaban además mejor, al tener que defender sus casas y sus cosechas contra el enemigo.

Joyce tenía que haber dispuesto el envío de dinero, aunque no era sencillo en aquella estación del año. Era más seguro que yo mismo bajara a buscarlo, y también más saludable que seguir en el hedor y la promiscuidad de Tafileh. Así pues, cinco de nosotros emprendimos la marcha en un día que prometía ser un poco más despejado de lo habitual. Avanzamos con buen tiempo hasta Reshidiya, y mientras escalábamos el estribo montuoso que se alzaba del otro lado, nos encontramos momentáneamente por encima de las nubes y bajo un sol desmayante.

Por la tarde, el tiempo volvió a empeorar y el viento apretó desde el norte y el este, haciéndonos lamentar el hallarnos sobre la desnuda llanura. Cuando habíamos conseguido vadear el caudaloso río de Shobek, empezó a caer la lluvia, primero en salvajes goterones, luego más uniformemente. Allí donde las bocanadas de lluvia golpeaban el suelo formaban como una blanca cortina de agua pulverizada. Seguimos avanzando sin detenernos y hasta mucho después de la puesta de sol seguimos espoleando a nuestros temblorosos camellos, entre múltiples resbalones y caídas a través de los herbosos valles. Hacíamos casi dos millas por hora, a pesar de nuestras dificultades, y el avance empezaba a resultar tan emocionante e inesperado que su sólo ejercicio nos mantenía templados.

Había sido mi intención cabalgar toda la noche, pero en las cercanías de Odroh la niebla se nos echó encima como una cortina, sobre la cual las nubes, como desgarrones de un velo, giraban y danzaban en lo alto sobre el calmo cielo. La perspectiva cambiaba, de modo que las montañas lejanas parecían pequeñas, y los pequeños montículos próximos, enormes. Nos habíamos desplazado en exceso hacia la derecha.

El suelo de aquella región, aunque de dura apariencia, se quebraba putrefacto bajo su peso, y hacía que nuestros camellos se hundieran, hasta cuatro o cinco pulgadas, a cada zancada. Las pobres bestias llevaban helándose todo el día, y habían resbalado tantas veces que estaban molidas y llenas de magulladuras. Soportaban, pues, de mala gana las nuevas dificultades. Daban unas zancadas, se paraban bruscamente, miraban en redondo, o trataban de echarse a un lado.

Nos anticipamos a sus deseos, y los obligamos a seguir hasta que nuestro caminar a ciegas nos condujo hasta una serie de valles rocosos, que cerraban el horizonte. Todo estaba con una tortuosa línea. Todo estaba oscuro a derecha e izquierda, y enfrente surgían imponentes montañas donde no debiera haber ninguna. Helaba de nuevo, y las resbaladizas rocas del valle se cubrieron de hielo. Seguir adelante, por un camino errado, era una locura con semejante noche. Nos dimos con un abrupto roquedo, y tras él, donde se suponía que tenía que haber un refugio, hicimos acurrucarse a nuestros animales en compacto grupo,

de espaldas al viento; darle la cara hubiera significado morir de frío. Nos aovillamos junto a ellos, en busca de calor y de sueño.

Calor, yo al menos, no pude conseguirlo, y sueño tampoco. Cabeceé tan sólo una vez, para despertarme de pronto cuando me pareció sentir que unos lentos dedos acariciaban mi cara. Me quedé mirando la noche, lívida de grandes y suaves copos de nieve. Su caída duró un minuto o dos, luego siguió la lluvia, y tras ella aún más escarcha, mientras yo me arrebujaba hasta hacerme un ovillo, doliéndome todo el cuerpo, pero demasiado deprimido para moverme, hasta el amanecer. Un amanecer indeciso, pero suficiente; me revolqué en el barro y vi a mis hombres, anudados en sus capas y tiritando contra los flancos de las bestias. En la cara de cada hombre se veía pintada la más dolorosa expresión de resignado desánimo.

Los cuatro eran sureños, a quienes el miedo al invierno había puesto enfermos en Tafileh, y que pensaban reposar en Guweira hasta que volviera el tiempo templado, pero allí, en medio de la niebla, habían llegado ala conclusión de que tenían la muerte ya encima, y aunque eran demasiado orgullosos para rezongar, no dejaban de mostrarme con su actitud que el sacrificio que hacían era en honor mío. Ni hablaron ni se movieron para responderme. Para un camello echado, lo mejor es prenderle fuego debajo para levantarlo, pero con aquellos títeres desmadejados decidí que lo mejor era coger al más pequeño de ellos por los rizos, y demostrarle que aún era capaz de

sentir. Los otros se pusieron en pie, y levantamos a patadas a las tundidas camellas. Nuestra única pérdida fue el pellejo de agua, congelado en el suelo.

Con la luz del día el horizonte se nos apareció muy cerrado, y vimos que la ruta correcta se hallaba a un cuarto de milla a nuestra izquierda. Por ella nos encaminamos a pie. Los camellos estaban demasiado cansados para poder soportar nuestro peso (todos menos el mío murieron después de esta marcha) y el piso de arcilla estaba tan barroso que también nosotros resbalábamos y caíamos con ellos. No obstante, el truco de Deraa nos ayudó, caminando con los pies bien abiertos y clavándolos bien en el suelo a cada zancada, y de este modo, bien agrupados, aferrados y agarrados unos a otros, fuimos avanzando.

El aire era lo bastante frío como para congelar cualquier cosa, pero no nos congeló; el viento, que había cambiado de dirección durante la noche, soplaba sobre nosotros desde el oeste con molestas ráfagas de aguanieve. Nuestras capas se hincharon como velas contra nosotros. Finalmente nos las arrancamos, y caminamos más cómodos, con nuestras simples túnicas bien ajustadas para evitar los aleteos de sus haldas. La turbulenta dirección de las ventiscas nos la indicaba la blanca neblina que transportaban por monte y vaguadas. Nuestras manos se hallaban ateridas e insensibilizadas, de modo que nos dábamos cuenta sólo de los cortes que en ellas nos hacíamos por las marcas rojas visibles sobre el rebozamiento de barro, pero nuestros cuerpos no estaban tan helados, y

durante horas tiritamos bajo el granizo y las tormentas. Nos cambiábamos de posición para recibir los embates sobre nuestras partes menos doloridas, y nos despegábamos las túnicas de la piel, para protegernos momentáneamente.

Ya bien entrada la tarde, habíamos cubierto las diez millas que nos separaban de Aba el Lissan. Los hombres de Maulud se habían vuelto a su tierra, y nadie salió a recibirnos, lo que estuvo bien, pues nos sentíamos sucios y desdichados, arrugados como gatos pelados. El camino que venía luego fue más llevadero, ya que las dos millas que nos separaban de la cabecera de Shtar tenían el piso helado como el acero. Volvimos a montar nuestros camellos, cuyo resuello formaba blancos chorros desde sus trémulas narices, y aceleramos el paso por la cuesta para echar la primera mirada sobre la maravillosa llanura de Guweira, cálida, roja y confortable, tal como se la divisaba entre los desgarrones de las nubes. Éstas habían techado en forma extraña la hondonada, extendiendo a media altura del cielo una capa blanca como de requesón situada al mismo nivel de la colina donde nos hallábamos; la estuvimos contemplando unos minutos con satisfacción. Jirones de su aterciopelada materia de espuma marina se desprendían de ella para venir a dar sobre nosotros. Desde el acantilado, los sentíamos golpear contra nuestras caras, y girándonos podíamos ver un nimbo blanquecino sobre la arisca cresta, que se desgarraba

y difuminaba, pulverizándose en granos de escarcha o diluyéndose acuosamente sobre el suelo de turba.

Tras haber admirado el cielo nos deslizamos y corrimos por el desfiladero abajo, en dirección a la arena seca y al aire tibio y calmo. El placer, sin embargo, no resultó tan vivo como esperábamos. El dolor de la sangre al abrirse paso de nuevo por nuestros miembros y caras fue mucho mayor que el dolor que habíamos sentido cuando la sangre se retiraba; y fuimos notando que nuestros pies se nos habían desgarrado hasta casi hacerse pulpa sobre las piedras. No habíamos sentido su magullamiento mientras caminábamos sobre el barro helado, pero la arena tibia y salitrosa quemaba ahora nuestras cortaduras. Desesperados, saltamos sobre nuestros camellos, y los arreamos con apremio en dirección a Guweira. El cambio, no obstante, les había sentado bien, y nos condujeron hasta allí con paso tranquilo pero efectivo.

CAPÍTULO LXXXVIII

Noches perezosas y plácidas; pasamos tres así, en las tiendas de los carros blindados de Guweira, charlando con Alan Dawnay, Joyce y otros, y jactándonos de lo de Tafileh. Todos ellos, sin embargo, se sentían un poco molestos por mi buena suerte, ya que su gran expedición con Feisal, quince días antes, para abatir Mudowwara, no había obtenido resultados. En parte debido al viejo problema de la cooperación entre regulares e irregulares; en parte por culpa de viejo Mohammed Alí el Beidawi, quien, puesto al frente de los beni atiyeh, había ido con ellos a abrevar y había gritado «¡Parada de mediodía!» y se había quedado allí mismo durante dos meses, entregándose a esa vena hedonista de los árabes, que los vuelve indefensos esclavos de la complacencia carnal. En Arabia, donde falta lo superfluo, la tentación de la comida necesaria pesa siempre sobre los hombres. Cada mordisco que logran tragar puede convertirse en un placer. Cosas tan vulgares como el agua o la sombra de un árbol pueden llegar a convertirse en lujos, ya que su rareza y su falta de uso con frecuencia los carga de lujuria. Su actitud me recordó aquel pasaje de Apolonio: «Parece mentira,

hombres de Tarso, que estéis sentados a la orilla de vuestro río como gansos, emborrachándoos con su agua clara.»

Treinta mil libras de oro llegaron entonces desde Akaba, para mí junto con mi camella de color crema, Wodheida, lo mejor que quedaba en mi cuadra. Era de crianza ateiba y había ganado muchas carreras para su antiguo amo; se hallaba además en espléndidas condiciones, rolliza pero no en exceso, con las plantas de sus patas endurecidas por la mucha práctica en los pedregales del norte, y una piel espesa y mullida. No era un animal alto, y parecía pesado, pero era dócil y fácil de montar, girándose a izquierda y derecha con sólo que el cuerno de la silla fuera golpeado por el lado preciso. De modo que la montaba sin tener que usar baqueta, dedicándome cómodamente a leer cuando la marcha lo permitía.

Puesto que mis hombres personales se hallaban en Tafileh o en Azrak, o bien realizando alguna misión, pedí a Feisal que me prestara algunos seguidores temporales. Me dejó a sus dos jinetes ateiba, Sery y Rameid, y para ayudarme a transportar el oro añadió a la partida al jeque Motlog, cuya valiosa ayuda habíamos podido apreciar durante nuestra descubierta con los carros blindados por las llanuras al sur de Mudowwara, en dirección a Tebuk.

Motlog había ido como promotor, señalándoles el país desde su elevado asiento sobre los enseres de un Ford. Cruzaban a toda velocidad las dunas, y los Ford se meneaban como lanchas sobre un mar

embravecido. En un mal volantazo, patinaron casi en redondo sobre dos de las ruedas y Motlog salió disparado de cabeza. Marshall detuvo el coche y corrió hasta él contrito, disponiéndose a disculparse por su conducción; pero el jeque, restregándose tristemente la cabeza, dijo cortésmente: «No te enfades conmigo. Aún no he aprendido a montar estos chismes.»

El oro venía en sacos de mil libras. Confié dos bolsas por cabeza a catorce de los veinte hombres de Motlog, y yo mismo cargué con las dos restantes. Cada saca pesaba veintidós libras, y en las penosas condiciones de la ruta dos eran peso suficiente para un camello, y hacían un buen contrapeso en las alforjas. Salimos a mediodía, confiando en poder hacer una buena primera jornada antes de meternos en la zarabanda de las colinas, pero desgraciadamente el tiempo empezó a ponerse lluvioso al cabo de media hora, y una persistente lluvia nos dejó totalmente empapados e hizo que el pelo de nuestros camellos se rizara como el de un perro mojado.

En aquel preciso momento, Motlog vio una tienda, del jerife Fahad, en la esquina de un pico de arenisca. A pesar de mis prisas, votó por pasar la noche allí, y ver cómo se presentaba la ruta de las colinas al día siguiente. Sabía que aquello podía tener consecuencias fatales, con días desperdiciados en vacilaciones, así que le dije adiós y seguí adelante con mis dos hombres y seis howeitat de la zona de Shobek, que se habían unido a nuestra caravana.

La discusión nos había retrasado, por lo que no conseguimos llegar al pie del desfiladero hasta el anochecer. Debido a la triste y suave lluvia, nos estábamos lamentando de nuestro sentido del deber y nos sentíamos dispuestos a envidiar a Motlog por haber aceptado la hospitalidad de Fahad, cuando de repente una roja chispa divisada a nuestra izquierda nos condujo en aquella dirección, para toparnos con Saleh ibn Shefia acampado allí, en una tienda y tres cuevas junto con cien de sus libertos guerreros, procedentes de Yenbo. Saleh, hijo del pobre y viejo Mohammed, nuestro bromista, era el tipo que había tomado por asalto Weyh el día de la batalla campal de Vickery.

Cheyf ent? («Cómo estás?») dije con sincero acento dos o tres veces. Sus ojos chispearon a la manera yuheina. Se acercó a mí e inclinando la cabeza me soltó una sarta de veinte intensos *Cheyf ent* antes de tomar resuello. No me gustó que quisiera hacerme de menos, así que le repliqué con otra docena no menos solemnes que los suyos. Pero él me superó con otra de sus largas retahílas, mucho más larga esta vez. Así que preferí no intentar averiguar cuántas eran las posibles repeticiones del saludo en Qadi Yenbo.

Me acogió, a pesar de estar empapado, en la alfombra de su propia tienda, y me ofreció ropa nueva confeccionada por su madre, mientras esperábamos el caliente estofado de carne y arroz. Luego, nos tendimos y dormimos toda la noche a plena

satisfacción, oyendo el golpeteo de la lluvia sobre la doble cobertura de su tienda mequí.

A la mañana siguiente nos pusimos en camino al amanecer, masticando un buen puñado de pan de Saleh. Cuando iniciábamos la subida del desfiladero, Sery miró hacia arriba y dijo: «La montaña tiene puesto su casquete.» Había una blanca capa de nieve sobre cada cima; y los ateiba enfilaron apresurados y curiosos por la pendiente, para sentir tan nueva maravilla con sus propias manos. También los camellos ignoraban lo que era aquello, y tendían sus bajos pescuezos para olisquear aquel blancor con cansina curiosidad, para luego apartar la cabeza y mirar hacia delante de nuevo, sin el menor interés.

Nuestra inactividad duró sólo un momento más, ya que, cuando levantábamos la cabeza sobre la última loma, un viento proveniente del nordeste nos dio contra los dientes, con un frío tan fuerte y mordiente que tomamos resuello y echamos rápidamente atrás en busca de refugio. Parecía que sería mortífera hacerle frente, pero sabíamos que eso era una estupidez, así que nos reagrupamos y cabalgamos esforzadamente hasta el pobre refugio que nos proporcionaba el valle. Sery y Rameid, aterrorizados por el desconocido dolor que sentían en los pulmones, pensaron que estaban ahogándose, y para ahorrarles la lucha mental de pasar de largo junto a un campamento amigo, desvié a nuestro pequeño grupo por detrás de la colina donde estaba Maulud, de modo que no vimos siquiera a sus fuerzas castigadas por el clima.

Los hombres de Maulud llevaban acampados allí, a mil pies por encima del nivel del mar, dos meses seguidos. Tenían que vivir en refugios excavados en las laderas del monte. Carecían de combustibles, salvo que no fueran las húmedas ramas de ajenjo, con las que apenas lograban cocinarse el pan que precisaban cada día. Tampoco tenían otra ropa que el uniforme kaki de verano del ejército inglés. Dormían en sus fosos inundados y llenos de pulgas, sobre sacos de harina vacíos o semivacíos, de seis en seis, o de ocho en ocho, anudados entre sí, para poder compartir las pocas y gastadas mantas de que disponían.

Más de la mitad de ellos murieron o quedaron mutilados debido al frío y la humedad; a pesar de lo cual, el resto se mantuvo en sus puestos, intercambiando diariamente disparos con las avanzadillas turcas, y protegidos tan sólo de un aplastante contraataque por las inclemencias del tiempo. Mucho era lo que les debíamos, y más a Maulud, cuya fortaleza los mantenía firmes en el cumplimento de su deber.

La historia del viejo y experimentado guerrero en el ejército turco era un catálogo de conflictos provocados por su fuerte sentimiento del honor y la nacionalidad árabes, credo por el que en dos o tres ocasiones había sacrificado su carrera. Debía de ser un firme credo, puesto que le permitía aguantar animosamente los tres meses de invierno en el frente de Maan y repartir su sobrante de ánimo entre quinientos hombres de tropa, manteniéndolos a pie firme en torno suyo.

Nosotros, en nuestro primer día de marcha, habíamos pasado ya todas las penalidades. El collado cercano a Aba el Lissan tenía el suelo cubierto de una costra de hielo, y sólo el escozor del viento en los ojos nos molestaba; pero inmediatamente empezaron a surgir problemas. Los camellos se quedaron atrancados en un lodazal, al pie de un talud de resbalosa arcilla de unos veinte pies de altura, del que se echaban atrás con desespero, como dando a entender que no podían subirlo. Saltamos a tierra para ayudarlos, y vimos que también nosotros resbalábamos sin poder subirlo. Finalmente, nos quitamos nuestras nuevas y apreciadas botas, destinadas a protegernos contra los rigores del invierno, y arrastramos los camellos por la cuesta, como en el viaje de ida.

Fue aquél el fin de nuestro bienestar, ya que otras veinte veces más hubimos de bajarnos antes de la puesta del sol. En algunas de las ocasiones, si desmontamos fue de modo involuntario, cuando las camellas resbalaban lateralmente y caían al suelo con nosotros encima, haciendo tintinear las monedas contra sus vientres, que resonaban huecos como toneles. Mientras se vieron con fuerzas, las caídas las hacían enfadarse como sólo las camellas suelen hacerlo, pero luego empezaron a mostrarse quejosas, y finalmente asustadas. También entre nosotros empezamos a mostrarnos bruscos, ya que el borrascoso viento no nos daba tregua. Nada en Arabia puede resultar más cortante que el viento norte en Maan, y el de aquel día era de los más fuertes y cortantes. Soplaba a través de

nuestras ropas como si estuviéramos desnudos, y convertía nuestras manos en garras incapaces de agarrar las riendas o la baqueta, agarrotándonos las piernas, de modo que nos veíamos capaces de sujetarnos a la silla. De modo que, cuando resultábamos arrojados de la silla al resbalar nuestras bestias, caíamos en tierra rígidos y medio congelados, en la misma posición de piernas cruzadas que usábamos para montar.

No llovía, sin embargo, y el viento parecía traer tiempo seco, de modo que continuamos sin parar hacia el norte. Al caer la noche habíamos llegado ya casi al riachuelo de Basta, lo que significaba que avanzábamos a más de una milla por hora; y por miedo de que a la mañana siguiente nosotros y nuestros camellos estuviéramos cansados para proseguir, decidí cruzar la pequeña corriente en medio de la noche y seguir canino. El cauce iba lleno, y las bestias recularon ante él, de modo que tuvimos que cruzarlo a pie, con tres pies de profundidad de un agua helada.

En el empinado terreno situado al otro lado, el viento nos abofeteó como un enemigo, y hacia las nueve de la noche, el resto de la partida se arrojó al suelo entre llantos y negándose a proseguir. También yo estaba a punto de llorar, y sólo me retenía el disgusto que me producían sus lamentaciones; de manera que casi me alegré de sucumbir a su ejemplo. Colocamos, pues, a los nueve camellos en falange, y nos tumbamos entre ellos con relativa comodidad, escuchando trepidar el vendaval a nuestro alrededor tan sonoramente como

las tempestades en alta mar en torno a un barco. Las estrellas visibles eran brillantes, y parecían cambiar de grupo y de lugar caprichosamente entre las nubes que se deslizaban sobre nuestras cabezas. Cada uno de nosotros disponía de dos mantas del Ejército, y de un paquete de pan cocido; de modo que nos hallábamos acorazados contra el mal y podíamos dormir seguros en medio del barro y el frío.

CAPÍTULO LXXXIX

Al amanecer proseguimos viaje renovados; pero el tiempo se había suavizado, y aparecía envuelto en un agrisamiento entre el que asomaban las tristes colinas cubiertas de ajenjo. Sobre sus laderas, los costillares de caliza de esta tierra viejísima aparecían expuestos al desnudo. En sus hondonadas nuestras dificultades aumentaban debido al barro. Los neblinosos valles eran resbaladizas corrientes de nieve derretida; y por último, una nueva y espesa neviza de aguanieve empezó a caer. Llegamos a las desoladas ruinas de Odroh en un mediodía que parecía un ocaso; el viento soplaba y remitía intermitentemente, y lentos bancos de nubes y llovizna se cerraban sobre nosotros.

Seguí recto, para evitar a los beduinos que pudiéramos encontrar entre aquel punto y Shobek, pero nuestros howeitat nos llevaron derechamente a su campamento. Habíamos recorrido seis millas en siete horas, y se hallaban exhaustos. Los dos ateiba, no sólo estaban exhaustos, sino desmoralizados, y juraban amotinadamente que nada en el mundo podría impedirles llevarnos a sus tiendas tribales. Discutimos a la orilla del camino bajo la suave lluvia.

Personalmente me sentía en buena forma y contento, y me oponía al retraso que representaba la hospitalidad tribal. La falta de dinero de Zeid era un excelente pretexto para echarle un pulso al invierno edomita. Shobek estaba a sólo diez millas de distancia, y aún teníamos cinco horas más de luz. Así que decidí proseguir yo solo. Era un trayecto seguro, ya que con semejante tiempo ningún turco ni árabe se atrevería a andar suelto, y los caminos eran míos. Tomé las cuatro mil libras de Sery y Rameid, y los maldije por cobardes, cosa que realmente no eran. Rameid jadeaba en medio de grandes sollozos, y el dolor nervioso de Sery acompañaba cada zancada de su camello de un lamento. Bramaron de impotencia y de rabia cuando les despedí y les volví la espalda.

La verdad era que yo tenía el mejor camello. La excelente Wodheida se abrió camino bravamente bajo el peso del oro de más. En los tramos llanos iba montado en ella, en las subidas y las bajadas resbalábamos juntos, con cómicos accidentes que parecían causarle más bien placer.

Hacia el atardecer la nieve cesó; descendíamos hacia el cauce del río Shobek y podíamos ver un marronizo carril avanzando sobre la colina opuesta hacia la aldea. Quise intentar un atajo, pera la helada costra de los barrizales me engañó, y quebré una capa de hielo delgado (tan afilado como un cuchillo), hundiéndome tan profundamente que pensé que tendría que pasar allí toda la noche, medio cuerpo

dentro y medio fuera del agujero, o totalmente dentro de él, lo que hubiera supuesto una muerte más pulcra.

Wodheida, bestia de gran sensatez, se había negado a entrar en la ciénaga; se mantuvo a un lado sobre la orilla firme, y se quedó mirando muy quieta mi chapoteo en el lado. Logré, no obstante, con la ayuda del cabezal que aún tenía cogido, persuadirla de que se acercara. Entonces lancé hacia atrás sorpresivamente mi cuerpo contra el quebradizo marjal, y echando bien hacia atrás el brazo logré aferrarme a su cerneja. La camella se asustó, y reculó, y su espantada me sacó de la trampa de barro. Nos arrastramos por la orilla del cauce hasta un lugar seguro, y allí lo cruzamos; después de haberme sentado vacilante en la corriente y haberme limpiado lo más gordo del pestilente barro.

Tiritando, monté de nuevo. Y remontamos la loma, descendiendo luego hasta la falda del agudo cono, cuya corona murada era el recinto amurallado de la antigua Monreale, noblemente recortada contra el cielo. La cresta estaba dura y helada; una capa de nieve de un pie de profundidad cubría la tierra a ambos lados del carril en espiral que se abría paso colina arriba. El blanco hielo se quebraba desoladamente bajo mis pies desnudos según íbamos acercándonos a las puertas del pueblo, donde, para hacer una entrada adecuada, subí sobre el paciente lomo de Wodheida hasta la silla. Luego me arrepentí, ya que sólo echándome a un lado sobre su cuello pude evitar las dovelas del arco,

mientras ella se encogía de terror debajo de mí, asustada por tan extraño sitio.

Sabía que el jerife Abd el Main tenía que hallarse en Shobek, así que avancé audazmente calle arriba bajo la bucólica luz de las estrellas que jugaba con los blancos carámbanos y con sus sombras proyectadas entre los muros, los nevados tejados y el suelo. La camella pisaba vacilante los escalones ocultos bajo una gruesa capa de nieve, pero yo no me preocupaba lo más mínimo, habiendo alcanzado mi meta de aquella noche y disponiendo de una manta tan blanca sobre la que caerme. En la encrucijada levanté la voz para dar las buenas noches, y pasado un minuto, una ronca voz mencionó a Dios a través de la cegada arpillera de una miserable casa situada a mi derecha. Pregunté por Abd el Mayein, y me respondieron que «en la casa del gobierno» que quedaba en el otro extremo del recinto amurallado.

Llegado allí llamé de nuevo. Una puerta se me abrió, y una nube de humeante luz fluyó hacia el exterior en volutas, a través de las cuales unas negras caras indagaban quién podía ser yo. Los saludé amistosamente, por el nombre, diciendo que había ido a comer una oveja con el amo, ante lo cual los esclavos se abalanzaron hacia mí, con ruidoso asombro, y me bajaron de Wodheida, a la que condujeron al humoso establo donde ellos mismos habitaban. Uno me alumbró el camino con una tea por las escaleras exteriores de piedra, y entre más sirvientes bajamos por un ventoso corredor lleno de goteras hasta una

minúscula habitación. Allí estaba Abd el Muein sobre una alfombra, tendido boca abajo, respirando el nivel de la atmósfera menos lleno de humo.

Me temblaban las piernas, así que me arrojé a su lado, y con gran contento copié su postura, para evitar los ahogantes humos de un brasero de latón, lleno de llameantes maderas que chisporroteaban en el hueco de una ventana condenada de la poderosa muralla exterior. Mandó que me buscaran unos calzones, mientras yo me quitaba mis ropas y las ponía a secar delante del fuego, que fue haciéndose menos molesto para los ojos y la garganta según iba convirtiéndose en rojas brasas. Entre tanto, Abd el Mayin palmeó para que nos trajeran la cena y fue sirviéndome Fauzan (té en dialecto hariz, llamado así por su primo, gobernador de la aldea) caliente y especiado, hasta que el carnero, hervido en manteca con uvas pasas, fue traído a nuestra presencia.

Me explicó, al hacer sus bendiciones sobre la fuente, que al día siguiente tendrían que morirse de hambre o robar, puesto que tenía con él doscientos hombres, y ningún alimento más ni dinero, sus mensajeros a Feisal se habían visto bloqueados por ka nieve. Ante lo cual yo, palmeando también, ordené traer mis alforjas, y le entregué quinientas libras a cuenta hasta que le llegara el subsidio. Fue aquél un buen pago por la comida, e hicimos bromas por la rareza que representaba viajar solo en invierno, con un quintal de oro o más por todo equipaje. Le repetí que Zeid, al igual que yo, pasaba estrecheces, y le referí la

actitud de Sery y Rameid. Los ojos del jerife se ensombrecieron y dio varios latigazos en el aire con su baqueta. Le expliqué, para disculparlos, que el frío no me molestaba, ya que el clima inglés era como aquél la mayor parte del año. «Dios no lo permita», dijo Abd el Muyein.

Después de una hora se excusó porque acababa de casarse con una mujer shobeik. Me habló del matrimonio árabe, cuya finalidad era conseguir hijos y criarlos; yo se lo discutí citando al viejo Dionisio de Tarso.

Que no se hubiera casado a sus sesenta años sorprendía a los árabes, pues consideran por igual la procreación y la evacuación como movimientos inevitables del cuerpo. Pregunté cómo podían mirar con placer a los niños, prueba carnal de su consumada lujuria. ¡Y les invité a representarse las mentes de los niños, viendo salir arrastrándose como un gusano del vientre de la madre aquella cosa sanguinolenta y ciega que eran ellos mismos! Lo que le sonó como el más excelente chiste, tras lo cual enrollamos las alfombras y nos echamos a dormir tibiamente. Las pulgas se apiñaban, pero mi desnudez, la mejor defensa árabe contra un lecho infestado, redujo sus ataques, y las magulladuras tampoco pudieron conmigo de cansado que estaba.

Por la mañana me levanté con un tremendo dolor de cabeza, y dije que debía proseguir. Se encontraron dos hombres para acompañarme, aunque todos coincidían en que no lograrían llegar a Tafileh aquella noche. No

obstante, pensé que no podía ser peor que el día anterior; así que empezamos a deslizarnos prudentemente por el pendiente carril hasta la llanura, por la que corría aún la calzada romana con sus piedras miliares caídas, llenas de inscripciones de emperadores famosos.

Desde la llanura, los dos pusilánimes que me acompañaban retornaron junto a sus compañeros del castillo. Yo fui haciendo camino, alternando montas y desmontaduras, como el día anterior, si bien esta vez el camino estaba todo él deslizante, excepto en aquellas zonas donde se conservaba aún el antiguo empedrado, última huella de la Roma imperial que en otro tiempo, aunque de forma brillante, había jugado el papel de los turcos para los habitantes del desierto. Sobre estos tramos podía ir montado, pero tenía que desmontar para vadear los tramos a los que catorce siglos de inundaciones habían arrancado todo el firme. La lluvia empezó a caer y me empapó por completo, y a continuación empezó a soplar un viento suave y gélido, hasta dejarme congelado bajo una armadura de seda blanca, como un caballero de teatro, o como un pastel de bodas congelado.

La camella y yo discurrimos durante tres horas por la llanura; maravillosa marcha, pero nuestras desdichas aún no habían terminado. La nieve estaba tal cual mis guías me habían dicho, y tapaba por completo el camino, que se abría paso colina arriba entre muros, zanjas y apilamientos de piedras. Me costó infinitos trabajos atravesar los dos primeros recodos. Wodheida,

cansada de tener que andar metida hasta las rodillas en aquel inútil elemento blanco, empezó perceptiblemente a flaquear. No obstante, remontó aún un tramo más de la cuesta, sólo para patinar en el borde del camino por un talud. Rodamos juntos unos dieciocho pies por la ladera, hasta un bancal de nieve de una yarda de profundidad. Tras lo cual, se levantó entre quejidos y permaneció inmóvil, llena de temblores.

Cuando los camellos machos se niegan a moverse, suelen morir en el sitio al cabo de unos días; en esta ocasión creí haber hallado el límite de resistencia de las Gamellas. Me hundí hasta el cuello delante de ella, e intenté remolcarla, en vano. Luego, pasé un largo rato golpeándola por detrás. La monté y ella se sentó. Me bajé de nuevo, la empujé, y me pregunté si tal vez el bancal de nieve no sería demasiado espeso. Le excavé pues un hermoso caminito, de un pie de ancho, tres de profundidad y unos dieciocho pasos de largo, empleando mis pies y mis manos desnudos como herramientas. La nieve estaba tan hela en la superficie que tenía que emplear todas mis fuerzas, primero para partirla y luego para apartarla. La costra exterior era afilada, y me corté los tobillos y las muñecas, empezando a sangrar a chorros, con lo que la orilla de la vereda quedó regada de cristales rosados, semejantes a pálidos, muy pálidos trozos de sandía.

Volví luego junto a Wodheida, que me esperaba pacientemente, y me monté en su silla. Ella arrancó con facilidad. Y tal fue su carrerilla que remontó

directamente hasta el camino desde la hondonada. Seguimos pues cuesta arriba, conmigo a pie, abriendo paso con mi baqueta, o abriendo nuevos pasos cuando los montones de nieve eran demasiado grandes. En tres horas llegamos a la cima, y la encontramos barrida por el viento por su lado oeste. De modo que dejamos el carril y empezamos a bajar inestablemente por la quebrada ladera, con la vista puesta, más allá de las ajedrezadas casas de la aldea de Dana, en la soleada Arabah, fresca y verde, mil pies por debajo de nosotros.

Cuando la loma se hizo impracticable, tuvimos que emplearnos a fondo de nuevo, hasta que Wodheida se negó de nuevo. La cosa empezaba a ponerse seria, porque la noche estaba próxima; de pronto tomé conciencia de nuestro aislamiento, y de que si la noche nos pillaba en aquella loma, Wodheida podía darse por muerta, y era un animal muy noble. Estaba además la sólida carga de oro, y no tenía la menor seguridad de hasta qué punto, incluso en Arabia, podía dejar seis mil soberanos de oro al pie del camino, con una marca de propiedad, y dejarlos allí tranquilamente toda la noche. Así que la hice recular cien yardas por el carril que habíamos abierto, la monté y la cargué de nuevo. Respondió. Cruzamos de nuevo hacia la ladera norte, que miraba sobre la aldea senussí de Rasheidiya.

Esta cara de la colina, protegida del viento y soleada durante toda la tarde, se había deshelado. Bajo la nieve superficial había un suelo húmedo y fangoso; y cuando Wodheida echó a correr sus pies resbalaron y se despatarró, con las cuatro patas trabadas. Así caída

sobre el rabo, conmigo encima de ella, nos deslizamos cuesta abajo unos cien pies. Tal vez el rabo se le lastimó (había piedras debajo de la nieve) ya que al llegar abajo se levantó de un salto en posición inestable, gruñendo, y lo meneó a uno y otro lado como un escorpión. A continuación se disparó a correr a diez millas por hora por el resbaladizo sendero, en dirección a Rasheidiya, patinando y embistiendo salvajemente conmigo encima, lleno de terror a una caída o una rotura de huesos, y aferrado al arzón de la silla.

Una multitud de árabes, hombres de Zeid, bloqueados allí por el mal tiempo en su marcha hacia Feisal, salieron a vernos al oír su aparatosa aproximación, y empezaron a dar gritos de alegría ante tan distinguida entrada en la aldea. Les pregunté qué nuevas había, y ellos me dijeron que todo iba bien. Luego, volví a montar para hacer las restantes ocho millas hasta Tafileh, donde le entregué a Zeid sus cartas y algún dinero, y me fui contento a la cama... a servir de pasto a los parásitos una noche más.

CAPÍTULO XC

La mañana me pilló casi cegado por la nieve, pero contento y vigoroso. Eché la vista en derredor para ver cómo podía llenar los días de inactividad que tenía ante mí hasta que el oro llegase. La decisión final fue llevar a cabo una inspección personal de los accesos a Kerak, y el terreno por donde tendríamos que pasar en nuestro avance hacia el Jordán. Le pedí a Zeid que se hiciera cargo de las restantes veinticuatro mil libras que debía traer Motlog, y que gastase lo que le fuera preciso hasta mi vuelta.

Zeid me dijo que había otro inglés más en Tafileh. La noticia me asombró, y fui a encontrarme con el miente Kirkbride, un joven oficial de Estado Mayor que hablaba árabe, y a quien Deedes había enviado a informar sobre las posibilidades de establecer una red de inteligencia en el frente árabe. Era el comienzo de una conexión que podía sernos beneficiosa, y aprovechable para Kirkbride, un tipo taciturno y con aguante, sólo un muchacho por la edad, pero audaz en la acción, que había permanecido durante ocho meses mezclado con los oficiales árabes, como silencioso camarada.

Lo peor del frío había pasado, y era posible moverse ya incluso en las alturas. Cruzamos Wadi Hesa, y cabalgamos hasta el borde mismo del valle del Jordán, que resonaba ahora con el avance de Allenby. Nos dijeron que los turcos ocupaban aún Jericó. De allí nos volvimos a Tafileh, después de un reconocimiento muy prometedor para nuestro futuro. Cada uno de los pasos de la ruta para conectar con el Ejército británico era perfectamente posible, y la mayor parte de ellos muy fáciles. El tiempo era tan bueno que podíamos comenzar ya el avance de inmediato, y podíamos confiar en darle término en un mes.

Zeid me escuchó con frialdad. Vi a Motlog a su lado, y lo saludé con sarcasmo, preguntándole si le habían cuadrado las cuentas con el oro; inmediatamente empecé a repetir mi programa de lo que podíamos empezar ya a hacer. Zeid me detuvo: «Pero eso requerirá un montón de dinero.» Yo le dije: «En absoluto.» Los fondos de que disponíamos podían cubrirlo, y aun sobrar. Zeid me replicó que no le quedaba nada; y cuando me lo quedé mirando boquiabierto, musitó más bien avergonzado que había gastado todo cuanto yo había traído. Pensé que estaba de broma, pero empezó a contarme todo lo que le debía a Dhiab, jeque de Tafileh, lo que se les debía a los aldeanos, a los yazi howeitat, y a los beni sajr.

Sólo para una defensiva era concebible semejante gasto. Las gentes citadas eran elementos que tenían su centro en Tafileh, hombres cuyas venganzas de sangre les impedían ir más al norte de Wadi Hesa.

Ciertamente, los jerifes, en su avance, enrolaban a todos los hombres de cada distrito con una paga mensual, pero se sobrentendía que dicha paga era ficticia, y pagadera sólo cuando se les llamara a un servicio activo. Feysul tenía inscritos más de cuarenta mil en sus libros de Akaba, pero todos sus subsidios de Inglaterra no le darían para pagar ni a diecisiete mil. Las pagas del resto eran sólo nominalmente debidas y con frecuencia reclamadas, pero no eran una obligación legal. Sin embargo, Zeid me dijo que las había pagado.

Me quedé de una pieza, ya que aquello significaba la completa ruina de mis planes y esperanzas, el colapso de nuestro esfuerzo por mantener en pie nuestro compromiso con Allenby. Zeid se mantuvo en sus trece de que todo el dinero se había esfumado. Luego llegué a saber la verdad por Nasir, que se hallaba en la cama con fiebre. Éste me contó desalentado que todo había sido un error, Zeid era demasiado joven y tímido para contradecir a sus deshonestos y cobardes consejeros.

Toda la noche me pasé pensando lo que podría hacer, pero no logré ver nada; y por la mañana lo único que pude hacer fue enviarle noticia a Zeid de que, si no conseguía devolver todo el dinero, me tendría que ir. Zeid me envió sus supuestas cuentas del dinero gastado. Mientras me hallaba empaquetando, llegaron Joyce y Marshall. Habían venido en camello desde Guweira para darme una agradable sorpresa. Les conté que me disponía a volver junto a Allenby, para

ponerme a su disposición. Joyce hizo una vana apelación a Zeid, y prometió explicárselo todo a Feisal.

Él se encargaría asimismo de liquidar mis asuntos y dispersar mi guardia personal. Así que me dispuse a salir, con sólo cuatro hombres, aquella misma tarde, en dirección a Beersheba, el camino más rápido hacia el Cuartel General británico. La llegada de la primavera convirtió la primera parte del camino, por el borde de la escarpadura de Araba, en algo incomparablemente hermoso, y mi ánimo de despedida me mostró sus bellezas de manera muy viva. Los barrancos aparecían recubiertos de árboles allá abajo, pero cerca de nosotros, en la cima, sus flancos cortados a pico, vistos desde arriba, aparecían como una taracea de pequeños prados, entremezclados con superficies de roca desnuda de muchos colores. Algunos de los colores eran minerales, inscritos en la roca misma, pero otros eran accidentales, debidos al agua de la nieve derretida que caía desde el borde del acantilado, a corrientes de polvo y a diamantinas sartas colgadas de trenzas de verdes helechos.

En Buseria, la pequeña aldea situada en una repisa rocosa sobre el abismo, insistieron en que paráramos para comer. Yo hubiera querido hacerlo, ya que si alimentábamos allí a nuestros camellos con un poco de cebada podríamos marchar toda la noche y llegar de mañana a Beersheba, pero para evitar una demora me negué a entrar en sus casas, y comimos en el pequeño cementerio, frente a una tumba, cuyas junturas aparecían rellenas con trozos de pelo, restos

sacrificiales de los deudos en duelo. Tras lo cual empezamos a descender en zigzag por el gran desfiladero que llevaba al cálido fondo de Wadi Dhalal, sobre el cual los acantilados y las colinas se juntaban de tal modo que difícilmente podían las estrellas brillar en su negrura de alquitrán. Nos detuvimos un momento, mientras nuestros camellos se reponían del temblor nervioso que el esfuerzo de la tremenda bajada les había dejado en las antepiernas. Luego, empezamos a chapotear por la corriente, metidos hasta las cernejas, bajo un alto arco de susurrantes bambúes, tan pegados a nuestras cabezas que sus hojas más altas nos rajaban las caras. Los extraños ecos del abovedado pasadizo asustaron a nuestros camellos y los pusieron al trote.

Pronto nos vimos fuera de allí, y de los recovecos que cerraban el valle, cruzando por en medio de Araba. Llegamos al centro del lecho, y nos dimos cuenta de que nos habíamos salido del camino, cosa nada rara, puesto que teníamos la vista puesta sólo en lo que recordaba del mapa de Newcombe, tres años atrás. Media hora desperdiciamos en encontrar una rampa para los camellos, por el acantilado de tierra.

Por fin encontramos una, y enfilamos por los recovecos del margoso laberinto del otro lado, un extraño lugar, estérilmente recubierto de sal, como un mar embravecido que se hubiera solidificado, con todas sus revueltas olas convertidas en tierra dura y fibrosa, muy gris bajo la media luna de aquella noche. Luego, torcimos hacia el oeste hasta que el alto y copudo árbol

de Husn apareció recortándose sobre el cielo, y oímos los murmullos del gran manantial que brotaba de sus raíces. Nuestros camellos bebieron un poco. Habían descendido cinco mil pasos desde las colinas de Tafileh, y tenían ahora que remontar tres mil más hasta Palestina.

En las primeras estribaciones de Wadi Murra, vimos de pronto un fuego hecho de grandes maderos, recién apilados, y que aún estaban al rojo vivo. Nadie había a la vista, prueba evidente de que quienes lo habían prendido eran una partida de guerra, si bien no estaba prendido a la manera nómada. La viveza del fuego nos mostraba que estaban aún cerca, y su tamaño, que eran muchos; así que la prudencia nos hizo acelerar el paso. En realidad, se trataba del fuego de campamento de una sección de carros Ford de Ejército británico, bajo el mando de los dos famosos Mac, que buscaban una ruta que los llevara desde el Sinaí a Akaba. Se hallaban escondidos en las sombras, y apuntándonos con sus Lewis.

Escalamos el desfiladero al rayar el día. Llovía un poco, un verdadero bálsamo, tras los rigores de Tafileh. Jirones de nubes delgadísimas se mantenían quietos sobre las colinas mientras avanzábamos por la cómoda llanura en dirección a Beersheba alrededor del mediodía; una buena marca, colinas arriba y abajo durante casi ochenta millas.

Nos dijeron que Jericó acababa de ser tomada. Me dirigí al cuartel de Allenby. Hogarth se hallaba instalado en el mirador. Le confesé que lo había complicado

todo, y que había venido a ver a Allenby para que me encomendara algo de menor envergadura en otra parte. Había puesto toda la carne en el asador por los árabes, y había naufragado debido a mi mal juicio, siendo la ocasión Zeid, hermano del propio Feisal, y un joven que verdaderamente me caía bien. Ahora ya no tenía recursos ni para una comida entre los árabes, y deseaba la seguridad de lo conocido, apoyarme en el deber y la obediencia, libre de responsabilidades.

Me quejé de que desde mi llegada a Arabia todo habían sido opciones y peticiones, nunca una orden, que estaba mortalmente cansado del libre albedrío y de muchas cosas más. Durante año y medio había estado en perpetuo movimiento, recorriendo mil millas al mes a lomos de camello, con el añadido de las horas de nervios pasadas en locos aeroplanos, o recorriendo el país en potentes carros. En mis últimas cinco acciones había resultado alcanzado, y mi cuerpo temía de tal modo el dolor que tenía que obligarme a entrar bajo el fuego. Había pasado hambre en general, y últimamente también frío, y las heladas y la suciedad me habían infectado las heridas hasta convertirlas en una ulcerada masa de pústulas.

Todas aquellas preocupaciones, no obstante, hubieran ocupado un lugar insignificante dentro del marco de mi desprecio hacia el cuerpo, y de mi mancillado cuerpo en particular, de no ser por el odioso fraude que tenía que revestir como hábito: la pretensión de dirigir la insurrección nacional de otra raza, el diario disfraz con ropas ajenas, mi predicación en una lengua

ajena, con la sensación de fondo de que las «promesas» con las que los árabes contaban valdrían lo que su fuerza armada llegara a ser en el momento de la victoria. Nos habíamos hecho la ilusión de que, al llegar la paz, los árabes, sin que nadie les ayudara ni enseñara, estarían en condiciones de defenderse a sí mismos con armas de papel. Entre tanto, atenuábamos el fraude dirigiendo su guerra del modo más puro y menos costoso. Pero ese atenuante ya no era válido para mí. Sólo a mi fatuidad se debían las injustificadas e ineficaces muertes de Hesa. Me había quedado sin voluntad y temía quedarme solo, por miedo a que los vientos de la circunstancia, del poder, o la lujuria, barrieran definitivamente mi alma vacía.

CAPÍTULO XCI

Diplomáticamente, Hogarth no dijo una sola palabra, pero me llevó a desayunar con Clayton, y allí me enteré de que Smuts había llegado a Palestina, enviado por el Gabinete de Guerra, con nuevas que cambiaban nuestra situación relativa. Durante varios días habían intentado traerme a las conferencias, y hasta habían enviado un aeroplano para buscarme en Tafileh; pero los pilotos habían arrojado sus mensajes cerca de Shobeck, entre árabes demasiado acobardados por el invierno para poder moverse.

Clayton dijo que en las nuevas condiciones no podían permitirse dejarme ir. Las cosas en Oriente apenas empezaban a marchar en aquel momento. Allenby me dijo que el Gabinete de Guerra estaba presionándolo constantemente para reparar el punto muerto del frente occidental. Tenía que tomar como mínimo Damasco; y, si era posible, también Aleppo, tan pronto como pudiera. Turquía tenía que quedar fuera de combate de una vez por todas. Su dificultad estaba en el flanco este, el lado derecho, hasta aquel momento apoyado en el Jordán. Me había llamado

para averiguar si los árabes podían aliviarlo de semejante peso.

No me quedaba escapatoria. Debía adoptar de nuevo el manto de la impostura en el este. Con mi desprecio por las medias tintas, me envolví rápida y enteramente en él. Podía ser un fraude o una farsa, pero nadie podría decir que no sabía representarla. Así que ni siquiera mencioné las razones que me habían llevado allí, pero señalé que aquél era el esquema del Jordán visto desde el lado inglés. Allenby asintió, y preguntó si a pesar de todo podíamos hacerlo. Yo le dije que no en ese momento, a menos que se descontaran antes algunos nuevos factores.

El primero de ellos era Maan. Teníamos que tomarlo antes de poder plantearnos una nueva esfera de actuación. Si la dotación de nuevos trasportes permitía a las tropas del Ejército Regular árabe un mayor campo de acción, podrían tomar posiciones al norte de Maan, y cortar la vía férrea de modo permanente, forzando así a la guarnición de Maan a salir a hacerles frente; y en campo abierto, los árabes podían derrotar fácilmente a los turcos. Necesitaríamos setecientos camellos de carga, más fusiles y ametralladoras, y, finalmente, garantías contra posibles ataques por los flancos desde Amman, mientras abordábamos el asunto de Maan.

Sobre estas bases se construyó un esquema. Allenby ordenó dirigirse a Akaba a dos unidades del Cuerpo de Camellos de Transporte, unidades egipcias bajo el mando de oficiales británicos, que se habían mostrado altamente eficaces en la campaña de

Beersheba. Era éste un gran regalo, ya que su capacidad de transporte nos garantizaba que seríamos capaces de aprovisionar a nuestros cuatro mil regulares a ochenta millas de distancia de su base. También se nos prometieron cañones y ametralladoras. En cuanto a la protección contra posibles maniobras desde Amman, Allenby dijo que aquello tenía fácil arreglo. Tenía la intención, para asegurar su propio flanco, de tomar dentro de poco Salt, situada al otro lado del Jordán y guarnecerla con una brigada india. Una conferencia del Cuerpo del Ejército estaba programada para el día siguiente, y debía quedarme para asistir a ella.

En esta conferencia se determinó que el Ejército árabe avanzaría de inmediato sobre la llanura de Maan, para tomar Maan. Que los británicos cruzarían el Jordán, ocuparían Salt y destruirían al sur de Amman tantos tramos de ferrocarril como les fuera posible, especialmente, el gran túnel. Se discutió qué parte deberían tener los árabes de Amman en la operación británica. Bols opinó que deberían unirse al avance. Yo me opuse a esto, puesto que la posterior retirada a Salt provocaría rumores y reacciones, y sería mejor que no interviniéramos hasta que todo se hubiera consumado.

Chetwode, que era quien debía dirigir el avance, preguntó cómo podrían sus hombres distinguir a los árabes amigos de los hostiles, dado que el prejuicio general los predisponía en contra de todo el que llevara túnica. Yo estaba sentado entre ellos, vistiéndola, y le repliqué, naturalmente, que a los hombres que llevaban

túnica les desagradaban no menos los hombres de uniforme. Las risas zanjaron la cuestión, y se acordó que apoyaríamos la ocupación británica de Salt sólo una vez que se hubieran asentado allí. Tan pronto como cayera Maan, los regulares árabes avanzarían hacía el norte y traerían suministros de Jericó. Los setecientos camellos irían con ellos, dándoles ochenta millas más de radio de acción. Esto sería suficiente para permitirles actuar por encima de Amman, en la gran ofensiva de Allenby sobre el frente que iba del Mediterráneo al Mar Muerto, segunda fase de la operación dirigida a capturar Damasco.

Mis asuntos allí habían concluido. Me fui a El Cairo por dos días, y seguidamente se me transportó por aire hasta Akaba, para establecer mis nuevas condiciones con Feisal. Le dije que me había sentido burlado, al ver que distraían sin mi conocimiento dinero de la cuenta que, por acuerdo, había yo destinado en exclusiva a la campaña del Mar Muerto. En consecuencia, había abandonado a Zeid, pues no es posible que un consejero burlado siga en su puesto.

Allenby me había ordenado volver. Pero mi vuelta no significaba que el daño estuviera reparado. Se había perdido una gran oportunidad, y se había echado por tierra un gran avance. Los turcos podrían retomar Tafileh en una semana sin dificultad.

Feisal se sintió abatido ante la posibilidad de que la pérdida de Tafileh pudiera dañar su reputación, y dolido por mi escaso interés por su destino. Para consolarlo, le señalé que el destino de aquella aldea nada

significaba para nosotros. Los únicos intereses eran los puntos extremos de aquella zona, Amman y Maan. Tafileh no merecía la pérdida de un solo hombre más; en verdad, si los turcos avanzaban sobre ella, lo harían a costa de debilitar o Maan o Amman, haciéndonos más fácil nuestra tarea.

Se sintió un poco reconciliado con esto, pero envió urgentemente aviso a Zeid del peligro que lo acechaba; sin éxito, ya que seis días más tarde los turcos retomaron Tafileh. Entre tanto, Feisal reordenó los fondos de su ejército. Le di la buena nueva de que Allenby, en agradecimiento por lo del Mar Muerto y Aba el Lissan, había colocado trescientas mil libras en mi cuenta de crédito independiente, y nos había entregado una recua de setecientos camellos de carga, con su correspondiente personal y equipamiento.

Esto suscitó una gran alegría en el Ejército, ya que las columnas de carga nos permitirían demostrar el valor de las tropas regulares árabes en el campo de batalla, después de los meses de trabajo que en su entrenamiento habían invertido Joyce, Yaafar y tantos otros oficiales árabes e ingleses. Prepararon amplios esquemas y programas, y a continuación salí apresuradamente por barco rumbo a Egipto.

LIBRO VIII
LA RUINA DE UNA GRAN ESPERANZA

Capítulos XCII a XCVII

Conjuntamente con Allenby preparamos un triple plan para confluir al otro lado del Jordán, capturar Maan y aislar Medina, en una sola operación. Era un objetivo demasiado ambicioso y ninguno de nosotros consiguió cumplir su parte. De modo que los árabes sustituyeron la vigilancia de la plácida vía férrea de Medina por la carga mucho más pesada que suponía rodear en Maan a una fuerza turca tan importante como todas las fuerzas regulares árabes disponibles. Para ayudar en esta tarea, Allenby aumentó nuestra columna de transporte, de modo que pudiéramos disponer de un mayor radio y más movilidad. Maan nos resultaba inasequible, por lo que concentramos nuestros esfuerzos en cortar la línea norte del ferrocarril y distraer los esfuerzos turcos para socorrer a su guarnición por el flanco de Amman.

No había ninguna decisión clara en semejante táctica, pero el avance alemán en Flandes privó a Allenby de sus unidades británicas y, consiguientemente, de la ventaja adquirida contra los turcos. Nos notificó que era incapaz de atacar por el momento. Vernos en semejante callejón sin salida,

para todo el año 1918, no era una perspectiva agradable. Planeamos, pues, fortalecer el Ejército árabe para las operaciones de otoño en las cercanías de Deraa y en la región de los beni sajr. Si esto conseguía distraer una división enemiga de Palestina, permitiría a los británicos llevar a cabo un ataque adicional, uno de cuyos objetivos sería confluir con nosotros en el valle inferior del Jordán, en las proximidades de Jericó. Después de un mes de preparación, este plan tuvo que ser desechado, debido a su riesgo, y a causa de que se nos ofrecía otro mejor.

CAPÍTULO XCII

En El Cairo, donde pasé cuatro días, nuestros asuntos distaban ya mucho de estar entregados al azar. La sonrisa de Allenby nos había proporcionado un estado mayor. Teníamos agentes de suministros, un experto naval, un experto artillero y una rama de Inteligencia, bajo las órdenes de Alan Dawnay, hermano del autor del plan de Beersheba, que se hallaba destinado en Francia. Dawnay fue el mayor regalo que Allenby pudo hacernos, mejor que miles de camellos de carga. Como militar de carrera, tenía el correspondiente toque de distinción, de modo que hasta el más puntilloso observador podía descubrir en él una auténtica clase. Era un espíritu comprensivo, que sentía de manera instintiva las especiales características de la rebelión; al mismo tiempo, su formación militar enriquecía su forma de abordar tema tan antitético. Maridaba en sí mismo la guerra con la rebelión, como, ya desde Yenbo, venía siendo mi sueño para cualquier oficial regular, si bien, en tres años de práctica, sólo Dawnay llegó a conseguir tal conjunción.

No podía asumir el mando completo y directo, debido a que no sabía árabe y por causa de su quebradiza salud. Tenía la virtud, rara entre los ingleses, de saber sacar provecho de las cosas. Era una persona excepcionalmente educada, para ser militar, e imaginativa. Sus perfectas maneras le ganaban amigos entre todas las razas y todas las clases. Gracias a sus enseñanzas, aprendimos la técnica de la lucha en cuestiones que hasta entonces nos habíamos contentado con resolver de manera brutal y dilapidadora. Su sentido de lo adecuado remodeló nuestra actitud.

El Movimiento Árabe había vivido hasta entonces como una curiosidad exótica, con unos medios tan escasos como sus obligaciones y perspectivas. En adelante, Allenby empezó a contar con él como una parte relevante de su esquema, y la responsabilidad que asumimos de hacerlo incluso mejor de lo que él deseaba, sabiendo que cualquier descuido nuestro habría de pagarse en vidas de soldados, nos apartó considerablemente de la esfera de la simple aventura.

Juntamente con Joyce, trazamos un triple plan para apoyar el primer ataque de Allenby. En el centro, los regulares árabes, bajo el mando de Yaafar, ocuparían la vía férrea a una jornada al norte de Maan. Joyce, con nuestros carros blindados, se deslizaría hasta Mudowwara y destruiría el ferrocarril, permanentemente, esta vez, ya que ahora sí estábamos dispuestos a aislar Medina. En el norte, Mezruk, y yo con él, nos uniríamos a Allenby, cuando

éste retrocediera para caer sobre Salt, hacia el treinta de marzo. Semejante fecha me daba un respiro, que aproveché para ir hasta Shobek, junto a Zeid y Nasir.

Era primavera, muy agradable tras el mordiente invierno, cuyos excesos parecían ahora un sueño, en medio del nuevo frescor y vigor de la naturaleza, ya que había vigor en esta estación en la que un agudo frío corregía al anochecer la languidez de los mediodías.

Todo revivía junto con nosotros, hasta los insectos. Durante nuestra primera noche, yo había colocado mi pañuelo sobre el suelo, para que me sirviera de cabezal; a la madrugada, cuando lo volví a coger, veintiocho piojos se hallaban estampados en su nívea textura. Posteriormente, empezamos a dormir sobre las sudaderas de nuestras sillas, ya que los curtidos mechones pegados a ellas formaban un liso asiento a prueba de sudor para el jinete. Pero ni así nos dejaron en paz. Los ácaros de los camellos, que estaban ahítos (de la sangre de nuestros trasteados camellos), hasta alcanzar el tamaño de prietos cojines en miniatura de color azul pizarra y de la anchura de la uña, solían deslizarse bajo nosotros apretujándose bajo las pieles de oveja, y cuando nos revolvíamos durante la noche, nuestro peso los reventaba, convirtiéndolos en marronáceas manchas de sangre y polvo.

Hallándonos en tan agradable situación, con abundante leche a nuestra disposición, llegaron noticias de Azrak, de Alí ibn el Hussein y los indios aún dedicados a una fiel vigía. Un indio había muerto de

frío, y también Daud, mi muchacho ageyl, el amigo de Farray. Farray mismo vino a decírnoslo.

Ambos habían sido amigos desde su más tierna infancia, siempre unidos en eterna alegría, trabajando juntos, durmiendo juntos, compartiendo cada migaja y cada beneficio con la llaneza y la honestidad del verdadero amor. Así que no me asombró ver a Farray aparecer sombrío y demacrado, ojeroso y envejecido, cuando llegó a decirme que su amigo había muerto; y desde aquel día hasta que terminó su servicio ya nunca más volvió a hacernos gracias. Se hizo cargo, con puntilloso cuidado, mayor aún que antes, de mi camello, de mi café, de mi ropa y guarnicionería, y empezó a rezar cada día sus tres oraciones de rigor. Los demás se ofrecieron a consolarlo, pero él se entregaba a vagar sin descanso, gris y silencioso, en total soledad.

Vista desde el tórrido Oriente, nuestra concepción británica de la mujer parecía compartir parte del clima norteño que había inficionado también nuestra fe. En el Mediterráneo, la influencia de la mujer y su supuesta finalidad adquieren sentido en la inteligencia de habérsele concedido a su sexo la simplicidad del mundo físico, sin rivalidad alguna, y con ella la pobreza de espíritu. Pero este mismo acuerdo, al negar la igualdad de los sexos, hace el compañerismo y la amistad imposibles entre hombre y mujer. La mujer se convierte en una máquina para el ejercicio muscular, mientras que el lado psíquico de los hombres sólo puede aplacarse entre sus pares. De ahí surgen los

compañerismos entre varones, destinados a proporcionar a la naturaleza humana más que el simple contacto entre carne y carne.

Nosotros, los occidentales de esta compleja edad, monjes aislados en las celdas de nuestros cuerpos, que buscamos algo que nos llene más allá del discurso y los sentidos, nos hallamos, por el solo esfuerzo de la búsqueda, cerrados a ello para siempre. Y, en cambio, está al alcance de muchachos como éstos, dos inconscientes ageyl, felices de poder recibir sin retorno, aunque sólo sea entre ellos. Nosotros nos torturamos con el remordimiento heredado por la complacencia carnal de nuestro obsceno nacimiento, y nos esforzamos en compensarlo con toda una vida de miserias, logrando la felicidad, cheque al descubierto de la vida, sólo a costa de un infierno que le hace contrapeso, y manteniendo así este libro mayor del bien y del mal hasta el día del juicio.

Entre tanto, en Aba el Lissan las cosas no marchaban bien para nuestro plan de destruir la guarnición de Maan apostando al Ejército árabe sobre la vía férrea, al norte de la plaza, para obligarlos a presentar batalla, mientras Allenby atacaba su base y apoyos en Amman. A Feisal y Yaafar les había gustado el plan, pero sus oficiales clamaban por un ataque directo sobre Maan. Joyce señaló nuestra debilidad artillera y de ametralladoras, así como el escaso fogueo de sus hombres, y la mayor sabiduría del plan del ferrocarril, pero no tuvo éxito. Maulud, deseoso de llevar a cabo un asalto inmediato, empezó a escribir

memorándums a Feisal sobre el peligro de la interferencia inglesa en las libertades árabes. En ese mismo momento, Joyce cayó enfermo de neumonía, y tuvo que trasladarse a Suez. Dawnay vino a razonar con los descontentos. Era nuestra mejor baza, dada su probada reputación militar, sus exquisitas botas de campaña y su aspecto de ciencia bien vestida, pero demasiado tarde, pues los oficiales árabes se sentían ahora comprometidos en su honor.

Acordamos darles rienda suelta en esta ocasión, aunque teníamos en nuestras manos todo el poder que representan el dinero, los suministros y el transporte. No obstante, si el pueblo era desastrado también tenía que serlo su gobierno. Particularmente, debíamos andarnos con tiento con esa democracia autónoma que era el Ejército Árabe, donde el servicio era tan voluntario como el alistamiento. Nosotros nos hallábamos familiarizados con el Ejército turco, el británico y el egipcio, y defendíamos cada uno nuestro modelo particular. Joyce alegaba los espléndidos desfiles del Ejército egipcio, hombres formales, que amaban los movimientos mecánicos y superaban a las tropas británicas en físico en inteligencia y en instrucción militar. Yo sostenía la frugalidad de los turcos, aquel lento y harapiento ejército de siervos. Con el Ejército británico todos estábamos familiarizados de un modo u otro, y según comparábamos las diversas armas, nos dábamos cuenta de la variedad de obediencias existentes en él, según el grado de fuerza empleada como sanción.

En Egipto los soldados pertenecían al Ejército sin sanción de la opinión pública. En consecuencia, tenían el incentivo pacífico de perfeccionar la conducta formal. En Turquía los hombres pertenecían, en teoría, a sus oficiales, en cuerpo y alma, aunque su sino se veía mitigado por la posibilidad de escapar. En Inglaterra, los reclutas voluntarios se hallaban tan sometidos como en el Ejército turco, salvo que el aumento de la conciencia civil había privado a la autoridad de la posibilidad de aplicar castigos físicos, aunque, en la práctica, para nuestra población menos obtusa, los efectos de la instrucción y sus fatigas poco tenían que envidiar al sistema oriental.

En el Ejército Regular árabe no se permitía emplear ningún tipo de castigo, diferencia vital que se extendía a todas nuestras tropas. No había ni formalismos ni disciplina, tampoco subordinación. El servicio era activo, el ataque siempre inminente y, al igual que en el ejército de Italia, los hombres reconocían el deber de derrotar al enemigo. Por lo demás, no eran soldados, sino peregrinos, siempre dispuestos a ir un poco más allá.

Yo no me sentía descontento con este estado de cosas, ya que me parecía que la disciplina, o al menos la disciplina formal, era una virtud de paz, un carácter o marca con el que distinguir a los soldados de los hombres sin más y obliterar la humanidad del individuo. Dicha marcha se resolvía de la manera más fácil en lo restrictivo, haciendo que los hombres dejaran de hacer esto o lo otro, y podía ser alimentada por una norma lo

suficientemente severa como para hacerles temer la desobediencia. Era un proceso de masas, un elemento de la muchedumbre impersonal, inaplicable al hombre en solitario, puesto que implicaba la obediencia, una dualidad de voluntades. No era cuestión de imbuir a los hombres de la idea de que la voluntad debe secundar activamente a la de su oficial, ya que entonces aparecía, como en los irregulares y en el Ejército árabe, esa pausa momentánea para la transmisión o digestión de la orden, para hacer que los nervios hagan efectiva la voluntad privada que se les impone. Por el contrario, cada ejército regular tiene que desarraigar esta pausa significativa de sus compañías en formación. Los instrumentos militares intentan hacer de la obediencia un instinto, un reflejo mental, que siga tan instantáneamente las órdenes como si la fuerza motriz de las voluntades individuales se hubiera drenado por completo en el sistema.

Esto estaba bien, en la medida en que incrementaba la rapidez, pero no hacía previsión de las bajas, más allá del débil supuesto de que cada subordinado no tenía atrofiada su voluntad motriz, sino que se reservaba en perfecto orden, dispuesto al instante a ocupar el puesto de su desaparecido oficial, descendiendo así, de manera natural y eficiente, la dirección por toda la escala jerárquica, hasta llegar al más viejo de los dos soldados rasos supervivientes.

Esta teoría tenía, además, la desventaja, dados los celos de los humanos, de poner el poder en manos del arbitrio de la mayor edad, con su petulante actividad,

adicionalmente corrompida por un largo hábito de control. Había además en mí una idiosincrasia que me llevaba a desconfiar del instinto, que echa raíces en nuestra animalidad. La razón me parecía proporcionar algo deliberadamente más precioso que el temor o el dolor, lo que me hacía desestimar el estado de alerta propio de la paz, como un recurso apto para la guerra. Ya que con la guerra un sutil cambio se operaba en el soldado. La disciplina era modificada, apoyada y hasta devorada por el ansia del hombre por luchar. Esta ansia era lo que provocaba la victoria en el sentido moral, y a menudo en el físico, del combate. La guerra está hecha de crisis de esfuerzo intensificado. Por razones psicológicas los comandantes desean abreviar al máximo la tensión de este esfuerzo, no porque los hombres no vayan a dar de sí lo requerido —habitualmente se esfuerzan hasta caer rendidos—, sino porque cada uno de estos esfuerzos debilita la fuerza que resta. El esfuerzo de este tipo tiene un carácter nervioso, y cuando se presenta con alta potencia llega a separar la carne del espíritu.

Provocar la excitación guerrera con vistas a desarrollar el espíritu militar en tiempo de paz puede ser peligroso, tan peligroso como el calentamiento precipitado de un atleta. De modo que la disciplina, con su «alerta» concomitante (palabra sospechosa que implica unas restricciones y un dolor superficiales), se inventó para ponerse en su lugar. El ejército árabe, nacido y crecido en el frente de batalla, nunca había conocido los hábitos del tiempo de paz, y no tuvo que

encarar los problemas de mantenimiento hasta el momento del armisticio; su fracaso entonces fue notorio.

CAPÍTULO XCIII

Cuando Joyce y Dawnay se hubieron ido, abandoné Aba el Lissan, en compañía de Mizruk. El día de nuestra partida parecía coronar la primaveral frescura del elevado altiplano. Una semana antes se había producido una furiosa neviza, y una parte de la blancura de la nieve parecía haber pasado a la luz. El suelo revivía con su nueva hierba, y la luz solar, que caía oblicuamente ante nosotros, como pálida paja, atemperaba el silbante viento.

Con nosotros iban dos mil camellos sirhan, cargados con nuestras municiones y alimentos. Debido a la carga, marchábamos con paso suave, y nos proponíamos alcanzar la vía férrea después del anochecer. Unos pocos de nosotros nos adelantamos, para ubicar la vía con luz suficiente, y estar seguros de no ser atacados mientras el desperdigado convoy avanzaba.

Mi guardia de corps iba conmigo, y Mizruk llevaba con él a sus ageyl, con dos famosos camellos de carreras. La alegría de la atmósfera y de la estación los cautivaron. Y al poco ya estaban retándose a carreras, profiriéndose amenazas o haciendo escaramuzas. Mi

imperfecta monta (y mi estado de ánimo) me impidieron unirme a los más jóvenes, que se desplazaron hacia el norte, mientras yo seguía cavilando, alejando mi mente de los clamores e intrigas del campamento. Lo abstracto del paisaje desértico me purificaba, y me vaciaba la mente con su superflua grandeza, una grandeza conseguida no por la adición del pensamiento a su vaciedad, sino por su sustracción. En la debilidad de la vida terrestre parecía reflejarse la fuerza del cielo, tan vasto, tan hermoso, tan fuerte.

Ya casi al atardecer logramos divisar la vía del ferrocarril trazando una espaciosa curva sobre el terreno al descubierto entre bajos matojos de hierba y arbustos. Viendo que todo estaba tranquilo, seguí adelante, con intención de hacer alto y vigilar la llegada del resto. Siempre se despertaba un sentimiento de emoción al llegar a los raíles, objeto de tantos de nuestros esfuerzos.

Cuando me hallaba subiendo al terraplén, los pies de mi camello resbalaron en el suelto balasto, y de la larga sombra de una alcantarilla situada a mi izquierda, donde sin duda llevaba durmiendo todo el día, surgió un soldado turco. Se me quedó mirando asombrado, así como a la pistola que llevaba en mi mano, y con tristeza a su rifle, apoyado unas yardas más allá contra el arco. Era un tipo joven y fornido, pero de aspecto mohíno. Me lo quedé mirando, y dije suavemente: «Dios es piadoso.» Conocía el sonido de la frase árabe, y levantó sus ojos hacia mí como un relámpago,

mientras su cara aún cargada de sueño empezaba lentamente a mostrar una incrédula alegría.

Sin embargo, no dijo una palabra. Yo presioné con el pie el pelo del cuello de mi camella, y ésta cruzó de una zancada los raíles y pasó al otro lado, mientras el pequeño turco se mostraba lo suficientemente hombre como para no dispararme por la espalda, mientras me alejaba, lleno de ternura hacia él, como siempre que salvaba una vida. A una prudente distancia, volví la cabeza. Se acercó el pulgar a la nariz, y me hizo una pedorreta.

Encendimos una fogata de café como baliza para el resto, y esperamos hasta que su oscura hilera empezó a pasar. Al día siguiente avanzamos hasta Wadi el Yinz; hasta las charcas procedentes del deshielo, poco profundos ojos de agua remansados en las grietas de arcilla, cuyos rebordes aparecían erizados de escobillosas ramas de matojos. El agua tenía un color gris, al igual que el margoso valle, pero sabía dulce. Allí permanecimos toda la noche, ya que Zaagi había cazado una avutarda, y Jenofonte ha dicho con razón que su blanca carne es buena. Mientras nosotros nos dábamos el festín, los camellos se daban el suyo. Debido a la bonanza de la primavera, retozaban hasta las rodillas entre suculentas hierbas.

Una cuarta y descansada marcha nos condujo hasta Atara, nuestra meta, donde nuestros aliados, Mifleh, Fahad y Adhub se hallaban acampados. Fahad estaba aún herido, pero Mifleh, con melifluas palabras, se

acercó a darnos la bienvenida, con el rostro cargado de codicia y la voz jadeante de avidez.

Nuestro plan, gracias a la parte del león que Allenby se atribuía, prometía ser muy sencillo. Debíamos, en cuanto estuviéramos dispuestos, cruzar la vía en dirección a Zemed, el principal abrevadero de los beni sajr. De allí, bajo la cobertura de una pantalla de su caballería, debíamos avanzar sobre Madeba, y acondicionarla para establecer allí nuestros cuarteles mientras Allenby ponía en condiciones la ruta Jericó-Salt. Debíamos confluir cómodamente con el Ejército británico sin disparar un tiro.

Entre tanto, no teníamos más que esperar en los Atatir, que, para nuestra alegría, estaban realmente verdes, con cada hondón convertido en una charca y los lechos de los valles cubiertos de alta hierba salpicada de flores. Los cretáceos collados, baldíos por la sal, enmarcaban deliciosamente los cursos de agua. Desde sus más elevadas alturas podíamos mirar hacia el norte y hacia el sur, y ver de qué modo la lluvia, convertida en cursos de agua, había pintado los valles con grandes franjas de verde, fuertes y firmes, como pinceladas. Todo estaba en crecimiento, y día a día el cuadro iba llenándose y haciéndose más brillante, hasta que el desierto se convirtió en una fértil pradera. Las juguetonas ventoleras se cruzaban y revolcaban, y sus amplias y breves bocanadas al soplar sobre la hierba formaban momentáneas franjas de satén oscuro y claro, como el trigo verde tras el paso de la cosechadora. En la cima de la colina nos sentábamos a

ver aquellas sombras barrederas, temblando y esperando una racha más fuerte, hasta que nos invadía un tibio y perfumado soplo, muy suave, que se perdía detrás de nosotros como una luz gris-plateada sobre la verde llanura. Nuestros melindrosos camellos pastaban durante una hora aproximadamente, y luego se tumbaban a digerir, regoldando de su estómago bocanada tras bocanada de verde rumio con olor a mantequilla, que masticaban pesadamente.

Al fin nos llegaron noticias de que los ingleses habían tomado Amman. A la media hora nos hallábamos camino de Zemed, cruzando la desierta vía. Posteriores mensajes nos anunciaron que los ingleses estaban retrocediendo, y aunque yo se lo había advertido ya a los árabes, éstos no dejaron de sentirse turbados. Otro mensajero vino a continuación con la noticia de que los ingleses acababan de abandonar Salt. Esto era simplemente contrario a las intenciones de Allenby, por lo que juré que no podía ser verdad. Un hombre se presentó al galope, diciendo que los ingleses se habían limitado a arrancar unos pocos raíles al sur de Amman, después de dos días de vanos asaltos contra la ciudad. Me sentí seriamente inquieto ante lo contradictorio de los rumores, y envié a Adhub, en quien podía confiarse que no perdería la cabeza, en dirección a Salt, con una carta para Chetwode o Shea, pidiéndoles un informe sobre la situación real. Entre tanto, acampamos inquietos en los campos de centeno tierno, improvisando un plan tras otro, con febril actividad.

Ya muy entrada la noche, los cascos del caballo de carreras de Adhub dejaron sentir su eco por el valle, para informarnos que Yemal Pachá se hallaba en Salt, victorioso, y había colgado a los árabes que habían dado la bienvenida a los ingleses. Los turcos se hallaban aún persiguiendo a las tropas de Allenby por el valle del Jordán. Se pensaba que recuperarían Jerusalén. Conocía lo bastante a mis compatriotas como para rechazar tal posibilidad; pero era evidente que las cosas iban muy mal. Retrocedimos, desconcertados, hacia Atatir de nuevo.

Este revés, por lo inesperado, me dolió al máximo. El plan de Allenby me había parecido modesto, y que hubiéramos quedado en tal mal lugar ante los árabes me resultaba deplorable. Nunca habían confiado demasiado en que consiguiéramos llevar a cabo las grandes cosas que les había predicho; y ahora sus espíritus independientes se dispusieron a gozar del tiempo primaveral. Se vieron animados a ello por unas cuantas familias gitanas procedentes del norte que transportaban en burros su tintineante mercancía. Los hombres de la tribu Zebn los acogieron con un humor que no lograba yo entender mucho, hasta que vi que, aparte de los legítimos beneficios conseguidos con sus habilidades, sus mujeres se hallaban abiertas a otras tentativas.

Particularmente fáciles se mostraban con los ageyl, y durante algún tiempo prosperaron de manera notable, ya que nuestros hombres estaban ávidos y eran muy generosos. También yo hice uso de ellas. Me parecía

una pena hallarnos en un atolladero tan cerca de Amman y no molestarnos en echar una ojeada. Así que Farray y yo alquilamos a tres de aquellas mujercillas alegres, nos envolvimos como ellas y nos paseamos por la villa. La visita tuvo éxito, aunque mi decisión final fue que lo mejor sería dejar en paz la plaza. Sólo tuvimos un mal momento, cerca del puente, cuando nos disponíamos a volver. Unos cuantos soldados turcos se cruzaron con nuestro grupo, y tomándonos a los cinco por lo que parecíamos, se pasaron de amistosos. Mostramos una timidez y unas prisas nada propias de mujeres gitanas, y escapamos incólumes. Para el futuro, decidí retomar mi costumbre de usar el atavío ordinario de los soldados británicos en los campamentos enemigos, demasiado descarado para poder resultar sospechoso.

Tras esto, decidí ordenar que los indios de Azrak volvieran junto a Feisal, y yo mismo volverme también. Salimos una de esas límpidas madrugadas en las que los sentidos se despiertan con el sol, mientras el intelecto, cansado de pensar toda la noche, se encuentra aún adormecido. Durante una o dos horas de aquella mañana los sonidos, olores y colores del mundo nos asaltaron de manera directa e individualizada, sin ser filtrados o tipificados por el pensamiento; parecían tener una existencia lo suficientemente propia, y la falta de intención o de cuidado de la creación dejó de resultar irritante.

Avanzamos hacia el sur, a lo largo de la vía del tren, esperando cruzarnos con los lentos indios procedentes

de Azrak, y con nuestro pequeño destacamento, montado en camellos escogidos, moviéndose de un lado para otro, para mantenerse en continua vigilancia. La quietud del día nos animaba a forzar la marcha sobre los collados alfombrados de guijas, sin hacer caso de las múltiples sendas del desierto que sólo conducían a los campamentos del último año, o de los últimos mil o diez mil años, ya que un camino, una vez trillado sobre el pedernal o la caliza, marca la superficie del desierto y dura tanto como dure el desierto.

Cerca de Faraifra, divisamos a una pequeña patrulla turca de ocho hombres que ascendía por la vía. Mis hombres, frescos tras las vacaciones en Atatir, me rogaron que cayéramos sobre ellos. Lo consideré un desperdicio, pero como ellos insistieran, consentí. Los más jóvenes se lanzaron al galope. Yo ordené al resto que ocuparan el otro lado de la vía, para sacar al enemigo de su refugio tras una alcantarilla. Zaagi, a unas cien yardas a mi derecha, viendo lo que el momento requería, se desvió de inmediato. Mohsin lo siguió al poco con su sección mientras Abdulla y yo arrancábamos por nuestro lado, para pillar al enemigo por ambos flancos a la vez.

Farray, que marchaba a la cabeza de todos, no oía nuestros gritos ni las balas de advertencia que le pasaban silbando por encima de la cabeza. Miraba a su alrededor la maniobra que intentábamos pero seguía trotando enloquecidamente en dirección al puente, al que llegó antes de que Zaagi y su grupo cruzaran la vía. Los turcos dejaron de disparar, y supusimos que se

habían trasladado al otro lado del terraplén, en busca de mayor seguridad; pero, al frenar Farray frente al arco de la alcantarilla, se oyó un tiro, y pareció caer al suelo, o saltar de la silla, y desapareció de la vista. Poco después, Zaagi tomó posiciones sobre el terraplén y su grupo disparó unos veinte o treinta tiros sueltos, como si el enemigo siguiera aún allí.

Yo me sentía muy preocupado por Farray. Su camello se hallaba detenido, inerme, junto al puente, y solo. Podía estar herido o hallarse siguiendo al enemigo. No podía creer que hubiera ido deliberadamente hasta ellos a pecho descubierto y hubiera parado; y sin embargo así parecía. Envié a Feheyd junto a Zaagi y le dije que se diera prisa por el lado más alejado, mientras nosotros nos dirigíamos a todo trote hasta el puente.

Llegamos allí a la vez, y hallamos a un turco muerto y a Farray terriblemente herido, tirado junto al arco en el mismo sitio donde había caído el camello. Parecía inconsciente, pero, cuando desmontamos, nos saludó, y luego se quedó callado, sumido en esa soledad que hiere a los hombres cuando sienten la muerte próxima. Le arrancamos la ropa y contemplamos inútilmente la herida. La bala le había dado de lleno, y parecía haberle acertado en la columna. Los árabes dijeron todos a un tiempo que le quedaban pocas horas de vida.

Intentamos moverlo, ya que no podía valerse, aunque no parecía sentir dolor. Intentamos parar la sangre, que corría lenta y abundante y formaba

grandes amapolas en la hierba, pero parecía imposible, y después de un rato nos dijo que lo dejáramos solo ya que estaba muriéndose, y se sentía feliz de hacerlo, pues nada le importaba ya la vida. En verdad, llevaba ya tiempo así, y los hombres muy cansados y pesarosos con frecuencia se enamoran de la muerte, llenándose de triunfal debilidad, una vez que la fortaleza ha quedado derrotada en una última batalla.

Mientras nos agitábamos a su alrededor, Abd el Latif dio la voz de alarma. Podía ver a cincuenta turcos que avanzaban por la vía hacia nosotros, y al poco se oyó venir del norte una vagoneta de motor. Éramos sólo dieciséis hombres, y nos hallábamos en una posición imposible. Dije que debíamos retirarnos de inmediato, llevándonos a Farray. Intentaron levantarlo, primero sobre su capa y luego en una manta; pero empezaba a volverle la conciencia, y chillaba tan penosamente que no nos sentíamos con ánimos de seguir haciéndole daño.

No podíamos dejarlo donde estaba, a merced de los turcos, pues los habíamos visto quemar vivos a nuestros heridos desvalidos. Por esta razón habíamos convenido en rematarnos unos a otros, caso de hallarnos mortalmente heridos, pero nunca había imaginado que me tocara matar a Farray.

Me arrodillé a su lado, sosteniendo mi pistola cerca del suelo y junto a su cabeza, de modo que no pudiera ver mi intención; pero debió de sospecharla, porque abrió los ojos y me aferró con su áspera y escamosa mano, la pequeña mano de un inmaduro muchacho del

Neyd. Esperé un momento, y él dijo: «Daud se enfadará contigo», mientras su antigua sonrisa volvía una vez más de modo tan extraño a su gris y contraído rostro. Yo le repliqué: «Salúdalo de mi parte.» Y él me devolvió la respuesta formal: «Dios te dé paz», cerrando a continuación sus cansados ojos.

La vagoneta turca se hallaba ya muy próxima, avanzando por la vía en dirección a nosotros como un escarabajo pelotero, y las balas de su ametralladora rasgaban el aire en dirección a nuestras cabezas mientras escapábamos hacia las lomas. Mohsin se llevó el camello de Farray, sobre el que iban su piel de oveja y sus arneses, todavía con la huella de su cuerpo en ellos, tal como los había dejado al caer frente al puente. Cerca del anochecer hicimos alto, y Zaagi se acercó a susurrarme que todos discutían sobre quién debía montar el espléndido animal al día siguiente. Él lo quería para sí, pero me sabía mal que aquel muerto me hubiera arrebatado un poco más de mi pobreza, y para abaratar la gran pérdida con otra menor rematé a la pobre bestia con mi segunda bala.

El sol se puso entonces sobre nosotros. Durante el irrespirable mediodía de los valles de Kerak el aire había permanecido aprisionado y el calor había aspirado todo el perfume de las flores. Con la llegada de la noche el mundo se puso una vez más en movimiento, y el soplo del oeste se deslizó una vez más sobre el desierto. Nos hallábamos a millas de distancia de la hierba y las flores, y sin embargo de pronto las sentimos a nuestro alrededor, en oleadas de

aire perfumado que dejaba tras de sí un pegajoso dulzor. Pronto, no obstante, se apagó, y el viento nocturno, húmedo y saludable, vino a sustituirlo. Abdulla me trajo la cena, arroz y carne de camello (el camello de Farray). Luego nos echamos a dormir.

CAPÍTULO XCIV

Por la mañana, cerca de Wadi el Yinz, nos topamos con los indios, detenidos junto a un árbol solitario. Era como en los viejos tiempos, como nuestra apacible y memorable marcha hacia los puentes del año anterior, verse de nuevo cruzando el país con Hassan Shah, oyendo a los Vickers tintinear en sus armones y ayudando a los soldados a reasegurar sus cargas o sus sillas. Seguían siendo tan torpes con los camellos como en otro tiempo; de modo que hasta el anochecer no conseguimos cruzar la vía férrea.

Allí dejé a los indios, porque me sentía inquieto, y el movimiento rápido en medio de la noche me servía para serenar mi espíritu. Así que apretamos la marcha durante toda la destemplada noche, cabalgando en dirección a Odroh. Al coronar su pendiente, percibimos el resplandor de unos fuegos a nuestra izquierda; brillantes destellos se elevaban de continuo, parecía que en torno a las cercanías de Yerdún. Tiramos de las riendas y oímos el lejano zumbido de las explosiones; una llama firme hizo su aparición, se agrandó y luego se partió en dos. Tal vez la estación estaba ardiendo. Cabalgamos deprisa, para preguntar a Mastur.

Su campamento, sin embargo, se hallaba desierto, con sólo un chacal merodeando. Decidí seguir adelante hasta dar con Feisal. Trotamos tan aprisa como pudimos, mientras el sol iba alzándose en el cielo. La ruta estaba bestialmente plagada de langostas, aunque desde cierta distancia parecían hermosas, llenando el aire con el zumbido de sus alas. El verano se nos había echado encima sin darnos cuenta; mi séptimo verano consecutivo en Oriente.

Según nos acercábamos, oímos disparos por delante de nosotros, sobre Semna, el montículo en forma de media luna que dominaba Maan. Grupos de soldados ascendían suavemente por su ladera, para detenerse antes de llegar a la cima. Evidentemente, habíamos tomado Semna, de modo que cabalgamos hacia la nueva posición. Sobre el llano, de este lado, encontramos un camello cargado con literas. El hombre que lo conducía, dijo: «Maulud Pachá», señalando su carga. Yo corrí hasta él, gritando: «¿Está Maulud herido?» Porque era uno de los mejores oficiales del Ejército, y un hombre de lo más honesto con nosotros: sin que hubiera además que negarle la admiración como tenaz e insobornable patriota. El viejo me replicó desde la litera, con débil voz, diciendo: «Sí, por cierto, Lurens Bey, estoy herido, pero, gracias a Dios, no es nada. Hemos tomado Semna.» Le respondí que allá me dirigía. Maulud se incorporó febrilmente sobre el borde de la litera, con apenas fuerzas para hablar (tenía astillado el hueso por encima de la rodilla), para

mostrarme punto por punto la organización defensiva de la colina.

Llegamos cuando los turcos empezaban a arrojar obuses sobre ella. Nuri Said se hallaba ocupando el puesto de mando de Maulud. Estaba tranquilamente de pie sobre la cima de la colina. La mayor parte de los hombres hablaba con mayor rapidez bajo el fuego, y actuaba revelando tranquilidad y jovialidad. Nuri se volvía más calmoso y Zeid, más aburrido.

Les pregunté dónde se hallaba Yaafar. Nuri dijo que a medianoche tenía que haber atacado Yerdún. Le hablé de las llamaradas nocturnas, que debían de ser señal de su éxito. Mientras expresábamos nuestro contento, llegaron mensajeros suyos para informar de los prisioneros y ametralladoras tomadas; también la estación había caído y se habían destruido tres mil raíles. Tan espléndido esfuerzo serviría para inutilizar la línea norte durante semanas. Entonces Nuri me contó que la madrugada anterior había caído sobre la estación de Ghadir el Hay y la había destruido, junto con cinco puentes y un millar de raíles. Así que la vía sur también se hallaba inutilizada.

Ya bien entrada la tarde las cosas entraron en una calma chicha. Ambas partes detuvieron su inútil fuego, y me dijeron que Feisal se había trasladado a Uheida. Cruzamos el riachuelo lleno a medias, por cerca del hospital provisional donde yacía Maulud. Mahmud, el desafiante doctor de rojas barbas, pensaba que se curaría sin tener que amputar. Feisal se hallaba en la cima de la colina, en el borde mismo, recortándose

sobre el sol, cuya luz formaba un extraño halo en torno a su esbelta figura y bañaba su cabeza en oro, a través de la gasa de seda de su pañuelo. Hice arrodillar a mi camello. Y Feisal extendió sus manos, diciendo: «Dios lo quiera, ¿todo bien?» Yo le repliqué: «La alabanza y la victoria sean para Dios.» Y me arrastró al interior de su tienda para poder intercambiar noticias.

Feisal había logrado enterarse por Dawnay de más de lo que yo sabía de la derrota británica frente a Amman, del mal tiempo y la confusión, y de cómo Allenby había telefoneado a Shea y tomado una de sus decisiones fulminantes para cortar las pérdidas; una sabia decisión, aunque nos doliera. Joyce se hallaba en el hospital, pero reponiéndose bien, y Dawnay se hallaba dispuesto en Guweira para salir hacia Mudowwara con todos los carros.

Feisal me preguntó por Semna y Yaafar, y yo le conté lo que sabía, aparte de la opinión de Nuri y sus perspectivas. Nuri se quejaba de que los abu tayi no habían hecho nada en todo el día; Auda lo negaba; y yo recordé la historia de nuestra primera victoria en el altiplano, y la estratagema con la que yo le había avergonzado, provocando la carga de Aba el Lissan. La historia era nueva para Feisal. Su rememoración dolió profundamente al viejo Auda. Juró con vehemencia que habían hecho cuanto habían podido ese día, pero que las condiciones no eran favorables para la intervención de los tribeños; y como siguiera yo llevándole la contraria se fue de la tienda muy amargado.

Maynard y yo pasamos el día siguiente observando las operaciones. Los abu tayi capturaron dos avanzadillas de la estación, mientras Saleh ibn Shefia tomaba un parapeto, con una ametralladora y veinte prisioneros. Estos avances nos dieron libertad de movimiento en torno a Maan; y al tercer día, Yaafar concentró su artillería sobre la loma sur, mientras Nuri Said conducía una indómita partida hasta los cobertizos de la estación de ferrocarril. Al llegar a aquel punto, los cañones franceses dejaron de disparar. Nosotros nos desplazábamos en un Ford, tratando de seguir los diversos avances, cuando Nuri, perfectamente vestido y enguantado, y fumando en su pipa de brezo, se topó con nosotros y nos mandó retroceder para pedir al capitán Pisani, comandante de la artillería, un apoyo urgente. Encontramos a Pisani retorciéndose desesperadamente las manos, tras haber gastado toda la munición. Nos dijo que había implorado a Nuri que no atacara en semejante momento de penuria.

Nada podíamos hacer, sino ver cómo nuestros hombres eran repelidos de nuevo de la estación. El camino quedó sembrado de acribilladas figuras kaki, y los ojos de los heridos, enriquecidos por el dolor, se nos quedaban mirando, acusándonos. Sus cuerpos quebrados habían quedado sin control y su carne desgarrada los hacía convulsionarse sin poder evitarlo. Nosotros podíamos verlo todo y pensarlo desapasionadamente, pero no oíamos nada, nuestro oído había quedado anulado ante la clara conciencia de haber fracasado.

Luego comprendimos que nunca habríamos esperado tan excelente espíritu de nuestra infantería, que luchó animosamente bajo el fuego de las ametralladoras e hizo un inteligente uso del terreno. Tan poca dirección necesitaban que sólo tres oficiales resultaron heridos. Maan nos enseñó que los árabes eran lo suficientemente buenos, con un poco de refuerzo británico. Lo que nos permitió mayores libertades a la hora de planificar, de modo que nuestro fracaso tuvo compensación.

En la mañana del dieciocho de abril, Yaafar sabiamente decidió que no podía permitirse más bajas, y se retiró hasta las posiciones de Semna, mientras las tropas descansaban. Siendo viejo amigo de colegio del comandante turco, le envió una carta con bandera blanca, intimándolo a rendirse. La réplica fue que nada le gustaría más, pero que tenía órdenes de resistir hasta el último cartucho. Yaafar le ofreció un respiro, para que agotaran sus últimas reservas, pero los turcos siguieron vacilando hasta que Yemal Pachá pudo reunir tropas de Amman, reocupar Yerdún e introducir un convoy con alimentos y municiones en la ciudad sitiada. El ferrocarril permaneció sin funcionar durante semanas.

Inmediatamente tomé un coche para ir a reunirme con Dawnay. Me sentía incómodo sabiendo que era la primera intervención de un regular en una batalla de guerrillas, con un arma tan complicada como el carro blindado. Dawnay, además, no era arabista, y ni Peake, su experto en camellos, ni Marshall, su doctor, lo

hablaban con fluidez. Sus tropas eran mixtas, compuestas por británicos, egipcios y beduinos. Los dos últimos componentes sentían mutua antipatía. Así que llegué a su campamento, situado al norte de Tell Shahm, pasada la medianoche, y me ofrecí, delicadamente, como intérprete.

Afortunadamente, me recibió bien, y me llevó a dar una vuelta por sus líneas. Un hermoso espectáculo. Los carros se hallaban aparcados en formación geométrica; los carros blindados por un lado, y los centinelas y piquetes por otro, con sus ametralladoras dispuestas. Hasta los árabes ocupaban una posición táctica tras la colina, como formación de apoyo, pero fuera de la vista y de la escucha; con ciertas artes mágicas, el jerife Hazaa y yo conseguimos retenerlos donde se les colocó. En la punta de la lengua se me quedó decir que lo único que faltaba allí era el enemigo.

Su conversación, según iba desplegando ante mí su plan, ahondó mi admiración hasta el máximo. Había preparado órdenes de operaciones, todas ellas muy ortodoxas, con tiempos cero y secuencias de movimientos. Cada unidad tenía marcado su cometido. Debíamos atacar el «puesto de la llanura» al amanecer (carros blindados) desde el altozano donde Joyce y yo habríamos estado sentados riendo con ganas durante nuestra última y abortada intentona. Los carros, con órdenes muy concretas, debían «tomar la estación» antes del alba, y asaltar las trincheras por sorpresa. Los ténders 1 y 3 debían demoler los puentes A y B,

según el plan de operaciones (escala 1/250.000) a las cero 1.30, mientras los carros avanzaban sobre el Puesto de la Roca, y con el apoyo de Hazaa y los árabes la tomaban (a las cero 2.15).

Hornby y los explosivos, montados en Talbots números 40.531 y 41.226 deberían arrancar a continuación, y demoler los puentes D, E y F, mientras la tropa tomaba el rancho. Tras la comida, y cuando el sol bajo permitiera ya ver a través del reflejo, a las cero 8 horas, para ser exacto, todas las tropas en masa deberían atacar el Puesto Sur, los egipcios desde el este, los árabes desde el norte, cubiertos por las ametralladoras de largo alcance de los carros y por los cañones de diez libras de Brodie, emplazados en la colina de observación. El puesto tendría que caer, y la fuerza trasladarse a la estación de Tell Shahm, que sería cañoneada por Brodie desde el noroeste, bombardeada desde aeroplanos venidos de las llanuras arcillosas de Rum (a las cero 10 horas) y asaltada por carros blindados desde el oeste. Los árabes deberían seguir a los carros mientras Peake con su cuerpo de camelleros descendía desde el Puesto Sur. «La estación deberá ser tomada a las cero 11.30», decía el esquema, con un último rasgo de humor. Pero aquí la previsión falló, porque los turcos, ignorantes y apurados, se rindieron diez minutos antes, echando el único borrón en un día sin derramamiento de sangre.

Con un hilo de voz pregunté si Hazaa lo entendía. Y se me informó que, como no tenía reloj para sincronizar

(por cierto, ¿me importaría poner el mío en hora?), haría su primer movimiento cuando los carros torcieran hacia el norte, adecuando sus ulteriores actuaciones según las órdenes que se le fueran dando. Yo me escabullí y fui a esconderme para hacerme con una hora de sueño.

Al amanecer vimos los carros rodar silenciosamente sobre las dormidas trincheras de arena, y a los asombrados turcos salir con las manos en alto. Era como coger un albaricoque maduro. Hornby se lanzó con sus dos ténders Rolls a colocar un quintal de pólvora de algodón bajo el puente A, y lo voló con toda contundencia. El rugido cercano casi nos levantó a Dawnay y a mí del tercer ténder, sobre el que nos hallábamos ampulosamente sentados, observándolo todo, y yo me acerqué corriendo, a enseñarle a Hornby la forma más cómoda de utilizar los orificios de desagüe para colocar minas. Los siguientes puentes se vinieron abajo con sólo diez bloques cada uno.

Mientras nos hallábamos en el puente B, los carros concentraron sus ametralladoras sobre el parapeto del Puesto de la Roca, un recinto circular de espesos muros de piedra (muy visibles por sus largas sombras matutinas) sobre un montículo demasiado escarpado para los vehículos de ruedas. Hazaa se hallaba dispuesto, deseoso y excitado, y los turcos tan asustados por el tableteo y el golpeteo de las cuatro ametralladoras que los árabes se hicieron con ellos en dos zancadas. Fue el segundo albaricoque.

Vino a continuación un momento de descanso para los otros, pero de actividad para Hornby y para mí, convertido ahora en ingeniero ayudante. Seguimos la vía del ferrocarril con nuestros Rolls, transportando dos toneladas de pólvora de algodón; puentes y raíles salieron ruidosamente por los aires, dondequiera que la fantasía nos lo dictara. Las dotaciones de los carros nos cubrían, y a veces se cubrían ellos mismos, bajo los carros, cuando los fragmentos salían musicalmente disparados en medio del aire humeante. Un pedrusco de veinte libras vino a caer a plomo sobre la torreta de uno de los carros haciendo un inofensivo abollón. De tanto en tanto, todo el mundo tomaba fotos de las felices explosiones. Era una batalla de lujo, y una demolición también de lujo; nos lo pasábamos en grande. Tras la peripatética hora de la comida, fuimos a contemplar la caída del Puesto Sur. Cayó a la hora fijada, pero no del modo adecuado. Hazaa y sus amran se hallaban demasiado excitados para avanzar con sensatez, en hileras alternadas como los de Peake y los egipcios. En vez de esto, pensaron que se trataba de una carrera de obstáculos, e hicieron una carga de camello altozano arriba, por encima de los parapetos y las trincheras. Los fatigados turcos se entregaron de mala gana.

Llegó entonces el acto central del día, el asalto a la estación. Peake avanzó hacia ella desde el norte, moviendo a sus hombres y exponiéndose varias veces él mismo; con mucho esfuerzo, porque ellos no se mostraban muy ávidos de honores. Brodie hizo su

aparición con su acostumbrada precisión, mientras los aeroplanos daban vueltas en redondo con su habitual sangre fría, para arrojar sus sibilantes bombas sobre las trincheras. Los carros blindados avanzaron resoplando humo, y entre su polvareda pudo verse una hilera de turcos que hacían ondear cosas blancas desde el fondo de las trincheras con aire abatido.

Echamos a andar loma arriba a nuestros ténders; los árabes saltaron a sus camellos, y los ahora envalentonados hombres de Peake la emprendieron a correr, y todas las fuerzas convergieron enloquecidamente sobre la estación. Nuestro carro llegó el primero, y yo me hice con la campana de la estación, una hermosa pieza de latón damasceno. El siguiente en llegar se hizo con la máquina de picar billetes y el tercero con el sello de la oficina, mientras los asombrados turcos se nos quedaban mirando, con la creciente indignación de que su importancia fuera sólo secundaria.

Un minuto más tarde, con un aullido, los beduinos iniciaban el más delirante saqueo de su historia. Doscientos rifles, ocho mil balas, muchas bombas y mucha comida y ropa había almacenados en la estación, y todo el mundo causaba destrozos y se aprovechaba. Un desdichado camello aumentó la confusión, al activar una de las muchas minas enterradas en el patio. La explosión le voló las ancas y produjo pánico. Todo el mundo pensó que Brodie estaba dando otro repaso.

Entre tanto, el oficial egipcio dio con un almacén aún no saqueado, y le puso un piquete de guardia, dado que estaban escasos de provisiones. Pero los lobos de Hazaa, aún no saciados, se negaron a reconocer el derecho de los egipcios a tener su parte. Se desató un tiroteo, y tuvimos que mediar para que los egipcios se adelantaran a tomar las raciones que necesitaban; luego se produjo una confusión general, que dio al traste hasta con las paredes del almacén.

Los beneficios de Shahm fueron tan grandes que ocho de cada diez árabes se dieron por satisfechos. Por la mañana, sólo Hazaa y un puñado de hombres quedaban con nosotros para ulteriores operaciones. El programa de Dawnay marcaba a continuación la estación de Ramleh; pero sus órdenes eran rudimentarias, puesto que la posición aún no había sido examinada. Así que enviamos a Wade con su carro blindado y un segundo carro de apoyo. Condujo con cautela, un tramo tras otro, en mortal silencio. Al fin, sin disparar un tiro, entró en el patio de la estación, con cuidado, por temor a las minas, cuyos pistones e hilos disparadores aparecían sembrando el suelo.

La estación estaba clausurada. Disparó media cinta contra la puerta y las contraventanas, y al ver que no había réplica, se bajó del carro, rebuscó en el edificio y vio que no había ni un solo hombre, aunque contenía los suficientes bienes codiciables como para que Hazaa y el resto de sus fieles se alabaran a grandes voces de su virtud. Pasamos el resto del día destruyendo millas y millas de vía férrea vacía, hasta

que consideramos que el daño era suficiente como para que las reparaciones duraran más de una quincena.

El tercer día estaba dedicado a Mudowwara, pero no teníamos grandes esperanzas ni fuerzas suficientes. Los árabes se habían ido, y los hombres de Peake se mostraban muy poco belicosos. Sin embargo, Mudowwara podía caer presa del pánico, como había ocurrido en Ramleh, así que pasamos la noche cerca de nuestra siguiente presa. El infatigable Dawnay colocó centinelas que, émulos de su distinguido comandante, debían pasarse toda la noche paseando arriba y abajo al estilo Buckingham Palace, por junto a nuestras cabezas durmientes, hasta que nos despertáramos, mientras les instruía en las artes de la vigilancia en el desierto.

Por la mañana salimos a observar Mudowwara, conduciendo como reyes, espléndidamente instalados en nuestros rugientes coches sobre las lisas llanuras de arena y guijas, con el pálido sol brillando a nuestras espaldas por el este. La luz nos ocultó hasta hallarnos ya cerca, cuando pudimos ver un largo tren detenido en la estación. ¿Refuerzos o evacuación? Un momento después dispararon con cuatro cañones, de los cuales dos eran pequeños y precisos Howitzers austríacos de montaña. A setecientas yardas tenían puntería, mientras nosotros nos alejábamos vergonzosamente a toda prisa hasta unas alejadas hondonadas. De allí hicimos un amplio desvío hasta donde habíamos minado con Zaal nuestro primer tren. Volamos el largo

puente, bajo el que la patrulla turca había dormido la siesta aquel tenso mediodía. Luego, volvimos hacia Ramleh, y continuamos destruyendo vía y puentes, para hacer nuestro corte permanente, una demolición demasiado seria como para que Fajri consiguiera recomponerla. Feisal había enviado a Mohammed el Dheilan contra las estaciones aún intactas que se alzaban entre nuestras demoliciones y Maan. Dawnay se reunió con ellos, geográficamente hablando, por debajo de la escarpadura, un día después; y de este modo, las ochenta millas que separaban a Maan de Modowwara, con sus siete estaciones, cayeron totalmente en nuestras manos. La defensa activa de Medina terminó con esta operación.

Un nuevo oficial, Young, vino desde Mesopotamia a reforzar nuestro Estado Mayor. Era un regular de excepcional valía, con larga y amplia experiencia de guerra y un árabe perfecto y fluido. El papel que se le asignaba era el de duplicarme en la relación con las tribus, de modo que nuestra acción contra el enemigo pudiera ampliarse y dirigirse mejor. Para dejarle jugar su propio papel en las nuevas condiciones, le transferían la posibilidad de combinar a Zeid, Nasir y Mizruk en una operación para cortar la vía férrea a lo largo de ochenta millas al norte de Maan, mientras yo bajaba a Akaba y tomaba un barco para Suez, para discutir el futuro con Allenby.

CAPÍTULO XCV

Dawnay vino a reunirse conmigo, y discutimos nuestro informe antes de dirigirnos hacia el campamento de Allenby. Allí, el general Bols nos sonrió feliz, y dijo: «Bien, ya estamos instalados en Salt.» Para nuestro asombro siguió diciéndonos que los jefes de los beni sajr habían ido hasta Jericó una mañana, para ofrecer la inmediata cooperación de sus veinte mil tribeños en Zemed; y mientras se bañaba al día siguiente había ideado un plan, dejándolo todo bien establecido.

Le pregunté quién era el jefe de los beni sajr, y él dijo: «Fahad», con aire triunfal por su eficiente incursión en lo que hasta entonces había sido mi territorio. Aquello sonaba cada vez más a chifladura. Yo sabía que Fahad no podía juntar más de cuatrocientos hombres, y que por el momento no había ni una sola tienda en Zemed: se habían desplazado hacia el sur, con Young.

Nos dirigimos apresuradamente hacia la oficina, para conocer la historia real, y desgraciadamente era como Bols la había contado. La caballería británica se había dirigido de improviso hacia las colinas de Moab,

basándose en la etérea promesa de los jeques zebn, codiciosos tipos que se habían dirigido a Jerusalén sólo para gustar la munificencia de Allenby, pero que habían sido creídos en cuanto contaran.

En esta ocasión no había tercer interlocutor en el Cuartel General. Guy Dawnay, hermano de nuestro gladiador, que era quien había confeccionado todo el plan de Jerusalén, había sido trasladado al Estado Mayor de Haig: Bartholomew, que se hallaba preparando fuera la marcha de otoño sobre Damasco, se hallaba aún con Chetwode. Así que la ejecución de la labor de Allenby durante aquellos meses era muy distinta de su concepción.

Ya que, por supuesto, la incursión terminó mal, mientras yo me hallaba en Jerusalén, donde me consolaba de la ineficacia de Bols con Storrs, convertido ahora en el educado y habilidoso gobernador de la plaza. Los beni sajr se hallaban indolentemente recogidos en sus tiendas, o andaban con Young. El general Chaubel, sin ayuda de ninguno de ellos, vio cómo los turcos cruzaban a sus espaldas los vados del Jordán y se apoderaban de la carretera por donde él había avanzado. Eludimos un grave desastre sólo gracias al instinto de Allenby frente a una situación que le mostró a tiempo su peligrosidad. Con todo, no dejamos de sufrirlo. La experiencia enseñó a los británicos a ser más comprensivos con las dificultades de Feisal, convenció a los turcos de que el sector de Amman era su punto débil e hizo ver a los beni sajr que los británicos superaban su comprensión:

no eran grandes luchadores, tal vez, pero se hallaban dispuestos a hacer impulsivamente cosas insólitas. De modo que, en parte, ello sirvió para redimir el fracaso de Amman mediante la deliberada repetición de lo que parecía ser un accidente. Al mismo tiempo, arruinó las esperanzas que Feisal había acariciado de poder actuar independientemente con los beni sajr. Esta cauta y rica tribu buscaba aliados poderosos.

Nuestro movimiento, bien definido mientras habíamos tenido que enfrentarnos a solas con el enemigo, se hallaba ahora hipotecado por las contingencias de nuestros aliados. Teníamos que seguir el tono de Allenby, y éste no se sentía muy feliz. La ofensiva alemana en Francia no hacía más que despojarlo de tropas. Podía sostener Jerusalén, pero no podía permitirse ni una sola baja, y mucho menos una ofensiva, durante meses. La Oficina de Guerra le había prometido el envío de una división india desde Mesopotamia, así como levas indias. Con ellas podría reconstruir su ejército sobre el modelo indio; tal vez, después del verano, podría pensar de nuevo en el frente de batalla, pero, por el momento, ambos debíamos frenar por igual.

Esto me lo dijo el cinco de mayo, fecha elegida según el plan de Smuts para el avance hacia el norte de todo el ejército, como preludio de la toma de Damasco y Aleppo. En la primera fase de este plan nos habíamos hecho cargo de la responsabilidad de Maan, y el frenazo de Allenby nos tenía atrapados con aquel asedio a una fuerza superior. Por añadidura, los turcos

de Amman podían disponer ahora de tiempo suficiente para barrernos de Aba el Lissan y devolvernos a Akaba. En tan oprobiosa situación, el hábito compartido de las operaciones conjuntas —en las que cada participante maldice a los otros— pesaba con fuerza sobre mí. No obstante, la lealtad de Allenby tenía la intención de aliviarnos. Amenazaba al enemigo con una vasta cabeza de puente al otro lado del Jordán, como si pretendiera cruzarlo por tercera vez. De este modo podía mantener a Amman en tensión. Y, para fortalecer nuestra posición en el altiplano, nos ofreció cuanta ayuda técnica pudiéramos necesitar.

Aprovechamos la oportunidad para solicitar una multiplicación de las incursiones aéreas sobre el ferrocarril del Heyaz. El general Salmond fue llamado a este efecto, y se mostró tan generoso en palabras y hechos como el propio comandante en jefe. La Real Fuerza Aérea mantuvo una continua y molesta presión sobre Amman, desde entonces hasta el final de la guerra. Gran parte de la inactividad del enemigo durante esa época de debilidad se debió a la desorganización de sus ferrocarriles a causa de los bombardeos. Durante el té, Allenby mencionó la Brigada Imperial de Camelleros del Sinaí, deplorando que la nueva situación lo obligara a disolverla y a emplear a sus hombres como refuerzos montados. Yo le pregunté: «¿Y qué va a hacer usted con los camellos?» Y él, riendo, dijo: «Pregúntele a "Q".»[32]

---

[32] Abreviatura de «Quartemaster's Department», Departamento de Intendencia. *(N. del T.)*

Obedientemente crucé el polvoriento jardín, e irrumpí en la oficina del general jefe de Intendencia, sir Walter Campbell —muy escocés— y le repetí mi pregunta. Él me respondió con firmeza que estaban siendo asignados como transporte divisionario para la segunda de las nuevas divisiones indias. Yo le expliqué que quería dos mil de ellos. Su primera respuesta fue irrelevante y la segunda dio a entender que ya podía seguir pidiendo. Le repliqué, pero parecía ser incapaz de entender mi punto de vista. Por supuesto, era propio de un oficial de intendencia ser tan tacaño.

Volví junto a Allenby, y dije en voz alta, delante de sus acompañantes, que había disponibles dos mil doscientos camellos de monta y mil trescientos camellos de carga. Todos se hallaban provisionalmente adscritos a transportes; pero, por supuesto, los camellos de monta eran camellos de monta. Los miembros del Estado Mayor soltaron un silbido y pusieron aire de enterados, como si también ellos se preguntaran si los camellos de monta podrían llevar impedimenta. Un tecnicismo, por espúreo que fuera, podía ser de ayuda en este caso. Todo oficial británico se supone que entiende de animales, y hace gala de ello. Así que no me resultó raro que se invitara a sir Walter Campbell a cenar con el comandante en jefe aquella noche.

Nos sentamos a izquierda y derecha del mismo, y ya en la sopa Allenby empezó a hablar de camellos. Sir Walter reveló que la providencial disolución de la Brigada de Camelleros había servido para reforzar el

transporte de la –ma[33] división, un don del cielo, ya que todo Oriente había sido ya esquilmado de camellos. Exageraba. Allenby, lector de Milton, tenía un agudo sentido del estilo, y la interpretación había sido floja. A él no le importaban nada los equipos fetiche de las ramas administrativas del Ejército.

Me lanzó un guiño. «¿Y usted para qué los quiere?» Yo le respondí calurosamente: «Para situar en Deraa dos mil hombres, cuando usted ordene.» Sonrió y meneó la cabeza hacia sir Walter Campbell, diciendo tristemente: «Q, usted pierde.» Era un regalo inmenso, regio, el regalo de una movilidad ilimitada. Los árabes podían ahora ganar su guerra cuando y donde quisieran.

A la mañana siguiente salí para reunirme con Feisal en su fresco nido de Aba el Lissan. Hablamos largo y tendido de historias, tribus, migraciones, sentimientos, lluvias primaverales y pastos. Finalmente, le dije que Allenby nos había regalado dos mil camellos. Feisal se quedó boquiabierto y me cogió la rodilla, diciendo: «¿Cómo?» Le conté toda la historia. Se incorporó de un salto y me besó; palmeteó entonces fuerte con sus manos. La negra forma de Heyris hizo su aparición en la puerta de la tienda. «Deprisa», dijo, «llámalos.» Heyris preguntó que a quiénes. «Oh, a Fahad, a Abdulla el Feir, Auda, Motlog, Zaal...» «¿Y a Mizruk no?», preguntó suavemente Heyris. Feisal le gritó por imbécil, y el negro salió disparado, mientras yo le

---

[33] En el texto: «—th Division». Lawrence parece no querer revelar de qué división se trataba. *(N. del T.)*

decía: «Esto está a punto de acabar. Pronto me tendrás que dejar marchar.» El protestó, diciendo que debía permanecer con ellos para siempre, y no sólo hasta que llegáramos a Damasco, como yo había prometido en Um Leyy. ¡Yo, que tanto deseaba partir!

Se oyó ruido de pasos a la puerta de la tienda, y una pausa mientras los jefes recobraban la gravedad y se colocaban dignamente los pañuelos para hacer su entrada. Uno a uno fueron sentándose tiesamente sobre la alfombra, tras decir formulariamente: «Dios sea loado, ¿todo bien?» A lo que Feisal respondía: «¡Loado sea Dios!» Y todos se quedaron mirando fijamente sus bailarines ojos.

Cuando el último de ellos hubo entrado, Feisal les dijo que Dios había enviado los medios de la victoria, dos mil camellos de monta. Nuestra guerra se dirigía irrefrenada hacia la libertad, su fin triunfal. Todos murmuraron de asombro, haciendo cuanto podían por mostrarse calmados, como grandes hombres que eran. Yo dije: «La generosidad de Allenby...» Zaal me cortó rápidamente por todos ellos: «Dios guarde su vida y la tuya.» Yo repliqué: «Se nos ha concedido la victoria», y levantándome, con un «Con tu venia» a Feisal, salí para ir a contárselo a Joyce. A mis espaldas todos irrumpieron en sonoras palabras, sobre sus locas gestas venideras: algo infantil, quizá, pero rara será la guerra en la que cada hombre no sienta que es él quien está ganándola.

Joyce también se alegró y se sintió aliviado con la nueva de los dos mil camellos. Soñamos con la

campaña que supondrían, con su marcha de Beersheba a Akaba, donde durante dos meses podría hallarse pasto para tan vasta multitud de animales; debía apartárselos de la cebada para que nos fueran de utilidad.

No eran estos pensamientos apremiantes. Necesitábamos, entre tanto, mantenernos durante todo el verano en la altiplanicie, sitiando Maan, y manteniendo cortadas las vías férreas. La tarea era difícil.

Primero, en lo referente a suministros. Acababa yo de desquiciar las disposiciones existentes. Las compañías egipcias de Transporte Camellero venían encargándose de los transportes entre Akaba y Aba el Lissan, pero con una capacidad de carga y de marcha menor que nuestras más bajas estimaciones. Los urgimos a aumentar la carga y la velocidad, pero nos vimos enfrentados con las férreas ordenanzas del cuerpo, hechas para mantener bajas las cifras de desgaste de animales. Aumentándolas ligeramente, podíamos doblar la capacidad de transporte de la columna; en consecuencia, me había ofrecido a hacerme yo cargo de los animales y a devolver a los camelleros egipcios a sus puestos.

Los británicos se apresuraron a aplicar mi idea, casi demasiado deprisa. Tuvimos muchos problemas para improvisar de repente conductores. Goslett, que era manco, había estado hasta entonces ocupado de los suministros, el transporte, los pertrechos, los pagos y la comandancia de la base. Cargarlo con más trabajo era

una crueldad. Así que Dawnay dio con Scott, un perfecto irlandés, para nombrarlo comandante de la base. Tenía buen carácter, capacidad y ánimos. Akaba respiró tranquila. La artillería le fue encomendada a Bright, sargento o sargento mayor, y Young se hizo cargo de los transportes y la intendencia.

Young se había sobrecargado de trabajo, moviéndose con furia entre los naimat, los heyaia y los beni sajr, entre Nasir, Mizruk y Feisal, esforzándose por combinarlos y coaligarlos en una sola pieza. De paso había cargado también furiosamente de trabajo a los árabes. Con las ocupaciones del transporte, su forma de actuar y su habilidad estarían mejor empleadas. Empleándose a fondo, pudo hacer frente al caos. Carecía de almacenes para sus columnas, así como de sillas, contables, veterinarios o medicinas, y disponía de pocos conductores de caravanas, de modo que actuar de manera armoniosa y ordenada resultaba imposible; pero Young casi lo consiguió, a su curioso e ingrato modo. Gracias a él, el problema de los suministros de los regulares árabes del altiplano quedó resuelto.

Durante todo este tiempo, el frente de nuestra rebelión no dejó de crecer. Feisal, escondido en su tienda, mantenía incesantemente su enseñanza y su predicación de la Causa Árabe. Akaba marchaba viento en popa; hasta nuestro trabajo de campo empezó a ir bien. Los regulares árabes acababan de conseguir su tercer éxito contra Yerdún, la trasteada estación cuyas tomas y pérdidas se habían convertido ya casi en un

hábito. Nuestros carros blindados sorprendieron una salida turca de Maan, y la aplastaron de tal modo, que ya nunca volvieron a intentarlo. Zeid, al mando de medio ejército, se situó al norte de Uheida, y estaban mostrando gran vigor. Su alegría de espíritu atraía más a los oficiales profesionales que la poesía y la austera gravedad de Feisal; y esta feliz asociación de ambos hermanos hacía que todos pudieran sintonizar con uno u otro de los líderes de la revuelta.

Con todo, las nubes iban acumulándose en el norte. En Amman iban concentrándose incesantemente tropas destinadas a reforzar Maan, cuando las condiciones de aprovisionamiento lo permitieran. La reserva de suministros estaba siendo transportada desde Damasco, en la medida en que lo permitían los ataques aéreos de la Real Fuerza Aérea desde Palestina.

Para hacer frente a esto, Nasir, nuestro mejor general guerrillero, había sido encargado de antemano por Zeid de hacer algo contra el ferrocarril. Se hallaba acampado en Wadi Hesa con Hornby, cargado de explosivos, y con la sección del Cuerpo de Camelleros del Ejército egipcio, entrenada por Peake para ayudarlo en las demoliciones. Tiempo, hasta que Allenby se repusiera, era lo que teníamos que conseguir, y Nasir podía ayudarnos mucho, si nos garantizaba un mes de respiro, haciendo de invisible fantasma contra el Ejército turco. Si fracasaba, no podíamos prever sino el reforzamiento de Maan y un ataque del revigorizado enemigo contra Aba el Lissan.

CAPÍTULO XCVI

Nasir atacó la estación de Hesa a su viejo estilo, cortando la vía por el norte y por el sur la noche antes, y abriendo un intenso bombardeo contra los edificios, cuando hubo luz bastante para poder ver. Reasim era el artillero, y el cañón, nuestra vieja antigualla Krupp de Medina, Weyh y Tafileh. Cuando los turcos empezaron a debilitarse, los árabes cargaron contra la estación, actuando a la cabeza los beni sajr y los howeitat.

No tuvimos, por supuesto, un solo muerto; como era lo habitual en nuestra táctica, Hornby y Peake redujeron el lugar a un montón de ruinas. Volaron el pozo, los tanques, las máquinas, las bombas, los edificios, tres puentes, el material rodante almacenado y unas cuatro millas de raíles. Al día siguiente, Nasir avanzó hacia el norte, y destruyó la estación de Faraifra. Peake continuó su trabajo ese día y al día siguiente. En conjunto parecía ser ésta nuestra mayor labor de demolición. Así que decidí ir a verla por mí mismo.

Una docena de mis hombres vinieron conmigo. Por debajo de la loma de Rasheidiya vinimos a dar al árbol solitario, Sheyerat el Tayar. Mis hauranis sofrenaron las

riendas bajo sus espinosas ramas, de las que pendían en jirones las prendas ofrecidas por los viajeros. Mohammed dijo: «A ti te toca, Mustafá.» Y renuentemente, Mustafá se bajó de su silla y fue quitándose una a una todas sus prendas, hasta quedar casi desnudo, momento en que se tumbó arqueado sobre el ruinoso montón de piedras. Los otros hombres desmontaron, cogieron cada uno una espina, y con solemnidad se las fueron clavando (duras y agudas como metal) profundamente en su carne, dejándolas allí. Los aggeyl se quedaron mirando boquiabiertos la ceremonia, pero antes de que terminara se bajaron de un salto como monos de imitación, sonriendo obscenamente, y le hirieron también con las espinas donde más daño podían hacerle. Mustafá se quedó allí temblando quietamente, hasta oír a Mohammed decir: «Levántate», empleando la inflexión femenina. Tristemente se arrancó las espinas, se vistió de nuevo y volvió a montar. Abdulla no sabía la razón del castigo, y la actitud de los hauri me dio a entender que no querían que les preguntara. Llegamos a Hesa para encontrarnos allí a Nasir, con seiscientos hombres, escondidos bajo los acantilados y los arbustos, por temor a una incursión aérea enemiga, que había matado ya a varios. Otra bomba había caído en una charca, mientras once camellos se hallaban bebiendo, y los había arrojado a todos, muertos, formando un anillo en torno al agua, entre tronchadas flores de adelfa. Escribimos al vicemariscal del Aire, Salmond, para que llevara a cabo un contraataque en venganza.

La vía férrea se hallaba aún en manos de Nasir, y cada vez que disponían de explosivos, Hornby y Peake trabajaban en ella. Habían volado una zanja, y se hallaban desarrollando un nuevo tipo de demolición de raíles, desmantelando cada tramo a viva fuerza, después de haberlo cortado. Desde Sultaní, en el norte, hasta Yurd, en el sur, los daños de la vía iban extendiéndose. Catorce millas. Nasir había comprendido plenamente la importancia de mantener su actividad, y podía confiarse en que continuara con ella. Había encontrado una cómoda cueva a prueba de bombardeos entre dos acantilados de caliza que, articulados como unos dientes, sobresalían de la verde ladera. El calor y las moscas del valle aún no resultaban insoportables. Había agua corriente y fértiles pastos. Detrás estaba Tafileh; y en caso de sentirse fuertemente presionado, sólo tenía que enviar un mensaje y el campesinado montado de los alrededores, con sus rudos jamelgos tintineantes, vendría a prestarle apoyo.

El día de nuestra llegada, los turcos habían enviado una fuerza de camelleros, caballería e infantería, para recuperar Faraifra, como primera parte de su contraataque. Nasir de inmediato salió a hacerles frente. Y, mientras sus ametralladoras mantenían agachados a los turcos, los abu tayi cargaron hasta una distancia de cien yardas de la semidesmoronada pared rocosa que les servía de única defensa, aislando a todos los camellos y parte de los caballos. Exponer

animales de monta a la vista de los beduinos era la mejor manera de perderlos.

Luego, bajé con Auda, cerca de la horcajadura del valle, en el momento en que se oyó sobre nuestras cabezas la vibración y el jadeo de los motores Mercedes. La naturaleza se quedaba quieta ante aquel ruido dominante, y hasta los pájaros y los insectos se apaciguaban. Nos arrastramos entre los pedruscos caídos, y oímos caer la primera bomba en la parte baja del valle donde Peake tenía su campamento escondido entre un mato de adelfas de doce pies de altura. Los aparatos venían volando en nuestra dirección, ya que las siguientes bombas se oyeron más cerca; y la última cayó justo enfrente de nosotros, con un rugido estremecedor y polvoriento, cerca de donde estaban los camellos que habíamos capturado.

Cuando el humo se hubo despejado, vimos a dos de ellos pataleando agónicamente en el suelo. Un hombre sin rostro, que chorreaba sangre de una roja herida abierta en torno a su cuello, cayó chillando en dirección a las rocas donde estábamos. Iba chocando ciegamente con unos y otros, tropezando y trastabillando con los brazos extendidos, enloquecido de dolor. En un cierto momento se quedó quieto en el suelo, y los que nos habíamos apartado de él nos dispusimos a acercarnos, pero estaba muerto.

Volví a buscar a Nasir, que se hallaba a salvo en su cueva junto con Nawaf el Faiz, hermano de Mizgal, jefe de los beni sajr. Nawaf, hombre astuto, estaba tan pagado de su orgullo y lo cuidaba tanto, que era capaz

de rebajarse a cualquier vileza en privado con tal de preservarlo intacto en público, pero en aquel momento se hallaba loco de enojo, como todos los faiz, tan inseguro como ellos, y con los ojos parpadeantes.

Nuestro conocimiento de antes de la guerra había vuelto a renovarse en secreto un año antes, cuando tres de nosotros nos introdujimos sigilosamente al anochecer en sus ricas tiendas, cerca de Ziza. Fawaz, cabeza de los faiz, era un notable árabe miembro notorio del grupo de Damasco, y prominente personalidad del partido independentista. Me recibió con amables palabras, otorgándome su hospitalidad, nos alimentó espléndidamente y sacó, una vez finalizada nuestra charla, sus más ricas colchas de dormir.

Llevaba durmiendo una hora o dos, cuando una pesada voz vino a susurrarme al oído a través de una barba atufada de humo. Era Nawaf, el hermano, quien me dijo que, a pesar de su amistosa apariencia, Fawaz había enviado mensajeros a Ziza y que dentro de poco estarían allí las tropas turcas para detenerme. Ciertamente estábamos atrapados. Mis árabes, acurrucados en su sitio, se disponían a pelear como animales acorralados y a llevarse unos cuantos enemigos por delante antes de morir. Semejante táctica me disgustaba. Cuando el combate llegaba a la lucha cuerpo a cuerpo, me sentía acabado. El desagrado que en mí despertaba la posibilidad de ser tocado me sublevaba más que la idea de la muerte o de la derrota, tal vez porque una terrible lucha de este tipo en mi

juventud me había dejado un permanente miedo al contacto, o tal vez porque reverenciaba tanto mi ingenio y despreciaba de tal modo mi cuerpo que no quería agradecer al segundo la vida del primero.

Le pedí en voz baja consejo a Nawaf. El se arrastró al otro lado de la cortina de la tienda; nosotros lo seguimos arrastrando mis pocas pertenencias metidas en la alforja. Tras la siguiente tienda, que era la suya, se hallaban los camellos, arrodillados y ensillados. Los montamos con circunspección. Nawaf sacó su yegua y nos siguió, con su rifle cargado sobre los muslos, hasta la vía férrea, y tras cruzarla, al pleno desierto. Allí nos marcó la dirección de las estrellas hasta nuestro destino en Bair. Unos pocos días más tarde, el jeque Fawaz estaba muerto.

CAPÍTULO XCVII

Le expliqué a Feisal que el corte de vías que estaba llevando a cabo Nasir duraría aún otro mes, y, cuando los turcos se hubieran zafado de él, tendríamos aún otro mes antes de que pudieran atacarnos en Aba el Lissan. Para entonces, nuestros nuevos camellos estarían listos para ser usados en una ofensiva desencadenada por nosotros mismos. Le sugerí que pidiéramos a su padre, el rey Hussein, que trasfiriera a Akaba las unidades regulares que en ese momento estaban con Alí y Abdulla. Su refuerzo incrementaría nuestras fuerzas hasta un total de diez mil efectivos en hombres de uniforme.

Podíamos dividirlos en tres partes. Una unidad fija, que configuraría una fuerza de retén para mantener tranquilo el sector de Maan. Un millar, montado en nuestros nuevos camellos, para atacar el sector Deraa-Damasco. El resto formaría una segunda expedición, de dos o tres mil infantes, que podría desplegarse por el territorio de los beni sajr, para conectar con Allenby en Jericó. La incursión montada de largo alcance, al tomar Deraa o Damasco, obligaría a los turcos a sacar de Palestina una división, o incluso dos, para poder

reestablecer las comunicaciones. Debilitando de este modo al enemigo, daríamos a Allenby la posibilidad de hacer avanzar sus líneas, como mínimo hasta Nablus. La caída de Nablus cortaría las comunicaciones laterales que hacían fuertes a los turcos de Moab, lo que los obligaría a retirarse hacia Amman, cediéndonos el tranquilo control de la desembocadura del Jordán. En la práctica, lo que proponía yo es que se emplearan a los árabes del Hauran para permitirnos llegar hasta Jericó, a medio camino de nuestra meta final en Damasco. Feisal se mostró de acuerdo con la propuesta, y me dio cartas para su padre, aconsejándolo en este sentido. Desgraciadamente, el anciano se sentía, en aquel momento, poco dispuesto a oír sus consejos, debido al odio envidioso que empezaba a sentir por su hijo, quien estaba haciéndolo demasiado bien y gozaba de una desproporcionada ayuda de los británicos. Para tratar con el rey confié en la acción conjunta de Wingate y Allenby, sus proveedores de dinero. Y decidí ir personalmente a Egipto, para presionarlos a que le escribieran cartas lo suficientemente perentorias. En El Cairo, Dawnay se mostró de acuerdo tanto con el traslado de los regulares del sur como con la ofensiva independiente. Fuimos a ver a Wingate, lo discutimos y lo convencimos de que las ideas eran buenas. Escribió cartas al rey Hussein, aconsejándole el reforzamiento de los efectivos de Feisal. Lo presioné para que le hiciera ver bien a las claras que la continuidad de los subsidios de guerra dependía de que diera curso a

nuestros consejos; pero se negó a mostrarse firme, y redactó la carta en términos corteses, que eran una pérdida de tiempo con el duro y suspicaz anciano de La Meca.

El esfuerzo, no obstante, nos parecía tan prometedor que fuimos a ver también a Allenby, para solicitarle su ayuda ante el rey. En el Cuartel General, notamos una atmósfera bien diferente. El lugar, como siempre, estaba pletórico de energías y esperanzas, pero esta vez la lógica y la coordinación se manifestaban de manera poco común. Allenby mostraba una curiosa ceguera de juicio a la hora de elegir sus hombres, debido en gran parte a su positiva grandeza, que le hacía considerar superfluas las cualidades de sus subordinados; y Chetwode, no contento aún con lo conseguido, se había interpuesto de nuevo, instalando a Bartholomew, su propio jefe de Estado Mayor, en el tercer puesto de la jerarquía. Bartholomew, que no estaba dotado, como Dawnay, de excesiva imaginación, resultaba aún más intrincado y distinguido como soldado, mucho más cuidadoso y concienzudo, y parecía un amistoso líder de grupo.

Desplegamos ante él nuestro plan, con vistas a echar a rodar el balón en otoño, en la esperanza de que nuestros primeros empujes le posibilitaran su ulterior y vigorosa venida en nuestra ayuda. Nos escuchó sonriendo, y dijo que llegábamos tres días tarde. Su nuevo ejército estaba llegando a tiempo de Mesopotamia y la India, y se estaban llevando a cabo prodigiosos avances en el agrupamiento y entreno de

tropas. El quince de junio, en una conferencia privada, se había llegado a la conclusión ampliamente compartida de que el Ejército sería capaz de llevar a cabo una ofensiva general y sostenida para septiembre.

El cielo, en verdad, empezaba a abrirse ante nosotros, y fuimos hasta Allenby, quien dijo francamente que a finales de septiembre desencadenaría un gran ataque, para cumplir el plan de Smut, llegando hasta Damasco y Aleppo. Nuestro papel sería el que habíamos trazado en la anterior primavera: debíamos llevar a cabo el ataque contra Deraa con los dos mil nuevos camellos. Las fechas y detalles quedarían fijadas en las semanas próximas, según fueran tomando cuerpo los cálculos de Bartholomew.

Nuestras esperanzas de victoria habían quedado demasiadas veces en nada como para dar esto por seguro. Así que como segunda providencia obtuve la bendición de Allenby para el traslado de los contingentes vestidos de kaki de Alí y Abdulla, y salí así fortalecido rumbo a Yeddah, donde no tuve más éxito del esperado. Al rey le habían llegado rumores de mis propósitos, y se refugió, con pretexto del Ramadán, en La Meca, su inaccesible capital. Hablamos por teléfono, refugiándose el rey Hussein en la incompetencia de los telefonistas de La Meca cada vez que la conversación tomaba un giro peligroso. Mi atiborrada cabeza no estaba para farsas, de modo que le colgué, volví a

meter las cartas de Feisal, Wingate y Allenby en mi bolsa, y regresé a El Cairo en el siguiente barco.

LIBRO IX
PREPARÁNDOSE PARA EL ESFUERZO FINAL

Capítulos XCVIII a CVI

Allenby, con una fulminante incorporación de refuerzos de la India y Mesopotamia, superó todas las expectativas de tal modo que pudo dedicarse a planear la ofensiva de otoño. El casi equilibrio de fuerzas por ambas partes significaba que la victoria dependería de su sutileza a la hora de engañar a los turcos, haciéndoles creer que todo el peligro estaba al otro lado del Jordán.

Nosotros podíamos ayudarle quedándonos quietos durante seis semanas, fingiendo una debilidad que indujera a los turcos a atacar.

Los árabes, entonces, deberían reaparecer en el momento crítico, cortando las comunicaciones ferroviarias de Palestina.

Semejante engaño dentro del engaño requería una planificación de tiempos de lo más precisa, ya que el equilibrio de fuerzas se rompería tanto si los turcos se retiraban prematuramente de Palestina como si atacaban prematuramente a los árabes al otro lado del Jordán. Pedimos prestados a Allenby algunos efectivos del Cuerpo Imperial de Camelleros, para dar mayor viveza a nuestra supuesta situación crítica; entre tanto,

las operaciones contra Deraa seguían adelante, sin otro contratiempo que una extemporánea muestra de celos por parte del rey Hussein.

CAPÍTULO XCVIII

El once de julio, Dawnay y yo nos hallábamos de nuevo hablando con Allenby y Bartholomew, y gracias a su generosidad y confianza, conocimos las entretelas de la mente de un general. Era toda una experiencia: técnica, tranquilizadora y muy valiosa para mí, ya que en cierto modo también yo era un general a mi propia y extraña manera. Bols estaba de asueto, mientras los planes se elaboraban. También sir Walter Campbell se hallaba ausente; Bartholomew y Evans, sus delegados, confabulaban para reordenar el transporte de tropas, sin tomar en cuenta las formaciones, con una elasticidad tal que pudieran ser empleadas para cualquier fin.

La confianza de Allenby era como un muro. Antes del ataque fue a visitar a sus tropas reunidas en secreto, esperando la señal, y les dijo que estaba seguro, con su ayuda, de conseguir treinta mil prisioneros. ¡Y esto cuando todo era un puro albur! Bartholomew estaba nervioso al máximo. Dijo que sería una tarea imposible tener reorganizado todo el ejército para septiembre, y que, incluso, caso de estar listos (concretamente, algunas brigadas sólo existieron como

tales en el momento de entrar en combate), no había por qué suponer que el ataque tuviera que producirse tal como estaba planeado. Podía desencadenarse tan sólo en el sector costero, en el extremo opuesto de Ramlegh, el nudo ferroviario, único sitio donde podían reunirse las necesarias reservas de suministros. Esto era algo tan obvio que no podíamos soñar que los turcos pudieran estar tan ciegos, aunque por el momento sus preparativos lo ignoraban.

El plan de Allenby consistía en concentrar el grueso de la infantería y toda su caballería bajo los naranjales y los olivares de Ramlegh poco antes del diecinueve de septiembre. Simultáneamente, esperaba poder llevar a cabo en el valle del Jordán una serie de pruebas de fuerza que llegaran a convencer a los turcos de un incremento de la concentración de tropas en aquel sector. Las dos incursiones sobre Salt habían fijado los ojos de los turcos exclusivamente al otro lado del Jordán. Cada movimiento allí realizado, tanto por los británicos como por los árabes, se veía seguido de contramedidas por parte de los turcos, que mostraban cuán llenos de miedo se hallaban. En el sector costero, en cambio, donde estaba el área de mayor peligro, el enemigo tenía desplegados absurdamente muy pocos hombres. El éxito dependía de seguir manteniéndolos en tan fatal error.

Tras el éxito de Meinertzhagen, los faroles, que para los generales corrientes no eran sino ingeniosos entremeses de la batalla, se convirtieron para Allenby en su principal apoyo estratégico. Según esto,

Bartholomew debería plantar (cerca de Jericó) todas las tiendas de desecho de Egipto; debería trasladar allí hospitales veterinarios y contingentes para enfermos; debería situar falsos campamentos, falsos caballos y falsas tropas, donde quiera que resultara plausible; debería tender más puentes sobre el río, reunir todos los cañones capturados y hacerlos funcionar contra el territorio enemigo; y en los días adecuados, debería ordenar movimientos de tropas no combatientes por los polvorientos caminos, para dar la impresión de concentraciones previas a un ataque. Al mismo tiempo, la Real Fuerza Aérea debía llenar los cielos con formaciones por parejas de los últimos aparatos de combate. La preponderancia de los mismos privaría durante días al enemigo de las ventajas del reconocimiento aéreo.

Bartholomew deseaba que complementáramos sus esfuerzos con todo vigor e ingenio, desde nuestro lado de Amman. Pero nos advirtió que, aun con esto, el éxito pendería de un hilo, dado que los turcos podrían salvarse y salvar su ejército, y dejarnos con un palmo de narices, con sólo retirarse siete u ocho millas en dirección de su sector costero. El Ejército británico quedaría entonces como un pez revolviéndose en la arena, con sus ferrocarriles, su artillería pesada, sus depósitos, sus almacenes y todos sus campamentos desplazados, y sin olivares en los que esconder su siguiente concentración. Así que al tiempo que nos garantizaba que los británicos estaban haciendo cuanto estaba en sus manos, nos imploraba que no

comprometiéramos a los árabes, en su nombre, en ninguna posición de la que no pudieran escapar.

Tan noble perspectiva nos devolvió a Dawnay y a mí a El Cairo cabizbajos y meditabundos. Las noticias llegadas de Akaba planteaban de nuevo el problema de defender el altiplano frente a los turcos, que acababan de expulsar a Nasir de Hesa y contemplaban la posibilidad de un golpe contra Aba el Lissan hacia finales de agosto, por las fechas en que tenía prevista su salida nuestro destacamento de Deraa. A menos que pudiéramos distraer a los turcos durante otra quincena, su amenaza podía dejarnos cojitrancos. Se requería la intervención urgente de un factor nuevo.

En semejante coyuntura, Dawnay tuvo la inspiración de pensar en lo que quedaba del Cuerpo Imperial de Camelleros. Tal vez el Cuartel General pudiera prestárnoslo para confundir a los reconocimientos turcos. Telefoneamos a Bartholomew, quien lo entendió, y pasó nuestra propuesta a Bols en Alejandría, y a Allenby. Tras un activo intercambio telegráfico, tuvimos vía libre. El coronel Buxton, junto con trescientos hombres, nos fue cedido durante un mes con dos condiciones: primera, que deberíamos en adelante comunicar nuestro plan de operaciones; segundo, que no habría bajas. Bartholomew se sintió en la obligación de disculparse por esta última, magnífica y alentadora condición, ¡que consideraba poco llena de espíritu militar!

Dawnay y yo nos sentamos frente al mapa, y establecimos que Buxton debería trasladarse desde el

Canal a Akaba, y de allí, atravesando Rumm, cargar sobre Mudowwara de noche; desde allí, pasando por Bair, destruir el puente y el túnel próximos a Amman, y volver a Palestina el treinta de agosto. Su actividad nos proporcionaba un mes de calma, durante el cual nuestros dos mil nuevos camellos podrían aprender a pastar, mientras transportaban la impedimenta y el forraje extra que la fuerza de Buxton habría de necesitar.

Mientras trabajábamos en este plan, nos llegó de Akaba uno más elaborado, preparado gráficamente por Young para Joyce, sobre la base de nuestro acuerdo de junio para las operaciones árabes independientes en el Hauran. Tenía calculados la comida, municiones, forraje y transporte para dos mil hombres de todos los grados, desde Aba el Lissan hasta Deraa. Había tenido en cuenta todos nuestros recursos y previsto las fechas en que nuestros aprovisionamientos estarían completos, pudiendo comenzar el ataque hacia noviembre.

Aun cuando Allenby tuviera la posibilidad de hacer avanzar a todo su ejército, este plan se habría venido abajo por sí mismo. Dependía del inmediato reforzamiento del Ejército árabe de Aba el Lissan, a lo que el rey Hussein se había negado; por otro lado, noviembre estaba demasiado próximo al invierno, con sus caminos enlodados e intransitables en la zona del Hauran.

El tiempo y las fuerzas disponibles podían ser materia de discusión; pero Allenby estaba dispuesto a

atacar el diecinueve de septiembre, y quería que nosotros arrancáramos no más de cuatro ni menos de dos días antes que él. Sus palabras concretas habían sido que tres hombres y un niño armados con pistolas delante de Deraa el dieciséis de septiembre bastarían para cubrir sus objetivos; y siempre serían mejor que miles de hombres una semana antes o una semana después. La verdad era que lo que menos le importaba era nuestra capacidad de lucha, ya que no contaba con nosotros como parte de sus fuerzas tácticas. Nuestra finalidad, a sus ojos, era moral, psicológica, diatética, para mantener al mando enemigo con los ojos puestos en el frente trasjordano. En mi condición de inglés compartía su punto de vista, pero mi lado árabe consideraba la agitación y la batalla como igualmente importantes, una para apoyar el éxito conjunto, y la otra para mantener el pundonor árabe, sin el que la victoria nunca quedaría completa.

Así que, sin vacilar, dejamos de lado el plan de Young y volvimos a trabajar sobre el nuestro. Llegar a Deraa desde Aba el Lissan nos tomaría una quincena; el corte de las tres líneas férreas y la retirada al desierto para reorganizarnos, otra semana. Nuestros hombres de ataque deberían llevar provisiones para tres semanas. La idea general de lo que esto implicaba la tenía claramente en mi cabeza, llevábamos dos años haciéndolo, y de inmediato expresé a Dawnay mi cálculo de que para dos mil camellos, sin almacenamientos previos o columnas suplementarias de suministro, bastaría con quinientos regulares de

infantería montada, la batería francesa de montaña de 65 pulgadas y fuego rápido, las ametralladoras proporcionales, dos carros blindados, zapadores, camellos exploradores y dos aeroplanos hasta concluir nuestra misión. Lo que parecía una lectura más bien generosa de los tres hombres y el muchacho de Allenby. Se lo comunicamos a Bartholomew, y recibimos la bendición del Cuartel General.

Young y Joyce no se mostraron tan complacidos cuando volví para decirles que el gran plan había sido desechado. No dije que sus planes fueran excesivamente desequilibrados y tardíos: eché el peso de las culpas al plan de recuperación de Allenby. Mi nueva propuesta —para la que de antemano había solicitado su ayuda— era una intrincada operación coordinada que habría de ocuparnos el siguiente y cargado mes y medio, en la que se incluían una razzia de distracción a cargo del Cuerpo de Camelleros británico y la incursión principal, que debía sorprender a los turcos cerca de Deraa.

Joyce pensaba que me había equivocado. Introducir extranjeros en el plan significaba rebajar a los árabes, y dejarles partir un mes más tarde podía ser aún peor. Young respondió con un testarudo y combativo «imposible» a mi propuesta. El Cuerpo de Camelleros acapararía los camellos de carga, que, de otro modo, habrían permitido que la fuerza de Deraa alcanzara su objetivo. Con mi intento de hacer dos cosas muy ambiciosas, lo único que conseguiría era no hacer nada. Yo defendí mi postura y tuvimos una discusión.

En primer lugar, ataqué a Joyce en lo referente al Cuerpo Imperial de Camelleros. Llegarían un día por la mañana a Akaba —sin que los árabes pudieran sospechar de ellos— y se esfumarían con igual presteza en dirección a Rumm. De Mudowwara al puente de Kissir, avanzarían por el desierto, fuera de la vista del Ejército árabe, y sin que los aldeanos se enteraran de su presencia. La ambigüedad resultante haría que el servicio de información enemigo concluyera que toda la difunta brigada camellera se hallaba en el frente de Feisal. Semejante refuerzo inesperado para Feisal haría a los turcos sentirse muy vulnerables en lo referente a su seguridad viaria, mientras que la aparición de Buxton en Kissir, aparentemente en funciones de reconocimiento preliminar, reforzaría las más descabelladas fantasías sobre un posible y cercano ataque nuestro sobre Amman. Joyce, desarmado por este razonamiento, me apoyó en adelante con su opinión favorable.

En cuanto a los problemas de transporte de Young, no me sentía en absoluto identificado con ellos. El, un recién llegado, decía que mis problemas eran insolubles, y, sin embargo, yo había llevado a cabo acciones similares de manera informal, y sin la mitad de su capacidad y su concentración, y sabía que no eran ni siquiera difíciles. En lo referente al Cuerpo de Camelleros, lo dejamos pechar con pesos y horarios, puesto que el Ejército británico era su profesión, y aunque no podía prometer nada (salvo que no podía hacerse), la cosa por supuesto se hizo, y dos o tres

días antes del tiempo previsto. La incursión sobre Deraa era otra cuestión bien distinta, y punto por punto fui discutiendo con él sobre su naturaleza y equipamiento.

Eliminé el forraje, que era el ítem más pesado, hasta después de Bair. Young ironizó sobre el aguante de los camellos, pero aquel año los pastos eran abundantes en la región de Azrak Deraa. De las provisiones de boca de los hombres eliminé la correspondiente al segundo ataque, y la de la jornada de vuelta. Young expresó en voz alta que tal vez los hombres tendrían que luchar muertos de hambre. Le expliqué que viviríamos de lo que daba el país. Young pensaba que se trataba de un país demasiado pobre para vivir de él. Yo lo califiqué de muy bueno.

Dijo que los diez días de marcha, volviendo a la base tras el ataque, serían días de ayuno; pero yo no tenía intención de volver a Akaba. ¿Podía, pues, explicarle si era la derrota o la victoria lo que yo tenía en mente? Yo le señalé que cada hombre montaba un camello, y que si matábamos aunque sólo fuera seis camellos al día, tendríamos carne suficiente para alimentar toda la tropa en abundancia. Esto, sin embargo, no lo tranquilizó. Seguí recortando su gasolina, sus carros, su munición y todo lo demás, hasta la cantidad estricta, sin márgenes, que se ajustara a nuestros planes. En respuesta se mostró agresivamente ordenancista. Yo esgrimí mi ya viejo teorema de que actuábamos ayudados por nuestra irregularidad y vencíamos a los turcos gracias a nuestra

imprevisibilidad. El esquema de Young fallaba porque era en exceso preciso.

En vez de ello, marcharíamos en caravana con mil hombres hasta Azrak, donde completaríamos las concentraciones de tropas el trece de septiembre. El dieciséis rodearíamos Deraa y cortaríamos sus vías férreas. Dos días más tarde retrocederíamos hacia el este del ferrocarril del Heyaz y esperaríamos acontecimientos por parte de Allenby. En previsión de posibles accidentes, compraríamos centeno en Yebel Druse, y lo almacenaríamos en Azrak.

Nuri Shaalan nos acompañaría con un contingente de rualla; también vendrían los serdiyeh, los serahin y los campesinos haurani de la «Tierra Cóncava», que estaban bajo el mando de Talal el Heredhin. Young consideró todo aquello una deplorable aventura. Joyce, a quien había encantando nuestra pelea de perros, estaba dispuesto a intentarlo, aunque pensaba que yo era demasiado ambicioso. No obstante, yo estaba seguro de que ambos harían cuanto estuviera en sus manos, puesto que todo estaba ya decidido; y Dawnay había ayudado a concretar el lado organizativo, consiguiendo en el Cuartel General que nos cedieran a Stirling, un hábil oficial de estado mayor, lleno de tacto y prudencia. La pasión de Stirling por los caballos era un buen pasaporte para intimar con Feisal y los demás jefes árabes. Entre los oficiales árabes distribuimos unas cuantas medallas militares británicas, premio a su gallardía en el asedio de Maan. Estas muestras de estima por parte de Allenby enardecieron al Ejército

árabe. Nuri Pachá Said se ofreció a comandar la expedición sobre Deraa, ya que su valor, su autoridad y su frialdad lo designaban como el líder ideal. Y empezó a elegir para ello a los mejores cuatrocientos hombres de su ejército.

Pisani, el comandante francés, confortado con una Cruz Militar, y deseoso de conseguir una D.S.O.[34] se hizo personalmente cargo de los cuatro cañones Schneider que Cousse nos había enviado tras la marcha de Bremond, y se pasó las horas muertas con Young, tratando de colocar la munición prevista y el forraje de las mulas, con sus hombres y su propia cocina privada, sobre la mitad de los camellos requeridos. El campamento bullía de actividad y prisas, y todo parecía prometedor.

Nuestras propias peleas familiares resultaban fatigantes, pero inevitables. La cuestión árabe había rebasado nuestra tosca organización. Pero aquél era probablemente el acto final, y con un poco de paciencia podíamos hacer que nuestros recursos del momento sirvieran. Los problemas tenían sólo lugar entre nosotros, y gracias al magnífico desinterés de Joyce conservábamos el suficiente espíritu de equipo como para evitar una quiebra completa, por despótico que yo pudiera parecer; yo disponía de una reserva de seguridad personal para llevar adelante todo el asunto, si el caso lo requería, con mis solos recursos. Ellos solían pensar que sólo la jactancia podía llevarme a

---

[34] «(Companion of the) Distinguished Services Order»: Encomienda de la Orden de Servicios Distinguidos. *(N. del T.)*

afirmar tal cosa, pero mi seguridad no radicaba tanto en mi capacidad para hacerlo todo perfectamente como en mi tendencia a remendar las cosas de algún modo, en lugar de abandonarlas a su suerte.

CAPÍTULO XCIX

Estábamos ya a finales de julio, y hacia finales de agosto la expedición a Deraa debía ponerse en camino. Entre tanto, el Cuerpo de Camelleros de Buxton debía ser encaminado a cumplir su cometido, Nuri Shaalan debía ser avisado, había que mostrar la ruta de Azrak a los carros blindados y debían hallarse campos de aterrizaje para los aeroplanos. Un mes muy ocupado. Nuri Shaalan, el más alejado, era lo primero a resolver. Fue convocado para un encuentro con Feisal en Yefer hacia el siete de agosto. La tropa de Buxton parecía ser la segunda necesidad. Le comuniqué a Feisal, bajo secreto, su venida. Para garantizar que no hubiera bajas, debían atacar Mudowwara por absoluta sorpresa. Yo mismo los guiaría hasta Rumm, en la primera marcha crucial por entre lo que quedaba de los howeitat en torno a Akaba.

Según esto, bajé hasta Akaba, donde Buxton me permitió explicar a cada compañía las características de su marcha, y la impaciente naturaleza de los Aliados, a los cuales, sin ser solicitados, habían venido a ayudar, rogándoles que pusieran la otra mejilla, caso de haber algún conflicto; en parte porque estaban

mejor educados que los árabes, y por tanto menos cargados de prejuicios, y en parte también porque eran muy pocos. Luego de estas solemnidades, vino la marchó por la opresiva garganta de Itm, bajo los rojos acantilados del Neyd y sobre las curvas parecidas a senos del Imran —ese lento preludio de la grandeza de Rumm—, hasta atravesar la hendidura situada ante la roca de Juzail y penetrar en el santuario interior de los manantiales con su frescura digna de adoración. Allí el paisaje dejaba de ser accesorio, para emular a los cielos, y nosotros, balbucientes humanos, caímos rendidos a sus pies.

En Rumm los hombres de Buxton tuvieron su primera experiencia de abrevar en pie de igualdad con los árabes, y lo encontraron lleno de complicaciones. No obstante, eran tipos maravillosamente suaves, y Buxton, un viejo oficial de Sudán, que hablaba árabe y comprendía el modo de ser nómada, era muy paciente, bienhumorado y simpático. Hazaa ayudó a reprender a los árabes, y Stirling y Marshall, que acompañaban a la columna, estaban familiarizados con los beni atiyeh. Gracias a su diplomacia, y al cuidado puesto por oficiales y tropa, nada ocurrió.

Permanecí en Rumm el primer día, mudo ante la irrealidad de aquellos muchachos saludables, como colegiales crecidos con sus pantalones cortos y sus camisas de manga corta, viéndolos pasear, anónimos e irresponsables, por los acantilados que habían constituido mi reserva privada. Tres años en el Sinaí habían servido para tostar el color de sus curtidas

caras, en las que los ojos azules vacilaban débilmente frente a la oscura y fanática mirada del beduino. Por lo demás, eran gente de cara ancha, frente angosta y rasgos romos, frente a los finamente trazados de los árabes, a quienes generaciones de endogamia habían ido afilando hasta alcanzar una luminosidad de más antigua prosapia que los primitivos, pecosos y honestos ingleses. Los soldados del resto de Europa parecían desmañados al lado de nuestros magros compatriotas, pero, frente a mis flexibles neydís, los británicos a su vez parecían desmañados.

Me volví luego a Akaba, atravesando las altas murallas de Itm, esta vez en compañía de sólo seis silenciosos guardias, que me seguían como sombras, armoniosos y sumergidos en sus naturales elementos, la arena, los matojos y las colinas; y la nostalgia cayó sobre mí, haciéndome sentir agudamente mi vida de descastado entre aquellos árabes, mientras explotaba sus más altos ideales y hacía de su amor a la libertad un instrumento más de la victoria inglesa.

Estaba anocheciendo, y sobre la recta cadena del Sinaí que tenía enfrente, el sol poniente aparecía en su ocaso, con su esfera brillando estravagantemente ante mis ojos, porque yo me hallaba mortalmente cansado de mi vida, y añoraba como nunca antes los lánguidos cielos de Inglaterra. Aquel atardecer era feroz, estimulante, bárbaro; revivía los colores del desierto como en un boceto —como de hecho hacía cada atardecer, renovando el milagro de su fuerza y su calor—, mientras mi melancolía iba hacia los débiles

fríos y las grises nieblas, donde el mundo no resultaba tan cristalinamente claro, tan definidamente bueno o malo.

Nosotros, los ingleses que llevábamos años viviendo entre extranjeros, íbamos siempre revestidos del orgullo de nuestro añorado país, aquella extraña entidad de la que no formaban parte sus habitantes, porque quienes más aman a Inglaterra generalmente son quienes menos aman a los ingleses. Allí, en Arabia, por las necesidades de la guerra, yo estaba sacrificando, inevitablemente, mi honradez a su seguridad.

En Akaba se había reunido el resto de mi guardia de corps, preparado para la victoria, porque yo había prometido a los que eran del Hauran que pasarían su gran fiesta en sus aldeas liberadas[35], y la fecha estaba próxima. Así que, por última vez, pasamos revista sobre la ventosa playa, a la orilla del mar, con el sol rivalizando en su brillo sobre las olas con mis hombres centelleantes. Eran sesenta en total. Raramente había logrado Zaagi reunir tantas de sus tropas, y mientras avanzábamos por las tostadas colinas en dirección a Guweira, se ocupaba en distribuirlos a la manera ageyl, en centro y alas, con poetas y cantores a izquierda y derecha. De modo que nuestro avance marchaba al

---

[35] Por las fechas, parece referirse al *Id al-Kebir* («Fiesta Grande») o *Id al-Qurban* («Fiesta del Sacrificio»), con que se celebran en todo el Islam los últimos ritos de la peregrinación, el décimo día de Zul-Hiyyah, finales de agosto o primeros de septiembre, según el año lunar. *(N. del T.)*

son de la música. Y lo único que le dolía era no tener una bandera, como un príncipe.

Yo iba montado en mi Ghazala, la vieja abuela camella, de nuevo en magnífica forma. Su cría había muerto hacía poco, y Abdulla, que cabalgaba a mi lado, había despellejado su diminuto cadáver, y llevaba la piel seca colgando tras su silla, a modo de baticola. Empezamos bien, gracias a la salmodia de Zaagi, pero después de una hora, Ghazala paró tensa la cabeza, y empezó a caminar de forma inquieta, levantando los pies como si ejecutara una danza de la espada.

Traté de aguijarla, pero Abdulla se me adelantó, se envolvió en su capa y saltó de la silla, con la piel de la cría en la mano. Se plantó salpicando grava frente a Ghazala, que se había quedado quieta, gimiendo suavemente. Sobre el suelo, frente a ella, extendió la pequeña piel de la cría, e hizo que la camella bajara la cabeza. Entonces dejó de llorar y olisqueó por tres veces el seco pellejo recorriéndolo con sus labios; luego, levantó de nuevo la cabeza y, arrancándose, salió al trote. Varias veces al día ocurrió esto, pero luego pareció olvidarse.

En Guweira, Siddons tenía un aeroplano esperándome. Nuri Shaalan y Feisal me querían de inmediato en Yefer. El aire estaba cargado de baches, de modo que apenas conseguimos pasar rozando la cima del Shtar. Yo me preguntaba si no acabaríamos chocando, y casi lo deseaba. Estaba seguro de que Nuri me iba a reclamar el cumplimiento de nuestro poco honorable semirregateo, cuya ejecución me parecía

aún más impura que sus pensamientos. La muerte en el aire podía ser una limpia vía de escape, y sin embargo apenas la esperaba, no por miedo, ya que estaba demasiado cansado para sentirlo, ni por escrúpulos, pues me parecía que nuestras vidas nos pertenecían de modo absoluto y podíamos libremente guardarlas o regalarlas, sino por costumbre, ya que últimamente sólo me había arriesgado cuando parecía beneficioso para la causa.

Me hallaba ocupado en poner mi mente en orden, y observaba que instinto y razón sostenían en mí como siempre una poderosa guerra. El instinto me decía: «Muere», pero la razón me decía que eso era sólo cortar las amarras del espíritu y dejarlo en libertad; mejor era buscar una muerte mental, un lento desgaste del cerebro para sumirlo en semejantes perplejidades. Un accidente podía resultar más vil que una falta deliberada. Si no había dudado en arriesgar mi vida, ¿por qué tanto temor a mancharla? Vida y honor, por lo demás, parecían pertenecer a diferentes categorías, imposibles de ser trocados uno por otra. Yen cuanto al honor, ¿acaso no lo había perdido ya un año atrás, cuando les había asegurado a los árabes que Inglaterra mantendría su palabra?

¿O era nuestro honor como las hojas de la Sibila, que cuanto más se perdía más precioso resultaba lo que quedaba? ¿Era la parte igual al todo? Mi secreto me había privado de un árbitro de mi responsabilidad. La perversión del trabajo físico terminaba por exigir aún más, mientras que la duda perdurable, la interrogación

constante, sumía a mi mente en una vertiginosa espiral, y no me dejaba espacio para pensar.

Así pues, llegamos vivos a Yefer, donde me encontré a Feisal y a Nuri con la más suave disposición de ánimo. Parecía increíble que aquel anciano se hubiera unido por libre voluntad a nuestra juventud, ya que era muy viejo, lívido y gastado, con un aura de tristeza y remordimiento, y una amarga sonrisa como único rasgo móvil de su rostro. Sobre sus castigadas pestañas, sus párpados caían en cansados pliegues, por entre los cuales el sol que brillaba en lo alto provocaba rojos destellos en las cuencas de sus ojos, que semejaban feroces hontanares en los que iba abrasándose. Sólo la muerta negrura de su pelo teñido, sólo la piel muerta de su cara, con sus marcadas arrugas, revelaban sus setenta años.

Celebramos una charla ceremonial en torno a ese parco líder, ya que con él estaban los notables de su tribu, jeques famosos tan cargados de sedas, propias o regaladas por Feisal, que hacían un frufrú como de mujeres al moverse. El primero de todos era Faris, quien, como Hamlet, no perdonaba a Nuri que hubiera matado a su padre, Sottam; era un tipo enjuto de caídos bigotes, y con un rostro inusualmente blanco, que afrontaba la oculta censura del mundo con suaves maneras y una melosa voz de reproche. «Yifham», exclamó con sonoro asombro, «entiende nuestro árabe.» Trad y Sultan se hallaban también allí, abiertos de par en par los ojos, graves y directos; honorables personajes, y grandes jefes de caballería. Feisal

también había traído a Miyhem, el rebelde, y lo había reconciliado con su mal dispuesto tío, que parecía sólo tolerar a medias su diminuta y triste presencia a su lado, aunque las maneras de Miyhem eran ansiosamente amistosas.

Miyhem era también un gran líder. Rival de Trad en la conducción de razzias, pero débil y cruel de corazón. Tomaba asiento al lado de Jalid, hermano de Trad, otro saludable y animoso jinete, parecido a Trad de cara, pero no tan hecho. Durzi ibn Dughmi se hizo notar para darme la bienvenida, recordándome ingratamente su codicia en Nebk, un tipo tuerto, siniestro, y de nariz ganchuda, pesado, amenazador y avaro, pero valiente. Allí estaba Jaffayi, el malcriado hijo de Nuri, quien buscaba mi amistad a causa de su padre, y no por nada que en él pudiera prometer; era lo suficientemente joven para mostrarse contento ante la eventualidad de la guerra y orgulloso de sus relucientes armas nuevas.

Bender, el muchacho risueño, compañero de juegos de Jaffayi, me hizo sonrojar ante todos al pedirme un puesto en mi guardia de corps. Había oído contar a Rahail, su hermano de leche, sus inmoderadas penas y alegrías, y la servidumbre lo atraía con su enfermizo glamour. Me cerré en banda, y como insistiera, lo hice desistir musitándole que yo no era ningún rey para poderme permitir tener sirvientes shaalan. La sombría mirada de Nuri se posó en mí, aprobatoriamente, por un momento.

A mi lado tomaba asiento Rahail, pavoneando su lujuriante ego con ropas estridentes. Bajo la cobertura de una conversación, fue susurrándome los nombres de cada uno de los jefes. Ellos no tenían que preguntar quién era yo, ya que mis ropas y apariencia eran bien conocidas en el desierto. Era una notoriedad llevar la cara afeitada, y aún la redoblaba llevando siempre ropas de sospechosa seda pura, del color más blanco (al menos por fuera), con un ceñidor de cabeza mequí carmesí y oro y una daga de oro. Vestido así reclamaba un lugar que la pública estima de Feisal confirmaba.

Muchas veces en estos consejos había conseguido ganar e inflamar Feisal a nuevas tribus, y muchas veces había tenido yo que realizar ese trabajo; pero nunca hasta este día habíamos actuado tan activamente juntos, reforzándonos y apoyándonos mutuamente, desde polos opuestos; y todo fue como un juego de niños, los rualla se diluyeron bajo la acción de nuestro doble calor. Podíamos moverlos con el tacto y la palabra. Hubo momentos de tensión, cortes de respiración y brillo de fe en sus miradas fijas en nosotros.

Feisal les recordó su nacionalidad con una frase que los hizo pensar en la historia y la lengua árabe; luego, se sumió en el silencio por un rato, ya que para estos iletrados maestros de la lengua, las palabras tienen vida, y quieren saborearlas una a una, sin mezclas, paladeándolas. Otra frase les mostró el espíritu de Feisal, su compañero y líder, que todo lo sacrificaba

por la libertad nacional; y un nuevo silencio, mientras ellos lo imaginaban día y noche en su tienda, enseñando, predicando, ordenando y haciendo amigos, y sintieron algo de la idea que alentaba tras aquel hombre sentado como un icono, despojado de deseos, ambiciones, debilidades y fallos, una personalidad tan rica, esclavizada por una abstracción, reducida a un solo ojo, un solo brazo, un solo sentido y una sola meta, para vivir y morir a su servicio.

Por supuesto que era un hombre-imagen; no carne y sangre, pero sin embargo genuino, puesto que su individualidad había cedido su tercera dimensión como idea, y había renunciado a la riqueza y a los artificios del mundo. Feisal se hallaba oculto en su tienda, encubierto para seguir siendo nuestro líder, aunque en realidad él era el mejor servidor de la nación, su instrumento, no su amo. Y no obstante, en la penumbra de la tienda nada podía parecer más noble.

Siguió conjurando ante ellos al enemigo atrapado siempre en su eterna defensiva, cuya mejor meta era no hacer más de lo necesario. Mientras nosotros, abstinentes, nadábamos calma y fríamente en el amistoso silencio del desierto, hasta que nos viniera en gana llegar a la orilla.

Nuestra conversación estaba astutamente dirigida a iluminar y sacar a la luz sus pensamientos enterrados, de modo que su emoción surgiera de ellos mismos y sus conclusiones fueran propias, y no imbuidas por nosotros. Pronto los pudimos sentir encenderse; nos reclinamos hacia atrás, observándolos moverse y

hablar, vivificándose y comunicándose su calor, hasta que la atmósfera empezó a vibrar, y con frases entrecortadas empezaron a experimentar por primera vez el cosquilleo y la acometida de nociones que estaban más allá de cuanto podían ver. Se pusieron a darnos prisas, pasando a ser ellos los inspiradores y nosotros los haraganes extranjeros, a presionarnos para que pudiéramos comprender plenamente la intensidad de su creencia, olvidándonos, irradiando los medios y la meta de nuestros deseos. Una nueva tribu se había añadido a nuestra comitiva, y el sencillo «Sí» pronunciado al final por Nuri Shaalan expresaba mucho más de lo que todos habían dicho.

En nuestra prédica nada había habido de mero nerviosismo. Hicimos cuanto pudimos por dejar fuera los sentimientos, para que el apoyo que consiguiéramos fuera lento, duradero y libre de sentimentalismos. No queríamos conversos por arroz. Constantemente nos negábamos a entregar nuestro famoso oro a quienes no parecían espiritualmente convencidos. El dinero era sólo una confirmación, el mortero, no la piedra del edificio. Comprar a los hombres hubiera significado construir nuestro movimiento sobre la base del interés, cuando nuestros seguidores debían estar dispuestos a andar todo el camino sin otra mezcla en sus motivaciones que la fragilidad humana. Hasta yo, el extranjero, el impío farsante que inspiraba a un nacionalismo ajeno, me sentía liberado de la odiosa y eterna duda al imitar su

vinculación a la idea, y esto a pesar de la falta de instinto que había en mi propia actuación.

Pues aunque, evidentemente, yo no podía seguir engañándome durante mucho tiempo, mi papel lo representaba con tal convicción que nadie, salvo Joyce, Nesib y Mohammed el Dheilan parecían saber que estaba actuando. Para el instinto, cualquier cosa creída por dos o tres recibe una sanción milagrosa a la que la comodidad individual y la vida humana pueden sacrificarse con toda honradez. Para la razón, en cambio, las guerras nacionalistas suponen tanto engaño como las guerras religiosas, y no hay nada por lo que merezca la pena luchar, ni la lucha, el hecho de luchar, tiene en sí misma ninguna virtud ni ningún mérito. La vida es tan terminantemente privada que no hay circunstancias que puedan justificar que un hombre ponga violentamente sus manos sobre otro hombre, aunque la muerte de cada hombre sea su última y libre voluntad, una gracia salvadora y la medida de un dolor insoportable.

Para alcanzar nuestro credo, hicimos a los árabes ponerse de puntillas, pues aquello desembocaba en acciones, peligroso terreno en el que los hombres podían tomar los hechos por intenciones. Mi falible, mi ciego liderazgo (ansioso por hallar medios rápidos de conversión) les transmitía una limitada imagen de nuestras metas, que sólo existían en realidad en el interminable esfuerzo por llegar a una inalcanzable luz imaginada. Aquella muchedumbre de conversos que buscaban la luz en las cosas era como perros patéticos

que olisqueaban en torno a la base de una farola. Yo era el único que me ponía al servicio de lo abstracto, y mi deber me llevaba más allá de su santuario.

La ironía estaba en que yo amaba más los objetos que la vida o las ideas; la incongruencia, en que respondía a la contagiosa llamada de la acción, que ponía el acento en la diversidad de las cosas. Era para mí una dura tarea tener que combinar sentimientos y acción. Toda mi vida había tenido el deseo de poder autoexpresarme de un modo imaginativo, pero había sido siempre demasiado difuso para poder adquirir una técnica. Por fin un accidente, con perverso humor, me había lanzado como hombre de acción y me había dado un puesto en la Rebelión Árabe, un tema épico, y me había ofrecido así una salida en la literatura, el arte sin técnica. De ahí que me emocionara sólo el mecanismo. El modo épico me era tan ajeno como a mi generación. La memoria no me proporcionaba claves para lo heroico, de modo que no podía sentir en mí mismo la pasión de hombres como Auda, que resultaba tan fantástico como las colinas de Rumm, y tan viejo como Mallory.

Entre los árabes yo era el desilusionado, el escéptico, que envidiaba su barata credulidad. El imperceptible disimulo era tan adecuado al caso que venía a ser como el disfraz de un farsante. Los ignorantes, los superficiales, los engañados eran los más felices entre nosotros. Por nuestra estafa resultaban ellos glorificados. Nosotros pagábamos con nuestra propia estima, y ellos conseguían las más

hondas sensaciones de su vida. Cuanto más nos condenábamos y despreciábamos a nosotros mismos, más orgullosos podíamos sentirnos cínicamente de ellos, que eran nuestras criaturas. Resultaba tan sencillo dar a otros motivos de orgullo, tan imposible reducir sus motivos al nivel de nuestra poco caritativa verdad. Ellos eran nuestros tontos útiles, que luchaban de todo corazón contra el enemigo. Volaban a nuestro antojo como briznas de paja, pero eran los más valientes, sencillos y alegres de los hombres. *Credo quia sum?*[36] Pero el hecho de ser creído por muchos, ¿no confiere una justificación aunque sea desfigurada? La acumulación de múltiples esperanzas, acariciadas durante años, en el seno de muchedumbres casi suspirantes, puede llegar a dotar hasta a un inútil ídolo de apariencia divina, y conferirle vigor cada vez que los hombres le rezan en silencio.

---

[36] «Creo porque soy?» *(N. del T.)*

CAPÍTULO C

Sobre este texto mi mente fue tejiendo sobre su espacio polvoriento, entre los rayos luminosos del pensamiento y las danzantes partículas de la idea. Vi entonces que aquel preferir lo Desconocido antes que a Dios era una idea evasiva, que sólo podía conducir a una falsa paz. Aguantar por mandato o porque tal era el deber era algo fácil. Los soldados sufren sólo golpes involuntarios, mientras que nuestra voluntad tenía que hacer de capataz hasta que los cuadrilleros se desmayaran, manteniéndose a cubierto para lanzar a otros al peligro. Hubiera sido algo heroico ofrecer mi propia vida por una causa en la que no creía, pero era un robo de almas hacer que otros dieran su vida sinceramente por una idea muerta. Precisamente porque aceptaban como verdadero nuestro mensaje, ellos estaban dispuestos a morir por él, condición que hacía sus actos más adecuados que gloriosos, llenos de una fortaleza lógicamente espúrea, ajustada tan sólo a un balance de pérdidas y ganancias de la conducta. Inventar un mensaje y perecer conscientemente por su autocreada imagen era algo más grande.

Todo el asunto del Movimiento me parecía sólo expresable en términos de vida o muerte. Generalmente nos hacemos conscientes de nuestra carne porque nos duele. El gozo se agudiza debido a nuestro viejo hábito del dolor, pero nuestros recursos para el sufrimiento parecen mucho mayores que nuestra capacidad para la alegría. El aletargamiento tiene aquí no poca parte. Ambas emociones forman parte de nuestra herencia, ya que el dolor está lleno de remolinos y tiene una pureza confusa.

Un arrecife contra el que muchos vienen a naufragar en su autoestima es la vanidad de conseguir la redención con el aguante, tal vez para toda una raza. Tan falsa investidura alimenta una cálida aunque pasajera satisfacción, en cuanto pensamos haber asumido el dolor o la experiencia de otros, su personalidad. Se convierte en un triunfo, en una forma de ensanchamiento; con ellos logramos evitar nuestros sofocantes egos, conquistar nuestra completud geométrica, aferrar un momentáneo «cambio de espíritu».

Y sin embargo habíamos dado a luz algo vicario por mor de nosotros mismos, o al menos orientado a nuestro beneficio, y sólo podíamos rehuirlo disimulando tanto el sentimiento como los motivos.

La víctima autoinmolada tomó como propio el raro don del sacrificio, y ningún orgullo ni muchos más placeres en el mundo resultaban tan gozosos, tan ricos como esta elección voluntaria de la maldad de otros para perfeccionar el propio yo. Había en ellos un

egoísmo oculto, como en todo afán de perfección. Para cada oportunidad sólo puede haber un acto vicario, y su hipoteca arrebataba a los camaradas el debido daño. Su vicario se regocijaba, mientras sus hermanos veían herida su virilidad. Aceptar con humildad tan rico relevo era en ellos imperfección, su contento al ahorrar costes resultaba pecaminoso en cuanto que los hacía accesorios, parcialmente culpables de echarlo sobre su mediador. La parte más dura que tocaba al mediador debiera haber sido alzarse en medio de la multitud, para ganar con otra victoria un nombre redentor. Por un lado la auto-perfección laica, por otro la autoinmolación y el perfeccionamiento del prójimo. Hauptmann nos dijo que tomáramos con tanta generosidad como dábamos, pero más bien parecíamos celdas de un panal, de las que una podía cambiar e hincharse sólo a costa de todas las otras.

Soportar por otro la simplicidad daba una sensación de grandeza. Nada más sublime que una cruz, desde la que contemplar el mundo; el orgullo y la irrisión estaban más allá de toda soberbia. Y no obstante, cada cruz ocupada despojaba a los recién llegados de todo menos del pobre papel de imitadores, y nada más miserable que las cosas hechas por imitación. La virtud del sacrificio arraiga en el alma de la víctima.

La redención honrada debe ser libre e ingenuamente infantil. Cuando el expiador se hace consciente de sus ocultas motivaciones y la gloria de sus actos, todo se desperdicia en él. De modo que el altruista introspectivo se apropia de una parte inútil, y

hasta inocua, para sí mismo, ya que de haber permanecido pasivo, su cruz le hubiera sido concedida a un inocente. Rescatar a las gentes sencillas de semejante mal, pagando en su lugar con el propio complejo ego, sería un rasgo de avaricia en un hombre moderno. Este, perplejo, jamás conseguiría hacer participable su creencia en descargo de otros mediante su agonía, y ellos, al mirarlo sin comprenderlo, podrían llegar a sentir la vergüenza que es herencia del discípulo bien bragado, o acaso podrían no llegar a sentirla e incurrir en el doble castigo de la ignorancia.

¿O habría, tal vez, que considerar esta vergüenza como abnegación, para admitirla y admirarla en sí misma? ¿Cómo podía ser justo enviar los hombres a la muerte por no haber entendido? La ceguera y la locura que alfombran el camino de la rectitud son castigadas con mayor dureza que el mal intencionado, al menos en el actual estado de conciencia y remordimiento de los hombres vivos. Los hombres complejos que saben de qué modo el autosacrificio eleva al redentor y humilla a los redimidos, y les impide llegar al conocimiento, podrían dejar que un hermano imbécil tomara el lugar de la falsa nobleza, despertándolo luego con la debida y más dura condena. No parecía haber una senda fácil para los líderes que marchábamos por la truhanesca senda del liderazgo, encerrados en múltiples círculos de ignorancia y rodeados de vergonzosas motivaciones que canalizaban o superaban a las precedentes.

Y, sin embargo, no puedo poner mi complicidad en el fraude árabe por cuenta de mi debilidad de carácter o mi connatural hipocresía, aunque, por supuesto, debo haber tenido alguna tendencia, alguna aptitud natural para el engaño, o no hubiera conseguido engañar tan bien a los hombres, y perseverado durante dos años en llevar a cabo con éxito un engaño que otros habían perpetrado y puesto en marcha. Yo no me hallaba implicado en la Rebelión Árabe al principio. Y al final llegué a ser responsable de su embarazoso devenir para sus mismos inventores. En qué punto concreto de este ínterin mi culpa pasó a ser de accesoria a principal, bajo qué cargos debería ser condenado, no soy yo quien debe decirlo. Baste decir que desde la marcha sobre Akaba me hallaba yo acremente arrepentido de mi implicación en el Movimiento, con una amargura suficiente como para corroer mis horas de inactividad, pero insuficiente como para llevarme a cortar con él de modo radical. De ahí las oscilaciones de mi voluntad y mis insípidas quejas.

CAPÍTULO CI

Siddons me devolvió por aire aquella tarde a Guweira, y por la noche, ya en Akaba, le dije a Dawnay, que acababa de llegar, que la vida estaba llena de satisfacciones, pero era resbaladiza. A la mañana siguiente nos enteramos por un aeroplano de que la tropa de Buxton había llegado a Mudowwara. Habían decidido tomarla antes del amanecer, principalmente con bombardeos y formando tres columnas, una que se apoderara de la estación y las otras dos para los principales reductos.

Según este plan, antes de medianoche se habían tendido cintas blancas, para servir de guías hacia el blanco. Habían empezado a abrir fuego a las cuatro menos cuarto, pero el camino resultó difícil de hallar, de modo que casi se les había echado encima ya la luz del día cuando apenas empezaban el ataque contra el reducto sur. Tras disparar una serie de obuses en el recinto y los alrededores, los hombres se lanzaron al asalto y lo tomaron con facilidad, para averiguar que la columna de la estación había culminado su objetivo poco rato antes. La alarma puso en guardia al reducto

central, pero sólo para caer derrotado. Sus hombres se rindieron a los veinte minutos.

El reducto norte, que disponía de un cañón, parecía más animoso y lanzó unos cuantos disparos sobre el patio de la estación y contra nuestras tropas. Buxton, a cubierto en el reducto sur, dirigió el fuego de los cañones de Brodie, quien con su habitual puntería lanzó contra el reducto obús tras obús. Siddons apareció con sus aparatos y bombardeó, mientras el Cuerpo de Camelleros, desde el norte, el oeste y el este, sometía a los parapetos a un duro tiroteo de las Lewis. A las siete de la mañana los últimos enemigos se entregaron. Habíamos sufrido en el ataque cuatro muertos y diez heridos. Los turcos, por su parte, habían tenido veintiún muertos y ciento cincuenta prisioneros, además de dos baterías de campaña y tres ametralladoras.

Buxton puso de inmediato a los turcos a bombear agua, para abrevar a sus camellos, mientras sus hombres volaban los pozos y aplastaban las bombas mecánicas, junto con dos mil yardas de raíles. Al atardecer unas cargas colocadas en la base de la torre de agua la convirtieron en un montón de piedras desperdigadas por la llanura; un momento después, Buxton ordenó «¡Paso de marcha!» a sus hombres, y los cuatrocientos camellos, levantándose a un tiempo como uno solo y rugiendo como en el Día del Juicio, emprendieron la marcha hacia Yefer. Dawnay se dirigió radiante a Aba el Lissan, para felicitar a Feisal. Allenby lo había enviado para que le entregara un mensaje de

advertencia. Le rogaba que no hiciera nada temerario, pues el ataque británico era azaroso y si fallaba los árabes se encontrarían situados en el lado malo del Jordán, y sin ninguna posibilidad de ayuda. Particularmente, Allenby le rogaba a Feisal que no iniciara la marcha sobre Damasco, sino que esperara hasta que los acontecimientos empezaran a mostrarse favorables.

Esa sensata y adecuada cautela iba por mí. Exasperado una noche en el Cuartel General, había yo expresado abruptamente que en mi opinión 1918 era nuestra última oportunidad, y que tomaríamos Damasco, fueran cuales fuesen los resultados de Deraa y Ramleh, ya que era mejor tomarlo, aunque luego lo perdiéramos, que no tomarlo en absoluto.

Feisal sonrió sabiamente ante la homilía de Dawnay, y replicó que intentaría aquel otoño entrar en Damasco aunque se desplomaran los cielos, y que si los británicos no eran capaces de apoyar su ataque, salvaría a su propio pueblo firmando una paz separada con los turcos.

Llevaba tratando hacía un buen tiempo con determinados elementos turcos, iniciando dicha correspondencia el propio Yemal Pachá. Por instinto, cuando estaba sereno, Yemal era musulmán, y para él la rebelión de La Meca era un juicio de Dios. Estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa por reparar la brecha abierta en la fe. Sus cartas, por esta razón, eran iluminadoras. Feisal las había enviado a La Meca y Egipto, esperando que allí las sabrían entender igual

que nosotros, pero sus afirmaciones fueron tomadas al pie de la letra, y recibimos orden de replicar que la espada era ahora nuestro juez. Era una respuesta magnífica, pero en la guerra semejante oportunidad dialéctica no podía desperdiciarse.

Cierto es que no era posible llegar a un arreglo con Yemal. Había segado las principales cabezas sirias, y no podíamos renegar de la sangre de nuestros amigos caso de aceptar su paz; al señalarle esto sutilmente en nuestra réplica, podíamos conseguir agrandar la brecha nacional-clerical en Turquía.

Nuestros blancos principales eran los elementos anti-alemanes del Estado Mayor central, bajo el mando de Mustafá Kemal, que estaban demasiado imbuidos de la «turquidad» de su misión para negar el derecho a la autonomía de las provincias árabes del Imperio otomano. Teniendo esto en cuenta, Feisal empezó a remitir respuestas tendenciosas, y la correspondencia fue prolongándose con brillantez. Los militares turcos empezaron a quejarse de los pietistas, que ponían las reliquias por encima de la estrategia. Los nacionalistas escribieron que Feisal sólo estaba poniendo en prematura y desastrosa actividad sus propias convicciones sobre la justa e inevitable autodeterminación de Turquía.

El conocimiento de dicho fermento afectó a la determinación de Yemal. Al principio se nos ofreció la autonomía del Heyaz. Luego se extendió este beneficio a Siria, y posteriormente a Mesopotamia. Feisal aún no parecía satisfecho, de modo que el enviado de Yemal

(mientras su amo se hallaba en Constantinopla) añadió osadamente una corona al ofertado dominio compartido de Hussein en La Meca. ¡Finalmente, nos dijeron que veían lógicas las aspiraciones de la familia del Profeta al liderazgo espiritual del Islam!

El lado cómico de las cartas no podía oscurecer su verdadera eficacia en cuanto a la interna división del Estado Mayor turco. Los musulmanes chapados a la antigua consideraban al jerife un imperdonable pecador. Los modernistas lo consideraban un sincero pero impaciente nacionalista, confundido por las promesas británicas. Tenían más deseos de corregirlo mediante la discusión que por medio de una derrota militar.

Su principal baza era el Tratado Sykes-Picot, un reparto de Turquía al viejo estilo entre Inglaterra, Francia y Rusia, hecho público por los Soviets. Yemal leyó los más desdichados párrafos en un banquete en Beirut. Durante algún tiempo, la revelación nos dañó; y con justicia, puesto que nosotros y los franceses habíamos creído que podíamos cubrir una brecha política mediante una fórmula lo suficientemente vaga como para que cada uno la interpretara de modo distinto.

Afortunadamente, yo había revelado ya hacía tiempo a Feisal la existencia del tratado, y lo había convencido de que su salida estaba en ayudar de tal modo a los ingleses que estos, tras la guerra, y por simple vergüenza, se vieran incapaces de negarles sus promesas; ya que, si los árabes hacían como yo

pretendía, nadie podía decidir unilateralmente. Le rogué que no confiara en nuestras promesas, como hacía su padre, sino en su propia fuerza y decisión.

Muy convenientemente, en semejante coyuntura, el Gabinete británico, con desenfadado estilo, tendió también su mano izquierda. Prometieron a los árabes, o más bien a un no autorizado comité de siete notables en El Cairo, que los árabes conservarían como propio el territorio que lograran conquistar por sí mismos durante la guerra con Turquía. Las gratas nuevas circularon por toda Siria.

Para ayuda de los abatidos turcos, y para dar muestra de que podían hacer tantas promesas como partes implicadas hubiera, los británicos añadieron el documento A para el jerife, B para los Aliados y C para el Comité árabe, un documento D a lord Rothschild, un nuevo poder, a cuya raza se le habían hecho equívocas promesas en Palestina. El viejo Nuri Shaalan, arrugando su prudente nariz, vino a mí con todo este plantel de documentos, preguntándome perplejo a cuál de ellos había de creer. Como en anterior ocasión, le respondí simplemente: «Al más reciente.» Y el sentido que tenía el emir de la palabra dada, le hizo ver la situación con humor. En lo sucesivo nunca dejó de hacer cuanto pudo por nuestra causa conjunta, sin dejar de advertirme, cuando faltaba a una promesa, ¡que había quedado cancelada por una intención posterior!

No obstante, Yemal, hombre obstinado y rufianesco, siguió manteniendo la esperanza. Tras la derrota de

Allenby en Salt, nos envió al emir Mohammed Said, hermano del egregio Abd el Kadir. Mohammed Said, un degenerado cejijunto y malhablado, era tan poco de fiar como su hermano, pero menos valiente. Se mostró muy molesto en presencia de Feisal y le ofreció la paz de Yemal.

Feisal le dijo que había llegado en el momento oportuno. Podía ofrecerle a Yemal la conducta leal del Ejército árabe si Turquía evacuaba Amman y entregaba su provincia a la custodia árabe. El desdichado argelino, pensando haberse apuntado un gran éxito, se apresuró a volver a Damasco, donde Yemal casi lo cuelga por su mala cabeza.

Mustafá Yemal, alarmado, le rogó a Feisal que no le siguiera el juego a Yemal, prometiéndole que cuando los árabes se hubieran instalado en su capital, los desafectos de Turquía se les unirían, y usarían su territorio como base desde donde atacar a Enver y sus aliados alemanes en Anatolia. Mustafá esperaba que la adhesión de las tropas turcas situadas al este del Tauro lo capacitarían para marchar directamente contra Constantinopla.

Los acontecimientos acabaron por hacer abortar estas complicadas negociaciones, que no fueron reveladas a Egipto ni a La Meca, debido al decepcionante resultado de nuestra primera confidencia. Yo temía que los británicos pudieran sentirse molestos por las negociaciones separadas que Feisal estaba llevando a cabo. Pero, por respeto a los luchadores árabes, yo no podía cerrar por completo las

vías de entendimiento con Turquía. Si la guerra europea fracasaba, aquélla era su única salida y siempre había tenido el vago temor de que los británicos pudieran aparcar a Feisal y concluir una paz separada, no con los nacionalistas, sino con los conservadores turcos.

El Gobierno británico había ido ya muy lejos en esta dirección, sin informar para nada a su aliado menor. La información sobre los datos concretos y las propuestas en juego (que tan fatales habrían sido para muchos de los árabes alzados en armas a nuestro lado) me llegaron, no de manera oficial, sino privada. Fue ésta una de las veinte veces en que los amigos me ayudaron más que nuestro Gobierno, cuya actuación y silencios eran todo una licencia, un acicate y un ejemplo para actuar como ellos.

CAPÍTULO CII

Tras las conversaciones de paz podíamos dedicarnos de nuevo al trabajo limpio. Joyce y yo decidimos de mutuo acuerdo llevar a cabo otra de nuestras excursiones conjuntas en coche, esta vez hasta Azrak, para abrir pista en dirección a Deraa. Nos dirigimos pues hacia Yefer para encontrarnos con el victorioso Cuerpo de Camelleros, que avanzaban, en espléndida formación y con magnífica apariencia, por la brillante llanura poco antes del anochecer, hombres y oficiales encantados de su éxito en Mudowwara y de verse libres de órdenes y restricciones en el desierto. Buxton dijo que se hallaban en condiciones para ir a cualquier sitio.

Descansarían durante dos noches, y tomarían cuatro raciones de su almacén, debidamente situado por Young junto a la tienda de Auda. Así pues, por la mañana temprano, Joyce y yo subimos a nuestro ténder, con el habilidoso Rolls de conductor, y corrimos sin dificultad hasta Wadi Bair, junto a cuyos pozos se hallaba instalado Alwain, pariente de Auda, un hombre de suaves mejillas y oprimente silencio, que se ocultaba, para mantenerse en paz lejos de Auda.

Nos detuvimos sólo unos minutos para negociar con él la seguridad de los hombres de Buxton; y salimos a continuación con un joven y muy alocado muchacho sherari, para ayudarnos a buscar la ruta. Su entrenamiento camellero no lo capacitaba para guiar un coche blindado de cinco toneladas, pero su conocimiento de las rutas podría hacerlo útil para otros blindados que pudieran venir detrás de nosotros.

La planicie de Ehra tenía un suelo muy llevadero, sus extensiones de guijas se entremezclaban con lechos de arcilla dura; e íbamos devorando millas en dirección a la poco profunda cabecera de Wadi Yinz, bien cubierta de pastos.

Allí, un buen número de camellos dedicados a pastar estaban siendo ansiosamente reagrupados por sus andrajosos pastores abu tayi, que, cabalgando con la cabeza destocada, rifle en mano, cantaban una canción de guerra. Al oírnos corrieron hacia nosotros, previniéndonos a gritos de que había hombres montados al acecho en las hondonadas cercanas. Enfilamos el coche hacia ellos, y al poco habíamos espantado a cinco hombres montados en camello, que huyeron hacia el norte a todo correr. Los alcanzamos en diez minutos. Hicieron arrodillar a sus camellos con toda gracia y vinieron hacia nosotros con aire amistoso, la única salida que les quedaba, ya que unos hombres a pecho descubierto mal podían luchar con hombres más rápidos y acorazados. Eran yazi howeitat, indudablemente ladrones, pero en aquel momento se deshacían en zalemas, gritando en voz alta su placer

por verme aparecer allí por sorpresa. Estuve un poco brusco, y les ordené que volvieran a sus tiendas de inmediato. Se marcharon, cabizbajos, en dirección oeste.

Seguimos por la orilla oriental del Um Jarg, encontrando suelo firme, pero lento, ya que por allí corrían las acanaladuras de los tributarios, y teníamos que extender brazadas de matojos sobre los viejos arroyaderos demasiado blandos o arenosos. Hacia el final del día, los valles iban apareciendo cada vez más llenos de espesos herbazales, muy adecuados para el pasto de nuestras futuras caravanas.

Por la mañana, el viento norte y el aire fresco del desierto resultaban tan fríos que tuvimos que prepararnos un desayuno caliente antes de poner en marcha los coches y cruzar la confluencia de Um Jarg y Dhirwa, sobre la ancha cuenca de Dhirwa, y más allá de su imperceptible divisoria de aguas con la cuenca de Yesha. Se trataba de sistemas hidrográficos poco profundos que corrían hacia el Sirhan, pasando por Ammari, adonde yo quería llegar, ya que si algo iba mal en Azrak nuestro siguiente refugio sería Ammari, caso de resultar accesible a los coches. Tal era la barahúnda de «síes» condicionales que acechaban de continuo nuestros planes.

La noche de descanso había refrescado a Rolls y Sanderson, que nos conducían espléndidamente sobre la azafranada loma de la pequeña Yesha en dirección al gran valle. Por la tarde, divisamos los bancos de creta, y bajamos por sus cenicientas laderas hasta el

Sirhan, casi por la zona de las pozas de agua. Esto hacía segura nuestra retirada ya que no había enemigo lo suficientemente rápido como para cerrarnos a la vez los caminos de Azrak y de Ammari.

Rellenamos allí los radiadores con el horrible agua de la charca donde Farray y Daud habían estado jugando, y nos dirigimos hacia el oeste sobre las abiertas lomas, hasta estar lo suficientemente lejos de los pozos como para evitarles a los merodeadores tropezar con nosotros en medio de la oscuridad. Así, Joyce y yo nos sentamos a contemplar la puesta de sol, que pasaba del gris al rosa, y viraba de éste al rojo hasta alcanzar un color carmesí tan intolerablemente fuerte que contuvimos nuestra respiración en espera de que una fuerte llamarada o trueno rompiera su radiante quietud. Los hombres, entre tanto, hervían el té, abrían las latas de carne y las ponían junto con bizcochos sobre una manta, para la cena. Luego, sacamos más mantas, en las que dormimos deliciosamente.

Al día siguiente atravesamos a toda marcha el delta de Ghadaf hasta penetrar en la inmensa llanura de arcilla que se extendía a lo largo de siete millas, hacia el sur y hacia el este, desde los marjales que rodeaban el viejo castillo de Azrak.

Aquel día el reflejo solar emborronaba sus límites con veladuras de un azul metálico, que no eran sino las copas de los tamariscos alzadas en el aire y difuminadas por la bruma del calor. Yo quería llegar a los manantiales de Meyaber, por cuyo cauce recubierto de árboles podíamos deslizarnos sin ser advertidos, así

que Rolls impulsó a nuestro coche en una palpitante carrera a través de la grandiosa llanura. La tierra saltaba a nuestro paso y un penacho de polvo ondeante nos seguía a lo largo del camino.

Finalmente los frenos chirriaron quejosos al reducir la marcha en una reciente plantación de tamariscos, que se alzaban sobre los montones de arena acumulada por el viento. Nos introdujimos por entre ellos sobre el duro suelo, hasta terminarse los tamariscos, y una arena encenagada, moteada de matorrales de espinos muy juntos, tomó su lugar. Los coches se detuvieron detrás del altozano de Ain el Assad, bajo la cobertura de su elevado cerco de cañizales, entre cuyos vivos ramajes el agua transparente destellaba como una joya.

Ascendimos por el otero lleno de tumbas situado por encima de las charcas, y vimos que los abrevaderos estaban vacíos. La bruma solar pendía sobre los espacios abiertos; pero allí el terreno estaba recubierto de matorrales y las oleadas de calor no podían llegar a juntarse. La fuerte luz solar nos mostraba el valle claro como un cristal, tan claro como sus aguas corrientes, y deshabitado excepto por los pájaros y los rebaños de gacelas, que, alarmadas por el burbujeo de nuestros exhaustos motores, se agrupaban tímidamente dispuestas a huir.

Rolls llevó nuestro ténder hasta el otro lado de la alberca romana; bordeamos el campo de lava situado al oeste, a lo largo del ya seco marjal, recubierto de hierba, hasta llegar a los azulados muros del fuerte

silencioso, con sus palmeras de sedoso murmullo, tras cuya enhiesta quietud se escondía tal vez más miedo que paz. Me sentí culpable por introducir el trepidante coche, con su aseada tropa de norteños vestidos de kaki, en aquel escondido y legendario lugar; pero mi aprensión iba mal encaminada, ya que eran los hombres los que parecían reales, y el trasfondo, un decorado. Su novedad y certidumbre (la perfecta definición de las tropas británicas de uniforme) hacían más honor a Azrak que la simple soledad.

Nos paramos sólo un momento. Joyce y yo subimos a la torre occidental y convinimos en las múltiples ventajas que Azrak presentaba como base de acción, aunque, para mi desolación, no había pastos, de modo que no podíamos aposentarnos allí en el intervalo entre la primera y la segunda razzia. Cruzamos luego hacia el lóbulo norte de la llanura de arcilla, un terreno muy adecuado para el aterrizaje de los aeroplanos que Siddons había añadido a nuestra columna volante. Entre otras virtudes estaba la de su visibilidad. Nuestros aparatos, volando doscientas millas hasta allí, su nueva base, no podían dejar de ver su escudo metálico luciendo al sol.

Volvimos a Ain el Assad, donde se hallaba el carro blindado, y lo precedimos de nuevo a paso más rápido hasta el desierto abierto y pedregoso. Era media tarde, y hacía mucho calor, especialmente en el reluciente metal del carro de acero; pero los achicharrados conductores se mantuvieron firmes, y antes del atardecer nos hallábamos en la sierra que separaba los

valles de Yesha, buscando un camino más corto que el de ida.

La noche nos pilló no lejos de Ammari, por el sur, y acampamos en un lugar elevado, refrescado por la brisa, muy apreciable tras el día abrasador que habíamos tenido, y que venía cargada de aromas de las floridas laderas de Yebel Druse, lo que nos hizo alegrarnos con el té preparado por nuestros hombres y con las mantas con que habíamos almohadillado los ángulos del coche.

El viaje me estaba resultando una delicia, puesto que no tenía otra responsabilidad que la ruta. Estaba además la sal que añadían al asunto las reflexiones del muchacho sherari, reflexiones que naturalmente me confiaba a mí, por ser el único que llevaba su mismo tipo de ropa y hablaba su dialecto; el pobre, un descastado, jamás había sido tratado con consideración, y se sentía asombrado de las maneras de los ingleses. Ninguno le había golpeado, ni siquiera amenazado.

Decía que cada soldado se comportaba como una familia, y que encontraba una especie de protección en sus ajustadas e insuficientes ropas y en su apariencia laboriosa. Él se sentía revolotear con su túnica, su pañuelo y su capa. Ellos tenían sólo dos camisas y pantalones cortos, medias y botas, y la brisa no hacia mella en ellos. En verdad, llevaban el uniforme tan de continuo, día y noche, bajo el calor y bajo el frío, sudorosos y atareados en sus polvorientos y grasientos

vehículos, que la ropa parecía pegárseles al cuerpo, como la corteza al árbol.

Luego, todos aparecían limpiamente afeitados, y vestidos iguales; y el muchacho, que generalmente distinguía a un hombre de otro por sus ropas, se sentía confundido ante ellos por su uniformidad. Para distinguir a unos de otros, debía aprender sus formas individuales, como si estuvieran desnudos. No cocinaban sus alimentos, su bebida era caliente, y raramente hablaban entre sí; aunque de vez en cuando una palabra los sumía en una incomprensible y desternillante risotada, indigna e inhumana. Estaba convencido de que eran mis esclavos, y que había poco reposo y satisfacción en sus vidas, aunque para un sherari resultara todo un lujo viajar como el viento y sentado, y un privilegio comer carne, carne enlatada, cada día.

A la mañana siguiente recorrimos a toda prisa la sierra divisoria, para llegar a Bair por la tarde. Desgraciadamente hubo problemas con las llantas. El carro blindado era demasiado pesado para los guijarros de pedernal y se hundía en exceso, haciendo difícil la marcha en tercera. Esto recalentaba las cubiertas. Tuvimos que soportar toda una serie de pinchazos con sus correspondientes paradas para cambiar la llanta o la rueda. El día era caluroso y teníamos prisa, de modo que el constante empleo del gato acabó por ponernos nerviosos. A mediodía llegamos a la gran sierra dorsal de Rsa Muheiwir. Les prometí a los enfurruñados

conductores que a partir de allí la marcha sería espléndida.

Y lo fue. Tomamos nuevos arrestos, y hasta las llantas se portaron mejor. Mientras acelerábamos por el ventoso collado, meciéndonos por sus largas curvas de este a oeste, y viceversa, mirando tan pronto a la izquierda, para contemplar los poco profundos valles que vierten sus aguas hacia el Shirhan, como tendiendo la mirada hacia la derecha, hasta divisar el ferrocarril del Heyaz. Sus blancas estaciones lucían a lo lejos en medio de la bruma solar, como encendidas por el sol.

Ya bien entrada la tarde, llegamos al extremo de la sierra, bajamos hacia el fondo del valle y rugimos a cuarenta millas por hora, por la empinada ladera de Hadi. Las sombras empezaban a caer cuando atajábamos por las rugosidades de Ausayi hacia los pozos de Bair, donde el valle aparecía vivamente iluminado por los fuegos: Buxton, Marshall y el Cuerpo de Camelleros se hallaban plantando sus tiendas, tras dos cómodas marchas desde El Yefer.

Cundía el malestar entre ellos, ya que en Bair había sólo dos pozos y ambos estaban sitiados. En uno de ellos, los howeitat y los beni sajr estaban sacando agua para seiscientos de sus camellos, sedientos por los pastos de un día de marcha hacia el sudoeste, y en el otro se agolpaban un millar de refugiados drusos y sirios, comerciantes damascenos y armenios, que iban rumbo a Akaba. Tan inoportunos viajeros se apiñaban

en torno a los pozos impidiéndonos el acceso al agua con sus ruidosas peleas.

Celebramos con Buxton un consejo de guerra. Young había enviado a Bair los debidos catorce días de ración para hombres y bestias. De ellos quedaban sólo ocho días para los hombres y diez para los animales. Los conductores de la caravana de suministros, empujados sólo por la fuerza de voluntad de Young, habían dejado Yefer medio amotinados por miedo al desierto. Y habían perdido, robado o vendido el resto de las provisiones de Buxton por el camino.

Yo sospechaba de los quejicosos armenios, pero ninguna posibilidad había de recobrar nada de ellos, y teníamos que adaptar nuestros planes a las nuevas condiciones.

Buxton purgó a su columna de todo lo no esencial, mientras yo reducía los dos carros acorazados a uno y cambiaba de ruta.

CAPÍTULO CIII

Perezosa y suavemente ayudé al Cuerpo de Camelleros en su prolija tarea de sacar agua de los pozos de cuarenta pies, y gocé de la amabilidad de Buxton y sus trescientos hombres. El valle parecía revivir con ellos; y los howeitat, que nunca habían imaginado que hubiera tantos ingleses en el mundo, no se cansaban de mirar. Yo me sentía orgulloso de mi gente por su activo comportamiento y la ordenada laboriosidad de sus autoimpuestas tareas. A su lado, los árabes parecían extranjeros en aquella tierra; también la charla de Buxton era un gozo, comprensivo como era, leído y audaz, aunque la mayor parte del tiempo se ocupaba en preparar su larga marcha forzada.

Debido a esto, yo pasaba la mayor parte del tiempo a solas, tomando nota de dónde me hallaba, mentalmente, en mi trigésimo cumpleaños. Extrañadamente me vino entonces a la cabeza mi propósito, cuatro años antes, de llegar a ser general y caballero, cuando cumpliera los treinta. Aquellas dignidades temporales (si sobrevivía las cuatro semanas siguientes) se hallaban ya a mi alcance,

aunque mi sensación de falsía entre los árabes me había curado de toda ambición mundana, dejándome sólo el deseo de conseguir una buena reputación entre los hombres.

Semejante deseo me hacía sospechar profundamente de mi sinceridad para conmigo mismo. Sólo un actor muy bueno podía crear una impresión tan favorable. Allí estaban los árabes creyendo en mí, Allenby y Clayton confiando en mí, mi guardia de corps dispuesta a morir por mí, y empezaba a preguntarme si todas las grandes reputaciones, al igual que la mía, no estarían fundadas en el fraude.

Ahora tenía que aceptar las alabanzas con que se pagaba mi actuación. Toda tentativa de rechazarlas y de declarar la verdad era considerada una muestra de modestia, de automenosprecio, y era vista como algo encantador, porque la gente siempre está dispuesta a creer cuentos románticos. Esto me irritaba, aquella imbécil confusión entre la vergüenza, que es una conducta, y la modestia, que es un punto de vista. Yo no era modesto, sino que me avergonzaba de mi desmayo, de mi envoltorio físico y de mi solitaria peculiaridad, que hacía de mí no un compañero, sino sólo un conocido, tan completo, anguloso e incómodo como un cristal.

Con los hombres tenía yo siempre la sensación de no poder profundizar. Lo que me conducía a la prolijidad, vicio de los aficionados en las distintas artes. Del mismo modo que mi modo de concebir la guerra estaba sobreintelectualizado, porque yo no era un

soldado, también mi actividad estaba sobreelaborada, porque yo no era un hombre de acción. Ambos eran esfuerzos conscientemente redoblados, a los que mi despegado yo no perdía de vista desde la atalaya de la crítica.

A esta actitud venían a añadirse las cruces del hambre, la fatiga, el calor y el frío, la brutalidad de vivir entre los árabes. Lo que aumentaba mi anormalidad. En vez de hechos y cifras, mis cuadernos de notas estaban llenos de estados anímicos, ensoñaciones y autointerrogaciones, inducidos o extraídos de nuestras situaciones, y expresados en palabras abstractas garabateadas al ritmo del paso de los camellos.

En este cumpleaños de Bair, y para satisfacer mi sensación de sinceridad, empecé a diseccionar mis creencias y motivaciones, rebuscando a tientas en mi negra oscuridad. Esta autodesconfiada timidez ponía una máscara, generalmente una máscara de indiferencia o frivolidad, ante mi cara, y me confundía. Mis pensamientos se abrían paso a manotazos, interrogándose ante una paz tan aparente, sabiendo que era sólo una máscara; porque, a pesar de que intentaba no detenerme nunca en lo que de verdad interesaba, había momentos difíciles de controlar, en los que mi apetito se disparaba y me asustaba.

Yo era muy consciente del haz de poderes y entidades que llenaban mi interior; era su naturaleza lo que se me escapaba. Estaba mi deseo de ser querido, tan fuerte y nervioso que nunca podía abrirme amistosamente a nadie. El terror al fracaso en una

cuestión tan importante me hacía refrenar el intento; estaba además la norma, ya que la intimidad resultaba vergonzosa, a menos de hallar en el otro una perfecta réplica, con el mismo lenguaje, el mismo método e idénticas razones.

Estaba el deseo de ser famoso, y el horror de que se supiera que quería ser conocido. El desagrado que provocaba en mí mi pasión por la fama me hacía rehusar todo honor. Cuidaba mi independencia casi con tanto afán como los beduinos, pero mi incapacidad para verme hacía que viera mejor mi forma en los retratos, y las observaciones sesgadas cogidas al vuelo de los otros me mostraban mucho mejor la impresión que causaba. La ansiedad por oírme y verme en los demás eran un continuo asalto a mi propia e inviolada ciudadela.

Evitaba las bajas criaturas, como un reflejo de nuestra imposibilidad de alcanzar una verdadera intelectualidad. Si me las imponían, las odiaba. Poner mi mano en una cosa viviente me resultaba contaminante, y me echaba a temblar si me tocaban o demostraban un excesivo interés por mí. Se trataba de una repulsión atómica, como la intacta caída de los copos de nieve. Habría elegido lo contrario si mi cabeza no hubiera sido tan tiránica. Añoraba el absolutismo de las mujeres y los animales, y me lamentaba por mí cuando veía a un soldado con una muchacha, o a un hombre acariciando un perro, porque mi deseo era ser igualmente superficial, igualmente acabado, mi carcelero me retenía.

Sentimientos e ilusiones mantenían en mí una perpetua lucha, siendo la razón lo suficientemente fuerte como para ganar, pero no lo bastante como para aniquilar a los vencidos, o para evitar que los prefiriera y tal vez el mejor conocimiento del amor consistiera en amar lo que despreciaba. Sin embargo sólo podía desearlo, sólo podía ver la felicidad en la supremacía de lo material, sin poder rendirme a ello; podía tratar de adormecer mi mente para que las sugerencias llegaran a abrirse paso en mí libremente, pero permanecía amargamente despierto.

Me gustaban las cosas que estaban por debajo de mí y extraía placer de aventurarme en lo bajo. Parecía haber una certidumbre en la degradación, una seguridad última. El hombre puede escalar cualquier cima, pero hay un nivel animal por debajo del cual no puede caer. Hay una satisfacción en la que poder reposar. La fuerza de las cosas, años y años de artificial dignidad, me lo negaban cada vez más; pero aún perduraba el regusto de libertad de una quincena juvenil sumergido en Port Said, cargando carbón en los buques con marginados de tres continentes y acurrucándome por las noches para dormir en el malecón de De Lesseps, junto al que el mar discurría agitado.

Cierto es que siempre estaba allí aquella inquieta voluntad acechando a la espera de poder irrumpir. Mi cerebro era sorpresivo y silente como un gato, mis sentidos como barro pegado a los pies, y mi yo (consciente siempre de sí mismo y su timidez)

diciéndole a la bestia que es de mala educación saltar y algo vulgar comer después de matar. Con tal enredo de nervios y vacilaciones, nada podía haber que temer; y sin embargo había una verdadera bestia, y este libro es su piel sarnosa, curtida, rellena y disecada para que los hombres puedan mirarla.

Yo no cesaba de generar ideas. De modo que desconfiaba de los expertos, que generalmente son inteligencias encerradas dentro de altos muros, que conocen cada adoquín del patio de su prisión, mientras que yo podía llegar a saber por qué lado habían sido talladas las piedras y el salario que cobraba el cantero. Me dedicaba a llevarles la contraria de continuo, ya que siempre encontraba materiales adecuados a mis fines, y en la voluntad, una guía segura para una de las muchas sendas que llevaban del propósito a la culminación. No había carne.

Había cogido muchas cosas y las había acabado dejando después de jugar con ellas y de mirarlas, porque la acción para hacer no estaba en mí. La ficción me parecía más sólida que la acción. Las ambiciones autoindagatorias me visitaban constantemente, pero no perseveraban, ya que mi ego crítico me llevaba a rechazar con fastidio sus frutos. Siempre conseguí dominar aquello que intenté, pero en nada me comprometí de modo voluntario. En verdad, veía en mí mismo un peligro para los hombres corrientes, por esa fuerza sin timón que ponía siempre a su disposición.

Siempre seguí y nunca instituí; en verdad, no tenía deseo de seguir siquiera. Sólo la debilidad fue

demorando el suicidio mental, alguna lenta tarea que ahogara el horno encendido en mi cerebro. Desarrollé ideas de otros hombres, y los ayudé, pero nunca llegué a desarrollar algo propio, puesto que nunca he aprobado la creación. Cuando otros hombres creaban, yo me ponía a su servicio y rellenaba sus huecos para hacerlo tan bien como fuera posible; pues, si pecado es crear, más pecado, y vergüenza por añadidura, es el crear cojitranco y a medias.

Siempre había intentado servir al actuar, pues el liderazgo nos pone demasiado de relieve. La sumisión a un orden culmina la economía del pensamiento, tan penosa de lograr, y templa tanto el carácter como la voluntad, conduciendo imperceptiblemente a la actividad inconsciente. Parte de mi fracaso consiste en no haber encontrado un jefe que pudiera usarme. Todos los que tuve, por incapacidad, timidez o gusto, me dieron libertad plena, como si no pudieran ver que la esclavitud voluntaria es el mayor orgullo de un espíritu mórbido, y el dolor vicario, su mayor ornato. En vez de esto, me dieron plena licencia, que yo desperdicié con insípida complacencia. Todo huerto susceptible de robo debe tener un guardián, perros, un alto muro o alambres de púa. ¡Nada peor que la impunidad sin goce!

Feisal era un espíritu valiente, débil e ignorante, que intentaba llevar a cabo un trabajo para el que sólo un genio, un profeta o un gran criminal podían estar capacitados. Yo le serví movido a compasión, lo que nos degradaba por igual a ambos. Allenby se acercó

mucho más a mi búsqueda de un amo, pero tuve que evitarlo, no atreviéndome a inclinarme ante él por miedo a que el ídolo pudiera mostrar sus pies de barro con palabras amistosas que quebrantaran mi fe jurada. Con todo, ¡qué gran ídolo fue para nosotros ese hombre, con la pura y persistente cualidad de la grandeza y del instinto bien arraigados!

Hay virtudes, como el valor, que no pueden alzarse por sí solas, sino que deben combinarse con un medio bueno o malo para poder manifestarse. La grandeza de Allenby era de otra categoría: autosuficiente, una faceta del carácter y no del intelecto, lo que hacía superfluas en él las cualidades ordinarias; la inteligencia, la imaginación, la agudeza, la industriosidad parecían estúpidas a su lado. No podía ser juzgado según los patrones normales, del mismo modo que el filo del tajamar de un buque no puede juzgarse por el filo de una navaja. Su potencia interna lo dispensaba de ello.

Escuchar alabanzas referidas a otras gentes me hacía desesperar celosamente de mí mismo, pues las tomaba al pie de la letra, mientras que si hubieran hablado diez veces mejor de mí, lo habría juzgado insignificante. Era como una permanente corte marcial de mí mismo inevitablemente, debido a que las fuentes internas de la acción habían quedado desnudas por la conciencia de estar explotando la suerte. Lo creíble sólo podía ser excogitado de antemano, previsto, preparado, elaborado. Mi yo, sabiéndose en detrimento, se veía llevado a una continua depreciación de la alabanza crítica proveniente de los otros. Era la

venganza de mi ejercitada facultad histórica sobre la evidencia del juicio mundano, el más bajo común denominador para quienes conocía, pero inapelable debido a la anchurosidad del mundo.

Cuando algo estaba a mi alcance, ya no me resultaba deseable, mi deleite estaba en el deseo mismo. Todo lo que mi mente podía desear tenazmente era alcanzable, como pasa con las ambiciones de las personas sanas, y cuando el deseo iba tomando forma, lo empleaba para esforzarme hasta no tener más que abrir la mano para tomarlo. Entonces le daba la espalda, contento de haberlo tenido al alcance de mis fuerzas. Tan sólo buscaba afirmarme, y no me importaba un comino que los demás llegaran a saberlo.

Tenían para mí un especial atractivo los comienzos, que me empujaban a un duradero esfuerzo por librar a mi personalidad de las adherencias y por proyectarla en un medio nuevo, de modo que mi curiosidad pudiera alimentarse con su sombra desnuda. El yo invisible aparecía reflejado de la forma más clara en las tranquilas aguas de la aún inadvertida mente de otro hombre. Los juicios cuidadosos, que toman en cuenta tanto el pasado como el futuro, carecen de valor comparados con la revelación a primera vista, la instintiva apertura o cierre de un hombre cuando encuentra a un extraño.

Una gran parte de mi obrar surgía de esta curiosidad egoísta. Cuando me hallaba con nuevas compañías, podía embarcarme en juguetones problemas de conducta, para observar el impacto de

determinados enfoques en mis nuevos oyentes, tratando a mis camaradas del momento como otros tantos blancos del ingenio intelectual, hasta serme difícil decir dónde empezaba y dónde terminaba la broma. Esta mezquindad me llevaba a sentirme incómodo con otros hombres, a menos que mi capricho me condujera de pronto a coleccionarlos como trofeos de mi puntería, además, estaban interesados en muchas cosas que mi autoconciencia rechazaba. Hablaban de comida y enfermedades, juegos y placeres, conmigo, para quien reconocer la posesión de nuestros cuerpos era ya degradación suficiente, sin tener que extendernos sobre nuestros fracasos y atributos. Me avergonzaba de mí mismo al verlos revolcarse en un físico que sólo podía servir para acrecentar la gloria de la propia cruz. La verdad, en el fondo, es que no me gustaba el «yo» que yo mismo podía oír y ver.

CAPÍTULO CIV

Había yo llegado a tan útil estadio cuando se produjo un revuelo en las tiendas de los toweiha. Un grupo de hombres gritando se acercaron a mí corriendo y gritando. Yo me aprestaba a apaciguar una lucha entre árabes y el Cuerpo de Camelleros, pero se trataba de una petición de ayuda contra una razzia shammar ocurrida dos horas antes, y que había tenido lugar en las cercanías de Snainirat. Ochenta camellos habían sido robados. Para no parecer del todo insolidario, hice montar en nuestros camellos sobrantes a los cuatro o cinco de mis hombres cuyos parientes o amigos habían resultado perjudicados, y los envié en su auxilio.

Buxton y sus hombres emprendieron la marcha a media tarde, mientras yo me demoraba hasta el anochecer, para ver a mis hombres cargar nuestras seis mil libras de pólvora de algodón en los treinta camellos egipcios de carga. Mis enojados guardias de corps se veían obligados a conducir en esta ocasión la caravana de explosivos.

Habíamos creído que Buxton haría alto para dormir poco antes de Hadi, de modo que marchamos hasta

allí, pero no vimos ningún fuego de campamento, ni había tampoco camino trillado. Observamos desde la cima del collado, oteando el acre viento del norte que azotaba nuestras caras procedente del Hermón. Las laderas del otro lado parecían negras y silenciosas, y para nosotros, habitantes urbanos, acostumbrados al olor del humo, del sudor o del fermento del suelo recién cavado, había algo inquisitivo, inquietante, casi peligroso, en aquel acerado aire del desierto. Así que volvimos atrás unos pocos pasos, y nos echamos a dormir bajo un saliente del collado, confortablemente abrigados por su aire remansado.

Por la mañana tendimos la vista sobre cincuenta millas de país vacío, y nos preguntamos dónde podrían estar nuestros desaparecidos camaradas, pero Daher gritó de pronto en aquel instante señalando hacia la parte de Hadi, donde se veía a la columna ascender desde el sudeste. Habían equivocado el camino desde muy al principio y habían acampado hasta el amanecer. Mis hombres empezaron a hacer bromas contra el jeque Saleh, su guía, diciendo que podía errar el camino entre Zlaizujwat y Bair, como quien dice entre Marble Arch y Oxford Circus.

No obstante, era una mañana perfecta, con el sol ardiente dándonos en la espalda y el viento fresco en la cara. El Cuerpo de Camelleros dejó atrás con espléndida marcha las heladas crestas de los tres picos, para introducirse en las verdes profundidades de Dhirwa. Tenían un aspecto bien diferente de las rígidas y reservadas compañías que habían hecho su

aparición en Akaba, ya que la flexible inteligencia de Buxton, y su atenta observación, habían incorporado la experiencia de la lucha irregular, y adecuado sus reglas a las nuevas necesidades.

Había cambiado su formación en columna, rompiendo su subdivisión formal en dos rígidas compañías; había alterado el orden de marcha, de modo que, en vez de sus inmaculadas líneas, venían agrupados en formaciones que podían partirse o reunirse sin dilación, según las variantes de la ruta o las modalidades del terreno. Había reducido la carga y había colgado los fardos de otro modo, alargando así las zancadas de los camellos y las millas diarias. Había escandido las marchas según el modelo de infantería de paradas cortas y frecuentes (¡para dejar orinar a los camellos!), y se daba menos importancia al aseo de las bestias. En otros tiempos, se hubieran dedicado a cepillar a los animales, atusándolos como pequineses, y cada alto se hubiera visto acompañado de un ruidoso masaje-vapuleo de las listadas jorobas de las bestias con sus sudaderas, mientras que ahora el tiempo de descanso lo dedicaban a pastar.

De este modo, nuestro imperial Cuerpo de Camelleros se había convertido en una columna rápida, elástica, sufrida y silenciosa salvo cuando montaban por tiempos, ya que en ese momento los trescientos camellos gruñían en concierto, provocando una oleada de ruidos audibles a varias millas de distancia por la noche. Cada nueva marcha conseguía volverlos más hábiles, más hechos a sus animales, más tozudos,

económicos y rápidos. Se comportaban como chicos en vacaciones, y la distendida mezcla de oficiales y tropa provocaba una atmósfera deliciosa. Mis camellos habían sido criados para marchar al modo árabe, doblando mucho las rodillas, a zancadas un poco más largas y más rápidas de lo normal. Los camellos de Buxton marchaban con su paso natural, sin mostrarse afectados por los hombres que llevaban encima, quienes se veían impedidos del contacto directo con las bestias por sus botas claveteadas y sus sillas de madera y hierro fabricadas en Manchester.

De modo que, si bien emprendía cada tramo a la vez que Buxton y su caravana, al poco me adelantaba a ellos con mis cinco asistentes, especialmente cuando montaba a mi Baha, la inmensamente alta y derecha bestia, de largos huesos, que había recibido su nombre del balido a que la había obligado el paso de una bala por su belfo. Estaba muy bien criada, pero tenía mal carácter, de camella medio silvestre, y nunca soportaba bien las marchas ordinarias. En vez de ello, con su nariz altanera y su pelo al viento, empezaba a corretear con un baile inquieto, odioso para mis ageyl porque castigaba sus tiernos ijares, pero no carente de diversión para mí.

Podíamos llegar de este modo a adelantarnos tres millas a los británicos, dedicándonos a buscar un buen trozo de pastizal o unos jugosos espinos, tendernos luego a gozar del tibio frescor del aire y dejar a nuestras bestias pacer a su aire mientras nos

alcanzaban, recreándonos con la visión del Cuerpo de Camelleros mientras se acercaba.

A través de la bruma del reflejo que bailoteaba sobre las brillantes guijas de pedernal de las lomas, lo primero que veíamos acercarse era la entretejida masa marronácea de la columna, deslizándose sobre el vapor. Según iban acercándose, la masa solía dividirse en grupos más pequeños, partiéndose y rompiéndose. Finalmente, cuando estaban ya próximos a nosotros, podíamos distinguir a cada uno de los jinetes, como grandes pájaros acuáticos hundidos hasta el pecho en el reflejo plateado, con la espléndidamente montada y atlética figura de Buxton, al frente de los tostados y sonrientes hombres de kaki.

Resultaba extraño ver cuán diversamente cabalgaban. Algunos se sentaban de modo natural; a pesar de su incómoda silla, otros sacaban el trasero, y se inclinaban hacia delante como aldeanos árabes; otros se removían en la silla como jinetes australianos a caballo. Mis hombres, juzgando sólo por la vista, se sentían inclinados a la mofa. Yo les decía que entre aquellos trescientos hombres podían hallarse cuarenta dispuestos a superar, montando, luchando o aguantando a un equivalente número de hombres de Feisal.

A mediodía, en las cercanías de Ras Muheiwer, hicimos alto durante una hora o dos, ya que aunque el calor de aquel día era menor que el de un día de agosto en Egipto, Buxton no quería que sus hombres lo cruzaran sin un descanso previo. Los camellos

quedaron sueltos, mientras nosotros, tumbados, intentábamos dormitar, desafiando a la muchedumbre de moscas que nos seguían desde Bair, sobrevolando en colonias nuestras sudadas espaldas. Entre tanto, mis guardias de corps nos adelantaron, refunfuñando por la indignidad que suponía para ellos verse como conductores de equipaje, haciendo ver que nunca antes se habían sentido tan avergonzados, y rezando en tono profano porque el mundo nunca supiera de la tiranía a que los tenía sometidos.

Su humillación era doble por ser los animales de carga camellos somalíes, cuya velocidad máxima era de tres millas por hora. La tropa de Buxton hacía casi cuatro, y yo más de cinco, de modo que las marchas eran para Zaagi y sus cuarenta ladrones un tormento de lentitud, sólo modificado por los camellos renuentes o las cargas desplazadas.

Nos burlábamos de su torpeza, llamándolos arrieros y coolies, y ofertándoles comprarles sus mercancías cuando aparecieran por el mercado, hasta que ellos mismos se vieron forzados a reírse de su apuro. Después del primer día, lograron ponerse a nuestro paso alargando la marcha por las noches (sólo un poco, ya que aquellos brutos enfermos de oftalmia apenas podían ver en la oscuridad), y robando tiempo a las paradas del desayuno y de mediodía consiguieron así llevar adelante su caravana sin perder una sola de sus cargas; una buena actuación para tan estirados caballeros, sólo posible gracias a que bajo sus dorados

galones resultaban ser los mejores camelleros de alquiler en toda Arabia.

Aquella noche dormimos en Ghadaf. El carro blindado nos alcanzó mientras hacíamos alto, con su encantado guía sherari sonriendo triunfal desde el agujero de la torreta. Una hora o dos más tarde llegó Zaagi, informando que todo estaba en orden. Le rogó a Buxton que no matara directamente en el camino a los camellos que se desfondaban durante el trayecto, porque sus hombres hacían de cada cadáver una excusa para retardarse a hacer un festín.

Abdulla no conseguía comprender por qué los británicos remataban a las bestias que abandonaban. Yo les señalé que también los árabes se remataban entre sí cuando resultaban malheridos en batalla; pero Abdulla me replicó que eso era para librarse de ser torturados y tener que pasar por esa vergüenza. Creía que no podía haber ningún hombre vivo que no prefiriera una muerte lenta, por debilitamiento, en el desierto, antes que un corte tajante; en verdad, a su juicio, la muerte lenta resultaba la más piadosa, ya que la ausencia de esperanza evitaba la amargura de la lucha perdida, y dejaba que la naturaleza humana ajustara sin trabas sus cuentas con la misericordia divina. La tesis inglesa de que era más amable matar cuanto antes a todo lo que no fuera un hombre, no le parecía seria.

CAPÍTULO CV

Aquel día fue como el anterior, una marcha constante y agotadora de cuarenta millas, la última antes del esfuerzo del puente. Retiré la mitad de mis hombres de la columna de equipajes, y los lancé por delante de nuestra línea de marcha, para coronar cada cima de nuestra ruta. Era algo bien ideado, pero no nos sirvió de nada, ya que a media mañana, cuando teníamos Muaggar, el lugar de nuestra emboscada, a plena vista, y avanzábamos a buen paso y confiados, un aeroplano turco apareció volando desde el sur, recorrió nuestra columna en toda su longitud y se dirigió, precediéndonos, en dirección a Amman.

Apretamos el paso para llegar a Muaggar a mediodía, y nos escondimos en las subestructuras de la plataforma del templo romano. Nuestros vigías se apostaron sobre la cima, vigilando por encima de los campos sembrados el ferrocarril del Heyaz. Sobre aquellas laderas, y según las mirábamos por nuestros anteojos, las grises piedras parecían estar cubiertas de ovejas pastando.

Enviamos a nuestros campesinos a las aldeas situadas por delante de nosotros, para conseguir

noticias y advertir a la gente que no saliera de sus casas. Volvieron para decir que teníamos la suerte en contra. Vigilando el trigo aventado en las eras habían sido apostados soldados turcos, ya que los recaudadores de impuestos estaban midiendo los montones custodiados por la infantería montada. Tres de estos destacamentos, cuarenta hombres en total, habían permanecido aquella noche en otras tantas aldeas cercanas al gran puente, aldeas por las que necesariamente teníamos que ir y venir.

Celebramos un apresurado consejo. El aeroplano podía habernos visto o no, lo que, como máximo, provocaría un refuerzo de las guardias del puente, y dicho efecto me daba poco miedo. Los turcos pensarían que éramos la vanguardia de una tercera incursión sobre Amman, y era mucho más probable que se dedicaran a concentrar tropas antes que a destacarlas. Los hombres de Buxton eran grandes luchadores, y él había trazado admirables planes. El éxito era seguro.

La duda estaba en el coste que podía suponer el puente o más bien su valor en vidas británicas, teniendo en cuenta la prohibición de sufrir bajas de Bartholomew.

La presencia de los muleteros de infantería turca significaba que nuestra retirada no dejaría de presentar inconvenientes. El Cuerpo de Camelleros debía desmontar a una milla al menos del puente (¡con sus ruidosos camellos!) y avanzar a pie. El ruido de su asalto, por no hablar de la explosión de las tres

toneladas de pólvora de algodón contra los diques del puente, despertaría a toda la comarca. Las patrullas turcas instaladas en las aldeas podían caer sobre nuestros camellos —un verdadero desastre para nosotros—, o al menos estorbar nuestra retirada por el quebrado terreno.

Los hombres de Buxton no podían dispersarse como una bandada de pájaros, tras la voladura del puente, para volver por su cuenta a Muaggar. En una lucha nocturna, alguno de ellos resultaría aislado y se perdería. Tendríamos que esperarlos a todos ellos, perdiendo posiblemente aún más durante la maniobra. El coste total podía ser de unos cincuenta hombres y el precio del puente no debía pasar de cinco. Su destrucción no tenía otra finalidad que la de atemorizar y fastidiar a los turcos, de modo que nos dejaran en paz hasta el treinta de agosto, fecha en que nuestra columna saldría de Azrak. Estábamos a veinte. El peligro había parecido apremiante en julio, pero ahora casi se había desvanecido.

Buxton se mostró de acuerdo. Habíamos decidido desdecirnos, y dar marcha atrás de inmediato, cuando más aparatos turcos aparecieron procedentes de Amman y empezaron a sobrevolar las colinas situadas al norte de Muaggar, buscándonos.

Los hombres gruñeron de descontento al enterarse del cambio. Habían puesto todo su orgullo en esta larga incursión y ardían en deseos de contar en Egipto que habían cumplido el programa a rajatabla.

Para ganar lo que se pudiera, envié a Saleh y a otros jefes a propagar entre su gente de la región exagerados rumores sobre nuestro número, y nuestro carácter de avanzadilla de reconocimiento del ejército de Feisal, para caer sobre Amman durante la próxima luna. Ésta era la historia que los turcos temían oír, la operación que habían imaginado, el golpe temido. Mandaron su caballería cautamente hasta Muaggar, y hallaron confirmación de los exagerados cuentos de los aldeanos, ya que la cima de la colina estaba llena de latas vacías, y las laderas del valle atravesadas por las profundas rodadas de pesados carros. ¡Muchísimas eran en verdad las rodadas! La alarma los puso en guardia, y, sin costarnos una sola gota de sangre, estuvieron en estado de alerta durante una semana. La destrucción del puente nos hubiera hecho ganar una quincena.

Esperamos hasta que cayó la noche, y salimos en dirección a Azrak, a cincuenta millas de distancia. Hicimos ver que la incursión se había convertido en una excursión, y hablamos de los restos romanos y de los lugares de caza de los ghasánidas. El Cuerpo de Camelleros tenía práctica, casi el hábito, de hacer marchas nocturnas, de modo que su paso no desmerecía del efectuado a la luz del día, y las unidades en ningún momento se dispersaron ni perdieron contacto. Había una luna brillante y seguimos avanzando, hasta las primeras luces del alba, dejando atrás hacia medianoche el solitario palacio de Jaraneh, demasiado abstraídos como para desviarnos hacia él y

contemplar su extraña presencia. Parte de culpa la tuvo la luna, cuya blancura volvía nuestras mentes tan gélidas como ella misma, de modo que avanzábamos sentados en nuestras sillas, sin hacer otra cosa que cabalgar sentados.

Al principio temí que pudiéramos encontrar alguna partida de merodeadores árabes, que llegaran a atacar al Cuerpo de Camelleros sin saber de qué se trataba, de modo que decidí adelantarme media milla a la columna de mis hombres. Mientras avanzábamos, fui dándome cuenta gradualmente de la cantidad de pájaros nocturnos que echaban a volar ante nuestros pies, negros y enormes. Fueron aumentando en número, hasta que me pareció como si todo el suelo estuviera alfombrado de pájaros, tan espesos eran sus despegues, siempre en mortal silencio, y vertiginosamente, siguiéndonos en círculos, como plumas en medio del silencioso vórtice del viento. Las ondulantes curvas de su enloquecedor vuelo empezaron a darme vueltas en el cerebro. Su número y su silencio aterrorizaban a mis hombres, que desenfundaban sus rifles y disparaban bala tras bala contra su aleteo. Pasadas dos millas, la noche se vació de nuevo, y pudimos finalmente tumbarnos y dormir en medio del fragante ajenjo, hasta que el sol hizo su aparición.

Por la tarde, cansados, llegamos a Kusair el Amra, el pequeño pabellón de caza de Hariz, el Rey Pastor, mecenas de poetas; se alzaba hermosamente sobre un trasfondo boscoso de susurrantes árboles. Buxton

estableció su cuartel general en la fresca sombra del salón, y allí permanecimos descifrando los gastados frescos de sus paredes, con más ánimo de diversión que provecho moral. En cuanto a los hombres, unos se refugiaron en otras habitaciones, y la mayor parte de ellos con los camellos, tendidos bajo los árboles para pasar una somnolienta tarde y la anochecida. Los aeroplanos no habían logrado dar con nosotros, y no podían encontrarnos en este lugar. Al día siguiente estaríamos en Azrak, con agua fresca para sustituirla de Bair, que con el paso de los días resultaba cada vez más salobre para nuestro gusto.

Azrak era, además, un lugar famoso, el rey de aquellos oasis, y más hermoso que Amruh, con su verdor y sus cantarines manantiales. Le había yo prometido a todo el mundo un baño, y los ingleses, que llevaban sin lavarse desde Akaba, suspiraban por él. Me preguntaban con asombro quiénes eran aquellos reyes de Ghassan de tan extraños frescos y pinturas. Pude contarles algunas historias de su poesía y sus crueles guerras, pero me parecía una época demasiado alejada y llena de oropeles.

Al día siguiente salimos con descansado paso hacia Azrak. Y cuando nos hallábamos sobre la última loma de pedruscos de lava y a la vista de las tumbas de Meyabar, el mejor situado de los cementerios, me adelanté al trote con mis hombres, para asegurarme de que no habría peligro en el lugar, y sentir de nuevo su paz antes de la llegada del resto. Aquellos soldados parecían dar cuerpo a mi temor de que Azrak perdiera

su rareza, llenándose de nuevo con una marea de vida que había perdido hacía miles de años.

No obstante, ambos miedos eran tontos. Azrak estaba tan vacío de árabes y tan hermoso como siempre, y más hermoso aún poco después, cuando sus brillantes charcas empezaron a llenarse con los blancos cuerpos de nuestros hombres, y el leve soplo del aire entre sus cañizares se veía realzado por sus alegres gritos y el eco de su chapoteo en el agua. Cavamos un gran agujero y enterramos en él las toneladas que llevábamos de pólvora de algodón, para una expedición contra Deraa en septiembre; y nos pusimos a continuación a recolectar las rojas bayas de agua dulce de los matorrales de Saa. «Uvas sherari», las llamaban mis servidores, condescendientes con nuestro capricho.

Nos quedamos descansando allí dos días, gozando del refresco que nos proporcionaban las charcas. Buxton cabalgó conmigo hasta el fuerte, para examinar el altar de Diocleciano y Maximiano, con intención de añadir una frase en honor de Jorge V; pero nuestra visita se vio envenenada por las moscas grises, y a continuación arruinada por un trágico accidente. Un árabe, que pescaba peces a tiros en la charca del fuerte, dejó caer su rifle, que se disparó y mató instantáneamente al teniente Rowan, de la Caballería escocesa. Lo enterramos en el pequeño camposanto de Meyaber, cuya impoluta quietud había sido para mí motivo de envidia.

Al tercer día salimos en dirección de Ammari, cruzando Yesha hasta las cercanías de Zlaizujwat, el viejo país cuyas casi imperceptibles variaciones había llegado a conocer. En las cercanías de Hadi nos sentimos ya como en casa, e hicimos una marcha nocturna, mientras los estridentes gritos de la tropa: «¿Estamos bien alimentados? No», «¿Hemos visto mundo? Sí», retumbaban por las laderas a mis espaldas. Cuando se cansaron de decirme la verdad, pude oír el roce de sus bolsas contra las sillas de madera; llevaban once o quince bolsas que tenían que cargar cada vez de una en una, en lugar de las amplias alforjas árabes que se echan encima de un solo movimiento.

Estaba tan sumergido en esa masa oscura cuyo cuerpo y cola me seguían, que acabé por perderme yo también entre Hadi y Bair. Seguimos, no obstante, hasta el amanecer dando vueltas bajo las estrellas (la siguiente comida de la tropa estaba prevista en Bair, ya que su última ración de marcha se había acabado el día anterior), y el día rompió sobre nosotros en medio de un valle boscoso que ciertamente era Bair; pero aunque me mataran era incapaz de decir si estábamos más arriba o más abajo de los pozos. Le confesé mi falta a Buxton y Marshall, y tanteamos durante un rato, hasta que por casualidad hizo su aparición por el camino Sagr ibn Shaalan, uno de nuestros viejos aliados en los lejanos días de Weyh, quien nos puso sobre el buen camino. Una hora más tarde, el Cuerpo de Camelleros disponía de nuevas raciones y de sus

viejas tiendas cerca de los pozos, y descubría que Salama, el previsor médico egipcio, tras calcular la fecha de nuestra vuelta para aquel mismo día, había hecho llenar las cisternas de agua potable con agua suficiente para saciar a la mitad de sus sedientas bestias.

Determiné por mi parte dirigirme a Aba el Lissan con los carros acorazados, ya que Buxton se hallaba en aquel momento en tierra conocida, entre amigos, y podía manejarse bien sin mi ayuda. Así que descendimos a toda prisa por la escarpadura hasta la planicie de Yefer, y la atravesamos a sesenta millas por hora, montados en el carro de cabeza. Tal nube de polvo levantamos que perdimos a nuestro carro hermano, y al llegar al extremo sur del llano no lográbamos verlo por ningún lado. Probablemente había tenido algún problema de llantas, de modo que nos sentamos a esperar, con la vista puesta en las moteadas volutas de vapor que despedía el terreno que habíamos dejado atrás. Su oscura evaporación, bajo el pálido cielo (que iba haciéndose cada vez más azul), variaba una docena de veces por hora, dándonos de continuo falsas alarmas sobre .la llegada de nuestros compañeros; pero, al fin, entre la grisura, vimos acercarse rodando una negra mancha que dejaba tras de sí un largo convoy de brillante polvo.

Era Greenhill abriéndose camino a toda velocidad a través del viento reseco, que se arremolinaba en torno a la abrasadora torreta metálica, recalentándola de tal modo que su metal socarraba los brazos y las piernas

desnudos de sus ocupantes cada vez que el enorme carro daba un bote en el liso y polvoriento terreno, cuyo alfombrado suelo parecía estar esperando que el viento otoñal viniera a barrerlo con sus asfixiantes y cegadoras tormentas.

Nuestro carro se había detenido hundiendo las ruedas en el suelo, y, mientras esperábamos, los hombres vertieron gasolina sobre un montoncillo de polvo e hirvieron té para nosotros, un té de ejército, tan lleno de hojas como el agua de una torrentera, y amarilleado por la leche de lata, pero suficientemente bueno para nuestras resecas gargantas. Mientras nos lo bebíamos, los otros llegaron adonde estábamos, y explicaron que habían sufrido dos pinchazos de las cámaras Beldam justamente en el punto crítico de la carrera, cuando atravesaban la ardiente llanura a una milla por minuto. Les dimos de nuestro té, y nos reímos de su modo de quitarse el polvo de la cara con las manos llenas de grasa. Parecían haber envejecido, con las cejas, las pestañas y todos los poros de la cara recubiertos de polvo gris, excepto allí donde el sudor había trazado surcos de oscuros rebordes sobre la piel enrojecida.

Bebieron el té a toda prisa (porque el sol estaba en su ocaso, y aún teníamos cincuenta millas por delante), tirando los posos al suelo, donde las gotas se dispersaron como azogue sobre la polvorienta superficie, hasta quedar desecadas en forma de agujeritos, moteando la superficie gris donde habían caído. Luego, nos dirigimos a través de la arruinada vía

férrea hasta Aba el Lissan, donde Joyce, Dawnay y Young nos informaron de que todo marchaba a las mil maravillas. De hecho, los preparativos habían terminado, y cada uno tenía pensado ir a un sitio, Joyce a El Cairo, a visitar a un dentista, y Dawnay al cuartel general, a decirle a Allenby que estábamos en plena forma y dispuestos.

CAPÍTULO CVI

El barco que tomó Joyce había llegado a Yidda con el correo de La Meca. Feisal abrió su *Kibla* (la gaceta oficial de Hussein) y se quedó mirando la proclama real, donde se decía que eran unos locos quienes llamaban a Yaafar Pachá comandante general del Ejército árabe del norte, dado que no había tal rango, ni en verdad rango más alto que el de capitán en el Ejército árabe, ¡en el que el jeque Yaafar, como cualquier otro, se hallaba cumpliendo su deber!

Esta proclama había sido publicada por el rey Hussein (tras enterarse de que Allenby había condecorado a Yaafar) sin advertir a Feisal, y para humillar a los árabes urbanos del norte, a los oficiales sirios y mesopotámicos, a quienes el rey había despreciado en otro tiempo por su laxitud y temía ahora por sus logros. Sabía que estaban luchando, no por entregarle a él la soberanía, sino para liberar a sus propios países y autogobernarse, y el afán de poder había crecido de manera incontrolable en el viejo monarca.

Yaafar vino a presentarse ante Feisal para entregarle su renuncia. Y tras él vinieron los jefes de

división y sus estados mayores, con los comandantes de regimientos y batallones. Les pedí que no prestaran atención al malhumor de un anciano de setenta años encerrado en La Meca, y cuya grandeza ellos mismos habían contribuido a forjar; y Feisal se negó a aceptar su dimisión, señalando que los nombramientos (puesto que su padre no había aceptado sus servicios) habían sido hechos por él mismo, y que también él se veía desacreditado por la proclama.

Sobre este supuesto, telegrafió a La Meca, y recibió en respuesta un telegrama en el que se le llamaba traidor y fuera de la ley. Él replicó dejando el mando del frente de Akaba. Hussein nombró a Zeid para sucederlo. Zeid renunció de inmediato. Los mensajes cifrados de Hussein empezaron a llenarse de rabia, y la vida militar en Aba el Lissan entró en una inmediata parálisis. Dawnay, desde Akaba, y antes de zarpar su buque, me llamó por teléfono y me preguntó tristemente si había que perder ya toda esperanza. Yo le respondí que todo dependía de la suerte, pero que tal vez lográramos salir de aquélla.

Tres posibles salidas se abrían ante nosotros. La primera, presionar sobre Hussein para hacerle retirar sus palabras. La segunda, seguir adelante, sin hacerle caso; la tercera, otorgar a Feisal la independencia formal respecto de su padre. Había defensores de cada una de ellas, tanto entre los ingleses como entre los árabes. Cablegrafiamos a Allenby, pidiéndole que suavizara las cosas. Hussein era obstinado y maniobrero, y podían pasar semanas antes de que

consiguiéramos de él una disculpa. En condiciones normales, podíamos permitirnos una dilación de tres semanas; pero nos hallábamos en la desdichada posición de que tres días más tarde, a lo sumo, debía ponerse en marcha nuestra expedición sobre Deraa. Debíamos encontrar el medio de llevar adelante la guerra mientras Egipto buscaba una solución.

Mi primera providencia fue enviarle a Nuri Shaalan recado urgente de que no podría encontrarme con él en la reunión de sus tribus en Kaf, aunque estaría en Azrak, a su servicio, el primer día de la luna nueva. Era ésta una triste medida, ya que Nuri podía desconfiar de mi cambio y faltar a la cita, y sin los rualla, la mitad de nuestra eficacia e importancia en Deraa, el dieciséis de septiembre, desaparecían. No obstante, teníamos que arriesgar esta pequeña pérdida, pues sin Feisal, sus regulares y los cañones de Pisani no habría expedición en absoluto, y con el fin de templar sus ánimos debía permanecer en Aba el Lissan.

Mi segunda providencia fue empezar a enviar caravanas en dirección a Azrak, con el equipaje, la comida, la gasolina y las municiones. Young empezó a prepararlas, poniéndose, como siempre, a la altura de las circunstancias que no dependían de su voluntad. Su propia persona era su principal obstáculo, pero no dejaba que nadie más se interpusiera en su camino. Nunca podré olvidar la radiante cara de Nuri Shaalan, tras una reunión conjunta, saliéndoles al paso a unos oficiales árabes con estas despreocupadas palabras: «No hagáis caso, muchachos; ¡les habla a los ingleses

del mismo modo que a nosotros!» Ahora se preocupaba de que cada contingente saliera —no ciertamente a tiempo, pero sí sólo con un día de retraso— bajo el mando de los oficiales por él nombrados, y según su programa. Había sido siempre nuestro principio no dar órdenes a los árabes sino a través de sus propios oficiales, de modo que no tenían precedentes ni de obediencia ni de desobediencia, y para allá se fueron como corderos.

Mi tercera providencia fue plantar cara a un motín de las tropas. Habían oído falsos rumores sobre la crisis; en concreto, los artilleros entendieron mal la situación y una tarde riñeron con sus oficiales, y se apresuraron a enfilar los cañones contra las tiendas de aquéllos. Pero Rasim, el comandante de artillería, se les había adelantado guardando las recámaras en su propia tienda. Yo me aproveché de tan cómica situación para ir a hablar con la tropa. Se mostraron tensos al principio, pero luego, por pura curiosidad, se dispusieron a hablar conmigo, pues para ellos era sólo un nombre excéntrico, un inglés medio beduino.

Les conté la tormenta en un vaso de agua que estaba soplando sobre los altos mandos, y ellos se rieron con gran contento. Sus rostros estaban vueltos hacia Damasco, y no hacia La Meca, y nada les importaba fuera de su ejército. Su miedo era que Feisal hubiera desertado, puesto que llevaban varios días sin verlo. Les prometí llevarlo ante ellos de inmediato. Cuando, junto con Zeid, y con la misma presencia de siempre, hizo su aparición entre las tropas en su

Vauxhall, que Bols había pintado para él especialmente de verde, sus ojos los convencieron del error que habían cometido.

Mi cuarta providencia fue empezar a enviar tropas hacia Azrak en el día convenido. Para llevar a cabo esto, había que restaurar su confianza en la fiabilidad de los oficiales. Y hubo que echar mano para ello del tacto de Stirling. Nuri Said tenía la misma ambición, de todo militar, de aprovechar cualquier oportunidad que pudiera presentársele, y prontamente aceptó ir hasta Azrak, sin esperar las disculpas de Hussein. Si éstas resultaban insatisfactorias, siempre podría volverse, o renegar de la fe jurada; si resultaban adecuadas, como yo le aseguraba, el tiempo pasado y los inapreciables servicios del Ejército del norte harían sonrojar al anciano.

Las tropas requerían argumentos más llanos. Y yo les dejé bien claro que cuestiones tales como la comida o las pagas dependían por entero de la organización establecida. Cedieron, yen columnas separadas, de infantería montada, artilleros, zapadores egipcios, gurjas y artilleros de Pisani, emprendieron la marcha, según el orden marcado por Stirling y Young, con sólo dos días de retraso.

Mi última providencia fue restaurar la supremacía de Feisal. Intentar algo serio entre Deraa y Damasco sin contar con él sería inútil. Podíamos poner en marcha el ataque contra Deraa, que era lo que Allenby esperaba de nosotros; pero la captura de Damasco —que era lo que yo esperaba de los árabes, la razón por la que me

había unido a ellos, pasado por mil y un trabajos y gastado todo mi ingenio y energía— dependía de la presencia de Feisal en el frente de batalla, no preocupado por obligaciones militares, pero sí dispuesto a hacerse cargo y a explotar el valor político de cuanto nuestros cuerpos conquistaran para él. En último término, aceptó unirse a mí bajo mis órdenes.

En cuanto a las disculpas de La Meca, Allenby y Wilson estaban haciendo cuanto podían, acumulando cable sobre cable. Si esto fallaba, mis gestiones irían en el sentido de conseguir un apoyo directo del Gobierno británico para Feisal, y llevarlo hasta Damasco como príncipe soberano. Era posible, pero no quería hacerlo a menos que fuera absolutamente necesario. Los árabes hasta aquel momento habían mantenido un limpio historial, y no quería yo que nuestra aventura llegara a un penoso estado de escisión antes de haber conseguido la victoria común y la paz.

El rey Hussein se comportó como era de esperar en él, protestando expresivamente, con interminables circunloquios, y sin mostrar la menor comprensión de los graves efectos de su incursión en los asuntos del Norte. Para aclararle la mente le hacíamos llegar simples afirmaciones, que producían abrumadoras pero enrevesadas respuestas. Sus telegramas llegaban a través de Egipto por telégrafo a nuestros operadores en Akaba, y me eran enviados en coche, para serles entregados a Feisal. El cifrado árabe era simple, y yo conseguía mutilar los pasajes más indeseables,

reordenando los signos de forma ininteligible, antes de pasárselos codificados a Feisal. Por este sencillo expediente conseguí no encrespar innecesariamente a su entorno.

El juego siguió así durante varios días, sin que La Meca repitiera jamás los mensajes que notificábamos como ininteligibles, y telegrafiando en cambio nuevas versiones que suavizaban cada vez más la aspereza de los anteriores. Al fin, llegó un largo mensaje, cuya primera parte era una débil disculpa y una retractación de la maliciosa proclama y cuya segunda parte la repetía de nuevo de otra forma. Suprimí el final y llevé la primera parte marcada como «muy urgente» a la tienda de Feisal, donde éste se hallaba rodeado de sus oficiales de Estado Mayor.

Su secretario empezó a traducir el mensaje, y se lo entregó descifrado a Feisal. Mis insinuaciones habían suscitado expectación, y todos los ojos se hallaban clavados en él mientras leía. El se sintió asombrado, y me miró interrogativamente, ya que las mansas palabras en nada recordaban la gárrula obstinación de su padre. Luego, se aprestó a leerlo en voz alta, y una vez terminada la lectura dijo con acento emocionado: «El telegrama ha salvado nuestro honor.»

Un coro de encantadas voces estalló en derredor, durante el cual Feisal se inclinó hacia mí, para decirme al oído: «Quiero decir el honor de casi todos nosotros.» Lo dijo con un aire tan deleitado que no pude menos que reírme, y le pregunté con recato: «No entiendo lo que quieres decir.» Él me replicó: «Me ofrecí a

ponerme bajo tus órdenes en esta marcha. ¿Por qué no podía bastar eso?» «Porque eso no estaría a la altura de tu honor.» Y él murmuró: «Siempre antepones el mío al tuyo propio.» Y poniéndose de un salto enérgicamente en pie, dijo: «Y ahora, señores, alabemos a Dios y a trabajar.»

En tres horas tuvimos dispuestos los horarios, y dejamos listos para nuestros sucesores en Aba el Lissan sus cometidos y deberes. Yo emprendí la marcha. Joyce acababa de volver de Egipto, y Feisal me dio su palabra de que iría, junto con Marshall, a reunírseme en Azrak el doce como más tarde. Todo el campamento rebosaba de alegría, mientras yo montaba en el ténder del Rolls y partía hacia el Norte, con la esperanza de poder reunir aún a los rualla bajo el mando de Nuri Shaalan para el ataque contra Deraa.

LIBRO X
LA CASA SE CULMINA

Capítulos CVII a CXXII

Nuestra columna móvil de aeroplanos, carros blindados, árabes regulares y beduinos se reunió en Azrak, para cortar las tres vías férreas que confluían en Deraa. La línea sur fue cortada en las cercanías de Mefrak; la norte, por Arar; la del oeste, a la altura de Mezerib. Rodeamos Deraa, y logramos reagruparnos, a pesar de las incursiones aéreas del enemigo, en el desierto.

Al día siguiente, Allenby desató su ataque, y en pocas horas logró desbaratar a los turcos de modo irreparable.

Volé hasta Palestina, para conseguir ayuda aérea, y recibí órdenes para una segunda fase del avance hacia el norte.

Nos colocamos a espaldas de Deraa, para urgir su abandono. El general Barrow vino a juntársenos, y en su compañía avanzamos sobre Kiswe y nos reunimos allí con el Cuerpo Montado australiano. Nuestras fuerzas reunidas hicieron su entrada en Damasco sin hallar oposición. Se despertó en la ciudad una cierta confusión, pero hicimos cuanto pudimos por allanarla;

al fin, llegó Allenby y solventó todas las dificultades. Seguidamente, me dejó marchar.

CAPÍTULO CVII

Era un inexpresable placer haber podido despejar las brumas. Nos felicitábamos entre nosotros, llenos de contento mientras avanzábamos en coche, Winterton, Nasir y yo. Lord Winterton era nuestra última adquisición, un experimentado oficial del Cuerpo de Camelleros de Buxton. El jerife Nasir, que había sido punta de lanza del Ejército árabe desde los primeros días de Medina, había sido elegido por nosotros para el trabajo sobre el terreno en esta última ocasión. Se merecía el honor de Damasco, puesto que había conseguido honores en Medina, Weyh, Akaba y Tafileh, y en tantos otros días estériles además.

Un achacoso Ford nos seguía entre la nube de polvo, mientras nuestro espléndido coche tragaba millas ya conocidas. En otro tiempo me habría enorgullecido de hacer el trayecto de Akaba a Azrak en tres días; pero ahora lo hacíamos en dos, y dormíamos bien por las noches, tras el fúnebre confort de ser cómodamente transportados en Rolls-Royce, como los grandes de la guerra.

Nos dimos cuenta de nuevo de cuán fáciles eran sus vidas, el cuerpo muellemente instalado y los

nervios relajados ayudando al cerebro a concentrarse en el trabajo de butaca, mientras nuestros cuerpos y cerebros se relajaban sólo para la somnolencia de un hora de siesta, bajo el rubor del amanecer o el atardecer, los dos momentos del día inadecuados para cabalgar. Muchos días habíamos pasado veintidós de las veinticuatro horas del día en la silla, turnándonos para conducir la marcha en medio de la noche, mientras los demás hacían lo posible por no cabecear inadvertidamente sobre el pomo de la silla.

Pero se trataba no más que de una leve inadvertencia; porque hasta en los momentos de sueño más profundo seguían nuestros pies presionando sobre el cuello del camello, para mantenerlo a paso de crucero, despertándose el jinete tan pronto el paso perdía ritmo, aunque sólo fuera por una zancada en falso o un giro. Luego, habíamos tenido que padecer lluvia, nieve y sol, cayendo inmisericordes sobre nosotros; habíamos tenido poca comida, poca agua y ninguna seguridad, tanto frente a los turcos como frente a los árabes. Y sin embargo aquellos meses de trabajos forzados me habían permitido hacer planes con una seguridad que parecía loca temeridad a los recién llegados, pero que era en realidad conocimiento exacto de los materiales que manejaba.

Pero el desierto ya no parecía normal; de hecho, se había vuelto vergonzosamente populoso. Nunca dejábamos de ver hombres, pequeñas columnas camelleras de tropas, tribeños e impedimenta que avanzaban lentamente hacia el norte por la

interminable llanura de Yefer. Dejada atrás tanta actividad (de buen augurio para nuestra oportuna concentración en Azrak) pusimos a rugir nuestro motor, consiguiendo mi excelente chófer, Green, alcanzar en una ocasión las sesenta y tantas millas por hora. Nasir, medio ahogado y sentado en la maleta, sólo podía hacer ondear su mano de tanto en tanto a cada amigo que pasábamos.

En Bair oímos decir a los alarmados beni sajr que los turcos, el día anterior, se habían lanzado de improviso sobre Tafileh desde Hesa. Mifleh pensó que me había vuelto loco, o alegre a destiempo, cuando me reí de buena gana ante noticias que cuatro días antes hubieran parado la expedición de Azrak; pero ahora que estábamos en marcha, el enemigo podía tomar Aba el Lissan, Guweira, y hasta la misma Akaba, ¡y bienvenidos fueran! La resonancia que habíamos dado a nuestro avance sobre Amman los había puesto casi fuera de sí, y los muy inocentes habían salido con la intención de detenernos. Cada hombre que enviaban hacia el sur era un hombre, o mejor dicho, diez perdidos.

En Azrak nos topamos con unos pocos servidores de Nuri Shaalan, y con el coche de Crossley con un oficial de vuelo, un aviador, varios suplentes y un hangar de lona para los dos aparatos que tenían que proteger nuestra concentración. Pasamos nuestra primera noche en su aeropuerto y pagamos por ello. Una indómita mosca camellera acorazada, que picaba como mil demonios, se ensañó con nuestras partes

descubiertas hasta el atardecer. Luego pudimos conseguir un bendito alivio, según los picores fueron suavizándose con el fresco del anochecer, si bien el viento cambió y una cálida tormenta de cegador polvo salino cayó sobre nosotros durante tres horas. Nos acostamos y nos cubrimos con mantas la cabeza, pero no logramos dormir. Cada media hora teníamos que quitarnos de encima la arena que amenazaba enterrarnos. A medianoche, el viento cesó. Salimos entonces de nuestros sudados nidos y nos disponíamos a dormir a pierna suelta cuando con un zumbido cantarín una nube de mosquitos cayó sobre nosotros, y con ellos estuvimos luchando hasta el amanecer.

De modo que, al rayar el alba mudamos nuestro campamento a una cima de la sierra de Meyaber, a una milla al oeste del agua y a cien pies por encima de los marjales, y bien aireada por los vientos. Descansamos un tiempo, plantamos luego el hangar y a continuación fuimos a bañarnos en las plateadas aguas. Nos desnudamos junto a las chispeantes charcas cuyas orillas y fondos de color perla reflejaban el cielo con un resplandor lunar. «¡Delicioso!», grité, mientras me lanzaba al agua y empezaba a nadar. «¿Pero por qué te pasas todo el tiempo buceando?», me preguntó Winterton al poco. Y en aquel momento una mosca camellera vino a picarle por detrás y lo entendió, zambulléndose al tiempo que yo. Seguimos nadando desesperadamente sin sacar apenas la cabeza, para disuadir a los grises enjambres, pero éstos se habían

vuelto demasiado audaces a causa del hambre como para verse atemorizados por el agua, y cinco minutos después salíamos a toda prisa, colocándonos frenéticamente nuestra ropa, mientras la sangre nos corría de veinte picaduras como puñaladas.

Nasir se quedó mirándonos y riendo, y a continuación nos trasladamos los tres al fuerte, para pasar allí el mediodía. La vieja torre esquinera de Alí ibn el Hussein, único lugar techado en el desierto, estaba fresca y tranquila. El viento removía en el exterior las frondosidades de las palmeras con helado chasquido, palmeras abandonadas, crecidas, demasiado al norte para poder dar buenos dátiles rojos; pero sus ramas eran gruesas y con hojas bajas, lo que las hacía dar una agradable sombra. Bajo ellas, y sobre su alfombra, tomó asiento Nasir en medio de su quietud. El humo gris del cigarrillo que acababa de arrojar dejaba ascender sus volutas en el tibio aire, disolviéndose y difuminándose en los rayos solares que brillaban a través de las hojas. «Estoy contento», dijo. Todos nos sentíamos contentos.

Por la tarde hizo su aparición un carro blindado, completando así nuestra necesaria defensa, aunque el riesgo del enemigo era mínimo. Tres tribus cubrían el territorio que nos separaba del ferrocarril. Y había sólo cuarenta jinetes en Deraa y ninguno en Amman; además, por el momento los turcos aún no tenían noticia de nosotros. Uno de sus aeroplanos voló sobre nosotros una mañana, hizo un reconocimiento superficial y se fue, probablemente sin llegar a vernos.

Nuestro campamento, en su bien aireada cima, nos proporcionaba un excelente puesto de observación sobre las rutas de Deraa y Amman. Durante el día, los doce ingleses que éramos, junto con Nasir y su esclavo, vagábamos, dando vueltas, bañándonos al atardecer, observando el paisaje, pensando; y por la noche dormíamos cómodamente, o más bien, yo lo hacía, gozando de aquel precioso intermedio entre los amigos conquistados en Aba el Lissan y los enemigos del mes próximo.

Lo precioso de ese intervalo parecía estar en parte en mí mismo, ya que en esta marcha sobre Damasco (y eso era ya en nuestra imaginación) mi equilibrio habitual había cambiado. Podía sentir a mis espaldas el tenso potencial de la emoción árabe. El clímax de la predicación que habíamos llevado a cabo durante años había llegado, y todo un país unido se aprestaba a marchar sobre su histórica capital. Confiando en que esta arma, templada por mí, fuera suficiente para culminar mi propósito, parecía olvidarme de los camaradas británicos que, ajenos a mis ideas, permanecían en la sombra de la guerra ordinaria. No conseguía hacerlos partícipes de mi certeza.

Tiempo después pude enterarme de que Winterton se levantaba cada madrugada a examinar el horizonte, no fuera a ser que mi falta de cuidado nos librara a la sorpresa, y en Umtaiye y Sheik Saad los británicos pensaron durante días que vivíamos una aventura desesperada.

En realidad yo sabía (y hasta probablemente lo dije) que estábamos tan a salvo como pudiera estarlo el que más en situación de guerra. Debido a su orgullo, sin embargo, su duda nunca llegó a pesar sobre mis planes.

Estos planes consistían en amagar sobre Amman y cortar en realidad las vías férreas de Deraa; más allá de esto no íbamos, ya que era mi costumbre, mientras estudiaba las alternativas, mantener en suspenso los estadios intermedios.

La gente con frecuencia da crédito a los generales porque sólo ve de ellos las órdenes y los resultados; hasta Foch llegó a decir (antes de tener mando en tropas) que los generales ganan batallas, pero ningún general lo ha entendido así de verdad. La campaña siria de septiembre de 1918 fue probablemente la más científicamente planeada de la historia inglesa, jugando mucho más en ella el cerebro que la fuerza. Todo el mundo, y especialmente los que estaban a sus órdenes, concedían la victoria a Allenby y a Bartholomew, pero éstos nunca pudieron verla bajo nuestro prisma, sabiendo cómo sus vagas ideas se precisaban sólo al aplicarlas, y cómo sus hombres, a veces sin saberlo, las forjaban.

Con nuestra instalación en Azrak, la primera parte de nuestro plan, el amago, había quedado culminada. Habíamos enviado a miles de nuestros «caballeros de san Jorge», nuestros soberanos de oro, a los beni sajr, para comprarles toda la cebada de su harina trillada, rogándoles que no lo dijeran, pero que la

necesitábamos para nuestros animales y para nuestros aliados británicos, en una quincena. Dhiab de Tafilef —aquel mentecato y tarado mastuerzo— se apresuró a hacer llegar la noticia hasta Kerak con sus chismorreos.

Además de esto, Feisal advirtió a los zebn que se desplazaran a Bair para prestar servicio; y Hornby, esta vez (quizás un poco prematuramente) llevando ropas árabes, se mostraba activo en los preparativos de un gran asalto a Medeba. Su plan era avanzar hacia el diecinueve, tan pronto supiera que Allenby se había puesto en marcha, puesto que su intención era enlazar con Jericó, de modo que si fracasábamos con Deraa, nuestras fuerzas pudieran retroceder y reforzar su avance, que sería, ya no un amago, sino la segunda cuerda de nuestro arco. Sin embargo, los turcos frenaron su intento con un avance envolvente sobre Tafileh, y Hornby tuvo que defender Shobek contra ellos.

Para nuestra segunda parte, el asunto de Deraa, teníamos que planear un ataque propiamente dicho. Como preliminar determinamos cortar la línea en las proximidades de Amman, previniendo así cualquier posible refuerzo de Deraa desde Amman, y manteniendo así la convicción turca de que nuestro amago contra ella era real. Me pareció que (encargando a los egipcios las voladuras) este preliminar podía ser llevado a efecto por los gurjas, cuyo destacamento no distraería a nuestra fuerza principal de su propósito básico.

Este propósito básico era cortar las vías férreas del Hauran y mantenerlas cortadas durante al menos una semana; y parecía haber tres modos de hacerlo. El primero era avanzar hacia el norte de Deraa hasta la línea de Damasco, como en mi cabalgada invernal con Tallal, y cortarla, cruzando luego hacia la línea del Yarmuk. La segunda era dirigirse al sur de Deraa, sobre la línea del Yarmuk, como había hecho con Alí ibn el Hussein, en noviembre de 1917. La tercera era caer directamente sobre Deraa.

El tercer plan sólo podía llevarse a cabo si la Fuerza Aérea nos prometía un bombardeo diurno de la estación de Deraa, tal que su efecto fuera equivalente a un cañoneo desde tierra, permitiéndonos arriesgarnos a un asalto contra la ciudad con pocos hombres. Salmond esperaba poder hacerlo; pero dependía de cuántos aparatos pesados recibiera o pudiera reunir a tiempo. Dawnay vendría por aire hasta nosotros para decirnos su última palabra el once de septiembre. Hasta entonces podíamos mantener en pie los planes como mejor nos pareciera.

De nuestros apoyos, mi guardia de corps fue la primera en llegar, cruzando de un salto Wadi Sirhan el nueve de septiembre, felices, más rollizos que sus propios camellos, descansados y divertidos tras un mes de ser festejados entre los rualla. Me comunicaron que Nuri estaba ya casi listo, y se disponía a reunirse con nosotros. El joven rigor de la nueva tribu les había contagiado una vida y un espíritu que nos regocijaron a todos.

El día diez, los dos aeroplanos hicieron su aparición desde Akaba. Murphy y Junor, los pilotos, la emprendieron con las moscas borriqueras, que retozaban en el aire relamiéndose ante sus jugosos cuerpos. El día once, los restantes carros blindados y Joyce hicieron su llegada, junto con Stirling, pero sin Feisal. Marshall se había quedado para acompañarlo al día siguiente; y las cosas siempre marchaban bien cuando Marshall las dirigía con un humor sutil más persistente que bullicioso. Young, Peake, Scott-Higgins y los equipajes llegaron también. Azrak se llenó de gente y sus lagunas volvieron a resonar con las voces y los chapuzones de los cuerpos morenos y delgados, morenos y fuertes, de color cobrizo o blancos, que retozaban en sus aguas.

El día once llegó el aeroplano de Palestina. Desgraciadamente, Dawnay se hallaba nuevamente enfermo, y el oficial de Estado Mayor que había venido en su lugar (siendo bisoño) había sufrido fuertemente los efectos del aire y se había olvidado de las notas que tenía que traernos. Su firme seguridad, esa mirada sobre el mundo del inglés consumado, perdió pie ante tales golpes, y el golpe final se lo asestó nuestro descarado descuido en medio del desierto, sin piquetes o puestos de vigía, señales, centinelas o teléfonos, ni siquiera tropas de reserva, líneas de defensa, refugios o bases.

Se olvidó pues de sus más importantes nuevas, y no dijo que el seis de septiembre Allenby, como presa de una nueva inspiración, le había dicho a Bartholomew:

«¿Por qué molestarnos por Messudieh? Que la caballería marche directamente sobre Afuleh y Nazareth»; con lo que todo el plan quedaba modificado, y un enorme e indefinido avance era sustituido por un objetivo fijo. No teníamos de esto ni la menor idea; pero, interrogando al piloto, a quien Salmond había informado, obtuvimos información precisa sobre los recursos disponibles en aparatos de bombardeo. Se quedaban cortos respecto del mínimo requerido para Deraa; así que solicitamos sólo un bombardeo de castigo, mientras rodeábamos la villa por el norte, para asegurar la destrucción de la línea de Damasco.

Al día siguiente llegó Feisal, trayendo tras de sí el grueso de las tropas, a Nuri Said de punta en blanco, a Yemil el artillero, a los argelinos de Pisani, semejantes a buhoneros y demás ejemplares de nuestro esfuerzo de «tres hombres y un muchacho». Las moscas grises tenían ahora dos mil camellos con los que engordarse, y con el hartazgo dejaron en paz a Junor y sus medio desangrados mecánicos.

Por la tarde hizo su aparición Nuri Shaalan, acompañado de Trad y Jalid, Faris, Durzo y el Jafayi. También llegó Abu Tayi, en compañía de Mohammed el Dheilan; y Fahad y Adhub, los líderes zebn, junto con Ibn Bani, el jefe de los serahin, e Ibn Geny, jefe de los serdiyeh. Mayid ibn Sultan, de los adwan de las cercanías de Salt, se acercó a enterarse de la verdad sobre nuestro supuesto ataque a Amman. Ya entrada la noche hubo un tiroteo de rifle por el norte, y Tala el Hareidhm, mi viejo compañero de viaje, apareció

jadeando a todo galope, acompañado de cuarenta o cincuenta campesinos montados. Su sanguíneo rostro brillaba de alegría ante nuestra largamente esperada llegada. Drusos y sirios de ciudad, isawiyeh y hawarneh completaban la comitiva. Hasta la cebada para nuestra vuelta, por si la suerte fallaba (posibilidad que raramente tomábamos en cuenta) empezó a llegar en una continua hilera de cargas. Todo el mundo aparecía fornido y saludable. Excepto yo. La muchedumbre había destruido mi placer por Azrak, y me fui valle abajo hasta nuestra remota Ain el Essad y allí me pasaba el día en mi vieja madriguera entre los tamariscos, donde el viento entre las verdes y polvorientas ramas producía unos sonidos similares a los de los árboles ingleses. Lo que me recordaba que estaba mortalmente harto de aquellos árabes, mezquinos semitas carnales que alcanzaban alturas y simas por completo fuera de nuestro alcance, pero no fuera de nuestra vista. Hacían realidad nuestro absoluto con su ilimitada capacidad para el bien y para el mal, ¡y durante dos años había simulado provechosamente ser su camarada!

Aquel día sentí de modo definitivo que mi paciencia sobre la falsa posición en que me había metido se había acabado. Una semana, dos semanas, tres a lo sumo, e insistiría en ser relevado. Mis nervios se habían roto, y tendría mucha suerte si podía ocultar su ruina durante tanto tiempo.

Joyce, entre tanto, cargaba con la responsabilidad que mi defección hacía peligrar. Por orden suya Peake,

con el Cuerpo de Camelleros egipcio, ahora convertido en cuerpo de zapadores, Scott-Higgins, con sus aguerridos gurjas, y dos carros blindados como apoyo, salieron a cortar la vía férrea a la altura de Ifdein.

El plan era que Scott-Higgins atacara un fortín a la anochecida con sus ágiles indios, ágiles a pie, quiero decir, porque en camello eran como sacos. Peake debía entonces dedicarse a hacer voladuras hasta el amanecer. Los carros debían cubrirle la retirada hacia el este por la mañana, sobre el llano, donde nosotros, el cuerpo principal, empezaríamos a avanzar hacia el norte desde Azrak hasta Umtaiye, un gran pozo de agua de lluvia situado a quince millas por debajo de Deraa, y nuestra base de avance. Les proporcionamos guías rualla y los contemplamos partir, esperanzados, hacia tan importante preliminar.

CAPÍTULO CVIII

Nada más amanecer se puso en marcha nuestra columna. De ella, un millar de efectivos formaban el contingente de Aba el Lissan, y trescientos era el contingente de jinetes nómadas de Nuri Shaalan. Tenía además dos mil camelleros rualla, que le pedimos mantuviera en Wadi Sirhan. No parecía prudente, antes del día supremo, lanzar tal cantidad de pendencieros beduinos sobre las aldeas del Hauran. Los hombres de a caballo eran jeques, o siervos del jeque, hombres de peso, y bajo control.

Los negocios con Nuri y Feisal me tuvieron entretenido todo el día en Azrak; pero Joyce me había dejado un ténder, el azul bruma, con el cual alcancé al ejército al día siguiente, y me lo encontré desayunando entre las rugosidades cubiertas de hierba de Giaan el Junna. Los camellos, gozosos de verse fuera del baldío territorio que circunda Azrak, llenaban presurosamente sus estómagos con tan apetitosa comida.

Joyce tenía malas noticias. Peake había vuelto, para notificar la imposibilidad de llegar a la vía, debido a querellas con los campamentos árabes instalados cerca de los lugares donde debían tener lugar las

voladuras. Habíamos dado por hecho el corte de la vía férrea de Amman, y ese fracaso era un contratiempo. Me bajé del coche, cogí una carga de pólvora de algodón y monté en mi camello, para adelantarme a la columna. Los demás dieron un rodeo para evitar las duras lenguas de lava que bajaban del oeste en dirección a la vía férrea; pero nosotros, los ageyls y otros igualmente bien montados, podíamos arriesgarnos a atajar por la ruta de los ladrones hasta la llanura que se extendía en torno a la arruinada Um el Yemal.

Iba dándole vueltas al asunto de la voladura del ferrocarril de Amman, pensando cuál podría ser el expediente mejor y más rápido, y el misterio de aquellas ruinas se añadió a mis demás cuidados. Había una especie de torpeza mental en aquellas ciudades fronterizas romanas, Um el Yemal, Um el Surab y Umtaiye. Aquellos edificios fuera de lugar, en lo que tanto entonces como ahora era un desierto, acusaban la insensibilidad de sus constructores; eran casi una vulgar afirmación del derecho humano (derecho romano) a mantener sus costumbres en todas sus posesiones. Los italianizados edificios sufragados por los impuestos de las provincias más débiles revelaban una ceguera prosaica sobre la transitoriedad de lo político. Unas casas que de tal modo sobrevivían a sus constructores constituían un orgullo demasiado trivial como para honrar la mente de quienes las habían concebido.

Um el Yemal parecía agresiva e impúdica y el ferrocarril al otro lado de ella discurría tan cansinamente intacto que me impidieron contemplar con tranquilidad la batalla aérea entre Murphy, ocupando nuestro caza Bristol, y un biplaza enemigo. El Bristol fue malamente acribillado antes de que los turcos cayeran al suelo en llamas. Nuestro ejército actuó de deleitado espectador, pero Murphy, considerando el daño demasiado grave para repararlo con el escaso material de que disponía en Azrak, voló hasta Palestina por la mañana. Por lo que nuestra escasa fuerza aérea se vio reducida a un BE-12, un tipo de avión tan anticuado que resultaba inutilizable para la lucha y de escaso uso para los reconocimientos. Esto lo descubrimos más tarde; entre tanto nos sentimos tan contentos como el resto del ejército por la victoria de nuestro campeón.

Llegamos a Umtaiye poco antes de la puesta de sol. Las tropas venían cinco o seis millas por detrás, y tan pronto como nuestras bestias hubieron bebido arrancamos hacia la vía férrea, situada cuatro millas más abajo hacia el oeste, con la intención de hacer una voladura rápida. La luz del anochecer nos permitió acercarnos sin levantar alarmas, y, para alegría nuestra, vimos que era posible el paso de carros blindados, y justo ante nosotros teníamos dos buenos puentes.

Estos nuevos datos me decidieron a volver a la mañana siguiente, con carros y pólvora de algodón, para liquidar el puente más largo, de cuatro ojos. Su

destrucción daría a los turcos unos cuantos días de dura reparación, y nos libraría de Amman durante todo el tiempo de nuestra primera incursión sobre Deraa; así cubriríamos la finalidad de la frustrada voladura de Peake. Fue un feliz descubrimiento, y dimos marcha atrás, tanteando el terreno, mientras iba cayendo la noche, para coger el mejor camino para el coche.

Mientras remontábamos la última loma, una alta y lisa ladera que ocultaba por completo a Umtaiye del ferrocarril y sus posibles vigías, el fresco viento del nordeste nos trajo a la cara el tibio olor y el polvo de diez mil pies de altura; y desde la cima, las ruinas nos parecieron tan asombrosamente distintas a sí mismas que nos quedamos boquiabiertos. El valle estaba festivamente punteado por toda una galaxia de pequeñas fogatas nocturnas, que aún dejaban escapar en su humo pequeñas chispas de fuego. En torno a ellas los hombres hacían pan o café, mientras otros llevaban o traían del agua a sus ruidosos camellos.

Yo me dirigí al campamento que estaba a oscuras, el británico, y tomé allí asiento con Joyce, Winterton y Young, diciéndoles lo que teníamos que hacer en primer lugar por la mañana. Junto a nosotros, los soldados británicos fumaban recostados, asumiendo sosegadamente los riesgos de esta expedición, simplemente porque se lo ordenábamos. Era algo típico en ellos, algo instintivo en nuestro carácter nacional, del mismo modo que la barahúnda del otro lado era típica de los árabes. En sus momentos de crisis, una

raza se retraía a su interior, mientras la otra se explayaba.

Por la mañana, mientras las tropas desayunaban y desentumecían sus músculos de frío matutino, les explicamos en consejo a los líderes árabes lo adecuado de la vía férrea para una incursión con carros, y que se había decidido que dos carros blindados se acercaran hasta el puente y lo atacaran, mientras el cuerpo principal de las tropas continuaba su avance hasta Tell Arar, sobre la línea de Damasco, cuatro millas al norte de Deraa. Tomarían allí posiciones, posesionándose de la línea al amanecer del día siguiente, diecisiete de septiembre; y nosotros con los carros destruiríamos el puente largo y nos reuniríamos con ellos antes de esa hora.

Hacia las dos de la tarde, mientras avanzábamos hacia el ferrocarril, pudimos contemplar el grandioso espectáculo del enjambre de nuestros bombarderos zumbando hacia Deraa en su primera incursión. El lugar había quedado preservado hasta entonces de los ataques aéreos; de modo que los destrozos entre la inhabituada, desprotegida y desarmada guarnición fueron considerables. La moral de los hombres quedó tan castigada como el mismo tráfico ferroviario, y hasta que nuestro ataque desde el norte les obligó a reparar en nosotros, todo su esfuerzo se invirtió en cavar refugios a prueba de bombas.

Atravesamos por entre extensiones de hierba, rodeadas por bancales y campos de piedras, en nuestros dos ténders y nuestros dos carros blindados;

pero llegamos a buen término a espaldas del último collado, teniendo justo al otro lado nuestro objetivo. En el extremo sur del puente, sobre un altozano, se levantaba un fortín de piedra.

Decidimos dejar allí los ténders, a cubierto. Yo me trasladé junto con ciento cincuenta libras de pólvora de algodón, ya preparadas con los fulminantes, a uno de los carros blindados; nuestra intención era dirigirnos pasivamente valle abajo en dirección del puente, hasta que sus arcos, cubriéndonos del fuego del puesto, nos permitieran colocar y prender las cargas de demolición. En tanto, el otro carro, interviniendo activamente, se enzarzaría con el fortín a corta distancia, para cubrir mi operación.

Ambos carros salieron a la vez. Cuando desde la atónita guarnición nos divisaron, los siete u ocho turcos que la componían salieron de sus trincheras, y rifle en mano avanzaron hacia nosotros desplegados, movidos, bien por el pánico, por error o por un valor inhumano.

En pocos minutos, el segundo carro entró en acción contra ellos, mientras otros cuatro turcos aparecían junto al puente y empezaban a tirotearnos. Nuestras ametralladoras los enfilaron y dispararon sobre ellos una breve ráfaga. Uno de los hombres cayó a tierra, otro resultó alcanzado y el resto echó a correr un trecho, y pensándoselo mejor, volvieron hacia nosotros, haciendo gestos amistosos. Les tomamos sus rifles y los enviamos valle arriba en dirección a los ténders, cuyos conductores nos observaban con atención desde su loma. El fortín se rindió en aquel mismo momento.

Nos sentimos muy contentos de haber logrado tomar el puente, y su tramo de vía correspondiente, en cinco minutos y sin una sola baja.

Joyce se acercó a toda prisa en su ténder con más pólvora de algodón, y apresuradamente nos llegamos hasta el puente, una airosa obra, de ochenta pies de largo y quince de alto, ornada con una brillante placa de mármol, donde aparecían citados el nombre y los títulos del sultán Abdul Hamid. En los agujeros de drenaje de los arcos insertamos seis cargas en zigzag, cuya explosión hizo trizas científicamente todos los arcos, siendo esta demolición un bonito ejemplo de esa fina especialidad que deja el esqueleto del puente intacto, pero tambaleándose, de modo que la reparación a que se viera obligado el enemigo tendría que empezar por derribar los destrozos, antes de pensar en su reconstrucción.

Una vez que hubimos terminado, la cercanía de patrullas enemigas nos proporcionó una buena disculpa para salir de allí. Los pocos prisioneros que habíamos hecho, a quienes valorábamos por razones de inteligencia, los colocamos en la trasera; y nos pusimos en marcha dando botes. Desgraciadamente, botábamos demasiado despreocupadamente en nuestra satisfacción, y la primera torrentera supuso un pinchazo en nuestro ténder. Un lateral de la carrocería había empezado a desplazarse hacia abajo, hasta cargar todo su peso sobre la llanta de la rueda trasera, dejándonos embarrancados.

La abrazadera frontal del muelle posterior se había salido del chasis, produciendo una rotura que sólo un taller hubiera podido reparar. Empezamos a mirar en derredor con desamparo, ya que estábamos sólo a trescientas yardas de la vía, y ya nos veíamos perdiendo el coche cuando el enemigo pasara al cabo de diez minutos. Un Rolls en el desierto valía su peso en oro, y aunque llevábamos usándolos los últimos dieciocho meses, no precisamente sobre las lisas carreteras para las que habían sido construidos, sino a campo traviesa, por los peores terrenos, a toda velocidad, día y noche, y llevando un montón de cosas y cinco hombres dentro, era aquél nuestro primer accidente en una flota de nueve.

Rolls, el conductor, nuestro hombre más fuerte y más lleno de recursos, un mecánico siempre preparado cuya habilidad y consejo mantenía en funcionamiento nuestros coches y carros, se hallaba a punto de llorar por el desaguisado. Todos a una, oficiales y tropa, ingleses, árabes y turcos, nos apelotonamos a su alrededor, mirándolo a la cara con ansiedad. Al darse cuenta de que él, un individuo normal y corriente, tenía el mando en semejante emergencia, endureció con determinación su mandíbula con barba de varios días. Y dijo al fin que sólo había una posibilidad. Podíamos elevar el extremo caído del muelle, y calzarlo mediante tirantes sobre el estribo, hasta casi su vieja posición. Con la ayuda de cuerdas, las delgadas conteras de acero de los estribos podrían soportar el peso adicional.

Llevábamos en cada coche unas traviesas de madera para colocarlas entre las llantas dobles cuando los coches se hundían en la arena o en el barro. Tres trozos de una de ellas bastarían para conseguir la altura deseada. Y, como no teníamos sierra, las horadamos a tiros a la distancia conveniente, hasta que pudimos partirlas. Los turcos oyeron nuestros disparos, y detuvieron su paso con cautela. Joyce al oírnos se dio la vuelta, y vino a echarnos una mano. En su coche apilamos toda nuestra carga, calzamos el muelle y el chasis, introduciendo los trozos de la traviesa, y dejándolos reposar sobre ellos (aguantaban a la perfección), le dimos a la manivela y arrancamos. Rolls disminuía la velocidad ante cada piedra o acanaladura, mientras todos nosotros, prisioneros y el resto, corríamos a su lado, con gritos de ánimo, despejándole el camino.

En el campamento juntamos los bloques con cable telegráfico capturado y los unimos al chasis, y el muelle a su vez al chasis, hasta ponerlo todo lo más fuerte posible, y volvimos a colocar la carga. Y tanto aguante tuvo el estribo que durante las tres semanas siguientes el coche funcionó de manera normal, y llegó en semejante estado a Damasco, aguantando hasta el final. ¡Grande era Rolls, el chófer, y grande la casa Royce! Valían para nosotros tanto como cientos de hombres en aquellos desiertos.

La chapuza del coche nos retrasó varias horas, y al darla por concluida nos quedamos a dormir en Umtaiye, confiando en que, saliendo de madrugada, no

llegaríamos demasiado tarde a nuestra cita con Nuri Said sobre la línea de Damasco al día siguiente, donde podríamos anunciarle que, durante una semana, la línea de Amman había quedado clausurada. Era ésta la más rápida vía de refuerzo para Deraa, por lo que su destrucción nos dejaba las espaldas cubiertas. Hasta habíamos echado con ello una mano al pobre Zeid en Aba el Lissan, ya que los turcos reunidos en Tafileh retrasarían el ataque hasta que sus comunicaciones quedaran restablecidas. Nuestra última campaña empezaba con buenos auspicios.

CAPÍTULO CIX

A su debido tiempo, antes del alba, echamos a andar sobre las rodadas de los carros de Stirling, ansiosos por estar a su lado antes de que diera comienzo la batalla. Desgraciadamente, el camino no nos era favorable. Primeramente nos topamos con una mala bajada y luego difíciles llanadas de dolerita dentada, que atravesamos con dificultad. A continuación corrimos sobre laderas aradas. El terreno estaba intransitable para nuestros vehículos, ya que la sequía del verano había resquebrajado el suelo hasta una yarda de profundidad, formando grietas de hasta dos y tres pulgadas de anchura. Los carros blindados de cinco toneladas tenían que rodar en primera, y a poco se quedan embarrancados.

Alcanzamos al Ejército árabe hacia las ocho de la mañana sobre la cima del collado que dominaba el ferrocarril, y mientras se desplegaba para atacar el pequeño reducto que guardaba el puente, entre nosotros y el montículo de Tell Arar, cuya cima dominaba el paisaje hasta Deraa.

Jinetes rualla, comandados por Trad, bajaron por la larga pendiente y recorrieron el lecho del arroyo,

cubierto de regaliz, hasta la vía. Young salió dando botes tras ellos en su Ford. Desde la loma parecía que habíamos tomado el ferrocarril sin disparar un solo tiro, pero mientras nos hallábamos observando empezó a surgir del olvidado puesto turco un malévolo fuego graneado, y nuestros bravos, que se hallaban posando galanamente sobre la codiciada vía (preguntándose qué hacer a continuación), desaparecieron del mapa.

Nuri Said hizo adelantar los cañones de Pisani y disparó unos pocos tiros. A continuación, los jinetes rualla y las tropas asaltaron el reducto sin dificultad, con sólo un hombre muerto. De modo que las diez millas meridionales de la línea de Damasco quedaban en nuestro poder hacia las nueve de la mañana. Era el único ferrocarril que comunicaba Palestina y el Heyaz, y apenas lograba percatarme de la suerte que habíamos tenido; resultaba difícil de creer que hubiéramos podido cumplir la palabra que habíamos dado a Allenby, tan rápida y sencillamente.

Los árabes empezaron a descender del collado en riadas, y se apelotonaron sobre la redonda cima de Tell Arar, para contemplar la llanura, cuya lisura destacaba el sol tempranero lanzando por el momento más sombras que luces. Nuestros soldados podían ver, a simple vista desde allí, Deraa, Meserib y Ghazale, las tres estaciones clave.

Yo veía aún más que esto: miraba al norte hacia Damasco, la base turca, y su único enlace con Constantinopla y Alemania, que ahora se hallaba aislada; al sur, hacia Amman, Maan y Medina, también

aisladas; y al oeste, hacia Liman von Sandars, aislado en Nazareth, hacia Nablus y el valle del Jordán. Era el dieciséis de septiembre, el día prometido, cuarenta y ocho horas antes de que Allenby empezara a avanzar con todo su poderío. En cuarenta y ocho horas, los turcos tendrían que decidir cambiar su despliegue, para hacer frente al nuevo peligro, pero no podían efectuar tal cambio antes de producirse el ataque de Allenby. Bartholomew había dicho: «Díganme quién estará sobre la línea de Auya el día antes de nuestro avance, y yo les diré quién ganará.» Pues bien, él estaba en dicha línea, así que tenía que ganar. La cuestión ahora estaba en saber por cuánto.

Yo quería que toda la línea quedara destruida al momento; pero las cosas parecían haberse detenido. El ejército había hecho su parte: Nuri Said se hallaba emplazando ametralladoras en torno al montículo de Arar, para repeler cualquier posible descubierta procedente de Deraa; ¿pero por qué no seguían las voladuras? Bajé a toda prisa, para encontrarme a los egipcios de Peake desayunando. Era como el juego de bolos de Drake, y me quedé mudo de admiración.

Sin embargo, en una hora se hallaban dispuestos para proseguir sus trabajos de demolición rítmica por tiempos; y ya los artilleros franceses, que también llevaban pólvora de algodón, habían bajado con toda intención hasta el puente cercano. No eran muy buenos, pero al segundo intento lograron hacerle algún daño.

Desde la cima de Tell Arar, y antes de que el reflejo solar empezara su danza, examinamos Deraa cuidadosamente con mis potentes gemelos, intentando averiguar lo que los turcos nos tenían preparado para aquel día. Nuestro primer descubrimiento fue descorazonador. Su aeródromo estaba lleno de grupos de soldados que sacaban de los hangares un aparato tras otro. Pude contar hasta ocho o nueve alineados. Por lo demás, las cosas estaban como esperábamos. Unas cuantas tropas de infantería habían salido para redoblar las posiciones de defensa, y sus cañones seguían disparando sobre nosotros, pero estábamos a cuatro millas de distancia. Las locomotoras echaban humo, pero los convoyes no estaban armados. A nuestras espaldas, y en dirección a Damasco, el paisaje aparecía tan quieto como un mapa. Desde Mezerib, a nuestra izquierda, tampoco se observaban movimientos. Teníamos la iniciativa.

Nuestra esperanza estaba en hacer estallar seiscientas cargas, en forma de tulipa, dejando fuera de uso seis kilómetros de vía. Las tulipas eran un invento de Peake y mío para esta ocasión. Colocábamos treinta onzas de pólvora de algodón en el centro de la traviesa central de cada tramo de diez metros de raíl. Las traviesas eran de hierro, y su forma de caja dejaba en su interior una cámara de aire que la onda expansiva llenaba, haciendo explotar hacia arriba la traviesa. Si la carga se colocaba apropiadamente, el metal no se partía, sino que saltaba hacia arriba, abriéndose como una corola, hasta dos pies de altura.

La fuerza vertical de la explosión levantaba hacia arriba tres pulgadas los raíles y la onda horizontal los hacía encabalgarse seis pulgadas; y mientras los asentaderos se partían, los rebordes inferiores se curvaban de forma irremediable. De tres a cinco traviesas quedaban igualmente arruinadas, formándose además una trinchera en el terraplén. Todo ello con una sola carga, percutida por un fulminante tan corto que la primera volaba mientras la tercera aún estaba prendiéndose, y lanzando la metralla por encima de nuestras cabezas sin peligro.

Seiscientas cargas de este tipo darían trabajo a los turcos durante una buena semana. Lo que vendría a ser una generosa lectura de los «tres hombres y un muchacho con pistolas» de Allenby. Me volví hacia donde estaban las tropas, y en aquel momento ocurrieron dos cosas. Peake hizo estallar su primera carga, como un álamo de humo blanco y con la breve detonación subsiguiente, y el primer aeroplano turco hizo su aparición y vino a por nosotros. Nuri Said y yo nos encajamos admirablemente bajo una excrecencia rocosa, sajada en forma de profundas trincheras naturales, en la cara sur de la colina. Y allí nos pusimos a aguardar fríamente la primera bomba; pero se trataba sólo de un aparato de reconocimiento, un Pfalz, que se dedicó a observarnos, y a volver hacia Deraa con noticias nuestras.

Malas noticias debieron de ser, ya que dos biplazas, cuatro cazas y un viejo Albatros de panza amarilla despegaron en rápida sucesión, y empezaron a

sobrevolarnos en círculo, arrojándonos bombas o acribillándonos con fuego de ametralladora. Nuri colocó a los hombres que disparaban sus Hotchkiss en las hendiduras rocosas, y empezó a responder a su fuego. Pisani cargó sus cuatro baterías de montaña e hizo volar unos cuantos y optimistas obuses. Esto molestó al enemigo, que hizo un amago de retirada y volvió a la carga desde mayor altura.

Dispersamos a las tropas y a los camellos, mientras los irregulares se dispersaban por sí mismos. Abrirnos para presentar un blanco difuso era nuestra única esperanza de salvaguardia, dado que la llanura no tenía refugio aéreo ni para un conejo; y el corazón se nos puso en un puño al ver a nuestros miles de hombres moteando dispersos la llanura. Resultaba extraño hallarse allí arriba en la cima de la colina, divisando aquellas dos millas cuadradas de terreno, generosamente cubiertas de hombres y animales, entre los que perezosos y silentes bulbos de humo surgían irregularmente allí donde las bombas caían (lejos, en apariencia, de donde se producía el estruendo) o en las que se levantaban regueros de polvo, allí donde disparaban las ametralladoras.

Todo parecía y sonaba difícil, pero los egipcios siguieron con su trabajo, con el mismo afán metódico que empleaban para comer. Cuatro cuadrillas plantaban las tulipas, mientras Peake y uno de sus oficiales prendía cada serie, una vez plantada. Las dos cargas de pólvora de algodón parecían no ser suficientes para producir una explosión lucida, y los

aeroplanos parecían no enterarse de lo que estaba ocurriendo, o al menos no se dedicaron especialmente a rociarlos con bombas, y según iba avanzando la demolición el grupo fue saliendo gradualmente del área de peligro en dirección al más tranquilo paisaje de la zona norte. Fuimos siguiendo su avance por la degradación del tendido telegráfico. En las partes vírgenes, los postes se alzaban airosos, atravesados por el tenso alambre, pero tras el paso de Peake aparecían inclinados, vacilantes o caídos.

Nuri Said, Joyce y yo celebramos un consejo, y ponderamos el modo de llegar hasta la sección correspondiente al río Yarmuk de la línea de Palestina, para culminar nuestro corte de los ferrocarriles del Heyaz y de Damasco. En vista de la oposición registrada, debíamos emplear casi todos nuestros hombres, lo que no parecía excesivamente prudente bajo la constante observación aérea a que nos hallábamos sometidos. Por un lado, las bombas podían dañarnos gravemente en nuestra marcha al descubierto por la llanura; por otro, el equipo de demolición de Peake quedaría a merced de las fuerzas turcas de Deraa, si éstas lograban reunir arrestos suficientes para salir a hacerles frente. Por el momento se hallaban llenas de miedo, pero con el tiempo podían envalentonarse.

Mientras vacilábamos, las cosas se resolvieron de un modo maravilloso. Junor, el piloto del BE-12, que se hallaba solo en Azrak, oyó hablar al impedido Murphy de los aparatos enemigos de las afueras de Deraa, y

por su cuenta y riesgo decidió ocupar el lugar del avión de combate Bristol, cubriendo su programa aéreo. De modo que cuando las cosas parecían estar en su peor momento, hizo él su aparición.

Lo vimos acercarse con sentimientos encontrados, ya que su desesperadamente viejo aparato lo convertía en carne de cañón para cualquiera de los aviones de observación o biplazas enemigos; pero en un primer momento los dejó perplejos al empezar a disparar sobre ellos con sus dos ametralladoras. Se dispersaron para echar una cauta mirada a su oponente inesperado. Él cruzó la vertical de la vía hacia el oeste, y los turcos fueron tras él en su persecución, con esa amigable debilidad de los artefactos aéreos por los aparatos hostiles, por importantes que sean los objetivos de tierra.

Nos dejaron totalmente en paz. Nuri aprovechó la tregua para reunir a trescientos cincuenta regulares, junto con dos de las baterías de Pisani, y los hizo remontar a toda prisa el altozano situado detrás de Tell Arar, para situarlos en el primer estadio de su avance sobre Mezerib. Si los aeroplanos nos daban media hora de tregua, probablemente no llegarían a darse cuenta de la disminución del número de los reunidos en torno al montículo, ni verían tampoco a los grupos dispersos que sobre cada cuesta y hondonada marchaban hacia el oeste: el terreno presentaba unos maizales bien crecidos, y los cardos llegaban hasta la altura de la silla en los grandes campos de los alrededores.

Enviamos a los campesinos detrás de los soldados, y media hora después me hallaba yo diciendo a los hombres de mi guardia que debíamos llegar a Mezerib antes que los otros cuando oímos de nuevo el rugir de los aeroplanos, y, para nuestro asombro, pudimos ver aparecer de nuevo a Junor, aún vivo, aunque rodeado de aparatos enemigos por tres lados, que escupían balas sobre él. Él los esquivaba y sorteaba espléndidamente, sin dejar de responder a su fuego. Su mismo número los estorbaba, pero por supuesto el asunto no podía tener más que un final.

Con la débil esperanza de que pudiera aterrizar indemne nos apresuramos en dirección a la vía férrea, donde había una franja de tierra no demasiado sembrada de pedruscos. Todo el mundo ayudó a despejarla a toda velocidad, mientras Junor empezaba a descender. Nos arrojó un mensaje diciendo que se había quedado sin combustible. Trabajamos febrilmente durante cinco minutos, y a continuación colocamos una señal de aterrizaje. Se dirigió en picado hacia ella, pero mientras lo hacía el viento empezó a soplar de costado en ángulo agudo. La franja despejada era, en cualquier caso, demasiado pequeña. Tomó tierra de un modo maravilloso, pero el viento sopló de costado una vez más. Su tren de aterrizaje se desprendió y el aeroplano volcó sobre terreno desigual.

Nos apuramos a ir a rescatarlo, pero Junor se hallaba ya fuera, con no más daño que un corte en la barbilla. Sacó su Lewis y sus Vickers, junto con los correspondientes tambores de munición. Lo echó todo

en el Ford de Young y salió disparado, mientras uno de los biplazas turcos enfilaba arteramente contra el aparato siniestrado y le lanzaba una bomba.

Cinco minutos más tarde, Junor se hallaba solicitando un nuevo empleo. Joyce le encomendó un Ford, y con él echó a correr audazmente por la vía hasta las proximidades de Deraa e hizo saltar por los aires un tramo de vía antes de que los turcos llegaran a divisarlo. Éstos encontraron su celo excesivo y apuntaron contra él sus cañones; pero él los esquivó de nuevo con su Ford, saliendo ileso por tercera vez.

CAPÍTULO CX

Mi guardia de corps se hallaba esperando en dos filas sobre la ladera de la colina. Joyce estaba situado sobre la cima de Tell Arar como fuerza de cobertura, con un centenar de hombres de Nuri Said, los rualla, los gurjas y los carros, mientras nosotros empezábamos nuestro avance para cortar el ferrocarril de Palestina. Mi grupo debía presentar el aspecto de un grupo de beduinos, por lo que decidí avanzar a campo traviesa en dirección a Mezerib, por el camino más corto, ya que íbamos con retraso.

Desgraciadamente atrajimos la atención del enemigo. Un aeroplano voló sobre nosotros arrojando bombas: una, dos, tres, sin acertar, y la cuarta en medio de nosotros. Dos de mis hombres cayeron al suelo. Sus camellos, formando una masa sanguinolenta, pataleaban sobre el suelo. Los hombres no tenían ni un rasguño, y saltaron sobre la grupa de dos de sus amigos. Otro aparato pasó cortando el aire con sus alas. Dos bombas más, y un estampido que hizo girar en redondo a mi camella y por poco me tira de la silla, dejándome un ardiente entumecimiento en el codo derecho. Creí que me habían herido gravemente

y empecé a lamentarme en voz alta por haber quedado inutilizado cuando un solo día más hubiera significado un amplio éxito. La sangre me corría por el brazo; tal vez si no me paraba a mirarlo podría seguir adelante como si no estuviera herido.

Mi camello saltó ante una rociada de ametralladora. Yo me aferré al pomo de la silla, y vi que mi brazo estaba aún allí y seguía siendo eficaz. Creía que me lo habían arrancado. Con la mano izquierda aparté la capa y exploré la herida, para sentir sólo una muy caliente esquirla de metal demasiado leve para producirme verdadero daño tras haber atravesado los amontonados pliegues de mi capa. El susto me mostró hasta qué punto tenía alterados los nervios. Curiosamente era aquélla la primera vez que yo resultaba herido desde el aire.

Nos desplegamos y empezamos a cabalgar espléndidamente, conociendo como conocíamos de memoria el terreno y deteniéndonos sólo para decir a los jóvenes campesinos que encontrábamos que el trabajo estaba ahora en Mezerib. Los senderos rurales estaban llenos de aquellos tipos, que surgían a pie de cada aldea para ayudarnos. Tenían muy buena voluntad, pero nuestros ojos llevaban tanto tiempo fijados en la morena enjutez de los hombres del desierto que aquellos alegres muchachos campesinos, con sus sonrosadas caras, su enmarañado pelo y sus pálidos brazos y piernas, nos parecían chicas. Se habían alzado las túnicas hasta encima de la rodilla para facilitarse el trabajo, y los más activos corrían a

nuestro lado por los campos tomándoles el pelo a nuestros veteranos.

Al llegar a Mezerib nos salió al encuentro Durzi ibn Dughmi, con nuevas de que los soldados de Nuri Said se hallaban a sólo dos millas detrás de nosotros. Abrevamos nuestros camellos y saciamos ampliamente nuestra sed, porque había sido un día largo y cálido, que aún no había terminado. En aquel momento, desde detrás del viejo fuerte miramos sobre el lago y vimos movimiento en la estación francesa de ferrocarril.

Algunos de los campesinos de blancas piernas nos dijeron que los turcos se hallaban bien atrincherados en ella. Sin embargo, el ataque era más que tentador. Abdulla dirigió nuestra carga, ya que mis días aventureros habían terminado, con la perezosa disculpa de que debía conservar el pellejo para más justificadas emergencias. O, lo que es lo mismo, quería entrar en Damasco. Y este ataque me resultaba demasiado fácil. Abdulla encontró en el fuerte grano, harina y un pequeño botín de armas, caballos y ornamentos, cosas que excitaron a mis seguidores e hicieron que nuevos adherentes vinieran, corriendo sobre la hierba, como moscas a la miel. Tallal llegó con su habitual galope. Cruzamos la corriente, y avanzamos juntos por la otra orilla con la hierba hasta la rodilla, hasta que divisamos la estación turca trescientos metros más allá. Podíamos capturarla antes de atacar el gran puente situado por debajo de Tell el Dhebab. Tallal se adelantó sin la menor precaución. Los turcos empezaron a aparecer a izquierda y

derecha. «No hay problema», dijo, «conozco al jefe de estación»; pero cuando nos hallábamos a doscientos metros de distancia veinte rifles lanzaron contra nosotros una sorpresiva descarga. Nos arrojamos ilesos entre los matorrales (casi todos ellos cardos), y retrocedimos arrastrándonos con brío, mientras Tallai juraba sin parar.

Mis hombres lo oyeron, u oyeron los tiros, y aparecieron desde la parte del río, pero los hicimos retroceder, temiendo que pudiera haber una ametralladora en la estación. Se requería la presencia de Nuri Said. Apareció en compañía de Nasir, y pasamos revista a la situación. Nuri señaló que un retraso en Mezerib nos haría perder el puente, que era objetivo más importante. Yo me mostré de acuerdo, pero pensaba que aquel pájaro en mano podía ser suficiente, dado que las demoliciones de Peake en la línea principal proseguirían durante otra semana, y al fin de la semana tendríamos una situación totalmente distinta.

Así que Pisani desplegó sus bien dispuestos cañones y disparó unos cuantos obuses de alta potencia. Bajo su cobertura, y con nuestras veinte ametralladoras haciéndonos de techumbre, Nuri inició el avance, enguantado y espada en mano, para recibir la rendición de los veinte soldados que quedaban vivos.

Sobre la bien provista estación, cientos de campesinos hauranis cayeron frenéticamente para dedicarse al saqueo. Hombres, mujeres y niños luchaban como perros por cada objeto. Puertas y

ventanas, marcos de puertas y marcos de ventanas y hasta los peldaños de las escaleras desaparecieron. Un optimista hizo saltar la caja fuerte y se la encontró llena de sellos de correos. Otros descerrajaron las largas hileras de vagones de los apartaderos, y se los encontraron llenos de todo tipo de mercancías. Se las llevaron por toneladas. Pero aún fueron más las que quedaron regadas por el suelo, en medio del estropicio.

Young y yo cortamos el telégrafo, que estaba allí formado por una importante red de líneas principales y locales, verdadero cordón umbilical de los turcos de Palestina con su patria. Era agradable imaginar las maldiciones de Liman von Sandars, en Nazareth, a cada hilo cortado que saltaba bajo la acción de nuestras pinzas. Realizamos el corte lenta y ceremoniosamente, para hacer saltar su indignación. La desesperada falta de iniciativa de los turcos convertía a su ejército en una masa «teledirigida», de modo que cortando los cables telegráficos los convertíamos en una masa amorfa. Tras los telégrafos, hicimos saltar las agujas y plantamos más tulipas, no muchas, pero las suficientes para fastidiar. Mientras trabajábamos en esto, una locomotora ligera hizo su aparición, procedente de Deraa y en misión de patrulla. El estallido y las nubes de polvo de nuestras tulipas la pusieron nerviosa, y se alejó discretamente. A continuación, nos sobrevoló un aeroplano.

Entre el material rodante capturado, y sobre vagones-plataforma, había dos camiones cargados con golosinas para alguna cantina alemana. Los árabes,

que desconfían de latas y botellas, lo habían destruido casi todo, pero pudimos salvar algo de sopa y carne, y más tarde Nuri Said nos dio unos cuantos frascos de espárragos en conserva. Había visto a un árabe descerrajando la caja y le había gritado «Huesos de cerdo», con acento horrorizado, cuando el contenido de la misma salió a la luz. El campesino escupió y tiró la caja, y Nuri rápidamente se embolsó cuantos frascos pudo en sus alforjas.

Los camiones llevaban enormes depósitos de gasolina. A continuación de ellos había unos cuantos vagones de leña. Lo prendimos todo al atardecer, cuando hubo terminado el saqueo, y las tropas y los tribeños se habían tumbado a descansar sobre la suave hierba de las orillas del lago.

Las espléndidas llamaradas que despedían las hileras de vagones iluminaron nuestra cena. La leña ardía con sólido resplandor, y las feroces lenguas y llamas de la gasolina se elevaban como torres por encima de los depósitos de agua. Dejábamos que los hombres se cocinaran su pan y su cena, y descansaran, antes de la incursión nocturna contra el puente de Shebab, situado tres millas al oeste. Había sido nuestra intención atacarlo al oscurecer, pero las ganas de comer nos detuvieron, y seguidamente empezamos a recibir enjambres de visitantes, ya que nuestras balizas luminosas nos hicieron notar en medio Hauran.

Los visitantes eran nuestros ojos en la zona, y teníamos que recibirlos bien. Mi tarea consistía en

verme con cualquiera que trajera noticias, dejándolo que se expresara a sus anchas, para después reordenar y recombinar la verdad de lo notificado hasta hacerme una completa imagen mental. Imagen completa, porque me proporcionaba certidumbre de juicio, pero no consciente ni lógica, ya que mis informantes eran tantos que me informaban hasta distraerme, y mi espíritu dejado a sus solas fuerzas se doblegaba ante sus múltiples sugerencias.

Empezaron a caernos visitantes del norte, a caballo, en camello y a pie, cientos y cientos de ellos, grandiosamente llenos de entusiasmo, pensando que aquél era el fin de la ocupación del país y que Nasir sellaría su victoria tomando Deraa por la noche. Hasta los magistrados de Deraa se acercaron a entregarnos su ciudad. Accediendo a sus ofertas podíamos hacernos con el suministro de agua de la estación de ferrocarril, que inevitablemente tendría que ceder; luego, si la ruina del ejército turco sólo llegaba a producirse de forma lenta, podíamos lanzarnos de nuevo hacia delante, y dejar sueltos a los habitantes de la llanura que se extiende entre Deraa y Damasco, en cuyas manos estaba la victoria final. Un bonito cálculo, aunque escasamente nuevo, pero todas las opiniones estaban en contra de la toma de Deraa. Así que tuvimos que rechazar las ofertas de nuestros amigos, con excusas que estuvieran al alcance de su comprensión.

CAPÍTULO CXI

Trabajo lento; y cuando al fin nos hallábamos listos, un nuevo visitante hizo su aparición, el joven jefe de Tell Shebad. Su aldea era la llave del puente. Nos describió su situación, su extensa guarnición y dónde se hallaba ubicada. Evidentemente el problema era más arduo de lo que habíamos pensado, si tal historia era cierta. La pusimos en duda, ya que su recién difunto padre nos había sido hostil, y el hijo se manifestaba demasiado repentinamente devoto de nuestra causa.

No obstante, terminó sugiriendo volver una hora más tarde con el oficial al mando de la guarnición, que era amigo suyo. Asentimos y dijimos a nuestros hombres que siguieran a la espera mientras llevábamos a cabo esta breve verificación.

Pronto estuvo de vuelta el muchacho con un capitán, un armenio ansioso por hacer daño a su gobierno hasta donde le fuera posible. También parecía muy nervioso. Nos las vimos y nos las deseamos para tranquilizarlo sobre nuestras buenas intenciones. Sus subalternos, dijo, eran turcos leales. Propuso que nos acercáramos al poblado y nos escondiéramos en las

proximidades, mientras tres o cuatro de nuestros hombres más robustos se ocultaban en su despacho.

Iría llamando entonces a cada uno de sus subordinados, y según fueran entrando nuestros emboscados los maniatarían.

Parecía algo directamente salido de los libros de aventuras, y nos mostramos entusiásticamente conformes. Eran las nueve de la noche.

A las once en punto debíamos rodear la aldea, y esperar a que el jeque les mostrara a nuestros hombres escogidos el camino hasta la casa del comandante. Los dos conspiradores se marcharon, contentos, mientras nosotros despertábamos a nuestro ejército, sumido en el sueño del agotamiento junto a sus cargados camellos. Era noche cerrada.

Mi guardia de corps empezó a preparar cargas de gelatina para la voladura del puente. Yo me llené los bolsillos de detonadores. Nasir envió enlaces a cada una de las secciones del Cuerpo de Camelleros para avisarles de la aventura que se preparaba, de modo que pudieran ponerse a la altura de las circunstancias y llevaran a cabo la monta con precaución, sin el desastre de algún camello bramador. Así lo hicieron. En doble fila, nuestra fuerza empezó a descender por un sendero tortuoso, paralelo a un canal de irrigación, hasta la cima del collado fronterizo. Si alguna traición nos aguardaba, aquel camino desnudo sería una trampa mortal, desprovisto como estaba de salidas a izquierda y a derecha, estrecho, tortuoso y resbaladizo debido al agua de la acequia. Salimos pues los

primeros Nasir y yo con nuestros hombres, que llevaban las orejas bien atentas a cualquier sonido y los ojos constantemente en guardia. Frente a nosotros aparecía la cascada, con su abrumador rugido que tanto carácter había dado a la inolvidable noche en que Alí ibn el Hussein y yo habíamos intentado volar el puente desde el otro lado del barranco. Sólo que esta noche nos hallábamos más próximos a ella, y el ruido flotaba sobre nosotros de manera opresiva, llenándonos los oídos.

Avanzábamos lenta y cuidadosamente, silenciosos sobre nuestros pies desnudos, mientras detrás la soldadesca más pesada serpenteaba, conteniendo el aliento. También marchaban en silencio, porque los camellos se mueven siempre cautelosamente por la noche, y habíamos empaquetado bien la impedimenta para que no hiciera ruido y las sillas para que no chirriaran. Su quietud hacía la noche aún más oscura y ahondaba la amenaza de los susurrantes valles a ambos lados. Oleadas de aire húmedo procedentes del río venían a estampársenos friolentamente en la cara; y fue entonces cuando Rahail se me aproximó rápidamente desde la izquierda, y cogiéndome del brazo me señaló una columna de humo que ascendía del valle.

Corrimos hacia el borde de la bajada, y nos pusimos a observar, pero la hondonada aparecía llena de una grisácea niebla proveniente del río y sólo podíamos ver la oscuridad y el pálido vapor que exhalaba el banco de niebla. En algún lugar de allí abajo estaba la vía férrea,

y detuvimos la marcha, temiendo que se tratara de la sospechada trampa. Tres de nosotros nos adelantamos paso a paso por la resbaladiza ladera hasta empezar a oír voces. De pronto la humareda cambió de dirección y se oyó un profundo jadeo, y después el chirriar de unos frenos, como si una locomotora volviera a detenerse. Debía de haber un largo convoy allá abajo; tranquilizados, seguimos avanzando hasta el espolón situado por debajo de la aldea.

Nos desplegamos en hilera sobre su repisa, y aguardamos cinco, diez minutos. Empezaron a pasar lentamente. La lóbrega noche, antes de la salida de la luna, imponía silencio con su solidez, y hubiera obligado a tener paciencia a nuestros inquietos amigos, sin la advertencia añadida de los perros y el intermitente grito de alerta de los centinelas apostados en torno al puente. Por fin, dejamos que nuestros hombres bajaran tranquilamente de sus camellos y nos sentamos, extrañados por el retraso, los gritos de los centinelas turcos y el significado de aquel tren parado allá abajo en el valle. Nuestras capas de lana empezaron a ponerse rígidas y pesadas con la niebla, y nosotros a sentir frío.

Después de un largo rato una mancha más clara surgió de la oscuridad. Era el joven jeque, que llevaba abierta su capa para mostrarnos su blanca túnica cual si fuera una bandera. Nos susurró que su plan había fallado. Un tren (el que estaba en el barranco) acababa de llegar con un coronel alemán y las reservas turcas y

alemanas de Afuleh, enviadas por Liman von Sandars, para rescatar a la aterrorizada Deraa.

Habían puesto bajo arresto al pequeño armenio por ausentarse de su puesto. Había ametralladoras a montones y centinelas que vigilaban los accesos con irrefrenable energía. De hecho, había un fuerte piquete situado sobre el camino, a menos de cien metros de donde nos hallábamos; lo extraño de nuestra situación me provocó la risa, aunque sin armar escándalo.

Nuri Said se ofreció a tomar la plaza por la fuerza. Teníamos bombas suficientes y cohetes de bengala; además, el número y la preparación estaban de nuestro lado. Era una buena apuesta, pero yo me hallaba en la tesitura de medir el valor del objetivo en términos de vidas gastadas y, como siempre, encontré el precio demasiado alto. Por supuesto, la mayor parte de las cosas que se hacen en la guerra resultan demasiado caras, y teníamos que haber seguido tal ejemplo lanzándonos y llegando hasta el final. Pero yo me hallaba secreta e inconfesadamente orgulloso de nuestra planificación de la campaña; así que le dije a Nuri que yo estaba en contra. Habíamos aquel día cortado por dos veces la línea Damasco-Palestina, y el haber logrado llevar hasta allí a la guarnición de Afuleh era un tercer triunfo para Allenby. Nuestro cometido había quedado más que honrosamente cubierto.

Nuri, tras pensárselo un momento, se mostró de acuerdo. Le dimos las buenas noches al muchacho que tanto y tan honestamente había trabajado en nuestro favor. Recorrimos las filas, susurrando a cada hombre

que reculara en silencio. Nos sentamos a continuación en grupo con nuestros rifles (el mío era un Lee-Enfield grabado en oro de Enver, trofeo de los Dardanelos, que el turco había regalado a Feisal años antes), aguardando a que nuestros hombres se hubieran retirado de la zona peligrosa.

Curiosamente, fue éste el momento más duro de la noche. Ahora que el trabajo había pasado, escasamente podíamos resistirla tentación de echarnos sobre los aguafiestas de los alemanes. Hubiera sido tan sencillo lanzarles una bengala en medio de su vivac y ver cómo aquellos tipos tan solemnes se revolvían en apurada confusión y empezaban a disparar a ciegas contra las desnudas y neblinosas laderas situadas a sus pies. Idéntica idea se nos vino a un tiempo a la cabeza a Nasir, Nuri Said y a mí. La confesamos sin querer todos a la vez, y cada uno se sintió de inmediato avergonzado del infantilismo de los otros. Precaviéndonos mutuamente conseguimos no obstante conservar nuestra respetabilidad. En Mezerib, pasada la medianoche, sentimos que debíamos hacer algo para resarcirnos de la pérdida del puente. Así que dos grupos de hombres de mi guardia, guiados por gentes de Tallai, marcharon hasta el otro lado de Shebab y cortaron la vía por dos lugares en dos pendiente desguarnecidas. El eco de sus explosiones dio al destacamento alemán una mala noche. Dispararon bengalas y rastrearon los alrededores para evitar algún ataque inminente.

Nos sentimos muy contentos de darles una noche tan aperreada como la nuestra, ya que así se hallarían tan lánguidos como nosotros ala mañana siguiente. Nuestros amigos seguían viniendo a visitarnos a cada minuto, para besarnos las manos y jurar fidelidad eterna. Sus fuertes caballos cruzaban en hilera nuestro brumoso campamento, por en medio de los cientos de hombres dormidos y de los inquietos camellos, cuyas grandes quijadas no dejaban de rumiar toda la noche la hierba que habían pacido durante el día.

Antes del amanecer hicieron su llegada desde Tell Arar los restantes cañones de Pisani y el resto de las tropas de Nuri Said. Le habíamos escrito a Joyce que por la mañana volveríamos hacia el sur, por las cercanías del Nisib, para completar el cerco de Deraa. Yo le sugerí que retrocediera directamente sobre Umtaiye y nos esperara allí, ya que dicho lugar, provisto de abundante agua, espléndidos pastos y equidistante de Deraa, Yebel Druse y el desierto Rualla, parecía ideal para reunir nuestras fuerzas y esperar nuevas de los éxitos de Allenby. Instalándonos en Umtaiye conseguíamos además aislar el Cuarto Ejército turco situado más allá del Jordán (nuestro particular objetivo) de Damasco, y nos situábamos en condiciones de llevar a cabo rápidos cortes de la vía cada vez que el enemigo hubiera logrado reparar los anteriores.

CAPÍTULO CXII

Renuentemente nos dispusimos para otro día de esfuerzo, reunimos al ejército y avanzamos con enorme barahúnda a través de la estación de Mezerib. El fuego se había consumido y el lugar se tenía en pie en medio de un tremendo desorden. Young y yo colocamos ociosamente unas cuantas tulipas, mientras las tropas se desplegaban por un terreno quebrado en dirección a Remthe, para quedar fuera de la vista tanto de Deraa como de Shehab. Los aeroplanos turcos sobrevolaban el terreno buscándonos, de modo que hicimos volver a nuestros campesinos a sus aldeas, pasando por Mezerib. A la vista de lo cual, los observadores aéreos informaron que éramos muy numerosos, posiblemente una fuerza de ocho o nueve mil hombres y que nuestro movimiento centrífugo parecía dirigirse en varias direcciones a la vez.

Para aumentar su asombro, la carga retardada de los artilleros franceses hizo volar la torre de agua de Mezerib, con gran estruendo, varias horas después de haber pasado nosotros por allí. Los alemanes se dirigían en aquel momento de Shebab a Deraa, y el inexplicable susto hizo retroceder a aquellos tipos faltos

de humor sobre Shehab, donde permanecieron de guardia hasta la tarde.

Entre tanto, nosotros nos hallábamos ya lejos, avanzando sin pausa en dirección a Nisib, a cuya cima llegamos hacia las cuatro de la tarde. Concedimos a la infantería montada un pequeño descanso, mientras trasladábamos nuestros cañones y metralletas a la cima del primer collado, desde donde el terreno descendía hacia la hondonada donde estaba la estación.

Apostamos allí los cañones a cubierto, y les pedimos que abrieran fuego sobre los edificios de la estación a una distancia de dos mil yardas. Las secciones de Pisani trataban de superarse entre sí, de modo que pronto pudieron empezar a verse grandes boquetes en los techos y paños de pared. Al mismo tiempo, hicimos avanzar a nuestros artilleros por el flanco izquierdo, y desde allí dispararon contra las trincheras, que nos devolvieron un obstinado fuego. No obstante, nuestras tropas tenían a su favor un refugio natural y el sol de la tarde que brillaba a sus espaldas. De modo que no sufrimos daño. Ni lo sufrió tampoco el enemigo. Por supuesto todo era sólo un juego, y la captura de la estación no estaba en nuestros planes. Nuestro objetivo real era el gran puente situado al norte de la aldea. El montículo que teníamos a nuestros pies formaba un largo cuerno hasta el lugar donde se alzaba dicha obra, a la que servía como punto de arranque de aquel lado del valle. La aldea se alzaba al otro lado. Los turcos vigilaban el puente desde un pequeño

reducto, y se mantenían en contacto con los fusileros apostados en la aldea, al abrigo de sus murallas.

Apuntamos las baterías de Pisani y seis de las ametralladoras sobre el pequeño pero bien atrincherado puesto de defensa del puente, esperando con ello obligar a salir a sus defensores. Cinco ametralladoras dirigieron su fuego contra la aldea. A los quince minutos sus notables se habían llegado a nosotros, muy alarmados. Nuri puso como condición de cese del fuego la inmediata expulsión de sus casas de todos los turcos. Lo prometieron. Y de este modo la estación y el puente quedaron divididos.

Redoblamos nuestro fuego contra ambos. El fuego desde las cuatro alas empezó a hacerse violento, gracias a nuestras veinticinco ametralladoras, no estando los turcos tampoco mal surtidos. Finalmente apuntamos los cuatro cañones de Pisani contra el reducto, y tras unas pocas salvas creímos ver a su guarnición salir de sus castigadas trincheras por el puente, hacia la cobertura que les prestaba el terraplén de la vía férrea.

Este terraplén tenía veinte pies de altura. Si la guarnición del puente decidía defenderlo desde sus arcadas, quedarían en una posición dura de pelar. No obstante, contábamos con que el imán que representaban sus compatriotas de la estación serviría para sacarlos de allí. Ordené que la mitad de los miembros de mi guardia, provistos de explosivos, se distribuyeran a lo largo de la cima donde estaban las

ametralladoras, hasta quedar a tiro de piedra del reducto.

Era una tarde noble, luminosa, suave e indescriptiblemente pacífica, que contrastaba con nuestro incesante cañoneo. Su declinante luz iluminaba sesgadamente las laderas, modelándolas con sus suaves rayos y devolviendo sus contornos en una delicada complejidad de planos. Y al segundo siguiente el sol terminó de hundirse, y la superficie se sumió en la sombra, sobre la cual por un momento destacaron con fuerza los innumerables guijarros que la alfombraban; cada faceta reflectada desde poniente destacaba como un negro diamante alumbrado por una llama.

Un atardecer muy poco adecuado para morir, parecían pensar mis hombres; por primera vez los nervios les fallaron, y se negaron a abandonar su lugar a cubierto bajo el fuego enemigo. Se hallaban cansados, y sus camellos tan derrengados que apenas conseguían ir al paso; sabían además que una sola bala que diera en la gelatina explosiva los lanzaría por los aires.

Mi intento de ponerlos en movimiento por medio de bromas fracasó; al final, decidí darles de lado, y llevé conmigo sólo a Hemeid, el más joven y tímido de todos, a la cima de la colina. Echó a andar balanceándose como en un mal sueño, pero me siguió sin rechistar. Bajamos por la ladera hasta su punto más alejado, para poder observar de cerca el puente.

Nuri Said estaba allí, chupeteando su pipa de brezo, y animando a los artilleros, que mantenían una barrera de fuego por encima de los caminos en sombras, entre el puente, la aldea y la estación. Nuri, lleno de contento, me propuso un plan de ataque y asaltos alternativos contra la estación, que no pretendíamos asaltar. Discutimos de teoría durante diez minutos, recortándonos sobre el horizonte, con Hemeid temblando de miedo en su silla, mientras las balas silbaban a nuestro alrededor, o los rebotes zumbaban en nuestros oídos como lentas y enojadas abejas. Las pocas balas bien dirigidas chocaban ruidosamente contra los guijarros, levantando pequeñas polvaredas de creta, que permanecían momentáneamente suspendidas, transparentándose al reflejo de la luz.

Nuri se mostró de acuerdo en cubrir mis movimientos hasta el puente tan bien como pudiera. Luego mandé volverse a Hemeid con mi camello, para decirle al resto que les haría más daño que las balas como no lo siguieran atravesando la zona de peligro para venir a reunírseme, ya que era mi intención dar un rodeo hasta estar seguro de que el puesto del puente se hallaba de verdad vacío.

Mientras vacilaban, hizo su aparición el imperturbable, temerario y osado Abdulla, que nada temía, y Zaagi con él. Ambos, locos de furia, al ver que me habían dejado ir solo, se arrojaron sobre los cobardes, que sortearon el repecho sin sufrir más que seis rasguños de bala. El reducto se hallaba del todo abandonado, así que desmontamos e hicimos señas a

Nuri de que cesara el fuego. En silencio nos deslizamos discretamente por entre los arcos del puente, que encontramos también evacuados.

A toda prisa empezamos a apilar pólvora de algodón contra los pilares, que tenían unos cinco pies de grosor y unos veinticinco de alto; un buen puente, que hacía el número diecisiete de los míos, y estratégicamente el más crítico, ya que debíamos instalarnos al otro lado de él, en Umtaiye, hasta que Allenby viniera a relevarnos. Así que decidí no dejar en él piedra sobre piedra.

Nuri, entre tanto, reunía a toda prisa a la infantería, a los artilleros y a los de las ametralladoras, bajo la luz cada vez más espesa, dirigiéndose hacia la vía con órdenes de avanzar durante una milla en dirección al desierto, formar luego una columna y esperar.

El paso de tal número de camellos necesariamente tenía que hacerse largo y tedioso. Así que nos sentamos impacientes bajo el puente, con las cerillas a mano, para prender la mecha de inmediato (con tropas pasando y todo), tan pronto hubiera la menor alarma. Afortunadamente, todo fue bien, y después de una hora Nuri me dio la señal. Medio minuto más tarde (¡mi preferencia por los fulminantes de seis pulgadas!), en el momento mismo en que me tiraba al suelo en el reducto turco, las ochocientas libras de material explosivo estallaron con estrépito y el negro aire se llenó con los silbidos de las piedras que pasaban volando. La explosión me dejó aturdido a mí, que estaba a veinte yardas, y debió de oírse hasta mitad del camino de Damasco.

Nuri, muy abatido, vino a buscarme. Había dado la señal de «todo despejado» antes de darse cuenta de que faltaba por pasar una compañía de infantería montada. Afortunadamente, mis guardias de corps buscaban afanosamente redimirse. Talal el Haredhin los llevó colina arriba, mientras Nuri y yo permanecíamos junto a la boquiabierta brecha que en otro tiempo había sido el puente, y prendíamos una antorcha eléctrica, para darles un punto de referencia para la vuelta.

Mahmud apareció media hora más tarde, conduciendo triunfalmente a la unidad perdida. Disparamos al aire para avisar al resto de los buscadores, y a continuación recorrimos las dos o tres millas que nos separaban de Umtaiye. El camino resultó dificultoso, al tener que marchar sobre morrenas de deslizante dolerita, así que nos alegramos de poder ordenar al fin un alto, y tumbarnos con las tropas para descabezar un bien merecido sueño.

CAPÍTULO CXIII

Parecía, sin embargo, como si Nasir y yo hubiéramos perdido ya el hábito de dormir. El estrépito que habíamos causado en Nisib había proclamado nuestra presencia tan ampliamente como las llamas de Mezerib. Apenas estuvimos tranquilos, empezaron a afluir visitantes de todos lados para discutir los últimos acontecimientos. Se había rumoreado que estábamos meramente incursionando, y no ocupando territorio, que al cabo acabaríamos yéndonos, como habían hecho los británicos en Salt, dejando que nuestros amigos locales pagaran los platos rotos.

La noche, una hora tras otra, se fue viendo interrumpida por los recién llegados, que rondaban en torno a los vivacs, abriéndose paso hasta nosotros como almas en pena, y, a la manera campesina, sobándonos las manos con protestas de ser nuestros más humildes sirvientes y nosotros sus más altos amos. Tal vez la recepción que les dimos estuvo por debajo de lo que era habitual en nosotros, pero ellos, en venganza, se aplicaron a torturarnos manteniéndonos despiertos, incómodamente despiertos. Llevábamos en tensión tres días con sus

noches, pensando, ordenando y ejecutando, y ahora, camino ya del descanso, resultaba duro tener que desperdiciar también aquella noche, en el viejo, deslucido y dudoso juego de hacer amigos.

Su vacilante moral, por otro lado, iba causándonos cada vez peor impresión, hasta que Nasir, llevándome a un lado, me susurró que necesariamente tenía que haber algún foco de descontento en algún lugar cercano. Dejé que los campesinos que formaban parte de mi guardia se mezclaran con los aldeanos para que averiguaran la verdad; y de sus informes dedujimos que la causa de su desconfianza estaba en el primer poblado, Taibiye, que se había visto conmovido por la vuelta de los carros acorazados de Joyce el día anterior, debido a algunos incidentes casuales, y por el muy comprensible miedo a convertirse en el punto más expuesto tras nuestra retirada.

Hice llamar a Aziz, y ambos nos dirigimos directamente a Taibiye, atravesando amplias extensiones de lava sin hollar, cruzadas por muros de piedras resquebrajadas. En la cabaña del jefe de la aldea estaba reunido el cónclave que inficionaba a nuestros visitantes. Se hallaban decidiendo quién enviar a implorar clemencia a los turcos cuando entramos de improviso y sin anunciarnos. Nuestra sola visita, por la suprema seguridad que implicaba, los confundió. Hablamos de cosas irrelevantes durante una hora, de cosechas y precios de productos agrícolas, y bebimos café; luego nos levantamos para irnos. A nuestras espaldas oímos el parloteo de nuevo, pero

otra vez sus inconstantes espíritus habían virado en la dirección en que soplaban nuestros vientos, y decidieron no enviar recado alguno al enemigo, a pesar de que al día siguiente tuvieron que sufrir bombardeos y cañoneos por su terca complicidad con nosotros.

Estuvimos de vuelta antes del amanecer, y nos acostamos para dormir cuando un enorme estruendo nos llegó procedente del ferrocarril, y un obús explotó al otro lado de nuestras dormidas tropas. Los turcos habían enviado un tren blindado que transportaba un cañón de campaña. Personalmente me hubiera arriesgado a seguir sirviéndoles de blanco, ya que había dormido lo justo como para rabiar por dormir más, pero el ejército había dormido ya seis horas y empezó a ponerse en movimiento.

Empezamos a avanzar con paso apresurado por la horrible ruta. Un aeroplano vino a sobrevolarnos, para señalar nuestra posición a los artilleros. Los obuses empezaron a seguir el ritmo de nuestra marcha. Redoblamos el paso, y nuestras filas fueron rompiéndose hasta alcanzar un orden de marcha bastante laxo. El aeroplano indicador titubeó de repente, se desvió en dirección a la vía y pareció ir a aterrizar. El cañón consiguió alcanzar nuestras filas con un tiro afortunado que mató a dos camellos, pero a continuación empezó a perder precisión, y tras unos cincuenta tiros más quedamos fuera de su alcance. Y empezó a castigar a Taibiye.

Joyce, en Umtaiye, había sido advertido por los disparos y salió a nuestro encuentro para recibirnos.

Tras su elevada figura, las ruinas del pueblo aparecían coronadas por un variopinto cortejo, muestras de todas las aldeas y tribus del Hauran, venidas a prestar homenaje y ofrecer sus servicios al menos de labios afuera. Para disgusto del fatigado Nasir, se los dejé todos para él, mientras yo me iba con Joyce y Winterton, contándoles lo del aterrizaje del aeroplano y sugiriendo que un carro blindado lo sorprendiera en su propio terreno. Justo en ese momento, dos aparatos enemigos más fueron a aterrizar aproximadamente en el mismo sitio.

Pero precisamente al mismo tiempo el desayuno, el primero que probábamos en bastante tiempo, estaba siendo servido. Así que tomamos asiento y Joyce me contó que los hombres de Taibiye habían empezado a dispararle al pasar por sus proximidades, presumiblemente para mostrar su opinión sobre unos extraños que se atrevían a alborotar el avispero turco y luego salían corriendo.

Terminamos el desayuno. Pedimos entonces un carro voluntario que fuera a investigar el aeródromo enemigo. Todo el mundo dio un paso al frente con una entrega que me hizo un nudo en la garganta. Joyce acabó eligiendo dos carros —uno para Junor y otro para mí— y con ellos recorrimos las cinco millas que nos separaban del valle en cuya boca parecían aterrizar los aviones.

Silenciamos los motores y nos deslizamos por el interior del valle. Cuando estábamos a unas dos mil yardas del ferrocarril torcía en redondo para ir a dar a

un llano prado, en cuyo extremo más alejado podían verse los tres aviones. Era algo magnífico, y dimos un arrancón, para toparnos con una profunda zanja de altas orillas de tierra quebradiza, totalmente invadeable.

Corrimos frenéticamente a lo largo de la misma, tomando una ruta diagonal, hasta situarnos a una distancia de mil doscientas yardas. Al detenernos, dos de los aeroplanos remontaron el vuelo. Abrimos fuego, intentando afinar el alcance mediante las salpicaduras de polvo, pero habían recorrido ya un buen trecho y estaban trepidando ya por encima de nuestras cabezas.

El tercer aparato no quería arrancar. Su piloto y su observador hicieron girar salvajemente la hélice, mientras nosotros nos acercábamos. Se lanzaron finalmente hacia la zanja del ferrocarril, mientras nosotros encajábamos bala tras bala en su fuselaje, hasta que empezó a bailar bajo nuestra lluvia de tiros. Mil quinientas balas le metimos al aparato (por la tarde le prendieron fuego), y a continuación volvimos a casa.

Desgraciadamente, los dos aparatos huidos habían tenido tiempo de llegarse a Deraa y volver, llenos de rencor. Uno de los dos no fue nada listo y arrojó sus cuatro bombas sin acertarnos. El otro prefirió volar bajo y lanzar bombas con el mayor cuidado. Nosotros seguimos avanzando, indefensos, lentamente por entre las piedras, sintiéndonos como sardinas dentro de una maldita lata, según las bombas iban cayéndonos cerca. Una de ellas nos arrojó una ducha de pequeñas partículas por la ranura del conductor, pero sólo

consiguió hacernos unos cortes en los nudillos. Otra nos reventó una de las llantas delanteras y casi hizo volcar el vehículo.

De todos los peligros, prefiero con mucho los solitarios. No obstante, volvimos sanos y salvos a Umtaiye y referimos nuestro éxito a Joyce. Les habíamos demostrado a los turcos que su aeródromo no resultaba adecuado y Deraa se hallaba igualmente expuesta al ataque de los carros. A continuación me tumbé a la sombra de uno de los carros y me eché a dormir, sin que los árabes del desierto ni los aeroplanos turcos que vinieran a bombardearnos pudieran sacarme de mi paz. En la vorágine de los acontecimientos los hombres se habían mostrado febrilmente incansables, y aquel día habíamos terminado con bien nuestra primera ronda; me era necesario descansar para aclarar mi mente sobre los pasos siguientes. Como me ocurre siempre que me tumbo, caí dormido, y seguí durmiendo hasta la tarde.

Desde el punto de vista estratégico, nuestra tarea era mantenernos en Umtaiye, lo que nos daba el control de las tres líneas férreas de Deraa. Si conseguíamos mantenernos así durante otra semana, podríamos estrangular a los ejércitos turcos, por poco que fuera lo que hiciera Allenby. Con todo, Umtaiye era una posición peligrosa. Una fuerza menor, compuesta sólo de regulares, y sin un apoyo guerrillero, difícilmente podía mantenerse en ella; y a ello quedaríamos reducidos si nuestra indefensión aérea se hacía patente.

Los turcos disponían de al menos nueve aparatos. Nosotros nos hallábamos acampados a sólo doce millas de su aeródromo, en pleno desierto, en torno al único posible punto de suministro de agua y con gran cantidad de camellos y caballos que necesariamente pastaban a nuestro alrededor. El comienzo de los bombardeos turcos había sido suficiente para inquietar a mis irregulares, que eran mis ojos y mis oídos. Pronto se desfondarían y volverían a casa, y entonces nuestra utilidad se habría acabado; también Taibiye, la primera aldea que nos cubría por el lado de Deraa, se hallaba indefensa y temblorosa a causa de los repetidos ataques. Si queríamos permanecer en Umtaiye, Taibiye tenía que mostrarse satisfecha con nosotros.

Era evidente que nuestro primer deber era conseguir el adecuado refuerzo aéreo de Allenby, quien había ordenado enviar a Azrak un aeroplano con noticias dos días después. Consideré que sería provechoso ir a hablar con él. Podía estar de vuelta para el veintidós. Umtaiye podría resistir hasta entonces, ya que siempre podíamos engañar a los aeroplanos un poco desplazándonos hasta Um el Surab, la cercana aldea romana.

Pero tanto en Umtaiye como en Um el Surab debíamos conservar la iniciativa. El lado de Deraa se hallaba temporalmente cerrado ante la suspicacia de los campesinos: quedaba la línea del Heyaz. El puente del kilómetro 149 se hallaba casi reparado. Debíamos destruirlo de nuevo, y destruir otro situado más al sur, para impedir que los trenes de reparación tuvieran

acceso a él. El ataque llevado a cabo por Winterton el día anterior me había mostrado que el primero era una labor para los regulares y la artillería. El segundo era el objetivo perfecto para una incursión. Salí a ver si mi guardia de corps podía llevarla a cabo conmigo, mientras marchábamos hacia Azrak.

Algo iba mal. Se les veía con los ojos enrojecidos, vacilantes, temblorosos; al fin me di cuenta de que mientras me hallaba fuera, Zaagi, Abdulla y sus otros jefes se habían pasado de la raya con los que se habían rajado en Nisib. Era su derecho, puesto que desde Tafileh yo había dejado la disciplina en manos de ellos, pero el efecto momentáneo era que habían quedado inservibles para mis propósitos. El castigo iba precedido del miedo, pero el recuerdo de su ejecución producía una anarquía mucho más incontrolada entre sus víctimas directas, y la posibilidad de crímenes y violencias entre los testigos. Hubiera sido un peligro, para mí, para ellos y para el enemigo, según fuera el capricho del azar, llevar a cabo la acción aquella noche.

Así que sugerí a Joyce que los egipcios y los gurjas volvieran a Akaba, proponiéndole a continuación que me prestara un carro blindado para ir con ellos hasta la vía férrea, su primera etapa, y hacer allí lo que se pudiera. Fuimos a ver a Nasir y a Nuri Said, y les dijimos que estaría de vuelta para el veintidós con aviones de combate, que nos libraran del bombardeo y el espionaje aéreo. Entre tanto, podíamos ayudar a Taibiye con dinero para reparar los daños turcos, y

Joyce debía preparar campos de aterrizaje, allí y en Um el Surab, para mi vuelta con los refuerzos aéreos.

La voladura de aquella noche fue un fantástico despropósito. Nos trasladamos al atardecer a un valle abierto, situado a tres millas de la vía férrea. La amenaza podía venir de la estación de Mafrak. Por lo que mi carro blindado, escoltado por Junor en su Ford, debía guardar ese flanco contra cualquier posible avance hostil. Los egipcios, en tanto, debían avanzar directamente hacia la vía y hacer estallar sus cargas.

Me perdí y vagamos durante tres horas por un laberinto de valles, sin ser capaces de dar con el ferrocarril, ni con los egipcios, ni siquiera con nuestro punto de partida. Al fin divisé una luz y marchamos en su dirección, para ir a dar frente a la estación de Mafrak. Dimos la vuelta para llegar al sitio adecuado, y oímos el traqueteo de una locomotora que salía de la estación hacia el norte. Perseguimos su intermitente llama, esperando poder alcanzarla entre nosotros y el puente destruido; pero antes de llegar a darle alcance se oyó la explosión y se vio el resplandor a lo lejos de las treinta cargas de Peake.

Unos cuantos hombres montados nos pasaron al galope, en dirección sur. Les disparamos y en ese momento el tren patrulla empezó a dar marcha atrás, retrocediendo a toda máquina y poniendo en peligro a Peake. Lo seguimos en paralelo, abriendo fuego sobre los carriles con nuestras Vickers, mientras Junor les lanzaba una lluvia verde de balas trazadoras con su Lewis en medio de la oscuridad. Por encima de nuestro

tiroteo y del ruido de la locomotora, pudimos oír a los turcos aullando de terror ante este fulgurante ataque. Nos devolvieron el fuego con aspereza, y al hacerlo el carro de pronto chirrió y se quedó quieto. Una bala había horadado el extremo no blindado de su depósito de combustible, el único punto no acorazado de toda nuestra flota de carros. Una hora nos llevó tapar el goteo.

Al fin, volvimos a emprender la marcha siguiendo los silenciosos raíles, hasta allí donde se retorcían y donde las alcantarillas aparecían rotas, pero no pudimos encontrar a nuestro amigo. Así que retrocedimos una milla, y allí al fin pude descabezar un sueño, tres horas magníficas hasta rayar el alba. Me levanté renovado y reconocí el lugar. Posiblemente había sido la quinta noche sin dormir la que me había embotado el ingenio. Echamos hacia delante, dejando atrás a los egipcios y a los gurjas, y llegamos a Azrak a primeras horas de la tarde. Allí estaban Feisal y Nuri Shaalan, ansiosos por saber noticias nuestras. Se las dimos pormenorizadamente, y fui luego a visitar a Marshall en el hospital provisional. Tenía a todos nuestros malheridos a su cuidado, pero eran menos de lo que habíamos esperado, de modo que pudo prestarme una camilla para usarla como cama.

Al amanecer Joyce llegó de modo inesperado. Había decidido que durante aquella tregua era su deber bajar hasta Aba el Lissan a ayudar a Zeid y Yaafar en el sitio de Maan, y seguir camino hasta Hornby entre los beni sajr. Al poco llegó el avión de Palestina, y

pudimos oír la primera e impresionante crónica de la victoria de Allenby. Había aplastado, arrollado y dispersado a los turcos de manera inconcebible. El aspecto de la guerra había cambiado para nosotros por completo, y dimos pronta noticia de ello a Feisal, aconsejándole proclamar la rebelión general para sacar provecho de la situación. Una hora más tarde llegaba sano y salvo a Palestina.

Desde Ramleh, la Fuerza Aérea me proporcionó un coche hasta el cuartel general, y allí encontré al Gran Hombre inconmovible, a no ser por la luz que destellaban sus ojos según iba apareciendo Bols cada quince minutos con nuevas de algún éxito aún mayor. Allenby tenía tal seguridad, antes de dar comienzo a la ofensiva, que el resultado era para él casi aburrido; pero no hay general, por científico que sea, que pueda ver de manera lograda en todos sus detalles la ejecución de su plan sobre un campo de batalla amplísimo y que no deje de experimentar una alegría íntima, especialmente cuando la considera (como él debía hacerlo) una recompensa a la amplitud de miras y de juicio que le había hecho concebir tan poco ortodoxos movimientos, saltándose todos los reglamentos administrativos para seguirlos y apoyándolos con todas las fuerzas materiales y morales, militares o políticas a su alcance.

Me esbozó sus intenciones subsiguientes. La Palestina histórica estaba en su poder, y los derrotados turcos, en las colinas, esperaban que disminuyera la presión. ¡En absoluto! Bartholomew y Evans se

aprestaban a lanzar tres nuevos ataques: uno sobre el Jordán hasta Amman, que debían realizar los neozelandeses de Clayton; otro sobre el Jordán que llegara hasta Deraa, a cargo de Barrow y sus indios; y otro más sobre el Jordán hasta Kuneitra a cargo de los australianos de Chauvel. Clayton debería permanecer en Amman, mientras Barrow y Chauvel, tras alcanzar sus primeros objetivos, debían converger sobre Damasco. Nosotros debíamos ayudar a los tres por igual, y yo no debía poner en práctica mi alegre amenaza de tomar Damasco hasta habernos juntado todos.

Le expliqué nuestras perspectivas, y cómo todo se estaba echando a perder por nuestra impotencia aérea. Apretó un timbre y a los pocos minutos Salmond y Borton se hallaban reunidos con nosotros. Sus aparatos habían tenido un papel indispensable en el esquema de Allenby (la perfección de aquel hombre que hacía gala de poder usar por igual la infantería y la caballería, la artillería y la fuerza aérea, la marina o los carros acorazados, escaramuzas e irregulares, sacando de cada uno el mejor partido) y lo habían cumplido. No había ya turcos en el cielo excepto en nuestra zona, como yo me apresuré a añadir. Tanto mejor, dijo Salmond; enviarían dos Bristol de combate a Umtaiye, para asistirnos mientras lo necesitáramos. ¿Teníamos repuestos? ¿Combustible? ¿Ni una gota? ¿Y cómo podía enviarse allí? ¿Sólo por aire? ¿Una unidad de combate sólo aérea? ¡Cuándo se había oído tal cosa!

No obstante, Salmond y Borton eran hombres ávidos de novedades. Mandaron preparar cargamentos para aeroplanos DH-9 y Handley-Page, mientras Allenby permanecía sentado, escuchando y sonriendo, seguro de que podría hacerse. La cooperación de la fuerza aérea con el despliegue de su esquema había sido eficaz y elástico, y los enlaces completos, bien informados y rápidos. Había sido la RAF la que había convertido la retirada turca en una estampida, liquidando sus conexiones telefónicas y telegráficas, bloqueando sus columnas de transporte y dispersando sus unidades de infantería.

Los jefes de Aviación se volvieron a mí para preguntarme si nuestros campos de aterrizaje eran lo suficientemente buenos como para permitir posarse a un Handley-Page lleno de cargamento. Había visto en una ocasión el enorme aparato en su hangar, pero sin vacilar dije que «sí», aunque les aconsejé que enviaran a un experto conmigo en uno de los Bristol del día siguiente para asegurarse. Podría estar de vuelta a mediodía, y el Handley no tenía que salir hasta las tres. Salmond se levantó y dijo: «Está bien, señor, se hará lo que sea necesario.» Yo me marché a desayunar.

El cuartel general de Allenby era un lugar perfecto: un edificio fresco, bien aireado y pintado de blanco, a prueba de moscas, y arrullado por la música del viento que movía las hojas de los árboles plantados en su exterior. Me sentía inmoral, gozando allí de blancos manteles y café, con soldados sirvientes, mientras nuestra gente en Umtaiye yacía tendida entre las

piedras como lagartos, comiendo pan ácimo y esperando al siguiente avión que quisiera ir a bombardearlos. Empecé a sentirme tan inquieto como la polvorienta luz solar que salpicaba de arabescos los senderos, a través de los resquicios de las hojas, porque, tras el largo conjuro del ascético desierto, las flores y las plantas parecían recorridas por una agitación nerviosa, y los verdes retoños de los campos, que aparecían por todas partes, resultaban vulgares en su fecundidad.

Sin embargo, Clayton, Deedes y Dawnay eran la amigabilidad en persona, y también el estado mayor del Aire; mientras que el buen talante y la consciente fortaleza del comandante en jefe era un baño de confort para una persona cansada después de tantos días de tensión. Bartholomew manejaba los mapas para explicar lo que tenían previsto hacer. Yo le proporcioné nuevos datos sobre el enemigo, ya que era su mejor servidor oficial de Inteligencia, y a cambio su perspectiva me mostraba una victoria segura, ocurriérale lo que le ocurriese a nuestra pequeña fuerza bloqueada. Con todo, me parecía que los árabes tenían en sus manos una opción: dejar que esta victoria se convirtiera en una victoria más o arriesgarse una vez más y convertirla en la victoria final. No se trataba, así planteada, de una opción auténtica, pero, cuando un cuerpo y un espíritu se hallan tan cansados como estaban los míos, casi instintivamente tienden a buscar una disculpa plausible para vadear el peligro.

CAPÍTULO CXIV

Antes del amanecer, ya se hallaban preparados en el aeródromo australiano dos Bristol y un DH-9. En uno de ellos estaba Ross Smith, mi antiguo piloto, que había sido elegido para llevar el nuevo Handley-Page, único aparato de esa clase en Egipto, y la niña de los ojos de Salmond. El hecho de prestárnoslo para volar sobre las líneas enemigas con una misión tan humilde como la de transportar carga era un acto de buena voluntad hacia nosotros.

Llegamos a Umtaiye en una hora, y vimos que el ejército se había ido, de modo que hice señas de que volviéramos hacia Um el Surab; y allí estaban, el grupo anticarros, los árabes escondiéndose ante el sospechoso ruido de nuestros aviones, y los camellos dispersos cada uno por su lado por la llanura, hartándose con la apetitosa hierba. Young, al ver nuestra identificación, preparó las señales de aterrizaje y bombas de humo sobre el terreno herbáceo que él y Nuri Said habían hecho limpiar de piedras.

Ross Smith recorrió con paso ansioso a lo largo y a lo ancho el terreno preparado, y estudió sus imperfecciones, pero volvió a juntársenos radiante. El

terreno era adecuado para el Handley-Page. Young nos contó los repetidos bombardeos de los dos últimos días, que habían matado a unos cuantos regulares y artilleros de Pisani y habían deprimido profundamente a los demás, de modo que habían decidido trasladarse de noche a Um el Surab. Los idiotas de los turcos seguían bombardeando Umtaiye, a pesar de que los hombres iban sólo hasta allí los mediodías despejados y por la noche para sacar agua.

También me enteré de la última voladura de vías férreas llevada a cabo por Winterton: una divertida noche en la que se había topado con un soldado desconocido y le había explicado con su trabucado árabe lo bien que iban las cosas. El soldado dio gracias a Dios por sus mercedes, y desapareció en medio de la oscuridad, ¡desde donde al poco rato una ametralladora empezó a abrir fuego a izquierda y a derecha! A pesar de ello, Winterton logró explosionar todas sus cargas y retirarse en orden, sin bajas. Nasir se llegó a nosotros, y nos informó de los hombres que estaban heridos y los que habían muerto, así como de los clanes que estaban dispuestos, los que ya se nos habían unido y los que habían vuelto a casa, todo el chismorreo que corría por el país. Los tres brillantes aeroplanos habían restaurado no poco la moral de los árabes, que alababan a los británicos por su bravura y aguante, mientras yo les contaba la escasamente creíble epopeya de los éxitos de Allenby, Nablus tomada, y también Afuleh, Beisan, Semaj y Haifa. Los espíritus de mis oyentes se encendían como llamas.

Tallai se inflamó, y empezó a jactarse, mientras los rualla pedían a gritos una inmediata marcha sobre Damasco. Y hasta los miembros de mi guardia de corps, que aún llevaban las huellas de la severidad de Zaagi en sus ojerosas miradas y sus caras contraídas, se animaron y empezaron a darse ciertos humos ante la multitud, dejando entrever un esbozo de felicidad. Un escalofrío de autoafirmación y confianza recorrió el campamento. Determiné convocar a Feisal y a Nuri Shaalan para el esfuerzo final.

Entre tanto, el desayuno había difundido por el aire un rico olor a salchicha. Y ya nos disponíamos a sentarnos cuando el vigía situado sobre una torre desmoronada gritó: «Aeroplano a la vista», viendo venir uno de Deraa. Nuestros australianos, abalanzándose salvajemente sobre sus aún calientes aparatos, los pusieron en marcha al momento. Ross Smith, junto con su observador, saltó al interior de uno de ellos y se elevó hacia el cielo. Tras él salió Peters, mientras que un tercer piloto se colocaba junto al DH-9 y se me quedaba mirando fijamente.

Yo simulé no entenderlo. Ametralladoras Lewis, armazones forrados, puntos de mira, anillos giratorios, carlingas, perillas montadas sobre barras paralelas para subir y bajar; para disparar, había que apuntar con uno u otro lado de la anilla, según fuera la dirección y la velocidad, y también según el enemigo. Me habían enseñado la teoría, y hasta podía repetir parte de ella, pero estaba en mi cabeza, y las reglas no son más que obstáculos para la acción hasta que han pasado del

vacío de la cabeza a las manos, mediante el uso. No, yo no pensaba participar en el combate aéreo, aunque perdiera el respeto del piloto. Era un australiano, perteneciente a una raza que goza en correr riesgos suplementarios, no un árabe ante quien tuviera que actuar para exhibirme.

Pero me tenía demasiado respeto para atreverse a hablar, y permaneció mirándome con reproche mientras observábamos la batalla aérea. Sólo había un biplaza enemigo y tres aeroplanos de exploración. Ross se echó encima del grande, y, tras cinco minutos de duro tableteo de ametralladoras, el alemán empezó a caer de repente hacia la vía del ferrocarril. Se estrelló tras la baja loma después de dejar tras de sí una estela de humo, y del lugar donde fue a caer surgió una suave y oscura nube. Un «¡Ah!» surgió de los árabes que nos rodeaban. Cinco minutos después, Ross estaba de vuelta, y saltó alegremente de su aparato jurando que su lugar era el frente árabe.

Nuestras salchichas aún estaban calientes; nos las comimos, bebimos té (nuestros últimos víveres ingleses, sacados en honor de los visitantes), pero apenas habíamos empezado a atacar las uvas de Yebel Druse cuando nuevamente el vigía agitó su capa y chilló: «¡Un avión!» Esta vez fue Peters quien ganó la carrera, con Ross como segundo, y Traill, desconsolado, en la reserva, pero el tímido enemigo se dio la vuelta tan pronto que no pudo darle alcance hasta las cercanías de Arar; allí dio cuenta de su presa, luchando. Posteriormente, cuando la marea de la

guerra nos llevó hasta allí, descubrimos el aparato fatalmente estrellado, con dos alemanes carbonizados en su interior.

Ross Smith quería quedarse para siempre en el frente árabe, donde los enemigos surgían cada media hora, y se marchó envidiando de verdad los días que aguardaban a Peters. No obstante, debía volver a por el Handley-Page cargado de carburante, comida y repuestos. El tercer aparato iba destinado a Azrak, para buscar al observador que había quedado allí abandonado el día anterior; y hasta allí me fui, para ver a Feisal.

El tiempo resulta más holgado para los que vuelan: me hallaba de vuelta en Azrak a sólo treinta horas de haber dejado el lugar. Ordené a los gurjas y los egipcios que regresaran para unirse de nuevo al Ejército árabe y llevar a cabo nuevas voladuras en el norte. Luego, en compañía de Feisal y Nuri Shaalan, me monté en el Vauxhall verde y salimos para Um el Surab, para ver descender al Handley-Page.

Corrimos a toda marcha sobre los lisos llanos de guijas o arcilla, dejando que el fuerte coche cogiera velocidad, pero la suerte nos era adversa. Se nos advirtió de una disputa, y tuvimos que desviarnos hacia un campamento local de los serahin. Aprovechamos, no obstante, esta pérdida de tiempo, ordenando a sus hombres en armas que se dirigieran a Umtaiye, e hicieran correr la voz de victoria por toda la vía del tren, para que las rutas que atravesaban las colinas Aylun

quedaran cerradas para los derrotados ejércitos turcos que intentaban ponerse a salvo.

Luego nuestro coche se disparó hacia el norte de nuevo. Veinte millas antes de llegar a Um el Surab, vimos a un beduino solitario, que se dirigía hacia el sur como una exhalación, con su pelo y su barba grises flotando al viento y su túnica (remangada sobre el cinturón) ondulando tras él. Varió su curso para pasar a nuestro lado, y alzando sus huesudos brazos, gritó: «¡Es el aeroplano más grande del mundo!», antes de torcer de nuevo hacia el sur para difundir por las tiendas tan gran noticia.

En Um el Surab, el Handley se alzaba majestuoso sobre la hierba, con los Bristol y el 9-A como polluelos bajo sus desplegadas alas. En torno a él se arremolinaron los admirados árabes, que decían: «Ahora hemos visto al fin el aeroplano del que esos otros son las crías.» Antes de caer la noche, la llegada de Feisal se extendió por todo Yebel Druse y la depresión del Hauran, dando a entender a la gente que la balanza se inclinaba de nuestro lado.

Borton en persona había venido en el aparato, para concertar la ayuda. Hablamos con él, mientras nuestros hombres extraían de sus portabombas y de su fuselaje una tonelada de gasolina, aceite y piezas de repuesto para los cazas Bristol; té, azúcar y víveres para nuestros hombres; cartas, telegramas Reuter y medicinas para nosotros. Luego, el enorme aparato alzó el vuelo al comienzo del atardecer, en dirección a Ramlegh, llevando consigo un programa de bombardeo

nocturno sobre Deraa y Mafrak, para completar la ruina del tráfico ferroviario que nuestra pólvora de algodón había comenzado.

Por nuestra parte, seguiríamos manteniendo la presión con nuestras voladuras. Allenby nos había asignado el Cuarto Ejército turco, para hostigarlo y contenerlo hasta que Clayton los obligara a salir de Amman y para cortarle luego la retirada. Dicha retirada era sólo cuestión de días, y era tan seguro como pueden serlo las cosas en la guerra que a la semana siguiente alzaríamos en armas a toda la llanura que se extendía hasta Damasco. De modo que Feisal decidió añadir a nuestra columna a los camelleros rualla de Nuri Shaalan, procedentes de Azrak, lo que aumentaría nuestros efectivos hasta un total de casi cuatro mil hombres, más de tres cuartos de los cuales eran irregulares; pero todos ellos fiables, ya que Nuri, el duro, silencioso y cínico viejo, sostenía a la tribu entre sus manos como un instrumento.

Era un tipo raro en el desierto, un hombre sin ganas de discutir. Quería o no quería, y no había más. Cuando los otros habían terminado de hablar, anunciaba su voluntad con unas pocas y breves frases, y esperaba tranquilamente a que se le prestara obediencia, lo que se producía siempre, por el temor que inspiraba. Era viejo y sabio, lo que quería decir cansado y desencantado, tan viejo que no dejaba de asombrarme que se hubiera unido a nuestro entusiasmo.

Descansé al día siguiente en la tienda de Nasir, entre sus visitantes campesinos, espigando entre sus más que abundantes noticias, surgidas de su ingenio y de su buena fe. Durante mi día de descanso, Nuri Said, en compañía de Pisani y dos cañones, Stirling, Winterton, Young, sus carros blindados y una considerable fuerza, hicieron una descubierta hasta la vía férrea, la despejaron mediante reconocidos métodos militares, destruyeron un kilómetro de vías y quemaron la estructura provisional de madera con la que los turcos pretendían remendar el puente que habíamos destruido Joyce y yo antes de nuestro primer ataque sobre Deraa. Nuri Shaalan en persona, vestido con una negra capa de damasco, dirigió a sus jinetes rualla, galopando con los mejores de ellos. Bajo su mirada, la tribu mostró un valor que provocó alabanzas incluso por parte de Nuri Said.

CAPÍTULO CXV

La operación de Nuri aquel día fue el golpe final contra los turcos, tras el cual renunciaron a reparar la línea Amman-Deraa. Nosotros no lo sabíamos, y como aún teníamos su pesadilla encima, nos sentíamos urgidos a poner fuera de servicio tramos aún más largos. En consecuencia, la madrugada siguiente, Winterton, Yemil y yo fuimos en los carros a examinar la vía situada al sur de la estación de Mafrak. Fuimos recibidos con un vigoroso fuego de ametralladoras, de una puntería e intensidad insólita hasta entonces. Cuando posteriormente capturamos a los expertos vimos que eran una unidad alemana de ametralladoras. Por el momento nos alejamos, perplejos, y nos dirigimos a un tentador puente situado un poco más allá. Mi plan era pasar por debajo de él en los carros hasta que su bóveda nos permitiera colocar a cubierto una carga contra sus pilares. Así que me pasé a uno de los carros blindados, coloqué sesenta libras de pólvora de algodón en el portaequipajes y le dije al conductor que se dirigiera al puente.

Winterton y Yemil venían detrás en el carro de apoyo. «Está que arde la cosa», gruñó Yemil. «Aún va

a ponerse peor allí a donde vamos», replicó Winterton, mientras avanzábamos lentamente sobre el terreno desigual, con erráticos obuses cayendo en derredor. Nos íbamos abriendo camino, a unas cincuenta yardas del terraplén de la vía, con balas suficientes en la ametralladora para seguir luchando durante una semana desde nuestro blindado, cuando alguien desde detrás de la vía nos lanzó una granada de mano.

Esta nueva circunstancia hizo imposible mi plan de meternos debajo del puente. Ya que un disparo en la parte trasera del carro hubiera alcanzado nuestra pólvora y nos hubiera hecho saltar por los aires. Así que nos marchamos de allí, preguntándonos el porqué de una defensa tan desproporcionada de un simple trozo de vía, y a decir verdad, muy interesados, y hasta emocionados, por habernos encontrado al fin con una oposición que valiera la pena. En nuestra imaginación, el revés se nos aparecía como un hombre bajo, furioso y compacto, que lanzaba abrumadoras miradas bajo sus enmarañadas cejas, buscando poner fin a sus problemas, mientras, a su lado, la Victoria aparecía como una mujer huesuda, blancuzca y más bien lánguida. Debíamos intentarlo de nuevo al oscurecer. En Um el Surab nos enteramos de que Nasir quería establecer el campamento de nuevo en Umtaiye. Era la primera etapa de nuestro camino hasta Damasco, así que su deseo me encantó, y empezamos a trasladarnos, obteniendo con ello una buena excusa para no tener que ir aquella noche a la vía. En vez de esto, nos sentamos a contar historias personales y a

esperar la medianoche, momento en que el Handley-Page debía bombardear la estación de Mafrak. Llegó, y varios cientos de libras de bombas empezaron a caer sobre los costados fortificados con sacos terreros hasta que todo empezó a arder y los disparos turcos cesaron.

Nos dormimos, después de haber otorgado el premio de la noche a una historia sobre Enver Pachá, tras la reconquista de Sharkeui. Fue a visitar la plaza, en un pequeño vapor, acompañado del príncipe Yemil y de un espléndido cortejo. Los búlgaros cuando llegaron ya habían masacrado a los turcos, y al retirarse los campesinos búlgaros se habían ido también con ellos. Así que los turcos apenas encontraron a nadie a quien matar. Un hombre de barba gris fue llevado ante el comandante en jefe para sufrir tormento. Al fin, cansado de este juego, Enver hizo señas a dos de sus bravos ayudantes, y abriendo la boca de la caldera, les dijo: «Echadlo dentro.» El viejo se puso a gritar, pero los oficiales fueron más fuertes que él, y la puerta se cerró al fin tras su cuerpo contraído. «Nos dimos la vuelta, asqueados, para irnos, pero Enver, con la cabeza inclinada para escuchar sus lamentos, nos detuvo. Nos quedamos pues a escuchar, hasta que se oyó un fuerte ruido dentro de la caldera. El sonrió y asintió con la cabeza, diciendo: "Siempre les estalla así la cabeza."»

Durante toda la noche y el día siguiente, la estación y los vagones siguieron ardiendo. Era la prueba del hundimiento de los turcos, que los árabes venían rumoreando desde el día anterior. Decían que el Cuarto

Ejército estaba abandonando Amman en desbandada. Los beni hassan, que se dedicaban a cortar el paso a los rezagados y a los destacamentos débiles, los comparaban con bandadas de gitanos.

Celebramos un consejo; nuestro trabajo contra el Cuarto Ejército había concluido. Los remanentes que lograran esquivar a los árabes llegarían a Deraa como fugitivos sin armas. Nuestros nuevos esfuerzos debían orientarse a forzar la rápida evacuación de Deraa, para evitar que los turcos pudieran allí reorganizar a los fugitivos como retaguardia. Así que propuse que avanzáramos hacia el norte, hasta el otro lado de Tell Arar, para instalarnos sobre la vía férrea al amanecer del día siguiente, en la aldea de Sheij Saad. Ésta se hallaba situada en país conocido y provisto de abundante agua, perfecto para la observación, y con una retirada segura por el oeste y el norte, y hasta por el sudoeste, caso de ser atacados de frente. Además, aislaba a Deraa de Damasco y de Mezerib.

Tallal me secundó con fervor. Nuri Shaalan dio su asentimiento, Nasir y Nuri Said también. Así que nos aprestamos a levantar el campo. Los carros blindados no podían venir con nosotros. Era mejor que permanecieran en Azrak, hasta que Deraa cayera y los requiriéramos para la marcha final sobre Damasco. Los cazas Bristol habían realizado su trabajo, despejando el cielo de aviones turcos. Podían pues volverse a Palestina, con nuevas de nuestro traslado a Sheij Saad.

Se fueron trazando círculos en el aire. Mientras observábamos su partida, nos dimos cuenta de la existencia de una gran nube de polvo, que venía a añadirse a la ya débil humareda de la arruinada Mafrak. Uno de los aparatos dio la vuelta y nos arrojó una nota garabateada, diciéndonos que un gran cuerpo de caballería enemiga se dirigía hacia nosotros desde la vía del tren.

Eran noticias poco gratas, ya que no estábamos con ánimos de combatir. Los carros se habían marchado, los aeroplanos también, así como una compañía de infantería montada, y hasta las mulas de Pisani se hallaban cargadas y en marcha. Me dirigí a donde estaban Nuri Said y Nasir, apostados sobre un montón de cenizas en la cima de la colina, y los tres vacilamos entre echar a correr o quedarnos. Al fin, pareció lo más prudente salir corriendo, ya que Sheij Saad tenía una situación más defendible. De modo que sacamos de allí a toda prisa a los regulares.

Pero las cosas no podían dejarse así como así. Por lo que Nuri Shaalan y Tallai se quedaron atrás con la caballería rualla y haurani, para estorbar la persecución. Recibieron un aliado inesperado, ya que nuestros carros, de camino a Azrak, habían divisado al enemigo. Al fin y al cabo, los turcos no resultaron ser la caballería que nos venía a atacar, sino elementos despistados que buscaban un atajo para llegar a casa. Nos apoderamos de cientos de sedientos prisioneros y de no poco transporte; y les causamos tanto pánico que la muchedumbre principal de la llanura cortó los

arrastres de sus caballos y salió disparada a pelo sobre ellos. El contagio del terror llegó a ser tan fuerte que tropas alejadas varias millas de cualquier interferencia árabe arrojaron al suelo cuanto llevaban, rifles incluidos, y echaron a correr hacia la supuesta salvación que representaba Deraa.

Esta interrupción, no obstante, nos retrasó, ya que resultaba difícil poder cruzar el Hauran con un cuerpo regular de camelleros vestidos de kaki sin despertar en los aldeanos la sospecha de que fuéramos turcos. Así que bien entrada la tarde hicimos alto para que Tallai, Nasir y Nuri Shaalan nos dieran alcance.

Este alto sirvió para que algunos tuvieran tiempo de revisar nuestro plan de acción, cuestionando la prudencia de cruzar de nuevo la vía férrea, para apostarnos en la peligrosa posición de Sheij Saad, en mitad mismo de la retirada de la principal fuerza turca. Finalmente, a medianoche, Sabin vino a verme al lugar donde yo me hallaba despierto, en medio del ejército, tendido sobre mi alfombra. Me sugirió que ya habíamos hecho bastante. Allenby nos había nombrado vigías del Cuarto Ejército. Acabábamos de ver su desordenada huida. Nuestro deber estaba cumplido, podíamos ahora retirarnos honorablemente a Bosra, veinte millas hacia el este, donde los drusos empezaban a agruparse bajo el mando de Nesib el Bekri, para prestarnos ayuda. Podíamos aguardar con ellos a que los británicos tomaran Deraa, y esperar nuestra recompensa en el victorioso cierre de la campaña.

Semejante postura me resultaba del todo ajena, ya que, si nos retirábamos a Yebel Druse, poníamos fin a nuestro servicio activo antes de que la partida quedara ganada, dejando el golpe definitivo en manos de Allenby. Yo me sentía responsable del honor árabe, a cuyo servicio seguiría estando a todo trance. Habían entrado en guerra para ganar su libertad, y la recuperación de su vieja capital por la fuerza de sus propias armas era el signo que mejor podían entender.

El «deber», entendido como suele entenderlo la gente que lo alaba, resulta bien poca cosa. Era evidente que, retirándonos a Sheij Saad, detrás de Deraa, podíamos ejercer sobre el Ejército turco una presión superior a la que pudiera ejercer cualquier unidad británica. Impediríamos a los turcos luchar de nuevo a aquel lado de Damasco, ganancia por la que el pago de nuestras pocas vidas resultaría bien barata. Damasco significaba el fin de la guerra en oriente, y, en mi opinión, el fin de la guerra en general también; porque, siendo como eran interdependientes los Imperios Centrales, la ruptura de su eslabón más débil —Turquía— acabaría por hacer saltar la cadena completa. Por tanto teníamos todas las razones, las estratégicas, las tácticas, las políticas y hasta las morales para seguir adelante.

El tenaz y resistente espíritu de Sabin no se dio por vencido. Volvió a la carga con Winterton y Pisani, y empezamos a discutir, hablando en voz baja, puesto que Nuri Said se hallaba tumbado en la alfombra de al

lado sólo dormido a medias, y Sabin quería incluirlo en la reunión.

Se dedicó sobre todo a subrayar los aspectos militares: nuestras metas cumplidas y los peligros del ferrocarril del Heyaz. Nuestro retraso hacía que el cruce aquella noche fuera impracticable, y al día siguiente sería una locura intentar la operación. La línea estaría custodiada de cabo a rabo por las tiendas de los millares de turcos que iban confluyendo en Deraa. Y si nos permitían pasar, sólo sería para ponernos en mayores aprietos. Joyce, decía, lo había nombrado a él consejero militar de la expedición, y era su deber señalar, aunque le resultara desagradable, que como oficial de carrera sabía de qué hablaba.

De haber sido yo militar de carrera hubiera considerado las palabras de Sabin ofensivas para los irregulares. Tal como estaban las cosas me dedique a aguantar sus quejas, suspirando pacientemente cada vez que creía que podría molestarlo. Al fin, con aire distraído, dije que quería irme a dormir, puesto que tendríamos que levantarnos temprano para cruzar la vía, y que era mi intención marchar al frente con mi guardia personal y con los beduinos, a donde ellos quisieran ir, ya que resultaba extraño que Nuri Shaalan y Tallai no nos hubieran alcanzado aún. De todos modos, pensaba irme a dormir ya.

Pisani, que durante toda su vida había sido un subordinado, dijo con corrección que aceptaba mis órdenes. Me gustó su reacción, y traté de despejar sus honestas dudas recordándole que llevábamos

trabajando juntos dieciocho meses sin que hubiera encontrado motivos para considerarme un temerario. Me replicó, con una risa muy francesa, que todo le parecía muy temerario, pero que era un soldado.

El instinto de Winterton lo llevaba a unirse al lado más débil y más arriesgado en todo menos en la caza del zorro. Nuri Said había permanecido tumbado en silencio durante toda nuestra charla, fingiéndose dormido; pero, cuando Sabin se hubo ido, se dio la vuelta y me susurró: «¿Es eso cierto?» Yo le respondí que no veía mayor riesgo en cruzar la vía a media tarde, y que con precauciones podríamos evitar las trampas en Sheij Saad. Y él se tumbó de nuevo, satisfecho.

CAPÍTULO CXVI

Nasir, Nuri Shaalan y Talal nos habían dejado atrás en la oscuridad. Nuestras fuerzas conjuntas avanzaron con paso brioso hacia el norte, cruzando las feraces y felices aldeas de tierra de labranza. Sobre los campos cosechados, cuya paja más parecía haber sido arrancada que segada, crecían cardos de la altura de un niño, pero ya secos y muertos. El viento los sacudía hasta las raíces, arrancándolos y entrelazando sus ramificados tallos, que al chocar entre sí enmarañaban sus espinas hasta formar enormes pelotas que rodaban por sobre los barbechos como fugitivos almiares.

Las mujeres árabes, que habían salido con sus burros a buscar agua, corrieron hasta nosotros, gritándonos que un aeroplano acababa de aterrizar hacía poco por allí cerca. El aparato lucía redondos anillos del cuerpo jerifiano de camellos. Peake se acercó a él, para encontrarse con dos australianos cuyo Bristol había resultado alcanzado en el radiador sobre Deraa. Se mostraron contentos, aunque asombrados, de encontrar gente amiga. Una vez taponada la fuga, les pedimos agua a las mujeres para

llenar el radiador de nuevo, y pudieron volver a la base sanos y salvos.

No paraban de acercársenos hombres a cada minuto, para unirse a nuestras filas, al tiempo que en cada aldea los jóvenes deseosos de aventura corrían a pie para unírsenos. Según íbamos avanzando, estrechamente unidos bajo la dorada luz del sol, podíamos sentir, rara ocasión, que formábamos un todo: pronto llegamos a constituir un solo personaje, un organismo, por cuya autoestima todos resultábamos ensalzados. Y empezamos a contar chistes obscenos para contrapesar la belleza que nos envolvía.

A mediodía penetramos en un campo de melones. El ejército lo atravesó corriendo, mientras nosotros nos dedicábamos a espiar la vía, que se extendía desierta, rielando ante nosotros bajo la luz solar. Mientras la observábamos pasó un tren. Hasta la noche anterior no habían terminado de reparar los raíles, y éste era el tercero que pasaba. Cruzamos la vía sin ninguna oposición, formando una horda de dos millas de largo, y empezamos a toda prisa a volar todo tipo de cosas, empleando cada cual la pólvora de que disponía en lo que más le apetecía. Nuestros centenares de bisoños dinamitadores actuaron con el mayor celo, siendo las voladuras, aunque caóticas y de principiantes, extensas.

Era evidente que nuestro regreso había tomado por sorpresa al apabullado enemigo, y debíamos aprovechar y ampliar la oportunidad que esto nos daba. Así que me llegué a Nuri Shaalan, Auda y Talal, y les

pregunté qué acción localizada podía llevar a cabo cada uno de ellos. Talal, el enérgico, dijo que atacaría Ezraa, el gran depósito de grano del norte; Auda se dirigiría sobre Jirbet el Ghazala, la estación correlativa situada hacia el sur; Nuri avanzaría con sus hombres por la carretera principal que iba a Deraa, para barrer partidas turcas.

Eran tres buenas ideas. Y los tres corrieron a ponerlas en práctica, mientras nosotros, reordenando de nuevo la columna, seguíamos nuestra ruta hasta el otro lado de la arruinada colonia de Sheij Miskin, muy desvaída a la luz de la luna. Sus acequias llegaron a embarrar de tal modo a nuestros miles de hombres que hicimos alto en la era situada al otro lado, a esperar el alba. Algunos prendieron hogueras para contrarrestar la penetrante niebla de aquel Hauran calizo, otros se echaron a dormir, tal como estaban, sobre el suelo levemente cargado de rocío. Los hombres perdidos iban de un lado a otro buscando a sus amigos, con esos agudos gritos tan típicos de los aldeanos árabes. La luna se había puesto, y el mundo quedó a oscuras y muy frío.

Puse en pie a mi guardia de corps, que galopó con tantos ánimos que llegamos a Sheij Saad al amanecer. Cuando por entre los roquedos penetrábamos en el campo situado detrás de los árboles, la tierra revivió de golpe con el nuevo sol. Los aires matutinos dotaron a los huertos de olivos de un fulgor plateado, y los hombres de una tienda de piel de cabra situada a la derecha nos invitaron a ser sus huéspedes. Les

preguntamos de qué campamento se trataba. «El de Ibn Smeir», dijeron, lo que amenazaba con crear complicaciones. Rashid era enemigo irreconciliable de Nuri Shaalan. Mandamos de inmediato aviso a Nasir. Afortunadamente, Smeir se hallaba ausente. De modo que sus familiares serían temporalmente nuestros anfitriones, y Nuri, como huésped, debía observar las reglas.

Era un alivio, pues ya había en nuestras filas centenares de enemigos mortales, cuyas vendettas apenas lograba mantener en suspenso la paz de Feisal. La tensión que suponía mantenerlos en juego, y emplear a sus cabecillas en ámbitos diferentes, equilibrando oportunidades y servicios, de modo que nuestra autoridad pudiera quedar por encima de cualquier rencilla, todo ello era ya bastante enojoso. La dirección de la guerra en Francia habría resultado mucho más dura, si cada división, casi cada brigada de nuestro ejército, hubiera odiado a cada una de las otras con un odio mortal, y trabara lucha con ellas cada vez que se encontraban casualmente. No obstante, habíamos logrado mantenerlos tranquilos durante dos años, y lo de ahora sólo iba a durar unos pocos días.

Las partidas nocturnas volvieron cargadas de botín. Ezraa había sido débilmente defendida por Abd el Kader, el argelino, con los hombres de su séquito, algunos voluntarios y tropas turcas. Cuando Talal apareció, los voluntarios se unieron a él y las tropas huyeron. Los partidarios de Abd el Kader eran tan pocos que el argelino tuvo que abandonar la plaza sin

lucha. Nuestros hombres iban demasiado cargados con el botín para poder darle alcance.

Auda llegó gloriándose. Había tomado Ghazale al asalto, capturando un tren abandonado, cañones y doscientos hombres, de los que algunos eran alemanes. Nuri Shaalan notificó cuatrocientos prisioneros con sus mulas y ametralladoras. Los oficiales y tropa de los turcos habían sido enviados a aldeas remotas, para que se ganaran allí su sustento.

Un aeroplano inglés empezó a trazar círculos sobre nosotros, preguntándose si seríamos la fuerza árabe. Young desplegó señales de tierra, y ellos le arrojaron un mensaje en el que se decía que Bulgaria se había rendido a los Aliados. No habíamos sabido hasta entonces que hubiera una ofensiva en los Balcanes, de modo que las noticias nos llegaron aisladas, resultándonos casi insignificantes. Indudablemente, el fin, no sólo de la Gran Guerra, sino también de la nuestra particular, estaba próximo. Un último esfuerzo y nuestra prueba quedaría superada y cada uno sería libre de volver a sus asuntos, olvidando toda aquella locura, ya que para muchos de nosotros se trataba de nuestra primera guerra y veíamos en su fin la paz y el reposo.

El ejército acababa de llegar. Los huertos quedaron atestados, ya que cada destacamento tomaba para sí los lugares vacíos que quedaban y desensillaba, tanto al lado de las higueras como bajo los palmerales o los olivares, de los que los pájaros salían asustados en bandadas, con un multitudinario griterío. Nuestros

hombres llevaron a los animales a abrevar en la corriente, atravesando por entre matorrales, flores y huertos cultivados, cosas que tan extrañas nos habían sido durante los años de nuestro vagabundeo por el desierto pedregoso.

Las gentes de Sheij Saad se acercaron tímidamente a ver al ejército de Feisal, que venía susurrándose como algo legendario, y se hallaba ahora en su propia aldea, conducido por nombres afamados y formidables, Talal, Nasir, Nuri, Auda. Nosotros los mirábamos, a nuestra vez, envidiando en secreto su vida campesina.

Mientras los hombres estiraban las piernas para quitarse el entumecimiento de la monta, cinco o seis de nosotros subimos a las ruinas, para observar la llanura meridional y medir desde allí la seguridad de que disfrutábamos. Para nuestro asombro pudimos ver, justo al otro lado de las murallas, una reducida compañía de regulares de uniforme —turcos, austriacos y alemanes— dotada con ocho ametralladoras, colocadas sobre animales de carga. Se dirigían de Galilea a Damasco, tras la derrota que Allenby les infligiera, deprimidos, pero despreocupados, y marchando a su aire, por creerse a cincuenta millas de distancia de cualquier escaramuza.

No dimos ninguna voz de alarma, para ahorrar esfuerzos a nuestras cansadas tropas: Durzi ibn Dughmi, junto con Jaffayi, y otros de su familia, se limitaron a montar en silencio, y cayeron sobre ellos desde una estrecha calleja. Los oficiales presentaron batalla y fueron muertos de inmediato. Los soldados

arrojaron sus armas, y en cinco minutos fueron registrados y despojados, conduciéndoseles en fila por entre las acequias que separaban los huertos hasta un corral abierto que parecía muy a propósito para convertirlo en prisión. Sheij Saad estaba rindiendo rápidos y buenos beneficios.

Allá lejos, hacia el este, vimos aparecer tres o cuatro puntos negros de gente que avanzaba hacia el norte. Echamos sobre ellos a los howeitat, y al cabo de una hora volvieron riendo, cada uno de los hombres tirando de una mula o de un caballo de carga, pobres, cansados y magullados bichos, que mostraban bien a las claras las estrecheces de un ejército vencido. Sus jinetes eran soldados desarmados que huían de los británicos. Los howeitat no habían querido hacerlos prisioneros: «Se los dimos a las mujeres y niños de las aldeas como siervos», rezongó Zaal, con su sonrisa de estrechos labios.

Nos llegaron noticias del Oeste de que pequeñas compañías de turcos venían a refugiarse en las aldeas de la zona, huyendo de los ataques de Chauvel. Enviamos contra ellos a las partidas armadas de naim, una tribu campesina que se nos había unido durante nuestra última noche en Sheij Miskin y habían recibido patente de corso de Nasir para hacer lo que pudieran. El alzamiento de masas que durante tanto tiempo veníamos preparando estaba ahora en todo su apogeo, creciendo en intensidad según cada nuevo éxito armaba más y más rebeldes. En el plazo de dos días

podríamos contar con sesenta mil hombres armados en movimiento.

Despejamos de posibles sorpresas la ruta de Damasco, y en ésas estábamos cuando vimos ascender una espesa nube de humo detrás de la colina que ocultaba Deraa. Un hombre se adelantó hasta allí, para volver a informar a Tallai que los alemanes habían prendido fuego a los aeroplanos y almacenes, y se disponían de inmediato a evacuar la ciudad. Un aeroplano inglés nos lanzó un mensaje según el cual las tropas de Barrow se hallaban cerca de Remtha, y dos columnas turcas, una de cuatro mil y otra de dos mil hombres, se retiraban respectivamente de Deraa y Mezerib.

Me dio la impresión de que aquellos seis mil hombres eran todo lo que quedaba del Cuarto Ejército de Deraa y del Séptimo Ejército que había estado intentando frenar el avance de Barrow. Con su destrucción nuestro trabajo allí quedaba concluido. Con todo, y hasta que lo supiéramos con seguridad, debíamos mantenernos en Sheij Saad. Así que deberíamos dejar pasar la columna más nutrida, la de los cuatro mil hombres, echándoles encima tan sólo a Jalid y sus rualla, junto con algunos campesinos del norte, que se dedicaran a hostigar sus flancos y retaguardia.

CAPÍTULO CXVII

Los otros dos mil más próximos parecían más a nuestra medida. Les saldríamos al encuentro con la mitad de nuestros regulares y dos de los cañones de Pisani. Tallai se mostraba ansioso, ya que su previsible ruta los llevaba directamente a Tafas, su propia aldea. Nos incitó a dirigirnos allí a toda prisa y tomar posiciones en la loma situada al sur de ella. Desgraciadamente, prisa era sólo un término relativo para hombres tan cansados. Yo cabalgué hasta allí con mis hombres, esperando poder ocupar una posición a cubierto y desplegar una acción con repliegue hasta que el resto hiciera su llegada. A mitad de camino nos topamos con árabes montados, que conducían un grupo de desharrapados soldados hacia Sheij Saad. Los empujaban sin piedad, pudiendo notarse las marcas azules de sus aguijadas en las marfileñas espaldas de los prisioneros; pero los dejé seguir haciendo, porque se trataba de miembros del batallón de policía de Deraa, cuyas iniquidades habían hecho derramar sangre y lágrimas en numerosas ocasiones a los campesinos de la comarca.

Los árabes nos dijeron que la columna turca —el regimiento de lanceros de Yemal Pachá— estaba ya entrando en Tafas. Cuando la tuvimos a la vista, descubrimos que habían tomado ya el poblado (desde el que podían oírse tiros ocasionales) y nos detuvimos en sus proximidades. Pequeñas columnas de humo se veían ascender de entre las casas. Sobre el altozano que había antes de llegar al pueblo, y entre los cardos que les llegaban hasta las rodillas, se hallaba un grupo de ancianos, mujeres y niños, que contaban terribles historias de lo que había ocurrido cuando los turcos habían caído sobre ellos una hora antes.

Nos quedamos a la espera, y vimos a la fuerza enemiga alejarse de su lugar de concentración detrás de las casas. Empezaron a avanzar en buena formación hacia Miskin, con los lanceros al frente y en la retaguardia, con formaciones de infantería dispuestas en hileras, apoyo de ametralladoras en los flancos, y cañones y grupos de transporte en el centro. Abrimos fuego contra la cabecera de la formación tan pronto se dejaron ver al otro lado de las casas. Ellos apuntaron dos baterías de campaña contra nosotros en respuesta. El proyectil, como siempre, pasó sobre nuestras cabezas sin acertarnos.

Nuri hizo su aparición en aquel momento con Pisani. Delante de sus filas cabalgaba Auda abu Tayi, expectante, y Tallai, casi frenético por las historias que su gente le había contado sobre los sufrimientos de la aldea. Los últimos turcos estaban abandonándola en aquel momento. Nos arrojamos tras ellos, dispuestos a

terminar con la ansiedad de Tallal, mientras nuestra infantería tomaba posiciones y disparaba sin descanso con las Hotchkiss. Pisani apuntó su media batería contra ellos, y los potentes proyectiles del francés causaron confusión en las filas de la retaguardia turca.

La aldea permanecía quieta bajo sus lentas guirnaldas de humo blanco, mientras nos acercábamos, puestos en guardia. Bultos grises parecían esconderse entre las altas hierbas, pegados a la tierra con la intimidad propia de los cadáveres. Apartamos la vista de ellos, sabiendo que estaban muertos; pero de su lado salió tambaleándose una pequeña figura, como si quisiera escapar de nosotros. Se trataba de una niña de tres o cuatro años de edad, cuyo sucio mandilón se hallaba teñido de sangre por el hombro y uno de los lados, sangre que manaba de una ancha y medio desgarrada herida, tal vez una lanzada, justo en la unión del cuello y el tronco.

La niña corrió unos cuantos pasos, luego se paró y nos gritó con un tono asombrosamente alto (todo lo demás estaba en silencio): «No me pegues, baba.» Adb el Aziz, tragando saliva —era su aldea, y la niña podía ser de su familia— saltó de su camello, y tropezó, cayendo de rodillas en tierra, al lado de la niña. Su repentina aproximación asustó a la chiquilla, que alzó los brazos y trató de chillar, pero no lo logró y se desplomó como un pequeño bulto mientras la sangre volvía a manarle sobre el vestido; creo que en ese momento murió.

Dejamos atrás otros cuerpos de hombres y mujeres, y cuatro niños muertos más, que parecían muy manchados a la luz del día, en dirección a la aldea, cuya soledad en aquel momento ya sabíamos que significaba muerte y horror. En los alrededores se veían muros bajos de adobe, pieles de oveja y sobre una de ellas algo rojo y blanco. Miré con más detenimiento y vi el cuerpo de una mujer boca abajo, clavada allí por una bayoneta de sierra, cuyo mango destacaba ominosamente entre sus piernas desnudas. La mujer estaba embarazada, y en torno a ella había otros cadáveres, hasta un total quizá de veinte, muertos de diversas formas, pero dispuestos todos ellos con un gusto obsceno.

Zaagi irrumpió en salvajes risotadas, tanto más desoladas cuanto más tibia era la luz del sol y más claro el aire de aquella tarde de tierra adentro. Yo le dije: «Traedme cuantos más turcos muertos mejor», y nos volvimos contra los enemigos que se alejaban rematando a aquellos que se habían quedado en el camino y se acercaban a nosotros implorando piedad. Un turco herido, medio desnudo, e incapaz de andar, se sentó e imploró hacia nosotros. Abdulla se apartó de él, pero Zaagi, profiriendo maldiciones, se salió del camino y descerrajó tres tiros con su automática sobre el pecho desnudo del hombre. La sangre empezó a manarle con el ritmo de los latidos del corazón, pof, pof, pof, cada vez más lento, más lento.

Tallal había visto cuanto había que ver. Empezó a sollozar como un animal herido; luego se dirigió a un

altozano y se quedó allí quieto sobre su yegua, tiritando y con la mirada puesta en los turcos. Me acerqué a él para hablarle, pero Auda me cogió de las riendas y me detuvo. Muy lentamente, Tallai se tapó la cara con su pañuelo, y de pronto pareció dueño de nuevo de sí mismo, porque clavó las espuelas en los flancos de su yegua y arrancó al galope, inclinado hacia delante y bamboleándose en la silla, derechamente al grupo principal del enemigo.

Fue una larga cabalgada por una suave pendiente y a través de una hondonada. Nos quedamos allí quietos como piedras, mientras él se abalanzaba hacia su objetivo, con el ruido de sus cascos tamborileándonos extrañamente fuerte en los oídos, porque habíamos dejado de disparar y los turcos se habían detenido. Ambos ejércitos lo esperaban, y él siguió avanzando en medio del calmo atardecer hasta quedar a poca distancia del enemigo. Entonces se enderezó en la silla y profirió su grito de guerra: «¡Tallal! ¡Tallai!», dos veces, con tremenda voz. Al instante, los rifles y ametralladoras empezaron a disparar, y él y su yegua, atravesados por múltiples balas, cayeron muertos entre las puntas de las lanzas.

Auda tenía un aspecto frío y adusto. «Dios tenga piedad de él; nos cobraremos su vida.» Y agitando sus riendas, avanzó lentamente hacia el enemigo. Llamamos a los campesinos, ebrios ya de miedo y de sangre, y los enviamos contra la columna en retirada. El viejo león guerrero se despertó en el corazón de Auda, y lo convirtió de nuevo en nuestro natural e

inevitable líder. Mediante un habilidoso giro, condujo a los turcos hacia un terreno desfavorable y rompió su formación en tres partes.

Una tercera parte, la más pequeña, estaba compuesta fundamentalmente de servidores de ametralladoras alemanes y austriacos, agrupados en torno a tres motocarros, y un puñado de oficiales y hombres de tropa montados. Luchaban magníficamente y nos repelieron una y otra vez, a pesar de la dureza de nuestro ataque. Los árabes luchaban como demonios, con el sudor anegándoles los ojos y el polvo resecándoles la garganta, mientras la llama de la crueldad y la venganza que ardía en su cuerpo los conmovía de tal modo que sus manos apenas podían disparar. Di orden de no hacer prisioneros, por única vez en nuestra guerra.

Por fin dejamos atrás esta dura sección y empezamos a perseguir a las otras dos más rápidas. Estaban aterrorizados, y hacia la puesta del sol los habíamos hecho trizas, quedándonos con cuanto habían perdido. Grupos de campesinos empezaron a sumársenos en nuestro avance. Al principio eran cinco o seis por cada arma; luego, unos pudieron hacerse con una bayoneta, otros con una espada y otros con una pistola. Una hora más tarde, los que habían venido a pie podían disponer al menos de un burro. Poco más adelante, todo el mundo pudo disponer ya de un rifle y de un caballo capturado. Hacia la anochecida, los caballos iban ya cargados, y la rica llanura aparecía cubierta de hombres y animales muertos. Sobrecogidos

por el horror de Tafas, matamos y matamos, golpeando incluso las cabezas de los caídos y de los animales, como si su muerte y el derramamiento de su sangre pudieran aplacar nuestra agonía.

Un solo grupo de árabes, que no había llegado a oír nuestras órdenes, tomó prisioneros a doscientos turcos de la sección central. Corto fue su respiro. Me había acercado a ver qué pasaba, no mostrándome del todo contrario a que aquel remanente permaneciera como testigo del precio cobrado por Tallal; pero un hombre tirado en tierra tras ellos gritó algo a los árabes, que pálidos me llevaron hacia él. Era uno de los nuestros, con el muslo destrozado. Su sangre inundaba el suelo alrededor, y se hallaba agonizando, pero ni siquiera así lo habían respetado, atravesándolo con las bayonetas por el hombro y la otra pierna, y clavándolo al suelo como un insecto de colección.

Se hallaba plenamente consciente. Cuando le dijimos:

Hassán, ¿quién te hizo eso?», dirigió la vista sobre los prisioneros, que se apretujaban en el mayor desespero. Nada dijeron antes de que abriéramos fuego. Y, cuando su montón dejó de rebullir, Hassán se hallaba ya muerto. A continuación, montamos de nuevo y nos dirigimos a casa (la casa era mi alfombra, a tres o cuatro horas de allí, en Sheij Saad) bajo el resplandor del ocaso, que tan frío resultaba ahora que el sol había ya desaparecido.

Pero, a pesar de las heridas, el dolor y el agotamiento, no podía dejar de pensar en Tallal, el

espléndido líder, el magnífico jinete, el cortés y fuerte compañero de viaje; y después de un rato hice que me trajeran mi otro camello, y con uno de mis guardias de corps empezamos a cruzar la noche en busca de aquellos de los nuestros que daban caza a la más nutrida columna de Deraa.

Estaba muy oscuro, y el viento soplaba en fuertes ráfagas desde el sur y el este, y sólo por el sonido de los disparos que nos llegaba a golpetazos y los ocasionales relampagueos de los fusiles, pudimos al cabo llegar al lugar de la lucha. Cada campo y cada valle tenía sus turcos que avanzaban a trompicones hacia el norte. Nuestros hombres los acosaban sin cesar. La caída de la noche les había doblado la audacia, y estaban terminando con el enemigo. Cada aldea que veía llegar la lucha a sus proximidades tomaba el relevo, y el viento negro y helado aparecía recargado de disparos, gritos y tiroteos de parte de los turcos, y del ruido de los galopes, cada vez que las pequeñas partidas procedentes de un lado u otro entrechocaban frenéticamente.

El enemigo había intentado hacer un alto y acampar al anochecer, pero Jalid los había hecho ponerse de nuevo en marcha. Unos seguían avanzando, otros se habían detenido. Muchos caían dormidos en plena ruta, muertos de fatiga. Habían perdido orden y cohesión, y marchaban a la deriva en medio del tráfago en pequeños grupos erráticos, dispuestos a disparar y echar a correr a cada encuentro con nosotros o con

otro grupo de los suyos; y los árabes, por su parte, iban tan desperdigados y casi tan a la deriva.

Las excepciones eran los destacamentos alemanes; y aquí, por primera vez, me sentí orgulloso del enemigo que había matado a mis hermanos. Se hallaban a dos mil millas de sus casas, sin esperanza y sin guías, en condiciones lo suficientemente enloquecedoras como para hacer perder los nervios a los más bravos. Y, sin embargo, sus secciones se mantenían unidas, prietas las filas, manteniéndose a flote en medio del general naufragio de turcos y árabes por igual, como barcos acorazados, altivos y silenciosos. Cuando se les atacaba, se paraban, tomaban posiciones y disparaban a la voz de mando. No había en ellos prisa, ni gritos, ni vacilación. Eran espléndidos.

Por fin pude dar con Jalid, y le pedí que reuniera a los rualla y dejara aquel desastre en manos del tiempo y de los campesinos. Trabajo más duro había, sin lugar a dudas, más al sur. Al anochecer había recorrido la llanura el rumor de que Deraa estaba vacía, y Trad, el hermano de Jalid, con más de la mitad de los anazeh, se había dirigido allá para ver. Temía que sufriera un revés, puesto que debían de quedar aún turcos en la plaza, y otros luchando por llegar a ella por la vía férrea y a través de las colinas Irbib. En verdad, a menos que Barrow, de quien la última noticia que teníamos era que se hallaba detenido en Ramze, hubiera perdido contacto con el enemigo, debía haber todavía una retaguardia activa a la que perseguir.

Quería que Jalid fuera a apoyar a su hermano. Y, una hora o dos después de haber estado gritando este mensaje a través del viento, cientos de jinetes habían logrado agruparse en torno a él. De camino hacia Deraa tuvo ocasión de cargar contra varios destacamentos turcos bajo el titilar de las estrellas, y llegó para ver a Trad perfectamente asentado. Había logrado abrirse paso al fin del atardecer, tomando la estación al galope, saltando las trincheras y borrando del mapa a los escasos elementos turcos que aún pretendían resistir.

Con ayuda de elementos locales, los rualla saquearon el campamento, hallando el mejor botín en los almacenes envueltos en llamas, cuyos incendiados techos llegaron a poner en peligro sus vidas; pero fue aquélla una de esas noches en que los hombres se vuelven locos, y la muerte parece imposible, por muchos que sean los que mueren a izquierda y a derecha, y en que las vidas de otros se convierten en juguetes para romper y tirar.

Sheij Saad pasó una movida noche de alarmas, disparos y gritos, con amenazas de los campesinos de matar a los prisioneros, como precio añadido por la muerte de Tallal y su aldea. Los activos jeques andaban fuera cazando turcos, y su ausencia en compañía de sus seguidores privó al campamento árabe de sus experimentados jefes, que eran sus ojos y sus oídos. Las dormidas envidias clánicas se habían despertado con el baño de sangre de aquella tarde de matanzas, y Nasir, Nuri Said, Young y Winterton

tuvieron que tensar todos sus músculos para mantener la paz.

Llegué allí a medianoche y me encontré a los mensajeros de Trad que acababan de llegar de Deraa. Me hubiera gustado poder dormir, puesto que era aquélla mi cuarta noche de cabalgada; pero mi espíritu no me permitía saber cuán cansado estaba mi cuerpo, así que hacia las dos de la mañana monté un tercer camello y me lancé en dirección a Deraa, por el camino de Tafas de nuevo, a barlovento de la oscura aldea.

Nuri Said y su estado mayor venían por la misma ruta como avanzadilla de su infantería montada, y nuestros dos grupos aceleraron la marcha hasta que empezó a apuntar el día, momento en que mi impaciencia y el frío ya no me permitieron seguir más a paso de caballo. Di pues libertad a mi camella —la alta y rebelde Baha— y ésta se soltó por el campo, haciendo correr a mis agotados seguidores milla tras milla con zancadas de pistón semejantes a las de un motor, de modo que entré en Deraa prácticamente solo, ya en pleno amanecer.

Nasir se hallaba en casa del alcalde, disponiendo un gobierno militar y una policía, así como una investigación de la plaza; yo complementé sus disposiciones, apostando guardias frente a las bombas y hangares, y frente a lo que quedaba de los almacenes y tiendas. Luego, tras una hora de charla, enuncié públicamente un programa de lo que la situación requería de ellos, si no querían perder pie. El pobre Nasir se me quedó mirando perplejo.

Le pregunté por el general Barrow. Un hombre que acababa de llegar del oeste nos dijo que había sido tiroteado por los ingleses, durante el despliegue de éstos para atacar la ciudad. Para prevenir accidentes de este tipo, Zaagi y yo cabalgamos hasta Buweib, en cuya cima podía divisarse un fuerte emplazamiento de ametralladoras indias. Probaron sus armas contra nosotros, orgullosos de botines tan espléndidamente vestidos. Pero un oficial hizo en aquel momento su aparición, con algunos soldados británicos, y a él me presenté. Se hallaban en realidad desplegando un movimiento envolvente contra Deraa, y, mientras observábamos, sus aeroplanos bombardeaban al infortunado Nuri Said que se dirigía a la estación de ferrocarril. Era el castigo por haber perdido la carrera desde Sheij Saad, aunque, para detenerlos, me apresuré a llegar hasta donde el general Barrow se hallaba inspeccionando en coche sus avanzadillas.

Le dije que habíamos pasado la noche en la ciudad, y que los tiros que había oído eran salvas de alegría. Se mostró cortante conmigo; pero yo no le tuve la menor piedad, puesto que se había retrasado un día y una noche abrevando en los pobres pozos de Remze, cuando su mapa mostraba en el frente el lago y el río de Mezerib, sobre la carretera por donde el enemigo estaba huyendo. No obstante, sus órdenes señalaban Deraa, y hacia Deraa se dirigía.

Me dijo que cabalgara a su lado; pero sus caballos no se llevaban bien con mi camella, de modo que el estado mayor del general tuvo que ir haciendo

equilibrios por el borde de la cuneta, mientras yo marchaba dignamente por el centro del camino. Dijo que apostaría centinelas en la villa para mantener en orden al populacho. Yo le expliqué amablemente que los árabes habían instalado ya un gobierno militar. Al llegar a los pozos dijo que sus zapadores inspeccionarían los pozos. Yo le repliqué agradeciéndole su asistencia. Ya habíamos encendido los hornos y podrían empezar a abrevar sus caballos en una hora. Él rezongó que parecíamos sentirnos como en casa, y que se haría cargo sólo de la estación de ferrocarril. Yo le señalé la locomotora que avanzaba hacia Mezerib (donde nuestro pequeño jeque había evitado que los turcos volaran el puente de Tell el Shebab, que había pasado ya a ser de propiedad árabe), y le pedí que diera órdenes a sus centinelas de no obstruir nuestros trabajos en la vía.

No disponía de órdenes en lo referente al estatuto de los árabes. Clayton nos había hecho ese favor, pensando que conseguiríamos ganarnos lo que diéramos por sentado; de modo que Barrow, que había llegado allí con mentalidad de conquista, aunque asombrado ante mi tranquilo modo de dar por sentado que era nuestro huésped, no tuvo otro remedio que aceptar tal hecho consumado. Mi cabeza funcionaba a toda máquina durante aquellos instantes, y en nombre de todos, para evitar los fatales primeros pasos con que los británicos, sin ninguna imaginación y con la mejor buena voluntad del mundo, solían dar por sentado que los aquiescentes nativos carecían de

disciplina y de responsabilidad, creando una situación cuyo arreglo exigía luego años de agitación, revueltas y reformas sucesivas.

Tenía yo bien estudiado a Barrow y estaba preparado para tratar con él. Años antes, había publicado su profesión de fe en el miedo como principal incentivo de la gente corriente, tanto en la guerra como en la paz. Ahora el miedo me parecía una motivación mezquina y sobrevalorada; no sirve para disuadir, y aunque estimulante, resulta un estímulo venenoso, cada una de cuyas inducciones sirve sólo para minar un poco más el sistema al que se aplica. No podía mantener la menor vinculación con su pedante creencia de que había que encaminar a los hombres al cielo mediante el temor; era mejor que Barrow y yo nos separáramos cuanto antes. Mi comportamiento instintivo me llevaba a provocarlo. Por lo que me mostraba arisco y distante.

Barrow se dio por vencido al pedirme que le buscara forraje y víveres. En realidad, al poco empezamos a llevarnos bien. En la plaza le mostré el pequeño pendón de seda de Nasir, colgado del balcón de la carbonizada casa del gobierno, con un bostezante centinela debajo. Barrow alzó la vista y saludó militarmente, mientras un respingo de placer ante el cumplido del general recorría por igual a oficiales y tropa.

En justa correspondencia, nos esforzamos por mantener nuestras muestras de afirmación dentro de los límites de la conveniencia política. Imbuimos a

todos los árabes de la idea de que las tropas indias eran nuestros huéspedes, y que debían permitirles, e incluso ayudarles, a hacer cuanto quisieran. La doctrina nos condujo a curiosas situaciones. Desaparecieron todos los pollos de la villa, y tres sowars[37] se llevaron el pendón de Nasir para quedarse con sus borlas de plata y la espiga de sus exquisitos bordados. Esto puso en evidencia el contraste entre el general inglés que saludaba la bandera y las tropas indias que la robaban, contraste muy bien acogido por la ambigüedad de los árabes hacia los indios.

Entre tanto, seguíamos capturando por todas partes armas y hombres. Nuestros prisioneros podían contarse por millares. Algunos se los pasamos a los británicos, que los recontaron de nuevo, y a la mayor parte de ellos los transferimos a las aldeas. A Azrak llegaron noticias completas de nuestra victoria. Y Feisal apareció un día después, seguido su Vauxhall de todos nuestros carros blindados en hilera. Se instaló en la estación. Yo fui a verle para hacerle un informe de mi administración y cuando estaba a punto de acabar, la estancia sufrió la conmoción de un leve terremoto.

---

[37] Soldados indios de caballería. *(N. del T.)*

CAPÍTULO CXVIII

Barrow, ya abrevado y alimentado, tenía que ir a reunirse con Chauvel en las cercanías de Damasco, de modo que ambos pudieran entrar juntos en la ciudad. Nos pidió que nos hiciéramos cargo del flanco derecho, lo que me venía bien, ya que allí, y a lo largo de toda la línea del Heyaz, se hallaba Nasir, persiguiendo a las principales fuerzas turcas en retirada, y reduciendo su número mediante incesantes ataques día y noche. Yo tenía aún mucho que hacer, y por tanto me quedé en Deraa una noche más, saboreando la tranquilidad de la villa tras la marcha de las tropas, pues la estación se hallaba en el límite mismo del campo, y los indios allí estacionados me habían llegado a irritar de tan fuera de lugar como estaban. La esencia del desierto es el individuo que marcha en solitario, el hijo del camino, alejado del mundo como en una tumba. Y las tropas indias, en rebaños como lentas ovejas, no parecían merecer el privilegio de tal espacio.

Mi espíritu percibía tanto en los oficiales como en las tropas indias algo mezquino y limitado, un aire de creerse mezquinos ellos mismos y casi de apreciar su propio servilismo, casi un cuidado y apreciado

servilismo, bien distinto de la abrupta autonomía del beduino. El comportamiento de los oficiales británicos para con sus hombres llenaba de horror a los hombres de mi guardia, que nunca antes habían contemplado la desigualdad personal.

Yo había llegado a palpar allí la iniquidad humana, y odiaba por ello de tal modo Deraa que cada noche me iba a dormir con mis hombres al aeródromo. Junto a los carbonizados hangares, mis guardias, tan variables como la superficie del mar, reñían entre ellos como de costumbre; y allí, por última vez, Abdulla me sirvió arroz hervido en mi cuenco de plata. Tras la cena, intenté abstraerme y hacer planes, pero mi espíritu estaba en blanco, y mis sueños bailoteaban como velas bajo el fuerte viento del éxito. Teníamos delante nuestra meta más que palpable, pero detrás quedaba el esfuerzo de dos años, sus miserias olvidadas o glorificadas. Los nombres resonaban en mi cabeza, cada uno de ellos superlativo en el recuerdo: el magnificente Rumm, la brillante Petra, Azrak la remota, Batra la límpida. Y, sin embargo, los hombres habían cambiado. La muerte se había llevado a los más amables, y la nueva estridencia de los que habían quedado me molestaba.

El sueño no acababa de venir, así que antes de las primeras luces desperté a Stirling y a mis conductores, y los cuatro nos subimos en el Blue Mist[38], nuestro ténder Rolls, y partimos hacia Damasco, por la sucia carretera que primero abrieron y luego bloquearon las columnas de transporte y la retaguardia de la división

[38] «Niebla azulada.» *(N. del T.)*

de Barrow. Atajamos hasta el ferrocarril francés, cuyo viejo balasto nos proporcionaba una despejada aunque pedregosa ruta; allí apretamos el acelerador. A mediodía pudimos ver el pendón de Barrow junto a una corriente de agua, donde se hallaba abrevando a sus caballos. Mi guardia de corps se hallaba cerca, así que monté en mi camello y marché hasta donde él estaba. Como otros jinetes consumados, se había mostrado un tanto desdeñoso con los camellos, y había sugerido en Deraa que difícilmente podríamos mantenernos al paso de la caballería, que pensaba llegar a Damasco en aproximadamente tres marchas forzadas.

De modo que, cuando me vio montado tranquilamente, se mostró asombrado y me preguntó cuándo habíamos dejado Deraa. «Esta mañana.» La cara se le desencajó. «¿Dónde harán alto esta noche?» «En Damasco», le respondí alegremente; y seguí adelante, tras haberme ganado otro enemigo. Me remordía un poco la conciencia hacerle trampas, porque se había mostrado generoso con mis deseos, pero había mucho en juego, más de lo que él imaginaba, y poco me importaba lo que pensara de mí con tal de que ganáramos.

Volví con Stirling, y reemprendimos la marcha. En cada aldea íbamos dejando notas para las avanzadillas británicas, diciéndoles dónde nos hallábamos y a qué distancia de nosotros se encontraba el enemigo. Nos fastidiaba a Stirling y a mí la cautela con que avanzaba Barrow, con sus patrullas explorando cada valle y sus secciones coronando cada cima desierta. Lo que

marcaba la diferencia entre nuestros seguros movimientos y el lento tanteo de la guerra convencional.

No podía haber peligro hasta Kiswe, donde teníamos que encontrarnos con Chauvel, y donde la línea del Heyaz confluía con nuestra ruta. Sobre la vía del ferrocarril marchaban Nasir, Nuri Shaalan y Auda con sus tribus, acosando aún a la columna de los cuatro mil (en realidad casi siete mil) descubierta por nuestro aeroplano cerca de Sheij Saad hacía ya tres atareados días. Llevaban luchando sin cesar durante todo este tiempo que nosotros habíamos estado a nuestro aire.

Según avanzábamos, oímos disparos, y vimos saltar metralla detrás del collado situado a nuestra derecha, por donde corría la vía del tren. Pronto apareció la cabeza de una columna turca de unos dos mil hombres, en grupos dispersos, que se detenían de tanto en tanto para disparar sus cañones de montaña. Corrimos a alcanzar a sus perseguidores, con nuestro gran Rolls azul sobre la carretera. Algunos jinetes árabes desde la retaguardia turca galoparon hacia nosotros, chapoteando de mala manera entre las acequias de regadío. Reconocimos a Nasir sobre su garañón rosillo, el espléndido animal aún animoso después de cientos de millas de lucha móvil, y también al viejo Nuri Shaalan y a unos treinta de sus sirvientes. Nos dijeron que aquéllos eran los restos de los casi siete mil turcos. Los rualla atacaban desesperadamente por ambos flancos, mientras Auda abu Tayi se había

adelantado hasta Yebel Mania para reunir a los wuld ali, sus amigos, y permanecer allí en espera de la columna, que esperaban que cayera en la emboscada al entrar en la colina. ¿Significaba nuestra presencia la ayuda esperada?

Les dije que los británicos en orden de batalla venían poco detrás. Con sólo que pudieran retener al enemigo durante una hora... Nasir miró hacia delante y vio una alquería murada y rodeada de bosque que cortaba el camino. Llamó a Nuri Shaalan y ambos se apresuraron a llegar hasta allí para detener a los turcos.

Nosotros dimos marcha atrás tres millas hasta los indios de cabeza, y le contamos a su antiguo y huraño coronel el regalo que nos traían los árabes. No pareció muy contento de tener que alterar su hermoso orden de marcha, pero al fin mandó desplegarse a su escuadrón y lo hizo avanzar lentamente por la llanura en dirección a los turcos, que empezaban a dirigir sus cañones hacia ellos. Uno o dos proyectiles estallaron casi en medio de las filas, y entonces, para nuestro horror (puesto que Nasir se había puesto en peligro, esperando una valerosa ayuda), el coronel ordenó la retirada, y retrocedió rápidamente hacia la carretera. Stirling y yo, dando furiosos botes, nos precipitamos tras él a decirle que no tuviera miedo de los cañones de montaña turcos, no mucho más pesados que las pistolas Very, pero ni la amabilidad ni la ira consiguieron que el anciano arriesgara ni una pulgada.

Echamos a correr por tercera vez por toda la carretera en busca de una más alta autoridad.

Un ayuda de campo de rojos galones nos dijo que el general Gregory se hallaba de aquel lado. Lo bendijimos, mientras el orgullo profesional de Stirling casi se deshacía en lágrimas por la impericia del mando. Subimos a nuestro amigo a bordo y dimos con su general, a quien prestamos nuestro carro para que el brigada mayor pudiera dar nuevas órdenes a la caballería. Un enlace voló en busca de la artillería montada, que abrió fuego en el preciso instante en que la última luz de la tarde brillaba en la cima de la colina y se refugiaba entre las nubes. La caballería de Middlessex hizo su aparición y se lanzó en medio de los árabes para cargar contra la retaguardia turca, y mientras iba cayendo la noche pudimos verla quiebra del enemigo, que abandonó sus cañones, su transporte y toda su impedimenta, echando a correr cuesta arriba hacia los dos picos de Mania, y hacia el terreno del otro lado, que creían despejado.

Pero allí estaba Auda, y aquella noche de su última batalla el viejo guerrero mató y volvió a matar, saqueó y capturó, hasta que el amanecer le mostró el fin de la lucha. Allí pasó a mejor vida el Cuarto Ejército, que había sido nuestro muro de contención durante dos años.

El vigoroso arranque de Gregory nos dio ánimos para mirar a la cara a Nasir. Y nos dirigimos a Kiswe, donde habíamos acordado reunirnos antes de la medianoche. Detrás de nosotros llegó el grueso de las

tropas indias. Buscamos un sitio retirado, pero ya había hombres a miles por todas partes.

El movimiento y los entrecruzamientos de tantas almas amontonadas me llevaban de un lugar a otro, tan inquieto como ellos. De noche no resultaba visible el color de mi piel. De modo que pude pasear cuanto me vino en gana, confundido con un árabe; y el hecho de estar entre los míos, pero aislado de ellos, me hizo sentir extrañamente solo. Los hombres de nuestro carro acorazado eran personas para mí, no soldados, debido a su corto número y a la larga camaradería, y también por sí mismos, ya que los meses de indefensa exposición al fiero sol y al intimidante viento los habían desbastado y refinado hasta convertirlos en individuos. En medio de aquella multitud de soldados desconocidos, británicos, australianos e indios, se sentían tan extraños y tímidos como yo mismo, distinguiéndose también por la mugre, ya que tras semanas de llevar la misma ropa, ésta se había moldeado sobre ellos por medio del sudor y el uso, y había pasado a ser tegumento más que envoltorio.

Pero aquéllos eran soldados de verdad, una novedad para nosotros, después de dos años de milicia irregular. Y de nuevo me vino a la cabeza que el secreto del uniforme estaba en configurar una muchedumbre sólida, digna e impersonal, dotándola de la singularidad y la solidez de un hombre hecho y derecho. Aquella librea de muerte que separaba a sus portadores de la vida ordinaria era signo de que habían vendido sus voluntades y sus cuerpos al Estado, y se

habían comprometido a un servicio, no por voluntario menos abyecto. Algunos de ellos habían obedecido al instinto de la anarquía; unos estaban hambrientos, otros sedientos de emociones, debido al supuesto encanto de la vida militar, pero, de todos ellos sólo recibían satisfacción los que habían buscado degradarse, porque a los ojos de la paz estaban por debajo del nivel humano. Sólo las mujeres de baja estofa se dejaban atraer por aquellas ropas; la paga de los soldados, no un salario como el de cualquier trabajador, sino mero dinero de bolsillo, parecía mejor gastado que nunca cuando les permitía beber de tanto en tanto y olvidar.

Los convictos viven bajo el peso de la violencia. Los esclavos son libres, si pueden, al menos en la intención. Pero el soldado entrega a su propietario el uso de su cuerpo durante las veinticuatro horas del día, y la total dirección de su espíritu y sus pasiones. Los convictos tienen licencia para odiar la ley que les ha encarcelado, e incluso a toda la humanidad, si su odio es voraz, pero el soldado huraño es un mal soldado; en verdad, no es un soldado. Sus afectos deben ser como piezas alquiladas en el tablero del rey.

¡El extraño poder de la guerra que de tal modo nos obliga a rebajarnos! Aquellos australianos que se codeaban conmigo en poco ceremoniosas payasadas habían dejado atrás media civilización al quitarse su ropa de paisanos. Eran los que llevaban la voz cantante aquella noche, demasiado seguros de sí mismos para mostrarse cuidadosos; pero mientras

perezosamente se pavoneaban con sus ágiles cuerpos, curvilíneos, sin una sola línea recta, pero con ojos ya viejos y desilusionados, los sentía volubles, vacíos, instintivos, siempre dispuestos a hacer grandes cosas, con aquella perturbadora flexibilidad de las espadas a medio desenvainar. Perturbadora, no temible.

Los ingleses no eran ni instintivos ni negligentes, como los australianos, sino que se contenían, con una circunspección casi pusilánime. Iban impecablemente vestidos, y tranquilos, siempre tímidamente en parejas. Los australianos se reunían en grupos o paseaban solos, los ingleses se juntaban de dos en dos, en una célibe amistad que expresaba la uniformidad de las filas, la comunidad de su uniforme militar. «Mantenerse unidos», lo llamaban, un anhelo de tiempo de guerra por mantener en el secreto de cuatro oídos aquellos pensamientos los suficientemente profundos como para resultar hirientes.

En torno a los soldados pululaban los árabes, observando con seriedad a hombres provenientes de otros ámbitos. Mi fraudulento deber me había relegado entre ellos durante dos años. Y aquella noche me sentía más cerca de ellos que de las tropas, lo que me dolía y me resultaba vergonzoso. El sentimiento de intruso mezclado con la añoranza del hogar agudizaba mis facultades y hacía fértil mi desagrado, de modo que no sólo llegué a percibir la desemejanza de raza, y a oír la diferencia de lengua, sino que aprendí a distinguirlos por sus olores, el pesado, permanente y agrio olor de sudor seco sobre el algodón que desprende la

muchedumbre árabe, y el olor feral de los soldados ingleses, esa aura de meados calientes que despiden los hombres vestidos de lana apiñados, una peste ácida, que corta la respiración, amoniacal, un hirviente olor a nafta en fermentación.

CAPÍTULO CXIX

Nuestra guerra había concluido. Aun así dormimos aquella noche en Kiswe, porque los árabes nos habían dicho que los caminos eran peligrosos, y no teníamos ningún deseo de morir estúpidamente en la oscuridad a las puertas mismas de Damasco. Los deportivos australianos veían la campaña como una carrera de obstáculos cuya meta era Damasco, pero en realidad todos estábamos bajo el mando de Allenby, y la victoria había sido tan sólo el fruto lógico de su genio y de los trabajos de Bartholomew.

Su esquema táctico había situado adecuadamente a los australianos al norte y al oeste de Damasco, y sobre sus líneas férreas, antes de que la columna del sur pudiera penetrar en ella; y nosotros, los líderes árabes, habíamos aguardado a los ingleses más lentos, en parte porque Allenby nunca puso en duda que cumpliríamos lo que se nos había ordenado. Su poder radicaba en su tranquila suposición de que obtendría una obediencia tan perfecta como la confianza que depositaba.

Esperaba que estuviéramos presentes en la entrada, en parte porque sabía hasta qué punto

Damasco era más que un mero trofeo para los árabes, en parte por razones de prudencia. El movimiento de Feisal había convertido el territorio enemigo en país amistoso para los Aliados durante su avance, posibilitando que los convoyes pudieran pasar sin escolta y que las ciudades fueran administradas sin guarnición. En su cerco de Damasco, los australianos podían verse obligados, a pesar de las órdenes, a entrar en la ciudad, y si alguien se les resistía, ello podía hipotecar el futuro. Se nos dio, pues, una noche para hacer que los damascenos recibieran al Ejército británico como tropas aliadas.

Aquello implicaba toda una revolución, si no de las ideas, sí de las conductas, pero el comité damasceno de Feisal llevaba meses preparándose para tomar las riendas en cuanto los turcos se hundieran. Sólo teníamos que entrar en contacto con ellos, para comunicarles los movimientos de los Aliados y lo que se requería de ellos. De modo que al oscurecer, Nasir envió a un jinete rualla al interior de la ciudad, para dar con Alí Riza, el presidente de nuestro comité, o con Shukri el Ayubi, su asistente, y para decirles que podría aliviarse la situación al día siguiente si formaban de inmediato un gobierno provisional. En realidad, dicho gobierno se había formado ya a las cuatro en punto de la tarde, antes de que nosotros emprendiéramos la acción. Alí Riza se hallaba ausente, por haberlo puesto los turcos en el último momento al mando de la evacuación de su ejército de Galilea, ante el ataque de Chauvel; pero Shukri encontró un inesperado apoyo en

los hermanos argelinos Mohammed Said y Abd el Kader. Con la ayuda de sus seguidores, la bandera árabe ondeó en el ayuntamiento de la ciudad antes del atardecer, mientras las tropas turcas y alemanas desfilaban en retirada. Dicen que el último general le rindió saludo, irónicamente.

Disuadí a Nasir de penetrar en la ciudad. Aquella sería una noche de confusión, y tendría mucha mayor dignidad entrar serenamente a la mañana siguiente. El y Nuri Shaalan interceptaron al segundo cuerpo de camelleros rualla, que habían salido de Deraa aquella mañana conmigo, y los mandaron entrar en Damasco, para apoyar a los jeques rualla. De modo que, a medianoche, en el momento de irnos a descansar, teníamos ya cuatro mil hombres armados en la ciudad.

Yo quería dormir, puesto que me esperaba trabajo al día siguiente, pero no lo conseguí. Damasco representaba el clímax de dos años de incertidumbre, y mi espíritu se veía distraído por retazos de todas las ideas que había ido usando o rechazando en todo aquel tiempo. Kiswe, además, estaba demasiado cargada de los efluvios de demasiadas plantas, árboles y seres humanos, un microcosmos del atiborrado universo que teníamos ante nosotros.

Al abandonar Damasco, los alemanes habían incendiado sus almacenes de repuestos y municiones, de modo que a cada minuto nos veíamos sorprendidos por explosiones, cuyo primer estallido iluminó el cielo con una gran llamarada blanca. A cada uno de estos rugidos, la tierra parecía echarse a temblar; si

levantábamos los ojos al norte, podíamos ver al pálido cielo inflamarse de pronto de grandes surtidores de puntos amarillos, a medida que las granadas, disparadas a tremenda altura desde cada almacén que explotaba, estallaban a su vez como fuegos de artificio. Me volví hacia Stirling y le musité: «Damasco está en llamas», horrorizado al pensar que la gran ciudad iba a ser reducida a cenizas como precio de su libertad.

Al llegar el alba, subimos a la cima del collado, que se alzaba sobre el oasis de la ciudad, temerosos de mirar al norte y encontrar las ruinas de la ciudad; pero, en vez de ruinas, los silenciosos jardines aparecían como una gran mancha verde cubierta con la niebla del río, en cuyo interior tremolaba la ciudad, tan bella como siempre, semejante a una perla bajo el sol de la mañana. La conflagración nocturna había quedado reducida a una recta y alta columna de humo, que se alzaba, negra y sombría, desde la zona de almacenes de Kadem, la estación terminal de la línea del Heyaz.

Bajamos por la carretera que discurría entre los campos irrigados, en los que los campesinos acababan de dar comienzo a su jornada de trabajo. Un jinete al galope se acercó a donde asomaban del carro nuestras cabezas, con una alegre salutación, y nos ofreció un racimo de uvas amarillas: «Buenas nuevas, Damasco os saluda.» Venía enviado por Shukri.

Nasir estaba un poco más allá, y a él fuimos a llevarle las noticias para que pudiera hacer una entrada honrosa, como privilegio de sus cincuenta batallas. Con Nuri Shaalan a su lado, pidió a su caballo un último

galope, perdiéndose por la larga carretera entre una nube de polvo que flotaba en el aire entre las salpicaduras de agua. Para comenzar bien la jornada, Stirling y yo dimos con una pequeña corriente de agua fresca en la parte profunda de un canal escarpado. Y allí nos detuvimos, para lavarnos y afeitarnos.

Algunos soldados indios se nos quedaron mirando, a nosotros, a nuestro carro y el andrajoso pantalón corto y la túnica de nuestro conductor. Yo iba vestido de árabe al completo; Stirling, salvo por su pañuelo, iba todo vestido de oficial británico de Estado Mayor. Su oficial de complemento, un tipo obtuso y de mal carácter, pensó que había logrado hacerse con unos prisioneros. Cuando nos libramos de su arresto, decidimos que debíamos ir a buscar a Nasir.

Con toda tranquilidad atravesamos la calle que llevaba a los edificios del Gobierno, a orillas del Barada. El camino estaba atestado de gente apretujada sobre las aceras, en la calzada, las ventanas, los balcones y los tejados. Muchos de ellos gritaban, unos pocos nos jaleaban levemente, algunos más audaces gritaban nuestros nombres; pero en su mayor parte miraban y miraban, con la alegría desbordándoles los ojos. Un movimiento semejante aun largo suspiro, desde la entrada hasta el corazón de la ciudad, acompañó nuestra marcha.

En el ayuntamiento las cosas eran diferentes. Sus accesos y escaleras estaban atestados de una agitada muchedumbre que gritaba, se abrazaba, danzaba y cantaba. Nos abrieron paso hasta la antecámara,

donde estaban instalados el radiante Nasir y Nuri Shaalan. A ambos lados de ellos se hallaban de pie Abd el Kader, mi viejo enemigo, y Mohammed Said, su hermano. Yo me quedé mudo de asombro. Mohammed dio un paso adelante y gritó que ellos, los hijos de Abd el Kader, el emir, junto con Shukri el Ayubi, de la casa de Saladino, habían constituido un gobierno y proclamado el día anterior a Hussein «rey de los árabes» ante los oídos de los humillados turcos y alemanes.

Mientras seguía vociferando, me volví hacia Shukri, que no era un hombre de Estado, sino un hombre amado por las masas, un mártir a los ojos del pueblo, porque había sufrido la persecución de Yemal. Me dijo que los argelinos habían sido los únicos, en todo Damasco, que habían permanecido al lado de los turcos hasta que los vieron echar a correr. Entonces junto con sus argelinos habían irrumpido en el comité de Feisal, en el lugar donde estaban reunidos en secreto, y habían asumido brutalmente el control.

Eran fanáticos cuyas ideas eran teológicas, y no lógicas; y me volví a Nasir para pedirle que cortara de raíz su impudicia allí mismo; pero entonces la ululante multitud que nos rodeaba se abrió en dos, como si un ariete se hubiera abierto paso a través de ella, echándose los hombres a un lado y a otro entre las arruinadas mesas y sillas, mientras el terrible rugido de una voz familiar terminaba por imponerse y los dejaba petrificados.

En el espacio así abierto se hallaban Auda abu Tayi y Sultan el Atrash, jefe de los drusos, arrancándose la piel. Sus seguidores se adelantaron hacia ellos, mientras yo saltaba entre ambos para separarlos, chocando en mi impulso con Mohammed el Dheilan, que perseguía el mismo propósito. Ambos conseguimos separarlos, e hicimos retroceder un paso a Auda, mientras Hussein el Atrash empujaba al más ligero Sultan hacia la multitud y seguidamente a una habitación aneja.

Auda estaba demasiado ciego de rabia para poder tener claras las ideas. Lo condujimos al gran salón de Estado del edificio, una inmensa y pomposa sala llena de sobredorados y tranquila como una tumba, puesto que todas las puertas menos la nuestra estaban cerradas. Lo sentamos en una silla y allí lo retuvimos, mientras echaba espuma, apretaba los puños y gritaba hasta cascársele la voz, con el cuerpo retorciéndose y temblando, los brazos salvajemente tendidos hacia cualquier arma que tuviera a su alcance, la cara congestionada, la cabeza destocada y su largo pelo cayéndole sobre los ojos.

El viejo había sido golpeado en primer lugar por Sultan, y su ingobernable espíritu, ebrio con el añejo vino de la terquedad, rabiaba por lavar el insulto con sangre drusa. Zaal vino a juntársenos, acompañado de Hubsi, y los cuatro o cinco que éramos juntamos nuestras fuerzas para calmarlo; pero hubo de pasar otra media hora antes de que fuera capaz de prometer dejar la satisfacción de su ofensa, durante tres días, en

manos de Mohammed y mías. Salí de allí, e hice que sacaran a toda prisa de la ciudad a Sultan el Atrash, y seguidamente empecé a buscar a Nasir y Abd el Kader, para poner en orden su gobierno.

Se habían ido. Los argelinos habían persuadido a Nasir para que los acompañara a su casa a tomar un refrigerio. Era una suerte, porque había cuestiones urgentes que resolver. Debíamos demostrar que los viejos tiempos habían pasado y que un gobierno nativo estaba en el poder; para esto Shukri sería mi mejor instrumento, como gobernador en funciones. Así salimos en el Blue Mist para exhibirnos y para indicar que la exaltación de Shukri al poder constituía en sí misma un estandarte revolucionario para los ciudadanos.

A nuestra llegada había miles de ciudadanos saludándonos; ahora había miles por cada ciento de antes. Cada hombre, cada mujer y cada niño de aquella ciudad de un cuarto de millón de habitantes parecía estar en las calles, esperando sólo la chispa de nuestra aparición para encender sus espíritus. Damasco estaba loca de alegría. Los hombres agitaban sus tarbushes[39] para jalearnos, las mujeres se arrancaban el velo. Desde las casas nos arrojaban flores, sacaban reposteros, y tendían alfombras en la calle a nuestro paso; las mujeres se inclinaban hacia la

---

[39] Nombre árabe para designar el fez marroquí, gorro de fieltro de forma troncocónica, muy usado aún hoy en Marruecos yen todo Oriente Próximo. Kemal Attatürk prohibió su uso en Turquía en 1925, como signo de modernización. *(N. del T.)*

calle, gritando entre risas, por entre las celosías, y nos rociaban con pulverizadores de esencias.

Los derviches pobres se convirtieron en nuestros heraldos delante y detrás del coche, aullando y zahiriéndose con frenesí; y por encima de los gritos del lugar y los chillidos de las mujeres, se oía el mesurado rugir de las voces masculinas, que cantaban: «Feisal, Nasir, Shukri, Urens», en oleadas que empezaban en un lugar y recorrían las manzanas, los mercados y las plazas hasta llegar a la Puerta de Oriente, rodeando luego la muralla para volver al Median, y formando un muro de gritos que nos rodeaban por toda la ciudadela.

Me avisaron de que Chauvel se acercaba; nuestros coches se encontraron en las afueras meridionales de la ciudad. Le describí la excitación que embargaba a la ciudad, y que nuestro gobierno recién constituido no podía garantizar los servicios administrativos hasta el día siguiente, momento en que lo emplazaba para discutir sus necesidades y las mías. Entre tanto me hice responsable del orden público, rogándole sólo que mantuviera a sus hombres fuera de los muros, porque aquella noche habría un carnaval en la ciudad como no se había visto en los últimos seiscientos años, y esa hospitalidad podía corromper la disciplina.

Chauvel, de mala gana, siguió mis indicaciones. Al igual que Barrow, carecía de instrucciones sobre lo que hacer con la ciudad capturada; y puesto que habíamos tomado posesión de ella, sabiendo lo que queríamos, con clara intencionalidad, procedimientos previstos y bazas en la mano, no tenía otra elección que seguirnos

la corriente. Su jefe de Estado Mayor, que llevaba la parte técnica, Godwin, militar de carrera, se sintió encantado de poder dejar de lado la responsabilidad del gobierno civil. Su apoyo reforzó mi posición. Y ésta quedó confirmada por las siguientes palabras de Chauvel, que pidió licencia para poder recorrer él mismo la ciudad. Se la concedí con tanto gusto que me preguntó si creía conveniente hacer una entrada formal con sus tropas a la mañana siguiente. Le dije que ciertamente sí, y planeamos un poco el recorrido. Inmediatamente me vino a la cabeza el placer de nuestros hombres en Deraa, al ver a Barrow saludar a su bandera, y lo cité como un ejemplo bueno a seguir al pasar ante el ayuntamiento de la ciudad. Fue un pensamiento casual que se me ocurrió, pero Chauvel le vio el significado, y planteó la grave dificultad de saludar a cualquier otra bandera que no fuera la británica. Yo estuve a punto de reírme, pero preferí, amablemente, acompañarlo en sus dudas, viendo no menores dificultades en pasar ante la bandera árabe sin tomarla deliberadamente en consideración. Nos enzarzamos en torno a este problema, mientras la alegre e inconsciente multitud nos vitoreaba. Como fórmula de compromiso, sugerí dejar de lado el ayuntamiento, y elegir otra ruta, que pasaría, por ejemplo, frente a la Oficina de Correos. Se me ocurrió esto a modo de burla, ya que la paciencia se me había acabado; pero Chauvel se lo tomó en serio, como una idea muy útil, y a cambio se mostró dispuesto a hacer una concesión en mi honor y en el de los árabes. En

lugar de una «entrada» haría una «marcha a traviesa»; quería decir que, en vez de marchar en medio del desfile, iría en cabeza, o en vez de en cabeza en el medio. He olvidado el orden, o no lo oí bien, porque no me importaba lo más mínimo si quería arrastrarse o pasar volando por encima de sus tropas, o partirse en dos para marchar a ambos lados.

CAPÍTULO CXX

Mientras discutíamos estas antiguallas ceremoniales, todo un mundo de trabajos nos aguardaba, dentro y fuera, a cada uno de nosotros. Era amargo tener que representar aquel papel; tener que ganar la partida con zancadillas me dejaba un mal sabor de boca, estropeando mi entrada triunfal tanto como yo estropeaba la de Chauvel. Los etéreos pájaros de la promesa tan alegremente enviados a los árabes cuando Inglaterra estaba en dificultades, se hallaban ahora anidando, para confusión de ésta. No obstante, el curso de los hechos que yo había previsto para nosotros estaba demostrándose correcto. Doce horas más y estaríamos a salvo, con los árabes ocupando un lugar tan sólido, que su mano podría mantenerse firme a través de los altercados y los apetitos de la política que se abatirían sobre nuestro delicioso botín.

Volvimos a hurtadillas al ayuntamiento, para vérnoslas con Abd el Kader, pero éste aún no había vuelto. Envié a llamarlo, así como también a su hermano y a Nasir, y recibí la seca respuesta de que estaban durmiendo. Eso es lo que yo tendría que haber hecho también, pero, en vez de eso, cuatro o cinco de

nosotros nos hallábamos comiendo a toda prisa, en el lujoso salón, sentados en sillas doradas, que relucían, y en torno a una mesa dorada cuyas patas relucían también obscenamente.

Le expliqué de manera precisa al mensajero lo que quería. Desapareció, y a los cinco minutos hizo su aparición, muy agitado, un primo de los argelinos, diciendo que ya estaban en camino. Era una descarada mentira, pero le dije que estaba bien, ya que si no aparecían antes de media hora iría a traerlos con las tropas británicas. Se marchó a toda prisa, y Nuri Shaalan me preguntó tranquilamente qué era lo que pensaba hacer.

Le dije que depondría a Abd el Kader y a Mohammed Said, y nombraría en su lugar a Shukri, hasta que llegara Feisal; y lo hice de este modo amable porque corría peligro de herir los sentimientos de Nasir, y no tenía fuerza propia suficiente caso de hallar oposición. El me preguntó si no aparecerían los ingleses. Yo le dije que con toda seguridad, pero la pena era que luego no se irían. Él se lo pensó un momento y dijo: «Tendrás a los rualla de tu parte si haces cuanto deseas, y rápido.» Sin esperar más, el anciano corrió afuera, para juntar en mi favor a su tribu. Los argelinos vinieron a la cita con su guardia de corps y con el crimen pintado en sus ojos; pero, de camino, vieron a Nuri Shaalan reuniendo a sus tribeños, a Nuri Said con sus regulares en la plaza, y dentro, a mis intrépidos guardias de corps aguardando en la

antesala. Vieron claramente que era el fin de la partida, y sin embargo la reunión fue tempestuosa.

En mi calidad de delegado de Feisal, declaré abolido el gobierno civil de Damasco, y nombré a Shukri Pachá Ayubi como gobernador militar en funciones. Nuri Said sería el comandante de las tropas; Azmi, el asistente general; Yemil, jefe de Seguridad Pública. Mohammed Said, replicándome agriamente, me denunció como cristiano y como inglés, y conjuró a Nasir a pronunciarse.

El pobre Nasir, interiormente hundido, sólo podía permanecer sentado y contemplar impotente cómo se iba quedando sin amigos. Abd el Kader se puso en pie y empezó a insultarme virulentamente, calentándose hasta ponerse al rojo vivo. Sus motivos parecían dogmáticos, irracionales, así que no le presté atención, lo que lo enloqueció aún más; de pronto se abalanzó hacia mí con la daga desnuda.

Como un rayo, Auda cayó sobre él, erizado con la misma fuerza refrenada por la mañana, y deseando la lucha. Hubiera sido para él una delicia poder hacer trizas allí mismo a alguien, y con sus propias manos. Abd el Kader se acobardó, y Nuri Shaalan cerró el debate con la mirada fija en la alfombra (y vaya que era grande y violenta aquella alfombra) diciendo que los rualla eran míos, y que no había más que hablar. Los argelinos se levantaron y se fueron corridos de la sala. Estaba convencido de que habría habido que detenerlos y fusilarlos, pero no conseguía sentir temor por el daño que pudieran hacer, ni podía dar a los

árabes un ejemplo de asesinato precautorio como fórmula política.

Nos pusimos manos a la obra. Nuestra meta era un gobierno árabe, con bases nativas lo suficientemente amplias como para encauzar en términos pacíficos el entusiasmo y la capacidad de autosacrificio de la rebelión. Teníamos que preservar su naturaleza profética, pero apoyándola en una subestructura que abarcara al noventa por ciento de una población que se había mostrado en exceso estable como para rebelarse, y en cuya estabilidad debía descansar el nuevo estado.

Los rebeldes, y especialmente los rebeldes victoriosos, suelen ser malos súbditos y peores gobernantes. El doloroso deber del estado de Feisal debía ser deshacerse de sus amigos de la guerra y reemplazarlos por aquellos elementos que habían resultado más útiles al gobierno turco. Nasir era un filósofo político demasiado estrecho para poder verlo. Pero Nuri Said lo sabía, y Nuri Shaalan también.

Rápidamente reunieron un núcleo de estado mayor, y empezaron a trabajar con él en equipo. Por la historia sabíamos lo aburrido de los pasos siguientes: nombramientos, oficios y rutina departamental. Primeramente la policía. Se eligieron un comandante y sus ayudantes; se repartieron los distritos y se establecieron salarios provisionales, instrumentos, uniforme, responsabilidades. La maquinaria empezó a funcionar. Luego vinieron las quejas sobre el suministro de agua. La conducción estaba obstruida con

cadáveres de hombres y animales. Una inspección, con su correspondiente grupo de tareas, resolvió esto. Se esbozaron reglamentos de urgencia.

El día iba transcurriendo y todo el mundo estaba en la calle, alborotado. Elegimos a un ingeniero para hacerse cargo de la central eléctrica, encargándole que fuera como fuese iluminara la ciudad aquella noche. La continuidad del suministro eléctrico sería la mejor prueba de la paz lograda. Se hizo, y a su tranquilo alumbrado se debió gran parte del orden que reinó aquella primera noche de la victoria, aunque la nueva policía demostró también mucho celo, y los graves jeques de los principales barrios ayudaron a sus patrullas.

Luego estaba la sanidad. Las calles estaban llenas de restos del ejército derrotado, de carros y coches abandonados, de impedimenta, material y cadáveres. El tifus, la disentería y la pelagra eran moneda normal entre los turcos, y los afectados de estas enfermedades habían ido muriendo en cada rincón durante la huida. Nuri preparó cuadrillas de basureros, que hicieran una primera limpieza de las calles y plazas infectadas, y repartió a sus doctores entre los hospitales, con promesas de medicinas y comidas para el día siguiente, si podían encontrarse.

A continuación una brigada antiincendios. Los coches de bomberos locales habían sido destruidos por los alemanes, y los almacenes del Ejército seguían ardiendo, poniendo en peligro la ciudad. Se convocó a los mecánicos, y hombres entrenados, llamados al

servicio, se dedicaron a cercar las llamas. Venían luego las prisiones; guardias e internos por igual se habían esfumado. Shukri hizo de necesidad virtud, proclamando una amnistía civil, política y militar. Los ciudadanos debían ser desarmados o al menos disuadidos de llevar rifles. Una proclama fue el método, seguido de una animosa y bienhumorada acción de la policía, lo que coronaría nuestros propósitos en el plazo de tres o cuatro días.

Acción de ayuda social. Los desamparados llevaban padeciendo hambre durante varios días. Se planeó un reparto de la comida dañada de los almacenes del Ejército. Posteriormente, habría que hacer un reparto general. La ciudad llevaba dos días padeciendo hambre: no había stocks en Damasco. Conseguir suministros de las aldeas próximas podía ser sencillo si restaurábamos la confianza, salvaguardábamos las comunicaciones y reemplazábamos los animales de transporte que los turcos se habían llevado por otros capturados. Los británicos no querían compartir los suyos. Así que hicimos uso de nuestros propios animales, del transporte del Ejército.

El suministro de rutina de la plaza necesitaba del ferrocarril. Había que encontrar de inmediato guardagujas, conductores, bomberos, vendedores y equipo de ruta, y reengancharlos de inmediato. Seguidamente los telégrafos; la plantilla estaba disponible, pero había que encontrar directores y enviar equipos de mantenimiento a reparar las líneas. Los correos podían esperar un día o dos; pero los cuarteles

para nosotros y para los británicos se hacían urgentes, como también la reanudación del comercio, la reapertura de tiendas y su concomitante necesidad de mercados y de moneda aceptable.

La moneda era un desastre. Los australianos se habían hecho con un botín de millones de billetes turcos en circulación y lo habían reducido a la nada a base de desperdiciarlo. Un soldado le había entregado a un muchacho un billete de cien libras por sujetarle su caballo durante tres minutos. Young intentó intervenir apuntalándolo con los últimos restos de nuestro oro de Akaba, pero había que fijar nuevos precios, lo que implicaba el funcionamiento de una imprenta; y apenas habíamos logrado resolver esto cuando empezó a requerirse un nuevo periódico. Además, como herederos del gobierno turco, los árabes debían mantener su registro del fisco y de la propiedad, junto con el registro de individuos, en un momento en que los antiguos miembros de la administración se habían tomado vacaciones.

Las requisas empezaron a abrumarnos cuando aún no habíamos logrado resolver el problema del hambre. Chauvel carecía de forraje y tenía cuarenta mil caballos que alimentar. Si no se le proporcionaba forraje tendría que ir él mismo a agenciárselo y la libertad recién encendida se apagaría como una cerilla. El estatuto de Siria dependía de la satisfacción que le diéramos, y poca era la comprensión que en él podríamos encontrar.

En conjunto fue aquélla una noche atareada. Le dimos una culminación ilusoria abusando de la delegación de poderes (que muchas veces, con las prisas, cayeron en manos indignas) y reduciendo al mínimo la eficiencia. Stirling el suave, Young el capaz y Kirkbride el sumario prepararon lo mejor que pudieron las abiertas mentes de los oficiales árabes.

Nuestra meta era más crear una fachada que un edificio bien fundamentado. Pero logramos hacerlo tan endiabladamente bien que cuando dejé Damasco en octubre los sirios tenían ya su gobierno *de facto*, que duró dos años, sin asesoramiento extranjero, en un país ocupado y devastado por la guerra y teniendo en contra a importantes elementos de las fuerzas Aliadas.

Me hallaba más tarde sentado solo en mi habitación, trabajando y pensando tan firmemente como los turbulentos recuerdos del día me lo permitían, cuando los muecines empezaron a lanzar, a través de la húmeda noche y sobre las luces de la ciudad en ayunas, su última llamada de oración. Uno de ellos, con una voz sonora de especial dulzura, se introdujo por mi ventana desde una cercana mezquita: «Sólo Dios es grande; doy testimonio de que no hay otros dioses que Dios, y Mahoma es su profeta. Venid a rezar, venid a la seguridad. Sólo Dios es grande; no hay otro dios que Dios.»[40]

---

[40] No he visto nunca este grito correctamente traducido al inglés; y en verdad no podría estarlo, ya que oculta en árabe acecha una cuantificación del predicado que nuestros accidentes no consiguen expresar. *(N. del A.)*

Al ir a concluir bajó la voz dos tonos, situándola casi al nivel del habla normal, y suavemente añadió: «Y Él es muy bueno para nosotros este día, oh pueblo de Damasco.» Se levantó un clamor, como si todo el mundo quisiera obedecer a su llamada aquella primera noche de libertad perfecta. Mientras mi imaginación, en medio de la abrumadora pausa, me mostraba mi aislamiento y lo absurdo de mi presencia en las filas de su Movimiento, ya que sólo para mí, entre todos los oyentes, el acontecimiento resultaba penoso y la frase falta de sentido.

CAPÍTULO CXXI

Temblando de nervios un ciudadano me despertó, para notificarme que Abd el Kader estaba organizando una rebelión. Lo remití a Nuri Said, contento de ver que el loco argelino se estaba cavando su propia fosa. Había convocado a sus hombres diciéndoles que los jerifes eran sólo hechura de los ingleses, y conjurándolos a lanzar un ataque en nombre de la religión y del califa, mientras aún había tiempo. Simples secuaces hechos a la obediencia, los hombres le habían hecho caso y nos habían declarado la guerra.

Los drusos, por cuyos tardos servicios yo me había negado aquella noche a pagar la menor recompensa, le habían prestado oídos. Eran meros sectarios, a los que nada importaban el Islam, ni el califa, el turco o Abd el Kader; pero una sublevación anticristiana significaba saqueo, y tal vez maronitas que asesinar. Así que corrieron a las armas y empezaron a asaltar las tiendas abiertas.

Nos contuvimos hasta rayar el día, ya que nuestro número no era tan grande como para dar por hecha nuestra superioridad en armamento y luchar en medio de la oscuridad, que hace al loco y al hombre normal

iguales. Pero, tan pronto el día empezó a dejarse entrever, desplazamos a nuestros hombres hacia el suburbio superior, y empezamos a empujar a los sublevados hacia los barrios próximos al río del centro de la ciudad, donde las calles cruzaban por puentes y eran fáciles de controlar.

Fue entonces cuando vimos lo pequeña que era la rebelión. Nuri Said había apostado en los cruces secciones de ametralladoras, que, con amplias ráfagas, creaban verdaderas cortinas de fuego. Luego de éstas, nuestras patrullas barrían al resto de los disidentes. El espantoso ruido hizo que los drusos tiraran su botín y huyeran por las calles laterales. Mohammed Said, no tan bravo como su hermano, fue capturado en su casa, y encerrado en el ayuntamiento. Nuevamente fui instado a ejecutarlo, pero esperé hasta tener al otro.

Pero Abd el Kader logró escapar al campo. A mediodía todo el asunto estaba resuelto. Al comenzar todo, había llamado yo a Chauvel, quien de inmediato me ofreció sus tropas. Se lo agradecí, y le pedí que una segunda compañía de caballería fuera trasladada a los barracones turcos (el puesto más cercano) y se mantuvieran allí en espera de ser llamada, pero la lucha fue tan mínima que no hubo necesidad de ello.

La mejor oportunidad la tuvieron los reporteros de un hotel cuyos muros servían de pantalla de contención a uno de los puestos de ametralladoras. No habían logrado mojar mucho en sangre sus plumas durante la campaña, que había ido más rápida que sus coches; pero allí tenían un regalo de los dioses bajo las

ventanas mismas de sus dormitorios, y se pusieron a escribir y telegrafiar, hasta que Allenby, que estaba en Ramlehg, tuvo miedo, y me envió un despacho de prensa que recordaba dos guerras de los Balcanes y cinco masacres armenias, pero jamás una carnicería como la de aquel día: ¡Las calles pavimentadas de cadáveres, las entrañas manando sangre y el crecido Barada haciendo manar sangre de todas las fuentes de la ciudad! Mi réplica fue una lista de muertos, en la que se especificaban cinco víctimas y la consideración de los diez heridos. De las bajas, tres cayeron víctimas del audaz revólver de Kirkbride.

Los drusos fueron expulsados de la ciudad, y perdieron sus caballos y rifles en beneficio de los ciudadanos de Damasco, a quienes habíamos previamente formado para la emergencia, como guardias cívicos. Éstos dieron a la ciudad un aire bélico, dedicándose a patrullar hasta la tarde, cuando las cosas parecieron haberse calmado de nuevo y el tráfico callejero se había normalizado, con los vendedores callejeros vendiendo dulces, bebidas frías, flores y pequeñas banderas del Heyaz, como antes.

Volvimos a dedicarnos a la organización de los servicios públicos. Un acontecimiento divertido que me ocurrió fue una llamada oficial que me hizo el cónsul español en la ciudad, un individuo de refinado acento inglés, que se me presentó como encargado de negocios de diecisiete nacionalidades distintas (incluyendo a todos los combatientes, con excepción de

los turcos) y que buscaba en vano la autoridad legalmente constituida de la ciudad.

Durante el almuerzo, un doctor australiano me imploró, por amor a la humanidad, que fuera a ver el hospital turco. Yo recorrí rápidamente de memoria nuestros tres hospitales, el militar, el civil y el misional, y le dije que estaban tan bien cuidados como lo permitían nuestros medios. Los árabes no podían inventarse las medicinas, ni Chauvel regalárnoslas. Se extendió más, describiéndome una enorme hilera de mugrientos edificios, desprovistos de oficiales médicos u ordenanzas, y atestados de muertos y agonizantes, principalmente casos de disentería, pero también algunos de fiebre tifoidea, y sólo había que esperar que no se produjeran casos de tifus o cólera.

Por su descripción reconocí los barracones turcos, ocupados por dos compañías australianas de la reserva urbana. ¿Había centinelas a la puerta? Sí, dijo, ése era el lugar, pero estaba lleno de enfermos turcos. Me dirigí allá y hablé con el guardia, quien desconfió de mi aparición en solitario y a pie. Tenían orden de mantener alejados de allí a todos los nativos, no fueran a desatar una masacre de turcos, una falsa idea de la manera árabe de hacerla guerra. Finalmente, mi parlamento en inglés me permitió penetrar más allá del pequeño cobertizo, cuyo jardín aparecía atestado con doscientos desdichados prisioneros turcos, sumidos en el mayor desamparo y agotamiento.

Grité por la gran puerta del barracón y entre el polvoriento eco de las naves. Pero nadie me respondió.

El enorme, desierto y soleado patio estaba cubierto de basuras. El guardia me dijo que miles de prisioneros habían sido sacados de allí el día anterior y conducidos a un campamento en las afueras de la ciudad. Y desde entonces nadie más había vuelto a entrar o salir. Fui hasta el extremo del barracón, a cuya izquierda había un pasillo clausurado, negro en contraste con la cegadora luz solar del patio encalado.

Penetré allí, para toparme con un hedor enfermante, y, según mis ojos fueron acostumbrándose a la media luz, una visión enfermante. El suelo de piedra estaba cubierto de cadáveres, colocados unos junto a los otros, vestidos unos de uniforme completo, otros en ropa interior y otros totalmente desnudos. Debía de haber unos treinta allí, y las ratas pululaban por encima de ellos, abriendo rojas galerías en su interior. Unos pocos eran cadáveres casi frescos, tal vez de sólo uno o dos días, otros debían de llevar allí largo tiempo. La carne de algunos, ya pútrida, presentaba un color entre amarillo, azul y negro. Muchos estaban hinchados hasta alcanzar dos y tres veces la anchura que presentaban en vida, con sus gordas cabezas sonriendo desde sus negras bocas, por entre unas mandíbulas recubiertas de babas. Las partes blandas de otros aparecían caídas. Y unos pocos habían ya reventado, y empezaban a entrar en estado licuefacto.

Más allá podía verse una gran habitación, desde la que parecía venir un quejido. Avancé hacia allá, por sobre la blanda estera de cuerpos, cuyas ropas, amarillas de estiércol, crujían secamente bajo mis

pisadas. En el interior de la sala el aire estaba cargado y caliginoso y el ordenado batallón de camastros ocupados, tan calmo que pensé que también sus ocupantes estaban muertos, cada hombre rígido sobre su pestilente jergón, y con los excrementos que habían ido goteando desecados ya sobre el cemento del suelo.

Penetré un poco por entre las hileras de catres, recogiéndome las blancas haldas de la túnica para no hundir mis pies descalzos en los charcos, y en ese momento oí un suspiro y me volví rápidamente, para encontrarme con los abiertos ojos de azabache de un hombre tendido, cuyos trémulos labios crepitaban «Aman, Aman» («Piedad, piedad, perdón»). Se produjo entonces como un oscuro ondular, al tiempo que varios intentaban alzar sus manos, y una leve agitación como de hojas mustias cuando cayeron de nuevo sobre sus lechos.

Ninguno de ellos tenía fuerza suficiente para hablar, pero había algo en su bisbisear al unísono, como a una orden, que me provocó la risa. Sin duda habían tenido ocasión de ensayar su lamento durante los dos últimos días, cada vez que un soldado curioso entraba a mirar en aquella sala y se iba.

Atravesé corriendo el arco que daba acceso al jardín, donde los australianos formaban ordenados piquetes, y solicité una cuadrilla de trabajo. Ellos se negaron. ¿Herramientas? No tenían ¿Los médicos? Ocupados. Kirkbride hizo su aparición. Los médicos turcos, nos dijeron, se hallaban en el piso de arriba. Derribamos una puerta para encontrarnos con siete

individuos, vestidos con ropa de dormir, sentados en sus camas deshechas, dentro de una enorme habitación, y ocupados en hacer café. Los convencimos rápidamente de que era aconsejable separar los vivos de los muertos, y prepararme, en media hora, una lista de sus respectivos números. La pesada complexión y las botas de Kirkbride lo convertían en la persona adecuada para supervisar su trabajo; entre tanto, fui a ver a Alí Riza Pachá, y le pedí que nos cediera a uno de los cuatro médicos árabes del Ejército.

Cuando éste apareció obligamos a los cincuenta prisioneros más aptos de la gran sala a convertirse en cuadrilla de desescombros. Compramos bizcocho y los alimentamos con ello; luego los proveímos de herramientas turcas y los pusimos en el patio trasero a cavar una fosa común. Los oficiales australianos protestaron, diciendo que se trataba de un lugar inadecuado, dado que el olor que produciría acabaría por extenderse hasta su jardín. Mi nerviosa respuesta fue que esperaba que así fuera.

Era una crueldad poner a trabajar a hombres tan cansados y enfermos como nuestros pobres turcos, pero las prisas no nos dejaban elección. Mediante las patadas y los golpes de sus colaboracionistas oficiales de complemento se mostraron al fin obedientes. Empezamos las operaciones con un foso de seis pies en un extremo del patio. Intentamos ahondar más este foso, pero había debajo suelo de cemento; así que dije que serviría si ampliaban los bordes. En las cercanías

había mucha cal viva que podría servir para cubrir los cuerpos de manera efectiva.

Los médicos nos informaron de cincuenta y seis muertos, doscientos agonizantes y setecientos no peligrosamente enfermos. Formamos una cuadrilla de camilleros para bajar los cadáveres, algunos de los cuales podían ser trasladados con facilidad y otros recogidos a trozos con palas. Los camilleros a duras penas podían realizar su trabajo; en verdad, antes de dar término a la tarea, tuvimos que añadir dos cuerpos más a la pila de cadáveres de la fosa.

La trinchera resultaba pequeña para todos ellos, pero la masa era tan fluida que cada recién llegado, al ser echado dentro, resbalaba suavemente, rellenando los bordes de la pila con su peso. Antes de acabar era ya medianoche, y decidí irme a la cama, exhausto, pues no había dormido ni tres horas desde que dejáramos Deraa cuatro días antes. Kirkbride (un muchacho por la edad, que hacía en aquellos momentos el trabajo de dos hombres) se quedó para dar remate al enterramiento y cubrir bien la tumba con cal viva y tierra.

En el hotel me aguardaba un montón de asuntos urgentes: algunas sentencias de muerte, un nuevo juez de delitos y escasez de cebada para el día siguiente si el tren no se ponía en marcha. También había una protesta de Chauvel, quejándose de que algunos soldados árabes se habían mostrado tardos en saludar ¡a oficiales australianos!

CAPÍTULO CXXII

Por la mañana, al repentino modo de las tormentas, todo estaba arreglado y nuestro barco navegaba tranquilamente bajo un cielo sereno. Los carros blindados hicieron su entrada y el placer de nuestros hombres me dio nuevos ánimos. Pisani hizo su aparición, y me provocó la risa, de tan perplejo como el buen soldado estaba por el alboroto político. Se aferraba a su deber militar como a un timón con el que mantener el rumbo. Damasco aparecía normal, con las tiendas abiertas, los vendedores callejeros haciendo su negocio, los tranvías en funcionamiento y el grano, las verduras y las frutas distribuyéndose con normalidad. Las calles estaban siendo regadas para intentar asentar la terrible polvareda de tres años de tráfico de camiones de guerra. La multitud aparecía lenta y feliz, y gran cantidad de soldados británicos paseaban por la ciudad, desarmados. El telégrafo con Palestina había sido restablecido, así como con Beirut, que los árabes habían ocupado la noche anterior. Ya desde los tiempos de Weyh venía yo advirtiéndoles que les dejaran a los franceses Líbano como cebo y se apoderaran de Trípoli, ya que como puerto aventajaba

a Beirut, e Inglaterra hubiera hecho de honrado mediador en su nombre a la hora del acuerdo de paz. Así que me sentí dolido por su error, y no obstante contento de que se sintieran lo suficientemente maduros como para poder rechazar mis consejos. Hasta el hospital había mejorado. Yo había urgido a Chauvel a que se hiciera cargo de él, pero se había negado. Por un momento pensé que intentaba acogotarnos, para justificar su ulterior asunción del gobierno de la ciudad. Luego, no obstante, pude darme cuenta de que los problemas surgidos entre ambos eran fruto de mis nervios alterados, que rechinaban hasta confundirme por aquellos días. Ciertamente, Chauvel ganó la última mano, y me hizo sentir mezquino, ya que al enterarse de que me iba, vino a verme junto con Godwin, para agradecerme sinceramente la ayuda que le había prestado en sus dificultades. Con todo, el hospital mejoraba por sí mismo. Cincuenta prisioneros habían limpiado el patio, quemando los asquerosos desperdicios. Un segundo grupo había cavado otra gran fosa común en el jardín e iban llenándola con celo según iba surgiendo la oportunidad. Otros habían recorrido las salas de los enfermos, lavándolos uno por uno, proporcionándoles camisas limpias y dando la vuelta a las colchonetas para colocarlos sobre el lado más limpio. Habíamos podido encontrar comida adecuada para todos salvo para los casos críticos, y cada sala dispuso de un ordenanza que hablara turco, por si algún enfermo llamaba. Habíamos también limpiado, fregado y

desinfectado una habitación, adonde pensábamos trasladar los casos menos graves, para que cuidaran de ellos por turnos.

A este ritmo pensábamos tener en tres días las cosas perfectamente dispuestas, y me hallaba yo contemplando orgullosamente otros logros cuando un comandante médico hizo su aparición y me preguntó abruptamente si yo hablaba inglés. Con mirada de disgusto ante mis faldas y sandalias, dijo: «¿Es usted quien lleva esto?» Con una modesta sonrisa respondí que así era, a lo que él prorrumpió: «Escandaloso, tremendo, intolerable, habría que fusilarlo...» Ante semejante andanada, cacareé como un pollo, invadido por una loca y tensa risa; resultaba extraordinariamente divertido recibir tal cúmulo de maldiciones, justo cuando empezaba a felicitarme de haber mejorado lo que aparentemente no tenía remedio.

El comandante no había entrado en el pudridero el día anterior, ni lo había olido, ni nos había visto quemando aquellos cuerpos sometidos ala última degradación, cuyo recuerdo me había asaltado en el lecho, llenándome de sudores y temblores, pocas horas antes. Se me quedó mirando, al tiempo que musitaba: «Maldito bruto.» Yo quise decir algo de nuevo, pero él me propinó una bofetada y se marchó, dejándome más avergonzado que enfadado, ya que en el fondo pensaba que tenía razón, y que cualquiera que lleve a cabo con éxito una rebelión de los débiles contra sus amos, debe salir de ella tan manchado en su autoestima que nada en el mundo podrá hacerle luego

sentir limpio. No obstante, todo estaba a punto de terminar.

Al volver hacia el hotel, vi que la muchedumbre lo sitiaba y que a su puerta se hallaba parado un Rolls-Royce, que reconocí como el de Allenby. Me apresuré a entrar y lo hallé en compañía de Clayton, Cornwallis y otros notables. En diez palabras me dio su aprobación a mi impertinente imposición de un gobierno árabe, tanto allí como en Deraa, tras el caos de la victoria. Confirmó el nombramiento de Alí Riza Rikabi como gobernador militar, bajo las órdenes de Feisal, el comandante del Ejército. Y delimitó las esferas de competencia de los árabes y de Chauvel.

Se mostró de acuerdo en hacerse cargo de mi hospital y de los trabajos ferroviarios. En diez minutos, todas las enloquecedoras dificultades quedaron despejadas. Confusamente pude darme cuenta de que los duros días de mi batallar en solitario habían terminado. La mano solitaria había vencido frente a todas las expectativas; ahora podía aflojar los miembros y confiar en la decisión y generosidad de Allenby.

Se nos comunicó que el tren de Feisal acababa de llegar de Deraa. Le enviamos un recado por boca de Young, y esperamos hasta que hizo su aparición, entre una marea de gritos de entusiasmo que golpeaban contra nuestras ventanas. Era de lo más apropiado que ambos jefes se encontraran por primera vez en pleno corazón de su victoria, y conmigo actuando de intérprete entre ambos.

Allenby me pasó un telegrama de Asuntos Exteriores, reconociendo a los árabes el estatuto de beligerantes, y me pidió que se lo tradujera al emir; pero ninguno de nosotros sabíamos lo que aquello significaba en inglés, no digamos ya en árabe; y Feisal, sonriendo entre las lágrimas que el recibimiento de su pueblo le había provocado, dejó a un lado el telegrama para agradecer al comandante en jefe la confianza que había demostrado hacia él y hacia su Movimiento. Ambos formaban un extraño contraste; Feisal, con sus grandes ojos, descolorido y gastado, como una fina daga; Allenby, gigantesco, rubicundo y alegre, digno representante de la potencia que había ceñido el mundo con una correa de humor y de dominio.

Cuando Feisal se hubo ido, le hice a Allenby la última (y creo también que la primera) petición que nunca antes le hiciera en mi favor: permiso para marcharme. Durante un momento no quiso concedérmela; pero yo se lo razoné, recordándole su promesa de hacía un año, y señalándole cuánto más fácilmente el nuevo orden se instauraría si la gente se veía libre de confusión. Finalmente accedió; e inmediatamente me di cuenta de lo mucho que lo sentía.

Damasco no me había parecido vaina para mi espada, al desembarcar en Arabia, pero su captura desveló el agotamiento de la fuentes fundamentales de mi acción. La motivación más fuerte, a lo largo de todo aquel tiempo, había sido de tipo personal, lo que no he mencionado aquí, pero que estuvo presente en mí, yo creo, cada hora de aquellos dos años.

Las penalidades y alegrías de la acción podían elevarse como torres, en medio de mis días; pero, refluyendo como aire, este escondido impulso se transformó, hasta convertirse en el elemento más persistente de mi vida, casi hasta el final. Y había muerto ya, antes de que llegáramos a Damasco.

El segundo impulso por su fuerza había sido un pugnaz deseo de ganar la guerra, unido al convencimiento de que, sin la ayuda árabe, Inglaterra nunca podría pagar el precio que exigía el triunfo en el sector turco. Al caer Damasco, la guerra en Oriente —y tal vez toda la guerra— llegó a su término.

Luego estaba la curiosidad que me impulsaba. Super flumina Babylonis*, leído cuando era un niño, me había dejado la añoranza de convertirme en el nudo de un movimiento nacional. Tomamos Damasco, y sentí miedo. Más de tres días de arbitrariedad hubieran avivado en mí una raíz autoritaria.*

Quedaba además la ambición histórica, insustancial como motivo en sí. Yo había soñado, en la City School de Oxford, con dar forma, mientras viviera, a la nueva Asia que el tiempo inexorablemente nos había traído. La Meca debía conducir a Damasco, Damasco a Anatolia, y posteriormente a Bagdad; y allí estaba también el Yemen. Fantasías, podrán parecer, a quienes estén dispuestos a considerar mi comienzo como un esfuerzo ordinario.

APÉNDICE

La siguiente lista de movimientos o «posiciones de noche» está sacada de mi diario esquemático. La casualidad, las preocupaciones y la prudencia son responsables de las omisiones. Mi libro sigue el orden estricto de los hechos, pero deja fuera sucedidos laterales. Las fechas aquí señaladas no siempre coinciden con el texto de mi relato. La memoria me asiste siempre a la luz de la luna, en las noches de luna llena, y he preferido la memoria al calendario. Los nombres árabes aparecen transcritos de manera casual, para evitar aparecer como adherente de uno de los «sistemas de transliteración existentes».

1917

Enero:
1 Najl Mubarak
2 Nagb Dhifran
3 Yenbo
14 En el *Suva*, etc.
17 Bir Waheidi

18 Smna
19 Herrat Gelib
20 Wadi Dhulm
21 Abu Zareibat
23 Kurna
24 Habban Mar.
25 Weyh
27 En el *Hardinge*
28 El Cairo, etc.

Febrero:
1 Suez
4 En el *Aretusa*
6 Weyh, etc.
20 En el *Aretusa*
22 El Cairo, etc.

Marzo:
2 En el *Lama*
3 Weyh, etc.
10 Seil Arya
11 Abu Zereibat
12 Wadi Kitan
13 Wadi Gara
14 Wedi Tleih
15 Abu Marja
26 Wadi Serum
27 Wadi Meseiv
28 El Yurf
29 Aba el Naam

30 Wadi Turaa
31 Bir el Amri

Abril:
1 Abu Marja
3 Magah el Semn
4 El Fershah
5 Km. 1121
6 El Fershah
7 Bir el Amri
8 Abu Marja
10 Wadi Geraia
11 Wadi Hamdh
14 Weyh
27 Magrah Raal
28 Wadi Hamdh

Mayo:
1 Mellaba, etc.
3 Weyh
6 Wadi Hamdh
7 Weyh
9 Kalaat el Zer
10 El Kurr
12 Wadi Arnoua
13 Abu Saad
13 Abu Raga
17 El Shegg
18 Wadi Aish
19 Dizaad

20 Wadi Abu Ara
21 Bir Feyr
22 Jabrat Ayay
23 El Yaala
24 Kaseim Arfaya
25 Arfaya
26 Maiseri
27 Isawiya
30 Abu Tarfeiyat

Junio:
1 Wadi Bair
2 Ageila
3 Nebk, etc.
19 El Wagf
20 Bair
21 El Ghadaf
22 Wadi Mishnag
23 Hemme
24 Minifir
25 Ifdein
26 Dhaba
27 Wadi Maghara
28 Bair
29 Riyt el Herar
30 El Yefer

Julio:
1 Km. 479
2 Fuwieleh

3 Ngab el Shtar
4 Guweira
5 W. Yitm
6 Akaba
7 Bir Mohammed
8 Sudr Heidan
9 Suez
10 El Cairo
12 Alejandría
13 El Cairo, etc.
14 Alejandría
16 El Cairo
17 En el *Dufferin*
19 Yeida
20 En el *Dufferin*
22 Yidda

Agosto:
1 Yidda
2 En el Hardinge
4 Wadi Itm, etc.
6 En el *Hardinge*
7 El Cairo
14 Alejandría
16 En el *Hardinge*
17 Akaba, etc.
21 Kuntilla
22 Akaba, etc.

Septiembre:

7 Wadi Itm
8 Wadi Medeifein
9 Guweira
10 Hesma
11 Rumm
12 Akaba
13 Rumm, etc.
16 Wadi Dumma
17 Mudowwara
18 Km. 587
19 Mudowwara
20 Rumm
21 Itm el Imran
22 Akaba
26 Wadi Itm
27 Hawara
28 Rumm, etc.

Octubre:
1 Wadi Hafir
2 Batra
3 Shedia
4 Km.489
5 El Kasr
6 Imshash Hesma
7 Rumm
8 Wadi Itm
9 Akaba
11 Suez
12 Kelab

13 Ismailia
14 Suez
15 Akaba, etc.
24 Wadi Itm
25 Rumm
26 Wadi Hafir
27 Shedia
28 El Yefer, etc.
30 Shegg
31 Bair

Noviembre:
1 Wadi Dhirwa
2 Ammri
3 Ain el Beidha
4 Hamad
5 Kseir Hallabat
6 Ghadir Abyah
7 Tell el Shebab
8 Abu Sawana
9 Minifir
11 Abu Sawana
12 Azrak, etc.
23 Wadi Butm
24 Bair
25 Yefer
26 Akaba
30 Wadi Itm

Diciembre:

1 Wadi Hawara
2 Wadi Itm
3 Akaba
8 Kantara
9 Gaza
10 Suafa
11 Cuartel General, etc.
12 Gaza
13 El Cairo
21 Suez, etc.
25 Akaba
26 Guweira
27 Abu Sawana
28 Akaba
29 Guweira
30 Ramleh
31 Tell el Shahm

1918

Enero:
1 Abu Tarfeiya
2 Akaba, etc.
10 Wadi Itm
11 Guweira
15 Nakb Shtar
16 Aba el Lissan
18 Wadi Musa

19 Shobek
20 Tafileh, etc.
28 Mezra, etc.

Febrero:
4 Odroh
5 Guweira
8 Jabr el Abid
9 Basta
10 Shobek
11 Tafileh, etc.
13 Buseira
14 Ghor el Safi
16 Wadi Dhahal
17 Seil Hesa
18 Hesban, etc.
19 Tafileh
20 Wadi Araba
21 Beersheba
22 Ramleh, etc.
27 Jerusalén
28 Rafa

Marzo:
1 El Cairo
4 Akaba
6 En el *Borulos*
8 El Cairo
12 Suez
13 En el *Borulos*

15 Akaba
16 Guweira
17 Akaba
18 Nagb Shtar
19 Shobek
20 Sadaka
21 Akaba, etc.
30 Guweira

Abril:
1 Jabr el Abid
2 Aba el Lissan
3 Aneyza
4 Wadi el Yinz
5 Wadi el Hafir
6 El Atara, etc.
11 Yurf el Derawish
12 Odroh
13 Guweira
14 Waheida
18 Retm
19 Shahm
20 Ramleh
21 Disi
22 Aba el Lissan
23 Waheida
25 Aba el Lissan.
27 En el Aretusa
29 El Cairo

Mayo:
1 Sinaí
2 Cuartel General
3 Jerusalén
4 Aba el Lissan
5 Cuartel General
6 Sinaí
7 El Cairo
14 Sinaí
15 Cuartel General
16 Wadi Hafira
17 El Cairo
19 En el *Imogen*
21 Akaba
22 Aba el Lissan
23 Akaba
24 Disi
25 Mudowwara
26 Akaba
27 Aba el Lissan
28 Fagair
29 Towani
30 Hesa, etc.

Junio:
1 Sultaní
2 Um el Rusas
5 Zemed
6 Wadi Moyeb
7 Yurf

8 Aba el Lissan
10 En el *Aretusa*
12 Suez
13 El Cairo
15 Alejandría
17 El Cairo
18 Sinaí Sept.
19 Cuartel General
20 El Cairo
21 En el *Mansurah*
25 Yidda

Julio:
1 En el *Mansurah*
3 Weyh
4 En el *Mansurah*
6 El Cairo
8 Alejandría
9 El Cairo
11 Palestina
13 El Cairo
26 En el *Borulos*
28 Akaba
29 Aba el Lissan
31 Akaba

Agosto:
1 Akaba Oct.
2 Wadi Itm
3 Wadi Neyd

4 Rumm
5 Akaba
8 Aba el Lissan
11Yefer
12 Um Jarug
13 Amri, etc.
15 Bair
17 El Hadi
18 Wadi Ghadaf
19 El Umdeisisat
20 Muaggar
21 Kusair el Amr
22 Azrak
23 Ammari
24 Um Jarug
25 Zlaizujwat
26 Aba el Lissan

Septiembre:
1 Aba el Lissan
5 Bair
6 Azrak, etc.
13 Gian Junna
14 Umtaiye, etc.
16 Mezerib
17 Nasib
18 Umtaiye
19 Ifdein
20 Azrak
21 Ramleh

22 Um el Surab
24 Umtaiye
25 Nueime
26 Sheij Miskin
27 Sheij Saad
28 Deraa
30 Kisew

Octubre:
1 Damasco
4 Kuneitra
5 Sebaste
6 Ramleh
7 Sinaí
8 El Cairo